

# RICK ATKINSON

Premio Pulitzer

Autor de *Un ejército al amanecer* y *Los cañones del atardecer*

## EL DÍA DE LA BATALLA

La guerra en Sicilia y en Italia, 1943-1944



CRÍTICA

## Índice

Portada

Dedicatoria

Leyenda de los mapas

Cadena de mando de los aliados

Cadena de mando de los aliados

Prólogo

### PRIMERA PARTE

1. Al otro lado del Mediterráneo

2. La costa ardiente

3. Un reducto insular

### SEGUNDA PARTE

4. Salerno

5. El cadáver de la sirena

6. Invierno

### TERCERA PARTE

7. Un río y una roca

8. Perdición

9. El espacio mortífero

### CUARTA PARTE

10. Cuatro jinetes

11. Un hervidero de tormentos

12. El gran premio

Epílogo

Bibliografía

Agradecimientos

Notas

Imágenes

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

[PlanetadeLibros.com](http://PlanetadeLibros.com)

---

**Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:**



**Explora Descubre Comparte**

*A John Sterling*

¡Abrid ya el Helicón, diosas, de par en par e iniciad vuestro canto!

¿Cuáles fueron los reyes que alzaron sus banderas? ¿Qué tropas atestaron los campos de batalla siguiendo a cada cual? ¿Qué casta de guerreros floreció en la fecunda tierra itálica? ¿Qué guerras la abrasaron?

Virgilio, *Eneida*, VII.641-645  
(trad. de Echave Sustaeta, Madrid, 1992).

# LEYENDA DE LOS MAPAS

	Río / Torrente	<b>EJES</b>		<b>ALIADOS</b>
	AUTOPISTA		Línea del frente	
	CARRETERA PRINCIPAL		Salto de paracaidistas	
	CARRETERA SECUNDARIA		Avance	
	VÍA DE FERROCARRIL		Retirada	
	Pantano		Infantería	
	Relieve		Armada	
	Colina / Montaña		Mecanizada	
	Ciudad / Pueblo con área urbana		Paracaidistas	
	Capital		Ingenieros	
	Aeródromo		Compañía	
	Punto destacado	■	Batallón	
	Enfrentamiento		Regimiento	
	ESTADOS UNIDOS	X	Brigada	
	REINO UNIDO	XX	División	
	CANADÁ	XXX	Cuerpo	
	ALEMANIA	XXXX	Ejército	
	ITALIA			
	FRANCIA			

# CADENA DE MANDO DE LOS ALIADOS

## INVASIÓN DE SICILIA, JULIO DE 1943

General en jefe: Eisenhower  
Jefe del Estado Mayor: Smith

Fuerzas Navales: A. B. Cunningham

Fuerzas Aéreas: Tedder

*VIII Ejército (Reino Unido): Montgomery*

*VII Ejército (Estados Unidos): Patton*

*XIII Cuerpo: Dempsey*

*II Cuerpo: Bradley*

5ª Div.: Berney-Ficklin

1ª Div.: Allen

50ª Div.: Kirkman

45ª Div.: Middleton

1ª Div. Aerotransportada: Hopkinson

*Fuerza de JOSS: Truscott*

*XXX Cuerpo: Leese*

3ª Div.: Truscott

51ª Div. De Montaña: Wimberly

1ª Div. Canadiense: Simmonds

*Fuerzas de reserva*

*Fuerzas de reserva*

2ª Div. Acorazada: Gaffey

46ª Div.: Hawkesworth

82ª Div. Aerotransportada: Ridgway

78ª Div.: Evelegh

9ª Div.: Eddy

# CADENA DE MANDOS DE LOS ALIADOS

## OPERACIÓN DIADEMA, ATAQUE FINAL SOBRE ROMA, MAYO DE 1944

Jefe supremo de las Fuerzas Aliadas, Mediterráneo: Wilson  
Ayudante: Devers

Fuerzas Navales: J. Cunningham

Fuerzas Aéreas: Eaker

Ejércitos Aliados en Italia: Alexander

*VIII Ejército: Lese*

*V Ejército: Clark*

*XIII Cuerpo: Kirkman*

*II Cuerpo: Keyes*

6ª Div. Acorazada: Eveleigh

85ª Div.: Coulter

4ª Div.: Ward

88ª Div.: Sloan

78ª Div.: Keightley

8ª División de la India: Russell

*VI Cuerpo: Truscott*

1ª Bda. Acorazada de Canadá: Murphy

1ª Div. Acorazada: Hammon

3ª Div.: O'Daniel

34ª Div.: Ryder

*I Cuerpo de Canadá: Burns*

45ª Div.: Eagles

5ª Div. Acorazada de Canadá: Hoffmeister

1ª Div. Reino Unido: Hawkesworth

1ª Div. de Canadá: Vokes

5ª Div. Reino Unido: Gregson-Ellis

25ª Bda. Tanques: Tetley

1º SSF: Frederick

*II Cuerpo de Polonia: Anders*

*Cuerpo Expedicionario Francés: Juin*

3ª Div. Cárpatos: Duch

1ª Div. Inf. Franc.: Brosset

5ª Div. Kresowa: Sulik

2ª Div. Inf. Marruecos: Dody

2ª Bda. Acorazada Polaca: Rakowski

3ª Div. Inf. Argelia: Monsabert

*X Cuerpo: McCreery*

4ª Div. Mont. Marruecos: Sevez

2ª Div. NZ: Freyberg

Goumiers Franc.: Guillaume

24ª Bda. Guardia Real: Clive

*Fuerzas de reserva*

2º Bda. Paracaidistas: Pritchard

IV Cuerpo Estados Unidos cuart. gen.:

12ª Bda. Sudáfrica: Palmer

Critternberger

Grupo Bda. Motorizada Italiana

36ª Div.: Walter

Grupo Bda. Italia

*Fuerzas de reserva*

6ª Div. Acorazada Sudáfrica: Poole

V Cuerpo: Allfrey

## Prólogo

Pudo oírse mucho antes de ser visto aquella mañana brumosa del martes 22 de mayo de 1943.<sup>1</sup> En medio de la niebla que envolvía la bahía de Nueva York sonó un profundo la menor, dos octavas y dos notas por debajo del do mayor, no tanto pitado cuanto exhalado por las dos sirenas de dos metros de altura situadas en la chimenea delantera, moduladas especialmente para ser perceptibles a diez millas de distancia sin molestar a los pasajeros de la cubierta de paseo. Sus colores en tiempos de paz —rojo, blanco y negro— habían desaparecido bajo capas y capas de gris metálico, aunque sólo tras la airada protesta de los expertos en camuflaje, que preferían un dibujo a manchas azules y verdes, llamado combinación de Accesos Occidentales,<sup>2</sup> para confundir mejor a los submarinos enemigos que intentaran fijar su velocidad, su marcación y su identidad. Por supuesto nadie que avistara sus tres famosas chimeneas, su casco de más de trescientos metros, o el conocido levantamiento de su regia proa habría podido dudar de quién era. Se había echado pintura gris también sobre su nombre, pero tanto en tiempos de guerra como en tiempos de paz, aquel barco era y seguiría siendo siempre el *Queen Mary*.<sup>3</sup>

Pasó sigilosamente ante el Ambrose Light a las ocho y media de la mañana, precisamente cinco días, veinte horas y cincuenta minutos después de zarpar de Gourock, en Escocia.<sup>4</sup> Los destructores de la Marina estadounidense que lo escoltaban se alejaron adentrándose en el mar.<sup>5</sup> Al igual que sus colores de anteguerra, los lujosos adornos del *Queen Mary* habían desaparecido hacía ya tiempo, tras ser retirados y depositados en unos almacenes de Nueva York:<sup>6</sup> los nueve kilómetros de alfombra Wilton, las doscientas cajas de porcelana y cristalería fina, los botelleros y humidificadores de los cuales salían catorce mil botellas y quinientos puros en el curso de cualquier crucero típico durante los prósperos tiempos de paz. Para esta travesía, designada WW#21W,<sup>7</sup> el trasatlántico había sido transformado en un barco prisión. Los carpinteros habían retirado de las cubiertas inferiores todos los accesorios en buen estado que pudieran ser utilizados como arma, instalando además timbres de alarma, cerraduras, nidos de ametralladoras protegidos con sacos de arena, y rollos de alambre de espino en los comedores y en



las zonas de ejercicio. En aquellos momentos, desde el fondo de las bodegas llegaba ahora el monótono zumbido proveniente de los cinco mil prisioneros alemanes capturados durante la reciente campaña del Norte de África, que habían sido encerrados en jaulas en Escocia antes de ser embarcados en el *Queen Mary* en Gourock.<sup>8</sup> Trescientos soldados británicos montaban guardia allí abajo; a todo guardián que mostraba inclinación a hacer amistad con el enemigo se le advertía: «Recuerda las barbaridades que han cometido».<sup>9</sup> A decir verdad, aquellos cinco días de violentos bandazos a lo largo del Atlántico norte habían vuelto sumamente dóciles a los bárbaros.<sup>10</sup> Aquel cargamento, destinado a un montón de campos de concentración del sudoeste de Estados Unidos, triplicaba con creces el número de prisioneros de guerra alemanes existentes en Norteamérica, que finalmente alcanzarían la cifra de 272.000.<sup>11</sup> Para reducir el gasto de calefacción, la mayoría de los campos se encontraba por debajo de los 40° de latitud norte;<sup>12</sup> algunos comandantes daban de comer a los prisioneros a su cargo tocino y huevos, fomentaban la tenencia de mascotas y las clases de piano,<sup>13</sup> y permitían a los alemanes encargarse de cortinas por catálogo a Sears Roebuck.<sup>14</sup> Aquellas medidas facilitaban también la docilidad.

Pero sería en las cubiertas superiores donde habría podido encontrarse el objetivo más importante de aquella travesía del *Queen Mary*.<sup>15</sup> La lista secreta de pasajeros incluía los nombres de las autoridades bélicas de más alto rango del Reino Unido, entre ellos los comandantes en jefe del ejército británico, de la Marina y de la fuerza aérea, que se dirigían a Washington, D. C., para asistir al Tridente, el nombre clave asignado a la conferencia angloamericana sobre estrategia bélica de dos semanas de duración que estaba a punto de celebrarse. Los oficiales atestaban las barandillas de cubierta mientras el barco se deslizaba por el estrecho de Varrazano, intentando en vano vislumbrar entre la niebla la silueta de Manhattan, situada a siete millas más al norte; se contentaron con una turbia vista de Coney Island desde estribor y del Fort Wadsworth de Staten Island desde babor. Camareros y subalternos corrían de un lado para otro, clasificando los montones de maletas y pegando en los equipajes destinados a la Casa Blanca unas etiquetas rojas con una gran «W» (entre ellos dos docenas de bolsas pertenecientes a cierto «comodoro del aire Spencer»). Los documentos secretos eran reunidos y archivados en cajas cerradas acumuladas en el antiguo salón de juego de los niños situado en la cubierta de paseo, mientras que los papeles inservibles clasificados eran destruidos en una incineradora improvisada en la bañera de la suite número 105 del entresuelo.<sup>16</sup>

Con el fin de despistar a los posibles espías que pudieran acechar en los puertos de Escocia, se habían hecho grandísimos esfuerzos para oscurecer los detalles de aquel viaje. La imprenta del barco instalada en Gourock había editado los menús en holandés para dar a entender que la misteriosa viajera que se trasladaba a Nueva York era Guillermina, la reina de Holanda en el exilio.<sup>17</sup> Unos operarios instalaron también rampas y barandillas para sillas de ruedas,<sup>18</sup> y los expertos de los servicios de contraespionaje en propalar rumores hicieron correr por las tabernas del puerto la especie de que el *Queen Mary* iba a ser enviado para recoger al presidente Franklin D. Roosevelt, que iba a realizar una visita secreta a Gran Bretaña. Pero todas esas murmuraciones terminaron poco después de las nueve de la mañana. Las grandes tuercas del barco dieron la última vuelta, el ancla de hierro se hundió en medio de un gran estruendo y un pesado tableteo, y el comodoro del aire Spencer apareció en cubierta, «con un aspecto excelente, gordo y sonrosado»,<sup>19</sup> ardiendo en deseos de seguir ocupándose de la guerra.

Lo mismo que el *Queen Mary*, Winston S. Churchill resultaba sencillamente demasiado voluminoso para disfrazarse, era «el ser humano de mayor talla de nuestro tiempo»,<sup>20</sup> como lo definía un hombre de la época. Por lo pronto estaba el puro habano, del que se decía que era largo como un trombón<sup>21</sup> (y habitualmente se fumaba ocho al día<sup>22</sup>). La conocida cara redonda escrutaba bajo el ceño arrugado que tenía la costumbre de frotar constantemente con un pañuelo perfumado.<sup>23</sup> Aquella mañana, tras dejar una propina de diez libras al personal de servicio del trasatlántico,<sup>24</sup> cambió el informal «traje de sirena»<sup>25</sup> que había llevado durante la mayor parte del viaje por el uniforme del Royal Yacht Squadron. La impresión que causaba ha sido comparada con la de un «clérigo bandolero que subiera al escenario».<sup>26</sup> La noche anterior Churchill había celebrado a un tiempo su inminente llegada a Norteamérica y su tercer aniversario como primer ministro con un banquete que recordaba no sólo los lujos del *Queen Mary* de antes de la guerra, sino al mismísimo Imperio en el que nunca se ponía el sol: *croûte au pot à l'ancienne, petite sole meunière, pommes Windsor, y baba au rhum*, todo ello regado con una botella mágnim de Mumm Cordon Rouge, 1926.<sup>27</sup>

«Todos somos gusanos», tronó en una ocasión Churchill, «pero creo que yo soy un gusano de luz». ¿Quién podía discutirsele? Durante tres años había combatido en una guerra buena, al principio solo y luego con la poderosa alianza que él mismo había contribuido a cimentar. Durante largo tiempo había advertido a sus subordinados que sólo debían despertarlo a medianoche si se producía la invasión de Gran Bretaña; aquella alarma no sonó nunca.<sup>28</sup> Su misión en aquella guerra, afirmaba, era «dar la lata, regañar y morder»,<sup>29</sup> una cruzada perfectamente

conocida por Roosevelt, que llegó a recibir mil trescientos telegramas de Churchill durante la guerra. «Temperamental como una estrella de cine y displicente como un niño malcriado»,<sup>30</sup> escribía el general en jefe de su ejército; su esposa, Clementine, añadiría: «Nunca discuto con Winston. Me hace callar a gritos.<sup>31</sup> Así que cuando tengo algo importante que decirle le escribo una nota».

«En los grandes asuntos es muy grande», decía el estadista y mariscal de campo sudafricano Jan Smuts, «pero en las pequeñas cosas no es grande».<sup>32</sup> Desde luego se ocupaba de las pequeñas cosas, desde decretar la escasez de cartas de juego para los soldados, a fijar la ración de grano que debía suministrarse a los ingleses dedicados a la cría de aves de corral, o a revisar todas las palabras en clave que se propusieran atendiendo a sus resonancias marciales. (Prohibió terminantemente los términos CALAMIDAD, ICTERICIA, APERITIVO y BUNNYHUG.) Pero prevalecería su grandeza en las grandes cuestiones. Esa grandeza probablemente no haya sido expresada nunca mejor que en el brevísimo encomio que le dirigió un admirador: «En su corazón no existe la derrota».<sup>33</sup>

Los viajes por mar siempre revigorizaban a Churchill, y ninguno lo haría más que el WW#21W. Los compañeros de travesía del primer ministro lo apodaban en privado «el Amo»,<sup>34</sup> y desde luego los hizo trabajar duro a todos desde el primer día, tanto a los funcionarios del servicio de cifra como a los mariscales de campo, preparando estudios y una serie de memorandos llamados «oraciones» para las reuniones del Tridente, que debían dar comienzo el miércoles. Los mecanógrafos trabajaban por turnos con unas máquinas Remington silenciosas diseñadas especialmente,<sup>35</sup> copiando los despachos y los borradores que dictaba farfullando en medio del humo de sus puros. (Su pronunciación resultaba todavía más dificultosa debido a la lucha que mantuvo durante toda su vida con la letra «s».) Estampaba en los documentos especialmente urgentes la orden «Ejecutar hoy mismo», y a continuación se retiraba a echar otra manita de bezique —que se jugaba con varias barajas de las que se eliminaban todas las cartas por debajo del siete—, y a tomar otra copita de brandy o de champaña, o de su whisky favorito, Johnny Walker etiqueta roja.<sup>36</sup> Había insistido en que se instalara una ametralladora en su bote salvavidas. Si el *Queen Mary* era torpedeado, declaró, «no quiero que me cojan prisionero.<sup>37</sup> La manera más hermosa de morir es en medio del entusiasmo de la lucha con el enemigo ... Venid conmigo en el bote y ya veréis qué divertido». A veces parecía abrumado por las preocupaciones —«cabizbajo y ceñudo con los ojos clavados en el plato»<sup>38</sup>—y reprendía a los que no habían sido tan favorecidos como él con el don de palabra leyéndoles en voz alta el libro de Fowler *Uso del inglés moderno*, aleccionándolos sobre «la perversión de multiplicar los infinitivos

y de utilizar “very” en vez de “much”». <sup>39</sup> Pero la mayor parte de las veces estaba de buen humor: discutiendo de navegación con el capitán en el puente, <sup>40</sup> viendo películas como «El terror de Chicago» (*The Big Shot*) o «A través de la noche» (*All Through the Night*) <sup>41</sup> en el salón, o de sobremesa en su camarote contando chistes y riendo con sus cómplices. Particularmente agradable resultaba un informe de Radio Berlín que lo situaba en Oriente Medio, <sup>42</sup> asistiendo supuestamente a una conferencia junto con Roosevelt.

—Cuando se está en guerra —decía—, ¿quién no se ríe en medio de las calaveras? <sup>43</sup>

Churchill se había propuesto dar ánimos a los primos de América desembarcando en Battery Park, en Manhattan, y luego paseándose por Broadway.

—Uno puede hacer siempre lo que le dé la gana si se coge a la gente por sorpresa —explicaba—. <sup>44</sup> Los conspiradores no tienen así tiempo de desarrollar sus inicuos planes.

Pero, ¡ay!, los servicios secretos estadounidenses se mostraron en desacuerdo, y en vez del desembarco previsto, tres lanchas anónimas se dirigieron al *Queen Mary* desde Tompkinsville, en Staten Island, cruzando las aguas grises del puerto. Esperando a los viajeros en el muelle se encontraba Harry Hopkins, el consejero de más confianza del presidente, con el *Ferdinand Magellan*, el tren presidencial de siete vagones, a punto de emprender viaje a Washington.

Cuando Churchill subió a la lancha de tonos plomizos, toda la tripulación del *Queen Mary* se asomó a la barandilla para despedirse y sus hurras lo acompañaron hasta la orilla. <sup>45</sup> Una vez desembarcado, el primer ministro hizo un saludo de despedida con la mano y montó en el tren que estaba aguardándolo. Todos sabían, mientras le lanzaban vítores en medio de la niebla, que no existía la derrota en su corazón.

Amontonado en el vagón de equipajes del *Magellan*, entre maletas y cajas de documentos, iba un voluminoso fajo de mapas que habían cubierto las paredes de un improvisado gabinete de guerra situado junto al camarote de Churchill en el *Queen Mary*. Eran una réplica de los mapas de campaña de las salas del Gabinete de Guerra subterráneo construido debajo de la Great George Street de Londres, y representaban —con chinchetas y trozos de hilos de colores <sup>46</sup>— las líneas de combate de los más de diez frentes de batalla que había a lo largo del globo aquel martes, día milésimo tricentésimo cuadragésimo nono de la segunda guerra mundial. La contienda que había dado comienzo en septiembre de 1939 había superado ya más de la mitad del total de su duración; pero aunque tanto altos

mandos como subordinados intuían que estaban más cerca del final que del principio, también tenían la sensación de que no se había pagado ni siquiera la mitad de la cuenta del carnicero, que al final habría de cobrarse casi sesenta millones de vidas humanas: una vida cada tres segundos durante seis años. Sabían también que si bien las potencias aliadas —capitaneadas por Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética— tenían en aquellos momentos en sus manos la iniciativa estratégica, las potencias del Eje, Alemania, Italia y Japón, retenían aún el territorio, incluidos más de mil quinientos kilómetros de costas en Europa y todo el litoral oriental de Asia.<sup>47</sup> Aquello era algo que los mapas dejaban perfectamente claro.

La excepción a la hegemonía territorial del Eje era África, campaña que en aquellos momentos se hallaba en sus últimas horas. Siete meses antes, en noviembre de 1942, las tropas angloamericanas habían desembarcado en Marruecos y Argelia, barriendo a las débiles fuerzas del gobierno francés colaboracionista de Vichy, y luego habían continuado a marchas forzadas hacia el este entrando en Tunicia a través de la cordillera nevada del Atlas. Allí se habían unido al VIII Ejército británico que, tras ganar una difícil victoria en El Alamein, en Egipto, había avanzado hacia el oeste cruzando casi todo el Norte de África. En Tunicia, país de unas dimensiones parecidas al estado de Georgia, tuvo lugar una sucesión de batallas ganadas y perdidas entre las fuerzas aliadas y dos ejércitos italo-alemanes. Particularmente dolorosa fue la derrota sufrida en el paso de Kasserine en febrero de 1943, que causó seis mil bajas entre los norteamericanos y que, en términos de pérdida de territorios, sería la derrota más grave sufrida por los estadounidenses en toda la guerra. Pero la superioridad de las fuerzas aéreas y navales de los Aliados, así como la de su artillería, junto con el peso conjunto de sus ejércitos acorraló y aplastó a las fuerzas del Eje, que se rendirían formalmente el jueves 13 de mayo. El botín conseguido incluía un cuarto de millón de prisioneros de las potencias del Eje, entre ellos la andrajosa vanguardia que en aquellos momentos se hacinaba en las bodegas del *Queen Mary* y hacía cola para ser despiojada.

La victoria en el Norte de África —estimulante triunfo sin paliativos— reportó además a los Aliados el control de importantes puertos y aeródromos, desde Casablanca hasta Alejandría. Atajaba la amenaza que pudiera suponer el Eje para los campos de petróleo de Oriente Medio, volvía a abrir el Canal de Suez por primera vez desde 1941 —lo que significaba un ahorro de dos meses de navegación para los convoyes que iban a la India desde Gran Bretaña, al no verse ya obligados a circunnavegar el continente africano—, y exponía el dilatado flanco meridional de la Europa ocupada a nuevos ataques de los Aliados. El triunfo en el Norte de África

coincidió además con la victoria en el Atlántico Norte. Las brutales depredaciones de las manadas de submarinos alemanes habían disminuido de repente, gracias a la mejora de la vigilancia electrónica y a la labor de los criptólogos, que lograron descifrar los códigos empleados por los radiotelegrafistas de la Marina,<sup>48</sup> permitiendo así a los aviones y barcos de combate aliados localizar y destruir a los merodeadores. Alemania perdería cuarenta y siete submarinos en mayo,<sup>49</sup> el triple de los que habían sido hundidos en marzo, y más de tres mil quinientos buques mercantes aliados pudieron cruzar el Atlántico en el verano de 1943 sin sufrir ni una sola pérdida;<sup>50</sup> un año antes, los Aliados habían perdido un barco cada ocho horas.<sup>51</sup> La tasa de bajas de los submarinos alemanes durante la guerra, situada en el 75 por 100, superaría con creces la de cualquier otra arma de cualquier otra nación.

En otros ámbitos de aquella contienda global, las subidas y bajadas de la actividad bélica serían menos decisivas.<sup>52</sup> En el Pacífico, los japoneses habían sido expulsados de Guadalcanal y Papúa; los refuerzos enviados habían sufrido en febrero una seria derrota en el mar de Bismarck; y ese mismo día, el 11 de mayo, las tropas norteamericanas desembarcaban en Attu, en las islas Aleutianas, en un combate en un rincón perdido del mapa que acabaría con la guarnición japonesa, formada por dos mil quinientos hombres, a costa de más de mil vidas de norteamericanos. El 18 de abril, los pilotos de guerra estadounidenses, gracias de nuevo a una oportuna interceptación de las transmisiones por radio, tendieron una emboscada, causándole la muerte, al almirante Isokoru Yamamoto, arquitecto del sigiloso ataque contra Pearl Harbor. No obstante, Japón resistía con firmeza en Birmania, y seguía ocupando puertos, ciudades costeras y muchas tierras de cultivo en China, así como numerosas islas del Pacífico, desde las Kuriles hasta las islas centrales del archipiélago de las Salomón. Tokio había adoptado una estrategia defensiva de desgaste y punto muerto con la esperanza de quebrantar la voluntad de los Aliados y mantener a la Unión Soviética al margen de la guerra del Pacífico.

En el Frente Oriental, la guerra seguía teniendo el carácter enormemente sanguinario que la había caracterizado desde que Adolf Hitler invadiera la Unión Soviética en junio de 1941. También aquí, las cosas se habían vuelto contra el Eje, que menos de un año antes había arremetido contra los suburbios de Leningrado y Stalingrado y se hallaba a pocas horas de coche del mar Caspio. Los alemanes habían perdido treinta divisiones desde enero,<sup>53</sup> la mayoría de ellas en Stalingrado y en Tunicia, una pérdida equivalente a un octavo del total de las fuerzas de Hitler; el número de tanques había disminuido en los últimos tres meses de cinco mil quinientos a tres mil seiscientos. La contraofensiva soviética supuso la reconquista de Kursk, Rostov y toda la costa oriental del mar de Azov.<sup>54</sup> El 9 de mayo, Joseph

Goebbels, el ministro de Propaganda del Tercer Reich, describía en su diario la desesperación de Hitler en los siguientes términos: «Está absolutamente harto de los generales ... Todos los generales mienten, dice. Todos los generales son desleales. Todos los generales se oponen al nacionalsocialismo».<sup>55</sup>

Y, sin embargo, el Ejército Rojo seguía a casi quinientos kilómetros de la frontera oriental de Alemania, enfrentado a dos tercios de la fuerza de combate de la Wehrmacht. Hitler seguía contando con trescientas divisiones alemanas, más otras noventa correspondientes a los ejércitos satélites. El vapuleo de la industria y de las ciudades alemanas mediante grandes bombardeos parecía una promesa esperanzadora, pero de momento había tenido sólo unos resultados mezquinos, en parte porque una gran cantidad del potencial aéreo norteamericano había sido desviado desde sus bases en Gran Bretaña a África. Toda la Europa continental, excepto los países neutrales, España, Portugal, Suiza y Suecia, seguía dominada por el Eje, desde el golfo de Vizcaya hasta el río Donetz, y desde el cabo Norte hasta Sicilia. Casi 1,3 millones de personas realizaban trabajos forzados en las fábricas alemanas, mientras que otro cuarto de millón trabajaba en régimen de esclavitud en las fortificaciones del Muro Atlántico a lo largo de la costa occidental de Francia y el litoral de los Países Bajos, zonas especialmente vulnerables; muchísimos otros individuos, considerados inútiles o peligrosos, eran hacinados en campos de concentración o de exterminio, entre ellos un cuarto de millón de franceses, de los cuales sólo sobrevivirían treinta y cinco mil.<sup>56</sup>

El siguiente golpe que habrían de asestar los angloamericanos —tras la victoria en el Norte de África— había sido decidido cinco meses antes, en Casablanca, durante la última gran conferencia sobre estrategia. La Operación Husky quedó resumida en veintidós palabras por los jefes del Estado Mayor Conjunto, la unión de altos mandos norteamericanos y británicos que dirigían la guerra en nombre de Roosevelt y Churchill: «En 1943 será lanzado un ataque contra Sicilia, y la fecha prevista será el período favorable de luna del mes de julio». La isla más grande del Mediterráneo se encuentra sólo a unas cien millas de Túnez, debajo de la punta de la bota de la península Italiana, y su invasión habría puesto el epílogo a la campaña de África.<sup>57</sup> Los estrategas norteamericanos se habían mostrado siempre reacios a llevar la guerra al Mediterráneo antes incluso de los desembarcos en el noroeste de África de noviembre de 1942;<sup>58</sup> Roosevelt puso en marcha la campaña alineándose con Churchill y desautorizando a sus propios generales, que sostenían que el poder de los Aliados debía concentrarse en Gran Bretaña para lanzarse directamente contra Berlín a través del Canal de la Mancha. El alto mando norteamericano en Casablanca accedió a apoyar la Operación Husky

porque la conquista de Sicilia habría contribuido a la salvaguardia de la navegación por el Mediterráneo y tal vez habría supuesto una medida de diversión, al obligar al Eje a retirar parte de sus fuerzas del frente soviético; habría suministrado asimismo bases aéreas para bombardear Italia y otros objetivos de la Europa ocupada, y quizá habría inducido al renqueante gobierno de Roma a abandonar la guerra tras la derogación de su «Pacto de Acero» con Berlín, formalizado en mayo de 1939.

Aparte de Sicilia, sin embargo, no había ningún plan, ninguna gran estrategia, ningún consenso respecto a lo que debía hacerse con el inmenso ejército aliado que estaba concentrándose en aquellos momentos en el Mediterráneo. Por esa razón se había reunido en Washington la Conferencia Tridente. Desde hacía casi un año Churchill abrigaba ambiciones de llevar a cabo una campaña en la Italia continental; a primeros de abril había pedido a Roosevelt que no se limitara a Sicilia, objetivo que tachaba de «modesto e incluso mezquino para nuestros ejércitos ... En este teatro se abren grandes posibilidades».<sup>59</sup> Sacar a Italia de la guerra «provocaría un estremecimiento de soledad en el pueblo alemán, y podría suponer el comienzo de su derrota».<sup>60</sup> Percibiendo la reluctancia de los yanquis, había advertido el 2 de mayo a Harry Hopkins de «las serias divergencias que se ocultan bajo la superficie» de la aparente concordia de los Aliados;<sup>61</sup> en privado habló al rey Jorge VI de su determinación de enfrentarse a los defensores de la tesis «el Pacífico primero» en Washington, donde había muchos que exigían un mayor esfuerzo estadounidense contra Tokio.<sup>62</sup>

—No hemos venido aquí con mentalidades cerradas ni planes rígidos —había dictado Churchill durante la travesía desde Gourock mientras preparaba su tesis inaugural para las conversaciones Tridente.<sup>63</sup>

Entre sus meditaciones, mecanografiadas en la Remington silenciosa en el escritorio del 10 de Downing Street, estaban las siguientes: «Objetivo 1: Sacar a Italia de la guerra», y «No olvidar nunca que hay ciento ochenta y cinco divisiones alemanas combatiendo contra los rusos ... De momento nosotros no estamos en contacto con *ninguna*». Y el meollo del asunto: si Sicilia caía «a finales de agosto, ¿qué van a hacer esas tropas [angloamericanas] durante los siete u ocho meses que transcurran entre este acontecimiento y un primer posible Bolero? [la puesta en escena desde Gran Bretaña de la invasión de Europa Occidental a través del Canal de la Mancha] No podemos permitirnos el lujo de tener unos ejércitos ociosos mientras los rusos soportan un peso tan desproporcionado».

Detrás de tanto desparpajo había una súplica. Cuarenta y cinco meses de guerra habían llevado a Gran Bretaña al máximo de la tensión que podía soportar. Más del 12 por 100 de la población británica servía en aquellos momentos en las fuerzas



armadas;<sup>64</sup> con la movilización nacional casi al completo, el país corría el riesgo de enfrentarse a una severa escasez de recursos humanos si la guerra se prolongaba, particularmente si era preciso asaltar el glacis de la Festung Europa cruzando el Canal. Los británicos caídos en el campo de batalla superaban la cifra de los cien mil,<sup>65</sup> y había muchos miles más desaparecidos, se habían perdido veinte mil marinos mercantes, aparte de las cuarenta y cinco mil personas que habían perecido en el Reino Unido víctimas de los ataques aéreos alemanes.<sup>66</sup>

La salvación estaba allí, en América. El ejército norteamericano, bisoño y débil, de unos años atrás superaba ahora los seis millones de soldados, capitaneados por mil generales, siete mil coroneles, y trescientos cuarenta y tres mil tenientes.<sup>67</sup> Las fuerzas aéreas habían crecido desde mediados de 1941 un 3.500 por 100, y el Cuerpo de Ingenieros del Ejército en un 4.000 por 100. La Marina, que contaba con ocho portaaviones después de Pearl Harbor, tendría cincuenta, de mayor o menor tamaño, a finales de 1943.<sup>68</sup> Aquel año iban a fabricarse en Estados Unidos más cargueros —un buque Liberty tardaba apenas cincuenta días desde que empezaban las obras en los astilleros hasta su botadura<sup>69</sup>— que los que constituían la totalidad de la flota mercante británica.<sup>70</sup> Precisamente ese día, quizá como un sutil recordatorio para Churchill antes de su llegada, Roosevelt había anunciado públicamente que «la producción de aviones en Estados Unidos —ochenta y seis mil en 1943— excede ahora a la de todas las demás naciones juntas».<sup>71</sup> De los cuarenta y ocho mil millones de dólares en pertrechos de guerra suministrados por Estados Unidos a sus aliados, dos terceras partes iban a parar a Gran Bretaña.

Para Estados Unidos los primeros dieciocho meses de guerra se habían caracterizado por la inexperiencia, la insuficiencia y, con demasiada frecuencia, la ineptitud. Se necesitaba un largo proceso de maduración, todavía inacabado, y la superación de unos cuantos problemas: pasar de la debilidad a la fuerza, de la ineficacia a la eficacia y, como siempre, de la desgracia a la buena suerte. Esa superación de las limitaciones y esa maduración seguían progresando en las unidades de combate y entre sus mandos. El veterano corresponsal de guerra del *New York Times* Hanson Baldwin, tras un largo viaje por la zona de combate, llegaba a la conclusión en la portada del número de aquel martes de que «el mayor problema de los norteamericanos es el liderazgo: hasta ahora el ejército no ha producido ni una fracción de los oficiales adecuados y los líderes que necesita».<sup>72</sup> En cuanto al soldado medio, Baldwin añadía que «no es mentalmente duro ni posee la determinación suficiente. Una parte de su corazón está en lo que hace, pero sólo una parte».

Pero en Estados Unidos, donde la capacidad productiva de la base industrial alcanzaba casi la movilización plena, ese proceso estaba más avanzado.<sup>73</sup> El país se había superado a sí mismo pasando de las condiciones de paz a las condiciones de guerra, galvanizado como no lo había estado nunca y probablemente no volviera a estarlo nunca. El 10 de febrero de 1942 había salido de las líneas de producción norteamericanas un automóvil definitivo; en 1943 lo suplantarían treinta mil tanques, más de tres por hora cada veinticuatro horas, y más en un solo año de los que Alemania fabricaría entre 1939 y 1945. La Rudolph Wurtlizer Company fabricaba ahora brújulas y descongeladores en vez de pianos y acordeones;<sup>74</sup> International Silver, rifles automáticos Browning en vez de cuberterías, y varias fábricas de pintalabios, máquinas de escribir y tapacubos producían, respectivamente, cartuchos, ametralladoras y cascos.<sup>75</sup> Reconversiones similares habían tenido lugar en todos los sectores de la economía, que aquel año produciría también seis millones de rifles, noventa y ocho mil bazookas, seiscientos cuarenta y ocho mil camiones, treinta y tres millones de calzoncillos de algodón para los soldados, sesenta y un millones de pares de calcetines de lana. Etcétera, etcétera, etcétera.

Así pues, la guerra se había infiltrado también en todas las cocinas, en todos los armarios, en todos los botiquines. El azúcar, los neumáticos y la gasolina habían sido los primeros productos en ser racionados, seguidos por casi todos los demás artículos de consumo, desde los zapatos al café. «Utilízalo hasta que se agote, gástalo por completo, arréglatelas con lo que tienes o prescinde ello» se convirtió en el mantra de los consumidores.<sup>76</sup> Los botones de plástico sustituyeron a los de latón; y los céntimos de cinc reemplazaron a los de cobre.<sup>77</sup> Para ahorrar anualmente cincuenta millones de toneladas de lana, el gobierno prohibió la confección de chalecos, puños, bolsillos superpuestos y solapas anchas; los bajos de los vestidos se subieron, las faldas plisadas desaparecieron, y un decreto que exigía una reducción del 10 por 100 de la tela utilizada en la fabricación de los trajes de baño femeninos dio paso a la aparición del bikini.<sup>78</sup> La regulación L-85, promulgada por el Departamento de Producción de Guerra, no sólo racionaba las fibras naturales, sino que también limitaba los colores de los tejidos a aquellos aprobados por el Comité Asesor de Tintes, entre ellos el oro honor, el rojo valor, y el azul valiente.<sup>79</sup>

Los prisioneros alemanes podían encargarse de las cortinas de Sears Roebuck, pero los catálogos ya no ofrecían saxofones, calentadores de cobre, ni arados. La escasez de horquillas obligó a los peluqueros a improvisar y utilizar en su lugar palillos, mientras que la calcetería pintada sustituyó a la seda con productos como las

«Medias Líquidas de Película Velva».<sup>80</sup> En todo el país el límite de velocidad se puso en cincuenta kilómetros por hora, en lo que se llamaba la «velocidad de la victoria».<sup>81</sup> Una campaña gubernamental en pro de la recuperación de los tubos de pasta de dientes —sesenta tubos contenían estaño suficiente para soldar todas las conexiones eléctricas de un bombardero B-17— dio como resultado la recogida de doscientos millones de unidades en dieciséis meses.<sup>82</sup> «¡Entierra a un japonés con los trastos viejos!», rezaban los carteles publicitarios, y folletos más elaborados hacían saber a los norteamericanos que diez cubos viejos contenían acero suficiente para fabricar un mortero, que diez hornillos viejos equivalían a un vehículo de reconocimiento, y que doscientos cincuenta y dos cortacéspedes daban para una batería antiaérea.<sup>83</sup>

Pero todos esos cortacéspedes y tubos de dentífrico reciclados, todos los buques de guerra, los aviones y los calcetines de lana, resultaban útiles únicamente si iban a parar a batallas como Dios manda, a campañas como Dios manda, bajo la dirección de una estrategia de victoria como Dios manda. Y esa estrategia todavía no existía.

Ningún lugar de América había sufrido mayor transformación a causa de la guerra que Washington, adonde llegó el *Ferdinand Magellan* procedente del nordeste en medio de un hipnótico traqueteo poco después de las seis de la tarde. «La otrora somnolienta ciudad meridional, llena de encanto y belleza, a orillas del Potomac ha prosperado hasta convertirse en la frenética capital del mundo», proclamaba el *Washington Times-Herald*.<sup>84</sup> «Miembros de lobbies, propagandistas, expertos de todo tipo, ricos industriales, arribistas, inventores, damas de dudosa virtud y descuideros infestan la ciudad».

A toda esta variedad de gentes había que añadir ahora un primer ministro y su séquito de más de cien generales, almirantes, funcionarios, detectives guardaespaldas, y soldados de la Real Infantería de Marina. A las 18:45, un convoy de limusinas salió de los terrenos de la Casa Blanca y giró en dirección sur.<sup>85</sup> Siete agentes de los servicios secretos hicieron el mismo itinerario en coches patrulla, entre ellos uno apostado en lo alto de una discreta rampa de la calle Catorce, por la que se accedía a una vía férrea subterránea situada bajo la Oficina de Grabados y Estampas. Cuando el tren se detenía finalmente en medio del estridor de los frenos, las limusinas aparcaban en el andén. Del automóvil que encabezaba la comitiva fue sacado y colocado en una silla de ruedas preparada al efecto Franklin Roosevelt, que se puso a examinar el último vagón de pasajeros del *Magellan*. Su palidez grisácea, el cuello arrugado y caído, los ojos apagados y rodeados de bolsas, todos

los inquietantes síntomas del agotamiento y de la edad parecieron desaparecer al ver a Churchill avanzar pesadamente hacia él vestido con aquel inverosímil uniforme del Royal Yacht Squadron.<sup>86</sup> El presidente sonrió calurosamente, el primer ministro también, y dio comienzo así el cónclave que había de buscar la estrategia de victoria capaz de salvar al mundo.

Pero primero los visitantes debían ser instalados, y no resultaba tarea fácil. «Si la guerra dura mucho más, Washington no va a caber en sus costuras», advertía la revista *Life* en el mes de enero.<sup>87</sup> Cinco meses después, el hacinamiento era aún mayor. Las doce mil plazas hoteleras de la ciudad estaban siempre reservadas, obligando a algunos visitantes a buscar refugio en puntos tan alejados como Filadelfia.<sup>88</sup> En el río Potomac surgieron colonias de casas flotantes, y poblados dispersos de desvencijadas casas provisionales, llamadas desmantelables, se propagaron por todo el Distrito de Columbia y sus alrededores. Naturalmente para los británicos no habría casas flotantes ni desmantelables. Churchill ocupó una suite en la Casa Blanca y el resto de la delegación fue metido con calzador en el Hotel Statler, el Wardman Park, la embajada británica y otros varios hoteles y casas particulares. Dieciséis soldados de la Real Infantería de Marina se desplazaron a pie hasta unos cuarteles del ejército estadounidense,<sup>89</sup> sudando miserablemente debido a la pegajosa humedad que daba derecho a los diplomáticos ingleses destinados en Washington a cobrar una «paga por destino tropical».<sup>90</sup>

Churchill se dio cuenta de que el país había cambiado efectivamente desde la última visita que había realizado hacía once meses, y lo mismo le había pasado a la capital. El Pentágono, que en 1942 todavía estaba en obras, al otro lado del río, en Hell's Bottom, ahora estaba acabado y era no sólo el edificio de oficinas más grande del mundo, sino que suponía también «la operación de manutención bajo un mismo techo más grande del mundo» (se distribuían cincuenta y cinco mil comidas diarias al precio de treinta y cinco centavos cada una).<sup>91</sup> Todos aquellos burócratas bien alimentados y mal alojados del Departamento de Guerra estaban más ocupados que nunca. Un chiste proponía un nuevo eslogan para el gobierno —«El agotamiento no basta»—, y en la avenida Pennsylvania un centro de información provisional para los contratistas y hombres de negocios que visitaban la ciudad era conocido como «el Manicomio».<sup>92</sup> Aquel mes, la Comisión de Recursos Humanos para la Guerra había anunciado un plan destinado a promover el alistamiento de doce mil hombres al día durante el resto del año, llamándose por primera vez a filas a los hombres casados sin hijos, mientras que seguramente pronto lo serían también los padres de familia.<sup>93</sup> Quizá no fuera una casualidad que el director del

FBI, J. Edgar Hoover, hiciera saber que sus agentes habían detenido a más de quinientos prófugos en veinte ciudades, y que se habían dictado órdenes de busca y captura contra otros tres mil.<sup>94</sup>

He aquí algunos otros indicios del frenesí de la época: se habían instalado en todo el país treinta y cinco «clínicas del rumor» con el fin de «investigar los rumores maliciosos y sin sentido»;<sup>95</sup> se encargarían de analizarlos profesores universitarios —los únicos, al parecer, inmunes a las habladurías— y sus descubrimientos serían publicados por la prensa local. Había una necesidad tan apremiante de torneros, maquinistas y trabajadores del cuero, que algunos anuncios de demandas de trabajo especificaban que buscaban operarios «blancos o de color» indistintamente;<sup>96</sup> un comunicado de prensa en el que el gobierno solicitaba con urgencia mecanógrafas cualificadas para el esfuerzo de guerra, contenía cuarenta y seis errores en una sola página.<sup>97</sup> La Oficina de Información de Guerra hacía saber que una reciente petición de pelo rubio fino —utilizado para la fabricación de instrumentos meteorológicos y equipos ópticos— había dado lugar a tal avalancha de trenzas doradas que ya no eran precisas más donaciones.<sup>98</sup>

En medio de aquella locura y de tanto melodrama, cuatro semanas antes de la llegada de Churchill a la capital el paisaje de Washington se había visto modificado por un notable añadido.<sup>99</sup> El *premier* británico habría podido verlo desde sus aposentos de la Casa Blanca, simplemente con mirar por encima de las descoloridas azaleas y más allá del monumento a Washington, en el bosquecillo de cerezos que bordeaba el Tidal Basin. Allí había sido inaugurado el monumento a Thomas Jefferson, un elegante templo neoclásico que albergaba una estatua de más de cinco metros de altura del tercer presidente, temporalmente esculpida en yeso, pues el Departamento de Producción de Guerra necesitaba el bronce. El manifiesto de Jefferson, grabado en mármol, resumía perfectamente el sentimiento que animaba a los hombres que iban a reunirse a partir del día siguiente para buscar un sendero que los condujera al final de la guerra: «He jurado sobre el altar de Dios hostilidad eterna a cualquier forma de tiranía sobre la mente humana».

Se pusieron a trabajar a las dos y media de la tarde del miércoles 12 de mayo, en el Despacho Oval de Roosevelt, un confortable escondite situado encima de la Sala Azul. Cuadros y grabados con escenas navales decoraban las paredes, y el suelo estaba cubierto con una piel de oso. El presidente, sentado en su silla de ruedas sin brazos, dio la bienvenida a Churchill y a los otros diez hombres —en su mayoría integrantes del Estado Mayor Conjunto— que asistieron a aquella primera sesión. Sobre el enorme escritorio de Roosevelt, colocado lejos de la ventana por consejo

de los servicios secretos, había una lámpara azul, cuatro borriquitos de tela de juguete, un rintero de libros, un tintero, un frasco de medicinas, un pequeño reloj en forma de timón de barco, y un busto de bronce de la primera dama, que se había librado de milagro de los desvelos del personal encargado de recoger objetos de metal para la guerra.<sup>100</sup>

Cinco meses antes, los estrategas norteamericanos habían abandonado la conferencia de Casablanca convencidos de haber sido embaucados por los británicos, mejor preparados y unidos en su determinación de seguir adelante con la estrategia mediterránea iniciada con la invasión del Norte de África. Para evitar otra humillación, antes de que comenzara la Conferencia Tridente los yanquis habían bombardeado a los ingleses con documentos acerca de su posición; habían elaborado asimismo más de treinta estudios acerca de distintas políticas ante la guerra y habían doblado el número de integrantes de la delegación estadounidense. En su búsqueda de un «gran proyecto para llegar al corazón de Europa» en una batalla decisiva, los expertos en planificación norteamericanos habían estudiado diversas entradas potenciales al Viejo Continente, desde la Península Ibérica y el sur de Francia hasta Italia, Grecia y Turquía.<sup>101</sup> No obstante, casi todos a una favorecían la ruta más directa a través del Canal de la Mancha.

El grupo de expertos del presidente también había trabajado duro para superar lo que muchos consideraban el mayor obstáculo a la hegemonía estratégica norteamericana: el propio Roosevelt y su evidente predisposición a dejarse arrastrar por la meliflua oratoria de Churchill. «El hombre de Londres ... se saldrá con la suya convenciendo a nuestro jefe, y los cuidadosos y bien deliberados planes de nuestro Estado Mayor se verán arrinconados», anotaba en su diario el 10 de mayo el secretario de Guerra, Henry Stimson.<sup>102</sup> «Me siento muy preocupado por ello.» Los jefes del Estado Mayor Conjunto norteamericano se habían reunido con Roosevelt en la Casa Blanca tres días antes y habían logrado obtener de él la promesa de que presionaría a los británicos para que se comprometieran a llevar a cabo una invasión de Europa a través del Canal. Remachando bien esta postura, un memorando de los jefes del Estado Mayor Conjunto reiteraba la «antipatía [del Pentágono] hacia una invasión de la Italia continental», advirtiendo de paso que los ingleses «son tradicionalmente expertos en aceptar la letra de los compromisos y en desentenderse al mismo tiempo de su espíritu». Roosevelt respondió garabateando en el margen del documento tres palabras que recordaban el borrador redactado por Churchill a bordo del *Queen Mary*: «Mentalidades cerradas nunca».<sup>103</sup>

En aquel ambiente cargado, «el hombre de Londres» tomó la palabra. Lo del Norte de África ya estaba terminado, la Operación Husky en Sicilia estaba al caer.

—¿Y qué toca después? —preguntó Churchill.<sup>104</sup>

Los Aliados tenían «la autoridad y el prestigio de la victoria» y debían «recoger el fruto de nuestro éxito». Siguiendo las notas que llevaba mecanografiadas, expuso sus argumentos: Rusia estaba luchando contra 185 divisiones alemanas; los Aliados no estaban luchando en aquellos momentos contra ninguna; Italia estaba madura para la conquista.

El primer ministro había empleado en un cable enviado a Roosevelt en noviembre de 1942 la expresión «vientre blando», refiriéndose al flanco meridional, supuestamente vulnerable, de la Europa del Eje.<sup>105</sup> En privado, hablando aquella misma semana con sus asesores militares, Churchill había añadido: «Queremos que den su beneplácito a la explotación de Husky y que el ataque al vientre tenga prioridad». Ahora insistiría una vez más:

—¿Nos es preciso invadir el suelo de Italia o podemos aplastarla por medio de un ataque aéreo? ¿Defendería Alemania a Italia?

Respondiéndose a sí mismo, Churchill afirmaba que era imprescindible «utilizar nuestros grandes ejércitos para atacar Italia», y no dejarlos ociosos después de lo de Sicilia. Si Hitler se replegaba para defender a su aliado fascista, Benito Mussolini, habría muchas menos tropas alemanas para combatir a los rusos. El *premier* británico no creía que una Italia derrotada pudiera plantear una carga económica para los Aliados, ni siquiera admitía «que fuera necesaria una ocupación de Italia».<sup>106</sup>

Ahí estaba, ésa era en cuatro palabras la estrategia británica para el Mediterráneo. Roosevelt replicó inmediatamente. Los argumentos de Churchill eran muy elocuentes, pero poco persuasivos.<sup>107</sup>

—¿Adónde vamos a ir desde Sicilia? —preguntó el presidente, repitiendo casi una vez más las palabras del primer ministro.

Unas veinticinco divisiones aliadas —de aproximadamente quince mil hombres cada una— iban a reunirse en el Mediterráneo al término de la Operación Husky, y «hay que mantenerlas ocupadas». Pero siempre había «rechazado la idea de situar grandes ejércitos en Italia», una diversión que podía «desembocar en un serio desgaste para Estados Unidos y redundar en beneficio de Alemania». Más valía seguir organizando una gran hueste en Gran Bretaña. La subsiguiente invasión, que supondría un golpe decisivo contra el corazón de la propia Alemania, «se decidiría definitivamente como una operación que debía llevarse a cabo en la primavera de 1944». Al acabar, el presidente sonrió e hizo el movimiento informal con la cabeza que un admirador llamaba su «gesto de la boquilla».<sup>108</sup>

La situación de punto muerto se mantuvo al día siguiente, cuando los jefes del Estado Mayor Conjunto —la media docena de comandantes en jefe del ejército, la Marina y las fuerzas aéreas de Estados Unidos y Gran Bretaña— se reunieron sin la presencia de Roosevelt y Churchill en el edificio de la Reserva Federal, una severa construcción rectilínea con un pórtico de columnas que daba a Constitution Avenue. Saltando por encima de los rígidos centinelas apostados a la entrada, el olor de las rosas y de la hierba recién cortada penetraba incluso en la sala de paredes revestidas de madera que utilizaba el consejo de administración; allí, la delegación norteamericana presentó un memorando dividido en once párrafos titulado «Estrategia global de la guerra».<sup>109</sup> El punto 3 contenía el escollo insalvable: «Es el parecer de los jefes del Alto Estado Mayor de Estados Unidos que para la pronta conclusión de la guerra contra Alemania es necesaria una invasión de Europa a través del Canal de la Mancha».

Un hombre alto, austero, de cabellos rubios encanecidos, fue el encargado de exponer los argumentos de los norteamericanos. El general George C. Marshall, jefe del Estado Mayor del ejército, sabía lo que quería en este asunto, aunque le inquietaba la susceptibilidad del presidente a las lisonjas de los británicos. Marshall era un hombre metódico y reservado, y de todos era conocida su convicción de que «a nadie se le ha ocurrido nunca una idea original después de las tres de la tarde»;<sup>110</sup> despreciaba la ortodoxia, a los aduladores y el teléfono. Para Churchill era «el romano más grande de todos ellos»; un general británico lo describía diciendo que era «un poco distante, grave, por encima del bien y del mal, insobornable ... Nunca lo vi mostrar sus sentimientos de ninguna manera».<sup>111</sup> En realidad, Marshall poseía un temperamento arrollador. Exigía a sus subordinados «prescindir de las tonterías, las complicaciones y la afectación» en todo lo relacionado con el esfuerzo de guerra del país, y cuando alguien le pedía firmar un documento, mirándolo sin pestañear con aquellos ojos de un azul glacial, podía aterrorizar a cualquiera, lo mismo a simples tenientes que a tenientes generales: «¿Está seguro de que se lo ha pensado bien?».<sup>112</sup> Aparte de montar a caballo, vestido de paisano su única diversión era la jardinería; «lo que le hace sentirse más orgulloso», según su propia esposa, seguía siendo los sacos de abono que tenía apilados en el jardín de su casa de Virginia.

La invasión de Italia, decía Marshall, «crearía un vacío en el Mediterráneo» que absorbería tropas y materiales destinados al ataque a través del Canal de la Mancha.<sup>113</sup> Las operaciones después de lo de Sicilia «debían limitarse a la ofensiva aérea», o arriesgarse a una «lucha prolongada» en el Mediterráneo, que no resultaba «aceptable para Estados Unidos».



Fueron desgranados los argumentos expuestos en los treinta estudios del Departamento de Guerra: eliminar a Italia de la guerra podía acarrear más cargas que beneficios, pues se necesitaría una flota aliada, por lo demás preciosísima, para alimentar a la población civil de Italia.<sup>114</sup> Alemania podía recuperar los doce millones de toneladas de carbón que actualmente suministraba a Roma cada año, así como el material rodante que necesitaba para garantizar el suministro de Italia.<sup>115</sup> El «vientre blando» carecía en general de puertos suficientes para servir de apoyo a los ingentes ejércitos aliados que se necesitaban para entrar en la Europa central.<sup>116</sup> Los expertos en planificación norteamericanos consideraban que los británicos se dejaban seducir por «espectáculos de segundo orden»,<sup>117</sup> por el «picoteo periférico», y por una «*dispersificación* escasamente rentable». (Este último concepto habría provocado la desmoralización más absoluta de cualquier amante de la lengua, independientemente de cuál fuera su credo estratégico.)<sup>118</sup> En privado, los yanquis sospechaban que la fijación de los ingleses con el Mediterráneo reflejaba sus intereses imperialistas tradicionales y su pusilánime renuencia a arriesgarse a cargar de nuevo con el horroroso número de bajas sufrido en el Frente Occidental una generación antes.

—Las operaciones en el Mediterráneo —añadió Marshall— son sumamente especulativas al menos por lo que se refiere a la posibilidad de poner fin a la guerra.<sup>119</sup>

Escuchándolo atentamente estaba el general sir Alan Brooke, jefe del Estado Mayor Imperial, cuyo semblante de rasgos apuntados no traicionaba lo que pensaba de Marshall en su fuero interno: «Un gran hombre y un grandísimo caballero que inspiraba confianza, aunque no me impresionó por la capacidad de su cerebro».<sup>120</sup> El cerebro de Brooke poseía una capacidad más que suficiente, si bien tenía la tendencia a despreciar y considerar corto de vista a todo aquel que no se adaptaba a su propia visión. Hombre de cincuenta y nueve años, de hombros redondeados y cabello oscuro engominado, podía resultar petulante: «enfermo del hígado», según su propia expresión; dicho estado acaso fuera consecuencia del agotamiento después de cuatro años de guerra con los alemanes y, no pocas veces, con Churchill. «Cuando doy un puñetazo en la mesa y vuelvo la vista hacia él, ¿qué es lo que hace?», comentaba el primer ministro. «¡Pues da un puñetazo más fuerte y me devuelve la mirada!» Brooke calculaba que cada mes batallando con Churchill era «un año que me quito de vida»;<sup>121</sup> en una carta a un amigo añadía: «Es el trabajo con él después de cenar hasta la una de la madrugada lo que me mata».<sup>122</sup> Noveno y último hijo de un *baronet* angloirlandés expatriado, Brooke había nacido y se había criado en Francia, circunstancia que le confería la fluidez de un nativo en la lengua

de ese país y que le haría temer toda la vida el apodo de «Gabacho».<sup>123</sup> En su vida privada nutría una gran afición por los pájaros y la fotografía de la vida salvaje, campo en el que fue un verdadero pionero. Si Marshall tenía sus sacos de abono, Brooke tenía su tienda de Southeran en Sackville Street, donde permanecía absorto en mangas de camisa, mostrando los tirantes rojos de su uniforme, mientras examinaba atentamente láminas de ornitología.<sup>124</sup> A bordo del *Queen Mary* abandonó la lectura de *Birds of the Ocean* el tiempo suficiente para anotar en su diario, con una caligrafía tan vertical y dentada como la costa de Irlanda, el siguiente comentario: «Dirigir una guerra consiste, al parecer, en hacer planes y asegurarse luego de que todos los encargados de llevar[los] a cabo no se peleen entre sí en vez de hacerlo con el enemigo».<sup>125</sup>

Ahora le tocaba a él pelearse con Marshall, aunque sin levantar la voz.<sup>126</sup> El memorando estratégico en once párrafos de los norteamericanos encontró respuesta en una contrabatería británica de treinta y un puntos. El punto 5 contenía el meollo de la tesis de los ingleses:

—La principal tarea que tenemos ante nosotros este año en el teatro de operaciones europeo es la eliminación de Italia. Si lo logramos, es nuestro parecer que habremos avanzado mucho de cara a la derrota de Alemania.

Brooke remachó sus argumentos con una precisión en *staccato*. Alemania tenía actualmente treinta y cinco divisiones en Francia y los Países Bajos, más otras diez, disponibles como refuerzos, en la propia Alemania; atacar Italia habría supuesto la diversión de parte de esas tropas y el debilitamiento de las defensas frente a un ataque final de los Aliados a través del Canal de la Mancha, que en cualquier caso no sería factible hasta 1945 o 1946. Si Italia se venía abajo, los soldados alemanes habrían tenido que reemplazar a las cuarenta y tres divisiones italianas que ocupaban los Balcanes y las otras siete que vivaqueaban en el sur de Francia. Sin sus aliados italianos, era muy improbable que Berlín combatiera en el norte de Italia al sur del valle del Po. «El total de tropas que tendríamos comprometidas en la Italia continental en caso de la caída del país», estimaba un memorando del Estado Mayor británico, «no superaría las nueve divisiones».<sup>127</sup>

Un montón de estudios encuadrados en una carpeta de cuero rojo hizo avanzar aún más la causa de los británicos.

—Si Italia se viene abajo, los alemanes no podrán retener Italia y además los Balcanes, y concentrarán todas las fuerzas que puedan en la defensa de esta última región.<sup>128</sup>

El Mediterráneo ofrecía unas oportunidades tan seductoras que «tendremos una ocasión única de romper el Eje y de llevar la guerra contra Alemania a una feliz conclusión en 1944».<sup>129</sup>

Pero Brooke advertía a sus colegas norteamericanos que, si la lucha no era trasladada a Italia después de la conquista de Sicilia, «no habrá posibilidad alguna de atacar a Francia». De hecho, «cesar las actividades en el Mediterráneo una vez concluida la Operación Husky prolongaría la guerra».<sup>130</sup>

Un silencio momentáneo se abatió sobre la sala al término de la sesión. Los Aliados estaban todavía a kilómetros de distancia unos de otros, y mantenían una actitud de mutuo recelo.

—Vuestra gente no tiene la menor intención de cruzar el Canal en ningún momento —comentó un experto en planificación estadounidense a su homólogo inglés.<sup>131</sup>

El almirante Ernest J. King, el irascible jefe de las operaciones navales norteamericanas, aconsejó más tarde a sus colegas:

—Debemos desviar nuestras tropas hacia el Pacífico.<sup>132</sup>

A sugerencia de Marshall se levantó la sesión en medio del ruido de las sillas al ser arrastradas y las dos delegaciones se trasladaron al Departamento de Salud Pública. El almuerzo los aguardaba en la sala de mapas, donde el tira y afloja estratégico no dio de sí de momento más que algunas pequeñas conversaciones y el pacífico entrecuchar de los cubiertos. Aquella noche Brooke confió a su diario el siguiente pensamiento: «Estoy totalmente deprimido».<sup>133</sup>

Washington carecía del tranquilo aislamiento que había caracterizado a Casablanca cinco meses antes. Sesiones interminables, a menudo tres o más al día,<sup>134</sup> iban seguidas de obligaciones sociales también interminables, entre ellas cuatro noches consecutivas de recepciones de etiqueta.<sup>135</sup> A pesar de sus sofisticadas pinturas de guerra, la capital seguía siendo un lugar provinciano desde el punto de vista social, con unos deseos enormes de agrandar y una gran excitación por hospedar a unas personalidades militares tan distinguidas.

El público que asistía a un partido de béisbol de los Washington Nationals prorrumpió en aplausos cuando apareció una pareja de auténticos mariscales de campo en los asientos de tribuna. Bing Crosby y Kate Smith cantaron en el intermedio, mientras los visitantes intentaban adivinar la diferencia entre un *home plate* y un *home run*. Un día se ofreció una cena, en la cual, a medida que iban llegando, los invitados, debían meter la mano en un sombrero de copa —había uno para las señoras y otro para los caballeros— y extraer un cartón con el nombre de

algún famoso amante de la historia. El lugar que cada uno debía ocupar en la mesa venía determinado por los emparejamientos al azar formados de ese modo: Helena con Paris, Cleopatra con Marco Antonio, Cloe con Dafnis, o Eloísa con Abelardo. Igualmente íntima, aunque no tan arriesgada, fue una sesión privada de cine celebrada en la Casa Blanca;<sup>136</sup> se proyectó una película del Cuerpo de Ejército de Transmisiones, *La batalla de Inglaterra*; los valerosos pilotos de la Real Fuerza Aérea trepaban a sus cabinas, los Spitfires se enzarzaban en una pelea con los Messerschmitt, y los aviones que resultaban heridos de muerte se precipitaban al vacío entre espirales de humo. Churchill se quedó absorto contemplando la película, y la luz intermitente del proyector permitió ver las lágrimas que corrían por sus sonrosadas mejillas.<sup>137</sup> Sólo el calor de Washington se mostró poco acogedor, obligando a algunos británicos medio derretidos a tomar medidas desesperadas: la esposa del economista John Maynard Keynes fue encontrada enteramente desnuda ante la puerta abierta de un frigorífico Westinghouse en la casa de Georgetown en la que se alojaba la pareja.

Para librarse del Washington oficial y del Washington social, Marshall metió a los jefes del Estado Mayor Conjunto en un par de aviones de transporte para pasar un fin de semana en el sudeste de Virginia.<sup>138</sup> Al aterrizar en el aeródromo de Langley, los hombres fueron metidos como sardinas en lata en ocho coches del Estado Mayor del Ejército que estaban esperándolos; les dieron un paseo por la Route 17 para que vieran el campo de batalla de Yorktown; los ingleses aseguraron —entre carcajadas— no recordar «el nombre del tío ese que salió tan mal parado aquí» en 1781. Luego se trasladaron a Williamsburg, la antigua capital de la colonia, meticulosamente reconstruida.

Si Washington se había mostrado llena de excitación, Williamsburg se quedó boquiabierta al ver llegar a los visitantes.<sup>139</sup> El césped de las casas había sido debidamente cortado, los setos y las madreselvas habían sido podados. En el Williamsburg Inn, se extrajeron de los cajones de los almacenes de guerra las mantelerías y las vajillas de porcelana, y se sacó brillo y más brillo a la plata. Los carpinteros fabricaron una nueva mesa para que cupieran los trece comensales, y se arreglaron los focos para iluminar los cerezos silvestres. Alguien logró saltarse las restricciones gubernamentales relativas al freón para conseguir los dos únicos tanques de refrigerante que había al sur de Richmond: la posada gozaría de un agradabilísimo aire acondicionado.

John D. Rockefeller, Jr., que había financiado la restauración de Williamsburg, se enteró de la visita y proporcionó varios miembros de su servidumbre para que supervisaran los preparativos de la cena. Escandalizado al tener noticia de que

podiera utilizarse crema de calidad inferior para elaborar el helado, Rockefeller mandó que se enviara un recipiente grande de crema fresca desde su finca de Pocantico Hills, en Nueva York, así como frutas y quesos selectos, mientras que en su club privado de Manhattan se preparó sopa de tortuga fresca *à la Maryland*, que requería dos días de cocción a fuego lento. Sopa de tortuga, crema, frutas, queso, y una partida de jerez fueron depositados debidamente en la repisa superior de un vagón Pullman en Penn Station por un mayordomo atareadísimo, que bajó corriendo del tren en Richmond cuatro horas más tarde y continuó trayecto con supreciado botín hasta Williamsburg en limusina.

Poco antes de las cinco de la tarde del sábado 15 de mayo, el convoy de altos mandos dobló la esquina de Queen Street y apareció en Duke of Gloucester Street para detenerse ante el antiguo edificio del Capitolio, donde fueron saludados por un portero negro vestido con la librea del tiempo de las colonias. Tras admirar las molduras de madera pulida y el retrato del joven George Washington, fueron dando un paseo hasta la Raleigh Tavern, donde tomaron una merienda informal a base de bocadillos y pan de canela en la Sala Daphne, debidamente regada con té y whisky con soda. Llegó así la hora de trasladarse a la posada, donde el fuego chisporroteaba en las dos chimeneas del vestíbulo —a la mierda el freón— y se sirvieron julepes de bourbon en unas copas fabricadas por un platero de la localidad. La cena, que comenzó a las 20:15, constó del menú suministrado por Rockefeller, más cocktail de carne de cangrejo, jamón de Virginia, *beaten biscuits*, y un champaña Heidsieck Dry Monopole de 1929. Todos coincidieron en afirmar que el helado de fresa estaba divino.

Tras el café y el brandy, Marshall invitó a sus huéspedes a hacer una excursión a medianoche hasta el palacio colonial del gobernador, espléndidamente iluminado con cientos de velas en cada sala y en los jardines. Sir Dudley Pound, primer lord almirante, se perdió en el laberinto de setos recortados con formas animalescas y tuvo que pedir ayuda a los demás militares, que corrieron a salvarlo, y lo único que consiguieron fue perderse ellos también, en medio de una escandalera propia de chiquillos.

El domingo por la mañana, después del desayuno en la terraza, los jefes del Estado Mayor jugaron al croquet en el césped o se fueron a nadar utilizando bañadores prestados.<sup>140</sup> Brooke, que estaba meditando si se gastaba o no mil quinientas libras en una colección en cuarenta y cinco volúmenes de las *Aves de Gould*, salió a pasear con sus binóculos en busca de tordos americanos y pájaros carpinteros vellosos. Antes de trasladarse al aeródromo para tomar el vuelo de regreso, los altos oficiales dieron un paseo hasta la iglesia parroquial de Bruton,

donde los ujieres los guiaron hasta el banco del general Washington. Los feligreses atestaban el santuario, llenando los dos pasillos del transepto con sillas plegables una vez que los bancos quedaron ocupados en su totalidad. A Dudley Pound, que tenía un tumor cerebral sin que nadie lo supiera y al que quedaban sólo pocos meses de vida, le pidieron que leyera las Sagradas Escrituras. Se colocó ante el atril, abrió el libro por el capítulo sexto de Mateo y exclamó: «Aprended de los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan ni hilan». Pound acabó su lectura diciendo con voz potente:

No os inquietéis, pues, por el mañana; porque el día de mañana ya tendrá sus propias inquietudes; bástale a cada día su afán.

Mientras sus jefes del Estado Mayor se dirigían al sur, Roosevelt y Churchill se fueron al norte. Acompañados por Eleanor Roosevelt y Harry Hopkins en la limusina y por una escolta motorizada encargada de abrir calle, subieron por Massachusetts Avenue antes de salir de la capital por Wisconsin Avenue camino del lugar de descanso presidencial llamado Shangri-La —y luego rebautizado Camp David—, en los montes Catoctin, en el centro de Maryland.<sup>141</sup> Mirando una valla publicitaria de los caramelos Barbara Fritchie, Roosevelt recitó una estrofa de la balada de John Greenleaf Whittier acerca de la legendaria heroína de la Guerra Civil que desafió a las tropas rebeldes que pasaban ante su casa haciendo ondear desde su ventana la enseña de las barras y las estrellas.<sup>142</sup>

«Disparad, si es vuestra obligación, contra esta vieja cabeza encanecida, Pero no toquéis la bandera de vuestro país», dijo.

Para sorpresa del presidente, Churchill «recitó entonces el poema entero», sesenta versos ni más ni menos: «Se asomó cuanto pudo a la ventana, / y la agitó con regia voluntad». Los Roosevelt y Hopkins no tardaron en acompañar la recitación del primer ministro repitiendo el estribillo: «Disparad, si es vuestra obligación...».<sup>143</sup>

Durante tres días los dos mandatarios se distendieron en los serenos prados de Shangri-La, durmiendo la siesta en las cabañas de madera, pescando truchas, discutiendo acerca de la acalorada marcha de las tropas confederadas por aquellas colinas camino de Gettysburg ochenta años antes. Otro de los invitados, Anna, la hija de Roosevelt, escribió a su marido el 14 de mayo que Churchill «se hurga los dientes todo el rato con el palillo durante la cena y utiliza deliberadamente rapé. Los estornudos que pega a continuación sacuden prácticamente los cimientos de la casa ... Me quedé admirando su cajita de rapé y descubrí que era una que había

pertenecido en otro tiempo a lord Nelson». <sup>144</sup> El presidente se sentaba a menudo junto a una ventana a contemplar su amada colección de sellos; cuando Churchill se ponía demasiado pesado pidiendo más tanques o más aviones, más de esto o más de lo otro, Roosevelt le cortaba en seco cogiendo algún sello y poniéndolo a la luz mientras decía:

—¿No es ésta toda una belleza de Terranova?

Otras veces, para liberar al presidente de las «horas Winston», entraba cualquier secretario a avisarle de que tenía alguna llamada imaginaria por teléfono. <sup>145</sup>

Aparte de su responsabilidad última como salvadores del mundo, ambos gobernantes tenían mucho en común. Compartían la pasión por el secretismo, los embustes y la historia militar. Roosevelt «adoraba la faceta militar de los acontecimientos», escribía un subordinado suyo, «y en ese terreno le gustaba llevar las riendas», <sup>146</sup> mientras que Churchill parecía imaginarse que era la reencarnación de su famoso antecesor, el duque de Marlborough, vencedor de los franceses en Blenheim en 1704. A pesar de la resistencia que en aquellos momentos ofrecía a la estrategia italiana de Churchill, el presidente tenía sus propias «tendencias diversionistas» y sentía una fascinación por el Mediterráneo casi tan profunda como la del primer ministro. <sup>147</sup> Ninguno de los dos olvidó nunca, ni intentó olvidar, el sufrimiento que la guerra había causado a tanta gente. (Marshall enviaba regularmente a Roosevelt gráficas confeccionadas con brillantes colores, en las que se detallaban las cifras de bajas sufridas en los últimos combates, «para que quedara todo bien claro».) <sup>148</sup> Desde luego la admiración y el afecto del presidente norteamericano por el *premier* británico se hicieron más profundos.

—¿No es maravilloso tener a este viejo *tory* a nuestro lado? —preguntó en una ocasión. <sup>149</sup>

Y, sin embargo, por mucho que Churchill se le acercara, no podría nunca llegar a estar más cerca. Sociable y encantador, en el fondo Roosevelt seguía siendo opaco, misterioso, irreconocible en lo que un secretario suyo llamaba «su interior densamente poblado». Intentar seguir su proceso mental, decía Henry Stimson, era «como perseguir un haz de luz errante por una habitación vacía». Rara vez daba órdenes, antes bien hacía saber que «deseaba que se hicieran las cosas». <sup>150</sup> Ningún político fue nunca mejor que él a la hora de resolver problemas haciendo caso omiso de ellos; Roosevelt podía elevar la inacción a una forma de arte. No obstante, en más de veinte ocasiones rechazó el consejo de sus asesores militares para seguir sus propios instintos, como hiciera cuando decidió invadir el Norte de África el

mes de noviembre anterior. «No tiene una mentalidad metódica», señalaba un observador británico, y los jefes del Estado Mayor norteamericano no habrían podido hacer otra cosa más que darle la razón.<sup>151</sup>

—El presidente —dijo una vez Eleanor— no «piensa» nunca. ¡*Decide!*<sup>152</sup>

Resumía su filosofía política en dos adjetivos: demócrata y cristiano. Un poco más matizadas estaban sus Cuatro Libertades inalienables —de expresión, de culto, de necesidad, y de temor—, que expresó en su mensaje sobre el Estado de la Unión de enero de 1941.<sup>153</sup> Unos meses antes, había empezado a soñar con el mundo de posguerra, y si mantenía a Churchill a cierta distancia era en parte porque su visión no incluía la restauración de los imperios coloniales. Es muy probable que hablara sinceramente cuando dijo al primer ministro:

—¡Qué gracioso resulta vivir en la misma década que usted!<sup>154</sup>

Sin embargo, la observación que hizo a su hijo Elliott encerraba también una fría convicción:

—Gran Bretaña está en decadencia.<sup>155</sup>

Norteamérica estaba en auge y Roosevelt tenía buenas razones par esperar que sus compatriotas poseyeran la energía necesaria para reconstruir un mundo mejor: un sondeo de opinión Roper publicado poco después, pero que fue filtrado secretamente a la Casa Blanca ese mismo jueves, revelaba que más de las tres cuartas partes de los entrevistados estaban de acuerdo en que Estados Unidos debía desempeñar un papel global más importante cuando terminara la guerra.<sup>156</sup> Casi otros tantos creían que el país debía desarrollar un «plan para ayudar a otras naciones a recuperarse», y más de la mitad sostenía que los norteamericanos debían «tomar parte activa en alguna especie de organización internacional con un tribunal de justicia y una fuerza policial lo bastante fuerte como para poner en vigor sus decisiones». El presidente encontraba igualmente alentador que el 70 por 100 de los ciudadanos aprobara su liderazgo de la guerra y que dos terceras partes estuvieran a favor de su reelección en 1944 si el mundo seguía en guerra.

Pero si Gran Bretaña estaba en decadencia, también lo estaba personalmente Roosevelt, como sin duda alguna él mismo podía comprobar. Los que lo habían visto en Casablanca se sintieron decepcionados al contemplar el aspecto tan frágil que tenía ahora, y ni todos los hermosos sellos de Terranova podían contribuir a su pleno restablecimiento. «Hay algo atractivo y patético a la vez en este hombre», escribía en su diario un diplomático inglés. «El gran torso, la cabeza enorme y espléndida, la figura magnífica, inmóvil, anclada en un sofá o en un sillón, mientras



es trasladado de una habitación a otra.»<sup>157</sup> Roosevelt hablaba poco de su salud, excepto alguna queja sobre una sinusitis recurrente.<sup>158</sup> No era más que otro secreto de esos que tanto le gustaba guardar.<sup>159</sup>

Las negociaciones se reanudaron a las diez y media de la mañana del lunes. La camaradería y el buen humor hicieron repentinamente su aparición como pompas de jabón, y durante tres días la situación siguió en punto muerto mientras los altos mandos del ejército continuaban con sus discusiones. Brooke y sus colegas británicos renunciaron a sus designios imperiales en el Mediterráneo y a todo tipo de estratagemas periféricas; antes bien, afirmaban, una campaña italiana «en el espíritu de la persecución de la presa» significaría una forma de aprovechar la victoria en Sicilia, de sacar a Roma de quicio y de desequilibrar a Berlín.<sup>160</sup> Los norteamericanos no daban su brazo a torcer y declararon que no permitirían que ningún tipo de fuerzas terrestres o navales estadounidenses salieran a combatir más allá de Sicilia.<sup>161</sup> Marshall, cuyas hirsutas cejas le daban el adusto aspecto de un personaje bíblico, recordó a sus colegas que «en el Norte de África una fuerza alemana relativamente pequeña» había librado una fastidiosa campaña de retaguardia durante seis meses; una decisión por parte de los alemanes de combatir en Italia «podría hacer que las operaciones previstas resultaran extremadamente difíciles y que llevaran mucho tiempo».<sup>162</sup>

Casi cuarenta secretarios y oficiales de plana mayor rondaban por detrás de sus superiores, buscando documentos o sacando aquellas carpetas de cuero rojo para demostrar tal o cual punto o poner en cuestión tal o cual afirmación. A las cuatro y media de la tarde del miércoles, Marshall llegó al límite. Los jefes del Estado Mayor Conjunto tenían previsto reunirse con Roosevelt y Churchill en la Casa Blanca al cabo de dos horas; confesar que el alto mando seguía enfrentado probablemente significara ceder la planificación de la estrategia al presidente y al primer ministro, perspectiva horripilante para cualquier hombre vestido de uniforme. Marshall propuso que saliera todo el mundo de la habitación excepto los jefes del Estado Mayor. Los supernumerarios abandonaron la sala; noventa minutos después volvía a abrirse la puerta y sobre la mesa de caoba se encontraba un acuerdo.

Era una curiosa solución de compromiso, pues al fin y al cabo se trataba de una componenda.<sup>163</sup> Se lanzaría un ataque a través del Canal de la Mancha —la fecha prevista se fijó para al cabo de cincuenta semanas, el 1 de mayo de 1944— «para asegurar un puesto en el Continente desde el cual puedan llevarse a cabo ulteriores operaciones ofensivas». Para reunir las veintinueve divisiones necesarias

para esa invasión, que no tardaría en recibir el nombre en clave de Overlord, serían trasladadas desde el Mediterráneo cuatro divisiones norteamericanas y tres británicas una vez finalizada la campaña de Sicilia, con el fin de situar sus bases en Gran Bretaña. En cuanto al Mediterráneo, el comandante en jefe de las fuerzas aliadas en el Norte de África, el general Dwight D. Eisenhower, recibió instrucciones para planificar las operaciones que, tras la conquista de Sicilia, parecieran «mejor calculadas para eliminar a Italia de la guerra y retener al mayor número posible de fuerzas alemanas». Los jefes del Estado Mayor calculaban que al final Eisenhower se quedaría con veintisiete divisiones y tres mil seiscientos aviones para continuar la guerra contra el «vientre blando», aunque no se especificaba en ningún momento una invasión directa de Italia.

Se había cortado al niño en dos mitades, solución que tal vez satisficiera a las partes en disputa, pero que no auspiciaba nada bueno para el niño.<sup>164</sup> Mientras los oficiales recogían sus papeles y cerraban sus carteras, un trueno resonó en todo Washington. La lluvia no tardó en descargar sobre la ciudad proveniente del oeste, poniendo fin al calor.

Tridente se prolongaría durante una semana más. Si bien el desacuerdo fundamental había sido soslayado, había una decena de problemas más que requerían solución, empezando por la asignación de las flotas a las operaciones en el Pacífico. La rutina social siguió adelante sin compasión. En una recepción en el South Lawn de la Casa Blanca, la banda de los marines interpretó algunas melodías de Stephen Foster y el «Himno de Batalla de la República», mientras los invitados tomaban café helado y contemplaban a los turistas que los miraban desde el otro lado del seto. Durante un almuerzo en la embajada británica el día 22 de mayo, Churchill, animado por el whisky, declaró que esperaba que «Inglaterra y Estados Unidos dirijan el mundo ... ¿Por qué habría que pedir disculpas por la superioridad anglosajona?». El vicepresidente Henry A. Wallace, en tono de broma, acusó al primer ministro de defender «el anglosajonismo *über Alles*». Churchill rechazó semejante imputación.

—Los anglosajones —que pronunció *anglochajones*— somos los únicos que realmente sabemos dirigir el espectáculo.<sup>165</sup>

El pobre Brooke abandonó el almuerzo para ir a cortarse el pelo, pero tropezó y cayó rodando catorce peldaños de piedra.<sup>166</sup> Lleno de golpes y magulladuras, encontró consuelo en la compra de dos libros raros sobre pájaros que descubrió en una tienda de la ciudad.<sup>167</sup>

Rara vez satisfecho y nunca quieto, Churchill amenazaba ahora con dar la nota. El lunes 24 de mayo, tuvo levantado a Roosevelt hasta las dos y media de la madrugada. (Una vez concluido Tridente, el presidente, agotado, se refugiaría en su finca de Hyde Park y dormiría diez horas durante tres días consecutivos.<sup>168</sup>) Después, ese mismo día, el *premier* británico intentó rechazar la solución de compromiso alcanzada por la Junta de Jefes del Estado Mayor, porque en ella no se defendía específicamente la invasión de Italia. Suscitó también la idea de un ataque continuo sobre Yugoslavia y Grecia. Ante lord Moran, su médico personal, añadió:

—¿Se ha dado usted cuenta de que el presidente está muy cansado? Su mente parece embotada. Da la impresión de haber perdido su maravillosa elasticidad ... No puedo dejar que las cosas se queden así.<sup>169</sup>

Harry Hopkins advirtió a Churchill que si hacía eso, se arriesgaba a que las cosas acabaran de mala manera; incluso Roosevelt se quejó de que el primer ministro actuaba como un «niño mimado».<sup>170</sup> Debidamente escarmentado, Churchill se avino a volar desde Washington a Argel para entrevistarse con Eisenhower, llevándose consigo a Brooke lleno de cardenales y a un Marshall malhumorado, que se comparó a sí mismo con «una maleta».<sup>171</sup> Hopkins le dijo a Moran:

—Hemos acabado por evitar todo tipo de controversia con Winston. Creemos que es demasiado para nosotros.<sup>172</sup>

El médico reconoció que Churchill «está tan absorto en sus ideas que no le interesa lo que piensen otras personas».

No obstante, la energía de su retórica demostró ser un buen tónico, como había sucedido tantas veces con anterioridad.<sup>173</sup> Un brillante miércoles, a mediodía, tuvo lugar una sesión conjunta del Congreso en la Cámara de Representantes, a la que asistió el hijo del embajador británico, joven subalterno que había perdido las dos piernas en el Norte de África y que entró en silla de ruedas en la galería de la Cámara conducido por su padre, hombre de elevada estatura y hombros caídos. El día anterior, Churchill se había pasado casi diez horas dictando fragmentos de su discurso a sus pacientes mecanógrafos, y subió al estrado sujetándose las solapas de su traje oscuro, alargando las vocales y recordando a los hombres libres de todo el mundo que el camino era largo, pero la causa justa.

—La guerra está llena de misterios y sorpresas. Un mal paso, una dirección equivocada, un error de estrategia, la discordia o el desfallecimiento entre los Aliados, podrían dar al enemigo común fuerza para enfrentarse a nosotros —dijo

—. Es en la prolongación de la guerra a unos costes tan enormes, hasta que las democracias se cansen, se aburran o rompan su alianza, en lo que probablemente residan ahora las mayores esperanzas de Alemania y Japón.<sup>174</sup>

Al cabo de cincuenta minutos terminó su alocución, como solía hacerlo, remontándose a las alturas:

Mediante la firmeza de nuestros propósitos, mediante la constancia de nuestra conducta, mediante la tenacidad y el aguante —como los que hemos mostrado hasta hora—, así y sólo así podremos cumplir con nuestra obligación para con el futuro del mundo y el destino de la humanidad.<sup>175</sup>

Roosevelt se había quedado en la Casa Blanca para evitar el gentío que rodearía a Churchill cuando apareciera en público. Escuchó el discurso por la radio que guardaba en el cajón izquierdo de su gran escritorio.

—¡Qué bien escribe Winston! —dijo el presidente a su secretario—. Y es un consumado maestro haciendo frases impactantes.<sup>176</sup>

La conferencia llegó a su fin sin el melancólico sentido de hermandad que había caracterizado a la de Casablanca. La confianza mutua seguía siendo un sentimiento discontinuo, el ideal de una época en la que los hombres buenos se atreven a confiar unos en otros de momento sólo se realizaba de manera imperfecta. Estaban cansados de discutir, cansados de soportar las cargas que soportaban, cansados de toda aquella catástrofe. Sabían que habían llegado los tiempos duros y que éstos iban a requerir hombres igualmente duros.

Para los norteamericanos, la primera vuelta de la carrera más reñida del siglo había terminado, y su emblema eran los prisioneros del Afrika Korps que en aquellos momentos se encaminaban penosamente a los campos de concentración de Kansas y Oklahoma. En aquella vuelta, la que iba desde Pearl Harbor hasta la conquista de Tunicia, habían hecho falta arrojo e inventiva, unidad y agudeza organizativa. Ahora estaba a punto de empezar la larga vuelta intermedia, de duración incierta, por un terreno indeterminado, y pocos dudaban que se necesitarían nuevas virtudes: capacidad de aguante, pertinacia y una voluntad inflexible.

Por primera vez, el alto mando de los Aliados se había reunido con una clara sensación de que iban a ganar la guerra, al menos en Europa; no se sabía ni cuándo ni cómo, pero la iban a ganar. «La dulce luz de la victoria empieza a rielar sobre todo el ámbito de la guerra mundial», como diría Churchill en la Cámara de los Comunes en junio.<sup>177</sup> Durante la conferencia, los informes llegados a diario acerca del hundimiento de submarinos confirmaban que la tendencia en ese terreno en

particular había cambiado de manera total e irreversible. El comunicado conjunto redactado por Roosevelt y Churchill con motivo de Tridente evidenciaba un optimismo descarado al dar cabida a unas cuantas mentiras piadosas, como cuando se afirmaba que «ha habido una total comunión de ideas» respecto a todos los teatros de operaciones, incluida «la guerra en el Mediterráneo».<sup>178</sup>

A pesar de esta ligera inexactitud, ahora existía un plan donde antes no había ninguno. Los ingleses habían conseguido que la guerra siguiera centrada en el Mediterráneo, al menos por un año, y que la eliminación de Italia de la coalición del Eje se convirtiera en un objetivo inmediato. Churchill había frustrado una vez más el afán de los norteamericanos por intensificar las actividades en el Pacífico a expensas del Atlántico (aunque, de hecho, la guerra de Estados Unidos contra Tokio seguiría adelante casi con la misma ferocidad que los combates en Europa). La ayuda a China continuaría, y las flotas de bombarderos de los Aliados se incrementarían todavía más, hasta ensombrecer prácticamente los cielos de Alemania y luego de Japón. Los británicos habían expuesto unas teorías ridículas —«echaron demasiado hierro», como decía un crítico— con el fin de vencer el escepticismo de los yanquis, afirmando que no era probable que Alemania peleara denodadamente por la Italia continental; que el compromiso a largo plazo de los Aliados en Italia seguramente requiriera sólo nueve divisiones, y que no haría falta una ocupación en toda regla; y por último que una pelea dura en el Mediterráneo comportaría el fin de la guerra en 1944. Todas estas profecías resultaron falsas.<sup>179</sup>

Los norteamericanos habían conseguido frenar la campaña del Mediterráneo: en otoño, siete divisiones se trasladarían a Gran Bretaña y no se enviarían al sur refuerzos adicionales. Arrancaron también la promesa de que los Aliados invadirían el oeste de Francia en una fecha concreta. El trato, comentó Roosevelt a un subordinado, era «el mejor que he podido conseguir en este momento».<sup>180</sup> Ni el presidente ni sus señores de la guerra habían dado respuesta a las legítimas cuestiones planteadas por los ingleses acerca de cómo, una vez cerrada la espita en el Mediterráneo, iban a mantener ocupadas a las fuerzas alemanas durante tantos meses, hasta que pudiera organizarse en Francia la Operación Overlord; o cómo iba a apaciguarse a los rusos, si los angloamericanos desaparecían de escena durante todos esos meses; o si no sería prudente hacer que las fuerzas del Eje se retiraran del Muro Atlántico obligando a Berlín a reforzar su flanco sur.

Los Aliados tenían ahora un plan donde antes no había ninguno, pero todavía estaba por ver si se trataba de un buen plan. Desde luego era muy vago. La forma en que se dejara fuera de combate a Italia quedaba al arbitrio del comandante en jefe

sobre el terreno, el general Eisenhower, y la intención concomitante de retener «el mayor número posible de fuerzas alemanas» implicaba una guerra de desgaste y oportunismo, más que un objetivo estratégico claro.

El envío de los ejércitos aliados al Norte de África y ahora a Sicilia había generado su propio impulso y su propia lógica.<sup>181</sup> Del afán de encontrar la cuadratura del círculo surgió un plan estratégico ligeramente absurdo que seguirían los angloamericanos hasta el final de la guerra: un vapuleo constante de la Festung Europa desde el aire y desde el flanco sur, que preparaba el escenario para una invasión a través del Canal de la Mancha cuyo objetivo final era Berlín. Estaba asimismo por ver si podría llevarse a cabo una campaña mínimamente seria en el Mediterráneo sin una ulterior complicación de los problemas, y si el enemigo iba a reaccionar como los estrategas del bando aliado esperaban que reaccionara.

El mayor logro alcanzado por los delegados que participaron en la Conferencia Tridente quizá no fuera trazar grandes flechas en un mapa, sino reafirmar su humanidad.<sup>182</sup> Ése era su verdadero lenguaje común: compartían unos valores de decencia y dignidad, de tolerancia y respeto. A pesar de las peleas mezquinas y de toda esa esgrima intelectual, los unían unos lazos de hermandad basados en quiénes eran, en qué creían y por qué luchaban. Esa hermandad podía vislumbrarse, como podría ser avistado cualquiera de los hermosos pájaros de Brooke, en la amabilidad con que Churchill ponía una manta a Roosevelt sobre los hombros, o en la inflexible determinación de ambos líderes de hacer la guerra aunque no les gustara.

A las cuatro de la tarde del martes 25 de mayo, precisamente dos semanas después de su llegada, Churchill recorrió los estrechos pasillos del ala oeste de la Casa Blanca hacia el Despacho Oval.<sup>183</sup> Su partida en un hidroavión desde Gravelly Point, en el Potomac, estaba prevista para la mañana siguiente; el primer ministro tenía las maletas hechas y se había despedido o no tardaría en despedirse de todo el mundo. El nombre cifrado del vuelo que iba a emprender a la mañana siguiente había sido corregido varias veces durante las últimas cuarenta y ocho horas — primero se había llamado WATSON, luego COCHE ROJO y por fin ESTUDIANTE— y, como ninguna de aquellas palabras le sonaban debidamente belicosas, el primer ministro había insistido en vano en que lo cambiaran por NEPTUNO.

Roosevelt estaba sentado en su silla de ruedas sin brazos. El sol inundaba la Rosaleda, situada ante la Puerta Francesa. Se habían instalado cristales antibala en las ventanas que daban al sur, pero el presidente había rechazado varias de las propuestas de seguridad más exageradas, entre ellas la colocación de

ametralladoras en la terraza y de compartimentos estancos en las puertas exteriores para disminuir la efectividad de un eventual ataque con gases venenosos.<sup>184</sup> Con Churchill a su lado, Roosevelt hizo un gesto con la cabeza y un ayudante abrió la puerta del despacho para dar entrada a la enorme caterva de reporteros que iban a asistir a la octingentésima nonagésima novena rueda de prensa de su presidencia.<sup>185</sup>

—Estamos tremendamente felices de tener otra vez aquí al Sr. Churchill —dijo a los periodistas después que éstos entraran en la sala—. Considerando la magnitud de nuestros problemas, estos debates se han concluido prácticamente en un tiempo récord —Roosevelt se volvió hacia el primer ministro y añadió: —Creo que está dispuesto a responder a casi —subrayando el *casi*— todas sus preguntas.

—Señor primer ministro —dijo un reportero—, ¿puede hablarnos en general sobre los planes de futuro, empezando probablemente por Europa?

—Nuestros planes para el futuro —replicó Churchill— consisten en continuar esta guerra hasta que se consiga la derrota incondicional de todos los que nos han hostigado, y esto vale igualmente para Asia y para Europa.

Roosevelt sonrió y dijo:

—Creo que la palabra «hostigamiento» u «hostigar» es uno de los mejores ejemplos que conozco de la moderación habitual en usted.

Los reporteros lanzaron unas risitas tímidas.

—Tengo curiosidad por saber —preguntó uno de ellos— qué piensa usted que está pasando por la mente de Hitler en estos momentos.

Las risitas se convirtieron en franca carcajada.

—Apetito desenfrenado, ambición desmedida... ¡El mundo entero! —dijo el primer ministro—. El apetito de ese malvado no tiene fin. Yo diría que ahora se arrepiente de no haber frenado su pasión antes de poner a una parte tan grande del mundo contra él y contra su país.

—¿Le importaría decir algo acerca de Mussolini e Italia?

Churchill frunció el ceño.

—Creo que constituyen un problema más leve que Alemania.

La cosa siguió igual, pregunta tras respuesta, y los reporteros quedaron tan hechizados que al final resultó que habían interrumpido la rueda de prensa con sus risas en veintiuna ocasiones.

Los Aliados no tenían intención de quedarse con el territorio italiano después de la guerra ni de emular las barbaridades del Eje. Churchill añadió:

—No ensuciaremos nuestro nombre con ningún acto inhumano.

En cuanto al pueblo italiano, dijo:

—Ha pecado... se ha equivocado dejándose embaucar por una tiranía muy elaborada... Pero tendrá su propia vida en la nueva Europa.

El primer ministro se levantó todo lo que daba de sí su metro setenta y cinco de estatura:

—Ahora nosotros somos el animal grande —dijo— que se crece a expensas del animal más pequeño, y no hay que darle tregua ni oportunidad de recuperarse.<sup>186</sup>

La puerta volvió a abrirse y los periodistas empezaron a desfilar con desgana hacia la salida. Aprovechando la ocasión, el primer ministro se subió a su silla con una insospechada agilidad; pareció por un momento que se tambaleaba, pero enseguida se elevó por encima de los flashes, del presidente que sonreía amablemente, y de los escritorzuelos que le aplaudían, haciendo una y otra vez la «V» de la victoria con sus dedos gordezuelos.



# Primera parte

## Al otro lado del Mediterráneo

### OBLIGAR AL MUNDO A ENTRAR DE NUEVO EN RAZÓN

El sol picaba sobre la ciudad blanca y manchada, el sol de julio que escocía en los ojos y hacía que el mar pasara del color vino a una tonalidad plateada. Los soldados se hacinaban a la sombra de los toldos de los vendedores y se arrimaban al socaire de los edificios de alabastro que descendían hacia el puerto. El sudor oscurecía los cuellos y los puños, especialmente los de las tropas de combate que vestían gruesos uniformes de sarga espigada. Algunos se habían quitado la corbata, pero la llevaban doblada y plegada en el cinturón para poder ponérsela otra vez rápidamente. El general a su mando había sido visto por los muelles y todos sabían que George S. Patton, Jr., habría puesto una multa de veinticinco dólares a cualquier soldado que pillara sin casco o sin corbata.<sup>1</sup>

Argel era un hervidero de soldados después de ocho meses de ocupación aliada: yanquis e ingleses, kiwis y gurkhas, marineros rasos y oficiales de la Armada, y marinos mercantes que por la noche caminaban con las pistolas desenfundadas para mantener a raya a los bandidos que infestaban el puerto.<sup>2</sup> Las tropas paseaban por los bulevares y los zocos, silbando a las chicas asomadas a los balcones o hurgando entre los objetos expuestos en las tiendas en busca de algún souvenir definitivo. Los marineros, con camisas de algodón y gorras blancas, se mezclaban con los franceses de origen senegalés tocados con feces rojos, y con los *boums* barbudos, con sus coletas trenzadas y albornoces de rayas. Los prisioneros alemanes cantaban *Erika* cuando marchaban en columna, debidamente vigilados, camino de los cargueros que debían trasladarlos a sus campos de concentración en el Nuevo Mundo. Los veteranos ingleses en traje de campaña respondían con una cancioncilla desvergonzada llamada *El Alamein*<sup>3</sup> —«Tralalí, tralaló, y hasta allí el

cabrón llegó»—, mientras que los norteamericanos cantaban a voz en grito «Dirty Gertie from Bizerte»,<sup>4</sup> que, según se decía, había llegado a tener hasta doscientos versos, a cuál más procaz. «¡Arena en tus zapatos!»,<sup>5</sup> se decían unos a otros —el equivalente norteafricano de «¡Buena suerte!», y poniendo cara de entendidos levantaban el dedo índice en forma de «I», aludiendo a la «invasión».<sup>6</sup>

Los tranvías eléctricos adelantaban con su peculiar estridencia a los carros de vino tirados por caballos, y a su vez eran adelantados por los jeeps que pasaban como una exhalación. El exceso de velocidad entre los conductores del ejército estaba tan generalizado que la Policía Militar embargaba los vehículos que contravenían la norma, aunque el general Eisenhower había decretado una amnistía general para los coches militares «que llevaran las insignias de un oficial superior».<sup>7</sup> Los argelinos iban en su mayoría a pie o recurrían a la bicicleta, la carretilla y, según señala un testigo, «toda variedad imaginable de coches: calesas, faetones, calesines, carros, tálburis y landós».<sup>8</sup> Los jóvenes franceses paseaban por las avenidas con sus sombreros de cinta estrecha y sus chaquetas raídas.<sup>9</sup> Los niños árabes correteaban por las callejuelas luciendo unos pantalones hechos de petates robados, con dos agujeros para pasar las piernas, y el sello con el nombre y el número de su anterior propietario en el lomo.<sup>10</sup> Mendigos harapientos con la cabeza velada llevaban túnicas fabricadas con colchas viejas del ejército, que también servían como sudario para los muertos. Las únicas mujeres de Argel que llevaban medias eran las prostitutas del bar del Hotel Aletti,<sup>11</sup> de las que se decía que eran las asalariadas más ricas de la ciudad, a pesar del bando prohibiendo la prostitución que habían publicado las autoridades militares en el mes de mayo.<sup>12</sup>

Por encima de todo ello, a primera hora de la tarde del 4 de julio de 1943, en la rue Michelet, en el barrio más elegante de la ciudad, una banda militar francesa desfilaba al son nada familiar por aquellos contornos de *The Star-Spangled Banner*.<sup>13</sup> Por detrás de los instrumentos de madera y de las tubas asomaban los arcos moriscos encalados y el tejado almenado del Hotel St. Georges, sede del Cuartel General de las Fuerzas Aliadas en el Norte de África. Las ramas de las palmeras sombreaban el patio, y el aroma de las buganvillas era transportado por la leve brisa.

El vicealmirante Henry Kent Hewitt permaneció en posición de firmes hasta que el himno llegó a su fin. Eisenhower, congelado también en posición de firmes a la derecha de Hewitt, había condenado todo tipo de celebraciones nacionales por considerarlas una distracción de la labor trascendental que se llevaban entre manos, pero los británicos habían insistido en honrar a sus primos de América con una breve ceremonia. Los últimos compases del himno se desvanecieron y comenzaron

las salvas. Sobre las azoteas de la ciudad baja y la magnífica medialuna de la bahía de Argel, Hewitt vio una nubecilla gris levantarse del navío de S. M. *Maidstone*, y luego oyó la primera descarga. Nubecilla tras nubecilla, detonación tras detonación, retumbando en las colinas, el *Maidstone* disparaba cañonazos al mar desde más allá del rompeolas.

Diecinueve, veinte y veintiuno. Hewitt separó la mano de la frente, pero las descargas continuaban, y por el rabillo del ojo el almirante vio a Eisenhower con la mano derecha pegada todavía a la visera de su gorra color caqui.<sup>14</sup> A diferencia de la Marina, con sus veintiuna salvas de honor como máximo, el ejército de tierra estadounidense disparaba el Día de la Independencia cuarenta y ocho cañonazos, uno por cada estado, protocolo que había observado la tripulación del *Maidstone*. Hewitt volvió a adoptar la posición de firmes hasta que cesaron los cañonazos, y tomó nota de otra diferencia entre las dos armas hermanas.

Una vez concluida la ceremonia, Hewitt atravesó precipitadamente el patio y el vestíbulo, con su pavimento de mosaico, y se metió en su despacho, en el mismo pasillo que la suite de Eisenhower, situada en la esquina. Todos los rincones del St. Georges estaban atestados de oficiales de plana mayor y del equipo de comunicaciones. Ocho meses antes, a punto de producirse la invasión del Norte de África, los planes de los Aliados habían previsto que el Cuartel General de las Fuerzas Aliadas o CGFA estuviera compuesto por un máximo de setecientos oficiales, cifra que un mando calificaba de «dos o tres veces exagerada». Ahora esa cifra se acercaba a los cuatro mil,<sup>15</sup> entre los cuales había casi doscientos coroneles y generales; todo un batallón de auxiliares, funcionarios, cocineros y diversos ayudantes hacía que el total de los integrantes del CGFA ascendiera a doce mil personas.<sup>16</sup> Los mensajes militares que entraban y salían de Argel a través de siete cables submarinos equivalían a dos terceras partes del total del tráfico de comunicaciones del Departamento de Guerra.<sup>17</sup> Ningún mensaje sería más trascendental que la orden secreta dictada aquella mañana: «Póngase en marcha Operación Husky».<sup>18</sup>

Hewitt no había estado nunca tan atareado, ni siquiera antes de la Operación Antorcha, la invasión del Norte de África. Luego había estado al mando de la fuerza naval expedicionaria encargada de transportar desde Virginia hasta Marruecos a los treinta mil soldados de Patton, hazaña realizada con un éxito tan extraordinario — no se había perdido ni un solo hombre en aquella azarosa travesía— que Hewitt recibió su tercera estrella y el mando de la VIII Flota de la Marina estadounidense

en el Mediterráneo. Después de cuatro meses en casa, había llegado a Argel el 15 de marzo y desde entonces cada minuto que había pasado despierto lo había dedicado a estudiar cómo depositar de nuevo a Patton y sus legiones en una playa enemiga.

Era un almirante de combate que no vestía el cargo, a pesar de la Cruz de la Marina que lucía en su uniforme blanco de verano, obtenida por su heroísmo como capitán de destructor durante la primera guerra mundial. A Hewitt el servicio naval le hacía engordar, o mejor dicho le hacía engordar todavía más, y durante su estancia en Argel intentó mantenerse en forma saliendo a montar a caballo cada mañana al alba con unos espahíes nativos, cuya prosapia ecuestre se remontaba a los otomanos del siglo XIV. A pesar de todos sus esfuerzos, su figura, según reconocía un observador, era la de un hombre «bien relleno».<sup>19</sup> A sus cincuenta y seis años, el antiguo monaguillo y campanillero de Hackensack, New Jersey, seguía enorgulleciéndose de su capacidad de tocar con las campanillas el himno religioso *Softly Now the Light of the Day*.<sup>20</sup> Le encantaban los dobles acrósticos y su regla de cálculo Keuffel & Esser Log Log Trig, un mecanismo desarrollado en la Academia Naval durante los años treinta, época en la que había ocupado una cátedra del departamento de matemáticas de este centro.<sup>21</sup> Entre sus virtudes, que sólo pasaban desapercibidas a los menos atentos, estaban una excelente memoria, una gran predisposición a tomar decisiones y una singular capacidad para aguantar a George Patton. *The Saturday Evening Post* decía de Hewitt que era «el tipo de hombre que tiene un perro, pero el que ladra es él»;<sup>22</sup> de hecho, ni siquiera gruñía. Era comedido y reservado, buen conversador, aunque poco elegante, y un poquito ostentoso. Le gustaban las fiestas, y en Argel organizó un grupo de baile de la Marina llamado Los Cinco del Bebedero. Estableció también un comedor para los pobres con las sobras de los barcos de la Armada;<sup>23</sup> él fue el primero en estrenarlo. Poseía otras dos cualidades que le venían muy bien al país: tenía suerte y un excepcional sentido de la orientación, que en el puente de mando de un navío se traducían en unas dotes magníficas para la navegación. Kent Hewitt sabía siempre dónde estaba.

Mandó llamar su coche oficial —uno de los vehículos que gozaban del privilegio de no poder ser embargados— y se trasladó del St. Georges al puerto a través de la maraña de callejuelas que conducían hasta él. En todos los muelles que rodeaban la gran media luna de la bahía, los barcos estaban atracados de dos o tres en fondo: mercancías y fragatas, petroleros y transportadores, dragaminas y lanchas de desembarco. Otros estaban anclados más allá de las redes submarinas del puerto, protegidos por aviones de patrulla y destructores que recorrían la costa.<sup>24</sup> La Marina de Estados Unidos tenía treinta y tres combinaciones de camuflaje, desde

la «falsa ola de proa pintada» hasta el «sistema degradado con manchas», y daba la sensación de que la mayoría de ellos estaban representados en el animado atracadero de Argel.<sup>25</sup> En todas las cubiertas había un verdadero enjambre de estibadores; los brazos de las grúas iban desde la dársena a la bodega y volvían de nuevo a la dársena; las grandes grúas izaban sin parar plataformas de carga desde los muelles hasta las embarcaciones.<sup>26</sup> En todos los navíos se habían tomado precauciones contra el peligro de incendio:<sup>27</sup> se habían retirado las sillas de madera, las cortinas, el exceso de películas cinematográficas, incluso las imágenes de los mamparos; los trapos y las mantas seguían en tierra o bien estaban debidamente almacenados; los marineros —que después de zarpar llevarían camisetas de manga larga como protección frente a las quemaduras producidas por las radiaciones— habían rascado la pintura y arrancado el linóleo de todos los sollados.

El buque insignia de Hewitt, el navío de transporte y ataque *Monrovia*, se hallaba atracado en la parte de babor del amarradero 39, en el Mole de Passageurs del Bassin des Vieux. Decenas de policías militares habían subido a bordo para incrementar la seguridad, haciendo que la nave estuviera desesperadamente atestada de gente.<sup>28</sup> En muchos barcos había de diez a veinte oficiales por camarote, y las literas de los reclutas llegaban a tener cuatro pisos, pero el *Monrovia* estaba más abarrotado de gente que la mayoría.<sup>29</sup> Entre la plana mayor de Hewitt, la de Patton, y su propia tripulación, en el navío iban en aquellos momentos mil cuatrocientos hombres, más del doble de los que llevaba normalmente.<sup>30</sup> Debía transportar además, en una de esas redes de estiba que estaban siendo cargadas en la bodega, doscientos mil cartuchos de explosivos de alta potencia y ciento treinta y cuatro toneladas de gasolina.<sup>31</sup>

El almirante se apeó del coche y cruzó la pasarela, siendo recibido por un silbido del contramaestre y una serie inacabable de saludos formales. Los pasillos del *Monrovia* parecían oscuros y tristes a quien entraba en ellos procedente del brillante sol de África. Abajo, en la abarrotada sala de operaciones, los oficiales de plana mayor estudiaban atentamente el *Manual de Operaciones Navales Husky*, un tomo de diez centímetros de grosor. Veinte mecanógrafas necesitaron siete días enteros para copiar la versión definitiva, de la cual fueron distribuidas ochocientas copias a los mandos de todo el Norte de África a modo de anteproyecto de la campaña que se avecinaba.<sup>32</sup>

Hewitt se acordaba de su padre, un fornido ingeniero mecánico, que se ejercitaba haciendo flexiones con las piernas y sujetando entre los pies una pesa de cincuenta kilos.<sup>33</sup> A veces el *Manual de Operaciones Navales Husky* le recordaba a

aquella pesa. En la operación no había nada sencillo excepto el concepto básico: dentro de seis días, el 10 de julio, dos ejércitos —uno norteamericano y otro británico— desembarcarían en la costa del sudeste de Sicilia, reclamando para la causa aliada el primer territorio significativo de Europa desde que diera comienzo la guerra. Se calculaba que defendían la isla unos trescientos mil soldados del Eje, entre ellos un par de divisiones alemanas bastante capacitadas, y muchas otras que acechaban en la vecina península Italiana.

Más de tres mil buques y navíos grandes y pequeños de los Aliados<sup>34</sup> se habían concentrado para la invasión, procedentes de un extremo a otro del Mediterráneo, «la flota más gigantesca de la historia universal», como observaba Hewitt.<sup>35</sup> La mitad aproximadamente iría a sus órdenes y zarparía de seis puertos de Argelia y Tunicia; el resto zarparía de Libia y Egipto al mando de los británicos, excepto una división canadiense que vendría directamente de Gran Bretaña. En el curso de la invasión desembarcarían ochenta mil soldados del VII Ejército de Patton, y más o menos el mismo número de tropas del VIII Ejército británico, junto con algunas legiones más que posteriormente vendrían a reforzar a ambos ejércitos.

Siguiendo la compleja coreografía náutica necesaria, varios convoyes habían empezado ya a zarpar: estaba previsto que la vasta expedición se encontrara en alta mar, cerca de Malta, el 9 de julio. El intento preliminar de conquista de la pequeña isla fortificada de Pantelleria, a sesenta millas al sudoeste de Sicilia, se había concluido con éxito admirable:<sup>36</sup> tras un incesante bombardeo aéreo de tres semanas de duración, la estupefacta guarnición de once mil soldados italianos se había rendido el 11 de junio, poniendo en manos de los Aliados un buen aeródromo y la ilusión de que incluso las defensas más sólidas podían ser reducidas desde el aire.

En uno de los mamparos de la sala de operaciones se había desplegado un mapa del Mediterráneo. Hewitt era el mayor experto en operaciones anfibia de la Marina estadounidense, con una invasión a sus espaldas y otra a punto de comenzar; y antes de que finalizara la guerra vendrían otras tres.<sup>37</sup> El almirante admitía ya que una norma inviolable en todos los asaltos desde mar abierto era que las fuerzas que debían desembarcar siempre excedían a los medios encargados de transportarlas, aun contando con una armada tan enorme como aquélla. Por experiencia sabía también que siempre quedaban fuera de control dos variables: la fuerza del enemigo encargada de defender la ribera hostil y los caprichos del propio mar.<sup>38</sup>

En Husky, no sólo iba a tener que desembarcar tres veces más soldados que en la Operación Antorcha, sino que además iba al mando de una flotilla de barcos que iban a ver el combate por vez primera: nueve variaciones nuevas de lanchas de

desembarco y cinco tipos nuevos de buque de desembarco, incluido el prometedor LST, abreviatura de «landing ship, tank (buques de desembarco, tanques)», pero que según los marineros significaba «large slow target (objetivo grande y lento)». Algunos capitanes y algunas tripulaciones no habían estado nunca en el mar,<sup>39</sup> y se sabía poco acerca de la navegabilidad de las nuevas embarcaciones, de la mejor manera de vararlas, qué calado iban a tener con varios cargamentos distintos, o incluso cuántas tropas y cuántos vehículos cabían dentro de ellas.<sup>40</sup>

Se había aprendido mucho de los accidentados, por no decir caóticos preparativos de la Operación Antorcha. Por otra parte, muchas otras cosas habían sido olvidadas, habían sido mal empleadas, o se habían extraviado. La confusión existente en el Norte de África durante las últimas semanas no parecía mucho menor que la que había reinado en Hampton Roads ocho meses antes. El año anterior se habían publicado siete directivas distintas relativas a la forma en que debían ser clasificados los cargamentos procedentes de ultramar; la confusión resultante llevó a la creación de la consabida comisión, que dio lugar a la publicación de otra directiva llamada Plan Schenectady,<sup>41</sup> que a su vez dio lugar a unas clasificaciones por código de colores que debían pintarse en los contenedores, lo que en definitiva dio lugar a más confusión todavía. Cinco semanas después de que se dispusiera una alerta secreta llamada Preparativos para el Movimiento por Mar, el ejército descubrió que algunas unidades fundamentales para la realización de la Operación Husky no habían recibido nunca la orden, y por lo tanto no habían hecho planes sobre cómo debían cargar sus tropas, sus vehículos y sus armas en los convoyes.<sup>42</sup> Los planes de carga iniciales del VII Ejército también se habían olvidado de hacer sitio a las fuerzas aéreas,<sup>43</sup> cuyo equipo equivalía a una tercera parte del total de los requisitos de tonelaje del ejército de tierra. Cada unidad pretendía que se le diera más espacio; cada unidad pretendía que se le diera prioridad; y cada unidad se quejaba de la falta de sensibilidad de la Marina.<sup>44</sup>

Pese al riesgo de los ataques aéreos alemanes, las luces del puerto estaban encendidas durante toda la noche, mientras que los jefes de estiba, irritadísimos, recibían más y más cambios que suponían descargar un nuevo mercancías o reorganizar la carga de otro LST.<sup>45</sup> Los oficiales de transporte tenían que hacer frente a pequeños descuidos —la Marina había embarcado hornos de pan, pero no bandejas para pan—<sup>46</sup> y a grandes meteduras de pata, como cuando los de pertrechos enviaron equivocadamente al Mediterráneo el venenoso gas mostaza. Cuando la plana mayor de Patton reconoció ese error en concreto, el 8 de junio, las



bombas de gas tóxico habían sido cargadas ya junto con otra munición de artillería; ahora estaban —nadie sabía exactamente dónde— en las bodegas de uno o varios de los buques destinados a Sicilia.<sup>47</sup>

El secreto era importantísimo. Hewitt dudaba que tres mil embarcaciones pudieran llegar a Sicilia sin que nadie se diera cuenta, pero el éxito de la Operación Husky residía en la sorpresa. Todos los documentos que desvelaban el destino de la operación llevaban un sello con la palabra clave BIGOT («Fanático»), que aludía a su carácter de documentación clasificada, y los centinelas del cuartel general de la planificación de Husky en Argel decidían si un visitante estaba debidamente acreditado o no preguntándole si estaba «fanatizado (bigoted)» o no. («A menudo he sido partidista», contestó en una ocasión un oficial de la Marina desconcertado por la pregunta, «pero nunca he pensado que tuviera una mentalidad cerrada».)<sup>48</sup>

Soldados y marineros, como de costumbre, estaban completamente a oscuras y se hallaban sometidos a severas restricciones a la hora de escribir a su casa. Una sátira de las normas de censura leída ante la tripulación de un barco incluía la regla número 4: «No podéis decir dónde estáis, adónde vais, qué habéis estado haciendo, ni qué esperáis hacer», y la número 8: «No podéis ni debéis ser curiosos». Según la regla número 2, los hombres podían «decir que habéis nacido, siempre y cuando no digáis dónde ni por qué». Y la regla número 9 aconsejaba: «Podéis mencionar el hecho de que no os importaría ver a alguna chica».<sup>49</sup>

Un aviador intentó cumplir todos los requisitos diciendo en una carta: «Hace tres días estuvimos en X. Ahora estamos en Y». Pero quien mejor captó el sentimiento predominante fue un soldado que escribió en su diario: «Sabemos que vamos a un sitio donde va a haber lío».<sup>50</sup>

Más de medio millón de soldados norteamericanos ocupaban en aquellos momentos el Norte de África. Constituían sólo una fracción de todos los que lucían cualquiera de los uniformes de Estados Unidos en todo el mundo, pero por su identidad y por su credo representaban perfectamente lo que era aquella enorme fuerza.<sup>51</sup> Un teniente de la Marina enumeró las ocupaciones que tenían en la vida civil los mil quinientos soldados y marineros que iban a bordo de su barco a Sicilia: «granjeros y licenciados ... abogados, repartidores de cerveza, obreros de fábricas, diseñadores de herramientas, tapiceros, operarios de acerías, mecánicos de avión, guardabosques, periodistas, alguaciles, cocineros y sopladores de vidrio».<sup>52</sup> Uno había dicho incluso que su oficio era «reparador de molinos de tracción animal».

Menos de uno de cada cinco eran combatientes veteranos procedentes de las cuatro divisiones norteamericanas que llevaban largo tiempo combatiendo en Tunicia: la 1.<sup>a</sup>, la 9.<sup>a</sup> y la 34.<sup>a</sup> División de Infantería, y la 1.<sup>a</sup> División Acorazada, todas las cuales fueron destinadas a Sicilia o, después, a la Italia continental. «El soldado de primera línea que conocí», escribía el corresponsal Ernie Pyle, que recorrió a pie con ellos toda Tunicia, «había vivido durante meses como un animal y era un veterano en el feroz mundo de la muerte.<sup>53</sup> En su vida todo era anormal e inestable».

En las siete semanas transcurridas desde que acabó lo de Tunicia, aquellas tropas de combate habían intentado recuperarse al tiempo que se preparaban para una nueva campaña. «La cuestión de la disciplina ha resultado muy difícil», advertía a George Marshall el comandante en jefe de la 1.<sup>a</sup> División Acorazada.<sup>54</sup> «Hay cierta ilegalidad ... y cierta dosis de desinterés por las consecuencias de sus actos cuando los hombres están a punto de volver». En la 34.<sup>a</sup> División, «los hombres no tenían buen aspecto y parecían indiferentes», señalaba un general de división que la visitó el 15 de junio. Entre otras indignidades, había mil hombres que no tenían calzoncillos y otros quinientos sólo tenían un par. «Se sienten muy disgustados», añadía.<sup>55</sup> Mil trescientos soldados de la 34.<sup>a</sup> División acababan de ser trasladados a unidades destinadas directamente a Sicilia, lo que dio lugar a «incidentes de automutilación y deserción».<sup>56</sup> Un capitán de la 1.<sup>a</sup> División escribía a su familia diciendo: «Demasiada autocompasión; es algo de lo que todos debemos guardarnos».<sup>57</sup>

Incluso entre los combatientes veteranos, eran pocos los que se consideraban soldados profesionales tanto por la instrucción recibida como por su temperamento. Samuel Hynes, piloto de caza que luego llegó a ser catedrático de universidad, dice que lo que predominaba era «la sensación de ser civiles, y la conciencia militar era una especie de impostura».<sup>58</sup> Eran jóvenes, desde luego —la media de edad eran los veintiséis años—, y todos tenían en común la sensación de que «nuestra juventud había llegado por fin a un sitio en el que gastarla», en palabras de un piloto de bombardero, John Muirhead.<sup>59</sup>

Habían sido metidos en lo que Hynes llamaba «nuestra guerra más democrática, la única guerra americana en la que realmente funcionó un reclutamiento general [y a la que] fueron a luchar hombres de todas las clases sociales». Incluso los círculos más elitistas del país fueron echados en una misma cazuela igualitaria, el Ejército de Estados Unidos: de los 683 graduados de la universidad de Princeton de la promoción de 1942, el 84 por 100 vestía uniforme, y entre los que servían como soldados rasos había tanto estudiantes de primero como

de último curso. Durante la guerra perderían la vida veinticinco compañeros de clase, diecinueve de los cuales murieron en combate. «En este mundo se había parado todo menos la guerra», escribía Pyle, «y todos éramos hombres de una nueva profesión en una noche extraña». <sup>60</sup>

¿Y qué pensaban esos soldados de la noche extraña? «Muchos no tienen una idea clara de qué es por lo que están luchando», concluía una encuesta sobre la moral reinante en el verano de 1943, «y no saben cuál es su papel en la guerra». <sup>61</sup> Otra encuesta demostraba que más de un tercio no había oído hablar nunca de las Cuatro Libertades de Roosevelt, y apenas uno de cada diez soldados sabía enumerar las cuatro. <sup>62</sup> En una carta secreta a sus superiores del mes de julio de ese mismo año, Eisenhower lamentaba que «menos de la mitad del personal de tropa preguntado creían que eran más útiles al país como soldados que como trabajadores de guerra», y menos de un tercio se sentían «listos y deseosos de entrar en combate». <sup>63</sup> La respuesta mayoritaria en el concurso sobre quién sabía responder a la pregunta «¿Por qué estás luchando?» era: «Porque fui llamado a filas». <sup>64</sup>

Esa sensación generalizada de «ser civiles» hacía que los soldados fueran reacios al ardor guerrero. «No éramos románticos llenos de tonterías de cuentos de capa y espada», escribía John Mason Brown, un teniente de la Marina en la reserva destinado a Sicilia. «La última guerra estaba demasiado reciente para eso.» La vida militar inflamaba las sensibilidades irónicas y el escepticismo de todos ellos. Un acrónimo sencillo que captaba perfectamente las escasas expectativas de los soldados, SNTJ, esto es «situación normal, todos jodidos», fue ampliándose en el vocabulario cínico de los reclutas y pasó a: SSCTJ («Situación sin cambios; seguimos jodidos»); <sup>65</sup> JAR («Jodienda autorregulable»); LCERJ («La cosa está realmente jodida»); JMDLH («Jodidos más de lo habitual»); JCEM («Jodienda conjunta del Ejército y la Marina»); JCAA («Jodienda conjunta angloamericana»); JYBJ («Jodidos y bien jodidos»); y JPETP («Jodidos por encima de toda ponderación»). <sup>66</sup>

Sin embargo, tenían convicciones personales que eran prácticas y profundas. «Estábamos dispuestos a realizar cualquier sacrificio. Era lo único que teníamos que hacer», explicaba el teniente Brown. «Separarnos de nuestras familias formaba parte del cariño que les teníamos». El pintor de batallas George Biddle observaba: «Quieren ganar la guerra para volver a casa, a casa, a casa, y no irse nunca más». <sup>67</sup> Un soldado de la 88.ª División añadía: «Tenemos que dar una paliza a esos cabrones para irnos del Ejército». <sup>68</sup>

Las mismas encuestas que tanto preocupaban a Eisenhower revelaban que la inmensa mayoría de los soldados creían al menos de manera rudimentaria que luchaban para «garantizar las libertades democráticas a todos los pueblos». <sup>69</sup> Un periodista que se trasladó a Sicilia con la 45.<sup>a</sup> División llegaba a la siguiente conclusión: «Muchos de los hombres que van en este barco creen que la operación determinará si esta guerra acabará en empate o si se llegará a un resultado claro». <sup>70</sup> Y nadie dudaba que, llegado el día de la batalla, lucharían a muerte por la causa más importante: el amor propio. «Lo hicimos porque no podíamos soportar la vergüenza de ser menos que el hombre que teníamos al lado», escribe John Muirhead. «Luchábamos porque él luchaba; y moríamos porque él moría». <sup>71</sup>

La posteridad los confundiría a todos en un solo semidiós sin rasgos concretos, poseedor de un valor y una fortaleza mítica, y animado por la determinación de reequilibrar un mundo vacilante. Keith Douglas, un oficial británico que había combatido en el Norte de África y moriría en Normandía, hablaba de una «amable y obsoleta raza de héroes ... Casi como unicornios». <sup>72</sup> Sin embargo, no supone ningún demérito para ellos recordar la enorme diversidad de sus procedencias y caracteres, que tenían pies de barro, o su carácter mortal que los haría tanto más convincentes mucho después de que murieran.

El capitán George H. Revelle, Jr., de la 3.<sup>a</sup> División de Infantería, en una carta a su esposa escrita camino de Sicilia, reconocía la existencia de muchos «gorrones, gandules, esa gente que se cree que somos unos primos de los que abusan los fabricantes de municiones, y todo ese batiburrillo de intelectuales que ven la guerra con cinismo». En cierta medida, escribía el 7 de julio, él estaba «luchando por el derecho de aquella gente a ser hipócritas». <sup>73</sup>

Pero había además otra razón más general, mezclada con una nobleza melancólica. «La gente sencilla», decía Revelle a su esposa, «debemos resolver esta catástrofe con una matanza y obligar al mundo a entrar de nuevo en razón».

A lo largo de toda la franja sur del Mediterráneo se dispusieron para la batalla los chicos de campo y los chicos de ciudad, los guardabosques y los trabajadores de las acerías, y por lo menos uno que se dedicaba a reparar molinos de tracción animal. Gran parte de la participación norteamericana estaba concentrada en Orán, a unos trescientos kilómetros de Argel, en la antigua Costa de los Piratas, donde los carteles publicitarios colocados sobre el gran puerto anunciaban Coca-Cola y máquinas de coser Singer. Dos de las cinco divisiones del ejército de Estados Unidos que participarían en el asalto Husky se reunieron en Orán. La 2.<sup>a</sup> División Acorazada había empezado a cargar el 21 de junio, tras viajar setecientos cincuenta

kilómetros en tren por toda la cordillera del Atlas desde sus vivacs de Marruecos, donde los enjambres de langostas ocultaban la luz del sol y la instrucción comenzaba a las cuatro de la madrugada, para evitar el calor del mediodía: la temperatura podía llegar a los sesenta grados en el interior de un tanque.<sup>74</sup> En todo el Norte de África sólo había cien camiones lo bastante pesados para transportar un Sherman M-4 de treinta y dos toneladas, y el viaje de la división había durado un mes;<sup>75</sup> el errático sistema ferroviario de las colonias francesas irritó tanto a un capitán, que obligó al maquinista a seguir adelante a punta de pistola.<sup>76</sup>

Entre las unidades que participaron en la Operación Husky, la 45.<sup>a</sup> División de Infantería, formada por veintiún mil soldados en diecinueve embarcaciones, más cuarenta y seis mil toneladas de equipamientos —entre ellos cuatro millones de mapas— en otras dieciocho, constituyó un caso único porque se trasladó directamente de Hampton Roads hasta Sicilia, con una escala de una semana en Orán. El embarque en Virginia, que tuvo lugar el 8 de junio, estuvo lleno de los habituales SNTJ, LCERJ y JCEM: una solicitud frenética de última hora al Departamento de Guerra pidiendo detectores de minas;<sup>77</sup> la diáspora de un batallón de ingenieros repartidos por los diecinueve buques de tropas;<sup>78</sup> y la constatación pasmosa de que la tripulación de las lanchas de desembarco, perteneciente al ejército, con la cual había estado entrenándose la división durante semanas en la bahía de Chesapeake, había recibido de pronto la orden de trasladarse al Pacífico, para ser sustituida por una tripulación de la Marina, no habituada ni a la 45.<sup>a</sup> División ni a las lanchas que debía tripular.<sup>79</sup> Además, cuando la decimonovena embarcación soltó amarras, el número de ausentes sin permiso era tan grande que una cárcel militar fue apodada Compañía P (de presidiario).<sup>80</sup> No obstante, la travesía fue bastante agradable: chicas de la Cruz Roja repartiendo té helado en vasos de papel;<sup>81</sup> peleas de boxeo en la cubierta de sol durante la «Happy Hour»;<sup>82</sup> los mozos de comedor bailando en la toldilla mientras los segundos pañoleros marcaban el ritmo golpeando con las manos en la borda; y siestecitas en los botes salvavidas colgados del pescante. En un barco, un oficial ponía música clásica a través del sistema general de altavoces; cuando oyó a la contralto Marian Anderson cantar el «Ave María», un marinero comentó:

—¡Dios mío! ¡No me digáis que no es bonito escuchar de nuevo una voz de mujer!

La 45.<sup>a</sup> División era una de las dieciocho divisiones de la Guardia Nacional que se habían puesto bajo la tutela del gobierno federal al comienzo de la guerra. Algunos oficiales del Ejército Regular murmuraban en tono burlón que «NG» (National Guard = Guardia Nacional) era la abreviatura de «no good» («no valen

para nada»),<sup>83</sup> y la mayor parte de los oficiales de alta graduación de la Guardia habían sido purgados por el Departamento de Guerra debido a su edad o por su incompetencia. No obstante, el Pentágono consideraba que la 45.<sup>a</sup> División —los llamados Thunderbirds— estaba «mejor preparada que cualquier otra división que haya estado bajo nuestro control hasta la fecha».<sup>84</sup> Eran hombres del oeste, y uno de los regimientos procedía de las milicias de las minas de Colorado, como los Wolftown Guards y los Queen's Emerald Rifles.<sup>85</sup> Otros dos regimientos provenían de Oklahoma y entre sus integrantes había casi dos mil indios de cincuenta y dos tribus, cherokees, apaches, kiowas, comanches y navajos. La noche antes de la partida de Virginia, un capitán de artillería organizó una frenética danza guerrera alrededor de una hoguera con todo el consejo de ancianos gritando.<sup>86</sup>

La semana de escala en Orán ya había terminado y los Thunderbirds regresaron a rastras a los barcos, al menos los pocos que lograron salir del barrio chino de la ciudad, llamado el Callejón del Chancro.<sup>87</sup>

—Sé que tengo una partida de combatientes —comentó el oficial que estaba a su mando, el general de división Troy H. Middleton—. Puedo decir que es así por el informe del capitán preboste.<sup>88</sup>

Subieron hasta las planchas; una vez arriba, cada hombre recibió un chaleco salvavidas y una botellita de brandy para el mareo.<sup>89</sup> Los oficiales de intendencia subieron a bordo dos millones de dólares, que habían sacado del Banco de Orán, para pagar la nómina de la división. De repente, un saco que contenía diez mil monedas de diez centavos reventó y se derramó por la cubierta toda aquella calderilla; un oficial rápido de reflejos tuvo la ocurrencia de dar la orden de firmes a la tropa, mientras los oficiales pagadores se arrodillaban e iban recogiendo las monedas entre los soldados inmobilizados.<sup>90</sup>

Además del dinero y las noventa toneladas de mapas, los estibadores cargaron también doscientas Estrellas de Plata, seis mil Corazones Púrpura, y otras cuatro mil condecoraciones al valor; durante los meses venideros todas aquellas medallas no serían más que una recompensa mezquina al valor que se exigió que mostraran los hombres de la 45.<sup>a</sup> División. Cuando los barcos empezaron a zarpar de los muelles de Orán la tarde del 4 de julio, algunos soldados sacaron unos cuantos ladrillos para utilizarlos como piedras de afilar. El general Patton había pasado revista a la división unos días antes y había declarado que sus bayonetas estaban demasiado poco afiladas para el duro trabajo que las aguardaba.<sup>91</sup>

A más de quinientos kilómetros a vuelo de pájaro al este de Argel, otras legiones norteamericanas se preparaban para la batalla en las llanuras peladas que rodean el lago de Bizerta, una bahía poco profunda al sur de la segunda ciudad de Tunicia en magnitud.<sup>92</sup> A primeros de mayo, los alemanes en retirada habían echado a pique una docena de barcos uno encima de otro, formando una especie de torre en la estrechez de la entrada a la bahía; los buzos de la Marina se pasaron semanas trisecando los buques hundidos con la ayuda de sierras y linternas de acetileno; luego dinamitaron el fondo arenoso que había debajo de los cascos para destruir por completo los pecios y reabrir así el canal.

En aquellos momentos el lago de Bizerta mostraba «un bosque denso de mástiles»: numerosos LST y LSI (buques de desembarco, infantería), así como LCT (lanchas de desembarco, tanques), y los otros once tipos de embarcaciones anfibia. Viejos hidroaviones franceses y gabarras herrumbrosas, destruidos durante la campaña de Tunicia, yacían medio sumergidos junto a la orilla, obstaculizando la bocana, de modo que las pesadas lanchas de desembarco habitualmente «chocaban con barcos hundidos, unas con otras, con los escollos, o con los buques anclados», según informa un testigo.<sup>93</sup> Una coplilla popular afirmaba que «Algunos tontos como yo hacen versos, / Pero sólo Dios es capaz de pilotar un LST».<sup>94</sup> A veces, los aparatos de la Luftwaffe lograban cruzar sigilosamente el estrecho de Sicilia antes del amanecer y hacían una incursión en la zona despertando a los soldados acampados, aunque rara vez ocasionaban graves daños.<sup>95</sup> Sonaban las alarmas, los generadores de humo expulsaban una espesa nube gris para ocultar los barcos y las baterías de localización enfocaban los aviones con sus haces de luz, mientras cientos de baterías antiaéreas lanzaban chorros de fuego alrededor de la laguna. Los que estaban en cubierta buscaban cobijo debajo de los botes salvavidas, para evitar que les cayeran encima los fragmentos consumidos que parecían granizo de acero.<sup>96</sup> Otras veces, aviones de propaganda alemanes inundaban las aldeas tunecinas de octavillas: «Ha llegado el día de combatir a los angloamericanos y a los judíos ... Criad a vuestros hijos en el odio contra esa gente».<sup>97</sup>

Allí se habían concentrado tres de las unidades más célebres del ejército: la 1.<sup>a</sup> y la 3.<sup>a</sup> División de Infantería y, un poco más al sur, cerca de Kairouan, la 82.<sup>a</sup> División Aerotransportada. Según un diseño, que se repetiría antes de lo de Normandía, fueron asignadas tropas a las zonas que llevaban nombres clave correspondientes a estados y ciudades: un regimiento podía vivaquear en «Florida», con batallones en Miami, Daytona o Jacksonville, o bien en «Texas», y luego en Houston, Dallas o Fort Worth.<sup>98</sup>

Ninguno de esos campamentos era tan agradable como los lugares cuyos nombres llevaban. En cuanto se hacía de día, aparecían los vendedores árabes ofreciendo limonada, o «vino de negros»,<sup>99</sup> o un corte de pelo, o vasijas de cerámica «romana». A media mañana el calor era bestial, los vientos del Sahara parecían «una muralla de fuego».<sup>100</sup> y al agua potable, siempre tibia, había que añadirle unas gotas de menta para hacerla bebible.<sup>101</sup> Las moscas y los mosquitos infestaban las letrinas improvisadas en zanjas y las tiendas del rancho en las que los cocineros preparaban guisado para decenas de miles de hombres en unos fogones de campaña arrebatados a los alemanes.<sup>102</sup> Los mandos intentaban mantener ocupados a sus hombres con caminatas matutinas o partidos de voleibol sin red.<sup>103</sup> Unos pescadores de la 19.<sup>a</sup> de Ingenieros de Combate echaban paquetes de media libra de TNT al lago de Bizerta y en dos horas recogían suficiente cantidad de peces destripados para dar de comer a casi doscientos hombres.<sup>104</sup> Los oficiales de la 82.<sup>a</sup> Aerotransportada compraron diez toros jóvenes, un rebaño de ovejas y cuatrocientos litros de cerveza para hacer una barbacoa antes de la invasión.<sup>105</sup>

Estaban de un humor de perros y tenían ganas de pelea. Unos tiradores del cuerpo de paracaidistas «habían practicado disparando contra unos árabes de aspecto amenazador», decía en una carta a su hija el coronel James M. Gavin, que mandaba un regimiento de la 82.<sup>a</sup>.<sup>106</sup> «[A los árabes] los vuelve locos que les disparen y tuvimos que prohibir que siguieran haciéndolo.» Tiendas vacías y radiotransmisores falsos empezaron a aparecer en Florida, Texas, Virginia y Kentucky, mientras las tropas, compañía tras compañía, eran trasladadas en camiones a los lugares de embarque alrededor de la laguna. Conducidos en manada por sargentos vociferantes, los soldados fueron metidos a paladas en los LST, LSI y LCT, tras ser comprobada la identidad de cada uno en una voluminosa lista de pasajeros; ocho funcionarios asignados a cada convoy se encargaban de hacer veintitrés copias de las listas y —por motivos conocidos sólo por instancias situadas por encima de la humana razón— un convoy medio requería más de seis mil páginas de nombres.<sup>107</sup>

La congestión y la confusión seguían estando a la orden del día: los conductores de los camiones giraban por donde no debían; los marineros retiraban parte del cargamento de unos barcos que llevaban exceso de peso para que luego unos soldados volvieran a subirlo nuevamente a bordo;<sup>108</sup> un depósito de municiones se incendió y las llamas saltaron por encima de los cortafuegos, consumiendo dos mil toneladas de munición en una espectacular sucesión de



explosiones;<sup>109</sup> las tripulaciones novatas se enredaban con las anclas y entre maldiciones eran arrastradas por el agua mientras intentaban liberarse con cadenas, maromas y garfios.<sup>110</sup>

Naturalmente no habría giro indebido ni ancla enredada que los detuviera. El impulso de la fuerza bruta —y la ingenuidad y la buena disposición— los había arrastrado hasta allí y había de llevarlos todavía más lejos. Una a una, las embarcaciones fueron adentrándose en la laguna y juntándose hasta formar convoyes organizados por códigos de colores. Los soldados sudorosos se instalaban bajo cubierta o encontraban una parcelita de sombra en el exterior. Mirando al norte del Mediterráneo, hacia alta mar, se guardaban los polvos de sulfamidas recién comercializados y los vendajes de batalla, mientras se preguntaban exactamente en qué rincón del mundo habrían de necesitar aquellas cosas.

Un poco más lejos hacia el este, desde Bengasi hasta Haifa o Beirut, los británicos hacían también sus preparativos. El VIII Ejército llevaba combatiendo en el Norte de África de varias maneras desde 1940 y en aquellos momentos recordaba, según decía un admirador, «a un enorme campamento de gitanos en movimiento, o a una migración tribal».<sup>111</sup> Retazos de árabe coloreaban el vocabulario de los soldados, en particular términos como *maleesh*, «no importa»,<sup>112</sup> y *bardin*, «dentro de un ratito». Muchos llevaban un ungüento malva en los brazos y la cara como tratamiento para las úlceras infecciosas del desierto, causadas por la prolongada exposición al polvo y la arena.<sup>113</sup> También a ellos los afectaba el cansancio de la guerra: no había ungüento que pudiera aliviar tres años de combates. Un soldado confesaba sentir «cierta desintegración del propósito colectivo», estado que expresaban los veteranos borrachos que se paseaban por el campamento de su batallón rugiendo:

—¡Que se jodan esos malditos cabrones, no vamos a luchar más! ¡Joder!<sup>114</sup>

Pero seguirían luchando, *bardin*. Al norte del golfo de Suez se reunió una gran armada, con regimientos como los Dorset, los Devon y los Hampshire a bordo respectivamente de los antiguos cruceros *Strathnaver*, *Keren* y *Otranto*. Camareros indios vestidos con casaca blanca servían cenas de cuatro platos y los hombres cantaban nostálgicas melodías eduardianas —*Daisy, Daisy, give me your answer, do!*— antes de cambiar sus libras esterlinas por la divisa de la invasión. La flota cruzó el Canal de Suez a primeros de julio, pasando entre pecios hundidos y ante los cines al aire libre de Ismailiya.<sup>115</sup> En Port Said, según recoge la historia de un regimiento, «se ordenó a las tropas hacer un desfile para tomar un baño y todos los

soldados fueron trasladados a tierra y marcharon marcando el paso por la ciudad» hasta la playa, que no tardó en quedar cubierta a lo largo de una gran extensión de *tommies* desnudos.<sup>116</sup> Las tropas se reunieron «alrededor de una enorme hoguera en el desierto,<sup>117</sup> y consumieron toda la cerveza que pudieron»; luego regresaron desfilando a sus barcos al son de unos gaiteros con faldas escocesas y polainas blancas.<sup>118</sup>

El 5 de julio, la flota de la invasión se reunió en las rutas mediterráneas frente a la costa de Egipto. Algunos intentos de levantar la moral de las tropas lo único que consiguieron fue aburrirlas, por ejemplo, la incesante interpretación de *The Boogie Woogie Bugle Boy of Company B* por los altavoces del barco que transportaba el 2.º de Inniskilling. Los curas presidieron unas oraciones en la víspera de la batalla, solicitando una «intercesión especial ... por la reconquista de Europa».<sup>119</sup> Los señaleros, vestidos con pantalones cortos color caqui, hacían indicaciones con sus banderas a los barcos que zarpaban de los muelles de Trípoli y Alejandría.<sup>120</sup> Los sargentos intimidaban con sus bravatas a los hombres para que se tomaran sus pastillas contra la malaria, lo que indujo a un soldado del 1.er Regimiento Real de Tanques a concluir que «como reses bien gordas reunidas a las puertas del matadero, era muy importante que si moríamos, lo hiciéramos estando perfectamente sanos».<sup>121</sup>

Muchos lamentaban irse de África, donde habían podido «dormir bajo el manto de enormes estrellas». El VIII Ejército había encontrado allí tanta gloria como quizá pueda encontrarse en una guerra moderna. Allí también dejarían miles de camaradas en tumbas africanas. «No obstante, íbamos con el corazón ligero», añadía el soldado del regimiento de tanques, «pues en algún momento, al término de todo aquello podríamos volver a casa».

El *Monrovia* soltó amarras poco después de las diez de la mañana del martes 6 de julio, levó el ancla de estribor y con ayuda de dos remolcadores se deslizó desde el Bassin des Vieux hasta la línea de doce brazas, fuera del puerto de Argel.<sup>122</sup> Para disgusto de Kent Hewitt, cuando el francés que hacía de práctico del puerto pasó junto al *Monrovia* de regreso a tierra, gritó:

—¡Que tengáis buen viaje a Sicilia!<sup>123</sup>

Los oficiales de contraespionaje ordenaron la detención del práctico y su tripulación y los mantuvieron incomunicados hasta que dio comienzo el desembarco.

A pesar de las complejas precauciones de seguridad tomadas, Hewitt continuaba sin estar seguro de que siguieran guardados los secretos de la Operación Husky. Los mapas sellados de Sicilia y demás documentación clasificada habían sido entregados a toda la flota por correos armados, para que permanecieran guardados con llave y candado hasta que zarparan. Hasta el último minuto no fueron enviados a sus respectivas unidades del ejército los intérpretes de italiano. Pero se habían producido filtraciones; en los muelles se hablaba con vaguedad del asunto, mientras que en algunos barcos se había llevado a cabo prematuramente la distribución de ejemplares de la «Guía de Sicilia para soldados», que contenía una gran figura de la isla en la portada. Se había dado incluso el caso de que en El Cairo un oficial británico había enviado a la tintorería su uniforme de gabardina y se había olvidado en el bolsillo un cuadernito que contenía los planes de batalla de la Operación Husky; unos agentes de seguridad registraron la tintorería y descubrieron que las páginas incriminatorias habían sido arrancadas y utilizadas como papel de desecho para apuntar la cuenta de los clientes.<sup>124</sup>

Mientras Hewitt daba paseos arriba y abajo por el puente de mando del *Monrovia* escuchando el alboroto de ochocientos hombres que hacían un simulacro de orden de «abandonen el barco», tenía mil detalles más en los que pensar además de si los alemanes estaban o no al corriente de su llegada. Entre otras embarcaciones, la flota estaba formada por veinte LST que transportaban casi cincuenta mil litros de agua cada uno. ¿Sería suficiente? Habían sido enviados al Norte de África diecisiete barcos hospital, de los cuales cinco navegaban ya hacia Sicilia. ¿Serían suficientes?<sup>125</sup> Se habían inspeccionado en busca de minas seiscientas millas de costa africana y las proximidades de la isla de Malta. ¿Estaría la zona completamente limpia? ¿Y qué decir de los submarinos enemigos? Hewitt había perdido varios barcos y ciento cuarenta hombres a manos de los U-booten tras los desembarcos en Marruecos en el mes de noviembre pasado, y su recuerdo todavía le hacía daño.

En cuanto a los ochenta mil soldados que tenía bajo su custodia, Hewitt sólo podía hallar consuelo en su máxima favorita: haz cuanto puedas y podrás esperar lo mejor. Los desacuerdos con el ejército, que habían comenzado un año antes durante los preparativos de la Operación Antorcha, habían continuado durante la planificación de Husky. Algunas controversias eran mezquinas: los oficiales de intendencia del Ejército y de la Marina habían contribuido a la subida de los precios en los comercios de Argel pujando unos contra otros,<sup>126</sup> y el ejército insistía en calificar al *Monrovia* de buque cuartel general, cuando hasta el más tonto sabía que era un *buque insignia*.<sup>127</sup> Hewitt se había quedado de piedra unos días atrás al

encontrar a la puerta de la sala de operaciones del *Monrovia* a unos centinelas dispuestos por orden de Patton, que cortaban el paso al propio personal del almirante; semejante indignidad había sido corregida de inmediato. Más inquietante había sido la negativa de Patton durante varios meses a trasladar su cuartel general de Mostaganem, casi a trescientos kilómetros de Argel;<sup>128</sup> semejante distancia había dificultado aún más la planificación conjunta de las operaciones.

No obstante, Hewitt y Patton habían encontrado un terreno común e incluso habían llegado a profesarse mutuo afecto. El formalismo evidente durante la Operación Antorcha, cuando ambos se trataban de «Almirante» y «General» respectivamente, había dado paso a un tratamiento más íntimo, «Kent» y «Georgie». Patton era lo bastante ecuménico como para ponerse de vez en cuando de parte de la Marina, como había ocurrido en una reciente disputa en la que los expertos en planificación del ejército —en contra de los consejos de Hewitt— habían propuesto trasladar las tropas hasta las playas de Sicilia en botes de goma.

—¡Siéntense! —había gritado finalmente Patton a sus oficiales—. La Marina es responsable de trasladarlos a ustedes a tierra y puede hacerlo en cualquier cosa que quiera, ¡maldita sea!<sup>129</sup>

Para celebrar sus últimas horas en tierra, el lunes por la noche Hewitt había invitado a Patton y a varios otros generales a cenar en el alojamiento del almirante, una villa requisada a un vinatero danés.<sup>130</sup> Tras varias horas bebiendo amigablemente juntos, Hewitt acompañó a los generales hasta los coches oficiales que debían trasladarlos a sus respectivos navíos; más sobrio que la mayoría de ellos, al salir Patton se quedó mirando los frescos un tanto subidos de tono que adornaban las paredes de la casa, con figuras de mujeres semidesnudas, y murmuró:

—¡Gracias a Dios que vivo en un campamento!

A las cinco de la tarde, el *Monrovia* hizo la señal de levar anclas y se dirigió hacia el canal previamente rastreado en busca de minas, rodeado de buques de guerra y lanchas de desembarco de todo tipo. El pánico se apoderó repentinamente de la flota cuando los radares mostraron un aparente enjambre de aviones enemigos; los localizadores demostraron que eran los globos de barrera que los propios barcos habían lanzado colgados de cuerdas para disuadir a los bombarderos y a los cazas. Los semáforos emitían mensajes en morse y el convoy empezó a zigzaguear a diez nudos por hora, tal como se había acordado previamente, según el plan de navegación n.º 35.<sup>131</sup>

La silueta blanca de Argel quedó atrás. Hewitt escrutaba las montañas africanas que se veían a estribor. El óxido de hierro del cono de desmoronamiento se volvía de un rojo sangre a la puesta del sol, que se hundía en un mar de color morado.

Había hecho cuanto había podido y ahora sólo le quedaba esperar lo mejor.

Detrás del puente, en el espacioso camarote del capitán del *Monrovia*, George Patton tenía la sensación de que las hélices del barco mordían el mar a medida que aumentaba la velocidad. La Marina había intentado que se sintiera como un huésped bienvenido, saludándolo con incesantes toques de silbato cuando subió a bordo y asignándole dos mozos como asistentes personales. El camarote, realmente suntuoso según los parámetros de guerra, medía 5,5 x 4,5 metros, y estaba provisto de escritorio, litera, mesa y ducha. No obstante, Patton abrigaba en su fuero interno serias reservas acerca de aquel sector hermano de las fuerzas armadas —«La Marina es nuestro punto débil»,<sup>132</sup> decía en su diario— y de Kent Hewitt: «Muy amable y con su habitual confusión mental».<sup>133</sup>

El general estaba listo para la batalla y realmente vestía el cargo, immaculado con sus calzones de estambre basto y su camisa a medida, y las famosas pistolas enfundadas al alcance de la mano. Había adelgazado durante los últimos meses corriendo y nadando, y había mejorado su disposición para el combate reduciendo la bebida y el tabaco. Durante seis semanas había estado al mando de las fuerzas norteamericanas en Tunicia, a raíz de la catástrofe del Desfiladero de Kasserine y la destitución del comandante del II Cuerpo; desde que había asumido los preparativos de la Operación Husky a mediados de abril, había meditado sobre la desigual actuación de las tropas norteamericanas y sus oficiales. En un memorando enviado en el mes de junio a sus superiores, Patton ofrecía veintisiete adagios tácticos, fruto de las experiencias de la campaña de África y de treinta y seis años vistiendo el uniforme.<sup>134</sup> El número 7 decía: «Disparar siempre bajo»; el número 13: «En la guerra de montaña, tomar las alturas y trabajar de arriba abajo»; el número 22: «En caso de duda, atacar»; y su máxima personal, la número 18: «No dejarse uno aconsejar nunca por sus temores».

Sin embargo, él era en esos momentos presa de los temores: al fracaso, o a acobardarse ante el fuego. El niño enfermizo de California se había convertido en un muchacho vergonzoso y sensible, y luego en un «hombre tímido por naturaleza», había anotado el 26 de junio uno de sus amigos más antiguos tras ver a Patton en Mostaganem. Su ampulosidad compensaba sus dudas internas y le proporcionaba la máscara que, a su juicio, debía llevar un alto oficial seguro de sí mismo. «No me gusta el silbido de las balas ni más ni menos de lo que me ha gustado nunca», escribía el 1 de julio, «pero me atrae exactamente igual».<sup>135</sup> En 1928, su oficial superior había llegado a la conclusión de que Patton «resultaría

valiosísimo en tiempos de guerra, pero un elemento molesto en tiempos de paz».136 Ahora había llegado su momento. Él mismo había predicho en su juventud: «Un día haré que todos me conozcan». También ese día había llegado.137

Durante las últimas semanas había viajado de campamento en campamento, predicando la violencia y la trascendencia del deber.

—La batalla es la competición más grandiosa que un ser humano puede permitirse. Hace salir lo mejor que hay en uno. Elimina todo lo que hay de vil —dijo a la 45.<sup>a</sup> División.

Y ante sus oficiales añadió:

—Guardad una sagrada lealtad a vuestros hombres y a vuestro país, y seréis la cosa más vil que existe si falláis a esa lealtad.138

En un gran anfiteatro al aire libre en Argel, subió al escenario entre fanfarrias de bienvenida, con la guerrera resplandeciente de condecoraciones.

—No existe mejor manera de morir que hacerlo en el campo de batalla por una causa noble y gloriosa —dijo a sus tropas.

En cuanto a la política del ejército contraria a la confraternización, señaló:

—Es una gilipollez. Un ejército que no puede follar, no puede luchar.

Los soldados se pusieran a «gritar, patear y dar silbidos en señal de aprobación», comunicaba un médico. La finalidad de este tipo de actuaciones profanas, decía un observador, era «hacerlos más recios, animarlos con las palabras».139 En una carta del 19 de junio, un auxiliar de Patton escribía: «Sabe muy bien fomentar el odio y, créeme, cuando llegue el momento, los chicos del Eje van a lamentar mucho tener que vérselas con él».140

Algunos reclutas ya lo lamentaban. Cuando descubrió a un soldado de la 45.<sup>a</sup> División durmiendo en una trinchera durante unas maniobras de ensayo de desembarco, Patton lo golpeó en las costillas con su propio fusil y rugió:

—¡Hijo de puta! ¡Sal de ahí ahora mismo!

Durante otras maniobras cerca de Orán, gritó:

—¡Capitán, saque de la playa a esos hombres y llévelos de una vez a su objetivo!

—¡Pero, señor —replicó el oficial—, soy un capellán!141

—¡Me importa un pimiento! ¡Como si es el mismísimo Jesucristo! —bramó Patton—. ¡Saque a esos hombres de la playa, demonio!

A un oficial lento que vio a las puertas de Bizerta, le gritó:

—¡Hijo de puta! ¡Cuando te digo que vengas, quiero que vengas corriendo!

—Señor —respondió el oficial—, no me gusta que me llamen hijo de puta. Creo que me debe usted una disculpa.

Patton le pidió disculpas y se marchó. Disculpas como éstas eran poco frecuentes:

—Mételes un paquete y se acordarán —decía. Pero si los soldados sancionados se acordaban, también se acordaban sus superiores. A finales de mayo, mientras lanzaba una diatriba cuajada de palabrotas contra un escuadrón de la 1.<sup>a</sup> División de Infantería en Arzew, un general murmuró para que pudieran oírlo Eisenhower y George Marshall, que estaban de visita en la zona:

—¡Ese temperamento suyo va acabar con él a este paso!<sup>142</sup>

Pero la caricatura que lo presenta como un rigorista furibundo no permite captar los matices de la personalidad de Patton. Pocos oficiales habían estudiado el arte de la guerra con más atención. Si prácticamente se había aprendido de memoria la biografía de Stonewall Jackson escrita por G. F. R. Henderson, había sido para responder a la pregunta que se hacía en su fuero interno: «¿Qué habría hecho Jackson?». Patton había obtenido su licencia de piloto para comprender mejor lo que eran los ataques aéreos, y dominaba el arte de la navegación lo suficiente como para viajar en barco hasta Hawai con el fin de comprender mejor lo que era el movimiento en alta mar, que se parecía mucho al interior del desierto.<sup>143</sup>

También fue un marido cariñoso, aunque a veces voluble, y cuando llegó la hora H, sus pensamientos fueron para su esposa, Beatrice, a la que conocía desde que los dos tenían dieciséis años. En muchos sentidos, Beatrice era más que una igual, una mujer a la que podría escribir a primeros de mayo: «Lee alguna cosa sobre Cromwell y hazme llegar algunas ideas». Inteligente y rica, era una navegante consumada y una novelista de éxito que se tragaba un huevo crudo en un vaso para desayunar antes de salir a caballo a la caza del zorro. Patton había pedido su mano en el verano de 1909 metiéndose a caballo por las escaleras de su casa hasta llegar a la terraza, y cuando el padre de la joven quiso poner objeciones a semejante pretendiente, Beatrice fingió una huelga de hambre intensificando la palidez de su rostro con polvos de arroz, hasta que el buen señor cedió.<sup>144</sup> Acerca de Georgie escribiría después en su diario: «¡Qué hombre! Es genial ... [Tiene] todo el brillo, el dramatismo, la personalidad y todo lo que hace falta para sostenerlo».<sup>145</sup>

«No tengo ningún presentimiento y espero vivir para siempre», había escrito Patton a Bea justo antes de que zarpara el *Monrovia*. En realidad tenía algún barrunto de la inmortalidad que sólo la gloria podía dar a un capitán en el campo de batalla. Sospechaba que ésta lo esperaba en Sicilia. «Creo en mi destino», escribía en su diario, «y para consumarlo, este espectáculo tiene que salir bien».<sup>146</sup>

Patton había diseñado el último sable de caballería adoptado por el ejército, un arma de acometida recta, de doble filo. La hoja personificaba al hombre. «Si cargáis con fuerza suficiente a muerte», afirmaba, «se apartará de vuestro camino».<sup>147</sup> Poco antes de embarcar en el *Monrovia*, convocó a sus generales a una última conferencia. Al final, con las lágrimas rodándole por las mejillas, se despidió de ellos con un trallazo de su bastón:

—No quiero volver a veros nunca, cabrones —rugió—, como no sea en vuestro puesto en las playas de Sicilia.<sup>148</sup>

Provenientes del este y del oeste, se reunieron todos los convoyes, aumentando su volumen y su energía: ahí estaba la «gigantesca flota» de Hewitt.<sup>149</sup> Las luces de navegación rojas y verdes brillaban de un horizonte a otro, reflejadas en la fosforescencia palpitante en infinitas estelas. Las brillantes esferas de los «elefantes volantes» —los globos de barrera— flotaban en lo alto, y todavía más altas volaban las escoltas de P-38 de doble cola.

Por fin las tropas se enteraron de su destino, y las bolsas de apuestas de a bordo pagaron a los clarividentes ganadores.

—Nos dirigimos a Sicilia —anunció el comandante del convoy de Orán en el buque *Ancon*—. Tenemos malas noticias que comunicar, pero esta vez se las reservamos a Benito Mussolini.

Los hombres se reunieron en el puente para recitar el Salmo XXIII. Los marinos veteranos advirtieron a los ansiosos novatos<sup>150</sup> que saltar por la borda durante un ataque aéreo no tenía sentido: la ola expansiva producida por la detonación de las bombas podía reventar los pulmones y el bazo de un nadador a trescientos metros.<sup>151</sup> Los clasicistas intentaron refrescar sus lecturas de Tucídides: fueron pocos los que encontraron consuelo en su relato de cierta expedición a Sicilia llevada a cabo por los atenienses veinticinco siglos antes, en la que los vencedores obtuvieron «el triunfo más brillante, y los vencidos la derrota más catastrófica».

El *Monrovia* pasó por el puerto de Bizerta a primera hora de la mañana del 8 de julio. Navegaba en esos momentos en zigzag a doce nudos y medio, según el plan de navegación número 10, rumbo al cabo de Bon y las rutas marítimas de Sicilia. Un escuadrón de destructores ingleses ocultaba la banda de mar. Otros barcos salieron del puerto para unirse a la flota por el Canal de Guerra de Túnez, debidamente barrido de minas. En lo alto de la maltrecha aduana de Bizerta, una guardia de honor de marineros norteamericanos y de marinos ingleses saludó en posición de firmes el paso de los navíos. La marinería reunida en las cubiertas de



proa de las distintas embarcaciones devolvió el saludo. «Por la popa», señala un oficial, «podía verse otro convoy incluso más grande que el nuestro, que se alargaba tanto por detrás que daba la impresión de ser varias columnas de hormigas desfilando, simples manchas difuminadas en la distancia». «Parecía», añade, «que todo el mundo se hubiera echado al mar».<sup>152</sup>

## LA ISLA DE CALIPSO

A lo largo de milenios, eran muchas las cosas que habían ocurrido en la pequeña isla a la que los Aliados daban en aquellos momentos el nombre clave de FINANZA. San Pablo había naufragado en la costa norte de Malta en 60 d.C., cuando se dirigía a Roma para ser juzgado por delitos contra el estado; predicó durante tres meses a los que aún no se habían convertido, y luego continuó su fatídico viaje.<sup>153</sup> Sucesivas oleadas de vándalos, godos, bizantinos, árabes y normandos siguieron sus pasos, talando los bosques para obtener tierras de cultivo y de pasto; la capa superior del suelo se erosionó dejando al descubierto una pequeña protuberancia reseca y rocosa de aproximadamente doce por treinta kilómetros. Algunos estudiosos pensaban que Malta era el lugar en el que la ninfa Calipso había tenido prisionero a Ulises durante su peregrinación y lo había hecho su esclavo de amor durante siete años.<sup>154</sup>

En 1530, el emperador Carlos V puso en la isla una guarnición de caballeros de San Juan de Jerusalén, una orden monástica fundada durante la Primera Cruzada y recientemente expulsada de Rodas por los turcos. Después de sufrir un asedio, los caballeros de Malta pasaron varios años construyendo complejas murallas almenadas, con bastiones y atalayas y muros de nueve metros de grosor. Gran Bretaña se adueñó de la fortaleza en 1800, conquistando además su puerto y la hermosa capital de la isla, La Valletta, construida con piedra ocre de las canteras de los alrededores. La mayor parte del cuarto de millón de malteses eran campesinos analfabetos que a duras penas se ganaban la vida cultivando sus pequeños campos y dedicándose al pastoreo.<sup>155</sup>

La primera de las 3.340 incursiones aéreas del Eje golpeó la isla al amanecer del 11 de junio de 1940. Durante los tres años siguientes fue el lugar más bombardeado de la tierra, pues el enemigo estaba empeñado en echar a los británicos del único puerto que tenían entre Gibraltar y Alejandría y neutralizar así los campos de aviación malteses, que facilitaban los ataques contra los convoyes de suministros del Eje hacia el Norte de África. Unas dieciséis mil toneladas de

bombas cayeron sobre la isla en ataques de una violencia extraordinaria: los pilotos alemanes lanzaban incluso granadas de mano desde sus cabinas. La Valletta quedó reducida a un montón de escombros color ocre, y luego a polvo igualmente ocre. «La belleza fue sacrificada», escribía un poeta maltés, M. Mizzi, «y se estableció un gran reino de terror».<sup>156</sup> Murió algo más que la belleza: el número de víctimas llegó a quince mil. (Las cifras exactas son bastante engañosas, pues era habitual que las familias ocultaran las desgracias sufridas para seguir recibiendo las raciones de comida de los difuntos.) «Santa María», rezaban los malteses, «que las bombas caigan en el mar o en los campos».

Los que no habían resultado muertos o heridos, simplemente sufrían. Las mujeres merodeaban entre las ruinas después de cada ataque aéreo buscando muebles rotos que utilizar como leña. En julio de 1942, las raciones diarias por persona fueron reducidas a cien gramos de comida —carne, pescado, o queso— y trescientos gramos de pan, a menudo hecho a base de serrín. Los periódicos publicaban artículos acerca de las virtudes de «la sopa de patata, el puré de patata, o el guiso de patatas». Los comedores públicos servían «pan de ternera», una asquerosa elaboración a base de carne de cabra y de caballo. Los malteses aprendieron a vivir sin jabón, sin cuchillas de afeitar, sin papel higiénico, sin cordones de zapatos y sin libros.<sup>157</sup> Los preservativos se fabricaban con neumáticos viejos, hasta que la gente empezó a sentirse demasiado cansada para hacer el amor.<sup>158</sup> Para escapar de las bombas, utilizaban escoplos manuales con los que intentaban excavar refugios en la roca, labor tan ardua que hasta los más duchos raramente cavaban más de veinte centímetros al día. Las barcas de pesca maltesas, llamadas *dghajsas* transportaban comida y queroseno de las islas vecinas, y en sus travesías cargaban también con los muertos para darles cristiana sepultura.

Gracias a la victoria en el Norte de África, el primer convoy que alcanzó a la isla sin encontrar resistencia después de 1940 llegó el 24 de mayo de 1943. Empezó a llegar también comida y otros productos de primera necesidad, pero Malta siguió siendo un árido campo de ruinas, casi medieval: los mosquitos proliferaban entre los escombros y cada paso que se daba levantaba un polvo blanquecino. «Los niños, demasiado flacos y escuchimizados para jugar bajo la resplandeciente luz del sol, vagaban entre las calles ruinosas y llenas de socavones», escribía un visitante.<sup>159</sup> En La Valletta no había ni un solo restaurante y por los grifos de la ciudad el agua corría únicamente dos horas por la mañana y media hora por la noche. La vida de la guarnición británica no era mucho mejor: la cerveza estaba racionada a una pinta a la semana, y con ella se repartían «cincuenta cigarrillos indios malos a más no poder».<sup>160</sup> Los bombarderos del Eje seguían vapuleando la isla; según el código

utilizado por las fuerzas aliadas a comienzos de julio, se aconsejaba a todos los BULLDOGS y los ÁRBITROS (norteamericanos e ingleses) que siguieran alerta ante la SUBASTA DE TULIPANES DEL CARTERO (la aviación alemana).<sup>161</sup> Esta jerga a menudo hacía que el texto codificado pareciera una cosa sin sentido: ICEBERG (comunicado no entendido).

A pesar de todas sus deficiencias, FINANZA tenía la virtud de estar situada sólo a cincuenta y cinco millas al sur de HORRORIZADA —Sicilia—, y a última hora de la tarde del 8 de julio, la fortuna de la isla floreció de nuevo de forma repentina. «Todo el mundo estaba que no cabía en sí de nerviosismo», aseguraba un oficial británico, pues a las cinco de la tarde llegó el general Eisenhower para hacer de Malta su cuartel general.<sup>162</sup>

Unos motociclistas con números pegados a la espalda guiaron por la pista el avión del general en jefe de los Aliados y los aeroplanos de escolta hasta unos refugios a prueba de bombas. Eisenhower había abandonado Argel el 6 de julio para pasar dos días en su puesto de mando tunecino y luego volar a Malta. Para disimular sus movimientos, un falso Cuartel de las Fuerzas Aliadas en Orán empezó a transmitir comunicados por radio ficticios;<sup>163</sup> los coches oficiales enviados para recogerlo en el aeródromo de La Valletta no llevaban en el parachoques ninguna insignia que denotara su rango. Durante la aproximación final a la isla, Eisenhower había visto los febriles preparativos de la Operación Husky en la Ensenada del Astillero y en la Ensenada Francesa del Puerto Grande, así como el aparcamiento de ambulancias construido en los malecones de la bahía de Saint Paul; los expertos en planificación aliados preveían evacuar a treinta mil bajas de Sicilia al Norte de África, y Malta había sido convertida en un puerto hospital y en una escala médica intermedia.<sup>164</sup> Eisenhower se puso a jugar con sus monedas de la suerte —entre las cuales había un dólar de plata, un franco francés, y una pieza de una corona inglesa—, que cuando viajaba llevaba siempre en una bolsita provista de cremallera.<sup>165</sup>

El pequeño convoy fue dando vueltas por la desolada Valletta antes de ascender por una colina, a las afueras de la ciudad, hasta el palacio Verdala, un castillo cuadrado rodeado de un foso y con torres en cada esquina, construido en 1586 como residencia de verano del gran maestro de la orden de Malta. Escoltado por sus anfitriones británicos, Eisenhower recorrió el gran vestíbulo y una inmensa sala de banquetes, cuyas paredes estaban decoradas con frescos de contenido bíblico. En los subterráneos del palacio, unos garfios clavados en las paredes de una oscura mazmorra conservaban aún sus cadenas herrumbrosas; el reportero John Gunther, que acompañaba al capitán general, anotó lo siguiente: «Hay varias estancias y

mazmorras que los criados creen que están encantadas y en las cuales no entran ni siquiera hoy día». Tras subir por una escalera de mármol en espiral —los peldaños tenían sólo cinco centímetros de altura, de modo que los curas malteses podían subir las escaleras montados en mulas calzadas con sandalias—, Eisenhower visitó su dormitorio, un magnífico aposento con techos de nueve metros de altura. Un pasadizo encalado conducía a otra mazmorra.

—Creo que bastará —dijo con una de sus hoy famosas sonrisitas—. Tendré sitio suficiente.<sup>166</sup>

Nueve meses antes, Eisenhower había tomado posesión de otro reducto británico, en Gibraltar, poco antes de que diera comienzo la Operación Antorcha, para dirigir la cual había sido escogido por delante de otros 366 oficiales norteamericanos de alto rango. Desde entonces, había sobrevivido a reveses en el campo de batalla, a pasos en falso políticos, y a su propia inexperiencia para convertirse en el hombre indispensable de los Aliados. «El único hombre que habría podido hacer funcionar las cosas era Ike», dijo después de la guerra el jefe de la plana mayor de Churchill, teniente general Hastings Ismay. «Y nadie más.»<sup>167</sup>

La victoria en el Norte de África había engrandecido su talla y aumentado la confianza en sí mismo. Quizá le ayudaran sus monedas de la suerte, pero también lo habían hecho el trabajo duro y un don especial para el trato equitativo. El general Bernard L. Montgomery, que estaría al mando de las fuerzas británicas en Husky, consideraba a Eisenhower «la mismísima encarnación de la sinceridad», con el «poder de atraer el corazón de los hombres hacia su persona como un imán atrae los trozos de metal».<sup>168</sup> Otro general británico de alto rango dijo: «Era rotundamente justo en su manera de enfrentarse a las cosas y a las personas, y yo desde luego envidiaba su claridad de ideas y su capacidad de asumir responsabilidades».<sup>169</sup> Sabía escuchar y sabía hablar. «No tengo más remedio que decir», comentó Churchill a un colega británico, «que me he dado cuenta de que los buenos generales no suelen tener una capacidad de expresión tan buena como él».<sup>170</sup> Pocos podían resistirse a esa sonrisa contagiosa, y su vigor físico resultó un tónico magnífico para otros. «Siempre en movimiento», señalaba el reportero Drew Middleton, «paseando arriba y abajo, siguiendo el dibujo de la alfombra, su voz llana y fuerte lanzaba una idea detrás de otra como las chispas que salen de una rueda de afilar».<sup>171</sup>

—Soy un optimista nato —dijo en una ocasión Eisenhower—, no puedo remediarlo.

A su hijo John, cadete de West Point, le dijo que la capacidad de mando efectiva puede aprenderse «mediante la atenta reflexión y la práctica ... debes entregarte en cuerpo y alma a tu deber, y ser sincero, justo y alegre». <sup>172</sup> En ocasiones podía buscarle tres pies al gato, quejándose de que «ni un solo oficial entre cincuenta sabe utilizar el inglés», <sup>173</sup> y supuestamente destituyó a un auxiliar por no dominar como es debido la diferencia entre «shall» y «will». No obstante, siempre fue humilde y equilibrado, a pesar de servir durante siete años a las órdenes de la quintaesencia de la presuntuosidad, el general Douglas MacArthur, cuya negativa a reconocer ni un solo error y cuyas constantes alusiones a sí mismo en tercera persona dejaban estupefacto a Eisenhower. Cuando le dijeron que George Marshall había propuesto nominarlo para que se le concediera la Medalla al Honor del Congreso después de la Antorcha, advirtió:

—Pienso negarme a aceptarla. <sup>174</sup>

Justo antes de abandonar Argel, recibió un telegrama de un editor que le ofrecía «por lo menos veinticinco mil dólares» si permitía contar su historia a cualquier «escritor conocido del país» que él mismo eligiera. <sup>175</sup>

—Estoy demasiado ocupado para que me interese —respondió el general.

Su cosmovisión era muy sencilla.

—Lucháis por el derecho a vivir como os dé la gana, con tal que no os metáis con nadie —dijo a sus soldados en Argel el 19 de junio—. Luchamos por la libertad y la dignidad del alma humana.

Prometió que, si tenía ocasión, mandaría fusilar a Mussolini. «No soy un hombre al que cueste trabajo odiar a sus enemigos.» <sup>176</sup> John Eisenhower, agudo observador de su padre, comentaba que hacía la guerra con la misma intensidad y cálculo que habían hecho de él un brillante jugador de bridge y de póquer, convencido de que «el Todopoderoso le proporcionaría unas cartas decentes ... Parecía no compartir la idea metafísica de que Dios no le debía nada concreto, como, por ejemplo, que hiciera buen tiempo un día determinado». <sup>177</sup>

Sin embargo, como mariscal de campo, su historial en el Norte de África no era lo que se dice intachable y su aptitud todavía no había quedado demostrada. «Es un coordinador más que un comandante», señalaba un general británico. Otro afirmaba que «no era un soldado, era sólo un contemporizador». <sup>178</sup> Marshall creía que le preocupaba tanto la política de la guerra en coalición que «tenía poca o nula ocasión de estar en contacto con los soldados». <sup>179</sup> A decir verdad, carecía de las dotes de un gran general combativo: la capacidad de ver el campo de batalla tanto espacial como temporalmente; la intuición de las intenciones del adversario; y la subordinación de cualquier resistencia a una voluntad de hierro.

Efectivamente era un contemporizador, un coordinador, pero eso era precisamente lo que aquella guerra —aquella guerra total y global— requería. Eisenhower había reconocido hacía tiempo que en una lucha tan existencial como aquélla probablemente prevaleciera la coalición más sólida; intuía también que las fuerzas centrífugas, desde el orgullo nacional hasta la vanagloria personal, constituían una amenaza para cualquier alianza. Era un maestro de la componenda sensata, convencido de que un comandante aliado debía mandar teniendo en cuenta los distintos puntos de vista nacionales «para resolver los problemas mediante el razonamiento más que simplemente dando órdenes». John Gunther había notado que «muchísimos americanos y muchísimos ingleses sienten una aversión mutua atávica»; un general británico de alto rango advirtió durante la Conferencia Tridente al general Brooke que «va a haber un grave riesgo de claros enfrentamientos a menos que haya alguien que pase cada día por aquí con una lata de lubricante».<sup>180</sup> Eisenhower era el que llevaba esa lata, y casi todo el mundo confiaba en él para que aplicara el lubricante con juicio. Su asesor político británico, el futuro primer ministro Harold Macmillan, consideraba a Eisenhower «totalmente inculto en el sentido normal de la palabra», pero «comparado con las cabezas huecas y los corazones marchitos de muchos militares británicos que veo aquí, es un verdadero tesoro de mentalidad abierta y de sabiduría».<sup>181</sup>

El largo crepúsculo veraniego se prolongaba hacia poniente cuando Eisenhower terminó su tetera y salió del palacio Verdala para dar una vueltecita hasta su puesto de mando. Confesó a un auxiliar que sentía el estómago como «una piedra». Durante una década había sufrido molestias intestinales relacionadas con el estrés, desde que su hijo mayor muriera de escarlatina en 1920. Antes de la guerra había sido hospitalizado repetidas veces por enteritis y oclusión intestinal. (Una grave lesión en la rodilla izquierda sufrida en 1912 durante el partido de fútbol americano entre West Point y Tufts había dado lugar a otras siete hospitalizaciones.<sup>182</sup> La afección respiratoria cogida en el clima húmedo y malsano de Gibraltar en el mes de noviembre no había acabado de curársele nunca del todo, y su costumbre de fumar un cigarrillo detrás otro —consumía sesenta Camels al día o más—<sup>183</sup> no era desde luego muy saludable. Aunque pagaba a su hijo John un dólar y medio a la semana por *no* fumar en West Point,<sup>184</sup> el hábito de fumar de Eisenhower era tan compulsivo que a veces encendía un pitillo mientras estaba volando incluso cuando la tripulación de su Fortaleza Volante B-17 advertía que no se debía fumar.<sup>185</sup>

Con el cigarrillo en la mano, fue escoltado hasta las prominentes murallas que había sobre el Puerto Grande. Las lanchas de desembarco y los buques de guerra no se podían rebullir en el muelle y en las ensenadas de la boca del puerto, junto a la fortaleza de San Elmo. Los marinos subían a los mástiles de un par de buques de guerra —de nuevo en Malta por primera vez después de dos años—, mientras los malteses saludaban desde sus precarios balcones en las casas que daban al muelle;<sup>186</sup> a bordo del buque *Nelson*, de la Armada de Su Majestad, una banda de música había estado tocando *Every Nice Girl Loves a Sailor*.<sup>187</sup> Eisenhower y sus auxiliares se dirigieron al bastión Láscaris, un complejo de túneles perforados originalmente por los caballeros de Malta convertido por entonces en un puesto de mando de la Marina Real. La humedad condensada brillaba en el encalado de las paredes de caliza.<sup>188</sup> Láscaris era un lugar a prueba de bombas, conveniente, pero horrible. Los uniformes cogían mofo en un solo día y muchos oficiales de plana mayor sufrían afecciones pulmonares o ántrax, transmitido por la picadura de los jejenes. Algunas partes de la ciudadela eran insoportablemente calurosas, mientras que en otras hacía tanto frío que Eisenhower pidió que le trajeran el abrigo. Incluso el almirante Andrew Browne Cunningham, el comandante supremo de la Marina británica en el Mediterráneo, que acudió a recibir al norteamericano, reconoció que el lugar era «extremadamente pestífero».<sup>189</sup> Los oficiales condenados a Láscaris se fortificaban cada tarde a partir de las dos con ginebra y zumo de naranja o cordiales a base de plátano.<sup>190</sup>

Eisenhower fue paseando con Cunningham por el túnel Pinto, ante una galería de tabucos utilizados por unos oficiales cuyas funciones aparecían marcadas con símbolos cabalísticos grabados en los letreros de las puertas. Su propio despacho medía unos tres metros por cuatro; el mobiliario consistía en un sillón de mimbre y una estufa de petróleo situada junto a la única mesa, cubierta con un tapete gris. Una alfombra tirada de cualquier manera sobre el pavimento de yeso apenas lograba mitigar «un frío que llevaba condensándose desde hacía cuatrocientos años».<sup>191</sup> A Eisenhower le costaba trabajo mantener secos sus cigarrillos.<sup>192</sup>

Restó importancia a la incomodidad y arrastró a Cunningham hasta una gran sala de guerra con un techo abovedado de doce metros de altura y unos mapas enormes colgados de cada pared. Un mosaico de seis por cuatro, confeccionado a partir de quinientas misiones fotográficas de reconocimiento, mostraba los quince mil kilómetros cuadrados de Sicilia. Gunther se quedó boquiabierto ante aquel despliegue cartográfico y comentaría maravillado en su cuaderno de notas la

«infinidad de detalles, la extremada actualización, y la estupenda maestría en el arte del dibujo y la litografía que aquello representaba. Me pregunto si los alemanes tendrán unos mapas tan buenos como estos supermapas».<sup>193</sup>

Cunningham, cuyo rubicundo rostro marcado por venillas rojas destacaba sobre el cuello blanco del uniforme, señaló las líneas de colores que trazaban la ruta de las flotillas aliadas, desde Levante hasta las Columnas de Hércules. En conjunto representaban ciento sesenta mil hombres, catorce mil vehículos, y mil ochocientos cañones a bordo de tres mil embarcaciones. Se había ordenado a todas las flotas mantener los radios en silencio absoluto, añadió el almirante, de modo que se sabía poco de sus avances, excepto que tres navíos canadienses procedentes de Escocia habían sido hundidos por los submarinos en el Mediterráneo occidental;<sup>194</sup> los canadienses habían perdido varias decenas de hombres, varias decenas de cañones, quinientos camiones, y buena parte de su equipo de comunicaciones. A consecuencia del incansable bombardeo aéreo de Sicilia por parte de los Aliados —las detonaciones podían oírse desde Malta en el silencio de la noche—,<sup>195</sup> la mayoría de los aviones que aún le quedaban al Eje habían abandonado la isla y se habían refugiado en la Italia continental. Pero no se sabía con exactitud hasta qué punto estaba al corriente el enemigo de la inminencia de la invasión. Cunningham miró atentamente los mapas de colores, como si pensara en su expresión favorita: «Es demasiado finolis y pijo para mí».<sup>196</sup> Hijo de un catedrático de anatomía de Edimburgo, Cunningham —que actuaba como primer delegado naval de Eisenhower— había recibido su bautizo de fuego en la guerra de los bóeres a los diecisiete años; en aquellos momentos tenía sesenta y seguía siendo un soldado valiente, agresivo, y convencido de que la mejor distancia en una pelea era el cuerpo a cuerpo. Gunther comentaba que los párpados inferiores de sus ojos de marino estaban «marcados por una brillante línea roja, como los de un bulldog».<sup>197</sup>

Eisenhower estudiaba el Mediterráneo central. Sicilia, un peñasco triangular del tamaño de Vermont, estaba a noventa millas al norte de Tunicia y sólo a dos de la punta de la bota de la península Italiana. Su extremo oriental estaba dominado por el monte Etna, un volcán activo de tres mil metros de altura y treinta kilómetros de diámetro. «Toda la costa está ribeteada de anchas y profundas calas separadas unas de otras por cabos», señalaba un estudio del terreno elaborado por los Aliados. Los expertos en planificación del CGFA habían estudiado cada centímetro de aquellos quinientos kilómetros de costa, analizando treinta y dos playas como posibles lugares de desembarco.<sup>198</sup> Sicilia había sufrido más invasiones sucesivas de las que había padecido Malta: griegos, romanos, vándalos, ostrogodos, bizantinos,



sarracenos, normandos, españoles y borbones. Y dentro de poco, los angloamericanos. «Sicilia no parece haber impartido en todas las épocas nada más que lecciones de catástrofe y violencia», observaba el escritor estadounidense Henry Adams. «Para dar una lección de anarquía ... Sicilia se las pinta sola y constituye todo un desafío a la evolución.»<sup>199</sup>

Un desembarco anfibio en una ribera hostil, como bien sabía Eisenhower, era la operación más difícil de una guerra: llegar andando a tierra bajo el fuego enemigo, construir un alojamiento seguro más allá de la playa, y luego avanzar libremente hacia el interior.<sup>200</sup> En la larga historia de los combates, nadie había llegado a dominar el arte de las operaciones anfibias. Por cada desembarco afortunado —como el asalto de los norteamericanos en Veracruz en 1847— había una catástrofe como el desastre sufrido por los ingleses en Callipoli en 1915. Por cada fracaso —como el de la Armada Invencible española, o el de los mongoles en Japón—, había un líder militar demasiado timorato como para intentar arriesgarse, por ejemplo Napoleón y Hitler, ninguno de los cuales se había atrevido a cruzar el Canal de la Mancha.

Aunque las operaciones anfibias eran intrínsecamente difíciles, los Aliados parecían decididos a hacer las cosas todavía más difíciles. El Estado Mayor Conjunto había ordenado a Eisenhower que empezara a planificar Husky el 23 de enero; los planes iniciales se centraban en tomar los principales puertos y aeródromos de Sicilia con la intención de situar en tierra firme diez divisiones al cabo de una semana del primer asalto. Pero sus tenientes y él habían estado ocupados con la campaña de Tunicia; sus diversos cuarteles generales —desde El Cairo hasta Rabat— estaban tan alejados, que los correos debían recorrer en avión más de tres mil kilómetros al día para entregar documentos, mapas y mensajes.<sup>201</sup> La principal célula de planificación se encontraba en la *école normale* de Argel, desprovista de calefacción, donde los oficiales se veían obligados a escribir a máquina con los guantes puestos.<sup>202</sup>

En marzo y de nuevo en abril, Eisenhower había advertido que Husky fracasaría si las fuerzas de desembarco encontraban «unas tropas alemanas fuertemente armadas y bien organizadas», lo que él cifraba en «más de dos divisiones». Los mandos británicos en Londres lo acusaron de «exagerar groseramente» la fuerza del enemigo<sup>203</sup> y, lleno de indignación, Churchill farfulló toda clase de denuestos contra «esas doctrinas pusilánimes y derrotistas ... No puedo ni imaginar lo que pensaría de todo esto Stalin, que tiene 185 divisiones alemanas en su frente».<sup>204</sup> Debidamente escarmentado, Eisenhower presentó un plan según el

cual las tropas británicas debían invadir la costa del sudeste de Sicilia y apoderarse de los puertos de Augusta y Siracusa, mientras que los norteamericanos debían desembarcar en el oeste y tomar Palermo.<sup>205</sup>

Este plan de Eisenhower desató un fuego inesperado contra él desde su propio flanco. El comandante en jefe del VIII Ejército, Bernard Montgomery, se había resistido a participar en la planificación de Husky mientras siguiera ocupado con la campaña de Tunicia:

—Acabemos primero este numerito —farfulló.

Cuando finalmente dirigió su atención hacia Sicilia, Montgomery desplegó un gran mapa de la isla sobre el pavimento de su dormitorio y meditó en voz alta:

—Bueno, y ahora veamos cómo nos conviene que se desarrolle esta batalla.<sup>206</sup>

El plan existente no le convenía en absoluto, y enseguida se las arregló para meter un palo en la rueda.

—No tiene la menor esperanza de éxito y debe ser reelaborado por completo —declaró Montgomery.

Afirmando falsamente que los expertos en planificación del CGFA daban por supuesto que la «oposición será escasa» —en realidad, presumían una resistencia bastante fuerte—, Montgomery condenaba todas esas «ideas confusas» y advertía que «nunca ha habido un error más grande».<sup>207</sup> A finales de abril, sus críticas eran escandalosas y predecía «un desastre militar de primera magnitud ... Estoy dispuesto a meterme en la guerra en HORRORIZADA con el VIII Ejército, pero tengo que hacerlo a mi manera».<sup>208</sup> A sus superiores les propuso poner el VII Ejército de Patton a sus órdenes; en su diario era más contundente: «Al frente de Husky debería estar yo».

Mejor que dividir las fuerzas, sostenía Montgomery, el ataque debía concentrarse en la costa sudoriental, donde las divisiones norteamericanas e inglesas pudieran prestarse mutuamente apoyo. Con la invasión a sólo dos meses escasos de distancia y la reunión del Estado Mayor Conjunto de la Conferencia Tridente a punto de celebrarse en Washington, Eisenhower convocó otra conferencia de planificación en Argel para el 2 de mayo. Al término de un almuerzo a base de langosta —las langostas le costaron al CGFA mil francos la pieza—,<sup>209</sup> Montgomery insistió en su postura, luego siguió al jefe de la plana mayor de Eisenhower, teniente general Walter B. «Beetle» Smith, hasta las letrinas de caballeros para seguir con la discusión, primero desde un urinario adyacente y luego dibujando flechitas sobre el espejo cubierto de vaho.<sup>210</sup> «Los americanos», comentaba en su diario un destacado oficial de plana mayor británico, el teniente general sir Charles Gairdner, «empiezan a pensar que el Imperio Británico está gobernado por Monty».<sup>211</sup>

Un día después, Eisenhower rompió el *impasse* al que habían llegado y aceptó el plan de Montgomery, restando importancia a las protestas del almirante Cunningham y de otros que preferían la dispersión naval y la conquista de más aeródromos.<sup>212</sup> Patton rechazó la pretensión de Hewitt de que él también se opusiera al plan revisado, pues las fuerzas norteamericanas ya no iban a tener la posibilidad de utilizar rápidamente el puerto de Palermo.

—¡No, me cago en Dios! —replicó Patton—. Llevo treinta años en este ejército y cuando mi superior me da una orden digo: «¡Sí, señor!» y luego hago lo tenga que hacer, ¡me cago en Dios!, para llevarla a cabo.

En su diario, el general Gairdner confesaba: «No puedo entender cómo hacen la guerra las democracias».<sup>213</sup>

La Operación Husky requería ahora siete divisiones —cuatro británicas y tres norteamericanas— que debían desembarcar una tras otra a lo largo de una extensión de ciento cincuenta kilómetros en el sudeste de Sicilia.<sup>214</sup> Las fuerzas embarcadas irían precedidas además por una parte de dos divisiones aerotransportadas, ocurrencia que requería llevar a cabo el ataque en el cuarto creciente de julio, cuando hubiera luz suficiente para que los paracaidistas pudieran ver, pero al mismo tiempo estuviera lo bastante oscuro para que pasara desapercibida la llegada de la flota. Al final se verían involucradas en la invasión trece divisiones aliadas.

De los trescientos mil soldados del Eje que defendían Sicilia, el grueso estaba constituido por unidades italianas de dudoso valor. Un oficial de inteligencia norteamericano calificaba a las dos divisiones alemanas de «pura mostaza picante»; en cuanto a los italianos, decía: «Pínchalos en la tripa y saldrá serrín». Gracias a Ultra, el extraordinario sistema británico de interceptación y desciframiento de los mensajes codificados por radio alemanes, Eisenhower sabía mucho sobre la fuerza y la disposición del enemigo. Contaba en Malta con un equipo de Ultra —se decía que los que estaban al tanto del gran secreto se habían «bañado en la sangre del cordero»—, y también disponía de otro en Argel. Desde que lograran interpretar un mensaje por radio cifrado con una máquina alemana Enigma en 1940, los expertos en decodificación de Ultra en Bletchley Park, al norte de Londres, habían interceptado e interpretado miles de mensajes y habían proporcionado «un conocimiento panorámico de las fuerzas alemanas».<sup>215</sup> A mediados de 1944 serían descifrados casi cincuenta códigos Enigma distintos, entre ellos un nuevo sistema cifrado del ejército alemán llamado Albatros, que fue interpretado por primera vez el 2 de junio, y otros llamados Hiena, Caballo de Mar, Pájaro Carpintero y Frailecillo.<sup>216</sup>

Eisenhower sabía también que la Marina italiana —la única fuerza naval importante del Eje que había en el Mediterráneo, con seis acorazados y once cruceros— carecía de radares, combustible y portaaviones. La fuerza aérea italiana había perdido dos mil doscientos aviones en los últimos ocho meses y no tenía mucha idea del paradero de los Aliados. «Nadie», se lamentaba un almirante italiano, «puede jugar al ajedrez con los ojos vendados».<sup>217</sup> Por si fuera poco, Eisenhower estaba bastante al corriente de la desintegración social de Italia debido a las presiones de la guerra y los bombardeos de los Aliados: escasez de carbón y de comida, huelgas, interrupción de los servicios ferroviarios, e incluso una grave falta de bombillas.<sup>218</sup>

Lo que no sabía Eisenhower era con cuánta energía iban a luchar los italianos por su tierra natal ni si los alemanes —a los que se creía capaces de enviar a Sicilia una división más de refuerzo cada tres días— pelearían a muerte por una isla árida a mil quinientos kilómetros de su patria.<sup>219</sup> Ni siquiera Ultra podía ver tan a fondo en el alma del enemigo.

El Estado Mayor Conjunto había aprobado el plan detallado de la Operación Husky el 12 de mayo. Pero en Washington y en Londres se tenía la sensación de que el proyecto no era muy brillante y de que los Aliados estaban perdiendo una oportunidad de aprovechar su triunfo en el Norte de África. A pesar de todos sus esfuerzos, Eisenhower recibió un nuevo revés. «Puede que sus expertos en planificación y los míos sean muy conservadores», le dijo George Marshall; carecían de la audacia que había hecho «cosechar grandes victorias a Nelson, Grant y Lee».<sup>220</sup>

Marshall tenía razón. Husky sería la operación anfibia de mayor envergadura de la segunda guerra mundial —en el primer asalto participarían siete divisiones, dos más de las que intervendrían en el desembarco de Normandía once meses después—, pero le faltaba fuerza imaginativa. Preocupados por Tunicia, los mandos perdieron de vista el objetivo más importante: cerrar el estrecho de Mesina, impidiendo así que el Eje enviara refuerzos a Sicilia y adelantándose a la eventualidad de que las fuerzas germanoitalianas huyeran al continente. La doctrina de las operaciones anfibia hacía hincapié en la captura de puertos y campos de aviación, para excluir los combates más allá de las dunas, y el plan definitivo de Husky se acababa a partir de los treinta y cinco kilómetros de las playas de desembarco.<sup>221</sup>

Según la expresión de «Beetle» Smith, todas las grandes empresas anfibia se caracterizaban por una «terrible inflexibilidad».<sup>222</sup> Encajar unas piezas con otras, pasar de un lugar a otro, sincronizar el ataque: todas estas tareas requerían una

concentración y un esfuerzo enormes, y por lo tanto dejaban poco tiempo para pensar en la batalla más allá de las playas. Husky supuso también el primer ataque aerotransportado de dimensiones considerables que llevaron a cabo los Aliados en la guerra. Y el plan revisado de Montgomery implicaba que, al carecer de puerto, los norteamericanos tendrían que sostener un ejército de combate más allá de las playas por medios nunca ensayados hasta entonces.

La suerte estaba echada, independientemente de que el gesto fuera más o menos audaz. A mediados de junio, Eisenhower dio extraoficialmente a los periodistas una serie de detalles sobre la inmediata invasión con el fin de acallar las especulaciones acerca de las operaciones venideras. Les pidió que guardaran el secreto, y así lo hicieron. «No vuelvan a hacernos esto *nunca* más», protestó un corresponsal.<sup>223</sup>

Las fintas y los engaños siguieron adelante sin parar. Una flota angloamericana de buques de guerra y cargueros zarpó de Gran Bretaña rumbo a Noruega para dar a entender que iba a tener lugar una invasión por el norte. Una flotilla británica en el Mediterráneo —cuatro acorazados, seis cruceros y dieciocho destructores— zarpó rumbo a Grecia para luego dar la vuelta en plena noche y seguir las rutas marítimas próximas a Malta. Pero en todo ese caótico conjunto de evasivas podía encontrarse de vez en cuando algo de verdad. A primeros de julio cayeron sobre Sicilia ocho millones de octavillas. En ellas había un mensaje que advertía: «Alemania luchará hasta que caiga el último italiano». Otra contenía un mapa que mostraba la vulnerabilidad de las ciudades italianas frente a los bombardeos aliados procedentes del Norte de África. El letrero que lo acompañaba decía: «Mussolini se lo ha buscado».<sup>224</sup>

Un espléndido baldaquino de estrellas se extendía sobre La Valletta cuando Eisenhower salió del túnel la noche del 8 de julio. El olor salobre del Mediterráneo en pleno verano resultaba embriagador cuando se salía del infierno de Láscaris. La ciudad sumida en la oscuridad brillaba a la luz azulada de las estrellas con una belleza que negaba las ruinas visibles a la luz del día.

A pesar de sus dimensiones, el enorme dormitorio del palacio Verdala estaba amueblado con la austeridad de una celda monástica: un jarro con agua, una jofaina, un platillo para el jabón, un orinal, una bañera. Habían sido pegados en las paredes varios pequeños mapas de campaña. Eisenhower se lamentaba a veces de los innumerables detalles que requerían su atención: «Papeleo», lo llamaba. «Solía leer acerca de los grandes generales de la historia del ejército y los envidiaba por la

gran libertad de acción y de decisión que creía que tenían», había escrito en una carta enviada a su familia el 27 de mayo. «¡Menuda idea! Las peticiones que se me hacen y que deben ser satisfechas hacen de mí un esclavo más que un amo.»<sup>225</sup>

Traductores, por ejemplo. Tenían que ser enviados al Norte de África doscientos soldados capaces de hablar italiano con la 45.<sup>a</sup> División y con la 82.<sup>a</sup> Aerotransportada, pero con esta última no había llegado ninguno. ¿Dónde estaban? O los prisioneros: «Quizá tengamos doscientos mil prisioneros de guerra después de la Operación Husky», había informado a Marshall el 28 de junio, pero de los ocho mil guardias solicitados, después de peinar todas las unidades norteamericanas, se habían podido reunir menos de la mitad. ¿Permitía la Convención de Ginebra la utilización de guardias ingleses o franceses en los campos norteamericanos? O los burros: una petición urgente al Departamento de Guerra solicitando alforjas y bridas había dado lugar a la siguiente pregunta de Marshall: «¿Cuántos palmos de altura tienen esos burros y qué peso por término medio?». Tras ulteriores investigaciones, Eisenhower le respondió: «Los burros no se consideran adecuados ahora. Tenemos a nuestra disposición un número limitado de mulas del país, de entre catorce y dieciséis palmos de altura, y de unos cuatrocientos kilos de peso por término medio ... Las mulas están acostumbradas a la carga, pero son muy violentas».<sup>226</sup>

Y luego estaba lo del AMGOT (Allied Military Government of Occupied Territories, Gobierno Militar Aliado de los Territorios Ocupados), organismo preparado para establecer una administración civil de Sicilia después de la invasión. Algunos guasones afirmaban que se trataba de la abreviatura de «Aged Military Gentlemen On Tour» (Señores Militares Viejos de Turismo), pero Washington comunicó a Eisenhower que AMGOT «sonaba horriblemente a alemán» y además se parecía a un término grosero para designar los genitales en turco. «Cambiar el nombre AMGOT a estas alturas», decía exasperado el comandante en jefe al Departamento de la Guerra el 1 de junio, «causaría más retrasos y confusión».<sup>227</sup>

Y por si fuera poco, estaba preocupado por su mujer. Con John en West Point, Mamie vivía sola en Washington. Padecía una enfermedad cardiaca y a menudo se veía obligada a guardar cama. Pesaba apenas cuarenta y siete kilos y decía de sí misma que «vivía de cualquier manera, se pasaba toda la noche leyendo novelas de misterio... y esperando». Eisenhower le escribía a menudo, a mano, no por medio de su secretaria como solía hacer, despidiéndose con expresiones como «cariño mío» o «querida». Últimamente había mostrado especial cuidado en tranquilizarla respecto a su fidelidad, pues también últimamente ella había preguntado con especial causticidad por Kay Summersby.<sup>228</sup>

Los rumores se habían intensificado. Kathleen Helen Summersby, nacida en el condado de Cork, había trabajado como conductora de Eisenhower en Londres y luego en el Norte de África antes de ponerse al frente de su correspondencia; era muy ducha en falsificar la firma de su jefe en las cartas y en las fotografías dedicadas. Modelo y actriz de reparto antes de la guerra, era una mujer hermosa, atlética y vivaracha, que a veces jugaba al bridge formando pareja con su jefe o salía con él para acompañarlo en sus paseos a caballo. Eisenhower, veinte años mayor que ella, la había impresionado «por ser un hombre que había tenido muy pocas cosas que lo consolaran a lo largo de su vida». Ella misma había necesitado que la consolaran un mes antes: el 6 de junio, su novio, un joven coronel del ejército de Estados Unidos, había muerto por la explosión de una mina en Tunicia. El dolor y la tensión la dejaron destrozada emocionalmente, y Eisenhower se ofreció a mandarla de vuelta a Londres.<sup>229</sup> Pero la joven solicitó quedarse en Argel. No se encontraría nunca ninguna prueba convincente de que existiera una relación carnal entre los dos, pero los rumores seguirían corriendo, incluso los propagados por quienes habrían debido saber mejor lo que decían.<sup>230</sup>

«Por favor, sólo tienes que recordar que, por breves que sean mis cartas, te quiero... Nunca podría enamorarme de otra», había escrito Ike a Mamie el 11 de junio. «Parece que nunca vas a comprender cuán profundamente dependo de ti y cuánto te necesito.»<sup>231</sup>

Traductores y burros, Mamie y Kay, alemanes e italianos. Y ahora aparecía en el horizonte un problema más. Era una suerte que Eisenhower no contara nunca con Dios para el buen tiempo, como había observado su hijo. A primera hora de la noche, los meteorólogos del Bastión Láscaris habían hecho públicas unas previsiones muy desalentadoras: se preparaba una tormenta por el oeste.

### «LOS CABALLOS DEL SOL»

Los convoyes procedentes de Argelia y Tunicia permanecieron cerca de la costa africana durante todo el día 8 de julio, tras reunirse con ellos otras fuerzas expedicionarias adicionales procedentes de Soussa y Sfax. Los barcos se extendían a lo largo de una franja de sesenta millas en un pasillo de una milla de anchura, unidos entre sí por largas estelas blancas «como si fueran las bolas de un ábaco».<sup>232</sup> Las embarcaciones de menor tamaño navegaron directamente al Punto Rayo X, el lugar de la cita al este de Malta. Para despistar a los aviones de reconocimiento

alemanes, el grueso de la flota fue navegando por las inmediaciones de Trípoli, para después, a las ocho de la tarde, poner rumbo al norte a una velocidad de trece nudos por hora.<sup>233</sup>

Los barcos se balanceaban como los galeones españoles cargados de tesoros por el mar de las Antillas. Sólo los convoyes norteamericanos transportaban más de cien mil toneladas de pertrechos: 5.000 toneladas de aviones en cajas, 7.000 toneladas de carbón, 19.000 toneladas de equipos de transmisiones. El catálogo de la expedición era homérico por sus dimensiones y su variedad: 6,6 millones de raciones de comida, 42 kilómetros de cable de acero de 5 centímetros, trampas para ratones,<sup>234</sup> chicle, 172 toneladas de vales de las autoridades de ocupación,<sup>235</sup> e incluso 144.000 preservativos, también llamados «los mejores amigos del soldado».<sup>236</sup> Un glosario de diez páginas traducía la terminología típicamente británica al inglés americano: «windscreen» era «windshield» (parabrisas), «wing» era «fender» (guardabarros), «regimiento» era «batallón», y «brigada» era «regimiento».<sup>237</sup>

La mitad de todo ese tonelaje eran municiones: se esperaba que la conquista de Sicilia durara menos de dos meses, pero las peticiones de munición y de pertrechos de artillería habían superado al Departamento de Guerra sin que nadie supiera exactamente cómo solucionar el problema. Los ingentes depósitos de Orán y Casablanca contenían suministros de munición para nueve meses, el triple del máximo autorizado, pues nadie podía decir con exactitud qué tipos de balas y de bombas se habían recibido ya: los inventarios eran llevados por escribientes argelinos y marroquíes que a menudo hablaban mal inglés.<sup>238</sup>

El ejército, afirmaba un almirante, invariablemente «doblaba las cantidades de lo que necesitaba; por si acaso». Una petición urgente llegada a Washington en junio solicitaba 732 radios adicionales, más 150.000 baterías. El Cuerpo de Transmisiones accedió, más o menos, pero para mejorar aún las comunicaciones envió también 5.000 palomas mensajeras, una sección de cuidadores de palomas, y más de 7.000 receptores de radio VHF.<sup>239</sup> Las unidades de inteligencia transportaban tablas hidrográficas; mapas de la Biblioteca del Congreso en los que se especificaba el emplazamiento de las grutas sicilianas; copias de la *Guía de Sicilia del Touring Club Italiano*, estudios piloto de las costas, planos de ciudades, y siluetas de la línea de costa dibujadas con la ayuda de un antiguo contrabandista de licor de Nueva Inglaterra.<sup>240</sup> Unos correos procedentes de Washington y Nueva York habían traído varias decenas de pesadas cajas de madera, cada una de ellas con el sello BIGOT HUSKY, que contenían maquetas en relieve de yeso de la topografía siciliana.<sup>241</sup> Pero un bonito mapa en el que se detallaban los monumentos históricos



y los tesoros artísticos de Sicilia, publicado en Nueva York y temporalmente extraviado en Argel, no llegó nunca a las tropas aliadas: un mensajero en motocicleta que lo llevaría luego al frente con un poquito de retraso, eso sí, sería capturado en la propia Sicilia por los alemanes.<sup>242</sup>

Era mucho lo que la dolorosa experiencia había enseñado en Tunicia acerca de la preocupación por las bajas, y la flota fue abastecida partiendo de la idea de que la fuerza de asalto sufriría durante la primera semana una reducción del 15 por 100 entre heridos y enfermos. Un folleto distribuido entre los médicos ayudaba a evaluar qué proporción de la superficie del cuerpo de un hombre había resultado quemada: 4,5 por 100 si se quemaban las dos manos, 13,5 por 100 si eran los dos brazos, etc.; debían administrarse 500 cc de plasma sanguíneo por cada 10 por 100.<sup>243</sup> Para aquellos que superaran esas medidas, los convoyes transportaban también seis toneladas de señaladores de tumbas, así como tampones para tomar las huellas digitales de los muertos. Una «directiva sobre el registro de tumbas» de trece páginas de extensión mostraba cómo se construía un cementerio: «Debe tenerse buen cuidado de que las tumbas estén alineadas unas con otras, lateral y longitudinalmente». Un memorando sobre lo que debía hacerse con los efectos personales de un soldado muerto aconsejaba: «Debe retirarse todo artículo que pudiera resultar embarazoso para la familia del difunto».<sup>244</sup>

No menos importante, por cuanto según las leyes internacionales los ejércitos invasores eran responsables del bienestar de los civiles, eran las enormes cantidades de productos destinados a los sicilianos: catorce mil toneladas de harina, leche evaporada y azúcar para alimentar a medio millón de personas durante un mes; noventa y cuatro toneladas de jabón; 750.000 cc de vacunas contra el tétanos, el tifus y la viruela.<sup>245</sup> Las autoridades civiles calculaban que si Italia capitulaba, los Aliados tendrían otros diecinueve millones de bocas que alimentar y cuerpos que calentar al sur de Roma, lo que exigiría treinta y ocho mil toneladas de alimentos, y ciento sesenta mil toneladas de carbón al mes, una carga enorme para la Marina de los Aliados.<sup>246</sup> «No cabía esperar que Italia fuera autosuficiente», concluía un estudio, «en ningún momento mientras dure la ocupación de los Aliados».<sup>247</sup>

Kent Hewitt pasó toda la travesía en el puente de mando o en su camarote, leyendo y haciendo crucigramas. La sala de operaciones del *Monrovia* era pequeña, resultaba sofocante y estaba tan abarrotada como el resto de la nave. Para dar cabida a bordo a las planas mayores adicionales, se habían doblado las dimensiones del centro de transmisiones, y los carpinteros del barco habían unido de cualquier manera tres salas de codificación en una, ampliando al mismo tiempo las salas de radio. Pero al

imponerse el silencio de las radios, Hewitt no podía decir nada que no pudiera expresarse mediante el lenguaje de banderas. Se sentía optimista, convencido de que su flota iba a combatir el mal y de que «Dios no podía ser demasiado duro con un hombre o con un país que iba a hacer eso».<sup>248</sup>

Cuando estaba en cubierta, Hewitt a menudo probaba sus gemelos de campaña mirando a través de ellos las embarcaciones anfibias, una excéntrica flota dentro de la flota. Las LCT de cuarenta y cinco metros transportaban cinco tanques Sherman y encima tenían un calado de apenas un metro, lo que les había ganado el mote de «cuñas flotantes». (Las lanchas de desembarco de menor tamaño, bastante vulnerables, eran llamadas genéricamente «eliminadoras de alféreces».)<sup>249</sup> Los LST más grandes, diseñados originalmente por los ingleses, habían encantado a los expertos en logística militar estadounidenses, que habían visto cómo las lanchas de fondo plano habían sido utilizadas con excelentes resultados por los contrabandistas de licor en el golfo de México durante los años veinte.<sup>250</sup> A lo largo de la guerra serían construidos mil cien LST, en su mayoría en astilleros fluviales del Medio Oeste americano.<sup>251</sup> Debido a su proa cuadrada, con puertas de cuatro metros provistas de bisagras, el barco era lento y resultaba un tanto desgarrado, y la falta de quilla hacía que cabeceara incluso cuando estaba en dique seco, o al menos eso decían los marineros. Pero cada uno podía transportar veinte tanques.<sup>252</sup>

Hewitt sabía que, a pesar de su poco calado, los LST podían verse atrapados en los bancos de arena que protegían buena parte de la costa meridional de Sicilia. El ejército había propuesto descolgar los tanques y los vehículos por la borda, arrastrándolos con grandes cadenas a tierra por la corriente, y luego dejándolos secar en la playa. Los ingenieros de la Marina, escandalizados, respondieron presentando el proyecto Fiebre del Oro: un pontón flotante que pudiera ser remolcado o transportado por partes en los LST, para luego ser montado y formar un puente articulado que cruzara la extensión de agua situada entre el banco de arena y la playa. Las pruebas realizadas en la bahía de Narragansett habían demostrado que el puente podía soportar el peso de un tanque Sherman. Pero como ocurría con tantos aspectos de la Operación Husky, el plan tenía todavía que ser probado en combate.<sup>253</sup>

Entre los múltiples motivos de desacuerdo de Hewitt con el ejército, ninguno había sido más candente que la cuestión de si debían debilitarse las defensas de la playa con fuego naval antes de efectuar los desembarcos. Para coger al enemigo por sorpresa, Patton insistía en que los cañones no abrieran fuego hasta que los barcos de asalto estuvieran a quince minutos de tierra. Según un oficial de la Marina, el general quería «reducir riesgos para cuando él tuviera que combatir».

Hewitt consideraba la sorpresa «ilusoria».<sup>254</sup> Exponía once razones por las cuales era probable que el enemigo estuviera alerta, empezando por los frecuentes vuelos de reconocimiento sobre la isla efectuados por los Aliados y el triste hecho de que de los catorce oficiales enviados clandestinamente desde submarinos a inspeccionar las playas sicilianas aquella misma primavera, se habían perdido todos, junto con el correspondiente número de exploradores. Patton rechazaba los argumentos de Hewitt. Los cañones permanecerían callados.<sup>255</sup>

En su camarote, Patton leía, daba vueltas, dormitaba y volvía a dar más vueltas. «Siento la dificultad al respirar que suelo sentir antes de un partido de polo», escribió en su diario el 8 de julio; y a continuación añadió una máxima de Napoleón: «Ataca y luego mira».<sup>256</sup> Simplemente ya no le preocupaba la defensa del enemigo.

—¡Diablos! Llevan ahí cuatro años —comentó a uno de los oficiales de Hewitt—. No pueden estar alerta todo el tiempo. Vamos a desembarcar y de repente nos van a tener encima.<sup>257</sup>

En una carta a su cuñado decía: «Siempre se han alabado los caballos del sol. ¡Ale! ¡A matar al aire libre!».<sup>258</sup>

En la Orden de Campaña n.º 1, Patton había aconsejado a sus mandos: «Atacad de día y de noche hasta el límite de las fuerzas humanas y luego seguid atacando». Para las tropas compuso una ardiente exhortación que fue leída desde los alcázares de todos los navíos:

Quando desembarquemos nos encontraremos a los soldados alemanes e italianos, a los que será todo un honor y un privilegio atacar y destruir ... La gloria de las armas americanas, el honor de nuestro país, el futuro del mundo entero está en las manos de cada uno de vosotros. Mirad de ser dignos de esta gran confianza que se deposita en vosotros. Dios está con nosotros. Venceremos.<sup>259</sup>

Mientras paseaba, Patton pensaba con tristeza en la última entrevista que había tenido con Eisenhower en Argel el 5 de julio.

—Eres un gran líder —le había dicho el comandante en jefe—, pero un mal planificador.

Podía estar todo lo triste que quisiera, pero Patton había mostrado un altivo desdén por las sutilezas logísticas. Ante el general sir Harold Alexander, encargado de comandar todas las fuerzas terrestres en Sicilia, se cuadró y dijo:

—General, yo no planifico. Sólo obedezco órdenes.

A su jefe de asuntos civiles, que había de ser responsable de dar de comer a cuatro millones de sicilianos y de gobernarlos, le preguntó simplemente:

—¿Mata usted?<sup>260</sup>

Y al propio Eisenhower en una ocasión le hizo la siguiente propuesta, que habría de hacerse famosa:

—Deme usted sus nombres y yo los fusilo.<sup>261</sup>

Era y seguiría siendo, como señalaba un viejo amigo suyo, «pintoresco, incorregible, inexplicable».<sup>262</sup>

Con su letra vigorosa escribió una carta a Bea, que debía ser echada al correo sólo después de que diera comienzo la invasión: «Dudo que me maten o incluso que me hieran, pero es algo que no se puede decir nunca. Todo es cuestión del destino ... Te quiero».<sup>263</sup>

Ernie Pyle estaba otra vez con ellos, por supuesto. Había venido de Bizerta a bordo del *Biscayne*, de la Marina de Estados Unidos, buque insignia de los casi trescientos navíos que transportaban a la 3.<sup>a</sup> División de Infantería. Cada mañana, como un favor al capitán, se levantaba a las tres del camastro que ocupaba en la cubierta de sol para editar el periódico mimeografiado del barco.<sup>264</sup> Luego en su propia copia garabateaba cualquier cosa a lápiz para los periódicos de Scripps-Howard, o leía a Joseph Conrad y se maravillaba de la prosa del viejo lobo de mar: «En los días claros el sol echa chispas sobre el azul del agua».<sup>265</sup>

Pyle tenía en aquellos momentos cuarenta y dos años, pero parecía y se sentía «más viejo y un poco aparte». Bebía demasiado y estaba inquieto por su mujer alcohólica, de la que se había divorciado y con la que, después de hacerla ingresar en un sanatorio, había vuelto a casarse. Enseguida se convirtió en un personaje familiar en el *Biscayne*, con un chaleco salvavidas alrededor de sus hombros estrechos, y la cabellera como una especie de halo gris alrededor de su cabeza triangular. Liaba sus propios cigarrillos y hacía innumerables preguntas con el típico acento gangoso y chirriante de Indiana. Pyle «pesa sólo unos cuarenta kilos con una Biblia familiar en la mano», señalaba otro reportero;<sup>266</sup> el pintor George Biddle lo encontraba «ascético, amable, caprichoso, tímido ... Su expresión es fundamentalmente triste».<sup>267</sup>

La guerra lo entristecía. Pyle la consideraba «una desgracia sin paliativos» y aspiraba a ser el último corresponsal de guerra. Veía a los soldados —«los tíos sin los cuales no pueden ganarse las guerras»— como «niños otra vez, perdidos en la oscuridad». Él mismo estaba un poco perdido, y le venía bien escribir —a veces con brillantez— sobre otras almas perdidas. «Los años me tratan mal», escribía a un amigo poco antes de que empezara Husky. «Ni vino, ni mujeres, ni canciones, ni

diversión... pronto no quedará de mí más que mi pala y un caso ligero de pie de atleta.»<sup>268</sup> Se preguntaba cómo alguien que hubiera sobrevivido a una guerra podía «volver a ser nunca cruel con algo, nunca más».

Su material —esos tíos sin los cuales no pueden ganarse las guerras— estaba ahí a su alrededor. Las normas del Departamento de Guerra exigían que en un transporte hubiera verticalmente entre litera y litera una separación de al menos cincuenta y cinco centímetros, y que la ventilación en las bodegas de tropa fuera de nueve metros cúbicos de aire fresco por hombre y por minuto. Pyle tenía otra idea, lo mismo que el soldado Paul W. Brown, que navegaba con la 1.<sup>a</sup> División. «Una semana más sin baños», escribía Brown en una carta a su familia. «Calcetines sucios. Calzoncillos sucios. Y poquísima ventilación, ¡joder! No hay portillas.» Los inspectores del ejército notificaban también la existencia de bichos en la comida, hurtos, estraperlo flagrante, retretes sucios y escasez de cubos para vomitar.<sup>269</sup> No es de extrañar que muchos soldados sintieran ya nostalgia de las mandarinas y las granadas del Norte de África, por no hablar de «su inmensidad y su misterio».<sup>270</sup>

Se entretenían con peleas de boxeo y peleas de cuerda y, en un barco inglés, incluso con un certamen de bigotes arbitrado por un soldado de la Real Infantería de Marina armado con un cepillo, un peine y un magnífico espejo de aumento. Los oficiales daban clases sobre Sicilia, utilizando notas mimeografiadas, que empezaban diciendo: «Sicilia ha sido conquistada muchas veces y su historia es en gran medida una historia de invasiones que han salido bien»; advertían además que el índice de asesinatos en Sicilia era «siete veces superior al de otros lugares de Italia».<sup>271</sup> Cada hombre había recibido un ejemplar de la *Guía de Sicilia para soldados*, que describía el calor, la suciedad, y las enfermedades con tanto detalle que el diario de la 26.<sup>a</sup> de Infantería llegaba a la conclusión de que la isla debía de ser «un agujero infernal habitado por gente demasiado pobre para salir de él o demasiado ignorante para saber que había sitios mejores».<sup>272</sup> Las tropas de la 45.<sup>a</sup> División practicaban el italiano creando, entre otras cosas, conversaciones fantásticas mixtas en las que uno preguntaba:

—*Bona sera, senorina.*

Y otro respondía:

—*Duo cento lira.*<sup>273</sup>

Hacían el petate y lo volvían a deshacer y volvían a hacerlo una vez más, intentando meter la máscara antigás y el equipo de primeros auxilios y la red antimosquitos en los setecientos metros cúbicos prescritos para una mochila del ejército en caso de asalto. Se suponía que cada fusilero debía cargar treinta y siete kilos, medidos gramo a gramo, desde los cuatro kilos seiscientos gramos del fusil

M-1 cargado y los noventa gramos de la toalla, hasta los cuarenta y cinco gramos de la cuchara y los doscientos veinticinco gramos de la Biblia con tapa de metal.<sup>274</sup> Algunos aligeraban la carga mordisqueando los ciento cuarenta gramos de las «raciones D», que se suponía que debían guardarse para las emergencias. La mayoría de los soldados llevaban el uniforme desde hacía el tiempo suficiente para estar inmunizados contra las sorpresas y no se habrían extrañado al comprobar que la barra de chocolate de las raciones D había sido desarrollada tras dos años de pruebas del departamento de intendencia del ejército con trescientas recetas y sabores distintos, que incluían harina de soja, patata, tapioca, café pulverizado e incluso unas gotitas de queroseno.<sup>275</sup>

«Resulta muy interesante ver a los oficiales y a los hombres», decía el general de brigada Theodore Roosevelt, Jr., hijo del ex presidente y comandante auxiliar de la 1.<sup>a</sup> División, en una carta a su esposa, Eleanor. En otra carta escrita a bordo del *Barnett*, añadía: «Ya no son hombres jóvenes. No son los chicos recién salidos del cascarón, barbilampiños, que viste en un baile hace más de dos años ... Tienen aspecto de hombres curtidos». Unas horas más tarde escribía: «El mar sigue como una balsa ... Todas las escotillas están cerradas, igual que las portillas, las luces apagadas y no se puede fumar en cubierta. Empieza a hacer un calor abrasador. Naturalmente resulta peor para los hombres. Ahora reina en el barco una especie de silencio de muerte. Nadie se mueve en cubierta».<sup>276</sup>

La noche del 8 de julio, Roosevelt volvió a escribir a Eleanor, con aquella letra suya, meticulosa y uniforme, que mostraba una dosis suficiente de ornamentación como para dar a entender una sensibilidad poética:

Hemos tenido una vida estupenda y espero que aún dé para más. Si por casualidad no fuera así, podremos decir al menos que en los años que hemos estado juntos hemos acumulado experiencia suficiente para diez vidas corrientes. Hemos conocido el triunfo y la derrota, la alegría y el dolor, todo eso sirve para llenar el patrón de la vida humana ... No tenemos más que motivos para estar agradecidos, vayan como vayan las cosas.

Después de zarpar de Argel, el jefe de meteorología de Hewitt había estado dibujando mapas del tiempo y tomando el pulso a los vientos con el anemómetro. El capitán de corbeta Richard C. Steere era un graduado de la Academia Naval de la promoción de 1931 que había formado parte del equipo de esgrima en la modalidad de florete, ganador de la medalla de oro en las Olimpiadas de 1932, tras derrotar a una laureada escuadra francesa. A Steere le encantaba la esgrima, que consideraba un «rompecabezas muy complejo»; por la misma razón le gustaba la meteorología, y en 1940 había obtenido el título de licenciado superior en esta especialidad en el MIT. Durante la Operación Antorcha, cuando una feroz tormenta atlántica llegó a

levantar olas de casi seis metros frente a las costas de Marruecos, la meticulosa predicción de Steere en el sentido de que la tempestad amainaría repentinamente había convencido a Hewitt de seguir adelante con los desembarcos. Patton había apodado al meteorólogo «Capitán Houdini».<sup>277</sup>

En aquellos momentos sus habilidades iban a ser puestas a prueba de nuevo. En el puente del *Monrovia* Steere mostró sus cálculos a Hewitt y Patton la tarde del 8 de noviembre. Normalmente pocas costas eran más benignas que las del sur de Sicilia a mediados del verano. Pero, como también habían reconocido los hombres del tiempo de Eisenhower en Malta, una masa de aire marítimo polar procedente del noroeste recorría toda Europa occidental y estaba a punto de unirse a un segundo frente frío que se extendía desde Cerdeña y la Italia continental para formar una depresión sobre Yugoslavia. Esta circunstancia había aumentado el grado de presión en el Mediterráneo central. Para el viernes por la tarde se esperaban fuertes vientos del noroeste y marejada. El desembarco estaba previsto para primera hora del sábado.

Los grados de presión y los milibares del barómetro no interesaban lo más mínimo a Patton.

—¿Cuánto durará la tempestad? —preguntó.

Las tormentas de verano en el Mediterráneo solían ser cortas, contestó Steere, y la flota quedaría protegida al socaire de Sicilia.<sup>278</sup>

—Se habrá calmado para el Día D —contestó.

—Mejor —añadió Patton.

A mediodía del viernes, mientras la flota se acercaba a Malta, el viento se enfrió por el oeste, haciendo que el mar se picara de manera inquietante y que aparecieran crestas de espuma en las olas. Las barandillas de borda y las drizas no tardaron en quedar empapadas, la mala mar fue llenándose de espuma, y las cuñas de hospital que semejaban las LCI —lanchas de desembarco, infantería, calificadas por un soldado como «delicias de fondo plano de Satán»— empezaron a cubrirse de agua. Los cables de los globos de barrera se extendían en sentido horizontal, mientras algunos marineros protegidos por chubasqueros intentaban recogerlos, maldiciendo a aquel tiempo que la gente había dado en llamar «viento de Mussolini».<sup>279</sup> Uno tras otro, los cables se soltaron y pronto dos docenas de globos salieron volando hacia el este hasta perderse de vista.<sup>280</sup> A última hora de la tarde el viento había alcanzado una fuerza de treinta nudos —fuerza 7 según la escala Beaufort—, y las olas verdes eran tan altas que las barcas más pequeñas no podían verse unas a otras y los pilotos se las veían y se las deseaban para evitar que se produjeran colisiones.<sup>281</sup> Los soldados, con el rostro sombrío y llenos de miedo,

se agarraban a montantes y escaleras. «Apenas podíamos tenernos en pie», escribía Ernie Pyle desde el *Biscayne*, «y nuestro larguísimo convoy era un conjunto convulso y bamboleante».<sup>282</sup>

Las embarcaciones anfibas nunca habían sido puestas a prueba con un mar así. Las LCT, que no podían avanzar a más de tres nudos, bailaban como corchos a la deriva en medio del oleaje. «Enormes cascadas de agua verde caían sobre la superficie abierta de las cubiertas planas», recordaba un teniente de la Marina.<sup>283</sup> Muchas LCT, añadía, «tenían por lo menos un motor fuera de servicio, de modo que cuando perdían el rumbo tenían que ponerse a sotavento y girar ciento ochenta grados para recuperarlo». Los LST de quilla cuadrada iban dando tumbos; primero se los veía subir y luego volvían a hundirse con la siguiente ola produciendo un ruido sordo y una brusca sacudida.<sup>284</sup> Un coronel de Ingenieros del Ejército contaba que su LST se escoraba «cuarenta y siete grados cada vez que miraba yo el indicador<sup>285</sup> ... El LST se escoraba, se escoraba, se escoraba, y el péndulo oscilaba tanto que pensábamos que iba a volcar». Los destructores se abrían paso entre las embarcaciones de menor tamaño ordenando por medio de señales que compensaran el viento y poniendo rumbo «sólo hacia la derecha del norte durante toda la noche», en vez de seguir el curso previsto de 020 grados.<sup>286</sup> Varios pontones Fiebre del Oro se soltaron de sus embarcaciones; dos remolcadores salieron a recogerlos en medio del vendaval. Lanchas de desembarco de veinte toneladas colgaban balanceándose de sus pescantes como los amuletos pendientes de la cadena de un reloj;<sup>287</sup> a bordo del transporte *Florence Nightingale*, un bote se soltó y fue chocando con el puente y el lanzamiento de popa a cada tumbo que daba el barco hasta que lograron cazarlo a lazo.<sup>288</sup>

«Probablemente os divertiréis con las lentas subidas y bajadas del barco, o incluso con el vaivén más violento si os coge una tormenta», decía un libro de bolsillo para soldados titulado *¿Qué hacer a bordo de un transporte?* «Incluso el marinero de agua dulce más mareado», añadía el manual, «acaba por reírse de algún compañero al ver la mala cara que muestra».<sup>289</sup>

Allí no se reía nadie. «Todos estamos de pena, llenos de ansiedad, apretujados, cargados y empapados», escribía un soldado de la 26.<sup>a</sup> División de Infantería. «No hay donde vomitar, como no sea unos encima de otros. No hay héroes, sólo miseria.» «Primero tengo miedo de morirme», anotaba un soldado de la 18.<sup>a</sup> de Infantería, «luego tengo miedo de no morirme».<sup>290</sup> Se había repartido entre los soldados un compuesto químico llamado Preventivo contra el Mareo, pero la mayoría de ellos seguía recurriendo a unos objetos que llevaban la siguiente etiqueta oficial: «Bolsas, para usar en caso de vómito»,<sup>291</sup> o agachaban la cabeza



«gimiendo suavemente como si se tratara de una debilidad vergonzosa que debían mantener en secreto». <sup>292</sup> Un soldado de primera escribía a su novia de Brooklyn diciendo que aquellos eran «los peores momentos que he pasado en mi vida».

Algunos intentaban poner cara de que allí no pasaba nada. A bordo del buque inglés *Strathnaver*, se sirvió una cena consistente en sopa clara y chuletas de cordero a los soldados galeses, que cantaban a voz en grito *Land of My Fathers*. Pero la mayoría de los hombres «se balanceaban en sus literas, pálidos y entre gemidos», señalaba un soldado canadiense. <sup>293</sup> «Todo lo que no estaba bien amarrado iba a la deriva: mochilas, cajas de armas, cajas de hierro atestadas de municiones, platos de campaña, cascos». En el *LST 386*, los únicos pasajeros que seguían tan panchos tenían cuatro patas y herraduras: habían sido embarcados en él treinta asnos africanos hasta que Eisenhower había pensado que las mulas eran más fuertes. <sup>294</sup> «El barco se escoraba treinta grados y cabeceaba quince», señalaba un oficial de la Marina. <sup>295</sup> «A los burros parecía no preocuparles nada, y daba la impresión de que les gustaba la paja salpicada de agua salada». Un sargento de los Rangers que encontró a su pelotón espantosamente mareado oculto en un bote salvavidas, pensó que, al tener los estómagos vacíos, por lo menos tendrían menos probabilidades de sufrir una peritonitis en caso de recibir heridas en el vientre. <sup>296</sup> «En cuanto salga de este barco», exclamó un cabo, «no voy a hacer nada más que andar, andar y andar». <sup>297</sup>

«Algunos se acordaron de la Armada Invencible», escribía otro canadiense, «y otros planteaban la siguiente pregunta: “¿Está Dios de nuestra parte o no?”». A los expertos en la Antigüedad clásica que habían intentado recordar a Tucídides, ahora les venía a la memoria Eolo, el mítico guardián de los vientos, según la mitología griega, que supuestamente vivía en una isla flotante cerca de Sicilia; se contaban unos a otros historias acerca de marinos que se habían perdido en medio de la tormenta en el Mediterráneo, empezando por el rey de Esparta, Menelao, cuya flota había sido desviada a Egipto cuando volvía a casa desde Troya, y siguiendo por san Pablo. <sup>298</sup>

Otros mantenían coloquios más prácticos:

—Es una locura, ¡me cago en Dios!, ya te digo —afirmaba un oficial a bordo del *Barnett*—. ¿Qué sentido tiene seguir adelante con la invasión cuando tus barcos ni siquiera van a llegar a tierra?

Un capitán del Ejército estaba totalmente de acuerdo con él:

—No es miedo. ¡No, me cago en Dios! No es miedo. Sencillamente no tiene sentido poner en peligro toda la invasión con este tiempo.

A bordo del *Samuel Chase*, el contraalmirante John L. Hall, que, entre otras cosas, estaba al cargo de la 1.<sup>a</sup> División, pensó en avisar a Hewitt por medio del lenguaje de banderas que recomendara posponer la operación. Luego dijo a sus hombres:

—No vamos a ser los primeros en ponernos a patalear.<sup>299</sup>

La flota siguió adelante.

En el *Monrovia*, Hewitt miraba la marejada y escuchaba el viento batir sobre los aparejos. La espuma del oleaje hacía pensar que el Mediterráneo estaba cubierto de nieve. Hewitt barajaba la posibilidad de romper el silencio de la radio y ponerse en contacto con el almirante Cunningham en Malta para sugerirle un aplazamiento. Algunas embarcaciones de menor tamaño no tenían radio, de modo que correr la voz del aplazamiento entre toda la flota habría llevado al menos cuatro horas.<sup>300</sup> Al ver un LSI balancearse en medio del oleaje, comentó que al menos los pobres soldados que llevaba a bordo estarían «más deseosos de llegar a tierra».<sup>301</sup> Por malo que fuera aquello, el Atlántico antes de la Operación Antorcha había sido peor.<sup>302</sup>

A última hora de la tarde del viernes, mandó llamar al puente al Capitán Houdini. Aquella mañana Steere había pronosticado vientos de veintisiete nudos; en aquellos momentos habían alcanzado los treinta y siete, con olas de casi cuatro metros. Aunque estaba nervioso, el meteorólogo se reafirmó en sus predicciones. «Toda la estructura de los vientos» se calmaría a la caída de la noche, afirmó, aunque persistirían los vientos fuertes en las capas altas de la atmósfera. Steere había escrito su pronóstico para la hora H a mano, como un pronosticador en las carreras que apuesta con ventaja: «Vientos del noroeste a 10-15 nudos amainando, con olas hacia la costa de 1-1,5 metros o menos».<sup>303</sup>

Hewitt aceptó la apuesta, asintiendo con la cabeza sin traslucir emoción alguna, ni siquiera preocupación. Seguirían navegando rumbo a Sicilia a menos que se ordenara lo contrario.

«Siempre el vaivén», confiaba un soldado británico a su diario, «el cabeceo y la escora, las siniestras luces azules bajo cubierta, y las masas de cuerpos en las literas, o buscando a ciegas los lavabos inundados de orines». Como tantos otros, el capitán Joseph T. Dawson, de la 1.<sup>a</sup> División, escribió una carta de despedida a su familia en Texas: «Mi corazón está lleno de inefable ternura por vosotros y nada más que por vosotros ... Intentamos estar a la altura. Dios quiera que podamos llevar a cabo nuestra tarea».<sup>304</sup>

A las seis de la tarde, el mar estaba tan embravecido, que un alto mando de Marina comentó que «hasta los destructores se están poniendo verdes». A medida que iba oscureciendo, el viento arreciaba. Los oficiales de cubierta de toda la flota ordenaron apagar las lámparas humeantes.<sup>305</sup> A las 18:52, el cuaderno de bitácora del *Monrovia* señalaba que habían avistado la pequeña isla de Gozo, a nueve millas por la banda de estribor. Justo detrás de ella, a través de la siniestra espuma que les caía encima, los vigías distinguieron los escarpados acantilados de Malta.<sup>306</sup> La flota siguió adelante.

Buscando refugio en el papeleo, Eisenhower había advertido a Marshall que durante su estancia en Malta «mis comunicaciones con Washington y Londres serán casi nulas ... debido a la necesidad de reservar las comunicaciones del cuerpo de transmisiones para las cuestiones operativas». La jugada fracasó; Washington y Londres no tuvieron el menor reparo en acribillar al comandante en jefe con consejos y peticiones, empezando por un mensaje de Marshall el viernes por la tarde en el que le preguntaba: «¿El ataque sigue en pie o no?». Eisenhower estudió el telegrama y murmuró:

—¡Ya me gustaría a mí saberlo!<sup>307</sup>

El viento y la climatología dominaban las discusiones en el despacho del almirante Cunningham mientras las horas iban pasando. Meteorólogos compungidos aparecían para informar de nuevos aumentos en la escala Beaufort, que inmediatamente eran traducidos para Eisenhower de nudos a millas por hora. Cunningham se trasladó a un campo de aviación para ver con sus propios ojos de párpados enrojecidos cuál era la situación; hizo saber que «todos los vientos del cielo» estaban «bramando y aullando en torno a la torre de control». En el Puerto Grande, otra flotilla británica de lanchas de desembarco zarpó con un gaitero debidamente sujeto a la popa de la nave capitana tocando *The Road to the Isles*.<sup>308</sup> Cunningham dijo que los barcos quedaban «literalmente enterrados, con la espuma cayéndoles encima en recios chaparrones, mientras se adentraban en el mar». <sup>309</sup> A las seis de la tarde apareció una botella de ginebra en el Bastión Láscaris y enseguida quedó vacía.<sup>310</sup>

Eisenhower revisó sus opciones, encendiendo un cigarrillo húmedo con la colilla del anterior. Los oficiales de su plana mayor calculaban que si la invasión se posponía, se necesitarían dos o tres semanas para volver a organizarla. Sin duda para entonces el enemigo estaría alerta, y quizá lo estaba ya: la sala de control instalada dentro del bastión informó que un avión de reconocimiento alemán había sido avistado cerca de la flota a las cuatro y media de la tarde y otro a las siete y

media.<sup>311</sup> Como el capitán de corbeta Steere, los encargados de las previsiones meteorológicas de Malta creían que la tormenta pasaría pronto. También lo creía Cunningham, que había surcado aquellas aguas durante la mayor parte del último medio siglo, y que en cierta ocasión citó «la temeridad y la dureza» como las dos cualidades más decisivas de un alto mando.<sup>312</sup>

Eisenhower solía ser rápido a la hora de tomar una decisión y entonces la tomó. «La operación seguirá adelante tal como estaba previsto», cablegrafió a Marshall, «a pesar del desafortunado viento del oeste». Cunningham mandó también su propio mensaje al Almirantazgo en Londres: «Tiempo poco favorable.<sup>313</sup> Pero operación sigue adelante».<sup>314</sup>

Con «corazones más bien temerosos» —según expresión de Cunningham— hicieron una interrupción para cenar. Camino del palacio Verdala, echó una ojeada a los molinos de viento que se erguían sobre La Valletta; el hombre que predicaba la importancia de creer en la buena suerte se preguntaba en voz alta si se le habría acabado a él la suya.

—Para ser totalmente honestos —le dijo durante la sobremesa otro lobo de mar británico, el larguirucho almirante lord Louis Mountbatten—, las cosas no pintan muy bien.

Después de tomar café, Cunningham se reunió con ellos para ir a Punta Delimara, donde había un faro octogonal decorado con bandas blancas y negras que coronaba el extremo sudoriental de la isla. Media docena de reflectores apuntaban directamente a lo alto como indicadores para las sucesivas oleadas de aviones de transporte —unos remolcando aparatos más pequeños, otros llenos de paracaidistas— que empezaban a aparecer en aquellos momentos sobre sus cabezas.<sup>315</sup> Cunningham contó sesenta y cuatro aparatos mientras Eisenhower, estirando el cuello, acariciaba sus monedas de la suerte y murmuraba una oración por la «seguridad y el éxito».<sup>316</sup> Si hubiera mirado con más atención, habría visto que muchos aeroplanos no tomaban el giro decisivo en Delimara y continuaban hacia el este en vez de cambiar de rumbo como era debido hacia el norte.<sup>317</sup>

De vuelta en la sala de guerra de Láscaris, los grandes mapas de la pared marcaban la posición de los convoyes a medida que iban acercándose a Sicilia: los norteamericanos, en su mayoría al oeste de Malta, y los ingleses, en su mayoría al este. Camastros y mantas habían sido dispuestos en una sala próxima dotada de aire acondicionado, pero la ansiedad mantenía a los hombres en tensión y despiertos. Eisenhower charlaba y decía que iba a ponerse a escribir un libro, tal vez una antología que recogiera el perfil de unas dos docenas de personajes públicos;

«pintaría en él el carácter de cada uno» y «contaría algunas anécdotas». El mariscal del aire Arthur Tedder, el mando de mayor rango de la fuerza aérea en el Mediterráneo, meditaba sobre las Guerras Púnicas y las invasiones anteriores.

—¡Qué ocurrencia eso de invadir Italia desde el sur! —dijo—. Incluso Aníbal tuvo la prudencia de entrar con sus elefantes a través de los Alpes.

Más en el interior del túnel, un oficial que estaba afeitándose con una máquina eléctrica provocó una desabrida protesta porque «un ruido incalificable» hacía que «resultara prácticamente imposible captar ninguna señal por radio».<sup>318</sup>

A las diez de la noche, Eisenhower garabateó una nota para Mamie: «Estoy otra vez en un túnel, como estaba a primeros de noviembre pasado, a la espera de noticias, lo mismo que entonces...».

Los hombres hacen casi todo lo que pueden por no volverse locos. Caminan, hablan, intentan trabajar, fuman (todo el tiempo) ... cualquier cosa con tal de que pasen los minutos ... Todo lo que podíamos pensar que debía hacerse ya se ha hecho; las tropas están en forma; todo el mundo hace las cosas lo mejor que puede. La respuesta está en el seno de los dioses.<sup>319</sup>

## GLORIA O MUERTE

Patton se despertó al oír un ruidoso golpe en la portilla de su camarote. Se levantó de la cama, completamente uniformado, convencido por un momento de que había caído una bomba en el *Monrovia*. Aguzando el oído hacia la parte de arriba, de donde procedía el ruido metálico de unos aparejos al ser desatados, no tardó en darse cuenta de que un pescante roto había hecho que una lancha de desembarco se saliera de su polea y chocara con el casco de la nave. Un hombre había caído por la borda, pero enseguida había sido rescatado.<sup>320</sup> Cuando la conmoción se calmó, notó que había otros dos sonidos que brillaban por su ausencia: el viento había cesado y los motores del buque insignia habían sido parados. Un extraño y portentoso silencio reinaba en el *Monrovia*.

Patton se subió los calzones de estambre basto y se alisó la camisa. Había decidido echar un sueñecito tras invitar al capellán del barco a rezar una última oración. Había tenido extraños sueños en los que salían una gata negra y luego muchos gatos que le escupían. «Quizá nosotros estemos llenos de ansiedad», escribió en su diario, «pero confío en que los italianos estén muertos de miedo ... Dios me ha ayudado de nuevo. Espero que siga haciéndolo».<sup>321</sup>

Encontró a Hewitt en el puente. La luna creciente se había puesto poco después de medianoche, pero las estrellas lanzaban ráfagas de luz y en el horizonte gris se recortaba la silueta negra de la flota. El capitán Steere había tenido razón, una vez

más: el viento había amainado por debajo de los diez nudos, había buena visibilidad y una marejada moderada.<sup>322</sup> El radar del *Monrovia* había detectado la costa de Sicilia a veintidós kilómetros... trece millas. Entonces varios destructores se adelantaron hasta localizar unas luces azules que brillaban en dirección al mar desde un grupo diseminado de submarinos británicos. Aquellos submarinos intrépidos, cuyos nombres estaban en consonancia con el espíritu del célebre himno *Rule, Britannia —Unruffled* (Imperturbable), *Unseen* (Invisible) y *Unrivaled* (Sin Rival)<sup>323</sup>— habían estado dos días acechando la costa para servir como faros y guiar a los convoyes de la invasión hasta las playas correspondientes. El capitán del submarino *Seraph*, de la Marina de Su Majestad, recordaría más tarde: «Hasta donde me permitían divisar mis prismáticos nocturnos, vi cientos de barcos que avanzaban de manera ordenada, manteniendo cada uno la posición que se le había asignado». El *Monrovia* y sus compañeros echaron el ancla a cincuenta brazas de profundidad, a seis millas de la costa, en su puesto y a su hora. Una vez más, Hewitt había acertado.<sup>324</sup>

Hewitt y Patton examinaban la costa con sus prismáticos de campaña. A primera hora de la noche los bombarderos aliados habían abierto fuego contra los rastrojos de los campos de grano de Sicilia situados junto al mar. Patton observaba cómo «una masa de llamas» se tragaba una franja de tierra de más de tres kilómetros hacia el interior. «Parecía que toda la playa estaba ardiendo», apuntó un soldado.<sup>325</sup> Douglas Fairbanks, Jr., ídolo del público con más de sesenta películas a sus espaldas, que servía como teniente de la Marina en la reserva a bordo del *Monrovia*, escribió en su diario: «Parece que los grandes barcos todavía no han sido divisados desde tierra».<sup>326</sup>

Los mandos de la Operación Husky pretendían desembarcar el equivalente a sesenta y siete batallones de asalto —cada uno de unos ochocientos hombres aproximadamente— en veintiséis playas a lo largo de más de ciento sesenta kilómetros de costa. Las playas británicas elegidas para el VIII Ejército del general Montgomery estaban situadas al este, a partir del Passero, en el extremo sudeste de la isla, y llegaban a través del golfo de Noto casi hasta Siracusa. La Armada de Hewitt se había dividido cerca de Malta en tres puntas, que ayudarían a desembarcar a las tres divisiones de asalto del VII Ejército de Patton a lo largo de la media luna formada por el golfo de Gela, de sesenta kilómetros de extensión. En la parte más occidental, la 3.<sup>a</sup> División se encontraba ahora frente a Licata; en la más oriental, en el punto más próximo a la posición de los ingleses, la 45.<sup>a</sup> División se encontraba frente a Scoglitti; y en el centro, con el *Monrovia*, la 1.<sup>a</sup> División se disponía a tomar Gela. El objetivo de cada división era la Línea Amarilla, una demarcación

ideal situada entre quince y cuarenta y cinco kilómetros hacia el interior que obligaría a la artillería enemiga a replegarse lejos de los campos de aviación costeros conquistados.<sup>327</sup> Patton calculaba que su ejército tardaría cinco días en alcanzar la Línea Amarilla. A partir de ese punto no tenía más órdenes.

Desde que desembarcaran en Cádiz en 1625, los británicos habían emprendido a lo largo de los siglos unas cuarenta campañas militares en ultramar, cuya suerte había sido diversa, unas veces gloriosa y otras catastrófica. Los norteamericanos eran en cierto modo más novatos en el juego de las expediciones, pero tanto yanquis como *tommies* coincidían en que, como aseguraba una historia oficial británica, «las invasiones desde el mar, según reconocían los profesionales, debían ser jugadas a todo o nada».<sup>328</sup> La encrucijada gloria o muerte volvía a estar a la orden del día.

Pues bien, esos yanquis y esos *tommies* estaban ya listos; y también lo estaban los canadienses. «Encontraréis el Mediterráneo todavía algo picado», había advertido un teniente a través de la megafonía del *Ancon*, «pero comparado con lo que era hace sólo un ratito, os parecerá tan calmado como si Dios hubiera puesto su mano encima». Las luces debajo del puente eran azules o rojas, para facilitar la visión nocturna. Los camareros indonesios, vestidos con casacas blancas, tocaron sus pequeños gongs para llamar a las tropas británicas a un desayuno temprano;<sup>329</sup> en la cubierta E del *Strathnaver*, los soldados del regimiento Dorset compartían una taza de té y se imaginaban que podían oler Europa.<sup>330</sup> Los soldados envolvían sus chapas de identificación con cinta aislante negra para evitar que hicieran ruido.<sup>331</sup> Algunos rezaban, o garabateaban a toda prisa cartas que habían pensado escribir antes. «No podría pedir a Dios, en pleno uso de mis facultades, que me permitiera sobrevivir a estar guerra», escribía Randall Harris a su familia en Pocahontas, Iowa, «pero puedo pedirle fuerza y valor para hacer mi trabajo».<sup>332</sup>

Habían llegado a la «costa víctima de Sicilia», decía a su padre un soldado de la 45.<sup>a</sup> División. Un oficial de la Marina encargado de transportar a esa misma unidad habla de unos «indios salvajes que seguían jugando al póquer y afilaban sus cuchillos, apostando a ver quién se cargaba al primer italiano».<sup>333</sup> Un oficial que estaba en la cubierta superior del *Biscayne* escribiría después: «El tipo que estaba a mi lado jadeaba tan fuerte que no me permitía oír cómo bajaba el ancla. Entonces me di cuenta de que no había nadie a mi lado».<sup>334</sup>

Ted Roosevelt tuvo tiempo en el *Barnett* de acabar su carta de once folios a Eleanor: «El barco está a oscuras, los soldados van a ir a sus puestos de encuentro ... Pronto se arriarán los botes. Luego se irán».<sup>335</sup>

—¡Desembarquen las fuerzas de desembarco!

La orden se repitió a lo largo de todas las cadenas de mando al este y al oeste.  
—¡Señor, sí, señor! ¡Desembarquen las fuerzas de desembarco!

Los soldados de la 50.<sup>a</sup> División británica marcharon formando una sola fila, compañía tras compañía, desde la oscuridad de la bodega hasta la cubierta de encuentro del *Winchester Castle*.<sup>336</sup> En el *Strathnaver* los marineros ofrecieron a los soldados del Dorset grandes tragos de ron<sup>337</sup> y bombearon desde una banda aceite de pantoque para calmar el oleaje.<sup>338</sup>

—¡Vosotros! ¿Oís? ¡Serie Uno! ¡A vuestros puestos en los botes! ¡Adelante, venga! —decía una voz por los amplificadores a bordo del *Derbyshire*— ¡Serie Dos! ¡Preparados!

Un soldado de la 1.<sup>a</sup> División de Canadá, Farley Mowat, oyó el estruendo de los cabrestantes mecánicos al arriar la lancha de desembarco; en cubierta cada hombre «agarraba el cinturón de tela del hombre que tenía delante. El tenue resplandor de las luces intermitentes azules daba una iluminación escasa y cadavérica».

No había aceite para calmar la marejada en el sector norteamericano, que estaba más expuesto al viento del oeste. Los pilotos maniobraron sus navíos de manera que formaran un resguardo, arriando primero los botes del flanco protegido, y luego dando la vuelta para proteger el otro flanco y arriar los botes de esa banda. De todas formas el seno de las olas se tragaba las embarcaciones. «El balanceo de las lanchas de desembarco más pequeñas era totalmente distinto a cualquier otra cosa que hubiéramos experimentado en el barco», dice el periodista Jack Belden, que había ido a bordo del *Barnett*. «Cabeceaba, se escoraba, se balanceaba, brincaba, se meneaba de un lado a otro, se precipitaba arriba y abajo». Los pilotos, no menos mareados que los soldados de tierra, se gritaban unos a otros:

—¿Sois de la segunda tanda?

La mayoría de las lanchas carecía de asientos o bancadas, por lo que las tropas se veían obligadas a sentarse sobre la cubierta de metal, inundada de agua de mar y de vómitos. El estruendo del motor de las lanchas de desembarco recordaba, a juicio de un segundo contramaestre, «a un bajo que amortiguara la tos tapándose la boca con un pañuelo en una iglesia».<sup>339</sup>

«El mareo y el miedo forman una combinación muy curiosa», observaba un médico. «Se pelean por ver cuál de los dos predomina.» Algunos botes iban cargados hasta los topes y eran arriados por medio de una polea; pero en muchos



barcos los soldados tenían que descolgarse por redes trenzadas, resbaladizas a causa de la espuma y los vómitos. Había cerca oficiales encargados de desprender los dedos de aquellos que se quedaban agarrotados en las cuerdas.<sup>340</sup>

—¡Dios mío, Dios mío! —gemía un soldado agarrado al fondo de un bote que no paraba de balancearse—. ¡Cuánto me gustaría estar otra vez en Chicago!<sup>341</sup>

Muchos habrían dado la razón a un explorador de la 1.<sup>a</sup> División que afirmaba:

—¡Se supone que no somos marineros!<sup>342</sup>

A bordo del *Joseph T. Dickman*, se realizaron intentos de animar a las tropas tocando *American Patrol* de Glenn Miller por la megafonía, para que subieran a aquellos botes que no paraban de dar vueltas.<sup>343</sup>

—Si el número de bajas es elevado, no será debido a tu incompetencia como mando —dijo el oficial al mando de los Rangers, teniente coronel William O. Darby, a un joven capitán que se disponía a saltar—. ¡Que Dios os acompañe!<sup>344</sup>

En el extremo izquierdo de la fuerza expedicionaria de Hewitt, cuatro marineros y treinta y cuatro soldados de la 7.<sup>a</sup> de Infantería acababan de instalarse en el bote n.º 2 del *LST 379*, cuando el pescante de delante se rompió, arrojándolos al mar o aplastándolos contra el casco de la nave. La mitad se salvó, la otra mitad pereció. Era, sin embargo, por el flanco derecho por donde el viento y la marejada eran peores; en los barcos que transportaban a la 45.<sup>a</sup> División las abrazaderas se rompieron, las amarras se soltaron, y los aguilones se desprendieron.<sup>345</sup> Casi todas las naves nodrizas perdieron al menos una barcaza de desembarco. El fuerte escoramiento de la *Thomas Jefferson* hizo que un bote cargado de cohetes se soltara mientras los marineros lo izaban a bordo. «Realmente empezamos a menearnos», informaba el alférez del bote. «Nos pusimos a golpear los pendolones, el propio aguilón, las zapatas y serviolas, y todo lo que pilláramos ... Creí que íbamos a morir e iban a acabar con nosotros antes incluso de entrar en acción. Nuestros cohetes de barrera rodaban por toda la cubierta.»<sup>346</sup> En otro barco que se movía bruscamente, las cuerdas de estabilización se soltaron en un bulldozer y en una barcaza que estaban siendo arriados por la borda; los soldados intentaron protegerse junto a los mamparos mientras el equipo cambiaba de dirección y se precipitaba al vacío, «arrancando trozos de acero y chispas de todo aquello con lo que chocaba».<sup>347</sup>

Fuera como fuese, las flotillas de precarios cascarones de nuez fueron tomando forma. Las tripulaciones de los botes estaban listas para taponar a mazazos cualquier agujero de bala con simples tarugos de madera. Los dragaminas sondearon los accesos, pero nadie sabía si los bajíos estarían limpios o no; los pilotos de los botes fueron avisados de que si la barcaza que llevaban delante saltaba por los aires, «siguieran su mismo rumbo en vez de tomar otro derrotero, pues la

explosión del bote hacía que esas mismas aguas resultaran seguras».<sup>348</sup> A los pilotos se les dio también una lista de diecinueve palabras en clave para transmitir por radio, desde COCACOLA («¡Alto!») y RATONES GRANDES («Necesitamos ayuda») a POSTE DE TOTEM («Hemos encontrado resistencia») o SWEET CHARIOT («Tanques enemigos»)<sup>349</sup> No se aconsejaba cómo hacer para recordar todo ese vocabulario en medio del fuego, aunque todos los operadores de radio recibieron la orden de «transmitir o hablar despacio, con claridad y de forma inteligible».

A las dos de la madrugada las primeras tandas habían puesto rumbo a tierra, utilizando los rastros incendiados como baliza o siguiendo las indicaciones de la brújula. Unos botes de goma provistos de luces azules estaban amarrados en dirección a tierra, y saludaron a las primeras cuadrillas diciendo:

—Todo recto. Cuidado con las minas. ¡Buena suerte!

En ese momento los cañones de la Marina abrieron fuego, encargándose el viento de propagar su estruendo y la humareda. Las bombas producían un destello rojo que resaltaba a la luz de las estrellas. Describiendo bonitos arcos volaban sobre los botes que avanzaban a duras penas y explotaban levantando nubes de color blanco y dorado en la lejana costa. Los pilotos se guiaban por las bombas, pero los soldados se acurrucaban instintivamente en sus embarcaciones y apenas asomaban tímidamente los ojos por encima de la borda.<sup>350</sup>

El general de división John P. Lucas, enviado por Eisenhower como observador del desarrollo de la operación Husky, contemplaba el espectáculo desde el puente del *Monrovia* en compañía de Hewitt y Patton; luego confiaría a su diario un pequeño secreto obscuro: «A pesar de todo el terror, la suciedad y la destrucción que comporta, la guerra es a veces el fenómeno más hermoso del mundo».<sup>351</sup>



## La costa ardiente

### EL PAÍS DE LOS CÍCLOPES

Pocas ciudades sicilianas podían jactarse de ser más antiguas que Gela, donde debía recaer el centro del ataque norteamericano. Fundada en un cerro de piedra caliza por colonos griegos de Rodas y Creta en 688 a.C., Gela había sufrido siempre las típicas calamidades mediterráneas, entre otras la traición, el pillaje y, en 311 a.C., la matanza de cinco mil de sus ciudadanos a manos de un señor de la guerra rival. Las ruinas de templos y santuarios salpicaban la ciudad moderna, de treinta y dos mil habitantes, lo mismo que las tumbas, correspondientes a distintos períodos, desde la Edad del Bronce a las épocas helenística y bizantina. En los fértiles «campos de Gela», como decía Virgilio en la *Eneida*, crecían adelfas, palmeras y olivos sarracenos. Esquilo, el padre de la tragedia griega, pasó sus últimos años de vida en Gela escribiendo acerca del destino, la venganza y la pérdida del amor en su *Orestíada*; la leyenda sostenía que el dramaturgo había muerto en la ciudad cuando un águila dejó caer sobre su cabeza una tortuga.<sup>1</sup>

Patton planeaba un tipo distinto de ataque aerotransportado por parte de su vanguardia de asaltantes. La noche del 9 al 10 de julio, más de tres mil paracaidistas, repartidos en cuatro batallones, debían lanzarse sobre varios cruces de carreteras de trascendental importancia a las afueras de Gela con el fin de anticiparse al contraataque que pudiera lanzar el Eje contra la 1.<sup>a</sup> División que iba a desembarcar en las playas. Al frente de esa fuerza de asalto iba el flamante coronel James Maurice Gavin, que a sus treinta y seis años llevaba camino de convertirse en el general de división más joven del ejército desde los tiempos de la Guerra Civil. Nacido en Brooklyn en el seno de una familia de inmigrantes irlandeses y huérfano desde su más tierna infancia, se había criado miserablemente con una familia de

acogida en las minas de carbón de Pennsylvania. Abandonó la escuela al acabar el octavo grado y se puso a trabajar como ayudante en una barbería, de dependiente en una zapatería y como gerente de una estación de servicio antes de ingresar en el ejército a los diecisiete años. Se las arregló para ser admitido en West Point, donde pasó desapercibido como cadete. Como oficial recién salido de la academia, suspendió en la escuela de aviación; todavía en 1941 la evaluación que de él hacía un superior concluía: «Este oficial no parece especialmente apto para ser paracaidista».<sup>2</sup> Ascético e intrépido, con un «magnetismo especial para las mujeres atractivas», Jim Gavin parecía en realidad nacido para ir allí donde retumbaran los cañones. «Podía saltar más, gritar más fuerte, escupir a mayor distancia, y pelear con más contundencia que cualquier hombre que yo haya visto», decía un subordinado suyo.<sup>3</sup>

Su 505.º Regimiento de Paracaidistas de Infantería, integrado en la 82.ª División Aerotransportada, había actuado en la zona central de Tunicia. Gavin abrigaba en privado no pocos recelos respecto a la misión en Sicilia —«se perderán muchas vidas en pocas horas», decía en una carta— y tenía motivos para pensar así. La 82.ª División sólo había contado aproximadamente con la tercera parte del tiempo de instrucción recibida por cualquier otra división estadounidense.<sup>4</sup> Las operaciones propias de un grupo de aficionados que habían llevado a cabo los paracaidistas aliados en el Norte de África se habían visto perjudicadas por la desgracia y por los errores de cálculo. No se había ensayado ni una sola vez un salto nocturno en combate a gran escala, y en Tunicia la división había padecido tantas lesiones<sup>5</sup> —empezando por cincuenta y tres piernas y tobillos rotos<sup>6</sup> durante un solo salto a plena luz del día a comienzos de junio— que los entrenamientos fueron reducidos. Buena parte de la planificación de la Operación Husky había sido realizada por oficiales que no tenían experiencia alguna en acciones aerotransportadas y cuyos conceptos estaban ofuscados por la fantasía.<sup>7</sup> Los pilotos de transporte tenían poca experiencia en navegación nocturna, pero para no tener que volar sobre los artilleros demasiado amigos de apretar el gatillo de las flotas aliadas, los aviones, además de volar bajo para sortear los radares del Eje, iban a verse obligados a realizar tres giros en ángulo recto sobre mar abierto en plena oscuridad. Las unidades aerotransportadas tenían todavía que pensar cómo iban a lanzar una carga superior a los ciento cincuenta kilos, y no digamos un obús o un jeep. Una «para-mula» experimental se rompió tres patas; después de matar al animal para evitarle sufrimientos, los paracaidistas utilizaron su cadáver para hacer ejercicios de ataque con bayoneta.<sup>8</sup> No obstante, los soldados «admitían en general

que la competencia en los entrenamientos había alcanzado tal nivel que la misión la tenían ya “en el bolsillo”», decía un oficial de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas (AAF), que luego reconocería un «posible exceso de optimismo».<sup>9</sup>

Más o menos a la misma hora en que la flota de Hewitt se acercaba a Malta, Gavin y sus hombres subían a bordo de doscientos veintiséis C-47 Dakota en las proximidades de Kairouan. Además de pintarse la cara de negro con un corcho quemado, cada soldado llevaba una bandera norteamericana en la manga derecha y un pedazo de tela blanca cosido en la izquierda como señal de reconocimiento en la noche. Unos días antes, un pelotón de la 82.<sup>a</sup> Aerotransportada había circulado entre los integrantes de la 1.<sup>a</sup> División para familiarizar a los soldados de tierra con los pantalones bombachos y la guerrera suelta que llevaban los paracaidistas.<sup>10</sup> Los paracaídas iban en los asientos de los C-47, mientras que los dieciséis hombres que componían cada grupo tenían que sentarse en el suelo del fuselaje, practicando el reto que suponía la invasión y el santo y seña: GEORGE/MARSHALL. La disentería llevaba al regimiento a maltraer y los hombres tenían que pelear con su equipo y sus chalecos salvavidas para pasar sobre los orinales colocados por las crujías de la nave.<sup>11</sup> Los médicos repartieron Benzedrina a los oficiales y jeringuillas de morfina a todo el mundo.<sup>12</sup>

Cuando los primeros aparatos empezaron a correr por la pista —levantando nubes de polvo tan espesas que algunos pilotos tuvieron que despegar ayudándose de sus instrumentos mecánicos—, apareció un meteorólogo en el avión de Gavin para confirmar el pronóstico de Steere: persistían los vientos fuertes en las capas altas.

—¿Coronel Gavin? ¿Está aquí el coronel Gavin? Me han dicho que le diga que el viento soplará a treinta y cinco millas por hora, de oeste a este —anunció—. Han pensado que querría usted saberlo.

Se consideraba que quince millas era la velocidad máxima para realizar un salto seguro. Otro mensajero subió cargando un petate atiborrado de chapas de identificación para prisioneros de guerra.<sup>13</sup>

—Se supone que tienen que ponerle una a cada prisionero que capturen —dijo Gavin. Una hora después del despegue, un oficial de su plana mayor arrojó la bolsa al mar.

La luna creciente iluminaba poco y a quinientos pies de altura el agua salada que salpicaba en las ventanas de la cabina del piloto dificultaba aún más la visibilidad.<sup>14</sup> Con la luz apagada por motivos de seguridad, los hombres se pasaron durmiendo en los aviones las tres horas que duró el vuelo, sin percatarse de que el vendaval había deshecho rápidamente las formaciones. Algunos pilotos lograron

encontrar la manera de dar el giro trascendental que debían dar en Malta, donde Eisenhower alargaba el cuello para mirar al cielo. Pero la mayoría no lo consiguió. Pronto el Mediterráneo central estaría lleno de aviones perdidos cuyas tripulaciones intentaban calcular el rumbo que debían seguir hacia el norte.

Casi todos lograron dar con Sicilia, o al menos con algún rincón de la isla. El piloto Willis Mitchell divisó Malta y giró como debía, aunque sólo para acercarse a la zona de lanzamiento al norte de Gela sin treinta de los treinta y nueve aparatos que se suponía que debían ir tras él. Tras enderezar a ochocientos pies de altura, Mitchell encendió la luz verde que avisaba el momento del salto. Más de cien paracaidistas de la formación severamente menguada aterrizaron en un radio de tres kilómetros de la zona de lanzamiento, pero muy dispersos y cojeando de mala manera debido a las lesiones sufridas en el salto. Otros —que sólo sabían que debajo había tierra, pero no dónde estaban— se lanzaron desde una altura de mil quinientos pies a trescientos kilómetros por hora, en vez de los seiscientos pies y los ciento cincuenta kilómetros por hora aconsejables.<sup>15</sup> El humo y el polvo levantado por los primeros bombardeos oscurecieron algunas marcas de reconocimiento del terreno de capital importancia, provocando mayor desconcierto aún entre los pilotos. Algunos confundieron Siracusa con Gela, situada a ochenta kilómetros al oeste. El fuego de las ametralladoras y las baterías antiaéreas causó gravísimo daño a las formaciones y a los paracaidistas en su caída, matando a varios antes incluso de que tocaran tierra.<sup>16</sup> El avión número 42-32922 chocó con su jefe de escuadrilla encima de una playa; aunque había perdido el timón de profundidad derecho, el piloto, George Mertz, volvió a sobrevolar el mar tambaleándose e hizo un amaraje forzoso a unos quinientos metros de Scoglitti. «Apreté el interruptor principal para apagar los dos motores y fuimos planeando», contó luego Mertz. «Un paracaidista logró abrirse paso dando tumbos hasta la cabina del piloto. El aparato se posó con el morro ligeramente inclinado.» La tripulación y los soldados lanzaron entre todos al agua los botes salvavidas y fueron remando hasta tierra, donde se escondieron entre las dunas.<sup>17</sup>

El Dakota de Jim Gavin también viró hacia el norte después de pasar por Malta sin verla, y finalmente se encontró con una costa no identificada de una masa de tierra igualmente no identificada poco después de medianoche. En la bahía brillaba una luz roja.

—Levantaos y enganchaos —ordenó Gavin. Fuertemente agarrado a la puerta abierta del aparato, miró hacia abajo, pero no pudo reconocer nada debido a la oscuridad del terreno. Se vio ascender una ráfaga nacarada de balas trazadoras de ametralladora. La luz verde estaba encendida y Gavin saltó en medio de aquella

estela. Después de aterrizar violentamente y desembarazarse del arnés, logró reunir a cinco camaradas. Durante horas estuvieron dando traspies en la oscuridad y susurrando «George»,<sup>18</sup> a ver si alguien respondía «Marshall», hasta que el estruendo lejano del cañoneo de la Marina les confirmó poco antes del amanecer que al menos se encontraban en la isla en la que debían estar.<sup>19</sup>

«Nadie sabía dónde estaban, empezando por ellos mismos», anotó en su diario el desabrido general Lucas a bordo del *Monrovia*. Gavin dedujo finalmente que se encontraba al sur de Vittoria, a unos cuarenta y cinco kilómetros de Gela. Aunque el Mando de Transporte de Tropas aseguraba que el 80 por 100 de los paracaidistas había saltado en la zona de lanzamiento debida, incluso las fuerzas aéreas ponían en duda semejante afirmación considerándola un «cálculo excesivamente optimista».<sup>20</sup> En realidad, menos de uno de cada seis había aterrizado más o menos cerca de donde se suponía que debían caer. Únicamente uno de los cuatro batallones de Gavin estaba intacto, y se encontraba a casi cuarenta kilómetros de la zona de lanzamiento correcta. Más de tres mil cuatrocientos paracaidistas se hallaban diseminados por el sudeste de Sicilia, incluso a más de cien kilómetros de distancia del objetivo. Unos habían saltado sobre el sector británico, en el que —como nadie había pensado en poner el mismo santo y seña para todas las fuerzas invasoras<sup>21</sup>— fueron recibidos con fuego de ametralladora. Se perdieron ocho aviones,<sup>22</sup> aunque ninguno, al parecer, víctima del fuego enemigo, y la lista de bajas en tres días del regimiento constaba de trescientos cincuenta nombres, es decir que había sido literalmente diezmado.<sup>23</sup>

Evidentemente causaron estragos: cortando cables telefónicos, tendiendo emboscadas a mensajeros, y haciendo que los italianos, aterrorizados, inflaran su número. Improvisaron, como deben hacer los paracaidistas. El capitán Edwin M. Sayer, al mando de una compañía, reunió a cuarenta y cinco hombres para atacar los nidos de ametralladoras enemigos cerca de Niscemi con fuego de mortero, bazooka y lanzagranadas; fueron capturados cincuenta soldados enemigos, así como veinte ametralladoras y medio millón de municiones. La operación, según la valoración de Gavin, fue «autorregulable», es decir una JAR, además de una LCERJ y una JCAA.<sup>24</sup>

Sin embargo, sólo cuatrocientos veinticinco paracaidistas habían aterrizado enfrente de la 1.<sup>a</sup> División y sólo doscientos ocupaban las importantísimas alturas de Piano Lupo para actuar como pantalla de las unidades vulnerables que iban a desembarcar en Gela. El jefe al mando de la 82.<sup>a</sup> Aerotransportada, el general de división Matthew B. Ridgway, lamentaba el «aborto» sufrido, fruto de una ambición arrogante, de una instrucción deficiente, y de la mala suerte. «Cuando acabó la



guerra», concluiría más tarde Ridge, «seguiríamos sin haber podido ejecutar aquella primera misión en Sicilia, tal como se había previsto, por la noche y en unas condiciones atmosféricas parecidas».25

Mientras los paracaidistas andaban a ciegas aquí y allá, las fuerzas que se suponía que debían proteger tropezaban con los bajíos frente a las costas de Gela.<sup>12</sup> La 1.ª División, reforzada por dos batallones de Rangers, se concentró en seis playas a lo largo de un frente de unos ocho kilómetros poco después de las tres de la madrugada. Su objetivo, además de apoderarse de la ciudad, era tomar el aeródromo de Ponte Olivo, en la llanura de Gela cantada por Virgilio. La catástrofe no tardó en cebarse en ella. Apenas se habían apagado los compases de *American Patrol*, cuando un teniente de los Rangers y dieciséis de sus hombres saltaron de su lancha de desembarco. De repente se oyó un ruido sordo; la lancha había chocado con un banco de arena. Los infortunados soldados no tuvieron en cuenta la corriente y el peso muerto que suponían los treinta y siete kilos y doscientos gramos de su equipo y fueron a parar al fondo del Mediterráneo. Otros hombres de la 1.ª División arrojaron sus salvavidas a la bodega de proa siguiendo las instrucciones del capitán de su lancha, que les aseguró que el agua no iba a llegarles ni a la cadera; se lanzaron a la carrera por la rampa de desembarco y ellos también se hundieron y se ahogaron.<sup>26</sup>

Los primeros norteamericanos que pisaron las playas lo hicieron a las 3:35 de la madrugada del sábado 10 de julio, cincuenta minutos después de la hora prevista por Patton. Con un violento estruendo, una mina destrozó el pecho del oficial al mando de una compañía de Rangers. «Pude ver cómo latía su corazón», declararía su sargento primero, Randall Harris. «Se volvió hacia mí y dijo: “Me ha tocado a mí, Harry”. Cayó al suelo y murió.»<sup>27</sup> Harris siguió adelante, pero lo único que consiguió fue que otra mina le hiciera trizas el abdomen y las piernas; tras arrojar unas granadas contra una línea de nidos de ametralladoras, se roció las tripas con sulfamidas en polvo, se apretó el cinturón para que no se le salieran los intestinos y se echó a andar por la playa en busca de un médico. Harris ganaría un ascenso por su comportamiento en el campo de batalla y la Cruz al Servicio Distinguido en premio a su valor.

Aunque sorprendidos por la invasión de los Aliados, parece que ésta no pilló desprevenidos a los defensores. Con formidable estruendo y una auténtica lluvia de cascotes, los especialistas en demoliciones italianos volaron un largo sector del muelle de Gela, de trescientos metros de longitud. La artillería italiana ensayó su puntería sobre el 26.º de Infantería, cuando las primeras secciones se aproximaron a

unos cien metros de la costa. «El agua saltaba y volvía a caer» bajo las balas. Los soldados se refugiaron detrás de las tablas de la LCT y los cabrestantes del ancla, apretándose unos junto a otros y dándose codazos mientras las balas silbaban sobre sus cabezas o salían rebotadas contra el casco. Un globo de barrera se soltó de repente en medio de la tormenta y salió volando, con una extraña solemnidad.

—Estoy herido, pero hay tanta sangre que no puedo decir exactamente dónde —gimió un soldado.<sup>28</sup>

Justo mientras otra lancha abría la rampa de desembarco, un fusilero de la 16.<sup>a</sup> de Infantería sintió un peso que le caía sobre una pierna.

—Alguno ha perdido su petate —exclamó. Luego vio que el peso inerte era un sargento que había recibido un tiro en la cabeza.<sup>29</sup>

Las playas se llenaron de gritos y maldiciones, que enseguida quedaban silenciadas por los cañonazos.<sup>30</sup> Una lluvia de granadas italianas cayó alrededor de un teniente de la 16.<sup>a</sup> de Infantería, que se libró del choque con sesenta y seis agujeritos en la camisa del uniforme, un tímpano roto y una herida en el labio superior. Los zapadores cortaban el alambre de espino con largas tenazas y los soldados se echaban a tierra mientras las bengalas bañaban los guijarros de la playa con un fulgor de magnesio. Los focos recorrían la línea de agua sólo para atraer una salva tras otra de los destructores que corrían paralelos a la costa como perros furiosos delante de un vallado. Un soldado italiano «salió a cuatro patas de un nido de ametralladoras y echó a correr cuesta abajo, chillando y gimiendo».<sup>31</sup>

La aurora empezó a iluminar el horizonte antes de las cinco, pero la luz no hizo más que aumentar el caos. El fuerte oleaje atascó las rampas de proa de varios LST, rompiendo las cadenas e inundando la cubierta en la que iban los tanques.<sup>32</sup> Los marineros luchaban contra la corriente intentando montar los pesados pontones, y un batallón de la 16.<sup>a</sup> de Infantería —varados a bordo de varias LCI que habían quedado atascadas en los bajíos a unos treinta metros de la playa— empezó a trasladar a tierra a hombres y armamento en botes de goma. Ningún elemento del arsenal de la democracia resultó más providencial en aquellos momentos que otro nuevo medio anfibio, un camión de dos toneladas y media provisto de tanques de flotación y dos hélices. Fabricados por General Motors y llamados con el extraño nombre DUKW —pronunciado «dac», como «pato» en inglés—, resultaban difíciles de cargar, lentos en el agua, y eran susceptibles de sufrir averías en los frenos por acción de la sal y la arena.<sup>33</sup> Pero podían trasladar de una embarcación hasta tierra todo un pelotón de fusileros o un obús y sus correspondientes artilleros, y luego correr a casi ochenta kilómetros por hora por una carretera. El Departamento de Guerra había quedado convencido de los méritos del DUKW el

invierno anterior, cuando un prototipo salvó a la tripulación de un guardacostas a punto de irse a pique durante una gran tormenta en el cabo Cod.<sup>34</sup> Eisenhower había asignado mil cien DUKW a la Operación Husky; los vehículos corrían por la rompiente de Gela como una flotilla de cangrejos con herraduras.

Las minas resultaron más dañinas que los cañones enemigos. En vez de kilómetros y kilómetros de buenos frentes de playa, como habían sugerido los informes de los servicios de inteligencia, sólo resultaban practicables unos cientos de metros, y las salidas a través de las dunas estaban sembradas de minas Teller colocadas a un metro de distancia unas de otras. Los DUKW saltaban por los aires, los camiones saltaban por los aires, cinco bulldozers de la Armada saltaron por los aires. Al carecer de equipos antiincendios ardían hasta quedar reducidos a cenizas y bloqueaban las salidas de la playa. Numerosos detectores de minas quedaron enterrados en las bodegas de los cargueros; el agua salada pronto hizo que escasearan incluso los que lograron llegar a tierra. «Todo funciona mal en ellos», se lamentaba un oficial del cuerpo de transmisiones.<sup>35</sup> Los conductores hacían caso omiso de la cinta adhesiva colocada para marcar los carriles limpios, lo que dio lugar a que más vehículos saltaran por los aires. Algunos equipos dejaban sus DUKW al borde del agua para recoger souvenirs, o eran retirados por el ejército para trabajar en otro sitio. Las minas cortaban el paso en la Playa Amarilla y la Playa Verde, delante de Gela, pero los botes que se desviaron un poco más hacia el sur, hasta la Playa Roja 2, encontraron un atasco tremendo: «Gasolina, municiones, agua, comida, y toda clase de pertrechos tirados por ahí de cualquier manera en cantidades ingentes», escribiría más tarde Hewitt. El fuego de la artillería cerraría el paso también en esa playa.<sup>36</sup>

«La playa fue escenario de una confusión grandísima», anotaría Lucas en su diario tras un breve viaje a tierra a primera hora de la mañana. «Camiones atascados en la arena. La rompiente llena de botes volcados y desechos de todas clases.» Los oficiales de playa se desgañitaban en medio del estruendo sin conseguir nada; eran pocos los que iban provistos de megáfonos.<sup>37</sup> Las tropas remoloneaban en las dunas o intercambiaban disparos al azar con la tímida artillería italiana. Algunos LST se dirigieron a fondeaderos lejos de la costa sin descargar ni una sola onza de su cargamento —y mucho menos tanques—, mientras que la Marina regresaría al Norte de África sin darse cuenta de que buena parte del equipo de transmisiones destinado al desembarco en Gela seguía en las bodegas sin haber sido ni siquiera sacado de las cajas. En tierra, en cambio, algunos destacamentos que buscaban combustible o municiones encontraron cajas llenas de equipamientos deportivos y material de oficina.<sup>38</sup>

La aurora trajo también los primeros ataques aéreos enemigos. A dieciséis millas de la costa, el buque estadounidense *Maddox* se hallaba protegiendo los transportes de tropas frente a los submarinos enemigos cuando, por razones que no quedaron claras, se alejó del principal grupo de destructores.<sup>39</sup> Los pilotos alemanes habían aprendido a cazar a los barcos rezagados siguiendo la estela que dejaban y luego surgiendo del sol naciente planeando con los motores apagados. Un oficial del *Maddox* no se dio cuenta de que estaban siendo atacados hasta que oyó el silbido de las bombas al caer. La primera estalló a veinticinco metros de popa; la segunda cayó debajo del guardahélices, haciendo estallar unas cargas de profundidad alineadas en el puente de popa.

De la cubierta principal de estribor y de la chimenea número 2 salía fuego y vapor. La detonación hizo saltar la camareta alta de popa y catapultó por una banda un cañón de cinco pulgadas. La popa del *Maddox* se hundía lentamente, se había ido la luz y los altavoces de la sala de máquinas no funcionaban. Perdido el rumbo y el gobierno, el barco se escoró ligeramente a babor, luego se enderezó un instante para después zozobrar hacia estribor y hundirse en perpendicular. Hizo una pequeña pausa, como si quisiera echar una última mirada a su alrededor, con el cañón de proa apuntando en vertical desde el mar. Los mamparos se vinieron abajo con estrépito. Luego explotó el almacén de la pólvora.

«Una gran mancha de luz tiñó de amarillo y rojo el cielo», informaría un teniente situado a varias millas de distancia, a bordo del *Ancon*. «Tras ella se produjo una explosión más violenta y ensordecedora que cualquiera de las que hubiéramos oído antes.» De forma más prosaica, un marinero situado en cubierta del *Ancon* comentó:<sup>40</sup>

—¡Mirad, le han dado!

Dos minutos después de ser alcanzado, el *Maddox* desapareció. El buque se hundió a trescientos brazas de profundidad, arrastrando consigo a doscientos doce hombres, entre ellos a su capitán. Un remolcador que navegaba por allí cerca rescató a setenta y cuatro supervivientes.

Abriéndose paso a través de los DUKW carbonizados y los detectores de minas desechados, dos regimientos de la 1.<sup>a</sup> División lograron cruzar dunas al este de Gela. Sucesivas tandas siguieron la estela de máscaras de gas abandonadas, mantas, cinturones salvavidas, cables de radiotelégrafo enredados y bombas de artillería metidas en cajas de cartón negro en forma de trébol. Algunas casas de piedra gris con cubiertas de tejas se levantaban junto a los campos resechos que había detrás de la playa. Haces de trigo y cebada yacían en las eras dispuestas en los patios laterales,

donde habían sido hacinadas varas de judías para ser utilizadas como combustible durante el invierno. Las vides extendían por el suelo sus sarmientos en medio de los olivares, y los melocotoneros estaban cargados de frutos que pendían «como lámparas rojas y amarillas».<sup>41</sup> El tintineo de las esquilas de las ovejas sonaba por encima del ta-ta-ta-ta de los fusiles.

La Fuerza X —dos de los batallones de Rangers de Bill Darby— se abrió paso hasta la ciudad de Gela. Darby, un duro oficial de West Point natural de Arkansas, de apenas treinta y dos años, había dado prueba de su valía y de la de su 1.er Batallón de Rangers en Argelia y Tunicia —eran «los mejores soldados de combate de África, me cago en...», según Patton—, y en consecuencia la magnitud de esa fuerza se había triplicado durante la primavera. Patton reclutaba voluntarios «en cuyo historial no constaran juicios ante consejo de guerra» y que fueran «blancos;<sup>42</sup> por lo menos de un metro setenta de altura, de peso normal, excelente condición física, y no mayores de treinta y cinco años». Además los reclutadores entraban en los bares de Argel, soltaban unos cuantos insultos, y apuntaban a los soldados lo bastante belicosos como para enzarzarse en una pelea. Ya de por sí eclécticos, entre los Rangers había en aquellos momentos un trompetista de jazz, un jugador profesional, obreros de acerías, un detective de hotel, trabajadores de minas de carbón, un diácono, y un recluta llamado Sampson P. Oneskunk. El Darbo, como lo llamaban los hombres, rechazaría en dos ocasiones el ascenso a coronel para poder permanecer al lado de sus Rangers. Éstos le devolvieron aquellas muestras de devoción con una canción de marcha que decía: «Lucharemos contra cualquier ejército que se atreva / seguiremos a Darby donde sea / los Rangers de Darby ... los Rangers Peleones».<sup>43</sup>

Los Rangers Peleones peleaban en aquellos momentos a brazo partido para abrirse paso hasta Gela. El fuego de las baterías de la Marina había hecho añicos los edificios de la primera línea de playa y «apuntaba a las casas de la ciudad, arrancando tejados o volando calles enteras», anotó un soldado de la 1.<sup>a</sup> División. Los soldados italianos de la División Livorno, de uniforme azul, montaron un nido de ametralladoras en la catedral. El tiroteo resonaba en toda la nave y su eco ascendía por los peldaños de la torre, mezclándose con el estallido de las granadas en la sacristía. Los cuerpos ensangrentados no tardaron en alfombrar el altar y los peldaños fronteros, en los que unas sicilianas de negro se postraban de hinojos ante sus muertos. Otros dos reductos cayeron rápidamente: una batería naval en el extremo noroeste de la ciudad, que se rindió al oír los estruendosos cañonazos del crucero *Savannah*,<sup>44</sup> y una escuela protegida con barricadas en la que se rindieron cincuenta y dos italianos después de un breve tiroteo.<sup>45</sup> Una columna azul de

prisioneros de la División Livorno se encaminó a la playa, donde, sin que se les viera particularmente abatidos, se zamparon las raciones C que les dieron mientras esperaban el LST que había de llevárselos y sacarlos de la guerra.<sup>46</sup>

A las diez y media contraatacaron otros italianos. Una columna de treinta y dos tanques ligeros Renault con soldados de infantería llegó procedente de Niscemi, a unos doce kilómetros tierra adentro, pero sufrió una emboscada en el bosque a manos de unos cien paracaidistas de Gavin, además de la disuasión que supusieron los sonoros cañonazos del crucero *Boise*. Veinte tanques lograron llegar a la Carretera 115 en dirección a Gela, pero una humeante andanada lanzada por la 16.<sup>a</sup> de Infantería detuvo su avance e hizo que los supervivientes salieran huyendo hacia el norte, al interior de la isla.

Por la Carretera 117, otras dos docenas de tanques procedentes del aeródromo de Ponte Olivo avanzaban rechinando hacia la ciudad a través del fuego de los cañones de cinco pulgadas del destructor *Shubrick*. Al poco tiempo había varios armazones en llamas obstaculizando el paso, pero diez Renault lograron llegar a Gela. Los Rangers se dispersaron protegiéndose tras paredes de piedra y entre los tejados, disparando bazookas, lanzando granadas y arrojando cartuchos de dinamita desde sus defensas. Con una ametralladora del calibre 30 montada en su jeep, Darby acribillaba a balazos todo lo que se ponía por delante mientras su conductor se lanzaba a toda velocidad por los estrechos callejones que rodeaban la plaza. Viendo que sus balas rebotaban como canicas contra las planchas acorazadas de los tanques, Darby corrió a la playa, se apoderó de un antitanque de 37 mm, abrió a hachazos una caja de municiones y regresó a toda prisa a la ciudad. El segundo de sus disparos logró detener un Renault, pero, no contento con eso, Darby hizo salir a los miembros de la tripulación que quedaban vivos colocando una granada termita en lo alto de la escotilla.<sup>47</sup> «El metal no tardó en ponerse al rojo vivo», informaba el reportero Don Whitehead, «y la tripulación salió aterrorizada anunciando a gritos que se rendía».<sup>48</sup> Mientras el resto de tanques italianos se retiraba, la infantería italiana, formada como en un desfile, llegaba por el oeste de Gela. Puesta fuera de combate con fuego de mortero, la formación quedó hecha trizas. Los supervivientes «huyeron desordenadamente».<sup>49</sup> Hewitt ordenó al guardacostas de prominente mandíbula *Abercrombie*, de la Marina de Su Majestad, que acosara a otras fuerzas enemigas que se habían refugiado en Niscemi; una modificación del lastre permitió levantar los cañones del buque para conseguir el alcance necesario, y pronto empezaron a llover bombas de quince pulgadas, del grosor de un tronco de árbol.<sup>50</sup>

A última hora de la mañana, Gela, la ciudad de Esquilo y de las olivas sarracenas, había caído. Darby sacó una bandera norteamericana de su petate y la colgó en la fachada de la sede del partido fascista. Un sargento originario del Bronx se puso a pasear por las calles recitando pasajes de Thomas Paine en italiano.<sup>51</sup> Una vieja enfurecida lo cubrió de improperios desde el balcón de su casa, pero muchos habitantes del pueblo —advirtiendo quizá la estrategia de la campaña que acababa de comenzar— vitorearon a los invasores al grito de «Viva l'America». Al final, los oficiales de asuntos civiles contaron mil trescientas casas destruidas de las catorce mil que tenía Gela. Computaron asimismo ciento setenta cadáveres.<sup>52</sup> Los geleses se negaron a tocar los cuerpos, y los prisioneros fueron obligados a recoger a los muertos y llevarlos al cementerio en carretas tiradas por asnos. A mediodía del 10 de julio había patrullas estadounidenses a seis kilómetros tierra adentro, en dirección al objetivo constituido por la Línea Amarilla. Sin embargo, los soldados no estaban tranquilos: todos estaban de acuerdo en que el asalto había sido demasiado fácil. El verdadero enemigo, el que disponía de panzers y cascos en forma de capacho, todavía no había aparecido.

A veinticinco kilómetros al oeste, la cosa había sido más fácil todavía. La 3.<sup>a</sup> División de Infantería, reforzada por otro batallón de Rangers y por tanques de la 2.<sup>a</sup> División Acorazada, había aparecido a primera hora de la mañana frente a las costas de Licata, donde la peste a azufre, asfalto y pescado daba a entender cuáles eran las especialidades del lugar. Cuando el buque insignia *Biscayne* echó el ancla a cuatro millas apenas del rompeolas de la ciudad, cinco reflectores barrieron el mar desde tierra, localizando rápidamente el barco con sus rayos. «Los cinco reflectores», escribía Ernie Pyle, que estaba en cubierta, «nos deslumbraron con sus blancos haces de luz obligándonos a permanecer donde estábamos». Luego, uno tras otro, los focos se apagaron hasta que sólo quedó uno encendido, iluminado un rato todavía, como la luz fantasmagórica de un teatro, hasta que también se apagó. «No se disparó ni un solo tiro.»<sup>53</sup>

Nadie sintió más alivio que el oficial de facciones marcadas que estaba junto a Pyle a bordo del *Biscayne*. Llevaba un chaleco de cuero rojizo, calzones de caballería, botas altas de color marrón, un casco laqueado con dos estrellas, y una expresión en la que se confundía el guiño con el fruncimiento de ceño. Tenía los incisivos mellados y manchados de tabaco; un admirador decía que su rostro de fuerte osamenta había sido «esculpido directamente en la roca. Los grandes ojos saltones son el rasgo más sobresaliente». Alrededor del cuello llevaba anudado un pañuelo de seda blanca de paracaidista con un mapa de Sicilia, que no tardaría en

convertirse en su marca de identificación, imitada luego por muchos. Tenía manos de herrero y los hombros de acero de un hombre cuyo handicap en un partido de polo son cuatro goles.<sup>54</sup> Su voz, «capaz de aplastar una piedra», se debía, según se contaba, a que de pequeño había tragado ácido fénico; durante todo el mes anterior había estado pintando sus cuerdas vocales, inflamadas de tanto fumar, con nitrato de plata.<sup>55</sup> Muchos lo consideraban el mejor comandante en el combate de todo el ejército estadounidense.<sup>56</sup>

El general de división Lucian K. Truscott, Jr., estaba al frente de la 3.<sup>a</sup> División y su cometido era proteger el flanco izquierdo del VII Ejército. Tenía por entonces cuarenta y ocho años y se enfrentaba a su segunda invasión, pues también había comandado el flanco izquierdo de Patton en Marruecos. Nacido en el seno de una familia de médicos de pueblo de Texas, durante seis años Truscott había dado clases en escuelas de una o dos aulas en Oklahoma y había estudiado en el Teachers Institute de Cleveland antes de alistarse en la caballería. El maestro que había en él nunca lo abandonó —«Usa usted la voz pasiva demasiado a menudo, me cago en...», reprendió en una ocasión a un subordinado<sup>57</sup>—, y escribía largas y agudas críticas de las actuaciones de sus subordinados. Incluso cuando estaba en combate le encantaba tener flores frescas encima de la mesa y le encantaba también la investigación ontológica: una sesión de su plana mayor podía empezar con Truscott preguntando al capellán de la división:

—¿Qué es el pecado?<sup>58</sup>

En su petate no podía faltar un ejemplar de *Guerra y paz*, el *Webster's High School Dictionary*, y tal vez una botella de licor; algunos subordinados pensaban que bebía demasiado.<sup>59</sup> Rigorista inflexible, en el Norte de África había impuesto penas de cincuenta años de cárcel a los soldados que se habían automutilado para librarse del combate;<sup>60</sup> otros sinvergüenzas menos descarados habían sido castigados con «una aplicación de mazorca de maíz y aguarrás», según contaba un auxiliar suyo.<sup>61</sup> Truscott había aprendido mucho en Marruecos acerca de «la soledad del campo de batalla» y la necesidad de vigor físico. A todos los batallones de la 3.<sup>a</sup> División se les exigía dominar el «trote Truscott»: marchar ocho kilómetros durante la primera hora y siete todas las demás, durante el tiempo que hiciera falta.<sup>62</sup>

Nada revelaba mejor su carácter que las cartas enviadas a su mujer, Sarah Randolph Truscott, que comenzaban invariablemente de la siguiente manera: «Amada esposa». El 7 de julio, a bordo del *Biscayne*, había escrito:



¿Recuerdas cómo solías meterte conmigo por trabajar tanto y cómo yo te contestaba que tenía que estar listo —prepararme— para cualquier responsabilidad que pudiera recaer sobre mí? Lo único que siento es que mis limitaciones sean tan grandes que no pueda hacer más, pues desde luego puedo afirmar que hay responsabilidades que recaen sobre mí. Tu serena confianza en mí me acompaña siempre y cuando me asaltan las dudas —como debe de ocurrirles a todos— ese pensamiento enseguida me devuelve la confianza. Debo limitarme a hacer las cosas lo mejor que pueda.<sup>63</sup>

En Licata, lo mejor que pudo hacer estuvo bastante bien. Unas cuantas bombas esporádicas de la artillería italiana saludaron a los invasores, que no encontraron minas en las playas. En los muelles, las trampas bomba estaban todavía en sus cajas de embalar. Los ataques aéreos fueron allí menos intensos que en cualquier otro frente de la Operación Husky; sólo se perdió el malhadado dragaminas *Sentinel*, de la Marina de Estados Unidos.<sup>64</sup> Alcanzado en cinco ocasiones por bombarderos lanzados en picado a las cinco de la madrugada, dañado y abandonado, con sesenta y un muertos y heridos, se fue a pique y se hundió cinco horas después.

Algunos soldados de Infantería se ahogaron o fueron bombardeados sin ni siquiera poner un pie en Europa, pero no fueron muchos. Los compañeros del *Biscayne* lanzaron bombas contra la ciudad —«sobre cubierta caía algodón quemado», informaba Pyle— y los destructores protegieron las lanchas de desembarco con una fuerte humareda. Una hora después lograron llegar a tierra diez batallones con tanques. Enseguida capturaron a dos mil soldados italianos —algunos insistían en llevarse sus cabras al cautiverio—, mientras que muchos otros se dispersaron por las colinas circundantes en lo que el alto mando italiano llamaba «autodesmovilización».<sup>65</sup> La hierba seca utilizada para camuflar las baterías y los cañones se incendió, y el humo hizo salir de sus escondites a los artilleros; otros salieron corriendo perseguidos por los pastores alemanes entrenados en Virginia para limpiar los nidos de ametralladoras y saltar a la garganta.<sup>66</sup> «Cada vez que uno de aquellos pobres *italianinis* sacaba una bandera blanca, el artillero del tanque disparaba contra ella», decía en una carta a su esposa un capitán de acorazados, «así que acabé por mandarle parar y salí corriendo detrás de ellos con mi pistola ... Eran los hombres más asustados que he visto en mi vida».<sup>67</sup>

La aurora mostró que había una bandera estadounidense ondeando en una de las colinas que dominaban Licata. Tropas vestidas de color verde oliva recorrían la ciudad, arrancando únicamente sonrisas de unos niños con los brazos en alto que hacían la señal de la «V de victoria». A las 9:18 la flota comunicó por radio: «Alto el fuego total. Objetivo alcanzado». Las mulas marineras que iban a bordo del *LST 386* se negaron en redondo a cruzar el pontón flotante para bajar a tierra; al final, los marineros, exasperados, las tiraron por la borda e hicieron que llegaran a la playa a nado.<sup>68</sup>

Truscott bajó a tierra con más dignidad, en una lancha, a mediodía. En el pequeño puerto cabeceaban unos pesqueros, con sus velas latinas triangulares, «blancas como dientes de tiburón», desplegadas, decía un periodista. Los oficiales de plana mayor iban de acá para allá, instalando el puesto de mando de la división en el Palazzo La Lumia y montando un vivac nuevo. Por mucho que se fregase, resultaba imposible erradicar el hedor a azufre y el polvo milenario.<sup>69</sup>

—¡Diablos! —oyó Pyle exclamar con disgusto a un soldado—. Esto es tan malo como África.

Truscott registró sus impresiones en otra carta a Sarah. «Encuentro este país interesante, pero me repugna», decía. «Desde luego no me gusta nada toda esta pobreza acumulada y esta suciedad de siglos.» *Hay responsabilidades que recaen sobre mí*, le había dicho. Licata no era más que el principio.

Al otro lado del golfo de Gela, la tercera y última punta de la invasión del VII Ejército encontró en la zona del mar correspondiente al flanco derecho de Patton un adversario más fiero que los soldados enemigos. Olas de casi cuatro metros y rompientes de dos siguieron hostigando a los convoyes que transportaron a la 45.<sup>a</sup> División a Scoglitti, donde los vientos del oeste restallaban con fuerza sobre la ensenada desamparada. Los destructores *Knight* y *Tillman* utilizaron por primera vez en combate bombas navales de fósforo blanco; su fulgor deslumbrante y el denso humo aterrorizaron a los defensores italianos en sus baterías y nidos de ametralladoras.<sup>70</sup> Las grandes bombas de crucero, de tres en tres, seguían una trayectoria plana, y no tardaron en producirse incendios a lo largo de toda la línea de costa.<sup>71</sup>

La primera tanda de asalto fue a parar a la playa equivocada, y desde aquel momento la invasión fue de mal en peor. El traslado de última hora al Pacífico de los pilotos que habían hecho la instrucción en Chesapeake con la 45.<sup>a</sup> División les pesaba ahora a todos.<sup>72</sup> Sus inexpertos sustitutos, abrumados por el violento oleaje, los bancos de arena, y los cañonazos esporádicos, viraron y abandonaron aquella ruta y la que seguía la costa, preguntándose a gritos en medio del agua qué dirección debían seguir para Playa Azul o hacia Amarilla 2. En Punta Braccetto, dos botes de la segunda tanda chocaron entre sí cuando intentaban apartarse de los escollos.<sup>73</sup> Cuatro reclutas lograron llegar a tierra a nado luchando a brazo partido; otros treinta y ocho se ahogaron, y los músicos del 157.º de Infantería, obligados a trabajar de enterradores, cambiaron sus instrumentos por picos y palas.<sup>74</sup> Varias compañías desembarcaron lejos de las playas que les habían sido asignadas, y en poco tiempo algunos batallones y por fin todo un regimiento —el 180.º de

Infantería— se encontraron dispersos a lo largo de una franja de costa siciliana de casi veinte kilómetros. «Aquello», reconocía el informe del regimiento, «fue una catástrofe».<sup>75</sup>

Decenas de lanchas de desembarco sufrieron brechas o se inundaron —«una imagen deplorabilísima durante todo el día D», comenta la historia oficial del ejército—, y pronto habría doscientos botes varados en las playas o en los bajíos. Aquellas embarcaciones hechas añicos le recordaban a un teniente de la Armada a «zapatos en el armario de un difunto».<sup>76</sup> Las operaciones de desembarco y de descarga se caracterizaron por la misma ineptitud que las de Marruecos, donde los anfibios habían marcado un triste récord de incompetencia ocho meses antes. Entre los que llegaron a tierra con el 180.º Regimiento de Infantería, iba un zurdo malicioso de Nuevo México que tenía mucha destreza para la caricatura y cuyos desvergonzados personajes, Willie y Joe, siempre sin afeitar y con los ojos legañosos, se convertirían en los iconos de más de un millón de soldados de infantería. «Mi primera clase práctica sobre la guerra» tuvo lugar en Scoglitti, diría más tarde el sargento Bill Mauldin. «Realmente aquí nadie sabe lo que hace.»<sup>77</sup>

«En la playa reinaba una confusión total», comentaba el ingeniero de más rango del ejército sobre el terreno. «No había habido realmente planificación. El oficial de playa no controlaba nada.» Entre otras cosas, el hurto de víveres y de patatas por parte de los destacamentos ya desembarcados se hizo habitual; posteriormente el coronel que estaba a su mando sería sometido a consejo de guerra.<sup>78</sup> El atasco se hizo tan grave que la playa Verde 2 y la Amarilla 2 fueron cerradas en la parte de abajo de Scoglitti, y la playa Roja, la Verde y la Amarilla, en la parte de arriba de la ciudad, también serían clausuradas. Las tandas sucesivas fueron desviadas a otras seis playas nuevas, donde los ingenieros volaron las salidas a través de las dunas con torpedos Bangalore y abrieron pasillos para los vehículos de tracción colocando esteras de tela metálica.<sup>79</sup> Al ver que las operaciones de desembarco quedaban empantanadas, los capitanes de algunos barcos, temerosos de sufrir un ataque aéreo, levaron anclas y regresaron al Norte de África sin descargar siquiera los pertrechos. El comandante en jefe de la 45.ª División pasó su primera noche en Sicilia en una vulgar trinchera a kilómetro y medio tierra adentro, envuelto en un paracaídas. «Para hacer la situación todavía más incómoda», informaba el general de división Troy H. Middleton, «nuestra zona fue bombardeada con fuego amigo por la Marina».<sup>80</sup>

No obstante, al acabar el día D los norteamericanos estaban en tierra en la estrecha franja de litoral en forma de media luna que les correspondía. Desde Licata hasta Scoglitti, habían desembarcado más de cincuenta mil soldados y cinco mil

vehículos de Estados Unidos, y había más de unos y de otros esperando frente a la costa a que llegaran las primeras luces del domingo. El número de bajas había sido modesto y el enemigo parecía confundido. Las unidades de costa italianas se habían rendido en tal cantidad que las mujeres sicilianas se acumulaban en las aceras abucheando a sus hombres, que eran conducidos a carretadas al cautiverio. No obstante, ni entre las columnas de prisioneros ni entre las pilas de cadáveres enemigos que aguardaban a ser enterrados en masa se veían muchos hombres con el uniforme gris de los alemanes, y todos los soldados desembarcados en Sicilia contaban con que las tropas invasoras habrían de encontrar pronto un enemigo más formidable.<sup>81</sup>

Y quedaban los británicos. Excepto por el favor que supuso contar con un mar más tranquilo, toda la confusión que complicó la vida a los norteamericanos en el golfo de Gela afectó también a los desembarcos del VIII Ejército británico unos cincuenta kilómetros más lejos, en el flanco oriental de la isla. Primero llegaron a tierra unos comandos, cruzando la playa en la que, según especulaban algunos, Odiseo, después de abandonar la isla de Calipso, había desembarcado en Sicilia, «la tierra de los poderosos Cíclopes, de elevada estatura». La 1.<sup>a</sup> División canadiense, que formaba el ala izquierda del ejército, ancló en un frente de unos diez mil metros ante la península de Pachino, mientras que tres divisiones inglesas, la 51.<sup>a</sup>, la 50.<sup>a</sup> y la 5.<sup>a</sup>, buscaron otras playas más al este y al norte.<sup>82</sup>

Se produjo «cierta confusión y descontrol», reconocía la 50.<sup>a</sup> División, desembarcada frente a Avola. «Muchas lanchas se perdieron temporalmente y estuvieron dando vueltas a su nave nodriza en más de una ocasión ... Reinaba una oscuridad extraordinaria. La mayor parte de los oficiales de Marina no estaban seguros de dónde se encontraban.» Los transportes anclaron sin darse cuenta a doce millas de la costa, en vez de las siete a las que se suponía que debían hacerlo, equivocando las distancias que había hasta la playa y desembarcando destacamentos más allá del alcance de las instalaciones de radio. Algunos desembarcos «no se llevaron a cabo en modo alguno según el plan», indicaba un informe de los servicios de inteligencia británicos.<sup>83</sup> «Los oficiales del ejército tuvieron que echar una mano durante la navegación y, de no haber sido así, muchas lanchas habrían desembarcado todavía más lejos de los lugares debidos.» Un capitán canadiense se expresaba en términos más directos.

—¡Vamos, estúpidos cabrones! —gritó a sus hombres—. ¡Vamos de una vez!<sup>84</sup>

La lancha de desembarco tocó tierra con las primeras luces del alba. Unas voces gritaron:

—¡Bajad las puertas!

Y a continuación:

—¡Sicilia! ¡Que baje todo el mundo!<sup>85</sup>

El fuego abierto por las baterías de tierra fue bastante modesto, excepto, por supuesto, para aquellos a los que acertó a dar. «El agua se había convertido en un mar de sangre y miembros cercenados, restos de unos hombres en otro tiempo grandes combatientes que no serían identificados nunca», escribía el marinero de primera K. G. Oakley, que vio cómo se hacía añicos una lancha de desembarco en el sector de la 50.<sup>a</sup> División. Oakley sacó del mar «a un hombre que tenía un brazo colgando de un poco de tela y de carne. Gritaba: “¡Mi brazo! ¡Mira, me han dado!”». Como decenas de miles de hombres aquella mañana del sábado, Oakley pensó: «¡Así que esto es la guerra!».

En tierra había un verdadero enjambre de soldados, agazapados entre las dunas y por la carretera de la costa. Un regimiento de escoceses entró en Cassibile tocando la gaita, desafiando la orden de dejar sus instrumentos a bordo. Un olor acre desató por un momento las alarmas e hizo que la gente buscara con la mano las máscaras antigás, hasta que otras narices más sofisticadas se percataron de que el olor procedía del tomillo silvestre achicharrado por las bombas.<sup>86</sup> Mientras que algunos soldados construían malecones improvisados con algunas piedras apañadas en una viña situada junto a la playa, otros se metían por las puertas de las casas gritando el santo y seña del VIII Ejército:<sup>87</sup> «¡Ratas del desierto!», y se quedaban esperando la respuesta convenida: «¡Matad a los italianos!». Un campesino siciliano salió de su casa y disparó con una escopeta vieja a los comandos, que lo mataron respondiendo a su ataque.<sup>88</sup>

—Lo siento. Hemos tenido que pegar un tiro al paisano —comentó un soldado inglés—. Tenía los ánimos que hay que tener.<sup>89</sup>

El VIII Ejército estaba dispuesto a asumir hasta diez mil bajas durante la primera semana de combates en Sicilia; en realidad, sólo sufriría mil quinientas diecisiete. Pero incluso los que se fueron de rositas, sin más que una quemadura del sol, compartían la opinión de un cabo del Regimiento de Ingenieros Reales:

Habíamos aprendido la primera lección, esto es, que nuestro enemigo indiscriminado era el destino, no los alemanes ni los italianos. Con la misma insensibilidad que las órdenes del ejército, sin equidad ni juicio, decía: «¡Tú y tú, muertos! El resto, al camión».<sup>90</sup>

Más de una tercera parte de las bajas del VIII Ejército se produjeron en un mismo lance, cuyo nombre clave era Ladbroke y cuya finalidad era complementar el salto de los paracaidistas del coronel Gavin, pero que se caracterizaría por los

mismos rasgos distintivos de tantas otras operaciones aerotransportadas de la segunda guerra mundial: falta de juicio, intrepidez, y un desprecio altanero por la vida de los hombres. Ladbroke tenía un objetivo coherente: mil setecientos soldados debían capturar Ponte Grande, un hermoso puente de carretera que cruzaba el río Anapo al sur de Siracusa. Tras impedir la demolición de la estratégica construcción, las tropas debían entrar en la ciudad, capturar los muelles y poner en manos del VIII Ejército un puerto de vital importancia. Según el plan del general Montgomery, el asalto debían llevarlo a cabo a última hora del viernes ciento cuarenta y cuatro planeadores remolcados.<sup>91</sup>

Ahí estaba el problema. Los únicos pilotos disponibles para gobernar los aviones remolcadores tenían poca experiencia en vuelos nocturnos y menos aún remolcando un aparato de siete toneladas lleno de soldados de infantería pendientes de una cuerda de nailon de ciento cinco metros. Las tripulaciones de los planeadores con experiencia también eran escasas, lo mismo que los planeadores propiamente dichos. Tan rudimentario era el arte del combate con planeadores remolcados que aquella primavera se había intentado —infructuosamente— remolcar aviones con jeeps. Por si fuera poco, las zonas de aterrizaje próximas a Ponte Grande parecía que estuvieran hilvanadas con muros de piedra y respunteadas con rocas. Las protestas de los oficiales subordinados fueron inútiles. Una vez elaborado, el atrevido plan no podía volverse a revisar; los que pusieran objeciones corrían el riesgo de parecer cobardes y se enfrentaban a la amenaza de ser relevados del mando. Una vez más, los oficiales de mayor rango con poca experiencia en operaciones aerotransportadas y expectativas poco realistas impusieron su parecer.<sup>92</sup>

Varias decenas de planeadores Horsa llegaron a Tunicia a finales de junio, tras un vuelo horroroso de dos mil doscientos kilómetros desde Londres. Los aparatos de estructura de madera tenían unos «flaps enormes, como las puertas de un pajar». Para complementar los Horsas, los norteamericanos donaron una flota de Wacos más pequeños, que tenían el armazón de metal; cada aparato llegó al Norte de África en cinco cajas de embalar distintas, y su ensamblaje necesitó doscientas cincuenta horas de trabajo por cada hombre. Los aviadores ingleses opinaban que cada piloto necesitaba por lo menos cien horas de entrenamiento en el Waco para alcanzar la pericia adecuada;<sup>93</sup> a la hora de la verdad, los pilotos que participaron en la operación habían pasado menos de cinco horas en la cabina de mandos, de las cuales sólo una correspondía a vuelo nocturno. Muchos no estaban ni siquiera cualificados para volar en solitario.<sup>94</sup> De los ciento cincuenta planeadores utilizados en los entrenamientos, más de la mitad se destruyeron, aunque los

novatos volaron casi exclusivamente de día y con calma chicha.<sup>95</sup> La mayoría de los remolcadores serían C-47 Dakota norteamericanos, pero hasta mediados de mayo sus pilotos no fueron liberados de la obligación de volar en aviones de mercancías para poder entrenarse con los planeadores.

Naturalmente pilotos y pasajeros estaban condenados a la catástrofe. La noche de aquel viernes ventosísimo, desde seis aeródromos tunecinos se elevaron en el aire los planeadores, remolcados por ciento nueve Dakotas norteamericanos y treinta y cinco Albemarle ingleses. Enfrentándose a «unas condiciones para las cuales no estábamos preparados en absoluto», según reconocía el comandante de la escuadrilla de planeadores, se dirigieron a Malta a una altura de quinientos pies, peleando a brazo partido con el vendaval, así como con las turbulencias constantes de las corrientes térmicas del día y la insoportable tendencia de la cuerda a actuar como un péndulo. Enseguida, la confusión de muchos pilotos inexpertos se haría cada vez mayor; algunos tenían mapas equivocados o no tenían ninguno<sup>96</sup>. La tensión de las maromas de remolque hizo saltar los cables de comunicación entre muchos remolcadores y sus planeadores.<sup>97</sup> La cuerda de un Horsa se rompió al norte de Malta, y treinta hombres se precipitaron al vacío;<sup>98</sup> poco después se rompió la cuerda de un Waco, y otros quince corrieron su misma suerte. Un planeador se soltó de su remolcador y consiguió aterrizar sin mayores contratiempos, para encontrarse a un soldado que desde un jeep les comunicó:

—Lamentamos informarles que no están ustedes en Sicilia, sino en el principal campo de aviación de Malta.<sup>99</sup>

A la tripulación de otro planeador le extrañó encontrar Sicilia tan arenosa y descubrieron que habían aterrizado cerca de Mareth, al sur de Tunicia. Los investigadores llegaron luego a la siguiente conclusión: «La navegación fue en general mala».<sup>100</sup>

El 90 por 100 de los aparatos que aterrizaron en Sicilia lo hicieron en cabo Passero, y a los pocos momentos de ser avistados fueron saludados a lo largo de todo el golfo de Noto por baterías antiaéreas, bengalas, reflectores y nubes de polvo, que confundían a los pilotos y oscurecían su visión.

—Supongo que eso es Sicilia —dijo un capitán mirando de soslayo.

Las formaciones se desintegraron y remolcadores y planeadores no tardaron en ponerse a «dar vueltas en una especie de enjambre ciego».<sup>101</sup> Los pilotos de algunos remolcadores, temerosos del fuego antiaéreo que parecía más próximo de lo que realmente estaba, soltaron sus planeadores demasiado pronto.<sup>102</sup> Según los planes, todos los planeadores debían ser soltados a dos millas del litoral, pero una ilusión óptica, magnificada por la inexperiencia de los pilotos, hizo que la línea de

costa pareciera que estaba directamente debajo de los aparatos, cuando en realidad éstos se encontraban a miles de metros en mar abierto.<sup>103</sup> Desde una altitud de entre dos mil y cuatro mil pies, los Horsas y Wacos dispersos se soltaron a lo largo de un frente de casi cincuenta kilómetros<sup>104</sup> e inmediatamente se dieron cuenta de que planear hacia el oeste con un viento de treinta nudos en contra era «absurdo», como concluía un informe.<sup>105</sup>

«A medida que perdíamos altura parecía que se levantaba un gran muro de oscuridad que salía a nuestro encuentro», escribía un oficial. Para muchos, esa oscuridad era el Mediterráneo. Se oyó una orden:

—¡Preparados para el amerizaje!

Decenas de planeadores se deslizaron a toda velocidad sobre el agua como piedras que salieran rebotadas. Unos se hicieron astillas y se hundieron de inmediato; otros permanecieron flotando durante horas. Los pasajeros, presa del pánico, pataleaban contra las paredes del fuselaje o intentaban romperlo a hachazos. «Nos fuimos a pique casi de inmediato», recordaba el oficial de vuelo Ruby H. Dees.<sup>106</sup> «Cuando logré salir a la superficie, vi que el resto de los muchachos había conseguido agarrarse a alguna tabla.» Un oficial que se había colgado de un ala rota murmuró a un comandante inglés:

—Esto está fatal, Bill.<sup>107</sup>

Al menos sesenta planeadores chocaron contra el mar y otros diez desaparecieron —no se sabe dónde—, muriendo todo su pasaje. Los hombres patalearon y lucharon por sobrevivir hasta que no pudieron más. En algunos casos el fuego de las ametralladoras italianas barrió a tiros a los supervivientes que flotaban agarrados a los restos de los aparatos.

Cincuenta y cuatro aviones llegaron a tierra, a menudo con resultados igualmente desastrosos. «En medio de un denso fuego de balas trazadoras, con el ala izquierda tocada, sobrevolé la zona de aterrizaje y aterricé a unos veinticinco kilómetros al sur de Siracusa, chocando con una pared de casi dos metros», comunicaba un superviviente. «Con el ala izquierda ardiendo, estallaron también dentro del aparato setenta y siete granadas. Dos pilotos y doce soldados muertos, otros siete heridos.» El Horsa número 132 —uno de los diez aproximadamente que supieron dar con Ponte Grande— se estrelló contra la orilla de un canal a cuatrocientos metros del puente, muriendo todos sus ocupantes menos uno.<sup>108</sup> Otro Horsa chocó contra la copa de un árbol y se vino abajo; luego se encontró en su interior un jeep con el conductor al volante muerto.<sup>109</sup>



En vez de haber quinientos o más soldados ingleses defendiendo Ponte Grande, se apoderó del puente un simple pelotón, que desactivó las cargas explosivas colocadas en los contrafuertes que debían derribarlo. El sábado al amanecer esa fuerza ascendía a ochenta y siete hombres, con sólo dos ametralladoras Bren a su disposición, y pocas municiones. El fuego de mortero de los italianos y los contraataques de la infantería hicieron trizas al pequeño comando, matando a los soldados en el puente y en las cenagosas aguas del río que pasaba por debajo. A media tarde quedaban apenas quince *tommies* ilesos reteniendo la cabeza de puente y las ametralladoras italianas se encontraban a cuarenta metros. A las cuatro de la tarde los supervivientes se rindieron. Fueron obligados a marchar hacia Siracusa por «un hombrecillo pomposo con un rollo de cuerda de verdugo bajo el brazo», pero no tardaron en ser liberados por una patrulla de Northamptonshire que había desembarcado con la 5.<sup>a</sup> División. Al mismo tiempo, los Reales Fusileros de Escocia arremetieron desde el sur y reconquistaron el puente con facilidad.<sup>110</sup>

El alto mando británico afirmaría que la Operación Ladbroke había sido un éxito porque Ponte Grande se salvó. Pero rara vez puede decirse de una victoria que haya sido más pírrica. Perdieron la vida más de seiscientos hombres, de los cuales más de la mitad perecieron ahogados. Los cadáveres estuvieron apareciendo en varias playas del Mediterráneo durante semanas. Si el valor de los que volaron a Sicilia aquella noche es incuestionable, no puede decirse lo mismo de la sensatez de sus superiores, que elaboraron y aprobaron unos planes tan descabellados. La cólera y el dolor de los soldados eran enormes; el furor de los ingleses contra los pilotos norteamericanos de los remolcadores era tan profundo que los supervivientes británicos que regresaron a Tunicia quedaron confinados en el campamento para prevenir un derramamiento de sangre entre hermanos. Un memorando enviado a George Marshall concluía en los siguientes términos: «La eficacia de combate de las operaciones nocturnas con planeadores fue prácticamente nula».<sup>111</sup> Pero el resumen más escueto de la Operación Ladbroke aparecería en una evaluación del ejército británico: «Alarma, confusión y consternación».<sup>112</sup>

## LA PÉRDIDA DE UNAS HORAS IRRECUPERABLES

Si eran muchas las cosas que les habían salido mal a los Aliados durante las doce primeras horas de la Operación Husky, a los defensores del Eje no les había salido bien casi nada. Los errores de cálculo y el infortunio, los dos elementos que

contribuyen al fracaso militar, dominaron la reacción inicial a la invasión y «de ese modo se perdieron unas horas irrecuperables», como reconocería después un alto mando alemán. Los angloamericanos tenían un punto de apoyo que pronto se convertiría en un gran trampolín, y expulsarlos de la isla resultaría más difícil con la llegada de todos los DUKW y LST. Entre las alarmas que sonaron aquel sábado, se encuentra desde luego el informe de un incrédulo oficial italiano que habla de «artilugios anfibios» capaces de alcanzar la playa y luego avanzar tierra adentro «por su propio poder».<sup>113</sup>

Durante semanas, los vuelos de reconocimiento del Eje habían hecho caso omiso de los indicios de invasión, entre otros la presencia de media docena de barcos hospital en Gibraltar el 1 de julio —al final los pilotos italianos computaron dieciséis en el Mediterráneo— y la acumulación de lanchas de desembarco y planeadores en Tunicia. Pero los esfuerzos realizados durante meses por los Aliados para mantener engañado al enemigo lograrían que la inteligencia del Eje permaneciera desconcertada y confusa. Los ingleses, por ejemplo, habían creado un «XII Ejército» por completo ficticio, supuestamente con base en El Cairo, cuya hipotética misión era invadir los Balcanes a través de Grecia a comienzos del verano de 1943.<sup>114</sup> Particularmente grande fue el éxito de la Operación Picadillo, en la que intervino un cadáver que más tarde se haría célebre como «el hombre que nunca existió».<sup>115</sup> A finales de abril, un submarino inglés arrojó el cuerpo de un hombre, vestido con el uniforme de comandante de la Real Infantería de Marina, frente a las costas del sur de España. Sujeto con unas esposas a la muñeca del muerto había un maletín con documentos falsos; se esperaba que las autoridades españolas los pusieran en conocimiento de los alemanes. Los españoles, por supuesto, así lo hicieron. Posteriores interceptaciones de Ultra revelarían que los servicios secretos alemanes, convencidos de que el «comandante» se había ahogado a consecuencia de un accidente aéreo, consideraron que los documentos eran una prueba más de que el principal golpe de los Aliados iba a tener lugar en Cerdeña y en Grecia, no en Sicilia.

Seis divisiones costeras italianas, inmóviles y defectuosamente armadas, protegían por entonces el litoral de Sicilia, respaldadas por cuatro divisiones de infantería italiana situadas en el interior de la isla, junto con dos eficaces unidades alemanas: la 15.<sup>a</sup> División Panzer de Granaderos, en el oeste de Sicilia, y la División Panzer Hermann Göring, en el este. La primera alerta inequívoca se dio en Sicilia la tarde del viernes 9 de julio a las 18:40. Las bombas aliadas habían hecho añicos el rudimentario sistema telefónico de la isla, de modo que algunas unidades escucharon la noticia, pero otras no. Algunos altos mandos italianos, suponiendo

que no habría loco al que se le ocurriera atacar con un tiempo tan malo, se fueron a acostar.<sup>116</sup> Las exhortaciones que se hicieron a la una de la madrugada del sábado en pro de la defensa de «aquel preciosísimo trozo de suelo italiano» cayeron en oídos sordos o simplemente no fueron oídas por los durmientes.<sup>117</sup> Los Spitfires británicos, utilizando informes del cuerpo de transmisiones para localizar con precisión el cuartel general de la Luftwaffe, bombardearon el San Domenico Palace<sup>118</sup> —un hotel de lujo de Taormina, en otro tiempo muy del agrado de D. H. Lawrence<sup>119</sup>—, sacando totalmente de quicio a las defensas aéreas del Eje justo cuando los invasores se acercaban a la isla.

Poco se esperaba de las divisiones costeras de Sicilia, y las expectativas se cumplieron plenamente. Hacía poco que se habían reducido los entrenamientos debido a la escasez de calzado, y el alcance de la artillería costera italiana se limitaba a los nueve mil metros,<sup>120</sup> ridículamente comparable al de un simple fusil, y se veía disminuido además por las luces del amanecer, que deslumbraban a los defensores, situados cara al sur y al este.<sup>121</sup> El comandante de la guarnición de Siracusa murió durante los primeros minutos de la invasión y su asustadizo colega de Augusta inutilizó sus cañones y ni siquiera opuso resistencia. Los soldados de infantería italianos se rendían a millares o se quitaban el uniforme y se confundían con las hordas de refugiados que retrocedían hacia el interior de la isla.

La reacción alemana en aquellas primeras horas irrecuperables, aunque menos tímida, tampoco fue muy inquietante. Los sistemas de comunicación alemanes eran tan deficientes que el oficial al mando de la División Hermann Göring no se enteró de que estaba siendo atacado hasta que recibió un aviso de alerta de Frascati, el cuartel general alemán en las inmediaciones de Roma. Las órdenes dictadas a sus oficiales subordinados llegaron con retraso o fueron contradictorias. La recolocación de un regimiento se demoró porque el mensajero que llevaba la orden con el cambio de posición murió en un accidente de coche.<sup>122</sup> Los intentos de trasladar diecisiete grandes tanques Tigre al escenario de los combates cerca de Gela el sábado se vieron frustrados por los fallos mecánicos, la falta de liderazgo, el fuego de la artillería naval, y las dificultades para encontrar un camino entre los olivares.<sup>123</sup> La fantasía se impuso a la acción pura y dura: el Commando Supremo, el alto mando italiano con sede en Roma, anunció el 10 de julio a mediodía que los desembarcos de Gela y Licata habían sido «casi abortados»;<sup>124</sup> se decía incluso que algunas tropas angloamericanas habían reembarcado en sus medios anfibios.<sup>125</sup> Un posterior despacho de Roma afirmaba que «el enemigo sigue desembarcando activamente, pero se encuentra en constante crisis».<sup>126</sup>

Aquellos cuentos de hadas no engañaron al hombre que en último término dirigiría la defensa de Sicilia. De momento seguía en su cuartel general de Frascati, intentando sacar algo en claro de los informes fragmentarios, los rumores y las mentiras que llegaban de la isla. Pero su influencia táctica ya se podía sentir en la campaña recién iniciada, lo mismo que su inquebrantable optimismo y sus dotes para la improvisación en el campo de batalla. Los Aliados conocían al mariscal de campo Albert Kesselring perfectamente. Como oficial de mayor rango al mando en el Mediterráneo —de hecho, era el equivalente alemán de Eisenhower—, Kesselring había deslucido la rápida victoria de los Aliados en Tunicia, había prolongado durante meses los combates con los angloamericanos forzando una dolorosa situación de empate, y luego había logrado eludir la captura y las recriminaciones cuando el decreto de Hitler ordenando la no retirada condenó a las fuerzas del Eje en el Norte de África al exterminio. Aparentemente estaba bajo el mando de los italianos, como concesión al Pacto de Acero firmado en 1939 y a las pretensiones de dominio del Mediterráneo que tenía Mussolini; en realidad, era responsable sólo ante Berlín y en cualquier ejército había pocos que se pudieran comparar con él. Kesselring era leal a Hitler «por haber salvado a Alemania del caos»<sup>127</sup> y durante mucho tiempo había considerado «posible pasar por alto las cosas menos agradables» del régimen nazi.<sup>128</sup> Hitler recompensó esa lealtad con el bastón de mariscal, que un auxiliar suyo transportaba en un estuche de cuero con cremallera.<sup>129</sup>

A sus cincuenta y siete años, en su rostro brillaban sus espléndidos dientes, expresión a la vez de su afabilidad bávara y de su apodo —Albert el Sonrisas—, inventado por sus soldados. «Kesselring es un optimista colosal», había dicho Hitler el 20 de mayo, «y debemos cuidarnos de que ese optimismo no lo ciegue». Artillero que en mitad de su carrera había aprendido a volar y se había pasado a la Luftwaffe, tenía el don de salvarse siempre por los pelos, habilidad demostrada recientemente durante una incursión aérea de los Aliados sobre Marsala en el mes de mayo que había causado la muerte a dos oficiales de plana mayor; Kesselring salió corriendo del piso superior de un edificio gravemente dañado descolgándose hasta la calle por una cuerda, que le produjo graves abrasiones en las palmas de las manos.<sup>130</sup>

Durante seis meses había estado meditando cómo defender el sur de Europa y durante seis semanas había creído que el próximo ataque de los Aliados probablemente se produjera en Sicilia. El concepto estratégico general de Kesselring consistía en mantener la guerra lo más lejos posible de la patria cuanto más tiempo mejor; como aviador, comprendía perfectamente lo que habría significado para Múnich, Viena y Berlín el hecho de que los Aliados poseyeran

bases para sus bombarderos en Italia. A diferencia de muchos generales alemanes —entre ellos su rival, Erwin Rommel—, consideraba que toda Italia era defendible, si los italianos combatían.<sup>131</sup> Kesselring creía que lo harían, aunque su italo-filia se veía atemperada por su irónico desdén. «El italiano es fácil de contentar», decía Kesselring. «En realidad tiene sólo tres pasiones que estén bien consideradas: el café, los cigarrillos y las mujeres.» En cuanto al hombre de armas italiano, *no* era «un soldado de corazón».<sup>132</sup>

A finales de la primavera, Kesselring había mostrado su desdén por las defensas de Sicilia calificándolas de «pura pasta flora», pero los informes del 10 de julio sobre la evaporación de divisiones italianas enteras descorazonó incluso a aquel «optimista colosal». Si las fuerzas aliadas desembarcaban también en Calabria, en la punta de la bota de la península Italiana, Sicilia podía convertirse en una «ratonera», dando lugar al exterminio de otro ejército del Eje.<sup>133</sup> Kesselring se dio cuenta de que, para prevenir semejante calamidad, las fuerzas alemanas destacadas en la isla debían atacar antes de que las tropas aliadas consolidaran sus cabezas de playa. La 15.<sup>a</sup> División Panzer de Granaderos estaba demasiado lejos, al oeste de la isla, para atacar con rapidez, pues el mariscal, en contra de los consejos de los italianos, acababa de desplazar a los granaderos más de doscientos kilómetros al oeste por unos caminos malísimos con la intención de hacer frente a unos desembarcos en la parte occidental de la isla que en aquellos momentos parecían muy improbables. Aquel movimiento dejaba a los panzers de la División Hermann Göring la responsabilidad de combatir al enemigo.<sup>134</sup> Esta división, que había recibido un buen vapuleo en Tunicia, había sido reconstruida precipitadamente y constaba ahora de nueve mil tropas de combate<sup>135</sup> y de noventa tanques Mk III y Mk IV, además de diecisiete Mk VI Tigre.<sup>136</sup>

Desde Frascati, Kesselring dictó la orden al oficial al mando de la división, el general Paul Conrath: contraatacar en Gela al amanecer del domingo, 11 de julio, y arrojar al mar a los invasores.

—¡*Herr Feldmarschall* —había respondido Conrath a Kesselring—, el avance inmediato contra el enemigo es mi fuerte!<sup>137</sup>

El general de brigada Ted Roosevelt había insistido en bajar a tierra en Gela con la primera tanda de fuerzas de desembarco desde el buque *Barnett*, de la Marina de Estados Unidos. Desde Playa Verde 2, antes del amanecer del sábado, había enviado un mensaje alentador a su barco —«los romanos huyen hacia el interior»— y pasó el resto del día ayudando a la 1.<sup>a</sup> División a desembarcar como había hecho él. Cuando salió el sol y la onda expansiva de los cañonazos de la artillería naval se

disipó en el mar, Roosevelt, con sus piernas rechonchas envueltas en polainas, se escabulló «con el paso ligero de un andarríos por la playa».<sup>138</sup> No llevaba corbata y a menudo iba sin casco, y su uniforme, siempre lleno de arrugas, le quedaba como un saco de lona color verde oliva. El pintor George Biddle lo describía con cuatro adjetivos: «calvo, quemado, nudoso y arrugado».<sup>139</sup> A pesar de su mala vista congénita, Roosevelt desdeñaba a menudo ponerse gafas y más de una vez los bromistas habituales de la división le pasaban un informe táctico con un mapa colocado al revés.<sup>140</sup> De vez en cuando se ponía a recitar versos —un admirador lo consideraba «uno de los declamadores más elocuentes del mundo»— y «con un estado de ánimo rítmico» soltaba tiradas enteras del *Avance del peregrino* de Kipling, y los pentámetros yámbicos de su poeta favorito, Edwin Arlington Robinson.<sup>141</sup> Una prótesis de rodilla y una cadera reumática obligaban a Roosevelt a usar bastón, que manejaba como si fuera un estoque, cortando el aire y señalando salidas a través de las dunas. Rara vez hablaba a un volumen más bajo que el bramido y en aquellos momentos, con su voz ronca y fuerte, gritaba una y otra vez:

—¡A la batalla! ¡Corred!<sup>142</sup>

«Siempre seré conocido como el hijo de Theodore Roosevelt», había escrito en 1910, a los veintitrés años de edad, «y nunca como una persona que vale por sí misma». Pasó las tres décadas siguientes demostrando que no tenía razón. Condecorado con una medalla al valor en la 1.<sup>a</sup> División durante la primera guerra mundial —había sido víctima de un ataque con gases venenosos en Cantigny y había sido herido en Soissons—, el joven Ted amasó luego una fortuna y se ganó una reputación al margen de su padre. Convertido en el acaudalado dueño de un banco de inversión a los treinta años, perdió las elecciones a gobernador de Nueva York en 1924 frente a Al Smith por cien mil votos, y luego destacó desempeñando otros cargos públicos y privados: como gobernador de Puerto Rico y de Filipinas, como autor de ocho libros; como ejecutivo de altos vuelos de American Express y Doubleday; como uno de los primeros activistas de la Asociación Nacional por el Progreso de las Personas de Color, y como explorador y cazador, entre cuyos trofeos en el Field Museum de Chicago sobresalía la rarísima oveja montesa, *Ovis pali*, y un ciervo desconocido hasta entonces y posteriormente llamado *Muntiacus rooseveltorum*. No tenía pelos en la lengua —«No me gustan ni un pelo los faroleros, los impostores y los cobardes. Eso es todo»<sup>143</sup>— y no era en absoluto afectado. «Escríbeme cartas llenas de la cervecita de casa, de las cosas que conocíamos en los buenos tiempos de antaño», había escrito a su esposa, Eleanor, el

5 de junio.<sup>144</sup> «Y también de chismes. Me encantan los chismes». Una semana después le escribía un poema que empezaba: «Esta guerra oscura y triste se ha tragado / todo lo que yo amaba».<sup>145</sup>

Quizá no todo, pues desde luego amaba a la Gran Pelirroja, como se denominaba a sí misma la 1.<sup>a</sup> División. «Ted Roosevelt quizá sea el único hombre nacido para el combate que he conocido», escribía el veterano corresponsal de guerra Quentin Reynolds, y al poco tiempo de volver al servicio activo en 1941, Roosevelt se convirtió en el segundo oficial al mando de la división.<sup>146</sup> «Siempre que escribáis un mensaje, recordad que estáis escribiéndolo para un maldito loco», aconsejaba a los oficiales de menor graduación. «Que sea siempre claro y sencillo.»<sup>147</sup> Las tropas adoraban su belicosidad llana y lo consideraban «un intelectual porque en su manta de campaña lleva una cantidad notable de libros», observaba el periodista A. J. Liebling. Un médico del 26.º de Infantería recordaba: «Cuando tuvo que irse, nos levantamos de buena gana y nos cuadrarnos para saludarlo».<sup>148</sup> En la campaña tunecina, volvió a demostrar su extraordinario valor ganando la Cruz al Servicio Distinguido en la batalla de El Guettar. En su diario, Patton mencionaba a finales de junio a Roosevelt, que por entonces tenía cincuenta y cinco años, juzgándolo «flojo en disciplina y en preparación, pero un buen líder en la batalla ... Y de éstos hay muy pocos».<sup>149</sup>

Lo de que era «flojo en disciplina» era indiscutible, y ese defecto suscitaba mucha controversia y consternación. Cuando otro general se quejó de que Roosevelt y el oficial al mando de su división, el general Terry Allen, «parece que piensan que el ejército de Estados Unidos está formado por la 1.<sup>a</sup> División y once millones de reemplazos», Roosevelt hizo el siguiente chiste:

—Bueno, ¿y no es así?<sup>150</sup>

En Tunicia dijo a sus tropas:

—Una vez que demos una buena tunda a esos teutones, volveremos a Orán y zurraremos a toda la Policía Militar de la ciudad.<sup>151</sup>

El regreso de la división a Argelia al término de la campaña tunecina dejó de hecho un «largo rastro de tabernas saqueadas y de alcaldes ofendidos». Algunos soldados disparaban a los campesinos árabes desde los vagones de tropa de los trenes «sólo para verlos brincar», reconocía un recluta del 26.º de Infantería, que añadía: «Demasiado vino, demasiado engreimiento, y demasiada energía que descargar ... Vamos, sencillamente, que no dábamos un céntimo por nada ni por nadie».<sup>152</sup>

Los rumores envenenados de que la 1.<sup>a</sup> División iba a ser enviada de vuelta a casa desde África —los corredores de apuestas de los regimientos ofrecían incluso dinero a que volverían a estar en Estados Unidos el 1 de agosto— no hacían más que avivar los resentimientos, pero entonces Patton solicitó los servicios de la Gran Pelirroja para que actuara como su punta de lanza en Sicilia.<sup>153</sup> Las quejas grandes y pequeñas se acumularon: por tener que seguir llevando uniformes de combate de lana, que eran sucios, aunque duraderos, cuando las tropas de retaguardia los habían cambiado por otros más frescos de color caqui; por ver cómo unos hombres que no habían oído un tiro de cerca lucían la nueva cinta marrón y verde de la campaña de África; o porque las tropas de intendencia acaparaban los paquetes de Camel y Lucky Strike mientras que a las unidades del frente les enviaban cigarrillos de calidad inferior.<sup>154</sup> Los insultos de Patton no sirvieron de nada:

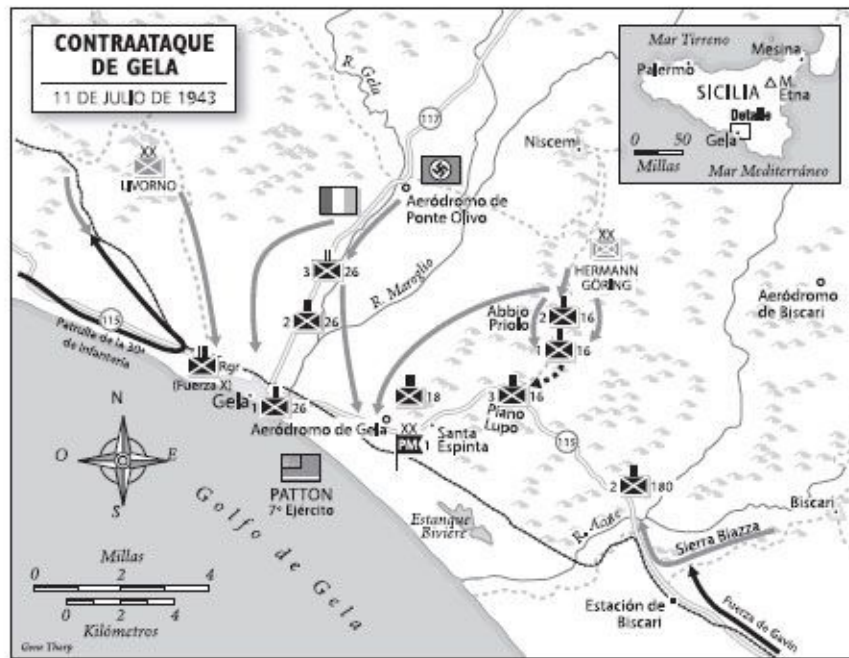
—Los caguetas de la 1.<sup>a</sup> División no necesitan uniformes caqui<sup>155</sup> —dijo a Terry Allen. La mayor parte de las tropas, añadió, probablemente «moriría intentando invadir Sicilia».<sup>156</sup>

A finales de mayo, cuando la división vivaqueaba en un campamento reseco, en el que no había ni una maldita sombra, a las afueras de Orán, no lejos de las playas de la invasión de la Operación Antorcha de 1942, las tropas acordaron que la ciudad debía ser liberada de nuevo.<sup>157</sup> Desfilando de ocho en fondo por las aceras de Orán, arrojaron al arroyo a todos aquellos a los que encontraron vestidos de caqui y arrancaron las cintas indicativas de la campaña de todas las guerreras de ese color. Un grupo de soldados, poniendo la paga de tres meses sobre el mostrador del Florida Club, dijo al camarero:

—Ya nos avisarás cuando se acabe.<sup>158</sup>

Un memorando de la división censuraba la «ebriedad excesiva» de las tropas y su «aspecto desharrapado»;<sup>159</sup> fueron confiscados nudillos de metal y pistolas alemanas Luger de contrabando,<sup>160</sup> y en las tabernas de la ciudad se impuso el toque de queda a las cinco de la tarde.<sup>161</sup> No obstante, la «segunda batalla de Orán» seguía en su apogeo, produciéndose «enconadas peleas en las que los contendientes elegían el bando por la tela del uniforme».<sup>162</sup> Un soldado de la 18.<sup>a</sup> de Infantería comentaba: «Varios camiones de soldados armados con pistolas y oficiales engreídos de baja graduación tomaron las calles de Orán ... aterrorizando a la población civil, que tuvo que encerrarse en sus casas, y obligando a intervenir a la Policía Militar».<sup>163</sup> Roosevelt envalentonó a sus hombres cuando les dio a entender que no tenían que cuadrarse ante más oficiales que los de su división, y ciertos rumores sin confirmar situaban a Terry Allen en medio de una bronca del 18.º de Infantería con la Policía Militar.<sup>164</sup>





Los mandos superiores estaban «cabreados, jodidos y desconcertados», reconocía Roosevelt.<sup>165</sup> El general Lucas anotaba en su diario el 27 de junio: «Se ha mimado demasiado a la división. Les han dicho demasiadas veces que son los mejores del mundo, y por lo que respecta a la verdadera disciplina, se han pasado de la raya». Eisenhower estaba furioso y ordenó al superior inmediato de Allen, el teniente general Omar N. Bradley, que echara de Orán a la 1.<sup>a</sup> División.<sup>166</sup> Para un estirado gazmoño como Bradley, el jaleo de Orán no era más que una nueva mala nota en el cúmulo de malas notas que llevaba poniendo desde lo de Tunicia a la división y a sus mandos, a los que consideraba unos «filibusteros».<sup>167</sup> Los de la 1.<sup>a</sup>, murmuraba Bradley, «tenían corazón de pirata».<sup>168</sup>

Pues bien, ahora había llegado la hora de los piratas y los filibusteros. Poco después del amanecer del domingo 11 de julio, Roosevelt se dirigía en su jeep *Rough Rider*, desde el puesto de mando de la división instalado en un campo de limoneros al otro lado de Verde 2 al sector correspondiente al 26.<sup>o</sup> de Infantería, al este de Gela. La suave luz del domingo acariciaba las viñas y los huertos de la llanura, que se extendía hacia el norte a lo largo de unos doce kilómetros hasta un cerco de colinas de poca altura situadas detrás del aeródromo de Ponte Olivo. Desde las primeras luces, la división había estado dirigiéndose hacia esas colinas a lo largo de un frente de nueve kilómetros: el 26.<sup>o</sup> de Infantería situándose a la altura de la Carretera 117 por la izquierda, y el 16.<sup>o</sup> de Infantería por la derecha, a la altura de la Carretera 115 y del camino de gravilla que conducía a Niscemi.<sup>169</sup>

Roosevelt saltó del jeep y corrió a las radios del regimiento agrupadas debajo de una red de camuflaje. Los informes de los batallones de cabeza eran fragmentarios y desconcertantes: una avanzadilla de soldados de infantería norteamericanos había tropezado de repente con una avanzadilla de tanques del Eje. Los panzers alemanes se dirigían hacia el sur desde Ponte Olivo, al sudoeste de Niscemi, y al oeste de Biscari. Las tropas italianas de la División Livorno se habían concentrado más al oeste para lanzar un ataque contra Gela. A las 6:40, al menos una decena de tanques alemanes había rebasado al 3.er Batallón del 26.º de Infantería, que había quedado inmovilizado en la Carretera 117, a medio camino entre Gela y Ponte Olivo. Desviándose hacia el sur a través de los campos de trigo, los tanques avanzaban hacia las playas de desembarco.

Con la ayuda de sus prismáticos de campaña, Roosevelt escrutó el polvo ambarino que se levantaba en el horizonte por el norte. Un par de tanques Mk IV con manchas grises de camuflaje avanzaban campo a través a toda velocidad en un intento de atraer el fuego de la artillería; según cierto oficial, parecían «setters intentando levantar una codorniz».<sup>170</sup> Otros panzers avanzaban entre los pliegues y ondulaciones del terreno llano. Los fogonazos de los cañones traspasaban la polvareda. Enseguida el aire se espesó con los gritos, el tableteo de las ametralladoras y el destello rojizo de los cañonazos de los tanques.

Poco antes de las siete de la mañana, Roosevelt llamó por su teléfono de campaña al puesto de mando de la 1.ª División.

—El 26.º a nuestra izquierda ha sido objeto de un ataque con tanques. Todavía no sé cuánto daño han hecho —dijo a un oficial de plana mayor—. Déjeme hablar con el general Allen.

En cuanto escuchó la voz de Allen, Roosevelt no perdió tiempo:

—¿Terry? Mira. La situación no es muy cómoda por aquí. El 3.er Batallón ha sido atacado por unos tanques, que se han infiltrado en sus líneas. El 2.º Batallón le presta apoyo, pero no es suficiente. No hay protección antitanques. Sería una ayuda contar con esa compañía de tanques medianos.

Cada nuevo informe de la batalla parecía más angustioso que el anterior. Los panzers se habían infiltrado en la retaguardia del 3.er Batallón, bombardeando las trincheras de mayores y menores dimensiones. Escasos como andaban de munición de bazooka y de mortero, los pelotones de fusileros norteamericanos fueron saltando hacia el sur, retrocediendo cinco kilómetros hasta llegar a las afueras de Gela.

—El 26.º aquí va a cobrar de lo lindo —dijo Roosevelt al oficial de plana mayor poco después de las ocho—. ¿Qué pasa con esa compañía de tanques medianos? ¿Todavía no ha sido descargada? ¡Me cago en Dios! ¡Voy a tener que venir yo y sacar esos tanques solito! ¡No los queremos para mañana!

Una hora después decía a Allen:

—La situación no tiene nada de bueno.<sup>171</sup>

Entre llamada y llamada iba cojeando de aquí para allá con sus andares de gallo de pelea, blandiendo el bastón para ordenar a los fusileros que se metieran en sus agujeros.

—¡A mí estos tíos no me van dar! Llevan intentándolo dos guerras mundiales. Y si no pueden dar a un abuelete viejo como yo, desde luego no van a haceros daño a vosotros —aullaba—. ¿Sabéis quiénes son esos cabrones? La División Hermann Göring. Les zurrámos bien la badana en el Norte de África y vamos a hacerlo otra vez.<sup>172</sup>

Luego le diría a Eleanor: «El viejo todavía puede luchar».<sup>173</sup>

En el campo de limoneros próximo a Verde 2, el puesto de mando de la 1.ª División era identificable sólo por un pequeño letrero —«Peligro en adelante»— y las antenas de radio que sobresalían por detrás de un muro de piedra. Allí había otro viejo soldado encorajinado. Era un tipo correoso de nariz aquilina, con los ojos rodeados de profundos pliegues. Manchas grises salpicaban el cabello negro azulado que sobresalía por el borde de su casco, y caminaba, según escribía un observador, con «los andares ligeramente oscilantes propios de un hombre que ha pasado mucho tiempo montando a caballo».<sup>174</sup> Al igual que Ted Roosevelt, se había templado en la Gran Guerra: una bala que le había cruzado el rostro en Argonne le había perforado ambas mejillas y hacía que a veces se le escapara un curioso silbido, como el que produce un neumático pinchado. Al igual que Ted Roosevelt, quería también muchísimo a la Gran Pelirroja, con esa lealtad incondicional y única hacia los camaradas; la rivalidad existente entre uno y otro por ganarse el afecto de la división no había contribuido a mejorar el buen orden y la disciplina.<sup>175</sup>

Pero ni el orden ni la disciplina habían significado nunca mucho para Terry de la Mesa Allen. Antes de salir de West Point, había acumulado un montón de sanciones por llegar tarde, por bañarse a medianoche, por bostezar en clase, por gritar durante un ejercicio de tiro, y por romper filas para acariciar a un perro. Cuando era un oficial joven «le encantaban los caballos, las mujeres, bailar y beber», y, siendo ya comandante, se graduó en la Escuela del Estado Mayor ocupando el último puesto de su promoción, en la que un tal comandante

Eisenhower acabó el primero.<sup>176</sup> Sin embargo, sabía cómo luchar y sabía cómo mandar, y el ejército valoraba ambas cosas lo suficiente para hacer que fuera Allen el primero de sus compañeros de promoción de West Point en lucir las estrellas de general. Ahora lucía dos, correspondientes a su graduación de general de división.<sup>177</sup>

«La mayor pesadilla de un soldado es pensar que lo envían a la muerte a lo tonto», escribía un asistente suyo. «Los hombres no pensaban que les pasara eso con Allen.»<sup>178</sup> Católico devoto, lamentaba haber faltado a misa aquel domingo tan rico en acontecimientos, pero había rezado en privado, como hacía siempre antes de una batalla, por las almas de sus hombres. En cuanto al generalato, creía que «la táctica es en un 90 por 100 audacia», y sus máximas militares favoritas eran de una sencillez primitiva: «Encuéntralos, fíjalos, combátelos», por ejemplo; o «Vence o muere».<sup>179</sup> La filosofía política de Allen no era mucho más sofisticada:

—Esta guerra es una locura —comentó encogiéndose de hombros.<sup>180</sup>

En junio aconsejó a sus hombres:

—Haced vuestro trabajo. No queremos héroes... o sea, héroes muertos. No vamos en busca de gloria. Estamos aquí para hacer un trabajo sucio y apestoso.<sup>181</sup>

Al mismo tiempo escribía a su joven esposa, Mary Fran: «Estoy seguro de que mi suerte seguirá aguantando en el futuro».<sup>182</sup>

Aquella suerte había sido duramente puesta a prueba aquella mañana. «Los enlaces entraban y salían del limonar como exhalaciones», escribía el reportero Don Whitehead.<sup>183</sup> «Los teléfonos de campaña sonaban sin cesar y los hombres gritaban a las radios. Las bombas pasaban volando sobre sus cabezas.» Apareció un oficial de plana mayor nerviosísimo y Allen dijo:

—No me lo diga. Puedo adivinarlo. Han atacado desde el este y desde el oeste.

El oficial asintió con la cabeza. Por el flanco derecho de la división, el 16.º de Infantería estaba más acorralado que el 26.º por la izquierda. El 2.º Batallón del 16.º Regimiento resistió durante dos horas ante cuarenta panzers en Abbio Priolo, en el camino de Niscemi, hasta que por lo menos dos compañías cedieron, pasando sus integrantes en tropel ante los oficiales que intentaban detenerlos. «Los hombres se sentían frustrados de mala manera porque no tenían nada con lo que luchar contra los tanques. Algunos lloraban», comunicaba un capitán. A última hora de la mañana, los supervivientes se habían atrincherado en medio de un tiroteo incesante en la cresta de una colina en Piano Lupo, donde había dado comienzo su avance a medianoche.

—¡Diablos! ¡No esperemos a que nos ataquen! ¡Ataquemos nosotros primero! —dijo un teniente y a continuación cayó muerto de un balazo en la cabeza.<sup>184</sup>

A las 10:10 el 3.er Batallón informaba de la presencia de treinta panzers al nordeste del cruce de carreteras Gela-Niscemi, antes de añadir: «Estamos en grave conflicto con los tanques». En aquellos momentos el regimiento había perdido seis de los nueve cañones antitanques, y dos jefes de batallón habían caído gravemente heridos. Los oficiales se veían obligados a disparar con sus pistolas del calibre 45 por las ranuras de observación. Las pocas armas de artillería que había en tierra habían empezado a disparar furiosamente a las nueve de la mañana con cargas de pólvora del 5 con un alcance de seis mil metros; a las 10:30, cuando los fusileros en retirada pasaban sin parar, los artilleros habían reducido las cargas de pólvora al 1, para blancos situados a menos de dos kilómetros de distancia.<sup>185</sup>

—La situación es crítica. Estamos siendo superados por los tanques —dijo el oficial al mando del 16.º de Infantería a Allen—. No tenemos ni idea de lo que está sucediendo al este de donde estamos.

Allen trepó a lo alto de una duna situada detrás del puesto de mando, produciendo silbidos con las mejillas y llevando un mapa doblado bajo el brazo. «La llanura», escribiría luego un artillero, «era un caos de bombas estallando por doquier, tanques ardiendo y confusión».<sup>186</sup> Detrás de Allen, la playa no mostraba mucho más orden. Unos bombarderos italianos habían atacado la bahía al amanecer; prácticamente no había pasado ni media hora sin que se produjera otro ataque aéreo del Eje. De las diez peticiones de misiones de apoyo aéreo enviadas por Allen el sábado y el domingo, sólo una fue atendida: los cazas aliados —procedentes de sus bases en el Norte de África y en la isla de Pantelleria— estaban demasiado ocupados protegiendo la flota. Patton había ordenado a su reserva flotante que desembarcara esa mañana a primera hora, pero los cuatro batallones de la 18.ª División de Infantería llegaron a tierra prácticamente sólo con lo que podían llevar encima. Algunas armas pesadas desembarcaron por error en la zona de la 45.ª División, al sudeste, obligando al personal de artillería a recorrer penosamente varios kilómetros por la playa de cantos; los cañones antitanques destinados al 26.º de Infantería se perdieron cuando una bomba del Eje cayó sobre la cubierta del *LST 313*, incendiando por completo la nave y su cargamento.<sup>187</sup> Dos camiones de transmisiones de la 1.ª División también habían sido destruidos; uno de ellos llevaba cuarenta y cinco kilómetros de cable telefónico, y un tercero, lleno de equipos de radiotelégrafo, se hallaba cubierto por dos metros de agua. Las playas de Gela seguían tan atiborradas de gente que varias decenas de lanchas de desembarco habían tenido que ponerse a dar vueltas alrededor de la costa o habían regresado a sus naves nodriza, incapaces de colarse entre las embarcaciones

acribilladas y las cajas de pertrechos amontonadas al borde del agua. Un equipo de morteros pidió prestadas unas lanchas neumáticas de pesca y llevó su munición remando a tierra.<sup>188</sup>

—¡Quiero tanques y me importa un bledo de dónde vengan! —decía Allen.<sup>189</sup>

Más de sesenta Sherman M-4 tomarían tierra el 11 de julio, pero sólo un pelotón —cuatro tanques— logró llegar más allá de las dunas y entrar en combate el domingo por la mañana. Otros quedaron detenidos por la rotura de los pontones, el atasco y la confusión, por no hablar del deterioro total sufrido por las radios de los vehículos blindados que había en tierra. Los Sherman que lograron atravesar la playa se encontraron que las esteras de acero colocadas para los vehículos de tracción se enredaban en sus orugas y ruedas articuladas, de modo que era necesario arrancarlas con grandes cizallas.<sup>190</sup> Los tanques que intentaban esquivar las esteras, se atascaban en las dunas empinadas y perdían una o ambas orugas.

Difícilmente se le habría ocurrido a Allen esperar que disgustos semejantes afligieran al general Conrath en el puesto de mando de la División Acorazada Hermann Göring en Priolo, pero lo cierto es que así era. En el flanco izquierdo alemán, los granaderos que atacaban desde Biscari se habían perdido en la oscuridad, y luego se habían quedado sin el oficial al mando de su regimiento, que abandonó su puesto para dar explicaciones a Conrath, consiguiendo únicamente ser relevado del mando y sometido a consejo de guerra. Las tropas privadas de liderazgo fueron presa del pánico y emprendieron el regreso a toda velocidad a Biscari antes de que los oficiales lograran meterlas en vereda en la margen derecha del río Acate. Aquella «falta de cohesión interna», como decía un oficial de plana mayor alemán, dejó al descubierto el ala izquierda de las fuerzas germánicas y obligó a los panzers a avanzar sin infantería suficiente para acosar a los fusileros norteamericanos y hacerlos salir de sus cerros y barrancos.<sup>191</sup> Otro jefe de un regimiento alemán fue relevado del mando por ineptitud; el número de bajas aumentaba, los Tigres continuaban averiándose —bloqueando las carreteras y los caminos, pues eran demasiado grandes para ser retirados a remolque<sup>192</sup>—, y Conrath no tenía noticia de lo que hacían los italianos por su flanco derecho. «Los italianos prácticamente ya no cooperan», se lamentaba su oficial de operaciones. «No han cooperado en ningún momento.» En realidad, la División Livorno había recibido del alto mando italiano la orden de atacar Gela «con la más absoluta determinación», aunque a nadie se le ocurrió comunicárselo a los alemanes. A mediodía, el frente del Eje se extendía a lo largo de un arco de casi treinta

kilómetros, sin coordinación ni coherencia. No importaba: el Comando Supremo en Roma anunció que Gela había sido reconquistada y que los norteamericanos estaban «regresando a sus barcos».<sup>193</sup>

Desde su arenosa posición sobre los limoneros y el caótico panorama, Allen sabía que eso no era verdad, pero también sabía que *podía* serlo si no cambiaban las tornas pronto. Mientras observaba a los panzers que cada vez estaban más cerca de la playa, una multitud de soldados del 18.º de Infantería corría por las dunas.

—Llevan en sus brazos cargamentos de mantas, palas, prismáticos y armas en lo que parece un desorden total —le comunicó un teniente del 18.º de Infantería.

Un oficial de su plana mayor preguntó a Allen si debían retirarse también otras tropas.

—¡Diablos, no! —replicó el general—. No hemos empezado a combatir. ¡Todavía no han rebasado a nuestra artillería!<sup>194</sup>

Patton desembarcó en el Cerro del Whisky, cerca de Gela, el domingo a las nueve y media de la mañana, recorriendo los últimos metros a pie con el agua hasta los muslos desde la barcaza que le había prestado Hewitt. Se tomó el pulso, y para su disgusto comprobó que lo tenía ligeramente acelerado.<sup>195</sup>

—Mejor vente ahora conmigo —había invitado a un periodista en el *Monrovia* —, si no, mis hombres habrán matado a todos esos cabrones.

Dando unos golpecitos en la palma de su mano con su fusta de cuero, tenía un aspecto «hermoso y marcial con sus botas y su uniforme de estambre basto», señalaba el reportero.<sup>196</sup> De su cuello colgaban los prismáticos y una cámara fotográfica, y en lugar del característico par de pistolas que solía llevar, llevaba ceñido a la cintura un solo Colt Peacemaker del 45. Mientras atravesaba la playa, Patton se quedó mirando un par de DUKW destrozados por una mina, mientras varias bombas alemanas explotaban en el agua a treinta metros apenas de tierra.

—¡Moved el culo y alejaos de esta playa —gritó a unos soldados rezagados con su extraña voz aguda— e id a matar a esos cabrones hartos de chucrut!<sup>197</sup>

Sus auxiliares retiraron la impermeabilización de su vehículo de reconocimiento y desplegaron una bandera de tres estrellas en el parachoques. Patton tenía la intención de recorrer unos cinco kilómetros hacia el este por la Carretera 115, llamada en aquellos momentos Callejón Adolf, para ver a Allen en su Peligro en Adelante, pero la bandera estadounidense colgada por Darby en la sede del partido fascista de Gela llamó su atención y decidió entrar en la ciudad. Darby estaba en los campos de la muerte, vaya usted a saber dónde, pero la azotea del edificio ofrecía al general una visión olímpica. A las treinta horas del comienzo

de la Operación Husky, sólo tenía una idea rudimentaria de cómo iba procediendo la invasión: las salas de decodificación del *Monrovia* habían estado desesperadamente atareadas desde la hora H, y numerosos mensajes urgentes de las distintas unidades del VII Ejército llevaban haciendo cola en ella desde hacía ocho horas; los despachos más rutinarios llevaban un retraso de dos días. Al menos allí, Patton podía ver las cosas por sí mismo.<sup>198</sup>

El polvo y el humo gris teñían el paisaje al norte y al este de la ciudad. Los tanques alemanes que se abrían paso en medio del 26.º Regimiento de Infantería por el extremo oriental de la Carretera 117 habían cruzado el río Gela, muy poco profundo, y amenazaban ya el Callejón Adolf y el santuario de Allen. Por el oeste de la carretera, los tanques italianos asomaban la nariz a menos de dos kilómetros de la ciudad. Patton gritó a un alférez de Marina que pasaba por la calle con un walkie-talkie:

—¡Eh, tú, el de la radio! Si puedes conectar con tu maldita Marina, me cago en Dios, díles que por Dios tiren alguna bomba contra la carretera.

Minutos después treinta y ocho bombas procedentes del crucero *Boise* cruzaron como exhalaciones sobre las azoteas. Las bombas explotaron como flores que se abren entre los tanques italianos, y un estruendo sincopado recorrió la ciudad. Se abrieron más flores de ese estilo, esta vez producidas por bombas de mortero de fósforo blanco que cayeron en medio de la infantería enemiga. Los fragmentos ardientes, observó Patton, «parecían volverlos locos, mientras corrían por el barranco, chillando como derviches con las manos en la cabeza».<sup>199</sup> Un capitán de Rangers añadía que «podía verse a las tropas enemigas tambaleándose de un lado a otro como si estuvieran completamente aturcidas ... Había cuerpos humanos colgando de los árboles».<sup>200</sup> Una columna de prisioneros pasó por la calle que se extendía a sus pies.

—¡Haced que espabilen! —aulló Patton a la escolta de la Policía Militar—. ¡Dadles una patada en el culo!<sup>201</sup>

Ante la mirada del general, los prisioneros echaron a correr en una especie de trote desigual.

El embate de los italianos cesó antes de mediodía, pero en ese momento la ciudad estaba ya al alcance de la artillería alemana. Dos bombas de 88 mm hicieron blanco en la sede del partido fascista provocando una lluvia de fragmentos de hierro y cascotes, y una tercera abrió un boquete en el tejado de un edificio situado al otro lado de la calle. «Nadie resultó herido, excepto unos cuantos civiles», anotaría Patton. «Nunca he escuchado más gritos.» El pánico aumentó con la aparición de dos aviones militares alemanes. El ruido sordo de las bombas al caer,



recordaría luego Patton, hizo que los habitantes del lugar «se comportaran de una manera tontísima, corriendo arriba y abajo por la calle ... Tuvimos que recurrir a la Policía Militar y a las culatas de los fusiles para calmarlos».<sup>202</sup>

Si bien se habían parado los pies a los italianos, no se había podido hacer otro tanto con los alemanes, y a mediodía el ala derecha de Terry Allen se enfrentaba a su desaparición. Los infiltrados alemanes amenazaban el flanco del limonar, donde el hedor a cordita se mezclaba con el perfume de los cítricos. Los disparos de los panzers habían empezado a barrer las playas, causando bajas y consternación. Los tanques alemanes de las proximidades de Santa Spina controlaban la Carretera 115 y estaban apenas a dos kilómetros de la línea de agua; había lanchas de desembarco ardiendo y las tropas enemigas amenazaban los depósitos de pertrechos del 26.º de Infantería sólo setecientos metros tierra adentro. Los fusileros se pusieron a buscar bloques de barro seco con los que construir patéticos parapetos de adobe.<sup>203</sup> En la playa, un oficial de la Marina «adoptó una pose heroica mientras gritaba: “¡A las armas, a las armas!”».<sup>204</sup> Los pañoleros, electricistas y carpinteros apenas podían contener la risa mientras corrían a coger sus rifles. Los hombres quemaron papeles personales y oficiales, incluidos algunos mapas, y se voló un radar por miedo a que pudiera ser capturado.<sup>205</sup>

Acurrucado en una trinchera en el punto denominado —y con razón— Peligro en Adelante, Allen, con el rostro ojeroso y pálido de cansancio, estudiaba los informes de batalla y reclamaba más potencia de fuego. La potencia de fuego llegó y con ella la salvación. Cuatro batallones de artillería, con una decena de cañones cada uno, así como el pelotón de tanques Sherman y media docena de compañías de cañones y antitanques, lograron finalmente abrirse paso por la playa y rebasar las dunas.

—Hay un montón de buenas piezas por ahí —dijo el oficial al mando de la artillería de la 1.ª División, el general de brigada Cliff Andrus, a los artilleros recién llegados. Fumando su pipa y limpiándose las gafas, Andrus —ingeniero civil por la Universidad de Cornell, llamado por sus soldados Mr. Chips— demostró la misma sangre fría de la que hiciera gala en el Paso de Kasserine y en El Guettar. Corriendo de una batería a otra, señalaba los objetivos con su bastón y ordenaba a los artilleros que tiraran tiros de rebote, táctica que había resultado particularmente letal para los soldados de a pie enemigos en Tunicia. Parece que detrás de una batería de Long Tom de 155 mm, que disparaba a campo abierto contra el avance de los panzers, un teniente sacó su 45 y amenazó con pegar un tiro a cualquiera que abandonara su cañón.<sup>206</sup>

Luego, por encima del silbido de las bombas de artillería, se oyó el chirrido de los proyectiles del *Boise*, semejante al de una locomotora: quince explosiones de bombas de seis pulgadas cada seis segundos, que barrían campos de trigo, viñas y alemanes, todo por igual. El buque estaba situado casi en la playa, acercándose a menos de tres mil metros de la línea de agua mientras los sondeadores exploraban el calado con las cadenas; otro crucero, el *Savannah*, se acercó a la barrera de fuego, junto con cuatro destructores que se aproximaron incluso más a tierra, apenas a mil doscientos metros.<sup>207</sup>

Los tanques alemanes empezaron a arder: primero dos, luego seis, luego una docena o más. Los soldados de infantería norteamericanos oían gritar a las tripulaciones atrapadas en el interior de los acorazados a ochocientos metros de distancia, hasta que la munición estallaba y cesaban los gritos. «Me dieron en el lado izquierdo de la torreta», recordaría más tarde un oficial de una unidad de Tigres. «Por fortuna el proyectil no entró, pero los remaches salieron volando sobre nuestras cabezas.»<sup>208</sup> Un granadero fue alcanzado por un fusilero del 16.º de Infantería y cayó bajo la oruga del tanque; luego, cuando fue a examinar el cadáver, el fusilero «lo agarró del pelo para darle la vuelta y verle la cara, pero ésta se hallaba pegada al suelo».<sup>209</sup>

A las dos de la tarde, Conrath suspendió el ataque. Los panzers se retiraron, al principio lentamente, luego aceleraron cuando los cañonazos de los barcos se hicieron más frecuentes, hasta que emprendieron velozmente la retirada, como si el paisaje los atrajera hacia el norte. A las cuatro, el cuartel general de la División Hermann Göring comunicaba: «El contraataque contra los desembarcos hostiles ha fracasado».<sup>210</sup> Terry Allen ordenó a sus fatigadas tropas:

—¡Diablos! ¡Cortad el paso a esos malditos alemanes antes de que se decidan a atacarnos de nuevo!<sup>211</sup>

En lo concerniente a los acontecimientos de la jornada, el brillo había vuelto a sus ojos de bordes enrojecidos.

—La situación podía haber sido verdaderamente crítica —dijo a Don Whitehead—. A la hora de la verdad, fue sólo embarazosa.<sup>212</sup>

Patton volvió a la playa a última hora, todavía refunfuñando y, como siempre, impecable, a pesar de haberle caído encima bombas de aviones, cañones y tanques. Por la tarde había intentado localizar a Ted Roosevelt en Gela —riñéndolo por no haberse apoderado todavía del aeródromo de Ponte Olivo—, y luego se fumó un puro para celebrar la victoria en el puesto de mando de Allen. Para almorzar, tomó su ración K con un corpulento general de brigada de pelo blanco, llamado William

J. Donovan, un abogado millonario de Wall Street en cuyo currículum figuraban también la Medalla al Honor y tres Corazones Púrpura ganados durante la primera guerra mundial, y cuyo amigo, Franklin Roosevelt, lo había nombrado director de la Oficina de Servicios Estratégicos.<sup>213</sup> Donovan había bajado del *Samuel Chase* a tierra y había pasado el día disparando contra los italianos, «más contento que unas Pascuas», según decía un capitán de la 1.<sup>a</sup> División.<sup>214</sup>

—¿Sabes, Bill? —le dijo Patton—. Hay dos cosas en la vida que me encantan: follar y pelear.<sup>215</sup>

Donovan asintió con la cabeza:

—Sí, George, y además en ese orden.

Patton se había ganado el puro. Habían sido rechazadas dos divisiones del Eje, que ahora se retiraban sin hacer ruido al interior de la isla. «He tenido la amarga experiencia de contemplar en estos días unas escenas que no son dignas de un soldado alemán», tronaba Conrath en una orden de campaña publicada el 12 de julio, que amenazaba con ejecuciones sumarias por cobardía y propagación de rumores.<sup>216</sup> A la izquierda del VII Ejército, la 3.<sup>a</sup> División de Truscott se abría camino hacia el interior; a la derecha, el paracaidista Gavin rechazaba a una numerosa fuerza acorazada y de infantería en la sierra de Biazza. En cuanto a las bajas, Andrus computaba cuarenta y tres tanques enemigos destruidos, entre ellos seis por bazooka, cifra similar a la cuenta ajustada por la División Hermann Göring. Conrath comunicaba que había habido seiscientos treinta muertos o heridos durante los tres primeros días de Husky, y diez de los diecisiete Tigres habían quedado fuera de combate.<sup>217</sup> Las bajas de los norteamericanos en el contraataque del domingo sumaban en total trescientos treinta y una.<sup>218</sup> Al cabo de dos días de lucha, el VII Ejército comunicaba que había habido 165 muertos, 665 heridos, y casi dos mil seiscientos desaparecidos, la mayoría de los cuales eran pérdidas efectivas. Habían sido capturados cerca de nueve mil prisioneros, casi en su totalidad italianos.<sup>219</sup> Una vez más, carretas tiradas por caballos se dedicarían a recoger a los civiles muertos para enterrarlos en una fosa común a las afueras de Gela.<sup>220</sup>

Patton paseaba por la playa mientras esperaba su barcaza. Percatándose de que unos soldados cavaban trincheras entre montones de bombas de doscientos kilos, les aconsejó que «si querían ahorrar tumbas al Registro de Enterramientos, estaba muy bien, pero si no, más les valía cavar en otra parte». En ese momento unos aviones alemanes bombardearon la playa y los hombres volvieron a meterse corriendo en sus guaridas; Patton siguió pavoneándose y presumiendo hasta que los hizo salir avergonzados de sus hoyos. Cuando llegó de vuelta al *Monrovia*, el sol se

hundía en el Mediterráneo occidental y él estaba empapado de agua salada. «Éste es el primer día de esta campaña en el que creo que me he ganado la paga», confió a su diario. «Hoy estoy muy satisfecho de mi actuación como comandante en jefe.»<sup>221</sup>

### «ESTA NOCHE PONEOS PIJAMAS BLANCOS»

Ken Hewitt había pasado el domingo combatiendo su guerra naval, a pocos kilómetros mar adentro de donde se había desarrollado la batalla terrestre de Patton. Las columnas de humo negro y el vago rumor que llegaba de la playa hablaban del tumulto que estaba teniendo lugar en tierra, pero Hewitt había estado demasiado ocupado para hacer otra cosa que echar ocasionalmente una mirada a la costa.

Sus pérdidas habían sido modestas, aunque preocupantes: los ataques aéreos del Eje seguían intensificándose, pues los pilotos enemigos eludían los radares aliados escabulléndose por los valles recortados que cruzaban la llanura costera. El acorazado *Nelson*, de la Marina de Su Majestad, había sufrido tres ataques el 10 de julio, pero al siguiente había sufrido catorce. Una bomba estalló debajo del *Barnett* —el barco de Ted Roosevelt—, abriendo un boquete en la bodega número 1, y causó la muerte a siete hombres.<sup>222</sup> El barco hospital *Talamba*, iluminado y marcado con enormes cruces rojas, fue hundido a cinco millas de la costa.<sup>223</sup> «Con un sonido chirriante y silbante se hundió su popa, la proa se levantó y la nave empezó a deslizarse hacia el fondo», comunicaba un teniente inglés. «La gente saltaba al agua por los costados.» La pérdida del *LST 313* y veintidós hombres con él, acontecida en Gela el sábado, había sido igualmente triste. Un Me-109 atacó a última hora de la tarde con tanto sigilo que no se efectuó ni un solo disparo defensivo hasta que las bombas estaban ya cayendo. Los camiones cargados de minas y municiones saltaron por los aires, catapultando a casi treinta metros a los hombres que estaban en la cubierta; los ejes y parachoques de los vehículos en llamas cayeron sobre la playa.<sup>224</sup> Los incendios hacían estragos, los hombres, llenos de quemaduras provocadas por las chispas, yacían en la rampa de proa rezando padrenuestros, y todos los motores se pararon para que los que habían saltado por la borda no fueran arrastrados hacia las hélices. El *LST 313* se posó en el fondo con una última llamada desesperada, diríase incluso oracular: «¡Este maldito chisme no funciona, me cago en Dios!»<sup>225</sup>

El domingo a mediodía, Hewitt subió al dragaminas *Steady*, de la Marina de Estados Unidos, y se dirigió al oeste a inspeccionar los desembarcos de Truscott. Apenas llegó el almirante a la altura de Licata, cuando diez bombarderos,

lanzándose en picado, atacaron los muelles y las playas, alcanzando a media docena de LST con sus proyectiles y provocando un incendio en otro. A las tres de la tarde, cuando el *Steady* se disponía a regresar a Gela, Hewitt fue testigo de otros cinco ataques.

Cada nueva incursión lo irritaba más. Los Aliados habían acumulado casi cinco mil aviones para la Operación Husky, pero Hewitt no tenía ni idea de dónde estaban ni de lo que estaban haciendo. Durante meses, Patton y él se habían pavoneado y habían echado en cara a las fuerzas aéreas lo que el almirante denominaba una «falta casi total de participación en la planificación de la batalla» y les reprochaba haber elaborado un plan aéreo «sin relación con el plan de ataque del Ejército de tierra ni con el plan de ataque de la Marina». <sup>226</sup> Ni Patton ni él sabían qué objetivos de Sicilia iban a ser bombardeados ni «a qué, cuándo y dónde iba a proporcionarse cobertura con cazas». <sup>227</sup>

Los mandos de la fuerza aérea, hartos de «dividir» sus aviones <sup>228</sup> y de ceder el «control personal sobre las unidades aéreas» a sus colegas del Ejército y de la Marina, respondieron diciendo que para neutralizar el potencial aéreo del Eje tenían que concentrar los aviones aliados en determinados objetivos —como, por ejemplo, aeródromos y líneas de abastecimiento—, a menudo invisibles desde el frente de batalla. <sup>229</sup> Como la Marina insistía en desplegar todos los aviones de transporte en el Pacífico, no habría en el Mediterráneo cazas suficientes para proteger las cabezas de playa durante las dieciséis horas de luz diurna. Los ataques sufridos por los aviones aliados a manos de barcos de su mismo bando habían sido tan frecuentes, que las patrullas aéreas, que en un principio estaba previsto que volaran a alturas de cinco mil pies, se habían visto obligadas a ascender a diez mil. <sup>230</sup>

Considerando que la Marina había estado dispuesta a admitir la pérdida de hasta trescientas embarcaciones entre el 9 y el 10 de julio, los hundimientos que había sufrido como consecuencia de los ataques aéreos durante el sábado por la noche —una docena de barcos— habían sido realmente pocos. Esta idea no suponía desde luego un gran consuelo para los que sufrían bombardeos constantes en la playa y en los fondeaderos. Hewitt estaba furioso y Patton asqueado —«¡Me cago en Dios! ¡No podemos utilizar la aviación para nada, me cago en Dios!» <sup>231</sup>—, y un joven soldado, cuando le hablaron del impenetrable paraguas aéreo que a todos luces proporcionaban los cazas aliados, miró al cielo poniendo los ojos en blanco y exclamó:

—¡Sólo las almas de cántaro pueden verlo! <sup>232</sup>

De nuevo camino de Gela a bordo del *Steady*, Hewitt se encontraba en el puente del dragaminas cuando sobre el carguero de vapor *Rowan* —lleno de munición y gasolina— cayeron dos bombas en la bodega número 3 y otra junto a una cañonera. Tras veinte minutos de inútil lucha contra el fuego, la embarcación fue abandonada y una hora después, como pudo observar Hewitt, saltó por los aires con un estruendo que pudo verse y oírse casi hasta en África. Un testigo ocular hablaba de «una cortina lisa de fuego carmesí envuelta en un marco de humo negro ... Pedazos de metal retorcido y de maderas en llamas salían disparados con un terrible silbido y caían en el agua a más de un kilómetro de distancia».<sup>233</sup> Tras partirse por la mitad, el *Rowan* se negó a hundirse a pesar de las piezas de 5 pulgadas que se dispararon a quemarropa desde un destructor por debajo de su línea de flotación. Se posó a siete brazas apenas y estuvo ardiendo dos días, convirtiéndose en una especie de baliza para los pilotos enemigos. Con los últimos rayos del crepúsculo dominical, los aviones alemanes rociaron la zona con bengalas de magnesio en paracaídas que iluminaban todavía más la rada. Las bengalas quedaron suspendidas sobre la flota como pequeños soles, recordando a todo el mundo, tanto a marineros como a soldados —e incluso al almirante— su vulnerabilidad.<sup>234</sup>

Al otro lado de la Carretera 115, a pocos centenares de metros al este del puesto de mando de Terry Allen, otro general de división se encontraba en una pista de aterrizaje improvisada mirando de reojo la noche iluminada con gran nerviosismo. Matthew B. Ridgway era apuesto, elegante y carismático. Era «duro como el pedernal y le rebosaba la tensión, casi le rechinaban los dientes de tensión»,<sup>235</sup> según la descripción de James Gavin, hasta tal punto que George Marshall le había aconsejado un día que «cultivara el arte del juego y la ociosidad».<sup>236</sup> Ascendido de comandante a general de brigada en dieciocho meses, Ridgway tenía ya las dos estrellas y estaba al mando de la 82.ª División Aerotransportada. Los soldados lo apodarían luego «el Viejo Tetas de Hierro», por su costumbre de colgarse una granada de mano y un botiquín de primeros auxilios del correa que llevaba al pecho. «Hay una manera correcta de hacer las cosas», decían, «una manera mala de hacer las cosas, y luego una manera Ridgway de hacer las cosas». «Era valiente bajo el fuego enemigo, hasta el punto de resultar exhibicionista», recordaba Gavin, y despreciaba tanto a los alemanes en la batalla «que se ponía a orinar de pie en medio del camino ... Incluso con el pene era desafiante».<sup>237</sup> Estaba convencido de que Dios iba a conservarlo con vida al menos hasta la derrota final del Tercer Reich.

De lo que no estaba tan seguro era de lo que pensó de la 82.º División el Todopoderoso aquel domingo por la noche. Uno de sus regimientos, al mando de Gavin, se hallaba disperso ya por media Sicilia, y otro se encontraba camino de la isla. Esa mañana, a las ocho y media, en cumplimiento de una orden dada personalmente por Patton, Ridgway había mandado venir desde Tunicia al 504.º Regimiento de Paracaidistas de Infantería por medio de un mensaje cifrado por radio: «Esta noche poneos pijamas blancos».<sup>238</sup> Debían venir dos mil trescientos hombres a reforzar a la Gran Pelirroja saltando desde 144 aviones antes de medianoche. Algunos expertos en planificación habían aconsejado efectuar el lanzamiento a la luz del día o, ahora que las tropas alemanas se habían retirado, aterrizar sencillamente los C-47 cerca de las playas y descargar allí a los paracaidistas. Pero, una vez más, los planes habían sido hechos, las órdenes habían sido dadas, y planes y órdenes se caracterizaban por su cruel inflexibilidad. Antes de abandonar el *Monrovia* aquella mañana, Patton había enviado una notificación del lanzamiento que estaba a punto de producirse a sus cuatro divisiones, añadiendo: «Es fundamental que todas las unidades subordinadas tengan la cautela de no disparar a esos aviones amigos».<sup>239</sup> Aunque Patton firmó la orden a las 8:45, la congestión reinante en la sala de transmisiones del *Monrovia* impidió su codificación y no fue enviada hasta las 16:40.<sup>240</sup> Aquella tarde Ridgway estuvo dando paseítos por las baterías antiaéreas de Verde 2 preguntando a los artilleros si sabían que dentro de poco iban a tener sobre sus cabezas «unos aviones que transportaban a unos paracaidistas de los nuestros»: cinco equipos habían oído realmente hablar de ello, mientras que un sexto no tenía ni la menor idea.<sup>241</sup>

«Siempre hay algún hijo de puta que nunca se entera de las cosas», dice un axioma de la Marina.<sup>242</sup> En este caso no se enteraron de las cosas miles de hombres, por tierra y por mar. Las embarcaciones más pequeñas, en particular, no sabían nada del salto programado. Hewitt —que vivía en el mismo barco que Patton— aseguraría después que se enteró por primera vez de que la misión había sido autorizada a las 17:47 del domingo, demasiado tarde para difundir el aviso y demasiado tarde también para protestar. Ninguno de los tres regimientos situados en el sector de la 45.ª División por el este, donde los aviones debían hacer el primer lanzamiento, recibió la notificación antes de las diez de la noche; los oficiales de transmisiones se las vieron y se las desearon para decodificar los mensajes a la luz de la luna.<sup>243</sup>

Durante seis semanas, Ridgway había venido avisando de la posibilidad de que se cometiera un fratricidio y a finales de junio había propuesto cancelar el salto programado porque la Marina se negaba a garantizar a los aviones de transporte un

paso seguro sobre la flota. Al menos le habían prometido, aunque a regañadientes, un pasillo aéreo; pero finalmente las rutas aéreas no habían sido distribuidas por el alto mando hasta el 5 de julio, y la comunicación de esas rutas a todas las fuerzas invasoras llevaría varios días. Después de dos jornadas de ataques del Eje, todas las tropas congregadas en torno al golfo de Gela estaban nerviosas, y pocos sabían distinguir los aparatos amigos de los enemigos, especialmente de noche. «Cada avión que volaba sobre nuestras cabezas era tiroteado, pues no podíamos identificarlo», explicaba un cabo.<sup>244</sup> Una incursión particularmente violenta, la vigésima tercera de aquel día, hizo estragos en el fondeadero a las 21:50; estuvo a punto de dar al *Boise* y provocó la dispersión de los barcos en todas direcciones.

Si Ridgway estaba angustiado en tierra, Patton, a bordo del *Monrovia*, estaba demasiado atareado para obedecer su propio consejo de desoír las advertencias de sus temores. Su bravuconería de la tarde se esfumó cuando se dio cuenta de que estaba sentado sobre un polvorín. A las 20:00, cuando intentó abortar la misión, se le comunicó que el 504.º Regimiento estaba ya volando y que no se le podía avisar. Esa misma noche en su camarote, Patton confiaría a su diario el siguiente pensamiento: «Me enteré de que no podía establecer contacto por radio. Estoy preocupadísimo».<sup>245</sup>

Nadie sabe quién disparó el primer tiro. El C-47 que encabezaba la formación llegó a las 22:40 en medio de la calma sobrenatural que se cernía sobre la bahía tras la marcha de los últimos bombarderos enemigos. Las luces de posición de barriga de color ámbar hicieron la señal de reconocimiento prevista a la altura de mil pies. Al cruzar la línea de costa a unos cuarenta y cinco kilómetros al este de Gela, los aviones se inclinaron a la izquierda y el primer grupo de dieciséis paracaidistas saltó por la portezuela abierta de par en par sobre la pista de aterrizaje en la que se encontraba Ridgway alargando el cuello cuanto podía. Entonces el tableteo de una ametralladora rompió el silencio y empezó a elevarse, elevarse y elevarse un chorro de balas trazadoras rojas de las utilizadas por las fuerzas estadounidenses.

El contagio fue inmediato.<sup>246</sup> Chorros de fuego rojo surgieron de las playas y del fondeadero. «Volví la cabeza», informaba un capitán que iba en uno de los primeros aviones, «y vi toda la línea de costa en llamas».<sup>247</sup> Los pilotos se lanzaban en picado hacia la cubierta o daban la vuelta hacia el mar, derribando a los paracaidistas al suelo y haciendo que se enredaran sus cuerdas estáticas.<sup>248</sup> Los hombres pasaban las cuentas del rosario o vomitaban en sus cascos.<sup>249</sup> Las balas atravesaban las alas y los fuselajes, y el fondo de la bahía estaba resbaladizo de



sangre. «Las balas trazadoras que pasaban junto a nuestro avión eran tan gruesas que pensé que habría podido ponerme a leer el periódico», comentaría luego un teniente.<sup>250</sup>

Las formaciones se deshicieron.<sup>251</sup> Algunos pilotos apagaron las luces de posición de la barriga e intentaron encontrar una senda a lo largo de la costa entre el fuego proveniente de los barcos y el fuego proveniente de la playa.<sup>252</sup> Otros huyeron a África, perseguidos durante cuarenta y cinco kilómetros por las balas trazadoras. Media docena de aparatos fueron alcanzados mientras los paracaidistas intentaban salir por la puerta. «Los aviones se precipitaban al vacío como cruces ardientes», recordaba un soldado del 1.º Batallón. «Otros se quedaban quietos como un pájaro herido en pleno vuelo.»<sup>253</sup> Unos cuantos pilotos se negaron a lanzar a sus muchachos, considerando que era lo mismo que asesinarlos,<sup>254</sup> aunque un jefe de escuadrilla dijo al comandante de un batallón del 504.º:

—¡Diablos, se está mucho más seguro ahí fuera que aquí dentro!

Naturalmente no se estaba seguro en ninguna parte. Los hombres murieron en sus aviones, bajando en sus paracaídas, y por lo menos a cuatro les pegaron un tiro en el suelo sus propios compañeros, convencidos de que eran alemanes.<sup>255</sup> Algunos hombres murieron también por decir lo que no debían: a los paracaidistas se les había dado un santo y seña —ULYSSES/GRANT—<sup>256</sup> que no tenía nada que ver con el utilizado en el sector de la 45.ª División, donde el fuego era más intenso: PIENSA/RÁPIDO.<sup>257</sup>

A los que contemplaban la escena desde tierra se les quedó grabada para siempre y les produjo una sensación de horror difícilmente comparable con nada de lo que vivieron durante el resto de la guerra.

—¡No! ¡Parad, cabrones, parad! —se desgañitaba el periodista Jack Belden intentando hacerse oír en medio del estruendo.<sup>258</sup>

Nadie paró. Los paracaídas caían o no se abrían, y los hombres daban contra la tierra haciendo un ruido parecido al de «calabazas grandes tiradas al suelo».<sup>259</sup> Otros, con los paracaídas envueltos en llamas, parecían velas encendidas cayendo al mar.<sup>260</sup> Ridgway contemplaba aquella carnicería entre lágrimas, horrorizado. Pero sería un joven sargento, Ralph G. Martin, el que mejor hablaría por todos:

—Me siento asqueado en cuerpo y alma.<sup>261</sup>

El coronel Reuben H. Tucker, el oficial de treinta y dos años al mando del 504.º Regimiento, logró saltar en la zona de lanzamiento adecuada a pesar del tiroteo que acabó con la vida de su jefe de escuadrilla y abrió mil agujeros en su C-47. Tras enrollar su paracaídas, Tucker fue de tanque en tanque ordenando a las tripulaciones que dejaran de disparar contra sus hombres con las ametralladoras del calibre 50.

Demasiado tarde. La última formación, compuesta por dos docenas de aparatos, fue la que salió peor parada. La mitad de los aviones fueron abatidos.<sup>262</sup> Un piloto consiguió lanzar a sus paracaidistas, pero luego fue tiroteado por seis barcos cuando regresaba al mar; alcanzado por más de treinta proyectiles que hicieron que los instrumentos de la cabina de mandos cayeran en su regazo, logró hacer un amerizaje de emergencia y escapó en un bote de goma.<sup>263</sup> El C-47 que llevaba al oficial ejecutivo de Tucker, el teniente coronel Leslie G. Freeman, se estrelló a quinientos metros de la costa tras ser alcanzado en el motor derecho por la artillería, que también causó heridas a tres soldados. Los tiradores de los barcos situados en las inmediaciones acribillaron a balazos el aparato mientras se hundía. «Once hombres o más resultaron heridos o muertos cuando aterrizamos en el agua», declaró Freeman, entre ellos un teniente que recibió un disparo en la cara tras alcanzar la playa a nado.

Finalmente el tiroteo cesó, los cañones guardaron silencio, y a lo largo de la costa y en la flota se manifestó una terrible epifanía, la constatación de que unos soldados habían hecho lo que más teme hacer un soldado: habían matado a los suyos. Veintitrés aviones habían sido destruidos y otros treinta y siete habían quedado seriamente dañados. Los investigadores cifraron el número de bajas en 410, aunque este dato siguió siendo discutido durante mucho tiempo. Lo que quedaba fuera de toda duda era que la misión había sido un fracaso, uno de los peores episodios de fuego amigo de la guerra moderna. «El lugar más seguro para nosotros esta noche en Sicilia», dijo un piloto, «habría estado en territorio enemigo». El 16 de julio, Ridgway declarararía que sólo podía dar razón de tres mil novecientos de los cinco mil trescientos paracaidistas que habían salido del Norte de África hacia Sicilia los días 9 y 11.<sup>264</sup>

Los que sobrevivieron a aquella noche nunca olvidarían lo sucedido, por mucho que intentaran perdonar. Cuando era transportado en una camilla con una bala en el hombro, un paracaidista dijo a un oficial:

—Me alegro de que nuestros chicos sepan tirar tan bien.<sup>265</sup>

Eisenhower llegó a la cabeza de playa el lunes 12 de julio por la mañana, sin saber nada del fratricidio de la noche anterior. Durante la visita de todo un día que realizó a la zona nadie pensó en contárselo. Los últimos días en Malta había sentido una especie de vértigo ante el aparente éxito inicial de la Operación Husky —«¡Caramba!», exclamó. «¡Pensar que lo hemos conseguido de nuevo!»<sup>266</sup>— y había estado nervioso por la ausencia de noticias, especialmente de Patton. Se dedicó a estudiar los mapas de Cunningham, a mecerse en una silla de mimbre en su

despacho de Láscaris, a gorrear cigarrillos secos a los periodistas, y a dar paseos por la playa. «Ike parece que tenga azogue», escribió en su diario su asistente naval, el capitán de fragata Harry C. Butcher. «Se tumbaba un rato en la playa, luego se levantaba y hacía agujeros en la arena con un palo.»

—Me tratan como a un pájaro en una jaula de oro —dijo a John Gunther.<sup>267</sup>

Decidido a ver la batalla por sí mismo, subió en el *Petard*, de la Marina de Su Majestad, en el puerto de La Valletta y a las dos de la madrugada del lunes zarpó rumbo a Sicilia a veintiséis nudos por hora.

El destructor llegó a Licata justo cuando un hermoso amanecer mediterráneo teñía las colinas del fondo de naranja y oro. Columnas de humo grasiento se elevaban desde la playa, pero a dos millas de distancia la impresión dominante era la de «completa calma», escribía un oficial británico que iba a bordo del *Petard*, «más parecida a una regata enorme que a una operación de guerra».<sup>268</sup> Poco después de las seis de la mañana, el capitán del destructor, vestido con un jersey de cuello alto azul y unos pantalones cortos blancos llenos de arrugas, le indicó el *Monrovia*, anclado a cinco millas de Gela. Eisenhower se trasladó al buque insignia en una lancha robusta para ser saludado con el habitual toque de silbato por parte del contramaestre —«Nunca sé qué hacer cuando me tocan el silbato», había comentado en alguna ocasión el general en jefe—, así como por un Kent Hewitt, sonriente, en posición de firmes, y por un George Patton igualmente sonriente y en posición de firmes.<sup>269</sup>

Patton abrió la marcha y lo condujo a su camarote, donde habían sido trazadas netamente sobre un gran mapa de Sicilia unas líneas de batalla azules y rojas. Los Aliados tenían en aquellos momentos ochenta mil soldados en tierra, con siete mil vehículos, trescientos tanques y novecientos cañones diseminados por un arco de ciento cincuenta kilómetros a lo largo de una isla del tamaño de Vermont. El VIII Ejército inglés había conquistado Siracusa, y Augusta no tardaría en caer. La tumultuosa bienvenida de la población civil siciliana se había enfriado cuando comprobó que los tommies tenían poca comida extra que compartir.<sup>270</sup> Pero en vez de las diez mil bajas británicas previstas durante la primera semana, había habido sólo mil quinientas.<sup>271</sup> El general Montgomery había empezado a avanzar hacia Catania, a sólo treinta kilómetros al norte de Augusta y la última ciudad grande antes de Mesina, en la punta nordeste de la isla. Tan fatuo como siempre, Montgomery pronosticaba lleno de confianza que el martes por la noche ya estaría en Catania.<sup>272</sup>

En cuanto a su VII Ejército, Patton señalaba con el puntero a la 3.<sup>a</sup> División de Truscott a la izquierda —ya había cruzado la Línea Amarilla y se acercaba a Canicattì, a casi veinticinco kilómetros tierra adentro—, y a la 45.<sup>a</sup> División de Middleton a la derecha, un poco desperdigada, pero avanzando hacia la ciudad de Vizzini, situada en una meseta. El aeródromo de Comiso había caído el domingo por la tarde, y habían sido capturados ciento veinticinco aviones enemigos, veinte de ellos todavía en situación de volar. Las tropas norteamericanas se habían apoderado de Ragusa, que técnicamente se encontraba en el sector canadiense, y allí se entretenían en contestar las llamadas telefónicas de las angustiadas guarniciones italianas del norte de la región. En el centro, informó Patton, el contraataque de la División Hermann Göring se había adelantado a la 1.<sup>a</sup> División de Allen, pero el aeródromo de Ponte Olivo caería con toda seguridad esa misma mañana. La desesperación del enemigo quedaba de manifiesto en un mensaje hallado en la pata de una paloma mensajera, que el domingo se había posado en un dragaminas estadounidense en vez de volar hasta el cuartel general del XII Cuerpo italiano. Procedía de una división italiana de la costa y decía así: «Heroica infantería y artillería siguen cumpliendo con su deber después de quince horas de lucha en tremenda desventaja ... Enviad más palomas».<sup>273</sup> Un oficial de la Marina Real había aconsejado contestar: «Repreguntar en inglés palomero y soltadla otra vez».<sup>274</sup>

Apenas concluida la reunión informativa, Eisenhower se volvió hacia el general en jefe de su ejército y la sonrisa de Patton desapareció. Durante los desembarcos de la Operación Antorcha, Patton se había ganado una reprimenda por no comunicar a Eisenhower, que se hallaba en Gibraltar, sus progresos en Marruecos, y ahora había repetido el mismo pecado. El alto mando en Washington y Londres deseaba información, se quejó Eisenhower, ¿y qué podía decirles un comandante en jefe que no sabía nada de nada? ¿Cómo iba a saber él si el VII Ejército necesitaba ayuda, particularmente por aire? Harry Butcher, que presenció la regañina, escribió: «Cuando dejamos al general Patton, pensé que estaba furioso. Ike le había pegado un buen pisotón. En el aire se mascaba la tensión».<sup>275</sup>

Cuarenta y cinco minutos después de subir al *Monrovia*, Eisenhower embarcó de nuevo en la barcaza para regresar al *Petard*. «Patton se situó en el extremo de la escala de cuerda con el aspecto de un emperador romano tallado en piedra marrón», escribe Gunther.<sup>276</sup> «Se despidió de él agitando la mano.» Treinta minutos después, en la sala de radio del *Monrovia* se decodificaba un mensaje en el que se confirmaba que casi dos docenas «de nuestros aviones de transporte de tropas [habían sido] abatidos la noche pasada».<sup>277</sup> El informe no llegó a verlo Eisenhower. Éste pasó la mañana recorriendo la costa de Sicilia —tuvo que ponerse algodones

en los oídos durante el breve intercambio de andanadas que se produjo con una batería alemana de la costa—, y luego montado en un DUKW rodeado de cientos de soldados canadienses desnudos que se bañaban en las espumosas olas del cabo Passero. «He venido a dar la bienvenida a Canadá al alto mando aliado», dijo, mientras le chorreaba el sudor por su amplia frente.<sup>278</sup>

Eisenhower acabó la jornada con un vaso de ginebra en las manos, cortesía de la Marina Real, y con la convicción de que la Operación Husky se estaba desarrollando bastante bien. «Siempre y cuando todo marche satisfactoriamente», informó en privado a los reporteros, «deberíamos tener Sicilia en nuestro poder en dos semanas».<sup>279</sup> En vista de la débil resistencia italiana, había empezado a convencerse de que las fuerzas aliadas debían llevar la lucha a la Italia continental. No obstante, estaba molesto con Patton. A pesar de sus veinte años de amistad, dijo a Butcher, deseaba que durante el resto de la campaña de Sicilia el VII Ejército estuviera al mando de su compañero de clase en West Point, Omar Bradley, al que consideraba un hombre «sereno y objetivo».<sup>280</sup>

Sólo tras regresar a su puesto de mando, húmedo y malsano, en el Bastión Láscaris a última hora de la noche del lunes, se enteró Eisenhower de la calamidad de la División Aerotransportada. Su enfado con Patton se tornó furia. Con la cara enrojecida y los labios hinchados, a las 23:45 dictó un durísimo mensaje al comandante en jefe de su ejército; las sílabas del mismo restallaban como latigazos: «Tú particularmente me pediste que autorizara este movimiento en tu zona. En consecuencia es evidente que se disponía de bastante tiempo para una coordinación total y exacta del movimiento entre las fuerzas implicadas».<sup>281</sup> Aquella catástrofe daba a entender «un descuido y una negligencia inexcusables por parte de alguien». Patton debía emprender una «investigación exhaustiva con el fin de aclarar las responsabilidades».<sup>282</sup>

Las investigaciones seguirían adelante, los pecados de obra y de omisión serían debidamente documentados, pero nunca se culparía formalmente a nadie. La censura del Pentágono mantuvo el incidente en secreto hasta muchos meses después de que acabara la campaña de Sicilia. Hewitt negó airadamente cualquier responsabilidad, lo mismo que todos los demás implicados. El jefe de las fuerzas aéreas de Eisenhower consideró la misión «operativamente no buena»,<sup>283</sup> aunque el máximo asesor en materia de operaciones aerotransportadas del CGFA, presuntuosamente decidido a sacar leche de una alcuza, declaró que estaba «absolutamente encantado con toda la operación» de Sicilia.<sup>284</sup>

Patton consideró el infortunio del 504.º Regimiento «un accidente de combate inevitable».<sup>285</sup> Pero cuando se trasladó a la villa de Gela de hermosos pavimentos de mármol, aunque infestada de chinches, que se convertiría en su primer cuartel general en tierra, sintió el aguijón de la censura de Eisenhower.<sup>286</sup> «Si hay que echarle la culpa a alguien, es a mí, pero personalmente me siento inmune a la censura», escribía Patton en su diario el 13 de julio. «Tal vez Ike esté buscando una excusa para relevarme del mando ... Si quieren un chivo expiatorio, aquí me tienen».

### «EL MUNDO TENEBROSO NO ESTÁ LEJOS DE NOSOTROS»

Avanzaron hacia el interior a lo largo de un frente de ciento cincuenta kilómetros, ante los sicilianos que a su paso gritaban: «¡Viva Babe Ruth!», o «¡Hurra, rey Jorge!», y agitaban banderas caseras de Estados Unidos con demasiadas barras y pocas estrellas.<sup>287</sup> El calor de julio apretaba y los soldados tenían que ponerse pañuelos para taparse boca y nariz; cuando marchaban no se los veía de cintura para abajo debido al polvo que levantaban al andar, como si caminaran sobre harina.<sup>288</sup> «Al cabo de los dos primeros kilómetros estábamos tan agotados que casi no teníamos aliento suficiente para quejarnos», recordaba un experto en el manejo de morteros, «pero nos las arreglábamos».<sup>289</sup> El salitre manchaba sus camisas y las botas se les reblandecían; se quejaban además de que los cascos de acero eran como «hornos para el cerebro».<sup>290</sup> Mordisqueaban uvas, tomates verdes y benzedrina, o se dedicaban al cambalache, por ejemplo un cigarrillo por ocho naranjas.<sup>291</sup> A mediodía, escribía el periodista Alan Moorehead, «todo adquiría unas tonalidades estridentes: las rocas rojas, las viñas verdes y un cielo deslumbrante azul cobalto». Las tropas no tenían un color tan bonito: el sudor y el polvo se mezclaban formando una capa de pasta gris sobre su piel. De vez en cuando caían bombas a su alrededor, obligándolos a meterse precipitadamente en la cuneta o al menos en cualquier zanja que vieran en la tierra batida por el sol. «Aplasté la cara contra el suelo», contaba un soldado, «e intenté abrir un hoyo con las rodillas».<sup>292</sup>

Los jeeps regresaban del frente con cadáveres de combatientes atados al capó, abriéndose paso entre las columnas de soldados en marcha.

—¡A la derecha! —gritaban los conductores—. ¡A la derecha!<sup>293</sup>

Los vivos se apartaban del camino, mirando para otro lado, como si fueran sicilianos deseosos de evitar el mal de ojo. Muchos soldados llevaban amuletos, quizá una medalla de san Cristóbal o alguna piedra pulimentada que frotaban

cuando silbaban a su alrededor las balas trazadoras. Un soldado tenía un cerdito de madera y cada vez que arreciaba la lluvia de proyectiles decía:

—Cerdo, éste no es para nosotros.

O bien:

—Cerdo, ya sabes que la que me dé a mí, te da a ti.

El novelista John Steinbeck, que se había unido al cuerpo de periodistas para la invasión, reseñaba la creencia que muchos tenían de que «no debía recurrirse demasiado a menudo a la magia. La virtud del talismán no es inagotable». Aquellos atavismos, concluía Steinbeck, reflejaban la convicción razonable que tenían los soldados rasos de que «el mundo tenebroso no está lejos de nosotros».

Marchaban por un país tan exótico como el Norte de África, un país de brujas y exorcistas de aldea, en el que los enfermos tomaban ámbar molido o bebían huesos de santa Rita pulverizados. Las llantas de hierro de las grandes ruedas de los carros rechinaban sobre el empedrado; las escenas pintadas en sus laterales mostraban la Pasión de Cristo o a estrellas de cine de los años veinte. Caballos de tiro cuyas anteojeras «representaban la vida y la muerte de algún santo, a derecha e izquierda respectivamente», desfilaban haciendo un ruido sordo con sus cascos ante mujeres que quitaban las liendres a sus hijos y ante viejos que servían vino con frascas pentagonales envueltas en tela y llenas de salpicaduras moradas.<sup>294</sup>

Las paredes de las casas y de los edificios públicos estaban cubiertas de eslóganes fascistas —«Pocas palabras, muchos hechos» o «Mussolini siempre tiene razón»<sup>295</sup>— que «al cabo de un rato dejaban incluso de ser ridículos», escribía Moorehead. Algunas de esas pintadas habían sido recientemente cubiertas con cal o se habían escrito nuevos lemas encima, por ejemplo: «Finito, Benito». La Policía Militar perseguía a los militantes fascistas comprobando entre la población civil si había alguno que llevara zapatos comprados o pantalones que no estuvieran raídos; la denuncia y la traición se convirtieron pronto en una industria casera.<sup>296</sup> Mariposas azules, abubillas y abejarucos revoloteaban por doquier, y el aroma de la madreSelva y del jazmín se mezclaba con el hedor a estiércol y a vísceras humanas para producir exactamente el olor de la pobreza.<sup>297</sup> «Con un cartón de cigarrillos podrías comprar aquí toda una provincia», declaraba un oficial norteamericano, «y una maleta de ropa te permitiría hacerte con toda la isla».<sup>298</sup>

Los soldados enemigos muertos yacían en los caminos con los brazos extendidos como si jugaran a hacer ángeles en la nieve. Eran enterrados precipitadamente en tumbas marcadas «E. D.», *enemy dead* (enemigo muerto).<sup>299</sup> Se veían también por doquier civiles muertos, algunos junto a sus carros pintados volcados con los burros destripados atados aún a las tirantas componiendo una

imagen de muerte en neto contraste con la vida. La huelga de enterradores en algunas provincias complicaba todavía más la cuestión sanitaria, lo mismo que la escasez de madera para los ataúdes, que no había más remedio que reutilizar.<sup>300</sup> «El muerto al hoyo y el vivo al bollo», aconsejaba un oficial de asuntos civiles de la 1.<sup>a</sup> División. También eso resultaba complicado. No tardaron en producirse algaradas por la comida, entre otras una en Canicattì que fue sofocada por la Policía Militar, cuyos agentes dispararon al aire sin conseguir calmar a los amotinados. «Cuando tiraron más bajo», añadía un informe del AMGOT, «el populacho se tumbó en la calle y siguió gritando».<sup>301</sup> El general Truscott ordenó ejecutar a los saqueadores; cuando unos civiles que estaban robando jabón de un almacén intentaron huir, un oficial «disparó a algunos hombres de la multitud y la infantería localizó a otros y les pegó un tiro. Murieron seis hombres». También fueron fusilados siete supuestos saboteadores, acusados de sustraer cable de telecomunicaciones del ejército.<sup>302</sup>

A veces sólo hacía falta consolar un poco a los vivos. El marinero de primera clase Francis Carpenter, antiguo actor de Broadway que había sido obligado a prestar servicio como explorador de la cabeza de playa porque había estado dos veces de vacaciones en Sicilia, se encontró con ocho campesinos aterrorizados escondidos en un campo de grano. Carpenter, que, entre otras cosas, había actuado en 1938 en la reposición de *The Shoemaker's Holiday*, de Orson Welles, les ofreció su paquete de cigarrillos, se aclaró la voz y se puso a cantar «La donna è mobile», una deliciosa aria de *Rigoletto*.<sup>303</sup>

Nadie estaba más ansioso por adentrarse en la isla que el teniente general al mando de la mayoría de las tropas norteamericanas que había en Sicilia en aquellos momentos. Omar Nelson Bradley, que, como oficial al mando del II Cuerpo, sólo tenía por encima de él a Patton, había luchado contra la adversidad y el dolor durante sus cincuenta años de vida: la temprana muerte de su padre; la extracción de todos sus dientes a raíz de un accidente de patinaje; un ataque de gripe casi fatal; y la pérdida de un hijo que nació muerto. Durante las primeras treinta y seis horas de la invasión Husky, no cesaron las penalidades sufridas por Bradley. «Sintiéndome mal como nunca en mi vida»,<sup>304</sup> se había visto obligado a permanecer confinado en el buque *Ancon* a consecuencia de una intervención quirúrgica de urgencia, pues había tenido que ser operado de hemorroides, dolencia llamada en el ejército «anginas de caballería».<sup>305</sup> Todavía dolorido, y por si fuera poco mareado,<sup>306</sup> acabó por desembarcar y montar en su coche oficial, sentado en un flotador y sintiéndose un poco ridículo.<sup>307</sup> El lunes 12 de julio por la mañana, estableció su cuartel general en un bosquecillo sofocante a cinco kilómetros al norte de Scoglitti.<sup>308</sup>



Con el pelo canoso desde su época de cadete, Bradley vestía una chaqueta de campaña sin adornos y «habría podido pasar por un fusilero algo mayor» portando su rifle Springfield 1903 favorito.<sup>309</sup> Unas lentes redondas con montura de acero típicas de soldado raso acentuaban «su aspecto rústico», escribe el historiador Martin Blumenson, «y su expresión de paleta hacía que pareciera un hombre campechano». Tras pasar casi desapercibido en Tunicia, a pesar de haber ostentado el mando de las tropas estadounidenses durante el glorioso golpe definitivo, Bradley había sido descubierto recientemente por los periodistas y el público. Encontraban su carácter atractivo —«tan llano como un lago de los Ozarks en un día de calma chicha», explicaba *Life*<sup>310</sup>— y su historia personal irresistible: la infancia como granjero en Misuri sin agua corriente; la madre viuda, costurera de oficio, cocinando las piezas que lograba cazar el joven Omar —ardillas, codornices, conejos y grandes ranas verdes<sup>311</sup>—; los seiscientos dieciséis metros de promedio como bateador y un brazo asesino a la hora de lanzar en el equipo de béisbol de West Point; el tirador capaz de dar a un faisán en vuelo con un rifle del 22 y que ojeaba los aviones alemanes que pasaban sobre su cabeza como si estuviera «disparando al poste número 8 en el tiro al plato».<sup>312</sup> A instancias de Eisenhower, Ernie Pyle pasaría varios días con Bradley en Sicilia, escribiendo un perfil hagiográfico en seis partes que lo santificaría para siempre como el general soldado. «Es tan normal, maldita sea», escribía Pyle, «que no tiene peculiaridades ni supersticiones ni aficiones».<sup>313</sup>

Es posible. Pero tenía también profundidades insondables que iban más allá de la perspicacia de Pyle. «Debajo de la máscara había una mente fría y despiadada», concluye Martin Blumenson.<sup>314</sup> Era «calculador» —adjetivo utilizado ya en el anuario de su instituto— y a menudo intolerante. Su antipatía por el filibustero Terry Allen, que a su vez lo consideraba a él un «falso Abraham Lincoln», era tan enconada que no paró hasta encontrar la ocasión de poner de patitas en la calle al oficial al mando de la 1.<sup>a</sup> División. Encontraba también cada vez más desagradable la rimbombancia de Patton, su táctica testaruda, y su propensión a dar órdenes a las divisiones directamente, sin pasar por él. «Es impetuoso», escribiría luego Bradley. «No me gustaba la forma que tenía de trabajar ... Lo consideraba un comandante más bien superficial.»<sup>315</sup>

Entre los problemas más acuciantes a los que se enfrentaba el II Cuerpo estaba la marea de prisioneros italianos: en Sicilia habían sido apresados más soldados enemigos en una semana que los que habían sido capturados por el ejército norteamericano en toda la primera guerra mundial. Venían huyendo de las aldeas de dos en dos, o en camiones robados, o en largas y vocingleras columnas que bajaban

de las colinas, mirando a lo lejos con nerviosismo por si veían los fogonazos de los granaderos de la Hermann Göring que desaprobaban su conducta. Con gorras de visera larga y los uniformes de tela basta que los alemanes llamaban «asbesto», se rendían «con la alegría propia de una fiesta ... con sus efectos personales colgando, llenando el aire de risas y canciones», como señalaba un soldado.<sup>316</sup> Algunas unidades estadounidenses estaban tan saturadas que ponían carteles en italiano —«Aquí no se admiten prisioneros»<sup>317</sup>— o aconsejaban a las tropas enemigas que se rendían que volvieran otro día. «No se puede desarrollar un odio como es debido hacia unos soldados que se rinden ante uno tan deprisa que para capturarlos hay que darles cita con antelación», observaba Bill Mauldin.<sup>318</sup>

Se marchaban en los LST, en manada como reses, pero cantando como si fueran enjaulados en un aviario. Un oficial de la Oficina de Servicios Estratégicos OSS que interrogó a un grupo de italianos encargados de manejar una ametralladora comunicaba que los oficiales del Eje habían propagado falsos cuentos sobre atrocidades en un vano intento de frenar las defecciones.

—¿Cuándo vais a empezar? —había preguntado un prisionero.

—¿Empezar a qué?

—A cortarnos los huevos —respondió el prisionero acongojado.<sup>319</sup>

Cuando les aseguraban que nadie iba a hacerles daño, los hombres suspiraban con alivio.

«Son una raza extraña estos italianos», decía un teniente en una carta a su madre. «Cualquiera pensaría que somos sus liberadores en vez de sus captores.»<sup>320</sup>

Pero el mundo tenebroso no estaba demasiado lejos. Y ahora se colaba por algunos sitios.

La Operación Husky había cobrado un precio muy doloroso al 180.º Regimiento de Infantería, el orgullo de Oklahoma y uno de los tres regimientos de infantería de la Guardia Nacional que había en la 45.ª División. Durante el breve entreacto de la 45.ª en Orán, en su camino de Norfolk a Sicilia, Patton había prodigado su atención a esta unidad, había recomendado a sus oficiales «matar de manera devastadora», tener cuidado con el truco de la bandera blanca y, si los soldados enemigos se rendían sólo cuando estaban a punto de ser vencidos, «matar a esos hijos de puta».<sup>321</sup> La 45.ª debía ser conocida como la «División Asesina», les dijo Patton, pues «los que matan son inmortales».<sup>322</sup>

A pesar de esas advertencias, a los matadores del 180.º no les habían ido muy bien las cosas. El día D, el oficial al mando del regimiento, el coronel Forrest E. Cookson, fue desembarcado por un piloto despistado en una playa de la 1.ª División

y no pudo reunirse con sus hombres hasta pasadas treinta horas. Dando muestras de «ansiedad e indecisión» —solía sacudir la cabeza y comentar entre dientes: «Esto no va bien»<sup>323</sup>—, Cookson parecía tan derrotado que Patton había ofrecido el mando del regimiento a Bill Darby, quien había preferido quedarse con los Rangers. Como no había ningún sustituto apropiado, Cookson siguió en su puesto de momento, pero no tardaría en perder a su jefe de batallón más agresivo, el teniente coronel William H. Schaefer. Antiguo jugador de fútbol americano en West Point, conocido como King Kong, Schaefer era «el hombre más feo del ejército de Estados Unidos, y quizá también de la Marina y de la Infantería de Marina», decía un teniente.<sup>324</sup> Había aleccionado repetidamente a sus oficiales del 1.er Batallón que no se arriesgaran a tomar prisioneros, pues «un cautivo no puede luchar».<sup>325</sup> A las pocas horas del desembarco, Schaefer había sido acorralado por unos granaderos alemanes, que lo hicieron prisionero en una viña. «Querido general», decía en una carta al oficial al mando de su división, Troy Middleton, en un trozo de papel marrón, «siento que me hayan hecho prisionero».<sup>326</sup>

La oportunidad de redención del 180.º se presentó en un lugar remoto y pobre, Biscari, que el regimiento había atacado a última hora de la tarde del domingo, 11 de julio. Las tropas de la Hermann Göring se replegaron detrás de las elevadas tapias amarillas del cementerio del pueblo, refugiándose entre los cipreses y las tumbas de mármol que se adentraban en la colina. Las cargas de mortero de los norteamericanos los hicieron salir, mientras un humo pardo envolvía los panteones y las balas de las ametralladoras producían desconchones en los serafines de piedra. Los alemanes se replegaron de nuevo, escondiéndose al norte, pasado el río Acate, camino de un aeródromo situado a más de ocho kilómetros, al norte de Biscari. El tiroteo continuó por aquel terreno accidentado durante todo el martes 13 de julio.

El miércoles a primera hora de la mañana, el aeródromo estaba ya por fin en manos de los norteamericanos. Los cadáveres yacían como alfombrillas sangrientas sobre una pista acribillada por más de doscientos cráteres de bombas.<sup>327</sup> Las cruces carbonizadas de los aviones aplastados se consumían junto a los hangares; en las cabinas de los aparatos había francotiradores escondidos que disparaban ya sin apuntar hasta que un pelotón de tanques Sherman los exterminó, fuselaje tras fuselaje.<sup>328</sup> Las llamas crepitaban en los campos de grano situados al este y al oeste del aeródromo.<sup>329</sup> A través del humo serpenteante, podían verse soldados norteamericanos como fantasmas vestidos con uniformes de color verde oliva, arrastrando a los camaradas heridos a terreno seguro o recogiendo los botiquines de primeros auxilios y la munición de las mochilas abandonadas.

Los fogonazos de los disparos de los francotiradores seguían brillando en las sombras por el camino de tierra apisonada de Biscari. Las compañías A y C del 1.er Batallón del 180.º Regimiento habían desembarcado hacía cinco días con casi doscientos hombres cada una y hora disponían de ciento cincuenta entre las dos; entre las bajas del batallón estaba el sustituto de King Kong, herido, y el oficial al mando de la Compañía A, que había sido hecho prisionero. «Teníamos espíritu asesino», observaría después un sargento.<sup>330</sup> Otro fusilero escribió a su padre que el polvo del verano «sabía a sangre y pólvora». Y añadía: «Ahora sé por qué los soldados envejecen tan deprisa».<sup>331</sup>

A media mañana del miércoles, el 1.er Batallón se había abierto paso a través del humo y de las llamas, haciendo salir a los alemanes e italianos rezagados de las grutas que se abrían a lo largo del estrecho río Ficuzza. En poco tiempo la Compañía A había reunido cuarenta y seis prisioneros, entre ellos tres alemanes. Asustados y exhaustos, los cautivos estaban sentados en un repecho reseco encima del Ficuzza, sin más ropa que los pantalones, pues les habían confiscado los zapatos y las camisas para que no intentaran escapar. Un comandante separó de los demás a nueve prisioneros para interrogarlos —se consideraba que los más jóvenes eran más propensos a hablar—, pero luego se los entregó, junto con el resto, al sargento Horace T. West para que los condujera a la retaguardia con un pequeño destacamento de seguridad.

La elección de West no pudo ser peor. Nacido en Barron Fork, Oklahoma, había ingresado en el ejército en 1929, pero luego se había pasado a la Guardia Nacional, haciendo la instrucción durante los fines de semana y trabajando de cocinero en la vida civil antes de que diera comienzo la guerra. En aquellos momentos tenía treinta y tres años y dos hijos pequeños, cobraba ciento un dólares al mes, y se había ganado la reputación de ser, en palabras de un superior, «el suboficial más completo que he visto en el ejército».<sup>332</sup> Pero los últimos días habían hecho gran mella en el sargento West. «Había algo que se estaba cociendo en mi interior», diría más tarde, «ganans sencillamente de matar y destruir y ver cómo se desangraban hasta morir».<sup>333</sup>

Con paso cansino, los prisioneros recorrieron en dos columnas unos cuatrocientos metros por el camino hacia una hilera de olivos situados sobre un riachuelo. West mandó parar a sus detenidos —sin que nadie se lo dijera, ejecutaron torpemente la orden de vuelta a la izquierda— y separó al grupo más pequeño de los escogidos para ser interrogados. Volviéndose hacia el sargento primero de la

compañía, Haskell Brown, le pidió que le prestara su metralleta Thompson «para fusilar a esos hijos de puta». Brown le entregó el arma y además le dio unas palmadas.

—Date la vuelta, si no lo quieres ver —le aconsejó West. E inmediatamente abrió fuego.<sup>334</sup>

Los hombres cayeron retorciéndose entre espasmos en el polvo; a duras penas lograron ponerse de nuevo de rodillas, suplicándole clemencia, pero sólo consiguieron ser tiroteados por segunda vez. Los gritos llenaron la mañana —«¡No, no!»— en medio del estruendo de la ametralladora y el olor acre de la cordita. Tres prisioneros salieron corriendo hacia los árboles; dos de ellos lograron escapar. West se detuvo para volver a cargar, luego caminó entre los caídos pisando el charco de sangre que se había formado a su alrededor y disparó un solo tiro en el corazón a los que todavía se movían. Cuando acabó, devolvió el arma a Brown.<sup>335</sup>

—Son órdenes —dijo. A continuación agarró a los nueve escogidos para ser interrogados, que tenían los ojos como platos y no paraban de temblar, los puso en pie y los mandó marchar al encuentro de la división G-2. En el camino quedaron treinta y siete cadáveres, cuyas sombras iban encogiéndose bajo el sol cada vez más alto, como si sacaran algo de ellos y se lo quitaran.

Cinco horas más tarde, volvió a ocurrir lo mismo. Cuando el sargento West conducía a los detenidos que aún quedaban vivos a la retaguardia, un grupo de tanques y camiones orugas alemanes contraatacaron, reconquistaron el aeródromo de Biscari, y obligaron al 180.º a retroceder a través de un barranco al sur de la pista. El jaleo se prolongaría durante toda la tarde del miércoles, hasta que el enemigo fue derrotado de nuevo, esta vez de manera definitiva. Durante la refriega, la Compañía C del 1.er Batallón tuvo que bajar por una profunda hoyo, sufriendo decenas de bajas a causa del fuego de ametralladora hasta que vieron ondear unas banderas blancas en un enorme búnker excavado en la ladera. A la una de la tarde, salieron treinta y tantos italianos con las manos arriba, cinco de ellos vestidos de paisano. Desperdigadas por el búnker había cajas de municiones, sábanas sucias y maletas.<sup>336</sup>

Al mando de la Compañía C estaba el capitán John Travers Compton. Tenía veinticinco años y había ingresado en la Guardia de Oklahoma en 1934. Compton estaba casado, tenía un hijo, ganaba doscientos treinta dólares al mes —menos una deducción de seis con sesenta para el seguro del gobierno— y cuando había sido evaluada su actuación, siempre había obtenido calificaciones de «excelente» o «sobresaliente». De pie en la ladera de la colina, ojeroso debido al cansancio, ordenó a un teniente que reuniera un pelotón de ejecución y que «fusilara a aquellos

francotiradores». Enseguida se formó el pelotón —hubo varios que se presentaron voluntarios— y Compton gritó las órdenes aunque los italianos no paraban de pedir clemencia:

—¡Preparados! ¡Apunten! ¡Fuego!<sup>337</sup>

El tiroteo de las metralletas y de los rifles automáticos Browning barrió la hoya y otros treinta y seis hombres cayeron muertos.

Al día siguiente, a las diez y media de la mañana, el teniente coronel William E. King se dirigía en su jeep por el camino de Biscari hacia el aeródromo, que en esos momentos ya era un lugar seguro. Se decía que King se había quedado temporalmente ciego durante la primera guerra mundial, y que aquella ordalía le había impulsado a entrar en religión y a hacerse predicador baptista. Ahora servía a Dios y a la patria como capellán de la 45.ª división, y era admirado por su generosidad y la brevedad de sus sermones.<sup>338</sup> Llamó su atención un bulto oscuro junto a un olivar, detuvo su jeep y con la boca abierta, se puso a investigar.

«La mayor parte estaba boca abajo, y algunos boca arriba», recordaría más tarde King. «Todos los que estaban boca arriba tenían un agujero de bala justo a la izquierda de la espina dorsal, en la zona del corazón.» Una mayoría tenía también heridas en la cabeza; el pelo chamuscado y las quemaduras de pólvora daban a entender que los tiros mortales de necesidad se los habían pegado a corta distancia. Algunos soldados que andaban por allí sin hacer nada se reunieron con el capellán, protestando que «ellos habían venido a la guerra a luchar precisamente contra ese tipo de cosas», dijo King. «Se sentían avergonzados de sus compatriotas.»<sup>339</sup> El capellán regresó precipitadamente al puesto de mando de la división para informar del espectáculo atroz que acababa de contemplar.<sup>340</sup>

Omar Bradley ya había oído hablar de la matanza, y se trasladó a Gela para decirle a Patton que entre cincuenta y setenta prisioneros habían sido asesinados «a sangre fría y además en masa». Patton reseñó en su diario la reacción que había tenido:

Dije a Bradley que probablemente fuera una exageración, pero que en cualquier caso dijera al oficial que certificara que los muertos eran francotiradores o que habían intentado escapar o lo que fuera, porque la prensa habría armado un escándalo y además los civiles se habrían puesto como locos. Al fin y al cabo, están muertos y no hay nada que se pueda hacer.<sup>341</sup>

Dos corresponsales de guerra que habían visto los cadáveres se presentaron también en el cuartel general de Patton para protestar por aquellas y por otras matanzas de prisioneros. Patton exigió que se pusiera fin a las atrocidades y parece que los periodistas no publicaron nunca ni una sola palabra del asunto. El 18 de julio Patton escribió a George Marshall diciendo que los soldados enemigos

muerdos habían caído en una bomba trampa que ellos mismos habían tendido y «además recurrieron a la acción de francotiradores detrás de las líneas»; aquellos «actos execrables» habían causado «la muerte de unos pocos italianos más, pero en mi opinión dichas muertes han estado totalmente justificadas».<sup>342</sup>

Bradley no estaba de acuerdo y, según decía Patton en su diario, «cree que deberíamos juzgar a los dos hombres responsables de la ejecución de los prisioneros».<sup>343</sup> Una investigación del general inspector de la 45.<sup>a</sup> División consideraba que no había habido «provocación alguna por parte de los prisioneros ... Han sido sacrificados». Patton cedió:

—Que juzguen a esos cabrones.<sup>344</sup>

El capitán Compton contrajo la malaria poco después de la matanza de Biscari y no sería llevado ante un consejo de guerra secreto hasta que se recuperó a finales de octubre. La defensa sostuvo que la arenga de Patton en Orán había supuesto poco menos que «una orden de exterminar a aquellos francotiradores».<sup>345</sup>

—Ordené que los fusilaran porque pensé que respondía directamente a las instrucciones del general. —testificó Compton—. Me lo tomé al pie de la letra.<sup>346</sup>

El fiscal militar no hizo ni una sola pregunta cuando le tocó volver a interrogarlo. Compton fue absuelto y volvió a la 45.<sup>a</sup> División.<sup>146</sup>

«Los que matan son inmortales», había afirmado Patton, pero también en eso se equivocaba: Compton moriría en acción en Italia el 8 de noviembre de 1943. Otro oficial de la 45.<sup>a</sup> encontró un buen epitafio: «Bendito de Dios vaya».<sup>347</sup>

El caso del sargento West resultó más complicado. Al igual que Compton, fue examinado por unos psiquiatras, que declararon que estaba en su sano juicio. Él también aseguró que la retórica de Patton lo había incitado a actuar con violencia, aunque reconocía que «quizá me equivocara». La conducta que había tenido, dijo ante el consejo de guerra, «es algo que se sitúa lejos de mi concepto de decencia humana. O algo así». El tribunal pensó lo mismo y sentenció que había actuado «con premeditación, de forma voluntaria y deliberada, y con alevosía, y había matado ilegalmente y a sangre fría a treinta y siete prisioneros de guerra, ninguno de cuyos nombres se conocen, pero todos ellos seres humanos».

West fue condenado a cadena perpetua en un penal de Nueva York. Sin embargo, nunca salió del Mediterráneo durante la guerra, ni tampoco fue expulsado del ejército con deshonor; antes bien, siguió cobrando sus ciento un dólares al mes, además de varios subsidios familiares. El coronel Cookson, el oficial al mando del 180.<sup>o</sup> Regimiento, diría más tarde: «La tendencia general en todo este asunto fue mantenerlo lo más en secreto posible».<sup>348</sup> Pocas semanas después de la condena de West, Eisenhower revisó el caso. Si West era enviado a una cárcel federal en

Estados Unidos, era probable que el episodio de Biscari se hiciera público; en cambio, si era confinado en el Norte de África, quizá el enemigo siguiera sin tener conocimiento de la matanza. Eisenhower «temía que se tomaran represalias contra los prisioneros aliados y decidió dar a aquel hombre una oportunidad», escribió Harry Butcher en su diario. «[West] permanecerá confinado en un establecimiento militar ... durante un período suficiente para determinar si puede volver al servicio o no.»<sup>349</sup>

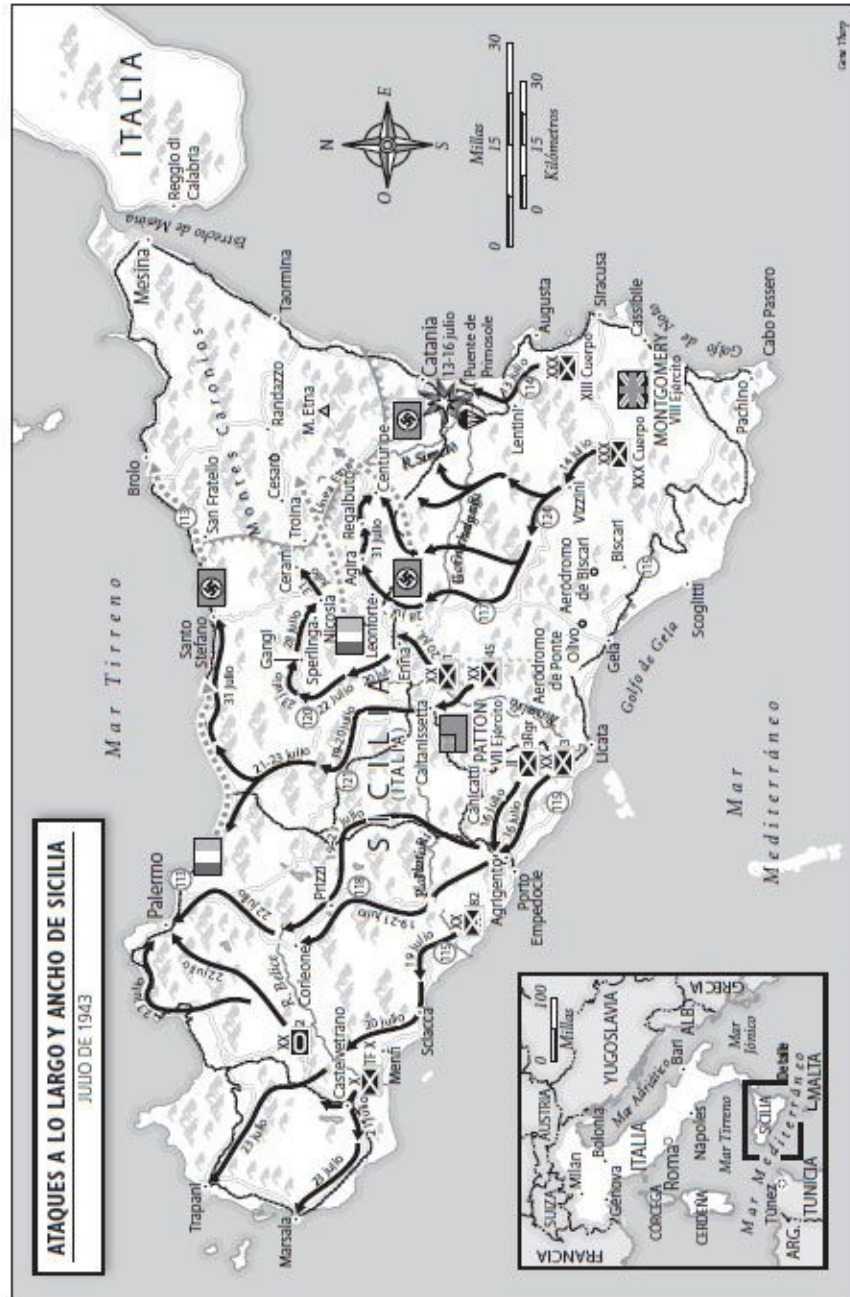
Ese período ascendería a poco más de un año. La familia de West y un congresista compasivo empezaron a importunar al Departamento de Guerra pidiendo noticias acerca del «suboficial más completo» del ejército norteamericano. El 23 de noviembre de 1944 le fue concedido el perdón aduciéndose para ello locura transitoria, y fue reintegrado al servicio activo, aunque perdió los galones de sargento. Clasificadas como alto secreto, las actas del consejo de guerra permanecerían guardadas en la caja fuerte de la secretaría del ejército durante varios años después de que acabara la guerra, para no «dar alas a un sector de nuestra ciudadanía que vive tan lejos del combate que no entiende la brutalidad que comporta la guerra».<sup>350</sup>

Los que tenían conocimiento de las matanzas intentaron analizarlas cada uno a su manera. El general de brigada Raymond S. McLain, al mando de la artillería de la 45.<sup>a</sup> División, llegaba a la conclusión de que en Sicilia «parecía que los malos espíritus salían de su escondite y nos desafiaban».<sup>351</sup> Patton decía en una carta a Beatrice: «Algunos niños bonitos intentan decir que maté a demasiados prisioneros. Cuantos más hubiera matado, menos hombres habría perdido, pero en eso no piensan».<sup>352</sup> Y un oficial de plana mayor de la 45.<sup>a</sup> División escribía: «No resultaba fácil determinar qué fuerzas convertían a unos hombres normales en asesinos despiadados. Pero una guerra mundial es algo muy distinto de lo que nos gustaría que fuera».<sup>353</sup>

«Realmente nadie sabe lo que hace», había escrito Bill Mauldin acerca de su primera semana en combate con el 180.<sup>o</sup> Regimiento de Infantería. Pero habrían podido extraerse también otras grandes lecciones, desde Licata hasta Augusta. Pues la guerra no era sólo una campaña militar, sino también una parábola. Había lecciones que hablaban de camaradería, de sentido del deber y de la inescrutabilidad del destino. Había también lecciones que hablaban del honor y el valor, de compasión y sacrificio. Y estaba luego la lección más triste de todas, la que se aprendería una y otra vez durante las siguientes semanas luchando por toda Sicilia, y durante los meses venideros luchando para encontrar otra vez la vía hacia un



mundo en paz, la que enseña que la guerra corrompe, corroe el alma y empaña el espíritu, la que enseña que incluso lo excelente y lo superior puede mancillarse, y que ningún corazón puede permanecer immaculado.



## Un reducto insular

### «A LA BATALLA CON EL CORAZÓN RESUELTO»

El coche del alto mando resoplaba a través del tropel de soldados, un automóvil grande con tres brújulas rescatadas de unos Messerschmitt estrellados. Sin hacer caso del polvo que se había levantado, las tropas intentaban acercarse, no sólo para coger los paquetes de cigarrillos que arrojaba desde el asiento trasero el general en jefe, sino precisamente para ver de cerca al gran hombre. Con sus escasos sesenta y cinco kilos de peso y uno setenta de estatura (con botines), el general Bernard Law Montgomery ofrecía muy poco como espectáculo: una boina negra ocultaba su cabello ralo, y la camisa caqui —con las mangas remangadas hasta los codos y los faldones remetidos en los pantalones bombachos— no llevaba más adornos que los galones del VIII Ejército cosidos en los hombros. El sol de Sicilia acentuaba cada prominencia y cada arruga de su delgado rostro y hacía que sus luminosos ojos azules parecieran incluso más fríos. Consciente acaso de que recordaba al «dueño de una mercería más bien poco boyante»,<sup>1</sup> como escribía un corresponsal de guerra canadiense, el general prefería ir solo en el asiento de atrás para que «no haya duda de quién soy yo». <sup>2</sup> Meneando su matamoscas egipcio, cualquier observador habría pensado que estaba «tenso como el dispositivo de una ratonera», pero cuando el coche se detuvo y se levantó en el asiento, su voz ronca sonó con la autoridad de un hombre acostumbrado a hacerse oír.<sup>3</sup>

—Os aconsejo que dejéis en paz ese vino *italianini*. Es malo.<sup>4</sup> Puede dejaros ciegos, ¿sabéis? —agitó la fusta—. Voy a elaborar buenos planes. No estaría hoy yo aquí si no elaborara buenos planes —dijo—. La campaña va bien. Los alemanes en Sicilia están condenados al fracaso. Condenados sin remisión. No escaparán.<sup>5</sup>

Arrojó unos cuantos paquetes más de Lucky Strike y pasó encendedores a los oficiales de mayor rango, antes de saludar a todos agitando las dos manos y haciendo un gesto al conductor para que siguiera adelante en busca de otros soldados a los que enardecer.<sup>6</sup> Los hombres se pusieron a gritar y aullar quitándose los cascos en forma de plato sopero. Sabía que los electrizaría.

Aunque la campaña contra el Eje iba bastante bien, se había abierto un nuevo frente entre británicos y norteamericanos; aquel enfrentamiento ya había entorpecido la lucha por la conquista de Sicilia y empañaría las buenas relaciones de los Aliados durante el resto de la contienda. Montgomery estaba en medio de aquel barullo, por supuesto: el martes 13 de julio, el general en jefe del VIII Ejército había ordenado unilateralmente a sus tropas atajar por el frente de Patton y meterse en el sector norteamericano por la Carretera 124, una ruta de vital importancia que discurría desde Siracusa hacia el oeste de la isla pasando por Vizzini y el gran cruce de caminos del centro de Sicilia, la ciudad de Enna. La resistencia del Eje había empezado a tomar cuerpo al sur de Catania, y por eso Montgomery había decidido dividir su ejército, de modo que un cuerpo de éste intentara abrirse camino hacia el norte por la costa, y otro fuera serpenteando por el oeste rodeando el monte Etna a través de la Carretera 124.<sup>7</sup>

Montgomery presentó esta maniobra como un hecho consumado al general Harold R. L. G. Alexander, el oficial de mayor rango de las fuerzas de tierra de la Operación Husky y máxima autoridad militar británica a las órdenes de Eisenhower, aunque las tropas estadounidenses ocupaban ya un kilómetro de la carretera y estaban mucho más cerca de Enna que los ingleses. Alexander aceptó aquel acto impetuoso sin poner el menor reparo y a última hora de la noche anunció a Patton que se quitara de en medio: «Las operaciones para el futuro inmediato consistirán en que el VIII Ejército continúe en dos ejes».<sup>8</sup> Eisenhower se abstuvo de revisar el asunto, y mucho menos de intervenir.<sup>9</sup> Hacer a Eisenhower alguna crítica de los ingleses, observaba el general Lucas, «es como hablarle a un marido de su mujer».<sup>10</sup>

Aquella decisión tendría funestas consecuencias. Sólo dos rutas ceñidas a las costas oriental y septentrional de la isla conducían al premio definitivo que era Mesina, y los ingleses ahora reclamaban las dos. Si los yanquis hubieran tomado Enna el viernes 16 de julio, habrían cortado la principal vía de escape de las fuerzas del Eje que salían del oeste de la isla y se dirigían a la cabeza de puente que estaba formándose en aquellos momentos en los flancos del Etna. Ahora, en cambio, el ejército de Patton vería limitado su papel a proteger el flanco de los británicos. La 45.<sup>a</sup> División empezó a retroceder hacia la playa para girar al oeste, y Omar

Bradley se apresuró a reagrupar a su cuerpo de ingenieros, médicos, pertrechos, intendencia y unidades de radiotransmisión.<sup>11</sup> Montgomery se dirigía ahora a través de dos ejes divergentes hacia unos objetivos —Catania en la costa y Enna en el interior— situados a setenta kilómetros uno de otro con la mitad de su ejército avanzando a duras penas por un territorio dificultoso para los tanques, que, por si fuera poco, se encontraba lejos del apoyo de cualquier tipo que pudiera prestarle la Marina Real.<sup>12</sup> Cualquier esperanza de triunfo rápido de los Aliados se había esfumado, como quedaba patente a todo aquel que dispusiera de un mapa.

Los norteamericanos estaban furiosos.

—¡Dios mío! —dijo Bradley a Patton—. ¡No le permitirás que lo haga!<sup>13</sup>

Pero molesto por la reprimenda que le había echado Eisenhower a bordo del *Monrovia* y reacio a armar demasiado ruido después de la catástrofe de los paracaidistas, Patton se mostró dócil, limitando su cólera a un comentario mordaz en su diario —«¡Qué idiotas somos!»<sup>14</sup>— y lanzando imprecaciones en privado:

—¡Dile a Montgomery que se quite de mi camino o mandaré a todos esos tíos hartos de chucrut a darle por culo!<sup>15</sup>

Bradley afirmarí­a después lleno de cólera que el robo de la Carretera 124 había sido «la jugada más arrogante, egoísta, desconsiderada y peligrosa de todas las operaciones conjuntas de la segunda guerra mundial». La jugada de los ingleses «pretende dejarnos vendidos río abajo», escribía en su diario el auxiliar de Patton, el general de división Geoffrey Keyes.<sup>16</sup>

Al margen de cualquier repercusión táctica, el episodio inflamó las tensiones patrióticas existentes en los bandos inglés y norteamericano. «La sensación de discordia al acecho que reinaba entre los dos países ... más que disminuir, ha aumentado», había señalado Harry Butcher tras la victoria de Tunicia.<sup>17</sup> «Resulta desalentador y desconcertante.» Por lo pronto, en Alexander seguía grabada la desagradable imagen de las tropas estadounidenses huyendo durante la derrota del Paso de Kasserine seis meses antes; al igual que Montgomery y muchos oficiales británicos, sentía un arrogante desdén por las cualidades de combate de los norteamericanos. El resentimiento de los yanquis por semejante altanería fomentaba la anglofobia que afectaba al alto mando norteamericano. Patton creía ya que Eisenhower era «un hombre de paja pro británico» y que los «aliados deben luchar en escenarios distintos o se odiarán unos a otros más de lo que puedan odiar al enemigo».<sup>18</sup> Ahora las posturas se habían enconado y la desconfianza amenazaba con convertirse en inquina. «A nuestras propias expensas estamos salvando al Imperio Británico», se lamentaba Lucas, «y ni siquiera muestran el más mínimo

agradecimiento». Otro general norteamericano proponía celebrar cada 4 de julio «como la única derrota que hemos infligido a los ingleses. Desde entonces no hemos tenido mucha suerte».<sup>19</sup>

«¡Qué dolor de cabeza, qué pelmazo y qué sinvergüenza debe de resultar para todos los que estén más o menos a su mismo nivel en las fuerzas armadas!», escribía a propósito de Montgomery un reportero de la BBC. «Y al mismo tiempo, ¡qué gran hombre es como líder de las tropas!»<sup>20</sup> Aquella contradicción definiría a Montgomery durante toda la campaña de Sicilia e incluso después, llenando de confusión a sus admiradores y exacerbando la cólera de sus detractores. «Un hombre sencillo, tajante, que irritaba a la gente sin necesidad», concluye su biógrafo Alan Moorehead. «A veces una verdadera chispa de genio ... pero nunca estaba en un plano equilibrado.» Incluso la historia oficial británica de la guerra del Mediterráneo reconocería su «arrogancia, su engreimiento, su falta de generosidad ... [y] su humor infantil». El desdén de los norteamericanos por Montgomery tendía a la condena despectiva: «Un hijo de puta», declaraba «Beetle» Smith, el jefe de la plana mayor de Eisenhower. Sus colegas británicos, cuya repulsa llegaba incluso más lejos, intentaban al menos justificar su solipsismo. «Pequeño, atento, tenso», decía el teniente general Brian Horrocks, «más o menos como un terrier inteligente que puede morderle a uno en el momento menos pensado». Montgomery irritaba tanto al almirante Andrew Cunningham —«se cree que todo lo que tiene que hacer es decir lo que hay que hacer y que todo el mundo tiene que bailar al son que toca»<sup>21</sup>—, que éste no toleraba que nadie pronunciara el nombre del general en su presencia.<sup>22</sup> «Debemos recordar», comentaba otro alto mando inglés hablando de Montgomery, «que no es precisamente un caballero».<sup>23</sup>

El hecho de que se criara en la salvaje y remota Tasmania les explicaba a muchos muchas cosas. Hijo de un manso obispo anglicano y de una madre que era una auténtica bruja, acostumbrada a expresar su amor con una vara, Montgomery se destacó desde la infancia como «la oveja negra de la familia», capaz de causar graves quemaduras a otro cadete de Sandhurst prendiendo fuego a los faldones de su camisa.<sup>24</sup> «No deseo presentarlo como un personaje encantador», decía su hermano mayor, «porque no lo es».<sup>25</sup> Mencionado en seis ocasiones en los partes cuando estuvo en el Frente Occidental, sacó de la primera guerra mundial los hábitos de preparar las acciones meticulosamente y de confiar en la potencia de fuego, así como un concepto de sus propios soldados «no como guerreros ansiosos de entrar en acción, cosa que no son, sino como una mano de obra que realiza un trabajo desagradable, pero necesario», en palabras del historiador Michael

Howard.<sup>26</sup> Acumuló también varios tics y prejuicios: la costumbre de repetirse; el afectado uso de metáforas relacionadas con el juego del cricket;<sup>27</sup> una antipatía por los gatos;<sup>28</sup> la tendencia a exagerar sus progresos en el campo de batalla; «una obsesión por tener siempre razón»;<sup>29</sup> y el hábito de decir a sus oficiales cada vez que los reunía: «Ahora habrá un intervalo de dos minutos para que tosan. Después no habrá más toses».<sup>30</sup> Ningún comandante en combate era más metódico en sus horarios. Era despertado con una taza de té por un criado a las 6:30, y se iba a acostar a su caravana —requisada a un mariscal de campo italiano en Tunicia— puntualmente a las 21:30.<sup>31</sup>

En África había conocido la gloria, en El Alamein, y la caducidad de la gloria, en la tediosa faena realizada por toda Tunicia. Montgomery prefería la primera. En aquellos momentos era el militar más célebre del Imperio, recibía sacos de cartas de admiradores, entre ellas por lo menos nueve proposiciones de matrimonio, amuletos de la suerte que iban desde monedas a ramitas de brezo blanco,<sup>32</sup> y odas espantosas a su valor.<sup>33</sup> Aunque afirmaba desdeñar tanta adulación, tenía un talento sin igual para «volver a convertirse siempre en el centro de atención», como señalaba un observador.<sup>34</sup> Hallándose de permiso en Londres después de la caída de Túnez, vestido todavía con la gorra y el equipo del desierto, se registró en el Claridge con el increíble pseudónimo de «coronel Lennox»,<sup>35</sup> y luego tuvo que saludar varias veces desde el palco que ocupaba en el teatro al que había ido a ver una comedia musical, mientras el público arrobado aplaudía, aplaudía, aplaudía.<sup>36</sup> «Su amor por la publicidad es una enfermedad, como el alcoholismo o las drogas», decía el general Ismay, jefe de la plana mayor de Churchill, «y a él lo vuelve loco».<sup>37</sup>

El éxito obtenido al apoderarse de la Carretera 124 debió de animar a Montgomery a despreciar tanto a sus iguales como a sus superiores, especialmente al indulgente Alexander. «No creo que Alex sea lo bastante fuerte y severo con él», escribía el general Brooke en su diario a propósito de Montgomery;<sup>38</sup> y luego añadía: «A los americanos no les gusta y siempre será una dificultad tenerlo combatiendo cerca de ellos». Aunque audaz con los Aliados, Montgomery se mostraría mucho más cauteloso con el enemigo.<sup>39</sup> «El radio de acción de las operaciones debe limitarse a lo que sea practicable», aconsejaba a John Gunther en Sicilia. «Un general debe negarse a que le metan prisas.» No obstante, a sus hombres les encantaba su capacidad para convencerlos «de que creyeran en su labor, de que creyeran en sí mismos, y de que creyeran en su líder».<sup>40</sup> Mientras viajaba en su gran coche oficial, se detuvo a preguntar a una unidad canadiense:

—¿Sabéis por qué nunca sufro derrotas?<sup>41</sup>

Y como nadie hablaba, prosiguió:

Pues bien, os lo diré. Mi reputación de gran general significa demasiado para mí ... No puede ser uno un gran general y sufrir derrotas ... Así que podéis tener la seguridad de que siempre que os conduzca al campo de batalla vais a vencer.

En una reprimenda impresa que echó al VIII Ejército afirmaba que gracias «al Señor Fuerte en la Batalla» el enemigo había sido «acorralado» en el extremo noroccidental de Sicilia. «Y ahora, nosotros hagamos nuestro trabajo», instaba Montgomery a sus hombres. «A la batalla con el corazón resuelto.»<sup>42</sup> Más tarde, en una carta enviada a Brooke, en Londres, añadía: «Aquí todo marcha bien ... Hemos ganado la batalla».<sup>43</sup>

Ninguna de las dos afirmaciones era cierta. Al tercer día de la invasión, el mariscal de campo Kesselring se trasladó de Frascati a Sicilia y, al tiempo que abandonaba tristemente toda esperanza de arrojar a los angloamericanos otra vez al mar, empezó inmediatamente a reforzar las dos divisiones alemanas presentes en la isla con otras dos, la 29.<sup>a</sup> Panzer de Granaderos y la 1.<sup>a</sup> de Paracaidistas. Además desplazó apresuradamente hacia el este de la isla a miles de tropas del Eje situadas en el oeste; Kesselring se dio cuenta de que podía construirse un sólido bastión en torno a las laderas del Etna, o bien para retener indefinidamente la península de Mesina o bien para mantener abierta la principal vía de escape hacia la Italia peninsular. La cuestión en aquellos momentos era «ganar tiempo y defenderse», aunque la tensión y las penalidades atormentaban a los soldados, que temían verse atrapados en Sicilia como tantos camaradas se habían visto atrapados en Tunicia.<sup>44</sup> Los intentos alemanes de apropiarse de los vehículos militares italianos desembocaron en un tiroteo que causó graves daños a unos y a otros,<sup>45</sup> produciéndose la muerte de dos italianos y siete alemanes en una refriega a cañonazos de tres horas de duración.<sup>46</sup> No obstante, Kesselring irradiaba su habitual optimismo de hombre rollizo. Mientras los soldados cavaban precipitadamente fortificaciones a lo largo del río Simeto al sur de Catania, una monja italiana de edad avanzada distribuía platos de comida y medallas de Nuestra Señora.<sup>47</sup>

Montgomery esperaba que la llanura catanesa de Augusta en adelante le proporcionara un camino llano para sus blindados, como había hecho el desierto. En cambio, se encontró con «una zona dejada de la mano de Dios, llena de lugares propicios para las emboscadas», según la descripción de un soldado, con acequias y casas de campo de piedra, perfectas para ocultar armas antitanques.<sup>48</sup> «Ésta *no* es tierra de tanques», se lamentaba un oficial inglés.<sup>49</sup> Otro *tommy* se quejaba de que Sicilia era «peor que el puto desierto en todo y por todo, joder!».<sup>50</sup>

El intento que realizó el VIII Ejército de abrirse paso por la costa se vio frenado por otro fracaso aerotransportado, una misión improvisada de mala manera casi sin tiempo destinada a conquistar el puente de Primosole, a unos diez kilómetros al sur de Catania. La noche del 13-14 de julio, los paracaidistas y la infantería que iban a bordo de los planeadores se vieron envueltos en el fuego infernal de la artillería de los barcos aliados, algunos de los cuales confundieron además los almacenes de carga que veían en la barriga de los aviones con torpedos. Los aparatos que lograron llegar a la costa se encontraron con una cortina de fuego procedente de las defensas antiaéreas del Eje. Se perdieron catorce aviones, más de veinte regresaron a Tunicia sin descargar, y el 40 por 100 de los que sobrevivieron sufrió daños. Por si fuera poco, también unos paracaidistas alemanes saltaron al mismo tiempo en una zona de lanzamiento cercana.<sup>51</sup> «Uno de los nuestros dio un grito llamando a sus compañeros y le respondieron en alemán», recordaba un paracaidista.<sup>52</sup> De los casi dos mil hombres que integraban la brigada de paracaidistas ingleses, sólo doscientos llegaron al puente, que lograron retener con unos cuantos refuerzos durante medio día, hasta que los echaron de allí. Cuando los *tommies* lograron reconquistar el puente al amanecer del viernes 16 de julio, los alemanes habían montado un cinturón defensivo un poco más al norte que mantendría detenido al VIII Ejército durante quince días. «Fue un humillante desastre más de las fuerzas aerotransportadas», decía el teniente coronel John Frost, oficial al mando de un batallón que recibió muchas condecoraciones, «y bastó casi para acabar con la fe del creyente más fervoroso».<sup>53</sup>

El XXX Cuerpo, enviado por Montgomery al noroeste por la Carretera 124, no salió mucho mejor parado. Por allí las colinas se sucedían indefinidamente en medio de los pedregales sicilianos, y el combate en las colinas nunca le había venido bien al VIII Ejército. Montgomery «parecía perder su genio cada vez que se encontraba con una montaña», observa su biógrafo Ronald Lewin.<sup>54</sup> «La visibilidad limitada del terreno fomenta el desorden generalizado», se lamentaba un oficial inglés, y la exposición al sol de la canícula «es como recibir un golpe en la cabeza».<sup>55</sup> Todas las carreteras y todos los caminos de cabras estaban minados; los soldados, como si fueran adornos del capó, se subían al parachoques delantero de sus vehículos, que avanzaban a paso de tortuga, e iban examinando el camino por si descubrían alguna alteración que pudiera resultar reveladora. La artillería no hacía más que meter ruido y vomitar fuego, día y noche. «Destruimos las cercas de los campesinos, pisoteamos sus cultivos, les robamos caballos y carretas, les pedimos fruta y vino», escribía en su diario un soldado. «Si tiene mala suerte su casa es aplastada por las bombas y sus cultivos son devorados por el fuego.»<sup>56</sup> Los



soldados canadienses se pusieron a gritar indignados al descubrir que sus muertos habían sido desenterrados y les habían robado las botas.<sup>57</sup> Podía verse a los refugiados, desesperadamente ansiosos por comer carne, envolviendo perros muertos en papel de estraza.<sup>58</sup>

La lucha campal continuaba al sur de Catania a lo largo del río Simeto, donde las tropas de la División Hermann Göring y los paracaidistas alemanes presentaban batalla con la furia del que se siente acorralado.

—El enemigo es duro de pelar. Son una verdadera pandilla de bestias —decía un oficial británico—. Cuando conseguimos matarlos, vemos que tienen una expresión de burla en la cara.<sup>59</sup>

John Gunther describía a los *tommies* metidos en las «trincheras, chupando limones. La tierra aquí es de color caqui, y se confunden con ella». Todas las cosas blancas se escondían para evitar que atrajeran a los merodeadores de la Luftwaffe; al primer amago de ataque aéreo, los que estaban afeitándose se limpiaban incluso las jabonaduras con la toalla.

—¡Agáchate, chaval! —gritó un oficial escocés a un soldado que estaba al descubierto—. ¡Que te van a dar!

A muchos, desde luego, les dieron. Los muertos apuntaban las orillas llenas de juncos de los arroyos y las acequias, y un asqueroso camino hundido fue apodado el Callejón Maloliente porque estaba «empedrado de cadáveres». Los médicos ponían una inyección de morfina a los moribundos y esperaban a que murieran. «Resultaba difícil diferenciar a los muertos de los vivos», escribía el oficial al mando de un regimiento. «Me di cuenta de que podía distinguirse a unos de otros porque las moscas caminaban sobre las caras de los muertos».<sup>60</sup> El combate a corta distancia resultaba especialmente confuso en las viñas, que en aquellos momentos estaban totalmente llenas de hojas; las ametralladoras enemigas disparaban contra líneas fijas a pocos centímetros del suelo, levantando nubecillas de polvo e hiriendo a muchos en los pies y en las piernas.<sup>61</sup> Por la noche, a la luz de la luna, «las sombras que arrojaban las cepas parecían hombres en movimiento».<sup>62</sup>

El domingo 18 de julio por la mañana, Montgomery admitió que su acometida por la costa había entrado en un callejón sin salida. Las bajas del VIII Ejército eran casi cuatro mil, entre ellas setecientos muertos. Los intentos de hacer salir al enemigo mediante el lanzamiento de bombas incendiarias por parte de la RAF fracasaron porque la flora siciliana resultó lamentablemente resistente al fuego.<sup>63</sup> Tras ordenar que una sola división retuviera el frente del Simeto, Montgomery desvió algunas fuerzas de su XIII Cuerpo hacia el oeste en un nuevo intento de flanquear las defensas del Eje dividiendo otra vez su ejército. «Intensifico la

ofensiva por la izquierda, donde la resistencia no es tan fuerte. El enemigo está ahora acorralado en el extremo nordeste», escribía al oficial al mando de la 51.<sup>a</sup> División Highland el 21 de julio. «Te mando cincuenta mil cigarrillos como regalo para la división.»<sup>64</sup> Eisenhower, que había pronosticado la caída de Sicilia para finales de julio, empezaba a refunfuñar en Argel.

—¿Por qué no sigue adelante Monty? ¿Qué le pasa?<sup>65</sup>

Gunther podría habérselo dicho perfectamente: «Los dos bandos están cansados, y mientras que nosotros estamos al descubierto en la llanura, los alemanes están en alto, a cubierto».<sup>66</sup>

*Los alemanes están en alto, a cubierto.* En Sicilia quedó patente una verdad de perogrullo que seguiría siendo válida hasta el final de la guerra veintidós meses después: en ningún campo de batalla dictó la topografía el resultado de los combates tanto como en la Italia vertical. Los oficiales estudiaban sus mapas a escala 1:50.000 y se daban cuenta de que las líneas de contorno apretadas no sólo significaban laderas y subidas empinadas, sino tiroteo desde arriba y omnisciencia por parte del enemigo. Un *Gefreiter* con prismáticos Zeiss y un teléfono de campaña podía acribillar a todo bicho viviente que se pusiera a la vista.

De momento las casas encaladas y los tejados de la inalcanzable Catania seguían brillando en la calina del mediodía, a ocho kilómetros al norte, al final de un camino flanqueado de álamos temblones y fusiles invisibles. Más allá de la ciudad surgía la masa piramidal del Etna, misterioso e indiferente.

«¡CUÁNTO ME GUSTAN LAS GUERRAS!»

Patton estaba bastante alicaído a las afueras de Gela en una villa fascista confiscada, notable por el abundante surtido de camisas negras y por una ruidosa colección de pájaros tropicales encerrados en jaulas doradas. Hermosos tapices cubrían las paredes y el general en jefe del VII Ejército dormía en una sólida cama de cuatro postes. «Podemos seguir cómodamente sentados sobre nuestros culos mientras Montgomery termina la guerra, ¡me cago en Dios!», decía con tristeza un oficial de plana mayor.<sup>67</sup> No era probable que así fuera. El sábado 17 de julio por la mañana, Patton levantó su culo del asiento, agarró un mapa y voló a Tunicia, decidido a poner en combate otra vez a su ejército.

Encontró al general Alexander en su cuartel general de la aldea de La Marsa, en el extremo septentrional del golfo de Túnez. Una capilla cercana estaba consagrada al lugar en el que Luis IX de Francia había muerto de fiebre tifoidea en

1270 mientras dirigía la VIII Cruzada. Al otro lado de la bahía azul destacaba la silueta dentada del cabo Bon, donde dos meses antes habían buscado refugio los últimos fragmentos de los ejércitos del Eje antes de rendirse. Alexander y los oficiales de la plana mayor de su 15.º Grupo de Ejército —la nomenclatura reflejaba la suma de los dos que se hallaban subordinados a él, el VII y el VIII Ejército— ocupaban unas tiendas dispuestas en el jardín de tapias blancas y el huerto de naranjos de una villa legada a la reina Victoria por el bajá de Túnez. Los altos mandos alemanes habían utilizado la vivienda de la finca durante la ocupación, que duró siete meses; se habían alzado con los muebles, pero dejaron intactos los libros ingleses, entre ellos una colección de novelas de Benjamin Disraeli. Los oficiales ingleses de mayor rango cenaban ahora en el comedor, bajo un techo abovedado adornado de tracerías arabescas. «Ni ruido, ni preocupaciones, ni ansiedad... y una gran batalla en pleno desarrollo», anotaba en su diario ese fin de semana Harold Macmillan, el destacado diplomático inglés en el Norte de África. «Nadie alude nunca a este hecho, excepto ocasionalmente algún oficial americano de la plana mayor del general Alex, pero se entiende que progresa satisfactoriamente».<sup>68</sup>

No era eso lo que pensaba Patton. Desplegó su mapa ante Alexander y golpeó ligeramente con el dedo sobre un punto:

—¿Tengo que quedarme aquí y proteger la retaguardia del ejército inglés? —preguntó al general británico—. Quiero seguir adelante con esto y avanzar.<sup>69</sup>

El enemigo estaba «otra vez en pie». En el oeste de Sicilia quedaban sesenta mil soldados italianos, pero dos días antes Ultra había dejado patente que los alemanes tenían planes de abandonar la mitad de la isla: se había dado la orden de proceder con las demoliciones en Trapani, el pequeño puerto del noroeste de Sicilia donde había muerto el padre de Eneas.<sup>70</sup> La mejor manera de proteger el flanco de Montgomery, dijo Patton, sería dividir la isla mandando al VII Ejército hacia el norte, hacia Palermo. Un brillo atravesó su mirada al referirse a la ciudad más grande de Sicilia, situada en la costa septentrional de la isla, a ciento veinte kilómetros de Gela. En su mente veía a los tanques norteamericanos lanzarse desde las colinas onduladas y entrar en la plaza principal de Palermo con una brillantez que ni siquiera Erwin Rommel había logrado nunca. «La gloria de conquistar Palermo», señalaría más tarde Lucian Truscott, «atraía a Georgie Patton».<sup>71</sup>

Harold Alexander se puso a estudiar el mapa; movía la cabeza trasladándose mentalmente desde Catania, en el este, hasta la parte occidental de la isla pasando por el interior, por los cruces de caminos todavía no conquistados en torno a Enna. Exceptuando su fascinación por Kesselring —devoró una reseña biográfica

elaborada por los analistas de inteligencia de Ultra—, Alexander como general carecía de profundidad e incluso de curiosidad intelectual, y se basaba más bien en su proverbial sangre fría. «Es puro hueso del cogote para arriba»,<sup>72</sup> repetía un general británico, e incluso Brooke reconocía que «no tenía ideas propias».<sup>73</sup> Alexander, sin embargo, poseía una sólida reputación, construida al pie del cañón, y su aspecto externo estaba en consonancia con ella: siempre immaculado, inalterable, al mando de la situación. Su gorra de pronunciada visera de la Guardia Real, sus botas altas y los calzones «evocaban un aire de la Rusia zarista», decía un admirador, y de hecho en una ocasión había luchado contra los bolcheviques en Letonia como voluntario en una unidad de combatientes de origen alemán.<sup>74</sup> «Parecía que acabara de salir de un baño de vapor, de un masaje, de tomar un buen desayuno o de recibir una carta de casa», comentaba un periodista.<sup>75</sup> «Con su rostro bien formado, su nariz de delicadas ventanas, sus ojos ecuánimes y el bigote bien recortado, se le veía perfectamente sonrosado por debajo del bronceado.» Su «cabello castaño estaba lustrosamente cepillado, peinado con raya a la izquierda». Sólo unas pinceladas grises en las sienes y las bolsas violáceas debajo de los ojos recordaban que Alexander tenía cincuenta y un años y era responsable de varios cientos de miles de almas.

Se decía que era un «líder nato, no de los que se hacen».<sup>76</sup> Se decía también que era «un caballero de campo inglés, casi totalmente inculto, que no había leído un libro en su vida».<sup>77</sup> Se decía que no había aprendido a escribir su nombre hasta los diez años, pero ahora hablaba francés, italiano, alemán, ruso y urdu.<sup>78</sup> Se decía asimismo que «habría podido ser un general mejor si no hubiera sido un hombre tan encantador y tan profundamente caballeroso». Y se decía en fin que se había lanzado al ataque en treinta ocasiones durante la primera guerra mundial antes de que lo hirieran, y que, deseosos de tener su misma fortuna, a los irlandeses de la Guardia Real les gustaba pisar por donde él lo hacía cuando cruzaban por tierra de nadie. El médico de Churchill, lord Moran, decía incluso refiriéndose a él: «Ser inteligente no lo es todo». Fueran cuales fuesen las deficiencias de Alexander, Macmillan observaba que «posee la gran cualidad de ver las cosas claras».<sup>79</sup> Patton, que no se dejaba engañar así como así, anotó en su diario que Alexander «tiene una cabeza excepcionalmente pequeña. Quizá eso explique las cosas».<sup>80</sup>

Sin pensar ni por un momento en el disgusto que su orden de 13 de julio había causado a los norteamericanos, Alexander notó la tensión en la voz de Patton. Según confesaría más tarde, pensó que probablemente el impetuoso norteamericano decidiría al final actuar sin más por su cuenta y dijo:

—Al diablo con ello.<sup>81</sup>

En efecto, dudaba que los yanquis llegaran a conseguirlo. Como decía en una carta a Brooke, ni siquiera Eisenhower, Patton y otros altos mandos norteamericanos «son militares profesionales, no al menos en el sentido en que nosotros entendemos el término».<sup>82</sup> Pero Alexander no vio nada malo en permitirles seguir adelante. Con un gesto afirmativo de aquel hueso macizo que era su cabeza, tan bien peinada y excepcionalmente pequeña, dio rienda suelta a Patton.

Las tropas de Patton, un ejército sin freno, salieron al galope, en dirección oeste y norte. En realidad, muchos se habían saltado la barrera antes de contar con la aprobación de Alexander. El viernes, Patton había enviado una numerosísima fuerza de reconocimiento quince kilómetros hacia el norte siguiendo la costa hasta Agrigento, «la más hermosa de las ciudades mortales», según el poeta Píndaro, cuyos habitantes dormían otrora en lechos de marfil y enterraban a sus caballos favoritos en espléndidas tumbas, y cuyos templos dóricos de un delicado tono albaricoque casi no tenían parangón fuera de Grecia.<sup>83</sup> Los Rangers de Darby se concentraron en un huerto de almendros aproximadamente a dos kilómetros al norte del puerto de Agrigento, Porto Empedocle, y luego atacaron con cinco compañías como avanzadilla, seguidas de tres batallones de la 3.<sup>a</sup> División de Infantería de Truscott. Lanzándose sobre los puestos fortificados, derrotaron a sus defensores e hicieron seis mil prisioneros.<sup>84</sup>

Sin saber que Agrigento y su puerto habían caído, el acorazado ligero *Philadelphia* abrió fuego con todos sus cañones hasta que unos soldados desesperados se las arreglaron para disponer en el muelle unos barriles de petróleo formando las palabras YANK y U. S. ARMY, y pudiera verlos un avión de observación que sobrevolaba el lugar. Los marineros hicieron callar sus baterías y varios Rangers botarates, animados con unas cuantas copas de licor del país, salieron de una tienda de ropa de caballero vestidos con chisteras y elegantes trajes negros de boda.<sup>85</sup> Bastante más valiosas fueron tres cajas fuertes que se encontraron en el cuartel general de la Marina italiana;<sup>86</sup> tras arrojarlas por una ventana del segundo piso, los soldados las reventaron con herramientas de herrero, palancas, granadas de mano y piedras.<sup>87</sup> Dentro de ellas encontraron unos mapas de los campos de minas enemigos, manuales de codificación, y planes de demolición de Palermo y Mesina.

Las tropas del Eje que no fueron capturadas o muertas se replegaron. «Durante la noche del 17/18 de julio», reseñaba el diario de guerra del VII Ejército, «el enemigo desapareció de la vista a lo largo de toda la línea».<sup>88</sup> Truscott mandó

llamar a los oficiales al mando de sus regimientos, les ordenó que llegaran a Palermo en cinco días o menos, y luego les tendió una botella de whisky escocés para brindar:

—¡Por los chicos de la infantería americana!

Salieron otra vez al galope, de nuevo en dirección oeste y norte. Entre aquellos chicos de la infantería americana se encontraba un muchacho de diecinueve años, hijo de un aparcerero de Texas, que durante los dos años siguientes se convertiría en el soldado más famoso del ejército norteamericano. Tras abandonar la escuela en quinto grado, había trabajado recogiendo algodón y luego en una estación de servicio, y más tarde se había dedicado a reparar aparatos de radio. Hasta que se alistó, no había estado nunca a más de ciento cincuenta kilómetros de la casucha de cuatro habitaciones del condado de Hunt en la que vivía con sus diez hermanos. El ejército le había proporcionado un uniforme de cuyas mangas le sobraban casi quince centímetros y había pretendido convertirlo en cocinero. Cuando estaba haciendo la instrucción, echó con cajas destempladas a uno que llegó con la pretensión de venderle una póliza de seguros para reclutas diciendo:

—No tengo intención de que me mate nadie de ninguna manera y eso que me ofreces vale una pasta.

Todavía debía el dinero que le habían prestado para el funeral de su madre. Sus compañeros de barracón, allá en Estados Unidos, le habían puesto de mote «Baby» —pesaba cincuenta kilos escasos—, pero el apodo desapareció cuando fue ganando músculo. Aquella semana había sido ascendido... Ahora era el *cabo* Audie Leon Murphy.<sup>89</sup>

Andaba despacio, con los hombros encogidos, como si acechara una presa. La puntería de Audie Murphy se debía a su costumbre de cazar ardillas, pero pronto aprendería a localizar alemanes por el olor del humo de su tabaco.<sup>90</sup> El condado de Hunt había imprimido en él un carácter duro como el pedernal. «Nunca hubo tiempos de paz en mi vida, tiempos en los que las cosas fueran bien», diría más tarde. «No recuerdo haber sido joven nunca.» Cuando un capellán intentó acercarlo a Dios, Murphy contestó:

—Usted rece sus oraciones, y yo pegaré los tiros.<sup>91</sup>

Cuando el 1.er Batallón del 15.º Regimiento de Infantería se lanzó hacia el interior de Sicilia, pegó realmente sus primeros tiros al mando de una patrulla. Dos oficiales italianos salieron corriendo de un puesto de observación y, justo cuando montaban un par de caballos blancos, Murphy se tiró al suelo y se puso de rodillas. «Disparé dos veces», recordaba. «Los hombres cayeron de los caballos, fueron rodando un poco y se quedaron tiesos.» Muchos más se quedarían tiesos antes de

que Murphy regresara a Texas lleno de medallas, pero ya había perdido todas sus ilusiones. «Diez segundos después de que un soldado enemigo me pegara el primer tiro», decía, «el combate dejó de ser atractivo».<sup>92</sup>

A diferencia de Tunicia, donde las colinas llevaban por nombre su altura en metros, «aquí solía haber algún pueblo en la cima con un nombre *italianini* que nadie sabía pronunciar», escribía un sargento de artillería.<sup>93</sup> Uno tras otro, iban cayendo, a menudo sin necesidad siquiera de escaramuzas: Sciacca y Lercara Friddi o Castelvetro. La población local los saludaba ofreciéndoles higos, almendras y a veces con el brazo en alto al modo fascista.<sup>94</sup>

—¡Beso la mano! ¡Beso la mano! —murmuraban servilmente los campesinos con tal fervor que un comandante, harto ya de la frase, la prohibió.<sup>95</sup> Sábanas blancas ondeaban en todas las casas de Prizzi, donde Truscott compró una bonita silla de montar italiana como trofeo para Patton.<sup>96</sup> Soldados italianos pertenecientes a las divisiones Assietta y Aosta se rendían a millares, quejándose de la traición de los alemanes. «Parecía que nunca podíamos hacer lo suficiente para agradarles», explicaba un prisionero de guerra italiano.<sup>97</sup>

Emulando a la caballería pedestre de Stonewall Jackson, la infantería de Truscott cubría a diario cuarenta y cinco kilómetros o más con un calor que levantaba ampollas y en medio de un polvo «compuesto», según se decía, «de una mezcla de cal y estiércol de vaca».<sup>98</sup> «Marchamos a razón de casi ocho kilómetros por hora», decía en su diario un recluta del 15.º de Infantería. «¡Chico, cómo me cantan los pinreles!»<sup>99</sup> Las sucesivas filas de soldados le recordaban a Truscott las «olas del mar golpeando en la playa». Alexander hizo desde La Marsa un pequeño esfuerzo por moderar el avance, pero los oficiales de plana mayor del VII Ejército hicieron caso omiso de su mensaje.

—Subid a los carros y continuad —dijo Patton a las tripulaciones de sus acorazados—. No os detengáis más que para repostar.<sup>100</sup>

Omar Bradley desplegó de manera ostensible en el cuartel general de su II Cuerpo un mapa de Sicilia sobre el cual el territorio conquistado por las tropas estadounidenses estaba pintado de azul, en claro contraste con la zona, mucho más pequeña, de color rojo que ocupaban los ingleses.<sup>101</sup>

El 22 de julio, desde un atajo por las colinas que dominan Palermo, Truscott contempló entre la calina del mediodía aquella antigua ciudad. Los edificios y las casas de pisos se extendían por las laderas hacia el mar en un amasijo de color terracota con olor a naranja sanguina y humo. Se veían incendios danzar en las colinas más bajas, incluso en el Monte Pellegrino, provocados por la artillería o

por italianos de la retaguardia que quemaban municiones. Miles de refugiados hambrientos acampaban ahora en aquellas montañas; a juzgar por las caras de desesperación que había visto Truscott cuando salió de su puesto de mando en Corleone, no había gato en Palermo que estuviera a salvo del cuchillo de trinchar.<sup>102</sup>

En 535 d.C. Belisario había arrebatado la ciudad a los godos izando unos arqueros al palo mayor de sus naves con cuerdas y poleas, para que pudieran disparar sus flechas por encima de las fortificaciones del puerto. Ahora habría sido difícil que hiciera falta semejante estratagema. Palermo carecía de defensas, era como una fruta madura. El Commando Supremo había ordenado unas horas antes que diera comienzo la demolición del puerto, y Truscott podía escuchar el eco de las explosiones en los muelles. Dos regimientos de infantería estaban preparados ahí arriba para entrar en la ciudad, pero Patton había prohibido continuar con el avance hasta que llegaran los tanques que debían encabezar la procesión. «Estaba todo preparado para que Georgie pudiera hacer una entrada espectacular con tanques y toda la pesca», escribía Truscott a Sarah.<sup>103</sup>

Pasaban las horas. Los enviados italianos, vestidos con trajes raídos, iban y venían protegidos por banderas de tregua, buscando a alguien que aceptara la rendición de la ciudad. A las seis de la tarde, el VII Ejército autorizó que algunas patrullas de reconocimiento entraran en la ciudad y aseguraran los muelles. Truscott envió dos batallones.

Sus pasos resonaban por toda la ciudad, una ciudad llena de cadáveres y ruinas, desmembrada por meses y meses de bombardeos aliados. «Calle tras calle, podían verse las casas derruidas», decía un oficial en su diario.<sup>104</sup>

Manzanas enteras de escombros sin forma. Gabinete, dormitorio y cuarto de baño a la vista ... por obra del fantástico proyectil que derrumba la fachada y deja intacto el sombrero sobre el escritorio, el espejo en la pared, la botella de agua sobre la mesilla de noche.

Más de sesenta iglesias habían sufrido daños. En la Biblioteca Nacional había «estanterías enteras llenas de libros raros que yacían abiertos como granadas partidas por la mitad».<sup>105</sup> Había montones de escombros tan cerca del agua que las calles ya no podían ser reconocidas como calles, aunque una placa de mármol fija todavía en la pared de una casa hecha trizas indicara que Goethe había vivido allí en 1787. Cuarenta y cuatro barcos habían sido hundidos junto a los muelles de piedra reducidos a polvo. La explosión de un mercante cargado de munición había levantado una ola lo bastante potente como para arrojar otras dos naves contra la dársena. Los esqueletos de cientos de embarcaciones más pequeñas obstaculizaban



el puerto. Los equipos de rescate no tardarían en encontrar toneladas de minas terrestres sin explotar y otros pertrechos arrastrados por la corriente de la marea por el fondo fangoso del puerto.<sup>106</sup> En Piazza Vigliena, se encontraba formado un pequeño ejército de soldados italianos harapientos, a la espera de ofrecer su rendición. Curas vestidos con sotanas negras se postraban de rodillas y los pilluelos de Via Maqueda se ofrecían a cantar arias de Verdi a cambio de caramelos.<sup>107</sup> Las tropas norteamericanas se apoderaron de dos grandes camiones, uno lleno de máquinas de escribir y otro de turrón siciliano.<sup>108</sup> En los días venideros, se localizaría en Palermo medio millón de toneladas de pertrechos navales, entre otras cosas material embalado dirigido a Herr Rommel en Alejandría, Egipto, su destino hasta que El Alamein le hizo dar la vuelta.<sup>109</sup>

El general de división Geoff Keyes, el lugarteniente de Patton, llegó a los barrios periféricos del oeste de Palermo a las siete y cuarto de la tarde. Encontró a un general italiano, Giuseppe Molinero, secándose la frente empapada de sudor después de varias horas infructuosas intentando capitular. Como necesitaba un traductor, Keyes se agarró a un fotógrafo de prensa húngaro de nacimiento, llamado Endre Friedmann, más conocido como Robert Capa. Las negociaciones se vieron entorpecidas por la sencilla razón de que Capa no hablaba italiano.

—¡Basta ya de cháchara, soldado! —exigió Keyes en un momento dado—. ¡Quiero una rendición incondicional y la quiero ya!

Pero no tardaron en aclararse las cosas.

—El general Molinero dice que no puede más y que no va a seguir luchando.

Por desgracia, el general no tenía poder para rendir a todas las fuerzas existentes en Palermo. Keyes metió a Molinero en su vehículo de reconocimiento; habían atado a la antena de la radio una funda de almohada requisada a un ama de casa siciliana, pero había quedado demasiado floja, de modo que pusieron a un asistente con una sábana atada a una caña de pescar mientras se dirigían al Palacio Real, en Via Vittorio Emanuele.<sup>110</sup> Al verlos, los soldados italianos prorrumpían en vítores y los civiles arrojaban flores y limones. Al general que debían encontrar no había forma de encontrarlo —los eficientes hombres de Truscott lo habían detenido ya—, de modo que el agotado Molinero accedió a excederse en su autoridad. Por fin cayó Palermo, formal y definitivamente. Keyes se registró en el Hotel Excelsior Palace, tomó un baño y se acostó.<sup>111</sup>

Patton lo despertó a las diez de la noche, con un termo en la mano, aturdido todavía después de hacer su entrada en la ciudad también con lanzamiento de flores y limones. «Resulta muy emocionante entrar en coche en una ciudad conquistada en la oscuridad», apuntó en su diario. Patton se trasladó a los aposentos que ocupaba el

rey en el palacio, cenó con el champaña arrebatado a los alemanes y las raciones K se sirvieron en una vajilla de porcelana perteneciente a la Casa de Saboya. Construido por los sarracenos y ampliado por los normandos en el siglo XII, el Palacio Real constituía una morada apropiada, aunque algo polvorienta, para un héroe conquistador. «Alrededor del palacio viven dependientes de todo tipo, que saludan con el brazo en alto a la manera fascista», anotó Patton.<sup>112</sup>

«La ocupación del oeste de Sicilia debe considerarse completa», advertía tristemente Kesselring a Berlín el 24 de julio.<sup>113</sup> Desde el ataque contra Agrigento y la captura de la máxima autoridad naval de Trapani —que entregó su espada y sus prismáticos de campaña—, las bajas norteamericanas ascendían en total a menos de trescientas; habían sido muertos o heridos unos dos mil trescientos soldados del Eje, y otros cincuenta y tres mil habían sido hechos prisioneros, casi todos ellos italianos. Pero era un triunfo muy magro, estratégicamente insignificante, y la mirada de Patton enseguida se dirigió hacia el este, donde debía producirse la verdadera lucha por Sicilia. El 26 de julio, mientras tomaban whisky con soda en el Palacio Real, el general en jefe confesó a Truscott que desde luego «le gustaría darle una buena tunda a Montgomery en Mesina».<sup>114</sup>

De todas formas, saborearon el momento. «Habrás adivinado dónde estoy y qué he estado haciendo», decía Truscott en una carta a Sarah. «Ha sido una gran experiencia y hemos abierto los ojos a muchos.» Patton resumía sus sentimientos a Bea en cinco palabras: «¡Cuánto me gustan las guerras!».<sup>115</sup>

## ATRAPAR AL JEFE DE LOS DIABLOS

Tras meses de aplazamientos y desacuerdos, el alto mando aliado todavía no había pactado lo que iba a hacer con el ejército angloamericano del Mediterráneo, formado por un millón de hombres, una vez acabada la campaña de Sicilia. En la Conferencia Tridente celebrada en Washington, la Junta de Jefes del Estado Mayor Conjunto —con el beneplácito de Roosevelt y Churchill— había dado instrucciones a Eisenhower para que elaborara un plan «calculado para eliminar a Italia de la guerra y retener al mayor número posible de fuerzas alemanas». El primer ministro creía que cualquier plan de esas características debía incluir una invasión de la Italia continental. Había intentado apabullar a Eisenhower con esa finalidad, y también había intentado apabullar al presidente.

—Ningún objetivo puede competir con la conquista de Roma —insistía Churchill.<sup>116</sup>

En una visita relámpago a Argel después de Tridente, y en innumerables mensajes con posterioridad, había sostenido que si Berlín era privada de su aliado más incondicional, las tropas alemanas se verían obligadas a sustituir a varias decenas de divisiones italianas que ocupaban los Balcanes y el sur de Francia; ello, a su vez, habría debilitado las defensas de Hitler en Europa occidental antes de que se produjera el ataque de los Aliados a través del Canal de la Mancha, previsto en principio para la primavera de 1944. Si se necesitaban más soldados para la campaña de Italia, Churchill estaba dispuesto a recurrir a las tropas inglesas de Oriente Medio.<sup>117</sup> Si se necesitaban más barcos para el transporte y el aprovisionamiento de ese ejército invasor, estaba dispuesto a quitar a los ingleses la comida de la boca desviando los cargueros hacia Italia. «Resultaría muy duro para mí pedir al pueblo británico que redujera sus raciones una vez más, pero lo haría encantado», aseguraba.<sup>118</sup> Cuando Eisenhower respondió de mala manera a aquellas lisonjas, Churchill lamentó que el general en jefe de los Aliados «se pusiera malo sólo de pensar en la idea».

A medida que la retórica del primer ministro se hacía más enfebrecida, las metáforas se acumulaban. El 13 de julio, insistiendo en llevar a cabo una acción audaz lo más arriba de la bota de la península Italiana que fuera posible, Churchill declaró:

—¿Por qué deberíamos extendernos como plaga de langosta por la pierna subiendo desde el tobillo? Golpeemos mejor en la rodilla ... Diga a los expertos en planificación que empiecen por estar dispuestos a arriesgarse dando el primer paso.<sup>119</sup>

En privado reconocía que «los americanos consideran que los hemos llevado al huerto con eso del Mediterráneo... pero ha resultado un huerto bien bonito. Han cogido melocotones aquí, albaricoques allá... ¡Verdaderas monadas! ¡Deberían estar agradecidos!».<sup>120</sup> («Muchas de esas monadas», comentaría luego un alto mando del ejército norteamericano, «tenían gonorrea».<sup>121</sup>)

En el mes de mayo, Eisenhower se había mostrado propenso a trasladar el combate a la Italia continental. Pero la cautela de George Marshall, la fijación crónica de Churchill con los Balcanes, y el inminente regreso a Inglaterra de siete divisiones británicas y norteamericanas, según lo acordado en Tridente, hicieron que se lo tomara con calma. El mismo resultado tuvieron las evaluaciones contradictorias de su plana mayor. Un estudio de los servicios de inteligencia de finales de junio llegaba a la conclusión de que la «población italiana está harta de la guerra y es apática, ve pocas esperanzas de victoria ... y cada vez es más hostil al control creciente de los alemanes». Los bombardeos, los desembarcos anfibios y

una marcha rápida sobre Roma «podrían causar perfectamente el hundimiento de la voluntad de resistir de los civiles»; si Italia se venía abajo, las fuerzas alemanas «se retirarían y la resistencia encontrada sería escasa».<sup>122</sup> Pero el jefe de los servicios de inteligencia de Eisenhower advertía el 25 de junio «que las indicaciones actuales dicen que Alemania pretende reforzar Italia».<sup>123</sup> Tres días después, su jefe de operaciones le avisaba de que «el terreno por el que nos veríamos entonces obligados a abrirnos paso hacia el norte es muy montañoso y difícil en extremo».<sup>124</sup>

El éxito obtenido en Sicilia se dejó notar. Tras hacerse con un primer punto de apoyo en la Europa ocupada, los hombres más prudentes de Washington, Londres y el Norte de África sintieron el impulso eufórico de volver a tirar los dados. El 17 de julio, poco después de que Patton abandonara la entrevista con Alexander en Tunicia, Eisenhower convocó una conferencia de altos mandos en La Marsa. Sin excesiva deliberación, acordaron aconsejar a la Junta de Jefes de Estado Mayor Conjunto —Eisenhower los llamaba los CharlieCharlies— que «las operaciones deberían trasladarse a la Italia continental».<sup>125</sup> Eisenhower tramitó la recomendación al día siguiente y al mismo tiempo canceló una propuesta de invasión de Cerdeña. El 20 de julio, los Charlie-Charlies dieron su consentimiento,<sup>126</sup> y volvieron a ponerse los dados en juego.<sup>127</sup>

Seguían sin resolver algunos problemas de importancia vital, y se produjeron a continuación muchos regateos. ¿En qué lugar de Italia debía desembarcar la hueste invasora? La conquista del gran puerto de Nápoles era trascendental, pero el golfo de Nápoles había sido fortificado con cincuenta grandes cañones y se encontraba justo fuera del alcance de los Spitfires que despegaran de Sicilia. La cobertura aérea de la flota invasora se consideraba indispensable. Los memorandos fueron y vinieron a través del Atlántico, y desde allí hasta el Norte de África y viceversa, con intercambios de acusaciones de conservadurismo, ortodoxia y paparruchas tácticas. Lo que se echaba en falta era un estudio de investigación de cálculo estratégico: ¿Qué pasaría si los alemanes luchaban por cada colina y valle de Italia? ¿Hasta dónde debían llegar los ejércitos aliados en Italia? ¿Qué beneficios iba a acarrear la conquista de Roma, aparte de grandes titulares? ¿Era posible derrotar a Alemania combatiendo en Italia? ¿Podía convertirse Italia en un callejón sin salida estratégico?<sup>128</sup>

De momento, hacía falta analizar mejor las cosas. Respecto al lugar donde debía producirse el ataque, Eisenhower se centró en un amplio golfo a unos cincuenta kilómetros de Nápoles y precisamente a doscientos ochenta y cinco del nordeste de Sicilia: un Spitfire provisto de un tanque de combustible extra tenía un

radio de acción de casi doscientos noventa kilómetros, que le dejaban diez minutos de tiempo de combate antes de que el piloto se viera obligado a regresar a la base para repostar. «Si se decide emprender tales operaciones», recomendaba la plana mayor del CGFA el 24 de julio, «el asalto debería llevarse cabo en el Golfo de Salerno».<sup>129</sup> Dos días después los CharlieCharlies aceptaban, autorizando una invasión en Salerno «en la fecha más temprana posible» después de la conquista de Sicilia.<sup>130</sup>

Churchill estaba encantado. «Estoy con vosotros en cuerpo y alma», decía a Marshall en un telegrama. Pero el primer ministro tenía echado el ojo a un premio más gordo que Salerno o que Nápoles.

—Roma —había dicho a Eisenhower—, es el blanco al que hay que apuntar.<sup>131</sup>

El hombre que estaba en ese blanco era un espectro del otrora poderoso Duce, a quien incluso Hitler había mostrado deferencia y afecto. Su palidez cenicienta y las mejillas hundidas hacían que Benito A. A. Mussolini pareciera mayor de los cincuenta y nueve años que en realidad tenía y que no se asemejara apenas al «diablo jefe» del que hablaba Roosevelt. Seguía afeitándose la cabeza, pero más para ocultar las canas que como ostentación de virilidad fascista.<sup>132</sup> Debido a su vanidosa negativa a utilizar gafas, los discursos de Mussolini eran preparados con una máquina de escribir especial que tenía unas letras enormes.<sup>133</sup> Las úlceras de duodeno —algunos decían que eran «de origen sifilítico»<sup>134</sup>— llevaban atormentándolo casi dos décadas, y su dieta consistía ahora sobre todo en fruta hervida y tres litros de leche al día. Un oficial alemán destinado en Roma comunica que «a menudo, durante una conversación su rostro se descomponía de dolor y tenía que llevarse las manos al estómago».<sup>135</sup> En otro tiempo había demostrado su vigor a los fotógrafos poniéndose a segar grano o frotándose el pecho desnudo con nieve. Ahora, por temor a los atentados, vivía confinado al Palazzo Venezia, en una habitación trasera con los cristales teñidos y los techos pintados con los signos del zodiaco.<sup>136</sup> A veces se entretenía con su amante, Clara Petacci, la exuberante hija del médico del papa, de hermosos ojos verdes, cuyo guardarropa estaba lleno de *negligées* y boas de plumas de ganso seleccionadas personalmente por Mussolini.<sup>137</sup>

Había subido muy alto desde su modesta infancia como hijo del herrero de un pueblo del bajo valle del Po, y caería todavía más bajo antes de que acabara su rato de lucimiento en el escenario. En su juventud errante había sido socialista declarado, fanfarroneando por las calles con unos nudillos de hierro en el bolsillo y recitando largos pasajes de Dante. Su política evolucionó hacia el

ultranacionalismo y la creación de los Fasci di Combattimento, que fundó en Milán en 1919, los precursores del partido fascista que lo condujo al poder en 1922. A finales de los años veinte, erradicó el gobierno parlamentario italiano para convertirse en tirano absoluto —*il Duce*, el Caudillo— dando astutamente cabida al Vaticano y a la monarquía popular del rey Víctor Manuel III. Dotado de una mente rápida de autodidacta y una rimbombante oratoria, elevó la confianza en sí misma de la nación, estabilizó la lira, construyó un ejército moderno, e incrementó la producción agrícola saneando grandes extensiones de tierras pantanosas. Los trenes, como era proclamado a los cuatro vientos, llegaban puntuales. Su invasión de Etiopía en 1935 contribuyó a acabar con la Liga de las Naciones; dio alas a Hitler demostrándole con cuánta facilidad podían ser acobardadas las democracias occidentales y refrendando el *Anschluss* de Alemania y Austria. La gratitud del Führer dio paso a la firma del Pacto de Acero en mayo de 1939. «Crear, obedecer, combatir», decía el lema fascista, y cientos de miles de italianas entregaron sus alianzas matrimoniales para que fueran fundidas en aras del esfuerzo bélico de Mussolini.<sup>138</sup> En los cines de Italia, los espectadores se levantaban al unísono cada vez que el Duce aparecía en la pantalla durante los noticiarios; exigía además que los italianos se levantaran durante la retransmisión radiofónica de los comunicados de las fuerzas armadas, que a menudo se ofrecían a la una de la tarde, para asegurarse un público cautivo en los restaurantes.<sup>139</sup>

Últimamente el país estaba derrumbándose debido principalmente a las malas noticias que llegaban. Las aventuras coloniales de Italia en Eritrea, Somalia, Abisinia y el Norte de África habían sido ruinosas. Además, sin informar a Berlín, Mussolini había invadido Grecia, sólo para tener que solicitar la ayuda de Alemania con el fin de evitar la catástrofe. Roma declaró la guerra a la débil Francia en 1940, pero treinta y dos divisiones italianas no pudieron superar a tres divisiones francesas en el frente de los Alpes.<sup>140</sup> La fuerza aérea italiana había quedado aniquilada en Libia; dos terceras partes del ejército italiano que combatía en Rusia habían sido destruidas; según se decía, el 40 por 100 de los soldados italianos que había en Creta carecía de botas;<sup>141</sup> y tres cuartas partes de la marina mercante habían sido hundidas en la batalla perdida de antemano que suponía el reabastecimiento del Norte de África. Las materias primas, desde el algodón hasta el caucho, eran suministradas ahora por los alemanes, que proporcionaban a Italia incluso el combustible que permitía zarpar a sus buques de guerra.<sup>142</sup> Cerca de 1,2 millones de soldados italianos prestaban servicio en diversos frentes del extranjero, y otros ochocientos mil en la propia Italia; pero pocos tenían agallas para defender a su patria, y menos todavía para luchar en una guerra mundial. La valoración de un

alto mando alemán con fecha 30 de junio concluía: «La médula del ejército italiano<sup>143</sup> ha sido destruida en Grecia, Rusia y África ... El valor de combate de las unidades italianas es escaso».<sup>144</sup>

Desde diciembre de 1942, Mussolini había instado en vano a Hitler a que se retirara del Frente Oriental, e incluso a que firmara una paz por separado con Moscú. Ahora que las bajas en el frente se acercaban a las trescientas mil, Italia se veía en la «ridícula posición de no poder ni hacer la guerra ni hacer la paz».<sup>145</sup> El 18 de julio, el Duce telegrafió a Berlín: «El sacrificio de mi país no puede tener como principal objetivo retrasar un ataque directo contra Alemania».<sup>146</sup> Un día después, en una entrevista organizada precipitadamente en Feltre, a unos ochenta kilómetros de Venecia, se exigió incluso un sacrificio mayor. A las once de la mañana, Hitler se lanzó a pronunciar un errático monólogo en el que reconoció tener «dos ideas» respecto a la forma en que debía defenderse Sicilia, aun insistiendo en que la Operación Husky debía convertirse en «una derrota catastrófica, un Stalingrado» para los angloamericanos. Treinta minutos después, un oficial italiano, del que se dice que estaba «blanco de emoción», lo interrumpió para informar a Mussolini en un aparte de que una incursión aérea masiva acababa de arrasar Roma.<sup>147</sup>

Planeado desde hacía varios meses, aquel primer ataque contra la capital fue dirigido contra el apartadero del Littorio, un amplio nudo ferroviario en forma de reloj de arena por el que pasaba la mayor parte del tráfico que unía Roma por tren con Sicilia y el sur de Italia. «Sería una tragedia que destruyéramos San Pedro», había dicho Marshall a finales de junio, «pero sería una calamidad que no destruyéramos la zona de enganche».<sup>148</sup> Más de quinientos bombarderos cargados con mil toneladas de potentes explosivos despegaron de las bases del Norte de África y de Pantelleria. Se propuso a los aviadores católicos renunciar a participar en la misión; unas pegatinas rojas en los mapas de navegación destacaban la posición del Vaticano y de diversos lugares históricos con la leyenda: «No deben ser dañados». Aun así, un capellán católico se situó en una de las pistas y gritó a los B-26 que despegaban:

—¡Mandadlos al infierno!<sup>149</sup>

Y al infierno los mandaron. Mientras el papa Pío XII contemplaba la operación con sus prismáticos y el rey observaba el cielo por un telescopio —«¡Mirad!», exclamó el monarca. «¡Qué formación más perfecta!»<sup>150</sup>—, las bombas hacían trizas el Littorio, pero también daban a un barrio obrero vecino.

—¡Han sido los americanos! —exclamó un niño herido mortalmente—. ¡Qué hijos de puta!<sup>151</sup>

(Al día siguiente un programa de la BBC arremetía violentamente contra los yanquis subrayando que el ataque había sido exclusivamente norteamericano.)<sup>152</sup> Se calculaba que las víctimas mortales oscilaban entre las setecientas y las tres mil, siendo mucho mayor el número de heridos.<sup>153</sup> Una sola bomba de quinientos kilos cayó sobre la basílica de San Lorenzo, empezada a construir en el siglo IV y considerada una de las iglesias más hermosas de Roma. La explosión destruyó la fachada, causó daños en los frescos del siglo XII, e hizo que cayeran sobre la nave el entramado del tejado, vigas rotas y ladrillos. Los curas corrían por las calles envueltas en llamas asperjando los escombros con agua bendita.<sup>154</sup>

En Feltre, Hitler siguió divagando durante dos horas ante un estupefacto Mussolini mientras los cortesanos entraban y salían a toda prisa trayendo las últimas noticias de Roma. Finalmente el Duce se levantó para regresar a la capital.

—Luchamos por una causa común, Führer —dijo.<sup>155</sup>

Una semana después, el domingo 25 de julio, Mussolini llegó a su enorme despacho del Palazzo Venezia a las ocho de la mañana. Concedió el indulto a dos partisanos que habían sido condenados y estudió su compendio diario de interceptaciones telefónicas e informes de confidentes.<sup>156</sup> Después de tomar un almuerzo consistente en caldo y fruta hervida, tranquilizó a su esposa, que estaba inquieta, asegurándole: «El pueblo está conmigo»; luego se mudó de ropa, cambiando el uniforme verde grisáceo de Primer Mariscal del Imperio por un traje azul oscuro y sombrero. El rey había pedido que fuera a verlo.<sup>157</sup>

El Duce se había enfrentado pocas veces a desafíos como los que ahora lo asediaban.<sup>158</sup> El día anterior había luchado durante diez horas a brazo partido con el Gran Consejo del Fascio, un falso parlamento de su creación, cuyos miembros se habían reunido por última vez en 1939. Los esfuerzos de Mussolini por restar importancia a los reveses sufridos en Sicilia y en otros lugares provocaron miradas de reproche. Vestidos con camisas negras de tipo sahariana, los consejeros habían votado por diecinueve sufragios a favor, siete en contra, y una abstención, la propuesta de pedir al rey que se pusiera al frente de las fuerzas armadas italianas.<sup>159</sup>

—Cuando mañana le cuente lo que ha pasado esta noche, el rey dirá: «El Gran Consejo está contra ti, pero el rey estará a tu lado» —les advirtió Mussolini antes de abandonar la sala—. ¿Y entonces qué será de vosotros?

Poco antes de las cinco de la tarde, el convoy formado por tres automóviles del Duce subió a toda velocidad por la Via Salaria, al norte de Roma, en dirección a Villa Savoia, la gran finca de caza del siglo XVIII. Allí vivía por entonces el rey, en un bonito palacio amarillo rodeado de pinos y encinas. Mussolini bajó de su sedán



Alfa Romeo e indicó con un gesto a sus guardaespaldas que lo esperaran fuera de la cancela. No se fijó en que había varias decenas de *carabinieri* escondidos detrás de los setos junto al palacio.<sup>160</sup>

Diez siglos de endogamia real habían obrado seriamente en perjuicio de Víctor Manuel III. Con su metro y medio escaso de estatura, unas piernas mal formadas y una inteligencia atrofiada, se decía que era «taciturno y desconfiado», «tan insensible como el mármol bajo el chorro del agua corriente».<sup>161</sup> Mussolini, que había sido su socio durante más de dos décadas, lo llamaba privadamente «la sardinilla».<sup>162</sup> En aquellos momentos tenía setenta y tres años, y lo que más le gustaba era hablar de la caza del rebeco en los Alpes o de cómo una vez había cazado veintiocho becasas en la finca del rey de Nápoles.<sup>163</sup> Pero aquella tarde de domingo la conversación debía tratar necesariamente de política; Víctor Manuel hizo pasar al Duce a su despacho, a la puerta exterior del cual pegó su oreja un secretario.<sup>164</sup>

Después de unas cuantas vaguedades, con algunas frases intercaladas en dialecto piamontés, el rey abordó por fin el meollo de la cuestión. Mussolini debía dimitir. Pensaba sustituirlo por el mariscal Pietro Badoglio, antiguo jefe de las fuerzas armadas.

—Querido Duce, la situación ya no tiene remedio. En este momento eres el hombre más odiado de Italia. No te queda ni un solo amigo, excepto yo —dijo el monarca. Y encogiéndose de hombros añadió—: Lo siento, pero no cabía otra solución.<sup>165</sup>

Aunque no llegaba al metro setenta, Mussolini parecía una torre al lado de su rey.

—Ha tomado usted una decisión extremadamente seria ... El golpe infligido a la moral del ejército será grande —y antes de dar media vuelta, añadió—: Soy plenamente consciente de que el pueblo me odia.

En el vestíbulo, el monarca estrechó la mano de Mussolini y cerró la puerta mostrando un aspecto más consumido que nunca.

—Eso no ha estado nada bien —observó la reina Elena.<sup>166</sup>

Mussolini cruzó el patio y se dirigió a su coche, pero fue interceptado por un capitán de los *carabinieri*.

—Duce, he recibido de Su Majestad la orden de proteger su persona.

Una ambulancia vino marcha atrás desde el inicio del camino, con la puerta trasera abierta. El oficial cogió a Mussolini del brazo.

—Debe usted entrar ahí.

Al poco rato el vehículo bajaba por la Via Salaria y atravesaba las calles del centro de Roma. Cruzó a toda velocidad el Tíber hasta el cuartel de la policía de Trastevere, a cuya entrada había unos guardas con la bayoneta calada. Mussolini salió de la ambulancia con los brazos en jarras y permaneció con los puños en las caderas mirando el eslogan pintado en una pared del patio: *Credere, Ubbidire, Combattere*.<sup>167</sup>

Pocos minutos después, lo metían de nuevo en la ambulancia y se lo llevaban a otro cuartel, en Via Legnano. Una vez allí, fue escoltado hasta una pequeña habitación. Se negó a probar bocado y se quejó de que le dolía el estómago.

—Mi persona física ya no me interesa —dijo Mussolini a un médico llamado para examinarlo—, sólo mi personalidad moral.

A las once de la noche apagó la lámpara, pero aún podía verse una luz encendida en la habitación contigua, donde había un centinela de guardia. Un teléfono cercano no paraba de sonar. Nadie respondió.

A las once de la noche un boletín radiofónico hizo que los romanos, locos de alegría, se echaran a la calle, en pijama o en camisón, a pesar del toque de queda.

—¡Ciudadanos, despertad! —gritaban por la Via del Tritone—. ¡Mussolini se ha acabado!<sup>168</sup>

Los desconocidos se abrazaban y se ponían a bailar sobre el empedrado de las plazas. Las banderas tricolores ondeaban en los camiones que pasaban por las calles, los soldados entonaban cantos políticos que no se oían desde hacía veinte años, y el populacho —«gritando todas las invectivas existentes en el vocabulario romano»— daba patadas y puñetazos a los muros del Palazzo Venezia, sumido en la oscuridad, como si fuera el propio edificio el que hubiera causado su desgracia. Las luces de las linternas recorrían el balcón ahora vacío en el que el pavo real parlante había adoptado tantas poses. Ardían hogueras alimentadas con los muebles saqueados de la sede del partido fascista.

—*Viva l'Italia* —tronaban, y unos cuantos soldados alemanes, convencidos de que se había acabado la guerra, se unieron a las celebraciones.

«No se veía ni una sola persona por Roma luciendo los distintivos fascistas», escribía el mariscal Badoglio, que sucedió a Mussolini como jefe del estado.<sup>169</sup> «El fascismo cayó, como correspondía, igual que una pera podrida.» Incluso el periódico de Mussolini sustituía el lunes por la mañana la habitual fotografía del Duce que aparecía en la portada por otra de Badoglio.<sup>170</sup>

El nuevo régimen tranquilizó inmediatamente a Berlín asegurándole que el Pacto de Acero seguía en pie y que Italia continuaría con vigor la guerra contra los angloamericanos. Pocos lo creían. «El Duce entrará en la historia como el último

romano, pero detrás de esa figura ingente un pueblo de gitanos ha ido a la ruina», decía en su diario Joseph Goebbels. «Lo único cierto en esta guerra es que Italia la perderá.»<sup>171</sup>

Pero en Roma una mujer joven hablaba por todo un país cuando el 26 de julio escribía en su diario: «Italia ya ha tenido suficientes héroes».<sup>172</sup>

## FIEBRES DE ORIGEN DESCONOCIDO

Patton se había instalado cómodamente en el Palacio Real de Palermo, rematado por azoteas. Metros y metros de alfombra roja tapizaban los pasillos flanqueados de sillas con la tapicería de seda y de espejos dorados con el escudo de armas de los Saboya grabado en sus lunas. Media docena de antecámaras abovedadas separaban el dormitorio de Patton del inmenso comedor de gala, y una serie de heroicos óleos representando los Trabajos de Hércules decoraba una sala de juntas del tamaño de un campo de baloncesto.<sup>173</sup> Durante la misa en la Capilla Palatina —el escritor Guy de Maupassant había comparado pasear por el coro y el presbiterio con el hecho de penetrar en una joya<sup>174</sup>—, Patton se arrodilló bajo el techo de espléndido artesanado de madera y oró ante el Cristo Pantocrátor.<sup>175</sup>

Le pidió fuerza —«Sé que he sido designado para hacer grandes cosas», decía en una carta a su cuñado<sup>176</sup>—, pero lo que más deseaba en el fondo de su corazón era Mesina, a doscientos cincuenta tortuosos kilómetros hacia el este. El golpe contra Roma, aunque había supuesto una sorpresa agradable, no había tenido muchas repercusiones sobre el campo de batalla en Sicilia: ningún alemán había sido destituido, y eran sobre todo los alemanes los que bloqueaban los caminos que conducían a Mesina. El 23 de julio, tras reconocer que el VIII Ejército necesitaba ayuda, Alexander autorizó a los norteamericanos que atacaran por el este a lo largo de dos rutas más o menos paralelas: la Carretera 113, que bordeaba la costa norte, y la Carretera 120, que discurría por el interior. Patton envió a Franklin Roosevelt un mapa medio roto de Sicilia perteneciente al Cuerpo de Ingenieros con una gruesa línea verde que mostraba que el VII Ejército ocupaba más de la mitad de la isla «a 26 de julio». Sobre la cifra de prisioneros capturados y de armas requisadas, una flecha apuntaba hacia Mesina con una nota en lápiz azul escrita con la letra desigual de Patton: «¡Así lo esperamos!». En su respuesta el presidente proponía «que, una vez acabada la guerra ... te haré marqués del Monte Etna».<sup>177</sup>

Con la victoria en el oeste de Sicilia, la fama que Patton ansiaba tan ardientemente era por fin suya. Tanto el *Time* como *Newsweek* habían publicado su foto en la portada aquel mismo mes. «Monty apenas figura para nada en los

periódicos», le decía Bea el 30 de julio.<sup>178</sup> «Todo el mundo se pregunta qué está haciendo y por qué no sigue adelante.» El ejército de Patton superaba en aquellos momentos los doscientos mil hombres, pero la verdadera gloria requería audacia.<sup>179</sup> «Tengo un sexto sentido para la guerra, como solía tenerlo para la esgrima», decía a su esposa.<sup>180</sup> «Además también deseo arriesgarme.» Si arriesgarse costaba vidas, *c'est la guerre*. A Bradley, cuyo II Cuerpo había encontrado una dura resistencia alemana en el centro de la isla, le aconsejaba que, si podía llegar a Mesina «a costa de perder más hombres» un solo día antes, «los perdiera». Y en una carta a Middleton, oficial al mando de la 45.<sup>a</sup> División, de 28 de julio añadía: «Esto es una carrera de caballos en la que está en juego el prestigio del ejército de Estados Unidos. Debemos tomar Mesina antes que los ingleses».<sup>181</sup> Cuando los soldados capturaron una flota de coches oficiales Volkswagen, Patton ofreció a Hewitt repartírselos con él si la Marina le ayudaba a llegar a Mesina primero.<sup>182</sup>

Cada mañana, su cabalgata blindada salía audazmente de Palermo, levantando estelas de polvo por los campos de Sicilia. Unas veces en la Carretera 113 y otras en la Carretera 120, Patton saltaba del coche oficial con sus radios y sus mapas de colgar, levantando las manos cruzadas sobre la cabeza como un boxeador y exhortando a sus legiones a avanzar hacia el este. Cuando las bombas enemigas estallaban cerca, volvía a tomarse el pulso, llenándose de reproches a sí mismo si notaba la más mínima aceleración.<sup>183</sup>

—Tienes ojos de asesino, como yo —dijo a un capitán de artillería herido que se encontraba en la sala de un hospital cerca de Palermo—. ¡Vuelve al frente lo antes que puedas!<sup>184</sup>

Cuando visitó otra sala llena de hombres con los miembros amputados, un ordenanza lo encontró sollozando en la letrina.<sup>185</sup> «Resulta duro ser un alto mando del ejército y un héroe a la vez», decía a Bea.<sup>186</sup>

El estrés hacía mella en él. Siempre irascible cuando se le subía la sangre a la cabeza, en aquellos momentos parecía errático y abusivo. En una ocasión llegó a un estrecho puente en el que el avance de los tanques de la 2.<sup>a</sup> División Acorazada se había visto obstaculizado por un campesino que llevaba un carro de mulas; Patton rompió su bastón de paseo en la cabeza del hombre, ordenó a un auxiliar que pegara un tiro a la mula, y luego que arrojaran la carreta y el cadáver del animal al río que pasaba bajo el puente. Se cuenta que cuando el equipo encargado de manejar un cañón corrió a buscar protección en un grupo de árboles en el curso de un ataque aéreo de los alemanes, Patton se los llevó de nuevo a su puesto a punta de pistola.

—¡Volved a vuestro cañón, malditos cobardes! —rugió—. ¡Y si volvéis a dejarlo solo, os pego un tiro yo mismo!<sup>187</sup>

Cuando el oficial de una compañía del 16.º de Infantería que había renunciado a ser evacuado a pesar de tener unos forúnculos infectados en la pierna fue multado por Patton por quitarse aquellas ridículas polainas, el rumor se corrió rápidamente entre los soldados, que se sintieron ofendidos.<sup>188</sup>

—¡Hijo de puta! —incurrió a uno de los mejores jefes de batallón de Truscott—. ¿Por qué diablos no te mueves, me cago en Dios?<sup>189</sup>

Lo sacaba particularmente de quicio que se llevara en la cabeza algún tipo de prenda no autorizada. Unos hombres del 12.º Escuadrón de Meteorólogos que intentaban desatracar la puerta de proa de un LST en el puerto de Palermo se quedaron de piedra cuando Patton les arrancó de la cabeza las gorras de faena que llevaban puestas y las tiró al agua. Una vez que encontró a un soldado del 26.º de Infantería que llevaba un gorro de lana debajo del casco, se puso a aullar:

—¡Quítate ese gorro, me cago en Dios, y deja pasar a mis asesinos!<sup>190</sup>

Por la noche regresaba a su palacio, a su porcelana con las armas de los Saboya y a la alfombra roja, donde encantaba a los oficiales de la plana mayor sentados a la larga mesa de comedor contándoles divertidas anécdotas de sus campañas pasadas. Luego, se levantaba de repente y decía:

—Hablemos de mañana.<sup>191</sup>

Y después de hablar de mañana y de trazar sus planes de batalla, salía al balcón situado detrás del enorme escritorio de palisandro de su despacho. A sus pies estaba su feudo, la ciudad cruel en la que durante más de un siglo la Inquisición había tenido su cuartel general, en la que los mafiosos obligaban a los pobres a pagar una cuota por el derecho a pedir limosna en las escaleras de las iglesias, y en la que por simple diversión unos inmigrantes africanos habían sido arrojados a unas tinajas de cal.<sup>192</sup> Los viejos se sentaban ante mesas cubiertas de paño verde en la noche bochornosa, jugando a las cartas y bebiendo sorbos de vino negro como la tinta.

—Las guerras no las gana la apariencia de virtud — comentaba Patton—. ¡Si no, en menudo aprieto me vería yo!<sup>193</sup>

Meticuloso e incluso detallista en su manera de combatir, Patton era descuidado hasta un punto rayano en la indiferencia por lo que respecta a los elementos más prosaicos relacionados con la dirección de un ejército. La logística topó en Sicilia con múltiples y diversas complicaciones. En algunos sectores los artilleros sufrieron una desesperante escasez de bombas para sus cañones, mientras que se les acumulaban montañas de munición para armas cortas. Las lecciones aprendidas en

el Norte de África fueron olvidadas rápidamente en Sicilia, empezando por la falta de un sistema disciplinado de avisos de incursiones aéreas; en Palermo un solo cañonazo provocó el «éxodo total de los trabajadores portuarios», que salieron corriendo a los refugios.<sup>194</sup> Patton «no se molesta nunca en pensar en cosas así», anotaba John Lucas en su diario.<sup>195</sup>

En ningún sector del VII Ejército habría podido hablarse con más razón de SNTJ, LCERJ y JMDLH que en el ámbito absolutamente vital de la logística sanitaria. «Parece un loco conduciendo un vehículo a toda velocidad sin parar a rellenar el depósito ni a cambiar el aceite», comunicaba un cirujano de alta graduación del CGFA.<sup>196</sup> Una fuerza de combate de más de doscientos mil hombres disponía sólo de tres mil trescientas camas hospitalarias, cifra tan inadecuada que muchos casos de menor importancia eran evacuados al Norte de África para su tratamiento y los veintitrés mil soldados hospitalizados durante la Operación Husky solían estar amontonados unos encima de otros. Los servicios sanitarios tenían sólo la mitad de las ambulancias que necesitaban; y escaseaban mantas y material para entablillar.<sup>197</sup> El número de roturas y de pérdidas de suministros médicos era enorme.<sup>198</sup>

Sicilia no perdonaba. Muchos soldados perdían medio kilo de peso al día debido al calor, la deshidratación y los problemas intestinales: el VII Ejército parecía que se iba a chorros. La renuencia crónica a curar cortes y contusiones se llamaba simplemente «enfermedad siciliana».<sup>199</sup> El CGFA adoptó un complejo código para denominar las diversas afecciones y la situación general de los pacientes: «RNS» significaba «recuperación no satisfactoria»;<sup>200</sup> «DR», «deterioro rápido». Los soldados evacuados a Estados Unidos mandados a «ZI», «Zona de Interior»,<sup>201</sup> y las pólizas de seguro emitidas por el gobierno provocaban muchos comentarios irónicos.

—Tengo que escribir a la vieja esta noche —decía un soldado después de salvarse de milagro de la muerte— y decirle que ha vuelto a perderse otra vez los diez mil dólares.<sup>202</sup>

Las tropas de Truscott aprendieron a escribir con tinta su nombre y su número de serie en las polainas, recurso que resultaba más duradero en caso de explosión que las chapas de identificación.<sup>203</sup> Los más afortunados ensalzaban su buena suerte. «Quizá te alivie por lo pronto saber que sigo entero y verdadero y que no me falta *ninguna* pieza», decía en una carta a su mujer un soldado gravemente herido a finales de julio.<sup>204</sup>

Los menos afortunados tenían que fiarse de los esfuerzos de los médicos y enfermeras que trabajaban en condiciones terribles. Los cirujanos operaban iluminándose con linternas eléctricas, colgando sábanas blancas en el quirófano para que reflejaran más luz. Tras pasarse una hora observando cómo los cirujanos amputaban miembros, Frank Gervasi, reportero de la revista *Collier's*, recordaba el escueto lema de Erasmo *Dulce bellum inexpertis*, «Dulce es la guerra para quienes no tienen experiencia de ella».

—¿Qué tal estoy, enfermera? —preguntó un chico de dieciocho años de la 3.<sup>a</sup> División que había resultado herido

La mujer le dio un beso en la frente y contestó:

—Estás bien, soldado.

El muchacho sonrió levemente:

—Sólo quería informarme —dijo. Poco después murió.<sup>205</sup>

Un médico describía a las víctimas de quemaduras diciendo que llegaban reducidas a «un montón ceniciento de ropas, piel y pelo abrasado».<sup>206</sup> Un soldado que había quedado achicharrado le dijo:

—Apuesto a que he perdido mi bronceado.

Para muchos, el tratamiento consistía en una inyección de morfina y una «M» pintada en la frente con yodo.<sup>207</sup>

En aquellos momentos la «M» adquiriría una connotación distinta, más siniestra. En 1740, el escritor Horace Walpole hablaba de «una cosa horrorosa llamada *mal'aria*», que afligía a Italia cada verano.<sup>208</sup> Antes de la guerra, la Fundación Rockefeller había publicado un estudio en dieciséis tomos en el que destacaba sobre todo esta enfermedad, que mataba a tres millones de personas cada año; Italia, infestada de mosquitos de la variedad *Anopheles maculipennis* —pronto abreviado «Ann» en la jerga de los reclutas<sup>209</sup>— tenía los índices más elevados de malaria del Mediterráneo.<sup>210</sup> La quinina llevaba usándose desde hacía siglos para reducir los síntomas febriles de la malaria, pero el suministro estadounidense de esta sustancia procedía casi exclusivamente de las plantaciones de quinos de las Indias Orientales, controladas en aquellos momentos por los japoneses. Los científicos norteamericanos encargados de buscar un sustituto analizaron catorce mil componentes, entre ellos varias decenas cuya efectividad fue ensayada con voluntarios de las cárceles; el mejor sustitutivo resultó ser una sustancia sintetizada originalmente por la industria alemana del tinte a la que se dio el nombre comercial de Atabrine.<sup>211</sup>

Los soldados detestaban aquella cosa, que bautizaron con el nombre de «hiel amarilla».<sup>212</sup> Sabía amarga, daba náuseas, volvía la piel amarilla, y se rumoreaba que causaba impotencia e incluso esterilidad. Muchos soldados dejaron de tomarla, la disciplina profiláctica se relajó, y la dosificación adecuada no fue bien entendida. Además, algunos expertos en el control de la malaria no llegaron a Sicilia hasta varias semanas después de la invasión.<sup>213</sup> Por otra parte, los soldados se despreocuparon de cubrir la piel expuesta al aire durante la noche. Las mallas protectoras escaseaban y los repelentes contra los insectos resultaban ineficaces: las tropas estaban convencidas de que «a los mosquitos de Sicilia les encantaban».<sup>214</sup>

Cuando zarpó la flota, se quedaron en el Norte de África más de mil soldados infectados de malaria antes de que diera comienzo la Operación Husky. El 23 de julio, los médicos detectaron el primer caso contraído en Sicilia.<sup>215</sup> A comienzos de agosto, estaban aquejados del mal miles de soldados que tenían fiebre y se hallaban medio aletargados. Se producirían diez mil casos en el VII Ejército, y casi doce mil más en el VIII.<sup>216</sup> (La llanura pantanosa de Catania resultó particularmente dañina.) En una palabra, el 15.º Grupo de Ejército sufrió en Sicilia más bajas por malaria que por heridas de guerra.<sup>217</sup> Un especialista en historia de la medicina llega a la conclusión de que «el historial patológico del VII Ejército en Sicilia es uno de los peor elaborados por cualquier ejército norteamericano en campaña durante la segunda guerra mundial».<sup>218</sup> Como los soldados sufrían también dengue, ántrax y fiebres de Malta, distinguir una enfermedad de otra resultaba tan difícil que a muchos pacientes se les diagnosticaba simplemente «fiebre de origen desconocido»,<sup>219</sup> que los soldados darían pronto en llamar «FOD».<sup>220</sup>

Entre los enfermos ingresados en el hospital de campaña de la 45.ª División se encontraba «un tío canijo y bajito vestido con el mono de faena del ejército, cargado con su petate».<sup>221</sup> Los médicos diagnosticaron en un principio a Ernie Pyle malaria, luego disentería, y por último escribieron «fiebre del campo de batalla», dolencia que a todas luces se debía al «exceso de polvo, mala alimentación, falta de sueño, agotamiento, y tensión nerviosa inconsciente que afecta a todos los que están en una zona de frente». Como tantos otros, Pyle había sido testigo de escenas que lo atormentaban física y espiritualmente. Resultaba en particular lúgubre un campo sembrado con los cadáveres de doscientos soldados italianos y alemanes cuyos penes, hinchados por el rígor mortis, «mostraban unas erecciones enormes, hasta el punto de que algunos salían por los botones de sus mugrientos pantalones».

La estancia de casi una semana en un hospital de campaña traería consigo escenas todavía más espantosas. «Traían a nuestra tienda a agonizantes, hombres cuyos estertores de muerte silenciaban cualquier conversación y hacían que nos



quedáramos todos pensativos», escribía Pyle. A la salida de un quirófano de campaña había una zanja «llena de mangas de camisas y piernas de pantalones ensangrentadas que los cirujanos habían retirado a los heridos». Pyle señalaba «hasta qué punto la suciedad y el agotamiento reducen el rostro humano a un mismo denominador común. Todos los tipos que traían tenían la misma cara». Entre los pacientes en camilla sólo uno «extremadamente rubio» parecía distinto, «como una flor en una fila de hierbas». Los médicos cubrían los rostros de los moribundos con una fina gasa blanca. Pyle recordaría largo tiempo a un paciente en particular:

Dejaron al agonizante completamente solo, tumbado allí en su camilla sobre el suelo, en un pasillo, porque la tienda estaba llena ... La soledad de aquel hombre pasando los últimos minutos de su vida era lo que me atormentaba.

En esas circunstancias, Patton llegó al 15.º Hospital de Evacuación, cerca de Nicosia, a realizar una visita a primera hora de la tarde del martes 3 de agosto. Había empezado bien la mañana, con un mensaje de Eisenhower diciéndole que iba a serle concedida la Cruz al Servicio Distinguido por su heroico comportamiento en Gela durante el contraataque del 11 de julio.<sup>222</sup> En el trayecto por la Carretera 113 desde Palermo, antes de torcer hacia el interior de la isla en dirección a Nicosia, Patton observó que «el olor de los muertos por el camino es muy perceptible».<sup>223</sup>

Un olor bien distinto era el que procedía de la tienda de primeros auxilios del hospital de campaña, un olor a desinfectante, a sangre y a heridas purulentas. Una luz verde se filtraba por la lona, y el sonido de la respiración afanosa llenaba la sala, como si las propias paredes de la tienda suspiraran.<sup>224</sup> Al general Lucas, que acompañaba a Patton como enviado del CGFA, le llamaron la atención aquellos «chicos valientes, llenos de dolor y confusión» en sus camastros, entre ellos uno que «había perdido el brazo derecho a la altura del hombro. Todavía era víctima del shock y estaba llorando ... Un general tiene que desarrollar, si puede, una piel muy dura, pero a veces resulta difícil».

En una banqueta en medio de la sala estaba sentado un recluta del 26.º de Infantería, Charles H. Kuhl.<sup>225</sup> Kuhl, que en la vida civil era instalador de moquetas en Indiana, llevaba ocho meses de soldado y había sido destinado a la 1.ª División a comienzos de junio. Tras ser examinado en el puesto de socorro de su batallón el día anterior, le habían administrado amital sódico —un barbitúrico que induce al sueño— antes de ser trasladado al 15.º Hospital de Evacuación, y su diagnóstico inicial decía: «Estado de psiconeurosis y ansiedad: moderado severo. El soldado ha

estado ya dos veces con anterioridad en el hospital en los últimos diez días. Evidentemente no soporta el frente». Una evaluación más perspicaz revelaría que Kuhl padecía malaria, diarrea crónica, y que tenía treinta y nueve grados de fiebre.

Patton preguntó a Kuhl dónde le dolía. El soldado se encogió de hombros. Más que herido estaba «nervioso», dijo.

—Supongo que no puedo aguantarlo —añadió.

Para asombro de médicos y pacientes, Patton abofeteó al hombre con sus guantes plegados.

—¡Cobarde! ¡Sal inmediatamente de esta tienda! —gritó—. ¡No puedes estar aquí con estos americanos valientes que han sido heridos!

Agarró a Kuhl por el cuello de la camisa, lo llevó a rastras hasta la entrada de la tienda y, para rematar, lo echó dándole una patada con la punta de sus botas de montar.

—¡No admitan a este hijo de puta! —bramó—. ¡No quiero cabrones gallinas como éste escondiendo su piojosa cobardía por aquí, apestando con su presencia este lugar de honor!

Lanzando gritos alternativamente a los médicos y al desmayado Kuhl añadió:

—¡Devolvedlo a su unidad de inmediato! ¿Me oyes, cabrón sin agallas? Te vuelves al frente.<sup>226</sup>

Al punto se le pasó la cólera. Patton regresó a su coche oficial y se marchó, pensando ya en el mensaje que iba a mandar a sus subordinados: «Un pequeñísimo número de soldados va al hospital con el pretexto de que los nervios les impiden combatir. Esos hombres son unos cobardes y arrojan el descrédito sobre el ejército y la deshonra sobre sus compañeros». El recluta Kuhl sería evacuado para recibir tratamiento en el Norte de África; regresó al 26.º de Infantería y once meses después participó en el desembarco de Normandía; cuando acabó la guerra trabajó en la fábrica South Bend hasta que murió de un ataque al corazón en 1971 a los cincuenta y cinco años.<sup>227</sup> Lucas, que no vio «nada serio» en el incidente, regresó a los pocos días a Argel y olvidó mencionárselo a Eisenhower. En su diario, Patton escribió lo siguiente a propósito del recluta Kuhl: «Lo mandé al diablo ... Uno tiene a veces que pegar a un niño para enderezarlo».

Una semana después, el 10 de agosto, se produciría un estallido de cólera similar en circunstancias casi idénticas en el 93.º Hospital de Evacuación, cerca de Santo Stefano, en la costa del norte de la isla.<sup>228</sup> El recluta Paul G. Bennett, artillero de Carolina del Sur que se había alistado antes de lo de Pearl Harbor, había sido evacuado del 17.º Regimiento de Artillería de Campaña a pesar de solicitar a los médicos que lo dejaran con su unidad. Deshidratado, en estado febril y angustiado

debido a las graves heridas sufridas por un compañero, mostraba un aspecto «de confusión, debilidad y desmayo». A la una y media de la tarde, durante una visita inesperada a la tienda de primeros auxilios, Patton se dio de manos a boca con el tembloroso Bennett, que intentaba mantener la posición de firmes sentado en su camastro.

—Son los nervios —dijo el soldado—. Oigo cómo se aproximan las bombas, pero no puedo oírlas explotar.

—¿De qué habla este hombre? ¿Qué le pasa? —preguntó Patton.<sup>229</sup>

El médico que lo atendía cogió su informe clínico, pero antes de que le diera tiempo a contestar, Patton explotó:

—¡Los nervios, demonios! No eres más que un cobarde, ¡me cago en Dios! ¡Gallina, hijo de puta! —gritó—. Tendrían que llevarte al paredón y fusilarte. Debería pegarte un tiro yo aquí mismo, ¡me cago en Dios!

Sacó la pistola de su funda y se la puso a Bennett delante de la cara, y luego lo golpeó con la palma de la mano. Una enfermera se abalanzó contra el general, pero un médico la detuvo.

—Quiero que eche a este hombre de aquí ahora mismo —dijo Patton al oficial al mando del hospital, coronel Donald E. Currier, que había acudido a la tienda al oír el escándalo. Patton dio media vuelta con la intención de marcharse, pero entonces se giró de nuevo hacia Bennett golpeándolo con fuerza suficiente para que el casco del soldado saliera por los aires y perdiera el forro. Unos instantes después, en una sala contigua, Patton estalló en sollozos:

—¡No lo puedo evitar! Me saca de quicio veros a vosotros, mis valientes. —Y alzando la voz casi hasta ponerse a chillar añadió—: ¡Me hierve la sangre al pensar que puedan colmar de mimitos a un puto gallina de éstos!<sup>230</sup>

Cuando regresó a su automóvil, Patton le dijo a Currier:

—No quiero ver a esos cobardes cabrones rondando por el hospital. ¡Probablemente algún día tengamos que fusilarlos a todos, si no queremos criar una pandilla de gilipollas!

Un reportero del *Daily Mail* de Londres que llegó en aquel momento oyó a Patton decir:

—No existe nada de eso que llaman neurosis de guerra o no sé qué. Es una invención de los judíos.<sup>231</sup>

El furibundo general en jefe del ejército se dirigió al cuartel general del II Cuerpo de Omar Bradley.

—Siento llegar con retraso, Bradley. Por el camino me he detenido en un hospital. Había allí un par de tíos que se hacían pasar por enfermos.<sup>232</sup>

Había tenido que pegarle a uno, añadió, «para enseñarles un poco lo que es tener agallas».<sup>233</sup>

Pocos casos de castigos corporales serían más estudiados con lupa, analizados y condenados que los dos incidentes de las bofetadas propinadas por Patton en Sicilia en agosto de 1943. Aunque es probable que el general sufriera también un ataque de nervios producido por el estrés, no por ello su conducta deja de ser menos «inexcusable y brutal», en palabras del coronel Currier.<sup>234</sup> Patton se había cubierto de oprobio a sí mismo y de paso también al ejército que tanto amaba, y durante décadas su nombre prácticamente no podría ser pronunciado sin evocar no sólo su gloria en el campo de batalla, sino también su conducta censurable, indigna de un norteamericano.

Por lo pronto, los sucesos ocurridos en aquellos dos hospitales de campaña llenos de calor y malos olores serían ocultados a la opinión pública, aunque no tardarían en correr rumores entre la soldadesca. El recluta Bennett volvió al frente después de una semana de descanso y de consejos pastorales.

—¡No se lo digan a mi esposa! —suplicó.<sup>235</sup>

Bradley recibió el informe inicial del 93.º Hospital de Evacuación y ordenó:

—Guárdenlo en mi caja fuerte —en un acto de negligencia y de lealtad mal entendida. No era probable que la caja fuerte pudiera guardar el secreto mucho tiempo.<sup>236</sup>

En cuanto a Patton, no mostró el menor remordimiento ni parece que hiciera examen de conciencia. Tras golpear al recluta Bennett, dijo a su plana mayor y escribió en su diario: «Hubiera salvado su alma, si la tuviera».<sup>237</sup>

## UN GRAN PESAR

Mientras Patton se enfrentaba a sus propios demonios, la batalla de Sicilia seguía haciendo estragos, o mejor dicho los estragos eran cada vez mayores.

—¡Hostia! —exclamó un oficial británico—. ¡Menuda cuestecita!<sup>238</sup>

Aquella queja valía para todo aquel territorio yermo de cuestas empinadas, picachos de calcita y escarpaduras volcánicas. «Espero que algún día podamos luchar cuesta abajo, aunque sólo sea para variar», decía un capitán del 16.º de Infantería en una carta a su familia el 30 de julio.<sup>239</sup> Las laderas alfombradas de chumberas se alternaban con barrancos y crestas afiladas. Los incendios que arrasaban las hierbas del monte —provocados por lanzallamas cargados de napalm

con el fin de sacar de sus madrigueras a la infantería alemana, al menos en una ocasión<sup>240</sup>— teñían el cielo de rojo y perfumaban el aire con el olor de los alcornoques chamuscados.<sup>241</sup>

Las demoliciones realizadas por el enemigo hacían que el terreno fuera todavía peor. Sólo en el sector norteamericano se calculaba que habían sido volados ciento sesenta tramos de puente, «todo el maldito puente de puntal a puntal».<sup>242</sup> Ernie Pyle señalaba que «los alemanes eran también más pródigos con las minas de lo que lo habían sido en Tunicia». El mineral de hierro existente en el terreno volcánico que rodeaba el Etna volvía locos a los detectores de metal, y los ingenieros alemanes hicieron además gala de su ingenio cada vez más diabólico, colocando minas Teller en los baches de las carreteras, por ejemplo, y cubriéndolas con asfalto.<sup>243</sup> Bien es verdad que los italianos luchaban con menos coraje incluso a raíz del derrocamiento de Mussolini. «Las tropas están cansadas y han perdido la fe», notificaba a Roma un general italiano el 31 de julio.<sup>244</sup> Pero los cuarenta mil alemanes que había por entonces en la isla no mostraban signos de flaqueza. El tableteo de los martillos neumáticos y de las taladradoras podía oírse por todas las colinas de la Línea Etna, un arco de puestos fortificados que, rodeando el flanco meridional del volcán, se extendía desde San Fratello, en la costa norte, hasta el mar Jónico, por encima de Catania.<sup>245</sup>

La superioridad aérea y naval de los Aliados no significaba mucho en las montañas. Antes bien, la mula se convirtió en el territorio montañoso en el equivalente del indispensable DUKW. Los soldados peinaban los campos en busca de forraje, albardas y cualquiera de las famélicas cabalgaduras del país: un solo batallón de infantería que librara una batalla durante una semana en aquellos descampados carentes de carreteras podía necesitar varios centenares de mulas para transportar alimentos, agua y municiones. Un oficial británico, alabando el «agudísimo oído» de los animales y su «sagacidad para elegir el terreno», hablaba de las mulas con tanta admiración que casi se le saltaban las lágrimas:

—Compartían con los hombres los peligros y las privaciones sin que las sostuvieran ideales ni esperanzas, y sin tener ni siquiera una vida sexual como compensación.<sup>246</sup>

Otros se mostraban más cautos: un manual del ejército de Estados Unidos advertía que la mula es un animal «inquieto y feo», y que «probablemente quiere saber por qué va a morir».<sup>247</sup> Un caso típico era el de un animal llamado Líos, que un adiestrador de la 45.ª División describía como «el montón de cuero más terco de Sicilia».<sup>248</sup> La montura personal de Bill Darby, Capullito, le mordía el trasero «cada vez que intentaba montar en ella».<sup>249</sup> (Unos Rangers bromistas hicieron

tragar un montón de pastillas de Bazedrina a un nido de pulgas llamado Blanquita, que luego sería rebautizada Almirante de Guerra.)<sup>250</sup> Los esquiladores de mulas cualificados eran máspreciados que los tiradores de precisión. «La manera de hacer que una mula se comporte como es debido», señalaba un soldado, «es morderle las orejas».<sup>251</sup> Un antiguo veterinario de la 45.<sup>a</sup> División organizó su reata de mulas con números de serie y marcas de identificación, e incluso recompensaba las «actuaciones destacadas» ascendiendo a los animales más valientes a cabo o sargento.<sup>252</sup> No obstante, había una barrera lingüística infranqueable que confundía a muchos soldados. «Las mulas no sabían hablar inglés», se lamentaba un oficial del 180.<sup>o</sup> de Infantería. «De hecho tuvimos que buscar algunos intérpretes de mulas italianas para poder manejarlas.»<sup>253</sup>

«Colinas y más colinas, y polvos, verdaderas nubes de polvo», escribía Ted Roosevelt a Eleanor a finales de julio.<sup>254</sup> «En estos momentos es blanco y los hombres parecen payasos de circo.» Kesselring continuaba enviando nuevas unidades a la isla, añadía Roosevelt.

Ellos están frescos y nosotros cansados ... El soldado que lleva días y días sin parar subiendo cuevas, andando y combatiendo, está completamente agotado. Eso es lo que les pasa ahora a algunas de nuestras unidades ... Como decía Nicías cuando los atenienses emprendieron la retirada en esta misma isla [en 413 a.C.]: «Los hombres hacen lo que pueden y aguantan lo que deben».

Con el flanco derecho de los ingleses bloqueado todavía en Catania y la principal fuerza de Montgomery arrastrándose penosamente monte arriba por las estribaciones del volcán, el avance de los norteamericanos hacia Mesina siguió los dos ejes paralelos ordenados por Alexander. Por el ala izquierda del VII Ejército, la 3.<sup>a</sup> División de Truscott relevó el 31 de julio a la 45.<sup>a</sup> en la Carretera 113 que bordeaba la costa. Más al sur, la 1.<sup>a</sup> División de Terry Allen había tomado Enna, que los alemanes abandonaron después que las fuerzas canadienses amenazaran con rebasar la ciudad, y había avanzado hacia la Carretera 120. Una vez allí, la división dobló casi en ángulo recto hacia el este, tomando Gangi, Sperlinga y Nicosia, donde las tropas enemigas, armadas con hachas, arrasaron las tiendas e incluso las iglesias antes de retirarse.<sup>255</sup> Con una carabina en el regazo, Roosevelt viajó a Nicosia en su *Rough Rider* para tomar un poco de vino y queso con sus oficiales en el despacho del alcalde.<sup>256</sup> Un fragmento de metralla le había astillado un par de dientes, pero, según decía George Biddle, «canturreaba y musitaba entre dientes retazos de canciones y pasajes de poesía en francés, latín e inglés», al tiempo que se lamentaba de la falta de cultura «en este mundo de prisas».<sup>257</sup>

Cada pueblo se cobraba su precio. La 1.<sup>a</sup> División había sufrido casi mil seiscientas bajas desde que comenzara la Operación Husky hacía tres semanas, esto es, prácticamente un soldado de cada diez. Un teniente del 16.<sup>o</sup> de Infantería que había perdido buena parte del codo derecho debido a la explosión de una granada, estuvo caminando toda la noche hasta que un centinela le dio el alto cerca de un puesto de primeros auxilios: incapaz de recordar el santo y seña del día, el teniente «simplemente se puso a maldecir como un auténtico soldado raso americano hasta que lo reconocieron y lo dejaron pasar».<sup>258</sup> John Hersey, de la revista *Time*, oyó en Nicosia cómo un soldado que casi había perdido el hombro de un tiro decía a un compañero ciego:

—Volvamos allá y cojamos a esos cabrones.

El ciego vaciló y contestó:

—La vista es una cosa muy delicada.<sup>259</sup>

Meneando su bastón mientras pasaba cojeando entre las tropas, Roosevelt se fijó en «lo ancha que les venía la ropa y sus caras de cansancio». Se había difundido la noticia de que diecinueve hombres habían muerto a manos de los alemanes a consecuencia del truco de la bandera blanca;<sup>260</sup> la ira y la sed de sangre se habían propagado, junto con el extraño rumor de que los B-17 iban a bombardear el cráter del Etna para enterrar en lava al enemigo.<sup>261</sup> La artillería rugía veinticuatro horas al día y los fogonazos de los cañones se repetían como un relampagueo incesante a lo largo de las líneas. «Sembrar de bombas aquellas colinas», escribía Hersey, «era como sacudir un traje viejo para hacer salir a los piojos».<sup>262</sup> Todos los soldados de a pie aprobaban aquel tiroteo tan profuso.

—No me importa estar pagando impuestos el resto de mi vida —decía un recluta—. Más vale que lo que les echen encima sea eso, a que me echen a mí.<sup>263</sup>

Cada mañana los camiones del pan traían novecientas hogazas de una panadería cercana a Gela, y luego regresaban cargados de cadáveres al cementerio provisional de Ponte Olivo. Por la noche los soldados se amontonaban en busca de calor bajo las tiendas improvisadas con mantas para ocultar la brasa de sus pitillos a la vista de las patrullas enemigas. «Aquí vivimos, luchamos y morimos juntos en una piña de camaradería como no existe en ninguna otra parte», decía el capitán Joseph T. Dawson, del 16.<sup>o</sup> de Infantería, en una carta a su familia el 31 de julio. Pero la camaradería traía también consigo la soledad y las inseguridades que atormentan a los soldados en el campo de batalla. «Me sorprende a mí mismo saltando ante cualquier pretexto que me permita salir de la zona de peligro», decía

un oficial de intendencia en su diario el 27 de julio.<sup>264</sup> «¡Diablos, me doy asco a mí mismo! Si supiera cómo, haría que me mandaran realizar cualquier misión realmente peligrosa, a ver si era capaz de aguantarla.»<sup>265</sup>

*Los hombres hacen lo que pueden y aguantan lo que deben.* Patton creía que la eficacia de una división de infantería disminuía al cabo de dos semanas de combate ininterrumpido «debido a la pérdida de fusileros y a la fatiga»;<sup>266</sup> la 1.<sup>a</sup> División había empezado ya su cuarta semana de combate. «Cuando se acabe todo esto», pensaba un soldado, «no me importaría volver a Wisconsin y pasarme el resto de mi vida cuidando vacas». Como tantos otros, Ted Roosevelt también encontraba alivio pensando en otros lugares. «¿Ha cubierto la hiedra de Boston la fachada de nuestra casa? ¿Cómo están los tejos?», preguntaba a Eleanor. «Planta frutales. Los árboles viejos están condenados a morir pronto.»<sup>267</sup>

Las ciudades sicilianas «colgaban de las cimas de las colinas como si fueran gorras medio rotas encasquetadas en la cabeza de un viejo», escribía Don Whitehead, de Associated Press.<sup>268</sup> Ninguna de esas gorras medio rotas estaba más alta que Troina, a más de veinte kilómetros al nordeste de Nicosia, en la Carretera 120, y la ciudad de la isla situada a mayor altitud. Allí, la 15.<sup>a</sup> División Panzer de Granaderos se había detenido después de que diera comienzo la retirada del oeste de Sicilia tres semanas antes. Las lluvias torrenciales caídas el 29 de julio habían aumentado el caudal de los arroyos y habían inundado los caminos, ralentizando la persecución de los norteamericanos. Los regimientos de granaderos utilizaron aquel respiro para construir puestos fortificados y poner minas en los terrenos altos situados al norte y al sur de Troina, que se convirtió en pivote trascendental de la Línea Etna. Cuatro baterías de artillería ocuparon los barrancos situados al este de la población y se colocaron vigías vestidos de uniforme de campaña de color gris en las dos torres de la iglesia normanda que dominaban la plaza y ofrecían una vista panorámica del Etna. Para unos defensores bien armados el panorama que se divisaba por el oeste resultaba todavía más impresionante: cualquier atacante que llegara en esa dirección se vería encajonado en un trecho de la Carretera 120 de cinco kilómetros de largo totalmente desprovisto de árboles. Los doce mil habitantes de Troina huyeron a las colinas o se fortificaron en sus achaparradas casas de piedra.

A ocho kilómetros al oeste de allí, en Cerami, una aldea situada en lo alto de otra colina, el sábado 31 de julio por la tarde, Terry Allen estudiaba con sus prismáticos ese mismo sector de carretera desprovisto de árboles hasta que desaparecía en el reducto brumoso dominado por dos torres normandas, instalado



en la siguiente cima. El intenso aroma de los eucaliptos y las adelfas invadía la decrepita escuela del pueblo, que ahora servía de puesto de mando de la 1.<sup>a</sup> División. Los eslóganes fascistas cubrían las paredes del aula, que temblaban por el contundente estruendo de la batería Long Tom de 155 mm, situada en las inmediaciones.<sup>269</sup> Dentro de una especie de huevos de oca dibujados en un mapa táctico, Allen garabateó la letra «E» donde pensaba que estaba escondido el enemigo. «Aquella era la resistencia más obstinada que habíamos encontrado hasta la fecha», había dicho a los periodistas.<sup>270</sup> «La caída de Nicosia», él la llamaba Nicodemo, «probablemente signifique que los alemanes tengan que retirarse a su próximo cruce de carreteras, Troina».

Allen esperaba que, con suerte, el enemigo contraatacara antes de que diera comienzo el ataque aquella misma noche, exponiéndose a sus Long Tom y otros tipos de cañones. Pero los servicios de inteligencia norteamericanos creían ahora que los alemanes iban a seguir replegándose hacia Mesina a través de Troina. «Los alemanes están muy cansados, tienen pocas municiones, han sufrido muchas bajas y andan con la moral por los suelos», concluía el G-2 de la 1.<sup>a</sup> División el 29 de julio. Ese mismo día el II Cuerpo había comunicado: «Hay indicios de que Troina está mal guarnecida»;<sup>271</sup> también los refugiados afirmaban que había pocos soldados alemanes ocupando la ciudad. Allen había planeado rodear Troina con dos regimientos de infantería apoyados por 175 piezas de artillería, pero aquellos informes alentadores y la facilidad de la toma de Cerami lo habían inducido a reducir el ataque a un solo regimiento, el 39.<sup>o</sup> de Infantería, que le había prestado la 9.<sup>a</sup> División varios días antes.<sup>272</sup> Los vuelos de reconocimiento podrían haberle comunicado las verdaderas dimensiones de las fortificaciones alemanas, pero la última película había sido enviada al Norte de África para su revelado y las fotos impresas todavía no habían llegado a Sicilia.<sup>273</sup>

—Uno da las órdenes y la división las ejecuta —dijo Allen a los periodistas—. Todo lo demás es suerte.<sup>274</sup>

Un ligero silbido se escapó de sus mejillas perforadas.

Con sus andares de hombre curtido en la silla de montar, Allen se dirigió a un bosquecillo de olivos cercado a unos cien metros del puesto de guardia. «Esta guerra es realmente un trabajo desagradable», había escrito a su esposa, Mary Fran, dos días antes: «Hay largos períodos de dura actividad y los momentos de relajación que tiene la 1.<sup>a</sup> División son pocos y están muy separados unos de otros».<sup>275</sup> A pesar de todo, estaba previsto un descanso. Bradley tenía pensado sustituir a la Gran Pelirroja con el resto de la 9.<sup>a</sup> División, que acababa de llegar del

Norte de África. Por tentadora que pudiera parecer la idea de dejar a los recién venidos ponerse a combatir de inmediato, Allen recordó a sus oficiales «nuestra obligación moral de tomar Troina antes de ser relevados».<sup>276</sup>

Se arrodilló bajo las ramas de color verde grisáceo de un añoso olivo. Pidiendo a Dios que ahorrara a la división «bajas innecesarias», rogó que «no se desperdicie esta noche la vida de nadie». Tras reunirse con sus tropas, un sargento canoso le dijo:

—¡Diablos, Terry, deja ya de preocuparte! ¡Tomaremos la ciudad para ti, me cago en Dios!<sup>277</sup>

Mientras el largo atardecer estival iba llenándolo todo de sombras por poniente, tres mil soldados del 39.º de Infantería avanzaban a duras penas por el terreno resquebrajado que había a uno y otro lado de la Carretera 120 a los pies de Cerami. Los bolsillos de sus trajes de faena iban repletos de papel higiénico, latas de raciones K y munición extra. Don Whitehead observaba cómo las columnas, cuya silueta se recortaba en el horizonte, avanzaban serpenteando hacia Troina. «Cada vez que he visto a las tropas dirigirse a la batalla», escribía, «he tenido que contener los deseos de sollozar».<sup>278</sup>

Coordinando el ataque desde el puesto de mando situado en un huerto se encontraba un teniente coronel de treinta y cinco años llamado John J. Toffey III.<sup>279</sup> El sudor empapaba su camisa de lana y pequeños remolinos de polvo se levantaban bajo sus botas cada vez que se dirigía desde los tableros cubiertos de mapas al aparato radiotransmisor:

—¿Podéis bombardear con fuego de mortero las inmediaciones de 492-140? —preguntaba Toffey sujetando el auricular con la mano—. Quiero que cojáis todo el armamento que tengáis, ¡me cago en Dios!, y apuntéis a 492-140. ¿Entendido? O. K. ¡Vamos!

Era un hombre robusto, de un metro ochenta y seis de estatura y noventa kilos de peso, tan apuesto y con una figura tan atlética que una vez había aparecido en una portada humorística de *Collier's* en traje de baño y casco de polo, con guantes de béisbol, raqueta de tenis, caña de pescar y palos de golf.<sup>280</sup> Su historial académico incluía estancias en la Phillips Exeter Academy y en Cornell. Su padre había combatido con Pershing en México y había acabado retirándose como general de división al mando de la Guardia Nacional de New Jersey. Su abuelo se había ganado la Medalla de Honor al valor en Missionary Ridge en 1863. «Es muy bonito leer el relato de una batalla», había escrito John Toffey, Sr., «pero tener una cerca no lo es tanto y no quiero volver a tener una cerca nunca más».<sup>281</sup> El 14 de abril de 1865,

mientras se recuperaba de las heridas de guerra en Washington, D. C., había asistido a una representación dramática en el Teatro Ford y había sido testigo del asesinato de Lincoln. Según la tradición familiar, Toffey había testificado en el juicio contra los conspiradores —había acorralado a un caballo en fuga usado posiblemente por los criminales— y había presenciado su ejecución.

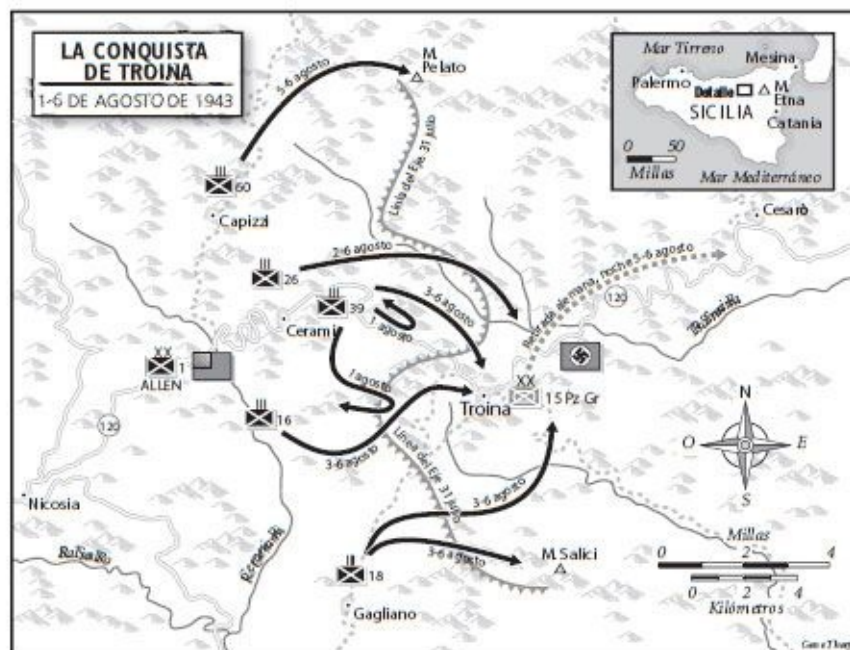
El joven Jack Toffey, que había vendido tapones de botellas en Ohio durante la Gran Depresión, se había mostrado digno de su estirpe militar. Llamado a prestar servicio en el ejército federal, abandonó la Guardia Nacional en 1940 y desembarcó con las fuerzas de Truscott en Marruecos durante la Operación Antorcha; posteriormente había estado al mando de un batallón durante toda la campaña de Tunicia hasta que recibió un tiro en la rodilla en Maknassy a finales de marzo. «No me han dado en ningún hueso», decía a su mujer, Helen, en una carta. «No te preocupes por nada.» Al cabo de dos meses de recuperación, volvió, aunque cojeando, al servicio activo como oficial ejecutivo del 39.º de Infantería, justo a tiempo para participar en lo de Sicilia. En los accidentados quince días que llevaba en la isla habían sucedido muchas cosas, empezando por una misión de una semana al mando del regimiento debido a la lesión sufrida por su superior en el curso de un ataque aéreo, y continuando por la captura de al menos siete mil prisioneros.<sup>282</sup>

Además, los nueve meses en la guerra lo habían envejecido hasta el punto de aparentar más edad.<sup>283</sup> Experto en el combate y harto de él a un tiempo, era un ejemplo emblemático del oficial de grado superior —de comandante a coronel— que había aprendido mucho de los duros combates y cuya influencia en cientos de campos de batalla en Europa resultaría decisiva y desproporcionada con relación a su número dentro del ejército de Estados Unidos. Serían Toffey y otros como él los que arreglarían las carencias tácticas que había puesto de manifiesto el ejército en Tunicia, como el hecho de no conquistar ante todo las eminencias del terreno o de anticiparse a la propensión de los alemanes al contraataque inmediato; las deficiencias en las labores de vigilancia y en la interpretación de los mapas que permitían que batallones enteros cayeran en emboscadas o se perdieran; y la incapacidad para coordinar infantería, blindados y demás sectores en combate.

En aquellos momentos hacía la guerra sin ilusión y desde luego sin que le gustara. «La guerra es como dice Sherman y no guarda ningún parecido con las versiones que ofrecen las películas o las versiones de las novelas», había escrito Toffey en el Norte de África. Intentaba simultáneamente ocuparse de su familia, ocuparse de sus hombres, y estudiar el arte de la milicia al mismo tiempo que lo practicaba: enviando órdenes de pago y bonos de guerra a Helen, que lo esperaba en Columbus con sus dos hijos, procurando mil trescientos filetes para una cena de

fiesta en el comedor de la unidad, suscribiéndose al *Infantry Journal*, y leyendo *Guerra y paz*. «Cada día está esto más cerca del final», escribía. «Sigo echándote de menos terriblemente, situación que no mejorará.» La herida recibida en Tunicia agudizaba su sentido de la ironía y de la mortalidad. Tres generaciones de Toffeys de uniforme eran suficientes, decía a Helen; esperaba que John IV, por entonces de doce años, «se haga médico o abogado y permanezca bien lejos del ejército y, si entra en las fuerzas armadas, que permanezca lejos de la infantería». «Tener una batalla cerca no es bonito», había escrito su abuelo, «y no quiero volver a tener una cerca nunca más». Jack Toffey lo entendía perfectamente, aunque de momento tenía una misión que cumplir. «Últimamente me he sentido un poco flojo, pero la rodilla está bien y la siento mejor esta noche», escribía antes de lo de Troina. «Estoy falto de sueño y cansado, pero hoy ha sido un buen día para nosotros.»

Los seis días siguientes, sin embargo, serían malos para todos. El domingo 1 de agosto el ala derecha del 39.º de Infantería avanzó dificultosamente hasta situarse a menos de dos kilómetros de Troina. Pero un mortífero fuego de mortero y de ametralladoras saludó a su ala izquierda, y a medianoche el contraataque de los granaderos había obligado a buena parte del regimiento a replegarse a las alturas situadas en las inmediaciones de Cerami, reduciendo incluso los integrantes de un batallón a trescientos hombres.



—¡Hay un montón de gente ahí, me cago en la mar! —advirtió un oficial de la 1.<sup>a</sup> División—. Vamos a meternos derechos en la boca del lobo.<sup>284</sup>

Parecía que Allen era de la misma opinión y mandó otros dos regimientos para rodear al enemigo por el norte y por el sur en un doble movimiento envolvente. Pero entonces, quizá con la esperanza de evitar esas «bajas innecesarias» por las que había rogado en sus oraciones, anuló la orden y prefirió dejar que el 39.º de Infantería intentara de nuevo tomar Troina solo.

El nuevo oficial al mando del regimiento —el superior de Jack Toffey— era un hombre de rostro achatado y cubierto de arrugas originario de Vermont, y toda una leyenda, el coronel Harry A. «Paddy» Flint, al que Patton consideraba «el soldado más valiente, ¡me cago en Dios!, del VII Ejército».<sup>285</sup> A sus cincuenta y cinco años, Flint había sobrevivido a innumerables lesiones de polo y aparentemente a un ataque de apoplejía en 1940;<sup>286</sup> mientras sus hombres intentaban hacer salir a los alemanes de sus puestos fortificados, él estaba situado en una elevada roca, desnudo de cintura para arriba, con un pañuelo negro anudado alrededor del cuello, liándose un cigarrillo Bull Durham con una sola mano y gritando:

—¡Me cago en la mar! ¡Mira esos alemanes piojosos! En la última guerra no sabían disparar. ¡Y tampoco saben en ésta!

Más adelante, en la misma batalla, un joven mando de artillería, el teniente coronel William C. Westmoreland, encontró a Flint y a Ted Roosevelt jugando con una navaja. Cuando se enteró de que la mitad de los viejos obuses de Westmoreland tenían roto el sistema de retroceso, de modo que sólo «cabía esperar la mitad de potencia de fuego de la que había habido hasta entonces», Flint respondió:

—Es igual. Disparad dos veces más deprisa.

Para no ser menos, cuando a Roosevelt le dijeron que la división había disparado munición por valor de un millón de dólares, ordenó:

—Gastémonos otro milloncito.<sup>287</sup>

Las bravatas no se impondrían ni aquel día ni al siguiente ni al otro. Allen reconoció por fin la necesidad de un ataque en toda regla, ordenando a su 26.º de Infantería rodear por el norte, al 18.º de Infantería avanzar desde el sur, y al 16.º de Infantería atajar directamente hacia Troina con el ya agotado 39.º.

—Lo de Troina va a resultar más duro de lo que pensábamos —dijo a Bradley por teléfono—. Eso significa que podemos ceder a la 9.<sup>a</sup> División una zona invulnerable. Si a ti te parece bien, podemos hacerlo así.<sup>288</sup>

Las colinas se ganaban y se perdían, volvían a ganarse y volvían a perderse otra vez. Para entonces los alemanes habían cavado sus trincheras a tal profundidad que ni siquiera los aviones de reconocimiento que volaban sobre sus cabezas podían localizar la pólvora sin humo procedente de su artillería y de sus baterías antitanque. Para poner fin a ese *impasse*, Allen ordenó un nuevo asalto durante las primeras horas del 3 de agosto, concentrando el ataque por el sur. Al amanecer, el 16.º de Infantería quedó inmovilizado debido al intenso fuego de los alemanes; cuando el enemigo contraatacó con sus panzers y su infantería, sólo la hábil acción de la división de artillería de Clift Andrus salvó al regimiento de verse superado.<sup>289</sup> A última hora de la tarde, atacantes y defensores estaban repartidos de manera tan confusa por los barrancos del sudoeste de Troina que los cañones norteamericanos guardaron silencio por temor a alcanzar sin querer a sus propias tropas. Cuando los granaderos se infiltraron hasta situarse a tiro de piedra, los fusileros gritaron el santo y seña —«Chocolate»<sup>290</sup>—y esperaron a ver si respondían con la contraseña correcta: «Bombón».

El avance no iba mucho mejor por el norte. Las tropas del 26.º de Infantería combatían con granadas, pistolas e incluso con las culatas de sus fusiles, subiendo y bajando un montículo de triste memoria llamado Colina 1035. Las sonoras explosiones de las minas al detonar solían ir seguidas de un grito que significaba un pie o una pierna más amputada. Hasta que no reinó una oscuridad completa, a eso de las once, no pudieron ser evacuados los heridos.<sup>291</sup> El incendio de los matorrales hacía que el calor abrasador de aquellas jornadas resultara más insoportable, y los cuerpos putrefactos de los alemanes contaminaban un arroyo que corría por el barranco. «Algo se está quemando ahí delante», comunicó por radio el 16.º Batallón de Infantería.<sup>292</sup> «Estamos quedándonos sin municiones.» Las reatas de mulas les llevaron algunos pertrechos, pero los paquetes arrojados por la aviación cayeron mayoritariamente en manos del enemigo, y los hombres se vieron obligados a mordisquear pajitas de trigo para engañar el hambre.<sup>293</sup> Los repetidos ataques de los aviones de las fuerzas aéreas estadounidenses, que dieron comienzo a última hora de la tarde del miércoles 4 de agosto, fueron recibidos con alegría por todos los soldados de infantería, menos por aquellos que fueron bombardeados por error. Un sargento cuyas tropas fueron atacadas ordenó a sus hombres que se quitaran las camisetas y las extendieran a lo largo de la orilla de una acequia. «Por no se sabe qué motivo, se suponía que los pilotos reconocerían las camisetas y verían que eran de tropas amigas», escribió Don Whitehead, que fue uno de los que se desnudaron. «Sería por la etiqueta de la lavandería, me imagino.»<sup>294</sup>

Al atardecer del jueves, las compañías de fusileros de toda la 1.<sup>a</sup> División habían perdido dos tercios de sus efectivos, quedando reducidas a sesenta o setenta hombres; la Compañía I del 26.<sup>o</sup> de Infantería informaba de que disponía de diecisiete hombres listos para el combate. El oficial al mando de la Compañía F del mismo regimiento se hallaba con una radio a menos de dos kilómetros al norte de Troina, pues su unidad había sido rebasada y solicitaba la ayuda de cortinas de fuego de artillería a cincuenta metros de su trinchera. «Quizá», decía en una carta a su padre, «mi suerte no dure siempre».<sup>295</sup> Recuperado de su ataque de fiebre del campo de batalla, Ernie Pyle apareció en Cerami para empezar otro turno de trabajo. «A través de nuestros prismáticos la vieja ciudad parecía flotar en el aire», escribiría después de ver el bombardeo de Troina. «Grandes nubes de polvo y de humo negro subían hacia el cielo, hasta que todo el horizonte quedaba cargado de plomo y envuelto en la niebla.» Vestido con «su habitual estilo ruinoso», Pyle se encontró de pronto en medio de un ataque aéreo sin su casco y se cubrió la cabeza con una pala.<sup>296</sup> Lamentaba el «terrible abatimiento que poco a poco iba apoderándose de todos ... Se siente uno harto de todo, maldita sea».<sup>297</sup>

Terry Allen se sentía muy harto de Troina y planeó meticulosamente un último ataque para el viernes, 6 de agosto, que debía rebasar la ciudad y aniquilar a todos los alemanes que quedaran dentro de ella. Sólo cuando las patrullas de vanguardia alcanzaron sigilosamente las primeras casas de la población después de amanecer, se puso de manifiesto que el enemigo se había retirado, temeroso de verse rodeado. Al lanzar más de veinte contraataques durante la última semana, la 15.<sup>a</sup> División Panzer de Granaderos había perdido más de mil seiscientos hombres. Mientras los granaderos huían precipitadamente por la Carretera 120 hacia Cesarò y Randazzo, dejando las huellas de sus botas de clavos grabadas en el polvo, Kesselring autorizaba también a las tropas de la División Hermann Göring retirarse de Catania, en la costa.<sup>298</sup> La Línea Etna se había roto, para ser sustituida por una sucesión de baluartes defensivos diseminados a lo largo de la península de Mesina.<sup>299</sup>

«La ciudad está libre de enemigos», comunicaba una patrulla poco antes de las diez de la mañana.<sup>300</sup> No quedaba más que miseria. Se descubrió que Troina «se encontraba en unas condiciones de gran destrucción», señalaba un informe elaborado una vez concluida la acción.<sup>301</sup> Los periodistas que entraron en la ciudad eran más explícitos. Encontraron «una ciudad de espanto, llena de hombres, mujeres y niños que lloraban histéricos», escribía Herbert Matthews, del *New York Times*; describía una escena que se repetiría una y otra vez hasta Bolonia: en medio de las «calles destruidas, montones de escombros de lo que habían sido casas, dolor, horror y pena».<sup>302</sup> Los soldados muertos, alemanes y norteamericanos, estaban

«cubiertos por una verdadera alfombra de gusanos, que hacía que diera la impresión de que los cadáveres estaban vivos y se retorcían», informaba un oficial del 16.º de Infantería.<sup>303</sup> «No había forma de que se te fuera del pelo el olor de los muertos, y todo lo que podía uno hacer con la ropa era quemarla.» Un capitán del 26.º de Infantería, Donald V. Helgeson, se quedó mirando un grupo de alemanes calcinados al pie de un mortero.

—Esto no va muy bien para levantar la moral de las tropas —dijo Helgeson.

Su sargento primero no estaba de acuerdo:

—¡Va muy bien para la moral! Son alemanes, ¿no?

Un soldado de infantería arrancó la hebilla del cinturón de la Wehrmacht a un granadero muerto y exclamó:

—*Gott mit Uns* ha cambiado de bando.<sup>304</sup>

Había unos ciento cincuenta cadáveres en las calles y dentro de una torre feudal. Un hedor nauseabundo venía de los sótanos de todas las casas. Las tuberías estaban rotas y el agua salía a borbotones, y había una bomba sin explotar que bloqueaba una nave de la iglesia. En el ayuntamiento había civiles heridos tumbados «sobre puertas o en camillas, completamente desnudos. Tenían la piel gris», comunicaba George Biddle. Entre las ruinas se encontró a un niño de pecho agarrado al pelo de su madre muerta con tanta desesperación que sus salvadores tuvieron que cortar unos cuantos mechones del cadáver de la mujer. Whitehead abrió la gran puerta de roble macizo que daba acceso a la hedionda cripta de la catedral. A la tenue luz reinante en ella pudo ver a cientos de refugiados que vivían envueltos en su propia miseria. «Hombres, mujeres y niños agazapados como animales sobre sus pequeños tesoros de comida y los paquetes con sus pertenencias», decía. Una joven le dijo en inglés:

—Lo hemos pasado fatal, pero ahora todo ha cambiado.<sup>305</sup>

«Troina ha sido la batalla más dura que han tenido que librar los americanos desde la primera guerra mundial», concluía el general Lucas, «y hubo muy pocas en ella que se le puedan comparar».<sup>306</sup> La 1.ª División había sufrido más de quinientas bajas, y en el 39.º de Infantería se habían producido muchas más. «Realmente ahora mismo me gustaría hacer un viajecito cruzando el océano hasta donde estáis vosotros», decía Jack Toffey en una carta a Helen el 6 de agosto, una vez cesado el tiroteo. Se preguntaba, con esa irónica sensibilidad suya que iría agriándose con cada nueva batalla, si Nueva York decidiría celebrar el desfile de la victoria, una vez acabada la guerra, Quinta Avenida arriba o Quinta Avenida *abajo*. Pero en una nota



para su hijo, expresaba la esperanza que aún acariciaba en su corazón: «Los alemanes ahora deben de saber que les hemos dado una paliza y que tienen los días contados ... Tú sólo reza para que pueda volver a casa y estemos todos juntos».

Otras dos bajas vendrían a sumarse al número de las sufridas por la 1.<sup>a</sup> División.<sup>307</sup> Cuando los cañonazos cesaron en Troina, llegaron al cuartel general de la división tres telegramas. El primero comunicaba el relevo de Terry Allen como general al mando. El segundo comunicaba el relevo de Ted Roosevelt como segundo al mando. El tercero anunciaba el nombre del sucesor de Allen, el general de división Clarence R. Huebner, un hombre originario de Kansas profusamente condecorado, que durante la primera guerra mundial había llegado a estar al mando de un regimiento antes de cumplir los treinta. «Terry leyó aquello, permaneció un rato en silencio, y luego rompió a llorar como una colegiala nerviosa», recordaba Clift Andrus. «Fue un golpe terrible.»

Cazador siempre atento, Omar Bradley había tenido largo tiempo en la mira a Allen antes de decidirse a apretar el gatillo. Luego afirmaría que «lo más duro de la guerra fue relevar del mando a personas a las que conocía»,<sup>308</sup> pero a Bradley parece que lo dejó impertérrito la destitución de Allen, al que consideraba «caprichoso, altanero» y «demasiado lleno de autoconmiseración y orgullo». <sup>309</sup> En una nota manuscrita remitida a Eisenhower el 25 de julio, Bradley decía que la 1.<sup>a</sup> División sufría «fatiga de batalla. Sospecho que Terry y Ted sufren más este mal que la propia división en su conjunto». A instancias de Bradley, Patton solicitó formalmente el cambio tres días después en un mensaje que llevó Lucas a Argel. En su diario, Patton decía que ambos generales «sufrían fatiga de la guerra», una enfermedad cuya existencia él mismo negaba.<sup>310</sup>

Ni Bradley ni Patton ofrecieron nunca una explicación completa de las destituciones; en el fondo, la medida refleja la animadversión personal del general al mando del cuerpo hacia Allen. Pero no tardaron en salir con evasivas. Patton y Bradley afirmaron que seguían una política del Departamento de Guerra consistente en rotar a los generales de mayor graduación. Patton insinuó que Allen iba a volver a América para ponerse al frente de un cuerpo de ejército. Bradley afirmaría después que él «asumió personalmente la planificación táctica» después de que Allen «metiera la pata de mala manera» en Troina.<sup>311</sup> Pero el informe de eficiencia de Allen para el período comprendido entre el 16 de abril y el 5 de agosto de 1943, redactado y firmado por Bradley, aseguraba que «los planes de ataque de la división» para Nicosia y Troina «estuvieron bien elaborados, [bien] ejecutados y consiguieron resultados decisivos». <sup>312</sup> Bradley no aludía en ningún momento a la

deficiencia de los servicios de inteligencia de su propio cuartel general, ni a su creencia de que los alemanes iban a retirarse a Troina y luego a Cesarò, ni a su apoyo al ataque inicial con un solo regimiento.<sup>313</sup>

Cuando las órdenes se hicieron públicas, una vez hubo caído Troina el 6 de agosto, en la división cundieron la cólera y la incredulidad. «Hasta los desastrados sargentos del Ejército Regular lloraban sin sentir ninguna vergüenza», comunicaba un soldado del 18.º de Infantería.<sup>314</sup> Por una cruel coincidencia, Allen aparecía en la portada del *Time* del 9 de agosto;<sup>315</sup> el artículo detectaba en él «una marca especial de la guerra y la historia». En una nota a Marshall, agradecía al jefe del Estado Mayor la oportunidad de estar al mando de la 1.ª División durante quince meses; en cuanto a Eisenhower, reconocía que «tal vez le haya parecido demasiado exigente en lo tocante a las necesidades de la infantería». En realidad, a pesar de que lo negara, estaba agotado: en una carta a su hijo menor, equivocaba no sólo la fecha, sino también el mes: «Es una pena tener que dejar la división», decía a Mary Fran, «pero ésa es la suerte del servicio activo». Luego se irritaría mucho al oír los rumores acerca de que había sufrido una crisis de agotamiento, y se preguntaba si el anticatolicismo o el hecho de no haber obtenido el despacho de graduación en West Point no habrían tenido quizá algo que ver en todo aquello; de vuelta en Texas, abandonó una fiesta de bienvenida llorando.<sup>316</sup> Pero pronto recuperó los ánimos, presintiendo quizá que ni el ejército ni la guerra habían acabado con él. Cuando se disponía a abandonar la división cerca de Troina, posó para un apunte a plumilla de George Biddle, que captaba la nariz de boxeador, los músculos fofos del cuello, los ojos excesivamente separados, y el pelo ralo cuidadosamente peinado sobre la calva; mostraba incluso una leve sonrisa. Mirando su reloj, Allen mandó llamar a su chófer.<sup>317</sup>

—Diles que llamen por teléfono al general Bradley comunicándole que llegaré con quince minutos de retraso.

En cuanto a Ted Roosevelt, el golpe lo dejó «herido, abatido y mentalmente sumido en una nube negra», contó un oficial.<sup>318</sup> En una carta abierta a la división decía: «Se me ha ordenado que me vaya. Es un gran pesar para mí».<sup>319</sup> En su despedida personal del 26.º de Infantería, al mando del cual había estado ya en la primera guerra mundial, «se vino abajo y rompió a llorar. Y los hombres guardaron silencio».<sup>320</sup> A Bradley le mandó la siguiente carta: «Brad, nos ha ido infinitamente mejor con los alemanes ahí delante que con tu gente ahí detrás». «Beetle» Smith le dijo que no estaba cualificado para mandar una división; sin embargo, se pasaría al recién creado V Ejército como enlace con las fuerzas francesas. «Naturalmente estaba apesadumbrado», decía a Eleanor en una carta. Y

añadía con un poco de autoconmiseración: «Todo el mundo me quiere, menos el alto mando». Aprovechándose quizá de su apellido, Eleanor arregló una audiencia en el Pentágono con Marshall, que le dijo tajantemente que Ted «sigue comportándose como el comandante de un regimiento» y «no se da cuenta de todas las responsabilidades y deberes que tiene un general de brigada en una división de infantería».<sup>321</sup>

Pero Roosevelt también presentía que lo aguardaba un destino más grande. Durante un viaje a Palermo en compañía de Robert Capa, se puso a recitar poesía con su habitual elocuencia, mientras su asistente cantaba canciones de vaqueros. Podrían encontrarse algunas pistas en el sobado ejemplar de *The Pilgrim's Progress* que llevaba en su mochila. «No me arrepiento de todos los contratiempos que he tenido para llegar hasta donde estoy ... Las marcas y las cicatrices van conmigo.» A Eleanor le escribiría más tarde: «Cuanto más vivo, más pienso en la virtud de la fortaleza ... Los hombres que caen, se levantan y echan a andar de nuevo a trompicones, vuelven a caer, y mueren intentando volver a ponerse en pie».<sup>322</sup>

### «EN UN SITIO COMO ÉSTE»

Cresta tras cresta, carretera tras carretera, ciudad tras ciudad, la isla fue cayendo ante el avance de los ejércitos aliados. El ala derecha de Montgomery, atascada durante más de tres semanas en Catania, finalmente logró ponerse otra vez en marcha, y los *tommies* cantaban *We're Shoving Right Off*. El frente aliado, que había llegado a extenderse en meandro a lo largo de doscientos treinta kilómetros, acabó inexorablemente contrayéndose apenas a setenta, mientras cien mil soldados enemigos se retiraban detrás del Etna al largo embudo que formaba la península de Mesina.<sup>323</sup> «Me está gustando mucho esta campaña», escribía Montgomery con su pulida letra el 4 de agosto. «Los alemanes están muy tensos y probablemente no puedan resistir mis embates.»<sup>324</sup> Otros se mostraban más escépticos ante las afirmaciones de Montgomery, que aseguraba haber acorralado a los alemanes reduciéndolos «a la miseria». El mariscal del aire sir Arthur Tedder, jefe de las fuerzas aéreas de Eisenhower, escribía el 7 de agosto a un colega: «Napoleón insiste en su habitual ataque frontal sin riesgos».<sup>325</sup>

Pero aunque avanzaran a trompicones —nueve mil metros un día, tres mil al siguiente—, lo cierto era que avanzaban, a pesar de las minas, a pesar de las bombas trampa, a pesar de los francotiradores provistos de mira telescópica que se ocultaban en las tumbas barrocas de las laderas de las colinas.<sup>326</sup> El alcalde de

Catania rindió la ciudad con una melodramática recogida de firmas.<sup>327</sup> De las cien mil casas que había en ella, sólo una de cada cinco era habitable.<sup>328</sup> Los alemanes se lo habían llevado todo, desde las camas hasta los tenedores, volando por añadidura el Banco de Sicilia y el Hotel Corona; entre los restos podían verse pasar soldados británicos y sicilianos hambrientos.<sup>329</sup> Los refugiados se peleaban por un paquete de galletas inglesas, mientras que unas viejas vestidas de negro acechaban a las puertas de las casas como si «supieran que todo en la vida es malo»,<sup>330</sup> escribía el periodista Christopher Buckley.

Con bastante frecuencia, el recurso empleado por las fuerzas aéreas aliadas para impedir la retirada de los alemanes era arrasar las ciudades sicilianas, cosa que no impedía el repliegue del Eje, pero que causaba la muerte a miles de civiles y además complicaba el avance de los angloamericanos. Treinta bombas sin explotar yacían entre las ruinas de Adrano,<sup>331</sup> en la ladera sudoeste del Etna, localidad que quedó tan maltrecha que los ingenieros militares necesitaron treinta y seis horas para abrir una senda de un solo carril entre los escombros amontonados.<sup>332</sup> «Las tropas se abstendrán de disparar a los *carabinieri* italianos», advertían unos carteles colocados por los oficiales ingleses. «Tienen autorización para llevar fusiles.»<sup>333</sup> Los batallones se adelantaban unos a otros entre los cardos y los acianos, esquivando los embates de la artillería enemiga. En un pueblo las tropas canadienses fueron recibidas por una orquesta local, que tocaba alternativamente *Dios salve al rey* y *Deutschland, Deutschland über Alles*.<sup>334</sup> En Bronte, en la ladera noroeste del Etna, los civiles que salieron a dar la bienvenida a los invasores gritaban «¡lord Nelson, lord Nelson!», y el general Alexander estampó su firma debajo de la de Kesselring en el libro de visitas de un castillo normando del siglo XI que otrora había pertenecido al héroe de la Marina británica.<sup>335</sup> A lo largo de la llanura de Catania y en las estribaciones del volcán, las tumbas inglesas salpicaban el paisaje como si fueran pequeñas mastabas. Las chapas de identificación colgaban de cruces de madera y los soldados que integraban los destacamentos encargados de enterrar a los caídos se lavaban las manos con queroseno y recogían los cascos de los muertos para su reutilización.<sup>336</sup>

Por encima de todos ellos se erguía el Etna, la mítica fragua de Vulcano, salpicado de hornos de carbón y caminos forestales rodeados de setos de matorral para acorrallar al ganado. Los colores refractados danzaban a la luz del crepúsculo sobre el cráter humeante: el aire estaba teñido de sulfatos y de cloruro sublimado.<sup>337</sup> El 13 de agosto, los *tommies* casi habían dado la vuelta a su cono, de

unos cuarenta kilómetros de diámetro. No obstante, se cuenta que un coronel inglés, mientras estudiaba un mapa del territorio ocupado por el VII y el VIII Ejército, dijo en tono de queja:

—¡Maldito Patton! ¡Nos ha rodeado!<sup>338</sup>

Feliz como debería estar por haber rodeado a Montgomery, Patton intentaba de hecho envolver al menos a parte del ejército en retirada del Eje. La 9.<sup>a</sup> División estadounidense, que había sustituido a la 1.<sup>a</sup>, se abrió paso por la Carretera 120 desde Troina hasta Randazzo, donde sólo seguían siendo habitables cinco casas de una población de catorce mil habitantes. Había tantos muertos desperdigados por Randazzo —quizá la localidad más dañada de toda Sicilia—, que «después de una entrevista con el cura se decidió quemar los cadáveres con gasolina», señalaba un informe militar. «Me dan ganas de llorar muchísimas veces», escribía un soldado a su familia, «pero no creo que me sirviera de mucho en un sitio como éste».<sup>339</sup>

Para aprovechar las oportunidades colaterales que le ofrecía su dominio del mar, el 10 de agosto Patton ordenó a Bradley organizar un ataque final anfibio para el día siguiente desembarcando un batallón a dieciocho kilómetros por detrás de las líneas alemanas, en la costa del norte de Sicilia.<sup>340</sup> Si se apoderaban del Monte Cipolla, que dominaba la Carretera 113, que bordeaba la costa, en las proximidades de Brolo, las tropas norteamericanas podrían cortar la ruta de escape de la 29.<sup>a</sup> División Panzer de Granaderos por la retaguardia y ofrecer a la 3.<sup>a</sup> División de Truscott una vía directa hacia Mesina, situada a poco más de sesenta kilómetros al este. A pesar de su audacia, el plan contaba con pocos efectivos, como solía ocurrir en las operaciones anfibia de los Aliados, y dio lugar a otra de las confrontaciones más desagradables que atormentaron a Patton en Sicilia.

Truscott, que debía aportar al desembarco un batallón de su 30.<sup>o</sup> Regimiento de Infantería, solicitó un día de aplazamiento para situar más cerca de Brolo las unidades de artillería y de infantería que debían prestarle apoyo.<sup>341</sup> Bradley se mostró de acuerdo; consideraba la operación «banal» e incluso «temeraria», y le molestaba la intromisión de Patton en las prerrogativas tácticas que tenía él como comandante en jefe de aquel cuerpo de ejército sólo para entrar en Mesina antes que Montgomery. Sin embargo, la idea del retraso enfureció a Patton: tras varias conversaciones telefónicas subidas de tono durante el martes 10 de agosto por la noche, llegó al puesto de mando de la 3.<sup>a</sup> División a las 21:45, con el rostro encendido de rabia.

Encontró a Truscott en un olivar a las afueras de Terranova, dando paseos con un mapa en las manos.

—¿Qué te pasa, Lucian? —exclamó Patton—. ¿Tienes miedo de luchar?

—General —respondió Truscott, cuyo gruñido carbónico contrastaba con la chillona voz de pito de Patton—, usted sabe que eso es ridículo e insultante.<sup>342</sup>

—General Truscott, si su conciencia no le permite dirigir esta operación, le relevaré del mando y pondré a otro en su lugar que esté dispuesto a llevarla a cabo.

—General, es su privilegio destituirme cuando guste.

—No quiero hacerlo —dijo Patton—. Eres un deportista demasiado veterano para creer que un partido pueda posponerse.

—Y usted es un deportista lo bastante veterano como para saber que a veces se posponen.

—Éste no se pospondrá —replicó Patton—. Recuerda a Federico el Grande: *L'audace, toujours l'audace!* Sé que vencerás.<sup>343</sup>

Después de sacar a relucir el rango para arreglar el problema, Patton pasó el brazo por el hombro a Truscott.

—Tomemos una copa... el licor lo pones tú.

De regreso en Palermo y en su cama del Palacio Real, confesaría a su diario: «Quizá he sido demasiado testarudo».

La cosa salió mal. El teniente coronel Lyle A. Bernard, hombre delgado de treinta y tres años, llegó ante las costas de Brolo a la una de la madrugada del miércoles con su pequeña fuerza del 2.º Batallón en nueve embarcaciones, protegidas por el crucero *Philadelphia* y seis destructores. Cuando la media luna de un intenso color anaranjado se puso por occidente, los hombres subieron a sus DUKW y a sus lanchas de desembarco.<sup>344</sup> Hasta ellos llegaban a través del agua los compases de *Night and Day* tocados con una armónica.<sup>345</sup>

—¿Por qué no hacemos esto más a menudo? —murmuró alguien.

Poco antes de las tres de la mañana la primera tanda corría por la playa de cantos y alcanzaba el limonar.

—¡Joder! ¡Mirad el alambre de espino! —advirtió una voz.

Dos compañías de fusileros ocupaban las salinas, mientras que otras dos escalaban el Monte Cipolla agarrándose a los matorrales para no caer rodando cuesta abajo. Pero, una vez salvada la playa, cinco tanques y una batería de obuses autopropulsados se encontraron con que los pasos inferiores de un viaducto del tren que cruzaba la Carretera 113 eran demasiado estrechos para pasar; al cabo de poco tiempo, los tanques estaban atascados en una zanja o habían quedado inmobilizados en su afán por no chocar contra las tapias de piedra de un huerto. Habían sido capturados ocho alemanes mientras dormían en lo alto del Monte Cipolla, pero la alarma sonó bastante pronto. Bengalas de colores vagaban por el cielo y caían balas

trazadoras alemanas sobre la colina, la playa y el mar.<sup>346</sup> Don Whitehead, uno de los numerosos reporteros que iban con el coronel Bernard, comentó la «sensación de total confusión que comportan todos los desembarcos anfibios».<sup>347</sup>

El amanecer trajo consigo la muerte en cuanto los artilleros alemanes empezaron a ver sus objetivos.<sup>348</sup> Quince soldados murieron mientras tendían cable telefónico monte arriba, junto con trece de las quince mulas que cargaban con la munición. El *Philadelphia* abrió fuego a las 10:25, pero enseguida volvió a Palermo con su escolta por temor a un ataque de la Luftwaffe; la petición urgente de Truscott consiguió que el crucero regresara para otros cuarenta minutos de bombardeo antes de dar de nuevo media vuelta.

—La situación sigue siendo crítica —comunicó Bernard por radio a Truscott desde su puesto de mando en lo alto de la colina.<sup>349</sup>

Los granaderos, con su casco en forma de capacho, permanecían agazapados abajo en medio de las sombras moradas. Dando de vez en cuando alguna chupada a su pipa roja, Bernard dijo a Whitehead:

—Esta tarde nos la vamos a cargar.

Las bombas de los panzer incendiaban la hierba quemando de paso el cable telefónico que mantenía comunicado a Bernard con sus tropas y con los observadores de la artillería naval emplazados en las salinas. El agua y las municiones escaseaban y los hombres tuvieron que colocar unas ramas de pino sobre sus trincheras para conseguir un poco de sombra que los protegiera del sol abrasador. A las cuatro de la tarde, vítores de alegría recibieron a los siete aviones de ataque norteamericanos que sobrevolaron con un ruido infernal la colina; los vítores cesaron cuando cayeron dos bombas sobre el puesto de mando de Bernard, que se convirtió en una caldera de llamas y metal chirriante, matando o hiriendo a diecinueve hombres. Otras bombas perdidas cayeron sobre los artilleros emplazados más abajo, averiando los cuatro obuses que les quedaban.<sup>350</sup> Los hombres lanzaban juramentos y lloraban, para inmediatamente ponerse a lanzar más juramentos. Un médico herido intentó amputarse su propio brazo, que había quedado hecho trizas, con una navaja de bolsillo.<sup>351</sup> El fuego de los tanques y las ametralladoras alemanas se intensificó.

—El enemigo contraataca —comunicó Bernard por radio a Truscott—. Haced algo.<sup>352</sup>

A las cinco de la tarde el *Philadelphia* reapareció entre la bruma onírica del mar, disparando mil bombas en quince minutos y enfrentándose a los Focke-Wulf que merodeaban por la zona antes de regresar una vez más a Palermo, esta vez definitivamente. Bernard mandó a unos ordenanzas a avisar a los supervivientes de

que se concentraran en las salinas y se reunieran con él en lo que llamaba «nuestro circulito de resistencia final».<sup>353</sup> Algunos de los que estaban en la playa, sin embargo, escaparon dirigiéndose a nado hacia el oeste.<sup>354</sup> El anochecer no tardó en iluminar el vuelo de las balas trazadoras. Debajo, el viento mecía las ramas de los olivos y las balas silbaban por doquier. Bernard seguía chupando su pipa apagada. Los hombres cavaban hoyos con las herramientas que llevaban para construir trincheras.<sup>355</sup>

Al amanecer del jueves 12 de agosto llegó corriendo un centinela. Los alemanes habían desaparecido, replegándose hacia el cabo Calavà, donde volarían un trecho de casi cincuenta metros de la Carretera 113 por el lado de la colina, y luego hacia Mesina.

—Hay tropas avanzando por la carretera en vehículos, señor —dijo a Bernard.<sup>356</sup>

Por el oeste no tardaron en aparecer en el horizonte unos soldados del 30º de Infantería. Un humo grasiento ascendía en espiral por encima del huerto de limones. El aire matutino apestaba a cordita, a sudor y a combustible ardiendo.<sup>357</sup>

Un coche oficial sin capota, luciendo unos banderines adornados con tres estrellas, surgió en la carretera.<sup>358</sup> Patton iba de pie en la parte trasera; su casco brillaba al sol.

—El soldado americano es el mejor soldado del mundo —afirmó.

Indicó hacia Monte Cipolla con su bastón. Los hombres y las mulas que yacían tirados en el suelo parecían escalones a través de los cuales se pudiera subir por la ladera ennegrecida. *L'audace* había costado 177 bajas al batallón de Bernard, y total para nada.

—Sólo los soldados americanos pueden subir montañas como éstas —dijo Patton.

Whitehead, que lo oyó desde el camino, anotó en su diario: «Toda aquella escena me puso malo».

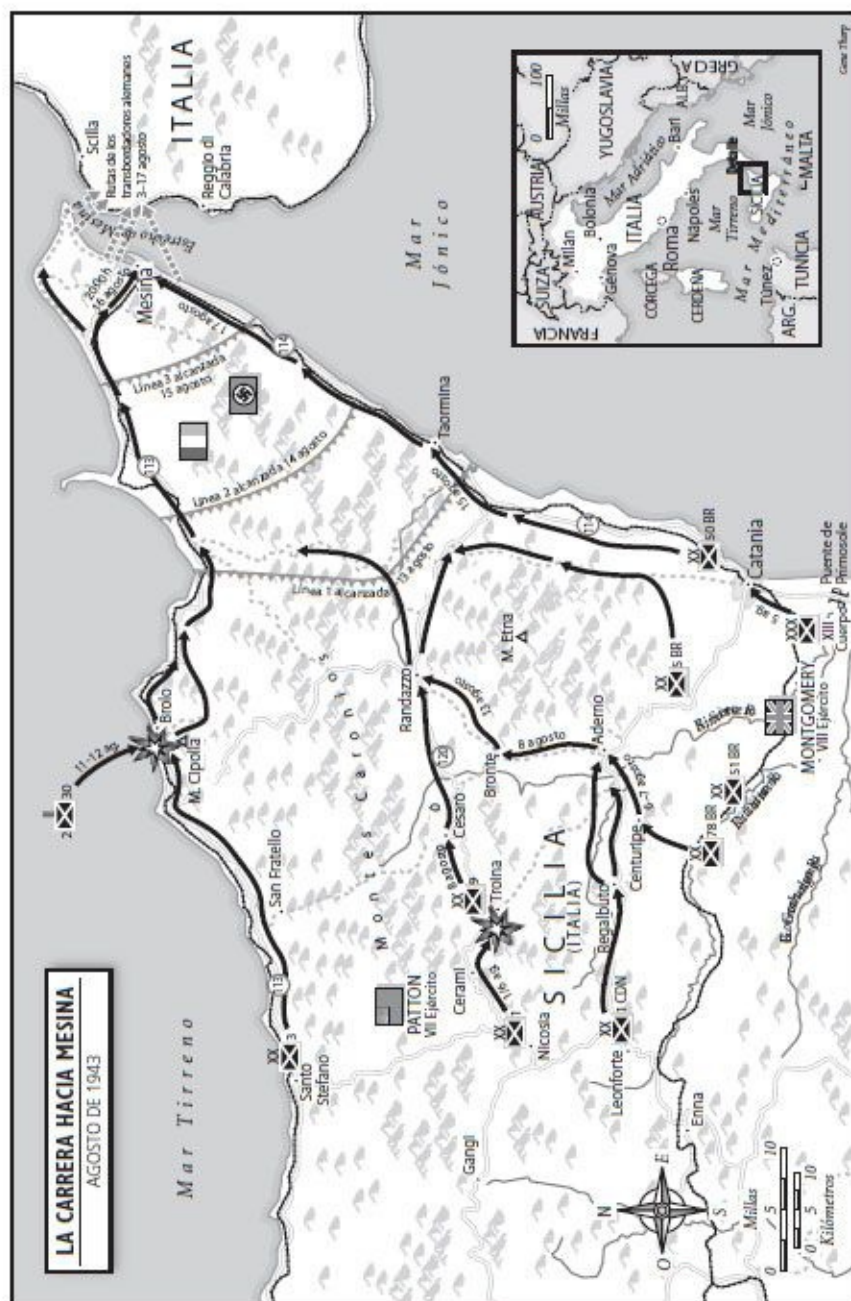
El mariscal de campo Kesselring se había dado cuenta hacía ya tiempo de que Sicilia iba a perderse por mucho que insistiera en que sus fuerzas en la isla podían mantener bloqueadas durante algún tiempo a decenas de divisiones aliadas. Berlín se preguntaba quién bloqueaba a quién. Recordando Stalingrado y Tunicia, el alto mando había insistido ya el 15 de julio en que «nuestro valioso material humano debe ser salvado».<sup>359</sup> El 26 de julio, Berlín ordenó que se hicieran los preparativos para la evacuación de la isla; el mensaje fue entregado en mano a Kesselring en



Frascati para evitar poner a los italianos sobre aviso.<sup>360</sup> Destituido Mussolini, Hitler temía que el régimen de Badoglio utilizara el abandono de Sicilia como pretexto para romper el Pacto de Acero.<sup>361</sup>

La defensa del estrecho de Mesina recayó en un coronel poco ortodoxo, originario de Schleswig-Holstein, llamado Ernst-Günther Baade. Apasionado de Aristóteles y Séneca y aficionado a imprimir pequeños volúmenes de poesías para sus amigos, a Baade le gustaba más la falda escocesa que los pantalones, aunque en la cintura llevaba una pistola Luger en vez de la típica escarcela de cuero. El 10 de agosto, había convertido Mesina tal vez en el punto mejor defendido de Europa. Quinientos cañones erizaban el litoral siciliano y la zona continental de Calabria, apenas a cuatro kilómetros a través del estrecho.<sup>362</sup> Los ingenieros prepararon una docena de atracaderos para los transbordadores a uno y otro lado del estrecho y lograron reunir treinta y tres barcasas, setenta y seis motoras, y una docena de transbordadores Siebel, grandes balsas provistas de dos motores de avión montados sobre pontones y diseñadas originalmente en 1940 para la invasión de Inglaterra. Baade acumuló incluso comida, brandy y cigarrillos para la retaguardia.<sup>363</sup>

Doce mil supernumerarios alemanes y más de cuatro mil vehículos abandonaron silenciosamente Sicilia a primeros de agosto; Kesselring calculaba que se necesitarían cinco noches para evacuar al resto. Siguiendo una coreografía sumamente meticulosa, las unidades de combate se replegaron en cinco líneas de defensa sucesivas, tipo de retirada que se vio favorecida por la forma apuntada de la península de Mesina.<sup>364</sup> Los vehículos que no pudieron ser evacuados fueron sabotados mediante la rotura de las bombas y los distribuidores de combustible a golpe de martillos y de hachas.



—Las granadas de mano resultan particularmente eficaces —advertía una directiva.

Enormes hogueras consumieron el material sobrante, y pudo verse cómo las tropas alemanas «gritaban arrojándolo todo a las llamas:<sup>365</sup> cajas de embalar, sillas, tiendas, camas de campaña, teléfonos, herramientas... todo debidamente regado con petróleo».<sup>366</sup>

Los mandos italianos enseguida se percataron de los planes de evacuación y el 3 de agosto empezaron a efectuar una retirada gradual. Sin informar a Berlín ni esperar la aprobación de Hitler, Kesselring autorizó la Operación Lehrgang

—«Currículo»—, que debía dar comienzo a las seis de la tarde del miércoles 11 de agosto, justo cuando el batallón de Bernard luchaba por sobrevivir en Brolo. La División Hermann Göring fue la primera en salir, protegida por una flotilla al mando del antiguo capitán del dirigible *Hindenburg*; cientos de enfermos de malaria tiritando de fiebre se amontonaban también en los transbordadores para realizar la travesía de treinta minutos por el estrecho a una velocidad de seis nudos por hora.<sup>367</sup> Unas lámparas de aceite hacían señales intermitentes en los atracaderos provisionales. Las embarcaciones llevaban encima toldos que las protegían de la vista de los pilotos aliados,<sup>368</sup> pero todos los *Gefreiter* miraban angustiados al cielo y prestaban atención por si oían el ruido de los bombarderos B-17, capaces de hacerlos saltar por los aires y de mandarlos al reino por venir.<sup>369</sup>

Los B-17 no aparecieron en ningún momento.<sup>370</sup> Los mandos aliados no habían tenido nunca un plan coordinado para aislar el estrecho de Mesina cuando había dado comienzo la Operación Husky, ni tampoco apareció ningún plan parecido cuando la campaña llegó a su punto culminante. Aquella imprevisión o incluso negligencia dio a Kesselring algo de lo que sus legiones no dispusieron nunca en Tunicia: la oportunidad de una huida limpia.

Los escuchas ingleses de las comunicaciones por radio habían captado ya muchas pistas el 1 de agosto, entre otras las asignaciones de los transbordadores para las cuatro divisiones alemanas, y algunos mensajes acerca de las reservas de combustible y de los globos de barrera. Pero el servicio de inteligencia del CGFA en Argel no había encontrado el 10 de agosto «indicios adecuados de que el enemigo pretenda llevar a cabo una evacuación inmediata», aunque el general Alexander había advertido signos de preparativos de retirada una semana antes, como comunicaba en un cable al almirante Cunningham y al mariscal Tedder, del ejército del aire.<sup>371</sup> «Indudablemente habréis coordinado algún plan para hacer frente a esta contingencia», añadía Alexander en su telegrama.<sup>372</sup> Montgomery no tendría empacho alguno en negar la evidencia: «La verdad sobre todo ese asunto es que no existen tales planes».<sup>373</sup> Hasta las diez de la noche del 14 de agosto, cuatro días después de que diera comienzo la evacuación, Alexander no recordó a Tedder: «Ahora parece que [la] evacuación alemana ha empezado realmente». Sólo unas horas antes, el CGFA había vuelto a comunicar que no había «pruebas de ninguna retirada a gran escala».<sup>374</sup>

Los pilotos aliados tenían buenas razones para temer la «cortina de fuego» que los cañones de Baade pudieran lanzar sobre el estrecho. Pero su artillería antiaérea, aunque abundante, carecía de alcance. Toda la producción inicial de las Flak 81, el

nuevo modelo alemán de bombas de 88 mm, que podían alcanzar la rarificada altura de veinticinco mil pies o más, a la que volaban las Fortalezas Volantes B-17, se había perdido en Tunicia. Los altos mandos del ejército del aire, sin embargo, eran reacios a desviar la fuerza de bombardeo estratégico de los Aliados, formada por casi mil aparatos, de los grandes objetivos como Nápoles, Bolonia y otras ciudades. A decir verdad, había auténticos enjambres de aviones más pequeños, Wellingtons y Mitchells, Bostons y Baltimores, Warhawks y Kittyhawks, que barrían el estrecho.<sup>375</sup> No llegó a haber, sin embargo, demasiada sensación de urgencia: de las diez mil salidas efectuadas por bombarderos y cazabombarderos en el Mediterráneo desde finales de julio a mediados de agosto, sólo una cuarta parte fue dirigida contra objetivos próximos a Mesina.<sup>376</sup> Los B-17 atacaron el estrecho en tres ocasiones antes de que diera comienzo la Operación Lehigh; sin embargo, cuando las labores de evacuación del Eje se intensificaron el 13 de agosto, la totalidad de la flota de Fortalezas Volantes se encontraba de nuevo bombardeando el apartadero ferroviario de Roma.<sup>377</sup>

Los mandos de la Marina tenían los mismos motivos para temer a las feroces baterías costeras de Baade y «los rayos semejantes a tentáculos de los reflectores».<sup>378</sup> En Tunicia, el almirante Cunningham había dado su famoso primer mandamiento: «Hundid, quemad y destruid. Que no pase nadie»; pero en este caso, no hubo ningún mandamiento semejante. «No hay ninguna manera eficaz de detenerlos, ni por mar ni por aire», dijo Cunningham, y Hewitt se mostró de acuerdo.<sup>379</sup> Las patrulleras y las pequeñas lanchas protagonizaron algún que otro ataque de pequeña importancia, y tanto los almirantes ingleses como los norteamericanos se abstuvieron de poner en peligro sus grandes barcos. «Las dos máximas potencias marítimas del mundo», escribía el estratega J. F. C. Fuller, «dejaron de ser marineras».<sup>380</sup>

Los altos mandos aliados no habían hablado nunca de cómo cortar la retirada al enemigo.<sup>381</sup> Preocupados cada vez más por la invasión de la Italia continental en el mes de septiembre, no habían pedido en ningún momento a Eisenhower que desviara a sus bombarderos estratégicos ni ninguna otra clase de recursos para llevar a cabo un último esfuerzo. Y él tampoco obligó a nadie a ocuparse del asunto. El 10 de agosto, alarmados por los signos de agotamiento que apreciaban en el general en jefe, sus médicos le ordenaron guardar cama.<sup>382</sup> Y permaneció tres días en ella, «todo lo que le permitirá su temperamento nervioso», comentaba Butcher.<sup>383</sup> Presintiendo acaso que estaba perdiéndose una gran ocasión, el viernes 13 de agosto por la mañana Eisenhower, «estuvo levantándose y metiéndose en la cama sin parar, dando paseos por la habitación, y adoctrinándome sobre lo que la

historia iba a llamar “su equivocación”», añade Butcher, esto es, no haber desembarcado tropas de la Operación Husky «a ambos lados del estrecho de Mesina, aislando así por completo a Sicilia».

«Resulta sorprendente que el enemigo no haya lanzado ataques más fuertes los últimos días», decía el 15 de agosto en su diario de guerra el oficial al mando de la flotilla de Mesina, el capitán Gustav von Liebenstein.<sup>384</sup> La evacuación fue tan tranquila que enseguida empezaron a hacerse los transbordos de día, aprovechando los «hábitos anglosajones» a primera hora de la mañana, a la hora del almuerzo, y a la hora del té.<sup>385</sup> El capitán del puerto italiano abandonó Mesina el 16 de agosto después de colocar bombas de relojería para volar los muelles.<sup>386</sup> Doscientos granaderos montaban guardia en un cruce de carreteras a seis kilómetros de la ciudad, hasta que se replegaron para subir en las últimas lanchas;<sup>387</sup> los ingenieros alemanes pusieron a refrescar una botella de vino echándola al agua y arrastrándola con una cuerda, y brindaron cuando llegaron a las costas de Calabria.<sup>388</sup> Una patrulla italiana formada por ocho hombres que se había quedado atrás sin que nadie se diera cuenta, fue recogida en la costa por un buque de salvamento alemán a las ocho y media de la mañana del martes 17 de agosto, justo cuando las tropas aliadas convergían en Mesina.

Lograron escapar unos cuarenta mil alemanes y unos setenta mil italianos. Otras trece mil quinientas bajas habían sido evacuadas el mes anterior. Las tropas alemanas se llevaron además diez mil vehículos —más de los que habían llevado a Sicilia, gracias al robo indiscriminado— y cuarenta y siete tanques. Entre los evacuados italianos había también más de diez mulas. «Los alemanes han llevado a cabo una retirada muy hábil, que ha tenido lugar en gran parte conforme a sus planes y no a los nuestros», señalaba un oficial inglés.<sup>389</sup>

Kesselring afirmó que las unidades alemanas procedentes de Sicilia estaban «completamente en condiciones para la batalla y listas para entrar en servicio». Era una exageración, pues desde el 10 de julio, las fuerzas del Eje habían sido machacadas de mala manera por los Aliados y por la malaria. Pero las divisiones que lograron escapar —la 15.<sup>a</sup> Panzer de Granaderos, la 29.<sup>a</sup> Panzer de Granaderos, la 1.<sup>a</sup> de Paracaidistas, y la Hermann Göring— matarían a miles de soldados aliados durante los próximos meses. «Ahora emplearemos nuestra fuerza en otra parte», escribió el capitán Von Liebenstein cuando llegó al continente, «confiando plenamente en la victoria final de la Patria».<sup>390</sup>

A las diez de la mañana del 17 de agosto, Patton llegó a las alturas barridas por los vientos existentes al oeste de Mesina, donde la Carretera 113 iniciaba un descenso zigzagueante hasta la ciudad. Esperando en la ladera de la colina estaba Truscott, que se cuadró para darle la bienvenida. Como en Palermo, había recibido la orden de no entrar en la ciudad antes que el general en jefe de su ejército, y a primera hora de la mañana había rechazado la rendición que le había presentado una delegación de civiles vestidos de etiqueta. Un pelotón de su 7.<sup>a</sup> de Infantería había llegado al centro de Mesina a las ocho de la tarde del día anterior y había estado intercambiando disparos con unos francotiradores alemanes rezagados,<sup>391</sup> hasta que llegó un batallón de Rangers y otras tropas norteamericanas con órdenes de «encargarse de que los ingleses no nos tomen la ciudad».<sup>392</sup> Cuando quiso llegar un coronel de la 4.<sup>a</sup> Brigada Acorazada de Montgomery, con gaitas y un sable escocés en el asiento trasero del jeep, los yanquis ya les habían tomado la delantera.<sup>393</sup> Bradley estaba furioso por el hecho de que Patton hubiera organizado su propia entrada como héroe incluso cuando todavía quedaban tropas enemigas en la isla.

—¡Me cago en...! —exclamó—. ¡Ahora George quiere escenificar un desfile de entrada en Mesina!<sup>394</sup>

Patton tenía treinta y nueve de fiebre a consecuencia de una larga afección de ántrax, y los sentimientos de Bradley le tenían totalmente sin cuidado. La carrera hacia Mesina la había ganado él; la campaña de Sicilia había terminado. En una pared de cemento situada junto a la carretera habían pintado la palabra «DUCE» con letras blancas tan grandes que podían verse desde la Italia continental.<sup>395</sup> Calabria estaba allí, envuelta en la calina, al otro lado del estrecho, en cuyas aguas vivía Escila, el monstruo de doce patas y seis cabezas que ladraba como una perra mientras devoraba a seis de los compañeros de Ulises. Las bombas alemanas lanzadas desde la costa lejana caían en Mesina o levantaban altas columnas de humo blanco en el puerto.<sup>396</sup>

—¿Qué demonios hacéis ahí esperando? —exclamó Patton.<sup>397</sup>

Mientras tanto, corrían a una velocidad vertiginosa por aquellas curvas cerradísimas; un vehículo blindado y el coche oficial de Patton abrían la comitiva. «La infantería americana avanzaba por la carretera hacia la ciudad», comentaba Lucas, que había llegado en el séquito de Patton. «Estaban cansados e increíblemente sucios. Muchos no podían ni caminar apenas.» Una bomba explotó en la ladera de la colina, junto al camino, hiriendo a un coronel y a varios otros hombres que iban en el tercer coche de la procesión. Patton aceleró.<sup>398</sup>

Mesina era un premio miserable. El 60 por 100 de la ciudad estaba en ruinas, el tejado de la catedral se había venido abajo, y las tropas alemanas habían puesto trampas bomba en las manecillas de las puertas, en los interruptores de la luz y en las cisternas de los váteres. El fuego enemigo hacía pedazos los edificios que aún seguían en pie. En un cementerio, las bombas<sup>399</sup> desalojaron los ataúdes de sus nichos, esparciendo los esqueletos entre los Rangers que vivaqueaban en él.<sup>400</sup> La artillería norteamericana respondía ahora a los alemanes, y un cañón de 155 mm llamado *Draftee*<sup>401</sup> disparó el primer proyectil aliado contra la Italia continental. Le seguirían varios millones más.<sup>402</sup>

Aunque tres cuartas partes de los doscientos mil habitantes de Mesina habían huido de la ciudad, una multitud flanqueaba las calles para saludar a Patton. Aplaudiéndole solemnemente, le arrojaban racimos de uvas y ramitos de dondiego de noche. En la plaza del ayuntamiento, en una ceremonia chapucera acelerada por los cañonazos atronadores, el alcalde rindió oficialmente Mesina a sus conquistadores.<sup>403</sup>

«A las 10 de la mañana de hoy, 17 de agosto de 1943, fue expulsado de Sicilia el último soldado alemán», telegrafió Alexander a Churchill, «y la totalidad de la isla está ahora en nuestras manos».<sup>404</sup>

Un tanto desinflado, Patton era más prosaico en el comentario que anotó en su diario ese mismo martes por la tarde: «Me siento decepcionado».<sup>405</sup>

No tardaría en sentirse peor. A las doce de esa misma mañana, al tiempo que se ponía fin a la ceremonia de Mesina, Eisenhower leía una y otra vez en Argel un relato detallado del suceso de la bofetada que un oficial médico destacado en Sicilia había enviado directamente al general cirujano del CGFA. Poco después llegó la confirmación de varios periodistas indignados que habían reconstruido rápidamente el suceso y habían alertado a Harry Butcher y a «Beetle» Smith. «Hay al menos cincuenta mil soldados americanos a los que les gustaría pegar un tiro a Patton si tuvieran la más mínima oportunidad», advertía a Butcher Quentin Reynolds, de *Collier's*. Cuando lo hicieron pasar al despacho del general en jefe de la operación en el Hotel St. Georges, Demaree Bess, del *Saturday Evening Post*, dijo a Eisenhower:

—Somos americanos primero y periodistas después.<sup>406</sup>

Pero pegar a un subordinado era un delito penado con consejo de guerra.

—Cualquier madre se imaginaría que su hijo iba a ser el siguiente [en ser abofeteado] —añadió Bess.

Sintiendo lástima de Eisenhower por el dilema en que se veía sobre cómo tratar al más agresivo de sus mandos en campaña, los periodistas acordaron silenciar el asunto «en aras del esfuerzo bélico americano». <sup>407</sup> Los gacetilleros británicos mostraron una moderación similar; de los sesenta reporteros angloamericanos presentes en Sicilia y el Norte de África, ninguno escribió ni una sola palabra.

Eisenhower estuvo angustiadísimo y pasó varias noches insomne. Patton era un egoísta, declaró una noche mientras daba paseos arriba y abajo por la habitación de Butcher, y estaba dispuesto a sacrificar vidas «si de esa forma puede obtener más fama». <sup>408</sup> No obstante, añadía, «en cualquier ejército un tercio de los soldados son luchadores y valientes por naturaleza. Otros dos tercios son cobardes y remolones. Haciendo temer a esos dos tercios una posible reprimenda pública como las que ha echado Patton durante la campaña, los remolones se ven obligados a pelear».

Aquel dudoso cálculo aritmético no excusaba ni mucho menos una conducta censurable y la carta de reprobación de cinco párrafos que escribió Eisenhower a Patton y que éste recibió de manos del cirujano del CGFA, era muy dura:

Debo poner tan seriamente en entredicho su buen juicio y su autodisciplina, que se me plantean serias dudas sobre su utilidad en el futuro. Ninguna carta de las que he tenido que escribir a lo largo de mi carrera militar me ha causado tanta angustia espiritual como ésta. <sup>409</sup>

A instancias de Eisenhower, Patton tuvo que pedir disculpas a los individuos a los que había ofendido: Lucas, que voló a Palermo el 21 de agosto para entregar a Patton la Cruz al Servicio Distinguido ganada en Gela, sugirió también que manifestara públicamente su arrepentimiento por su «lenguaje inmoderado». <sup>410</sup> No se le impuso ningún otro castigo, de momento. Un informe secreto de un general inspector advertía que el asunto probablemente se filtraría y «resultará embarazoso para el Departamento de Guerra». <sup>411</sup> Pero Eisenhower prefirió no decir nada a Marshall; hizo sólo una vaga alusión al hábito que tenían algunos mandos del ejército de «echar rapapolvos impulsivos a sus subordinados». Patton, añadía, «posee cualidades que no podemos permitirnos el lujo de desperdiciar, a menos que se perjudique a sí mismo». <sup>412</sup>

Patton mostraría una actitud rastrera en su respuesta a Eisenhower, y declaraba «mi consternación y mi pena por haber dado motivos para que te disgustes conmigo, tú que eres la persona a la que debo todo y por quien daría con gusto mi vida». <sup>413</sup> En privado, fluctuaba entre el arrepentimiento y la provocación. «Admito desde luego que mi método estaba equivocado», decía en su diario. <sup>414</sup> Pero en una carta a un amigo afirmaba: «Si tuviera que volver a hacerlo, no haría ni un solo



cambio».415 Utilizando el mote que daba en privado a Eisenhower, decía a Bea el 22 de agosto: «Parece que he puesto un poquito nervioso al Destino Divino, pero ya se le pasará».416

Tal como se le había ordenado, Patton pidió disculpas al recluta Kuhl, que posteriormente declararía que el general probablemente «sufriera él también un poco de fatiga de combate».417 Tras una entrevista similar con el recluta Bennett el 21 de agosto, Patton dio una cena en el Palacio Real en honor del actor Bob Hope y su compañía, «que cantaron y actuaron hasta pasada la medianoche». Cuando la cantante Frances Langford acabó de tararear *Embraceable you*, Patton acorraló a Bob Hope y le echó el brazo sobre el hombro:

—Puedes hacer mucho por mí —dijo—. Quiero que hables por la radio cuando vuelvas a casa. Deseo que la gente sepa que quiero mucho a mis hombres.418

En sus sesgadas manifestaciones públicas, realizadas ante cinco divisiones a lo largo de una semana a partir del 24 de agosto, utilizó un guión de diecinueve párrafos, con numerosas maldiciones intercaladas aquí y allá:419

—Quizá en demasiadas ocasiones he sido culpable de criticar y de dar demasiadas voces —dijo hablando desde un escenario improvisado—. Lo siento.420

Algunas unidades rechazaron incluso aquel autorreproche tan leve.

—¡No, mi general, no! —gritaron las tropas del 60.º de Infantería de Truscott.421 Tirando descaradamente sus cascos por los aires, bramaban «¡Georgie! ¡Geor-gie!», con tanta fuerza que Patton no pudo hacerse oír.422

—¡Al diablo! —exclamó, y se marchó en su coche oficial, de pie y saludando a todo el mundo mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Otros fueron menos indulgentes. El viernes 27 de agosto, poco antes del mediodía, una jornada en que hizo «más calor que el que hace a las puertas del Hades», toda la 1.ª División desfiló hasta un anfiteatro natural existente a orillas del río Palma.423 «No se portarán armas», advertía una directiva de la división,424 y los oficiales añadieron:

—No habrá abucheos.425

Una agrupación de bandas de varios regimientos interpretaba aires marciales cuando el coche de Patton se acercó al escenario acompañado del estridor de la sirena, envuelto en una marea de uniformes de lana color gris oliva. Después de hablar durante veinte minutos, concluyó su alocución con un elogio entusiasta —«Vuestra fama no morirá nunca»—, luego saludó a la bandera y se fue como una exhalación.

Los quince mil hombres permanecieron sentados en un silencio glacial. «Debió de ser el discurso más raro que pronunció un general americano», comentaría un capitán del 26.º de Infantería.<sup>426</sup> «Patton utilizaba tantas palabras soeces que no tenía yo muy claro de qué estaba hablando», contaba un soldado, mientras que otro explicaba:

—¡Joder! Este puto general dice demasiados tacos, ¡joder!<sup>427</sup>

Algunos se preguntaban si estaba pidiendo disculpas por haber destituido a Allen y Roosevelt. A la mayoría no le importaba lo más mínimo. Permanecieron en silencio.

—Para expresar nuestro rechazo a su presencia allí —explicó un sargento de artillería, que añadió—: Lo despreciamos.<sup>428</sup>

Patton regresó a su palacio. Había dado comienzo su destierro y sólo podía esperar que acabara antes de que terminara la guerra: «Estaré contentísimo de salir de esta isla infernal», escribía a un amigo. «Sin duda es el lugar más triste y desolado en el que he estado nunca».<sup>429</sup> Y en una carta a Beatrice comentaba: «He sido un pasajero navegando por el río del destino. De momento no puedo ver qué es lo que hay tras el próximo recodo, pero supongo que todo irá bien».

La campaña, de treinta y ocho días de duración, había terminado y otros quince mil kilómetros cuadrados de territorio en poder del Eje habían pasado a manos de los Aliados. Patton consideraba la Operación Husky «un maldito ejemplo, casi perfecto, de cómo se hace la guerra», y sin duda había producido grandes beneficios.<sup>430</sup> Se había precipitado la caída de Mussolini. Se habían asegurado todavía más las rutas marítimas del Mediterráneo, junto con las líneas de aprovisionamiento a la Unión Soviética desde el sur y al sur de Asia a través del Canal de Suez. En Sicilia surgieron bases aéreas aliadas en cuanto los ingenieros estuvieron en condiciones de construirlas. La presión alemana se alivió en el frente ruso, donde Hitler canceló en julio una gran ofensiva contra Kursk al cabo únicamente de una semana,<sup>431</sup> en parte con el fin de desviar tropas hacia Italia y los Balcanes.<sup>432</sup>

La seguridad en sí mismos de los norteamericanos, que había salido tan mal parada en el Paso de Kasserine, quedó plenamente restaurada; otras cuatro divisiones más se convirtieron en veteranas, y pasaron a unirse a las cuatro ya curtidas en Tunicia. La cooperación entre las fuerzas de tierra y las navales había mejorado, y las numerosas lecciones aprendidas en lo tocante al modo de hacer la guerra en terreno montañoso y a las tácticas de emboscada, en el arte del camuflaje y de la carga de combate, resultarían muy útiles en Italia y después.<sup>433</sup> La

experiencia obtenida a través de la gran ofensiva anfibia lanzada contra una costa enemiga resultaría valiosísima para las invasiones por venir, especialmente la de Normandía.<sup>434</sup>

—Sabemos que podemos volver a hacerlo —decía el general de brigada Ray McLain, oficial de artillería al mando de la 45.<sup>a</sup> División—. Porque lo hemos hecho bien.

La acción se cobró un altísimo precio en sangre en uno y otro bando.<sup>435</sup> Las bajas en el campo de batalla de los norteamericanos fueron en total ocho mil ochocientas, contando los 2.237 muertos en acción, más otros 13.000 hospitalizados por enfermedad. La lista de bajas inglesas sumaba 12.800, incluidos 2.721 muertos. El número de muertos y heridos del Eje se aproximaba a los 29.000 (un recuento italiano de tumbas en Sicilia hablaba de 4.300 de alemanes y de 4.700 de italianos).<sup>436</sup> Pero serían los 140.000 soldados del Eje capturados, casi todos italianos, los que desequilibrarían definitivamente el número total de bajas.

Para los Aliados la campaña había sido «un gran éxito, pero no ha sido completo», según decía un almirante alemán. Apenas cincuenta mil alemanes habían sobrevivido a la supremacía aérea y naval de los Aliados y al virtual derrumbamiento de sus confederados italianos, durante las cinco semanas en las que se habían visto obligados a rechazar la embestida de casi medio millón de angloamericanos.<sup>437</sup> Kesselring consideraba que gran parte del esfuerzo norteamericano se había malgastado en la conquista de un «territorio carente de interés» en el oeste de Sicilia; detectaba en los mandos aliados cierta aversión al riesgo, y creía que tenía una idea bastante clara de lo que eran sus enemigos para futuros enfrentamientos.

Husky había sacado a la luz también una serie de deficiencias de combate constantes y otras nuevas. Un terreno accidentado podía anular la ventaja de un ejército muy mecanizado, pero obligado a seguir rutas abiertas de antemano. El «envolvimiento vertical», por medio de paracaidistas o planeadores, tenía todavía que demostrar su eficacia; en las seiscientas sesenta y seis salidas de transporte de tropas realizadas sobre Sicilia, los Aliados habían perdido cuarenta y dos aviones, y otros ciento dieciocho habían resultado gravemente dañados, muchos de ellos por fuego amigo.<sup>438</sup> El acoplamiento de la infantería, los acorazados, la artillería, la fuerza aérea y otras armas para formar una fuerza de combate integrada —la esencia de la forma moderna de combatir— seguía siendo desigual; a veces no estaba demasiado claro ni siquiera si la aviación y las fuerzas de tierra de los Aliados estaban participando en la misma campaña. Eisenhower afirmaba que «el espíritu de cooperación internacional y entre las distintas armas» estaba ya «tan

firmermente establecido ... que casi no era necesario considerarlo un problema».<sup>439</sup> Era pura fantasía. Las relaciones entre los aviadores y los soldados de tierra eran tan tensas como las que mantenían ingleses y yanquis. Como diría luego el historiador Douglas Porch, «Sicilia puso de manifiesto las numerosas limitaciones de las relaciones entre las distintas armas y de la cooperación entre los Aliados, unas limitaciones que presagiaban los problemas con los que se encontrarían los Aliados en Italia».<sup>440</sup>

Aunque cientos de mandos de todo rango pusieron de manifiesto su temple bajo el fuego, otros no estuvieron a la altura de las circunstancias. La diferenciación de los más capaces frente a los menos valiosos siguió adelante, y las críticas de Truscott al relevar al oficial de un regimiento en agosto pondrían de manifiesto cuán despiadado podía ser ese proceso de discriminación: «Le falta a usted serenidad y claridad de juicio y de estabilidad mental bajo la presión de la batalla, y se deja influir indebidamente por rumores e informes exagerados».<sup>441</sup>

Pero sería en los niveles más altos donde los mandos tendrían que demostrar que eran totalmente dignos de sus subordinados. Montgomery dio muestras de ser «extraordinario como líder, pero mediocre en el manejo de los ejércitos en combate», según dice el historiador Geoffrey Perret, «incapaz de distinguir la suficiencia de la superfluidad».<sup>442</sup> Patton se había retirado al Palacio Real con sus demonios. Alexander había mostrado una actitud conservadora, carente de imaginación, y una tendencia a dejarse engatusar fácilmente por sus subordinados; su actuación como general en Sicilia fue «floja desde el principio hasta el final», concluye su biógrafo, el inglés Nigel Hamilton.<sup>443</sup> En cuanto a Eisenhower, a pesar de su evolución desde la Operación Antorcha diez meses antes, con demasiada frecuencia había sido incapaz de tomar las riendas de su papel como general en jefe, día tras día y hora tras hora. Todavía tendría que convertirse en un gran comandante porque aún estaba por demostrar su preeminencia como gran capitán: la capacidad de imponer su voluntad en el campo de batalla.

Sin embargo, tenían una isla. Roma estaba más cerca; Berlín estaba más cerca. Un enemigo que sólo un año antes llevaba la delantera, ahora se hallaba en retirada en todas partes. Medio millón de soldados alemanes yacían muertos, y otros tantos habían sido hechos prisioneros o habían desaparecido. Después de Sicilia, según escribía un alto mando de la Luftwaffe, pocos podían dudar de que «hemos llegado a un punto de inflexión y de que estamos camino de la derrota final».<sup>444</sup>

Se puso fin al estado de alerta de las tropas. Muchos levantarían el campo para prepararse en Gran Bretaña para la Operación Overlord, entre ellos Omar Bradley y la 1.<sup>a</sup>, la 9.<sup>a</sup> y la 2.<sup>a</sup> División Acorazada, y finalmente la 82.<sup>a</sup> Aerotransportada, así como otras tres divisiones británicas. Otras fueron asignadas a las dilatadas campañas del Mediterráneo. La sensación de deflación de Patton era una enfermedad común. «He estado un poco mustio», escribía Truscott a Sarah el 25 de agosto. «La guerra estaría bien si sólo fuera combatir. Son estos intermedios los que hacen que me dé este nerviosismo.»<sup>445</sup>

Quizá ese nerviosismo fuera consecuencia de la reflexión, de la singular oportunidad de considerar aquello por lo que habían pasado y aquello a lo que todavía tenían que enfrentarse. Audie Murphy, que ya se definía a sí mismo como «un fugitivo de la ley de las mediocridades», escribía: «He visto la guerra tal como es en realidad, y no me gusta».<sup>446</sup> El paracaidista Jim Gavin se aleccionaba a sí mismo: «Todavía tengo muchas batallas por delante ... tengo que combatir con intensidad, inteligencia y dureza.<sup>447</sup> Aprovechar las oportunidades personalmente y en materia de decisiones». En una nota a su hija, soñaba con un puesto como pastor de la Iglesia después de la guerra, «sin tener que hacer nada más que ocuparme de las flores y meditar sobre la maldad del mundo».<sup>448</sup>

A Ernie Pyle la melancolía le resultó más difícil de aguantar que la fiebre del campo de batalla. «Ayer es mañana», escribía, «y Troina es Randazzo.<sup>449</sup> ¿Cuándo vamos a parar de una vez? ¡Dios mío, estoy tan cansado!». Señalando que «entre los muertos no podría encontrar las Cuatro Libertades», decía en una carta a su esposa, Jerry, en Nuevo México, que «la guerra se vuelve muy complicada y confusa en mi mente; en los días más tristes resulta casi imposible creer que haya algo digno de tanta matanza en masa y de tanta miseria».<sup>450</sup> Los celosos agentes de la Policía Militar multaron a Pyle tres veces en un día por no llevar el casco ni las polainas. Un capitán preboste conmutó a Pyle los cuarenta dólares de multas acumuladas después que el periodista accediera a repetir diez veces: «Soy un buen soldado e intentaré comportarme como tal llevando siempre el casco y las polainas». Después de cuatrocientos días en ultramar, necesitaba un largo descanso.<sup>451</sup>

Varios cientos de miles de soldados encontraron al menos un breve respiro en el clima benigno de los últimos días de verano en el Mediterráneo. Jack Toffey escribía a Helen quejándose en broma de que había «engordado, y [me siento] vago y aburrido desde hace diez días, desde que acabaron los combates aquí».<sup>452</sup> Su rodilla renca a menudo se agarrotaba; el 31 de agosto cumpliría treinta y seis años. Aunque todavía quedaban muchos combates, «ahora estamos seguros de que podemos darle una paliza a este tío», decía a su mujer. «Eso es lo que

pretendemos»; pero se permitía un pequeño sueño de posguerra, y se preguntaba: «¿Nuestro nuevo coche debe ser un Buick, un Oldsmobile, un Cadillac, o qué?». Un día volvería la paz. «Iré bien arreglado y no me despeinaré nunca más», decía. «¡Menudo tío chulo pienso ser!»

Algunos batallones establecieron tabernas y cobraban diez centavos por una copa de «tinto *italianini*».<sup>453</sup> A las «emigradas» se les acumulaba el trabajo en los burdeles de mala muerte; algunas, para garantizar la intimidad, llevaban su propia puerta al pasar de una habitación a otra.<sup>454</sup> El índice de enfermedades venéreas subió como la espuma y la 82.<sup>a</sup> Aerotransportada abrió un burdel provisto de certificados médicos en Trapani<sup>455</sup> bajo la supervisión de un oficial que enseguida recibiría el nombre de «Madame». Gavin señala en su diario: «Tarifas de veinticinco liras por servicio». Los soldados compraban souvenirs a porrillo, entre otros pañuelos carísimos con la palabra «Sicilia» bordada en un pico.<sup>456</sup> Por la noche, veían películas en pantallas improvisadas con una sábana,<sup>457</sup> en las que podía verse por un lado y por otro, y cantaban nuevas matracas de campamento, por ejemplo: «Lina, la tía buena de Mesina», o «Fannie, la guarra de Trapani».

—Llevo sin ver la espita de un barril de cerveza desde que salí de Estados Unidos —comentaba un soldado de la 1.<sup>a</sup> División—. Es una tontería, pero significa mucho para mí.<sup>458</sup>

Algunos retazos de italiano pasaron a formar parte de la jerga de la soldadesca, por ejemplo: «*Prego, italianini*», o «*Grazie, nazi*».<sup>459</sup>

El domingo 29 de agosto por la mañana, Eisenhower voló desde Argel hasta Catania, escoltado en el tramo final por cuatro Spitfires. En la ciudad turística de Taormina se entrevistó con Montgomery para celebrar un suntuoso almuerzo. La mesa estaba puesta con mantelerías de lino, cubiertos de plata y vajilla de porcelana fina en el comedor de una elegante villa fascista, desde la cual el general en jefe del VIII Ejército bajaba diariamente al mar para bañarse. A última hora de la tarde, los dos generales se trasladaron a Mesina y se detuvieron en la cornisa para examinar la costa de Calabria con sus prismáticos. La playa estaba llena de huellas de la huida del enemigo.<sup>460</sup> En una soleada terraza situada en las inmediaciones, un jefe de artillería inglés invitó a sus huéspedes a seleccionar los objetivos en un mapa que trajeron junto con sus cocktails de media tarde; los objetivos elegidos fueron marcados con chinchetas y unos minutos después, cuando la ginebra desapareció de los vasos, una andanada de varios centenares de bombas cruzó el estrecho hacia la punta de la bota de la península Italiana:<sup>461</sup>

—Resultó de lo más espectacular —dijo exultante uno de los invitados.

El idilio no tardaría en acabar. Como escribía Gavin a su hija más tarde, «en el fondo de nuestro corazón sabemos cuánta hambre, cuántos dolores de cabeza y cuántas tumbas tenemos ante nosotros».<sup>462</sup> Examinando también la costa calabresa, el periodista Alan Moorehead pensaba:

Uno no estaba preparado para verla tan cerca ... Cuando se miraba a la otra costa, a la Europa continental, las viñas y las casas rústicas aparecían totalmente silenciosas y toda la costa parecía dominada por una sensación de miedo de lo que inevitablemente iba a suceder.

## Segunda parte



# LOS FRENTES EN ITALIA

SEPTIEMBRE 1943-JUNIO 1944



GeneThorp

## Salerno

### «LOS RIESGOS DEBEN SER CALCULADOS»

Una suave brisa movía las aguas del mar, y un sol clemente anunciaba las primeras horas de la mañana del viernes 3 de septiembre de 1943.<sup>1</sup> Unos vendedores sicilianos ofrecían sus limones y gladiolos a los soldados británicos equipados para entrar en combate que formaban a lo largo de las playas. Trescientos anfibios y otras embarcaciones avanzaban de la isla al continente «como un enjambre de mosquitos en un estanque», según relataría un testigo ocular,<sup>2</sup> y esta primera invasión de Europa continental —una operación totalmente británica bajo el nombre en clave de Baytown— había transcurrido tan plácidamente que los *tommies* no tardaron en llamarla la Regata del Estrecho de Mesina.<sup>3</sup> Sólo los ataques masivos de la artillería rompieron la tranquilidad: más de quinientos cañones seguían sonando al unísono en los montes próximos a Mesina.<sup>4</sup> Los barcos de la Armada Real, que ahora permanecían impunes en las aguas del estrecho, añadían cien cañones más a ese despliegue de artillería. Los cohetes salían disparados hacia la costa calabresa como «una especie de cascada amarilla que fluía hacia arriba», escribiría Alan Moorehead. «El ruido era monstruoso.»<sup>5</sup>

Únicamente ocho mil soldados alemanes seguían ocupando el pie de la bota de Italia, y ya hacía tiempo que se había dado la orden de que abandonaran la región (aunque, una vez más, sin dar cuenta de ello a los italianos).<sup>6</sup> Desde el 30 de agosto los servicios de inteligencia aliados habían detectado signos evidentes de que las tropas del Eje se retirarían hacia el norte en lugar de defender la punta de la península, pero los difíciles preparativos de la invasión siguieron adelante, incluida

la organización de una barrera de artillería progresiva similar a la de la batalla del Somme.<sup>7</sup> Los cañones británicos dispararían veintinueve mil proyectiles ese viernes por la mañana; en respuesta, el enemigo no disparó ninguno.<sup>8</sup>

El general Montgomery tomaba su té matutino en un olivar junto al mar y estudiaba los primeros informes procedentes de las tropas de vanguardia del VIII Ejército, que ya estaba inspeccionando las calles bombardeadas de Reggio Calabria al otro lado del estrecho. Los soldados alemanes habían desaparecido en las montañas. Montgomery se entretuvo en un furgón aparcado en la playa de Mesina para transmitir sus impresiones a la BBC y para grabar una proclama invocando convenientemente el valor del VIII Ejército. «Creo que ha quedado bien, ¿no os parece?», dijo mientras se escuchaba a él mismo.<sup>9</sup> «Buena grabación. Buena grabación.» Luego subió a su embarcación, «como el que va de picnic por el Támesis», y exclamó con su voz chillona: «Y ahora vayamos a Italia».<sup>10</sup>

Y rumbo a Italia zarpó, permaneciendo de pie con su uniforme caqui en la proa del anfibio, y con su pronunciada barbilla levantada hacia arriba como el mascarón de proa de un barco. A lo largo del casco de la embarcación se habían distribuido varios centenares de cajas de cigarrillos baratos de la marca Woodbine. El ordenanza de Montgomery se encargaría del transporte del canoro grupo de periquitos y canarios del general, colocados en jaulas en el exterior de su tráiler; tenía la esperanza de encontrar una pareja de pericos en venta, aunque otro plumado seguidor del campamento —un hermoso pavo real— había acabado en la mesa de la cena del día anterior sobre una bandeja, bien asado y guarnecido.<sup>11</sup> A unos cientos de metros de la costa, el anfibio se aproximó a una corbeta de la Armada Real inglesa. Tras subir a bordo, Montgomery bajó a la angosta cámara de oficiales, donde tomó tres tazas de café y unas cuantas galletas mientras comunicaba a los periodistas cómo pensaba dirigir la guerra en Italia:

Nunca debe permitírsele al enemigo que elija el escenario de la batalla ... Hay que obligarlo a que entre en combate según tus propios planes. Nunca los suyos. Nunca... Nunca se debe atacar hasta que no se está completamente preparado.<sup>12</sup>

Tras volver al exterior, saludó a un grupo de soldados que silbaban desde las regatas de una lancha de desembarco. Seguramente los italianos se rendirían «antes de seis semanas», predijo Montgomery, pero los alemanes «lucharán». Y en cuanto a la invasión, la Operación Baytown, comentó que suponía para él «una gran satisfacción». Su estandarte negro y rojo ondeaba en el mástil de la corbeta.

Pero a decir verdad, estaba furioso y disgustado, y ya había empezado a ponerse de mal humor en su tráiler. Alexander había hecho caso omiso de su consejo de cómo llevar a cabo la campaña de Italia, relegando al VIII Ejército a desempeñar un papel de simple apoyo; la Operación Baytown había quedado reducida incluso a sólo cuatro batallones hasta que las protestas de Montgomery permitieron que sus fuerzas de invasión volvieran a contar con dos divisiones, la 5.<sup>a</sup> británica y la 1.<sup>a</sup> canadiense.<sup>13</sup> No se había hecho nada por coordinar el VIII Ejército con el V Ejército, que en aquellos momentos tenía programado desembarcar antes de una semana a casi quinientos kilómetros de tortuosas carreteras al norte de Salerno.<sup>14</sup> Embarrancar a un ejército en la punta de Italia no tenía sentido alguno, ni siquiera como diversión; Montgomery pensaba que era una «estupidez».<sup>15</sup> Las instrucciones de Alexander de si se debía simplemente abrir el estrecho de Mesina o empezar a subir por la península Italiana habían sido vagas; cuando se le presionó para determinar un objetivo, se limitó a instar a Montgomery a hacer todo lo que estuviera en sus manos.<sup>16</sup> La puesta en marcha de la Operación Baytown significaba que la Operación Avalancha, la invasión de Salerno, fuera de menos envergadura, y su realización quedara en manos de unidades y comandantes en su mayoría carentes de experiencia.<sup>17</sup> Eisenhower había instado a Montgomery a cruzar el estrecho lo antes posible, pero el VIII Ejército «quería que todo estuviera perfectamente preparado» antes de dar el paso.<sup>18</sup> Una vez más, Eisenhower dejó de insistir.<sup>19</sup>

El asesoramiento estratégico pasó a un segundo plano. Roosevelt y Churchill habían decidido celebrar otra conferencia a mediados de agosto, esta vez en Quebec. Reconfirmaron llevar a cabo la invasión Overlord de Europa Occidental en la primavera siguiente, aunque los británicos seguían considerando imprescindible para el éxito del ataque a través del canal realizar una ofensiva en Italia porque absorbería contingentes de reserva alemanes que en esos momentos se encontraban en el Muro Atlántico. Los estadounidenses no compartían esa idea, haciendo suya constantemente la máxima de Napoleón de que en Italia, como bota que era, sólo cabía entrar por arriba. Con su longitud de mil trescientos kilómetros, se convertía en el país más vertebrado, con una espina dorsal montañosa y unas costillas descarnadas. En cuanto a lo que debía hacerse si los alemanes plantaban cara en toda la península, no había consenso alguno, ni tampoco en si Italia era un campo de batalla conveniente en el caso de que este país se retirara de la guerra.<sup>20</sup>

Se oyó un gran grito desde la playa situada al norte de Regio cuando la corbeta se acercó, y los soldados que se encontraban en la costa supieron que Montgomery llegaba para unirse a ellos. Tras subir a bordo de otro anfibio, el general entraba en

el continente a las diez y media de la mañana, con unos anteojos colgados del cuello y su típica boina ladeada, lanzando cigarrillos con una sonrisa.<sup>21</sup> Centenares de soldados italianos también acudieron precipitadamente hasta la playa «con las manos en alto, gritando y riendo», deseosos de ayudar a descargar las provisiones del enemigo.<sup>22</sup> Montgomery se dirigió directamente al cuartel general fascista del lugar, donde requisó el fajo de papel en el que escribiría durante meses toda su correspondencia. Aquella noche cenó temprano y se retiró a su habitación, acompañado de una novela. En una nota dirigida al general Brooke en Londres, escribiría antes de dormirse que «la única persona que no es presa del cansancio soy yo».<sup>23</sup>

Los días que siguieron pasaron sin apenas sensación de apremio. Los derribadores alemanes habían volado puentes y alcantarillados de carreteras, pero la única resistencia activa que quedaba era la de un puma y la de un mono aterrizado que se habían escapado del zoológico de Regio. Los depósitos de combustible y de municiones habían aumentado de tamaño. Los exploradores del VIII Ejército avanzaban desde la punta hacia el empuje de la bota que forma la península Italiana, en ocasiones llevando a cabo la inspección de vagones de pasajeros de los trenes locales.<sup>24</sup> Las orquídeas salvajes y las doradas aulagas crecían en las tierras altas donde durante siglos los constructores de navíos griegos y romanos habían obtenido la madera para fabricar sus embarcaciones. Mujeres con enaguas rojas bajo la falda andaban silenciosamente por las pequeñas aldeas, con fardos de leña que se balanceaban sobre su cabeza.<sup>25</sup> El olor a hinojo endulzaba el aire, y por la noche empezaba a hacer cada vez más frío a medida que los soldados se alejaban a paso veloz de la Costa del Jazmín para adentrarse en las montañas. Los soldados canadienses, con sus pantalones cortos de dril color caqui, eran los que más se helaban, y algunos de ellos no dudaron en saquear los roperos abandonados con uniformes de la Legión de las Camisas Negras en busca de prendas de abrigo.<sup>26</sup>

El 6 de septiembre Alexander comunicó a Londres que los alemanes estaban ofreciendo resistencia al VIII Ejército «más mediante actos de demolición que por el uso de las armas». De hecho, como reconocería Brooke ese mismo día, «hasta ahora no hemos encontrado soldados alemanes».<sup>27</sup> La noche del 7 de septiembre, en lo que cabría calificar de un esfuerzo modesto con el fin de flanquear al enemigo, varios batallones zarparon de Mesina con la intención de desembarcar cerca de Pizzo, en el golfo de Santa Eufemia, a unos cuarenta kilómetros al nordeste de la punta de la bota peninsular. «Todo fue mal», comentaría un miembro de los Royal Hampshire. Los batallones equivocados desembarcaron en las playas equivocadas siguiendo una secuencia equivocada. «Nuestros amigos en la empresa naval

desconocían nuestro paradero exacto», informarían los Dorsetshire. «Era una noche totalmente oscura sin luna.» La lancha de desembarco del comando se extravió; entre los primeros Dorset que al final llegaron a la playa figuraba «un oficial no comisionado con un saca de correos a sus espaldas».<sup>28</sup> Lo que en un primer momento fue una ligera lluvia de disparos de morteros alemanes se convirtió en un diluvio de bombas, provocando «muchas bajas entre los que se encontraban en la lancha o entre los que intentaban desembarcar». La expedición pudo concluir poquísimos objetivos. Un diario de guerra alemán contaría unos días después que, en Calabria, «el enemigo apenas nos acosa».<sup>29</sup>

Mientras tanto Montgomery intentaba instalarse lo mejor que podía. Ofrecía a los periodistas allí destacados vasos de limonada con algún que otro licor y les mostraba la ducha y la bañera nuevas de su tráiler particular, «feliz como un crío con un nuevo tren eléctrico». Los pájaros canturreaban en sus jaulas. ¿Es cierto, preguntaría el general británico al periodista Quentin Reynolds, que las chicas elegantes de Nueva York llevan ahora boinas «Monty»?<sup>30</sup>

El domingo 5 de septiembre Eisenhower celebró una pequeña fiesta con partida de bridge en su finca de siete dormitorios de Argel, la Villa dar el Ouard, «Villa de la Familia». A menudo, para relajarse, jugaba al ping-pong en la mesa verde que había en su biblioteca, o entonaba viejas canciones de West Point acompañado por las notas del piano de la sala de música. Pero las cartas seguían siendo su pasatiempo favorito, y para aquella ocasión invitó a tres expertos jugadores: Harry Butcher, el teniente general Mark W. Clark y el jefe de la plana mayor del V Ejército de Clark, el general de división Alfred M. Gruenther. Unas bazas se ganaban, otras se perdían, y entre jugada y jugada apenas se hablaba. Clark parecía preocupado y se equivocaba al contar los triunfos; él y Butcher perdieron el juego a favor de Eisenhower y el formidable Gruenther, que en sus años mozos como teniente había complementado su paga militar arbitrando en los concursos de bridge para profesionales que se celebraban en Nueva York.

A regañadientes, arrojaron sus cartas sobre la mesa, abandonando el juego. Tras mandar llamar su limusina, Eisenhower metió a Clark y a Gruenther en el coche y los acompañó hasta el puerto, que en esos momentos volvía a latir con el frenesí habitual de los embarques, en los que vociferan los estibadores y los brazos de las grúas se balancean mientras realizan su trabajo. El comandante en jefe cogió a Clark de la mano —su amistad duraba más de treinta años, desde los tiempos de la academia— y le deseó toda la suerte del mundo, y luego se quedó allí mirando cómo los dos oficiales subían por la plancha del barco para reunirse con Kent

Hewitt en su nuevo buque insignia, el *USS Ancon*. Las antenas envolvían la superestructura del navío como una tela de araña. Poco después subieron a bordo treinta oficiales de la plana mayor del V Ejército, así como unos cuantos comandantes que habían venido para desear a Clark buena suerte.<sup>31</sup> Entre éstos se encontraba Truscott. «Demonios, Lucian», le dijo Clark. «No debes preocuparte por esta operación. Será como un pasatiempo, no una batalla.»<sup>32</sup>

Exhausto tras las largas semanas de preparación de su ejército, Clark no tardó en retirarse a su camarote, donde el camastro apenas daba cabida a un cuerpo de más de un metro y noventa y dos centímetros de altura como el suyo. Antes de apagar la luz, abrió un librito titulado *The Daily Word*. «Junto a ti no siento temor, pues en ti pienso», comenzaba el apartado para el día 5 de septiembre. «Aunque me rodeen mil enemigos, en ti hallaré cobijo.»<sup>33</sup> Pero por si acaso, Clark había metido varios tréboles de cuatro hojas en su billetera.<sup>34</sup>

«El mejor organizador, planificador e instructor de tropas que haya conocido», había escrito Eisenhower a Marshall dos semanas antes refiriéndose a Clark. «En la preparación de los detalles más elementales ... no hay en nuestro ejército otro igual.»<sup>35</sup> Fueron precisamente esas cualidades las que impulsaron a Eisenhower a elegir a Clark para llevar a cabo la empresa tan compleja y desafiante que suponía el despliegue de todo un ejército en una playa hostil, tarea que lo convertiría en el comandante estadounidense sobre el terreno de mayor prestigio en Italia. Además de unas largas extremidades, un rostro anguloso —en el que destacaba un grueso labio inferior— y una nuez prominente, Clark poseía unos ojos oscuros que barrían constantemente el terreno que tenía ante sí. A juicio de un general británico, recordaba «una estrella del celuloide, de ésas que destacan en las películas del Oeste».<sup>36</sup> Cuando hablaba, solía hacer pausas para fruncir los labios o humedecérselos; sus orejas, bien pegadas al cráneo, acentuaban una nariz larga y aguileña que recordaba el pico de un ave rapaz. «Una cara hermosa, osuda», comentaría George Biddle. «Un rostro que rezumaba inteligencia, y en el que la boca expresaba su bondad.»<sup>37</sup>

Había nacido en el seno del ejército, y con los años fue convirtiéndose en el hijo frágil y delgaducho de un oficial que le permitió ingresar en «el *college* de tu elección, siempre y cuando éste sea West Point».<sup>38</sup> Como era el alumno más joven del nuevo curso de 1917, a Clark enseguida le ponían polvos, los pañales, y lo enviaban pronto a la cama. Descendiente de inmigrantes judíos rumanos por parte de madre, se había hecho bautizar por el rito episcopalista en la capilla de la academia. A los veintidós años, poco después de su graduación, fue puesto al frente de un batallón en los Vosgos, donde fue víctima de la metralla alemana, que lo hirió

en un hombro, poniendo fin a su aventura bélica. Tras ser ascendido dos veces en sus primeros cuatro meses de servicio, siguió ostentando el grado de capitán durante dieciséis años, luchando contra la indiferencia nacional al ejército y contra su delicada salud: tuvo una afección cardíaca, úlceras, una enfermedad contagiosa en la vesícula y diversas infecciones. En 1923 conoció a la viuda de un compañero de West Point que se había suicidado dos años antes. Cuatro años mayor que Clark, licenciada por la Northwestern University, Maurine Doran, a la que todos llamaban Renie, era una mujer menuda y dicharachera, e igual que él en ambición e inteligencia; se casaron un año después.<sup>39</sup>

Clark, que ahora contaba con cuarenta y siete años y todo el mundo lo conocía por el nombre de Wayne, se había saltado el rango de coronel y era uno de los generales con tres estrellas más jóvenes de la historia del ejército. Sin embargo, la última vez que había estado al mando de tropas en combate había sido veinticinco años antes. Si bien Biddle percibió la «bondad en la expresión de su boca», lo cierto es que pasó por alto unos cuantos rasgos de su persona. «Creía que estaba destinado a hacer algo fuera de lo común en esa guerra», comentaría un oficial de la plana mayor del V Ejército, «de modo que se comportaba con una dignidad comparable a sus expectativas».<sup>40</sup> Anglófobo, ocultó siempre esos sentimientos de desprecio tanto a Eisenhower como a los británicos; sólo entre sus más allegados no dudaría en despotricar de «esos malditos y estúpidos británicos de mierda», o en recitar la máxima napoleónica de que «Nunca seas un aliado. Combátelos».<sup>41</sup>

Decía querer que «el mío sea un cuartel general en el que reine la felicidad», pero Clark tenía el genio muy a flor de piel y era demasiado distante para construir un ambiente feliz.<sup>42</sup> Un oficial de la plana mayor lo consideraba «un maldito ejemplo de pura arrogancia»,<sup>43</sup> mientras que otro pensaba que «la vanidad lo envolvía como si fuera un halo».<sup>44</sup> Tal vez fuera sólo en su correspondencia con Renie donde esos rasgos de rigidez y sequedad se suavizaban. En ella hablaba de un vivo deseo de salir de pesca, de las alfombras y las bandejas de plata que le enviaba, de las pequeñas cosas que añoraba o necesitaba de casa, como sus pastillas de vitaminas o los galones de oro para sus sombreros. Desde el piso de Washington, su esposa le recriminaba que viajaba mucho, se quejaba de las pocas cartas que recibía de él y de las dificultades que tenía con su suegra, y le comentaba cuánto anhelaba sus besos. Ella era la que le había enviado los tréboles.

La compulsiva promoción de sí mismo que hacía Clark ya había sido objeto de severas reprimendas por parte de Marshall y de Eisenhower, pero él seguía dando instrucciones a los fotógrafos para que lo retrataran enfocando el «mejor perfil de su rostro», el izquierdo.<sup>45</sup> Un corresponsal, Eric Sevareid, consideraba que tenía



una fijación por «la publicidad personal sin la cual hacer la guerra se convierte en un trabajo sombrío y pesado, carente de glamur, y que no ofrece la más mínima recompensa». A veces Clark animaba a Renie a colaborar con los periodistas de Washington que escribían perfiles de él; otras, la reprendía por alabar sus virtudes con un exceso de entusiasmo. «En cuanto a lo que te he comentado acerca de la publicidad», escribiría el general, «deberías empezar a atar cabos y ver el resultado». El número de integrantes de su equipo de relaciones públicas llegaría a ser de casi cincuenta hombres, que en cada boletín de noticias harían aparecer el nombre de Clark al menos tres veces en la primera página, y como poco una en las siguientes. A los periodistas se les instaba a utilizar la nomenclatura preferida del general: «V Ejército del Teniente General Mark W. Clark».

A ese ejército le harían mucha falta los tréboles de la suerte de su teniente general. Se suponía que para la Operación Avalancha se iba a desembarcar en Salerno, cerca de Nápoles, y al final debían establecerse unas bases aéreas «en la zona de Roma y, si era factible, un poco más al norte».<sup>46</sup> Al igual que en Husky, los preparativos resultaron complicados debido a la diáspora de los planificadores aliados por el viejo mundo. En lugar de los tres o cinco meses necesarios para organizar perfectamente una gran expedición de anfibios, Clark contó sólo con cuarenta y cinco días.<sup>47</sup> Los ensayos fueron mínimos y descorazonadores. Debido al tardío descubrimiento de la existencia de campos de minas en la bahía de Salerno, Hewitt tendría que arriar la lancha de desembarco a una distancia de la playa entre nueve y doce millas para no poner en peligro los transportes de sus tropas.<sup>48</sup> Además, el 24 de agosto Clark adelantó la hora H unos treinta minutos, «complicando el minucioso horario de salida de los convoyes de asalto».<sup>49</sup> «Hombres de temperamento habitualmente sereno», observaría un comandante, «empezaron a ponerse bastante nerviosos».<sup>50</sup> Los oficiales de intendencia tuvieron que hacer un esfuerzo sobrehumano para solucionar el problema de la escasez de camas de hospital, alimentos, unidades de lavandería y —simplemente porque los planificadores se habían olvidado de solicitarlo— combustible de cien octanos para los aparatos aéreos.<sup>51</sup>

Sólo tres divisiones de asalto estaban disponibles para la Operación Avalancha, de modo que ésta contaría con menos de la mitad de los hombres empleados en Husky. Clark había solicitado encarecidamente que se le proporcionaran al menos cuatro divisiones, pero, como ya venía siendo habitual, el número de efectivos estaba supeditado a la capacidad de embarque en lugar de las necesidades reales en el campo de batalla. Incluso cuando Clark subió a bordo del *Ancon*, Hewitt seguía

sin saber con certeza el número exacto de navíos y embarcaciones de desembarco que componían su flota; algunos buques debían ser todavía reparados después de lo de Sicilia, y un buen número de ellos habían sido desviados para dar apoyo a Montgomery en la Operación Baytown. Para poner más difíciles las cosas a Clark, Eisenhower le había comunicado el 3 de septiembre que no podría contar con la 82.<sup>a</sup> División Aerotransportada que había en reserva: un duro golpe del que Clark dijo que era como si «me amputaran el brazo izquierdo».<sup>52</sup>

Eisenhower también tenía lo suyo. En tres ocasiones había pedido a Washington y a Londres que doblaran temporalmente el número de bombarderos pesados para llevar a cabo la Operación Avalancha, y tres veces el Estado Mayor Conjunto se había negado a desviar los aparatos que participaban en la creciente campaña aérea en Gran Bretaña. Otra solicitud —la de enviar una división más de infantería a Salerno, utilizando diez LST que se dirigían a la India por el Mediterráneo— le había sido negada por los Charlie-Charlies a finales de agosto. Eisenhower informó a sus superiores de que la invasión procedería según el ritmo previsto «independientemente de las fuerzas de las que podamos disponer», pero que «los riesgos deben ser calculados».<sup>53</sup> Para reforzar la protección de las naves de Hewitt con aviones caza, la Marina Real había añadido un portaviones ligero, el *Unicorn*, y cuatro buques escolta más pequeños que recibían el nombre de Woolworth.<sup>54</sup> Las fuerzas aéreas aliadas triplicaban prácticamente a las del Eje, pero la mayor parte de los cazas estadounidenses y británicos tendrían que llegar desde las lejanas bases de Sicilia. Los planificadores de la campaña aérea calculaban que les faltaba aproximadamente un tercio de las fuerzas necesarias para ofrecer la máxima protección a las tropas de asalto, déficit que Eisenhower consideraba «muy preocupante».<sup>55</sup> De modo que a comienzos de septiembre informaría a los Charlie-Charlies de que las fuerzas aliadas no podrían, a diferencia de lo que habían hecho en Sicilia, impedir que el enemigo reforzara la cabeza de playa de la invasión con considerables reservas.<sup>56</sup>

¿Pero estaban los alemanes dispuestos a pelear por Salerno? Ultra ofrecía un retrato detallado de las dieciséis divisiones alemanas que en esos momentos se encontraban en Italia, en las que estaban incluidas las cuatro que se habían retirado de Sicilia; esas fuerzas habían aumentado rápidamente tras el derrocamiento de Mussolini a finales de julio. («La traición lo altera todo», declararían Hitler.<sup>57</sup>) Los servicios de inteligencia del CGFA seguían creyendo que, dada la escasa resistencia italiana, el alto mando alemán iba a retirarse a una línea defensiva que cruzara el norte de Italia, desde Pisa hasta Rímini, e impidiera que los Aliados invadieran el valle del Po, región en la que se concentraban tres cuartas partes de la industria de

Italia. Sin embargo, advirtieron al mando conjunto aliado en Quebec que «sí los alemanes se dan cuenta de que nuestro asalto no es sumamente potente, o cuando observen esta circunstancia, tal vez opten por moverse al sonido de los cañones».<sup>58</sup> Se calculaba que unos cuarenta mil soldados enemigos harían frente a los desembarcos de Salerno el día D, pero que ese número podría aumentar a los cien mil hombres en menos de cuatro días; los alemanes pueden llegar a «atacarnos con seis divisiones en septiembre», mientras que Clark sólo podría contar con un número parecido de tropas en tierra a finales de otoño. La clave de las operaciones de desembarco anfibio no residía en el número de hombres que desembarcaba, sino en la capacidad de los invasores de hacerse con una cabeza de playa con mayor rapidez que los defensores.<sup>59</sup>

Salerno se revelaría un sitio muy poco conveniente para luchar en inferioridad de condiciones.<sup>60</sup> Como lugar de invasión ofrecía una hidrografía casi perfecta, con poquísimos bancos de arena, una marea insignificante, un pequeño puerto en una bahía bien protegida y treinta y cinco kilómetros de playas fantásticas. «Ésta es la mejor franja costera de toda Italia, y tal vez incluso de todo el Mediterráneo», observaría un planificador británico, aunque no sin añadir que tenía la desgracia de «estar rodeada de montañas».<sup>61</sup> Formadas en su mayoría de dura piedra caliza, esas montañas ceñían una llanura de aluvión atravesada por dos ríos menores, el Sele y el Calore. Un estudio del terreno preparado para la Operación Avalanche advertía que «el terreno montañoso que rodea totalmente la llanura del Sele limita la profundidad de la cabeza de playa inicial y permite que ésta quede expuesta a la observación, el fuego y el ataque enemigos desde zonas más elevadas».<sup>62</sup> La topografía de Salerno, añadía un planificador de la Marina estadounidense, era como «el interior de una taza».<sup>63</sup>

Se habían calculado los riesgos. A las seis y media de la mañana del 6 de septiembre, el *Ancon* soltó amarras y zarpó de Argel a una velocidad de doce nudos con un convoy de setenta barcos formado, entre otros, por tres cruceros y catorce destructores. Los soldados que estaban despiertos, pero no de servicio, estaban viendo una película en la cubierta del buque, *Strange Cargo*, con Joan Crawford. Hewitt y Clark, compañeros francmasones cuya amistad se remontaba a los tiempos en que ambos estuvieron destinados cerca de Puget Sound en los años treinta, charlaban en el puente de mando y estudiaban atentamente un mapa enorme de la bahía de Salerno. Debajo de cubierta, en la sala de guerra, un mapa de más de seis metros de longitud y tres de altura indicaba la posición de todos los barcos aliados entre Gibraltar y Trípoli. En apenas cuarenta y ocho horas, seiscientos buques de

dieciséis convoyes procedentes de seis puertos convergerían en «un país encantado», como lo llamaba Longfellow, en el que los aguardaba «la azul bahía salernitana con su hoz de arena blanca».<sup>64</sup>

Quedaba por ver qué más los esperaba. Un comandante británico le había dicho a Clark que tenía «muchas esperanzas de poder estar en Nápoles la noche del día “D+2”», o sea, del sábado 11 de septiembre.<sup>65</sup> «La orden del día debe ser audacia», declaró Eisenhower,<sup>66</sup> quien ya estaba planeando trasladar su cuartel general de Argel a Nápoles a finales de septiembre.<sup>67</sup> «Ha llegado la hora de dejar de picotear islas, y darles a los alemanes allí donde más duele», diría a los periodistas. «Nuestro objetivo es atraparlos y aplastarlos.»<sup>68</sup>

Pero era más fácil decir bravatas en Argel que en alta mar, rumbo al norte. Mientras Clark observaba el horizonte de punta a punta, un presentimiento fatalista y desalentador lo invadió. «Me di cuenta de que era como ir a la deriva, sin control, sin nada a lo que agarrarme», recordaría más tarde el almirante.<sup>69</sup> «Si ahora no iba a salir bien, nunca saldría bien.» La soledad inherente de los mandos —esa «sensación de desamparo», como decía él— empezaba a apoderarse de Clark. Aunque estuviera acompañado de su ejército, con una gran flota ante él y tras él, el almirante estaba solo.

## TRAMAS, CONTRATRAMAS Y RECONTRATRAMAS

Incluso cuando los invasores avanzaban hacia Salerno, seguía habiendo alguna esperanza de que la diplomacia consiguiese salvar Italia de ser arrasada de sur a norte por lo que Churchill denominaba «el enérgico rastrillo de la guerra».<sup>70</sup> Tras la detención de Mussolini a finales de julio, el gobierno italiano había jurado repetidamente su lealtad al Pacto de Acero. Tanto el rey como su nuevo ministro plenipotenciario, el mariscal Badoglio, habían decidido mantener vivo el Eje. Roma desmentía —apelando ofendida al honor de los italianos— cualquier rumor que hablara de la firma de una paz aislada. Pero en realidad la diplomacia italiana había estado tanteando a los Aliados en ese sentido desde comienzos de agosto —en Tánger, en Madrid y en la Ciudad del Vaticano— en lo que cabría calificar de una serie de «tramas, contratramas y recontratramas» clandestinas, como lo definiría el diplomático estadounidense Harold Macmillan.<sup>71</sup>

Cautelosos, pero intrigados, los jefes del Estado Mayor Conjunto habían ordenado a Eisenhower que enviara a dos oficiales del CGFA a la neutral Portugal con el fin de celebrar una entrevista secreta con un emisario de Badoglio. El 19 de agosto Beetle Smith y el jefe de los servicios de inteligencia del CGFA, el brigadier Kenneth W. D. Strong, volaron, vía Gibraltar, hasta Lisboa con documentación falsa, «en una atmósfera de actores de teatro aficionados», según palabras de Macmillan. Aquejado de úlceras crónicas, Smith vestía «una espantosa chaqueta Norfolk que había comprado no sé cómo en Argel, y unos pantalones grises de franela que le sentaban realmente mal»;<sup>72</sup> costó convencerlo de que se sacara «un dudoso sombrero con pluma», aunque insistió en esconder dos pistolas debajo de las axilas, y otras dos junto a la cadera. «Temía que se produjera un tiroteo desesperado al mejor estilo del Oeste», confesaría Strong.<sup>73</sup> A su llegada a la capital lusa, los dos legados subieron en un desvencijado Buick conducido por un joven diplomático estadounidense llamado George F. Kennan.<sup>74</sup>

Su homólogo italiano resultó un tipo de baja estatura, atezado, de origen siciliano, que estaba perdiendo el pelo, con una nariz aguileña y una aversión por los alemanes tan profunda como su afición a las trampas y las mentiras políticas. El general Giuseppe Castellano había venido a Lisboa para preguntar «qué tenía que hacer Italia para formar parte de las naciones unidas que se oponían a Alemania»;<sup>75</sup> en señal de su buena fe, entregó un montón de documentos secretos en los que se especificaban las disposiciones militares de los cuatrocientos mil alemanes que en aquellos momentos se encontraban en Italia.<sup>76</sup>

«No estamos en situación de imponer condiciones», admitiría Castellano.<sup>77</sup> En contraste con las toscas negociaciones que mantuvieron los estadounidenses con el gobierno francés de Vichy en el Norte de África un año antes, Smith hizo gala de una destreza admirable cuando mezcló el tacto con la firme determinación. Castellano abandonó el lugar del encuentro a las siete de la mañana, llevándose consigo un aparato de radio norteamericano y un vocabulario codificado con el que Roma podría contactar secretamente con el CGFA; a su gobierno se le daba de plazo hasta finales de agosto para aceptar las condiciones de los Aliados. Smith, que en privado empezó a llamar a Castellano «mi *italianini* mascota»,<sup>78</sup> comunicó al CGFA que «los italianos esperan graves represalias de los alemanes, a los que odian y temen a la vez».<sup>79</sup>

Si Roma no estaba en situación de imponer condiciones, a Eisenhower no podía escapársele una oportunidad como aquella. Tras admitir que se sentía «muy preocupado», el 28 de agosto explicó al Estado Mayor Conjunto que los riesgos en Salerno «se verán minimizados si conseguimos asegurar la ayuda de los italianos».<sup>80</sup> Alexander temía que sin esa ayuda Avalancha «fracasara», tal vez provocando la caída del gobierno de Churchill y «comprometiendo seriamente la determinación de Gran Bretaña de seguir en guerra». Los mensajes codificados iban y venían de Roma a Argel, sin que se llegara a un acuerdo definitivo sobre las condiciones de la rendición. En una carta dirigida a Roosevelt, el diplomático Robert Murphy informaba de que los italianos parecían seguir inmersos en un debate sobre «si seremos nosotros o los alemanes los que provocaremos más daños y destrucción en Italia».<sup>81</sup>

Las tramas, contratramas y recontratramas aumentaban. El 1 de septiembre una ambigua señal radiofónica de Badoglio comunicaba: «La respuesta es afirmativa». Castellano se trasladó en avión a Sicilia un día después, donde fue conducido a una tienda privada situada en el huerto de doce hectáreas de olivos y almendros que se encontraba en Cassibile, al sur de Siracusa, donde Alexander había instalado ahora su cuartel general. Cuando preguntaron a Castellano en el interior de la tienda, Macmillan y Murphy se sintieron sumamente consternados al enterarse de que Roma todavía no había investido al general de la autoridad necesaria para firmar el armisticio. Dejaron que el legado se siguiera cociendo en el calor asfixiante de la tienda y fueron inmediatamente a buscar a Alexander a su tráiler.

A continuación se producirían más actuaciones teatrales propias de aficionado.<sup>82</sup> Al oír unos ruidos entre los nogales, Castellano abrió la cortina de la tienda y vio una guardia de honor británica en formación de desfile, presentando armas mientras el vehículo oficial del general al mando llegaba a toda velocidad

con las banderas al viento. Alexander se presentó con su mejor uniforme, «calzones de corte perfecto, botas bien brillantes con espuelas doradas y un gorro de visera también dorado». De su pecho colgaban infinidad de medallas y condecoraciones de campaña. «He venido para conocer personalmente al general Castellano», exclamó. «Creo haber entendido que ha firmado el documento de la rendición.»

Macmillan dio un paso al frente con una expresión de consternación en el rostro. «Siento comunicarle, señor, que el general Castellano no ha firmado el documento, y dice que no ha recibido de su gobierno la autoridad para firmar esos papeles.»

Alexander se giró lentamente. Sus gélidos ojos se clavaron en el abyecto Castellano.

«¿Por qué? ¡Tiene que haber un error!», dijo Alexander. «Yo mismo he visto el telegrama del mariscal Badoglio en el que decía que iba a firmar el armisticio.» Los ojos de Alexander se abrieron todavía más, como si de repente comprendiera la terrible verdad. «En ese caso, este individuo debe de ser un espía. ¡Arréstenlo!»

La desgracia caerá sobre Italia, y Castellano no correrá mejor suerte, comentó Alexander en tono amenazador. En menos de veinticuatro horas, Roma iba a ser destruida en represalia por la actitud recalcitrante del gobierno italiano. Como los diplomáticos aconsejaron prudencia y moderación, Alexander pareció reconsiderar su postura. Tal vez podría evitarse aquella calamidad si Castellano mandaba un telegrama a Roma solicitando que Badoglio confirmara su potestad para firmar la rendición. Ésa, diría Alexander en tono pausado, sería «la única manera de salir de esta situación límite». Alexander dio media vuelta, la guardia volvió a presentar armas, y el general británico abandonó el lugar, «con sus botas, con sus espuelas y con sus medallas», como un avatar rematado en oro de la furia imperial.<sup>83</sup>

El telegrama fue enviado con toda urgencia, y a las cuatro de la tarde del 3 de septiembre llegó de Roma la autorización explícita. Setenta y cinco minutos después, bajo un olivo de tronco nudoso, en una vieja mesa de campaña que había sido cubierta precipitadamente con servilletas, Castellano y Smith firmaron la capitulación de Italia utilizando una pluma prestada. Eisenhower, que voló hasta allí para la ocasión, observó la escena al lado de Alexander. Alguien trajo una botella de whisky y unos vasos sucios para brindar, y todos los allí presentes arrancaron una ramita de olivo como recuerdo.<sup>84</sup>

La rendición iba a ser anunciada conjuntamente en Roma y Argel la víspera del día D. Castellano insistió en saber el día exacto, pero Smith le contestó en voz baja que «sólo puedo decir que el desembarco tendrá lugar antes de dos semanas».

Castellano comunicó inmediatamente a su gobierno que todavía tenían quince días para prepararse. «Lo acontecido hoy debe ser mantenido en secreto», telegrafió Eisenhower a los Charlie-Charlies, «o nuestros planes fracasarán».<sup>85</sup>

Esos planes se hacían cada vez más complejos a medida que pasaban las horas.<sup>86</sup> Smith había rechazado la exigencia italiana de que quince divisiones aliadas desembarcaran al norte de Roma; de haber podido hacerlo, dijo maliciosamente, los Aliados ni siquiera se habrían dignado a hablar con Castellano. Pero que en señal del compromiso angloamericano, los Aliados iban a considerar la posibilidad de lanzar a la 82.<sup>a</sup> División Aerotransportada sobre Roma con el fin de ayudar a las fuerzas italianas a proteger su capital. Sin apenas pensarlo dos veces, Eisenhower y sus lugartenientes aprobaron el plan «de fortalecer las formaciones italianas»; así pues, la 82.<sup>a</sup> desaparecería de las reservas que Clark tenía en Salerno.<sup>87</sup> «Todos fueron de la opinión de que valía la pena asumir ese riesgo», escribiría Murphy a Roosevelt, «aunque se perdiera [la división]».

La idea era una pijada: «una perfecta estupidez», como diría Clark,<sup>88</sup> y «sin sentido desde el punto de vista táctico», según la plana mayor del CGFA.<sup>89</sup> En el curso de la planificación de la Operación Avalancha, el general de división Ridgway había estado recibiendo órdenes durante más de un mes en el sentido de que tuviera preparada a su 82.<sup>a</sup> para llevar a cabo, una tras otra, misiones mal organizadas, incluida una que proponía un desembarco anfibio al norte de Nápoles, a pesar de que «ni un solo miembro de la división, ya fuera oficial o recluta, contaba con experiencia en operaciones anfibia, o había sido adiestrado para llevarlas a cabo».<sup>90</sup> Al parecer, no se había aprendido nada de los desastres ocurridos con las fuerzas aerotransportadas en Sicilia. Un oficial de la 82.<sup>a</sup>, recordando las palabras de Macmillan, se quejaba del «considerable número de órdenes, contraórdenes, planes, cambios de planes, marchas y contramarchas, misiones y más misiones, por aire, mar y tierra».<sup>91</sup>

Gigante II, el nombre en código de la operación del lanzamiento sobre Roma, no era más que otra idea absolutamente «irreflexiva» a juicio de Ridgway.<sup>92</sup> La división llegaría por etapas —debido a la falta de aparatos aéreos, sólo dos batallones podrían saltar la primera noche— a dos aeródromos situados a más de treinta kilómetros al noroeste de Roma, y a más de trescientos kilómetros de las playas de Salerno. Antes de abandonar Cassibile, Castellano había dado precipitadamente su promesa de que las fuerzas italianas mantendrían en silencio todas sus baterías antiaéreas, señalarían las pistas con luces ámbar, bloquearían las carreteras de acceso a las zonas de lanzamiento y proporcionarían un material



esencial que incluía 355 camiones, 12 ambulancias, 500 peones, 50 intérpretes, 160 kilómetros de alambre de espino, picos, palas, centralitas de radio, combustible y raciones de comida.

Cuantas más cosas oía Ridgway, menos se creía todo aquello.<sup>93</sup> Los italianos, había comentado a Smith, «están engañándonos, pues no tienen la capacidad de hacer todo lo que prometen».<sup>94</sup> Smith no estaba de acuerdo con él, e insistía en que los romanos, enardecidos, colaborarían con la 82.<sup>a</sup> arrojando «ollas, ladrillos, [y] agua hirviendo sobre los alemanes de las calles de Roma».<sup>95</sup> También Alexander, como buen caballero, tenía «una fe ciega» en que los italianos cumplirían con su palabra.<sup>96</sup> «No pienses más en ello, Ridgway», añadió. «Se establecerá el contacto con su división en tres días; cinco a lo más tardar.»<sup>97</sup> Pero después de que Ridgway insistiera, advirtiendo que la operación podía suponer «el sacrificio de mi división», Alexander accedió a que calibrara hasta qué punto los italianos estaban firmemente decididos a cumplir con lo prometido, infiltrando a un par de oficiales norteamericanos en la ciudad de Roma.

Cuando el sol se ponía en el mar Tirreno el martes 7 de septiembre, la corbeta italiana *Ibis* bordeaba el promontorio de Gaeta, un puerto sucio situado a medio camino entre Nápoles y Roma, donde, según Virgilio, Eneas había enterrado a su querida nodriza.<sup>98</sup> Mientras los timoneles cruzaban un campo de minas para adentrarse en el puerto, dos oficiales estadounidenses que se encontraban en el puente inferior de la corbeta descomponían sus uniformes, se despeinaban y se empapaban el cuerpo con agua del mar. «Pongan cara de abatidos», les dijo un almirante italiano. Los trabajadores del puerto miraban desde el muelle. Tras amarrar la embarcación unos marineros italianos vociferantes los bajaron a empujones por la plancha para meterlos en un coche de la Marina como si fueran prisioneros de guerra que eran conducidos al calabozo para ser interrogados.

En realidad eran invitados de los italianos, y habían sido recogidos por el *Ibis* de una patrullera británica con la que la corbeta se había encontrado en secreto al norte de Palermo a primera hora de aquella mañana. El oficial de más alta graduación de los dos estadounidenses era un tipo apuesto y elegante originario de Misuri.<sup>99</sup> El general de brigada Maxwell D. Taylor había sido el capitán de su promoción de West Point y ahora, a los cuarenta y dos años, estaba al mando de la artillería de la 82.<sup>a</sup> Aerotransportada. Dotado lingüista que había enseñado francés y castellano en la academia, Taylor mostraba un porte diplomático que, junto con su aprendizaje de «Italiano en veinte lecciones», lo cualificaba sobradamente para aquella misión secreta. Bajo su chaqueta militar llevaba setenta mil liras —el

equivalente de setecientos dólares estadounidenses— en un cinturón con cremallera que había tomado prestado del fotógrafo Robert Capa, quien a su vez lo había ganado en el curso de una partida de póquer.<sup>100</sup> El coronel William T. Gardiner, de menor rango, pero de más edad que Taylor con sus cincuenta y un años, iba vestido con su uniforme de las fuerzas aéreas en el que destacaban las condecoraciones ganadas en aquella guerra y en la anterior. Antiguo abogado, Gardiner, que también hablaba fluidamente el francés, había ejercido como portavoz de la cámara de representantes del estado de Maine y posteriormente, durante cuatro años, de gobernador. Ambos conocían perfectamente detalles secretos de la invasión de Salerno, que debía ponerse en marcha en pocas horas, y antes de abandonar Sicilia habían recibido la siguiente advertencia: «Si sois hechos prisioneros, poned a trabajar vuestra capacidad para no recordar».<sup>101</sup>

El automóvil empezó a recorrer las calles de Gaeta, ralentizando la marcha para ceder el paso a los camiones militares atiborrados de soldados alemanes cubiertos con sus cascos. En una carretera apartada, ya fuera de Gaeta, el vehículo frenó bruscamente para detenerse junto a una ambulancia con las ventanillas laterales opacas que estaba allí esperando. Los estadounidenses se subieron a ella con su equipaje, en el que no faltaba una radio metida en una funda de piel. A toda velocidad, la ambulancia se dirigió hacia el norte, bordeando la costa hasta Terracina, y luego, cuando ya anochecía, girando hacia el interior para tomar la antigua Via Appia, atravesando los campos del Lacio y los terrenos dragados de las Lagunas Pontinas, pasando junto a los viñedos cercados, las tumbas a pie de carretera y los mojones de piedra que indicaban los kilómetros que faltaban para llegar a Roma.

A las ocho y media de la tarde Taylor y Gardiner ya habían sido conducidos al Palazzo Caprara, una mansión de cuatro pisos situada enfrente del Departamento de Guerra italiano, en el cruce de Via Firenze y Via XX Setiembre, en el centro de Roma.<sup>102</sup> En una sala llena de tapices del segundo piso del palacio, en una mesa con mantelería de hilo y cubertería de plata, unos camareros italianos sirvieron la cena, consistente en consomé, filetes de ternera y crepes Suzette, todo ello preparado por el Grand Hotel. Los oficiales de plana mayor italianos entraban y salían del comedor, encogiéndose de hombros cada vez que Taylor preguntaba cuándo iba a reunirse con el alto mando. «Me dio la impresión de que lo que pretendían era no darme una respuesta», observaría más tarde Gardiner.

A pesar de las excelencias de las crepes, las protestas de Taylor se hacían cada vez más sonoras; al final, a las nueve y media de la noche, la puerta se abrió, y con gran pompa hizo su entrada el general Giacomo Carboni, comandante en jefe de las

cuatro divisiones responsables de la defensa exterior de Roma.<sup>103</sup> Con sus brillantes botas de piel y su guerrera impoluta, el pelo engominado y un fino bigote, Carboni sorprendió a Taylor por su porte de «dandi profesional».<sup>104</sup> Tras desenrollar su mapa, indicó en él las posiciones alemanas que rodeaban la ciudad: doce mil paracaidistas vivaqueaban a lo largo de la costa, desde la margen sur del Tíber a mitad de camino de Anzio; otros veinticuatro mil hombres con doscientos carros blindados de la 3.<sup>a</sup> División Panzer de Granaderos ocupaban una zona en forma de media luna que se extendía por el norte; y había más tropas alrededor de Frascati, al sudeste.<sup>105</sup>

Las guarniciones italianas habían sido prácticamente inmovilizadas y desarmadas, añadiría Carboni.<sup>106</sup> Los alemanes habían cortado el suministro de combustible y municiones. Algunas baterías de artillería disponían únicamente de veinte cartucheras por arma. Las fuerzas aéreas italianas necesitaban una semana más para organizar la ocupación de los dos aeródromos por parte de la 82.<sup>a</sup> Aerotransportada; y entre otros, estaba el problema de que sólo unos cuantos camiones podrían estar preparados para trasladar a la división. A juicio de Carboni, en una batalla en defensa de Roma contra los alemanes, sus fuerzas apenas resistirían cinco horas. Algunas unidades disponían solamente de la munición suficiente para combatir durante veinte minutos.

«Si los italianos declaran el armisticio, los alemanes ocuparán Roma de inmediato, y los italianos no podrán hacer nada para impedirlo», dijo el general, añadiendo que la llegada de paracaidistas norteamericanos serviría simplemente para «provocar que los alemanes tomen medidas más drásticas». Y Carboni abrió sus manos perfectamente cuidadas en un gesto de impotencia.

Ahora no había la menor duda de que las alegres promesas de Castellano no habían sido más que palabras al aire; y lo mismo parecía ocurrir con la rendición firmada en Cassibile cuatro días antes. Sorprendidos y alarmados, Taylor y Gardiner exigieron entrevistarse con el mariscal Badoglio. Carboni intentó contemporizar. El mariscal era un anciano que se acostaba muy pronto. Sin duda, podrían esperar a la mañana siguiente. Los estadounidenses insistieron; los pretextos continuaron; pero lo cierto es que al final Taylor y Gardiner consiguieron que Carboni los acompañara en su coche, a través de las calles de Roma, hasta la villa de Badoglio. Una incursión aérea en plena noche había puesto en pie a todos los habitantes de la mansión; criados con linternas eléctricas y funcionarios y oficiales en pijama iban y venían de la terraza y por los exuberantes jardines de la finca. Cuando llegaron al vestíbulo de la casa, Carboni desapareció y dejó solos a

los dos estadounidenses, que empezaron a dar vueltas sobre las enormes alfombras, mientras contemplaban las estatuas y los paisajes al óleo que decoraban la estancia de mármol blanco.

Al cabo de quince minutos hizo su aparición el mariscal, vestido con un traje de civil gris antracita y zapatos marrones. Calvo, añoso y afable, su aspecto recordaba a Gardiner el de «un viejo sabueso». El italiano los invitó a tomar asiento en su despacho. Badoglio, el conquistador de Etiopía, había dimitido como jefe del Estado Mayor del ejército de Italia en 1940, después de la debacle sufrida en Grecia, tras lo cual había pasado sus días jugando a cartas y medicándose con el champaña de su bodega, en la que se decía que había cinco mil botellas.<sup>107</sup> Sólo la detención de Mussolini y la llamada del rey habían conseguido que decidiera abandonar su retiro. «Yo era fascista porque el rey lo era», explicaría más tarde encogiéndose de hombros. «Hago lo que me manda el rey.»<sup>108</sup>

Taylor preguntó en francés si Badoglio coincidía con Carboni en que «un armisticio inmediato y la llegada de tropas aerotransportadas» eran realmente imposibles.

El mariscal asintió con la cabeza. «Castellano no conocía todos los detalles. Las tropas italianas no pueden defender Roma.»<sup>109</sup> Tras colocarse junto a un mapa enorme, señaló las «defensas naturales de Italia» que beneficiaban a los alemanes. «Supongamos, sólo por un momento, que se desembarque en Salerno», añadió con la expresión propia de aquel que sabe de lo que habla. «Habría muchos, muchísimos obstáculos.»

«Teme más a los alemanes que a nosotros», le preguntó Taylor. «Si usted no anuncia la firma del armisticio, no nos quedará más remedio que bombardear y arrasar Roma.»

El tono de voz de Badoglio subió. «¿Por qué tendrían que bombardear la ciudad de la gente que les intenta prestar ayuda?»

Luego preguntó si el general Taylor estaba dispuesto a regresar a Argel y explicar a Eisenhower las razones de aquella postura. El general Taylor no estaba dispuesto. Pero tal vez el mariscal Badoglio estaría dispuesto a escribir un mensaje contando los motivos de su «cambio de actitud». Badoglio asintió con la cabeza, cogió una pluma y escribió un único párrafo en italiano, en el que aparecía la frase fatal: «Ya no es posible reconocer inmediatamente la firma del armisticio». Taylor escribiría su propio mensaje, breve y lacónico, con fecha 8 de septiembre, a las 1:21 horas: «Gigante II es imposible».<sup>110</sup> Un ayudante cogió ambas notas para que fueran codificadas y transmitidas por radio.

Badoglio y Carboni se levantaron y saludaron a los dos norteamericanos dando un golpe seco con los tacones.<sup>111</sup> «Les devolvimos el gesto», recordaría Gardiner, «intentando hacer sonar nuestros tacones con la misma fuerza que lo habían hecho ellos. Fue como una especie de concurso». Badoglio habló del honor y de su medio siglo de carrera militar. Parecía estar a punto de llorar cuando los norteamericanos marcharon de allí.

Descorazonados y exhaustos, Taylor y Gardiner regresaron a Palazzo Caprara. Estuvieron conversando en voz muy baja —por temor a que hubiera micrófonos ocultos— hasta la mañana siguiente, cuando los rayos del sol anunciaban la llegada del miércoles, trayendo de nuevo la vida a la capital. ¿Habrían llegado los mensajes a Argel? No habían tenido respuesta, y Gigante II estaba programada para comenzar en menos de diez horas. A las 8:20, Taylor envió otro mensaje codificado, en el que hacía hincapié en la negativa de los italianos a que se llevara a cabo la misión de las fuerzas aerotransportadas. Caminando arriba y abajo en la que ahora llamaban «nuestra guarida», los dos norteamericanos consideraron la posibilidad de salir a dar una vuelta por la calle, pero no pudieron encontrar una chaqueta suficientemente grande para un hombre tan corpulento como Gardiner.

A las 11:35, Taylor envió por radio la contraseña de emergencia de dos palabras que instaba a cancelar la Operación Gigante II: «Situación inocua». Desde el exterior llegaba el zumbido de los motores de unos aviones, y a continuación pudo oírse el estruendo lejano de unas bombas que estallaban al sudeste de la ciudad. Por fin llegó la respuesta de Argel: «Regresen al cuartel general aliado».<sup>112</sup> Tras recoger el aparato de radio y colocarlo en su funda de piel, volvieron a subirse a una ambulancia que los estaba esperando y salieron a toda velocidad con destino a un aeródromo que había en las afueras de Roma, desde donde un trimotor del ejército italiano los trasladó al Norte de África.

Eisenhower partió de Argel a primera hora del miércoles para trasladarse en avión al que sería su nuevo cuartel general a las afueras de Túnez. La gran mansión blanca de Amílcar, con su elaborado pavimento de mosaico y su soleada terraza sobre la resplandeciente bahía, hacía olvidar que se desarrollaba una gran guerra; los únicos tiros de artillería audibles eran los de las carabinas que disparaban a unos objetivos que flotaban en el agua fuera del puerto. Pero al menos para el CGFA, y para su comandante en jefe, aquel traslado a un nuevo puesto de mando les parecía como si fuera su entrada en acción.<sup>113</sup> Como el desembarco en Salerno estaba fijado para la madrugada del jueves, Eisenhower quería pasar esas últimas horas con sus principales lugartenientes en Túnez. En una breve misiva dirigida a

Marie, admitía sentirse «bastante desentumecido por ahora»;<sup>114</sup> dormía poco, y la campaña en el Mediterráneo resultaba agotadora, y le decía que se sentía como «un animal de guerra».<sup>115</sup>

De modo que cuando el mensaje que comunicaba la renuncia al armisticio por parte de Badoglio fue por fin descifrado en el cuartel general de las fuerzas aliadas a las ocho de la mañana —siete horas después de que fuera transmitido—, Eisenhower ya se había ido de allí. Smith remitió el triste mensaje y el primer aviso de Taylor a Amílcar, luego pasó tres horas consumiéndose de inquietud hasta que pudo hacérselos llegar a la Junta de Jefes de Estado Mayor Conjunto, con una nota en la que pedía que se le indicara cuáles debían ser sus siguientes pasos.<sup>116</sup> Marshall recomendó inmediatamente que se hiciera pública la noticia del armisticio firmado en Cassibile. «No debe considerarse el posible embarazo que pueda causar al gobierno italiano», añadiría. Churchill se encontraba de visita en la Casa Blanca, y aún andaba vestido con su pijama de lana cuando llegó el mensaje de Smith. «Sólo cabe esperar eso de los malditos italianos», exclamó refunfuñando.<sup>117</sup>

A última hora de la mañana del miércoles, en la pequeña escuela a las afueras de Bizerte en la que Alexander tenía instalado su cuartel general en Túnez, Eisenhower acababa de revisar los preparativos de la Operación Avalancha cuando un oficial del alto mando le entregó los despachos de Smith, Badoglio y Taylor. Su cara empezó a encenderse hasta que sus mejillas se volvieron tan rosas como el papel en el que venían escritos los mensajes, comentaría un testigo. Su ancha boca se tensó, y las venas parecían salirse de su despejada frente.<sup>118</sup> Cogió un lápiz y lo partió en dos, cogió otro, y también lo rompió,<sup>119</sup> y empezó a «vociferar con gran violencia», señalaría un oficial británico.<sup>120</sup> Aunque estaba enfadado por el atrevimiento de Smith al pedir ayuda a Washington y a Londres, lo que más le enfureció fue la actitud de los italianos. Badoglio era «un anciano proclive a contemporizar», sobre todo con «los alemanes cuando lo encañonaban con una pistola en los riñones».<sup>121</sup> Separando cada sílaba, dictó su respuesta devastadora al mensaje de Badoglio: «Si usted o una parte de su ejército no coopera como habíamos estipulado, haré público al mundo todo este asunto hasta el más mínimo detalle ... No acepto su mensaje de esta mañana en el que pospone el armisticio».<sup>122</sup> Cuando terminó de dictar la duodécima y última frase de su comunicado, el tono de su voz se había elevado tanto que Eisenhower parecía gritar: «A partir de ahora, cualquier incumplimiento por su parte de lo estipulado en el acuerdo firmado tendrá gravísimas repercusiones para su país».

«Siempre supe que había que dar a esos malditos italianuchos un puñetazo en el estómago para ponerlos en marcha», añadió. El miércoles por la tarde dictaría otro mensaje, en esa ocasión dirigido a los Charlie-Charlies: «No aceptaremos ningún cambio de nuestro acuerdo original».<sup>123</sup>

Era evidente que debía hacerse algún cambio en la Operación Gigante II. Unos ciento cincuenta aviones transportadores C-47 tenían que empezar a despegar a las 17:45, llevando consigo a los dos mil primeros paracaidistas que habrían de saltar sobre Roma.<sup>124</sup> Como las repetidas advertencias de Taylor al final llegaron a Túnez, Alexander envió la orden de posponer la acción al puesto de mando del general Ridgway, en el aeródromo Licata Sur de Sicilia. La confirmación de la recepción de la orden nunca llegaría. Eisenhower mandó al ayudante estadounidense de Alexander, el general de brigada Lyman L. Lemnitzer, llevar personalmente el mensaje a Licata. Vestido aún con su *pinks and greens*,<sup>125</sup> Lemnitzer se dirigió precipitadamente al aeródromo de El Aouina, requisó un Beaufighter británico y, tras asegurar las riostras del fuselaje, consiguió introducirse, aunque con dificultad, en el asiento trasero del perplejo piloto. Después de un despegue angustioso, tardaron una hora en llegar a Sicilia, pero no encontraron Licata hasta que Lemnitzer, una vez divisado el monte Etna, ordenó al piloto dar un giro y seguir la línea de la costa en dirección al sur y al oeste.

Sesenta y dos transportadores aéreos ya volaban en círculo cuando Licata Sur apareció a sus pies, y a medida que pasaban los minutos, más aviones despegaban. Como no podían aterrizar en una pista con tanto tráfico aéreo, Lemnitzer cogió una pistola de bengalas y empezó a disparar desde cada lado de la carlinga mientras el Beaufighter pasaba casi rozando la copa de los árboles. Los despegues se interrumpieron, el Beaufighter aterrizó, y Lemnitzer se dirigió corriendo como un demonio al pequeño puesto de mando que había junto a la pista del aeródromo. Allí encontró a Ridgway, que ya llevaba puesto su paracaídas y estaba a punto de subir a bordo de un C-47. El comandante en jefe de la 82.<sup>a</sup> había pasado la tarde jugando a las cartas y paseando entre los olivos con un capellán, «intentando reconciliarme conmigo mismo» por la muerte segura a la que creía llevar a sus hombres.<sup>126</sup> «¿No ha recibido nuestro mensaje?», preguntó Lemnitzer en medio del ruido infernal de los motores. Los ojos de Ridgway se abrieron, expresando su sorpresa. «¿Qué mensaje?»<sup>127</sup>

Enseguida salieron los jeeps para recoger a los paracaidistas y llevarlos de vuelta a sus vivaques. A los que ya estaban volando, se les dio la orden de regresar. Exhausto y aliviado, Ridgway entró, caminando a duras penas, en una tienda en la que había uno de sus oficiales sentado y tembloroso. El general sirvió dos copas de

una botella de whisky, y mientras caía la noche y la calma volvía poco a poco a Licata Sur, los dos se dejaron caer en sus camastros: en medio del silencio reinante podían oírse sus sollozos.<sup>128</sup>

A las seis y media de la tarde del día 8 de septiembre Eisenhower, con su habla lenta y parsimoniosa propia de Kansas, daba el siguiente comunicado por Radio Argel: «El gobierno italiano se ha rendido incondicionalmente ... Todos los italianos que colaboren a expulsar a los agresores alemanes de suelo italiano recibirán la ayuda y el apoyo de las naciones aliadas».<sup>129</sup> Diez minutos después, tras no escuchar ningún mensaje de confirmación de Radio Roma, Eisenhower autorizó que se leyera a través de las ondas la declaración de Badoglio, el texto que había entregado Castellano en Cassibile: «El gobierno italiano, reconociendo la imposibilidad de seguir la lucha desigual ... ha pedido un armisticio al general Eisenhower ... consiguientemente, deben cesar en todas partes los actos de hostilidad contra las fuerzas angloamericanas por parte de las fuerzas italianas».

El rey Víctor Manuel, Badoglio y un grupo de oficiales italianos se encontraban reunidos en el palacio del Quirinal cuando un boletín de noticias de Reuters los informó a las 18:45 de la declaración de Eisenhower. Tras arduas y angustiosas discusiones, el rey llegó a la conclusión de que Italia no podía volver a cambiarse de bando. Badoglio se dirigió inmediatamente a los estudios de Radio Roma, y a las 19:45 confirmó la capitulación de Italia.

Durante 1.184 días, Italia había estado combatiendo codo con codo con Alemania.<sup>130</sup> Ahora había apostado por sus antiguos enemigos, confiando en la providencia y en que los Aliados levantaran un escudo para protegerla de la ira de Hitler. Nada de esto se verificaría plenamente. «La traición de Italia es oficial», escribió Rommel a su esposa. «Ya sabíamos cómo son.»<sup>131</sup>

En las horas posteriores al comunicado de Badoglio, en Roma estalló un júbilo y una confusión que se extendieron hasta la aldea más remota de cada una de las provincias italianas. La población estaba exultante ante la perspectiva de la llegada de la paz. Pero el gobierno italiano no había mandado ninguna orden clara a su flota ni a las sesenta divisiones de su ejército formado por un millón setecientos mil soldados. Las llamadas telefónicas de las guarniciones italianas destacadas en Grecia, en el norte de Italia y en otros lugares del mapa recibían respuestas incoherentes, y a veces ni eso.<sup>132</sup> El frenético *ring-ring* de teléfonos que nadie descolgaba no tardó en convertirse en el sonido emblemático de la capitulación. El



armisticio cogió por sorpresa a catorce de los dieciséis ministros del gobierno italiano;<sup>133</sup> uno de ellos mandó llamar incluso a un notario para que diera fe de un *affidávit* en el que manifestaba su total ignorancia del asunto.<sup>134</sup>

Nada se hizo para detener a seis batallones de paracaidistas alemanes que marcharon sobre la capital desde el sur; su comandante en jefe se detuvo incluso para comprar uva en un mercado de agricultores. Los granaderos rodearon la ciudad por el norte. El jefe de la policía de Roma calculaba que seis mil agentes secretos alemanes se encontraban en la ciudad; en pocas horas la única vía de escape posible sería la Via Tiburtina situada al este de la capital.<sup>135</sup> Fue por esta alameda por donde huyó la familia real al caer la noche en un Fiat verde:<sup>136</sup> el rey —un hombre «patético y muy viejo, que ya chocheaba», según palabras de un diplomático británico<sup>137</sup>— llevaba consigo una sola camisa y dos mudas en una maleta barata de chapa de madera; la corpulenta reina no paraba de tomar unas gotas de naturaleza incierta;<sup>138</sup> y el príncipe heredero Humberto, un hombre ya de mediana edad, se cogía la cabeza entre las manos y no dejaba de murmurar, «Dios mío, qué imagen estamos dando». Badoglio y unos cuantos miembros de la corte los acompañaban formando un convoy de siete automóviles. Tras cruzar los Apeninos para llegar al puerto adriático de Pescara, repartieron cincuenta mil liras entre los *carabinieri* que los escoltaban, y a continuación subieron a bordo del *Baionetta*, un cazasubmarinos, rumbo a Brindisi, ciudad situada en el tacón de la bota. En lo que cabría calificar de apropiado epitafio, un periódico libre de Francia hizo el siguiente comentario: «La Casa de Saboya nunca terminó una guerra en el mismo bando en que la empezó, a no ser que la guerra durara tanto como para permitirle cambiar dos veces de bando».<sup>139</sup>

El pez más gordo había escapado, pero las tropas alemanas habían podido atrapar a treinta generales en Roma, así como a centenares de oficiales del ejército italiano. Se produjeron algunos tiroteos, en los alrededores de la pirámide de Gayo Cestio, en la vía Cavour y en el viejo Trastevere.<sup>140</sup> Unos francotiradores italianos se colocaron en las inmediaciones de la estación de tren detrás de varios carros volcados para disparar a los alemanes que llegaban al Hotel Continentale.<sup>141</sup> La guardia suiza de Ciudad del Vaticano cambió sus picas y alabardas por fusiles. Se cometieron diversos actos de saqueo cerca del Circo Máximo, y los romanos, presas del pánico, empezaron a almacenar queso y cajas de pasta, y a enterrar sus objetos de valor en paquetes de hule encerado. «Los judíos tienen muchísimo miedo e intentan huir de la ciudad», comentaría un observador.<sup>142</sup> Los legados italianos suplicaban que se les permitiera negociar la suerte de Roma.

El mariscal de campo Kesselring no estaba dispuesto a parlamentar. Había escapado de la muerte por los pelos el 8 de septiembre, cuando ciento treinta B-17 norteamericanos realizaron un ataque sorpresa sobre Frascati; habían sido esos aviones y el posterior estallido de cuatrocientas toneladas de explosivos los mismos que Taylor y Gardiner habían oído desde el Palazzo Caprara. El bombardeo, de una hora de duración, había arrasado aquel bucólico pueblo de viñedos, incluido el encantador restaurante con sus vistas panorámicas de San Pedro donde Kesselring tenía su puesto de mando. Se calculaba que habían perecido unos dos mil civiles y decenas y decenas de oficiales del Estado Mayor alemán. Temporalmente sin cuartel general, y también sin su sonrisa habitual, Kesselring logró salir de los escombros sano y salvo, convencido de que los italianos lo habían fijado como su objetivo. Aun cuando apelara a lo que pudiera quedar de hermandad entre fascistas, el mariscal de campo amenazaría con volar los acueductos de Roma y con arrasar la ciudad.<sup>143</sup> Entre los que intentaron proteger la capital se encontraba el general Carboni, que organizó una defensa breve y desventurada; la resistencia desapareció con la misma rapidez con que surgió. «Se ha acabado, pero no debemos desesperarnos», diría Carboni a otro oficial. «He salvado lo que había que salvar.»<sup>144</sup>

Kesselring, convertido ahora en virrey de la Ciudad Eterna, autorizó astutamente que los soldados italianos abandonaran la capital al son de las bandas militares de música y en medio de un gran despliegue de banderas y estandartes. Habría suficiente tiempo para desquitarse. El italianófilo que se había aferrado tan rápidamente a las promesas de fidelidad dadas por Roma tenía ahora las cosas mucho más claras. Volviendo la vista atrás se daba cuenta de que «todos los acontecimientos eran como el destello de un relámpago, que en lugar de aclarar la atmósfera, la ensombrece más».<sup>145</sup> De repente Italia se había convertido en la «carta que falta en la baraja».<sup>146</sup> En cuanto a los italianos, Kesselring añadiría el siguiente comentario: «Quise a esa gente. Ahora sólo puedo detestarla».<sup>147</sup>

## LAS BOTAS MÁS SILENCIOSAS DEL MUNDO

Tranquila y aparentemente sin haber sido detectada, la armada de Hewitt, compuesta por 642 embarcaciones, navegaba hacia el norte, ocupando mil millas cuadradas de aguas del Mediterráneo, rumbo a Clavicémbalo, el nombre en clave por aquel entonces del golfo de Salerno. El mar estaba en calma, y el sol resultaba abrasador. Apenas llegaba el aire a las bodegas de las naves atestadas de soldados, y pocos de ellos tenían la suerte de encontrarse en el *Sobieski*, un crucero polaco convertido en

navío de guerra que disponía de una piscina.<sup>148</sup> En la mayoría de los barcos la comida fue horrible durante los tres días de viaje. «Cuando abría un bollo y me encontraba un gusano», escribiría un artillero a su familia en Indiana, «lo cubría de mermelada y mantequilla y me lo zampaba. No podía estar pendiente de esos gusanos, eran ellos los que tenían que cuidar de sí mismos».<sup>149</sup> Los soldados de las tres divisiones de asalto (dos británicas y una estadounidense) preparaban su petate una y otra vez, metiendo en él —dentro de preservativos a los que hacían un nudo<sup>150</sup>— las provisiones para una semana de tabletas de sal y pastillas de Atabrine, antes de escribir, por si no volvían, alguna carta que dejaban al capellán de su batallón.

El desorden y la confusión habituales acompañaban a la flota. Cuatro mil soldados de combate habían zarpado sin armamento, que, junto con binoculares y relojes de pulsera, ya escaseaba en el Norte de África;<sup>151</sup> iban a desembarcar en Salerno del mismo modo que embarcaron: desarmados. En medio de un calor sofocante, los de la 36.<sup>a</sup> División iban de un lado a otro por las bodegas con latas de pintura para cumplir con un nuevo decreto del Departamento de Guerra que establecía que la insignia en forma de estrella blanca de todos los vehículos del ejército debía ir rodeada de un círculo blanco.<sup>152</sup> En uno de los navíos británicos un mozo de almacén soltó a unas palomas mensajeras para que se ejercitaran un poco, y las aves pusieron rumbo a África para no regresar jamás.<sup>153</sup> El manifiesto de carga de un barco que había zarpado de Orán decía simplemente: cuatrocientas cajas de impedimenta militar».<sup>154</sup> Hewitt estaba tan furioso por las infracciones cometidas en el curso de los embarcos —se habían descargado, por ejemplo, bombas en las bodegas donde viajaban los soldados, y se habían marcado cajas de calzado con el rótulo «Equipos de Señalización»—, que ordenó que se abriera una investigación por si se había cometido algún acto de contrabando.<sup>155</sup> No pocos líos causó el hecho de que el ejército y la Marina británicos utilizaran distintos sistemas de numeración para sus LST. «Ambos números aparecen pintados en el casco de las naves y provocan bastante confusión», señalaría el X Cuerpo británico. Las formaciones en que navegaban las naves habían sufrido tantos cambios que un alto oficial de operaciones navales confesaría que se mantenía «informado de oídas» porque nunca estaba «seguro de dónde estaba quién».

Como siempre, los soldados encontraban maneras de entretenerse para no pensar en la batalla que estaba por empezar. Los comandos británicos se pasaban las horas jugando partidas interminables de *housey-housey*, una especie de bingo. Los *tommies* de la 56.<sup>a</sup> División, preocupados por si el color caqui desleído de sus uniformes, tan apropiado para el desierto, pudiera resaltar demasiado en un campo

de batalla multicolor europeo, teñían las prendas en calderos de café hirviendo;<sup>156</sup> con este tratamiento no sólo lograban oscurecerlas, sino que las aromatizaban de un estimulante olor a *expresso*. A bordo del *Duchess of Bedford*, tras escuchar la larga charla que les dio un oficial sobre política italiana, un soldado escribiría en su diario: «No nos hemos enterado de nada».<sup>157</sup> Otros estudiaban un manual publicado por el gobierno estadounidense, *Italian Phrase Book*, en el que, además de los términos para langosta, ostra y mantequilla, se incluían cinco páginas de lenguaje coloquial médico: *Arrestate il sangue!* («¡Corte la hemorragia!»), por ejemplo, y otras frases más útiles como *Voglio passare la notte* («Me gustaría pasar la noche») y la omnipresente *Il governo americano vi pagherà* («El gobierno americano le pagará»)<sup>158</sup>.

A bordo del buque insignia de Hewitt, el pasaje recordaba los fantásticos días en que el *Ancon* había ofrecido sus servicios a viajeros ricachones que disfrutaban de un crucero desde Panamá a Nueva York. Los camareros vestidos de riguroso blanco servían gruesos filetes de ternera con tarta de manzana y helado; las sillas de piel y las constantes partidas de cartas en la sala de oficiales le recordaron a uno de los pasajeros «la sala de bridge del Yale Club».<sup>159</sup> Clark se sentó para echar unas partidas, pero, una vez más, parecía ausente. «El general Clark está acusando la tensión que supone este largo período de espera», observaría el ayudante del general. «Ahora no hay nada que él pueda hacer».<sup>160</sup> Para pasar las horas, Clark solía dormir un rato, realizaba ejercicios de abdominales y caminaba por la cubierta de intemperie para provocar «una buena sudadera». Cuando reunió a los periodistas en su camarote, comparó la Operación Avalancha con la acción de «escupir justo en la boca del león».<sup>161</sup>

Unos cincuenta y cinco mil soldados de asalto invadirían Salerno, con un número similar de refuerzos tras ellos. A la izquierda del V Ejército, el X Cuerpo británico iba a desembarcar dos divisiones de infantería que se dirigirían a Nápoles; a la derecha, el VI Cuerpo de Estados Unidos sólo desembarcaría en un primer momento a la 36.<sup>a</sup> División, conservando parte de la 45.<sup>a</sup> en la reserva. «Es el plan más arriesgado de la guerra», comentaría Clark mientras un ayudante servía café en unos vasos de papel. «Cuando juegas con fuego siempre corres el riesgo de quemarte los dedos».<sup>162</sup>

La 36.<sup>a</sup>, que entraba en combate por primera vez, derivaba de la Guardia Nacional de Texas. Tanto su cuadro de oficiales como sus reclutas eran mayoritariamente texanos, de Carrizo Springs y Raymondville, de Harlingen y Laredo, de Houston y San Antonio.<sup>163</sup> En los bares de Estados Unidos los soldados de la 36.<sup>a</sup> se habían hecho famosos por su insistencia en que los clientes se

levantaran y se descubrieran la cabeza cuando se cantaba *Deep in the Heart of Texas*.<sup>164</sup> Desde su salida de Orán apenas había pasado una hora en el buque insignia de la división, el *Samuel Chase*, sin que se entonara en medio de un gran jolgorio *The Eyes of Texas*. El comandante en jefe de la división, el general Fred L. Walter, era un oficial regular del ejército procedente de Ohio, pero llevaba en su petate una bandera de Texas, obsequio del gobernador Coke Stevenson.<sup>165</sup> Cuando sus hombres cantaban, Walter cantaba con ellos.

Un periodista preguntó a Clark hasta qué punto tenían conocimiento los alemanes de lo que estaba ocurriendo. ¿Iba a cogerles desprevenidos la Operación Avalancha? «No podemos esperar que vayamos a cogerlos por sorpresa desde el punto de vista estratégico», respondería el general, «pero si que esperamos conseguir cierto grado de sorpresa desde el punto de vista táctico».<sup>166</sup> Los británicos planeaban cañonear durante quince minutos la zona de desembarco para minimizar las defensas antes de que empezara la operación.<sup>167</sup> Por el contrario, la 36.<sup>a</sup> División había preferido renunciar al fuego naval. El general Walter pensaba que los alemanes estaban demasiado dispersos para que el bombardeo tuviera la eficacia deseada: «No veo que haya ninguna necesidad de matar a miles de italianos pacíficos, ni de destruir sus hogares», diría. También le preocupaba la posibilidad de que algún disparo diera a sus hombres, y seguía esperando que «nuestro desembarco no sea descubierto hasta que estemos en tierra».<sup>168</sup> Hewitt había mostrado su total desacuerdo con el estadounidense, blandiendo en su mano una lista de diez páginas con doscientos setenta y cinco objetivos y la ubicación exacta de nidos de ametralladoras, puentes y puestos de observación enemigos. El almirante consideraba que era de ilusos «pensar que podríamos sorprenderlos»,<sup>169</sup> pero Clark había apoyado la idea de Walter, en parte porque creía que sólo habría soldados italianos defendiendo las playas.<sup>170</sup> Así pues, de la manera más absurda, quedaría descartado desplegar el prodigioso poder de la artillería naval exhibido en África, Sicilia y el Pacífico.

A las seis y media de la tarde del viernes 8 de septiembre, apenas unas ocho horas antes de que los desembarcos dieran inicio, Clark se reunió con Hewitt en el camarote del almirante, donde escucharon por Radio Argel a Eisenhower anunciando la firma del armisticio por parte de los italianos y el posterior comunicado de Badoglio confirmando los hechos.<sup>171</sup> Muchos barcos difundieron esos mensajes a través de sus sistemas de comunicados públicos: los oficiales, megáfono en mano, hicieron llegar inmediatamente la noticia a otras embarcaciones más pequeñas.<sup>172</sup>

El júbilo estalló en todas las naves de la flota. En el *Duchess of Bedford*, las últimas palabras de Eisenhower quedaron ahogadas por la «algarabía, los abrazos, los besos y el clamor de los soldados». A bordo de uno de los navíos de Su Majestad, el *Hilary*, los hombres lanzaron al aire sus cascos, o los hacían sonar a modo de tambor mientras gritaban: «¡Se la hemos metido a esos *italianinis!*». <sup>173</sup> Los del *Mayo*, un destructor de la Marina norteamericana, también gritaban: «¡La guerra ha terminado!». <sup>174</sup> El ruido de tanta conmoción «recordaba al que hace un grupo de mujeres que se reúne para tomar el té», se lamentaría un oficial de marina. «Bla, bla, bla.» <sup>175</sup> Los capellanes ofrecían plegarias de agradecimiento, los guardias granaderos brindaban por «la caída de Italia», y al gaitero de un batallón se le ordenó que compusiera «La Guardia Escocesa marcha sobre Nápoles». Los soldados británicos de un buque de guerra que se encontraba cerca de Mesina pudieron contemplar los fuegos de artificio y los bailes de los italianos en la plaza de una iglesia perfectamente iluminada. «Pocas veces en la historia», comentaría un oficial de la Marina Real inglesa, «se ha podido ver que un pueblo celebrara con tanta alegría la derrota total de su país». <sup>176</sup>

Los soldados dejaban a un lado sus bandoleras y las granadas, y llenaban las cartucheras de municiones con cigarrillos. Un oficial británico se lamentaba de haber olvidado su chaqueta de gala en África. <sup>177</sup> «Creo que nunca más volveré a ver escenas de puro júbilo como éstas», escribiría el ayudante de Clark. «Echaremos amarras en el puerto de Nápoles sin encontrar resistencia, con una rama de olivo en una mano y una entrada para la ópera en la otra.» <sup>178</sup> Algunos se lamentaban de la oportunidad que habían perdido de acceder a la gloria. Un artillero de la 36.<sup>a</sup> División se expresaba en los siguientes términos en una carta dirigida a su padre: «La ocasión de demostrar nuestra valía se acababa de esfumar». <sup>179</sup>

Hewitt notaba con preocupación que el «gran ardor combativo» del V Ejército se estaba enfriando. <sup>180</sup> Los oficiales iban por las cubiertas, intentando hacer entrar en razón a los hombres que en esos momentos estaban convencidos de que las playas de Salerno carecerían de defensas. «¡Parad ya, maldita panda de imbéciles!», gritó un capitán británico, <sup>181</sup> mientras que en el *Princess Mary*, otro navío inglés, un cartel enorme avisaba: «Llevad vuestras municiones. Las vais a necesitar». <sup>182</sup> El general de división Ernest J. Dawley, comandante en jefe del VI Cuerpo de Estados Unidos, advirtió a los soldados del *Funston* que iban a «tener que pelear como comanches cornudos si queremos llegar a tierra y quedarnos allí». <sup>183</sup> Las tropas asintieron con un grito de júbilo, y luego retomaron sus partidas de póquer en cubierta. «Esperad encontraros con una playa hostil», dijo un oficial de la 36.<sup>a</sup> División a sus hombres. «Avanzad disparando.» <sup>184</sup>

Cuando llamaron a zafarrancho de combate a sesenta millas de Salerno, se reinstauró una cierta seriedad. «Compañía del barco, a sus puestos», gritaban los oficiales de marina. «Artilleros, a los cañones.»<sup>185</sup> Los contramaestres del *Ancon* intentaban analizar el «plan del día» correspondiente al 9 de septiembre: «El barco se pondrá al paio durante un rato, y a continuación permaneceremos anclados, siempre a punto de levar anclas cuando se nos dé la orden, bien alertas para ponernos en marcha acelerando los motores al máximo».<sup>186</sup> La poca alegría que quedaba se esfumó a las 20:15, cuando unos aviones de la Luftwaffe atacaron la flota con bengalas, bombas y torpedos, aunque sin causar graves daños. Mientras los hombres se oscurecían la cara y las manos con corcho quemado, un sargento del 143.º de Infantería comentó: «La imaginación nos hace a todos cobardes».<sup>187</sup> John Steinbeck estudiaba las brumas color perla que se elevaban del Mediterráneo: «Todos los hombres, en esta última noche de plenilunio, se parecen extrañamente unos a otros y ven allí la muerte», escribía.<sup>188</sup>

Poco antes de las diez de la noche, cuando ya se acercaba la hora de inicio de la Operación Clavicémbalo, los vigías observaron unas luces azules procedentes del *Shakespeare*, un submarino británico, y del destructor *Cole*. «¿Cree que hemos sido localizados por el enemigo?», preguntaron a Hewitt en el puente de mando del *Ancon*. «Si no lo han hecho», respondió el almirante, «es que están ciegos».<sup>189</sup> Fuera de la bahía del puerto, el Vesubio irradiaba un rojizo brillo difuso,<sup>190</sup> Capri parecía «flotar en un mar de plata», como comentaría más tarde la historia oficial de la Marina de Estados Unidos.<sup>191</sup> Un olor a terreno margoso llegaba de la península de Sorrento.

A unas doce millas de la costa, en la línea de cien brazas, los capitanes mandaron detener todos los motores poco antes de la medianoche.<sup>192</sup> Podía oírse el silbido que hacían las olas al golpear en los cascos mientras las naves perdían peso. Las cadenas crujían. Las anclas se hundían. Se escuchó el silbato de un contramaestre. Todos los barcos se mecían suavemente en sus puestos de atraque. Era una noche tranquila y resplandeciente, con una suave brisa. «En tiempos de paz», diría un oficial del *Hilary*, «las parejas en luna de miel pagarían cientos de libras por una noche así».<sup>193</sup> Una serie de ráfagas de balas trazadoras disparadas desde la costa recordó al sargento Newton H. Fulbright «el pesado telón carmesí de un teatro cuando se levanta». Alguien murmuró, «creo que saben que estamos aquí».<sup>194</sup>

Clark estaba en compañía de Hewitt, ambos bañados por una suave luz rojiza que iluminaba el puente de mando. Los marineros ataban acolladores a unas cafeteras de casi cincuenta litros de capacidad para luego arriarlas y hacerlas llegar

a la tripulación de las embarcaciones. «Esta noche tendrá el mando absoluto», dijo Hewitt. Clark asintió con la cabeza. «No puedo dejar de pensar en que probablemente tengamos muchas bajas. Recemos a Dios para que no sea así.»<sup>195</sup>

Desde tierra firme llegaban reflejos dorados y rojizos, seguidos por el estruendo de los derrumbamientos que se producían en el puerto de Salerno. Los cabrestantes chirriaban: más barcas eran arriadas al mar. Un soldado sobrecargado de la 36.<sup>a</sup> División comparaba el arrío progresivo en las redes de carga con «bajar un edificio de diez pisos por una escalera de cuerda con un archivador a la espalda».<sup>196</sup> Del mar llegaba el ruido de las lanchas de desembarco. Bajo el brillo de los últimos rayos de luna, sus débiles luces danzaban en las aguas mientras las flotillas se dirigían por fin hacia el este para alcanzar la lejana costa, arrastradas por su destino.

Un periodista, que iba tomando apuntes en un cuaderno, escribiría a propósito de Clark: «de elevada estatura, con una sonrisa dibujada en el rostro, parece tranquilo».<sup>197</sup> El comandante en jefe del ejército redactó un breve mensaje para Alexander a las dos de la mañana: «Llegada a la zona de traslado según horario previsto. Las barcas han sido arriadas y están en sus posiciones. El mar en calma. Todo parece indicar que se llegará a las playas a la hora prevista».<sup>198</sup>

En su diario escribiría más tarde: «He estado con Hewitt en el puente. Sensación de impotencia. Ya no puedo hacer nada, todo depende del destino».<sup>199</sup>

«¿Qué tiempo hace en Salerno?», escribió el poeta Horacio a un amigo en 20 a.C., «¿y qué tipo de gente me encontraré por allí?».<sup>200</sup> Desde entonces esa ciudad costera italiana había sufrido la ocupación de los longobardos en los siglos IX y X, y la de los normandos en el XI, entre cuyos caballeros figuraba el astuto Roberto il Guiscardo. Ya en el siglo XII la escuela de medicina de Salerno estaba considerada la mejor de Europa, alabada por Petrarca y santo Tomás de Aquino indistintamente.<sup>201</sup> Entre los huesos que descansaban en su basílica se encontraban supuestamente los de Mateo, el recaudador de impuestos al servicio de Roma convertido en apóstol, que más tarde pasaría a ser el santo patrono de los banqueros y los corredores de apuestas.

El Salerno moderno tenía setenta mil habitantes, una hermosa cornisa que se extendía frente al Corso Garibaldi y un sinfín de atuneros que se mecían en las aguas del puerto.<sup>202</sup> Su población ya sabía lo que era la guerra: las incursiones aéreas aliadas con sus bombardeos habían hecho correr a las salernitanas por las calles gritando, «Basta! Basta!». En poco tiempo el mercado de frutas y verduras, la heladería y los atuneros quedaron destruidos, y en las paredes de la ciudad



comenzaron a aparecer mensajes escritos con tiza en los que se informaba de los residentes muertos y de los nuevos domicilios de los supervivientes. Mucha gente se había instalado en las montañas, como hicieran sus antepasados diez siglos antes para huir de los sarracenos y la malaria.<sup>203</sup> Al sur de la ciudad, los ríos Sele y Calore irrigaban la llanura costera, discurriendo paralelos a lo largo de más de diez kilómetros antes de converger a unos seis mil quinientos metros del mar. En las fértiles tierras bajas se cultivaba tabaco y tomates de pera, y crecían los olivos. Pero lo más singular de la zona se encontraba en el extremo meridional de la llanura: Paestum, una colonia griega del siglo VI a.C., famosa en la antigüedad por sus rosas y sus violetas, que seguía contando con uno de los mejores conjuntos de templos dóricos existentes fuera de Atenas. Era precisamente allí donde tenía previsto desembarcar la 36.<sup>a</sup> División estadounidense, mientras que el X Cuerpo británico, que comprendía la 46.<sup>a</sup> y la 56.<sup>a</sup> divisiones, lo haría a unos veinte kilómetros más al norte, entre la desembocadura del Sele y la ciudad de Salerno. Las tropas de asalto de Darby y los comandos británicos caerían sobre la península de Sorrento, para ocupar los pasos de montaña que unían la región con Nápoles.<sup>204</sup>

*¿Qué tipo de gente me encontraré por allí?* Pues la mañana del 9 de septiembre de 1943, sin duda muchos alemanes. Ni Kesselring ni sus lugartenientes pensaban que el desembarco de Montgomery en Calabria una semana antes era el presagio de un avance angloamericano por toda la península Italiana; durante los últimos días se había percibido que Salerno sería probablemente el lugar elegido por los Aliados para abrirse una puerta de acceso a Nápoles y Roma.<sup>205</sup> Las fuerzas de reconocimiento alemanas habían detectado el 6 de septiembre que varios portaaviones británicos se dirigían a un mismo punto de encuentro, y un estudio de las fuerzas navales alemanas advertía que «no se excluye que viren rumbo al golfo de Salerno».<sup>206</sup> Un día después se detectó otro convoy al norte de Palermo. En un mensaje de alerta enviado el 8 de septiembre a media tarde se hablaba de una «gran fuerza naval de más de cien barcos» que se acercaba a la franja costera del sudoeste.<sup>207</sup>

Tres horas después de que se hiciera pública la capitulación de Italia, Kesselring hizo gala de la agilidad que lo caracterizaba. Con permiso de Hitler, a las ocho de la tarde puso en marcha la Operación Achse, un plan de contingencia secreto elaborado en agosto para desarmar a las fuerzas italianas y apoderarse de fortificaciones clave.<sup>208</sup> La confirmación de que la Armada aliada se acercaba a Salerno le devolvió su sonrisa; al menos no tendría que hacer frente a una fuerza invasora cerca de Roma, a la que aún estaba sometiendo a su autoridad. Los

invasores «debían ser todos aniquilados y, además, arrojados al mar», declararía. «Británicos y americanos tienen que darse cuenta de que están irremediabilmente perdidos ante una concentración del poderío alemán.»<sup>209</sup>

Ese poderío alemán se materializaría en el X Ejército, creado a mediados de agosto y reforzado con unidades que se habían retirado de Sicilia. Estas fuerzas quedaron a las órdenes de un veterano de Francia, Yugoslavia y Rusia: el general de origen prusiano Heinrich von Vietinghoff, un experto militar de infantería, con bolsas en los ojos, sienes plateadas y un pequeño bigote a lo Hitler. En aquellos momentos unos ciento treinta y cinco mil soldados alemanes ocupaban el sur de Italia, y Kesselring canalizaría su resentimiento por la traición italiana —la calificaba de «una carga espiritual para mí»<sup>210</sup>— exigiendo una rápida venganza. «No debemos tener piedad con los traidores», telegrafió a Vietinghoff. «¡Larga vida al Führer!»<sup>211</sup> El miércoles por la tarde, mientras los soldados aliados bailaban en la cubierta de sus barcos, las tropas de la Wehrmacht irrumpieron en el despacho del general Don Ferrante Gonzaga, comandante en jefe de la división italiana destacada en la costa salernitana, abriendo de un golpe su imponente puerta de roble. «Entrégueme su pistola, general», ordenó un oficial alemán. Gonzaga, que se encontraba detrás de su escritorio, retrocedió unos pasos mientras sacaba su Beretta de la pistolera. «Un Gonzaga nunca se rinde», gritó. «¡Viva Italia!» Una ráfaga de tiros de las Schmeisser alemanas dirigidos a la cabeza y al pecho lo abatió. «Murió como un gran soldado», comentaría el oficial.<sup>212</sup>

Como las tropas de Gonzaga empezaron a dispersarse o cayeron en poder de los alemanes, de la defensa del golfo de Salerno pasó a ocuparse la 16.<sup>a</sup> División Panzer. Esta división, que alardeaba de haber sido la primera unidad alemana enviada al Volga, se había visto obligada a emprender una humillante retirada de Stalingrado con sólo cuatro mil supervivientes.<sup>213</sup> Tras su recomposición por parte del general Rudolf Sieckenius, probablemente fuera en esos momentos la división mejor equipada de toda Italia, con diecisiete mil hombres, ciento cuatro tanques en funcionamiento y setecientas piezas de artillería.<sup>214</sup>

Sieckenius había dividido sus fuerzas en cuatro grupos de combate, posicionados a unos diez kilómetros de distancia unos de otros a lo largo de la llanura del Sele.<sup>215</sup> La zona estaba muy mal comunicada, y la carretera que recorría la costa, la 18, la única vía por la que los alemanes podían hacer llegar refuerzos, estaba al alcance de la artillería naval aliada. Sin embargo, los defensores habían establecido ocho focos importantes de resistencia, desde Salerno al norte hasta Paestum y Agropoli al sur, cada uno de ellos cubriendo una franja de aproximadamente cuatrocientos metros, y todos provistos de minas, armas

automáticas, morteros, cañones pesados y barricadas levantadas con árboles talados. Mientras las lanchas de desembarco del V Ejército se aproximaban como un enjambre cruzando la ensenada, los alemanes aguardaban alerta y entristecidos, aunque aliviados tal vez por la sensación ilusoria de que quizá la guerra estuviera a punto de acabar.

En el extremo derecho de la línea aliada, unas embarcaciones de reconocimiento situadas a media milla unas de otras empezaron a encender luces rojas, verdes, amarillas y azules a las 3:10, para indicar las cuatro playas de Paestum en las que debían desembarcar los batallones de asalto de la 36.<sup>a</sup> División que estaban aproximándose.<sup>216</sup> Cuando ya habían transcurrido prácticamente dos horas de viaje, el plazo de tiempo necesario para trasladarse desde el punto de anclaje a tierra firme, uno de los soldados que iba en una barca Higgins de madera acabó de leer la novelita que se había traído y «se levantó para ver de qué iba esa guerra».<sup>217</sup>

Con la única excepción del zumbido de los motores, durante un rato —un curioso y largo rato— pareció que reinaba el silencio. Cayeron las rampas golpeando contra el agua, y a las 3:30 los primeros fusileros empezaron a bajar a toda prisa pisando prácticamente arena seca. Entonces una constelación plateada de bengalas silbantes iluminó el cielo, cubriendo las playas de un frío resplandor; pero de repente se rompió el hechizo por el estruendo provocado por el disparo de una batería alemana, al que siguieron otro y otro y muchos más. Empezaron a llover bombas de mortero, y desde los terrenos elevados del este y del sur llegaba el ruido agudo de los obuses de 88 mm, unas bolas de fuego verde que caían silbando por las dunas a la velocidad de un kilómetro por segundo y levantaban nubes doradas de polvo.

Las balas caían en el mar formando cortinas y rebotaban contra las rampas de las embarcaciones.<sup>218</sup> «No se pueden cavar trincheras en una barca», comentaría un sargento con evidente tristeza.<sup>219</sup> A un oficial de artillería natural de Austin, el ruido que hacían los fragmentos de obús cuando saltaban por todas partes le recordó el que hace «la lluvia primaveral cuando cae sobre el parabrisas de un taxi que sube por Congress Avenue».<sup>220</sup> Una segunda tanda de soldados desembarcó ocho minutos después de la primera, y una tercera al cabo de otros ocho minutos; pero el fuego continuado frustró el desembarco de las cuatro siguientes, pues ante la ofensiva los timoneles se vieron obligados a virar a la izquierda, a la derecha o a dar media vuelta para volver a adentrarse en el mar. «Las bombas caían rodeándonos», recordaría un soldado que iba en la tercera tanda. «Sabíamos perfectamente que cuando la rampa cayera aquellas balas trazadoras rojas y

amarillas se nos iban a comer.»<sup>221</sup> Una lancha de desembarco que fue alcanzada de pleno por un obús «pareció volar por encima del agua al saltar por los aires», comentaría un testigo de los hechos;<sup>222</sup> una segunda bomba dio en la popa de la embarcación, haciendo que volcara y que los hombres salieran disparados por encima de las regalas que habían quedado hechas astilla. Un médico contaba cómo los soldados intentaban llegar a nado a otra lancha que se había incendiado a unos cuarenta metros de la playa. En una carta dirigida a su esposa decía:

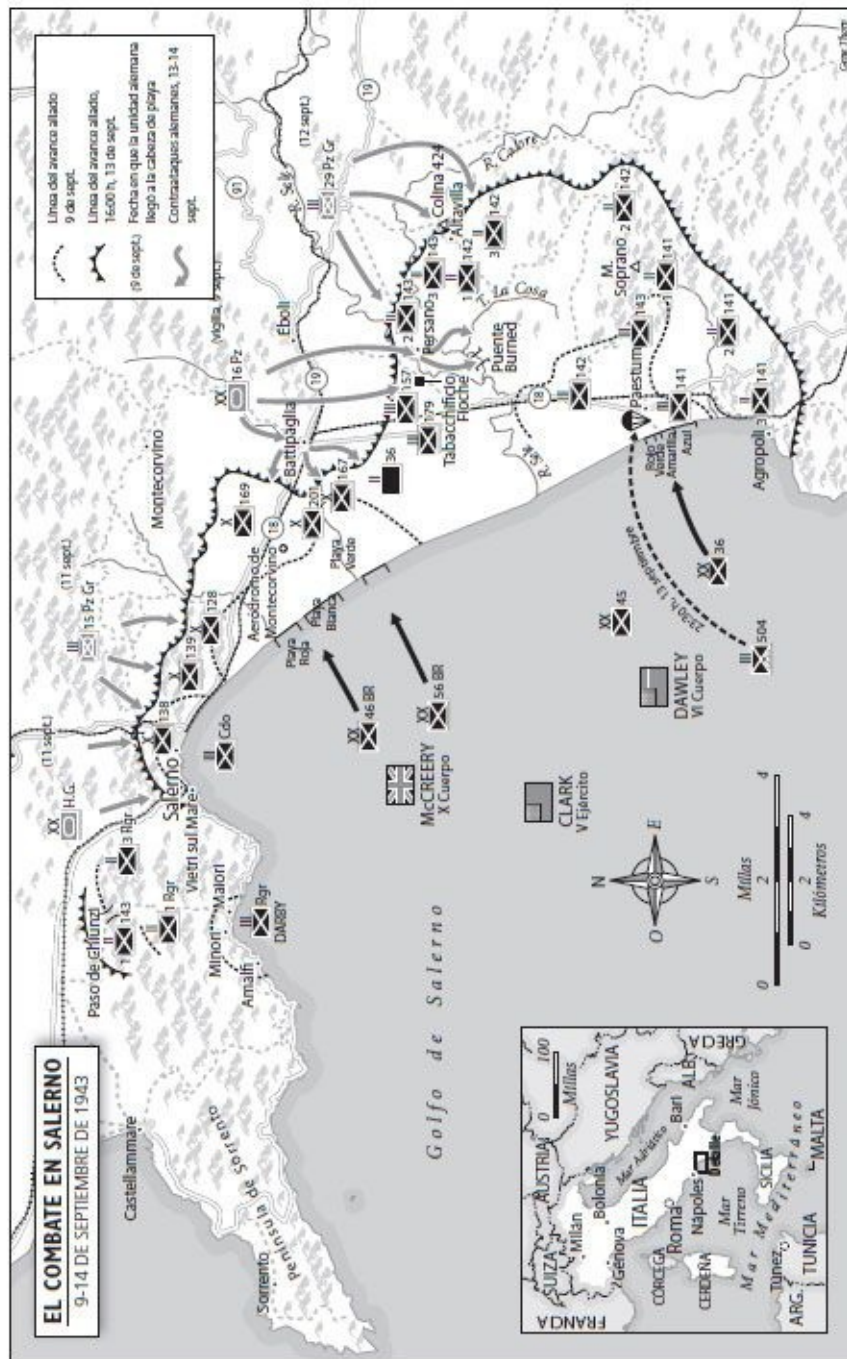
Algunos chicos ardían en llamas. Podíamos oír cómo daban los proyectiles en el agua, a nuestro alrededor ... Me subí a la lancha. Había cuatro hombres, un comandante y tres reclutas. El fuego resultaba ya tan abrasador que mi ropa empezó a soltar vaho. Me acerqué a ver al comandante. Estaba quemado; sus quemaduras eran muy graves. Había muerto ... Llevé a los tres soldados a rastras hasta la rampa.<sup>223</sup>

En la playa los soldados intentaban deshacerse de las mochilas que habían empezado a arder tras haber sido alcanzadas por una bala trazadora. «¡Ojalá hubiera nacido niña!», exclamó un recluta.<sup>224</sup> Las minas Teller, enterradas a diez metros de distancia de la línea del agua, explotaban formando géiseres de arena y hacían trizas los neumáticos de los primeros jeeps que habían desembarcado. Las dunas resultaban un lugar tan infernal como la playa, barridas por los disparos procedentes de un denso bosque del interior y de un torreón de piedra de unos diecisiete metros de altura construido hacía siglos como torre de observación para hacer frente a las incursiones sarracenas. Desde las colosales murallas de Paestum los fusileros alemanes tiraban a matar a todo lo que se movía, ya fuera a una ramita que se rompiera, como a cualquier crujido de la hierba. Los Panzer estaban al acecho, escondidos en graneros y cobertizos, y disparaban a quemarropa a los fusileros que iban pasando ante ellos. «Durante los desembarcos reinó una gran confusión», escribiría un cirujano en su diario. «Aunque han podido realizarse. Veo que voy a perder peso.»<sup>225</sup>

Los primeros aviones de la Luftwaffe llegaron con el alba, poco después de las cuatro de la madrugada, disparando con sus ametralladoras y bombardeando, como bien recoge la crónica oficial de la Marina estadounidense, «a una escala nunca vista ni igualada hasta entonces en el curso de un desembarco en el Mediterráneo».<sup>226</sup> El capitán de un LST dijo a los artilleros de su nave: «Preparados ahora, preparados, ya llegan... Preparados. *Disparen*, y buena cacería».<sup>227</sup> Tras el regocijo provocado por la capitulación de Italia, comentaría un oficial, «muchos soldados tenían la sensación de que alguien los había abandonado».<sup>228</sup> Cuando la batalla empezó a intensificarse, el periodista Don Whitehead oyó que alguien decía: «Tal vez fuera mejor para nosotros combatir sin un armisticio de por medio».<sup>229</sup>

A las seis de la mañana dos regimientos de infantería —el 141.º y el 142.º— habían llegado a tierra, y el 143.º estaba a punto de hacer lo propio.<sup>230</sup> Pero había dificultades para establecerse. Cada batallón de asalto llevaba doscientos botes de humo, unos contenedores de hexacloretano a los que se prendía fuego para lanzarlos cerca de las playas y crear una cortina de nebulosa que ocultara las lanchas de desembarco.<sup>231</sup> Costa afuera, los destructores se desplazaban rápidamente por la zona de anclaje y alrededor de los LST que iban llegando, «dejando tras de sí grandes nubes de asfixiante humo blanco», como señalaría John Steinbeck. Los sistemas de ventilación absorbían el humo, atrayéndolo a las cubiertas de los LST<sup>232</sup> —«el ruido de las toses es ensordecedor», añadía Steinbeck —, y unos cuantos timoneles se vieron obligados a navegar por aquel miasma guiándose por la brújula.<sup>233</sup>

Sin embargo, los observadores alemanes situados en Monte Soprano y en otros puestos de vigilancia podían ver con suficiente claridad para disparar de forma masiva. La artillería y las baterías antitanque transportadas por los DUKW hasta las playas Amarilla y Azul tuvieron que ser desviadas para evitar el fuego enemigo; otras sesenta se encontraban fuera de alcance frente a la Playa Verde, y ciento veinticinco quedaron rezagadas cerca de la Roja. Seis LCT que intentaron desembarcar treinta tanques a las seis y cuarto, también prefirieron recular antes de correr el peligro de ser hundidos. Tres obuses cayeron sobre un LCT que transportaba a parte del 191.º Batallón de Tanques; la onda expansiva alcanzó la timonera, matando a siete hombres y prendiendo fuego a un tanque Sherman, que sólo pudo ser empujado hasta el agua tras un esfuerzo sobrehumano. Los oficiales de los LST iban y venían por el puente de sus embarcaciones, mientras las bombas alemanas caían a babor, luego a estribor, y luego a babor otra vez;<sup>234</sup> el *LST* 336 sólo sería alcanzado en dieciocho ocasiones. El fuego de las baterías caía a lo largo de toda la cabeza de playa: un crucero de la Marina Real inglesa interceptó a una docena de embarcaciones que se dirigían al puerto de Salerno y les mandó el siguiente aviso: «El puerto está bajo fuego enemigo. Si vais allí, os harán saltar por los aires».<sup>235</sup>



Los planificadores de la Operación Avalancha habían calculado que la vanguardia del asalto pudiera haberse adentrado unos cuatro mil metros cuando ya fuera de día —para dejar las playas lejos del alcance de los morteros y el fuego de las ametralladoras—, y que al anochecer se encontraran lo suficientemente tierra adentro para acabar con toda la artillería alemana que aún pudiera barrer la línea de agua. No obstante, a media mañana la cabeza de playa apenas tenía una profundidad de cuatrocientos metros en puntos determinados. El equipo de un bulldozer, mientras intentaba abrirse una salida de la playa, fue pasto de las llamas provocadas

por un obús de 88 mm. «Todos sus cuerpos quedaron completamente carbonizados, excepto los dientes, que parecían más blancos que los de un vivo», comentaría un testigo de lo ocurrido. En el extremo sur, en la Playa Azul, un batallón quedó acorralado en medio de las dunas, y permaneció atrapado durante veinte horas;<sup>236</sup> centenares de hombres se abrieron camino entre los sotos y las escarchadas, mientras iban recogiendo munición de los muertos. Y habría más cosas que recoger cuando los panzer del IV de Mark rompieron la línea de los norteamericanos. Un teniente coronel del 141.º de Infantería lo contaría así:

Era como combatir desarmados contra los tanques. Vi cómo los fusileros trepaban a los tanques alemanes en movimiento intentando disparar a través de alguna rendija o tratando de arrojar granadas en su interior. Otros tanques se encargaban de abatirlos. Pasaban por encima de los hombres heridos ... y se desplazaban a gran velocidad siguiendo sus pasos.<sup>237</sup>

Un oficial de los servicios de inteligencia se enteró más tarde de que los médicos habían colocado a los muertos «en hilera, unos junto a otros, hombro con hombro, con la misma precisión extrema como si estuvieran a punto de presentar armas». Sus pies sobresalían de las mantas que los cubrían, «las botas más silenciosas del mundo», como escribiría un oficial del alto mando.<sup>238</sup> Otros cadáveres fueron colocados en posiciones sedentes, «para que no causaran demasiado impacto a los soldados que iban llegando».<sup>239</sup> Un mensaje enviado por radio al *Ancon* —uno de los pocos mensajes coherentes que llegaron al barco— exponía claramente a Clark y a Hewitt con su pregunta lo que estaba sucediendo en tierra: «¿En qué playa tenemos que poner a nuestros muertos?».<sup>240</sup>

La salvación llegó poco después de las nueve de la mañana. Los dragaminas terminaron de limpiar una vía que conducía a la costa, permitiendo que los barcos de guerra pudieran acercarse más a las playas.<sup>241</sup> Las cuadrillas de artillería de control, cuyas operaciones se habían visto obstaculizadas durante horas por los mensajes interrumpidos, el humo, la aviación enemiga y el caos más absoluto reinante en las playas, pudo empezar entonces a bombardear alrededor de la zona limítrofe de la cabeza de playa. A última hora de la mañana los destructores se colocaron a menos de cien metros de la costa, lanzando obuses de 5 pulgadas a las laderas del Monte Soprano.<sup>242</sup> Al poco rato, el crucero estadounidense *Savannah* abrió fuego contra las concentraciones de tanques alemanes con bombas de 6 pulgadas. Su hermano, el *Philadelphia*, hizo lo propio contra treinta y seis Panzer que habían sido localizados junto a un bosquecillo cerca de la Playa Roja por un avión de observación; las salvas, una tras otra, fueron cayendo sobre los tanques durante casi una hora, destruyendo, según parece, media docena de ellos e inutilizando el resto. Sobre Salerno caerían once mil toneladas de bombas de

artillería naval, un peso prácticamente comparable al que caería después sobre Iwo Jima y Okinawa, aunque ninguna barrera de artillería fue tan oportuna como la del día D.<sup>243</sup>

Mientras los soldados alemanes emprendían la retirada y buscaban refugio en las montañas, los regimientos estadounidenses avanzaban hacia el este, superando los templos de Paestum —«este lugar es igual que la cubierta de un libro de latín», comentaría un soldado—, y hacia el norte, al valle del río Sele.<sup>244</sup> Un tercer regimiento, el 141.º, permanecía atrapado cerca de la Playa Azul por el fuego enemigo que caía en el sur procedente de los terrenos más elevados. Al final cuarenta y ocho DUKW alcanzaron la costa, transportando cada uno de ellos un obús, seis artilleros y veintiuna cargas de cartuchos.

Al mediodía, junto a un depósito de tabaco, en Casa Vannula, a cinco kilómetros tierra adentro, llegaron varios cañones del 151.º de Artillería de Campo, mientras doce Panzer se acercaban al puesto de mando de la 36.ª División;<sup>245</sup> en lo que un comandante denominaría «a caderazos con los obuses»,<sup>246</sup> los artilleros demolieron un muro de piedra para tener un campo de ataque más amplio, cortaron las mechas, luego tiraron de los acolladores a una distancia de doscientos metros.<sup>247</sup> A las doce y media de la mañana un humo mugriento salía de cuatro tanques en llamas, y el resto de los carros blindados se había dispersado.

«Era increíble», comentó Walter, el comandante de la 36.ª División, que había observado la acción desde la línea de tiro. La cabeza de playa norteamericana estaba segura, por ahora.<sup>248</sup>

A unos veinte kilómetros al norte, los británicos también se habían hecho con un hueco en la costa hostil.

La aviación alemana había atacado a la flota antes incluso de que pudieran arriarse las embarcaciones de desembarco, y las bombas de 88 mm habían dañado varios anfibios antes de que alcanzaran la costa. Los bombardeos en picado habían herido de muerte al *Nauset*, un remolcador norteamericano que prestaba ayuda a la Marina británica. Un incendio estalló en la cubierta de la embarcación, luego se propagó a una escalera hasta la sala de navegación para posteriormente ir subiendo en llamas naranjas de casi veinte metros de altura por detrás del puente.<sup>249</sup> Con los motores estropeados, sin timón y escorando, el *Nauset* chocó con una mina, se partió por la mitad y se hundió a sesenta y cinco brazas de profundidad, llevándose consigo a su capitán y al segundo de a bordo. Más de cincuenta hombres de su tripulación perecieron o resultaron heridos.



Pero el bombardeo preliminar llevado a cabo por los barcos estadounidenses permitió que las playas Roja, Blanca y Verde quedaran limpias para los ingleses. Centenares de cohetes salían volando de las lanchas de desembarco modificadas, con un estruendo pirotécnico que seguía siendo «aterrador, aun cuando se esperara». La 46.<sup>a</sup> División, por la izquierda, y la 56.<sup>a</sup> División, por la derecha, empezaron a pisar tierra firme a las tres y media de la madrugada. Al borde del agua, un marinero que acompañaba a la Guardia de Coldstream agitaba una enorme bandera, gritando: «¡Por aquí se va a Nápoles, chicos!».250 Entre las provisiones más esenciales de la operación de «asalto», lo primero que bajó por las rampas de las lanchas de desembarco fue un piano, seguido de jaulas con pollos, patos y pavos —todo ello fue debidamente cargado sobre el capó de los jeeps—, así como una cerda para la cocina de los oficiales.251

A última hora de la jornada, el X Cuerpo desembarcaría una tercera parte de sus fuerzas —veintitrés mil soldados, ochenta tanques y trescientas veinticinco piezas de artillería—,252 a pesar de lo que un cronista calificó de «indecible confusión» en algunas playas cuando los subsiguientes grupos desembarcados empezaron a mezclarse con las dos divisiones.253 Además de los típicos timoneles que se perdían, los soldados confundidos y los oficiales de playa furiosos, el fuego de la artillería alemana se intensificó. El *LST 375* fue acribillado con nueve proyectiles de 88 mm, que provocaron heridas muy graves a muchos de sus hombres. El *LST 357* tuvo más de veinte bajas. El *LST 365* chocó cerca de la orilla con el *LST 430*, haciendo que éste quedara inutilizado hundido en la playa; los proyectiles enemigos hirieron a su capitán en las cuatro extremidades, salpicaron de metralla la cubierta del tanque, incendiaron un camión de municiones y sembraron el pánico entre los soldados heridos que iban siendo evacuados de la costa.254

Más allá de las playas, la invasión se desarrolló al principio de manera sumamente prometedora. Los *tommies* se adentraron unos cinco kilómetros y se apoderaron del aeródromo de Montecorvino, el principal objetivo del día D. Los pilotos atónitos de la Luftwaffe corrían desesperados por la pista para intentar subir a las cabinas de los aviones, pero eran rápidamente abatidos por los tanques y la artillería automotriz, que también hicieron volar por los aires más de treinta aparatos aéreos que se encontraban estacionados allí. Sin embargo, el aeródromo seguía estando al alcance de la artillería alemana, lamentable circunstancia que descubrió un inconsciente coronel de las fuerzas aéreas estadounidenses, John G. Ayling, al aterrizar con su B-25 con un cargamento de equipos de radio. Su avión apenas se había detenido cuando una ráfaga de proyectiles de 88 mm acribilló el

fuselaje, matando a Ayling y a su piloto, incendiando el aparato y, a medida que fue difundiendo la noticia, poniendo fin a las esperanzas de los Aliados durante los siguientes once días de utilizar Montecorvino.<sup>255</sup>

Por cada avance alentador, el frente británico sufría un retroceso desalentador. El 5.º Batallón del Regimiento Real de Hampshire se había adentrado unos seiscientos metros a través de un estrecho camino bordeado por unos elevados muros de piedra cuando un contraataque alemán atrapó a dos compañías y al cuartel general del batallón como ovejas que van al matadero.<sup>256</sup> Tres cañones de asalto empezaron a disparar, mientras los Hampshire intentaban trepar por piedras resbaladizas que la sangre no tardaría en hacer aún más resbaladizas. Los granaderos entraron con sus camiones semioruga por el camino, aplastando a vivos y muertos indistintamente; un radiotelefonista de los Hampshire fue hallado con los auriculares puestos y las piernas aplastadas, reducidas al mismo espesor de la tabla de una mesa. Cuarenta Hampshire perecieron, y más de trescientos resultaron heridos o fueron hechos prisioneros.

Más allá de Montecorvino, los *tommies* vestidos con su uniforme caqui de tela basta se dirigían rápidamente hacia el este, al pueblo de Battipaglia, que pronto sería conocido como Batty P, una localidad ocupada por melancólicos fascistas que se extendía en un punto clave, la intersección de las carreteras 18 y 19, situada a unos ocho kilómetros en el interior. El 9.º Batallón de los Fusileros Reales avanzó como si tal cosa con tractores, carros tirados por caballos, carretillas y bicicletas. Tras cruzar acequias y campos de tabaco, sus hombres entraron en Batty P poco después de la medianoche del viernes 10 de septiembre, exultantes, pero aislados. Un grupo de alemanes que había logrado infiltrarse con las caras pintadas de camuflaje no tardaría en salir a rastras de los pantanos y los canales de regadío, flanqueando el saliente británico. Uno de los guardias ingleses percibiría, preocupado, «una sensación de relajación, de porosidad, en un lugar donde todo debería haber estado perfectamente controlado».<sup>257</sup>

El viernes, otro caluroso y resplandeciente día propio del clima mediterráneo, los contraataques alemanes añadieron pánico a aquella sensación de relajación. Los fusileros batieron la zona occidental, cruzando los bosques de chopos y adelfas, y advirtieron de la presencia de tanques Tigre «tan grandes como navíos de guerra».<sup>258</sup> Algunos arrojaron sus armas, gritando, «¡Volvamos a las playas! ¡El enemigo nos rebasa!». El viernes por la tarde, un oficial escribía que «las pequeñas carreteras estaban llenas de soldados aterrorizados; muchos de ellos emprendían la retirada en tropel, haciendo oídos sordos a las órdenes de sus oficiales».<sup>259</sup> En la cabeza de playa se produjeron violentos combates de breve duración: tiroteos más

que una verdadera batalla. En las afueras de Battipaglia, en un complejo de unos quince mil metros cuadrados cercado por una valla de postes de dos metros y medio de altura —que aparecía en los mapas militares con el nombre de «Tabacchificio», aunque era en realidad un campo de tomates<sup>260</sup>— el 2.º de Guardias Escoceses intentó valientemente, pero en vano, echar a los infiltrados alemanes lanzando granadas y disparando con sus ametralladoras por los oscuros corredores. Tras sufrir varios reveses en el flanco izquierdo, algunos granaderos saltaron a un camión sobrecargado, mientras lanzaban un grito de alarma: «¡Que vienen! ¡Han pasado!».<sup>261</sup>

Ni venían, ni habían pasado. La línea se endureció, obligando a los alemanes a replegarse en Batty P, y a primera hora del sábado los británicos ocupaban una zona de aproximadamente trece kilómetros de costa que se extendía entre cuatro y siete kilómetros hacia el interior. Los comandos ingleses controlaban una zona adyacente no tan profunda en la ciudad de Salerno, incluido el puerto. Cada centímetro ocupado era vulnerable a la artillería alemana —esos «coros dementes de bombas de vagidos», como había escrito Wilfred Owen en otro campo de batalla—, y los que no tenían una pala a mano no tardaron en cavar trincheras con sus manos. Como señalaría un comandante de artillería, «los tenemos donde nos quieren».<sup>262</sup>

Sólo en el ala izquierda de la línea aliada pudieron los invasores emitir informes de éxito sin condicionantes.<sup>263</sup> Las tropas de asalto de Hill Darby habían tomado los pueblos de Maiori, Minori y Amalfi sin encontrar oposición; luego habían subido por una sinuosa carretera, a través de limonares de gruesos frutos, tan grandes como la cabecita de un recién nacido, para ocupar el cerro más escarpado de la península de Salerno. Cinco horas después de que atravesaran las playas de oscura arena, las tropas de asalto controlaban el Paso de Chiunzi, una franja de tierra que desde la costa se extendía diez kilómetros hacia el interior y cuyo punto más alto alcanzaba unos mil metros de altura.

«Si alguna vez se materializó el sueño de un artillero», diría Darby más tarde, «fue allí».<sup>264</sup> El desfiladero, barrido por el viento ofrecía una vista panorámica de Nápoles, de las laderas púrpuras del Vesubio y de la Carretera 18 por la que los alemanes se dirigían precipitadamente al sur, hacia Salerno. «Éste es el mejor lugar para combatir», comentaría Robert Capa tras llegar a Chiunzi. «Me recuerda a España.»<sup>265</sup> Como golondrinas de montaña, las tropas de asalto se colocaron en la estribación, luego recortaron las ramas de los castaños para tener una visión mejor y pidieron que se abriera fuego.<sup>266</sup> «Hemos ocupado una posición en la retaguardia del enemigo», dijo Darby en su mensaje a Clark enviado al *Ancon*. «Si es necesario, nos quedaremos aquí hasta que el infierno se hiele.»<sup>267</sup>

Al poco tiempo, un barco de guerra, dos cruceros y un antiestético monitor británico de estructura plana se situaron en la ensenada de Amalfi, donde otrora las sirenas habían hechizado a los marineros arrojándolos contra las rocas «blancas por los huesos de muchos hombres».268 Con sus cañones amartillados como obuses para barrer la cima de la montaña, las embarcaciones se alistaron para una acción que se convirtió en una explosiva refriega en la que se mezclaron las nubes de humo con el estruendo de las bombas que salían disparadas alzándose vertiginosamente como «un tren de carga cuyo furgón de cola se menea de un lado a otro», según comentaría más tarde un soldado de asalto. La infantería alemana con sus gorros de larga visera contraatacó furiosamente Chiunzi, disparando cortinas de morteros por agujeros abiertos en los techos de las casas de campo situadas a los pies de los caminos, e intentaban ladear los pináculos en los que estaban las tropas de asalto, escalando otros más altos.269 El periodista Richard Tregaskis contaría que los «chorros de fósforo blanco se elevaban como fuentes luminosas» desde los collados. Unos soldados de asalto heridos se refugiaron en una taberna que había junto a la carretera, en lo alto del paso —que ahora recibe el nombre de Cruce Ochenta y ocho—, y colocaron unos colchones contra la ventana; otros llenaron una iglesia católica de Maiori que había sido convertida en hospital. Los agentes del OSS contrataron a trescientos italianos —los hombres por un dólar al día, los niños por setenta y cinco centavos, más dos latas de raciones C— para subir los morteros y agua por aquella carretera de fuertes altibajos en la que las amapolas se agitaban como las llamas de una vela. Un oficial nunca olvidaría «aquella larga fila de hombres y niños vestidos con harapos subiendo por el Paso de Chiunzi, cada uno con su carga correspondiente».270

Otros no olvidarían nunca a Darby, aquel hombre de amplio pecho, que parecía tener el don de la ubicuidad y que no necesitaba dormir, y que, pese a ser todavía teniente coronel, estaba al frente de unas fuerzas que pronto doblarían en número a las gobernadas habitualmente por un general de división.271 Siempre aseado y afeitado, con su uniforme normalmente arrugado, enviaba sus órdenes por radio utilizando la contraseña «Blancanieves»272 desde un puesto de mando que se encontraba en el desvencijado Hotel San Francisco,273 de sólo ocho habitaciones. Dictaba coordenadas cartográficas a los numerosos Tímidos, Gruñones y Mocosos: «Quiero dar una puta paliza aquí ... Quiero limpiar de mierda esta colina».274

*Hasta que el infierno se hiele*, había prometido Darby. De todos los comandantes en tierra del V Ejército, sólo él podía decir a Clark sin mentir que «aquí estamos, bien sentados».275 Para los demás, estadounidenses y británicos, del VI y el X Cuerpo, Nápoles seguía estando muy alejada, en el norte, y todo el mundo

era consciente de que la cabeza de playa se había convertido en un imán para cualquier *Gefreiter* que hubiera en el sur de Italia armado con una pistola. A un coste de mil bajas, entre estadounidenses e inglesas, el V Ejército había conseguido poner pie en tierra firme; pero los combates en Salerno no iban a ser para ganar la playa, sino una cabeza de playa.

«Los cadáveres yacían en la arena. Los vivos corrían para refugiarse», escribiría un soldado tras desembarcar cerca de Salerno. «Había», añadiría, «una desagradable sensación de resistencia en el aire».<sup>276</sup>

«En el mundo de la teoría ... no hay ninguna sobre la tensión de la guerra», comentaría la historia militar británica oficial de Salerno.<sup>277</sup>

Los soldados son, como en realidad no eran, perfectos Hombres Tácticos, misteriosamente hábiles, insensibles al miedo, al aturdimiento, al aburrimiento, al hambre, la sed o la fatiga. Los comandantes saben lo que en realidad desconocen ... Los camiones nunca chocan, siempre hay un camino de paso en la carretera sembrada de minas, y los puentes resisten siempre las crecidas. Las bombas caen siempre donde deben caer.

Pero Salerno no se ajustaría al mundo de la teoría. Las tensiones habían venido acumulándose desde la hora H. Se habían cometido equivocaciones. Se habían encontrado obstáculos y dificultades. Tres errores de cálculo en particular condicionarían la batalla, haciendo que las fuerzas aliadas pasaran del optimismo ilusorio y estúpido de la vigilia de la invasión a estar a punto de ser destruidas cinco días después.

El primer error estuvo relacionado con el alto mando de las fuerzas estadounidenses.<sup>278</sup> Como el general Walter se encontraba al frente de la 36.<sup>a</sup> División en Paestum, Clark quiso que el comandante en jefe de su VI Cuerpo, el general de división Dawley, no entrara en combate hasta el 11 de septiembre, el tercer día de la Operación Avalancha, momento en el que habría tropas suficientes en tierra para justificar el establecimiento de un cuartel general del cuerpo. Diez años mayor que Clark, y por encima de él en permanencia en el rango, Mike Dawley era un militar de artillería robusto y precavido procedente de Wisconsin que en su anuario de West Point aparecía descrito como «un muchacho tranquilo al que rara vez se le ve o se le oye». Un protegido condecorado de George Marshall durante la primera guerra mundial, se caracterizaba por una boca pequeña, un gran bigote de cepillo y su aire de preocupación.<sup>279</sup> Sólo sabía fruncir el entrecejo. «No muerdas más de lo que puedas masticar», había aconsejado a Clark en el curso de los preparativos de la campaña de Salerno, «y mastica siempre bien».<sup>280</sup>

La idea de Clark de dejar al margen a Dawley hasta dos días después del día D apenas duraría siete horas. Debido a la poca información que se enviaba desde la playa al *Ancon*, el comandante en jefe del ejército llegó a la conclusión de que necesitaba a otro general de división en la costa para supervisar los desembarcos. Poco después de las diez de la mañana del 9 de septiembre, Clark mandó de repente a Dawley a «asumir el mando de todas las operaciones estadounidenses que se realizaran en tierra». Esta orden, sin embargo, no fue descifrada por los expertos del *Funston* hasta pasadas las tres de la tarde, cuando Dawley ya había abandonado su barco para explorar la cabeza de playa. El oficial de plana mayor que fue enviado a buscar al comandante del cuerpo volvería con las manos vacías. El mensaje de Clark pudo por fin ser entregado al general en Paestum, pero a las nueve de la noche. Dawley regresó al *Funston*, aunque se vio obligado a pasar buena parte de la noche vagando por el Mediterráneo: las incursiones aéreas alemanas habían obligado a las naves a abandonar el punto de anclaje, y ningún barco se encontraba en el lugar en el que había estado por la tarde. «El timonel se había perdido, dirigiéndose hacia Nápoles, y luego hacia Cerdeña», escribiría en su diario Dawley, que al final pudo volver a subir a bordo del *Funston* a las cuatro de la madrugada.<sup>281</sup>

Con su plana mayor dispersa de manera confusa, Dawley regresó a Paestum a las once de la mañana del 10 de septiembre, llegando al puesto de mando de Walter como un invitado no deseado que ahora necesitaba equipos de radio, jeeps y otras ayudas.<sup>282</sup> Aunque estaba oficialmente al mando de la batalla desde la mañana anterior, Dawley todavía no había dado en realidad ninguna orden. «La confusión y la desorganización» imperaban en el VI Cuerpo desde el principio, reconocería más tarde un coronel de la plana mayor.<sup>283</sup> El propio Dawley estaba agotado y desorientado. Otro oficial contaría que lo había visto agazapado en una zanja en Paestum, observando la batalla de obuses que libraban los tanques, «como aquel que se sienta en el centro de una pista de tenis y mira cómo los contrincantes van golpeando la pelota hacia campo contrario».<sup>284</sup>

El segundo error había sido previsto por George Patton, quien por petición expresa de Eisenhower había revisado el plan de la Operación Avalancha el 1 de septiembre. Patton se había dado cuenta de que el río Sele había sido elegido para marcar la línea divisoria entre las fuerzas británicas en el norte de la llanura de Salerno y las estadounidenses en el sur. «Con la misma certeza de que existe Dios», exclamó Patton poniendo su dedo en el mapa, «estoy convencido de que los alemanes atacaran en ese río».<sup>285</sup> Mientras el X y el VI Cuerpo libraban sus propias batallas el día D, una franja de más de diez kilómetros de anchura, marcada por el

curso del río Sele, seguía separando a las dos fuerzas; ninguna de las dos podía apoyar a la otra. Clark se dio cuenta de la existencia de esa franja, pero no de su vulnerabilidad. «Esta separación», había dicho a Hewitt el jueves por la noche, «no constituye un verdadero peligro».<sup>286</sup>

El viernes por la mañana, mientras Dawley se esforzaba en asumir el mando, Clark bajó también a tierra para inspeccionar la cabeza de playa. Desde del depósito de tabaco de Paestum que hacía las veces de puesto de mando de la 36.<sup>a</sup> División, el general Walter diría que la situación estaba «bien controlada». Sus fuerzas seguían separadas de las británicas por aquella franja, pero parecía que las tropas alemanas estaban retrocediendo. La cabeza de playa de los norteamericanos se había extendido, los desembarcos iban según lo previsto y ya se hallaba en tierra otro regimiento compuesto por seis mil hombres, el 179.º de Infantería, de la 45.<sup>a</sup> División. A la una de la tarde, de nuevo a bordo del *Ancon*, Clark envió el siguiente mensaje a Alexander por radio: «Acabo de inspeccionar personalmente el sector del VI Cuerpo. La situación allí es buena».<sup>287</sup> Con la intención de unir a sus dos cuerpos, Clark ordenó que sus últimas reservas, dos batallones del 157.º de Infantería, se dirigieran al Sele.<sup>288</sup>

El tercer error fue fruto del fracaso a la hora de asegurar el aeródromo de Montecorvino. Las consecuencias fueron produciéndose una tras otra, como por efecto dominó. En vez de contar inmediatamente con más de veinte escuadrones de cazas cerca de la costa, el V Ejército se vio obligado a depender de la aviación de la lejana Sicilia y de pequeños portaaviones escolta como los británicos *Battler* y *Stalker*, que tenían la intención de retirarse el 10 de septiembre. Los pilotos estaban cada vez más cansados, y el número de accidentes aumentó; más de cuarenta Seafire de distintos portaaviones se estrellaron, la mayoría en el curso de los aterrizajes en cubierta, que se veían dificultados por vientos ligeros, la falta de experiencia de los pilotos y los endebles trenes de aterrizaje. (El número de accidentes disminuyó notablemente después de que los mecánicos redujeran la longitud de las palas de las hélices unos veinte centímetros, lo que permitía que el piloto pudiera ver mejor la plataforma de aterrizaje.<sup>289</sup>) Cuando un oficial de la Marina comunicó a la tripulación del *Ancon* por el sistema de megafonía habitual que «la operación en la bahía de Salerno se está desarrollando según lo previsto», un piloto británico, que había sido rescatado del agua tras pasar numerosos apuros, arrojó su bota contra el altavoz y gritó lleno de furia: «¡Y una puta mierda!».<sup>290</sup>

Alumbrados por la luz de las linternas, y valiéndose de las estrellas como punto de referencia, los ingenieros aeronáuticos trabajaron noches enteras para construir cuatro pistas de aterrizaje en Paestum y en otros lugares de la costa.<sup>291</sup>

Pero a pesar de su heroica labor de «ingeniería rústica en medio de los pastos» — llenando zanjas, derribando árboles y arrancando guías de tren para pavimentar las pistas—, el resultado fue unos aeródromos demasiado angostos y polvorientos, en unos terrenos sumamente accidentados, cuya utilización era inviable cuando llovía. Y aunque las fuerzas aéreas aliadas seguían siendo superiores en cantidad y en calidad, la Luftwaffe, que realizaría cuatrocientas cincuenta salidas para atacar la cabeza de playa los días 10 y 11 de septiembre, haría gala ahora de una belicosidad que no se había visto en Sicilia. Hewitt transmitió su estado de ansiedad en un mensaje enviado el sábado desde el *Ancon* con cuatro palabras: «Aquí situación aérea crítica».<sup>292</sup>

Una lucha a muerte había empezado, entre las tropas aliadas que intentaban reunir suficientes fuerzas de combate para abrirse camino desde la llanura de Salerno, y las alemanas que intentaban reunir fuerzas suficientes para arrojar al invasor al mar. «Presiento que Avalancha será una cuestión de tacto y que se prolongará durante unos días», telegrafió Eisenhower desde Amílcar a la Junta de Jefes de Estado Mayor Conjunto. «Nuestro mejor activo en estos momentos es la confusión.»<sup>293</sup>

Pero eso era mucho decir. Con las últimas reservas del V Ejército comprometidas para una misión, el 10 de septiembre Alexander instó al VIII Ejército a avanzar rápidamente desde Calabria; Montgomery contestó alegremente que iba a «acelerar la marcha en cuanto lo permita la situación administrativa», pero en su diario escribiría que su intención era «actuar con suma prudencia».<sup>294</sup> A pesar de la modesta oposición, no dio ninguna orden de ponerse en marcha rápidamente, y el 11 de septiembre concedió un descanso de dos días a su 5.<sup>a</sup> División. Alguien describiría la penosa marcha hacia el norte como la «merienda campestre de una jornada festiva».<sup>295</sup>

Al otro lado de la colina, el general Vietinghoff tenía sus propias preocupaciones con el X Ejército alemán.<sup>296</sup> Dos tercios de los tanques de la 16.<sup>a</sup> División Panzer habían quedado inutilizados durante el primer día de combate, por lo que eran menos de treinta y seis los que seguían en funcionamiento. Los exploradores alemanes, tras vendarse las botas con trapos para silenciar sus pasos, trataban de encontrar alguna grieta en las líneas aliadas, pero los canales, los muros de piedra y la infernal infantería naval obstaculizaban su movilidad.<sup>297</sup> Los bombarderos aliados habían pulverizado casi todos los aeródromos alemanes del sur de Italia. Y la petición de Kesselring de fecha 9 de septiembre solicitando el



envío a Salerno de dos divisiones Panzer de Mantua, en el norte de Italia, había sido denegada por el alto mando en Berlín, con las graves consecuencias que ello comportaba.<sup>298</sup>

Vietinghoff también era víctima de numerosos errores de cálculo.<sup>299</sup> Su X Ejército, de apenas unas cuantas semanas de existencia, contaba con unos oficiales de intendencia y unas unidades de señalización carentes de experiencia. La preocupación por el combustible persistía: el capitán de un buque cisterna alemán, temiendo ser capturado, había arrojado su cargamento al mar; por su parte, los oficiales encargados del aprovisionamiento habían calculado a la baja las cantidades de gasolina necesarias para moverse por terrenos montañosos; y, por si fuera poco, Frascati había resultado un lugar muy poco conveniente para albergar los depósitos de combustible de Calabria.

No obstante, los refuerzos lograron reunirse en los sombríos y estrechos valles situados al este de Salerno, donde la población local, confundida, arrojó flores al paso de los Panzer mientras gritaba: «Viva English!»<sup>300</sup> Vietinghoff calculaba que el lunes, 13 de septiembre, iba a tener cinco divisiones rodeando la cabeza de playa, incluida la Hermann Göring y la 29.<sup>a</sup> de Granaderos Panzer formadas por veteranos de Sicilia.<sup>301</sup> Compañía tras compañía, regimiento tras regimiento, fueron colocándose todos en sus posiciones con la precisión compacta de un puño cerrado.

En la cabeza de playa angloamericana los rumores corrían con la velocidad de un rayo: que los británicos habían llegado a Nápoles, que la guarnición alemana de Córcega se había amotinado, que los Aliados habían desembarcado en Francia, que las tropas italianas bloqueaban el Paso de Brenner, que los alemanes utilizaban gases venenosos.<sup>302</sup> Los que tenían más sentido común y los más cínicos no tardaron en creer únicamente lo que sus cinco sentidos confirmaban. Pocos habrían rebatido al artillero de la 45.<sup>a</sup> División que escribió en su diario que «por lo que hemos visto, la rendición de Italia no ha supuesto un gran obstáculo para los alemanes».<sup>303</sup>

Los nuevos caídos enseguida se unieron a los viejos caídos. Walter informaba que sólo en la 36.<sup>a</sup> División habían perecido doscientos cincuenta hombres en acción a mediodía del 10 de septiembre.<sup>304</sup> Los enterradores que cavaban tumbas junto al cuartel general de Dawley enseguida encontraban agua, y la fosa común de poca profundidad acabó por convertirse en un elemento habitual de Paestum. Los soldados cavaban una trinchera de poco más de un metro de profundidad, y de una longitud de más de treinta, sobre la que colocaban unos tablones para bajar a los muertos con tiras de lona. «El primer cadáver no tenía ni una sola marca, todos sus

huesos estaban quebrados, y era como levantar un saco de trapos», recordaría un enterrador de la 36.<sup>a</sup> División.<sup>305</sup> Al poco tiempo se acumulaban los muertos que yacían «como las traviesas ferroviarias», hasta que la fosa se llenaba, y se comenzaba a cavar otra. Unas cuñas de madera servían para señalar las tumbas, clavadas por un extremo en la tierra;<sup>306</sup> los oficiales ordenaron que se levantara un parapeto de lona alrededor del cementerio de Paestum para ocultar el bosque de triángulos que iba creciendo. «Han colocado el cementerio, las letrinas y la cocina, todo en la misma zona, para gusto de las moscas», escribiría un ingeniero del ejército.<sup>307</sup>

Los camilleros que debían correr hacia la retaguardia aprendieron a caminar arrastrando los pies, comentaría John Steinbeck, «para que el herido no sufra demasiados traqueteos».<sup>308</sup> Los formularios 52b, 52c y 52d de los Servicios Médicos del Ejército de Estados Unidos se ataban a los soldados heridos con un alambre; en el espacio bajo el epígrafe «lugar donde fue herido», los médicos, aturridos por el exceso de trabajo, solían garabatear simplemente, como también harían los de Italia: «Colina». El hospital de evacuación situado junto a la Playa Roja estaba tan atestado de gente, que muchos heridos yacían «junto al borde de las tiendas con la cabeza dentro y el cuerpo fuera de ellas». Por la noche los cirujanos operaban a la luz de las linternas —buena parte del equipo médico se había perdido durante los desembarcos—, y a veces médico y paciente acababan cubiertos por una manta. Las bombas alemanas no miraban dónde caían, y en la historia médica de un batallón se comentaba que «los pacientes tenían una agilidad insólita para saltar de las mesas de operación a las trincheras».<sup>309</sup>

Pero no todos tenían esa habilidad. Tregaskis pudo ver a un capellán católico dar la extremaunción a un muchacho que tenía una bala en la garganta: cuando los ojos del joven soldado quedaron abiertos con la mirada fija, el médico dio media vuelta y murmuró las siguientes palabras: «Bueno, así son las cosas».<sup>310</sup> Alan Moorehead escribiría acerca de unos campesinos italianos llorando a su hijo que había muerto en el fuego cruzado: «Lloraban encima de su cadáver con una angustia anónima incontenible, sin culpar a ningún hombre, atribuyéndolo todo a la voluntad implacable de Dios ... Esa sintonía con la providencia ciega se contagiaba a los soldados». Pero, una vez más, no a todos. Cuando una bomba alemana acabó en Chiunzi con la vida de un teniente que dormía en su trinchera, uno de sus camaradas sentenció: «No creo que Dios tenga nada que ver con esta guerra».<sup>311</sup>

Las ilusiones se transformaron en rumores. «Nuestras fuerzas han tomado Salerno», declararían la BBC, «y avanzan rápidamente hacia el interior del país». Poco después de la medianoche del sábado, el V Ejército comunicaba lo siguiente:

«Eficacia de combate de todas unidades excelente».<sup>312</sup> A las dos de la madrugada Clark enviaba un mensaje a Alexander: «Estoy satisfecho de los dos sectores del Cuerpo».<sup>313</sup> El V Ejército estaba preparado para marchar hacia el norte, a Nápoles.<sup>314</sup> Como ocurría a menudo incluso en los campos de batalla más sangrientos, una curiosa tregua calmó durante un breve espacio de tiempo la atmósfera de Salerno.<sup>315</sup> «Lo peor ya ha pasado», dijo el comandante del 142.º de Infantería a sus texanos. «Somos más que un equipo capaz de hacer frente a lo que nos aguarda.»<sup>316</sup>

## EL LAMENTO DE LAS ALMAS PERDIDAS

Mientras la cálida y despejada mañana del sábado 11 de septiembre inundaba el golfo de Salerno, Ken Hewitt no se hacía ilusiones de que lo peor ya hubiera pasado. Cuatro bombas alemanas habían caído a estribor del *Ancon* el día anterior, y otras cuatro habían explotado a cien metros a popa poco antes de las cinco de la mañana.<sup>317</sup> Las dimensiones y las antenas del barco hacían que resultara muy visible —«como un pulgar hinchado», se lamentaba Hewitt<sup>318</sup>—, y las comunicaciones por radio interceptadas revelaban que los pilotos alemanes perseguían específicamente al buque insignia. Se oían rumores mordaces acerca de si el general Clark pensaba «desembarcar de una vez y entrar en acción» trasladando su cuartel general definitivamente a tierra y permitiendo al *Ancon* regresar a Argel.<sup>319</sup>

En treinta y seis horas habían sonado treinta «alertas rojas», y las frecuentes granizadas de fragmentos apagados de las descargas de las baterías antiaéreas obligaban a los marineros situados en cubierta a aplastar el cuerpo contra la superficie del casco. Incluso los asistentes de cámara del *Ancon* se habían sumado a la cadena humana encargada de hacer llegar la munición a los cañones.<sup>320</sup> Por debajo de cubierta, con las escotillas de seguridad debidamente cerradas y los ventiladores apagados para impedir que entrara el humo acre, la tripulación se abrasaba de calor. Durante toda la noche, los pilotos intentaron minimizar la silueta del buque poniendo rumbo a la luna o apartándose de ella a doce nudos por hora,<sup>321</sup> lo bastante despacio como para reducir su estela, pero lo bastante rápido como para complicar al capitán de cualquier submarino la trigonometría de sus torpedos.<sup>322</sup>

Tres días después del lanzamiento de la Operación Avalancha, las preocupaciones de Hewitt se habían duplicado y aun triplicado.<sup>323</sup> Las playas se encontraban en aquellos momentos tan congestionadas que el combustible, la

comida y las municiones se encontraban amontonados en los bajíos, atrayendo el fuego del enemigo e impidiendo la realización de más labores de descarga. Los oficiales del ejército y la marina discutían acaloradamente sobre quién era superior a quién y qué arma era la responsable de limpiar la playa. Los conductores no podían encontrar sus vehículos, ni los cirujanos sus escalpelos, ni los artilleros sus morteros.<sup>324</sup> Como si jugaran a «vaqueros e indios», unos marineros a bordo de una de las lanchas del *Ancon* habían acribillado a balazos las cajas de embalaje que iban a la deriva, primero con fuego de pistola, y luego con balas de 20 mm.<sup>325</sup> La limpieza llevada a cabo por las hélices de los LST y otras lanchas de desembarco había dado lugar a nuevos bancos de arena y formidables corrientes a ciento cincuenta metros de la costa.<sup>326</sup>

Lo peor de todo era que los ataques de la Luftwaffe se habían intensificado y se producían casi cada hora. Aquella mañana Hewitt había enviado al almirante Cunningham un mensaje solicitando con urgencia más cobertura aérea.<sup>327</sup> Las reiteradas alertas y los constantes tiroteos a lo largo de la noche tenían confusos a oficiales y marineros. «Todos están nerviosos y asustados y ojerosos en estos momentos», decía en su diario el oficial al mando de una LCT.<sup>328</sup> El crucero *Philadelphia* comunicaba que su tripulación bebía a diario una media de cuatro litros de café por persona, y que el médico del barco había empezado a repartir «pastillas para los nervios».<sup>329</sup>

La demanda de pastillas debió de alcanzar su cota más alta a las 9:35,<sup>330</sup> cuando una enorme explosión a unos cinco metros a estribor provocó un «pronunciado movimiento de arqueo, cabeceo y avance rápido» desde la proa hasta el lanzamiento de popa del *Philadelphia*.<sup>331</sup> Nueve minutos después, mientras Clark y Hewitt se hallaban en el puente del *Ancon* revisando los frenéticos informes de la misteriosa explosión, un alargado cilindro de tres metros y medio cayó de un bombardero Do-217 de la Luftwaffe desde una altura de dieciocho mil pies. Mientras caía en picado describiendo una cerradísima espiral y dejando una estela de humo, el objeto aquel parecía un avión abatido.

Efectivamente, como enseguida conjeturó Hewitt, se trataba de un arma secreta alemana: una bomba dirigida con cuatro alas achaparradas, que estaba provista de una espoleta de acción retardada y era capaz de perforar un acorazado, y cuya cabeza tenía una carga de trescientos kilos. Un receptor de radio y unas aletas móviles permitían al piloto del bombardero alemán dirigir la bomba desde su cabina con una palanca, siguiendo la marcha del proyectil en su caída por la estela ardiente que salía de su cola. Después de cuatro años de pruebas, el FX-1400 —que no tardaría en ser conocido como Fritz-X o Smoky Joe— había aparecido por

primera vez en combate a finales de agosto, hundiendo a una corbeta inglesa en el golfo de Vizcaya; el 9 de septiembre, dos Fritz-X hundieron el buque de guerra italiano *Roma* cerca de Córcega, cuando se disponía a unirse a la flota inglesa en Malta. Los servicios de inteligencia de los Aliados enviarían agentes desde Noruega hasta Grecia en un intento de capturar uno de aquellos misiles, que un oficial de inteligencia denominaba «el Santo Grial». De momento, como bien sabía Hewitt, la única defensa contra el Fritz-X era esperar que fallara el blanco, como había ocurrido con el *Philadelphia*.<sup>332</sup>

Acercándose a casi mil quinientos kilómetros por hora con «horrible ruido estridente», Clark tuvo la impresión de que la bomba iba a parar directamente contra el *Ancon*.<sup>333</sup> En cambio, cruzó sobre el buque insignia y fue a parar junto a un crucero situado a quinientos metros a estribor. El *Savannah* había estado a la capa mientras aguardaba el inicio por la mañana del bombardeo de la costa que tenía asignado, pero la alerta roja del *Ancon* hizo que ordenara avante a veinte nudos y que doblara hacia babor.<sup>334</sup> Acababa de realizar el viraje cuando la calamidad se abatió sobre él.

«No cayó como lo hacen las bombas», diría más tarde un observador que iba en el *Ancon*. «Cayó como una granada.» En un ángulo de veinte grados respecto a la verdadera vertical, el Fritz-X dio justo delante del puente del *Savannah*, abriendo un boquete de más de medio metro en el tejado blindado de la torreta número 3 y cortando otras tres cubiertas de acero antes de detonar en la sala de gobierno inferior, doce metros más abajo.<sup>335</sup> Ningún barco estadounidense había sufrido hasta entonces el impacto de un misil teledirigido ni ningún buque de guerra de la Marina de Estados Unidos sería alcanzado en toda la segunda guerra mundial por una bomba más grande que el Fritz-X que cayó sobre el *Savannah* a las 9:44. Otro testigo llegaba a la conclusión de que «aquello no era natural».<sup>336</sup>

En la torreta se levantó una llamarada «que iluminaba como una cerilla de azufre».<sup>337</sup> Quentin Reynolds, que iba en el *Ancon*, escribió: «La llama debió de elevarse más de veinte metros en el aire y luego, al disminuir, los hombres que habían sido lanzados al cielo cayeron en ella, confundiéndose con la llamarada y el humo naranja». Hewitt contempló la escena horrorizado mientras la explosión recorría la línea de flotación del crucero por la banda de babor: el *Savannah* había sido su buque insignia durante su servicio de escolta en el Atlántico Norte en 1941.<sup>338</sup>

La explosión vaporizó los mamparos, combó los puentes e hizo trizas las puertas cerradas herméticamente, causando la muerte a todos los marineros que había en la torreta 3, y abriendo un boquete de nueve metros en el casco de la

nave.<sup>339</sup> Las llamas se abrieron paso por los conductos de ventilación, calcinando a más hombres a causa de la radiación; los gases venenosos subieron por el hueco de los montacargas y las tuberías. Ocho polvorines quedaron destrozados, y como los respiraderos de éstos daban a la tercera cubierta y no al exterior debido a un error de diseño, murieron algunos hombres situados en compartimentos que en realidad sufrieron pocos daños estructurales. Veintiún marineros perdieron la vida en una sala de armas cuando de repente la visibilidad se redujo a una distancia de quince centímetros y los gases tóxicos los alcanzaron antes de que pudieran escapar por un escotillón situado en la parte trasera.

Por si fuera poco, había pólvora desparramada que alcanzaba una altura de doce centímetros. Veintiún meses antes, en Pearl Harbor, una bomba convencional había hecho estallar en circunstancias similares un polvorín de proa y había abierto las tripas al *Arizona* con una explosión devastadora; el buque de la Marina de Estados Unidos *Roma* había perecido de forma parecida el jueves por la tarde, quedando partido en dos y sufriendo la pérdida de mil trescientos hombres.<sup>340</sup> El *Savannah* sólo se libró de correr la misma suerte porque se inundó casi en su totalidad: su cargamento de pólvora empezó a arder, pero una brusca entrada de agua de mar por las planchas de los costados y por la parte inferior del casco apagó el fuego segundos antes de que los polvorines estallaran.

La dureza de su casco lo salvó, junto con la fortuna y la heroica labor de las cuadrillas antiincendio.<sup>341</sup> Inundados cuarenta y seis metros de su eslora y escorado ocho grados por la banda de babor, el *Savannah* se hundió tres metros por la parte delantera, hasta tal punto que el castillo de proa quedó casi cubierto por el agua. Inmovilizado en un giro a la izquierda, cruzó ante la proa del *Ancon* antes de deslizarse lentamente por la banda de babor del buque insignia como si le estuvieran pasando revista. La detonación de granadas de seis pulgadas y el incendio de unos botes salvavidas en la cubierta de intemperie complicaron las labores de salvamento de los hombres que lanzaban sus mangueras contra la boca de los cañones y por el techo destrozado de la torreta número 3. Los más afortunados murieron rápidamente, entre ellos una antorcha humana que apareció en cubierta y cayó por la borda —su cadáver no se recuperó nunca—, y un oficial de torreta, desnudo y achicharrado, que se enredó en los cables del teléfono y pereció en pocos minutos. Otros tardaron varios días en perder la vida. Entre los menos afortunados se encontró el segundo contramaestre John M. Wilhelm, que el día anterior se había trasladado de su dragaminas al *Savannah* para que lo trataran por una rotura de tobillo; murió junto con otros ocho hombres en la enfermería y fue enterrado en el mar.<sup>342</sup>

Un hábil trasvase de combustible de un depósito a otro permitió estabilizar la quilla del crucero, y el sábado por la noche el *Savannah* pudo retirarse a Malta escoltado por un destructor.<sup>343</sup> A lo largo de toda la bahía de Salerno, los marineros se agolparon en las barandillas de sus barcos para saludarlo.<sup>344</sup> En La Valletta, amarraría en el Canal de los Astilleros, donde los equipos de salvamento sacarían los cadáveres de los compartimentos inferiores que habían quedado destrozados; envueltos en sábanas o en mantas de color verde oliva, los cuerpos mutilados cubrirían el puente como si fueran peones de ajedrez amontonados. Cuatro hombres que habían quedado atrapados en una sala de radio aparecieron vivos después de sesenta horas, pero otros doscientos seis perdieron la vida.<sup>345</sup>

Los combates habían terminado para el *Savannah*, al menos durante un año, pero en Salerno la guerra continuaba. Hewitt buscaba desesperadamente remedios contra las bombas planeadoras, reclamando el envío de más generadores de humo desde el Norte de África y ensayando contramedidas electrónicas como mandar a los marineros que dieran golpecitos en sus máquinas de afeitar eléctricas y en otros aparatos durante los ataques.<sup>346</sup> Se decía que el experimento «ayuda a levantar el ánimo, aunque no afectara a la precisión de los misiles».<sup>347</sup> Los ataques con Fritz-X durante los días sucesivos también causaron estragos en el buque de guerra inglés *Warspite* y en el crucero también inglés *Uganda*, entre las ochenta y cinco embarcaciones alcanzadas por las bombas alemanas en Salerno.<sup>348</sup> Pocos meses después saldrían de los laboratorios de investigación de la Marina dispositivos de interferencia de señales eficaces, pero de momento todo el personal embarcado sentía una vulnerabilidad terrible.

Para alivio de la tripulación del *Ancon*, el domingo 12 de septiembre por la mañana, Mark Clark trasladó el cuartel general de su V Ejército del barco a la cabeza de playa. Administrativos, conductores y oficiales de plana mayor bajaron en una nave de desembarco de la Marina de Su Majestad a tierra, donde un testigo habla de «cientos de soldados dispersándose como hormigas por la playa cargados con máquinas de escribir y archivadores».<sup>349</sup> Cerca de la Carretera 18, en un bosquecillo de pinos al sudoeste de la confluencia del Sele y el Calore, un llamativo *palazzo* de estuco rosa con un frondoso jardín fue escogido como puesto de mando de Clark, a pesar del fuego esporádico de artillería del enemigo. El paisaje de finales de verano mezclaba los elementos pastoriles con los estragos de la guerra. Las chicharras zumbaban entre las cinias que crecían sin orden ni concierto, y los búfalos acuáticos pastaban en los prados pantanosos junto a los esqueletos de las cabras acribilladas por el fuego cruzado. Las bombas lanzadas por los barcos

habían hecho trizas los magnolios y habían abierto socavones en los prados, pero un gato dormitaba en el alféizar de la ventana de la casa vacía de un campesino, en la que se doraban al sol guisantes de olor, tomates y geranios.<sup>350</sup>

Clark, con sus largas piernas dobladas incómodamente en el asiento del jeep, se dirigió de inmediato al sur, al cuartel general de Dawley, instalado en un almacén de tabaco. Tapándose nariz y boca llevaba anudado un pañuelo para protegerse del polvo, que no tardaría en ponerle perdido el uniforme y en manchar de blanco sus cejas. En el cementerio de Paestum, los cadáveres yacían amontonados a la espera de ser enterrados: «Gran cantidad de muertos estaban apilados fuera de la tapia y empezaban ya a descomponerse», había anotado en su diario el asistente de Dawley. Dentro del puesto de mando del VI Cuerpo de Ejército, el penetrante aroma de las hojas de tabaco puestas a secar en cañas colgadas del techo enmascaraba el hedor. Dawley daba paseos arriba y abajo calzado con sus botas de montar, golpeando con la fusta el gran mapa cubierto de signos cabalísticos azules y rojos.<sup>351</sup>

En aquellos momentos había veintiocho mil norteamericanos en tierra, y aproximadamente el doble de soldados ingleses un poco más al norte. La cabeza de playa del V Ejército se extendía a lo largo de más de veinte kilómetros, y penetraba una media de diez kilómetros tierra adentro. En ninguna parte superaba en este sentido los quince kilómetros, y cerca de Battipaglia el frente prácticamente no había avanzado nada desde que diera comienzo la invasión cuatro días antes. El ejército de Montgomery seguía perdiendo el tiempo al sur, y Clark no podía esperar la llegada de refuerzos significativos por mar hasta que acabaran de desembarcar una nueva división de infantería y otra de acorazados la última semana de septiembre.<sup>352</sup>

El flanco derecho de los norteamericanos parecía seguro, pero a Clark le preocupaba el centro. Aquella misma mañana, los granaderos alemanes se habían infiltrado en la zona ocupada por un batallón del 142.º de Infantería en la localidad de Altavilla, situada en la cima de una colina, y luego habían separado la unidad dividiéndola en pequeños grupos. Expulsado de Altavilla y de la colina dividida en terrazas que había al este, el batallón había quedado reducido a dos tercios de su totalidad, concretamente a doscientos sesenta hombres. Como decía un soldado de la 36.ª División, Altavilla era otro de esos lugares comunes de la topografía, tan habituales en Italia: «Una posición más o menos elevada desde la que el enemigo nos mira de arriba abajo».<sup>353</sup> El oficial al mando del batallón fue capturado, y entre las bajas se encontraba también el oficial de inteligencia de la unidad, un antiguo astro del fútbol americano, perteneciente al equipo de la Southern Methodist



University, llamado John F. Sprague, que había jugado en la Rose Bowl de 1937. Sangrando por los ojos y el torso debido a las heridas producidas por los fragmentos de una granada, Sprague le dijo a un compañero:

—Tengo un poco de hambre. Vamos a poner la sartén y nos hacemos unos huevos con jamón. —Y a continuación añadió—: Me duele un poco la cabeza. Ojalá tuviera una aspirina a mano.<sup>354</sup>

Moviendo espasmódicamente los brazos y tras un último estertor de su abultado pecho, murió.<sup>355</sup>

Más preocupante todavía para Clark resultaba el flanco izquierdo de los estadounidenses. El corredor del Sele, cuyo nombre clave era Bryan, era incluso más vulnerable tras la pérdida de Altavilla. Como señalaba un oficial, el Sele había dejado de ser un río para convertirse en «una tribulación».<sup>356</sup> En las hondonadas en forma de V en las que el Calore desembocaba en el Sele por el nordeste, el 179.º de Infantería había estado luchando desesperadamente todo el día anterior contra unos Panzer provenientes de las cañadas situadas al pie de Éboli. Un batallón de artillería se quedó sólo con cinco cartuchos, que «pensaba disparar a quemarropa cuando se produjera la emergencia final»,<sup>357</sup> y mientras los fusileros calaban las bayonetas y formaban un perímetro de 375 grados, los artilleros hacían planes de contingencia para clavar sus cañones y salir huyendo entre la maleza.<sup>358</sup> En una eminencia del terreno, justo al norte del Sele, un batallón de tanques había sido víctima esa misma mañana de una emboscada a manos de unas tropas de la 16.ª División Panzer, junto al Tabacchificio Fioche, una fortaleza de cinco edificios de muros macizos, tejados de tejas rojas, y pequeñas ventanas parecidas a las troneras de un barco; la fábrica de tabaco cambiaría de manos varias veces a lo largo de la tarde, mientras las descargas de los tanques agujereaban los muros de ladrillo y las balas de las ametralladoras acribillaban las aguas del Sele.<sup>359</sup> Tras una ardua lucha de resultado cambiante, las tropas estadounidenses ocuparon por fin el *tabacchificio*, atrincherándose a lo largo del río y de la polvorienta carretera de Éboli.

Clark se daba cuenta de que si las fuerzas alemanas seguían el Sele hasta el mar, podrían rodear por el interior el flanco norte del X Cuerpo y el flanco sur del VI Cuerpo. Clark se preguntaba si Dawley era consciente del peligro que lo acechaba por la izquierda. La 45.ª y la 36.ª divisiones estaban dispuestas en un cordón defensivo muy frágil, y además la 45.ª sólo tenía cinco batallones de infantería en Italia. El enemigo apretaba cada vez más el nudo a medida que pasaban las horas, y el cuerpo de ejército no disponía de reservas. En ningún momento se habló de la decisión inicial de Clark de dividir su ejército desembarcando a una y otra orilla del Sele, en vez de situar la totalidad de sus fuerzas al norte del río y

usarlo para proteger su flanco derecho. Clark terminó la conferencia, volvió a meterse como pudo en el jeep y regresó a la Playa Roja, donde se comunicó con una patrullera por medio del lenguaje de banderas y salió precipitadamente hacia el sector británico a buscar al oficial al mando del X Cuerpo de Ejército, el teniente general Richard L. McCreery.<sup>360</sup>

Allí las cosas iban incluso peor. «Combates muy duros hoy con grandísimo gasto de municiones», había comunicado McCreery la noche anterior.<sup>361</sup> Sólo el sábado, los alemanes habían capturado a mil quinientos soldados aliados, en su mayoría británicos; las bajas del X Cuerpo en Salerno se aproximaban a las tres mil.<sup>362</sup> Piadoso y rudo oficial de caballería, de origen angloirlandés<sup>363</sup> —«alto, delgado y despistado», como lo definía un yanqui<sup>364</sup>—, McCreery cojeaba a consecuencia de una herida recibida en la Gran Guerra y, cuando se sentía alarmado, solía bajar la voz y hablar casi con un susurro.<sup>365</sup> En aquellos momentos hablaba con un susurro. Acosada por los Panzer, la 56.<sup>a</sup> División, absolutamente exhausta, se replegaba a una nueva línea a tres kilómetros al oeste de Battipaglia, ciudad polvorienta, que apestaba a carne chamuscada. La Guardia de Granaderos y la Guardia de Coldstream estaban sólo a cinco mil metros de las playas; los oficiales de algunos batallones habían quemado sus documentos y mapas secretos como medida de precaución por si eran capturados. «Las balas silbaban rápidamente por encima de nuestras cabezas como si fueran almas en pena. Gemían, gemían, gemían y lloraban», escribía un oficial de la Guardia de Coldstream llamado Michael Howard.<sup>366</sup> La historia oficial de la Guardia Escocesa reconocería luego que «en el aire reinaba una sensación general de un nuevo Dunkerque».<sup>367</sup>

Impresionado por la visión de los ingleses muertos amontonados en las dunas, Clark regresó al anochecer a toda velocidad a Paestum.<sup>368</sup> Su primera orden fue abandonar el *palazzo* de estuco rosa, desde el que en aquellos momentos podía oírse ya el cañoneo de los Panzer; el cuartel general del ejército se trasladó a una tienda de lona verde, levantada precipitadamente en una espesura, a tiro de piedra del almacén de tabaco del VI Cuerpo de Ejército, un poco más al norte. Ante lo apurado de la situación, Dawley —que se quejaba de «mi escasez de reservas»— hizo pública la Orden de Campaña n.º 2 del VI Cuerpo, en virtud de la cual trasladaba sus fuerzas a la izquierda.<sup>369</sup> La 45.<sup>a</sup> División haría un regate trasladándose al norte del Sele, con dos batallones en el extremo izquierdo de la línea norteamericana que se extendía hacia Batty P en un intento de cerrar el hueco que los separaba de los ingleses; la 36.<sup>a</sup> División de Walker ocupaba en aquellos momentos todo el terreno

situado al sur del río, en un frente excepcionalmente largo de cincuenta kilómetros de longitud. En su diario escrito a lápiz, Dawley garabateó el siguiente comentario: «Situación malísima».<sup>370</sup>

Con rostro sombrío y cubierto de polvo, Clark se arrastró hasta el pequeño remolque de Al Gruenther para dormir unas cuantas horas. Los focos iluminaban el horizonte por el este, apagando la luz de la luna que empezaba a salir. Los fogonazos brillaban en las crestas de los cerros, y la bronca de la artillería continuaba de colina en colina, resonando sin cesar a lo largo del Sele, el río convertido en una tribulación. «Situación desfavorable para el X Cuerpo», advirtió Clark a Alexander antes de retirarse a dormir. «Parece que voy a tener que esperar la acumulación de nuevas tropas antes de reanudar la ofensiva.»<sup>371</sup> Dos horas después de recibir el mensaje de Clark, Alexander garabateó una nota a Eisenhower en una hoja en blanco de papel de escribir: «La situación no es favorable, y hay que hacer todo lo necesario para ayudarlo».<sup>372</sup>

El 13 de septiembre —el Lunes Negro, para todos los que sobrevivieron a aquella jornada funesta— amaneció «en medio de un silencio tan grande que el canto del gallo casi hizo daño en los oídos». La niebla se disipaba en la llanura, húmeda y fantasmal. Las hojas de tabaco de casi dos metros y medio de longitud se movían agitadas por la brisa de la mañana. En alguna parte mugía una vaca, deseosa de ser ordeñada.<sup>373</sup>

Toda esa tranquilidad desapareció a las seis de la mañana.<sup>374</sup> Dos batallones de la 36.<sup>a</sup> División atacaron Altavilla a través de los melocotoneros y los manzanos en un intento inútil de apoderarse de las alturas situadas detrás de la localidad, especialmente de un cerro erizado de cactus llamado Colina 424. El feroz contraataque de los alemanes con veinte tanques acabó expulsando a los norteamericanos de las laderas laboriosamente dispuestas en terrazas, disparándoles por encima de sus cabezas. Después de aquel mal comienzo, las cosas empeoraron aún más a lo largo de la mañana, cuando el 1.er Batallón del 142.º de Infantería, reducido ya a sólo doscientos sesenta hombres, avanzó a través de un barranco al sur de la localidad en una columna de compañías; las bombas de la artillería — algunas procedentes, según se dijo, de cañones estadounidenses— deshicieron la formación de un extremo a otro. Al finalizar el día, se comunicaba que sólo quedaban sesenta hombres aptos para el combate. El 3.er Batallón del 143.º de Infantería, rodeado y acosado después de cinco contraataques, sólo lograría escabullirse a la caída de la noche, aunque la Compañía K siguió atrapada en Altavilla durante veinticuatro horas más;<sup>375</sup> combatiendo con una bravura

desesperada, tres soldados del citado batallón ganaron sendas Medallas de Honor del Congreso. Sin embargo, eran tres los batallones que habían sido rechazados tras sufrir graves pérdidas,<sup>376</sup> y un soldado poco comprensivo de otra división se preguntaba «si es que acaso a los texanos les costaba trabajo obligar a los alemanes a levantarse y a quitarse el sombrero al toque de *Deep in the Heart of Texas*».<sup>377</sup>

Tras la paliza recibida en las alturas de Altavilla, los estadounidenses se enfrentaban ahora a un peligro mortal en los llanos del Sele. Hasta el lunes por la mañana el general Vietinghoff no confirmó que en el centro del V Ejército había una brecha; los servicios de inteligencia alemanes suponían que los dos cuerpos de ejército del enemigo tenían «mandos independientes y carentes casi de comunicación».<sup>378</sup> Vietinghoff, que había logrado reunir seiscientos tanques y cañones autopropulsados, insistía ahora en que los Aliados se habían «dividido en dos secciones» para agilizar la evacuación de la cabeza de playa.<sup>379</sup> La llegada de más buques al fondeadero, así como los mensajes por radio que habían sido interceptados, parecían confirmar la idea de que el enemigo tenía el propósito de abandonar Salerno. Una rápida embestida a través del Sele hasta su desembocadura podía frustrar cualquier intento de escapatoria; no iba a haber un segundo Dunkerque.

A mediodía, los granaderos se dirigieron a sus puntos de encuentro al son de *Lili Marlene*.<sup>380</sup> «Los motores volvieron a ponerse en marcha», cuenta un informe de la 16.<sup>a</sup> División Panzer. «Una vez más se levantaron nubes de polvo por los estrechos y calurosos caminos.»<sup>381</sup>

Incluso en tiempos de paz no puede decirse que los cinco sólidos almacenes del Tabacchificio Fioche fueran un lugar en el que los campesinos podían olvidar, aunque fuese por un momento, sus duras condiciones de vida.<sup>382</sup> Unos proyectos de recalificación y utilización del suelo del siglo XIX habían transformado unos terrenos pantanosos y palúdicos —«en general insalubres», comentaría apenado un sacerdote que visitó la zona— en parcelas trabajadas por agricultores arrendatarios, dedicadas al cultivo de tabaco para un monopolio estatal que en 1940 producía casi veinte mil millones de cigarrillos anuales. Centenares de mujeres vestidas con blusones de confección casera trabajaban bajo las arcadas de ladrillo del *tabacchificio* desde la salida hasta la puesta del sol, normalmente por menos de veinte liras al día, pasando hojas de tabaco por los ganchos del colgadero para el secado, o seleccionando su calidad, colocándolas en grandes cestas de mimbre. *Andare al tabacco* —«ir al tabaco»— se había convertido en un eufemismo para indicar una vida dura, a menudo marcada por la tragedia.

Allí la furia del ataque alemán se dejó sentir en toda la extensión de la palabra a las tres y media de la tarde. Una avanzadilla de cincuenta Panzer se dirigía hacia el sudoeste por la carretera de Éboli, seguida de un ruidoso batallón de granaderos que disparaban bengalas de color y granadas de humo para que pareciera que se acercaba una fuerza mucho más numerosa. («Los fuegos de artificio daban la sensación de que había un número mayor de soldados», comentaría más tarde un oficial estadounidense.<sup>383</sup>) Como la embestida de un ariete, los alemanes atacaron primero un flanco del 1.er Batallón del 157.º de Infantería, que formaba parte de la 45.ª División de Middleton, y luego el otro. Desde la otra margen del río, el fuego de los tanques se dirigió contra el puesto de mando yanqui. El batallón no tardó en romperse, emprendiendo la huida a toda velocidad río abajo, en un recorrido de tres kilómetros y medio hasta la Carretera 18, sufriendo unas pérdidas de más de quinientos hombres. Una compañía de morteros que había quedado desprotegida cerca del *tabacchificio* siguió disparando hasta que las baterías alemanas se aproximaron a menos de doscientos metros y forzaron también su huida precipitada, sin poder inutilizar sus piezas de artillería.<sup>384</sup>

El lobo había entrado en el redil. «Las balas trazadoras atravesaban mi mochila», escribiría más tarde un soldado en una carta dirigida a su padre. «Mi nariz estaba llena de arañazos de tanto apretarla contra el suelo.»<sup>385</sup> Al otro lado del río un batallón de la 36.ª División —el 2.º del 143.º de Infantería— había caído en una especie de emboscada poco después de la medianoche entre el Sele y el Calore, en las inmediaciones de la aldea de Persano. Desde el *tabacchificio* los alemanes rodearon el flanco izquierdo de la unidad, mientras que otro grupo de Panzer embestían por la derecha y de frente, quedando acorralados en las trincheras los soldados que disparaban con sus ametralladoras. «Para contar lo que sucedió durante las cinco horas siguientes», escribiría más tarde un cabo en su diario, «reservaré un lugar en mi memoria.»<sup>386</sup> Un sargento se encontraba leyendo el salmo 23 cuando un grupo de granaderos lo sacó de su agujero; quedó sorprendido al ver aquellas hebillas de cinturón grabadas con las palabras *Gott mit Uns*, pues le habían dicho que todos los alemanes eran ateos.<sup>387</sup> Las compañías de fusileros, según un testigo, «fueron barridas de un plumazo.»<sup>388</sup> De un total de 842 hombres, sólo 334 se salvaron para volver a entrar en acción; medio batallón fue hecho prisionero, incluido su comandante. Algunos hombres soltaron sus armas con el pretexto de que los tambores se habían recalentado mucho y resultaba imposible manejarlas. Una de las consecuencias de la falta de coordinación existente entre la 45.ª y la 36.ª División fue que los artilleros de una dispararon a los hombres de la

otra desde atrás.<sup>389</sup> Durante toda la tarde los Panzer se dedicaron a cazar reclutas norteamericanos como pájaros en medio de la densidad de la maleza. Un comandante que logró escapar cruzando el Calore resumió en su informe lo vivido en cuatro palabras: «Fue un verdadero infierno».<sup>390</sup>

Y al poco tiempo, de nuevo allí. «Situación empeora. El enemigo se acerca. Durísimos ataques de tanques y artillería», recogería un diario de guerra del 179.º de Infantería. «Centro de primeros auxilios instalado en almiar.»<sup>391</sup> El 191.º Batallón de Acorazados apoyaba a sus Sherman formando un semicírculo que disparaba desde tres frentes; los de intendencia descargaban las municiones junto a un seto, y las tripulaciones de los tanques se turnaban para coger a toda prisa una por una y poder rearmarse.<sup>392</sup> Muchos hombres yacían muertos en las playas de guijarros del río Calore, como si estuvieran tomando el sol.<sup>393</sup> Un joven comandante del 179.º de Infantería dijo a sus hombres: «Esta noche no estáis luchando por vuestro país, lucháis por salvar el culo. Porque los tenemos detrás».<sup>394</sup>

«El enemigo huye», informaría la vanguardia alemana.<sup>395</sup> Lo único que detenía temporalmente el avance de Vietinghoff hacia Paestum y el mar era un puente incendiado y medio demolido que cruzaba el Calore a unos ocho kilómetros de la playa. Las profundas acequias de drenaje impedían que los tanques alemanes y los vehículos blindados pudieran abandonar la estrecha y accidentada carretera. Los comandantes de los Panzer se encontraron en el Puente Quemado y se pusieron a estudiar sus mapas.

Entonces, en la margen izquierda del Calore, poco antes de su unión con el Sele, dos batallones de artillería de la 45.ª División —el 158.º y el 189.º— llevaron a hombros veinticuatro cañones hasta las zarzas, y a las seis y media de la tarde empezaron a lanzar sus descargas, una tras otra, disparando a quemarropa al otro lado del fangoso río. Conductores, músicos de banda y cocineros se arrastraban junto al río, y al poco tiempo los tiros de los fusiles interrumpieron el constante ruido atronador de los obuses de 105 mm y el *pumpf* de los morteros de fósforo blanco que salían de sus bocas.<sup>396</sup> El humo cubría las orillas del río, engullendo el reverbero de los proyectiles de iluminación que flotaban en sus diminutos paracaídas, y los obuses partían los árboles de la margen opuesta, despejando el bosque con metralla y llamas. Algunas baterías disparaban noventa proyectiles por minuto, velocidad que triplicaba la máxima que supuestamente tenía un obús, en medio de una confusa escena de tirones de espoleta y latón escupido.<sup>397</sup> Desnudos hasta la cintura y negros de polvo y grasa, los soldados corrían tambaleándose y

haciendo esos desde el depósito de municiones hasta el cañón con una bomba explosiva en cada hombro, mientras las lenguas de fuego cruzaban el Calore, hora tras hora tras hora.

A unos cinco kilómetros, Carretera 18 abajo, llegaban lúgubres presagios en forma de mensaje al almacén de tabaco ocupado por el VI Cuerpo: una columna enemiga de casi dos kilómetros de longitud avanzaba hacia el sur desde Éboli con dirección a Persano para aprovechar la brecha que se había abierto en la línea estadounidense; varios batallones habían sufrido serios estragos o habían sido aniquilados; las bombas alemanas habían destruido ciento sesenta mil litros de combustible y habían impedido que se lograra abrir de nuevo el puerto de Salerno.<sup>398</sup> En las toscas pistas de las inmediaciones de Paestum se levantaba tanto polvo que los pilotos a menudo se veían obligados a despegar y a aterrizar por instrumentos incluso en pleno día.<sup>399</sup> La construcción de los aeródromos había quedado medio paralizada aquella misma tarde tras la desertión de los trabajadores italianos que habían huido aterrorizados.<sup>400</sup> Además, un caza P-38 había chocado contra un camión cisterna que regaba las pistas con agua, matando a dos ingenieros; una cuadrilla de emergencia se dirigió corriendo al lugar del accidente, ataron unos cables a los tobillos de los muertos y los sacaron de allí a rastras junto con el resto de los escombros. «Los trabajos continuaron como si no hubiera ocurrido nada importante», señalaría un oficial. «Era una labor penosísima.»<sup>401</sup>

«La cosa ha sido bastante tranquila para nuestro grupo hoy», escribiría en su diario un ayudante del general Dawley.<sup>402</sup> Ojeroso y pálido por la falta de sueño, Dawley calificaría aquella tarde en su propio diario con un único sustantivo: «Desastre».<sup>403</sup> Un mensajero del V Ejército lo encontró «tumbado en un camastro, con muy mal aspecto». Cuando el comandante en jefe del cuerpo telefoneó a Clark para comunicarle que el enemigo se había abierto paso en Persano, Clark le preguntó: «¿Qué piensas hacer al respecto? ¿Qué puedes hacer?». Y Dawley contestó: «Nada. No me quedan reservas. Sólo puedo rezar».<sup>404</sup>

Clark había pasado el día en el trailer de Gruenther oyendo, uno tras otro, todos aquellos informes tan desoladores. La situación de la cabeza de playa, pensó, ha pasado de precaria a «extremadamente crítica».<sup>405</sup> Fue esa mañana cuando Alexander decidió emitir una ambigua orden en la que instaba al VIII Ejército a darse prisa, pero Montgomery seguía estando a más de cien kilómetros de distancia (a pesar de los insistentes y aburridos noticiarios de la BBC que lo presentaban como un héroe que cabalgaba al galope para rescatar a sus compañeros). La única que podía acudir en su ayuda con bastante rapidez era la 82.<sup>a</sup> División Aerotransportada que se encontraba en Sicilia, y esa misma mañana Clark envió a

Ridgway una nota escrita tan apresuradamente que incluso omitió la última consonante del nombre de pila del comandante de la 82.<sup>a</sup>: «Querido Mat... Es absolutamente necesario que uno de los equipos de combate de tu regimiento de infantería salte hoy en nuestra cabeza de playa».

A las siete y media de la tarde, cuando caía la noche en la cabeza de playa, Clark mantuvo una reunión con Dawley, Walter y Middleton en el caluroso y sombrío puesto de mando del VI Cuerpo. Para evitar atraer el fuego enemigo, se prohibió fumar en aquel gran almacén, y sólo una linterna medio tapada iluminaba el panel con los mapas. Los oficiales de plana mayor iban y venían en medio de aquella penumbra espectral, mientras las radios crepitaban en una esquina.<sup>406</sup> Clark recordó un ejercicio de los que se realizaban diez años antes en la academia militar de Fort Leavenworth en el que los estudiantes preparaban órdenes de demolición para impedir que municiones y otros pertrechos cayeran en manos enemigas. «¿Cómo diablos lo haríais?», preguntó Clark. «¿Quemándolo todo? No es cuestión de aparecer con una cerilla.»<sup>407</sup> Los preparativos de una demolición harían añicos la moral. La academia de oficiales también había hecho hincapié en la importancia en unas operaciones anfibas de tener previsto un plan de evacuación. Pero el manual de campo del ejército de 1941, *Operaciones de desembarco en costas hostiles*, advertía del peligro que suponía volver a embarcar unas fuerzas sometidas a la presión del fuego enemigo, pues «son unas operaciones extremadamente difíciles y arriesgadas», que pueden exigir «el sacrificio deliberado de parte de las fuerzas en tierra con el fin de salvar a la mayoría». ¿Qué fuerzas debían ser sacrificadas en Salerno?<sup>408</sup>

Más tarde Clark negaría haber considerado seriamente la posibilidad de una evacuación. «Eso nunca estuvo en nuestro pensamiento», escribiría a su madre un mes después.<sup>409</sup> De hecho, reveló entonces que la plana mayor del V Ejército estaba componiendo y ajustando unos planes de emergencia. Con la Operación Sealion, las lanchas de desembarco trasladarían a los soldados del X Cuerpo británico al sector del VI Cuerpo en Paestum;<sup>410</sup> con la Operación Seatrain se haría lo contrario, esto es, las tropas estadounidenses serían trasladadas para unirlas a las británicas cerca de la ciudad de Salerno. Con la Operación Brass Rail, Clark y su plana mayor abandonarían la cabeza de playa para establecer un «cuartel general flotante» en un barco inglés, el *Hilary*.<sup>411</sup> Se ordenó a Gruenther que «se encargara de organizar con la Marina» los preparativos necesarios. Esas operaciones eran estrictamente de emergencia; George Meade también había dispuesto una orden de retirada para su ejército de la Unión en Gettysburg «por si las moscas».<sup>412</sup>



De repente Dawley despertó de su aletargamiento y, protestando, anunció su intención de no moverse de Paestum, echando pestes tanto de Seatrain como de Sealion. Cuando se suspendió la reunión, se oyeron otros murmullos de descontento, y algunos en privado llegaron a cuestionar la fortaleza de Clark.<sup>413</sup> «No pretendo decirte cómo tienes que hacer tu trabajo, pero dame tu apoyo», dijo Middleton al comandante en jefe del ejército.<sup>414</sup> Y echando chispas añadió: «Quiero quedarme aquí y luchar». Había llegado la hora, como dijo Middleton a sus subordinados, «de combatir de verdad».<sup>415</sup>

A las nueve de la noche, a unos dos kilómetros y medio al sur del Calore, el pitido de un silbato en el vivaque del V Ejército llamó a los oficiales a reunirse a la luz de la luna. En lo que el periodista Lionel Shapiro calificaría de una «voz monótona y apagada», un coronel leyó el siguiente comunicado: «Los tanques alemanes han roto nuestras líneas. Estaban bajando por el Sele y se dirigen a este campamento. Todos los oficiales pasarán lista de sus formaciones».<sup>416</sup> Tres disparos seguidos de pistola indicarían la llegada de los Panzer.

Cocineros, administrativos y ordenanzas cargaron sus fusiles y se colocaron en formación de abanico listos para disparar. Mientras mataban de un manotazo algún que otro mosquito que se les pegaba al cuerpo susurraban con voz ronca el santo y seña de aquella noche —«Canadiense»—, y tensos aguardaban oír la respuesta apropiada: «Trigo». A su llegada, un oficial se encontró que el cuartel general del V Ejército estaba «en medio de una maleza que apenas llegaba a la cintura, por lo que los hombres tenían que andar a gatas apoyándose en las manos y las rodillas».<sup>417</sup> Unos hombres comenzaron a bajar cautelosamente hacia a la playa, determinados, como dijo un soldado, a saltarnos «al cuello y esperar allí hasta que llegue algún barco a recogernos».<sup>418</sup> Clark ordenó a su plana mayor que se prepararan para la evacuación en diez minutos: cinco lanchas de desembarco estaban preparadas frente a la costa, a la espera de recibir la orden de dirigirse a la Playa Verde.<sup>419</sup>

La luna creciente proyectaba sombras grotescas e inquietantes, y en un seto de ligustre fuera del campamento un soldado susurraba entre dientes una canción:

I'm a Yankee Doodle dandy,  
A Yankee Doodle, do or die...<sup>420</sup>

El general Vietinghoff había establecido su cuartel general en un castillo del siglo x de Sant'Angelo dei Lombardi, un antiguo pueblo de molinos situado en los montes orientales, famoso por sus fundiciones de campanas y por sus *macaroni*. Desde allí las señales de los vuelos aliados resultaban inconfundibles. «Tras una

batalla defensiva de cuatro días de duración, la resistencia del enemigo se viene abajo», comunicaba en sendos telegramas el comandante en jefe del X Ejército a Kesselring y al alto mando en Berlín. «El X Ejército persigue al enemigo en un gran frente.» Cuando un subordinado le comunicó que la resistencia aliada parecía endurecerse, Vietinghoff insistió. «El hecho de que se está viniendo abajo no puede ser puesto en duda si decide voluntariamente dividir sus fuerzas en dos mitades». Cuando la jornada del Lunes Negro llegaba a su fin, en el diario de guerra del X Ejército se escribiría la siguiente nota: «Parece que puede darse por finalizada la batalla de Salerno».<sup>421</sup>

## UNA PUERTA GANADA

Desde el parapeto del puente del *Biscayne*, el navío norteamericano en el que Kent Hewitt había izado su bandera tras enviar al *Ancon* de vuelta a África, aquel martes, 14 de septiembre, por la mañana la lejana playa seguía radiando una calidez mediterránea de espejismo. El mar moteado se extendía hasta la costa formando parches de colores turquesa y azul índigo. Al otro lado de la dorada franja de arena, la llanura del Sele se abría en medio de una calina de tonalidades plata y verdes. Pero allí la visión arcádica se veía bruscamente interrumpida por unos bancos de humo gris y negro y por una pálida penumbra provocada por el fuego de los disparos de violentos combates a muerte que tenían lugar en tierra.

Hewitt se oponía firmemente al plan de evacuación de Clark, aunque estuviera preparándose para llevarlo a cabo. Pasaba la mañana del martes en la sala de guerra situada en la cubierta del *Biscayne*, emitiendo órdenes y dictando mensajes. En las playas del sur se habían interrumpido los desembarcos, y los cargueros tenían media hora para ponerse fuera del alcance de la artillería de la costa. En un torpe mensaje enviado a Cunningham en su bastión de Malta, Hewitt reflejaba su agotamiento: «La profundidad de la cabeza de playa estrechándose, y las fuerzas de tierra ahora están defendiéndose. Hay mucha fatiga... ¿Tenemos disponibles fuerzas navales más potentes?».<sup>422</sup> Cunningham envió inmediatamente el *Valiant* y el *Warspite*, dos barcos de guerra provistos de una notable artillería que ya habían entrado en acción en Jutlandia en 1916, y mandó a Trípoli tres cruceros a gran velocidad para que embarcaran a todas las tropas de combate británicas que cupieran en sus cubiertas. «Intentaré ayudarte todo lo que pueda», respondió Cunningham.<sup>423</sup>

Tras convocar a toda prisa a sus principales lugartenientes para celebrar una reunión vespertina, Hewitt desveló las operaciones Sealion, Seatrain y Brass Rail en la sala de guerra atestada de oficiales. Para cualquiera representaban un verdadero horror.

«Si nos retiramos, perderemos todas nuestras fuerzas de desembarco», advirtió el contraalmirante Richard L. Conolly, que había conducido a tierra a Darby y a sus tropas de asalto en Maiori.<sup>424</sup> Las tripulaciones de los anfibios carecían de la «capacidad, los conocimientos y la experiencia para llevar a cabo una misión de evacuación. Nunca lo hemos hecho». El peso adicional que se añadiría a las lanchas de desembarco en las ensenadas haría que quedaran más hundidas en el agua, impidiendo así el buen funcionamiento de los motores de las embarcaciones al dar marcha atrás.<sup>425</sup> Los planificadores navales calcularon que como mucho podrían evacuar sólo la mitad de los hombres desembarcados en Salerno.

El principal oficial de la Marina inglesa, el comodoro G. N. Oliver, que había llegado desde el *Hilary* a bordo de una barcaza para encontrarse con el «gran abatimiento» que reinaba en el *Biscayne*, se mostró igualmente inflexible.<sup>426</sup> Reembarcar «a unos soldados sumamente comprometidos desde una estrecha cabeza de playa» era algo impracticable y podría «convertirse en un verdadero suicidio».<sup>427</sup>

«Simplemente no puede llevarse a cabo. Los barcos se hunden más cuando van cargados, y sería imposible sacarlos de las playas», diría Oliver. «Si acortamos la cabeza de playa, los alemanes podrán pisarnos los talones y bombardearnos desde todos los flancos.» «Barrarán toda la playa» con fuego de artillería, destruyendo montañas de material. Una evacuación, añadiría el comodoro británico, «es sencillamente inviable».<sup>428</sup> En cuanto a la Operación Brass Rail, no tenía ningún inconveniente en subir a bordo del *Hilary* a Clark y a su plana mayor. Pero el cuartel general del V Ejército había crecido para convertirse en un equipo formado por dos mil hombres y quinientos vehículos, lo que superaba con creces la capacidad del buque insignia. La única solución era «quedarse allí y luchar».<sup>429</sup> Ni que decir tiene que Oliver dijo esas palabras remarcándolas. Los allí presentes asintieron con la cabeza.

Hewitt asintió también. La lógica de aquella conclusión era incontestable. Pero Clark era el que estaba al mando en Salerno; los preparativos para la evacuación debían seguir adelante como él había solicitado. «No se preocupe, comodoro», dijo Hewitt a Oliver. «Usted va y lo hace.»<sup>430</sup>

Pero aquel grupo de lobos de mar de la Armada no había sabido percibir que la cosa iba a dar un vuelco. Del mismo modo que la situación del V Ejército había pasado el Lunes Negro de precaria a crítica, ahora volvía a ser simplemente precaria. La valiente resistencia en el Puente Quemado había frenado la arremetida de los alemanes. Luego, poco antes de la medianoche, una flota de C-47 había aparecido en el cielo, y una enorme letra «T» —con brazos de casi un kilómetro de longitud, hecha con cubos de arena empapada de gasolina— empezó a arder de repente para indicar la zona de lanzamiento en la línea de la playa.<sup>431</sup> Como «una nube de gigantescos copos de nieve», según contaría un testigo, el 504.º de Infantería de la 82.ª Aerotransportada fue cayendo en la cabeza de playa a la hora prevista, en el objetivo y sin que se produjera ningún accidente por el fuego amigo que había diezmado al regimiento en Sicilia dos meses antes.<sup>432</sup> Mil trescientos paracaidistas poco armados difícilmente podrían cambiar la suerte del V Ejército, pero la inyección de ánimo que suponían tendría un valor incalculable: desde las largas trincheras y los matorrales junto al río, los soldados enronquecieron a fuerza de gritar llenos de júbilo mientras contemplaban el descenso de los copos de nieve. «Muchachos, se ha levantado la veda», gritó el comandante del 504.º a sus soldados que se dirigían a las onduladas tierras altas. «Ya sabéis qué tenéis que hacer. ¡A por los alemanes!»<sup>433</sup>

Tal vez fuera para compensar su actitud a veces pusilánime del lunes por la noche, pero lo cierto es que el martes Clark mostraba claramente un espíritu denodado, poniendo de manifiesto el arrojo y la audacia que de hecho caracterizarían su actividad como general.<sup>434</sup> Al sur del Calore, exponiéndose al fuego enemigo, ayudó a sus maltrechos batallones a cubrir la grieta existente entre el VI y el X Cuerpo. El ataque que emprendieron los alemanes al sur del Tabacchificio Fioche a las ocho de la mañana tuvo por respuesta una intensa descarga de fuego desde los flancos que dejó siete panzers ardiendo en medio de la bruma. A primera hora de la tarde tropas de la 45.ª División lanzaron dos ataques más, y al finalizar el día se había destruido un total de veinticuatro tanques alemanes. «En un caso», escribiría en su diario un oficial de los servicios secretos, «la tripulación había quedado tan chamuscada que debajo del tanque se había formado un charco de grasa».<sup>435</sup>

Al sur del Sele la 36.ª División había reducido su línea a lo largo del río La Cosa, sembrando de minas y alambre espinoso la zona comprendida entre el río Calore y el Monte Soprano, interrumpiendo además el paso motorizado de los alemanes por Altavilla. En el norte los británicos seguían combatiendo con furia

desde Viteri a Battipaglia; sin embargo, McCreery mostraría una sangre fría perfectamente estudiada en su mensaje informativo a Clark enviado a las cinco de la tarde del martes: «En el curso del día no hay nada de particular que indicar».<sup>436</sup>

Por su parte Vietinghoff se negaba a admitir que no había logrado arrojar al mar a los Aliados. Pero la tensión reinaba en su X Ejército: un comandante del cuerpo había sufrido graves heridas a raíz de un accidente aéreo;<sup>437</sup> muchos soldados alemanes estaban agotados y débiles por el calor;<sup>438</sup> y la artillería aliada no paraba de acosar (solo los norteamericanos ya habían disparado diez mil bombas el martes,<sup>439</sup> y no se dudaba en lanzar un obús para acabar con la vida de un único soldado<sup>440</sup>). La negativa de Berlín a enviar las dos divisiones de tanques estacionadas en Mantua también había perjudicado la situación en Salerno.<sup>441</sup> Los refuerzos que llegaron lo hicieron con cuentagotas —una compañía aquí ahora, un batallón allá después— y se veían obligados a combatir del mismo modo, sin ofrecer una resistencia masiva en ninguna parte.<sup>442</sup> El ataque desde puntos elevados en los montes daba algunas satisfacciones, pero también exponía al agresor a un fuego devastador que sacaba de quicio a las formaciones alemanas.<sup>443</sup>

Ningún fuego sacaba tanto de quicio como el de la artillería naval, para el que no había otro antídoto que la huida precipitada del litoral. «Las constantes cortinas de fuego de la artillería naval eran particularmente desagradables», confesaría más tarde un comandante de la División Hermann Göring.<sup>444</sup> Hewitt ordenó que todas las embarcaciones que dispusieran de un cañón entraran en combate,<sup>445</sup> dirigidas por los grandes buques de guerra apodados «las reinas sanguinarias».<sup>446</sup> Desde la desembocadura del Sele, entre las nueve de la noche del lunes y las cuatro de la madrugada del martes, el *Philadelphia* disparó unas mil bombas de 6 pulgadas contra las carreteras, los cruces y las concentraciones de las tropas alemanas, para luego pasar el relevo al *Boise*, otro navío igualmente sanguinario de la Marina estadounidense.<sup>447</sup> Los cañones se recalentaban tanto que las plataformas hidráulicas funcionaban más despacio, la pintura de las baterías se desconchaba y las cubiertas de lona que se utilizaban para impedir que el agua del mar entrara por la boca del cañón se chamuscaban. Para despejar las cubiertas, los marineros cogían hachas para vaciar las cajas de proyectiles y tiraban las astillas por el costado.<sup>448</sup> Los soldados en tierra firme lanzaban nuevas salvas aullando su grito de guerra: «¡Adolfo, haz el recuento de tus hijos ahora!».<sup>449</sup>

Allí donde no llegaban las bombas de la artillería naval, llegaban las de las fuerzas aéreas.<sup>450</sup> Varios centenares de bombarderos barrieron la llanura del Sele durante las horas de luz del martes. Aquella noche, desempeñando un papel táctico muy poco habitual, sesenta B-17 bombardearon carreteras y objetivos ferroviarios

en las inmediaciones de Éboli y Battipaglia;<sup>451</sup> a última hora del viernes los aviones aliados habían realizado más de mil salidas «pesadas» con destino Salerno.<sup>452</sup> Durante los siguientes cuatro días, los bombarderos pesados dejarían caer setecientas sesenta toneladas de explosivos por milla cuadrada, destruyendo cruces de carretera, depósitos ferroviarios y aldeas.<sup>453</sup> Los más ligeros tendrían la audacia de atacar a los motoristas alemanes que se desplazaban en solitario; además, partían de Sicilia cada quince minutos escuadrillas de Spitfire, y los pilotos de los pequeños aviones de observación Saltamontes Piper L-4 —los llamados Maytag Messerschmitts— se dedicaban a veces a disparar al azar con sus pistolas del calibre 0,45.<sup>454</sup>

Al atardecer del martes los comandantes alemanes informaban que durante el día resultaba «prácticamente imposible» cualquier movimiento sin atraer a la baterías aliadas, la artillería naval, las bombas, las ráfagas de mortero o el fuego de los tanques, y a veces los cinco a la vez.<sup>455</sup> Como ya había visto esa potencia de fuego en Túnez y luego en Sicilia, Kesselring empezaba a abrigar serias dudas de que el X Ejército pudiera reunir unas fuerzas de combate suficientes para acabar con la cabeza de playa. Sin embargo, lo que estaba en juego merecía que se intentara una vez más. El martes el sonriente Albert comunicó a Vietinghoff su inminente relevo: «haga un último esfuerzo para arrojar al V Ejército al mar, pero esté preparado para marchar al norte, tal vez hasta Roma».<sup>456</sup>

Los sombríos y breves informes que llegaban de Salerno habían enfurecido tanto a Winston Churchill que el primer ministro británico amenazó con poner las cosas en su sitio desplazándose personalmente a la cabeza de playa. Pero al final decidió enviar a su *beau sabreur* favorito, un individuo del que se contaba que se había dedicado a construir castillos de arena bajo el fuego enemigo en la playa de Dunkerque, y cuyo nombre, con sólo pronunciarlo, calmaba tempestades y ponía a todos firmes.<sup>457</sup> Harold Alexander —el «general Alex» para los soldados rasos y los generales de brigada indistintamente— llegó a la ensenada a bordo del destructor *Offa* poco antes del amanecer del miércoles, 15 de septiembre, y subió a bordo del *Biscayne* para enterarse directamente por Hewitt de todo lo que estaba ocurriendo.<sup>458</sup>

«Quelle race!», exclamó un oficial francés que se encontraba de visita y pudo ver a Alexander en Salerno. El general británico tenía un aspecto imaculado, como siempre, con sus pantalones abombados, su pulido bigote y su apuntada gorra de plato con una banda roja, que llevaba con una ligera inclinación de la cabeza, un gesto «que habría podido parecer de desdén si no fuera porque era un hombre que

desprendía mucha serenidad», comentaría John Gunther.<sup>459</sup> Como siempre, llevaba en su petate una bandera irlandesa, que tenía la intención de izar en Berlín.<sup>460</sup> Gran proyectista —de él se sabía que había realizado el bosquejo de un campo de batalla en medio de la explosión de las bombas—, desprendía «una calma, una amabilidad y una serenidad de ánimo, cuya influencia se extendía como una balsa de aceite», según palabras de uno de sus compañeros de la guardia, el futuro especialista en historia militar Michael Howard. Tenía perfectamente asumido que «en las batallas no hay nada que siempre vaya bien», de modo que rara vez era sorprendido por situaciones de confusión o calamidades;<sup>461</sup> en la cosmología de Alexander, el caos reinante en Salerno reflejaba el orden natural. «Hay buenos muchachos que mueren o resultan heridos, y eso es terrible», diría una vez a propósito de los combates, aunque con muy poca convicción.<sup>462</sup> A sus ojos, la guerra era sencillamente «homicida hasta el momento en que se transformó en una cruzada y en un arte, y se dignificó por las dificultades y riesgos que implica».<sup>463</sup> Según el médico del primer ministro, Churchill adoraba a Alexander porque «redimía lo que la guerra tenía de brutal, tocando ligeramente ese tenebroso negocio con su guante. En sus manos seguía siendo un juego para gente de categoría».<sup>464</sup>

En cuanto Hewitt expuso la emergencia de la evacuación de Clark,<sup>465</sup> el general Alex, en un insólito arranque de cólera, dio un golpe de fusta en sus pantalones abombados y se dirigió al fondo de la sala de guerra del *Biscayne*, que estaba llena de oficiales. «¡No, no! *No podemos* hacer nada de eso», exclamó irritado. «Eso nunca, eso nunca.»<sup>466</sup> La planificación de las operaciones Seatrain, Sealion y Brass Rail debería «interrumpirse de inmediato» si no se quería que comenzara a cundir el pánico entre las tropas.<sup>467</sup> Alexander miró a su alrededor, como si estuviera buscando un poco de arena para construir un castillo. «No habrá ninguna evacuación», dijo. «Ahora sigamos hablando partiendo de este hecho.»<sup>468</sup>

El general británico y Hewitt se reunieron con Clark, que los esperaba en la playa de Paestum.<sup>469</sup> Alrededor de una mesa de campo, entre los matorrales del cuartel general del V Ejército, un ordenanza les sirvió el desayuno mientras el *Philadelphia*, que había regresado a su posición en la desembocadura del Sele, bombardeaba ciertos objetivos de las inmediaciones de Persano, haciendo que las tazas de café temblaran y la lona de la tienda se agitara como si fueran los fantasmas los que la sacudían.<sup>470</sup> Alexander y Clark se ausentaron para mantener una conversación en privado en el pequeño tráiler del comandante en jefe del ejército; cuando regresaron, todos los planes de evacuación habían quedado descartados.<sup>471</sup>

Clark aceptó agradecido los ánimos que se le dieron y supo ocultar su furia contra Montgomery, que parecía insensible a las exhortaciones de Alexander y a las dificultades que atravesaba el V Ejército. Ese mismo día, el comandante en jefe del VIII Ejército había enviado un mensaje, dudoso tanto desde el punto de vista táctico como del sintáctico, y con un saludo con errores ortográficos:

Querido Clark ... Da la impresión como si tú estuvieras atravesando un mal momento, espero que todo se arregle para ti ... Nos estamos poniendo en marcha para echarte una mano.<sup>472</sup>

De hecho, los sesenta y cuatro mil soldados de Montgomery<sup>473</sup> todavía se encontraban a ochenta kilómetros de Paestum, reparando puentes demolidos y celebrando ceremonias de entrega de medallas.<sup>474</sup> En prácticamente dos semanas sólo habían sido capturados ochenta y cinco alemanes,<sup>475</sup> la 26.<sup>a</sup> División Panzer de la retaguardia únicamente sufría diez bajas diarias en los combates;<sup>476</sup> y el ejército de Montgomery informaba el lunes de un total de sesenta y dos británicos muertos desde su llegada a Italia.<sup>477</sup> Varios grupos de reporteros ingleses, hartos ya de tanta lentitud, se pusieron en camino hacia Salerno con sus escoltas y relaciones públicas, y haciendo gestos exagerados con las manos preguntaban a los sencillos campesinos calabreses: «*Dove tedeschi: Où* están los *allemands*? ¿Dónde diablos están los alemanes?». Esa mañana el primer jeep de gacetilleros se encontró con unos exploradores del ejército estadounidense al sur de Agropoli, sin haber visto ni a un solo enemigo durante dos días. Pasarían otras treinta y seis horas hasta que una patrulla británica entrara en contacto con la cabeza de puente, a unos sesenta kilómetros al sur de Paestum, y no se produciría otro enlace importante hasta el 19 de septiembre.<sup>478</sup> Clark, cuya lista de bajas había aumentado a casi siete mil nombres,<sup>479</sup> se tragó la rabia y contestó a Montgomery lo siguiente: «Será un placer volverlo a ver próximamente. Aquí la situación está bajo control».<sup>480</sup>

Quien más le preocupaba a Clark en aquellos momentos era el general Dawley. «Le agradecería que ahora hiciera una visita al cuartel general del VI Cuerpo y se entrevistara con Dawley», le dijo a Alexander. «Me preocupa.»<sup>481</sup> Poco antes de las nueve de la mañana, Alexander entraba en el enorme almacén del cuerpo donde Dawley se encontraba de pie delante de su mapa como si fuera un condenado ante el patíbulo. Después de una semana sin apenas descansar y de cuarenta y ocho horas sin dormir,<sup>482</sup> resultaba evidente que tenía la voz cascada mientras hablaba, de manera incoherente, de las disposiciones de ambos cuerpos y de sus futuros planes.<sup>483</sup> Cuando se le dijo que indicara la posición de la 36.<sup>a</sup> División de Walter, hizo un gesto vago con su mano temblorosa, señalando un sector alrededor del golfo de Salerno que ni siquiera los heroicos texanos habrían podido ocupar.<sup>484</sup>



«No me gustaría interferir en sus asuntos», comentaría Alexander a Clark una hora después, «pero tengo unos diez años de experiencia en este juego de medir un comandante con la vista, y puedo afirmar con absoluta seguridad que tiene a un hombre quemado en sus manos, y le sugiero que lo sustituya sin más dilación».<sup>485</sup>

«Lo sé, Alex», contestó Clark. «Subo allí todos los días.»<sup>486</sup> Y pidió a Alexander que a su regreso a África contara a Eisenhower lo que había visto. Tras despedirse efusivamente, Alexander subió a bordo de una patrullera que lo conduciría al sector británico, donde McCreery había desplegado un mantel a cuadros sobre la arena de la playa, con unas bandejas de emparedados y galletas de soda.<sup>487</sup>

«Aunque no estoy totalmente encantado con la situación», diría Alexander en un mensaje para Churchill que redactó tras abandonar Salerno, «estoy más contento que hace veinticuatro horas».<sup>488</sup>

En cuanto a Clark, tan alentado a pesar de su desazón, se decidió a escribir a Renie en los siguientes términos: «Sé positivamente que estáis sumamente preocupados, mucho más de lo que pueda estarlo yo ... No estoy desanimado en lo más mínimo».<sup>489</sup> El miércoles por la noche declaró, dirigiéndose al V Ejército, que «nuestra cabeza de playa es segura ... Estamos aquí para quedarnos».

Sin embargo, no se lo dijo a los alemanes que, el jueves por la mañana, el día 16 de septiembre, volvieron a atacar.

No obstante, apenas habían empezado las hordas teutonas su embestida en dirección a la playa, cuando los cañonazos aliados las hicieron polvo. El intento por parte de la 26.ª División Panzer de bajar desde Battipaglia por la Carretera 18 para unir sus fuerzas con las de la División Hermann Göring en Salerno nació «bajo malos auspicios desde el principio», informaría un comandante alemán: la escasez de combustible en Calabria había retrasado dos días la llegada de la división a Éboli; los ataques aéreos y la artillería naval de los Aliados hicieron añicos las columnas que avanzaban lentamente; los exploradores se perdían en la oscuridad; los observadores de la artillería no lograron encontrar la punta de lanza de los granaderos; y los embotellamientos de tráfico cerca de Batty P desbarataron las hojas de ruta. Cuando por fin dos regimientos atacaron a media mañana, apenas cubrían un radio de doscientos metros cuando los tanques británicos contestaron a la agresión, provocándoles numerosas bajas. Un regimiento de refuerzo de paracaidistas alemanes nunca consiguió atravesar la cortina de fuego de la artillería

naval,<sup>490</sup> y dos batallones de la Hermann Göring comunicaron que habían sido «reducidos durante un combate cuerpo a cuerpo». El peso del metal aliado era ahora insuperable. Vietinghoff había echado el cerrojo.<sup>491</sup>

Esas buenas noticias dieron la bienvenida a Eisenhower cuando el general estadounidense llegó el viernes por la tarde a la zona de anclaje de Salerno a bordo del navío inglés *Charybdis*.<sup>492</sup> Acompañado por Hewitt, subió a un DUKW y se dirigió a la playa para contemplar por primera vez el campo de batalla que tantos problemas le había acarreado durante la última semana. El Lunes Negro, dejándose llevar por su impulso habitual de asumir responsabilidades, Eisenhower había telegrafiado a Marshall para decirle que si se perdía la cabeza de playa estaba dispuesto a «anunciar que uno de nuestros desembarcos ha fracasado debido a que yo he cometido el error de infravalorar la fuerza del enemigo en ese lugar». En un mensaje a Harry Butcher añadiría: «Si las cosas van mal, yo soy el único responsable».<sup>493</sup>

Precisamente el día anterior, Eisenhower había declarado en voz alta durante el desayuno en Amílcar que si lo de Salerno acababa mal, «probablemente dejaría de ser» comandante en jefe.<sup>494</sup> El ya difunto plan Brass Rail de Clark suscitó una preocupación especial en el general —un líder debe «permanecer junto a sus hombres para darles confianza y seguridad», exclamó furibundo Eisenhower—, que empezaba a preguntarse si tal vez se había equivocado concediendo el mando del V Ejército a Clark en lugar de a Patton, pues al menos éste «preferiría morir luchando».<sup>495</sup> El informe de Alexander en el sentido de que había tenido «una impresión francamente desfavorable de Dawley»,<sup>496</sup> y el mensaje en el que Clark comunicaba que Dawley «parece que se desborda ante las situaciones difíciles»,<sup>497</sup> hicieron que Eisenhower se pusiera hecho una furia con el comandante en jefe del V Ejército. «¡Maldita sea! ¿Pero qué es esto?», exclamó. «¿Por qué demonios no releva a Dawley?»<sup>498</sup>

Si Salerno lo atormentaba, otras cosas también lo consumían, entre ellas el aluvión habitual de mensajes con el típico «necesitamos respuesta urgente» que llegaban de Washington y Londres. «Ya han pasado quince meses desde la última vez que nos vimos», escribiría a Mamie. «Mi vida es una mezcla de política y guerra. Esta última ya es mala de por sí ... La primera es de una malignidad directa y sin adulteraciones.» Había estado pensando en su hijo muerto, que aquel mes habría cumplido veintiséis años, aunque también en su hijo vivo, John, al que mandó una carta a West Point en la que parecía darse consejos a sí mismo: «Aprende a vivir con sencillez .... Déjate aconsejar ... No tengas miedo de hacer tú mismo el trabajo sucio». Incluso su aparición en la portada de *Time* de esa semana (el artículo

contenía un piropo irónico de una admiradora que lo calificaba del «calvo más apuesto» que había conocido<sup>499</sup>) le provocó más disgusto que placer. «Cuando esta guerra se acabe», escribió a un amigo, «me buscaré la madriguera más profunda que haya en Estados Unidos, me meteré dentro y la cerraré».<sup>500</sup>

Había trabajo sucio que hacer en Salerno, pero Eisenhower dejaría que otros se encargaran de llevarlo a cabo. Aunque displicente, supo contener su enfado durante una conferencia en el almacén de tabaco del VI Cuerpo. Pero tras desplazarse en jeep al puesto de mando instalado en una casa de campo que había sido ocupada por la 36.<sup>a</sup> División, estuvo escuchando distraído durante unos minutos y luego se volvió hacia Dawley. «¡Por amor de Dios, Mike!», exclamó. «¿Cómo has conseguido que tus tropas hayan acabado tan jodidas?»<sup>501</sup> La respuesta de Dawley fue escupir. «Respaldaré cualquier decisión que tomes», dijo Eisenhower en privado a Clark. «Creo realmente que debes deshacerte de él.»<sup>502</sup> Más tarde, ese mismo día, después de que Eisenhower hubiera visitado una batería de artillería y un hospital de campaña, Dawley y Clark estuvieron discutiendo en el jeep durante el viaje de regreso a Paestum. Dawley se mostró muy cínico hablando de sus superiores más jóvenes que él, a los que se refería con calificativos como «boy scouts» y «niños con pantalones cortos». Clark lo hizo bajar del jeep y, furibundo, arrancó el vehículo dejándolo allí.<sup>503</sup>

La decisión había sido tomada. «Quiero que vayas al puesto de mando de Dawley y le comuniques al general que habrá un avión esperándolo al amanecer», dijo más tarde Clark a uno de sus oficiales. «Dile que lo coja y que vuelva a Argel, donde se encargarán de su traslado a Estados Unidos.»<sup>504</sup> El mensajero se encontró a Dawley haciendo la siesta en un camastro cubierto por una mosquitera. «Sé lo que vas a decirme», exclamó el comandante del cuerpo. «¿Cuándo me voy?» Más tarde añadiría, con un encogimiento de hombros, que «no se puede luchar contra el ayuntamiento». En su diario, describiría ese día con una sola palabra mal escrita: «Alivaido».<sup>505</sup> Tras estrechar la mano a los miembros de su plana mayor, marchó de Italia para siempre. Se pasaría el largo viaje de vuelta a Estados Unidos —en el que estuvo autorizado a llevar un equipaje de veinticinco kilos de peso, y a cobrar siete dólares por día<sup>506</sup>— jugando al *gin rummy*. «Fue lo más conveniente», afirmarían más tarde. «No podía trabajar con Clark. Tomaba decisiones de loco.»<sup>507</sup> Relegado a su grado permanente de coronel, recuperaría una estrella antes de finalizar la guerra, y al final se retiraría teniendo de nuevo las dos estrellas perdidas. «Lo han ascendido», diría Marshall con toda franqueza a un senador estadounidense, «como recompensa por haber tenido la boca cerrada».<sup>508</sup>

Incluso los que dudaban de la capacidad de Dawley como general lamentaban, inquietos, el relevo perentorio de altos oficiales que por aquel entonces se había convertido en práctica habitual en el ejército de Estados Unidos. De los cuatro comandantes en jefe de los cuerpos que se habían enfrentado a los alemanes hasta entonces, dos habían sido separados del servicio.<sup>509</sup> «Esto hace que un comandante sea más que cauto», escribiría John Gavin en su diario. «Lee habría sido relevado en 1861 si el sistema actual hubiera estado vigente por aquel entonces.»<sup>510</sup> El general de división Ernest N. Harmon, que estaba a punto de llegar a Italia con su 1.<sup>a</sup> División Acorazada, aludía a la insignia con la hoja de roble de su propio rango permanente cuando escribió a Clark a finales de septiembre diciendo que el alivio de Dawley «ha tenido un efecto devastador en nosotros los generales ... Me traeré en el bolsillo mis hojas de teniente coronel para tenerlas a punto».

Cuando Eisenhower se marchó, también lo hicieron los alemanes. A última hora del jueves Vietinghoff llegaba a la conclusión de que «ya no podemos esperar una victoria total en Salerno».<sup>511</sup> Tras reconocer las «graves pérdidas» del X Ejército, Kesselring autorizó la retirada, pero exigiendo que Vietinghoff siguiera controlando el río Volturno, a poco más de treinta kilómetros al norte de Nápoles, al menos hasta el 15 de octubre.<sup>512</sup> Después de unos últimos escarceos con dos batallones estadounidenses de paracaidistas en Altavilla, los alemanes se marcharon sigilosamente de la cabeza de playa el viernes por la noche, dejando una retaguardia formada por dos mil quinientos hombres con el cometido de frenar cualquier posible persecución.

El sábado 18 de septiembre por la mañana, el largo convoy alemán subía desde Éboli por la Carretera 18. A su paso se levantaban grandes nubes de polvo, los rastros de un enemigo que se retiraba para reemprender la lucha más adelante. Caminaban pensosamente dirigiéndose hacia el norte con su botín amontonado en camiones y carros: aceite de oliva y salami, lino y plata. De acuerdo con la Orden n.º 3 del X Ejército, las carreteras debían «ser totalmente arrasadas en la medida de lo posible», las fábricas dinamitadas, y «todas las provisiones y los pertrechos que no puedan transportarse deberán ser destruidos».<sup>513</sup> La «lista de evacuación» de objetos que debían ser incautados incluía todo tipo de material rodante y maquinaria, máquinas de escribir, automóviles, autobuses, la planta de Alfa Romeo en Nápoles, cojinetes, tornos, sierras e instrumental de medición, «pero no reglas de cálculo».<sup>514</sup>

Y empezó el incendio y la saladura de los campos.<sup>515</sup> Los caballos y las mulas eran requisados, o se les pegaba un tiro, e incluso se quemaron los excedentes de sillas de montar y de herraduras. Se calcula que el 92 por 100 de todo el ganado

ovino y vacuno del sur de Italia, así como el 86 por 100 de la producción aviar, fue requisado o sacrificado.<sup>516</sup> Los «arranca vías» —unos ganchos de hierro enormes que se acoplaban en la parte trasera de la locomotora— rompían las traviesas ferroviarias como si fueran cerillas. El estruendo de las demoliciones resonaba desde las montañas, y un humo grasiento manchaba al norte el horizonte.<sup>517</sup>

Una carta inacabada hallada en la guerrera de un paracaidista alemán muerto presagiaba lo que estaba por venir. «Los *tommies* tendrán que abrirse camino pasando por encima de nuestros cadáveres, uno a uno», había escrito el soldado, «y sin lugar a dudas nosotros venderemos muy caras nuestras vidas».<sup>518</sup>

Así acabó la primera gran batalla para la liberación de Europa.

Pese a su retirada, los alemanes consideraban una victoria aquellos diez días de combate en Salerno. Kesselring comunicó a Berlín que había capturado a tres mil soldados estadounidenses, que había causado al menos otras diez mil bajas a los Aliados y que había dejado a los invasores «sin la capacidad de llevar a cabo un nuevo ataque durante bastante tiempo ... Por encima de todo, nuestro triunfo consiste en el tiempo que hemos conseguido y que nos permitirá hacernos fuertes».<sup>519</sup> El general Sieckenius, al mando de la 16.<sup>a</sup> División Panzer, consideraba que tanto británicos como estadounidenses eran inferiores a los alemanes como soldados de combate: carecían de «espíritu ofensivo», dependían excesivamente de la artillería y eran reacios al cuerpo a cuerpo.<sup>520</sup> Hitler pensaba lo mismo. «¡Se acabaron las invasiones para ellos!», exclamaría. «Son demasiado cobardes para este tipo de empresa. Lo de Salerno lo lograron porque contaron con la bendición de los italianos.»<sup>521</sup>

Una vez más el Führer y sus secuaces infravaloraron a sus adversarios. Sin duda lo de Salerno había sido poco elegante y brutal, el digno inicio de la campaña de Italia que estaba por venir. Las bajas aliadas ascendían a nueve mil —cinco mil quinientos británicos y tres mil quinientos estadounidenses—, de las cuales mil doscientas correspondían a muertes en acción.<sup>522</sup> Las de los alemanes sumaban aproximadamente tres mil quinientas,<sup>523</sup> de las cuales unas seiscientas treinta eran por muerte,<sup>524</sup> un precio modesto para un ejército que ese mismo septiembre tendría ciento veintiséis mil bajas en el frente ruso.<sup>525</sup>

Sin embargo, para los Aliados Salerno había sido una maldita mierda que debía ser redimida en un futuro. Se habían aprendido muchas cosas —algunas de ellas, lamentablemente, por enésima vez— sobre los cargamentos en los combates, sobre la continuidad de los suministros una vez desembarcados los soldados, sobre la artillería naval y sobre el combate en tierra. Ningún oficial de los que durante los

siguientes nueve meses se dedicarían a la planificación del desembarco de Normandía olvidaría nunca que, mientras la guerra en tierra ofrece «un camino por el que poder emprender una retirada, en las operaciones anfibia no hay ningún camino de retirada abierto», como explicaría un comandante de la Marina.<sup>526</sup> Después de Avalancha, Eisenhower quedaría convencido de la necesidad de «tomar la decisión de enviar todos los barcos y todos los aviones a la zona principal de la contienda»;<sup>527</sup> también exigiría, cuando llegara el momento de Normandía, tener absoluta autoridad sobre las fuerzas aéreas, así como sobre las navales y las de tierra.<sup>528</sup> Pero una vez más se había olvidado de transmitir las demandas de Alexander, de insistir en la cohesión entre el V y el X cuerpos, y entre el V y el VIII ejércitos. La manera que tuvo Alexander de tratar con Montgomery fue comparada por su biógrafo, Nigel Nicolson, con la de «un marido comprensivo que tiene una mujer difícil». A Eisenhower no le pasaría por alto lo que él mismo definió como «la falta de seguridad al tratar con ciertos subordinados suyos» que tenía Alex, pero no hizo nada al respecto.<sup>529</sup>

George Marshall había decretado que las «dotes esenciales» de cualquier oficial del ejército de Estados Unidos debían ser «capacidad de liderazgo, energía y vigor».<sup>530</sup> Con demasiada frecuencia esas características brillaban por su ausencia. Las deficiencias de Dawley lo convirtieron en un chivo expiatorio fácil de elegir, pero no era en absoluto el único alto oficial que seguía careciendo de las virtudes necesarias de un verdadero comandante. Mark Clark no fue mucho mejor jefe que él en lo de Salerno, como lo demuestra su confusión acerca de la hora H o su aprobación a un plan que abría un abismo insalvable en su cuerpo. Pero al final lo de Salerno consiguió templar a Clark: de allí salió más fuerte y sabio, aunque, como siempre, tan autocrático y distante, razón por la cual a partir de entonces los soldados lo llamarían Marcus Aurelius Clarkus.<sup>531</sup> «No es tan bueno como Bradley a la hora de ganarse, prácticamente sin esfuerzo alguno, la confianza absoluta de los que lo rodean», escribiría Eisenhower a Marshall el 20 de septiembre. «Tampoco es como Patton, que se niega a ver otra cosa que no sea la victoria en todas las situaciones. Pero sigue conservando su autoridad.»<sup>532</sup>

Otros se mostrarían escépticos. «Mark Clark no sabía ver en realidad lo que un soldado puede o no hacer, ni todo lo que comportaba llevar a cabo una misión determinada», escribiría más tarde James Gavin a Matthew Ridgway. Si Mark tenía o no el temple de un gran general de campo todavía estaba por demostrarse, y esta cuestión se convertiría en una subtrama fundamental en el desarrollo del drama que sería la guerra en Italia.<sup>533</sup>

A pesar de todo esto, los Aliados estaban en el continente, de donde no volverían a ser expulsados. El enemigo, siempre alerta y sumamente hábil, que luchaba en un terreno favorable con la ventaja de unas líneas de comunicación terrestres en lugar de marítimas, había recibido una buena paliza. Se había ganado una puerta, y por ella entraban hombres y material; de tener dos divisiones el 3 de septiembre, los Aliados pasarían a disponer en Italia de trece a finales de ese mismo mes, y habían ocupado unos aeródromos que contribuirían a golpear cada vez con más fuerza al Reich.<sup>534</sup>

Pero, en efecto, hacia dónde se dirigían, y qué harían una vez allí, seguía siendo una incógnita. El objetivo estratégico declarado de la campaña de Italia — sacar a Italia de la guerra y mantener ocupadas tantas divisiones alemanas como fuera posible— se había cumplido al menos en parte. Pero la manera de satisfacer completamente esos objetivos bélicos estaba tan poco clara en Salerno como en Washington, Londres y Argel. Las razones que hablaban de estrategia persistían.

Eso no era culpa ni de la provincia ni de los que habían combatido desde la costa para ocupar el interior. Tal vez únicamente en un campo de batalla antes de la batalla reina más tranquilidad que la que se extiende en ese mismo campo cuando cesa el fuego; en el primero reina el silencio con anticipación, en el segundo con ausencia total de ruido. Ahora la calma volvía a Salerno: se ponía fin al estado de alerta militar y las tropas podían descansar y prepararse para la larga marcha que les aguardaba.

Los cocineros reforzaban las raciones de las tropas con tomates, judías y cebollas italianas, mientras que los soldados se familiarizaban «con el vino, la ginebra Alberti, el brandy de cuarenta grados y la grapa».<sup>535</sup> Los oficiales del alto mando se instalaron en el cuartel general del partido fascista de Salerno y cubrieron con pintura negra los rótulos dorados en los que se leía *Credere, Obbedire, Combattere* y otras fatuidades parecidas.<sup>536</sup> Los civiles comenzaron a abandonar sus escondites para reanudar las labores de cosecha interrumpidas. Las campesinas se movían silenciosamente entre los viñedos con grandes cestas de uva azul y blanca sobre la cabeza, o andaban entre las tomateras en busca de algún fruto que se hubiera salvado del pillaje. Un campesino italiano se presentó en el puesto de mando con una nota, en inglés, que le habían dado los alemanes mientras emprendían la retirada: «Los norteamericanos pagarán los dos cerdos que nos llevamos».<sup>537</sup> El ojo artístico de George Biddle percibía las señales de vida que se producían en medio de los escombros: un hombre que cargaba con su diploma oficial enmarcado; una mujer que transportaba un somier metálico; un anciano que

llevaba un conejo cogido por las orejas; otra mujer con un saco de patatas y, encima de la cabeza, un cesto de esparto en el que había una criatura de corta edad.<sup>538</sup>

Los vivos buscaban a los muertos dejándose llevar «por el mal olor que despedían», escribiría un recluta asignado a los enterramientos. «Me cubría la boca y la nariz con un pedazo de seda de un paracaídas ... Cuando volvía a la compañía, nadie quería saber nada de mí porque mis ropas estaban impregnadas del olor a muerto y el de mis vómitos.» Michael Howard hablaba de aquellos «enterradores encorvados que trabajaban afanosamente, los cadáveres en el suelo con sus ojos de mirada fija bajo la fría luz del alba que borraba de allí cualquier color».<sup>539</sup>

Eran tantos los cadáveres que yacían en Avellino, una ciudad en las montañas, que tuvieron que ser rociados con gasolina y quemados en una pira. En Altavilla fue todavía más horrible. Los cuerpos abotagados de los civiles muertos en el fuego cruzado, entre los que había muchos niños, se habían reventado y se salían de la ropa. «El hedor era terrible», informaría un policía militar.<sup>540</sup> Los hombres de pelotones enteros de la 36.<sup>a</sup> División, caídos al comienzo de la batalla, yacían muertos junto a las barricadas, con sus rostros «negros y duros como una berenjena».<sup>541</sup>

Los bulldozers se encargaban ahora de cavar las trincheras en Paestum, y los toscos triángulos de madera de las tumbas fueron sustituidos por unos indicadores apropiados. Un general que visitó la zona se quejó de que una Estrella de David en medio de una hilera de cruces cristianas «rompe la simetría del cementerio. Trasládenla a otra parte». Un capellán de la 36.<sup>a</sup> División se negó. Sus muchachos se habían ganado el derecho a ese pedazo de tierra.<sup>542</sup>



## El cadáver de la sirena

### «TE REGALO NÁPOLES»

Avanzaban pesadamente hacia Nápoles; eran largas columnas de jeeps, camiones y vehículos blindados con los típicos cascos alemanes en forma de capacho atados con alambre a los radiadores, decorando el capó. A los pies del impresionante Vesubio la Policía Militar británica, con sus boinas rojas y sus guantes blancos de tela, les hacían señales indicando el norte, hacia Nocera, Angri y Torre del Greco.<sup>1</sup> Las multitudes, llenas de júbilo, arrojaban flores a su paso, y los curas, con sus sotanas raídas, los bendecían con la señal de la cruz.<sup>2</sup> Largas filas de refugiados caminaban penosamente por los arcones de la carretera; entre ellos había niños, «tan sucios que no parecían humanos»,<sup>3</sup> y soldados italianos que, tras abandonar sus compañías y deshacerse de sus gorros militares, llevaban a cuestas sus botas para no estropear la piel y se lavaban los pies en los riachuelos que bordeaban las colinas. Los aldeanos que habían estado alguna vez en Estados Unidos proferían gritos contra el fascismo en un inglés deficiente salpicado de blasfemias típicamente norteamericanas que habían aprendido, o recitaban las marcas de dentífricos y laxantes que habían conocido en el país de las oportunidades.<sup>4</sup> En opinión del periodista John Lardner, las zonas rurales de Campania traían a la memoria el mundo «de los bandoleros y de la opereta», mientras que para otro norteamericano la Italia meridional «simplemente apesta a mundo clásico». <sup>5</sup> Tras visitar las ruinas de Pompeya, un teniente de Indiana haría el siguiente comentario a propósito del anfiteatro romano mientras asentía con la cabeza: «No hay duda de que han sabido hacerlos para que duren». <sup>6</sup>

Un escuadrón de la Guardia de Dragones del Rey fue la primera unidad aliada que puso pie en Nápoles; eran las nueve y media de la mañana del lunes, 1 de octubre de 1943. Mark Clark fue el siguiente en llegar al cabo de unas pocas horas. Se había dedicado mucho tiempo y mucha saliva a la preparación de una entrada triunfal, pero al final el desfile tuvo un aire de rápida improvisación y una puesta en escena bastante chapucera. En la Carretera 18, a su paso por San Giovanni (un barrio del extrarradio, situado al sur de la ciudad), Clark se subió a la cabina descubierta de un vehículo blindado con Ridgway, que sujetaba su fusil Springfield y miraba de soslayo hacia los tejados para comprobar que no hubiera ningún francotirador. Gavin encabezaba el cortejo montado en un jeep, con un mapa de la ciudad abierto sobre sus rodillas, y un batallón de paracaidistas cerraba el convoy detrás de los camiones. La colada tendida en los balcones de hierro forjado ondeaba mecida por el viento, y los tiestos de geranios adornaban los alféizares, pero todas las puertas y ventanas estaban cerradas en la que Clark denominaría «una ciudad de fantasmas».<sup>7</sup> Un equipo de infiltrados del OSS comunicó que los alemanes en retirada habían minado al menos cincuenta edificios, y un agente del OSS escribiría que los cuerpos de civiles italianos<sup>8</sup> yacían en las calles de una ciudad «perfumada intensamente con el olor dulzón a heliotropo de los muertos sin enterrar».<sup>9</sup> En el Corso Umberto se oía de vez en cuando un disparo, tan agudo como una única palmada de manos: eran los partisanos, que habían salido a cazar colaboradores fascistas. Clark se quedó contemplando la desierta Piazza Garibaldi, desde el otro lado de la estación central de ferrocarril, y confesó que su «estado de ánimo era de menos felicidad que lo que esperaba».<sup>10</sup>

Estaba en el lugar equivocado.<sup>11</sup> Miles de napolitanos aguardaban llenos de júbilo a sus liberadores a apenas un kilómetro de distancia, en la Piazza del Plebiscito, donde la tradición marcaba que hicieran acto de presencia los héroes conquistadores. Cuando los soldados llegaron por fin a la altura del majestuoso Palazzo Reale, entrando en aquella plaza de forma semicircular, la multitud estalló en un gran grito de júbilo. *Viva, viva! Grazie! Viva!* Entre sollozos, haciendo incluso genuflexiones, extendían los brazos para tocar los uniformes de los soldados que desfilaban, y tiraban de ellos, o a veces se postraban en el suelo para besarles las botas. Al poco tiempo toda la ciudad quedó convertida en un pandemónium. «Una muralla de rostros dando vítores acompañaba nuestro paso, y cientos de manos nos ofrecían uvas y crisantemos», escribiría el reportero Richard Tregaskis, que comparó a la multitud con un sinfín de «hormigas que se abalanzaban sobre nosotros».

«Nápoles ha sido tomada por nuestras tropas», decía Clark en un mensaje por radio enviado a Alexander. «La ciudad está tranquila. No hay síntomas de enfermedades ni de desórdenes.» Aquella bienvenida delirante levantó los ánimos a Clark, que escribiría a Renie la siguiente nota: «Te regalo Nápoles para tu cumpleaños. Te quiero. Wayne».<sup>12</sup>

Resultó un regalo curioso, ni tranquilo ni carente de enfermedades y desórdenes. Las revueltas habían estallado en Nápoles el 26 de septiembre, dos semanas después de que las tropas de Kesselring ocuparan la ciudad y empezaran a reclutar a los jóvenes para formar cuadrillas de trabajadores forzosos.<sup>13</sup> El reino del terror instaurado por los alemanes, que preveía ejecuciones públicas para muchos delitos menores, dio lugar primero a los disparos aislados de francotiradores italianos,<sup>14</sup> algunos de los cuales, según se decía, no pasaban de los nueve años, y más tarde a verdaderas batallas campales en las inmediaciones de la estación de tren y de la Piazza Carlo III.<sup>15</sup> Con la fuerza de sus brazos, los rebeldes movían los tranvías para levantar barricadas, y utilizaban pistolas, espadas, mosquetes antiguos y tejas de las azoteas como armas. Se calculaba que habían perecido unos trescientos civiles en el curso de los enfrentamientos y, a juicio del OSS, la furia napolitana había sido la razón de que los alemanes abandonaran la ciudad dos días antes de lo previsto.<sup>16</sup>

«Seguía habiendo alemanes que luchaban desde puntos aislados», comentaría Gavin más tarde en su diario, «pero lo peor era que los italianos se peleaban unos contra otros, acusando a amigos y a enemigos indistintamente de ser fascistas o *tedeschi*».<sup>17</sup> Los adolescentes con cascos de metal vagaban por las calles, armados con cuchillos de cocina, pernos y pistolas Luger alemanas; de sus cinturones colgaban granadas rojas de fabricación italiana.<sup>18</sup> Robert Capa fotografió el edificio de una escuela convertido en una morgue, con veinte muchachos en el interior de veinte toscos ataúdes llevados a hombros por unos hombres con sombrero negro; entre lamentos y gemidos, unas mujeres enjugan el llanto y sostienen los retratos de sus hijos fallecidos. George Biddle se llevó su cuaderno de dibujos al Ospedale degli Incurabili, donde vio los cadáveres de ciento cincuenta civiles colocados en camillas y sobre unas contraventanas que habían sido arrancadas, con una papeleta con su nombre y dirección metida entre sus manos cruzadas. No había camiones para trasladarlos a los cementerios, ni agua con la que fregar el suelo del hospital, que seguía manchado con su sangre. Los parientes que

traían camisetas limpias y mudas blancas para vestir a sus muertos «pululaban por los pasillos casi a oscuras, tapándose la cara con bufandas o pañuelos», y se inclinaban sobre cada uno de los cadáveres con el miedo de encontrar un rostro conocido.<sup>19</sup>

La propia Nápoles —«la ciudad más bella del universo», según palabras de Stendhal<sup>20</sup>— había sido mutilada. La venganza alemana por la traición de Italia fue una especie de presagio de las rachas de violencia que las ciudades europeas, grandes y pequeñas, podrían esperar como precio por su liberación. La mitad de su millón de habitantes no había abandonado la ciudad durante la ocupación alemana, pero nadie tenía ahora agua corriente: los zapadores de la Wehrmacht habían volado el acueducto principal en siete puntos y habían drenado los depósitos de reserva municipales.<sup>21</sup> Habían dinamitado las cloacas de la ciudad, destruyendo al menos cuarenta líneas de alcantarillado.<sup>22</sup> Con explosivos también habían demolido la central telefónica de comunicaciones de larga distancia, tres cuartas partes de los puentes de la ciudad, así como generadores y diversas subestaciones eléctricas. Entre las plantas industriales destruidas —unas cincuenta en total— había una fábrica siderúrgica, una refinería, cervecerías, curtidurías y fábricas de conservas; en otros centros industriales habían colocado explosivos, pero al final fueron detonados. Los sabotadores habían hecho descarrilar numerosos tranvías de la ciudad y volado varias naves de reparaciones e incluso algunos camiones de la basura. Un túnel ferroviario de acceso a la ciudad había quedado bloqueado tras el choque frontal de dos trenes.<sup>23</sup> Se quemaron grandes reservas de carbón, que durante semanas sirvieron como balizas para los bombarderos de la Luftwaffe.<sup>24</sup> Los alemanes habían extorsionado a los pescadores italianos, exigiéndoles sumas de dinero a cambio de sus barcos —un pequeño esquife estaba valorado en un reloj de oro—, y al final habían prendido fuego a toda la flota. Incluso habían dinamitado los huecos de las escaleras de los cuarteles militares y los bloques de viviendas para que los pisos superiores resultaran inaccesibles.<sup>25</sup>

Las oportunidades de cometer atrocidades culturales eran infinitas en una ciudad tan rica en cultura. Un batallón alemán irrumpió en la biblioteca de la Real Sociedad Italiana, regaron las estanterías con queroseno y prendieron fuego al lugar con granadas, mientras disparaban a los guardias que oponían resistencia e impedían que el cuerpo de bomberos pudiera llegar a la zona. Los archivos municipales y cincuenta mil volúmenes de la Universidad de Nápoles, donde había impartido clases Tomás de Aquino, corrieron la misma suerte, lo que provocó que el lugar quedara inundado de «un hedor a cuero viejo quemado y a gasolina».<sup>26</sup>

Otros ochenta mil tomos y manuscritos de gran valor, depositados en Nola, fueron reducidos a cenizas, junto con diversos cuadros, piezas de cerámica y objetos de marfil.<sup>27</sup>

Pero peor aún fueron todos los actos de sabotaje cometidos en el gran puerto napolitano, que se unieron a los importantes destrozos que habían provocado durante meses los bombardeos aliados.<sup>28</sup> A un kilómetro tierra adentro, los distritos comerciales de la ciudad quedaron prácticamente intactos, aunque los saqueadores habían cometido actos de pillaje en la tienda de máquinas de coser Singer y en la Kodak de la Via Roma. Pero a lo largo y ancho de la explanada —lugar en el que se decía que las corrientes marinas habían depositado el cadáver de la hermosa sirena Parténope después de que ésta se arrojara al mar cuando Ulises despreció su «canto sonoro ... y dulcísima voz»<sup>29</sup>— todo era un cúmulo de escombros. Las bombas habían caído en Castel Nuovo, la Biblioteca Nacional y el Palazzo Reale, donde todas las ventanas estaban rotas, había grandes boquetes en el tejado y la capilla se había venido abajo por una explosión ocurrida bajo las vigas del techo. Los grandes hoteles —el Excelsior, el Vesubio y el Continental— habían sufrido gravísimos daños a causa de las bombas, o de vándalos alemanes que se dedicaron a prender fuego a las habitaciones y a quemar la ropa de cama en hogueras que preparaban en los patios y jardines del establecimiento.<sup>30</sup> Un estibador del batallón del puerto, el estadounidense Paul W. Brown, contaría que muchos de los edificios situados junto al mar habían quedado

partidos por la mitad, y en la mitad que quedaba en pie podían verse las habitaciones con su mobiliario intacto o medio colgando, cuadros en las paredes, una cama de latón a punto de caer a la calle y la ropa de cama bien puesta. Del lado que quedaba abierto de un dormitorio de un tercer piso colgaban las piernas de un cadáver.<sup>31</sup>

Ni un solo barco seguía flotando en el puerto, convertido en un bosque anegado de botalones, chimeneas y mástiles carbonizados.<sup>32</sup> Todos los marineros y el personal del puerto habían perecido ahogados; todos los elevadores y depósitos de grano habían sido demolidos, y las trescientas grúas habían sido saboteadas o arrojadas al agua. Los barcos habían quedado barrenados a unas cincuenta y ocho brazas de un total de sesenta y una de profundidad, a menudo uno encima de otro.<sup>33</sup> Un buque del Eje con siete mil toneladas de munición había volado el Muelle E, provocando el derrumbamiento de cuatro bloues de pisos en la zona, y el 2 de octubre los incendios seguían latentes.<sup>34</sup> Las gradas del malecón H estaban bloqueadas por una docena de vagones de tren y un par de grúas de noventa toneladas que habían sido empujadas desde el muelle.<sup>35</sup> Los edificios de este sector habían sido dinamitados, y sus escombros estaban desparramados por todo el

puerto. Para complicar cualquier operación de salvamento y de reconstrucción, los alemanes encargados de las demoliciones habían sembrado el puerto de explosivos, tanques de oxígeno y minas.<sup>36</sup>

Sólo las ratas seguían viviendo en primera línea de mar, y los pilluelos hambrientos que, con sus omoplatos como filos de cuchillo, parecían, en palabras de Paul Brown, «pequeñas criaturas avejentadas».<sup>37</sup> Aunque los ingenieros del ejército de Estados Unidos informaron que el sabotaje había sido dirigido «por un hombre que sabía lo que se llevaba entre manos», una inspección más minuciosa reveló que los alemanes «planearon esas demoliciones como venganza, para hundir la economía de Nápoles, más que para evitar la utilización del puerto por parte de los Aliados».<sup>38</sup> Al igual que los Aliados, los alemanes también aprendían algo con cada campaña, y serían menos sentimentales y más arrolladores cuando les tocara el turno a las ciudades de Marsella y Cherburgo.<sup>39</sup>

No obstante, los daños eran monstruosos. Para mantener un ejército de medio millón de hombres —y el V Ejército pasaría a tener la mitad de ese número de soldados en pocas semanas— era necesario recibir cada mes un volumen de provisiones equivalente al que podían transportar sesenta y ocho cargueros Liberty.<sup>40</sup> Sólo Nápoles —la triste y demolida Nápoles, acostumbrada a lo largo de los siglos a soportar todo tipo de pesos sobre sus espaldas— podía soportar ese tráfico. No tenía más remedio que ponerse manos a la obra y traer a la sirena de vuelta del reino de los muertos.

La captura de Nápoles le permitió a Clark evaluar una campaña que cada día se hacía más sucia y adquiriría mayor envergadura. La elegante *Krieg ohne Hass*, «guerra sin odio», de Rommel no era más que un vago recuerdo de la etapa en el Norte de África. La brutalidad de la guerra total ya hacía tiempo que se había dejado sentir en el frente oriental, pero a medida que la segunda guerra mundial entraba en su quinto año, esa lacra iba extendiéndose a Europa occidental.

Para consternación de Clark, el ejército italiano apenas contribuía a la causa aliada tras la firma de la capitulación de Roma. Veintinueve divisiones italianas en los Balcanes y otras cinco en Francia se habían rendido prácticamente a los alemanes,<sup>41</sup> a veces embaucadas por unas órdenes que habían sido falsificadas, y a veces por haberse visto obligadas tras ser reducidas por la fuerza.<sup>42</sup> «Cada bomba destruye un pedacito de mi corazón», diría durante un ataque de la Luftwaffe un mensaje enviado por radio del comandante de la guarnición italiana en Rodas. Y los que defendían Italia desde el propio país se sentían igual de impotentes.<sup>43</sup>

Los espíritus valientes —y había algunos— corrían el peligro de sufrir monstruosas represalias. En la rocosa isla griega de Cefalonia, en el mar Jónico, de los doce mil hombres de la guarnición italiana que lucharon durante cinco largos días, mil doscientos cincuenta perecieron en combate antes de rendirse definitivamente el 22 de septiembre.<sup>44</sup> Por orden de Berlín, más de seis mil prisioneros fueron ejecutados inmediatamente, entre ellos ordenanzas con brazaletes de la Cruz Roja, heridos que eran llevados a rastras desde su cama en el hospital hasta el muro, y oficiales, todos ellos en grupos de ocho y doce hombres. Un comandante italiano se arrancó la Cruz de Hierro que le había impuesto Hitler personalmente, y la arrojó a su pelotón de fusilamiento. Los muertos fueron cargados como lastre en balsas que luego los alemanes hundieron en el mar, o incinerados en unas grandes piras que oscurecieron el cielo del mar Jónico durante una semana;<sup>45</sup> décadas más tarde, cuando el aire se hacía pesado y las nubes se ennegrecían antes de una tormenta, los isleños dirían: «Los italianos están ardiendo».<sup>46</sup>

«El único ejército italiano que no se convertirá en traidor es uno que no existe», diría el mariscal de campo Wilhelm Keitel, jefe del Estado Mayor alemán.<sup>47</sup> En poco tiempo seiscientos mil soldados italianos se encontrarían en carros tirados por animales de camino a Alemania, no en calidad de prisioneros de guerra, sino como «internos militares» para ser utilizados como mano de obra esclava en fábricas y minas.<sup>48</sup> Diez mil ferroviarios alemanes llegaron a Italia para garantizar que los trenes siguieran funcionando puntualmente.<sup>49</sup>

Tres fugas con pocas probabilidades de éxito marcaron la primera etapa de la campaña de Italia. La primera había tenido lugar coincidiendo con la llegada de las fuerzas de Clark a las playas de Salerno poco antes del amanecer del día 9 de septiembre, cuando buena parte de la flota italiana huyó de La Spezia, en el norte de Italia, poniendo rumbo a Malta. Un interceptor de radio alemán detectó los preparativos secretos de la fuga naval, aunque demasiado tarde para impedir una salida repentina a alta mar.<sup>50</sup> Entre los navíos de guerra que escaparon, el *Roma* correría una suerte funesta, pues sería hundido por una de las nuevas bombas planeadoras guiadas por radio-control; y los capitanes que, al no poder huir de La Spezia, decidieron barrenar sus naves serían ejecutados sumariamente. Pero el 21 de septiembre buscaron refugio en aguas aliadas otros cinco buques de guerra, ocho cruceros, treinta y tres destructores, cien barcos mercantes y un gran número de embarcaciones menores; se contaría que algunos de ellos portaban banderas blancas «del tamaño de una pista de tenis».<sup>51</sup> Las fuerzas alemanas consiguieron confiscar cientos de barcos de guerra y de cargueros menores, que pasarían a

formar parte de la larga lista del botín saqueado en Italia:<sup>52</sup> 1,3 millones de fusiles, 38.000 ametralladoras, 10.000 baterías de artillería, 67.000 mil caballos y mulas, 9.000 toneladas de tabaco, 13.000 toneladas de quinina, 551.000 mil abrigos, 2,5 millones de mantas, 3,3 millones de pares de zapatos y, sólo en Roma, 60.000 vehículos motorizados.<sup>53</sup>

La segunda fuga rememoraría los tristes recuerdos de la huida de las fuerzas del Eje de la ciudad de Mesina un mes antes. El 12 de septiembre Hitler había ordenado la evacuación de las tropas alemanas de Córcega, incluida la de miles de soldados que habían llegado a la isla desde la vecina Cerdeña. Como las tropas francesas estaban desembarcando en un extremo de la isla, los alemanes decampaban por el otro, y cruzaban las sesenta millas de aguas profundas que separaban la isla del norte de Italia en aviones de transporte y en una flotilla de transbordadores como cascarones de nuez. Sin sufrir prácticamente el acoso de las fuerzas navales o aéreas aliadas, que estaban absorbidas por lo de Salerno, más de treinta mil soldados enemigos llegaron sanos y salvos a su destino a comienzos de octubre con sus armas y sus vehículos. Dada la ausencia de baterías del Eje en la costa y de otras defensas, esta evacuación fue «incluso más sorprendente» que la de Mesina, como admitiría más tarde la historia oficial de la Marina de Estados Unidos. Y sin duda debió resultar absolutamente descorazonadora.<sup>54</sup>

La tercera fuga fue la más vistosa y llamativa.<sup>55</sup> Desde su detención a finales de julio, Benito Mussolini había ido de celda en celda por las islas de blancas casas encaladas que se encuentran frente a la costa occidental de Italia, y se pasaba los días —incluido el de su sexagésimo cumpleaños— leyendo la *Vida de Jesús* de Ricciotti, donde subrayaba los pasajes que hablaban de traición y de martirio. La búsqueda de su antiguo aliado llevó a Hitler a consultar a varios ocultistas y astrólogos, entre ellos a un tal Maestro del Péndulo Sideral, así como a otros clarividentes más convencionales de los servicios secretos. A finales de agosto el Duce fue trasladado al Albergo-Rifugio, un hotel vacío situado en lo alto del Gran Sasso, en los Apeninos, al que sólo se podía acceder en funicular y que estaba vigilado por doscientos cincuenta *carabinieri*.<sup>56</sup> A su régimen diario, el prisionero añadiría partidas de cartas, paseos por inhóspitos brezales y un sinfín de quejas sin motivo a propósito de su úlcera.<sup>57</sup> Unos pelos canosos cubrían parte de su calva que ya no afeitaba, pues cuando Mussolini juró que nunca saldría de Italia vivo, los carceleros se llevaron todos los objetos afilados, incluidas las hojas de afeitarse.<sup>58</sup> «Para redimirse», escribiría en su diario, «se debe sufrir».<sup>59</sup>



Enseguida se filtró la información acerca de su paradero.<sup>60</sup> Hitler confió la misión del rescate del Duce al capitán Otto Skorzeny, un oficial de metro noventa de estatura, oriundo de Viena, cuyo rostro lleno de cicatrices atestiguaba los catorce duelos que, según se decía, había librado en sus tiempos de estudiante.<sup>61</sup> A la una de la tarde del día 12 de septiembre —precisamente cuando la situación de Salerno se hacía más insostenible—, Skorzeny metió en unos planeadores a ciento ocho hombres y partió rumbo al Gran Sasso después de abrir un agujero en el suelo de lona del aparato por el que poder observar las señales de navegación. Mussolini estaba sentado junto a la ventana abierta de su dormitorio, con los brazos cruzados en aquella postura icónica que lo había caracterizado, cuando los planeadores empezaron a volar rozando el suelo de adoquines del exterior.<sup>62</sup> Skorzeny subió por una escalera, saltando los peldaños de tres en tres, abrió de un golpe la puerta de la habitación 201 y anunció: «Duce, el Führer me ha enviado para liberarlo».<sup>63</sup> Y marcharon de allí, a bordo de un minúsculo aeroplano Storch, con el saludo de los *carabinieri*.<sup>64</sup> Tras mantener una breve y vertiginosa reunión con Hitler, Mussolini fue instalado en una ciudad alpina como el dirigente títere de un régimen títere llamado la República Social Italiana. Incluso los alemanes, que no eran precisamente famosos por tener un carácter sutil e irónico, reconocían que la situación era realmente patética. «El Führer se da cuenta ahora de que Italia nunca fue una potencia, no es una potencia ahora, y no será una potencia en el futuro», confesaría Joseph Goebbels en su diario.<sup>65</sup>

Independientemente de sus deficiencias y errores como personaje histórico, lo cierto es que Mussolini había sabido mantener a raya el feroz ímpetu alemán cuando se negó a permitir la deportación de judíos. Pero esa moratoria llegaría ahora a su fin. El 16 de septiembre un primer envío de judíos, veinticuatro personas en total, partió de una ciudad del norte de Italia con destino a Auschwitz.<sup>66</sup> Entre ellos había un niño de seis años que fue gaseado a su llegada.

La liberación de Nápoles volvió a teñirse de rojo a las 14:10 del jueves 7 de octubre cuando la primera bomba alemana de efecto retardado estalló en una esquina de la oficina principal de correos situada en Via Monteoliveto.<sup>67</sup> «Los dos primeros pisos volaron por los aires, quedando totalmente destruidos», informaría un testigo. «Aparecieron pedazos de acero y cascotes de mármol a cien metros de distancia.»<sup>68</sup> La onda expansiva alcanzó a una cuadrilla de operarios del ejército y a un grupo de civiles que hacían cola para recibir una ración de comida. Un soldado, Robert H. Welker, describiría así la matanza en una carta que envió a los suyos:

En medio de la gran humareda que cubrió la calle apareció un sargento vestido con su uniforme de faena, con sangre por todo el rostro, apenas consciente... La cabeza del sargento se tambaleaba de un lado a otro, y todo lo que pudo barbotear fue: «¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?». <sup>69</sup>

Esa onda expansiva mató e hirió a setenta individuos, la mitad de ellos soldados. <sup>70</sup> Los equipos de rescate removieron los escombros del sótano de la oficina en busca de supervivientes, y los de primeros auxilios sacaban palas de cabezas y extremidades sueltas. El sargento primero de Welker pasó lista aquella noche, leyendo los nombres con la ayuda de una linterna eléctrica. «Grito una palabra, y quiere decir que estoy vivo», escribiría el recluta. «Cuando uno no grita esa palabra, se le da por muerto. Aquí, ahora, estamos rodeados todos de un peligro mortal.»

Tres días después, el domingo por la mañana, Clark, Ridgway y varios miles de soldados estaban asistiendo a una misa de acción de gracias en la catedral, bajo los vívidos frescos del Paraíso, cuando otro estruendo ensordecedor hizo que se dirigieran precipitadamente a los cuarteles. <sup>71</sup> La onda expansiva de esa explosión, en el Corso Orientale, acabó con la vida de veintitrés ingenieros de campaña que habían combatido al lado de las tropas de asalto de Darby en el Paso de Chiunzi. Los dos generales ayudaron a sacar cadáveres de los escombros —«sacos de arpillera», en palabras de un paracaidista <sup>72</sup>—, así como supervivientes. «Buen trabajo, muchachos, gracias», dijo un soldado cuando lo ayudaron a ponerse en pie antes de volver a caer, muerto. <sup>73</sup> «Hace que nos sintamos mucho más determinados a aplastarlos definitivamente», escribiría esa noche Clark a su esposa Renie. Una cuadrilla de artificieros que «peinó» otro sector de los cuarteles del Príncipe de Piamonte encontraría más tarde casi una tonelada de explosivos en cajas apiladas con un detonador alemán de relojería preparado para estallar a las siete de la mañana del martes 19 de octubre. <sup>74</sup>

Durante tres semanas seguirían explotando bombas. Norman Lewis, un oficial de los servicios de inteligencia británicos del V Ejército, contaría que una provocaría el derrumbamiento de un edificio de pisos de la Via Nazario Sauro en el que los supervivientes se quedaron «inmóviles como estatuas, cubiertos de un polvo blanco y espeso ... Una mujer parecía la esposa de Lot convertida en sal». Otros, que habían adoptado posturas fetales, le recordaron a Lewis «los cuerpos enterrados bajo la ceniza en Pompeya». <sup>75</sup> Los zapadores acabaron por inspeccionar de manera frenética cientos de edificios, y desmontaron cargas explosivas en diecisiete de ellos. La lista oficial de «ruidos sospechosos» alcanzó los ciento cincuenta registros

de entrada.<sup>76</sup> Las maldiciones contra el demonio alemán aumentaron con la misma intensidad, aunque rara vez se decía que los aviones aliados estaban soltando millares de bombas con dispositivos de acción retardada.

El miedo a que más bombas ocultas pudieran ser accionadas cuando volviera la luz después de reparar la red eléctrica, desembocó en una evacuación masiva en el oeste de Nápoles a finales de octubre. Lewis vio a «hombres que cargaban con sus ancianos progenitores a la espalda» y a soldados heridos que eran trasladados de los hospitales. Cualquier ruido fuerte hacía que mujeres y criaturas, presas del pánico, salieran corriendo en estampida, «dejando rastros de orina». Otro oficial británico, Malcolm Muggeridge, diría que los evacuados formaban «una gran concurrencia reunida en las colinas que rodean la ciudad, una especie de visión del día del Juicio Final, cuando todos los muertos resucitan». Cuando las luces parpadeaban en señal de que no ocurría nada, la gente regresaba andando a sus hogares.<sup>77</sup>

La vida de los napolitanos siguió siendo monstruosa durante varias semanas. «Hay cincuenta y siete variedades de dolor, pero sólo siete que no puedan curarse con un poco de harina», diría un oficial estadounidense a sus superiores. «Esta gente tiene hambre.»<sup>78</sup> Todos los peces del acuario municipal acabaron siendo devorados, y se cuenta que la población de gatos de la ciudad se vio reducida drásticamente. Los abrevaderos salobres e incluso las conducciones rotas de las aguas residuales atraían a millares de ciudadanos sedientos que portaban «cubos, botellas, barriles, calderos, [y] cafeteras», observaría George Biddle. Los ingenieros militares no tardaron en colocar más de veinte grifos, pero fue necesaria la presencia de soldados armados con bayonetas para sofocar las revueltas.

Veintiséis mil toneladas de trigo serían enviadas desde el norte de África y Oriente Medio, pero incluso la medicina contra el hambre tenía que competir con el material bélico por la falta de espacio en los barcos.<sup>79</sup> La destrucción del puerto complicaba la misión, y un tercio de los alimentos llegados con los primeros barcos desapareció a manos de los ladrones. Los precios subieron como la espuma, a veces cuadruplicándose de la noche a la mañana. Floreció un espectacular mercado negro. Frank Gervasi catalogó la variedad aparentemente ilimitada de artículos de lujo disponibles, incluso cuando los napolitanos empezaron a quedarse en los huesos y aparecieron los primeros casos de tifus en octubre: «estolas de zorro plateado en los escaparates de las peleterías ... sombreros de señora, zapatos, guantes ... encaje veneciano ... perfumes a granel». La población solía decir con sorna y amargura que «cuando los alemanes estaban aquí, comíamos una vez al día. Ahora que han venido los norteamericanos, comemos una vez a la semana».<sup>80</sup>

Las obras de reconstrucción empezaron el 2 de octubre en la red de carreteras y de ferrocarriles de la región de Nápoles, y ese mismo día un equipo de ingenieros entró en el puerto desde alta mar al mediodía para realizar un sondeo.<sup>81</sup> Al poco tiempo, los bulldozers, los dragaminas y las embarcaciones de salvamento empezaron a asemejarse a «un ejército de hormigas abriéndose paso entre los escombros y las ruinas», según comentaría un almirante.<sup>82</sup> Los buceadores bombeaban aire comprimido en los buques hundidos para sacarlos a flote, y luego los marineros dragaban desde el puerto los cascos ayudándose de grandes eslingas. Los dinamitazos hacían que constantemente cundiera el pánico entre los operarios italianos, de modo que durante las primeras semanas sólo pudieron abrirse tres puntos de ataque;<sup>83</sup> pero en menos de tres meses en el puerto de Nápoles se manipularía un tonelaje superior al que se concentraba en el de Nueva York.<sup>84</sup> El agua potable empezó a correr por las tuberías de las casas el 13 de octubre; los submarinos italianos proporcionaron la energía eléctrica necesaria para el funcionamiento de las gasolineras, los hospitales y los molinos de grano, y la red de alcantarillado quedaría reparada a mediados de diciembre.<sup>85</sup>

Con la llegada de miles de soldados aliados a Nápoles, la vida de las calles volvió a despertarse en una de las ciudades más vistosas y llamativas del mundo. Los basureros cantaban arias de Rossini,<sup>86</sup> y los jorobados vendían números de lotería, permitiendo que los compradores tocaran su joroba para tener buena suerte.<sup>87</sup> Unos cuantos restaurantes volvieron a abrir sus puertas, aunque la ternera a la milanesa fuera a menudo carne de caballo y, como señalaría Norman Lewis, los clientes italianos se sentaran a la mesa con abrigos «hechos con las mantas que nos robaban». Los robos, la mendicidad y la prostitución comenzaron a florecer en una ciudad que estaba muerta de hambre. «No era seguro ir a la ciudad sin una pistola», recordaría un paracaidista,<sup>88</sup> y los reclutas decían en guasa que si dejas caer tu voz, un mendigo italiano la recogerá.<sup>89</sup> Miles de mujeres italianas recurrieron a la prostitución para poder comer. Había niños pequeños haciendo de alcahuete para las prostitutas callejeras de Piazza Garibaldi; a los soldados que pagaban sus servicios con dinero del juego del Palé,<sup>90</sup> diciendo que eran vales de ocupación, se les devolvía la broma con una nueva especie de gonorrea llamada napolitana, que era resistente a las sulfamidas.<sup>91</sup> Un aviador escribiría en su diario el 6 de octubre: «Puedes “meterla” a cambio de chocolate».<sup>92</sup>

Algunos soldados tuvieron un comportamiento que dejó mucho que desear.<sup>93</sup> Los reclutas acuartelados en los laboratorios de la Universidad de Nápoles destruyeron las jaulas de los animales, robaron la colección de minerales y utilizaron conchas marinas de gran valor como candeleros. Se paseaban en jeeps

adornados con «tucanes, loros, águilas e incluso avestruces disecados» pertenecientes a la colección de la institución;<sup>94</sup> el portero del Palazzo Reale se quejaría de que los soldados aliados «arramblan con todo lo que les apetece». Reuben Tucker, comandante del 504.º Regimiento de Paracaidistas de Infantería, pidió una botella de champaña en un restaurante —que costaba setenta y tres centavos— y brindó por la caída de Nápoles. «Vació su copa y la arrojó contra la mesa», comentaría un paracaidista. «Los demás lo imitamos.» Al propietario, Tucker le dijo: «Ése es el precio que vas a pagar por haber colaborado con los alemanes».<sup>95</sup>

Estaban de excelente humor. La alegría y el optimismo reinaban entre los soldados tras los lúgubres combates de Salerno. Ahora controlaban un puerto importante y quinientos kilómetros de bota italiana. El mismo día de la caída de Nápoles, el VIII Ejército de Montgomery había tomado los aeródromos de Foggia, junto al Adriático, que se convertirían en las bases para llevar a cabo los bombardeos de Austria, el sur de Alemania y la cuenca del Danubio.<sup>96</sup>

En todo el mundo las fuerzas aliadas continuaban su avance.<sup>97</sup> En el sudoeste del Pacífico, los progresos paralelos en Nueva Guinea y las islas Salomón seguían reduciendo pedazos del imperio nipón; los primeros bombarderos B-29 salían de las cadenas de montaje norteamericanas, multiplicando por dos las horas de autonomía de los aviones existentes y creando una grave amenaza para las islas del archipiélago japonés. Las flotas de bombarderos británicas y estadounidenses de Inglaterra ya habían empezado a realizar incursiones contra las ciudades alemanas, aunque a un precio muy elevado en vidas humanas. Hamburgo había sido atacada en julio, y se calculaba que habían muerto unos cuatro mil civiles; en Berlín perecerían unas ochocientas personas, y se llevarían a cabo más incursiones aéreas masivas contra Mannheim, Frankfurt, Hannover y otros objetivos en Alemania. En el Frente Oriental, el Ejército Rojo tomaría Smolensk y cruzaría el río Dniéper a finales de septiembre, reconquistando casi la mitad de los territorios sometidos a la ocupación alemana desde el verano de 1941. En el este Hitler ya había perdido medio millón de hombres, y dos millones habían sido heridos. Goebbels escribiría en su diario: «Seguimos y seguimos batiéndonos en retirada».<sup>98</sup>

También se batían en retirada en Italia. Con Nápoles en su poder y la vanguardia aliada acercándose al río Volturno, Clark tuvo la astucia de presionar el combate. «Siempre dice que hay que acelerar la marcha», comentaría en su diario el general de división John Lucas, sustituto de Dawley como comandante en jefe del VI Cuerpo. Y añadiría que Clark «tiene hormigas en los pantalones».<sup>99</sup>

Los soldados canadienses propusieron el lema «Roma en Navidad», pero eran pesimistas.<sup>100</sup> «Tanto Alexander como yo creemos que Roma caerá [a finales de] octubre», decía Eisenhower el 4 de ese mismo mes en un telegrama enviado a Marshall. Alexander pensaba que Florencia podía caer en diciembre, y algunos soldados celosos de su misión empezaron a aprender alemán con el fin de prepararse para la inminente ocupación.<sup>101</sup> Churchill postulaba que el enemigo carecía de «la fuerza suficiente para crear un frente»<sup>102</sup> —Kesselring siempre parecía más débil desde Whitehall que desde el campo de batalla—, y en sus planes contemplaba una visita a la Ciudad Eterna antes de que finalizara el mes.

Incluso un hombre tan cauto como Franklin Roosevelt, que había empezado a insistir en que las fuerzas aliadas debían llegar a Berlín «en cuanto lo hagan los rusos», se dejaría llevar por esa corriente de optimismo.<sup>103</sup> Y escribió a Stalin diciéndole: «Parece que los ejércitos británico y estadounidense entrarán en Roma en pocas semanas».<sup>104</sup>

## MIRA DÓNDE PISAS Y NO TE DEJES LLEVAR POR LA CURIOSIDAD

Todas las alegres predicciones de que la marcha hacia Roma sería como un paseo no iban a tardar en ser puestas en entredicho, pero antes las legiones aliadas deberían hacer frente a un obstáculo formidable a unos cuarenta kilómetros al norte de Nápoles. Allí, junto al ancho cauce de Volturno, el V Ejército realizaría su primer cruce en Europa de un río muy disputado, con seis divisiones en formación enfrentándose a cuatro del X Ejército de Vietinghoff.<sup>105</sup>

A lo largo de casi una semana, Lucian Truscott había mantenido en silencio la mayor parte de las baterías de su 3.<sup>a</sup> División para ocultar la envergadura de sus fuerzas, pero a la una de la madrugada del miércoles, 13 de octubre, los artilleros retiraron sus redes de camuflaje y lanzaron una cortina de fuego que cayó con furia al otro lado de los pequeños valles. Tuvo un efecto estremecedor, parecido al de una sucesión de relámpagos en cadena, haciendo palidecer a la luna llena que con su reflejo iluminaba el río. En poco tiempo las llamas comenzaron a consumir las colinas controladas por los alemanes y las fincas de labranza que había al norte del río. Al ataque se unieron más baterías, esta vez de las tres divisiones británicas que se encontraban río abajo, y de otras dos norteamericanas, posicionadas a la derecha de la de Truscott —la 35.<sup>a</sup> y la 45.<sup>a</sup>—, que habían asegurado río arriba un frente de más de sesenta kilómetros.

Desde una ventana del tercer piso de un monasterio abandonado, situado en lo alto de un monte, los ojos grises de Truscott controlaba lo que iba ocurriendo en el río que había a sus pies. Los centinelas alemanes habían proferido insultos en inglés desde la orilla opuesta —«Dormid, cerdos, os mataremos a todos antes de la hora del desayuno»—, pero ahora el rugir de los cañones engullía todo tipo de mofas.<sup>106</sup> Las balas trazadoras blancas y azules de las ametralladoras salían disparadas como agujas ardientes de los búnkeres del enemigo ocultos en los huertos y en las canteras de piedra, y los morteros caían en medio de grandes explosiones por los terrenos pantanosos de la margen izquierda del río. Los artilleros estadounidenses respondían con ráfagas de balas trazadoras carmesí, y los fusileros disparaban contra los cañones en continuo funcionamiento que se habían posicionado en el norte. Allí las orillas del Volturno estaban separadas por unos setenta metros, sus aguas corrían veloces, pero el río era vadeable, y el sector de Truscott se extendía lateralmente a lo largo de más de diez kilómetros en el centro de la línea aliada.

Mientras fumaba y ocultaba con las manos el extremo encendido del cigarrillo, Truscott observaba cómo a los pies del monasterio dos regimientos posicionados en una hilera de árboles se preparaban para entrar en combate a la luz de la luna. Unos soldados se ceñían unos chalecos salvavidas que habían sido encontrados en una fábrica de torpedos italiana y se enrollaban unas cuerdas guía alrededor de la espalda. Otros se dedicaban a amontonar las balsas prestadas por la Marina y unas barcas con fondo de lona construidas con pedazos de madera y lona encerada procedente de las cubiertas de los camiones.<sup>107</sup>

«Por desgracia estoy empezando a darme cuenta de la verdad que encerraban las palabras de Ike cuando me hablaba de la soledad que sentía», había escrito Truscott en una carta dirigida a su «amada esposa», Sarah, cuando la división avanzaba hacia el río Volturno. «Estamos solos.»<sup>108</sup> Y nunca lo estaría más que en esos momentos en los que observaba a los hombres a los que tal vez enviaba a la muerte. También le decía:

Me encantaría poder sentarme a tu lado en la tranquilidad del anochecer y contarte los mil y un detalles de mi vida aquí ... Cuando se acabe todo esto, si consigo salir con vida, quiero establecerme en algún lugar ... y vivir unos años en paz y tranquilidad.

A la 1:55 las baterías de artillería empezaron a mezclar obuses de fósforo blanco con explosivos, apuntando sus cañones hacia la orilla opuesta.<sup>109</sup> Enseguida se formó una nube de humo grisáceo de cinco kilómetros de anchura y ciento cincuenta metros de altura.<sup>110</sup> Lanzando un grito en medio del gran estruendo, los soldados posicionados a los pies del monasterio cargaron con sus balsas y sus

barcas de fabricación casera. Tras atravesar los campos de barbecho, descendieron por el terraplén de tres metros de profundidad y se metieron en las turbias aguas del río Volturno.

La cosa iba bastante bien en el sector norteamericano, pero menos en el británico. En el extremo izquierdo de la línea aliada, tres LCT habían trasladado a la margen derecha un escuadrón de diecisiete tanques británicos cruzando la desembocadura del río. Pero éste quedó inmovilizado a causa de las minas y del terreno pantanoso de la zona. Los soldados de infantería británicos tuvieron que vérselas con un tramo más ancho del río que resultaba imposible de vadear, así como con los defensores alemanes —la 15.<sup>a</sup> División Panzer de Granaderos y la Hermann Göring, viejos adversarios de Sicilia y Salerno—, que pudieron ponerse a cubierto en los viñedos y detrás de los riberos.<sup>111</sup> Los *tommies* ataban maderos a latas de combustible vacías para dirigirse a la otra orilla, o se fabricaban una especie de cinturón salvavidas con unos fajos de lino que los mantenían a flote. Dos brigadas de la 46.<sup>a</sup> División consiguieron asegurar una cabeza de puente junto a la costa, aunque el jueves por la mañana ésta seguía teniendo únicamente una profundidad de seiscientos metros.<sup>112</sup> Exactamente a la izquierda de la 3.<sup>a</sup> División, diez lanchas de asalto de la 56.<sup>a</sup> División británica fueron hundidas en medio de la corriente cerca de Capua, y ningún soldado consiguió alcanzar la costa en lo que Truscott consideraría un esfuerzo sobrehumano e inútil. «Los heridos, que se ahogaban, fueron arrastrados por la corriente a lo más profundo del mar», escribiría Alan Moorehead. «Los tiros y los disparos de las ametralladoras llegaban a través de los juncos barriendo toda la zona.»<sup>113</sup>

Con su flanco izquierdo sin cubrir y ningún tanque estadounidense al otro lado del río, Truscott decidió descender a los llanos al amanecer.<sup>114</sup> El humo blanquecino lo cubría todo como una especie de neblina. Los soldados vadearon el río a pie, con el agua que les llegaba hasta el cuello, sosteniendo los fusiles en alto con una mano y agarrándose a la cuerda guía con la otra. La preocupación y la angustia se reflejaban en el rostro curtido de Truscott. Cinco batallones ocupaban la orilla opuesta, y las puntas de lanza estadounidenses llegaban a Monte Caruso, a casi siete kilómetros al otro lado del Volturno. Pero sin los tanques, todos ellos quedaban expuestos al contraataque de los panzer alemanes. «¡Deprisa!», decía. «¡Deprisa!»

Los fragmentos silbantes de metralla de las bombas alemanas acribillaban el río. «¡Haced que esos malditos antitanques y esos carros blindados crucen el río!», ordenó Truscott. Un comandante de acorazados, confundido por unos golpes secos



y sonoros en la carcasa de su tanque, asomó la cabeza por la torreta para encontrarse a un general de dos estrellas con una porra en mano. «¡Maldita sea, moveos ya y disparad a los objetivos que tengáis a vuestro alcance!», gritó Truscott. «Abrid fuego contra todo lo que veáis que está disparando contra nuestros hombres, ¡pero diablos, haced algo bien por vosotros mismos!» A un oficial que se quejó de las dificultades que había para cruzar el río, le respondió gritando: «¿Qué quieres decir con eso de que no puede hacerse? ¿Acaso lo has intentado? ¡Muévete y hazlo!».115

Y obedecieron. Bajo un meandro los ingenieros empezaron a abrir el paso en la empinada orilla con picos y palas. A las once de la mañana el primer Sherman vadeó el río, cuyas aguas turbias comenzaron a chorrear por el guardabarros mientras el acorazado se dirigía a buscar la Carretera 87. Otros catorce lo siguieron. Un puente ligero pudo abrirse al tráfico a las tres y media de la tarde — por él pasaron ochenta jeeps en apenas ocho minutos—, y más tarde quedaron transitables otros más pesados. El fuego masivo de la artillería frustraba cualquier contraataque alemán; como una sombra que se disipa, el enemigo emprendió la retirada. Clark movió la línea de sus tropas para permitir que los *tommies* utilizaran un puente más grande —en el V Ejército los británicos sólo tenían tres mil quinientos ingenieros, un número muy escaso comparado con los quince mil de los yanquis—, y al poco tiempo todo el valle quedaba en manos de los Aliados. En el flanco derecho, donde el curso del tortuoso río daba un giro de 180° y obligaba a algunas unidades a cruzarlo tres veces, los soldados de la 34.ª División preguntaron si todos los ríos de Italia se llamaban «Volturno», o si simplemente se trataba del río más largo de Europa.116

«Como si fuera una lombriz, parece que vaya penetrando en lo que tengo delante mientras voy dejando atrás los escombros, y apenas percibo el paso de los días y las noches», escribía Truscott a su esposa Sarah el 14 de octubre, mientras la cabeza de puente iba extendiéndose. «¿Los días de la semana? Ya no sé diferenciarlos.» Y añadía: «Este trabajo de matar alemanes es una misión que absorbe y consume».117

Pese a la crudeza de esta empresa y al agotamiento que comportó, el hecho de conseguir cruzar el Volturno se revelaría sumamente ventajoso. Tras avanzar con más rapidez de la esperada en un frente más amplio, y tras abandonar las carreteras principales para infiltrarse en la zona en la que el enemigo tenía sus baluartes, los angloamericanos ya estaban a más de sesenta kilómetros al norte de Nápoles.118 Ante ellos despuntaban unos montes, como pudieron ver todos los cabos, y tras ellos despuntaban otros aún más elevados. «Éste no es lugar en el que planear

grandes operaciones de estrategia», comentaría Eisenhower moviendo la cabeza tras comprobar el terreno. Pero detrás de aquellas montañas más elevadas, a apenas doscientos kilómetros desde Volturno por carretera, se encontraba Roma.<sup>119</sup>

Italia les rompería el espinazo, los huesos, y a punto estaría de partirles el alma. Pero primero iba a romperles el corazón, sometiéndolos a una situación angustiosa al norte del Volturno, donde el terreno acumuló muchísima humedad, el tiempo empeoró y el enemigo endureció sus defensas. Las bajas aliadas alcanzarían entre el 3 de septiembre y el 20 de octubre la cifra de dieciocho mil (quince mil en el V Ejército y tres mil en el VIII Ejército). Aunque ése sería sólo un anticipo de lo que estaba por venir.<sup>120</sup>

Las demoliciones alemanas habían empezado a ocho kilómetros de Salerno —«no hay puentes ni alcantarillados demasiado pequeños para que les pasen inadvertidos», informaría un observador del ejército<sup>121</sup>—, y enseguida se hizo evidente que Italia iba a convertirse en un campo de batalla para ingenieros: la velocidad de los avances vendría determinada por los bulldozers, por no hablar de los soldados que, nerviosos y moviéndose a gatas, intentarían localizar las minas con la ayuda de una bayoneta. Un estudio del CGFA calculó que serían necesarios mil puentes para llegar al río Po en el norte,<sup>122</sup> un número especialmente desalentador si tenemos en cuenta que el ejército estadounidense disponía únicamente de cinco puentes prefabricados Bailey en Italia.<sup>123</sup> Cuando resultara imprescindible, los Aliados serían capaces de erigir tres mil arcadas en veinte meses, con una longitud total de noventa kilómetros.<sup>124</sup> Algunas fueron construidas y reconstruidas, pues las lluvias torrenciales de otoño provocaron numerosas crecidas en los ríos italianos. El voluble Volturno creció seis metros en poco más de diez horas, llevándose por delante todos los puentes que tanto había costado ganar, con la excepción de uno.<sup>125</sup> «Con la crecida, los ríos arrastran gran cantidad de desechos, desde árboles enteros hasta bueyes,<sup>126</sup> cuyas astas tienen un efecto desastroso en las planchas de madera que hay a los lados de los pontones», comunicarían los ingenieros del V Ejército.

El ingenio estaba a la orden del día, todos los días. Cuando los zapadores alemanes volaban casas de piedra para bloquear las calles estrechas de los pueblos, los zapadores norteamericanos abrían con los bulldozers «nuevos caminos a través de los montones de escombros, a menudo a nivel de los segundos pisos», señalaría Truscott.<sup>127</sup> Se cuenta que los ingenieros rellenaban los cráteres de las carreteras con «bañeras rotas, estatuas, fregaderos, cepillos y sombreros». <sup>128</sup> Los constructores de puentes fabricaron un martinete con el tubo de un cañón italiano de

240 mm, y los Aliados crearon talleres de laminación, plantas de cemento, fundiciones, fábricas de metralla y los aserraderos suficientes para cortar nueve mil toneladas al mes de madera de Volturno.<sup>129</sup> Utilizaban esa madera para corregir las carreteras más lodosas, como habían hecho otros ejércitos durante siglos.<sup>130</sup>

Pero ningún ingeniero podía corregir el tiempo. «Se volvió más oscuro, frío y húmedo», recordaría un soldado de la 45.<sup>a</sup> División.<sup>131</sup> Las lluvias de otoño empezaron el 26 de septiembre, y los soldados enseguida supieron por qué el manual de frases hechas italiano incluía una que decía: *Piove a rovesci*, «está cayendo un torrente».<sup>132</sup> Las normas de la censura prohibían hablar del tiempo en las cartas que escribían a casa —«Se puede hablar de la bruma», decía un bromista, «pero no del agua que cae»<sup>133</sup>—, pero ninguna impedía quejarse en los vivaques. «No hay conversación, amable o de otro tipo, en la que no salga a relucir el tiempo», escribió en noviembre un diarista del 56.<sup>o</sup> Hospital de Evacuación. Los fuegos de campamento estaban prohibidos a partir de las cinco de la tarde, de modo que los soldados cenaban a toda prisa a las cuatro, antes de que la lluvia encharcara sus enseres de comer, y luego se acostaban a las siete y media.<sup>134</sup> Los soldados jugaban a los dados «hasta que la oscuridad nos impide distinguirlos».<sup>135</sup> La lluvia enseguida ensuciaba a los reclutas, convirtiéndolos en una misma cosa con el barro en el que dormían y combatían, hasta que parecían únicamente un montón de arcilla con ojos.

De mismo modo que los planificadores del bando aliado no habían sabido darle la debida importancia al duro invierno del norte de África, tampoco supieron valorar —lo que tal vez fuera más imperdonable— el clima igualmente duro de Italia: Roma está situada a la misma latitud que Chicago. «La guerra en el desierto había hecho que los hombres se olvidaran del barro de Flandes», escribiría el general británico W. G. F. Jackson,<sup>136</sup> pero ningún veterano de Italia olvidaría nunca el fango italiano, sobre el que Bill Mauldin insistiría en que carecía de «un color honesto como cualquier otro barro».<sup>137</sup> Un soldado raso de Michigan se quejaría de que «el problema con este barro es que es demasiado espeso para beberlo y demasiado fino para retirarlo».<sup>138</sup> Incluso en los meses de verano, las carreteras del sur de Italia resultaban fáciles de transitar; a partir de ese momento los británicos y los estadounidenses serían canalizados por las únicas carreteras asfaltadas que se dirigían al norte —la 6, la 7, la 16 y la 17— capaces de absorber el prodigioso tráfico de ejércitos. El mal tiempo restringía la capacidad de maniobra, anulaba las ventadas de la motorización y socavaba la superioridad aérea al verse los Aliados

obligados a reducir a la mitad el número de salidas de sus bombarderos.<sup>139</sup> Churchill maldecía aquella «versatilidad salvaje» del clima de Italia,<sup>140</sup> pero los soldados se limitaban a decir que ése era «el tiempo alemán».<sup>141</sup>

Las minas empeoraban todavía más las cosas. «Todos los caminos conducen a Roma», bromeaba Alexander, «pero todos los caminos están minados».<sup>142</sup> Y lo mismo ocurría con los senderos de los campos y los montes, las veredas por las que paseaban los amantes, los callejones, los caminos de cabras, los atajos y las pistas de montaña, trillados y no trillados. «Nunca tuve un momento en que dejara de estar preocupado por las minas y las trampas bomba», comentaría un oficial del 7.º de Infantería.<sup>143</sup> El 40 por 100 de las bajas del V Ejército a comienzos de noviembre fueron provocadas por la acción de las minas. «Mira dónde pisas», advertían desde el cuartel general de Clark, «y no te dejes llevar por la curiosidad».<sup>144</sup>

Al norte de Volturno, «podían seguirse nuestros batallones por las pisadas ensangrentadas, los restos de equipos y los pedazos de cuerpo humano en los lugares donde los hombres habían volado por los aires», comunicaría el 168.º de Infantería.<sup>145</sup> Las potentes minas Teller podían destruir un camión o inutilizar un tanque, pero las minas antipersona alemanas resultaban particularmente diabólicas. Estas «castradoras» o «cascanueces» disparaban en sentido ascendente una bala cuando alguien las pisaba.<sup>146</sup> Las minas «zapato», fabricadas generalmente en madera, eran casi imposibles de detectar. Los zapadores enemigos colocaban minas y trampas bomba en pomos de puerta y tiradores de escritorio, parras y almiarés, manzanas de los árboles y cadáveres que yacían en el suelo, ya fueran de italianos o alemanes, de yanquis o de *tommies*. Al menos dos capellanes perdieron sus piernas intentando enterrar a los muertos caídos junto al río Volturno.<sup>147</sup>

«El pie de los hombres suele quedar mutilado por el tobillo y, totalmente destrozado, se bambolea colgado de tiras de tendones», escribiría un médico del ejército en su diario.<sup>148</sup> «Las heridas adicionales que salpican ambas extremidades y que llegan hasta la ingle hacen que la agonía resulte más dolorosa.» Un médico de campaña señalaría más tarde: «Aunque les pongas una o dos inyecciones de morfina, siguen gritando».<sup>149</sup> En un campo de minas, Bill Mauldin observaría: «Los viejos piensan en sus ojos, y los jóvenes se buscan los huevos». El ejército compró cien mil detectores de minas SCR-625 —los apodados «tapadera de cloaca con palo»—, pero resultaban ineficaces cuando llovía, y el mineral de hierro y los fragmentos de bomba que caracterizaban el suelo italiano los confundía. Su utilización requería que el operador se mantuviera derecho y erguido, a menudo bajo las ráfagas de fuego enemigo, y que estuviera atento al zumbido revelador que

indicaba peligro. Un programa secreto para adiestrar detectores caninos —«perros M»—fracasó después de que la mitad de las minas en los campos de prueba no fueran localizadas.<sup>150</sup>

Pero nada de todo esto —ni las demoliciones emprendidas por los alemanes, ni la lluvia, ni las terribles minas— habría impedido el progresivo avance de las tropas aliadas, ni siquiera temporalmente, si los alemanes se hubieran atenido a su plan original de una rápida retirada en combate a sus fortificaciones en el norte de los Apeninos. Entonces tal vez el primer ministro habría podido disfrutar de una copa de Chianti en la Roma otoñal, y Alexander haber entrado en Florencia antes de finalizar el año.<sup>151</sup>

Pero no sería así, y mientras los Aliados cruzaban el Volturno, un intenso debate se suscitaba en el alto mando alemán acerca de la conveniencia de cambiar de estrategia. Rommel, que seguía al frente de nueve divisiones en el norte de Italia, había pasado buena parte del mes de septiembre recuperándose de una apendectomía. «Autoritario, obstinado y derrotista», como lo describiría un admirador, era cada vez más desafecto con sus superiores militares de Berlín, y se mostraba firme en su idea de que las fuerzas alemanas debían retirarse a una línea por debajo del valle del Po, a menos que quisieran verse superadas por los flancos para acabar siendo rodeadas. Trazó esa línea con tiza azul en el mapa de su cuartel general.<sup>152</sup>

Kesselring, que estaba al mando de nueve divisiones en el sur, lo veía de otro modo. Italia seguía siendo un teatro de guerra relativamente secundario: tres millones de alemanes combatían en 173 divisiones en el Frente Oriental, y 34 divisiones ocupaban Francia y los Países Bajos. Pero Italia era el único campo de batalla activo donde podía detenerse aquella inexorable retirada alemana. Además, insistía Kesselring, abandonar Roma iba a ser un fuerte golpe psicológico. Y lo más importante: si los aeródromos de los alrededores de la capital caían en manos de los Aliados, servirían para complementar los que ya controlaban en Foggia, lo que implicaba que las fábricas de aparatos aéreos de Austria, los pozos de petróleo de Rumanía y la cuenca del Danubio quedarán más expuestos a los ataques de los bombarderos enemigos.<sup>153</sup>

Albert Kesselring, el hombre de la eterna sonrisa, tenía su propio mapa, y sus propias líneas trazadas con tiza. La península Italiana se estrechaba a partir de Roma, con una distancia de apenas ciento cuarenta kilómetros de costa a costa. Esa estrecha franja de tierra tan salvaje también era el hogar de lobos y osos, y los alemanes podían construir tres líneas fortificadas que adquirirían progresivamente

solidez, las llamadas Barbara, Bernhardt y Gustav.<sup>154</sup> «El objetivo es crear un sistema inexpugnable de posiciones en profundidad, con el fin de evitar el derramamiento de sangre alemana», diría Kesselring. «Los jefes de todos los rangos no deben olvidar nunca esta importante responsabilidad moral.»<sup>155</sup> La Línea Gustav, clavada en el macizo montañoso de Monte Cassino, podía convertirse en la posición defensiva más formidable de Europa, y adquirir una resistencia que hiciera que «británicos y estadounidenses se rompan los dientes al chocar contra ella».<sup>156</sup>

Aunque vacilaba, Hitler empezó a dirigir sus fuerzas al sur, desde el norte de Italia y otros lugares, en parte para prevenir el salto de los Aliados a los Balcanes. Se dijo que estaba dictando la orden con el nombramiento de Rommel como comandante supremo en Italia cuando cambió de opinión en favor de Kesselring.<sup>157</sup> «Ostentar el liderazgo militar sin optimismo no es viable», explicaría más tarde el Führer,<sup>158</sup> y añadiría, «Rommel es un comandante extraordinariamente valiente y capaz. Pero carece de resistencia».<sup>159</sup>

Rommel se encogió de hombros. «Me tomaré las cosas como vayan viniendo», escribiría a su esposa, Lucie, el 26 de octubre.<sup>160</sup> A comienzos de noviembre Hitler firmó una orden formal exigiendo «el fin de la retirada», condenando así a un millón de hombres a un futuro agónico en Cassino, Ortona, el río Rápido y Anzio. Rommel sería enviado al oeste para inspeccionar las defensas del Muro Atlántico en la costa, incluidas las de Normandía, donde tanta gloria militar había obtenido en 1940.<sup>161</sup> «La guerra está perdida», diría a un camarada, «y nos esperan tiempos difíciles».<sup>162</sup>

Gracias a Ultra, el cambio de la estrategia alemana a una postura de resistencia había sido claramente percibido por el alto mando aliado. Los mensajes enviados por radio que habían sido interceptados y descifrados ponían de manifiesto tanto la negativa de Hitler a ceder terreno como la construcción al sur de Roma de tres líneas fortificadas que, juntas, recibirían el nombre de Línea de Invierno. Los alemanes parecían dispuestos a entablar una guerra prolongada de desgaste con el fin de agotar a los Aliados.<sup>163</sup>

El optimismo reinante a comienzos de octubre se desvaneció, viéndose sustituido por una extravagante desesperación. Tras revisar los últimos informes de los servicios secretos, Alexander envió un telegrama a Londres el 21 de octubre en los siguientes términos: «Nos vemos obligados a llevar a cabo un avance largo y penoso para llegar a Roma, una “pelea de boxeo sin técnica”». El regreso a Inglaterra de siete divisiones aliadas para llevar a cabo la Operación Overlord dejaba sólo, por el momento, once divisiones para hacer frente a un ejército alemán que integraba a veintitrés divisiones y podía aumentar a un total de «sesenta».<sup>164</sup>

Además, la concentración de fuerzas aliadas se había reducido: de los mil trescientos vehículos que llegaban diariamente a Italia, ahora sólo se enviaban dos mil a la semana. El terreno era abominable, el tiempo horroroso. (En los últimos tres meses de 1943 cayeron cuatrocientos treinta litros por metro cuadrado.<sup>165</sup>) El V Ejército avanzaba apenas un kilómetro y medio al día y aún tenía que romper la principal línea alemana.<sup>166</sup> En el Adriático, el VIII Ejército avanzaba lentamente en un frente de cincuenta y seis kilómetros de longitud por lo que Alexander denominaría un «callejón de un país bastante poco importante».<sup>167</sup>

Al suponer que Hitler abandonaría el sur de Italia tras la pérdida de Nápoles, los Aliados volvieron a subestimar la determinación de los alemanes —o el capricho— a mantenerse firmes en el Mediterráneo. Eisenhower no vio más alternativa que seguir avanzando. «Es esencial para nosotros conservar la iniciativa», diría el 25 de octubre en un telegrama dirigido al alto mando conjunto. Refiriéndose al enemigo, añadiría: «Si logramos mantenerlo a raya hasta que llegue la primavera, cuantas más divisiones utilice luego para emprender una contraofensiva, mejor nos irá la Operación Overlord».<sup>168</sup>

El alto mando en Washington y Londres tampoco vio la necesidad de revisar los vagos objetivos estratégicos en Italia: mantener ocupado el número mayor de tropas alemanas posible y, aunque se trataba de una meta más tácita que explícita, liberar Roma. Churchill intentaba dorarle la píldora a Roosevelt cuando el 26 de octubre le garantizó al presidente norteamericano que «el hecho de que el enemigo haya desviado un número tan importante de fuerzas a este teatro, confirma nuestra estrategia».<sup>169</sup>

La perspectiva de llevar a cabo una dura campaña en las montañas en lugar de pasar el invierno en la deliciosa Roma no era del agrado de nadie, aunque la historia británica oficial dudaría luego de «que hubiera alguien en las altas jerarquías que supiera perfectamente qué implicaba una campaña de invierno en Italia». Alexander tradujo los objetivos estratégicos a una simple línea en el mapa, a apenas ochenta kilómetros al norte de Roma, y que se extendía por el nordeste, atravesando la península, hasta el Adriático, un sector al que Clark y Montgomery debían llegar lo antes posible.<sup>170</sup>

El pesimismo de Alexander se veía agravado por un ataque de ictericia, y su complexión amarillenta puso en peligro los esfuerzos por poner en escena un determinado rostro público.<sup>171</sup> «Tenemos que golpear y golpear y golpear, y hostigar a Jerry hasta que lleguemos a Roma», diría a los periodistas.<sup>172</sup> En privado, no veía «razón alguna de que debamos dirigirnos a Roma».<sup>173</sup>

Montgomery al menos sabía para qué estaban allí las legiones angloamericanas. Pensaba que los estrategas aliados necesitaban redescubrir lo que W. G. F. Jackson denominó «antiguas realidades» acerca del combate estacional en Europa.<sup>174</sup> «No creo que podamos llevar a cabo una campaña de invierno en este país», escribiría el 31 de octubre. «Por lo que recuerdo, César solía acuartelarse en invierno: ¡sabia decisión!»

## EL INTERIOR MONTAÑOSO

De haber llegado a sus oídos, el teniente coronel Jack Toffey seguramente habría pensado que la recomendación de Montgomery era razonable. «El camino hacia Roma es largo», escribía Toffey, «y en muchos aspectos se parece al camino al infierno; incluidas las buenas intenciones». Sin embargo, no habría cuarteles de invierno, ni espera a buen recaudo hasta que los caminos se secaran y los cielos aclararan, ni pausas como las de César hasta que mejorara el tiempo. Toffey estaba al mando sólo de uno de los cien batallones de infantería que los Aliados tenían diseminados desde el mar Tirreno al Adriático, pero él y sus hombres eran iguales que el grupo de ejército entero. Lo que ellos soportaban, lo soportaban muchos. Del mismo modo que Toffey era el típico representante del joven oficial de alta graduación que habían sacado adelante la experiencia de la batalla en Marruecos, Túnez y luego en Sicilia, también su unidad —el 2.º Batallón del 15.º Regimiento de Infantería, integrado en la 3.ª División de Truscott— era el vivo ejemplo de muchas otras que intentaban hacer salir a los alemanes de las fortificaciones entrelazadas de la Línea Gustav.<sup>175</sup>

Si su suerte hubiera sido otra, Toffey habría estado a bordo de un buque transporte con destino a Inglaterra con el resto de la 9.ª División, con la cual había prestado servicio en África y en Sicilia. En cambio, se encontraba entre los dos mil veteranos que habían sido trasladados a la 3.ª División para entrar de servicio inmediatamente en Italia. Aunque seguía soñando con el día en que «no volvería a despeinarse nunca», estaba encantado con la oportunidad de estar otra vez a las órdenes de Truscott, al que conocía desde lo de Marruecos, y se sentía orgulloso de integrarse en la 3.ª División —«la mejor del oeste», la llamaba él— y en el 15.º de Infantería, entre cuyos ex alumnos de antes de la guerra estaban George Marshall y Dwight Eisenhower.<sup>176</sup>



«La vida es buena», decía en una carta a su esposa, Helen, en Columbus.<sup>177</sup> Había llegado a Italia durante las últimas horas de Salerno y tenía la sensación de que «realmente estaba otra vez haciendo de soldado». Durante el paso del Volturno, «se había mostrado infatigable», comunicaba George Biddle, que se unió a los hombres de Toffey para pasar un mes junto a ellos haciendo dibujos y acuarelas. «Parecía que llevaba a todo el batallón sobre sus hombros.» Biddle admiraba «la mente aguda y perspicaz» de Toffey y su «humor rudo y picante, típicamente norteamericano». El joven coronel, que poseía «el esqueleto y la constitución de un saltador de vallas, más que la de un caballo de carreras», estaba en todas partes: animando a sus hombres a seguir adelante, dirigiendo el fuego de la artillería, interrogando prisioneros, y evacuando a muertos y heridos.

Durante las dos últimas semanas de octubre, avanzaron hacia el norte por el noroeste según el plan de «combate de boxeo a lo bruto» de Alexander, a través de un escarpado pasillo entre la cuenca alta del Volturno y la Carretera 6, llamado irónicamente Camino de la Victoria. Los mapas estadounidenses a menudo describían este terreno simplemente con la etiqueta «interior montañoso».<sup>178</sup> Marcharon a través de pinos pétreos y cipreses en forma de llama, pasando ante casas de campo con chimeneas que sobresalían como tubos de respiración sobre los tejados de tejas rojas.<sup>179</sup> Los campesinos lloraban a sus muertos o hurgaban entre las ruinas de sus minifundios en busca de algún recipiente de cobre o de una muñeca de trapo.<sup>180</sup>

—No puedo hacer nada por él —dijo un médico a Toffey señalando a un anciano que yacía tumbado en el suelo—. No puede estar más muerto.<sup>181</sup>

Los cadáveres de los alemanes, en su mayoría de la 3.<sup>a</sup> División Panzer de Granaderos, sobresalían entre la hierba; algunos habían quedado carbonizados a consecuencia del fuego de la artillería, otros se descomponían simplemente. Los reclutas les quitaban las hebillas con el lema *Gott mit Uns*, se las guardaban y seguían adelante.

Marcharon sobre el empedrado de Liberi, de Roccaromana y de Pietravairano,<sup>182</sup> ante los habitantes de los pueblos vestidos de luto y los *bambini* envueltos en papel de periódico en vez de pañales.<sup>183</sup> Detonaban minas, se desencadenaban tiroteos, y más de una vez Toffey tendría que inclinarse ante un chico moribundo musitando:

—Los camilleros están a punto de llegar, muchacho. Aguanta.<sup>184</sup>

En una ocasión, dirigiéndose al hombre que estaba al mando de un escuadrón en plena refriega, dijo:

—Creo que tenemos rodeado el nido de ametralladoras ése que hay entre las rocas... ¡Vamos, a por ellos! ¡Y no me los traigáis vivos!

Por la noche, instalaban el puesto de mando del batallón en alguna cueva con las paredes negras de hollín o en el desván de cualquier casa de campo, durmiendo en el frío suelo o sobre hojas de maíz. Biddle reflejó escenas de ese estilo en sus dibujos: mapas de campaña desparramados sobre una mesa; cabos de vela cuya llama dibujaba sombras monstruosas sobre las paredes encaladas; latas vacías de Spam o de guisantes de raciones C amontonadas en un rincón; una garrafa de vino tinto pasando de mano en mano en medio de la suciedad.<sup>185</sup> Los cocineros batían sin muchos miramientos huevos en polvo, leche en polvo y café en polvo;<sup>186</sup> y los soldados repetían porfiadamente que el ejército iba a sacar también dentro de poco agua en polvo. A veces la radio captaba a Axis Sally<sup>187</sup> que concluía los programas ronroneando como sui fuera una gata:

—Cuidado, chicos, ahí delante os acecha el peligro.<sup>188</sup>

Toffey dormía con un teléfono de campaña al alcance de la mano, atento a cualquier llamada para Paul Azul Seis, su nombre clave.

Durante unas cuantas semanas Biddle —educado en Harvard y veterano de la primera guerra mundial, cuyo hermano era el fiscal general de Roosevelt— supuso para Toffey alguien con quien hablar, premio realmente singular para el comandante de una unidad. Toffey le contó que había resultado herido en Túnez y que muchos oficiales convalecientes habían intentado conseguir destinos en la retaguardia para no tener que volver al combate.

—Si tuviera que volver a hacerlo —comentó en tono reflexivo—, me pregunto si tal vez no me buscaría yo también la silla giratoria de un despacho.<sup>189</sup>

Se preguntaba en voz alta cómo podía desarrollar «los instintos asesinos...».<sup>190</sup>

—Nuestros muchachos no son profesionales y tiene uno que prepararlos para que disfruten matando.

Hablaba también con Helen en sus cartas, contándole que la rodilla se le ponía «rígida y siento mucho cansancio debido al tiempo húmedo y a la dureza del país», y que le «gustaría descansar, tomar un baño, tener una casa y a mi familia». Fantaseaba acerca de un destino en Estados Unidos. «A estas alturas, Bragg me parecía bonito y Dix o Lewis auténticamente paradisiacos», decía aludiendo a diversos destinos del ejército.<sup>191</sup>

No mencionaba en absoluto las ocasiones en que se había salvado por los pelos, como cuando una bomba alemana había explotado en un nogal el 21 de octubre, hiriendo a dos oficiales de plana mayor a diez metros de donde él se encontraba leyendo un número del mes de agosto de la revista *Time*. Tampoco le

hablaba de las bombas que un día después le habían hecho salir corriendo cuando estaba tendido en la hierba al borde de un precipicio en el Monte della Costa, fumando tranquilamente su pipa y escribiéndole una carta. Ni le contaba que otros dos oficiales al mando de sendos batallones del 15.º de Infantería habían muerto, uno de ellos aplastado en su trinchera por el motor de un caza alemán abatido.<sup>192</sup>

Luego llegó otro amanecer húmedo y gris y siguieron adelante, cuesta arriba. Un relato comparaba la jornada de un soldado en Italia con el hecho de «subir una escalera de mano con un adversario que te pisa los dedos en cada peldaño».<sup>193</sup> Aprendieron a evitar las líneas del horizonte y a disimular los destellos de los bordes del casco y de los cacharros del rancho con barro.<sup>194</sup> Prestaban atención a los maullidos de los gatos, una de las contraseñas preferidas de los alemanes.<sup>195</sup> La crema de afeitar Barbasol era un buen bálsamo para las llagas en los pies,<sup>196</sup> pero nada podía compensar la falta de gabanes, de ropa interior de lana, y de lonas, que se habían quedado en los petates olvidados en Palermo.<sup>197</sup> Todos se agazapaban encogiendo los hombros en cuanto se oía el silbido de las bombas, pero seguían discutiendo con intensidad teológica si era verdad o no que nunca se oía el proyectil que le alcanzaba a uno.<sup>198</sup>

*Cuidado, chicos, ahí delante os acecha el peligro.* A veces Paul Azul Seis perdía los nervios, como sucedió a finales de octubre, cuando echó un rapapolvo a los oficiales de su plana mayor por falta de precaución.

—Estoy harto, ¡me cago en Dios!, y cansado de ver esas reuniones de merienda en el campo a la vista de todo el que quiera mirar —aulló—. Estoy harto de deciros que os pongáis los cascos y llevéis armas.<sup>199</sup>

El 28 de octubre pidió a Biddle que dibujara a un sargento al que habían matado de un tiro en Monte Caievola. Retirando la manta que lo cubría, Toffey señaló con la cabeza el rostro exánime del muerto y dijo:

—La gente en casa debería ver cosas como éstas.

Cuando la artillería volvió a cebarse en el batallón, llamó por teléfono al cuartel general del regimiento.

—¡Aquí Toffey! ¡Traed para acá el camión de la carne! —dijo—. Tengo otros dos muertos y un herido.

La mayor parte de las veces, sin embargo, era una figura enérgica, omnipresente, un verdadero saltador de vallas.

—Estad alerta y seguid vivos —dijo en una ocasión a sus soldados, en alusión al lema que llevaba el periódico del ejército norteamericano, *Stars and Stripes*. Instaba a los nuevos oficiales de reemplazo a «conocer a vuestros hombres, a cada uno de los hombres de vuestro pelotón» no sólo por su nombre, sino también por

sus puntos fuertes y sus puntos débiles—. Os necesitamos muchísimo —continuó—. Tendréis un personal menos bueno del que teníais en casa. Comprobaréis que vuestra compañía ha perdido al sargento primero y que el mejor sargento del pelotón ha muerto. Pero os necesitamos y tenemos una misión que cumplir.

Ningún oficial debía irse a dormir sin comprobar el perímetro de seguridad. No debía abandonarse ni una sola canana, ni una sola cantimplora.

—Os deseo a todos buena suerte —les dijo—. Estamos muy contentos de teneros con nosotros. Y recordad que si puedo ayudaros, lo haré.

El batallón de Toffey se adentró en la Línea Barbara, que prácticamente no era más que una serie de avanzadillas, pero la Línea Bernhardt resultó más dura de pelar. Dos compañías no fueron capaces de echar al enemigo de Monte Cesima, que se elevaba casi a mil doscientos metros sobre la Carretera 6. El 4 de noviembre, por orden de Truscott, el batallón entero dio un rodeo por Presenzano con el fin de flanquear el monte en una ascensión nocturna a través de unos bosques de nogales verdaderamente espectrales. «Rodeamos los prados, permaneciendo siempre en la sombra», escribía Biddle. Ascendieron sin parar, «con los labios entreabiertos en el rictus que puede apreciarse en los corredores de fondo».<sup>200</sup> Al cabo de diez horas de caminata llegaron a la cima pedregosa y descubrieron que el puesto de observación alemán había sido abandonado. Toffey señaló entre los helechos mostrando un soldado muerto con la sien izquierda atravesada por una bala. Ahí tenía, dijo a Biddle, otra alma en pena «para añadir a tu colección».

Desde la cumbre del monte, Toffey frunció el ceño mirando la ladera septentrional de las montañas que habrían de traer tantos quebraderos de cabeza a los Aliados durante los seis meses siguientes: Lungo y Trocchio, Sammucro y Cassino.

—¡Diablos! —dijo—. ¡Se puede ver todo hasta Alemania!<sup>201</sup>

Más de la mitad del batallón eran bajas desde que habían llegado a Italia. Tras ver a los hombres de su división salir de los montes el 5 de noviembre, Lucian Truscott sólo sería capaz de acumular más y más adjetivos: «Ojerosos, sucios, mojados, con el pelo largo, sin afeitar, andrajosos, con las botas gastadas».<sup>202</sup>

«¡Pero cuántos muertos!», escribía Biddle. En el valle, al pie de Monte Cesima, en la ciudad de Mignano, veía cómo los soldados, con las manos enguantadas, levantaban en medio de la lluvia los cadáveres descoloridos de los soldados norteamericanos y alemanes y los echaban en el remolque de un camión, en una «lucha de los vivos con los muertos» hasta que la carga quedaba completa.<sup>203</sup> Y añadía:

Me gustaría que la gente en sus casas, en vez de pensar en sus chicos como si fueran estrellas del fútbol, lo hiciera como si fueran mineros atrapados en una galería o sofocando hasta morir un fuego en un décimo piso. Me gustaría que pensarán que tienen frío, están bajo la lluvia, hambrientos, que añoran su hogar y están asustados. Me gustaría que, cuando pensarán en ellos, les doliera un poco el estómago.<sup>204</sup>

Toffey terminó por fin una carta para Helen que había empezado quince días antes. «Por lo menos te garantizaré que sigo vivo», le decía.<sup>205</sup>

El panorama que se divisaba desde el Monte Cesima ponía de manifiesto el formidable desafío táctico al que se enfrentaba el V Ejército. El único paso terrestre viable hacia Roma seguía la Carretera 6 a través de la estrecha Hoz de Mignano, de casi diez kilómetros de largo y dominada por montañas a uno y otro lado. Dentro de la hoz propiamente dicha había varias colinas, como si fueran obstáculos dentro de un cuello de botella, que se elevaban a trescientos metros más o menos sobre el nivel del valle. Al norte de aquellos impedimentos, la hoz desembocaba en la anchurosa llanura del valle del río Rápido, al otro lado del cual se levantaba una última barrera de montañas, dominada por Monte Cassino, que guardaba la entrada en el valle del Liri, la avenida de acceso a Roma.<sup>206</sup>

El plan de Mark Clark exigía que sus divisiones de infantería se abrieran paso a la fuerza por la Hoz de Mignano y convergieran después en el valle del Liri, donde los tanques podrían iniciar un ataque que los condujera a todos a la capital. En el flanco derecho del V Ejército, la 34.<sup>a</sup> y la 45.<sup>a</sup> divisiones se arrastraban por los riscos de los Apeninos, utilizando rebaños de cabras para limpiar los campos de minas de los montes. Vietinghoff observaba minuciosamente a su adversario norteamericano en aquel punto: «Cada paso que dan para adentrarse en el terreno montañoso no hace más que incrementar sus dificultades».<sup>207</sup>

En el flanco izquierdo, los británicos de la 56.<sup>a</sup> División intentaron dar un rodeo por el extremo occidental de la Hoz de Mignano el 5 de noviembre atacando Monte Camino, «un sólido peñasco a pico que llevaba sabe Dios dónde», como decía un fusilero.<sup>208</sup> La 201.<sup>a</sup> Brigada de la Guardia de Granaderos, que esperaba encontrarse sólo con algún piquete alemán, se encontró, en cambio, con la Línea Bernhardt: minas, ametralladoras y baterías de morteros estallaban sin cesar desde la cara descubierta de un risco llamado Cresta del Culo al Aire.<sup>209</sup> Los brezales incendiados iluminaban barrancos y desfiladeros, y cuando los soldados de la Guardia de Granaderos lograban alcanzar como podían una cumbre tras otra, se encontraban que no eran más que falsas cimas sobre las cuales se elevaba un terreno todavía más escarpado.

Los tres contraataques lanzados por los granaderos acorazados el 8 de noviembre a punto estuvieron de arrojar del monte a los ingleses. Los *tommies* construyeron parapetos de piedra contra los fragmentos de mortero y un viento del este glacial, recogiendo las raciones de comida y las municiones de los muertos, y preparando té con el agua sucia depositada en los hoyos abiertos por las bombas.<sup>210</sup> Sin mantas ni uniformes de invierno, los heridos morían de frío; tres compañías adelantadas de la Guardia de Granaderos quedaron reducidas a cien hombres entre las tres. «Para hacer las cosas todavía más desagradables, se produjo un pequeño terremoto», señalaba una relación de los acontecimientos elaborada por la Guardia Escocesa. Al final, cuatro batallones británicos no fueron capaces de superar a cinco batallones alemanes bien atrincherados; al cabo de una semana horrible, Clark aprobó la retirada de la que había pasado a llamarse la Montaña Asesina. Los muertos siguieron en su puesto, clavados en el suelo de cualquier manera, con los cascos calados y los fusiles preparados, formando una retaguardia fiel hasta el final y hasta mucho más que el final. «En definitiva», refiere la historia de la Guardia de Coldstream, «las dificultades fueron excesivas».<sup>211</sup>

Excesivas también para la 3.<sup>a</sup> División de Truscott, que ocupaba el centro del V Ejército. Los diez días de esfuerzos gastados en conquistar el Monte La Difensa, un apéndice de la Montaña Asesina, resultaron igualmente inútiles. El 5 de noviembre por la noche, Lucas, el oficial al mando del correspondiente cuerpo de ejército, llamó por teléfono a Truscott ordenándole de parte de Clark que ayudara a los británicos atacando también Monte Lungo, uno de esos conjuntos de colinas aisladas que se levantaban en el interior de la hoz. Truscott protestó por la falta de reconocimiento, de apoyo aéreo y de artillería, y pidió hablar con Clark.<sup>212</sup>

—¡Maldita sea! —respondió Lucas—. Ya sabes en qué situación estoy con él. Con eso no harías más que empeorar las cosas, y a mí me hundirías por completo. ¡Tienes que hacerlo y ya está!

—Sigo creyendo que es una equivocación —replicó Truscott, y a continuación ordenó avanzar a su 30.<sup>o</sup> de Infantería. Un batallón logró conquistar Monte Rotondo, una eminencia de figura cónica, y otro se aseguró una modesta posición en Monte Lungo: hasta allí llegaron y de allí no pasaron.

A medida que avanzaba la temporada de nubes, más dolorosa se hacía la epopeya. Audie Murphy señalaba que «las caras de los muertos parecen verdes y como si no fueran terrenales».<sup>213</sup> Es malo para el ánimo, pues le hace a uno reflexionar sobre lo que puede dar de sí su propia vida». Desde que llegara a Italia hacía menos de dos meses, la 3.<sup>a</sup> División había sufrido ocho mil seiscientas bajas.<sup>214</sup> Entre las pérdidas se incluían cuatrocientos oficiales —entre ellos la mitad

de los segundos tenientes de la unidad— y cerca de cuatro mil soldados rasos.<sup>215</sup> Los tres regimientos de infantería habían perdido el 70 por 100 de sus efectivos,<sup>216</sup> un indicador de «lo frágil que es realmente una división de infantería», decía Truscott a Beetle Smith.<sup>217</sup>

El 10 de noviembre escribía a su esposa Sarah: «Estás en mis pensamientos mil veces al día».<sup>218</sup> Más tarde añadiría: «Un día se confunde con otro, mientras que el tiempo se mide sólo por la captura de una colina más, o el cruce de un río más. Estoy un poco más triste que cuando me viste por última vez, pero por lo demás mi apariencia no ha cambiado». Incluso en medio de aquella carnicería, Truscott intentaba honrar la belleza de aquel mundo poniendo cada día flores de otoño sobre su escritorio de campaña. Envió además a un auxiliar a Nápoles a rellenar el suministro de licor del puesto de mando; el teniente regresó con treinta y cinco botellas de coñac.<sup>219</sup> «Sólo le pido a Dios», decía Truscott a Sarah en su carta, «seguir vivo y a la altura de lo que mis muchachos parecen esperar de mí».

Ernie Pyle regresó al frente en noviembre, tras pasar dos meses en casa. Descansado, aunque no fortalecido, enseguida se hizo cargo de lo que era la campaña de Italia. «El terreno y el tiempo estaban en contra nuestra», escribía. «El país era asombrosamente hermoso, y también asombrosamente difícil de arrebatar al enemigo.» Escuchaba cómo «las bombas se perseguían unas a otras a través de los cielos cruzando por encima de las montañas, con un ruido parecido al del viento frío soplando en una noche de invierno». Pyle encontró «una miseria casi inconcebible», así como una fortaleza reflexiva. Cuando unos fusileros calcularon que cada soldado enemigo muerto costaba veinticinco mil dólares en material de artillería, un soldado preguntó:

—¿Por qué no se les ofrecen mejor los veinticinco mil dólares a los alemanes para que se rindan?

El autor de un diario destinado al 56.º Hospital de Evacuación señalaba que incluso lejos del frente la vida estaba dominada por la escasez: «No hay estanterías, ni aparadores, ni ganchos, ni clavos en la pared. No hay mesilla de noche, ni escritorio ni vitrinas. El único suelo que hay está embarrado y mojado».<sup>220</sup> Pyle describía a un soldado jugando al póquer a la luz de una vela que de repente decía con brusquedad:

—La guerra, amigos míos, es una cosa bien tonta. La guerra es la cosa más absurda que he visto.

La ironía y el humor negro —«las mejores protecciones contra el abatimiento», a juicio de un soldado<sup>221</sup>— eran cada vez más agudos entre las tropas. Durante un pase de la película *Casablanca* en un campamento inglés, cuando la víctima del disparo de Humphrey Bogart caía al suelo, los *tommies* se pusieron a gritar todos a una:

—¡Camillero!<sup>222</sup>

Spike Milligan, que prestaba servicio en la Artillería Real, escribía a su familia en los siguientes términos: «Todo este país al que hemos llegado es ahora alto secreto; en realidad a nadie se le permite saber dónde está ... Sin embargo, los malditos alemanes sí que lo saben». El 9 de noviembre, Milligan decía: «No tengo mucho que contar, excepto que estamos en la segunda guerra mundial. ¿Sigue habiéndola también por allí?».

Las cuadrillas de enterradores enviadas por la noche a retirar a los muertos eran llamadas «Ladrones de Cadáveres».<sup>223</sup> Cuando una unidad móvil de duchas llegó a una batería, cuatro artilleros desnudos se pasaron una hora entera cantando en fila india.

—Es el hecho de perder la suciedad —explicó uno de ellos—. Te deja como mareado.<sup>224</sup>

Un soldado de la 36.<sup>a</sup> División decía en una carta a su padre que ahora estaba viviendo «en una pocilga remodelada. Y digo lo de remodelada porque no hay cerdo dentro».<sup>225</sup> Otros ocupaban un cobertizo sin calefacción llamado Villa Sabañones,<sup>226</sup> y los soldados se pusieron a dar gritos y a reírse cuando leyeron la siguiente orden del cuartel general que contenía un desgraciado error tipográfico: «Letrinas: Todos los soldados se asegurarán de tapar las heces con tierra una vez que hayan hecho sus necesidades».<sup>227</sup> Cuando se enteró de que el nombre clave que debía utilizar en las transmisiones por radio para llamar al oficial al mando del batallón era «Seis Mayúsculo», el jefe de un pelotón especulaba que para llamar al oficial al mando de la división debía preguntar por «Seis Mayúsculo, Mayúsculo, Mayúsculo», y que para hablar con Eisenhower debía decir que deseaba hablar con «el Seis Elevado a la Máxima Potencia».<sup>228</sup>

Cada uno se enfrentaba a la miseria a su manera. Richard Tregaskis cuenta que un ingeniero de campaña estaba sentado en un pretil en Pietramelara a finales de octubre, mordisqueando la «pieza de queso» de su ración C mientras se oían los gritos de una mujer procedentes de un edificio en ruinas cercano.

—Lleva dando alaridos como ésos todo el día —dijo el hombre—. A veces me da un poco de pena esa pobre gente.<sup>229</sup>



Una noche, a mediados de noviembre, tras encontrar los cadáveres de cuatro soldados de la 3.<sup>a</sup> División en sus trincheras, un sargento comentó: «Vosotros podéis pasaros toda la vida rezando, pero estos pobres tíos han muerto».230

Haciendo como que tocaba el contrabajo con su fusil, el sargento se puso a cantar *Heart of My Heart*, mientras un compañero jugaba con su casco como un bailarín de claqué con su bombín y bailaba una giga en honor del muerto.

«No puedes imaginarte que los hombres puedan hacerse unos a otros las cosas que se hacen», decía en una carta a su hermana un soldado situado en un punto de observación avanzado. «Supongo que soy un blando, pero no tengo más remedio que decirlo, Dios nos perdone a todos.» El hombre moriría una semana más tarde cuando una bomba le cortara la yugular.231

A las nueve y media de la mañana del jueves 11 de noviembre, Clark recorría las colinas de los alrededores de Nápoles en dirección a Avellino, donde iba a ser dedicado un nuevo cementerio norteamericano con motivo del vigésimo quinto centenario del armisticio que había puesto fin a la primera guerra mundial. El sol brillaba en los cientos de cruces y estrellas de David blancas, dispuestas en un orden perfecto a lo largo y ancho de un antiguo campo de patatas.232

—Aquí estamos, un cuarto de siglo después, con los mismos aliados que entonces, peleando contra los mismos perros enloquecidos que quedaron sueltos en 1918 —dijo Clark, hablando sin apoyarse en ningún apunte, junto al mástil de la bandera—. Dieron sus vidas para que la gente en nuestro país pudiera llevar la vida que siempre hemos querido llevar, una vida feliz, y para que sus hijos pudieran ir a las escuelas y a las iglesias que quisieran, y hacer el tipo de trabajo que quisieran. Y aquí estamos luchando ahora, ante todo para salvar a nuestro país de la devastación que vemos aquí en Italia.

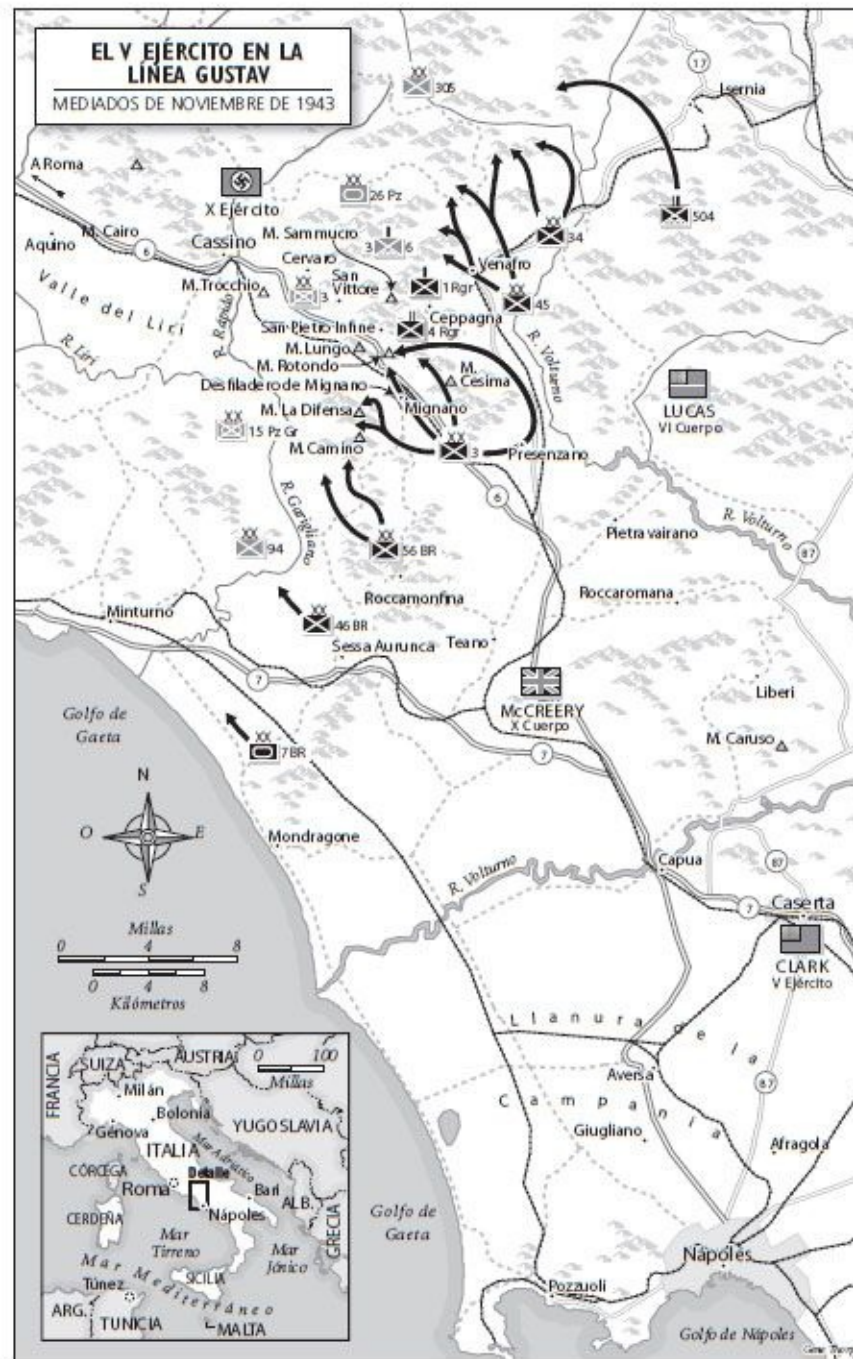
Se estiró cuan largo era, de modo que parecía una vara rematada por una gorra. Y continuó:

—No debemos pensar en regresar a casa. Ninguno de nosotros va a irse hasta que esto acabe ... Hemos recogido la antorcha que estos hombres nos pasaron, y la llevaremos hasta Berlín y hasta la gran victoria, una victoria total, que la unión de las naciones se merece.

Una guardia de honor disparó tres salvas. El relleno de los cartuchos vacíos salió revoloteando por encima de las tumbas. Una corneta tocó el toque de silencio, que repitió otra corneta invisible en alguna glorieta cercana.

—Ha sido una bonita ceremonia —dijo Clark.

Una vez acabado el discurso, montó otra vez en el jeep para volver al campo de batalla.



Imperfecto como comandante y a veces insufrible como persona, Clark sabía perfectamente qué era aquello por lo que estaba luchando. Pocos serían los que lo quisieran, algunos incluso lo odiarían, pero la mayoría reconocía en él a un vigoroso general de campaña lo bastante voluntarioso, lo bastante indómito como para dirigir la dura guerra en la que se había convertido la campaña de Italia. Como

había dicho al jefe del Estado Mayor de Alexander, Clark creía que «la guerra puede vencerse en este teatro de operaciones»; creía también que el V Ejército podía tomar Roma, «y tenía la intención de hacerlo». En parte no era más que vanagloria: envidioso de Montgomery, Clark quería que el VIII Ejército quedara lejos de la capital de Italia y de los vítores que su conquista pudiera merecer. Por otra parte, aquel deseo reflejaba la obstinación de su tesón y la determinación de guardar lealtad. Él había recogido la antorcha que le habían pasado sus soldados muertos y estaba dispuesto a llevarla tan lejos como fuera necesario.<sup>233</sup>

Clark sabía que la batalla que estaba librándose en aquellos momentos había quedado atascada. Desde que cruzó el Volturno, el VI Cuerpo de Lucas había avanzado unos setenta kilómetros por el flanco derecho del V Ejército y menos de cuarenta por el centro, en Mignano. En cuanto al flanco izquierdo, el X Cuerpo de McCreery había avanzado poco más de veinticinco kilómetros. Aquel exiguo territorio había costado al ejército diez mil bajas desde mediados de octubre<sup>234</sup> y el equivalente a dos divisiones<sup>235</sup> desde el desembarco de Salerno, incluyendo más de tres mil muertos.<sup>236</sup> Aunque el valle del Liri estaba apenas a veinte kilómetros de allí, pero para el caso, como si estuviera en la luna. La Policía Militar había colocado carteles en todo el frente, como por ejemplo: «A partir de este punto sólo alemanes» o «Si sigues adelante, lleva una cruz encima».<sup>237</sup>

Los británicos habían decepcionado a Clark en el Volturno y en el ataque contra el Monte Camino.

—¿Por qué diablos no seguís adelante? —había preguntado a McCreery.<sup>238</sup> En privado y de forma harto injusta, Clark pensaba que las unidades estadounidenses eran «las únicas en las que puedo confiar para resolver la cuestión por las bravas».<sup>239</sup> En realidad, aunque el V Ejército contaba en aquellos momentos con 244.000 hombres, Clark carecía de reservas suficientes de una nacionalidad o de otra para sacar provecho de la brecha abierta incluso aunque llegara al valle del Liri.<sup>240</sup>

Llegar tan lejos resultaba de por sí bastante dudoso. Pocas de las tropas que en aquellos momentos se lanzaban contra la Línea Bernhardt estaban entrenadas para el combate en la montaña.<sup>241</sup> La mayor parte de ellas carecía del «ojo del montañés nato para saber cuál era la mejor forma de subir, bajar o atravesar una montaña», como diría la conclusión a la que llega la historia oficial británica. Por el contrario, «la principal táctica empleada por los Aliados sería la embestida a lo bestia, de cabeza», que exigía además enormes cantidades de municiones y la transformación

de las tropas de combate en porteadores camilleros. Will Lang, de la revista *Life*, apuntó en su cuaderno de notas: «Se necesita un hombre que transporte por cada dos que pelean».<sup>242</sup>

Para empeorar más las cosas, la demolición de los muelles de Nápoles limitaba las labores de aprovisionamiento. La ropa de lana, cuya llegada estaba prevista para mediados de octubre, se retrasó hasta mediados de noviembre, pues los envíos de munición tenían preferencia. La escasez de neumáticos, baterías y piezas de repuesto supuso la inmovilización de tres de cada diez camiones, entorpeciendo aún más la labor de los oficiales de intendencia que intentaban trasladar los materiales desde el puerto al frente.<sup>243</sup> Buena parte de los equipos para mal tiempo que estaban desarrollándose en Estados Unidos no llegarían hasta mediados de febrero.<sup>244</sup> Las unidades británicas redoblaron la asignación de mantas de dos a cuatro, requisando los abrigo de piel de oveja de Siria,<sup>245</sup> y aumentaron la ración diaria de azúcar en cien gramos para aquellos soldados que combatían a alturas superiores a los seiscientos metros.<sup>246</sup>

Demasiado poco y demasiado tarde. Las lesiones por «trauma de terreno frío» aumentaron enormemente en noviembre, produciéndose además los primeros mil casos de pie de trinchera entre las tropas norteamericanas.<sup>247</sup> Clark se quedó de piedra al enterarse de que los británicos habían empezado a deshacer una división cada dos meses para llevar a cabo reemplazos de campaña.<sup>248</sup> «Me gustaría que muchas cosas no tuvieran que hacerse con estrecheces», escribía Lucas. «Esta campaña fue mal planificada en muchos sentidos. Deberíamos tener al menos el doble de tropas de las que disponemos.»<sup>249</sup>

Era cierto, sí, que los alemanes también estaban en mala situación, y siempre era un consuelo fijarse en la miseria del adversario. Kesselring había estabilizado el frente metiendo en la pelea a otras dos divisiones, pero los primeros diez días de noviembre le costaron más de dos mil bajas.<sup>250</sup> «Tras sufrir un fortísimo fuego de artillería», escribía en su diario un suboficial alemán, «tengo el ánimo por los suelos».<sup>251</sup> En una carta que se encontró entre las pertenencias de un soldado capturado en el frente del Adriático, éste se lamentaba: «Ahora tengo piojos y llevo sin lavarme ni afeitarme quince días ... Lo único que hago es esperar a que acabe la guerra».<sup>252</sup> Otra carta, escrita por un soldado alemán en Polonia a un compañero capturado en Italia por la 3.<sup>a</sup> División, contenía una lúgubre confesión: «Ya hemos liquidado a nuestros mil doscientos esclavos judíos. Los enviamos a otro gueto, más allá de las fronteras de la vida».<sup>253</sup>

Clark llegó a la conclusión de que había llegado el momento de hacer una pausa.<sup>254</sup> El sábado 13 de noviembre se reunió con sus oficiales de mayor graduación en el puesto de mando del VI Cuerpo de Ejército y expuso las realidades del campo de batalla: cinco de las siete divisiones del V Ejército llevaban en la brecha casi sin interrupción desde el desembarco de Salerno; los británicos estaban atascados en Monte Camino; y el número de bajas y los problemas de abastecimiento seguían aumentando. El ejército «permanecería en las posiciones que actualmente ocupaba» durante al menos dos semanas.<sup>255</sup> Los mandos se encargarían de que las tropas «descansen todo lo que puedan». Los expertos en planificación dedicarían el resto del mes a elaborar un nuevo plan antes de que se reanudara la ofensiva.

—No debemos engañarnos —dijo Truscott, haciendo un gesto vago que aludía a las líneas alemanas situadas al norte—. Todavía quedan un montón de combates por librar contra ese hijo de puta.<sup>256</sup>

Pero fue Lucas el que aportó el epitafio más adecuado para el primer asalto de los Aliados sobre la Línea Gustav. «Hace un frío del demonio y sopla el viento», escribió en su diario. «Las guerras deberían hacerse en un terreno mejor que éste.»<sup>257</sup>

### «EL MUNDO ENTERO ARDÍA»

A las ocho y media de la mañana del sábado, 20 de noviembre, el Seis Elevado a la Máxima Potencia —por lo demás conocido como Dwight D. Eisenhower— se encontraba fumando un cigarrillo en los muelles de Mers el-Kébir, la gran base naval francesa situada a diez kilómetros al oeste de Orán. La nieve cubría los majestuosos montes Atlas, al sur, y una brisa helada barría los muelles, donde los marineros, vestidos con monos y el típico chaquetón azul marino, iban y venían de las dársenas a los almacenes. Un espléndido sol de invierno brillaba en los cielos africanos y el Mediterráneo centelleaba como si fuera de lapislázuli pulido. En el fondeadero bien resguardado, el buque de guerra de la Marina estadounidense *Iowa*, que acababa de llegar a puerto, se mecía debidamente amarrado a sus cadenas después de una travesía trasatlántica, y Eisenhower observaba a través de sus prismáticos de campaña cómo un bote era descargado por los pescantes de babor.<sup>258</sup> Había venido a dar la bienvenida a los pasajeros más distinguidos del

acorazado, entre ellos uno particularmente ilustre cuyo nombre clave era Cargo;<sup>259</sup> en pocos minutos, hasta la importancia de Seis Elevado a la Máxima Potencia quedaría notablemente reducida.

Se alegraba de aquella distracción.<sup>260</sup> El otoño en el CGFA había sido una temporada angustiosa. Las optimistas predicciones de que el camino a Roma iba a ser un paseo se habían revelado pura fantasía, y la batalla de la Línea Gustav ahora parecía decantarse hacia el lado de la catástrofe. «Estamos muy molestos ... con la campaña de Italia», decían los jefes de Estado Mayor británicos en un telegrama el 4 de noviembre,<sup>261</sup> dando a entender incluso que el empate al que se había llegado en este país tal vez exigiera el aplazamiento de la Operación Overlord.<sup>262</sup> Los mordaces mensajes de Marshall, en los que echaba la culpa a Eisenhower por no haber «dado un puñetazo en la mesa» y por haber hecho un mal uso de la fuerza aérea aliada, le habían hecho «quemar el aire» de desesperación, según informaba Harry Butcher. Sus explicaciones a Washington y a Londres despedían un ocasional olor a martirio. Al atraer la cólera de los ejércitos de Kesselring hacia los suyos, advertía a la Junta de Jefes de Estado Mayor Conjunto, «no importa demasiado lo que pueda sucedernos si la Operación Overlord tiene éxito». El V y el VIII ejércitos, separado uno del otro por los Apeninos, continuaban luchando dos guerras distintas, pero Eisenhower parecía incapaz de elaborar un plan mejor. «He intentado por todos los medios posibles evitar un simple combate a lo bruto a lo largo de un frente demasiado ancho», decía a Alexander el 9 de noviembre.<sup>263</sup> Desde las invasiones de la Operación Antorcha un año antes, las bajas de los Aliados en el Mediterráneo habían sobrepasado las cien mil.<sup>264</sup> En las exhortaciones a sus tropas, que no habrían estado de acuerdo con él en eso de que «no importa demasiado lo que pueda sucedernos»,<sup>265</sup> Eisenhower se había visto reducido a la situación de tener que invocar a las divinidades preposicionales: «El Dios de la Justicia lucha en nuestro bando».<sup>266</sup>

La política y las discusiones absurdas seguían acosándolo: si Capri debía convertirse en un coto exclusivo de la fuerza aérea («contrariamente a mis planes»); si le desagradaba la fotografía Margaret BourkeWhite («absolutamente falso»); por qué un hombre que se declaraba religioso blasfemaba a veces («¡Maldita sea! Soy un hombre religioso»); si iba a presentarse candidato a las elecciones presidenciales («Ni me presento ni quiero hacerlo»). Algunas preguntas le obligaban a rascarse la cabeza, entre ellas la oferta de diez mil libras que le había hecho un empresario sudafricano, «si me consigue usted la aparición personal de Mussolini en los escenarios de los teatros de nuestra Ciudad del Cabo. Contrato de tres semanas». Beetle Smith proponía la creación de un estado mayor especial del CGFA, «cuyo

cometido sería únicamente mantener asustado al frente civil», pues el Pentágono y Whitehall parecían más sensibles cuando se producía alguna amenaza de catástrofe.<sup>267</sup>

Todo aquello le deprimía, aunque a sus cincuenta y tres años seguía irradiando vigor. «Solía subirse por las paredes si alguien insinuaba más o menos que parecía cansado», recordaba Kay Summersby.<sup>268</sup> Más irritante durante las últimas semanas resultaba la frecuente especulación sobre quién iba a estar al mando de la Operación Overlord, y las insinuaciones de que Marshall y él rivalizaban por el puesto. Aquel tema le resultaba «sobremanera incómodo», escribiría después John Eisenhower.<sup>269</sup> El general denunció aquellos rumores calificándolos de «chismorreos falsos y maliciosos», verdadera quintaesencia de las cuestiones absurdas.<sup>270</sup>

El bote se acercó más al muelle. Eisenhower fue al encuentro de Marshall, King, Harry Hopkins y del general H. H. «Hap» Arnold, jefe de las fuerzas aéreas del ejército, que se encontraban de pie junto a la borda. Una figura sonriente y bronceada tocada con un sombrero gris se puso a hacerle gestos con la boquilla bajo la brillante luz del sol y le gritó desde su silla de ruedas:

—¡Tiempo Roosevelt!<sup>271</sup>

Apretones de manos y una confusa sucesión de saludos acogieron al presidente y a sus jefes de Estado Mayor; «toda la virilidad fuerte de la guerra», según la expresión de Kay Summersby.<sup>272</sup> De camino a las conferencias sobre estrategia de El Cairo y Teherán, tenían pensado volar a Túnez y pasar allí la noche para luego proseguir hacia Egipto. Unos agentes de los servicios secretos subieron a Roosevelt a una limusina blindada, en la que montaron también Eisenhower y dos de los hijos del presidente, Elliott y Frank, Jr., que prestaban servicio en el Mediterráneo.<sup>273</sup>

Durante el trayecto de ochenta kilómetros hasta el aeródromo de La Sénia, al sur de Orán, Roosevelt describió con evidente deleite cómo el *Iowa* había estado a punto de ser hundido: el domingo 14 de noviembre por la tarde, con buen tiempo y mar en calma frente a las costas de las Bermudas, había estado en cubierta contemplando los ejercicios de tiro de las baterías antiaéreas contra los globos meteorológicos a la deriva cuando desde el puente de mando se anunció:

—¡Torpedo! ¡Torpedo por la banda de estribor!

Un marinero gritó:

—¡No es un ejercicio de entrenamiento!

A continuación se produjo una agitación frenética: pitidos, señales de alarma, señales con las banderas; una verdadera estampida hacia los camarotes. Unos agentes del servicio secreto corrían de un lado a otro con las pistolas

desenfundadas. El *Iowa* se puso rápidamente a velocidad de flanco y se escoró a babor intentando hacer un movimiento de evasión.

—Lléveme hasta la borda de estribor —dijo Roosevelt a su asistente—. Quiero ver el torpedo.<sup>274</sup>

Avanzando a una velocidad de cuarenta y seis nudos, el torpedo explotó en la estela de turbulencia del *Iowa*, a varios centenares de metros a popa y lo hizo con tanta violencia que muchos a bordo del acorazado pensaron que el barco había sido alcanzado. A una milla de distancia, el culpable de la acción pidió disculpas por medio del lenguaje de banderas: el destructor de la Marina de Estados Unidos *William D. Porter*, que formaba parte de la escolta del *Iowa*, había disparado accidentalmente el tubo de lanzamiento número 3 durante un ensayo de ataque con torpedos. El almirante King ordenó al destructor regresar a puerto con toda su tripulación bajo arresto.

—Dime, Ernest —había preguntado Hap Arnold—, ¿os ocurren cosas así con frecuencia en la Marina?<sup>275</sup>

Hopkins suponía que el capitán del *Porter* debía de ser «algún maldito republicano».<sup>276</sup>

Roosevelt echó hacia atrás la cabeza lleno de satisfacción. La caravana de automóviles avanzó por la pista asfaltada de La Sénia, donde los aguardaban cuatro C-54 para trasladarlos a Túnez. Había mucho de qué hablar, empezando por las próximas conferencias con Churchill y Stalin, la inminente campaña en Europa occidental, y la forma en la que quedaría el mundo tras la derrota del Eje.

—La guerra y la paz —exclamó Roosevelt—. ¿Puedes esperar un poco, Ike?<sup>277</sup> Eisenhower asintió con la cabeza.

—Más o menos, señor.

El presidente tenía planeado volar a El Cairo desde Túnez el domingo al amanecer, pero el sábado, después de una animada cena en La Marsa, en un salón con vistas al mar, anunció, pese a las objeciones del servicio secreto, que pasaría un día más allí visitando los campos de batalla tunecinos. A mediodía del sábado, Summersby aparcó el Cadillac delante de la Villa de Invitados Número 1. Roosevelt se acomodó en el asiento de atrás con Eisenhower. Un agente del servicio secreto con una ametralladora metida en una gran caja montó delante con Telek, el terrier del general, que no paraba de ladrar. Completaban el convoy tres camiones de agentes de la Policía Militar, un coche radio y ocho escoltas en moto.<sup>278</sup>

Pasaron por delante del palacio del bajá y del acueducto romano y luego torcieron hacia el sudoeste para seguir el frondoso valle del río Medjerda. Eisenhower contó con gran facundia y entusiasmo cómo las tropas británicas y



norteamericanas, justo un año antes, habían cruzado la llanura desértica tunecina y habían bajado por aquel valle hasta Djedeïda, desde donde podían verse incluso los minaretes de Túnez; cómo las tropas de Kesselring se habían fortificado —justo aquí, en el Punto 186—, y habían hecho retroceder a los Aliados valle arriba en una serie de durísimas batallas campales durante el invierno en Tébourba y Medjez-el-Bab o la Colina de la Parada Larga; cómo Rommel había atacado por el sur, arremetiendo por el Paso de Kasserine y llegando casi hasta el gran depósito de pertrechos de Tébessa; cómo en la primavera los Aliados habían logrado finalmente reagruparse hasta acabar rodeando la cabeza de puente obtenida por el Eje en Túnez y Bizerta, donde las inexpertas tropas norteamericanas se redimieron de sus fracasos en Matear y en la Colina 609, «ahí a la derecha».

Se detuvieron a almorzar en un bosquecillo de eucaliptos, en la orilla izquierda del Medjerda. Los agentes de la Policía Militar formaron un amplio cordón de seguridad, colocándose codo con codo, de espaldas a los comensales.<sup>279</sup> ¿Era posible —preguntó Roosevelt— que los tanques norteamericanos y alemanes combatieran en el campo de batalla de Zama, donde Escipión el Africano había aplastado a Aníbal y había puesto fin a la Segunda Guerra Púnica en 202 a.C.? Eisenhower no podía decírselo con seguridad, pero cerca del bosquecillo en el que estaban almorzando se había levantado en otro tiempo la antigua Útica; allí, en 46 a.C., según Plutarco, Catón el Joven se había sublevado contra Julio César en defensa de los ideales republicanos, leyendo el diálogo *Sobre el alma* de Platón mientras las tropas de César lo acorralaban, y luego arrojándose sobre su propia espada para convertirse en «el único hombre libre que no había sido derrotado» de la gran Roma.<sup>280</sup> Cuando el presidente terminó su bocadillo, Eisenhower se fue dando un paseo a inspeccionar la carcasa achicharrada de un tanque.

—Ike —le preguntó Roosevelt cuando volvió—, si hace un año te hubieran pedido que apostaras si el presidente de Estados Unidos habría estado almorzando o no ahora en esta carretera secundaria de Túnez, ¿qué te habrías jugado?<sup>281</sup>

A última hora de la noche, la comitiva presidencial despegó con destino a El Cairo en el aeródromo de El Aouina, en Túnez. Prácticamente no se había hecho alusión a Italia. «Eisenhower no dio muestras de preocupación por el éxito de la operación italiana ... para la cual muchos de nosotros no pensábamos que tuviera fuerzas suficientes», escribía el almirante William D. Leahy, presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor Conjunto.<sup>282</sup> Menos aún se habló del mando de la Operación Overlord, aunque, después de tomar varias copas de jerez, King afirmó que Marshall conseguiría el encargo y que Eisenhower regresaría a Washington como jefe del Estado Mayor del ejército. Roosevelt parecía considerar a

Eisenhower un personaje más formidable que el ambicioso joven general al que había visto por última vez en Casablanca diez meses antes.<sup>283</sup> Pero, como de costumbre, él seguía mostrándose alegre y poco claro, haciendo sólo el siguiente comentario crítico: «Resulta peligroso jugar con un equipo ganador».<sup>284</sup>

Pocos días después, Eisenhower decía en una carta a Mamie: «Este eterno golpear, golpear y golpear parece una pesadez, pero cuando acabe, es posible que muchos de nosotros estemos a punto del colapso nervioso y seamos incapaces de llevar una vida normal». Y como si añadiera una posdata para sí mismo, hacía la siguiente observación: «Sé que he cambiado como persona. Nadie podría soportar ver las cosas por las que yo he pasado y seguir siendo el mismo que era al principio».<sup>285</sup>

Evidentemente en La Marsa no se dedicó discusión alguna al desarrollo de la campaña de Italia con el que tanto Roosevelt como Eisenhower habían tenido algo que ver y que en aquellos momentos acontecía en la ciudad portuaria de Bari, a orillas del Adriático.<sup>286</sup>

Pocas poblaciones de Italia se habían librado de los estragos de la guerra con más gallardía que Bari, con sus numerosas azoteas y paredes blancas. En otro tiempo la ciudad había sido lugar de embarque de los cruzados que iban a Oriente, y había sido destruida por Guillermo el Malo, restaurada por Guillermo el Bueno, y renovada a raíz de la llegada de los huesos de san Nicolás, robados en Asia Menor por unos marinos bareses en el siglo XI.<sup>287</sup> Se decía que la devoción de san Francisco por la castidad había sido puesta a prueba en Bari por una atractiva tentadora cuyas invitaciones rechazó el santo arrojándole un brasero con carbones ardiendo.<sup>288</sup> Horacio calificaba a la ciudad de «famosa por sus pescados», y seguía habiendo criaderos de almejas, erizos de mar, sepias y ostras en el rompeolas, contra cuyas rocas solían los pescadores golpear los pulpos para ablandar su carne.<sup>289</sup> Los vendedores ambulantes arrastraban sus carretas por las tortuosas callejas de la ciudad vendiendo amuletos contra el mal de ojo, mientras que los peregrinos desdentados de la basílica de san Nicolás solicitaban devotamente la intercesión del santo. Los *netturbini*, provistos de carretillas, limpiaban los montones de basura que por la noche era arrojada a la calle desde las ventanas. A diferencia de Nápoles, «la ágil e ingeniosa clase de delincuentes de Bari estaba formada fundamentalmente por niños pequeños», escribía un oficial y novelista inglés llamado Evelyn Waugh. El monumento más moderno de la ciudad era el

Estadio del Bambino, construido por Mussolini como recompensa a la ciudad por ser la localidad italiana que producía relativamente un número mayor de niños varones.<sup>290</sup>

Los ingleses que habían liberado la ciudad habían sido recibidos con ramos de flores y discursos, aunque un comandante británico comunicaba que para cuando llegó Montgomery en un jeep descapotable, sólo una minoría del millón de habitantes de la localidad «salió a verlo pasar, pues para entonces la novedad ya había pasado».<sup>291</sup> Las tiendas seguían ofreciendo medias de seda por cuatro chelines,<sup>292</sup> y los soldados aliados, cuando no se quedaban mirando boquiabiertos las estatuas de faunos y ninfas que decoraban el teatro de la ópera, merodeaban por un economato bien surtido de jabón Palmolive y barras de chocolate Hershey.<sup>293</sup> El espacioso puerto, rodeado de un muelle de piedras ciclópeas de trescientas cincuenta toneladas de peso cada una,<sup>294</sup> se encontraba en buenas condiciones cuando había sido conquistado, y en aquellos momentos trabajaban en él mil estibadores durante las veinticuatro horas del día.<sup>295</sup>

Tenían muchas cosas que descargar. Nápoles se reintegraba lentamente a la vida, por lo que Bari constituía el principal puerto de abastecimientos del VIII Ejército y de las fuerzas aéreas aliadas que en aquellos momentos estaban construyendo casi cincuenta campos de aviación en Foggia y en otros lugares. Llevar los pesados bombarderos a Foggia requería unos transportes semejantes a los que se necesitaban para mover dos divisiones del ejército; mantener en vuelo aquellos aviones habría supuesto una labor de abastecimiento igual a la requerida por todo el VIII Ejército. Para pavimentar una sola pista de aterrizaje practicable siempre, impidiendo que se cubriera de barro, se necesitaban, por ejemplo, cinco mil toneladas de planchas de acero perforadas. El 1 de diciembre, la recién creada XV Fuerza Aérea inauguró su cuartel general en Bari. El oficial al mando, un antiguo boxeador de la categoría peso gallo que poseía además un doctorado en aeronáutica y la Medalla de Honor, el general de división James H. Doolittle, se trasladó a un elegante despacho en el primer piso de un edificio con vistas al mar, en la antigua comandancia de la aviación italiana.<sup>296</sup>

La misión de Doolittle consistía en reforzar el bombardeo de los objetivos estratégicos, como por ejemplo las fábricas de aviones y las instalaciones petrolíferas alemanas, que en aquellos momentos llevaban a cabo escuadrones británicos y estadounidenses con base en Gran Bretaña. Doolittle había asegurado que las condiciones de vuelo de los cielos en Italia eran casi el doble de buenas que las del Reino Unido, afirmación dolorosamente desmentida por la cancelación debido al mal tiempo de casi la mitad de las misiones de bombardeo previstas para

el mes de noviembre. No obstante, en aquellos momentos los pilotos aliados eran los dueños de los cielos de Italia. Los bombarderos alemanes con mayor autonomía de vuelo habían sobrevolado Italia sólo ocho veces desde mediados de octubre, incluidos los cuatro ataques lanzados sobre Nápoles en el mes de noviembre. Casi tres cuartas partes de la totalidad de los cazas de la Luftwaffe se habían retirado a Alemania, y la aviación aliada había machacado con tanta intensidad los aeródromos del enemigo que sus incursiones recibían el nombre de Días de Festejo del Reich.<sup>297</sup>

Tan engreídos estaban los mandos de la aviación aliada que el jueves 2 de diciembre por la tarde, el vicemariscal del aire Arthur Coningham aseguraba a los periodistas:

—Consideraría un insulto y una ofensa personal que la Luftwaffe intentara llevar a cabo una acción significativa en nuestra zona.<sup>298</sup>

Mientras Coningham lanzaba este reto al destino, la dársena número 29 del muelle exterior del puerto de Bari era ocupada por un carguero ordinario, el *John Harvey*.<sup>299</sup> Había llegado cuatro días antes formando parte de un convoy de nueve barcos mercantes, después de una odisea que había empezado en Baltimore y que comportaría paradas en Norfolk, Orán y Augusta. La única cosa insólita era su cargamento: mil trescientas cincuenta toneladas de bombas llenas de una toxina llamada por los químicos sulfuro de dicloretileno y para los especialistas en armas químicas HS, pero conocido entre los simples mortales por gas mostaza. Algunos militares destinados en el puerto conocían cuál era el cargamento del *John Harvey*, pero se había dado preferencia a otros barcos cargados de suministros médicos y munición convencional, por lo que el *Harvey* no se descargó y permaneció amarrado casco contra casco junto a otros catorce navíos en el Molo Nuovo. Los torpederos alemanes infestaban el Adriático y los investigadores llegarían más tarde a la conclusión de que «el barco se encontraba en aquellos momentos en un lugar tan seguro como cualquier otro».<sup>300</sup>

En el Norte de África no se había encontrado ningún almacén de armas químicas del Eje, y el CGFA creía que la guerra química por parte de Alemania «parece improbable», excepto «en algún momento crítico de la guerra, cuando quepa esperar que semejante recurso sea decisivo».<sup>301</sup> Pero Eisenhower se preguntaba si tal vez no estaría acercándose ese momento. Basándose en la información de los servicios secretos italianos, a finales de agosto había avisado a Marshall de que Berlín había «amenazado con que si Italia se volvía contra Alemania, ésta utilizaría el gas contra su antigua aliada y se tomaría la venganza más terrible», como lección para otros amigos volubles. Churchill también tocó el

timbre de alarma en una nota enviada a Roosevelt. Los interrogatorios de los prisioneros del V Ejército daban a entender que Alemania había intensificado los preparativos para llevar a cabo ataques químicos,<sup>302</sup> y corrían rumores de la existencia de un nuevo gas extraordinariamente potente.<sup>303</sup> «Muchos soldados del ejército alemán decían: “Adolf recurrirá al gas cuando no haya otra salida”», señalaba un memorando del V Ejército a mediados de octubre.<sup>304</sup> Se sospechaba que diecinueve fábricas alemanas elaboraban gases venenosos, y había otras diseminadas por la Europa ocupada.<sup>305</sup>

Veintiocho gases distintos habían causado más de un millón de bajas en la primera guerra mundial, empezando por un ataque alemán con clorina cerca de Ypres en abril de 1915.<sup>306</sup> El propio Hitler había sufrido ceguera temporal a consecuencia del gas mostaza de los británicos;<sup>307</sup> el gas mostaza, un líquido que emitía vapor a temperatura ambiente, producía ampollas en la piel expuesta a sus efectos y atacaba a los ojos y a las vías respiratorias. En 1943 ningún alto mando podía tomarse a broma una amenaza manifiesta de los alemanes acerca del empleo de gases tóxicos. Espoleado por el recrudecimiento de las preocupaciones en el Mediterráneo, Roosevelt advirtió públicamente a Berlín en el mes de agosto de una eventual «venganza en especie, completa y rápida».<sup>308</sup> La política de los Aliados hacía tiempo que había autorizado el establecimiento de grandes depósitos de sustancias químicas cerca de Orán y en otros lugares;<sup>309</sup> cuando las reservas de gas mostaza fueron trasladadas en convoyes a África, fueron apostados agentes de la Policía Militar en los remolques de los camiones «para informar de «cualquier fuga de gases venenosos que pudiera producirse, evitando así cualquier peligro para la población nativa».<sup>310</sup>

Pues bien, para garantizar la capacidad de llevar a cabo una «venganza rápida», el CGFA y el Departamento de Guerra habían acordado en secreto acumular en el Mediterráneo una reserva de armas químicas para cuarenta y cinco días, de la que formaban parte más de doscientas mil bombas de gas mostaza.<sup>311</sup> (Nunca se ha explicado debidamente cómo habrían podido ser disuadidos los alemanes si los métodos de disuasión permanecieron en secreto.<sup>312</sup>) Con la aprobación de la Casa Blanca, se instalaría en Foggia un gran almacén secreto, empezando por el cargamento que seguía guardado en las bodegas del *John Harvey* al atardecer del jueves.<sup>313</sup>

Varios millares de militares aliados y de espectadores italianos se encontraban en el cercano Estadio del Bambino, no lejos de la estación del ferrocarril de Bari, cuando daban comienzo las últimas entradas con luz de un partido de béisbol entre dos

equipos de oficiales de intendencia.<sup>314</sup> Los espectadores llenaban asimismo los cines de toda la ciudad; en Porto Vecchio ponían *El sargento York*, protagonizada por Gary Cooper.<sup>315</sup> En el club de los ingleses, en el Molo San Nicola, una vocalista entretenía con sus canciones a los oficiales nostálgicos que bebían parsimoniosamente ginebra. Las italianas acarreaban agua de las fuentes situadas en todas las esquinas de la ciudad vieja, o ponían a secar la pasta recién hecha sobre bandejas de mimbre.<sup>316</sup> Las luces estaban encendidas en las grúas del puerto y en los rompeolas: a las cinco y media había llegado otro convoy, elevando así a cuarenta el número de embarcaciones amarradas en el puerto, y los estibadores manejaban los montacargas y los ganchos para coger los fardos. Los marinos mercantes estaban acabando de cenar o se encontraban descansando en sus literas, escribiendo alguna carta o leyendo. A bordo del *Louis Hennepin* los marineros sacaron una baraja.<sup>317</sup> En su espacioso despacho con vistas al mar, Jimmy Doolittle ojeaba los informes de una reciente misión de bombardeo contra Sollingen; al oír el ruido de unos aviones en el cielo, supuso que eran más C-47 que traían nuevos hombres y materiales a Bari. Eran las siete y veinte de la tarde.

Los dos primeros aparatos de la Luftwaffe arrojaron cajas de naipes llenas de pequeñas láminas de metal en tiras.<sup>318</sup> Esas láminas de metal en tiras llamadas «Window» por los Aliados y «Düppel» por los alemanes, tenían por objeto desviar y eliminar las señales de los radares. La táctica confundió a los radares y a los reflectores aliados, pero por lo demás resultó inútil: la principal antena de radar de aviso inmediato, situada en el tejado de un teatro de la Via Vittorio Emmanuele estaba rota desde hacía varios días.<sup>319</sup> Los cazas ingleses, que habían despegado al anochecer para llevar a cabo las tareas rutinarias de patrullaje, ya habían aterrizado sin incidentes. Las interceptaciones de Ultra habían revelado el interés de los aviones de reconocimiento alemanes por Bari, pero nadie sospechaba que Kesselring y sus subordinados de la Luftwaffe hubieran orquestado un gran ataque aéreo contra el puerto para ralentizar el avance del VIII Ejército y la acumulación de efectivos en Foggia.<sup>320</sup> «Riesgos como los aceptados en el puerto de Bari en aquella ocasión debían desembocar en un daño proporcional a los riesgos asumidos», diría a Eisenhower tres semanas después su jefe máximo de las fuerzas aéreas.<sup>321</sup> Para evitar el fratricidio, un oficial británico de alta graduación había insistido en que la artillería naval no disparara si no era atacada.<sup>322</sup>

Ese momento no tardó en llegar. Guiados por las luces del puerto y sus propias bengalas, veinte bombarderos Ju-88 entraron en medio de un ruido atronador apenas a ciento siete pies de altura. Unas cuantas ráfagas de balas trazadoras fueron lanzadas contra las bengalas que iluminaban el puerto, pero los artilleros,

deslumbrados, se vieron obligados a disparar sus proyectiles contra los aparatos atacantes guiándose por el oído.<sup>323</sup> Las primeras bombas cayeron cerca de la Via Abate Gimma, en el centro de la ciudad. Las explosiones que se produjeron en las cercanías del Hotel Corona mataron a civiles y soldados aliados por igual. Una mujer gritó:

—*Non voglio morire!* («¡No quiero morir!»)

Sin embargo, fueron muchos los que murieron. Cerca de la Piazza Mercantile se hundió una casa, enterrando a una madre con sus seis hijos. Los amantes del béisbol salieron corriendo en estampida del estadio. La puerta del despacho de Doolittle saltó hecha añicos y la ventana se desintegró. Quitándose el polvo de encima mientras las bombas empezaban a estallar en el puerto iluminado por las bengalas, Doolittle comentó a otro oficial:

—Están dándonos una paliza.<sup>324</sup>

Lo peor estaba por llegar. Las bombas causaron la rotura de un oleoducto en el muelle del petróleo.<sup>325</sup> El combustible ardiendo se propagó por el puerto y los muelles, obligando a los estibadores a arrojar al mar. El *Joseph Wheeler* fue alcanzado de lleno por un proyectil que hizo saltar por los aires todo el lado de estribor y mató a los cuarenta y un hombres que componían su tripulación.<sup>326</sup> Una explosión se llevó consigo la mitad del puente del *John Bascom*, arrancando los zapatos de los pies de los marineros y sus relojes de pulsera. El cargamento del *Bascom* estaba formado por material hospitalario, que salió ardiendo, lo mismo que la gasolina, incendiando las coderas de la nave de modo que ésta quedó a la deriva y chocó con el *John L. Motley*, cargado con cinco mil toneladas de munición y ya con una vía de agua producida por el estallido de una bomba en la compuerta número 5. Envuelto en llamas, el *Motley* chocó contra un dique y explotó, matando a sesenta y cuatro marineros de su dotación y catapultando hasta los muelles fragmentos de metal incandescente. La explosión hizo que se hundiera la parte de popa del *Bascom*, ya pasto de las llamas —«el barco no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir», comentaría un miembro de su tripulación— y provocó una ola que barrió el rompeolas, arrojando de nuevo al mar a los marineros que habían logrado salir del agua.<sup>327</sup>

Una bomba estalló en las cubiertas inferiores del carguero inglés *Fort Athabaska*, matando a todos menos a diez de sus cincuenta y seis tripulantes. El carguero *Samuel J. Tilden* fue alcanzado por una bomba en la sala de máquinas antes de ser ametrallado desde el aire por un aparato alemán y desde tierra por las baterías antiaéreas, que disparaban a tontas y a locas;<sup>328</sup> un torpedero británico hundió poco después al carguero que iba a la deriva para que no incendiara otros

barcos. Dos bombas detonaron en el carguero polaco *Lwów*, provocando un incendio en la cubierta. Media hora después de que diera comienzo el ataque, el último avión alemán vaciaba su depósito de bombas y ponía rumbo al norte. «Todo el puerto estaba ardiendo», informaba el marinero Warren Bradenstein, «había fuego sobre la superficie del agua, los barcos eran pasto de las llamas y explotaban».<sup>329</sup>

Entre los barcos incendiados estaba el *John Harvey*, amarrado en la dársena número 29, con su cargamento secreto.<sup>330</sup> Poco después de que el *Motley* saltara por los aires, el *Harvey* explotó con mayor violencia aún, causando la muerte de su capitán y de sus setenta y siete tripulantes. Se elevó hacia el cielo nocturno un surtidor de llamas de trescientos metros, descargando sobre el puerto una lluvia de residuos ardiendo, entre otras cosas cubiertas de escotillas, casquillos de bombas, y un aguilón, que se clavó en la cubierta de otro barco como si fuera una jabalina. La explosión partió en dos al carguero *Testbank*, matando a sus setenta tripulantes, arrancó de sus marcos las compuertas del buque estadounidense *Aroostook*, cargado con mil novecientos barriles de combustible de aviones de cien octanos. Las ventanas, entre otras las del cuartel general de Alexander, se hicieron añicos y los pedazos fueron a parar a doce kilómetros de distancia; las tejas de todos los tejados de Bari se vinieron abajo.<sup>331</sup> Un viento abrasador recorrió el puerto —«Tuve la sensación de que iba a estallar y de que me quemaba por dentro», recordaba George Southern, un joven oficial que se encontraba en el castillo de proa del *Vulcan*, de la Marina de Su Majestad—, seguido de otra ola que se extendió por todo el puerto, arrastrando restos flotantes por los malecones y empapando a los hombres de agua de mar contaminada con sulfuro de dicloretileno. Un marinero del *Vulcan* describía cómo «cientos de tíos nadaban y se debatían desesperadamente, gritando y pidiendo ayuda». Según otro marinero, «parecía que el mundo entero ardía».<sup>332</sup>

El horror se apoderó de la ciudad. Los civiles fueron aplastados en la carrera desenfrenada hacia un refugio antiaéreo; otros se ahogaron cuando las tuberías reventadas inundaron otro refugio y el amasijo de ruinas bloqueó las salidas.<sup>333</sup> Una niña quedó atrapada entre los escombros junto a los cadáveres de sus padres y sólo pudo ser liberada después de que un cirujano le amputara un brazo.<sup>334</sup> Unos soldados asistían a los servicios nocturnos de una iglesia protestante cuando las bombas volaron por los aires la pared delantera de la capilla, que se precipitó sobre la calle, derribando el púlpito y reduciendo a astillas los bancos; sobreponiéndose como pudieron, los hombres exclamaron:

—Si así debe ser, Señor, llegaremos ante ti cantando.<sup>335</sup>



Los cadáveres de los marinos mercantes y de los italianos que trabajaban en el puerto yacían por el malecón o flotaban boca abajo en medio del agua espumosa. Por todo el puerto se oían gritos, mezclados con las peticiones de ayuda y los extraños compases de un himno. El fuego atrapó a sesenta hombres en el rompeolas oriental hasta que la valerosa tripulación de un bote salvavidas noruego logró rescatarlos a las once de la noche. Los cascos incendiados lanzaban extraños destellos en medio del vapor y el humo que cubría el puerto. Las explosiones hacían estremecerse a todo el Molo Nuovo en medio de la noche. Contemplando el panorama desde el paseo marítimo, negro de hollín, Will Lang, de la revista *Life*, apuntó en su cuaderno de notas lo siguiente: «Muchísimas pequeñas lenguas de fuego como incendios forestales ... Ahí van las municiones de Monty».<sup>336</sup>

Fueron hundidos diecisiete barcos, y otros seis resultaron gravemente dañados. Desde Pearl Harbor no se había producido ningún ataque imprevisto que causara tantos estragos en un puerto aliado. Los médicos corrían por los muelles, distribuían jeringas con morfina y cigarrillos. Lang anotó algunas otras observaciones: «Se ven por ahí muchísimos moribundos».<sup>337</sup>

Vendrían luego más muertes, unas muertes extrañas e inexplicables. Quizá la primera pista la diera un marinero que preguntó:

—¿Desde cuándo iban a traer ajos a Italia unos barcos norteamericanos?<sup>338</sup>

Otros también notaron aquel olor, tan característico del gas mostaza. El buque *Brindisi*, de la Marina de Su Majestad, acogió a bordo a decenas de refugiados cubiertos de petróleo y a primera hora del viernes la inflamación de los ojos y los vómitos eran epidémicos en toda la enfermería y en el alcázar de popa.<sup>339</sup> El *Bistra* recogió a treinta supervivientes y puso rumbo a Tarento; al cabo de unas horas toda la tripulación se había quedado casi ciega y sólo en medio de grandes dificultades logró amarrar después de entrar en el puerto.<sup>340</sup>

Las bajas inundaron los hospitales militares de los alrededores de Bari; entre ellas había algunos marineros que aún llevaban puestos los chalecos salvavidas, aunque les faltaban las dos piernas. «Las sirenas de las ambulancias que entraban en el hospital estuvieron sonando toda la noche», escribió en su diario una enfermera.<sup>341</sup> Muchos hombres que sólo tenían heridas superficiales eran envueltos en mantas y eran desviados al Hogar del Marino, con las ropas empapadas de petróleo. Un cirujano jefe admitió sentirse «considerablemente desconcertado por la situación de shock extremo que presentaban los pacientes con lesiones quirúrgicas menores».<sup>342</sup>

Al amanecer, las salas de los hospitales estaban llenas de hombres incapaces de abrir los ojos, «todos sufrían dolores y requerían tratamiento urgente».<sup>343</sup> Los perplejos médicos de pronto se encontraron operando ellos también con los ojos llorosos. Muchos pacientes presentaban pulso débil, presión sanguínea muy baja y letargia; sin embargo, el plasma no lograba reanimarlos: «Ningún tratamiento que pudiéramos ofrecerles valía de nada», escribía un médico.<sup>344</sup> El viernes por la mañana aparecieron las primeras ampollas en la piel, «grandes como globos y cargadas de líquido», según la descripción de una enfermera.<sup>345</sup> Centenares de pacientes fueron clasificados con «dermatitis T. N. D.» (todavía no diagnosticada).<sup>346</sup>

Un cirujano de la Marina Real que se encontraba en el puerto el jueves por la noche comunicó la existencia de rumores acerca de gases venenosos, pero en medio del caos sus informes no llegaron a las autoridades hospitalarias. Con el *John Harvey* en el fondo del puerto de Bari y su tripulación muerta, pocos eran los que conocían la naturaleza de su cargamento. Quienes la conocían se reunieron a las dos y cuarto de la tarde del viernes en una conferencia integrada por seis oficiales británicos y estadounidenses; acordaron que «para mantener el secreto, no debía darse en aquellos momentos ningún aviso general». Se vertería una tonelada de lejía para desinfectar el muelle a la altura de la dársena número 29 y se colocarían carteles con la advertencia: «Peligro — Humos».<sup>347</sup>

La primera muerte por gas mostaza se produjo dieciocho horas después del ataque, y no tardaron en venir otras, cada una «tan dramática como imprevisible», según un médico del ejército enviado desde Argel. «Individuos que parecían en condiciones bastante buenas ... en cuestión de minutos podían agonizar y morir.» El sótano del 98.º Hospital General se transformó en depósito de cadáveres: los casos desesperados eran trasladados al llamado Corredor de la Muerte; entre ellos estaba un pobre marinero que no dejaba de gritar:

—¿No oís esa maldita explosión?<sup>348</sup>

El fallecimiento del marinero Phillip H. Stone fue el típico: ingresado en el 98.º Hospital General sin heridas visibles, pero empapado en agua mezclada con petróleo, pocas horas después desarrolló ampollas y a las nueve en punto del sábado por la mañana estaba ya inconsciente, con «dificultades respiratorias». A las tres y media de la tarde recuperó el sentido, pidió agua, y «repentinamente murió». La autopsia reveló «oscurecimiento de la piel» y «epidermis fácilmente quebradiza», gran hinchazón del pene, labios negros y pulmones con una «peculiar consistencia gomosa». El marinero Stone tenía dieciocho años.<sup>349</sup>

A mediodía del viernes, los médicos estaban razonablemente seguros de que la «dermatitis T. N. D.», cuyos síntomas iban desde la piel bronceada hasta la aparición masiva de ampollas, se debía en realidad a la exposición a gas mostaza.<sup>350</sup> Los hombres que pensaban que se habían quedado ciegos para siempre finalmente eran obligados a entreabrir los párpados, hasta que «el paciente se convencía de que efectivamente podía ver».<sup>351</sup> Pero el daño ya estaba hecho. Algunas medidas muy simples que habrían podido salvar muchas vidas —desnudar a los pacientes que habían sufrido la exposición al gas y bañarlos— no fueron adoptadas hasta que cientos de ellos habían pasado horas inhalando los gases tóxicos procedentes de sus propias ropas contaminadas.<sup>352</sup>

Más de mil soldados aliados perdieron la vida o desaparecieron en Bari.<sup>353</sup> Los hospitales militares documentaron por lo menos ciento sesenta y siete bajas confirmadas por gas mostaza, entre ellas ochenta y tres muertes de aliados, pero los investigadores reconocerían «muchas otras cuyo historial no puede rastrearse».<sup>354</sup> Murió asimismo una cantidad comparable de civiles italianos; la cifra exacta seguiría siendo desconocida, en parte porque los médicos italianos no supieron nunca a lo que se enfrentaban. «Al no disponer de tratamiento», concluía más tarde una relación de los hechos, «los italianos sufrieron solos y murieron solos». Estuvieron apareciendo cadáveres en el puerto de Bari durante varios días, muchos de ellos mordisqueados por los cangrejos. Cubiertos con la bandera británica y trasladados en camiones, fueron enterrados unos junto a otros en fosas comunes.<sup>355</sup>

Las noticias acerca del ataque fueron severamente censuradas. «Con el fin de guardar el secreto, todos estos casos han sido diagnosticados como dermatitis T. N. D.», señalaba el 8 de diciembre un memorando.<sup>356</sup> En Argel, el reconocimiento de que el enemigo había realizado un ataque aéreo contra Bari mostraba una brevedad propia de un haiku: «El daño está hecho. Hubo varias bajas».<sup>357</sup> A mediados de diciembre, el *Washington Post* desveló el «ataque imprevisto más costoso desde Pearl Harbor», pero no se hizo pública la menor alusión al gas. Cuando los periodistas preguntaron al secretario de guerra Henry L. Stimson si la defensa aliada de Bari había sido laxa, contestó secamente:

—¡No! No voy a hacer comentarios sobre esto.<sup>358</sup>

Un general británico de la plana mayor de Eisenhower escribía a un colega de Londres en los siguientes términos: «No hay nadie al que pueda colgarse la responsabilidad del asunto».<sup>359</sup>

Corrieron rumores de que los alemanes habían utilizado el gas, pero un experto en guerra química enviado a Bari desde Argel llegaba a finales de diciembre a la conclusión de que debía echarse la culpa de todo al gas mostaza

almacenado a bordo del *John Harvey*, hallazgo confirmado en marzo de 1944 por una comisión de investigación secreta nombrada por Eisenhower. El general en jefe prefirió las evasivas: en sus memorias de posguerra, reconocería haber enviado gas mostaza a Bari, pero aseguraría que «el viento soplaba de tierra, y el escape de gas no causó ninguna baja». Churchill ordenó que los registros británicos eliminaran toda alusión al gas mostaza, y todas las quemaduras sufridas por la gente el 2 de diciembre serían atribuidas a la «acción del enemigo».<sup>360</sup>

Las dimensiones de la catástrofe permanecieron ocultas durante años. Tras ser desclasificado en 1959, el episodio siguió estando muy oscuro hasta 1967, cuando el Instituto Naval de Estados Unidos publicó un artículo erudito en sus *Proceedings*, seguido de un libro sobre el tema escrito por Glenn B. Infield en 1971. Los oficiales británicos negaron durante mucho tiempo haber tenido conocimiento del cargamento del *Harvey*, pero *The Times* de Londres informó en 1986 de que seiscientos marineros británicos contaminados en Bari recibirían pensiones de guerra con efecto retroactivo como consecuencia del reconocimiento oficial de que habían sido expuestos al gas. Curiosamente, las autopsias realizadas en Bari supusieron un adelanto trascendental para la quimioterapia moderna cuando los investigadores reconocieron que el gas mostaza había atacado los glóbulos blancos y el tejido linfático. Dos farmacéuticos contratados por el gobierno norteamericano demostraron poco después de la guerra, primero en ratones y luego con tumores humanos, que podía utilizarse una variante del gas para tratar cánceres de las glándulas linfáticas, como la enfermedad de Hodgkin.<sup>361</sup>

En diciembre de 1943, en Bari no había más que miseria. Miles de refugiados abandonaron la ciudad con hatillos a la cabeza, seguidos de algunas cabras.<sup>362</sup> El puerto seguiría cerrado durante semanas y hasta febrero de 1944 no se reanudarían plenamente sus actividades. El ataque destruyó en media hora treinta y ocho mil toneladas de cargamentos, entre otras cosas enormes cantidades de material médico y diez mil toneladas de planchas de acero necesarias para los aeródromos.<sup>363</sup>

El secretismo de los Aliados quizá engañara a la opinión pública, pero el enemigo no se dejó engatusar.

—Chicos, veo que os están rociando con vuestro propio gas venenoso —  
cloqueaba Axis Sally.

La División Hermann Göring y otras unidades intensificaron su entrenamiento químico. Un memorando del alto mando advertía: «Los Aliados podrían empezar la guerra química mañana mismo».<sup>364</sup>

## Invierno

Desde su fundación en el siglo XI, San Pietro Infine había ido acostumbrándose a la calamidad.<sup>1</sup> Terremotos, invasores, bandoleros y la gran emigración a América durante la década de 1880 habían ido endureciendo a los aldeanos; sus mil cuatrocientos habitantes eran recios, fatalistas y devotos. Asentado entre higueras silvestres y chumberas en la ladera meridional del Monte Sammucro, asomado al bucólico paisaje que pronto sería conocido como el Valle de los Corazones Púrpura, San Pietro había aprendido a ganarse la vida con sus olivos y su *stramma*, una variedad local de mimbre trenzado con el que se fabricaban cestas y esteras. Durante los últimos años, las paredes de los empinados senderos empedrados del pueblo se habían llenado de los consabidos eslóganes fascistas —«Adelante con Mussolini»—, pero la vida bajo el gobierno del Duce era más o menos como había sido siempre: mercado los viernes en la Piazza San Incola, mujeres llenando sus cántaros en la *fontana* a la sombra de los sicomoros, los rezos en la iglesia del pueblo, donde hombres y mujeres entraban a orar a Dios por puertas distintas, bajo una inscripción tallada en la piedra: «Que san Miguel Arcángel se acuerde siempre de nosotros, aquí y en todo lugar».

Entonces vino la guerra. Una noche, poco después de la capitulación de Italia, llegó una patrulla alemana a requisar todos los vehículos y armas de fuego.<sup>2</sup> En San Pietro había sólo cuatro familias que poseyeran automóvil, pero cuando uno de ellos protestó, le dijeron:

—¿Prefieres que te quitemos el coche o a tu hijo?

Los soldados cavaron trincheras y tendieron alambradas. El Palazzo Brunetti, el edificio más elegante de la población, se convirtió en el puesto de mando. Por sus ventanas salía olor a carne de cerdo y patatas hervidas, y en las ventanas de los

pisos superiores había hombres cubiertos con cascos en forma de capazo vigilando con sus prismáticos la Carretera 6, que serpenteaba por la Hoz de Mignano entre Monte Rotondo y Monte Lungo, a menos de dos kilómetros de distancia.

El 1 de octubre, fecha de la caída de Nápoles, los alemanes habían requisado todos los asnos y mulas del lugar, y ordenaron a los sanpietreses varones de entre quince y cuarenta y cinco años que se presentaran en la pequeña *piazza* situada encima de la *fontana*. Doscientos fueron militarizados y obligados a transportar municiones o a excavar fortificaciones en la Línea Bernhardt, que hacía una curva entre San Pietro y Monte Sammucro. Varios centenares más huyeron a las montañas y se refugiaron en cuevas o en las aldeas de los montes. Una noche de finales de octubre, el cura del pueblo, don Aristide Masia, hombre de mediana edad con gafas de montura de alambre y boca torcida, desapareció cuando se hallaba postrado en la cama. Se dijo que la Gestapo se lo había llevado, pero el único rastro suyo que se encontró fue su sotana negra hecha jirones, como una sombra, en la rama de un árbol a las afueras del pueblo.

La suerte de San Pietro quedó echada a mediados de noviembre.<sup>3</sup> Cuando el V Ejército arremetió contra Monte Camino y Monte La Difensa, a pocos kilómetros del lugar, Kesselring se mostró de acuerdo con replegarse desde San Pietro a una posición capaz de cortar mejor el paso a unos tres kilómetros valle arriba. Hitler, cada vez más absorto en las decisiones tácticas de detalle relativas a campos de batalla situados a miles de kilómetros, dio su beneplácito, pero cambió de opinión unas horas más tarde. El X Ejército debía «retener y desarrollar la línea en San Pietro», orden que Kesselring consideró «de lo más desagradable».

Mientras Mark Clark hacía una pausa con el fin de organizar sus fuerzas, Kesselring desvió algunas unidades del Adriático hasta tener siete batallones acorazados de granaderos reforzando la Línea Bernhardt a la altura de la Hoz de Mignano.<sup>4</sup> La defensa de San Pietro fue confiada a un batallón de la 29.<sup>a</sup> División Acorazada de Granaderos, al mando del capitán Helmut Meitzel, un veterano de sólo veintitrés años, que había combatido en Polonia, Francia, Rusia y Salerno. Meitzel había sido herido en cinco ocasiones, habiendo sufrido, entre otras, graves lesiones en Stalingrado, que habían dado lugar a su evacuación en uno de los últimos aviones de la Luftwaffe que abandonaron la ciudad sitiada. San Pietro y las huertas en terraza situadas al este quedaron enseguida erizados de cañones antitanque y ametralladoras. Los camiones de aprovisionamiento pasaban a toda velocidad por la Carretera 6 enfrentándose a la artillería norteamericana; se dice que se lanzaron cien bombas contra un solo mensajero en motocicleta que pasó por

la Curva del Muerto, en la pista de acceso a San Pietro. La lluvia caía incesantemente. Los granaderos de Meitzel se quejaban de que sus uniformes se habían convertido en un «amasijo de barro y suciedad empapado de agua».<sup>5</sup>

Para los sanpietreses, la vida resultaba cada día más odiosa. Muchos habían huido, pero quinientos, en su mayoría viejos y gente muy joven, se refugiaron en una serie de cuevas situadas bajo el borde occidental del pueblo. Con picos e incluso simples tenedores picaron la piedra blanda de tufo hasta que las cuevas quedaron conectadas unas con otras.<sup>6</sup> Cada familia disponía de su propia celda minúscula, con unas cuantas repisas rudimentarias excavadas en las paredes. Las patrullas alemanas realizaban de vez en cuando batidas, buscando hombres en buena forma física que habían bajado a escondidas de las montañas para visitar a sus familias y que enseguida se ocultaban en zanjias poco profundas abiertas en el suelo de las cuevas y tapadas con tablas. Parapetos de piedra construidos en la entrada de las cuevas protegían a los habitantes del pueblo de las bombas perdidas, pero no había nada que los protegiera contra los piojos, el frío o el hambre. Las reservas de harina y de higos empezaron a escasear. Los centinelas alemanes impedían a los aldeanos utilizar la fuente —a dos muchachas que desobedecieron la orden les pegaron un tiro—, y las cisternas de agua de lluvia otrora utilizadas para el ganado suministraban la única agua potable, sobre todo cuando los soldados echaron en los pozos ovejas muertas. Los aldeanos que morían —y su número se incrementó a partir de diciembre— eran arrastrados penosamente fuera de las cuevas y depositados en un oscuro collado llamado el Valle de la Muerte.

*Que san Miguel se acuerde siempre de nosotros.* Rezaban de rodillas pidiendo al arcángel que les diera fuerza y les trajera la liberación. Le pedían que sacara su espada de fuego y dirigiera a las huestes de los norteamericanos que se congregaban en el extremo más alejado del monte.

El jefe temporal del V Ejército, Mark W. Clark, tenía su propia espada de fuego y estaba ansioso por blandirla a través de la Hoz de Mignano. Los enojosos reveses sufridos en Camino y La Difensa habían obligado a Clark a volcarse de nuevo sobre los mapas en busca de un nuevo plan. Su primer impulso era atacar simultáneamente al frente con tres cuerpos de ejército. Percatándose de que ninguno de ellos iba a tener un apoyo adecuado de la artillería o de la aviación, Truscott afirmó que «difícilmente podría concebirse un plan peor».<sup>7</sup>

El plan revisado de Clark, llamado Operación Gabardina, era más matizado, aunque la imaginación militar tendía a chocar con las cimas de los montes de Italia. Desde que se puso a estudiar San Pietro con sus prismáticos desde una oquedad

rocosa sobre Mignano el 6 de noviembre, Clark había pensado que aquel pueblo era fundamental para su avance hacia el norte. Cinco días después, dijo a sus subordinados que «el terreno crítico en esta operación [es] la masa montañosa que se extiende al norte de San Pietro»: Monte Sammucro, de casi mil doscientos metros de altura, con una serie de estribaciones rocosas hacia el norte y hacia el este.<sup>8</sup> La Operación Gabardina requería un ataque por la izquierda a manos del X Cuerpo de ejército británico y del II Cuerpo de ejército estadounidense, que acababa de llegar a Italia al mando del general de división Geoffrey Keyes, antiguo lugarteniente de Patton y en aquellos momentos sucesor de Omar Bradley.<sup>9</sup> Debían apoderarse respectivamente del Monte Camino y del Monte La Difensa, los dos picos barridos por el viento que formaban un único macizo, de nueve por seis kilómetros, en el flanco occidental de la Hoz de Mignano. Una ulterior acometida del VI Cuerpo, del que formaban parte, entre otros, los texanos de la 36.<sup>a</sup> División de Walker, que había relevado a la 3.<sup>a</sup> División de Truscott, debía dar lugar a la conquista de San Pietro y Monte Sammucro, en el flanco oriental de la Hoz.

Las fuerzas aliadas desplegadas en Italia no tardarían en llegar a las catorce divisiones. Los servicios de inteligencia de Clark calculaban que en aquellos momentos defendían el sur de Italia ciento ochenta y cinco mil soldados alemanes, repartidos en once divisiones, más otras doce estacionadas en el norte. La estrategia aliada consistente en acorralar a las tropas alemanas parecía que estaba dando buenos resultados, aunque a través de una guerra de desgaste mutuo. Cada hora de retraso en un punto daba a los zapadores enemigos otra hora para reforzar las fortificaciones defensivas alrededor de Cassino, a unos once kilómetros al norte. A Alexander, sin embargo, le preocupaba la despreocupación de Clark por las listas cada vez más numerosas de bajas en la Línea Gustav. Incluso la 34.<sup>a</sup> División estadounidense, que había lanzado un ataque de diversión contra el extremo del flanco derecho del V Ejército, ganaba apenas trescientos metros al día al coste de una baja por cada dos metros.<sup>10</sup>

—¡Ah, no te preocupes por las bajas! —decía Clark a Alexander.<sup>11</sup>

Era muy improbable que se montara una defensa demasiado rígida en San Pietro, añadía, y Sammucro parecía incluso hallarse desprovista de tropas alemanas.

—Cruzaré perfectamente la Línea Gustav y echaré a los alemanes.

El ataque dio comienzo con la barrera de fuego de artillería más violenta que se había encontrado en Italia hasta la fecha. Más de novecientos cañones abrieron fuego cuando empezaba a anochecer a las 16:30 del jueves 2 de diciembre.<sup>12</sup> Las llamas enrojecieron las nubes que se elevaban sobre el Camino y La Difensa. Las bombas explotaban como flores que se abren en lo alto de las laderas, de modo que



daba la impresión de que la montaña entera estaba ardiendo. Durante los dos días siguientes se lanzarían doscientas mil bombas, y sobre algunos objetivos caerían once toneladas de acero por minuto.<sup>13</sup>

Cuando los ingleses se pusieron una vez más a ascender penosamente por el Camino, en medio de lo que un soldado llamaba «la negrura que sólo un invierno italiano parece tener», varios centenares de soldados de infantería cubiertos con ponchos empezaron a trepar por la escarpada ladera nororiental de La Difensa. La lluvia chorreaba por el borde de los cascos. En algunos puntos casi verticales tenían que trepar a pulso ayudándose de cuerdas de escalar de cáñamo. Formada por leñadores estadounidenses, exploradores canadienses y rufianes de todo tipo de una y otra nacionalidad, la 1.<sup>a</sup> Fuerza de Servicios Especiales se había entrenado en Montana y en su instrucción se había hecho hincapié en alpinismo, esquí y patadas en la entrepierña.<sup>14</sup> El credo del soldado de Servicios Especiales, tomado del *Manual de guerra irregular* británica, afirmaba que «cada soldado debe ser un gánster en potencia».<sup>15</sup> En la mochila que recibió para la primera misión de combate de la unidad, el cirujano jefe de las Fuerzas Especiales llevaba quinientas pastillas de sulfato de codeína, una sierra provista de una hoja de veinticinco centímetros, y un cubo de lona para echar los miembros amputados.<sup>16</sup>

Al mando de aquellos gánsteres que trepaban por el precipicio iba un nervudo coronel norteamericano de treinta y seis años llamado Robert T. Frederick, que comparó aquella ascensión con la marcha del general británico James Wolfe por los acantilados del Quebec francés en 1759.<sup>17</sup> Hijo de un médico de San Francisco,<sup>18</sup> Frederick había ingresado en la Guardia Nacional de California a los trece años, había navegado a Australia como marinero de cubierta en un carguero de servicio irregular a los catorce, y se había graduado en West Point a los veintiuno.<sup>19</sup> «Tenía una forma física excepcional», recordaba un compañero de curso. «Era una especie de gato.» Se decía que Frederick había saltado por primera vez en paracaídas después de diez minutos de instrucción, calzado con zapatillas de andar por casa.<sup>20</sup> Durante el combate, no llevaba más que su fusil, Nescafé, cigarrillos, y una carta de recomendación en latín del obispo de Helena, en la que el purpurado lo calificaba de «absolutamente digno de confianza».<sup>21</sup> Aunque a veces era un poco dogmático —había purgado a casi todos los francocanadienses de las Fuerzas Especiales, en la idea de que «no tenían agallas»<sup>22</sup>—, acabaría la guerra en posesión de ocho Corazones Púrpura y con fama de ser uno de los mejores soldados del ejército norteamericano. «Resultaba difícil de explicar su indiferencia y despreocupación por el fuego enemigo», observaba un oficial de baja graduación.<sup>23</sup>

Con los dedos llenos de desollones y morados de frío, los hombres de las Fuerzas Especiales habían llegado casi a la cima cuando el ruido producido por unas piedrecillas al moverse alertó al enemigo, poco antes del amanecer del 3 de diciembre.<sup>24</sup> Las bengalas se elevaron por encima de sus cabezas, y tras ellas vinieron el rugido de las ametralladoras, lanzamiento de granadas e incluso de piedras.<sup>25</sup> En medio de aquel bombardeo los atacantes se elevaron sobre la última lastra de pizarra, con el rostro salpicado de fragmentos de piedra rebotados a consecuencia del tiroteo.<sup>26</sup> A las siete de la mañana se habían apoderado de la cima de La Difensa, una pequeña hondonada del tamaño de un campo de fútbol, a casi mil metros de altura sobre el nivel del mar.<sup>27</sup>

La exasperante pausa en espera de más municiones demoró su avance hacia el oeste y su reunión con las fuerzas británicas.<sup>28</sup> La artillería alemana barrió a los refuerzos que escalaban La Difensa con tal furia que el 40 por 100 de ellos causó baja sin disparar un solo tiro. En la cima del monte, Frederick y sus hombres se apelotonaron bajo el lacerante fuego de los morteros. «Tenía a mi lado a un alemán en la trinchera», recordaba un teniente. «No encendía cigarrillos ni hacía nada porque estaba muerto.»<sup>29</sup> El oficial al mando de un batallón —antiguo catedrático de historia originario de New Brunswick— y un sargento murieron directamente de un balazo. «Volví la cabeza justo a tiempo de verlos desaparecer», recordaba un soldado. «Fue sólo una niebla roja.»<sup>30</sup> Un recluta herido logró bajar al pie de la montaña rezando en voz alta:

—El Señor es mi pastor. Me guía por aquí, por allá y por acullá.

Frederick hizo saber a los oficiales de intendencia situados abajo que hicieran llegar a la cima whisky, para fortalecer los ánimos, y condones, para impedir que el agua de lluvia entrara en los cañones de los fusiles.<sup>31</sup>

Los granaderos acorazados contraatacaron en medio de la lluvia y el granizo,<sup>32</sup> obligando a las Fuerzas Especiales a retroceder hasta su hondonada de piedra en medio de un fuego de ametralladora tan fiero que parecían las «ráfagas de un fusil gigantesco».<sup>33</sup> Los francotiradores alemanes también se cobraron varias vidas —un comandante que resultó herido de muerte se precipitó por el barranco hasta los bosques situados al pie del monte—, y los oficiales se vieron obligados a ensuciar con barro las insignias de su rango para no llamar tanto la atención. Se corrió la voz de que habían pegado un tiro en la cara a un capitán después de que el enemigo hiciera el consabido truco de la bandera blanca.<sup>34</sup> «Los cabezas cuadradas esos combatían como si no tuvieran la menor intención de perder la guerra»,

recordaba un teniente. «No hicimos ni un solo prisionero. Luchando de esa forma, no pretendes hacerlos.» Un soldado al que ordenaron escoltar a un oficial alemán que había sido capturado hasta el pie del monte, reapareció al poco rato:

—El hijo de puta se ha muerto de pulmonía —explicó.

Al cabo de dos días en La Difensa, el subordinado de mayor rango de Frederick «apenas podía hablar como es debido» y mostraba «un nerviosismo y una indecisión enormes», según varios soldados de las Fuerzas Especiales. Tras vaciar dos cargadores de su pistola del calibre 0,45 contra un francotirador que nadie más pudo ver, se fue gateando monte abajo, lo que le ganó el mote de Willie Trincheras.<sup>35</sup>

A última hora del lunes, 6 de diciembre, los hombres de Frederick se habían abierto camino hacia el oeste a través de una garganta yerma y habían conquistado la Colina 907, terreno de vital importancia situado debajo del Monte Camino. En una serie de mensajes enviados a su puesto de mando al pie de la montaña, Frederick garabateó el contenido apretando con fuerza el lápiz, con buena letra y utilizando correctamente los signos de puntuación, aunque pusiera en ellos la fecha equivocada, «6 de noviembre»:

Hemos superado la cresta 907. Recibimos mucho fuego de ametralladora y de mortero en varias direcciones ... Los hombres empiezan a no estar en buena forma ... He dejado de enterrar a los muertos ... Los francotiradores alemanes nos están dando de lo lindo y resulta difícilísimo pillarlos.<sup>36</sup>

«Yo estoy bien», añadía, «sólo incómodo y cansado».

A primera hora de la mañana del martes, apareció entre la niebla

una patrulla británica para comunicar que el X Cuerpo controlaba ya el Monte Camino tras una ordalía de ataques y contraataques de cinco días de duración, en la que un monasterio situado en la cima de una colina había cambiado de manos varias veces.<sup>37</sup> Los ingleses, sedientos, se habían visto obligados a lamer las rocas cubiertas de musgo para conseguir algo de líquido;<sup>38</sup> los fusileros cargaban con los pertrechos a la espalda, que se les doblaba más de lo habitual debido a lo empinado del terreno, y luego les tocaba cargar con los heridos cuesta abajo en camillas, cuyos ocho portadores «más que caminar, rodaban», según la descripción de Alan Moorehead. Durante la tarde del miércoles, los últimos defensores alemanes se escabulleron por un valle situado al oeste, disparando unos cuantos tiros desafiantes por encima de sus hombros. Por fin todo el macizo se encontraba en manos de los Aliados, aunque «nadie se sentía particularmente ufano», señala el autor de una historia de las Fuerzas Especiales. Frederick garabateó un último mensaje: «Espero no dejarme atrás a ningún herido».<sup>39</sup>

Los supervivientes llegaron renqueando al campamento de la retaguardia, siendo recibidos por una banda de música que tocaba aires marciales. Las Fuerzas Especiales habían sufrido quinientas once bajas, esto es, una tercera parte de sus efectivos de combate, entre ellas setenta y tres muertos en acción y más de cien casos de fatiga de combate. La lista de ingresos en el hospital ocupaba cuarenta páginas y los diagnósticos resumían perfectamente lo que era la vida en la Línea Gustav: tiros, heridas de metralla, conmociones cerebrales, fracturas y dislocaciones de huesos, desgarros por estallido de granada, «amputación pulgar derecho, traumatismo», contusiones, «agotamiento nervioso», ictericia, «diarrea aguda», quemaduras de pólvora, «hemorroides, caso extremadamente agudo».<sup>40</sup>

De los últimos dieciocho hombres tratados, todos menos cinco padecían pie de trinchera, entre ellos un soldado que examinó minuciosamente las ampollas que tenía debajo de los tobillos y escribió: «Eran casi como los pies de un muerto».<sup>41</sup>

Una vez asegurado el flanco izquierdo, Clark podía ya lanzar un ataque en toda regla por la derecha con el fin de conquistar Monte Sammucro y San Pietro.<sup>42</sup> Las tropas de asalto de Darby habían venido realizando algunas escaramuzas contra los granaderos por uno y otro lado del monte desde mediados de noviembre, habitualmente en medio de claustrofóbicos combates de artillería librados a poca distancia entre las rocas al pie de la colina. El 3.er Batallón de Asalto había logrado llegar sigilosamente hasta las afueras de San Pietro poco antes del amanecer del 30 de noviembre; la intensidad del fuego los había mantenido a raya durante todo el día, hasta que al anochecer lograron finalmente escabullirse al pie de la colina con más de veintitantas bajas. Pero a primeros de diciembre, dos patrullas de tropas de asalto fueron capaces de llegar hasta las cercanías de la localidad sin atraer disparos de ningún tipo, lo que alimentó las esperanzas de que San Pietro y Sammucro hubieran sido abandonadas.

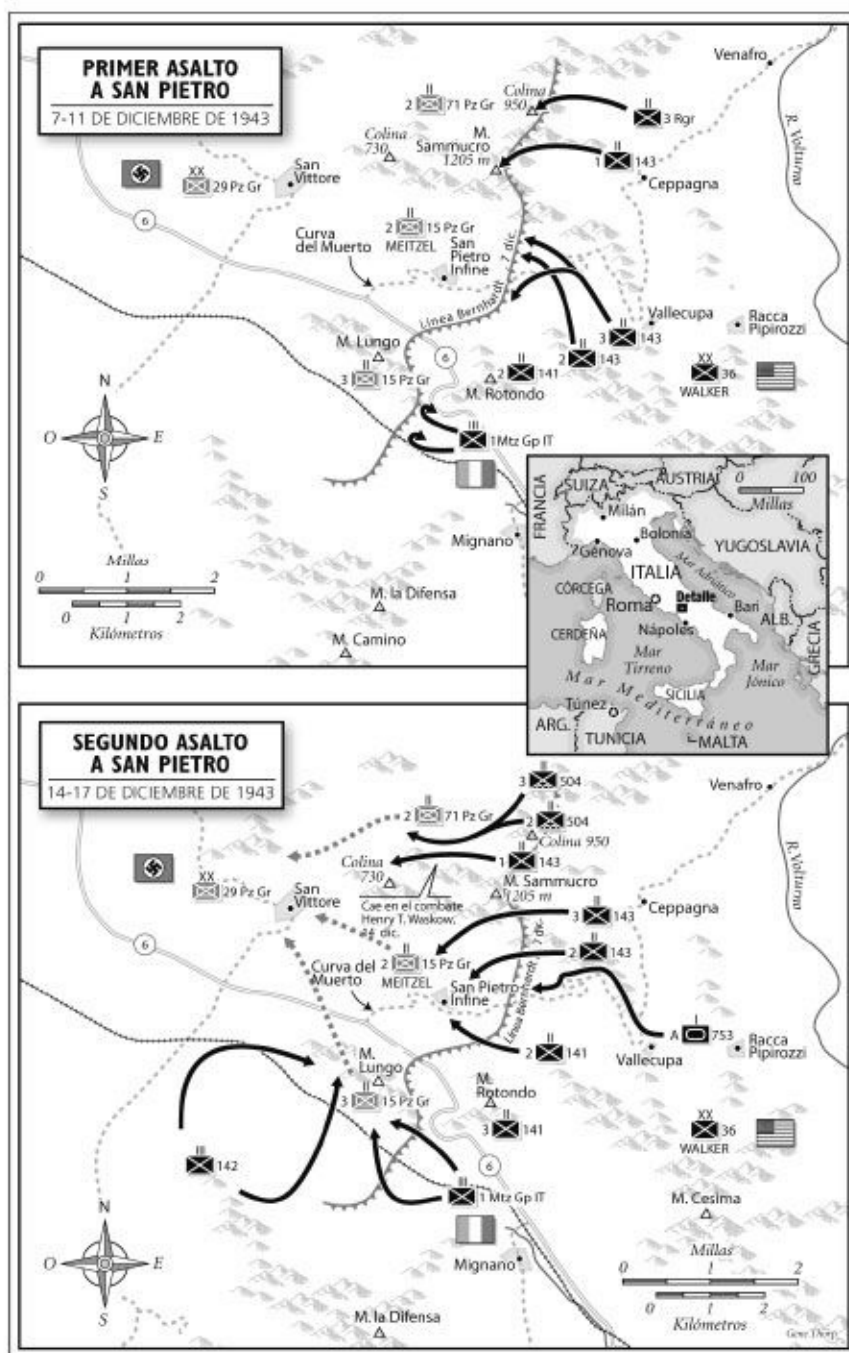
—No creo que haya ningún cabeza cuadrada ahí arriba —declaró el capitán Rufus J. Cleghorn, del 143.º de Infantería.<sup>43</sup>

No tardaría en darse cuenta de todo lo contrario. Cleghorn, antiguo jugador de fútbol americano de la Universidad de Baylor, originario de Waco, Texas, llamado despectivamente «Rufus el Bocazas», marchó al frente de su Compañía A hasta la ladera este del Monte Sammucro la noche del 7 de diciembre.<sup>44</sup> Durante cinco horas, los hombres subieron en medio de la niebla, que sólo contribuía a desorientarlos; el destacamento encargado de limpiar de minas el terreno estaba al mando de un teniente cargado con una cámara cinematográfica, una copia del *On*

War de Clausewitz, y un pastel de fruta que le habían mandado de casa. Cuando estaban ya cerca de la cima, marcada como Colina 1205 en el mapa de Cleghorn, se oyó de repente un grito procedente de lo alto:

—*Die kommen nach oben!*<sup>45</sup>

Era demasiado tarde. Los norteamericanos llegaron a la cumbre en medio de un barullo de fogonazos y el ruido sordo de las balas al rebotar. A las primeras luces del alba, había doscientos cincuenta yanquis dominando la altura. Lanzando simultáneamente insultos y granadas, Cleghorn y sus muchachos hacían rodar peñascos por la ladera hacia las sombras grisáceas que se extendían a sus pies. Los granaderos contraatacaron y volvieron a contraatacar, siendo rechazados una y otra vez hasta que la ladera quedó sembrada de cadáveres, como si fueran piedras ensangrentadas. En medio de las rocas se libraban combates singulares, en los que un granadero y un fusilero se enfrentaban a tiros «como si fueran dos lagartos».<sup>46</sup> Examinando a un grupo de alemanes muertos a los que acababa de abatir con su fusil automático Browning, un soldado estadounidense murmuró:



—¡Qué gracioso! Es tal como lo había soñado.<sup>47</sup>

Unos tres kilómetros más al oeste y unos seiscientos metros más abajo, el ataque contra San Pietro no fue tan bonito.<sup>48</sup> Cuatro batallones de artillería de largo alcance devastaron la localidad a las cinco de la madrugada del miércoles, arruinando la sastrería, la oficina de correos y el pórtico de la iglesia de San Michele, con sus puertas separadas para hombres y mujeres. A las seis y veinte de la mañana, el 2.º Batallón del 143.º de Infantería cruzó el lecho poco profundo de un

río desde el sudoeste, «en magníficas líneas de infantería ligera, tal como ordenan los manuales de instrucción», reseñaba un testigo.<sup>49</sup> Con los típicos gritos sureños y alaridos texanos, los hombres recorrieron unos cuatrocientos metros hasta el borde de las terrazas de olivos. Allí, el quejido de las ametralladoras Meitzel les cortó bruscamente el paso, como a quien dan con la puerta en las narices. Las balas trazadoras azotaban a los hombres, que buscaban protección entre los olivos centenarios, detonando minas y atrayendo fuego de mortero que estallaba en cúmulos de color naranja por todo el campo de batalla.

Otro batallón, el 3.º del 143.º de Infantería, entró en combate, surgiendo por uno y otro flanco, para descubrir únicamente que las terrazas estaban sembradas de minas de presión y trincheras enemigas, situadas a unos veinticinco metros unas de otras.

—¡Municiones, maldita sea, necesitamos municiones! —gritó alguien elevando la voz por encima del estruendo circundante.

Los hombres que perdían los dedos en el tiroteo eran vendados de manera precipitada y enviados de nuevo al combate.<sup>50</sup> La artillería enemiga abrió fuego por el oeste desde Monte Lungo, al otro lado de la Carretera 6, donde los observadores alemanes disponían de una vista panorámica de las tropas estadounidenses. A unos quinientos metros de San Pietro, los atacantes flaqueaban y se replegaban, como en una pleamar de uniformes verde oliva. En las alambradas alemanas había enganchados cuerpos que parecían levitar. Al anoecer, los atacantes se habían retirado casi hasta las posiciones de las que habían arrancado. Lo intentaron de nuevo el jueves por la mañana —en esta ocasión los gritos sureños eran menos chillones— y una vez más los granaderos de Meitzel los hicieron retroceder. Después de treinta y seis horas las pérdidas de los dos batallones superaban el 60 por 100.

No era previsible que el asalto de San Pietro saliera bien hasta que la artillería alemana fuera desalojada de Monte Lungo. Las tropas estadounidenses ocupaban el mogote del sur, pero para apoderarse del resto del collado el general Keyes escogió al 1.er Grupo Motorizado de los italianos, que intervendrían así en la primera batalla en la que participara su país en el bando de los Aliados. En vehículos en los que podían leerse letreros como «Roma o Morte» pintados con tiza,<sup>51</sup> llegaron a Mignano mil seiscientos soldados con uniformes de alpinos y los típicos gorros adornados con plumas.<sup>52</sup> Envueltos en una espesa niebla, ascendieron juntos la colina dos locuaces batallones, que no paraban de gritar profiriendo amenazas y jurando que iban a castigar a sus antiguos aliados del Eje por haberlos abandonado en África y en Rusia.<sup>53</sup> Durante unos pocos minutos de

gloria el ataque salió bien. Luego el fuego cruzado de ametralladoras machacó a los italianos —que cayeron «como el trigo segado con la hoz», según cierta versión<sup>54</sup>—, y unos granaderos airados cayeron sobre las tropas desconcertadas a golpe de puños y estacas. Se cuenta que los que lograron escapar monte abajo fueron los que corrían más rápido.<sup>55</sup> Sólo el fuego sostenido de la artillería estadounidense frenó el contraataque de los alemanes y evitó que los italianos fueran obligados a regresar al Volturno. Al principio se temió que las pérdidas fueran superiores a las novecientas, pero los rezagados aparecieron y al final el número de bajas se situó en menos de trescientas. «Mis soldados», escribía a Keyes el oficial al mando de los italianos, «no están en condiciones de llevar a cabo las misiones que les han encomendado ustedes».<sup>56</sup>

Monte Lungo seguía en manos de los alemanes y también San Pietro. Sólo en los gélidos parapetos de Sammucro había salido bien el ataque, y allí el capitán Cleghorn, con los refuerzos del 1.er Batallón, resistía firmemente a pesar de los frenéticos esfuerzos del enemigo por hacerlos abandonar su posición. Unos arrieros sardos ascendían penosamente con sus mulas por el monte cada noche desde Ceppagna, siguiendo sendas marcadas con cinta blanca o con papel higiénico.<sup>57</sup> Traían raciones de comida y cable telefónico, granadas y calcetines secos, sulfamidas y Sterno, así como la ración diaria de agua, equivalente a unos veinte litros por escuadrón.

—¡Brrr! —decían los arrieros a sus mulas (el equivalente italiano de «arre»), aguijándolas para llegar al pie del monte antes del amanecer, cosa que no resultaba demasiado difícil, pues las noches de diciembre parecían no tener fin.<sup>58</sup> Cocineros y empleados cargados con mochilas se dedicaban también a transportar pertrechos, así como el correo y algunos regalos navideños totalmente inverosímiles:<sup>59</sup> un soldado que temblaba de frío en su trinchera tuvo el disgusto de recibir una corbata.<sup>60</sup> Al ver un pequeño montón de soldados muertos al borde del camino, casi en la cumbre, un oficial escribía: «¡Jóvenes magníficos y robustos! Casi no parecían muertos».<sup>61</sup>

Aproximadamente a cien metros más abajo por la otra ladera, los granaderos temblaban de frío en sus propias trincheras, lo bastante cerca como para que un soldado estadounidense «sintiera la presencia del enemigo a través de los poros de [su] piel», escribe Margaret Bourke-White. Llamados en otro tiempo hunos o *jerries*, los alemanes recibían ahora el mote de *krauts* [comedores de chucrut] o *teds* —del italiano *tedeschi*—, o rubios, *heinies* o grises [por el color de su uniforme]. Los llamaran como los llamaran, los muertos yacían diseminados aquí y



allá, pálidos y grotescos, y hora tras hora los sucesivos contraataques añadían más cadáveres al paisaje. A veces las ráfagas de granadas de los alemanes eran tan intensas, comunicaba un soldado estadounidense, que «sujetábamos los fusiles como bates de béisbol y las golpeábamos como si fueran pelotas».62 La artillería estadounidense barría las laderas con fósforo blanco, a cuya luz se recortaban las siluetas de los atacantes, salpicando a los *krauts* a los *teds* o a los rubios, como se les quisiera llamar, de manchas incandescentes.63 A veces una gota del tamaño de la cabeza de un clavo atravesaba la pernera del pantalón de un hombre, a menos que alguien la retirara con unas pinzas o la apagara con una pella de barro. Día y noche, el fragor de la artillería resonaba en las nubes bajas y el estruendo reverberaba en las paredes rocosas con un clamor continuo. Los hombres dormían detrás de pequeños parapetos de piedra, con las balas trazadoras silbando a quince centímetros sobre sus cabezas.

—El tío que permanezca más tiempo sin ser visto será el que viva más tiempo —advertía un oficial a sus hombres.64

A muchos no tenían que decírselo dos veces.

—Puede que sean prejuicios —comentó un soldado a su compañero—, pero no me gusta este lugar.65

La Compañía A de Cleghorn se había reforzado con la Compañía B, al mando de otro texano, un capitán de veinticinco años llamado Henry T. Waskow. Criado en la tierra del algodón, al sur de Temple, en el seno de una familia de ocho hijos de origen alemán y religión baptista, tan pobre que se hacían la ropa con sacos de harina, Waskow era rubio, de ojos azules, bajito y sobrio, «un encanto de niño raro», a juicio de un compañero de escuela. «Nunca fue joven», recordaba otro compañero de clase, «no desde luego a la manera de un chaval alocado de instituto». Ministro seglar durante su adolescencia, Waskow obtuvo el segundo premio en un certamen de oratoria de ámbito estatal, fue nombrado delegado de curso en el instituto de Belton, y se graduó a los veinte años con la media de notas más alta de su clase. Estando en Trinity College ingresó en la Guardia Nacional de Texas, en parte debido a que por cada clase de instrucción a la que asistía ganaba un dólar, y fue ascendido por su mérito y por el interés demostrado. En Salerno, la Compañía B había luchado con Darby en el puerto de Chiunzi.66

«Supongo que siempre os he parecido a todos un tipo bastante raro», había escrito Waskow en una carta «por si acaso» a su familia, cuando zarpó de Estados Unidos. «Si algunas veces os parecí extraño, sería porque tenía onerosas responsabilidades que afligían mi mente y no me permitían relajarme y mostrarme tan humano como quisiera.»67

Pues bien, al cabo de casi una semana en Sammucro, todo el 1.er Batallón apenas era más grande que una compañía, y la compañía de Waskow no era mayor que un pelotón.<sup>68</sup> Las reservas de municiones habían disminuido de nuevo; los hombres arrojaban piedras del tamaño de granadas para mantener a los alemanes en movimiento. Al anochecer del martes, 14 de diciembre, el batallón avanzó sigilosamente bajo la brillante luz de la luna y torció hacia el noroeste a lo largo del macizo en dirección a la Colina 730, un escarpado cerro situado casi directamente detrás de San Pietro. La senda bordeaba un barranco tan densamente oscuro que las sombras parecían tragarse los rayos de la luna.

—¿No crees que éste sería un sitio terrible para morir y quedarte congelado en la montaña? —preguntó Waskow al ordenanza de su compañía, el recluta Riley Tidwell. De repente el capitán tenía unas ganas locas de comerse una tostada—: Cuando volvamos a América voy a comprarme uno de esos tostadores fardones en los que metes el pan y salta cuando está hecho.<sup>69</sup>

Aquel fue uno de sus últimos pensamientos mortales. Los centinelas alemanes habían localizado a la columna que ascendía por la ladera pedregosa. Se oyó el tableteo de las ametralladoras y el estruendo de los morteros, y Henry Waskow cayó sin hacer ningún ruido, herido de muerte por un fragmento de bomba que le abrió el pecho. Nunca había sido joven y nunca llegaría a ser viejo.

Con su característico gorro de punto y su gastada chaqueta de campaña, Ernie Pyle había llegado a Ceppagna, al pie del camino de Sammucro, a primera hora del martes.<sup>70</sup> Las columnas de Pyle aparecían en aquellos momentos en doscientos periódicos al día y lo habían convertido en una celebridad a escala nacional; Al Jolson bromeaba diciendo que para los soldados se había convertido en «Mr. Dios».<sup>71</sup> Pero en aquella localidad desfigurada, a menos de cuatro kilómetros de San Pietro, Pyle podía encontrar algo muy parecido al anonimato, lo mismo que cualquier otro yanqui sin lavar desde hacía días, lejos de su hogar. En una vaquería en ruinas cerca del olivar que hacía las veces de cuadra para las mulas, colocó su máquina de escribir sobre una caja de embalar y se puso a escribir acerca del campamento base del batallón. Los ingenieros intentaban hacer transitables los caminos embarrados rellenando los baches con troncos, piedras y maleza para que pudieran pasar los cañones.<sup>72</sup> De vez en cuando se oía el fragor de una serenata — una descarga de todos los cañones de un puesto al mismo tiempo y contra los mismos objetivos— sobre las colinas próximas a San Pietro.

A altas horas de la madrugada regresó de Sammucro la reata de mulas con unos cuantos cadáveres cargados boca abajo sobre las albardas de madera; todos los cuerpos resbalaban «sobre el lomo de los animales como si estuvieran llenos de algún líquido inerte», observaba un cabo.<sup>73</sup> A los arrieros sardos les daban miedo los muertos y por eso caminaban detrás de la reata.

Pyle estaba de pie a la puerta de la vaquería y vio cómo era descargado el primer cadáver. «Lo dejaron caer de la mula y por un momento lo dejaron de pie. En la penumbra, podría haber pasado simplemente por un enfermo, recostado de pie sobre los demás. A continuación lo depositaron en el suelo, a la sombra de la pequeña tapia de piedra que corría junto al camino.»<sup>74</sup>

Llegaron otras cuatro mulas.

—Éste es el capitán Waskow —dijo un hombre.

Pyle lo miró y no dijo nada. «En presencia de los muertos se siente uno pequeño y no se hacen preguntas tontas», explicaría más tarde. Unos días después, tras regresar al cuartel general del V Ejército en Caserta,<sup>75</sup> donde se dedicaba a jugar a *gin rummy* y a beber en exceso, recordaría que los cuerpos habían permanecido destapados en la sombra y que varios hombres de Waskow se habían acercado al cadáver de su capitán para lamentar su muerte en voz alta —«Lo siento de verdad, señor»— o para echar una maldición: «¡Me cago en Dios! ¡Qué putada!»». Cuando apareció Riley Tidwell, el ordenanza de la compañía tomó la mano de su oficial y se puso a estudiar su rostro céreo.<sup>76</sup>

Finalmente soltó la mano. Se inclinó y apretó suavemente los cordones del cuello de la camisa de su capitán, y luego arregló más o menos los bordes raídos del uniforme alrededor de la herida, y entonces se levantó y se fue andando por la carretera bajo la luz de la luna, completamente solo. Los demás volvimos a la vaquería, dejando a los cinco cadáveres tumbados en línea, de una punta a otra, a la sombra de la pequeña tapia de piedra.<sup>77</sup>

Pyle escribió su crónica más famosa, quizá el relato descriptivo más hermoso de toda la segunda guerra mundial. Pero seguía sintiéndose pequeño en presencia de los muertos.

—He perdido la mano que tenía para estas cosas —comentó a un amigo—. Todo esto apesta.<sup>78</sup>

Mark Clark había propuesto utilizar tanques para conquistar San Pietro ya el 9 de diciembre. En otoño había presionado a Eisenhower y a Alexander para que enviaran a la 1.<sup>a</sup> División Acorazada —los Old Ironsides— a Italia, y ahora se sentía molesto porque el terreno montañoso ofrecía muy pocas oportunidades de

desplegarla. Fred Walker, el general en jefe de la 36.<sup>a</sup> División, dudaba que las torrenteras y las terrazas sembradas de olivos de casi dos metros de altura que rodeaban San Pietro dieran cabida a los tanques, y su escepticismo se intensificó tras una primera incursión, cuando el Sherman que abría la marcha perdió una oruga y bloqueó el sendero.<sup>79</sup>

Walker planeó volver a hacer una intentona el miércoles 15 de diciembre a mediodía. En esta ocasión el ataque sería filmado por un par de cámaras del Cuerpo de Transmisiones situados en lo alto de Monte Rotondo, pertenecientes a un equipo de cineastas que trabajaba para el capitán John Huston.<sup>80</sup> El Departamento de Guerra había asignado a Huston, que dos años antes había dirigido a Humphrey Bogart en *El halcón maltés*, la misión de documentar «la entrada triunfal de las fuerzas norteamericanas en Roma»,<sup>81</sup> y el realizador se vio así en el trance de tener que inventarse una epopeya fílmica a partir del asalto frustrado de un pueblo anónimo del sur de Italia por parte del ejército. Al final su filmación se vería libre del obstáculo que suponían los árboles: después de varias semanas de bombardeos, en Rotondo, según un informe, «daba la impresión de que se había utilizado una segadora gigante por toda la ladera de la colina».<sup>82</sup>

A las once de la mañana, levantó la niebla, las cámaras se pusieron a rodar, y dos pelotones del 753.º Batallón de Tanques empezaron a arrastrarse pesadamente hacia una profunda curva en la carretera que Ceppagna. Durante quince minutos, los Sherman y los antitanques descargaron sobre San Pietro una lluvia de bombas de 75 mm. Luego, unos cargadores provistos de guantes de asbesto retiraron las planchas humeantes de sus torretas, y a mediodía dieciséis tanques procedieron al ataque.<sup>83</sup> Estaba condenado, por supuesto, al fracaso. Sólo el Sherman que encabezaba la columna logró abrirse paso, derribando el muro de una terraza y haciendo saltar por los aires varios nidos de ametralladoras de los alemanes. El segundo tanque pisó una mina. Los tres siguientes se acercaron a menos de un kilómetro del pueblo pero no tardaron en ser pasto de las llamas por obra de los antitanques alemanes. Otros tres más pisaron minas. A media tarde, los cuatro tanques que quedaban regresaban a Ceppagna con los tripulantes de los Sherman menos afortunados pegados como lapas al casco de los acorazados. Siete habían sido destruidos, y otros cinco habían quedado inmovilizados.

Los soldados de a pie de Walker no tuvieron mejor suerte. El 2.º Batallón del 141.º de Infantería lanzó otro ataque frontal por terreno abierto a la una de la madrugada del jueves.<sup>84</sup> «Los muertos y los heridos marcaban la ruta de avance», comenta un informe del regimiento.<sup>85</sup> Unos cuantos intrépidos se abrieron camino a golpes de granada y de bayoneta hasta la parte baja del pueblo, colándose a través

de brechas abiertas en la pared mientras unos se apoyaban en otros. La mayoría fueron hechos prisioneros o muertos por los disparos procedentes de lo alto; el 2.º Batallón se replegó, reducido a ciento treinta hombres a causa de la «misión más estúpida que pueda haber sido asignada nunca a un batallón», según el comandante Milton Landry, oficial al mando de la unidad.<sup>86</sup> Un teniente con las tripas fuera a causa de la explosión de una granada se pasó toda la madrugada repitiendo el nombre «Erika», hasta que murió al amanecer. Un segundo ataque lanzado a las seis de la mañana fracasó también,<sup>87</sup> así como las intentonas realizadas en el flanco derecho por dos batallones del 143.º de Infantería. Cuando un soldado acorralado empezó a ondear su camiseta blanca en señal de rendición, un sargento le puso el cañón de su fusil en la sien y le advirtió:

—Quita de ahí ahora mismo ese maldito trapo o te vuelo la cabeza.<sup>88</sup>

Jirones de vapor se levantaban de las frágiles barricadas de la retaguardia, donde los fusileros, agotados, permanecían tumbados detrás de sus parapetos mojados.<sup>89</sup> Clark llegó a mediodía del jueves, atento a la cacofonía de los morteros y de las ametralladoras que tenía delante. A través de los prismáticos estudió los armazones achicharrados de los tanques en la carretera de Ceppagna.

—¿Qué tropas tenéis delante? —preguntó a un teniente.<sup>90</sup>

—Alemanes, señor —respondió el oficial. Clark pronunció unas cuantas palabras de ánimo y montó en su automóvil.

«Las pérdidas ante la ciudad han sido numerosas», confiaba Walker a su diario. «Muchos heridos han tenido que ser abandonados detrás de las líneas enemigas ... Es un desastre.»<sup>91</sup>

Y entonces se acabó. Monte Lungo había tenido siempre la llave de San Pietro, y el jueves al anochecer dos batallones del 142.º de Infantería superaron la cresta por el oeste, amenazando con rodear la población. Los granaderos del capitán Meitzel lanzaron un breve contraataque desde San Pietro con el fin de cubrir la retirada del batallón. A medianoche del viernes 17 de diciembre, un surtidor de luces de colores desde lo alto de la ladera norte de Monte Sammucro marcó la retirada del enemigo. Las tropas alemanas se replegaron cuatro kilómetros a otra localidad situada en la ladera de una colina, San Vittore, que retendrían durante las tres semanas siguientes.<sup>92</sup>

Los fusileros norteamericanos que salían del humo azulado del combate encontraron San Pietro en ruinas, convertido en «un gran cúmulo de desolación», según la descripción de un artillero.<sup>93</sup> Los restos de la guerra total se veían esparcidos por todas partes: cartucheras, vendas sucias, cerdos muertos, «una mano flácida de color gris colgando de una manga».<sup>94</sup> De la iglesia de San Michele sólo

quedaba una pared en pie, con un Cristo sin cabeza colgado de la cruz. La tribuna del coro permanecía suspendida sobre un altar cubierto ahora de ladrillos. El corresponsal Homer Bigart encontró también un ejemplar del 6 de diciembre del *Völkischer Beobachter* e, inexplicablemente, un guante de béisbol.

Unas pocas decenas de infortunados sanpietreses salieron de las ruinas a vitorear a sus libertadores. Las siniestras y hediondas cuevas situadas debajo de la población eran «lo más parecido a un descenso al *Infierno* de Dante que habría de ver yo en la guerra», escribía J. Glenn Gray, un analista de los servicios de inteligencia del ejército.<sup>95</sup> «Los niños chillaban, los viejos tosían o gruñían, mientras que otros intentaban preparar sopas sobre unos carbones humeantes.» Cerca de ciento cuarenta sanpietreses habían muerto, es decir, uno de cada diez.<sup>96</sup> El cadáver de un niño de pecho yacía en el barro y fue atropellado una y otra vez por los vehículos militares hasta que finalmente alguien lo vio y un enfermero enterró los restos.<sup>97</sup> Los encargados de elaborar el registro de tumbas, con sus guantes de cuero, llegaron dispuestos a inspeccionar el campo de batalla, cruzando las manos de los soldados muertos sobre el pecho antes de meterlos en sacos de inhumación de color blanco.<sup>98</sup> Como escribía el poeta-soldado Keith Douglas, «en torno a ellos se cernía ese silencio impenetrable ... con el cual creo yo que los muertos nos obligan a respetarlos».<sup>99</sup>

Los que habían estado combatiendo los últimos diez días supuestamente «dormían en el primer sitio que caían en cuanto bajaban del camión». San Pietro había cortado a la 36.<sup>a</sup> División de Fred Walker mil doscientas bajas en combate, y dos mil fuera del campo de batalla; sólo el 143.<sup>o</sup> Regimiento de Infantería había perdido el 80 por 100 de sus efectivos. Ingenieros, tanques, soldados de asalto, paracaidistas y los italianos que también combatían por las distintas poblaciones habían sufrido varios centenares más de muertos, desaparecidos, enfermos y lesionados.<sup>100</sup>

En un hospital de evacuación cerca de Mignano, los pacientes oían desde la cama el fragor de la artillería, identificando los cañones al milímetro. Un capellán tocaba el himno *Ah! Sweet Mystery of Life* en su gramófono.<sup>101</sup> Margaret Bourke-White observó «un tétrico montoncito de piernas amputadas» cubiertas con un trapo en el exterior de un quirófano de campaña. Cuando un chico moribundo natural de Texas le pidió sandía, un cirujano contestó simplemente:

—No es temporada, hijo —y a Bourke-White le comentó—: A menudo piden su comida favorita cuando están a punto de morir.

Como el frente había logrado avanzar dos o tres kilómetros más, John comentaba en su diario el 18 de diciembre: «Encontramos la zona llena de muertos a cada paso que damos ... Creo que los cerdos esos se han llevado una paliza».<sup>102</sup> Pero el general en jefe del VI Cuerpo añadía: «Roma parece todavía muy lejos».<sup>103</sup> Un soldado de la 36.<sup>a</sup> División ofrecía su propia visión sumaria: «Esto es una cosa deprimente».<sup>104</sup> Para John Huston, la batalla de San Pietro continuó.<sup>105</sup> A juicio del director, la filmación del ataque de los tanques con la estrella cruzada que había hecho era muy dramática, pero estaba incompleta. Aunque luego afirmaría que había rodado la mayor parte de la película «durante la batalla propiamente dicha», en realidad Huston pasó dos meses escenificando elaboradas repeticiones de los hechos en olivares y en Monte Sammucro, utilizando tropas de la 36.<sup>a</sup> División. Las escenas de las bajas fueron rodadas en un hospital, el alemán muerto que aparecía en una trinchera era en realidad un soldado actor con uniforme de granadero, y las secuencias en el interior del pueblo fueron filmadas en otra localidad bombardeada accidentalmente por aviones estadounidenses. Tras una labor draconiana de montaje a manos de George Marshall, que ordenó que el metraje de la película fuera recortado de cincuenta minutos a media hora, Huston añadió un breve discurso introductorio a cargo de Mark Clark y una banda sonora que incluía al Mormon Tabernacle Choir. La película *San Pietro* fue estrenada a escala nacional en la primavera de 1945 y recibió numerosas críticas encomiásticas. *Time* decía que era «una película de guerra tan buena como cualquiera de las que se han hecho hasta ahora».<sup>106</sup>

El telegrama anunciando la muerte de Henry Waskow llegaría a su casa en Texas el 29 de diciembre, pues el Departamento de Guerra lo retrasó, al igual que otras notificaciones del mismo estilo, hasta después de Navidad. La madre de Henry se había visto asediada por las premoniciones, y cuando la familia llegó a comunicarle la noticia, la mujer estalló en sollozos diciendo:

—Tenía yo razón, ¿verdad? Henry ha muerto.<sup>107</sup>

La columna de Pyle aparecería el 10 de enero de 1944, cubriendo toda la portada del *Washington Daily News*. Hollywood se apropió la historia y un año después se estrenó la película *The Story of G. I. Joe*, con Burgess Meredith en el papel de Pyle y Robert Mitchum en el del «capitán Bill Walker», que muere combatiendo en una montaña en Italia.<sup>108</sup>

Pero Waskow tendría la última palabra; su hermana recibió por correo una declaración de «últimas voluntades y testamento» para que los guardara y los hiciera públicos más de quince años después de la muerte de Henry. «Me habría gustado vivir», decía a sus padres en una meditación de diez párrafos, «pero como

Dios lo ha dispuesto de otro modo, no os entristezcáis demasiado, queridos, pues la vida en el otro mundo debe de ser hermosa, y siempre he vivido con esa idea. No tenía miedo de morir, podéis estar seguros».

Habré puesto mi granito de arena para hacer de este mundo un lugar mejor en el que vivir. Quizá cuando las luces vuelvan a brillar sobre el mundo entero, la gente será libre y estará alegre de nuevo ... Si he fracasado como líder, y ruego a Dios que no sea así, no habrá sido porque no lo haya intentado.

«Os quiero con todo mi corazón», añadía.

### «UN TANQUE DEMASIADO GRANDE PARA LA PLAZA DEL PUEBLO»

La vida en el exilio tenía sus compensaciones para George Patton. Como virrey de Sicilia, dormía en una alcoba de rey en una cama de tres colchones y cenaba en una vajilla de porcelana real.<sup>109</sup> Cada día cabalgaba en una montura de la caballería italiana en el picadero del palacio de Palermo, a los sonos de una banda montada y asistido por ciento veinte *carabinieri* tocados con sombrero de plumas y armados de sable. Con un revólver Colt de cañón corto en el bolsillo de los pantalones («únicamente con fines sociales», decía<sup>110</sup>), Patton daba asimismo a diario paseos de tres kilómetros exactos, seguido de un jeep cuyo conductor medía el recorrido con un odómetro. «Ahora puedo hacer cinco flexiones y media hasta dar con la rodilla en la barbilla incluso tres veces al día», confesaba en su diario, proeza notable en un hombre que acababa de cumplir cincuenta y ocho años el 11 de noviembre.<sup>111</sup>

Las tardes que hacía buen tiempo, Patton salía a navegar por el golfo de Palermo o nadaba en su casa de la playa, donde una joven asistente insistía en ayudar a los visitantes a desnudarse.<sup>112</sup> Salía también a cazar codornices con guías sicilianos en un hermoso pabellón situado en las montañas.<sup>113</sup> Para refrescar su francés —sólo por si acaso—, recibía clases de idiomas ayudándose de discos.<sup>114</sup> En las frías noches de invierno, atizaba las ascuas de un magnífico fuego mientras tomaba plácidamente una copa de vino y leía una biografía de Wellington, para luego entretener a sus oficiales de plana mayor con anécdotas acerca del Duque de Hierro.<sup>115</sup> Viajaba de una punta a otra del Mediterráneo; Marshall y Eisenhower esperaban que el enemigo creyera que estaba preparando una nueva fuerza expedicionaria. Cerdeña le intrigaba, pero El Cairo era «realmente un lugar repugnante. Tiene el mismo aspecto que Nueva York en 1928 y la gente se comporta exactamente igual». <sup>116</sup> Escribía versos, entre otros un poema titulado «El Dios de las batallas» —«Fortalece nuestras almas para la conquista»—, por el que la revista



*Women's Home Companion* le pagó cincuenta dólares. Las visitas iban y venían, entre otros John Steinbeck y Marlene Dietrich, a cuyo juicio Patton «parecía un tanque demasiado grande para la plaza del pueblo». <sup>117</sup> Encontró tiempo incluso para volver a inaugurar el teatro de la ópera de Palermo con una función de *La Bohème* para la cual se agotaron las localidades. <sup>118</sup> La multitud se congregó en los balcones y en las calles para oír la representación por unos altavoces. Cuando las luces de la sala se apagaron, un cañón iluminó el palco real donde pudo verse a Patton sujetando una bandera estadounidense, del brazo del alcalde de Palermo, que sujetaba la bandera tricolor de Italia. El público enfebrecido prorrumpió en aplausos, y luego se pasó llorando toda la función, desde la obertura hasta las últimas arias. Durante varios días, podrían oírse por toda la ciudad melodías de Puccini cantadas por presuntas Mimís y presuntos Rodolfos.

Sin embargo, ni siquiera un bohemio desesperado habría podido sentirse más desgraciado que Patton. Pocos meses antes estaba al mando de un cuarto de millón de hombres; ahora el VII Ejército había quedado reducido a la nimiedad de cinco mil hombres, <sup>119</sup> y a finales de noviembre le arrebataron incluso su batallón de transmisiones para que fuera a prestar servicios en Italia. <sup>120</sup> «Parece casi un intento de desnudar al cadáver antes de que el espíritu haya salido de él», escribía Patton. <sup>121</sup> John Lucas lo encontró durante una visita «viejo y desanimado», a pesar de las flexiones con las rodillas. <sup>122</sup> Su ingeniero jefe se llegó un día hasta su despacho y se lo encontró «haciendo literalmente monigotes de papel» con unas tijeras. <sup>123</sup> El 7 de noviembre había escrito a Bea diciendo que durante los trescientos sesenta y cinco días transcurridos desde los desembarcos de la Operación Antorcha, «he estado en combate setenta y dos». Beatriz le contestó con un lacónico telegrama: «¡Chaval! Cariño. Ánimo. Orgullo». <sup>124</sup>

Sin embargo, no había oído un disparo hecho con furia desde mediados de agosto, excepto con motivo de alguna incursión aérea ocasional. (Se repartieron unas cestas de mimbre entre los prisioneros de guerra alemanes y se les ordenó que recogieran los miembros humanos que encontraran entre los escombros.) <sup>125</sup> Haciendo un gesto vago con la mano en dirección al frente, Patton dijo a un viejo amigo:

—Quiero irme para allá, donde la cosa está que arde, aunque sea con un balazo del enemigo en la frente. <sup>126</sup>

Un día que Jimmy Doolittle se presentó a charlar con él un rato, Patton abrazó al aviador mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas:

—Pensaba que nadie iba a venir a visitar a un viejo hijo de puta desgraciado como yo —comentó.

Cuando la 1.<sup>a</sup> División zarpó de Siracusa rumbo a Gran Bretaña, Patton acudió a despedirla desde una barcaza, tirándole besos con la mano y gritando: «¡Dios os bendiga!». Todavía resentidos por el trato que había dispensado a Terry Allen y a Ted Roosevelt, los soldados permanecieron en pie de tres en fondo junto a todas las barandillas y de dos en fondo ante cada portilla, en un silencio absoluto. «Fue horrible», comunicaba Clift Andrus.<sup>127</sup>

«No tienes por qué temer que te dejen en un puesto de mala muerte durante la guerra», había dicho Eisenhower a Patton, pero eso había sido antes de que abofeteara a aquellos dos soldados. Durante más de tres meses se había guardado el secreto, y al menos fueron sesenta los reporteros presentes en Argel y en Italia que se callaron la noticia.<sup>128</sup> Pero Sicilia parecía en aquellos momentos un sitio de mala muerte absolutamente incomparable. Patton paseaba por Gela y otros campos de batalla de la isla, reviviendo glorias pasadas y poniendo verdes a los altos mandos que combatían en la Línea Gustav. «Me gustaría que le pasara algo a Clark», confiaba a su diario. Montgomery no era más que un «pedorro bajito». Escribía a Bea con su ortografía y su gramática absolutamente peculiares: «Mándame un poco más de medicina rosa. Tanta preocupación e inactividad me han puesto las tripas patas arriba».<sup>129</sup>

No mostró gran interés por el gobierno de Sicilia, que necesitaba urgentemente una mano que se ocupara de ella. Los expertos en planificación aliados, basándose en experiencias irrelevantes vividas en la Guerra Civil norteamericana y en la ocupación de Renania después de la primera guerra mundial, habían dado por supuesto que la economía italiana «se mantendría en un nivel mínimo de subsistencia», particularmente en una región agrícola como Sicilia.<sup>130</sup> Semejante suposición se reveló absolutamente errónea. A comienzos del invierno, con el fin de prevenir la hambruna y los alborotos motivados por la falta de pan, los comisarios aliados se vieron obligados a suministrar harina a tres cuartas partes de la población siciliana. En los centros de alimentación algunas mujeres hambrientas fingían estar embarazadas poniéndose almohadones debajo de la falda para exigir una ración extra.<sup>131</sup> El estraperlo hizo que el precio de la sal subiera un 100 por 100 pagándose a trescientas cincuenta liras el kilo.<sup>132</sup>

La isla sufría escasez de toda clase de cosas, desde carbón y fertilizante hasta clavos y bombillas. Aparecieron las fiebres tifoideas. Los oficiales comunicaban también «cierto recrudescimiento de las actividades de la mafia»,<sup>133</sup> entre otras cosas, asesinatos ocasionales con la *lupara*, la escopeta de cañones recortados que era el arma tradicional empleada para las muertes por venganza.<sup>134</sup> La ausencia de poder era un mal crónico, y los tribunales de justicia dictaban sentencias con

cuentagotas. Las autoridades de ocupación metieron en la cárcel durante meses a mil seiscientos sicilianos «peligrosos políticamente»<sup>135</sup> y tuvieron que recortar los mensajes fascistas de los libros de texto, pero la población local seguía saludando sin malicia a los soldados aliados con los gestos propios de los Camisas Negras.<sup>136</sup> Los liberadores empezaron enseguida a hartarse de los liberados. «La experiencia ha hecho que el siciliano sea visto como una persona absolutamente indigna de confianza», se lamentaban los expertos en logística del ejército norteamericano. «Adoptan todo tipo de tretas imaginables para engañarnos y en general se burlan de nosotros.»<sup>137</sup> Los agentes del OSS estaban totalmente de acuerdo. «La mentira, el robo y la falta de honestidad en general ... pueden considerarse una característica dominante de este pueblo.»<sup>138</sup>

Por poca que fuera la curiosidad por este tipo de asuntos locales mostrada por Patton, desapareció por completo cuando la historia de las bofetadas se supo en Estados Unidos a finales de noviembre. El periodista de prensa amarilla Drew Pearson, nacido en el seno de una familia cuáquera, basándose, al parecer, en el chivatazo de una fuente del OSS, hizo pública una versión distorsionada, pero no censurada de los incidentes en su programa radiofónico semanal.<sup>139</sup> Beetle Smith empeoró aún más las cosas desde Argel al repetir engañosamente una y otra vez que Patton no había sido reprobado, estableciendo una diferencia entre la censura oficial y la reprimenda personal que le había propinado Eisenhower en el mes de agosto.<sup>140</sup>

Los políticos y la prensa se lanzaron de la noche a la mañana a expresar críticas durísimas. «La normativa del ejército prohíbe específicamente este tipo de cosas», se lamentaba un antiguo artillero de Misuri, el senador Harry S. Truman. Las opiniones expresadas en la prensa eran unas condenatorias (el *Raleigh News and Observer*: «Un hombre incapaz de dominarse carece de la virtud suprema») y otras indulgentes (el *Seattle Post-Intelligencer* sostenía que «hay que tener en cuenta los sentimientos de un hombre de carácter sometido a la presión del combate»). A mediados de diciembre, la Casa Blanca y el Departamento de Guerra habían recibido mil quinientas cartas a favor y en contra,<sup>141</sup> aunque una encuesta Gallup indicaba que los norteamericanos se oponían a la destitución de Patton por un margen de cuatro a uno.<sup>142</sup>

«No estoy tan seguro de que mi suerte haya seguido siendo tan buena», decía Patton a Bea en una carta del 4 de diciembre,<sup>143</sup> y añadía: «Lo único que se puede hacer es no hacer nada y no pedir excusas». En una conversación con Clark, contemplaba la eventualidad del retiro, pero luego se lamentaría en privado de que

el general en jefe del V Ejército «me trató como un enterrador trata a la familia del difunto».<sup>144</sup> Como de costumbre, su arrepentimiento sería voluble, con una mezcla de contumacia, compunción e ironía. Sobre Drew Pearson escribió: «Viviré para ver cómo muere».<sup>145</sup> A Kay Summersby le dijo: «Siempre me meto en líos por bocazas, ¡me cago en Dios! Pero si volviera a pasar algo parecido, volvería a hacerlo».<sup>146</sup> Cuando el teniente general Lesley J. McNair le escribió una carta diciendo: «Con toda franqueza, desde hace tiempo tu temperamento corre el riesgo de acabar contigo», Patton replicó que, al pegar a aquellos soldados, «no estaba más que haciendo una escenita». Quizá el momento más reflexivo lo tengamos en una nota escrita a un amigo en el mes de diciembre: «Entre nosotros hay pocos que no cometan errores. Eso desde luego no excusa los errores cometidos, pero al menos nos deja en buena compañía».<sup>147</sup>

Eisenhower había sido leal con su viejo amigo, aunque reconocía que sus defectos personales limitaban su utilidad para el alto mando. Aunque en privado recomendará a Patton para un nuevo puesto de mando en el ejército, hizo a Marshall el siguiente comentario: «Dudo que vuelva a tener en cuenta a Patton para un grupo de ejército o para cualquier otro alto puesto».<sup>148</sup> En diciembre, en la evaluación semestral de sus subordinados de mayor rango, Eisenhower calificaba a Patton de «superior» y lo colocaba el quinto entre los más de veinte tenientes generales que conocía. Patton era «impulsivo y aparatoso», añadía Eisenhower, y «debería servir siempre a las órdenes de un superior fuerte, pero comprensivo».<sup>149</sup>

La liberación llegó de la mano de Franklin Roosevelt, un superior fuerte, pero comprensivo. El miércoles 8 de diciembre, camino de Washington tras las conferencias de El Cairo y Teherán, el presidente aterrizó en Malta para realizar una inspección rápida de los arsenales y luego voló a Sicilia. Escoltado por una docena de cazas P-38, el aparato en el que viajaba tomó tierra a las dos de la tarde en Castelvetro, a casi ochenta kilómetros al sudoeste de Palermo. Patton y Clark, quien se había desplazado hasta allí desde la Línea Gustav, permanecían en posición de firmes al pie de la escalerilla.<sup>150</sup>

Con el ala del sombrero levantada para aprovechar los últimos minutos de sol mediterráneo, Roosevelt dio una vuelta en jeep por el aeródromo antes de hacer entrega de la Cruz al Servicio Distinguido a Clark y a varios otros militares por su comportamiento heroico en Salerno. Los que iban a recibir la condecoración se pusieron en fila y cuando Patton dio un paso atrás, un Roosevelt radiante estrechó su mano y la mantuvo apretada entre las suyas largo rato. Según los recuerdos recopilados posteriormente por Clark, el presidente murmuró:

—General Patton, tendrá usted un puesto de mando en la gran operación de Normandía.<sup>151</sup>

Había sido indultado. En un rincón apartado, lejos del séquito presidencial, Patton miró a su alrededor para asegurarse de que estaba solo y entonces se puso a sollozar. Estuvo llorando un minuto entero, derramando lágrimas de alivio, de lástima, de gratitud y seguramente de soberbia. Tras secarse los ojos, se dominó y regresó con paso resuelto al jeep para tomar unas copas con el presidente en el club de oficiales.<sup>152</sup>

La redención oficial llegaría varias semanas después, en un mensaje en el que se le ordenaba trasladarse al Reino Unido para asumir el mando del nuevo III Ejército estadounidense. El país lo necesitaba, y las fuerzas del bien también lo reclamaban. Si hubiera sabido que sólo le quedaban dos años de vida, probablemente no le habría importado nada. Ya había escuchado el clamor de la trompeta llamándolo.

«Mi suerte está asegurada», confiaría a su diario el día de Navidad, «y soy un loco y un cobarde por haber dudado de ella».<sup>153</sup>

## BATALLAS DE GÁNSTERES

Las fuerzas del bien reclamaban también a Bernard Montgomery, pero por el momento lo reclamaban en Italia, en el frente del Adriático.

Mientras el V Ejército de Clark combatía en la costa del oeste, el VIII Ejército, después de invadir Calabria, había seguido la antigua Costa de los Cruzados a lo largo de casi setecientos kilómetros.<sup>154</sup> Cinco divisiones —formadas por ingleses, neozelandeses, indios y canadienses— provistas de casi setecientos cañones y doscientos tanques habían ido acorralando a cuatro divisiones alemanas a lo largo de un frente de más de sesenta kilómetros. Con el V Ejército amenazando Roma por el sur, Montgomery pretendía conquistar la ciudad costera de Pescara, aproximadamente en el centro de la península Italiana, antes de girar hacia el oeste por la Carretera 5, cruzando los montes por Avezzano, para acercarse a la capital desde el este. Alexander esperaba que, si era atacado a lo largo de un gran frente, de mar a mar, «el enemigo se encontraría lo bastante disperso como para no poder concentrarse para la defensa de Cassino».<sup>155</sup>

Semejante estrategia seguía pareciendo plausible el 20 de noviembre, cuando el VIII Ejército atacó el río Sangro, estableciendo una cabeza de puente en la orilla opuesta y borrando prácticamente del mapa a la 65.<sup>a</sup> División alemana, cuyo general

en jefe perdió su brazo derecho durante un ataque aéreo.<sup>156</sup> A primeros de diciembre, a pesar del apoyo de miles de aviones aliados y con los tanques británicos maniobrando entre montones de nieve, no había sido posible desbaratar las defensas del Sangro. Tropas neozelandesas lograron entrar en la ciudad de Orsogna, importante cruce de carreteras, pero los panzers las obligaron a retirarse.

—En realidad los alemanes están en la situación en la que queremos que estén —declaraba Montgomery—. Ahora les propinaremos un golpe colosal.<sup>157</sup>

Y anunció a bombo y platillo:

—El camino hacia Roma está abierto.<sup>158</sup>

Por desgracia, no era así. Las defensas de la Línea Bernhardt se extendían a lo largo de unos catorce kilómetros de profundidad al norte del río Sangro,<sup>159</sup> en lo que Alexander llamaría «país de caballón y surco».<sup>160</sup> Montgomery descubriría, como le había ocurrido a Clark, que la superioridad de los Aliados en aviación, artillería y blindados podía verse reducida a la nada por las malas condiciones atmosféricas, la escabrosidad del terreno, o por un *Feldwebel* obstinado provisto de un cañón antitanque. Un análisis elaborado por los ingleses advertía que para la tripulación de un tanque Sherman, «el campo visual por término medio era de unos cincuenta metros, y la media de la distancia a la que podía ser abatido un tanque era de unos ochenta metros ... Vacilar significa la muerte».<sup>161</sup> En un trecho particularmente difícil, las hachas alemanas talaron una avenida de álamos de casi un kilómetro, cuyos troncos fue preciso retirar de la carretera con ayuda de bulldozers y cadenas a razón por término medio de una hora por árbol.<sup>162</sup>

Las copiosas lluvias invernales ensancharon repentinamente el cauce del Sangro,<sup>163</sup> que pasó de los treinta a los ciento veinte metros o más, arrastrando consigo tantos puentes que una historia oficial condenaba a «aquel maldito río,<sup>164</sup> cuya crecida daba lugar a violentas inundaciones». Media docena de ambulancias que regresaban a un puesto de socorro permanecieron sin poder pasar ante un puente desbordado durante tanto tiempo que los médicos se quedaron sin morfina. «Podía oír a los heridos dentro de los vehículos gimiendo y lanzando gritos terribles», escribía un oficial canadiense.<sup>165</sup> Las bajas en el campo de batalla, así como las provocadas por enfermedades y lesiones, hicieron grave mella en el VIII Ejército; las pérdidas de la 78.<sup>a</sup> División ascendían en total a diez mil en la segunda mitad de 1943.<sup>166</sup>

La vertiente adriática constituía, de hecho, «un sector inaprovechable», sin «ningún verdadero objetivo estratégico», como reconocía un agudo general de brigada neozelandés, Howard K. Kippenberger.<sup>167</sup> Montgomery carecía de fuerzas de combate y de reservas suficientes para llegar a Pescara, y mucho menos a

Avezzano o a Roma. Un irreflexivo resumen de los servicios de inteligencia del CGFA de 4 de diciembre aseguraba que «el enemigo ha perdido la iniciativa ... La Línea Gustav ha sido rota y superada en el sector adriático».<sup>168</sup> Quizá diera esa impresión en Argel, pero en el campo de batalla propiamente dicho la estrategia de maniobra se había transformado rápidamente en una estrategia de desgaste y de mutuo derramamiento de sangre.<sup>169</sup> La pausa realizada por el VIII Ejército a primeros de diciembre permitió a las tropas de Kesselring reagruparse; otros dos ataques contra Ortona fracasaron, bloqueando por completo a los neozelandeses.<sup>170</sup>

Para aquellos cuya sangre fue derramada, el sector oriental de la Línea Gustav causaría tantos disgustos como el occidental. A primeros de diciembre, un soldado canadiense describía «un paisaje que por su desolación parecía casi lunar», en el que «los hombres vivían y morían de muchas formas de las que nadie se acuerda».<sup>171</sup> Cada caballón parecía esconder una constelación de búnkeres enemigos; cada surco cubierto de nieve podía contener una mina, o un francotirador prácticamente invisible debido a su traje de nieve de un blanco inmaculado. Un soldado contaba que, mientras se preparaba para salir a patrullar la tierra de nadie situada a lo largo de la Línea Gustav, «permanecía tumbado rígidamente, mordiéndome la mano y totalmente convencido, sin que me cupiera duda alguna, de que los alemanes nos acechaban y estaban esperándonos ... Odiaba todo aquello; odiaba el frío y la oscuridad; y sobre todo odiaba la soledad».<sup>172</sup>

«Para mantener la cordura», decía en su diario otro *tommy*, «los límites de la imaginación deben detenerse en las propias miserias».<sup>173</sup> Los artilleros negociaban con las pesadas descargas de sus baterías llamadas «asesinas».<sup>174</sup> A medida que la estación avanzaba y se ensombrecía, las tropas, según observaba un soldado de los Fusileros Reales, habían resucitado un viejo concepto de supervivencia de la Gran Guerra llamado «el mejor hoyo»: consistía en buscar una trinchera relativamente segura y confortable. El escueto resumen que hace de la vida de los soldados de infantería a lo largo del Sangro tiene un mérito universal: «Avanza. Párate. Cava. Espera. ¿Qué pasa? ¿Quién sabe? A nosotros no. Adelante».<sup>175</sup>

Montgomery conservó al principio su fanfarronería. Con su colección de canarios, periquitos, gallinas, perros, y su cordero o su lechoncillo, seguía dirigiendo la guerra como lo había hecho con el VIII Ejército desde hacía dieciséis meses: desde el «Principal 35», un campamento táctico, compacto y nómada, formado por camiones y caravanas desvencijadas, cuidadosamente ocultos con maleza y redes de camuflaje, y en consonancia con el ritmo de combate del general en jefe, consistente en irse a acostar temprano. Para conmemorar el primer aniversario de

El Alamein, Montgomery dio una fiesta cerca de Lucera, asignando a los oficiales de su plana mayor la misión de suministrar vino, carne fresca y un piano de cola, que, no se sabe cómo, lograron meter en un olivar. Unos músicos italianos, anunciados como los Lucera Swingers, y entre los cuales había un pianista que aseguraba haber actuado en Nueva York, tocaron *Lili Marlene* y *La vie en rose*. Durante unas cuantas horas deliciosas, la mayor victoria británica después de Waterloo pareció más cercana que la miseria embarrada de la Italia central.<sup>176</sup>

Montgomery siguió mostrándose tan autoritario como siempre, lo mismo con sus subordinados que con sus superiores. Un oficial de plana mayor al que mandó a buscar a un general de brigada, dijo a éste cuando lo encontró:

—El general en jefe del ejército quiere verlo exactamente dentro de cuatro minutos y treinta y seis segundos. Treinta y cuatro. Treinta y tres...<sup>177</sup>

Cuando Alexander se levantó en medio de una conferencia para explicar su idea de trasladar unas divisiones del VIII Ejército para que apoyaran al V, Montgomery castañeteó los dedos lleno de impaciencia y dijo:

—¡Siéntate! Yo te enseñaré cómo hacerlo.<sup>178</sup>

Lamentaba lo que él consideraba una falta de «un plan firme de ejecución de la campaña. De momento es aleatorio y caprichoso ... Cada uno de nosotros hace lo que quiere y cuando quiere». <sup>179</sup> Una parodia de Montgomery hablando con Dios se hizo muy popular en sus últimos versos, el general aconsejaba al Todopoderoso en los siguientes términos:

Y cuando acabe la guerra y no tenga más qué hacer  
Subiré al cielo y dirigiré las cosas por ti.<sup>180</sup>

Cada noche rezaba a Dios pidiendo cielos despejados, y cada mañana se ponía hecho una furia al comprobar que sus plegarias no habían sido escuchadas. «*Tengo que tener buen tiempo*», insistía en noviembre. «Si llueve sin parar, estoy acabado.»<sup>181</sup> Siguió lloviendo sin parar. Cuando la crecida del Sangro inundó sus puentes, mandó llamar a un ingeniero de alto rango, le sirvió amablemente una taza de té, y de pronto arremetió contra el pobre hombre:

—¡Es usted inútil, absolutamente inútil! —atacó el general—. Tengo un librito de geografía de Italia. Dice que no es habitual que en esta estación el nivel de los ríos de Italia suba incluso seis metros en una noche. ¡Fuera! ¡Está usted despedido!<sup>182</sup>

Más de su agrado resultó un piloto australiano, cuyo aparato fue derribado y que, tras ser rescatado, fue conducido al salón de Montgomery a orillas del Sangro para almorzar. Cuando el general en jefe del ejército le preguntó su opinión sobre



«el gran principio de la guerra», el australiano respondió:

—Yo diría que es: «¡Dejad ya de joder la marrana!».<sup>183</sup>

Pero lo de joder la marrana estaba a la orden del día en Italia. Es bastante dudoso que algún comandante mortal hubiera podido flanquear Roma a través de los Apeninos, pero las cualidades específicas de Montgomery parecían muy poco apropiadas para semejante tarea. «Poseía el insólito don de combinar de manera harto persuasiva la audacia a la hora de hablar con la cautela a la hora de actuar», como señalaría C. J. C. Molony en la historia oficial de la campaña de Italia editada por los británicos.<sup>184</sup> Su ejercicio del mando se caracterizaba por una ortodoxia metódica, del mismo modo que la boina y su excéntrico campamento expresaban su personalidad. Una y otra vez seleccionaría objetivos limitados, que sólo eran atacados después de acumular dolorosamente tal cantidad de hombres y materiales que «prácticamente no habría podido dejar, con el tiempo, de conquistar su objetivo», como dice Molony. Luego volvía a empezar el ciclo, con la selección de otro objetivo limitado, y otra lenta acumulación de fuerzas.

«En realidad fue un excelente general de la primera guerra mundial, y no consideraba a sus tropas capaces de llevar a cabo una tarea superior», concluía Michael Howard.<sup>185</sup>

Años y años de fracaso —en Francia, en Noruega, en Creta, en Singapur y el desierto occidental— habían puesto de manifiesto las limitaciones de esos grandes ejércitos de reclutas, empezando por la capacidad de los oficiales de plana mayor y de los oficiales de menor graduación para hacer frente a las exigencias enormemente complejas de la guerra moderna. Para Montgomery, la sencillez era fundamental, y había que desalentar la iniciativa. Su campo de batalla era lineal y secuencial, meticuloso e increíblemente violento.

Esta concepción, que le había convertido en el general de campo más afortunado y celebrado de Inglaterra, era muy poco probable que lograra imponerse en el Sangro, y Montgomery lo sabía. A finales de noviembre, antes incluso de que el VIII Ejército quedara atascado a lo largo de la Línea Bernhardt, su frustración se desbordó en un farragoso documento privado de cinco páginas: «Reflexiones sobre la Campaña de Italia, 1943». Por supuesto ponía a caldo a los primos de América: «Los norteamericanos no saben combatir a los alemanes ... No comprenden los grandes principios de la sorpresa y la concentración». Pero la mayor parte de sus andanadas iban dirigidas contra Alexander. «No tiene ni idea de cómo manejar a los ejércitos en el campo de batalla. Cuando celebra una conferencia de mandos, cosa que sucede muy pocas veces, el espectáculo es

lamentable ... Nadie recibe órdenes, y todos hacemos lo que nos da la gana.» Le preocupaba que «nos veamos envueltos en más líos en 1944 y que no acabemos la guerra claramente».

En resumen, concluía Montgomery, la guerra de Italia se había convertido en un asunto odioso, «desordenado y *ad hoc*». <sup>186</sup>

Montgomery depositó su última esperanza de evitar el empate en la 1.<sup>a</sup> División de Canadá, que a comienzos de diciembre recibió la orden de abrirse paso a la fuerza por la estrecha llanura costera en un último esfuerzo para llegar por lo menos a Pescara y a la Carretera 5, la vía lateral que conducía a Roma.

Finalmente había llegado la hora de Canadá. El país había entrado en la guerra en 1939 con menos de cinco mil soldados profesionales y una inexperta milicia de menos de cincuenta mil hombres. <sup>187</sup> Al cabo de tres años, esa fuerza se había incrementado hasta el medio millón de efectivos, pero las tropas canadienses no habían entrado demasiado en acción, si se exceptúan las nueve sangrientas horas en Dieppe, la ciudad de la costa francesa en la que en 1942 una fallida incursión dejó más de novecientos canadienses muertos y casi dos mil prisioneros. Las tropas canadienses se habían distinguido en el combate en Sicilia, pero algunos temían que la guerra acabara sin tener la oportunidad de vengar lo de Dieppe o de demostrar el temple de los hombres del país. <sup>188</sup>

Esa oportunidad se presentaría a unos veinticinco kilómetros al sur de Pescara, en Ortona, pequeña ciudad portuaria construida en un promontorio asomado a las aguas del Adriático por los troyanos que lograron escapar de las llamas que destruían su ciudad, de altas murallas, en el segundo milenio antes de Cristo; o al menos eso se decía. Los siglos de prosperidad habían acabado en 1447, cuando los venecianos quemaron la flota y el arsenal de Ortona. En aquellos momentos un decrepito castillo de piedra arenisca dominaba el puerto y unas cuantas palmeras mal cuidadas rodeaban la Piazza del Municipio. <sup>189</sup> Pero entre los monumentos más significativos e interesantes de la ciudad había una catedral del siglo XII, provista de cúpula, en la que se guardaban los huesos del apóstol santo Tomás, y una iglesia todavía más antigua fundada por María Magdalena; al menos eso se decía. <sup>190</sup> La mayor parte de las diez mil almas que habitaban Ortona habían huido a las montañas o trabajaban en los batallones de trabajo alemanes; <sup>191</sup> los zapadores de la Wehrmacht habían abierto hoyos en el puerto y habían hundido doscientos barcos con el fin de bloquear el atracadero. <sup>192</sup> La ruta costera que venía del sur, la Carretera 16, quedó cortada sin mayor dificultad cuando se voló un puente a la entrada de la ciudad, dejándose así una sola vía de acceso a la población, que

bordeaba una estrecha colina por el sudoeste.<sup>193</sup> No obstante, era previsible que los alemanes se replegaran a un terreno de caballón y surco más fácil de defender situado al norte; o al menos eso se decía.

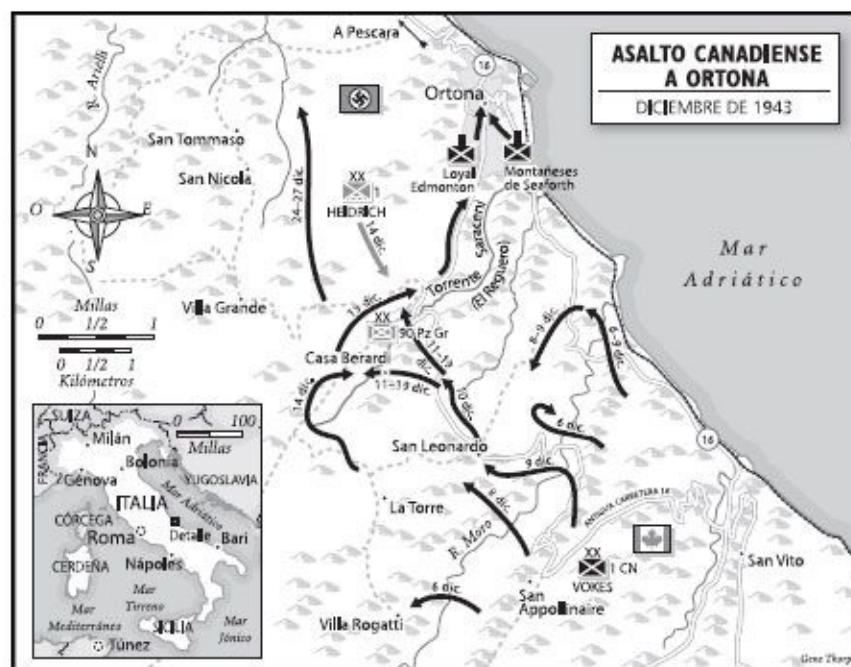
El oficial al mando de la unidad canadiense, el general de división Christopher Vokes, era un corpulento ingeniero nacido en Irlanda, hijo de un oficial británico y su esposa, pero educado en Ontario, Quebec e Inglaterra.<sup>194</sup> «Un tipo duro, perro viejo, gran boxeador, alto, gordo y con la corpulencia de un bulldog, rasgo que se adecuaba perfectamente a su personalidad», decía un conocido suyo. Aficionado a gruñir a través de su hirsuto bigote pelirrojo, Vokes, de treinta y nueve años, era descrito como «un matón» por un reportero canadiense, que añadía: «No he conocido nunca a un hombre más aficionado a decir palabrotas».<sup>195</sup> Otros lo consideraban un «bravucón pomposo», que imitaba a Montgomery llevando siempre matamoscas y exagerando el acento británico.<sup>196</sup> Predicaba un estoicismo vigorizante y afirmaba que «el destino del hombre está escrito desde el día en que nace y, por mucho que se intente, no hay forma de evitarlo».<sup>197</sup> El corolario táctico de esta concepción escatológica era, al parecer, el ataque frontal, estrategia que ordenó en Ortona el número suficiente de veces como para ganarse en adelante el mote de Carnicero.<sup>198</sup>

Cumpliendo las órdenes recibidas, los canadienses atacaron por el Moro, un arroyo de aguas color mostaza que desembocaba en el mar a unos tres kilómetros al sur de Ortona. La acometida contra el flanco derecho se produjo tan por sorpresa que los atacantes encontraron el rancho abandonado en las mesas del comedor de los alemanes. Otros ataques, en cambio, chocaron contra una dura resistencia; cuando un artillero canadiense dijo a gritos que se había quedado sin munición, el oficial al mando de su compañía le respondió también a gritos:

—¡Gilipollas! ¿Por qué tienes que hacer ruidos militares?<sup>199</sup>

Tan intenso era el bombardeo que, según declaró un cabo, «aquello era como un manicomio delirante».<sup>200</sup> Los artilleros sudaban tanto que acabaron quedándose con el pecho desnudo, mientras la sangre les goteaba por los oídos a consecuencia de la rotura del tímpano, y los tambores de las pistolas brillaban con un color «rojo transparente».<sup>201</sup> «La situación resultaba indudablemente confusa para el enemigo y para nosotros mismos», escribía un oficial de plana mayor.<sup>202</sup> Pero el 9 de diciembre, lograron romper la línea del Moro, pereciendo ciento setenta alemanes en un solo día. Montgomery hizo llegar a Vokes sus «más sinceras felicitaciones».<sup>203</sup>

Los elogios eran prematuros. Detrás del Moro había un barranco que discurría de nordeste a sudeste, y que en los mapas italianos se denominaba Torrente Saraceni.<sup>204</sup> Justo al sur del camino al borde del precipicio que constituía el único acceso a Ortona, aquel barranco tenía más de cinco kilómetros de largo, doscientos metros de ancho y ciento veinte metros de profundidad. Los campesinos italianos habían sembrado su parte inferior de grano y olivos; los zapadores alemanes, por su parte, volvieron a sembrar en ella minas y trampas bomba. Los soldados de la 9.<sup>a</sup> División Acorazada de Granaderos, muchos de los cuales habían logrado escapar de Cerdeña y de Córcega en septiembre, abrieron trincheras en la ladera y montaron barricadas en las casas rústicas de piedra a lo largo de la ladera norte. Vokes no supo darse cuenta de lo formidable que era la barrera que suponía el Tajo —como lo llamaban las tropas canadienses— y a partir del sábado 10 de diciembre lanzó una serie de ataques por separado contra el precipicio. De las ocho intentonas de apoderarse del Torrente Saraceni que se realizaron, cinco las llevaron a cabo sendos batallones, y sólo en la última participaron tres a la vez.<sup>205</sup> Cuando Montgomery envió un enlace a preguntar por qué los canadienses se habían quedado atascados, Vokes masculló:



—Dígale a Monty que si subiera aquí, vería el sangriento barrizal en el que nos ha metido y entendería perfectamente, maldita sea, por qué no podemos movernos más deprisa.<sup>206</sup>

Durante nueve días el Tajo mantuvo a los canadienses en lo que el oficial de infantería Farley Mowat llamaba un «limbo de porquería».<sup>207</sup> Un cabo que llevaba una libreta de notas dibujaba la forma de las bocas de las trincheras que lo rodeaban, luego escuchaba el zumbido de una bomba al aproximarse y situaba la mina del lápiz sobre la trinchera en la que suponía que debía de haber dado; llamaba a aquel juego «Puntos y Blancos». Lleno de horribles quemaduras de fósforo blanco, un sargento gritó a los que corrían a auxiliarlo:

—No os acerquéis, chicos, no dejéis que la cosa esta os toque.

Se quedó agonizando solo hasta que murió.

El limbo se llenó todavía más de porquería el 14 de diciembre tras el descubrimiento del cadáver de un alemán que llevaba un casco redondo y un uniforme de la Luftwaffe, prueba evidente de que los granaderos acorazados habían sido sustituidos por la 1.<sup>a</sup> División de Paracaidistas.<sup>208</sup> Al mando de un corpulento general de división de ojos grises, cuyo curioso parecido con Churchill se extendía a su afición por los puros enormes, los paracaidistas eran «las mejores tropas alemanas destacadas en Italia», según los cálculos de Alexander.<sup>209</sup> Su presencia daba a entender que Kesselring tenía la intención de retener Ortona y no sólo de retrasar el avance de los canadienses.

Aquella lucha primitiva siguió adelante una y otra vez en aquella grieta pantanosa abierta sobre la faz de la tierra. Las pérdidas eran cuantiosísimas y el agotamiento hacía estragos en uno y otro lado del Tajo, llamado ahora también el Barranco del Muerto por la cantidad de cadáveres que cubrían el brezal achicharrado.<sup>210</sup> «No siente uno nada», comunicaba un soldado canadiense. «Sólo un cansancio tan grande que no podría uno dormirse aunque le dejaran.»<sup>211</sup> La inexactitud de los mapas hizo que los canadienses bombardearan a tontas y a locas; en una ocasión incluso hicieron una violentísima descarga que saltó por encima del Tajo y dio a unos regimientos amigos situados a uno y otro lado del torrente.<sup>212</sup> Eran tantos los tanques abiertos en el paisaje por las bombas que al tripulante de un tanque le recordaban «una gran cacerola de gachas cociendo a borbotones».<sup>213</sup> Un intrépido capitán logró tomar Casa Berardi, una granja situada en el extremo occidental del Tajo, pero Vokes carecía de reservas para explotar el éxito alcanzado por aquel flanco y lanzó otro ataque frontal sin conseguir ningún éxito. «Lo echó todo a perder y todo quedó comprometido, pues además carecía de reservas, lo cual es terrible», se lamentaba el ingeniero jefe de la unidad canadiense.<sup>214</sup>

Un ataque lateral desde el oeste, cuyo nombre en clave era Gloria Matutina, logró por fin descomponer la línea de los alemanes y al atardecer del 19 de diciembre el Tajo quedó en manos de los canadienses. Plantar la bandera con la

hoja de arce había costado mil bajas. Dos batallones canadienses quedaron reducidos a las dimensiones de dos compañías, y había una compañía que estaba al mando de un cabo. El reportero Christopher Buckley entró en una casa de campo que había sufrido un violentísimo bombardeo y se encontró a «una anciana, con los ojos cerrados y el rostro del color de un pergamino antiguo, que gemía de rodillas ... Extendidos por el suelo yacían los cadáveres de cuatro niños».<sup>215</sup>

A un kilómetro y medio hacia el norte, la ciudad de Ortona seguía perteneciendo a los alemanes. Cualquier ilusión de que el enemigo planeaba levantar el campo sigilosamente debió de disiparse tras la captura de un paracaidista alemán. Como las heridas lo habían dejado ciego, gritó a sus captores:

—¡Ojalá pudiera veros! Os mataría a todos.<sup>216</sup>

*El destino del hombre está escrito desde el día en que nace y, por mucho que se intente, no hay forma de evitarlo.* Quizá ese mismo principio fuera aplicable a las ciudades y, de ser así, Ortona habría estado condenada desde el momento mismo en que aquellos troyanos míticos se acercaron a sus costas frente al impresionante promontorio. Del mismo modo que las torres en llamas de Troya presagiaban las cenizas de Ortona, también el destino de Ortona constituía un augurio para cientos de ciudades más en el porvenir. Allí se libró la primera gran batalla campal en una ciudad del Mediterráneo: no una pequeña escaramuza contra unos italianos, como en Gela, ni una pelea de pueblo, como en San Pietro, sino un combate habitación por habitación, casa por casa, manzana por manzana, que presagiaría las memorables luchas callejeras con armas pesadas que se libraron desde Caen hasta Aquisgrán, y desde Núremberg hasta Berlín.<sup>217</sup>

Ortona se libró de ser arrasada debido a la vana esperanza que abrigaba el cuartel general de Montgomery de que iba a caer rápidamente para convertirse en puerto de los Aliados y un cómodo cuartel de invierno para las tropas cansadas.<sup>218</sup> Aquella fantasía se disipó en medio de un gran estruendo al amanecer del martes 21 de diciembre, cuando las unidades de demolición alemanas volaron una atalaya contigua a la catedral, dejando la basílica de Santo Tomás «cortada en canal como un ciervo sacrificado», según la descripción de un testigo.<sup>219</sup> A esa misma hora, la infantería canadiense y los tanques Sherman se precipitaban hacia la ciudad desde el sudoeste, en medio del estruendo de las sirenas y los fogonazos de los cañones. Las balas de las ametralladoras rebotaban contra los cantos del empedrado en una lluvia de chispas de color naranja, mientras los fusileros se agazapaban en las puertas de las casas y disparaban contra todas las ventanas que veían. Poco después del mediodía, el jefe de la plana mayor de Kesselring llamaba al cuartel general del X

Ejército para comunicar que Berlín daba por supuesto que la ciudad se había perdido. «El alto mando me llamó por teléfono. Todo el mundo estaba muy triste por Ortona», dijo. «¿Por qué?», respondió un oficial de plana mayor del X Ejército. «Ortona sigue en nuestras manos.»<sup>220</sup>

Seguiría estándolo una semana más. Las calles laterales resultaron demasiado estrechas para los tanques, y los zapadores alemanes volaron algunos edificios de piedra para bloquear los cruces y canalizar a los atacantes canadienses por el Corso Vittorio Emanuele.<sup>221</sup> Los cañones antitanques escondidos en los callejones disparaban contra el flanco de los Sherman cuando pasaban; otros, situados entre los escombros, disparaban contra el vientre de los carros blindados mientras avanzaban hacia las barricadas montadas en las calles.<sup>222</sup> Los cables de las trampas bomba parecían extenderse por todas las escaleras de la ciudad y por los pomos de todas las puertas. Dos regimientos canadienses —el de los Loyal Edmonton por la izquierda y el de los Seaforth Highlanders, originarios de la Columbia Británica, por la derecha— avanzaron por un frente de unos quinientos metros en medio de unos combates calificados de «batallas de gánsteres», haciendo estragos «desde el sótano hasta el desván, de un montón de ruinas a otro».<sup>223</sup> Los avances «se medían a razón de la conquista de una casa o dos por hora», dice el historiador Mark Zuehlke. La tierra de nadie se medía por la anchura de un callejón, y a veces por la anchura de la pared de una alcoba. «Por alguna razón desconocida», señalaba un reportero del *New York Times*, «los alemanes están escenificando un Stalingrado en miniatura en la desolada Ortona».<sup>224</sup> Los soldados se decían unos a otros:

—Sólo faltan otros tres días de disparos para Navidad.<sup>225</sup>

En vez de registrar los edificios de manera convencional, desde la planta baja hacia arriba, los ingenieros canadienses perfeccionaron el arte de «abrir agujeros de ratón» de un edificio a otro sin pisar la calle: colocaban una carga explosiva en forma de colmena en una silla junto a la pared de un último piso; cuando la explosión abría un agujero que permitía entrar en el edificio contiguo, los soldados de infantería salían de entre la nube de polvo, acribillando todos los armarios y armazones de las camas con «fuego especulativo» de fusiles británicos, para a continuación abrirse paso escaleras abajo, piso por piso, arrojando granadas «en cualquier habitación que despertara sospechas». Las sábanas colocadas en determinadas ventanas fijadas de antemano indicaban que la casa había sido inspeccionada, lo cual comportaba el establecimiento de una pequeña guarnición para impedir que los paracaidistas de Heidrich volvieran a infestarla por la noche. Farley Mowat observaba que sus hombres desarrollaron rápidamente «una

capacidad arquitectónica para calcular a simple vista la fuerza relativa de un edificio ... el espesor de sus muros, la firmeza del mortero, y el número de habitaciones»<sup>226</sup>

«El hedor aquí es terrible», escribía un soldado. «No entiendo por qué los alemanes se descomponen de manera diferente.» Christopher Buckley registró a un paracaidista muerto de cuya guerrera asomaban unas postales, cada una de las cuales correspondía a un retrato de Hitler. Un sargento enemigo, que agonizaba en una calle lateral con un tiro en la cabeza, le dijo a un canadiense en inglés:

—Podríamos derrotaros.<sup>227</sup>

No fracasarían por falta de esfuerzos. Casi treinta soldados del regimiento Edmonton fueron enterrados vivos cuando se les vino abajo un edificio lleno de bombas trampa cerca de Santo Tomás. Los alemanes echaron contra sus posibles salvadores una lluvia de granadas; aquel día sólo fueron rescatados cuatro hombres —un quinto, un cabo de Alberta, fue sacado de los escombros tres días después—, y los ingenieros canadienses se desquitaron demoliendo dos edificios en los que se oyeron voces alemanas.<sup>228</sup>

—No queremos defender Ortona de manera decisiva —se lamentaba Kesselring ante el general Joachim Lemelsen, que se había puesto temporalmente al mando del X Ejército debido a la enfermedad de Viettinghoff—, pero los ingleses han hecho que parezca tan importante como Roma.<sup>229</sup>

—Cuesta demasiada sangre, una sangre que no se puede justificar —contestó Lemelsen.

—No —repuso Kesselring—, pero no puede uno hacer nada cuando las cosas se desarrollan de esa manera.

Y luego, como suele ocurrir con este tipo de cosas, la batalla cesó. Acorralados en el barrio antiguo, en torno al castillo, reducido a un simple cascarón, los hombres de Heidrich aguardaron a que cayera la noche y se escabulleron por la escalera de la costa que iba a Pescara, dejando a los camaradas muertos despatarrados en las escaleras y en las murallas en las que crecía la hierba. «No hemos dejado atrás ninguna ciudad», confiaba un oficial alemán a su diario, «sólo sus ruinas».<sup>230</sup>

Un nuevo cartel colocado en la entrada de la ciudad decía todo lo contrario: «Ésta es Ortona, ciudad del Oeste de Canadá». Rebasar aquel letrero le había costado al general Vokes seiscientos cincuenta bajas; las pérdidas canadienses en el campo de batalla durante el mes de diciembre excederían los dos mil trescientos hombres, quinientos de los cuales murieron.<sup>231</sup> «Antes de Ortona todo fue un cuento de hadas», decía Vokes. En un batallón arquetípico, de los cuarenta y un



oficiales que habían desembarcado en Sicilia en julio, sólo quedaban nueve, y seis de ellos habían resultado heridos, según el historiador Daniel G. Dancocks. Un psiquiatra canadiense que fue haciendo su ronda de campamento en campamento en motocicleta comunicaba la existencia de un número alarmante de «histeria grave con mutismo [y] parálisis».<sup>232</sup>

El plan de Alexander había fracasado.<sup>233</sup> En cinco semanas, el VIII Ejército había avanzado exactamente veintidós kilómetros, lo que daba una media de menos de treinta metros por hora. Pescara seguía estando a quince kilómetros al norte; Roma quedaba al otro lado de los Apeninos nevados, en la otra punta del mundo. Montgomery recomendó que la campaña del Adriático se detuviera y Alexander accedió.

En Ortona, sobre el mar de color morado, un gaitero del Regimiento Seaforth tocaba la melancólica *Skye Boat Song* en memoria de los caídos. Un pintor canadiense militarizado que andaba entre las ruinas con su álbum de dibujo resumiría más tarde su impresión estética en los siguientes términos: «El mundo con el que estábamos familiarizados había desaparecido».<sup>234</sup>

## SE HAN IDO DEMASIADOS

Pocos minutos después del amanecer del sábado 11 de diciembre, las ruedas de un York inglés de cuatro motores resbalaban sobre una pista de aterrizaje inhóspita y abandonada a sesenta kilómetros de Túnez. Mientras los miembros de la tripulación sujetaban las hélices y ponían cuñas en las ruedas, una figura gruesa bajó por la escalerilla de metal y se sentó pesadamente en una caja de embalar situada junto a la pista. Tras quitarse el sombrero, Winston Churchill se secó el sudor de su ceñudo rostro grisáceo. Una brisa helada alborotaba su pelo fino, y se formaban remolinos de arena en torno al equipaje que estaba siendo descargado de la bodega del avión, entre otras cosas los regalos debidamente embalados que había recibido recientemente con motivo de su sexagésimo noveno cumpleaños: un cuenco de porcelana del presidente Roosevelt; una caja de puros de Isfahan de plata; y, de parte de los periodistas que viajaban con él, un sombrero de astracán persa, que el primer ministro había adquirido la costumbre de lucir junto con su uniforme de comodoro de las fuerzas aéreas.<sup>235</sup>

Había pasado casi una hora. El médico de Churchill, lord Moran, le instó a buscar reparo del viento y subir de nuevo al avión; el gesto ceñudo simplemente se agravó. El primer ministro había planeado pasar sólo una noche con Eisenhower en

Cartago, antes de salir precipitadamente a inspeccionar el campo de batalla en Italia en compañía del general Brooke, pero aquel imprevisto —¿Dónde estaba Eisenhower? ¿Por qué habían aterrizado *aquí*?— se dejaba sentir demasiado sobre su paciencia y sobre sus fuerzas. «Me gustaría dormir durante millones y millones de años», había comentado recientemente a Moran.<sup>236</sup> Churchill llevaba recorridos más de ciento cincuenta mil kilómetros desde el comienzo de la guerra, pero los últimos mil quinientos, desde que terminaron las conferencias estratégicas de Teherán y El Cairo, parecían particularmente duros. En Egipto se había sentido demasiado agotado para poder secarse solo después de tomar un baño, y simplemente se había tumbado en la cama empapado de agua.<sup>237</sup> «Somos sólo motas de polvo que durante la noche se han posado en el mapa del mundo», dijo a Moran.<sup>238</sup>

Finalmente el misterio se resolvió: debido a ciertos malentendidos, las motas de polvo se habían posado en la pista tunecina que no debían.<sup>239</sup> Equipajes y pasajeros se metieron de nuevo en el York, de ventanitas cuadradas, y quince minutos después Churchill sentía el apretón de manos de Eisenhower en el aeródromo de El Aouina, donde el general llevaba dando paseos desde hacía dos horas lleno de impaciencia.<sup>240</sup> Una vez aposentado en el asiento trasero del sedán de Eisenhower, Churchill confesó:

—Me temo que voy a tener que quedarme con usted más tiempo de lo que había planeado. Estoy completamente agotado.<sup>241</sup>

Rodeada de centinelas y baterías antiaéreas, la casita a orillas del mar de La Marsa era en diciembre una especie de estudio de la melancolía.<sup>242</sup> Churchill se desplomó en una silla, y Moran le ordenó meterse inmediatamente en la cama cuando comprobó que tenía treinta y ocho de fiebre y un «pulso débil». «Me sentí muy preocupado», escribiría el doctor.<sup>243</sup> Aquella noche, el primer ministro, vencido por el sueño, se quejó de que le dolía la garganta.

—Me duele bastante —dijo—. ¿Cree usted que será algo?<sup>244</sup>

A las cuatro de la madrugada del domingo, Brooke se despertó al oír una voz quejumbrosa en su habitación que le gritaba:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!<sup>245</sup>

Brooke se incorporó sobresaltado:

—¿Qué diablos pasa?

Encendió la luz y vio al primer ministro en pijama con la cabeza envuelta en un vendaje marrón, dando vueltas por la habitación en busca de Moran y quejándose de que le dolía la cabeza.

«Mi señor no se encuentra bien», escribía a su casa uno de los criados del primer ministro, «y los movimientos en el futuro no están claros». Harold Macmillan localizó un aparato de rayos X portátil en un hospital de Túnez y llegó un patólogo de El Cairo, seguido de un cardiólogo y dos enfermeras de Argel.<sup>246</sup> Las placas del pecho que le hicieron el lunes mostraban «una zona opaca considerable en la base del pulmón izquierdo», signo inequívoco de neumonía, y Moran le recetó antibióticos y sulfamidas. El pulso del paciente era cada vez más irregular y acelerado, y por debajo de las costillas se le notaba el lóbulo del hígado. Churchill se quejaba de que el corazón «da la sensación de que se me va salir del pecho».<sup>247</sup> El cardiólogo le administró digital.<sup>248</sup>

Se mandó llamar a más especialistas, así como a la familia del enfermo y a un batallón de guardias de Coldstream para que protegiera la casa. «Está muy contento de que haya venido», comentó Clementine Churchill a Moran, «pero en cinco minutos se le habrá olvidado que estoy aquí».<sup>249</sup> Randolph Churchill insistía en discutir de política francesa con su padre. A su hija, Sarah, el primer ministro le dijo al oído:

—Si muero, no te preocupes. La guerra está ganada.<sup>250</sup>

Tras confesar que estaba «agotado, en cuerpo, alma y espíritu», abrió los brazos y exclamó:

—¿En qué lugar mejor que éste podría morir, junto a las ruinas de Cartago?<sup>251</sup>

Se produjeron más fibrilaciones cardíacas y se le administró más digital. Moran, que encontró al paciente «casi sin aliento y con cara de angustia», temía que Winston Churchill estuviera efectivamente en las últimas.<sup>252</sup>

Los quince días anteriores habrían podido acabar con cualquiera, particularmente con un *tory* anciano y orgulloso, cuyo objetivo bélico primordial —la conservación del ente imperial del reino de Su Majestad— parecía en aquellos momentos peligrar no tanto por las asechanzas de los enemigos de Gran Bretaña sino por las de sus amigos.<sup>253</sup> Los Aliados se habían reunido en tres ocasiones distintas: primero en El Cairo, donde a Churchill y Roosevelt se había sumado el líder chino Chiang Kai-shek; luego en Teherán, donde los angloamericanos se reunieron durante cuatro días con Stalin; y por fin de nuevo en El Cairo, en una conferencia exclusiva de yanquis y briánicos. Los excesos epicureístas se habían cobrado su parte incluso en una constitución de acero como la de Churchill. Se habían consumido infinitos vasos de vodka y de coñac con los rusos, por supuesto, pero también en las conferencias de El Cairo se habían consumido casi once mil kilos de carne,<sup>254</sup> setenta y ocho mil huevos, más de dos mil trescientos kilos de

azúcar, y mil quinientos puros, así como gambas al curry,<sup>255</sup> golosinas y helados con salsa de chocolate. Los mayordomos informaban del gasto diario por término medio de unas ochenta botellas de whisky, treinta y cuatro de ginebra, doce de brandy, quinientas veintiocho de cerveza, y de veinte mil cigarrillos.<sup>256</sup>

Si bien los excesos de Egipto y de Persia contribuyeron al decaimiento físico de Churchill, es indudable que la actividad diplomática deterioró su alma y su espíritu. Que el papel primordial de Gran Bretaña en la Gran Alianza era irrecuperable no había resultado nunca más evidente que en presencia de las nuevas superpotencias personificadas por Roosevelt y Stalin. Incluso Churchill podía vislumbrar el esquema de un mundo bipolar en el que no cabían los imperios del siglo XIX. Su pequeña nación y él habían quedado oscurecidos para siempre; no era de extrañar, pues, que estuviera enfermo del corazón.<sup>257</sup>

Era mucho lo que se había conseguido en dos semanas, pero, como de costumbre, todos los avances requerían primero el derramamiento de la sangre de los hermanos. «Brooke se había puesto insoportable y el rey estaba bien, pero irritable», escribía en su diario un testigo que estuvo en El Cairo, el teniente general Joseph W. Stilwell. «El rey estaba que casi se subía por las paredes por culpa de Brooke. ¡Por Dios, estaba fuera de sí! Me hubiera gustado que le diera un puñetazo.» Cuando Churchill instó a que los norteamericanos y los británicos invadieran Rodas —«los mosquetes deben lanzar llamas», tronó agarrándose las solapas con ambas manos—, Marshall replicó:

—Ni un solo soldado norteamericano va a morir en esa maldita playa, bien lo sabe Dios.

Roosevelt presentó astutamente las estadísticas correspondientes a los recursos humanos británicos y norteamericanos poniendo de manifiesto la inexorable supremacía de estos últimos: si las fuerzas norteamericanas en ultramar eran numerosas, en Estados Unidos todavía aguardaban a ser desplegadas muchas más.

—Nuestros recursos humanos están desplegados en estos momentos al completo y dedicados al esfuerzo bélico —dijeron a Churchill sus asesores—. No podemos sacar más. Por el contrario, empiezan a escasear.<sup>258</sup>

Las constantes sospechas norteamericanas de que Churchill pretendía retrasar la Operación Overlord subordinando la invasión a través del Canal a «otras acciones periféricas y de resultado incierto en el Mediterráneo» se intensificaron una vez más cuando los británicos empezaron a sugerir que una situación de empate técnico en Italia quizá exigiera un retraso de las acciones en Francia.<sup>259</sup> Según la expresión de Marshall, había llegado la hora de que los británicos «tomaran una determinación, y si no, adiós muy buenas».<sup>260</sup> Churchill había instado en privado a

Brooke a que «volviera a situar la estrategia en el Mediterráneo a expensas del Canal de la Mancha».<sup>261</sup> Siempre alerta, Henry Stimson, que, en su calidad de secretario de Guerra, rogaba a Dios cada noche que se produjera un ataque a través del Canal,<sup>262</sup> advirtió a Roosevelt que el primer ministro estaba dispuesto a «dar una puñalada por la espalda a la Operación Overlord».<sup>263</sup> La insensata campaña otoñal de los británicos en el Egeo —la catástrofe les costó más de cinco mil bajas y veintiséis barcos— contribuyó aún más a avivar la desconfianza. Los británicos llevaban mucho tiempo justificando la campaña del Mediterráneo diciendo que era el paso previo trascendental para el golpe de gracia que debía descargarse en el noroeste de Europa; pero, como observaba Michael Howard, Londres ahora consideraba «el teatro de operaciones del Mediterráneo no ya subsidiario, sino un fin en sí mismo, cuya justificación era el éxito de sus operaciones». Como reconocería más tarde el general de división John Kennedy, experto británico en planificación: «Si nos hubiéramos salido con la nuestra, creo que indudablemente la invasión de Francia no se habría llevado a cabo en 1944».<sup>264</sup>

No se salieron con la suya. Stalin dio bruscamente su apoyo a los planes de Roosevelt, insistiendo en que se llevara a cabo la Operación Overlord y una invasión simultánea del sur de Francia.<sup>265</sup> (Se aseguraba que Vyacheslav Molotov, ministro de Asuntos Exteriores soviético, sabía decir sólo cuatro palabras en inglés: «Sí», «No» y «Segundo Frente».)<sup>266</sup> Moscú se mostró también de acuerdo en participar en la guerra contra Japón después de derrotar a Alemania. Roosevelt abandonó Teherán convencido de que Stalin era «obtenible» (susceptible de rendirse a los encantos del presidente).<sup>267</sup>

—Los rusos son perfectamente amistosos —insistía una y otra vez Roosevelt—. No pretenden zamparse ni al resto de Europa ni al resto del mundo.<sup>268</sup>

Al verse en minoría y con su maniobra neutralizada, Churchill no había tenido más remedio que dar su aquiescencia a la Operación Overlord, prevista ahora para mayo de 1944, que debía «tener prioridad en materia de recursos ... de los Aliados en todo el mundo».<sup>269</sup> La deriva estratégica había terminado. Como escribiría más tarde el historiador Mark A. Stoler, «al cabo de dos años enteros de controversia y más de noventa días de reuniones, los Aliados habían adoptado una estrategia única y coordinada para la derrota del Eje». Roosevelt remató la decisión escogiendo a Eisenhower como general en jefe de la invasión de Europa occidental, y dijo a Marshall:

—No podría dormir por las noches si tú estuvieras fuera del país.<sup>270</sup>

Eisenhower, pensaba el presidente, «es el mejor político entre los militares. Es un líder nato, capaz de convencer a otros de que le sigan».<sup>271</sup>

En cuanto a Italia, Londres y Washington estaban de acuerdo en la conquista de Roma y en un posterior avance limitado a la latitud Pisa-Rimini, a unos trescientos kilómetros al norte de la capital. Churchill logró al menos aquella concesión.<sup>272</sup>

A pesar de las fricciones, la quincena pasada había visto también la renovación de los lazos de hermandad y de afecto mutuo. «Las familias numerosas suelen estar más estrechamente unidas que las pequeñas», afirmó Roosevelt en un brindis.<sup>273</sup> El presidente se había echado a reír a carcajadas cuando una banda del ejército se había puesto a tocar y Churchill había sacado a bailar a Pa Watson, el fornido secretario de la Casa Blanca. No obstante, incluso antes de que la segunda conferencia de El Cairo fuera aplazada, «las cosas estaban cambiando», recordaría más tarde un oficial de plana mayor británico, el general de brigada Ian Jacob.

Era evidente que «al término de la guerra habría sólo dos grandes potencias», decía Jacob. «Yo diría que a partir de aquel momento nunca más estaríamos cerca unos de otros.» Aunque Roosevelt seguía mostrándose «sumamente amable», parecía «mantener a Churchill a distancia».<sup>274</sup>

Naturalmente el primer ministro no murió<sup>275</sup> junto a las ruinas de Cartago.<sup>276</sup> Para matar a Winston Churchill haría falta algo más que gambas al curry, golosinas y el distanciamiento de los yanquis. Al cabo de seis días, la fiebre cedió, aunque el 19 de diciembre todavía su pulso estaba a ciento treinta; esa aceleración quizá se debiera al gran puro y al whisky con soda que había consumido unos días antes. Churchill estaba obsesionado con el recuento de sus glóbulos blancos, concibiendo la lucha contra los neumococos como un enfrentamiento titánico de fuerzas, no muy distinto de la propia guerra mundial.<sup>277</sup> Un visitante que fue a La Marsa comunicaba que «sus ojos han perdido mucho de su brillo», pero enseguida volvían a iluminarse al ver un coñac de treinta y cinco años de solera.<sup>278</sup> Churchill avivaba los esfuerzos del personal de cocina de Eisenhower a la hora de preparar platos apropiados para un convaleciente; se mandó llamar a un cocinero de la Marina Real para que satisficiera su paladar.<sup>279</sup> En una ocasión en que Sarah estaba leyendo en voz alta *Orgullo y Prejuicio* a su padre, éste la interrumpió diciendo:

—¡Qué vidas más tranquilas llevaban aquellas gentes!<sup>280</sup>

«La Biblia dice que debe usted hacer exactamente lo que Moran le ordene», decía Roosevelt desde Washington en un telegrama, «pero en este momento no puedo localizar el capítulo ni el versículo».<sup>281</sup> Los correos entraban y salían a todas horas de La Marsa trayendo partes de guerra, entre otras cosas el número de lanchas de desembarco en el océano Índico e informes de embarcaciones en dique seco en el Mediterráneo: Churchill mostraba un vivísimo interés por lanzar una

nueva operación de desembarco anfibio con el fin de rebasar la Línea Gustav. «El estancamiento de toda la campaña en el frente italiano empieza a resultar escandaloso», telegrafió a los jefes del Estado Mayor británico.<sup>282</sup> Cuando Beetle Smith y una manada de oficiales de plana mayor se presentaron en la alcoba de Churchill, los asaeteó a preguntas acerca de las lanchas de desembarco disponibles antes de espetarles:

—No parece que sepan mucho. No tienen ustedes ninguna utilidad.<sup>283</sup>

No se levantó de su lecho de enfermo hasta última hora de la tarde del 24 de diciembre. Envuelto en una bata china de seda guateada con dibujos de dragones azules y dorados, se arrastró hasta el comedor calzado con unas zapatillas que llevaban bordadas sus iniciales en hilos de oro. «Con aquel extraño atavío parecía más bien un personaje de un ballet ruso», dice Macmillan, pero el caso es que así se reunió con Alexander y otros oficiales británicos de alto rango para discutir con ellos sentado a la mesa hasta medianoche.<sup>284</sup> Cuando acabaron, era ya Navidad y con la fiesta llegó la decisión unánime de que el asalto anfibio de Italia «debe llevarse a cabo a una escala suficiente como para asegurar su éxito».<sup>285</sup> Las playas más prometedoras se encontraban al sudoeste de Roma, en el mar Tirreno, cerca de una localidad de veraneo llamada Anzio.

Churchill telegrafió la noticia a los altos mandos británicos de Londres, y luego escribió una nota para Roosevelt con la esperanza de alcanzar el beneplácito del presidente. «Esta acción», decía, «debería decidir la batalla de Roma».<sup>286</sup>

*Había* llegado la Navidad y por todo el Mediterráneo un millón de soldados lejos de sus casas abrieron unos regalos que, por inútiles o improbables que fueran, hicieron que añoraran sus hogares todavía más: calcetines negros de seda, colonia, caramelos Life Savers, latas de carne de cerdo en conserva, pastillas de jabón de antes de la guerra, un volumen de las obras de Lytton Strachey, corbatas de lunares, betún para las botas de la marca Cherry Blossom, zapatillas de andar por casa de paja, limpiador de metales Brasso, polvos para los piojos, una botella de Coca-Cola cuidadosamente envuelta, y voluminosas piezas de «pastel de guerra», elaborado sin azúcar ni mantequilla, pero relleno de mucho amor.<sup>287</sup>

De haber estado en casa, en Ohio, «habría estado ocupado con las luces o con la maceta del árbol, o haciendo mi última compra o volviendo a casa de una fiesta en el despacho», escribía el teniente coronel Jack Toffey a Helen el día de Nochebuena.<sup>288</sup> «Por lo que a mí respecta, ya va siendo hora de volver a veros a todos.» Sutlers envió ciento setenta toneladas de carne de pavo para las tropas, junto con noventa toneladas de manzanas y ciento doce toneladas de naranjas de Sicilia.

Las unidades de combate recibieron también «cajones de ánimo», que implicaban bastante desconocimiento de lo que era la vida de los últimos peldaños del escalafón en la Línea Gustav.<sup>289</sup> La caja n.º 11, por ejemplo, contenía ochenta discos de fonógrafo y un par de raquetas de tenis, mientras que en la caja n.º 22 había doscientas cincuenta y ocho pelotas de ping-pong y en la caja n.º 171 colchonetas para combates de lucha, redes de tenis, guantes de boxeo, bolsitas de maquillaje y trajes de disfraces.<sup>114</sup>

En Nápoles, los compradores y los transeúntes llenaban la Via Roma. Los restaurantes del puerto ofrecían comidas decentes de estraperlo por ciento cuarenta liras, esto es, 1,40 dólares. Los soldados se limpiaban los zapatos para el baile del club de reclutas y se deseaban unos a otros «¡Feliz Tifus!»: la enfermedad constituía en aquellos momentos una verdadera epidemia.<sup>290</sup> La Policía Militar patrullaba las calles, multando a los oficiales que pillaban con las manos en los bolsillos; los sargentos que se habían quitado los galones en el frente para confundir a los francotiradores corrían ahora el riesgo de tener que pagar diez dólares de multa por galón si no habían vuelto a cosérselos.<sup>291</sup> La ciudad mostraba la «alegría espuria que puede apreciarse siempre que hay dinero que cambia rápidamente de bolsillos», escribía Christopher Buckley. «Había una atmósfera general de buen humor.»<sup>292</sup>

El buen humor se había esfumado un poco más al norte. El día de Nochebuena, Mark Clark regaló un cartón de cigarrillos a todos los hombres que trabajaban en el cuartel general de su V Ejército, que ahora ocupaba el enorme palacio real de Caserta. Luego ofreció ponche de huevo a sus oficiales de plana mayor entre cánticos y risas. Tras asistir a un concierto a cargo de la banda de la Artillería Real, se mezcló con los asistentes a la fiesta del club de la Cruz Roja y acudió a la Misa del Gallo en la capilla real, atestada de gente. Escribió a su hija, Ann, en los siguientes términos: «Estoy deseoso de que se acabe esto y poder regresar para veros y hacer un buen concurso de risas, como los que hacíamos antes».<sup>293</sup>

En un hospital de Bari, donde las víctimas del gas mostaza seguían muriendo, un comandante se paseó por las salas disfrazado de san Nicolás con una barba de algodón y un traje improvisado con dos batas rojas de hospital.<sup>294</sup> En la costa adriática, en Ortona, los soldados fabricaron a la luz de las velas unas mesas de tablas en la iglesia de Santa Maria di Costantinopoli, y luego las cubrieron con manteles blancos y objetos de plata encontrados entre las ruinas. Las diversas compañías se turnaron para asistir a una cena de Navidad servida por sus oficiales, según la tradición británica, con sopa, asado de cerdo, pudín y una botella de cerveza por barba. Un teniente, que llevaba el nombre maravillosamente anticuado



de Wilf Gildersleeve, tocó el armonio, mientras un capellán del batallón dirigía los cánticos. «A la mayor parte de los hombres les costaba trabajo participar en ellos», decía un oficial. Las llamadas por radio a las unidades situadas en el perímetro empezaban con unos compases de *Noche de paz*, tocados junto al micrófono por un auxiliar que sabía rasguear la mandolina.<sup>295</sup> El general Vokes cenó solo y lloró.<sup>296</sup>

«Las estrellas han bajado esta noche / a consolar a los soñadores semienterrados», escribía un artillero-poeta, Hans Juergensen.<sup>297</sup> Ramitas de acebo y de muérdago decoraban los campamentos, y se habían hecho guirnaldas con latas de raciones C para adornar los pinos. En Venafro, cerca de la Hoz de Mignano, los repiques de campana competían con los cañonazos, y cinco curas dieron la comunión a unos soldados harapientos y barbudos de rodillas, ante la barandilla del altar. «Rogué a Dios que no hubiera más guerras después de ésta», escribía a su familia un recluta de Denver.<sup>298</sup>

También en Orsogna sonaron las campanas, pero las tropas neozelandesas sólo pudieron oírlas de lejos, pues los alemanes seguían ocupando la ciudad. «No he visto unos hombres tan cansados desde Flandes. Sus caras están pálidas», decía el general de brigada Kippenberger.<sup>299</sup> Una italiana que vivía furtivamente en Orsogna escribió una carta a su hijo desaparecido hablando de «las Navidades pobres y tristes» que había vivido la ciudad bombardeada, y luego añadía en tono quejumbroso: «¿Pero dónde estarás tú?». <sup>300</sup> Al otro lado de la colina, donde los soldados alemanes ansiaban recibir noticias acerca de las ciudades de la Madre Patria arrasadas por los bombardeos, la orden del día del 71.º Regimiento Acorazado de Granaderos afirmaba: «Nuestros corazones rebosan de odio y deseo de venganza al ponderar la magnitud de nuestra desgracia y la angustia que esos ataques han causado a nuestras familias alemanas». <sup>301</sup>

«Durante todo el día se abordaron los objetivos que habitualmente presentaba la ocasión», informaba un batallón de artillería de campaña estadounidense, «llegándose al punto culminante con una salva de humo de color como felicitación de la Navidad». <sup>302</sup> En un hospital de campaña, los médicos tuvieron que operar a la luz de las linternas y acabaron tirándose al suelo cada vez que oían el rumor de las bombas al acercarse. <sup>303</sup> Cuando empezó a escasear la sangre para las transfusiones, las enfermeras se pusieron a buscar donantes entre los artilleros y los conductores de las patrullas motorizadas. Un administrativo de la 36.ª División se encargaba de seleccionar los paquetes navideños y escribía «KIA» (Killed in Action: «Muerto en combate») en el correo que debía ser devuelto al remitente; al final, totalmente agotado, se sentó ante la máquina de escribir y tecleó el siguiente texto: «Ya es hora de que todos los hombres buenos vengan en ayuda de su país». <sup>304</sup>

Y en la 34.<sup>a</sup> División, el capitán Leslie W. Bailey reunió a su compañía y leyó en voz alta el capítulo segundo del Evangelio según san Lucas. «Gloria a Dios en las alturas», terminó Bailey, «y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad».<sup>305</sup>

Los últimos días del año trajeron al bando aliado más esperanzas que desesperación, aunque no trajeron consigo ni paz ni buena voluntad universal.<sup>306</sup> «La guerra está ganada», había dicho Churchill a su hija, y los analistas del Departamento de Guerra predecían la derrota de Alemania para octubre de 1944. Aunque pecaban de optimismo en ocho meses, sus buenos augurios parecían garantizados. La revista *Life* señalaba en un editorial de fin de año que las fábricas norteamericanas planeaban ya reanudar la producción de bienes de consumo a una escala modesta en 1944, empezando por las horquillas para el pelo, cochecitos de niño, calentadores de agua, y dos millones de planchas. En todos los frentes de batalla, con la curiosa excepción de Italia y Birmania, las fuerzas aliadas avanzaban. En el Pacífico, el perímetro exterior del Imperio japonés había sido atravesado en las islas Gilbert y Marshall, y el anillo interno de las Carolinas y las Marianas no tardaría en aparecer en las retículas de los norteamericanos. El general Douglas MacArthur seguía avanzando hacia las Filipinas, que habían de proporcionar un trampolín hacia Formosa y la China continental. El dominio de los mares por parte de los Aliados, entre otros logros punteros de 1943, quedó aún más patente el 26 de diciembre cuando la Marina Real metió en una trampa y hundió al destructor alemán *Scharnhorst* frente a las costas de Noruega.<sup>307</sup> Perdieron la vida casi dos mil marineros alemanes. En el Frente Oriental, 175 divisiones alemanas continuaban su épica retirada.<sup>308</sup>

Italia era otra cuestión. «La campaña es desesperadamente lenta», decía en su diario John Lucas el 26 de diciembre. «No tenemos tropas suficientes para avanzar con rapidez y me temo que, más que fortalecernos, nos debilitaremos con el paso del tiempo, pues me imagino que se está convirtiendo en un teatro de operaciones secundario.»<sup>309</sup> Los doscientos mil efectivos del V Ejército apenas se habían incrementado desde el mes de octubre, y sólo en el mes de diciembre el ejército tenía computadas veintitrés admisiones en los hospitales.<sup>310</sup> Las bajas en el campo de batalla habían supuesto una disminución de más del 10 por 100 de las fuerzas de combate estadounidenses desde el desembarco de Salerno; en cuanto a los británicos, esa cifra era del 18 por 100.<sup>311</sup> El alto mando alemán señalaba con satisfacción el 31 de diciembre que el avance de los Aliados sobre Roma equivalía a «diez kilómetros al mes aproximadamente».<sup>312</sup> Además, los angloamericanos

estaban atascados no sólo en el barro de Italia, sino también en todo el Mediterráneo: más de veinticinco divisiones y cinco mil aviones de combate aliados permanecían en aquel teatro de operaciones «sin medios de transporte disponibles para llevarlos a cualquier otra parte», concluía el propio ejército estadounidense.<sup>313</sup> Excepto las siete divisiones enviadas ya desde Sicilia, los puertos británicos estaban saturados y no podían abordar más traslados y añadirlos a la marea de yanquis que estaban llegando de Estados Unidos.<sup>314</sup> Como dice Martin Blumenson en la historia oficial del ejército estadounidense, la de Italia se había convertido en «una guerra de posición, en una guerra estática en el peor de los casos».<sup>315</sup>

Empezaban a surgir ideas negras. «Se pregunta uno más bien qué hemos conseguido», admitía el general de división Freddie de Guingand, el jefe de plana mayor del VIII Ejército. «Empezamos a pensar en Passchendaele.»<sup>316</sup> Farley Mowat decía a su familia en Canadá: «Las cosas han cambiado mucho desde lo de Sicilia. Se han ido demasiados amigos. Demasiadas cosas se *esfuman* en la noche».

También empezaron a surgir dudas en torno al liderazgo en el campo de batalla, tanto en las alturas como en los niveles inferiores. Alan Moorehead se quejaba de «un plan que era claramente conservador y carente de imaginación»;<sup>317</sup> los ejércitos aliados, añadía, «han venido a Europa con unas ideas muy confusas sobre aquello con lo que nos íbamos a encontrar». Pues bien, cuando Alexander entraba en su gabinete de guerra para estudiar el mapa reflexionando en silencio, algunos tal vez se preguntaran no en qué estaba pensando, sino si en realidad pensaba en algo. El manejo de un grupo de ejército «requería no horas y días de previsión, sino semanas y meses», como ocurría con las unidades tácticas de menor tamaño, comentaría más tarde su jefe de plana mayor, y no estaba del todo claro que Alexander poseyera la capacidad de previsión necesaria.<sup>318</sup> «Tenía el cerebro normal de un caballero inglés normal. Carecía de esos pocos centímetros cúbicos de más que producen los genios», decía lord Louis Mountbatten, general en jefe de las fuerzas británicas del Sudeste Asiático, que tampoco destacaba precisamente por la eminencia de su intelecto.<sup>319</sup> Los ataques no concertados del V y del VIII ejércitos permitieron a las fuerzas alemanas trasladarse de un punto a otro de la península con el fin de parar los golpes.<sup>320</sup> Gracias a Ultra, Alexander estaba mejor informado acerca de las acciones de sus adversarios que cualquier otro general de la historia moderna:<sup>321</sup> «Los Aliados a menudo sabían casi tanto de las formaciones del enemigo como éste», concluye una historia de los servicios secretos británicos.<sup>322</sup> Pero los expertos en materia de guerra de los Aliados parecían incapaces de superar «el viejo modo metódico de guerra», como decía Kesselring.<sup>323</sup>

El descontento se generalizó a lo largo de la cadena de mandos. Eisenhower deseaba en privado que fuera Patton y no Clark el que comandara el V Ejército, aunque, teniendo en cuenta la poca atención a la logística y a las cuestiones médicas en Sicilia, no estaba ni mucho menos asegurado su dominio de las cuestiones bélicas, infinitamente más difíciles, suscitadas en el invierno italiano.<sup>324</sup> Clark, por su parte, se quejaba de Lucas<sup>325</sup> y amenazaba con destituir a Doc Ryder, oficial al mando de la 34.<sup>a</sup> División, mientras que Lucas se quejaba de Middleton,<sup>326</sup> de la 45.<sup>a</sup> División, y Middleton de sus propios subordinados. «El problema de los oficiales al mando del batallón es grave. Constituye nuestro eslabón más débil», escribía en diciembre Middleton. «Los mandos de mis batallones no son buenos.»<sup>327</sup>

Por fortuna para la causa de los Aliados, también el enemigo tenía problemas. En Italia se encontraban empantanadas veintitrés divisiones alemanas,<sup>328</sup> integradas por casi trescientos mil hombres.<sup>329</sup> Joseph Goebbels se lamentaba de que, si la Wehrmacht hubiera tenido otras quince o veinte divisiones para poner en el Frente Oriental, «indudablemente habríamos estado en condiciones de rechazar a los rusos. Por desgracia debemos poner a esas quince o veinte divisiones a combatir en el teatro de operaciones de Italia». Incluso Albert Kesselring, el Sonrisas, se había vuelto peleón. «Desde hace ya dos meses», se quejaba, «no he podido ejercer el mando como es debido, porque todo se me escapa entre los dedos».<sup>330</sup>

La guerra no era nunca lineal, y el camino que seguía en el Mediterráneo parecía especialmente tortuoso y desigual. «¿Qué nos traerá 1944?», se preguntaba Lucas en su diario.<sup>331</sup> A veces, sin embargo, un soldado en una simple trinchera veía las cosas con más claridad que los generales de sus elevadas posiciones. «Tenía uno la sensación de formar parte de una enorme maquinaria de guerra que no podía ser derrotada y no iba a retirarse nunca», escribía P. Royle, un teniente de la Artillería Real integrado en la 78.<sup>a</sup> División británica. «¡Qué distinto había sido todo un año antes en Túnez, cuando estábamos sobre todo a la defensiva y a veces teníamos la vida pendiente de un hilo.»<sup>332</sup>

Para los Aliados, las cosas seguirían *esfumándose* en la noche, y todavía se irían muchos más amigos. Pero el solsticio de invierno ya había pasado; cada noche era más corta. La luz volvería a inundar sus vidas, trayendo un renovado optimismo, así como un terreno firme y un cielo sereno.

«Ha terminado un año terrible», escribían en su crónica los monjes benedictinos de la abadía situada en lo alto de Monte Cassino el 31 de diciembre. «Dios nos perdone por nuestros errores.»<sup>333</sup>

El año viejo pasó sin que nadie lo lamentara. Una feroz tormenta con vientos huracanados recorrió Italia de arriba abajo, destruyendo cuarenta aviones de localización y llevándose por delante kilómetros de campamentos.<sup>334</sup> Los soldados de la 36.<sup>a</sup> División no se dejaron amilanar y conmemoraron el Fin de Año con un destilado de alcohol etílico y zumo de pomelo; el mal tiempo hacía que muchos pensaran con nostalgia en el viento del norte de Texas. Los soldados de todo el frente escuchaban la emisora alemana de Radio Belgrado, que transmitía sin parar *Lily Marlene*.

—Le hemos birlado al enemigo su canción, en cierto modo le hemos birlado la novia —decía un fusilero inglés.<sup>335</sup>

Miles de hombres escribían cartas de fin de año para tranquilizar a sus familias. «Dormimos mucho, comemos mucho, y tenemos cosas que hacer; eso basta para mantener con vida a un tío», decía a su madre John S. Stradling, séptimo de ocho hijos. «Y cuando el correo empieza a llegar, ¿qué más puede querer un tío aparte de ser licenciado? Tres semanas más tarde, Stradling moriría a consecuencia del estallido de una mina.<sup>336</sup>

En el cuartel general de la 3.<sup>a</sup> División de Truscott asaron un lechón, y luego hicieron una fiesta «como en los viejos tiempos» en una iglesia abandonada. Los oficiales estuvieron bailando hasta la medianoche con treinta enfermeras y colaboradoras de la Cruz Roja, momento en el que los fuegos de artificio —balas trazadoras, bombas de mortero y luces Very— dieron la bienvenida al año nuevo. Los festejos continuaron hasta el amanecer, y acabaron con un desayuno con champaña. «Pensé que podía permitirles salirse un poco de la rutina porque pasaría mucho tiempo antes de que tuvieran otra ocasión», decía Truscott en una carta a Sarah. Y añadía: «El camino hacia Roma no le permite a uno apretar el acelerador, al menos con este tiempo. Al fin y al cabo, Aníbal se pasó catorce años en este camino».<sup>337</sup>

Con el año viejo salieron del teatro de operaciones del Mediterráneo dos caras bien conocidas de todos. Acompañado de una escolta de Spitfire, Montgomery se fue de Italia el 31 de diciembre, tras recibir la orden de regresar a Londres para ponerse al mando de un grupo de ejército en la Operación Overlord. Lo sustituiría en Italia su protegido, el general Oliver Leese, comandante del XXX Cuerpo británico. Antes de marcharse, Montgomery montó un numerito en el teatro de la ópera de Vasto para despedirse de todos los oficiales de su VIII Ejército. Concluyó su alocución de media hora de duración con las siguientes palabras:

—No sé si me echarán ustedes de menos, pero yo les echaré de menos a ustedes más de lo que pueda decir en estos momentos.

Alan Moorehead comunicaba: «Se hizo un silencio entre los oficiales cuando bruscamente se dio la vuelta y empezó a encaminarse hacia la salida. Luego sonó una ovación rutinaria de patio de armas, simplemente por educación».<sup>338</sup>

«Pues ya está», escribía Montgomery en su diario, intentando hacer una evaluación de la campaña de Italia. «Después de un comienzo brillante, por poco fracasamos. Y podría haber sido al revés ... He disfrutado de la fiesta y estoy lleno de energía.»<sup>339</sup> Empezaría de nuevo en el noroeste de Europa, aunque no totalmente como si nada; para bien o para mal, abandonó el Mediterráneo cargado con una reputación. «Nadie que no haya estado en el VIII Ejército puede apreciar lo que significaba para nosotros», escribía un zapador inglés en una carta a la familia. «Era realmente una persona humana.»<sup>340</sup>

Eisenhower también se fue el día 31. A las once y media de la mañana, salió por última vez del Hotel St. Georges, donde había establecido su cuartel general durante catorce meses de éxitos y fracasos.<sup>341</sup> Una hora después despegaba del aeródromo de Maison Blanche con destino a Washington, pasando por Marruecos, las Azores y las Bermudas. Una semana antes, Roosevelt había anunciado el nombramiento de Eisenhower como comandante supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada, y Marshall insistía en que regresara a casa para descansar un poco antes de trasladarse a Londres. «Deja que otro dirija la guerra durante veinte minutos», le instaba Marshall.<sup>342</sup> El nuevo comandante del teatro de operaciones del Mediterráneo, el mariscal de campo Henry Maitland Wilson, llamado Jumbo por su figura de elefante, había esperado poder disponer de tres días de interregno con Eisenhower en Argel; pero cuando Wilson llegó de El Cairo, se encontró que su antecesor ya se había marchado.<sup>343</sup> La mayor parte del círculo de íntimos de Eisenhower lo seguiría a Inglaterra, entre ellos Beetle Smith, Harry Butcher y Kay Summersby.

Algunos pensaban que su marcha había sido precipitada. «Últimamente ha ido más bien de capa caída», confiaba a su diario Harold Macmillan.<sup>344</sup> Tras entrevistarse con Eisenhower durante la última visita de éste a Italia, Lucas anotaría: «Ike tenía buen aspecto, pero parecía más viejo. Su aspecto juvenil ha desaparecido y tiene pinta de hombre hecho y derecho. Creo que lo es. Un trabajo como el suyo o te hace un hombre o acaba contigo».

Se había marchado creyendo que había cumplido con la tarea que se le había encomendado.<sup>345</sup> El Norte de África, Sicilia, Cerdeña, Córcega y gran parte de la Italia continental habían sido liberados. «Se había dado al fascismo el golpe de gracia», escribió en su última evaluación de la campaña de Italia. «La eliminación de Italia de la guerra se ha conseguido.»<sup>346</sup> Más de veinte divisiones alemanas

estaban inmovilizadas sólo en Italia, y había muchas más en los Balcanes y en Grecia. El Mediterráneo se había convertido en un lago de los Aliados: en diciembre cruzaban sus aguas más de mil navíos, tres veces más que en junio.<sup>347</sup> Incluso Stalin reconocía que el hecho de combatir en Italia aligeraba un poco la presión sobre el Frente Oriental.<sup>348</sup>

El vigor, la autenticidad y la integridad seguirían siendo los rasgos característicos de Eisenhower; poseía un gran cerebro y un gran corazón. Despreciaba al enemigo —finalmente el odio había tenido cabida en su ser— y estaba encantado con su alianza políglota por considerarla el instrumento más seguro de la victoria. En Argel establecería el cuartel general de los Aliados y lo utilizaría como modelo para crear el SHAEF —Supreme Headquarters, Allied Expeditionary Force (Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada)— y en último término la OTAN. Llevaría además a sus espaldas sesenta duras semanas de experiencia en materia de combate, logística, diplomacia, gobierno militar, autoridad, carácter y matanzas en masa.<sup>349</sup>

Se marchó además con una inquietante sensación de dejar asuntos pendientes. «Estoy muy decepcionado por irme de aquí antes de haber podido dar un ambicioso golpe a Roma», dijo a Marshall. Aunque se sentía incómodo por la constante defensa que hacía Churchill de la necesidad de un desembarco anfibia cerca de Roma, su previsión del futuro era imperfecta.<sup>350</sup> «Los alemanes van a clausurar este frente meridional», dijo a los periodistas, «y no creo que vayan a defenderlo durante mucho tiempo».<sup>351</sup> Aseguró, erróneamente, que no se producirían ataques frontales contra unos defensores fuertemente atrincherados. Pero no se arredró ante la más dura de las duras verdades que había tenido que asumir: «A veces simplemente es cuestión de rebajarse a hacer el trabajo sucio de matar hasta que uno de los bandos se viene abajo».

La llegada de Eisenhower a Washington se mantendría en secreto, permitiéndole un remanso de privacidad tal vez por última vez en su vida. A la una y media de la madrugada del 2 de enero, tras quitarse de la gorra las estrellas de general, entró por la escalera de servicio en el Hotel Wardman Park, en Connecticut Avenue para reunirse con Mamie por primera vez en dieciocho meses. La Casa Blanca les envió una pequeña nevera con gruesos filetes y cincuenta ostras de Chesapeake. Eisenhower visitaría luego a John en West Point, y a su madre en Kansas.<sup>352</sup>

—¡Pero bueno! ¡Si es Dwight! —exclamó Ida Eisenhower— ¡Ya no hay nada que parezca real!<sup>353</sup>

Su familia lo encontró «más grande y definitivamente más autoritario», en palabras de John;<sup>354</sup> cuando Mamie se quejaba de sus maneras bruscas, decía refunfuñando:

—¡Diablos! ¡Voy a volver a mi teatro de operaciones, donde puedo hacer lo que me da la gana!<sup>355</sup>

En dos ocasiones llamó distraídamente a su esposa Kay,<sup>356</sup> y cuando llegó el momento de partir, Mamie le dijo:

—No vuelvas hasta que no haya acabado todo, Ike. No puedo soportar la idea de perderte de nuevo.

Seguiría haciendo cosas aún más grandes, convirtiéndose acaso en el personaje más importante en el gran escenario de la guerra. Pero una parte de él permanecería para siempre en el Mediterráneo, donde había cambiado aquel aire juvenil por las maneras de un hombre hecho y derecho. En un mensaje final, de fecha 1 de enero, leído a los soldados, desde Túnez a Ortona y desde Palermo a San Pietro Infine, reducía su despedida a unas pocas palabras:

—Hasta que volvamos a vernos de nuevo en el corazón de la fortaleza continental del enemigo, que Dios os bendiga.<sup>357</sup>



## Tercera parte

## Un río y una roca

### EL CORONEL WARDEN TRAZA UN PLAN

A mediados de invierno, Marrakech seguía siendo otro mundo, un mundo incólume, un mundo en el que la guerra era prácticamente un rumor.<sup>1</sup> La medina estaba atestada de encantadores de serpientes y narradores profesionales, además de acróbatas, malabaristas, artistas de la *henna*, adiestradores de monos, curanderos, exprimidores de zumos, proselitistas y comerciantes de tintes. Un oficial de las fuerzas aéreas describía su visita a un *sharif* local, que «estaba sentado sobre un puf de piel atusándose el bigote blanco mientras sus esposas, cubiertas con el velo, traían hermosas telas de terciopelo de quinientos años de antigüedad, puñados de jade, esmeraldas, cristal y ámbar gris, y arcones de alhajas de oro y plata, todo ello a muy bajo precio». <sup>2</sup> Además de minaretes elegantes y murallas de tono rosado, Marrakech albergaba a veintiocho mil prostitutas fichadas, y las autoridades estadounidenses que trataban de combatir la prostitución se quejaban de que la legislación francesa exigía sorprender a una meretriz en *flagrante delicto* o arrancar a sus clientes una «declaración de coito» firmada.<sup>3</sup> El comercio de la carne prosperaba.

La Ciudad Roja había sido el paraíso terrenal de Winston Churchill desde 1936, y fue allí donde decidió recuperarse de la neumonía que le dejó postrado en Cartago.<sup>4</sup> También era allí donde pretendía depurar su torrente de ideas: el plan para lanzar dos divisiones a la playa de Anzio y «decidir la batalla de Roma», tal y como había prometido a Roosevelt. Antes de abandonar Túnez, el primer ministro se puso su uniforme en la casa de campo de La Marsa —Clementine le abrochó el cinturón— y pasó lentamente frente a la formación de la Guardia Coldstream. De camino al aeródromo de El Auina, Churchill lideró a un animado grupo que

coreaba *When the Midnight ChooChoo Leaves for Alabam'*,<sup>5</sup> antes de sobrevolar África para llegar a Marruecos el 27 de diciembre, bajo el pseudónimo de coronel Warden.<sup>6</sup>

En Marrakech ocupó la exuberante La Saadia, una antigua plantación de olivos en la que él y Roosevelt habían pernoctado justo un año antes, después de la reunión de Casablanca. La casa de campo, construida en estuco en 1923, dominaba un invernadero de naranjos, con los picos del Atlas, coronados por la nieve y flanqueados por balanceantes palmeras, en la lejanía. Las buganvillas trepaban por todo el patio, donde los lagartos se deleitaban bajo el sol invernal; las habitaciones interiores mostraban paredes de mosaicos moriscos que llegaban a la altura del hombro y techos en madera tallada.<sup>7</sup> Llegó un numeroso Estado Mayor de Londres, que incluía seis criptógrafos y suficientes oficiales de marina como para efectuar una vigilancia las veinticuatro horas del día en la sala de mapas contigua a la habitación de Churchill. El primer ministro, todavía frágil, holgazaneaba en su cama hasta mediodía, y luego disfrutaba de una bañera hundida que se llenaba con grandes gotas de agua caliente. Escuchaba durante horas discos de gramófono de *The Pirates of Penzance*<sup>8</sup> o jugaba al póquer con un estilo que alguien describió como «extremadamente impetuoso pero satisfactorio».<sup>9</sup> Al atardecer, sus ayudantes improvisaban un palanquín y le acarreaban por la serpenteante escalera que recorría los seis pisos de la torre de observación de La Saadia. «Desde luego era pesado», dijo uno de los portadores.<sup>10</sup> Allí, entre el revoloteo de las palomillas, sorbía té y escuchaba la llamada de los muecines, como había hecho con Roosevelt. Las montañas se teñían de una luz carmín, y luego se erguían en centinelas para la llegada de la noche. «Esta contienda», pensó Churchill, «pasará a la historia como la Guerra Innecesaria».

Cuando recobró las fuerzas, cada día organizaba comidas campestres a los pies del Atlas. El Cadillac prestado atravesaba con estruendo las aldeas del lugar,<sup>11</sup> seguido por una comitiva de sirvientes, amigos del alma y policías militares estadounidenses que viajaban en jeeps sin capota. Churchill, que lucía un sombrero enorme, dedicaba el signo de la victoria a los boquiabiertos campesinos marroquíes, que no tardaban en corresponderle.<sup>12</sup> «Le seguimos a toda velocidad por la llanura roja envueltos en nubes de polvo», decía Moran. «Sobre los coches se apilan tumbonas y cestas ... Los niños árabes nos rodean como gorriones a la espera de las migajas.» Tras descender a trompicones por un empinado sendero para comer junto a un arroyo de montaña, el primer ministro consideró que la subida de regreso era demasiado ardua. «Cogimos el mantel blanco, lo enrollamos como si

fuese una cuerda y se lo pasamos por la cintura», añadió Moran. Dos soldados «cargaron con él mientras otros dos empujábamos desde atrás y un tercero llevaba su puro».

A principios de enero, Churchill volvía a ser experto en todo lo que supervisaba. «¿Es que nunca puedo contar con comandantes que luchen?», protestó a un alto oficial.<sup>13</sup> «A ustedes no les importa si perdemos la guerra. Ustedes sólo quieren llevarse su paga y zamparse las raciones.» Con una palmada en el hombro, dijo a sus oficiales del Estado Mayor: «Sean buenos y trácneme un buen plan». Pero cuando el personal de logística documentó minuciosamente la escasez de lanchas de desembarco, que eran necesarias para ejecutar sus diversos planes anfibios por todo el planeta, Churchill replicó: «Magnífico, pero negativo, como de costumbre».<sup>14</sup> Ataviado con su uniforme de comodoro del aire, montó un palco de honor para ser saludado por los soldados coloniales franceses destinados a Italia, «negros como la brea, vestidos con uniformes rojizos, feces rojos y rifles con bayoneta», narraba un testigo, «completamente desacompañados, pero, sin duda, hombres duros». La alborozada multitud le vitoreaba al grito de «Vive, Churchill!».

Cuando descubrió que podía telefonar fácilmente a Argel, Churchill importunaba al cuartel general de las fuerzas aliadas con sus llamadas, pese a las advertencias de que los franceses probablemente habían pinchado las líneas. «El exceso de discreción nunca fue uno de los defectos del primer ministro», escribió Macmillan.<sup>15</sup> En Londres, un malhumorado Brooke anotaba en su diario:

Winston, sentado en Marrakech, ahora está plétórico e intenta ganar la guerra desde allí. A causa de ello, la circulación de telegramas enviados desde tres puntos y en todas direcciones está provocando una confusión absoluta. Ojalá regresara a casa y estuviese controlado.

Era improbable. Como comentaba Moran: «El primer ministro tiene una idea brillante. Está organizando una operación él solo ... Han tenido que sacrificarse los almuerzos campestres en dos ocasiones por el cumplimiento del deber».<sup>16</sup> Cuando Moran observó que Hitler parecía enfrascado, no sólo en una gran estrategia, sino también en los detalles mínimos de las operaciones bélicas alemanas, el primer ministro asintió. «Sí», dijo con una sonrisa. «Eso es exactamente lo que yo hago.»<sup>17</sup>

La «idea brillante» de Churchill había circulado desde poco después de la conquista de Nápoles, cuando los planificadores del V Ejército empezaron a estudiar las playas situadas al sudoeste de Roma. En una ensoñación, Alexander había imaginado a cinco divisiones nuevas abalanzándose sobre el flanco alemán. Pero al no materializarse ni los soldados ni los medios para trasladarlos, Clark propuso el

desembarco de una sola división, reforzada hasta alcanzar las veinticuatro mil unidades, que se aferrarían a la playa de guijarros durante una semana hasta ser reemplazadas por sus compañeros del V Ejército, que llegarían por tierra a través de la Línea Gustav. De hecho, el plan recibió el nombre en clave de Operación Shingle.<sup>18</sup> La 3.<sup>a</sup> División de Truscott tendría el honor de desembarcar sola ciento sesenta kilómetros por detrás de las líneas enemigas. «Ustedes van a destruir a la mejor división del ejército de Estados Unidos», advirtió Truscott a Clark.<sup>19</sup> «No habrá supervivientes.» Cuando un *impasse* congeló la Línea de Invierno, Clark, ya escarmentado, recomendó desechar el plan. El 22 de diciembre, Alexander accedió.

Churchill se negó a capitular. «Sería una locura permitir que la campaña en Italia se prolongara», aseguró mientras continuaba en su lecho de enfermo en La Marsa.<sup>20</sup> Churchill engatusaba y rogaba, intimidaba y suplicaba. Si Roma no era conquistada, el mundo consideraría su «campaña un fracaso», insistía,<sup>21</sup> porque «quien posea Roma, poseerá el título de propiedad de Italia».<sup>22</sup> Sin Roma, la campaña se iría «apagando sin pena ni gloria», escribió a Clark.<sup>23</sup> Una estocada en el flanco probablemente obligaría a Kesselring a retirar sus fuerzas del centro de Italia y liberaría a los ejércitos V y VIII de sus grilletos hiperbóreos. Clark, alentado por el brío del primer ministro, contestó: «Durante mucho tiempo he creído que era la manera decisiva de abordar Roma».<sup>24</sup>

El renacer de la Operación Shingle había cobrado impulso el día de Navidad, cuando Churchill arrancó a Alexander y otros comandantes superiores una promesa de apoyo a un desembarco más amplio con dos divisiones. Con la marcha de Eisenhower, el liderazgo en el Mediterráneo recayó en los británicos; el dócil mariscal de campo Wilson se limitó a observar que era «una buena idea rodear las montañas en lugar de quedar empantanado en ellas».<sup>25</sup> Eisenhower había expuesto algunas advertencias antes de partir, y señaló que el enemigo había sido impredecible hasta el momento y que no había garantías de que fuese a actuar del modo en que ahora deseaban.<sup>26</sup> Pese a su inquietud por la Operación Shingle, el comandante en jefe saliente decidió no imponerse; los británicos dejaron constancia oficial de que él y sus tenientes de grado superior habían manifestado «su concierto con la propuesta del primer ministro».<sup>27</sup> Cuando Eisenhower abandonó la escena, Wilson concluyó que Churchill prácticamente había «tomado el control táctico en el Mediterráneo».<sup>28</sup>

«¡He llegado a Italia, oh, emperador supremo!», escribió el general bizantino Belisario a Justiniano en el 544 d.C., al comienzo de su campaña contra los ostrogodos, «muy falto de hombres, caballos, armas y dinero».<sup>29</sup> Para los invasores de nuestros días, las carencias se centran principalmente en los barcos.<sup>30</sup> Entre

1940 y 1945, los angloamericanos construyeron 45.000 naves de desembarco de todo tipo, pero nunca eran suficientes: todas las grandes campañas estadounidenses y británicas de la segunda guerra mundial comenzaron con una operación anfibia, y la demanda global de embarcaciones superaba con creces la oferta.<sup>31</sup>

«Los barcos son la raíz de todo», observó el almirante King,<sup>32</sup> y semejante perogrullada prosaica era tan válida para Italia como lo había sido para el Norte de África y como lo sería para Normandía. El desembarco y el avituallamiento de dos divisiones requería ochenta y ocho lanchas de desembarco y ciento sesenta naves más pequeñas;<sup>33</sup> de las ciento cinco lanchas de desembarco que actualmente había en el Mediterráneo, estaba previsto que dos tercios regresaran a Inglaterra el 15 de enero, con el fin de ser reparadas a tiempo para la Operación Overlord. Primero en La Marsa y luego en Marrakech, Churchill «presentó más y más fechas»,<sup>34</sup> a fin de demostrar que una demora en la marcha de varias docenas de lanchas de desembarco durante algunas semanas no alteraría la sacrosanta planificación temporal de Normandía. Para feliz sorpresa del primer ministro, Roosevelt respaldó sus iniciativas en un telegrama remitido desde Washington. «Doy gracias a Dios por esta espléndida decisión», respondió Churchill. «Avanzamos a toda máquina.»<sup>35</sup>

Ahora la Operación Shingle había adquirido un empuje inexorable. «Clark y yo estamos convencidos de que tenemos una gran oportunidad de lograr algo importante si contamos con medios para ello», escribió Alexander a Churchill el 4 de enero.<sup>36</sup> En realidad, Clark abrigaba sentimientos encontrados. Incluso dos divisiones desplegadas tras las líneas alemanas quedarían desprotegidas «en una franja muy extensa», confió a su diario el 2 de enero; sin embargo, tenía la sensación de que el primer ministro le estaba apuntando «con una pistola a la cabeza». Presionó sin éxito para que se llevara a cabo el desembarco de tres divisiones y la restricción de todas las tropas de asalto a una sola nacionalidad para simplificar la logística.<sup>37</sup> «Se supone que debemos llegar allí, descargar dos divisiones en la costa ... y aguardar el enlace con el resto del ejército», anotó Clark en su diario. Tal vez para animarse, añadió: «Estoy seguro de que lo conseguiremos y de que será un éxito».<sup>38</sup>

Para sellar el acuerdo, Churchill propuso una reunión en Marrakech el viernes 7 de enero. Clark, que estaba demasiado ocupado para abandonar Italia, envió a varios oficiales del Estado Mayor, que llegaron al exquisito Hotel La Mamounia para toparse con la confusión bajo los apliques *art déco* y los arabescos moriscos. A pesar de que el V Ejército había solicitado suficientes embarcaciones para el suministro de mil quinientas toneladas de avituallamientos diarios de manera

indefinida, la Armada británica planeaba descargar a las fuerzas de asalto como si de náufragos se tratara, con provisiones para una semana y ningún reabastecimiento.<sup>39</sup> Alexander manifestó su consentimiento con la Operación Shingle a un comandante estadounidense, el general de división John Lucas, aunque insistió en una invasión multinacional, ya que cabía esperar «cuantiosas bajas» y debían ser compartidas por si se producían «reacciones no deseadas en casa». No obstante, Alexander albergaba algunas ideas equivocadas sobre Lucas, que había reemplazado a Dawley como comandante del VI Cuerpo estadounidense después de Salerno. «Lucas, que es el mejor comandante de cuerpo de Estados Unidos, planificó y efectuó el desembarco de Salerno y, por lo tanto, tiene experiencia en operaciones anfibia», había escrito Alexander a Churchill y Brooke.<sup>40</sup> Nada de eso era cierto.

La reunión se celebró en La Saadia a las 18:30 del viernes.<sup>41</sup> Desde la medina se proyectaba el latido de los tambores, y el perfume de la madreselva invadía la casa de campo, en cuyo salón estaba sentado Churchill en medio de diecinueve oficiales. El primer ministro repasó sucintamente la historia de la Operación Shingle: cómo el desembarco de una sola división había expirado y resucitó con un plan mejor y de mayor calado que acabaría desplegando a más de cien mil soldados estadounidenses y británicos en la retaguardia enemiga; cómo hasta el 5 de febrero permanecerían en el Mediterráneo al menos ochenta y cuatro lanchas de desembarco, que no sólo desplegarían a la 3.<sup>a</sup> División estadounidense y la 1.<sup>a</sup> británica, sino también refuerzos provenientes de las divisiones acorazadas 1.<sup>a</sup> y 45.<sup>a</sup> de Estados Unidos; cómo Kesselring se vería obligado a mermar sus defensas cerca de Cassino para afrontar esta amenaza contra sus líneas de suministro en las carreteras 6 y 7, lo cual permitiría al V Ejército romper la línea alemana; y cómo la rápida conquista de Roma ofrecería a los Aliados esos «títulos de propiedad» sobre Italia.

¿Preguntas? Había unas cuantas. El general de brigada Kenneth Strong, jefe de espionaje del cuartel general de las fuerzas aliadas, se preguntaba si la fuerza de desembarco podría «lograr un triunfo decisivo» en vista de cierta oposición alemana. Strong adujo también que la solidez de la Línea Gustav en Cassino se había «subestimado enormemente». Churchill ya había escuchado los reparos de Strong en La Saadia, y no estaba más dispuesto que entonces a reconocer lo que él denominaba «el lado sórdido de la cuestión».<sup>42</sup> Cuando el almirante sir John H. D. Cunningham, el nuevo comandante de la Armada británica en el Mediterráneo, coincidió en que el desembarco conllevaba «grandes riesgos», el primer ministro espetó: «Por supuesto que hay riesgo. Pero sin riesgo no hay honor, gloria o

aventura».<sup>43</sup> Cunningham no articuló palabra. Un coronel del V Ejército propuso aplazar tres días el desembarco, hasta el 25 de enero, para permitir un ensayo que él consideraba «absolutamente necesario». Churchill se burló de él. Todos los soldados habían recibido instrucción y no necesitaban entrenamiento, aseguró el primer ministro. Un «solo oficial o suboficial experimentado en cada sección» aportaría a las fuerzas una ventaja en combate suficientemente generosa.<sup>44</sup>

El cónclave hizo una pausa para cenar, y luego se reunió de nuevo para seguir debatiendo en el Mamounia sin Churchill.<sup>45</sup> Pocos estaban dispuestos a provocar el cáustico desdén del primer ministro con una oposición abierta a la Operación Shingle. «Si coges al marinero más aguerrido, al aviador más intrépido y al soldado más audaz y los congregas a la misma mesa, ¿qué te queda? ¡La suma total de sus miedos!», había protestado Churchill recientemente.<sup>46</sup> Los oficiales rozaban más el consenso conforme iban pasando las horas. Los campos de minas y unas pendientes costeras poco profundas habían limitado las opciones de desembarco a varias playas que jalonaban los pueblos turísticos de Anzio y Nettuno. Esas playas también tenían la virtud de *no* estar coronadas por terrenos elevados, como las de Salerno; los montes Albanos —el portal meridional de Roma— se alzaban treinta y dos kilómetros tierra adentro. Un primer reconocimiento fotográfico demostró que Anzio se encontraba fuertemente protegido, pero los analistas pronto se dieron cuenta de que la zona había sido antaño un campo de entrenamiento militar italiano; ahora, buena parte de las defensas estaban abandonadas.<sup>47</sup>

¿Podrían los alemanes reforzar rápidamente la cabeza de playa con soldados provenientes del norte?<sup>48</sup> Parecía improbable, sobre todo habida cuenta de la superioridad aérea de los Aliados. ¿Estarían el contingente de la cabeza de playa y el V Ejército demasiado alejados —al menos noventa y seis kilómetros en un principio— para prestarse apoyo mutuo? Esto fue considerado «un riesgo inevitable».<sup>49</sup> El Estado Mayor de espionaje de Alexander aventuró que las fuerzas del X Ejército alemán tratarían de «acordonar la cabeza de playa, y de ese modo se las podría apartar de su férrea posición defensiva en Cassino».<sup>50</sup>

Al mariscal de campo Wilson le resultó tan soporífera la conversación que se fue a la cama. Beetle Smith, que todavía era el jefe del Estado Mayor del cuartel general de las fuerzas aliadas a la espera de su marcha hacia Londres, se disculpó por la temprana ausencia del comandante en jefe. «Al fin y al cabo», bromeó Smith, «se está haciendo mayor».<sup>51</sup> Hasta el sábado por la mañana, Wilson no sabría que a la 1:30 sus subalternos habían decidido acometer una invasión en Anzio.<sup>52</sup> Todavía restaban escépticos, entre ellos el general de brigada Strong y diversos mandos de



logística, pero una mayoría secundaba la táctica audaz de Churchill. Alexander se mostró entusiasmado, pero parecía cubrir sus apuestas en una nota redactada a sí mismo el sábado: «No arriesgues. Sé cauto».<sup>53</sup>

Con ojos somnolientos, se congregaron de nuevo en la villa de La Saadia a las 9:30 del sábado.<sup>54</sup> Churchill se había impuesto mediante intimidaciones, resistencia y un imaginativo garbo, y los erosionó como el agua a la roca. «Asombrará al mundo», declaró el primer ministro sobre la operación, «y ciertamente aterrorizará a Kesselring».<sup>55</sup> Churchill seguía despreciando las ansiedades logísticas y dijo a Alexander: «Espero, general, que cuando se haya hecho con esa gran cantidad de camiones y cañones encuentre espacio para unos cuantos soldados de infantería, aunque sólo sea para custodiar los vehículos».<sup>56</sup> Como había señalado recientemente Harold Macmillan: «Winston esta volviéndose cada vez más dogmático ... y bastante repetitivo».<sup>57</sup>

La Operación Shingle no era un mal plan, y personificaba las virtudes militares de la audacia y la sorpresa. Sin embargo, presentaba suficientes tachas que podían corromperla en su totalidad. La idea de que Kesselring ignoraría esta lanzada en las costillas y se replegaría hacia el norte era una mera ilusión. «Fue un farol para asustar a los alemanes y desencadenar una retirada», admitiría Alexander más tarde.<sup>58</sup> No se efectuó ninguna evaluación consistente sobre la probable reacción estratégica de un enemigo que no se amedrentaba con facilidad.<sup>59</sup> Una vez más, los Aliados desconocían la verdadera magnitud de sus adversarios.

Asimismo, la fuerza de la Operación Shingle no se midió respecto a la cantidad de tropas necesarias para vencer, sino al número de divisiones y barcos de que se disponía.<sup>60</sup> «Necesitan más hombres», dijo el general Middleton al cuartel general de las fuerzas aliadas tras examinar el plan. «Podrán llegar a la costa, pero no conseguirán salir de la cabeza de playa.» Se iba a desplegar un endeble cuerpo para una misión que exigía un ejército. No se escucharon algunas voces respetables que podrían haber sembrado dudas entre los planificadores: el almirante Kent Hewitt se había opuesto a la operación en diciembre, pero después fue reclamado en Washington; Hewitt no regresaría al Mediterráneo hasta finales de enero.

No cabe duda de que la potencia aérea y marítima aliada perturbaba al alto mando alemán. «¿Dónde puede desembarcar el enemigo? En todas partes», se lamentaba el general Siegfried Westphal, jefe del Estado Mayor de Kesselring, en diciembre. «¿Cuándo lo hará? El enemigo no está ligado a ningún calendario.»<sup>61</sup> Sin embargo, aunque el dominio del mar otorgaba a los comandantes aliados la movilidad necesaria para atacar donde quisieran —y los británicos se habían forjado un imperio conforme a ese principio—, Churchill continuaba subestimando

la capacidad de un defensor motorizado, que utilizaba carreteras y ferrocarriles en líneas del interior, para concentrar fuerzas por tierra con mayor presteza de lo que podía consolidarlas en una playa.<sup>62</sup>

La suerte estaba echada; se había sellado otra partida de destinos. Churchill «ha impuesto su voluntad a los generales y almirantes, cuando éstos saben que es un error», concluía Samuel Eliot Morison en la crónica oficial de la Armada estadounidense en el Mediterráneo.<sup>63</sup> Alexander aceptó la Operación Shingle «por lealtad a sus superiores», escribió un oficial británico. «Hacerlo fue un desacierto».<sup>64</sup> Tampoco había precisado qué pretendían hacer sus tenientes al alcanzar la costa; la ambigüedad rara vez mejoraba un plan fallido.

Por ahora se imponían los rumores y el bullicio, una sensación de oportunidades y propósitos. «¡La Operación Shingle está en marcha!», plasmó Clark en su diario el 8 de enero al conocer la noticia.<sup>65</sup> Se abría la posibilidad de romper con el anquilosamiento invernal. Cualesquiera que fuesen las ambivalencias que albergaba Clark, el primer ministro sin duda estaba en lo cierto: sin riesgo no podía existir honor, gloria o aventura.

En cuanto a Churchill, él era el león renacido. Marruecos le había restituido la salud, el brío y el rugido. Pronto regresaría a Inglaterra y pondría fin a una ausencia de dos meses, más entusiasmado que nunca por borrar el despotismo nazi de la faz de la Tierra. El 8 de enero telegrafió a Roosevelt:

Los oficiales responsables de ambos países han alcanzado un acuerdo unánime para actuar según lo propuesto ... Todo el mundo está animado y los recursos parecen suficientes. Cada aspecto se ha discutido con sumo detalle.<sup>66</sup>

El recelo de sus tenientes no le preocupaba en absoluto. Tal vez influido por la exuberante atmósfera de Marrakech, Churchill recurrió a una metáfora hortícola: «Podrán decir que los guío por el camino de la huerta», declaró, «pero en cada una de sus etapas han encontrado frutas deliciosas y verduras saludables».<sup>67</sup>

### «NADA SIRVIÓ, EXCEPTO EL CORAJE»

Por fin habían llegado al final del valle del Corazón Púrpura. En la fría mañana del sábado 16 de enero, un regimiento de la 34.<sup>a</sup> División estadounidense ascendía con los pies doloridos el flanco de piedra caliza del Monte Trocchio, seis kilómetros al nordeste de San Pietro Infine. Los olivos poblaban las pendientes más bajas, y algunos cedros astillados rodeaban la cima. Antes del amanecer, habían impactado tantos proyectiles de artillería por todo Trocchio —unos proyectiles que, a modo de

venganza, llevaban escritos con tiza los nombres de soldados estadounidenses muertos o heridos en los combates recientes—, que caían fragmentos incandescentes «en cascada, como una tormenta eléctrica», escribió Margaret Bourke-White.<sup>68</sup> Ahora los fusileros trepaban pesadamente, escudriñando cada roca cubierta de líquen en busca de trampas y tratando de captar el revelador estallido sordo de las minas. Se escuchaba alguna que otra detonación por la pendiente, seguida de un grito angustiado, pero las tropas alemanas se habían esfumado. A mediodía, la patrulla de reconocimiento culebreó sobre la cumbre rocosa para contemplar una panorámica de la perdición que había dejado atrás y la que todavía tenían por delante.

A sus espaldas se abría el desfiladero de Mignano y una extensión de once kilómetros de sanguinarios promontorios: Camino, La Difensa, Rotondo, Lungo, Sammucro y el montón de escombros en su día conocido como San Pietro. Recorrer esa extensión de once kilómetros y atravesar la Línea Bernhardt había llevado seis semanas al V Ejército, al precio de dieciséis mil bajas.<sup>69</sup>

Más adelante les aguardaba una bucólica planicie fluvial de cinco kilómetros de ancho.<sup>70</sup> La carretera 6 dividía estas llanuras aluviales desde Monte Trocchio hasta Cassino —que en aquel momento era la población más fortificada de Italia—, y luego zigzagueaba por el valle del Liri hacia Roma, a ciento veintiocho kilómetros de distancia, antes de desvanecerse en la bruma del mediodía. Detrás de Cassino se alzaba amenazador su homónimo, Monte Cassino, coronado por la abadía benedictina de un blanco reluciente que durante quince siglos había figurado entre los santuarios más venerados de la cristiandad. Un río ondulaba por las llanuras aluviales de izquierda a derecha pasando por Cassino. El complejo curso del río recibía varios nombres, pero entre los ingenieros estadounidenses —que habían construido con yeso unas intrincadas maquetas en relieve de este terreno basadas en setenta mil fotografías aéreas—<sup>71</sup> era conocido como el Rápido. Varios kilómetros cauce abajo, el Rápido se encontraba con el Liri para convertirse en el Garigliano, que entonces fluía en dirección sudoeste durante veinticinco kilómetros y desembocaba en el mar.

La llanura aluvial del Rápido-Garigliano y las abruptas tierras altas situadas más allá formaban el segmento occidental de la Línea Gustav, la más ominosa de las barreras fortificadas de Kesselring que discurrían al sur de Roma. La línea recorría ciento sesenta kilómetros a lo largo de los Apeninos, en dirección a Ortona, en el norte adriático, pero en ningún lugar era tan sólida como en Cassino, la puerta de entrada al atrayente valle del Liri. El Rápido y otros riachuelos,

crecidos ya por las lluvias de enero, se veían nutridos por un «programa de inundaciones» alemán,<sup>72</sup> según el cual se demolieron diques y se desviaron canales para crear pólderes de escasa profundidad en las planicies.

Las cañadas de los altos que dominaban Cassino ocultaban más de cuatrocientos cañones y lanzamisiles alemanes.<sup>73</sup> El cable conectaba cada batería con observadores vestidos de gris campaña que se resguardaban en las rocas elevadas como pájaros en una colonia, vigilando con omnisciencia sublime los movimientos de las criaturas vivientes que tenían a sus pies. Durante más de dos meses, ingenieros alemanes y trabajadores forzados italianos habían utilizado explosivos para abrir nidos de ametralladora en la superficie rocosa, reforzando los búnkeres con postes telefónicos serrados de 2,5 metros de longitud y techando las estructuras con vigas de roble, más postes y varios metros de tierra. La profundidad de las defensas alcanzaba los tres kilómetros. En la ciudad de Cassino, se despejaron radios de tiro en torno a la estación ferroviaria fortificada y el Hotel Continental. Hitler proporcionó más material defensivo del que había solicitado Kesselring: más cemento, minas y alambre de espino; más cañones anticarro, ingenieros y trabajadores forzados; y más torretas blindadas de tres toneladas con quemadores de carbón para que los artilleros pudieran calentarse.<sup>74</sup>

Era allí donde Kesselring esperaba que los angloamericanos «se dejaran los dientes», y era allí donde pretendían atacar.

El desembarco inminente que había de producirse en Anzio el 22 de enero infundió urgencia a la acometida del V Ejército contra la Línea Gustav. En este frente meridional, Clark contaba con siete divisiones en su ejército, divididas en tres cuerpos a lo largo de una franja de cincuenta y seis kilómetros de longitud. Aunque los combates invernales habían sembrado la desorganización en numerosas unidades y las habían despojado de reservas, Clark deseaba emprender el ataque inmediatamente para desviar la atención alemana de la cabeza de playa. «Debe mantenerse el ímpetu de nuestro avance a toda costa», exhortó Alexander cuatro días después de abandonar Marrakech.<sup>75</sup>

En la Guía de Operaciones n.º 34, titulada confiadamente *La batalla por Roma*, Alexander ordenó a Clark que forzara el retroceso del enemigo más allá de la capital y que ganara terreno hacia Florencia y Pisa.<sup>76</sup> Analistas de espionaje del 15.º Grupo de Ejércitos pronosticaron que Kesselring se batiría en retirada al enfrentarse al movimiento de tenazas del V Ejército desde el sudeste y al contingente de la Operación Shingle desde el noroeste. Para acelerar la desbandada enemiga, los tres cuerpos atacarían la Línea Gustav. Las dos divisiones del Cuerpo Expedicionario Francés, o CEF, recién llegadas al escenario y entusiasmadas por

restituir el honor de su patria, se habían adelantado hacia el extremo derecho del frente de Clark el 12 de enero, y estaban recorriendo dos kilómetros diarios, en su mayoría cuesta arriba, con granadas y bayonetas. A la izquierda, el X Cuerpo británico iniciaría su ataque desde la margen opuesta del río Garigliano el 17 de enero, con dos divisiones desplegadas cerca del mar y otra trece kilómetros cauce arriba.

El ataque más cruento se produciría en el centro. El 20 de enero, el II Cuerpo de Estados Unidos debía cruzar el río Rápido, a sólo dos kilómetros del Monte Trocchio y cinco kilómetros río abajo desde Cassino. Con la cabeza de puente fortificada por la 36.<sup>a</sup> División —los mismos texanos que habían luchado en Salerno y San Pietro—, los tanques de los Old Ironsides, la 1.<sup>a</sup> División Acorazada, irrumpirían en dos puentes de reciente construcción, virarían hacia el norte del valle del Liri en dirección a Frosinone, y enlazarían con las fuerzas de Anzio para hacer una entrada solemne en Roma.

Más tarde, Clark negaría la autoría de este plan y señalaría a Alexander como su artífice.<sup>77</sup> Sin embargo, guardaba un parecido asombroso con una maniobra concebida por el comandante del V Ejército a mediados de diciembre. Al igual que la Operación Shingle, encarnaba la audacia y la plausibilidad táctica. Pese a encontrarse desbordado, el Rápido apenas rozaba los quince metros de ancho, aunque sus orillas eran escarpadas y tenía profundidad. Aquí se hallaba la ruta más directa al valle del Liri y, desde allí, hacia la cabeza de playa y Roma.<sup>78</sup>

Pero también al igual que la Operación Shingle, el plan del río Rápido era imperfecto. El dominio de los cerros que se alzaban a la entrada del valle del Liri, en especial Monte Cassino, brindaba a los alemanes una vista panorámica del río y la posibilidad de concentrar armamento en todos los accesos. Truscott, cuya 3.<sup>a</sup> División había sido considerada fugazmente para un ataque en el Rápido antes de ser destinada a la Operación Shingle, comentó a Clark en diciembre que la ofensiva fracasaría a menos que se conquistaran o atacaran aquellos altos con furia suficiente para desviar la atención alemana.

«Mientras se dieran esas condiciones, los puentes que atravesaban el río no podrían resistir mucho tiempo y los soldados que lograran completar la travesía serían despedazados», explicó más tarde el coronel Don E. Carleton, jefe del Estado Mayor de Truscott.<sup>79</sup> Pero Clark parecía «convencido de que, por alguna intervención de la divina providencia, los defensores bien atrincherados en Cassino se desvanecerían y sus tanques entrarían como un vendaval en el valle del Liri».

La posibilidad de saltar en pedazos contrariaba al general de división Fred Walker y le angustiaba física y espiritualmente.<sup>80</sup> Poco después de Salerno y durante los encarnizados combates en San Pietro, el comandante de la 36.<sup>a</sup> División había observado el Rápido en el gran mapa de su puesto de mando, y sentía que el destino le arrastraba a aquel riachuelo oscuro que corría a los pies de Cassino. A principios de enero se había convencido de que el Rápido se asemejaba al Marne, donde en julio de 1918, cuando era un comandante de batallón de treinta y un años, se había ganado la Cruz al Servicio Distinguido por contener un ataque perpetrado en el río por diez mil alemanes. Jamás había olvidado los cadáveres empapados del enemigo que bordeaban las márgenes embarradas y flotaban a la deriva empujados por la corriente. «No concibo que nosotros, o cualquier otra división, podamos atravesar el río Rápido», confesaba en su diario el 8 de enero.<sup>81</sup> Una semana después añadió: «Ésta va a ser una ardua tarea, y no me gusta. No tenemos nada a nuestro favor».<sup>82</sup>

Fred Walker, con una mandíbula angular, unas cejas pobladas y una larga nariz que le daban un aspecto más corpulento del que denotaban sus 175 centímetros y 78 kilos, fue descrito en una ocasión como un «mastín cordial».<sup>83</sup> Nacido en Ohio, obtuvo una licenciatura en ingeniería de minas por la Ohio State University y se alistó como soldado en 1911. Tras combatir en la Expedición Punitiva contra México en 1916, cosechó fama en Francia y sobrevivió a varias quemaduras de gas mostaza.<sup>84</sup> Walker era curioso, despierto e irónico, jugaba mal al ajedrez y era un excelente bailarín.<sup>85</sup> Era la clase de hombre que garabateaba vocablos desconocidos para memorizarlos —«faccioso», «reacio», «pretencioso», «abjurar»— y citas de Emerson y pasajes inspiradores de *Benjamin Franklin*, de Carl Van Doren.<sup>86</sup> Como instructor de la Academia de Guerra en los años treinta, Walker había formado a una joven promesa llamada Mark Clark. Pese a una diferencia de edad de nueve años, ambos se hicieron «muy buenos amigos», a juicio de Walker,<sup>87</sup> y poco antes de Pearl Harbor, Clark, que estaba en alza, convenció al teniente general Lesley J. McNair, jefe de las fuerzas terrestres del ejército, para que concediera a Walker el mando de la 36.<sup>a</sup> División.<sup>88</sup>

Desde entonces, los dos amigos íntimos se habían distanciado. Walker, tal vez celoso de su antiguo protegido, había empezado a dudar también de la agudeza táctica de Clark mientras la división continuaba la instrucción en el Norte de África. Después de Salerno y San Pietro, afloró su desafección. En un diario con cubiertas de tela negra y esquinas rojas, Walker documentó su displicencia en la pulcra cursiva que en su día había utilizado para apuntar palabras desconocidas. «Nuestra política derrochadora o nuestro método de conquistar una masa montañosa tras otra no suponen ventaja táctica alguna en el ámbito local», escribió poco antes de

Navidad.<sup>89</sup> «Más allá siempre existe otra montaña con alemanes atrincherados en ella.» El reservado Clark mantuvo distancias, pues no se sentía inclinado a sopesar los consejos de su viejo mentor, aunque admiraba la actuación de Walker en Salerno. Clark sospechaba que a Walker le ofendió no haber recibido el mando del VI Cuerpo tras el relevo de Dawley en Salerno.<sup>90</sup> En privado, desaprobaba el hecho de que Walker hubiese elegido a uno de sus hijos como oficial de operaciones y a otro como edecán; los soldados acusaban al comandante de división de estar apartando a sus parientes del peligro.<sup>91</sup>

A sus cincuenta y seis años, Fred Walker era el comandante de división más longevo sobre el terreno.<sup>92</sup> La edad y el estrés habían pasado factura, algo que él se esmeraba en disimular. Desde el verano de 1942 sufría fuertes dolores de cabeza y taquicardias.<sup>93</sup> Llevaba una gruesa ropa interior de lana para combatir una artritis grave que afectaba a su hombro, caderas y rodillas. Se agotaba con facilidad y padecía accesos recurrentes de «ceguera parcial e incapacidad para articular correctamente». Varias veces por semana sentía dolores cardíacos o se desmayaba. Un médico le había diagnosticado arteriosclerosis, y en la intimidad Walker se quejaba de «falta de memoria y resistencia, tensiones emocionales y agitación». Durante la tercera semana de enero contrajo un fuerte resfriado.<sup>94</sup>

Walker silenció también sus temores sobre el Rápido. En algunas conversaciones mantenidas con Clark y otros oficiales superiores, escribió en su diario el 13 de enero, había «mencionado las dificultades» que entrañaba.<sup>95</sup> «No quieren hablar de ello.» Walker proponía atacar río arriba, donde el Rápido podía vadearse, pero prefirió no imponer su criterio a la fuerza.<sup>96</sup> «No comprenden mis problemas ni saben de qué estoy hablando», anotó Walker. Los oficiales del Estado Mayor exacerbaban su ansiedad. «General, me va a resultar increíblemente difícil no mostrarme tan pesimista sobre esto», le advirtió su jefe de espionaje.<sup>97</sup> El ingeniero de división previó un ataque que acabaría en fracaso y ocasionaría la pérdida de un sinnúmero de vidas.<sup>98</sup> El lunes 17 de enero, Walker completó cinco ansiosas páginas en su diario, en las que decía: «Debemos cruzar el Rápido, ¿pero cómo? ... Es una empresa imposible, pero me lo guardaré para mí».<sup>99</sup>

El martes por la mañana, Walker abandonó su puesto de mando, situado en la cara oriental de Monte Rotondo, y se dirigió hacia el sur por la Carretera 6, pasando por Mignano. El sol de enero brillaba a baja altura en el cielo sureño, «enfermizo, blanquecino y débil», como dijo un teniente,<sup>100</sup> y la ropa interior de lana apenas calentaba los huesos de Walker. Los olores habituales a lona húmeda y café quemado impregnaban la tienda de campaña que albergaba el cuartel general del II Cuerpo, donde los oficiales del Estado Mayor marcaban los mapas de acetato

con lápices de cera de colores. Walker fue saludado por el general de división Keyes, el comandante del cuerpo, un hombre elegante e impecable que lucía unas botas bien pulidas.

Walker repasó su plan de ataque tan resueltamente como si estuviese ofreciendo una conferencia en la Academia de Guerra.<sup>101</sup> A las ocho de la tarde del jueves, el 141.º Regimiento de Infantería atravesaría el Rápido en pequeñas embarcaciones desde un único punto, situado dos kilómetros río arriba desde el pueblo de Sant'Angelo in Theodice; de forma simultánea, el 143.º Regimiento se proponía emprender la travesía en dos localizaciones cauce abajo. En este sector, el Rápido serpenteaba de norte a sur, así que el ataque se desarrollaría de este a oeste antes de fortificar Sant'Angelo y virar al norte en dirección al valle del Liri. Cumpliendo las órdenes de Keyes, «numerosas y sólidas patrullas de combate» se habían deslizado por el río durante las dos noches anteriores para «mantener contactos con el enemigo» y valorar las defensas alemanas.<sup>102</sup>

Eran formidables, aseguró Walker con una mirada de complicidad.<sup>103</sup> Las tropas alemanas de la 15.ª División de Granaderos Panzer —fugitivos de Sicilia que también habían combatido en Salerno y Monte Camino— estaban «muy bien organizadas y comunicadas, y contaban además con armas automáticas y ligeras y fuego defensivo de artillería y mortero».<sup>104</sup> De las siete embarcaciones fletadas la noche anterior por el 141.º Regimiento de Infantería,<sup>105</sup> cinco se habían perdido en una corriente que alcanzaba los seis kilómetros por hora.<sup>106</sup> Las patrullas de reconocimiento informaron de la existencia de una doble hilera de alambre de espino a la otra orilla, y de una extensa franja de minas que prácticamente alcanzaba los dos kilómetros de longitud. Como se esperaba, los equipos de demolición alemanes habían hecho estallar el puente de Sant'Angelo tres días antes;<sup>107</sup> el río se había dragado hacía dos años, y los escombros salpicaban ambas márgenes y formaban empinados diques de grava.<sup>108</sup> El barro seguía colándose en las botas de los soldados, pese a la sequía que había imperado recientemente.<sup>109</sup> Equipos de remoción de minas integrados por seis hombres andaban a gatas todas las noches,<sup>110</sup> pero los zapadores alemanes lograban deslizarse al otro lado del río para sembrar de nuevo los accesos despejados. El día anterior, un cirujano de división hablaba de «una epidemia ... de amputaciones traumáticas de una o ambas piernas».<sup>111</sup> Cuando Walker terminó de esbozar su plan, volvió a arquear una ceja.

Keyes le escuchaba atentamente.<sup>112</sup> Procuraba no delatar las dudas que lo asaltaban sobre el ataque, y también sobre Walker. Una ofensiva frontal por el río era «poco segura», había advertido Keyes a Clark; teniendo en cuenta el dominio alemán sobre los terrenos elevados, las travesías se realizarían «en una pecera».<sup>113</sup>



Ya en Sicilia, Keyes había ideado planes alternativos precisamente para estos enigmas tácticos. Su favorito, bautizado como Gran Cassino,<sup>114</sup> contemplaba un ataque llevado a cabo a través del Garigliano por el II y el X cuerpos británicos, que luego escalarían el macizo situado al sudoeste de Cassino para flanquear el acceso fortificado al valle del Liri. El plan interesó a Clark. Pero Alexander y McCreery, comandante del X Cuerpo, lo consideraron «una monstruosidad táctica»; los soldados británicos no contaban con la formación ni los pertrechos necesarios para librar una guerra en las montañas. Clark se alineó con los británicos; cada vez le seducía más la imagen de los tanques estadounidenses circulando con gran estruendo hacia Roma, y Gran Cassino quedó aparcado en un cajón.<sup>115</sup>

Keyes persistió. A finales de diciembre, propuso atravesar el Rápido «un día o dos» *después* de los desembarcos de Anzio. «Si ahora el enemigo retira fuerzas de nuestro frente para combatir al VI Cuerpo [en Anzio], cabe la posibilidad de que este cuerpo pueda realizar un avance real», escribió.<sup>116</sup> Clark opuso reparos, e insistió en que el ataque por el Rápido precediera a la Operación Shingle. El 13 de enero, Keyes advirtió que la 46.<sup>a</sup> División británica, que debía proteger el flanco izquierdo de Walker, planeaba cruzar el Garigliano con un modesto asalto ejecutado por dos batallones. «La campaña de la 46.<sup>a</sup> División debería efectuarla la división entera» escribió Keyes.<sup>117</sup> De lo contrario, corría el riesgo de adoptar un carácter «gradual» que podía dejar al descubierto a los estadounidenses.<sup>118</sup> Clark se negó de nuevo a intervenir.

Geoff Keyes dominaba su profesión. Poseía, según George Patton, «la mejor mente táctica de todos los oficiales» que conocía. Keyes, hijo de un oficial de caballería, se crió a lomos de un caballo en la frontera mexicana. Con dos años de ventaja sobre Eisenhower en West Point, Keyes anotó en un partido de rugby dos ensayos, transformó dos lanzamientos y marcó un gol de campo tras recorrer cuarenta metros, sumando así diecisiete puntos; el legendario Maestro de la Espada de la academia, Marty Maher, le proclamó «el único hombre que ha podido frenar a Jim Thorpe» en el campo. «Si existe alguien en el cuerpo más universalmente apreciado que él», afirmaba el anuario de la academia, «todavía no lo hemos encontrado».<sup>119</sup>

Keyes, que también era un soldado de caballería,<sup>120</sup> había asistido a la École Supérieure de Guerre en París y sirvió como subalterno de Patton durante las invasiones de Marruecos y Sicilia. «El impetuoso, virulento e histriónico Patton se ve influido considerablemente por el tranquilo, reflexivo y circunspecto Keyes»,<sup>121</sup> informó desde Palermo un observador del Departamento de Guerra a Washington. Keyes, un hombre esbelto, agradable y diplomático, era un católico romano devoto

que acudía a misa cada mañana y evitaba la blasfemia. «Ni siquiera dice “diablos” o “maldita sea”», comentaba un compañero. Eisenhower le describió injustamente como una persona «que lo tiene todo, excepto sentido del humor»;<sup>122</sup> a decir verdad, poseía una veta pícara. Con el apoyo de Patton, en septiembre Keyes tomó el mando del II Cuerpo después de la marcha de Omar Bradley a Inglaterra. «No dude en mostrarse afable en sus contactos con los subordinados», le dijo Eisenhower. «A la larga, todo comandante es obra de sus subalternos. Todos somos intensamente humanos, y la guerra es un drama, no una partida de ajedrez.»<sup>123</sup>

Como tantos otros generales estadounidenses, Keyes desconfiaba de los británicos, y sus entradas sobrias y desconcertadas en el diario iban revelando una intensa anglofobia a medida que se aproximaba la ofensiva del Rápido. «Dios nos libre de tener que servir otra vez con los británicos o cerca de ellos», copió el 16 de enero.<sup>124</sup> Un día después agregó: «Clark insiste en que no nos están traicionando, pero yo no lo tengo tan claro. Todos los movimientos son una repetición de las hábiles maniobras de los británicos al planificar la Operación Husky y la campaña siciliana». El día de la visita de Walker escribió: «Los británicos no aportarán nada, como de costumbre».

Cuando la reunión celebrada en el puesto de mando del II Cuerpo tocó a su fin, quedaron muchas cosas en el tintero, y en ese silencio germinaron la desconfianza y la discordia. En privado, Walker consideraba a Keyes demasiado apegado a la caballería, con una «actitud de *boy scout*» hacia el duro combate de infantería que les aguardaba.<sup>125</sup> La idea de los tanques Sherman irruyendo en el valle del Liri era «visionaria», según el parecer de Walker;<sup>126</sup> el término no era un cumplido. Consciente de la hostilidad de Walker, Keyes le profesaba una antipatía recíproca. Se preguntaba si el comandante de división se sentía sobrepasado.

Y lo que es más importante, ambos ocultaron su desasosiego compartido.<sup>127</sup> El fervor voluntarioso requería obediencia y un optimismo ilusorio. Walker finalizó su sesión informativa y recogió sus mapas y documentos. Prefería atacar en otro lugar, afirmó. Pero en un último arrebatado de bravuconería, y tal vez sabedor de que su cita con el Rápido era ineluctable, dijo a Keyes que estaba «seguro de la victoria». La 36.<sup>a</sup> División, apostilló, estaría «en Sant’Angelo la mañana del día 21».

Walker sólo hablaba de corazón en su diario: «Hemos hecho todo lo posible, pero ahora no sé cómo podemos vencer».<sup>128</sup>

Sant’Angelo era un monótono pueblo agrícola encaramado a un risco de doce metros de altura sobre las aguas turquesa del Rápido. La cantina local servía cerveza Peroni y un vino célebre por su alta graduación. Casas en tonos pastel con

balcones de hierro y tejados rojos atestaban la estrecha calle mayor. Los arbotantes apuntalaban la iglesia de San Giovanni Battista, con su hermoso campanario. De un tablón de anuncios situado bajo el nártex colgaban esquelas con rebordes negros.<sup>129</sup>

Los avisos mortuorios se habían multiplicado después de que las primeras bombas alcanzaran Sant'Angelo el 10 de septiembre y acabaran con la vida de una niña de tres años y sus padres. Los alemanes no tardaron en llegar de la cercana Cassino, portando grandes ganchos con los que hurgar en los almiares en busca de material de contrabando y jóvenes para sus batallones de trabajo forzado. La electricidad y el agua corriente se convirtieron en algo esporádico, y más adelante inexistente. El servicio postal desapareció. Los teléfonos enmudecieron. Los agricultores trabajaban sin descanso por la noche, enganchando bueyes a sus arados y escuchando lo que los lugareños denominaban «la loba», en referencia al mortero Nebelwerfer de seis cañones, que disparaba ráfagas que aullaban al surcar el aire.<sup>130</sup> Cuando fue acercándose el ejército aliado, zapadores alemanes volaron el molino local y demolieron casas para fortificar el centro de la población, aunque eximieron a la rectoría, que poseía un sótano profundo y se convirtió en un puesto de mando.

Trescientos italianos fueron obligados a cavar trincheras y limpiar de maleza los bancos del Rápido para ofrecer mejores radios de alcance.<sup>131</sup> Los comandantes alemanes consideraban ahora a Sant'Angelo el «punto más sólido de la línea defensiva».<sup>132</sup> La orilla occidental del río estaba defendida por dos batallones pertenecientes a la 15.<sup>a</sup> División de Granaderos Panzer, descrita por el espionaje aliado como «la división alemana más fuerte del escenario italiano»,<sup>133</sup> pues contaba con todos sus efectivos y cuantiosas armas pesadas. Las agresivas patrullas estadounidenses los mantenían alerta y en tensión. «Numerosos movimientos enemigos observados frente al ala izquierda de la 15.<sup>a</sup> División de Granaderos Panzer», recogía el diario de guerra del X Ejército el 17 de enero. «El enemigo se ha acercado a la orilla del río.»<sup>134</sup>

La tensión se acentuó todavía más entre los alemanes después de que los británicos iniciaran su ataque contra el Bajo Garigliano a las nueve de esa misma noche. Las divisiones 5.<sup>a</sup> y 56.<sup>a</sup> ocuparon la margen contraria, veinte kilómetros río abajo desde Sant'Angelo. «Lo peor es la espera», había escrito el soldado de comunicaciones de la Artillería Real Spike Milligan cuando dio comienzo la ofensiva. «Engraso mi metralleta. No sé por qué, ya está engrasada.»<sup>135</sup> Para sorpresa tanto de alemanes como de británicos, el 18 de enero al amanecer ocuparon la orilla opuesta dieciocho batallones; los comandantes alemanes dudaban que los Aliados fueran a atacar en una noche sin luna. «Conducíamos los camiones

con el corazón en un puño», anotó un teniente de la Guardia escocesa en su diario.<sup>136</sup> «Pasamos junto a carromatos ensangrentados que venían en la otra dirección y no presagiaban nada bueno ... Me pregunto si rezumamos heroicidad desfilando en plena noche.»<sup>137</sup>

Alcanzaron la otra ribera, pero poco más: la cabeza de puente del X Cuerpo apenas se extendía cinco kilómetros, y un feroz contraataque alemán casi empuja a las compañías avanzadas de vuelta al río.<sup>138</sup> Las zonas de travesía serían blanco del fuego de artillería alemán durante tres meses, y los soldados británicos se quejaban de que la llanura aluvial parecía una «marisma de minas».<sup>139</sup> Con todo, el preludio era prometedor. «Estoy convencido de que ahora afrontamos la mayor crisis con la que nos hemos topado hasta la fecha», dijo Kesselring a Vietinghoff, su comandante del X Ejército, poco antes de las diez de la noche del 18 de enero. Los estadounidenses, agregó, probablemente atacarían por debajo de Cassino en un intento por penetrar en el valle del Liri.<sup>140</sup>

Todavía no. La noche del miércoles 19 de enero, soldados de la 46.<sup>a</sup> División británica, reclutados en Yorkshire y la zona centro-norte de Inglaterra,<sup>141</sup> partieron de Sant'Angelo y avanzaron sigilosamente entre las brumas del Garigliano seis kilómetros cauce abajo. Era «un lugar inhóspito e inquietante», un paisaje de grises y negros coronado por unas nubes que cruzaban raudas el firmamento.<sup>142</sup> Las tropas de asalto cincharon sus Mae West, se echaron sus rifles al hombro y empujaron las primeras barcas hasta el agua oscura.

«Luego todo salió mal», revelaron los Royal Hampshire.<sup>143</sup> Lejos de allí, río arriba, los ingenieros alemanes habían abierto una serie de presas, lo cual originó una crecida de varios metros y transformó el Garigliano en un caz de molino. Las embarcaciones se bambolearon y dieron vueltas con la corriente, y después se desvanecieron en la niebla mientras unos remeros agotados regresaban a la orilla chapoteando, dos kilómetros o más río abajo.<sup>144</sup> Lo intentaron una y mil veces. A primera hora de la mañana, pese a lo esporádico de la oposición alemana, una sola compañía aterraba en la otra orilla. El fuego de ametralladora acribilló sus embarcaciones y la vanguardia pronto se halló sitiada. Algunos supervivientes lograron alcanzar terreno seguro bajo una cortina de humo. Al amanecer del jueves, la artillería enemiga hizo pedazos el punto de travesía, y McCreery ordenó a la 46.<sup>a</sup> División que renunciara a más tentativas.<sup>145</sup>

Unas horas después, el fornido comandante de la división británica, el general John Hawkesworth, conocido como Ginger entre sus amigos, se personó en el puesto de mando de Fred Walker, emplazado al abrigo de Monte Rotondo.<sup>146</sup> Hawkesworth cojeaba a causa de tres viejas heridas que había sufrido en la Gran

Guerra, y se apoyaba en un bastón de madera de árbol joven. El ataque había fracasado, anunció a Walker. El río había crecido más de lo esperado y se había convertido en una bestia contumaz. Era imposible otra intentona. El flanco izquierdo de Walker quedaría indefenso durante el ataque del Rápido aquella noche. Hawkesworth lo lamentaba, pero era así. Walker asintió y retomó sus preparativos. «Los británicos son los mejores diplomáticos del mundo», escribió en su diario, «pero sólo puedes contar con ellos para las palabras».

Keyes y Clark estaban alarmados. «Siempre es la misma historia», rezaba el diario de Keyes. «Pocos preparativos y muy poco prácticos. Esta noche es algo grave para nosotros». <sup>147</sup> Clark atribuyó el fracaso de la travesía británica «a una falta de liderazgo firme y agresivo en la división». <sup>148</sup> Los ingenieros del V Ejército afirmaron que Hawkesworth no había efectuado un reconocimiento adecuado del río y el punto de travesía. En un memorando dictado el jueves, Clark añadió: «El hecho de que el ataque de la 46.<sup>a</sup> División no haya logrado su objetivo ... ha supuesto un duro golpe. Temía que el general Hawkesworth tuviese segundas intenciones». El comandante del ejército envió a Gruenther a ver a McCreery, que advirtió que la ofensiva del Rápido tenía «escasas probabilidades de éxito» y debía ser cancelada. No mencionó su creciente preocupación por la aparente disposición de Clark a aceptar un saldo elevado de bajas a cambio de unas victorias dudosas; el comandante británico ahora tenía a Clark por «el Hombre de Destino que por alguna razón imaginé que siempre quiso ser». <sup>149</sup>

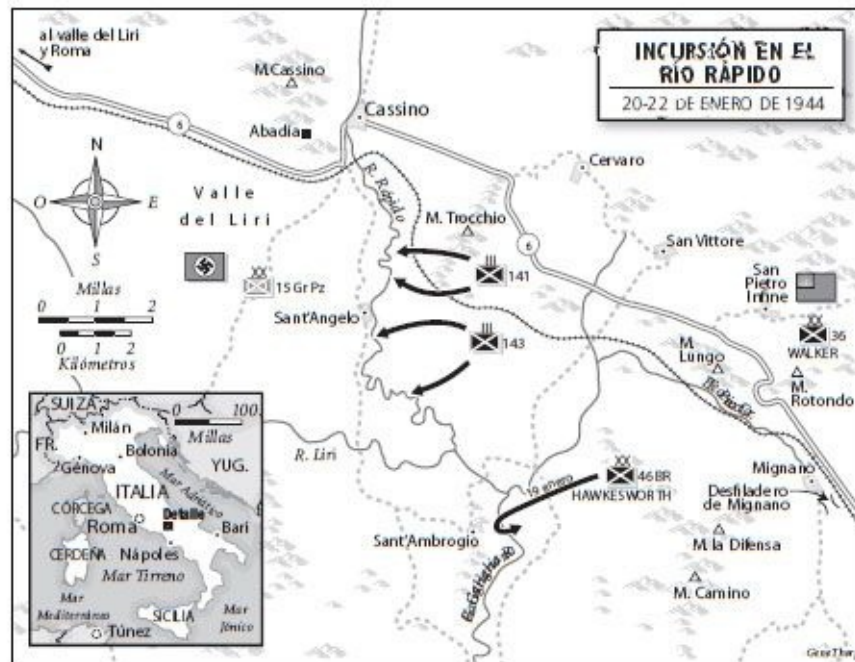
Eso sin duda era injusto, aunque no por ello falso. Ahora que Eisenhower había salido de escena, Clark acaparaba toda la atención como el comandante estadounidense más destacado del Mediterráneo. Sin embargo, el Hombre de Destino no era ni mucho menos un agente libre. Alexander había ordenado a Clark que atacara con rapidez y que expulsara al enemigo de Roma; a efectos prácticos, Churchill le había conminado también a desplegar dos divisiones vulnerables detrás de las líneas alemanas al cabo de dos días. Si pretendía frenar la ofensiva del Rápido, casi cincuenta mil hombres que ahora se embarcaban en la Operación Shingle afrontarían toda la furia de una contraofensiva alemana en situación de aislamiento.

El destino tenía a Clark en un puño, pero no sólo a él. Una enorme marea de tragedia, muerte y locura humana les engulló a todos, como aquellas barcas que, balanceándose en la niebla, batían contra la corriente del Garigliano.

«Aunque estoy seguro de que sufriremos grandes pérdidas, es esencial que emprenda el ataque para retener a todas las tropas [alemanas] en mi frente y atraer a otras, lo cual allanará el terreno a la Operación Shingle», escribió Clark el jueves. «El ataque está en marcha.»<sup>150</sup>

Desde los desembarcos de Salerno, diecinueve semanas antes, la guerra había destruido a la 36.<sup>a</sup> División. Las pérdidas en las compañías de rifles del 141.<sup>o</sup> Regimiento de Infantería superaban el 60 por 100.<sup>151</sup> En un batallón típico del 143.<sup>o</sup> Regimiento de Infantería, tres cuartas partes de los oficiales se habían incorporado a la unidad en Italia.<sup>152</sup> El acento texano ya no dominaba la división. «Ya no éramos un equipo», protestaba un capitán. «No reinaba la sensación de saber que podías confiar en tu gente.»<sup>153</sup> Juntos, los dos regimientos de asalto sumaban unos cuatro mil hombres; a muchas unidades les faltaba personal, normalmente un tercio de sus efectivos, y carecían de formación.<sup>154</sup> Llegaron al frente nuevos equipos de bazucas que jamás habían disparado ese tipo de armas.<sup>155</sup> La instrucción para un ataque por el río consistió en remar por el plácido Volturno. Un líder de sección del 141.<sup>o</sup> Regimiento consideraba que sus soldados no estaban preparados «ni física, ni mental ni moralmente».<sup>156</sup>

La víspera del ataque del Rápido aparecieron varios centenares de reemplazos y descubrieron que todos los soldados se habían quitado la insignia de su unidad para confundir al enemigo;<sup>157</sup> los sargentos pasaron horas intentando determinar quién pertenecía a quién. Muchos reemplazos nunca llegaron a encontrar su compañía correspondiente, y algunos perecerían sin conocer a sus líderes de brigada o a un solo compañero de sus nuevas secciones.<sup>158</sup> «No podemos esperar que estos reemplazos sean buenos soldados», comentaba un oficial al periodista Will Lang. «No están locos.»<sup>159</sup>



Walker seguía mostrándose intranquilo en privado. «La misión jamás debería haberse asignado a ninguna tropa, sobre todo si tenemos en cuenta que ambos flancos quedarán al descubierto cuando emprendamos la travesía», anotó el 20 de enero.<sup>160</sup> Clark telefoneó el jueves por la tarde para desearle suerte. «Está preocupado porque tomó una decisión táctica poco sensata», concluyó Walker, y agregó:

Si penetramos en algunos puntos tal vez lo logremos. Pero deberá obrarse un milagro ... Tendré poca influencia en la batalla porque todo está asignado; no dispongo de reservas.

Y entonces comenzó. Las últimas manchas de luz violeta se desvanecieron en el oeste. Cientos de soldados se pusieron en pie en sus madrigueras de Monte Trocchio y por detrás de las marismas del Rápido. Acoplando las bayonetas con un inquietante chasquido metálico, colgaron más bandoleras sobre sus guerreras de sarga. La niebla ascendía en volutas desde el lecho del río y flotaba sobre los campos, ocultando las estrellas y la luna creciente. Un comandante de compañía entregó un puro a cada uno de sus sargentos a modo de talismán.<sup>161</sup>

A las 19:30, dieciséis batallones de artillería abrieron fuego con andanadas de llamas blancas.<sup>162</sup> Los soldados se estremecieron al silbar sobre sus cabezas más de mil proyectiles por minuto en un cañoneo que inflamó la neblina y salpicó la otra orilla con ráfagas calibradas para explotar cada siete metros. Dotaciones de carros de combate retiraron las mallas de camuflaje de cincuenta Sherman, escondidos a cien metros del río, y las bocas de los cañones pronto escupieron llamarazos

amarillos para unirse al bombardeo. Sesenta cazabombarderos descendieron en picado sobre el río, y el estallido de sus proyectiles plateados arrojó fuego y un humo negro por todo Sant'Angelo, sembrando destrucción sobre destrucción. Cuatrocientos morteros de fósforo blanco impactaron sobre la línea fluvial con precisión topográfica; aquella noche no soplaban el viento, y en lugar de formar una cortina a baja altura, el humo ascendía cuarenta y cinco metros en vertical y envolvía la orilla con columnas onduladas de un tono alabastro.<sup>163</sup>

El ataque debía librarse en un frente de cinco kilómetros, con su epicentro en Sant'Angelo.<sup>164</sup> A la derecha, el 141.º Regimiento de Infantería marchó por una carretera rural hacia un meandro del río, encabezado por el 1.er Batallón en una columna integrada por cuatro compañías. La húmeda niebla era tan densa como una guata de algodón. Los soldados, que apenas se veían los pies, se apiñaban para no perder el rastro del casco que se balanceaba delante de ellos. Los rezagados y los haraganes se esfumaron. Cuando la columna hizo un alto, los hombres se quedaron dormidos y, al despertar, descubrieron que los soldados que iban en cabeza habían desaparecido. Las unidades se entremezclaban y se oían susurros en plena oscuridad que reclamaban a la 3.ª Sección o la Compañía B.

A lo largo de las vías ferroviarias que pasaban por el sur de Trocchio se habían preparado embarcaciones en un depósito oculto: botes neumáticos con capacidad para unos veinticinco hombres, la mitad de los cuales se dedicaban a remar, y chalanas M-2 de contrachapado que pesaban prácticamente un cuarto de tonelada y podían transportar a unos doce soldados con una tripulación de dos hombres.<sup>165</sup> Aquella tarde, la artillería alemana ya había perforado veinte botes neumáticos, y unos alarmantes cortes habían deteriorado varias M-2.<sup>166</sup> En el depósito también había esparcidas varias pasarelas de madera: colocadas sobre balsas de caucho amarradas como si fueran pontones, harían las veces de puentes.<sup>167</sup> Más tarde se erigirían dos robustos puentes Bailey, bautizados Harvard y Yale, para que los doscientos carros de combate que aguardaban detrás de Trocchio penetraran en el valle del Liri.<sup>168</sup>

Los hombres levantaron las pesadas embarcaciones y, con sus rifles chocando contra las regalas, fueron tambaleándose hacia el río por una carretera estrecha y enfangada. Ahora la artillería enemiga respondía a las ráfagas estadounidenses, y el fragor de las descargas lanzadas hacia el oeste se veía acallado por los torrentes de proyectiles que los alemanes disparaban en dirección opuesta y las andanadas de la loba Nebelwerfer, también conocidas como gritonas, quejicas y chillonas.<sup>169</sup> «Casi te helaba la sangre», confesaba un soldado.<sup>170</sup> Se formaba un humo marrón por las lluvias de mortero que azotaban los llanos, y se escuchaba el maníaco tableteo de



las ametralladoras desde Sant'Angelo, incluida la terrorífica MG-42, conocida en la Wehrmacht como «la sierra de cinta de Hitler».<sup>171</sup> Los fusileros se deshacían de sus voluminosas bandoleras, que pronto ribetearon la carretera como un reguero de collares de bronce. Mil botes de humo, que se encendieron como maniobra de despiste al sur de Trocchio, atrajeron más de quinientos proyectiles alemanes en dos horas.<sup>172</sup> Los batallones de artillería estadounidenses recibieron la orden desesperada de verificar «todos los proyectiles en busca de gas mostaza», pues dichos proyectiles habían salido por error de un polvorín; no se halló ni disparó gas mostaza.<sup>173</sup>

Poco más salió bien. Un ingeniero que guiaba a la Compañía B erró en su trayectoria hacia el río por varios centenares de metros; cuando los soldados y las barcas daban media vuelta para invertir la marcha, su traqueteo fue el blanco de una ráfaga alemana que acabó con la vida de treinta hombres, entre ellos el capitán que había repartido los puros.<sup>174</sup> Llovieron remos, rifles y miembros humanos sobre la carretera.<sup>175</sup> Los supervivientes se dispersaron buscando cobijo, pero los pasadizos que se habían abierto en los campos de minas ya no eran visibles: los equipos de remoción de explosivos habían marcado el camino con cinta blanca, pero luego la cambiaron por una cuerda marrón menos llamativa para los observadores alemanes.<sup>176</sup> Los confusos soldados corrían desafortunadamente entre la niebla, activando minas y atrayendo más fuego de mortero mientras los sargentos procuraban hacer callar a los heridos. «Cuando estás moribundo es bastante difícil guardar silencio», observó un líder de sección.<sup>177</sup> Otro guía ofuscado también condujo a la Compañía A hasta un campo de minas. «Caminábamos como lo hace la gente en un pasto de vacas», dijo un hombre, «colocando cuidadosamente cada pie en un punto predeterminado».<sup>178</sup>

Cadáveres y M-2 abandonados bloqueaban los caminos arrasados que llevaban al río. El estrépito de las ráfagas de Nebelwerfer recordaba a un oficial a «un tranvía que avanza de costado con el freno pisado».<sup>179</sup> Unos hombres exhaustos arrastraron los pesados botes neumáticos durante los últimos cientos de metros y pisaron más minas.<sup>180</sup> Las bengalas alemanas teñían de plateado las aguas, y las balas trazadoras describían trayectorias escarlata a través de la niebla o rebotaban cual canicas en llamas sobre el Rápido. Quienes lograron acarrear sus embarcaciones por la empinada orilla descubrieron que muchas habían sido agujereadas y se hundieron de inmediato; otras volcaron y lanzaron hombres y material al gélido río o fueron arrastradas por la corriente.

Los soldados caían sin tan siquiera disparar una bala.<sup>181</sup> «Era como luchar contra un pulpo en un saco retorcido», recordaba el teniente William E. Everett, un líder de sección de la Compañía C. Everett reprendió a algunos hombres por agazaparse en una zanja, hasta que se dio cuenta de que estaban muertos. «Oía remos chocando unos con otros, y después los gritos de los hombres cuando volcaba su barca», escribió otro teniente.<sup>182</sup> «Te helaba la sangre oírlos ahogarse.» Los pantalones y las guerreras de sarga empapados arrastraban a los hombres al fondo. «Tuve que soltar al joven y se ahogó», contó más tarde un soldado sobre un compañero. «Ocho de los nuestros se hundieron y cuatro llegaron nadando al lado alemán.»<sup>183</sup>

A las nueve de la noche, una hora después de comenzar el ataque, menos de cien hombres habían alcanzado la margen oeste. Muchos excavaban en el pantano, utilizando los cascos para arañar unos centímetros de zanja y amontonar los escombros formando parapetos alrededor de sus trincheras poco profundas.<sup>184</sup> Treinta y un mil proyectiles de artillería no habían desalentado a las ametralladoras alemanas que humeaban en Sant'Angelo.<sup>185</sup> Los fragmentos brillaban formando enjambres naranjas por todo el valle. «Las explosiones cercanas te hacen vibrar como un diapason», recordaba un soldado.<sup>186</sup> Al menos cuatro MG-42 acribillaron el punto de travesía del meandro con fuego de ametralladora. De las cuatro pasarelas que debían tenderse sobre el Rápido, dos fueron destruidas por la artillería, y las minas se cobraron una tercera. Los ingenieros tardaron varias horas en sumergir el último arco en el agua, y a las cuatro de la madrugada del viernes por fin se había construido el paso sobre el río. Los hombres que dormitaban en la orilla este fueron despertados para que cruzaran como pudiesen la desvencijada pasarela, brigada a brigada y sección a sección. «Los alemanes abrían fuego con todas las armas automáticas de que disponían», contaba un oficial. «El latigazo de los tablones contra el agua atraía los disparos.» Otro oficial confesó sentirse «como un cabestro que conduce a las ovejas al matadero».<sup>187</sup> A las 6:30, cuando el amanecer inundaba el valle, alrededor de la mitad del 1.er Batallón había llegado a la orilla occidental. El fuego de los proyectiles dañó el puente y hundió fragmentos de la pasarela bajo la superficie. Todas las radios habían quedado inutilizadas en la travesía; buena parte de los observadores de artillería resultaron muertos o heridos; y todas las líneas telefónicas que comunicaban con la margen este pronto quedaron cortadas. Habían caído tantos camilleros que pocos heridos pudieron ser evacuados al otro lado del río.<sup>188</sup> «No sé cuántos muertos y heridos había», rememoraba más tarde un médico de la Compañía A, «pero eran muchos».<sup>189</sup>

El comandante del 141.º Regimiento de Infantería, el teniente coronel Aaron A. Wyatt, Jr., había intentado que su 3.er Batallón fuera pisando los talones al 1.º, pero ahora que la cabeza de puente apenas tenía doscientos metros de profundidad, revocó la orden. Tras una noche de confusión, el nuevo día sólo trajo más desarreglos, que incluían órdenes contradictorias que en un principio conminaron a los hombres a resistir y luego a replegarse. Algunos se escabulleron por el puente sumergido o nadaron hasta un lugar seguro, agarrándose a las raíces de los árboles para arrastrarse hasta la orilla este. La gran mayoría se agazapó a la espera de refuerzos o levantó las manos en señal de rendición. Los ingenieros tendieron una red de lado a lado del Rápido para frenar los cuerpos que flotaban a la deriva con la corriente.<sup>190</sup>

Río abajo, en el flanco izquierdo de la división, el ataque resultó igualmente intenso y fallido. «Cuando vi a mi comandante de regimiento con lágrimas en los ojos mientras nos disponíamos a emprender la travesía, supe que algo iba mal», afirmó el comandante de la Compañía L, perteneciente al 143.º Regimiento de Infantería.<sup>191</sup>

Se habían elegido dos zonas de travesía para el 143.º Regimiento, y a las ocho de la tarde del jueves, la sección avanzada que vadeó el río desde la posición más elevada lo hizo sin provocar ningún disparo.<sup>192</sup> Entonces, los artilleros alemanes cobraron vida, acribillaron las barcas y derribaron una pasarela en proceso de construcción. Los ingenieros regresaron a toda velocidad al depósito de embarcaciones, donde el comandante del regimiento, el coronel William H. Martin, les descubrió agazapados en pozos de tirador. Recuperados con amenazas y súplicas, los hombres arrastraron más M-2 hasta el río, y a las seis de la mañana del viernes, el grueso del 1.er Batallón —la antigua unidad del difunto capitán Henry Waskow— había alcanzado la orilla oeste.

Su estancia fue breve. Ametralladoras y panzers sacudieron la cabeza de puente con salvas que fustigaban las nalgas, la espalda y las piernas de unos soldados que no podían apretujarse con más fuerza contra el suelo.<sup>193</sup> Ante la posibilidad de ser aniquilados, el comandante David M. Frazier solicitó permiso para que su batallón regresara a la orilla este poco después de las siete de la mañana.<sup>194</sup> Walker se lo denegó, pero cuando llegó su implacable orden, Frazier había abandonado la cabeza de puente con los vestigios de su mando.

Medio kilómetro cauce abajo, en la zona de travesía del 3.er Batallón, no fue necesario un repliegue, ya que ningún soldado había alcanzado la otra orilla.<sup>195</sup> Las compañías, plagadas de ingenieros incompetentes y fusileros asustadizos, habían deambulado por los campos de minas durante horas. «Los fognazos parecían dar a

la niebla que se levantaba desde el río un brillo rojizo», escribió un oficial. «Los hombres eran incapaces de identificar siquiera el camino que tenían a sus pies.»<sup>196</sup> A medianoche, el comandante de batallón anunció que le quedaban cinco barcas y todavía no era capaz de ubicar el río; a las cinco de la madrugada, fue relevado del mando, y su sucesor pronto abortó el ataque.

Esta mala noticia se garabateó en un mensaje remitido al general Keyes y confiado a una paloma mensajera por un oficial de enlace del II Cuerpo cerca del Rápido. A las 7:25, con un sonoro aleteo, el pájaro fue puesto en libertad y voló directamente hacia un árbol cercano, tal vez disuadido por la niebla y los tiroteos. «Tuve que arrojarle tierra para que saliera de allí», recordaba el oficial. «Cuando se posó en otro árbol, lo dejé por imposible.»<sup>197</sup>

Ni Keyes ni Walker necesitaban una paloma para saber que la noche no había ido bien. El 21 de enero, después de pasarse la noche entera sentado junto a los teléfonos de campaña en su puesto de mando, Walker recogió en su diario: «El ataque de la pasada noche ha sido un fracaso».<sup>198</sup> ¿Y ahora qué? En su opinión, cruzar el río a plena luz del día era una estupidez. Se necesitaba tiempo para dictar nuevas órdenes, posicionar más embarcaciones y reemplazar a los líderes que habían resultado heridos o muertos. A las 8:30, Walker indicó a los regimientos 141.º y 143.º que reiniciarán el ataque en poco más de doce horas, a las nueve de la noche.

Keyes tenía otras ideas. A las diez de la mañana, apareció en el puesto de mando de Walker en Monte Rotondo. Unos minutos antes, Clark había exhortado por teléfono a Keyes a que concentrara todos sus esfuerzos en «pasar rápidamente tanques y cazacarros al otro lado del río».<sup>199</sup> Keyes se mostró conforme. ¿No quedaban al menos algunos soldados del 141.º Regimiento de Infantería en la margen occidental?, preguntó a Walker. No debían escatimarse esfuerzos para reabastecerlos, preferiblemente antes de mediodía: el amanecer cegaría a los defensores alemanes. Un oficial del Estado Mayor del II Cuerpo que llevaba una carpeta con sujetapapeles esbozó un mapa rudimentario del Rápido, con flechas que apuntaban de este a oeste.<sup>200</sup> Walker discutió brevemente, y luego aceptó fijar la hora H a las dos de la tarde.

«Cualquiera puede trazar líneas en un mapa», escribió cuando el comandante de cuerpo se marchó. «De buena gana le hubiera dicho que las batallas no se ganan con buenas intenciones mientras se ignoran los hechos, pero éste no era lugar para la insubordinación.»<sup>201</sup> En lugar de eso, Walker canalizó su frustración en el diario: «La estupidez de algunos comandantes superiores parece notable».

Ni Keyes ni Walker conocían el secreto, pero la ofensiva del V Ejército ya había satisfecho parte de las ambiciones de Clark. Una interceptación del espionaje británico realizada dos noches antes reveló que el mariscal de campo Kesselring había ordenado a la 29.<sup>a</sup> División de Granaderos Panzer —la mitad de sus reservas—, desplegada cerca de Roma, que reforzara al X Ejército en el Garigliano;<sup>202</sup> otros informes descodificados pronto evidenciaron que la otra mitad, la 90.<sup>a</sup> División de Granaderos Panzer, había sido destinada al sur, lo cual dejaba las playas de Anzio prácticamente indefensas. Pese a su ineficacia, el ataque del X Cuerpo británico había asustado a los alemanes. Kesselring creía que el X Ejército pendía «de un hilo muy fino».<sup>203</sup>

Esta información de espionaje, a la que podían acceder Clark y Alexander, pero no sus subordinados, tuvo poco impacto en la batalla del Rápido. Según Clark, porfiar en la ofensiva desviaría aún más la atención del enemigo de la Operación Shingle. Y si Walker conseguía abrirse paso en Sant'Angelo y desplegar a sus hordas acorazadas en el valle del Liri, tanto mejor.

Y entonces partieron, marchando a trompicones cual hombres condenados al patíbulo. Un soldado que caminó por una carretera anegada en dirección al Rápido observó: «Había un cadáver cada diez metros, como si estuviesen en formación».<sup>204</sup> Cerca del río, el destacamento era más numeroso. Otro soldado, que cargaba con un bote neumático, escribió más tarde: «No teníamos la sensación de estar pisando tierra y rocas. Pronto descubrimos que eran soldados estadounidenses muertos».<sup>205</sup>

A la izquierda de la división, el 143.<sup>o</sup> Regimiento de Infantería vadeó el río el viernes con más destreza de la que había demostrado el jueves por la noche.<sup>206</sup> La confusión demoró la ofensiva dos horas, pero a las cuatro de la tarde, bajo una enorme y asfixiante cortina de humo, el 3.er Batallón empezó a remar hacia el oeste. A las 18:30, todas las compañías de fusileros habían hecho pie en la otra orilla, y el coronel Martin ordenó a su 2.<sup>o</sup> Batallón que echara a andar aquella misma noche. Cuatrocientos metros río arriba, el 1.er Batallón también inició la travesía al alba, aunque el lacónico comandante de batallón, el comandante Frazier, comunicó por radio: «Me han arrancado dos dedos de un disparo».<sup>207</sup> Tres batallones se agolpaban en una cabeza de puente de sólo cuatrocientos cincuenta metros de profundidad y quinientos cincuenta metros de ancho. «Cuando el crepúsculo dio paso a la oscuridad», anotó un soldado, «pensé que sería mi último día en la Tierra».<sup>208</sup>

En el flanco derecho de la división, el retraso generó más retraso en el 141.º Regimiento de Infantería. Para más inri, los ingenieros no llevaron un compresor de aire para inflar cincuenta botes neumáticos, y el coronel Wyatt, comandante del regimiento, pospuso el ataque hasta las nueve de la noche sin comunicárselo a Walker.<sup>209</sup> A las dos de la madrugada del sábado, se habían tendido un par de pasarelas, y seis compañías de fusileros pertenecientes a dos batallones cruzaron el río como una exhalación. No hallaron supervivientes del combate librado la noche anterior.<sup>210</sup> Los ingenieros se preguntaban si los alemanes habían dejado las pasarelas intactas «para atraer a más tropas al otro lado».<sup>211</sup> Algunos soldados rehusaron atravesar el río o se echaron deliberadamente al agua.<sup>212</sup> Otros hicieron gala de un valor insólito. La Compañía E del 2.º Batallón —buena parte del personal de la unidad respondía a apellidos españoles como Trevino, González, Rivera y Hernández— avanzó con las bayonetas montadas a través de una lluvia de fuego que caía desde tres flancos. «¡Disparen con entusiasmo, disparen con entusiasmo!», gritaba su comandante, el capitán John L. Chapin, antes de que una bala acabara con su vida.<sup>213</sup> El 141.º Regimiento, acorralado por campos de minas y alambradas de espino, defendía diez hectáreas de valle que se tornaban más sangrientas con el paso de las horas.<sup>214</sup> «Bueno, supongo que esto es el fin», dijo un comandante a un oficial. «¿Puedo estrecharle la mano?»<sup>215</sup> Momentos después, un fragmento de proyectil de un panzer le desgarró el pecho. Se arrastró hasta un lugar seguro por un puente sumergido y los médicos consiguieron salvarle. «Es la única vez en mi vida», narraba un testigo, «que he visto el corazón de un hombre latiendo en su pecho».

La artillería y el fuego graneado de los Nebelwerfer escudriñaban metódicamente ambas cabezas de puente, mientras las ametralladoras disparaban ante cualquier sonido, humano o no. Los soldados estadounidenses avanzaban centímetro a centímetro, palpando en busca de cables trampa y escuchando cómo recargaban las ametralladoras las dotaciones alemanas.<sup>216</sup> «¡Salid de vuestros agujeros, cobardes!», gritó una voz enojada alzándose por encima del estruendo, pero levantarse, o tan siquiera arrodillarse, suponía una muerte segura.<sup>217</sup> Un sargento del 143.º Regimiento de Infantería describió cómo un joven era «alcanzado por una ametralladora. Las balas que impactaban sobre él proyectaban su cuerpo como si fuese una lata».<sup>218</sup> Otro sargento herido en el mismo batallón escribió más tarde: «Podía oír cómo crujían mis huesos cada vez que me movía. Tenía la pierna derecha tan destrozada que no podía quitarme la bota, ya que apuntaba hacia atrás». Unos cirujanos alemanes le quitaron el calzado, y también ambas piernas.

Un soldado sollozaba mientras sus compañeros heridos eran trasladados sobre fragmentos de lona por la resbaladiza orilla enfangada del lado este.<sup>219</sup> Las ambulancias les llevaban a un puesto de primeros auxilios situado en una quebrada fría y húmeda por detrás de Trocchio. Las tiendas atestadas «olían a matadero», escribió el periodista Frank Gervasi. Frente a una pequeña cueva que penetraba en la colina, un cartel pintado de un modo rudimentario rezaba: «trozos».<sup>220</sup> En su interior, una pila de bolsas de arpillera contenía miembros de los jóvenes descuartizados. Por norma general, los soldados heridos en el Rápido recibían un «tratamiento definitivo» nueve horas y cuarenta y cinco minutos después de ser alcanzados, según descubrió después un estudio médico: transcurrían casi seis horas hasta que llegaban a un centro de asistencia, tres horas más hasta que ingresaban en un hospital de campaña, y una hora hasta que eran internados en un hospital de evacuación.<sup>221</sup> Con los muertos, el proceso era más sencillo: se los enterraba totalmente vestidos sin practicarles ningún reconocimiento.

Ciertamente, los médicos estaban bastante ocupados ya con los vivos.<sup>222</sup> Sólo cinco doctores gestionaban el hospital de campaña del 111.º Batallón Médico. Trataron a más de trescientas bajas el viernes, con frecuencia empleándose a fondo para curar lo incurable, y atendieron a otras tantas el sábado. Un sargento herido al que sometieron a cirugía únicamente con anestesia local narraba después: «El médico hizo una pausa a mitad de la operación para fumarse un cigarrillo, y me ofreció uno a mí también». Otro sargento de la misma compañía dijo a un médico: «Vende estos agujeros y déme una pistola. Pienso matar a esos hijos de puta alemanes».<sup>223</sup>

El sábado, trescientas andanadas de artillería alemanas salpicaron Monte Rotondo antes del amanecer, causando bajas y sembrando el caos en el puesto de mando de la 36.ª División.<sup>224</sup> Los funestos partes que llegaban desde el río empeoraron la mañana: se produjeron pérdidas cuantiosas, todavía no había tropas en el acantilado de Sant' Angelo, andaban cortas de munición, y los puentes habían quedado destruidos. «Han cruzado seis batallones, pero no quedan puentes», anotó Keyes en su diario. «Algo ha salido mal.»<sup>225</sup> El comandante del cuerpo había ordenado la construcción de dos puentes Bailey a pesar del tenue afianzamiento estadounidense en la orilla occidental, pero la iniciativa —una tarea que llevaba seis horas incluso en condiciones perfectas— había quedado inacabada por la confusión que reinaba entre las unidades de ingenieros, unas carreteras surcadas que impedían a los camiones llegar al Rápido, y unos tiroteos incesantes. «Hablar o toser desencadenaba los disparos», dijo un ingeniero del 143.º Regimiento de

Infantería.<sup>226</sup> El sábado por la mañana, un general que estaba de visita descubrió que los constructores del puente se encontraban «atrincherados» y no se había realizado trabajo alguno.<sup>227</sup>

El humo desde luego no ayudaba. Para camuflar la travesía, se habían esparcido a lo largo del Rápido cientos de botes de humo y proyectiles de mortero. Algunos artilleros entusiastas lanzaban veintiún proyectiles por minuto, una intensidad de fuego tal que muchos cañones se quemaban. El sábado por la mañana, la visibilidad se limitaba a cincuenta metros, lo cual inutilizó los puestos de observación de Trocchio y ocultaba a los francotiradores que acechaban cerca del río.<sup>228</sup> Los artilleros estadounidenses se vieron obligados a orientar sus disparos por el sonido, un método rara vez efectivo en un campo de batalla cacofónico. Los químicos de la 36.<sup>a</sup> División y el II Cuerpo se quejaban del humo alemán sin percatarse de que las sucias cortinas que se formaban eran suyas.<sup>229</sup>

En el transcurso de la mañana, «una inercia patética pareció apoderarse de los comandantes estadounidenses», anotó Martin Blumenson, autor de la historia militar oficial de la operación del Rápido.<sup>230</sup> El agotamiento, el sentimiento de culpa, el arrepentimiento y el desánimo les remordían la conciencia. Un comandante del II Cuerpo que había combatido en Argelia y Túnez afirmó: «La situación tal y como yo la percibía no necesitaba más explicaciones, porque había visto los mismos indicios en St. Cloud y el paso de Kasserine».<sup>231</sup> Keyes seguía mostrándose pugnaz, y en ocasiones prudente, y a las diez de la mañana del sábado ordenó a Walker que preparara su reserva, el 142.º Regimiento de Infantería, para reforzar a los seis batallones destacados en la orilla oeste. Sin duda, los alemanes estaban «débiles» y podían ser aplastados por nuevos soldados, explicó a Walker.<sup>232</sup>

Pero en una llamada telefónica, Clark aconsejó que no se continuara derrochando.<sup>233</sup> Para irritación de Keyes, el 142.º Regimiento anunció además que precisaba casi quince horas para prepararse y no podría atacar hasta primera hora del domingo. Cuando otros partes remitidos desde el río revelaron que el 141.º Regimiento de Infantería prácticamente había sido «aniquilado», Keyes revocó la orden. «De todos modos, no lo conseguirán», aseguró a Walker.<sup>234</sup> «También tienen la posibilidad de suspenderlo. No surtirá efecto mientras su actitud siga siendo ésa.»<sup>235</sup> Keyes escribió en su diario: «Nuestro fracaso obedece a una falta de medios y a una división deficiente».

Se empezó a buscar culpables. Clark parecía «inclinado a achacarlo a nuestra decisión de emprender la operación del Rápido», escribió Keyes.<sup>236</sup> Los documentos, añadió el comandante del cuerpo, demostrarían que durante meses había «prevenido del desacierto que supondría ascender por el valle a menos que se



atacaran cerros a ambos lados. Y en todos los casos fui desautorizado por el [V] Ejército». Por su parte, a Walker le enfureció que Keyes insinuara que era desleal y desobediente. «He hecho todo lo posible por cumplir sus órdenes», escribió.<sup>237</sup> Durante una breve visita al 760.º Batallón de Carros de Combate, estacionado a cuatrocientos metros del río, Walker confió a un tripulante de tanque: «Desde el principio supe que esto no funcionaría. Hay demasiados alemanes allí».<sup>238</sup>

Clark parecía reconocer que las recriminaciones serían indecorosas, e incluso tóxicas. Al unirse a Keyes y Walker para comer en Monte Rotondo, se mostró afable y solícito. «Cuéntenme lo ocurrido allá arriba», dijo.<sup>239</sup> Keyes respondió que parecía que el ataque merecería la pena: sería arriesgado pero estaba justificado. Clark le interrumpió. «Ha sido tanto culpa mía como suya», espetó. ¿Pero estuvieron los comandantes de regimiento a la altura de las circunstancias? ¿Cómo había actuado el Estado Mayor de la división?

Nada más partir Clark y Keyes, Walker pidió a su comandante adjunto, el general de brigada William H. Wilbur, que redactase una declaración jurada que documentara la conversación, incluida la admisión de culpa de Clark.<sup>240</sup> «Estaba convencido de que Clark y Keyes me relevarían para encubrir su propia estupidez ... pero no estaban de mal humor», escribió Walker. Pegó con cinta adhesiva el memorando de Wilbur en su diario por si acaso.

Mientras los generales cenaban y conversaban, los restos de dos regimientos se afanaban por salir del mortífero atolladero del Rápido. A mediodía del domingo, todos los comandantes del 141.º Regimiento de Infantería, a excepción de un único capitán, estaban muertos o heridos, al igual que la totalidad de los oficiales del Estado Mayor.<sup>241</sup> El 143.º Regimiento de Infantería no estaba precisamente en mejores condiciones. Se filtraron órdenes de repliegue al otro lado del río. Milton J. Landry, comandante del 2.º Batallón, que pasó su trigésimo cumpleaños en el meandro del Rápido, había sobrevivido a tres heridas, entre ellas una dislocación de cadera provocada por un trozo de metralla del tamaño de un plato y un fragmento de acero incrustado en el pecho que fue desviado en parte por una pluma Parker que guardaba en el bolsillo de la camisa.<sup>242</sup> Landry, que renqueaba apoyándose en unos remos que le servían de muletas, cayó de nuevo cuando el fuego de ametralladora le alcanzó en las piernas, le perforó una arteria y le seccionó un nervio ciático. «Comandante», le confesó un médico, «dudo que haya suficientes vendajes a este lado del Rápido para cubrir todos los agujeros que lleva en el cuerpo». Cuando lo evacuaron a la orilla este, Landry oyó a otro doctor decir: «Al final de eso, que deduzco que es su pierna, lleva usted una bota».<sup>243</sup>

Landry sobrevivió, y también un soldado que cruzó el río nadando con un pie cercenado.<sup>244</sup> Al anochecer, llegó a duras penas otra docena de soldados, que se aferraron a los pecios mientras las balas tachonaban el agua. A primera hora de la noche del domingo, el diario de la división calculó unas pérdidas de cien oficiales y mil novecientos reclutas. El fuego arreció hasta devenir en un murmullo. De entre la oscuridad llegaba alguna que otra petición de agua o gritos apenas perceptibles que solicitaban un médico, pero ambos bandos se habían habituado a las súplicas.<sup>245</sup> Entonces se hizo el silencio. «Se anunció», indicaba el diario a las 20:30, «que los disparos estadounidenses habían cesado al oeste del río».<sup>246</sup>

Un fusilero del 143.º Regimiento de Infantería que alcanzó la margen oriental reflexionaba después: «Me había convertido en un anciano de la noche a la mañana. Sé que desde entonces no he vuelto a ser la misma persona».<sup>247</sup>

El cálculo preliminar que reflejaba el diario de la división resultó ser bastante certero. En los archivos médicos oficiales figuraban 2.019 bajas, de las cuales 934 eran heridos.<sup>248</sup> Algunos recuentos eran algo inferiores, otros más elevados;<sup>249</sup> Clark proferiría la ridícula acusación de que Walker había hinchado sus pérdidas en un intento por inspirar cierta compasión.<sup>250</sup> Los alemanes encontraron 430 cuerpos estadounidenses en la orilla oeste, e hicieron 770 prisioneros; las pérdidas de la 15.ª División de Granaderos Panzer incluían a 64 fallecidos y 179 heridos.<sup>251</sup> Los vencedores adoptaron una actitud de arrogante insolencia. Una paloma mensajera del II Cuerpo que había sido capturada regresó a toda prisa con un recado: «Freuen wir uns auf Euren nächsten Besuch» [Estamos deseando que vuelvan a visitarnos].<sup>252</sup>

Según todos los cálculos, dos regimientos de infantería estadounidenses habían sido aniquilados en una de las peores derrotas de la guerra; las pérdidas eran comparables a las sufridas seis meses después en la playa de Omaha, con la diferencia de que esa ofensiva gradual fue un éxito. «Tenía 184 hombres», dijo un comandante de compañía perteneciente al 143.º Regimiento de Infantería. «Cuarenta y ocho horas después contaba con diecisiete. Si eso no es un asesinato en masa, ¿qué lo es?»<sup>253</sup> Cuando se unificaron dos batallones de avanzada del 141.º Regimiento bajo el mando de un capitán apenas reunían doscientos fusileros.<sup>254</sup> Los ingenieros afirmaron haber rescatado ocho barcas M-2, 323 remos y 1.230 metros de cuerda de abacá de 13 mm «hecha una maraña».<sup>255</sup> Después de imponer una Estrella de Plata a un doble amputado, Walker plasmó en su diario: «Cuando pienso en las estúpidas órdenes del mando superior que ocasionaron esos cuerpos rotos y esas muertes innecesarias, me entran ganas de gritar *basta*».<sup>256</sup>

Clark no tardó en convocar a Walker a una reunión en Mignano.<sup>257</sup> Ambos se estrecharon la mano y pasearon por la carretera bajo el sol matutino. El espigado y huesudo comandante del ejército era mucho más alto que su antiguo y fornido instructor. A Clark le preocupaba el estado de ánimo de la división. ¿Qué podían hacer? Walker reconoció el abatimiento que prevalecía tras «los reveses recientes y las grandes pérdidas de líderes». Clark coincidió, pero esos reveses reflejaban una escasez de altos mandos competentes que ocuparan posiciones clave. Pretendía realizar cambios generalizados relevando al general de brigada Wilbur, a los dos comandantes de regimiento que habían luchado en el Rápido, al jefe del Estado Mayor de la división, y a los dos hijos de Walker.

Walker, atónito, preguntó si él también sería destituido. «No, usted lo está haciendo bien», repuso Clark. «Pero se ha rodeado de oficiales cuyas habilidades no están a la altura de las circunstancias.»<sup>258</sup> Walker dudaba que fuera a librarse. «Esto ha supuesto un duro golpe», anotó en su diario. «Estoy condenado a ser apartado del mando de la división en cuanto Clark dé con un modo sencillo de hacerlo».<sup>259</sup> Cuando llegó un nuevo comandante para sustituir al coronel Martin al frente del 143.º Regimiento de Infantería, Walker le dijo: «A mi entender, su predecesor no ha cometido pecados de obra u omisión».<sup>260</sup>

Eso no era cierto. Todos los altos mandos del Rápido habían pecado; ninguno era intachable. La historia oficial del ejército, que rara vez se mostraba crítica, detectó «una serie de contratiempos, multitud de errores y una sucesión de infortunios», incluida «una confusión creciente que rozó la histeria y el pánico».<sup>261</sup> Clark pronto se vio librando un ataque por la retaguardia contra su generalato. «Si han de acusarme de algo, por Dios, que sea de atacar, y no de retirarme», declaró.<sup>262</sup>

Pero la belicosidad de postín no serviría de nada, como sabía el propio Clark. El 23 de enero, en la última referencia al Rápido que vertería en su diario, escribió: «Tenía que derramarse sangre, bien en la tierra, bien en el frente de la Operación Shingle, y yo prefería que fuese en el Rápido, donde estábamos seguros, y no en Anzio, con el mar a nuestra espalda».<sup>263</sup> Tal vez fuera así. Algunos estrategas relacionaron la calamidad del Rápido con Normandía, y con la necesidad imperiosa de obtener lanchas de desembarco que había dictado la rápida acción en Italia. «La culpa debe pesar sobre quienes permitieron que la tiranía de la Operación Overlord dominara el campo de batalla táctico y estratégico», escribió W. G. F. Jackson. Sin duda, Clark y Keyes no habían aclarado a Walker cómo encajaba su ataque contra Sant'Angelo en las ambiciones estratégicas más generales para Anzio y Europa occidental.<sup>264</sup>

Con un coste de dos mil bajas, no se había ganado ni un centímetro en el Rápido. Ello también implicaba un error táctico. «Desde un punto de vista militar, era algo que no se podía intentar», observó Kesselring después de la guerra.<sup>265</sup> Los defensores alemanes ignoraban que hubiese atacado una división estadounidense al completo; pese al traslado de dos divisiones de la defensa de Roma al Garigliano, ordenado por Kesselring, no se habían desviado reemplazos a Sant'Angelo, puesto que no eran necesarios. Los estadounidenses no habían conquistado el terreno elevado, no se habían coordinado con la 46.<sup>a</sup> División adyacente, no habían utilizado con eficacia el fuego de los tanques, y no habían neutralizado la artillería alemana en los flancos.

«La organización de la ofensiva y su planificación temporal fueron insuficientes», agregó Kesselring. «Ningún general debería dejar sus flancos desprotegidos.»<sup>266</sup> El sargento Billy Kirby, originario de Gatesville, Texas, no era mariscal de campo, pero coincidía. «Cualquiera que tuviese cierta experiencia sabía que no era el lugar apropiado para cruzar el río», aseguró Kirby.<sup>267</sup> El jefe de una sección de tanques expresó el descontento reinante. «Estaría bien ser un soldado raso», afirmó, «no contaminado por la asociación con los líderes».<sup>268</sup>

Las tropas parecían hoscas, «a punto de amotinarse», dijo un teniente del 141.º Regimiento de Infantería.<sup>269</sup> Algunos se sentían contrariados porque creían que los estaban utilizando como «carne de cañón», tal como lo expresó el coronel saliente Martin,<sup>270</sup> y muchos compartían su convicción de que «una excelente división de la Guardia Nacional» estaba siendo «destruida por las órdenes erróneas de un comandante de West Point»,<sup>271</sup> probablemente refiriéndose a Clark. Sin el conocimiento de Walker, un conciliábulo de sus oficiales de Texas se reunió en secreto después del ataque del Rápido y decidió solicitar un interrogatorio del Congreso una vez finalizada la guerra.

Dicha resolución se resucitaría en enero de 1946, cuando la Asociación de la 36.<sup>a</sup> División exigió que se abriera una investigación sobre el «fiasco»;<sup>272</sup> los texanos acusaban a Clark de «incompetente y falta de experiencia», y de que pretendía «destruir la hombría de los jóvenes» de aquel país. Tanto el Senado como la Cámara de Representantes celebraron vistas, que caldearon los ánimos pero no arrojaron más luz sobre la cuestión. Si los texanos acusaban a Clark, Clark culpaba a Walker. «La actitud mental de Walker, para quien una derrota era inevitable, fue un factor decisivo», declaró Clark en el Pentágono.<sup>273</sup> El secretario de Guerra determinó que la ofensiva del Rápido «fue necesaria» y que «el general Clark aplicó un criterio sensato». La investigación tocó a su fin, pero la controversia se prolongó durante décadas, como una herida horrible y supurante.

Por el momento, mientras se propagaban historias sobre la matanza por toda Italia, los oficiales meneaban la cabeza y agradecían a su buena estrella el haberse librado de esa agonía en particular. El general de brigada Kippenberger, cuyos soldados neozelandeses todavía estaban recuperándose de su propio suplicio en la Línea de Invierno, estudió los informes sobre el terreno y concluyó: «Nada sirvió, excepto el coraje».<sup>274</sup>

Unas horas después de que se apagarán los últimos disparos en el Rápido, un prisionero estadounidense al que habían liberado para que sirviera de mensajero apareció dando tumbos en el puesto de mando del 141.º Regimiento de Infantería portando un mensaje escrito para «den englischen Kommandeur» [el comandante inglés].<sup>275</sup> Los granaderos Panzer proponían un alto el fuego de tres horas para buscar a los vivos y retirar a los muertos. Los soldados estadounidenses confeccionaron banderas de la Cruz Roja con toallas y yodo,<sup>276</sup> e incluso antes de expirar el plazo, recorrieron las dos cabezas de puente del regimiento.

Hallaron a algunos supervivientes, entre ellos el soldado Arthur E. Stark, conocido como Sticks, que transportó una centralita al otro lado del río para el 143.º Regimiento de Infantería, antes de ser alcanzado por fragmentos de proyectil.<sup>277</sup> Durante tres días, permaneció tendido a merced del clima de enero. «¿Has pasado una Navidad fantástica? Tendrías que haber visto la mía», había escrito aquel mes a su hermana Carole, de once años. «Los niños y las niñas de aquí han tenido pocas Navidades que celebrar.» Sticks sobrevivió dos días después de su rescate y luego falleció. Otros casos tuvieron mejor desenlace: un observador de avanzada al que habían arrancado media cara parecía estar muerto, pero un médico advirtió la falta de rígor mortis. Los cirujanos reconstruirían su semblante a partir de una fotografía enviada por su familia.<sup>278</sup>

Recuperaron cadáveres durante tres horas, recogiendo lo que habían sembrado.<sup>279</sup> Los médicos de la Wehrmacht trabajaban hombro con hombro con los estadounidenses, charlando sobre temas triviales y expresando críticas tácticas sobre el ataque. Los fotógrafos alemanes recorrían el campo de batalla sacando fotos.<sup>280</sup> Un periodista estadounidense estudiaba la imponente cara rocosa de Monte Cassino con su monasterio blanco que todo lo veía. «Tarde o temprano», dijo, «alguien tendrá que hacer saltar por los aires ese maldito lugar».<sup>281</sup>

La efímera paz finalizó.<sup>282</sup> El anochecer cayó sobre el valle y se formaron de nuevo las brumas. Apareció un último grupo de médicos cargando con un largo poste con una bandera blanca que absorbía la luz moribunda. Se habían recuperado más de cien cuerpos, pero quedaban centenares más, y allí seguirían durante meses,

como carroña para los perros hambrientos que vagaban por estos pantanos.<sup>283</sup> Aquí yacerían tranquilos los muertos, corroídos hasta los huesos por el paso de las estaciones, y aguardando, como aguardarían todos los muertos, las trompetas del Juicio Final.

## EL ESPECTÁCULO DEBE CONTINUAR

En la antigüedad sucedieron muchas cosas en el puerto con forma de media luna otrora conocido como Puteoli. Según cuentan, Eneas entró en los infiernos por el lago Averno, situado tierra adentro, cruzando la laguna Estigia para hallar en los Campos de Lágrimas «a las almas consumidas por la dura y destructora enfermedad, el amor cruel».<sup>284</sup> En el muelle de Puteoli, san Pablo había llegado por fin a Italia aferrado a un saco de cereales tras su naufragio en Malta. El anfiteatro romano, el tercero más grande de la península, contaba con sesenta trampillas que podían abrirse a un tiempo para liberar a las bestias salvajes compradas a representantes teatrales africanos;<sup>285</sup> decían que los leones se habían negado a devorar a san Genaro en 305 d.C., y las autoridades se vieron obligadas a cortarle su sagrada cabeza.<sup>286</sup> En enero de 1944, la Puteoli moderna —rebautizada Pozzuoli— era el hogar de una escuálida niña de nueve años a la que sus compañeros de colegio apodaron Stuzzicadenti, o Palillo. Después de la guerra, y olvidada ya aquella delgadez, la Palillo se daría a conocer como Sofía Loren.<sup>287</sup>

Pozzuoli también acogió temporalmente a miles de soldados aliados. Aquí, dieciséis kilómetros al noroeste de Nápoles, la ejecución de la Operación Shingle prácticamente había finalizado,<sup>288</sup> incluso cuando llegaron los primeros partes esquemáticos de la lucha en el Rápido, ochenta kilómetros al norte. La fuerza de asalto de Anzio, perteneciente al VI Cuerpo, comprendía dos divisiones de infantería —la 3.º estadounidense y la 1.º británica— y paracaidistas, tropas de asalto de Estados Unidos y comandos británicos, que sumaban un total de 47.000 hombres y 5.500 vehículos. Les seguirían inmediatamente otros 11.000 soldados, incluida una brigada acorazada. Las cuatrocientas naves de la Armada que ahora cargaban en Pozzuoli<sup>289</sup> y otros tres puertos cerca de Nápoles incluían cuatro barcos Liberty, ochenta y cuatro lanchas de desembarco, lanchas para el transporte de infantería y cincuenta vehículos anfibios de asalto.<sup>290</sup> Los meteorólogos de la Marina estadounidense y las fuerzas aéreas británicas habían estudiado durante días sus barómetros y mapas meteorológicos con la intensidad de un augur

escudriñando entrañas.<sup>291</sup> Su pronóstico para la hora H, fijada la mañana del sábado 22 de enero, era alentador: vientos suaves, mares calmados, calima y doce grados centígrados.<sup>292</sup>

Un ambiente festivo dominaba el puerto.<sup>293</sup> En los muelles de Pozzuoli habían encallado las lanchas de desembarco, abriendo sus portalones de proa sobre las rocas llanas utilizadas por los pescadores para extender sus redes. Columnas de jeeps y camiones con sobrecarga zigzagueaban por los callejones sinuosos hacia los barcos.<sup>294</sup> Vendedores italianos canturreaban desde las esquinas, ofreciendo fruta, vino y, para consternación de los agentes de seguridad, postales de Anzio.<sup>295</sup> Los soldados de la Guardia Real irlandesa desfilaban hacia sus embarcaciones mientras una banda interpretaba *Saint Patrick's Day*;<sup>296</sup> su comandante recibió el saludo de las tropas mientras se tambaleaba sobre el pedestal de una estatua. Se subieron a las bodegas avituallamientos suficientes para quince días de combate y, al ser descubiertos por los intendentes, siempre vigilantes, algunos artículos superfluos fueron arriados de nuevo, incluidos un órgano portátil<sup>297</sup> y varios miles de cantorales.<sup>298</sup>

Pululaban por el fondeadero algunos botes de aprovisionamiento, que vendían naranjas a los marineros de la Armada británica al grito de «¡Buena suerte!».<sup>299</sup> Un aviador escribió en su diario: «Los italianos se afanaban por llegar remando hasta nuestro barco y vender de todo, desde frutos secos y manzanas hasta licores». <sup>300</sup> Los soldados pendientes de embarcar en un almacén cercano veían un largometraje, que era interrumpido cada vez que llamaban a más unidades a las pasarelas. Los hombres se encogían de hombros y recogían su equipo, repitiendo un aforismo que los soldados estadounidenses siempre pronunciaban con ironía, cuando no con desdén: «El espectáculo debe continuar». <sup>301</sup>

Robert Capa llegó a Pozzuoli con la bolsa para sus cámaras y ciento cincuenta dólares en coñac español adquirido en el mercado negro.<sup>302</sup> Se unió a Bill Darby, recién ascendido a coronel de grado superior y ahora líder de tres batallones que se habían unificado para formar la 6.615.<sup>a</sup> Fuerza de Tropas de Asalto.<sup>303</sup> «Se ordenó a los chicos que hicieran correr el rumor de que volvían a casa», escribió Capa. Centenares de jóvenes italianas se aglomeraron en el puerto

... para despedirse, recordar a sus amigos que no olvidaran enviarles los visados, y recoger las raciones de combate sobrantes. Era una escena grotesca: los soldados sentados en los muelles mientras les lustraban los zapatos, agarrando con la mano izquierda una caja de raciones y con la derecha la cintura de sus amadas.

Tras subir al *Princess Beatrix*, el *Winchester Castle*, el *Royal Ulsterman* y tres lanchas de desembarco, los soldados de asalto colgaron sus hamacas, llenaron las tazas de sus cantimploras con «alquitrán inglés» de los recipientes de café, y se retiraron a las cubiertas superiores para practicar su calistenia.<sup>304</sup> «Creen que todo será amor y cerveza a cinco centavos», dijo Darby, «pero dudo que sea así».<sup>305</sup>

En el puerto de Nápoles, a los pies de los extensos ramales del Vesubio, la banda de la 3.<sup>a</sup> División se arrancó con un popurrí de marchas mientras los huesudos soldados de infantería desfilaban en una procesión de saludos ingeniosos e intercambios de banderines. «Algo no encajaba en toda aquella fanfarria», escribió un oficial del Estado Mayor. «Desprendía cierta sensación de irrealidad.»<sup>306</sup> Cuando la banda empezó a tocar el himno de la división a ritmo de marcha, los soldados se pusieron a cantar:

Soy sólo un soldado con cara de perro y un rifle al hombro  
Y desayuno cada día una salchicha.  
Así que dadme municiones  
Mantenedme en la Tercera División  
¡Vuestro soldado con cara de perro está bien!

A bordo del *U.S.S. Biscayne*, un antiguo portahidroaviones reconvertido en buque almirante, aquel bramido agradaba a Lucian Truscott, que se encontraba en popa engalanado con su chaqueta de piel y su casco con dos estrellas lacadas. Los soldados estadounidenses casi nunca cantaban como lo habían hecho sus padres en la Gran Guerra. «No había predisposición alguna a sobrellevar las responsabilidades con una canción», como diría más tarde Truscott.<sup>307</sup> Pero el coro ahora dejaba entrever un ánimo recobrado tras el fracaso de la campaña de la Línea de Invierno. Habían ingresado en la 3.<sup>a</sup> División numerosas incorporaciones nuevas; desde Sicilia, la rotación de tenientes había rebasado el 100 por 100.<sup>308</sup> Truscott sabía que ese espíritu sería vital durante las semanas siguientes, como también lo sería un buen estado de salud y, durante el mes anterior, los médicos se habían esforzado en que la división llegara al combate en plena forma, tratando dolencias que iban desde el pie de inmersión a la bronquitis o la gonorrea. Para calmar su inflamación crónica de las cuerdas vocales, Truscott había programado tres tinturas de garganta utilizando nitrato de plata durante el viaje de ciento noventa kilómetros hasta Anzio.<sup>309</sup>

El martilleo de los tambores de la banda llegaba desde el muelle hasta la atestada camareta del *Biscayne*, que servía de puesto de mando flotante al ejército. Otro capitán general escuchaba el ritmo marcial con orgullo y un pavor



irreprimible. «Albergo muchas dudas, pero también soy optimista», había recogido John Porter Lucas en su diario después de embarcar el jueves por la tarde. «Intento conservar la calma y la serenidad.»<sup>310</sup>

Para Lucas, la lucha acababa de comenzar. No podía decirse que el comandante del VI Cuerpo y, por consiguiente, de la Operación Shingle, tuviese el semblante de un cacique guerrero. Era rechoncho y gris, con un pico de viuda cortado a cepillo, anteojos con montura metálica y un bigote níveo de los que agradaban a los generales de campo franceses en la primera guerra mundial. Lucas fumaba sin parar una pipa hecha de mazorca y llevaba un bastón con punta de hierro que le había regalado Omar Bradley.<sup>311</sup> «Hoy cumpla cincuenta y cuatro años», escribió en su diario el 14 de enero, «y me temo que pesa cada uno de ellos».<sup>312</sup> A un británico le parecía «diez años mayor que Papá Noel».<sup>313</sup> Para un soldado de la Guardia Real irlandesa, Lucas era «un anciano simpático y afable que se arrebujaba en varias capas de abrigos».<sup>314</sup>

Nacido en Virginia Occidental, en 1911 Lucas fue nombrado oficial de caballería en West Point, y luego viajó a México con la Expedición Punitiva de Pershing, antes de caer herido en Amiens, Francia.<sup>315</sup> Más tarde capitaneó la 3.<sup>a</sup> División en la época de Pearl Harbor y sirvió como subalterno de Eisenhower en el Norte de África. Ésta era la tercera vez que estaba al mando de un cuerpo, incluida una breve temporada como sucesor de Bradley en el II Cuerpo, hasta que Marshall y Eisenhower le eligieron para sustituir a Dawley en Salerno. En privado, Clark prefería a Matthew Ridgway, pero aceptó a Lucas con indiferencia.<sup>316</sup>

Lucas conducía un jeep llamado *Hoot*, pronunciaba citas kilométricas de Kipling<sup>317</sup> y había acumulado varios apodos, entre ellos el de Viejo Lucas y Papaíto; en Anzio se ganaría algunos más, particularmente el de Abuelete Astuto. Aunque consideraba a los alemanes «indescribiblemente canallas»,<sup>318</sup> un oficial del Estado Mayor escribió que Lucas «nunca parecía querer lastimar a nadie, a veces ni siquiera al enemigo».<sup>319</sup> Un general británico consideraba que Lucas no poseía «ninguna presencia»;<sup>320</sup> un comandante de la Guardia de Granaderos confesó que, cuando Lucas visitó el acantonamiento de su batallón, situado por encima de la bahía de Nápoles, se les «cayó el alma a los pies al ver a aquella figura anciana paseándose entre las compañías con su pipa».<sup>321</sup> Circulaba el extraño rumor de que sufría los efectos de una partida defectuosa de vacunas contra la fiebre amarilla.<sup>322</sup>

No existía cura para la enfermedad de Lucas. La empatía tal vez ennobleciera a un hombre, pero podía debilitar a un general. «Pienso con excesiva frecuencia en mis hombres destacados en las montañas», había escrito durante la campaña de invierno. «Soy una persona demasiado sensible para triunfar en la profesión que he

escogido.»<sup>323</sup> Pocos días antes de embarcar en el *Biscayne* añadió: «Debo evitar pensar en que mi orden enviará a estos hombres a un ataque desesperado».<sup>324</sup> Al saber que la Operación Shingle había recibido autorización, Lucas se describió como «un cordero al que mandan al matadero»;<sup>325</sup> en consecuencia, revisó sus últimas voluntades y testamento.<sup>326</sup> La optimista convicción de sus superiores le resultaba frustrante. «Cuando sus tropas desembarquen, los alemanes ya se habrán replegado más allá de Roma», le había asegurado el almirante John Cunningham, comandante de la Armada británica en el Mediterráneo. Alexander sostenía que la conquista de Roma y la posterior marcha precipitada hacia el norte significaban que «la Operación Overlord sería innecesaria».<sup>327</sup>

¿Era posible que Alexander y otros tuviesen más información de espionaje que motivara esa confianza?, se preguntaba.<sup>328</sup> El cuartel general de las fuerzas aliadas juzgaba «muy cuestionable que el enemigo» se propusiera «continuar con la batalla defensiva al sur de Roma mucho después de mediados de febrero».<sup>329</sup> El cuartel general del V Ejército también aducía que los efectivos enemigos estaban «menguando debido a las bajas, el agotamiento y una posible falta de ánimo».<sup>330</sup> Cuatro días después del desembarco en Anzio, las fuerzas de la Operación Shingle se enfrentarían a un máximo de 31.000 alemanes, según los analistas del V Ejército,<sup>331</sup> y transcurrirían casi dos semanas antes de que el enemigo pudiese trasladar a dos divisiones más desde el norte de Italia. El gobernador militar de Roma ya había solicitado mil dólares para un «fondo de entretenimiento» en la capital.<sup>332</sup>

Lucas tenía una visión distinta.<sup>333</sup> Sus analistas de espionaje del VI Cuerpo creían que el día D los alemanes reunirían una docena de batallones y cien carros de combate en Anzio, que se ampliarían a veintinueve batallones en cuestión de una semana, y a más de cinco divisiones y ciento cincuenta tanques el día D+16. El VI Cuerpo estimaba también que, «incluso en condiciones favorables», no cabía esperar el refuerzo de la cabeza de playa desde el frente de Cassino «en menos de treinta días».<sup>334</sup> Lucas confió a su diario: «Todo este asunto emana un fuerte hedor a Gallipoli», la desastrosa invasión anfibia emprendida por los británicos en Turquía en 1915.<sup>335</sup>

Un viejo amigo compartía sus premoniciones. George Patton viajó desde Palermo para despedirse de Lucas antes de volver a Gran Bretaña para ocupar su nuevo mando en el ejército. «John, eres el militar al que menos soportaría ver morir, pero no saldrás de ésta con vida», le dijo Patton. «Por supuesto, es posible

que sólo resultes herido de gravedad. Nadie culpa jamás a un general herido de nada.»<sup>336</sup> Patton le aconsejó leer la Biblia. Al edecán de Lucas le dijo: «Si las cosas se ponen feas, péguele un tiro al viejo en las lumbares».

El porte tímido de Lucas enmascaraba una afilada mente táctica. Reconocía, como no hacían muchos de sus superiores, que las exaltadas ambiciones de la Operación Shingle superaban los medios destinados a satisfacerlas. Y lo que era peor, esas ambiciones eran confusas y contradictorias, sobre todo en lo tocante a los vitales altos situados al noreste de Anzio, conocidos como los Colli Laziali, o montes Albanos. Siguiendo las instrucciones que Alexander había dictado a Clark el 12 de enero, las fuerzas de la Operación Shingle debían «cortar las principales comunicaciones enemigas en la zona de los Colli Laziali, al sudeste de Roma», y amedrentar a la retaguardia alemana en el frente de Cassino.<sup>337</sup> A continuación, los dos destacamentos aliados tenían que «aunar fuerzas cuanto antes» y atravesar Roma «lo más rápido posible».

Sin embargo, la orden del V Ejército dictada ese mismo día conminaba a Lucas a «conquistar y fortificar una cabeza de playa en Anzio» y después «avanzar hacia los Colli Laziali».<sup>338</sup> Clark se mostró deliberadamente impreciso sobre si el VI Cuerpo debía coronar los montes Albanos o simplemente dirigirse hacia ellos.<sup>339</sup> Debido a su dolorosa experiencia, el comandante del V Ejército ahora esperaba que los alemanes lucharan con tenacidad, primero por la cabeza de playa, y luego por los accesos a Roma. Alexander tal vez albergara otros deseos, pero era «un mocoso y un florero»,<sup>340</sup> como anotó Clark en su diario en una extraña e impertinente mezcla de metáforas.

En un mensaje privado, Clark sugirió a Lucas que fortificara primero la cabeza de playa y evitara poner en peligro a su cuerpo; si el enemigo resultaba indolente, el VI Cuerpo podría ocupar las montañas y cortar las carreteras 6 y 7, las principales rutas para abastecer a las fuerzas de Kesselring desplegadas en el Garigliano y en Cassino.<sup>341</sup>

«No llames la atención, Johnny», aconsejó Clark a Lucas. «Yo lo hice en Salerno y tuve problemas».<sup>342</sup> Y añadió: «Puedes olvidarte de este maldito asunto de Roma».<sup>343</sup>

Las fantasías e ilusiones impregnaban el plan de Alexander para la Operación Shingle; Clark aportó realismo, flexibilidad y una arrogancia insubordinada. Ahora, la confusión recorría toda la cadena de mando. El XII Mando de Apoyo Aéreo, que ofrecería a las fuerzas invasoras cobertura por aire, daba por sentado que la operación tenía como objetivo «avanzar y fortificar los montes».<sup>344</sup> El general William R. C. Penney, comandante de la 1.º División británica, también tenía

la impresión de que sus tropas debían «ganar terreno hacia el norte para cumplir la misión del cuerpo, que consistía en conquistar los Colli Laziali».<sup>345</sup> Pero la Orden de Campaña n.º 19 de Lucas, con fecha del 15 de enero, no incluía más plan detallado que el del desembarco; la 3.ª División de Truscott, por ejemplo, sólo supo que debía establecer una cabeza de playa y prepararse para su avance ordenado hacia el pueblo montañoso de Velletri. El 20 de enero, el general Penney plasmó desconcertado en su diario: «El cuerpo al menos está barajando la posibilidad de huir de la cabeza de playa».<sup>346</sup> No es de extrañar que el segundo jefe del Estado Mayor de Clark, el general sir Charles Richardson, observara más tarde: «Anzio fue un sinsentido absoluto desde el principio».<sup>347</sup>

Otra cuestión se sumó a la inquietud de Lucas: los ensayos para la Operación Shingle, realizados en las playas que se extendían a los pies de Salerno, habían sido un fiasco. Los británicos no lograron desembarcar los cuarteles generales de brigada o división.<sup>348</sup> Los estadounidenses, en un ejercicio que llevaba el nombre en clave de Webfoot, lo hicieron todavía peor. La Armada cambió repentinamente la playa de desembarco, y sólo aparecieron once de las treinta y siete lanchas.<sup>349</sup> Las inclemencias del tiempo y los errores de navegación que se produjeron la noche del 17 de enero mantuvieron a la flota a veinticuatro kilómetros de la costa, y cuarenta vehículos anfibios DUKW que se dirigían a tierra se hundieron en alta mar, arrastrando al fondo veintiún obuses, equipos de radio y varios hombres. «Me encontraba en la playa, en un estado de ánimo funesto, y esperé», dijo Lucas. «Ni una sola unidad desembarcó en la playa correcta; ni una sola unidad desembarcó en el orden correspondiente; y ni una sola unidad llegó menos de hora y media tarde.»<sup>350</sup>

Truscott estaba tan furioso por los preparativos para Anzio que escribió a Al Gruenther: «Lo único que quiero saber es si esto va a ser una empresa desesperada o una bravuconada suicida».<sup>351</sup> Antes de embarcar en el *Biscayne*, Truscott —con la aprobación de Lucas— también envió a Clark un informe sobre Webfoot. El comandante del ejército se sintió horrorizado por «la increíble ineficacia de la armada», pero le dijo a Truscott: «Lucian, tengo aquí su parte y no es positivo, pero no podrán realizar más ensayos. Se ha fijado la fecha desde las más altas esferas. No cabe la posibilidad de demorarlo tan siquiera un día. Tienen que hacerlo».<sup>352</sup>

Italia había sido durante miles de años una tierra de presagios y adivinación, de augurios y profecía marcial.<sup>353</sup> Durante campañas anteriores en la península se decía que había dos lunas en el cielo, que a las cabras les crecía lana, o que un lobo desenvainó la espada de un centinela y huyó con ella. Contaban que caían piedras

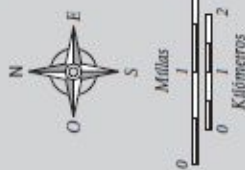
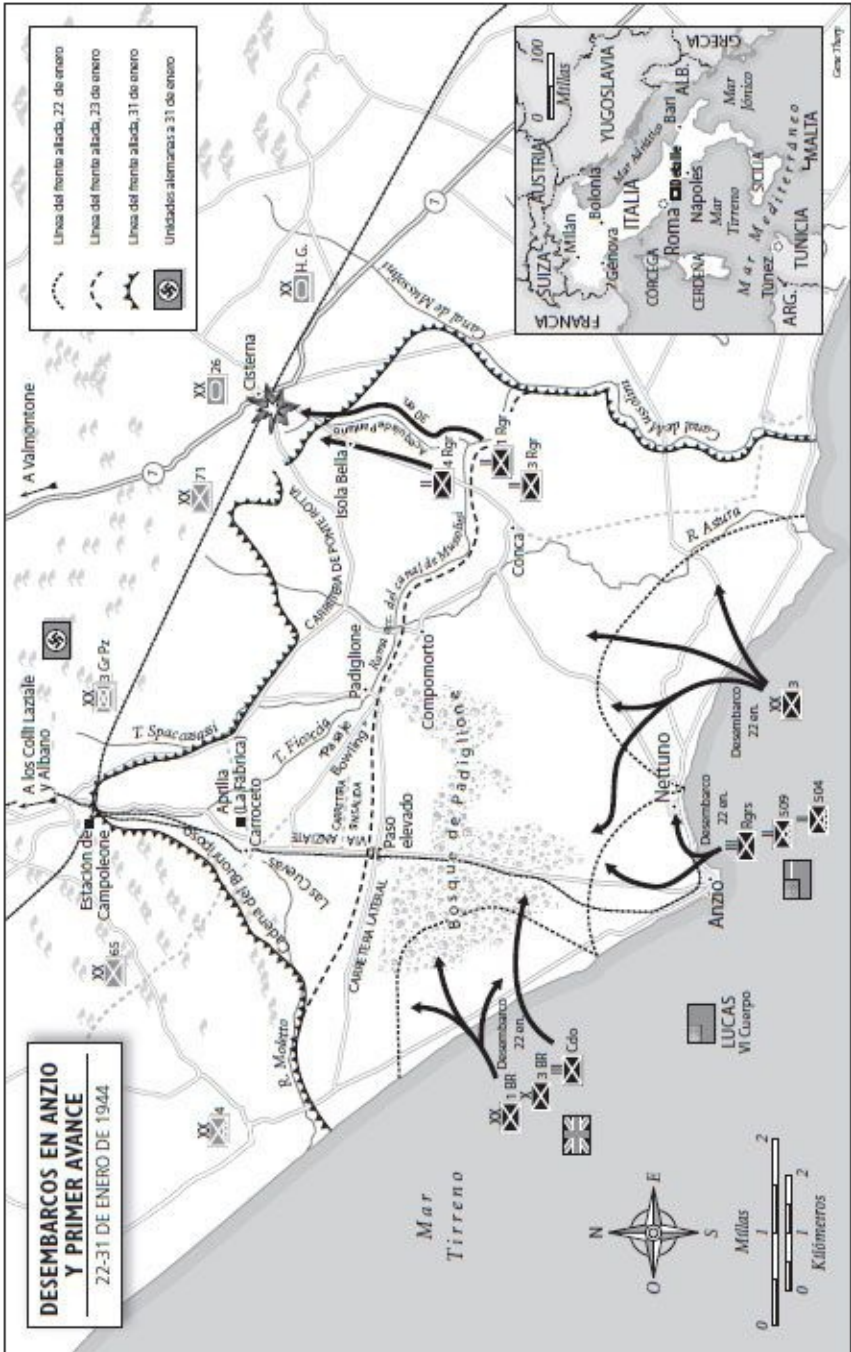
abrasadoras como si fuesen lluvia, que fluía sangre en los riachuelos, que una gallina se convirtió en gallo y un gallo en gallina, y que un bebé de seis meses gritó en Roma: «¡Victoria!». Según algunas voces, las jabalinas de los soldados se incendiaban en pleno vuelo.

Los hombres modernos no toleraban los presagios o las supersticiones, por supuesto. Aun así, resultó un tanto sorprendente que la fuerza de la Operación Shingle ignorara el mandamiento de los marineros antiguos que prohibía navegar en viernes, el día de la crucifixión de Cristo.<sup>354</sup> Pero a las 5:20 del viernes 21 de enero, la flotilla de Anzio levó anclas y se hizo al mar abierto poniendo rumbo hacia el sur.<sup>355</sup> Algunos soldados pasaban las cuentas de su rosario o se apiñaban en torno a un capellán. Otros echaban una cabezada en cubierta o disfrutaban del sol, oteando la costa lejana en busca del Templo de Júpiter en Cumas, donde un equipo de radar aliado escuchaba una grabación de *Carolina Moon*.<sup>356</sup> «Se habla sobre todo del hogar y los temas habituales de los soldados», escribió un aviador en su diario.<sup>357</sup> Navegando lánguidamente a cinco nudos, los convoyes «parecen más una revista de inspección que una armada invasora», afirmaba un teniente británico.

En su cabina a bordo del atestado *Biscayne*, Lucas extendió su saco de dormir y empotró sus efectos personales en un rincón. Truscott, que se había sometido a una tintura de garganta, dormiría en el sofá. «Sin duda, es necesario más entrenamiento», anotó Lucas en su diario, «pero no hay tiempo para ello».<sup>358</sup> Había aceptado su destino. «Haré lo que me ordenen, pero estas batallas, como la de Little Big Horn, no son divertidas.» El espectáculo debe continuar.

**DESEMBARCOS EN ANZIO  
Y PRIMER AVANCE**  
22-31 DE ENERO DE 1944

----- Línea del frente aliada, 22 de enero  
 - - - - - Línea del frente aliada, 23 de enero  
 - - - - - Línea del frente aliada, 31 de enero  
 [Icono] Unidades alemanas a 31 de enero



Carta 1389

## Perdición

### «ALGO ESTÁ PASANDO»

Sólo los panaderos estaban en pie la madrugada del sábado 22 de enero.<sup>1</sup> En las oscuras calles se respiraba la fragancia del pan recién hecho, proveniente de los hornos de madera de la pequeña tahona de Margherita Ricci, pasado el estanco cerrado y la estatua de bronce de Neptuno a lomos de un pez enorme. En Nettuno y el adyacente Anzio —los bosques de Villa Borghese separaban a estos pueblos hermanados—, los panaderos estaban entre los escasos ciudadanos a los que todavía se permitía acceder a la zona de exclusión costera establecida por los alemanes cuatro meses antes.<sup>2</sup> Más de quince mil exiliados habitaban en chabolas en las cercanas Marismas Pontinas o en las pendientes de los Colli Laziali. Quien fuese descubierto en un radio de cinco kilómetros de la costa corría el riesgo de recibir una bala en la nuca, normalmente frente a un muro sito en la Via Antonio Gramsci, donde se decía a los condenados que volvieran la cabeza para ver por última vez el mar antes del tiro de gracia.<sup>3</sup>

Cubierto de harina y desprendiendo olor a levadura, Orlando Castaldi deslizó su pala de madera bajo una hornada de panecillos que estaban dorándose. Castaldi había estado en Sicilia seis meses antes, durante la invasión aliada, y acabó huyendo a Nettuno, donde su hermano y su tío trabajaban en otra panadería tan sólo doscientos metros más al norte, en Via Cavour. En septiembre, la breve pero valerosa resistencia contra la ocupación alemana había sido castigada con ejecuciones, deportaciones y el habitual secuestro de hombres sanos para los batallones de trabajos forzados.<sup>4</sup> Quienes habían sido relegados a las marismas soportaron un gélido primer tramo de invierno, utilizando cenizas para fabricar jabón y subsistiendo con las barras de pan que traían cada mañana del negocio de

Ricci. Algunos se exponían a represalias al escaparse a Roma para cambiar pendientes de oro o las mantelerías de la familia por pasta o unos cuantos litros de aceite para cocinar comprados en el mercado negro. Los bombardeos aliados sobre la costa habían azotado el puerto y obligado a retirar la Madonna de las Gracias, una elaborada estatua de madera de la patrona de Nettuno, y ponerla a buen recaudo en una basílica de Roma.

Castaldi ladeó la cabeza, sosteniendo la pala en alto como si fuese una alabarda. A través de la ventana abierta llegaba un rumor desde el mar, un clamor lejano. «Estaos quietos un momento», exhortó a dos compañeros. «Algo está pasando.»<sup>5</sup> Se oyó un ruido metálico y rugir de motores en mitad de la noche. Castaldi reconoció aquel sonido por lo que había vivido en Sicilia. «Los oigo», dijo. «Los oigo. ¡Los estadounidenses se acercan!» Agarró su chaqueta, cerró las celosías y salió a todo correr por la puerta para alertar a su hermano y su tío. Al doblar la esquina de Via Cavour, una luz brillante iluminó el cielo nocturno y el suelo tembló como si el propio Neptuno hubiese hincado su tridente en la tierra.

Los estadounidenses se acercaban, no había duda, y también los británicos. A las 12:04, con cuatro minutos de retraso, la Armada había fondeado a cinco kilómetros de la costa, al abrigo de una calma absoluta y una niebla diáfana. Las lanchas de reconocimiento navegaron hacia la orilla, y a la 1:50, justo cuando el joven Castaldi salía rápidamente a la calle, dos patrulleras británicas lanzaron mil quinientos proyectiles de 12 cm para intimidar a los defensores del litoral y hacer detonar las minas diseminadas por la playa.<sup>6</sup> El bombardeo de cinco minutos «produjo un gran estruendo, no fue demasiado fructífero, y resultó perjudicial para el efecto sorpresa», informó un oficial de espionaje.<sup>7</sup> La andanada sólo tuvo el silencio por respuesta, y poco después de las dos de la madrugada, los primeros soldados de infantería invadían la playa, abocados a rematar la faena de los misiles.

Antes de la guerra, de los asesinatos, de las expulsiones y de esas últimas miradas tristes al mar, Anzio-Nettuno había sido un próspero centro turístico, a sólo dos horas de Roma conduciendo un Fiat de los rápidos, con un espléndido puerto y baños públicos llamativos.<sup>8</sup> En los restaurantes del muelle, conocidos por su *zuppa di pesce*, la clientela podía contemplar los fuegos artificiales en los días festivos. Nettuno había crecido un poco en tiempos modernos, pero Anzio, la antigua Antium, gozaba de más reputación. Nerón y Calígula habían nacido en esa ciudad —cuentan que los ardidés del primero durante la conflagración de Roma se orquestaron en el teatro de Antium— y el rebelde patricio Coriolano supuestamente fue muerto allí en 490 a.C. El elocuente Cicerón tenía una villa en Antium; Trajano



había ampliado el puerto; y varios emperadores criaron elefantes a lo largo de la costa. Antium alababa a la diosa Fortuna como protectora del pueblo, pero la deidad fue inconstante.<sup>9</sup> El puerto se encenagó durante la caída de Roma, y la piratería eclipsó el turismo. En el transcurso de los siglos, la diosa sonrió o bien torció el gesto caprichosamente.

Ahora volvería a ponerse a prueba su temperamento. Fondeando en el flanco izquierdo del VI Cuerpo, los británicos tocaron tierra ocho kilómetros más al norte, en las playas Roja, Verde y Amarilla.<sup>10</sup> Algunas ráfagas desganadas de la artillería alemana sacudieron el bajío, pero los cañones de la Armada se apresuraron a responder, y la operación no se topó con más resistencia que las minas y la arena blanda. Los desembarcos estuvieron acompañados de los chillidos que emitían los megáfonos: un estudio posterior advertía que «gritar a través de un megáfono no incita a las tropas a adentrarse en un campo de minas».<sup>11</sup> Los camiones británicos, que no disponían de tracción a las cuatro ruedas, solían quedar empantanados en las estrechas salidas de las dunas —«La pérdida de tiempo fue increíble», se lamentaba un comandante destacado en la playa— y se enardecían los ánimos.<sup>12</sup> Cuando el timonel de una lancha de desembarco rozó el casco del buque almirante *H.M.S. Bulolo*, un oficial de marina bramó: «No revolotee como un pájaro medio desplumado. ¡Apártese!».<sup>13</sup>

Pronto se abrieron pasos de cuatro metros a través de las minas y se señalaron con pintura luminosa.<sup>14</sup> Cientos, y después miles de británicos recorrieron los pinares de Padiglione buscando en vano a un enemigo al que derrotar. Se descubrió a tres alemanes durmiendo en un establo entre frascos de perfume italiano y esmalte de uñas robados.<sup>15</sup> Uno de ellos, en ropa interior, se rindió, y los otros dos huyeron en un coche blindado. «Fue todo muy caballeroso, calmado y digno», aseguraron los soldados de la Guardia Real irlandesa.<sup>16</sup> A su llegada en un DUKW, portando un gran paraguas negro, el comandante de la Guardia Real irlandesa «desembarcó con cierto aire de misionero que visitaba una isla de los Mares del Sur, sorprendido de no avistar caníbales».

Tampoco aparecieron caníbales en el flanco derecho. La 3.<sup>a</sup> División de Truscott tocó tierra justo al sur de Nettuno, mientras Darby y sus tropas de asalto marchaban hacia la cúpula blanca y las terrazas del Paradiso, un casino que presidía el puerto de Anzio.<sup>17</sup> La mayoría de los soldados llegaron a la orilla mojados sólo hasta las rodillas, cuando no completamente secos. Unas pocas descargas de lanzallamas propiciaron la rendición de varios miembros de una batería antiaérea; diecinueve soldados enemigos salieron con las manos en alto de un búnker todavía decorado con un árbol de Navidad esmirriado.<sup>18</sup> Los ingenieros localizaron más de

veinte toneladas de explosivos ocultos en muelles y portales, pero el clima invernal había corroído las cargas, y un nuevo plan alemán para hacer estallar el malecón todavía no se había materializado.<sup>19</sup> Llegaron más prisioneros, entre ellos ladrones de la Wehrmacht capturados mientras buscaban ganado para alimentar a su unidad.<sup>20</sup>

Observando con sus prismáticos desde el puente del *Biscayne*, el general Lucas se extrañó al no divisar «ninguna ametralladora u otras armas en la playa», según escribió en su diario.<sup>21</sup> A las 3:05, envió por radio a Clark un mensaje cifrado. «París-Burdeos-Turín, TángerBari-Albania», que significaba: «Tiempo despejado, mar en calma, poco viento, nuestra presencia no descubierta, desembarco en proceso».<sup>22</sup> Aquella misma mañana, Lucas retomó la comunicación: «Todavía no hay ángeles, hermosa Claudette»: no había tanques en la costa, pero la ofensiva marchaba bien.<sup>23</sup>

Siguió yendo bien durante todo el día. Truscott llegó a la orilla en una lancha de asalto a las 6:15, afónico a causa de una laringitis y tan abatido por su inflamación de garganta que se echó a dormir entre unos matorrales cerca de la playa.<sup>24</sup> Sus hombres prácticamente no lo necesitaban. Los tres regimientos extendieron la cabeza de playa cinco kilómetros tierra adentro. Intercambiaron algunos disparos con rastreadores alemanes en retirada y derribaron varios puentes que atravesaban el Canal de Mussolini para sellar el flanco derecho y prevenir así una contraofensiva de los panzers que no llegó a producirse.<sup>25</sup>

A las 7:30, con los primeros rayos de sol, los soldados de asalto ocuparon Anzio; poco después, los paracaidistas anunciaron que Nettuno también había sido fortificado.<sup>26</sup> Se ordenó a los panaderos de la localidad, entre ellos el alegre Orlando Castaldi, que apagaran los hornos para impedir que los artilleros alemanes apuntaran en dirección a las columnas de humo. Los soldados liberaron a seis mujeres que hallaron encadenadas a una argolla en la cuadra de la Piazza Mazzini; habían sido condenadas a muerte cuatro días antes mientras regresaban en tren desde Roma con comida que habían adquirido en el mercado negro de Piazza Vittorio. Los norteamericanos les dieron leche en polvo, chocolate y ropa interior y las mandaron a casa.<sup>27</sup>

Los DUKW recorrían las calles como carrozas de cabalgata.<sup>28</sup> Los prisioneros, ataviados con largos abrigos de color verde, marchaban penosamente hacia unas jaulas dispuestas en la playa, «cubiertos de polvo, sudados y evasivos», según la descripción de un testigo.<sup>29</sup> «Muévanse, superhombres», se mofaba un soldado estadounidense.<sup>30</sup> Frente al antiguo puesto de mando alemán, sobre un gran letrero que rezaba *kommandant*, alguien garrapateó: «relevado». Cayeron algunos

proyectiles más en la costa, y la Luftwaffe protagonizó una incursión infructuosa. «Tal vez la guerra haya terminado y no lo sabemos», aventuró un teniente coronel. Un soldado añadió: «Puede que no esté, pero me gusta». La Policía Militar colocó algunas señales de tráfico, y pronto los jeeps y los camiones obstruían las calles. Una mujer se encontraba en una intersección situada a las afueras del pueblo, besando las manos a todos los soldados que pasaban desfilando. Como dijo un soldado: «No se le escapó ni uno».<sup>31</sup>

El éxito atrajo a los curiosos a la cabeza de playa.<sup>32</sup> A las nueve de la mañana, al son del caramillo de un contramaestre, Alexander y Clark se encaramaron al *Biscayne* desde una patrullera que les había recogido al norte del Voltorno. Lucas resumió la noticia con una sonrisa: la resistencia había sido insignificante, se contabilizaron pocas bajas y el grueso de las tropas de asalto se encontraba en tierra. El puerto de Anzio estaba en tan buenas condiciones que podían atracar al menos seis lanchas de desembarco a un tiempo, y las primeras descargarían aquella tarde.<sup>33</sup>

Desde el *Biscayne*, la tripulación viajó en DUKW hasta la playa. Clark —inmaculado con una gorra con visera, bufanda de seda y pantalones con raya— pasó revista a la 3.<sup>a</sup> División y declaró su satisfacción. El pobre Truscott dio las gracias con voz ronca. Alexander —no menos atractivo con su sombrero rojo, una guerrera con adornos de piel y pantalones de montar— aceleró entre los batallones británicos subido a la torreta de un vehículo blindado. Según un soldado de la Guardia Real escocesa, parecía un «primer árbitro que se dirige a las posiciones delanteras y descubre que todo está en orden».<sup>34</sup> De hecho, el general Alex confió precisamente eso a un coronel británico: «Estoy muy satisfecho».<sup>35</sup> Recuperándose en el *Biscayne*, ambos halagaron a Lucas por su proeza,<sup>36</sup> y luego saltaron de nuevo a la lancha patrullera y pusieron rumbo a Nápoles sin dejar ni órdenes ni una sensación de apremio a sus espaldas. Como observó alguien en un comentario ingenioso: «Llegaron, vieron y convinieron».<sup>37</sup>

Ahora que le habían dejado solo al mando de su batalla, Lucas abandonó el *Biscayne* y se dirigió al número dieciséis de Piazza del Mercato, en Nettuno, una vivienda de dos plantas con cuatro habitaciones y una chimenea en el piso de arriba.<sup>38</sup> Los sicomoros bordeaban la pequeña plaza y encuadraban la escultura de Neptuno cabalgando su pez.<sup>39</sup> El anterior ocupante del número dieciséis, el comandante alemán, había salido tan raudo —para acabar pereciendo en la playa durante los primeros minutos de la invasión— que todavía descansaban sobre la mesa del comedor una salchicha y un vaso medio vacío de coñac.<sup>40</sup>

Los Aliados habían logrado lo más inesperado: la sorpresa absoluta. A medianoche del día D, veintisiete mil estadounidenses, nueve mil británicos y tres mil vehículos alcanzarían la costa en una cabeza de playa que tenía veinticuatro kilómetros de ancho y entre tres y seis de profundidad.<sup>41</sup> Sólo habían muerto trece militares aliados. Como escribió un paracaidista, a la mayoría de los soldados les resultaba «muy difícil creer que se estuviese librando una guerra» y que ellos estuviesen «en medio de ella».<sup>42</sup>

A Lucas también le costaba creerlo. Desde la ventana norte del número dieciséis podía atisbar claramente su trofeo. A veinticuatro kilómetros de distancia, los Colli Laziali dominaban los mirtos y los pinos piñoneros, teñidos por la puesta de sol que besaba los tejados rojos antes de zambullirse en el mar Tirreno. Una bruma blanca arañaba las colinas, que se erguían novecientos metros por encima de la llanura costera, en un macizo volcánico de casi sesenta y cinco kilómetros de circunferencia.<sup>43</sup> Los castaños, mecidos por el viento, suavizaban las crestas de toba, que ofrecían cobijo a los cucos, las dríades y las hechiceras ancestrales. Aquí se encontraba también el Castillo Gandolfo, la residencia veraniega del Papa, donde en tiempos pasados podía verse al pontífice cabalgando a lomos de una mula blanca entre los cipreses, seguido por cardenales vestidos con túnicas escarlata.<sup>44</sup>

El anochecer se cernió sobre la cabeza de playa. Las luces parpadeaban en los pueblos del interior, y los faros de los convoyes se movían en diminutas cadenas por las colinas, como barcos humeando en el horizonte lejano. En su cursiva pulcra y contenida, Lucas anotó: «Sabíamos que las luces eran sinónimo de suministros que llegaban para nuestros enemigos, pero estaban fuera de nuestro alcance y no podíamos hacer nada al respecto».<sup>45</sup>

A cincuenta y cinco kilómetros de su ventana se hallaba Roma, conocida en los manuales de códigos aliados como *Botany*, o Botánica.<sup>46</sup> Dos rutas surcaban el «interior», como denominaban los británicos al paisaje que se extendía más allá de la cabeza de playa. Una carretera torcía al nordeste desde Nettuno, pasando por las Marismas Pontinas y Cisterna, a veinte kilómetros de distancia, y recorriendo luego veinticuatro kilómetros más hasta Valmontone, dividido por la Carretera 6 a su paso por el valle del Liri. La otra carretera, conocida como la Via Anziate, discurría en dirección norte durante unos treinta y dos kilómetros desde Anzio, hasta cruzarse en Albano con la Carretera 7, o Via Apia, con veintitrés siglos de antigüedad.<sup>47</sup>

Ambas carreteras conducían a la gloria, y Lucas se proponía seguir las dos. El mundo parecía creer que Botánica era prácticamente suya. La edición dominical de *The New York Times* anunció que los Aliados se encontraban a «sólo veintiséis kilómetros de Roma».<sup>48</sup> Las retransmisiones radiofónicas que se escuchaban en la

cabeza de playa eran todavía más optimistas. «Las valientes tropas de Alexander avanzan hacia Roma», afirmaba la BBC el domingo, «y deberían llegar allí en cuarenta y ocho horas».<sup>49</sup>

Ni *The New York Times* ni la BBC habían consultado al mariscal de campo Kesselring. La primera alarma había llegado de un cabo alemán, un ingeniero ferroviario despachado a Anzio a comprar madera.<sup>50</sup> A las cuatro de la madrugada del sábado, volvió en motocicleta a Albano, sin aliento y cubierto de barro, y balbuceó unas palabras sobre barcos enemigos que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Un comandante lo notificó por teléfono a Roma, donde unos altos mandos aterrorizados empezaron a preparar sus bolsas y a quemar documentos oficiales.<sup>51</sup> «El desembarco», registró un cuaderno de bitácora alemán, «ha llegado en muy mal momento para nosotros».<sup>52</sup>

Fue ciertamente inesperado. Apenas una semana antes, el jefe de espionaje de Hitler, el almirante Wilhelm F. Canaris, había transmitido al alto mando de Berlín: «No existe el mínimo indicio de que vaya a producirse un nuevo desembarco en un futuro próximo».<sup>53</sup> El 15 de enero, el general Siegfried Westphal, jefe del Estado Mayor de Kesselring, dijo a sus comandantes superiores en Italia: «Considero del todo imposible una operación de desembarco a gran escala durante las próximas cuatro a seis semanas».<sup>54</sup> Tranquilizado por esas palabras, Kesselring había enviado a sus reservas —las divisiones 29.<sup>a</sup> y 90.<sup>a</sup> de Granaderos Panzer— a combatir la amenaza del Garigliano en el frente sur. Sólo quedaban tres batallones y cuarenta y un cañones para custodiar una extensión de costa de sesenta y cinco kilómetros, que iba desde la desembocadura del Tíber hasta más al sur de Nettuno.<sup>55</sup>

Pocos comandantes de combate estaban disfrutando más de la segunda guerra mundial que Albert Kesselring. Después de que un bombardeo le obligara a abandonar su cuartel general de Frascati en septiembre, ahora ocupaba un nuevo puesto de mando en los montes Sabinos, treinta y dos kilómetros al nordeste de Roma, en la cara occidental del Monte Soratte, que lord Byron describió en su día como «una gran ola a punto de romper».<sup>56</sup> La panorámica del norte del valle del Tíber era imponente, y los vinos locales demostraron estar a la altura de los blancos de Frascati. Kesselring a menudo ofrecía cenas para los dignatarios y diplomáticos que llegaban de visita, y satisfacía su vanidad cambiando su uniforme azul de la Luftwaffe por ropas caqui que él mismo había diseñado, y haciendo gala de su sabiduría como soldado erudito y anecdotista ameno. A principios de enero, había sido abatido una vez más mientras pilotaba su pequeño Storch. Kesselring logró dirigir su avión hacia una laguna, y llegó a una reunión cubierto de cieno

verde, pero sonriendo como siempre con su cordialidad bávara.<sup>57</sup> Durante los últimos catorce meses, en las invasiones del Norte de África, Sicilia y Salerno, había demostrado una agilidad y un garbo comparables, y era una desgracia para los Aliados volver a medirse con él en Anzio.

El primer informe de los desembarcos llegó a Monte Soratte a las cinco de la mañana, una hora después de la alarma del ingeniero ferroviario. Kesselring reconoció al instante la amenaza que ello suponía para la retaguardia del X Ejército y para Roma, donde ordenó que se establecieran controles en todas las vías de acceso. A las seis de la madrugada expuso los hechos a Berlín y recibió autorización para la Operación Richard, uno de los cinco planes de contingencia ideados por si se producían desembarcos aliados en varios puntos del litoral italiano.<sup>58</sup> A las 7:10 ordenó a las fuerzas destacadas en el norte de Italia y designadas a la Operación Richard que se dirigieran al sur por rutas señalizadas, transportando combustible y tropas que tenían la misión de despejar los pasos de los Apeninos, atestados de nieve.<sup>59</sup> A las 8:30 indicó al general Vietinghoff que transfiriera todas las fuerzas sobrantes del X Ejército a la cabeza de playa, junto con el cuartel general del I Cuerpo de Paracaidistas. En seis horas, Kesselring había ordenado a las once divisiones, o parte de ellas,<sup>60</sup> que se congregaran en torno a los Colli Laziali, en lo que más tarde definiría como un «revoltijo sin orden ni concierto».<sup>61</sup> A las siete de la tarde, no sólo avanzaban fuerzas desde el norte de Italia, sino también desde Francia, Alemania y los Balcanes. Italianos bienintencionados lanzaban flores a los soldados de la Wehrmacht que marchaban hacia la cabeza de playa desde Croacia.<sup>62</sup> Como pudo observar John Lucas gracias a los faros que iluminaban las colinas, habían llegado los primeros refuerzos incluso antes de que el día D se convirtiese en D+1.

Era sólo el comienzo. Los estrategas aéreos aliados aseguraban que el sistema ferroviario italiano podía desbaratarse mediante un bombardeo de la aviación e impedir así que el contingente alemán se concentrara en torno a Anzio; las fuerzas aéreas aliadas en el Mediterráneo contaban ahora con más de siete mil aeronaves, frente a menos de seiscientos aviones que poseía la Luftwaffe en todo el escenario. Sin embargo, los bombardeos por saturación de los centros de clasificación resultaron inefectivos, para agradable sorpresa del personal de logística alemán, que redirigió hábilmente los trenes por líneas bloqueadas y organizó convoyes de camiones por carreteras secundarias.<sup>63</sup> Casi todos los trabajadores ferroviarios italianos permanecieron en sus puestos,<sup>64</sup> y al cabo de tres días, parte de ocho divisiones alemanas llegarían a la cabeza de playa o estarían cerca de ella, con otras cinco en ruta.<sup>65</sup>

Se toparon con un terreno que favorecía al defensor, como de ordinario. Desde los Colli Laziali, como se lamentaba una historia de la Guardia de Granaderos, «en días despejados se podía ver cómo rompían las olas en la orilla, y casi cualquier movimiento en el campo abierto intermedio ... Los artilleros alemanes podían celebrar la caída de cada proyectil». <sup>66</sup> Los destellos de las bocas de los cañones delataban las posiciones aliadas, y el terreno llano tenía pocos pliegues que pudiesen ocultar a los hombres o la artillería. Para organizar aquel «revoltijo sin orden ni concierto», Kesselring ordenó al general Eberhard von Mackensen, <sup>67</sup> comandante del XIV Ejército, que trasladara su cuartel general al sur de Verona. Mackensen, un soldado de caballería que lucía monóculo y una mandíbula angular, poseía una dilatada experiencia en combate en Polonia, Francia y Europa del Este, y también se jactaba de una buena línea de sangre prusiana: su padre, un húsar cuyos mecenas políticos incluían al káiser Guillermo II, había ocupado Serbia y Rumanía como mariscal de campo en la primera guerra mundial. <sup>68</sup>

Kesselring se esperaba que los Aliados tomaran los Colli Laziali, pero el domingo por la noche dijo a Vietinghoff por teléfono que el peligro de que una columna de aviones cortara sus líneas de avituallamiento en las carreteras 6 y 7 había pasado. Kesselring calculaba que los efectivos del VI Cuerpo incluían tres divisiones de infantería y una acorazada —en realidad eran menos—, que él consideraba «insuficientes para un ataque contra un objetivo estratégico» como los montes Albanos, <sup>69</sup> teniendo en cuenta la necesidad de proteger también los flancos despejados de la cabeza de playa.

Asimismo, los Aliados sufrían lo que Kesselring denominaba un «complejo de Salerno». <sup>70</sup> Hasta que no acumulara una fuerza de combate abrumadora, conjeturó, el enemigo no se aventuraría lejos de las playas y de los cañones protectores de la Armada. Antes de que esa acumulación cobrara impulso, Mackensen debía arremeter por todo el frente de Anzio para empujar al enemigo hacia el mar. Hitler estaba de acuerdo, y aconsejó con su lenguaje inimitable: «La batalla debe librarse con odio sagrado». <sup>71</sup>

«Por favor, responda a las siguientes preguntas inmediatamente», comunicó Clark a Lucas por radio el lunes 24 de enero. «¿Hasta dónde han llegado sus patrullas? ¿Cuáles son sus intenciones para las operaciones inminentes? ¿Cuál es su valoración de la situación del enemigo?» <sup>72</sup> El comandante del V Ejército le había advertido que no llamara la atención, pero ahora confiaba a su diario: «Lucas debe ser agresivo. Debe correr ciertos riesgos». <sup>73</sup>

En respuesta, Lucas supuso correctamente que el enemigo intentaría contener a sus fuerzas, que aguardaban «la llegada de refuerzos con los que contraatacar la cabeza de playa».<sup>74</sup> Habían participado pocos tanques en las oleadas iniciales de la Operación Shingle, ya que los Aliados esperaban un crudo enfrentamiento de la infantería en las playas.<sup>75</sup> Sin embargo, hasta el momento la invasión parecía una acampada. Los oficiales de la Brigada de la Guardia Real dormían en pijama y jugaban al bridge,<sup>76</sup> mientras sus soldados hervían té, fumaban como carreteros y daban pisotones para entrar en calor: la escarcha vidriaba la hierba de las marismas por la noche, y finas capas de hielo recubrían los charcos.<sup>77</sup> El ululato de los búhos resonaba por los silenciosos bosques.<sup>78</sup> A los soldados les resultaba fácil excavar el terreno arenoso si lo hacían a escasa profundidad: las trincheras se humedecían rápidamente por el elevado nivel freático. No parecía importar demasiado. Un oficial del 56.º Hospital de Evacuación señaló al horizonte norteño y proclamó: «¡Todos esos montes son nuestros! No hace falta cavar pozos». En las semanas siguientes, los soldados del 56.º Hospital a menudo recibieron las andanadas y razias aéreas enemigas con un grito sardónico: «¡Todos esos montes son nuestros!».<sup>79</sup>

Como estaban descubriendo las patrullas aliadas, las tierras interiores que mediaban entre la playa y esos montes eran un lugar extraño y embrujado. Regadas por los riachuelos que descendían de los Colli Laziali, las Marismas Pontinas habían sido durante milenios una zona muerta a causa de la malaria. En 1928, un censo de toda la llanura encontró sólo 1.637 personas y ningún asentamiento permanente; se dice que la región estaba habitada «únicamente por algunos artesanos del corcho palmípedos y aquejados de fiebre»<sup>80</sup> que vivían en cabañas de paja. Según la Cruz Roja italiana, cabía esperar que, durante los meses cálidos, cuatro de cada cinco viajeros que pasaran una noche en las Marismas Pontinas contrajeran la malaria.<sup>81</sup> Las traducciones de los topónimos de la zona denotaban cierta obsesión con la mortalidad: Mujer Muerta, Tierra de los Muertos, Charco del Sepulcro y —en honor al huraño barquero de los difuntos— Caronte.

Mussolini había reclamado gran parte de esas tierras para un programa ambicioso conocido como *bonifica integrale*, destinado a transformar las marismas en «campos sonrientes». Bombas enormes drenaron las ciénagas, ayudadas por dieciséis mil kilómetros de canales y acequias, y más de un millón de pinos plantados a modo de cortavientos. Se construyeron cinco ciudades prototipo, así como dieciocho pueblos satélite y centenares de granjas de piedra de dos plantas, generalmente pintadas de azul claro.<sup>82</sup> Miles de italianos que buscaban trabajo y



cobijo durante la Depresión se habían mudado a estas tierras vírgenes, que Mussolini concebía como «viveros humanos» para engendrar a «los grandes guerreros rurales» de un nuevo Imperio Romano.<sup>83</sup>

La guerra desbarató el sueño. Kesselring y sus ingenieros veían las marismas como una barrera potencial contra los ejércitos aliados provenientes del sur. Con el consentimiento aparente de Mussolini tras su rescate de Gran Sasso, los hidrógrafos alemanes estudiaron «acciones para convertir esta zona en un lugar infranqueable de manera rápida y completa mediante inundaciones».<sup>84</sup> El personal de demolición hizo estallar estaciones de bombeo, bloqueó canales y destruyó diques. El agua del mar anegó los campos. Finalmente, cuarenta mil hectáreas de tierra de labranza ganadas al mar quedaron sumergidas;<sup>85</sup> en algunos lugares «sólo se veían árboles y casas», informó un oficial del Estado Mayor de Kesselring. Las robustas granjas constituirían fortines admirables. De hecho, los expertos en malaria alemanes sabían que, con la llegada de la primavera, las inundaciones ofrecerían criaderos de larvas para el *Anopheles labranchiae*, un mosquito pontino con facilidad para desarrollarse en aguas salobres. El plan todavía constituye «el único ejemplo conocido de guerra biológica en la Europa del siglo xx», según el historiador de la Universidad de Yale Frank M. Snowden.<sup>86</sup>

En este paisaje de «ciénagas, bosques y agua», como lo describió un soldado, las fuerzas aliadas emprendieron su avance.<sup>87</sup> A la izquierda del VI Cuerpo, las patrullas británicas ascendieron por la Via Anziate,<sup>88</sup> desfilando frente a agricultores italianos que gritaban desde detrás de sus arados: «Niente tedeschi!» —«No hay alemanes»—, incluso cuando su ganado blanco cornilargo echaba a correr por el campo ante algún que otro proyectil. Las mujeres italianas aplaudían y agitaban pañuelos desde la entrada de sus pequeñas granjas,<sup>89</sup> lo cual suscitó un comentario de un capitán británico: «Estos campesinos son una gente estupenda, ¿no es cierto?».<sup>90</sup> Los soldados de la Guardia Real, acompañados por un escuadrón de tanques, expulsaron a un batallón de granaderos Panzer de Aprilia —una de esas cinco ciudades fascistas prototipo— y capturaron a cien prisioneros. El martes 25 de enero, la 1.ª División británica se encontraba a mitad de camino de Albano y la intersección de la Carretera 7.<sup>91</sup>

A la derecha del VI Cuerpo, los estadounidenses ampliaron también la cabeza de puente, pese a la persistente indisposición de Truscott. «La garganta» del general al mando «hoy está peor y se acostará temprano, después de haber permanecido en el puesto de mando todo el día», había anotado el jefe del Estado Mayor de la 3.ª División el domingo.<sup>92</sup> El lunes, cuatro compañías marcharon a medio galope hacia Cisterna, pero tropezaron con una resistencia inesperada; el martes de madrugada,

una fuerza estadounidense más numerosa también se topó con soldados de la División Hermann Göring atrincherados con ametralladoras o cazacarros en casi todas las granjas. Cisterna, atravesado también por la Carretera 7, se encontraba a cinco kilómetros de distancia.

Pese a todo reinaba el buen humor. Un teniente de las tropas de asalto que andaba rebuscando por una casa de campo abandonada apareció engalanado con chistera y esmoquin; un compañero suyo se disfrazó de mayordomo para servirle la comida.<sup>93</sup> Churchill telegrafió a Alexander: «Me complace mucho que esté acabando la partida y no cavando en la cabeza de playa».

El martes, Clark y Alexander se encontraron nuevamente poco después de mediodía.<sup>94</sup> Ahora, el día D+3, cuarenta mil soldados estadounidenses y dieciséis mil británicos ocupaban la cabeza de playa, junto con casi siete mil vehículos. Aunque Clark advirtió a Lucas que se preparara para una contraofensiva inevitable, también le exhortó a completar la conquista de Campoleone a la izquierda y Cisterna a la derecha.<sup>95</sup> Alexander parecía encantado con los progresos del VI Cuerpo. «Qué labor tan espléndida»,<sup>96</sup> dijo a Lucas. «Esto perjudicará enormemente a los alemanes.»<sup>97</sup>

«Debo mantener los pies en la tierra y conservar las fuerzas de las que dispongo. No puedo cometer ninguna estupidez», escribió el comandante del cuerpo en su diario una vez se ausentaron sus superiores. «Es lo más importante que jamás he intentado, y no me amedrentaré.»

Kesselring era aviador, y aunque la Luftwaffe apenas contaba con una décima parte de los efectivos aliados, los alemanes iniciaron el contraataque desde el aire. La primera ofensiva costosa se produjo el domingo 23 de enero al anochecer, cuando un torpedo aéreo demolió el puente y el castillo de proa del destructor *H.M.S. Janus*.<sup>98</sup> La nave se resquebrajó y volcó en veinte minutos, arrastrando a 159 hombres consigo. Los supervivientes aferrados a los restos flotantes cantaban *Roll Out the Barrel*.<sup>99</sup>

El lunes, de nuevo al ponerse el sol, más de cien bombarderos arrasaron la flota de transporte y se cobraron la vida de cincuenta y tres marineros que iban a bordo del destructor *U.S.S. Plunkett*.<sup>100</sup> Pero el ataque más sorprendente afectó al buque hospital *St. David*, que había navegado desde Anzio al anochecer, después de embarcar a los soldados heridos.<sup>101</sup> A las ocho de la tarde, con todas las luces encendidas y una cruz roja enorme estampada en cubierta, el barco fue víctima de una emboscada a treinta y dos kilómetros de la costa, tendida por aviones de la Luftwaffe que lanzaron bengalas de magnesio y bombas. Una explosión azotó al *St.*

*David* e interrumpió el suministro eléctrico. Los pacientes renqueaban en cubierta o eran trasladados en camilla. «El barco se hunde», gritó alguien. «Salten.» La teniente Laura R. Hindman, una enfermera de quirófano, saltó a un bote salvavidas y oyó los gritos de otros náufragos. Al mirar hacia arriba, vio cómo «volcaba el barco y parecía venirse directamente» sobre ellos. Después cayó al mar, y más tarde recordaba:

Me vi arrastrada por la succión del barco. Luché e intenté nadar, y me movía de un lado a otro, pero sólo ascendí lo suficiente para golpear mi cabeza contra algo duro que parecía ser parte del barco ... Forcejeé frenéticamente, y creía estar atrapada bajo la embarcación cuando de repente mi cabeza salió a la superficie y vi las estrellas.<sup>102</sup>

El *St. David* se hundió cinco minutos después del impacto. De sus doscientos veintinueve tripulantes perecieron noventa y seis.<sup>103</sup>

Los ataques prosiguieron durante la semana, a menudo con las bombas teledirigidas que ya se habían visto en Salerno. Las conversaciones por radio de los pilotos de la Luftwaffe, que a veces podían captarse incluso mientras rodaban por las pistas de despegue cerca de Roma, ofrecían a los escuchas de la cabeza de playa advertencias claras sobre los ataques inminentes.<sup>104</sup> Los cazas y los artilleros antiaéreos aliados contuvieron numerosas razias y abatieron a más de veinticinco bombarderos y dispersaron a otros. Aun así, los ataques suponían tal amenaza para la flota —especialmente a última hora, cuando la cobertura aérea era más escasa— que se ordenó a todos los cruceros y gran parte de los destructores que se replegaran mar adentro cada día a las cuatro de la tarde. La pérdida del dragaminas *YMS-30* con sus diecisiete tripulantes fue característica. «Se alzó una terrible cortina de llamas», narraba un testigo, «y luego el barco desapareció».<sup>105</sup>

El peligro acechaba desde abajo y desde arriba. Poco después de las cinco de la madrugada del miércoles 26 de enero, el *LST 422* se encontraba fondeado a veinte kilómetros de la costa, esperando que se abriera un atracadero en el puerto de Anzio.<sup>106</sup> Construida en Baltimore pero tripulada por la Armada británica, la embarcación había trasladado a setecientos hombres desde Nápoles. Entre ellos, dos compañías del 83.º Batallón Químico de Morteros debían volver a enlazar con los soldados de asalto de Darby para aportar potencia de fuego adicional. El empeoramiento del tiempo y el vendaval del oeste habían originado unas olas de seis metros que arremetían contra el barco por el costado y fueron arrastrando el ancla metro a metro hasta que chocó contra una mina alemana. La detonación abrió una hendidura de quince metros en el casco de estribor, y prendió fuego al gasóleo y los barriles de combustible. Las llamas se colaban por los ventiladores. Al cabo de dos minutos, la cubierta superior y el puente estaban ardiendo. Casi todos los

artilleros dormían en la bodega, que se inundó y se convirtió en un crematorio. El estallido de los misiles y las ráfagas de fósforo blanco irrumpieron a través de una escotilla de popa, lo cual obligó a los ocupantes de la cubierta a agazaparse detrás de las cureñas. Ahora que el suministro eléctrico había quedado cortado y que la embarcación era pasto de las llamas, los hombres caían a las gélidas aguas.<sup>107</sup>

Los barcos que salieron al rescate enfocaban sus reflectores entre la agitación del oleaje. Cuando se acercó el *LCI-32*, éste también impactó contra una mina y se desvaneció en tres minutos, arrastrando a treinta tripulantes al fondo. «El mar embravecido y el fuerte viento hacían muy difícil maniobrar el barco junto a los desventurados», recogió el diario de guerra del dragaminas *YMS-43* a las siete de la mañana. «Lo mejor era utilizar los bicheros, aunque muchos salvavidas se rompían por la presión. Se ahogaban supervivientes por todas partes».<sup>108</sup>

A las 8:45, con una lluvia de proyectiles que caían como si fuesen metralla, el diario del dragaminas registró: «No se avistan más cuerpos flotando». Las compañías de mortero perdieron casi trescientos hombres de los 454 soldados norteamericanos y 29 marineros británicos que fallecieron.<sup>109</sup> El *LST 422* se partió por la mitad y naufragó a las 14:30. Los cuerpos recuperados se introdujeron en bolsas de lona cosidas, que se lastraron con proyectiles antiaéreos y fueron arrojadas al mar. Los ahogados incluían al soldado Billy C. Rhoads, de Albia, Iowa, cuyo hermano dijo años más tarde sobre la funesta noticia, que les fue comunicada mediante un telegrama llegado a la puerta de la casa familiar: «Fue un dolor del que mamá nunca pudo recobrase».<sup>110</sup>

Cuando se intensificaron los ataques aéreos también lo hicieron los bombardeos alemanes. El 26 de enero a mediodía, cuando los supervivientes empapados del *LST 422* arribaron a Anzio, la cabeza de playa había asumido la forma de un rectángulo irregular, con once kilómetros de profundidad y veintidós de anchura. La 3.<sup>a</sup> División de Truscott se encontraba a cinco kilómetros de Cisterna, mientras que la 1.<sup>a</sup> División británica del general de división Penney defendía Aprilia, pero la separaba más de un kilómetro del nudo ferroviario y viario de Campoleone, y dieciséis de Albano. Cada centímetro cuadrado de la cabeza de playa estaba al alcance de las ametralladoras alemanas y parecía vulnerable. Un proyectil impactó contra una tienda de perfumes e inundó el aire con el peculiar aroma de la cordita y la colonia.<sup>111</sup> Otro hizo diana en un polvorín británico e incendió la munición, mientras los soldados arrastraban desesperadamente las latas que perdían gasolina. «Todos corrían de un lado a otro como locos», apuntó en su diario un cabo de la Guardia de Granaderos llamado E. P. Danger.<sup>112</sup>

«El intenso bombardeo empezaba a hacernos zozobrar un poco», agregó el cabo Danger. Uno de sus compañeros norteamericanos coincidía: «Anzio era una pecera», escribió, «y nosotros los peces».<sup>113</sup>

*No me amedrentaré*, había afirmado John Lucas, y pasaría el resto de su vida explicando esa renuencia. Los escépticos ya habían empezado a preguntarse por qué la cabeza de playa seguía siendo tan compacta, por qué el enemigo no había sido derrotado y por qué la campaña no se ganaba. El mariscal del aire sir John Slessor, oficial superior de las fuerzas aéreas británicas en el Mediterráneo, escribió a un colega en Londres cinco días después de los desembarcos:

No me cabe la menor duda de que si hubiésemos sido alemanes o rusos desembarcando en Anzio, habríamos conquistado [la Carretera 6] hace dos días, y quizá a estas horas Roma, y de que el flanco derecho de la línea enemiga que se extiende frente al V Ejército habría sucumbido.<sup>114</sup>

Lucas notaba también que, pese a las efusivas alabanzas de Alexander durante dos visitas a la cabeza de playa, la inquietud de éste iba en aumento, tal vez aguijoneada por el impaciente Churchill. Como si se propusiera convencerse a sí mismo y a la historia, Lucas anotó en su diario:

Al parecer, algunos en las más altas esferas creen que no he avanzado a toda velocidad. Creo que se ha conseguido más de lo que nadie tenía derecho a esperar. Esta aventura siempre ha sido desesperada, y nunca he visto grandes posibilidades de éxito, si por éxito entendemos empujar a los alemanes al norte de Roma.<sup>115</sup>

El vilipendio del Viejo Lucas había comenzado, por falta de coraje, de audacia y de imaginación.<sup>116</sup> Mucho después del final de la guerra, Lucas sería ridiculizado como la encarnación moderna de George B. McClellan, el tímido general de la Guerra Civil que, según decían, padecía «la enfermedad de la leche». Incluso quienes aplaudieron la prudencia de Lucas se lamentaban de que no se hubiese apresurado a conquistar los nudos viarios de Campoleone y Cisterna, lo cual habría complicado el cerco alemán de la cabeza de playa. «Después de ganar el factor sorpresa en el desembarco», concluyó el juicioso historiador oficial Martin Blumenson, Lucas «procedió a despreciar la ventaja que ello le otorgó».<sup>117</sup>

Es posible, aunque el envite aliado hacia el norte y el noreste comenzó cuarenta y ocho horas después de los desembarcos. Más de sesenta años después de la derrota aliada en Anzio, la cautela de Lucas parece sensata e incluso inevitable, atendiendo a las instrucciones vagas de Clark y a la aprobación jovial de Alexander. Quienes examinaron con más detenimiento la azarosa situación del VI Cuerpo

tendían a convenir que una arremetida desordenada hacia los Colli Laziali habría sido una imprudencia. El futuro mariscal de campo John H. Harding, nuevo jefe del Estado Mayor de Alexander, dedujo que Lucas «probablemente salvó a las fuerzas de Anzio del desastre».<sup>118</sup> Clark llegó a una conclusión similar. El general de división G. W. R. Templer, que pronto estaría al mando de una división británica en Anzio y detestaba a Lucas, opinaba que, si el cuerpo hubiese marchado a toda prisa hacia el norte, «en cuestión de una o dos semanas no habría quedado un solo efectivo británico en la cabeza de puente. Todos habrían sido asesinados, heridos o apresados».<sup>119</sup> Y George Marshall, que rara vez se dignaba juzgar disputas tácticas, señaló que «por cada dos kilómetros de avance debían añadirse once kilómetros o más al perímetro», lo cual habría hecho todavía más vulnerables los flancos aliados.<sup>120</sup>

Cinco años después de la guerra, Alexander reconoció que, «al final, el curso real de los acontecimientos probablemente fue el más ventajoso».<sup>121</sup> Su valoración se hacía eco de la del mariscal de campo Wilson, sucesor de Eisenhower en el cuartel general de las fuerzas aliadas, que también concluyó que haber avanzado «hacia los montes Albanos con un contingente a medio constituir podría haber acabado en un desastre irreparable».<sup>122</sup> Podía percibirse a John Lucas como un capitán de batalla deficiente, con ansiedades manifiestas y un semblante paternal que no inspiró a los hombres bajo coacción. «Estaba absolutamente dominado por la apatía y era incapaz de tomar una decisión», protestaba más tarde el general Templer. «Como comandante no poseía cualidades de ninguna clase.»<sup>123</sup> Pero al mirar por la ventana norte de su casa en la Piazza del Mercato, Lucas encontró el coraje en convicciones que salvarían a su cuerpo incluso al precio de su reputación. «Aunque hubiese podido correr hacia las montañas», escribió en su diario cuando se recrudecieron la artillería y los ataques aéreos alemanes.

...no se habría conseguido nada salvo debilitar a mis fuerzas, pues las tropas enviadas, al quedar fuera del alcance de cualquier apoyo, habrían sido destruidas inmediatamente. Lo único que podía hacerse es lo que yo hice.<sup>124</sup>

## A TRAVÉS DEL ESPEJO

En un fresco día de enero de 1752, una columna de soldados de casi un kilómetro de longitud desfilaba por un campo a las afueras de Caserta, un pueblo emplazado treinta y dos kilómetros al norte de Nápoles, en una provincia famosa en la antigüedad por «la belleza y la alegría de sus mujeres»,<sup>125</sup> así como por la revuelta

de esclavos encabezada por el gladiador Espartaco en 73 a.C.<sup>126</sup> Con cuatro cañones situados de modo que denotaran sendas esquinas, las tropas formaban un rectángulo que delineaba el contorno de los muros externos de un futuro palacio real inspirado en Versalles. La construcción requeriría veinte años de duro trabajo por parte de un regimiento de picapedreros, ayudados por trabajadores forzados de las prisiones y esclavos de las galeras. Una vez terminado, el palacio se convirtió en un monumento a la ostentación borbónica: mil doscientas habitaciones, cuatro patios entrelazados, una increíble escalinata de mármol más grande que cualquiera que hubiese descendido Luis XIV, un teatro con cuarenta palcos, una capilla ribeteada de lapislázuli, y un mobiliario interior que, según los rumores, había costado seis millones de ducados. La bañera de la reina estaba recubierta de oro, y las figuras en bajorrelieve que colgaban de la pared se habían pintado con los ojos cerrados para impedir que vicharan el trasero real; un artilugio oculto permitía a la reina observar en secreto a los transeúntes mientras ella se ponía en remojo. Sólo la fachada sur del edificio, con sus 243 ventanas, medía 250 metros de largo y 40 de alto. Aquel día de enero, al depositar la piedra inaugural con una paleta de plata, el monarca napolitano Carlos III seleccionó una invocación latina que pedía que el palacio y sus jardines fuesen «para siempre borbónicos».<sup>127</sup>

Lamentablemente, casi dos siglos más tarde, los angloamericanos estaban firmemente instalados. Conquistado el 8 de octubre, el Palacio de Caserta servía ahora de cuartel general al V Ejército de Clark y el 15.º Grupo de Ejércitos de Alexander, que reclamó el quinto piso el 20 de enero.<sup>128</sup> Todos los mapas y hasta el último mueble, incluido un par de sillas de felpa roja del general Alex, tuvieron que ser transportados por un tramo de ciento veinticuatro escalones hasta lo que un comandante británico describió como «una especie de laberinto revuelto por el que deambulaba uno».<sup>129</sup> Una escuela para aviadores italianos había ocupado anteriormente aquella planta, que estaba atestada de motores de avión, túneles aerodinámicos y hasta el fuselaje de un bombardero. «Todo», escribió Harold Macmillan en su diario, «estaba desordenado».<sup>130</sup> Se organizó una sala de operaciones, con un centinela junto a la puerta y mapas colgados de la pared. Alexander se entretenía en la perrera de palacio y dormía en un vivaque a tres kilómetros de allí, así que había mucho trajín por aquellos ciento veinticuatro escalones.<sup>131</sup> Los agentes de espionaje británicos trabajaban en caravanas cerca del edificio, quemando incesantemente secretos en un elegante incinerador de ladrillo rematado por unos escalones empinados, que le daban un aire de templo pagano.<sup>132</sup>

Acabaron trabajando quince mil soldados aliados en Caserta, que pronto se convirtió en una parodia barroca del Pentágono.<sup>133</sup> El lugar era tan cavernoso que un residente afirmó que era la única casa en la que le había salido volando el sombrero. Tras estudiar una montaña de planos del palacio, los oficiales de comunicaciones llegaron a la conclusión de que cablear unos muros de sesenta centímetros de grosor era imposible; por tanto, los cables y las líneas telefónicas «entraban y salían por las ventanas y rodeaban el exterior»,<sup>134</sup> lo cual daba al palacio la apariencia de estar apuntalado, o incluso atado de pies y manos. Para un oficial de un escuadrón de apoyo a operaciones, Caserta evocaba a «una fábrica de algodón de Nueva Inglaterra»,<sup>135</sup> mientras que un homólogo lo comparaba con «Alcatraz sin la bahía». Una brisa fresca provocaba el golpeteo de cientos de postigos, y el cuartel general «parecía medianoche en el manicomio».<sup>136</sup>

En el edificio había poco calor, menos higiene y «una acumulación de pulgas desde hacía ciento ochenta años». Los oficiales del Estado Mayor se sentaban a unas mesas de contrachapado apoyadas sobre caballetes, «temblando o bien rascándose las picaduras de pulga».<sup>137</sup> Los británicos querían las ventanas abiertas, los norteamericanos insistían en dejarlas cerradas, y Alexander se vio obligado a promulgar un decreto salomónico, según el cual quien llegara primero a la oficina podría hacer lo que quisiera con las ventanas lo que restaba del día.<sup>138</sup> Un huésped políglota entraba y salía de palacio: soldados británicos y estadounidenses, pilotos de la RAF y chicas de la Cruz Roja, *carabinieri* con tricornios y abrigos con faldones; indios con turbante; polacos ataviados con el uniforme de batalla británico e insignias rojas y blancas en el hombro; y colonos franceses con el fez y la sarga color oliva del Tío Sam. Incluso algún *goum* marroquí esporádico se paseaba ruidosamente, ataviado con el albornoz a rayas que los soldados estadounidenses llamaban «camisón».<sup>139</sup>

Las mil doscientas habitaciones se habían convertido en dormitorios, refectorios, oficinas, panaderías, lavanderías y una barbería, donde un corte a navaja costaba cuatro centavos.<sup>140</sup> Un espacioso salón servía de cancha de baloncesto cubierta,<sup>141</sup> y se dedicó una suite de tres habitaciones a una exposición sobre las enfermedades venéreas, con gráficas fotografías en color que pretendían infundir a los soldados el temor de Dios y las mujeres de vida alegre.<sup>142</sup> Tiras de papel protector cubrían los enormes espejos del palacio, pero nada pudo impedir que los soldados estadounidenses dejaran sus huellas en el revestimiento de seda y los tapices de las paredes de la sala del trono y las cámaras de los ministros.<sup>143</sup>



Una bomba errante había retorcido los tubos del órgano que albergaba la capilla de palacio, y en ocasiones llegaba el rumor de la artillería desde el frente de Cassino. Pero la guerra parecía cada vez más lejana para las «tropas de guarnición» de Caserta, como las llamaba Bill Mauldin —«en una posición demasiado avanzada para llevar corbata y demasiado atrasada para recibir un disparo»—. Un cirujano del ejército describió el comedor de los altos oficiales como «un ostentoso salón privado con mala ventilación, lleno de coroneles ancianos cenando bistec asado y otros lujos».<sup>144</sup> Las mesas se adornaban con la porcelana ribeteada en oro de palacio y una cristalería con el grabado de la corona real.<sup>145</sup> El chef había trabajado en su día en el Ritz de Nueva York, pero la mayoría de los camareros eran soldados convalecientes que tenían pavor a las bombas. «Se decía, con bastante crueldad, que si a alguien se le caía un plato, todos se agachaban para guarecerse», comentaba un visitante.<sup>146</sup>

Los oficiales bebían ron o coñac mezclado con Coca-Cola en el bar del palacio;<sup>147</sup> a George Biddle sus rostros le parecían «blandos e hinchados»<sup>148</sup> en comparación con los semblantes de Jack Toffey y los de su clase, que combatían en la línea del frente. En las fiestas, escribió una capitana, «Bill, Ralph o cualquiera que hubiese bebido se achispaban con el vino barato y decían cada vez más tonterías y se ponían más y más cariñosos».<sup>149</sup> Se disputaban partidas de póquer maratonianas en la suite real, incluida una en la que, supuestamente, el coronel Elliott Roosevelt, hijo del presidente, perdió tres mil dólares; cuentan que acabó pagando la deuda con un fajo de billetes ingleses de cinco libras, «tan grandes como hojas de repollo».<sup>150</sup> Dos veces por semana, la Compañía de Ópera San Carlo llegaba de Nápoles para interpretar *Tosca* o *Madama Butterfly* en el teatro de palacio.<sup>151</sup> Un asiento en el palco costaba 1,25 dólares, y al elenco se le retribuía sobre todo con raciones del ejército.<sup>152</sup>

Caserta era un «mundo en el espejo», escribió un oficial. «No se siente odio con el estómago lleno y un baño caliente.»<sup>153</sup> Para mantener la apariencia de una vida militar, algunos comandantes insistían en que sus tropas de guarnición al menos acamparan en el exterior. Pronto se extendieron en los jardines palaciegos vivaques que, a lo largo de tres kilómetros, manifestaban sus propias cualidades de País de las Maravillas, con cabañas para las duchas, pistas para jugar a *softball*, mesas de *backgammon* y canchas de voleibol. La Guardia de Granaderos practicaba arrastrando sus lanchas de asalto entre los rosales antes de remar furiosamente en los estanques decorativos, que los soldados hambrientos se apresuraron a despojar de peces.<sup>154</sup> El hidroavión de Clark aterrizaba entre los campos de azucenas sobre una piscina reflectante de cuatrocientos metros de largo.<sup>155</sup>

Justo al norte del palacio, los ingenieros construyeron una colonia para los generales, conocida como las Cascadas.<sup>156</sup> Una elaborada fuente situada cerca de allí representaba a la diosa Diana y sus siervas sorprendidas durante el baño por el cazador Acteón, que, a consecuencia de ello, fue transformado en ciervo y despedazado por sus propios perros. Las Cascadas incluía un salón con chimenea, una pista de tenis, una pista de baile en forma de U, y un estanque embarrado e infestado de anguilas que servía de charca para bañarse. Los ingenieros que edificaron el complejo se quejaban en el diario de su unidad: «La sensación de los hombres es que han venido aquí para ganar una guerra. La construcción de casas de veraneo y piscinas no entra en esa categoría».<sup>157</sup>

Entre las peculiaridades de Caserta destacaba el hecho de que la 6.681.<sup>a</sup> Compañía de Comunicaciones con Palomas Mensajeras mantuviera veintidós buhardillas con ocho mil pájaros que arrullaban,<sup>158</sup> entre ellos un palomo azulado llamado GI Joe, al que se atribuía la entrega de un mensaje que había impedido el bombardeo de una ciudad ya conquistada por los británicos. Los ruiseñores también colmaban de música los bosques de Caserta, lo cual llevó a un oficial a escribir: «Todo el mundo coincide en que el canto del ruiseñor es bello, pero nunca he visto mencionar que también resulta extremadamente ruidoso».<sup>159</sup> Un sargento británico se expresó con más rotundidad: «Esperen a escucharlos todas las malditas noches. Ese dichoso ruido te llega al tuétano».<sup>160</sup>

Clark casi nunca perdía la oportunidad de abandonar los antros de perdición de Caserta para visitar el frente,<sup>161</sup> y a las 3:45 del viernes 28 de enero, se montó en un coche militar y aceleró por el grandioso camino, pasando frente a las fábricas de seda y cuerda, donde el cáñamo se sumergía en pozos poco profundos para ablandar las fibras.<sup>162</sup> Cuarenta kilómetros al oeste, cerca de la desembocadura del Volturno, una lancha motora lo llevó río abajo, donde dos torpederos de veinticuatro metros de eslora, el *PT-201* y el *PT-216*, cabeceaban con el ancla echada.<sup>163</sup> La pequeña lancha motora topó con un banco de arena e hizo tanta agua que Clark estaba calado hasta los huesos cuando se sentó en un taburete detrás del puente del *201*. Cuando el primer atisbo del amanecer bañó de gris el cielo del este, las triples hélices de las patrulleras les condujeron por el azulado Tirreno en dirección noroeste para cubrir el trayecto de ciento diez kilómetros que les separaba de Anzio. La tripulación no se molestó en enviar por radio una señal de navegación a la flota aliada de la cabeza de playa.<sup>164</sup>

Alexander había acuciado a Clark para que realizara este viaje, y el jueves se preguntaba en voz alta si Lucas era suficientemente agresivo.<sup>165</sup> ¿La cabeza de playa necesitaba a «un hombre con empuje como George Patton?», ponderaba Alexander. Sin duda alguna, el VI Cuerpo debía ganar terreno para conquistar Campoleone y Cisterna. «Se deben correr riesgos», añadió Alexander.<sup>166</sup> Clark prometió transmitir el mensaje.

Habían pasado más de cinco meses desde que Clark desembarcó en Salerno, y esa larga temporada le había envejecido. Durante una visita a Caserta a principios de enero, Patton había apreciado —con evidente placer— síntomas de estrés en el comandante del V Ejército. «La comisura izquierda de la boca de Clark está ligeramente desviada hacia abajo, como si hubiese sufrido una parálisis», plasmó en su diario. «Se le ve bastante nervioso.»<sup>167</sup> El 18 de enero, Clark había pedido a Renie que le enviara tónico capilar Kreml. «Me parece que masajearme el pelo con ese producto impedía que se me cayera, cosa que durante un tiempo ocurría bastante.»<sup>168</sup> La masificación del palacio real agravaba la tensión, y Clark tenía previsto desplazar su puesto de mando avanzado a un olivar situado en una colina por debajo de Presenzano, a dieciséis kilómetros de San Pietro. Alexander «y muchas figuras menores se han trasladado a Caserta, justo encima de mi cuartel general», anotó Clark en su diario el 23 de enero. «Nunca antes en la historia militar ha habido tantos mandos para tan pocos subordinados.» En cuanto a la batalla de Anzio, Alexander «parece creerse el mandamás. No puedo hacer mucho al respecto».<sup>169</sup>

La soledad del alto mando le oprimía. «Cuantas más estrellas recibe un hombre, más solo se encuentra», dijo a Renie. Mis compañeros «solían visitarme por la noche, pero ya no lo hacen».<sup>170</sup> Propuso a Renie que le enviara a Pal, el cocker spaniel de la familia, para que le hiciese compañía. Clark, un redactor de cartas solícito pero indiferente, a veces daba rienda suelta a sus frustraciones con ella. Cuando Renie lo alentó a evitar riesgos personales, él respondió: «Tú pon las chuletas de cordero al fuego que yo dirigiré el ejército».<sup>171</sup> El 11 de enero, cuando su esposa le contó que había estado demasiado ocupada para aceptar una invitación a comer de Eleanor Roosevelt, Clark contestó: «Me siento muy molesto ... Creo que deberías dedicar tiempo a esas cosas».<sup>172</sup>

Clark seguía al pie del cañón, y ella también. Viajando durante meses y meses, en ocasiones con Glenn Miller y otras celebridades, a Renie se le atribuían unas ventas de veinticinco millones de dólares en bonos de guerra. También predicaba con profusión las virtudes de la causa estadounidense y de su marido, a quien describía «trabajando con serenidad en su tienda de campaña prácticamente bajo los

cañones enemigos». Ante mil doscientas damas que asistieron a un almuerzo del Rito Escocés en Indianápolis, Renie lo retrató como «un hombre muy bueno y bastante religioso».<sup>173</sup> Leía a menudo sus cartas en voz alta e incluso mostraba los pantalones, encogidos por el agua salada del Mediterráneo, que Clark perdió temporalmente durante su celebrada misión secreta en Argelia en octubre de 1942. George Marshall había advertido a Clark sobre su afición a la publicidad, siempre tan antagónica a la ética desinteresada que personificaba el jefe del Estado Mayor. También transmitió a Eisenhower su queja de que el comandante del ejército estaba «siendo convertido en una víctima por su mujer».<sup>174</sup>

«Me da un poco de vergüenza mencionarlo», escribió Eisenhower a Clark a finales de noviembre, pero «está usted siendo perjudicado inadvertidamente por un tipo de publicidad concreta en Estados Unidos ... George Catlett Marshall ha señalado específicamente que algunos aspectos muy reiterados han motivado cierta mofa, y posiblemente incluso sarcasmo».<sup>175</sup>

Clark estaba furioso, y reprendió a Renie en dos ocasiones. Si le seducía la atención pública, prefería orquestarlo él mismo. «No quiero que me menciones de ningún modo en tus conversaciones», escribió después de leer el telegrama de Eisenhower. «Ni una sola alusión a mi persona, pues algunas que he leído últimamente son vergonzosas ... Odio escribirte acerca de este asunto de la publicidad, porque creo que tu labor es excelente.»<sup>176</sup> Un mes después, cuando una revista citó sus cartas, Clark farfulló bastante al escribir a Renie. «Me arrepiento mucho. He dicho tantas cosas sin llegar a ninguna parte que no sé qué hacer», se quejaba. «Por Dios, procuremos que no vuelva a salir nada de eso a la luz.»

Las virtudes de Clark como comandante deberían haber sido suficientemente obvias sin la defensa de Renie. Era disciplinado, intrépido y, como dijo un coronel con admiración, «de gran calibre».<sup>177</sup> Buena parte de las horas que estaba despierto las pasaba entre sus soldados, a menudo en situaciones peligrosas, con una de sus largas piernas apoyada sobre el guardabarros del jeep durante lo que él denominaba las visitas «al cuadrilátero».<sup>178</sup> Las enormes complejidades logísticas y administrativas que comportaba dirigir un gran ejército no le perturbaban lo más mínimo. Atendía las peticiones llegadas desde el frente y a los incentivos que se adeudaban a los soldados que volvían a la retaguardia para descansar. Para levantar el ánimo, encargó una canción para el V Ejército y distribuyó letras mimeografiadas para que el público, desconcertado, pudiese cantar a pleno pulmón el himno en la ópera de Caserta.<sup>179</sup> «Quiero que mi cuartel general sea un lugar alegre», declaró.<sup>180</sup>

Ahí estaba el problema. «El general era un hombre difícil de complacer», recordaba Vernon A. Walters, un ex edecán, que más tarde fue ascendido al rango de tres estrellas y trabajó como embajador de Estados Unidos ante Naciones Unidas.<sup>181</sup> «Muchas veces me metía en el saco de dormir por la noche y leía con la linterna mis cartas de recomendación y las menciones para cerciorarme de que yo no era un tonto redomado.» Poco dado a pedir consejos o a reconocer errores, Clark transmitía una altivez que su altura agudizaba todavía más: miraba literalmente por encima del hombro a casi todo el mundo. «Era un hombre muy impaciente», aseguró un oficial del Estado Mayor en una ocasión, y en Italia eso no constituía necesariamente una virtud.<sup>182</sup> A veces recriminaba a sus edecanes y castigaba a su Estado Mayor, incluido el sufrido Al Gruenther, cuya piel pálida, nariz afilada y frente alta recordaban bastante a un «un florentino renacentista», según un observador.<sup>183</sup> Cada mañana temprano, Clark convocaba a sus comandantes de cuerpo para acabar reprendiendo a su Estado Mayor por saber menos que él sobre los acontecimientos que se habían producido durante la noche; Gruenther respondió enviando oficiales al frente a última hora de la noche para que pudieran dar partes telefónicos antes de que Clark se despertara.

Ya había empezado a pensar en Roma con actitud posesiva. A últimos de enero, Clark manifestó al mariscal de campo Wilson que el V Ejército había librado «una batalla larga y sangrienta al norte de la península Italiana» y que tenía «derecho a ocupar Roma».<sup>184</sup> Animó al periodista C. L. Sulzberger a que los siguiera de cerca para «poder contar al mundo cómo Mark Clark conquistó Roma». Otro corresponsal, Eric Sevareid, concluyó que, para Clark, la campaña italiana era eminentemente una oportunidad para cosechar «publicidad personal, sin la cual la guerra era una tarea aburrida, carente de *glamour* y recompensa».

Desde luego, esa apreciación era demasiado dura. Al igual que su incipiente alopecia y su labio caído, la creciente fijación de Clark por Roma era en parte una manifestación del estrés. La conquista de la ciudad no sólo cumpliría un objetivo militar y político, sino que también ratificaría que aquella dolorosa campaña había merecido la pena. Desde Salerno, las bajas en combate superaban las 37.000 sólo en el V Ejército.<sup>185</sup> Si una muerte era una tragedia y un millón una estadística, ¿qué serían los 20.000 cadáveres necesarios para tomar Roma?<sup>186</sup> En un momento de franqueza, Clark dijo a Vernon Walters:

Si en ocasiones parezco poco razonable, no olvide que las cargas que soporto son grandes. Llega un momento en que tengo que dar órdenes que supondrán la muerte a gran cantidad de jóvenes excelentes, y ésa es una responsabilidad que no puedo compartir con nadie. Debo sobrellevarla yo solo.<sup>187</sup>

Durante dos horas, los torpederos navegaron rumbo al norte a casi cuarenta nudos, esquivando a las baterías alemanas dispersadas en la orilla, cerca de Monte Circeo, donde la hechicera Circe, hija del Sol, había convertido a los hombres de Odiseo en cerdos. La neblina matinal envolvía el mar y la vibración de los motores ahogaba cualquier conversación. Clark se acomodó en su taburete, absorto en sus pensamientos. Los vigías escrutaban las olas que se formaban delante de ellos. «A veces», avisó un ex combatiente de Anzio, «lo que parece una tabla a la deriva resulta ser un cadáver».<sup>188</sup>

A las 8:40, veinte kilómetros al sur de Anzio, el dragaminas *U.S.S. Sway* dio el alto con su reflector de treinta centímetros de diámetro, y pidió que se identificaran las embarcaciones que se aproximaban dejando a su espalda el sol naciente.<sup>189</sup> La visibilidad era escasa, las ofensivas aéreas en la cabeza de playa habían desencadenado una alerta, y el *Sway* había sido atacado varias noches antes por torpederos alemanes. Clark gozaba de una mejor panorámica cuando el *PT-201* emitió de nuevo una señal con un alcance de mil ochocientos metros y luego lanzó la indicación de reconocimiento del día: bengalas verdes y amarillas.

Un minuto después del alto inicial, el *Sway* abrió fuego.<sup>190</sup> Proyectiles de 8 cm silbaron sobre el mar. El *PT-216* puso rumbo a puerto y se alejó a gran velocidad, pero el *201* se detuvo en seco para calibrar los daños provocados por el disparo que había recibido en el armazón. Las siguientes ráfagas astillaron el contrachapado y la caoba. Un proyectil impactó contra la camareta alta del *201* e hizo saltar en pedazos el taburete de Clark, y otro atravesó la diminuta cocina que había debajo. Andanadas del calibre 50 y de 40 mm volaban alrededor del barco como avispones. «Las balas de ametralladora y material más pesado hendían el aire sobre nosotros, emitiendo silbidos y zumbidos», afirmaba Frank Gervasi, un corresponsal de *Collier's* que se había apuntado al paseo. La salva inicial hirió a cinco soldados, dos de ellos mortalmente. La cubierta estaba resbaladiza por la sangre de un oficial que tenía una arteria de la pierna seccionada y de un marinero al que habían volado la rótula. Por unos instantes nadie tripuló la nave, hasta que un alférez asió el timón pese a estar herido en ambas piernas. Clark cogió el lanzabengalas y disparó más cohetes verdes y amarillos, ignorando que la niebla daba un aspecto rojizo a la pirotecnia amarilla vista desde el puente del *Sway*. Continuaron los disparos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Clark a un teniente herido.

—No lo sé.

—Larguémonos de aquí.<sup>191</sup>

Clark ayudó al timonel a apoyarse mientras aceleraba y giraba el timón.<sup>192</sup> Perseguida por los proyectiles del dragaminas, la embarcación viró y se dio a la fuga dejando una gran estela tras de sí. Media hora después, el 201 se reunió pacíficamente con el *H.M.S. Acute*, y transfirió a los heridos al buque de guerra británico. El capitán del 216 subió a bordo del 201 y lo guió hacia Anzio a mediodía, no sin que antes otra razia alemana que cayó sobre el puerto retrasara más a Clark. La tripulación del *Sway* no mostró arrepentimiento. «La maldita luz era pésima y no podíamos interpretar vuestras señales», dijo un marinero a Gervasi. Aunque el capitán del *Sway* aseguró que el incidente era «un cargo de conciencia para todos los oficiales y los hombres que iban a bordo», culpó a los torpederos de su desventura.<sup>193</sup> Una investigación de la Armada admitió los argumentos, pero en privado, Clark acusó al dragaminas de haber cometido «el error de cálculo más flagrante» que jamás había presenciado.<sup>194</sup>

Si la mañana había entrado en «una espiral descendente», según las irónicas palabras de Clark,<sup>195</sup> una tarde en el puesto de mando de Lucas no compensó ni remotamente la jornada. Los oficiales del Estado Mayor del VI Cuerpo trabajaban en antiguos barracones militares italianos cerca de la Piazza del Mercato, en Nettuno, pero el fuego de artillería y una bomba que no había hecho explosión al atravesar el techo pronto forzarían el traslado del cuartel general a las bodegas de vino enterradas bajo una *osteria* del número nueve de Via Romana.<sup>196</sup> Ahora, los sacos de arena apilados en torno al cuartel ganaban altura cada hora que pasaba. Los marineros que se adentraban en el puerto de Anzio hacían apuestas sobre si aquel bloque de apartamentos blanco o aquella villa de color rosa seguirían en pie a su regreso.<sup>197</sup>

Lucas, envuelto en una gabardina militar con cinturón y chupeteando su pipa de mazorca, utilizó un gran mapa para exponer a Clark su apurada situación. El fuerte oleaje a veces impedía el acceso a las playas de desembarco, y el martes, una tormenta repentina había aislado todos los pontones de la Armada en la costa antes de que pudieran ser recuperados del agua.<sup>198</sup> Los ataques enemigos con frecuencia interrumpían las operaciones portuarias y hostigaban a la flota de cargueros. Preocupaba más el regreso inminente de la mayoría de las lanchas de desembarco a Gran Bretaña; sólo quedarían doce en el Mediterráneo a partir del 10 de febrero, y se precisarían al menos setenta y dos cargamentos en Anzio a mediados de ese mismo mes. Las necesidades de material habían pasado de mil quinientas toneladas diarias a dos mil trescientas. Algunas lanchas de desembarco provenientes de Nápoles transportaban en aquel momento cientos de toneladas de munición, lo cual

suponía el triple del cargamento recomendable, y los mediadores de la Armada habían empezado a registrar goletas civiles para su uso como embarcaciones de carga.<sup>199</sup>

En cuanto al enemigo, el G-2 de Lucas identificaba cada día más unidades alemanas que convergían en la cabeza de playa: la 29.<sup>a</sup> División de Granaderos Panzer, y luego la Hermann Göring, dos divisiones acorazadas del sur de Francia y la 90.<sup>a</sup> División de Granaderos Panzer.<sup>200</sup> Según estimaciones del día anterior, cuatro mil soldados alemanes de unidades de infantería y acorazadas ocupaban Albano, incluidos dos batallones de paracaidistas y varios centenares de tropas a caballo y en motocicleta.<sup>201</sup> Si los Aliados no habían sido superados en número, era sólo cuestión de tiempo: el domingo, unos setenta y dos mil alemanes se enfrentarían a sesenta y un mil angloamericanos.<sup>202</sup> El enemigo parecía decidido a empujar la cabeza de playa hacia el mar, aunque era incierto. «No lidiamos con lo real», como les gustaba decir a los oficiales de espionaje, «sino con lo probable».<sup>203</sup>

Lucas daba caladas a su pipa. Como escribiría pronto en una nota privada al general de brigada Robert Frederick, cuya 1.<sup>a</sup> Fuerza de Servicio Especial se dirigía a la cabeza de playa: «Nuestros enemigos no reaccionaron exactamente como esperábamos. Se incorporaron más efectivos».<sup>204</sup>

Nada de esto sorprendió a Clark.<sup>205</sup> Las interceptaciones del espionaje británico habían aportado detalles claros sobre los movimientos alemanes durante la Operación Richard, entre ellos el traslado de soldados pertenecientes a catorce divisiones desplegadas en Francia, Alemania, el norte de Yugoslavia y otros lugares. Incluso el hospital alemán de enfermedades venéreas de Roma había sido inspeccionado cuidadosamente.<sup>206</sup> Sin embargo, en muchos casos sólo habían alcanzado la cabeza de playa fracciones de esas unidades enemigas. Clark comunicó a Lucas que la oposición acumulativa no excedía «las tres divisiones completas»,<sup>207</sup> con indicios de que Kesselring estaba teniendo dificultades para reforzar el frente de Lucas. Razón de más, añadió Clark, para conquistar rápidamente Cisterna y Campoleone.

Lucas estaba de acuerdo. De hecho, Truscott había dado orden aquel mismo día para iniciar un ataque contra Cisterna, que se ejecutaría infiltrando a soldados de asalto y dos regimientos de la 3.<sup>a</sup> División, todos ellos en dirección a la Carretera 7.<sup>208</sup> La Orden de Campaña n.º 20 del VI Cuerpo coordinaría una embestida británica a la izquierda con ese avance estadounidense por la derecha, ambos



orientados a «tomar los terrenos elevados próximos a los Colli Laziali» y a «prepararse para proseguir con el avance hacia Roma». El ataque debía comenzar al día siguiente, el sábado 29 de enero.

Clark asintió. Esperaba que esto aplacara a Alexander y a todos aquellos que le fustigaban desde Londres. Con unas palabras de aliento, se despidió del puesto de mando y se montó en un jeep para cubrir el breve trayecto hasta Villa Borghese;<sup>209</sup> en un pinar situado cerca de la mansión de cien habitaciones, que databa del siglo XVII, planeaba instalar otro puesto de mando del V Ejército para vigilar más estrechamente la cabeza de playa.

Esa posibilidad no complacía más a Lucas de lo que le agradaba la omnipresencia de Alexander en Caserta. En su diario, el comandante del cuerpo escribió:

Su actitud pesimista es indudablemente perjudicial para mí. Cree que yo debería haber actuado con agresividad el día D y haber desplegado tanques y otros elementos en el frente ... Hice lo que me ordenaron, por desesperado que fuese. Podré vencer si me dejan en paz, pero no sé si puedo soportar tener tantas miradas clavadas en el cogote.<sup>210</sup>

En un mensaje remitido a Clark el sábado por la mañana, Lucas se jactaba de una determinación aguerrida. «Saldremos mañana», señaló, «quizá todos a una, si las condiciones lo permiten». Como había instado Alexander, se debían correr algunos riesgos.

La noticia más halagüeña que aguardaba a Clark en Anzio no se encontraba en la cabeza de playa, sino dos kilómetros por encima de ella. El 27 y el 28 de enero, una misteriosa unidad de cazas, conocida formalmente como el 99.º Escuadrón de Cazas (Independiente), dejó su primera impronta destacable en combate, y sus ametralladoras escupieron proyectiles que abatieron a doce aviones alemanes.<sup>211</sup> A pesar de lo alentadora que fue la acción para el cuerpo de Lucas, la contribución de unos veinticinco pilotos negros —conocidos en su conjunto como los aviadores de Tuskegee, por el campo de Alabama en el que habían aprendido a volar— tendría eco más allá de la cabeza de playa, de Italia y de la guerra.

Este momento había tardado mucho en llegar. Los negros habían combatido en todas las guerras estadounidenses desde la Revolución;<sup>212</sup> de los más de doscientos mil que sirvieron con el uniforme de la Unión durante la Guerra Civil, habían caído treinta y tres mil. Después de la contienda, el Congreso creó cuatro regimientos

militares para negros, contando dos unidades de caballería conocidas más tarde entre los indios de las llanuras altas como «soldados búfalo» por el supuesto parecido de su cabellera con el pelaje del animal.<sup>213</sup>

Más de un millón de negros sirvieron también durante la primera guerra mundial, pero sólo cincuenta mil entraron en combate. El comandante blanco de una unidad negra acusó a sus tropas de ser «completamente inferiores, holgazanas e indolentes ... Si necesita soldados de combate, y sobre todo si los necesita con urgencia, no pierda el tiempo con los negros».<sup>214</sup> Un teniente coronel citado en un estudio del Departamento de Guerra datado en 1924 expresó la tendencia blanca predominante: «La raza blanca aventaja en miles de años a la negra en el desarrollo psicológico superior».<sup>215</sup> En el período de entreguerras, los campamentos militares del sur de Estados Unidos adoptaron cada vez más legislaciones y costumbres Jim Crow;<sup>216</sup> una directriz promulgada por el Departamento de Guerra en 1936 agregó la designación «de color» a cualquier unidad compuesta por soldados no blancos.<sup>217</sup>

No había muchos. Cuando estalló la segunda guerra mundial en septiembre de 1939, servían en el ejército de Estados Unidos menos de cuatro mil negros; transcurridos más de dos años, la Armada estadounidense sólo contaba con seis marineros negros<sup>218</sup> —excluyendo a los camareros de comedor—, y veinticinco más ya jubilados. Una normativa en siete puntos aprobada por la Casa Blanca en 1940 comenzaba con la premisa de que «el personal negro del ejército será proporcional al de la población general (en torno al 10 por 100)», y finalizaba con un compromiso de intolerancia: «Se mantendrá la segregación racial».<sup>219</sup> Existían pocas oportunidades de liderazgo. En el momento del desembarco de Anzio, el ejército de Estados Unidos poseía 633.000 altos mandos, de los cuales sólo 4.500 eran negros.<sup>220</sup> La Armada estadounidense era peor, con 82.000 marineros negros alistados y ningún oficial de esa raza; el Cuerpo de Infantería de Marina, que había rechazado a todos los negros hasta que intervino el presidente Roosevelt, no nombraría a su primer oficial negro hasta varios meses después del final de la guerra.

En 1940, otro decreto del Departamento de Guerra afirmaba que la segregación había sido «satisfactoria durante muchos años».<sup>221</sup> Un sondeo realizado entre los reclutas blancos en 1942 reveló «un marcado prejuicio si debían compartir las instalaciones de esparcimiento, el teatro o el economato con los negros»;<sup>222</sup> de los soldados sureños encuestados, sólo un 4 por 100 estaba a favor de ofrecer los mismos privilegios a sus compañeros negros en el economato. Los soldados blancos «se han pronunciado con respecto a los negros», concluyó el

general adjunto. «El ejército no es un laboratorio sociológico.»<sup>223</sup> La segregación provocó despidos perversos —un memorando del ejército señalaba en julio de 1943: «La 93.<sup>a</sup> División tiene tres bandas de música y la 92.<sup>a</sup> División cuatro»—<sup>224</sup> pero imperaba el *statu quo*. «Los experimentos en el seno del ejército para la solución de problemas sociales suponen un peligro para la eficiencia, la disciplina y la moral», advertía George Marshall.<sup>225</sup>

La Ley del Servicio Militar de 1940 prohibía la discriminación racial,<sup>210</sup> pero sólo doscientos cincuenta negros formaban parte de las seis mil cuatrocientas juntas de reclutamiento de la nación;<sup>226</sup> la mayoría de los estados del sur rechazaban a *cualquier* miembro afroamericano en las juntas. El trato de la población blanca estadounidense a los cientos de miles de voluntarios y reclutas negros oscilaba entre lo desafortunado y lo infame. La delegación del Congreso de Misisipi solicitó al Departamento de Guerra que mantuviera a todos los oficiales negros fuera del estado mientras durara el conflicto.<sup>227</sup> La discriminación y la segregación seguían siendo la norma en los cuarteles militares, las iglesias, las piscinas, las bibliotecas y las asociaciones filantrópicas del ejército. Los supervisores de prisioneros de origen alemán e italiano podían utilizar el economato en Fort Benning, Georgia; los soldados negros del ejército de Estados Unidos no.<sup>228</sup> *Time* publicó que «a los soldados negros enviados a través de El Paso, en Texas, se les prohibía la entrada al restaurante Harvey House del depósito y les servían raciones frías. Podían ver a los prisioneros de guerra alemanes sentados en el restaurante disfrutando de un plato caliente». En febrero de 1944, un panfleto del Departamento de Guerra titulado *Mando de los soldados negros* advertía a los oficiales blancos que los soldados negros preferían que no se les llamara «chaval, oscurito, títa, mamaíta, negrita y tío».<sup>229</sup> La convulsión y el resentimiento se tradujeron en choques sangrientos entre soldados blancos y negros, no sólo en el sur profundo, sino también en Detroit, Los Ángeles, Nueva York, Arizona e Inglaterra. Cuando un bar sólo para blancos de Carolina del Sur se negó a servir a dieciséis oficiales negros, éstos gritaron: «¡Heil, Hitler!».<sup>230</sup> Muchos negros secundaban la campaña «Doble V» propuesta por un periódico de Pittsburgh: una lucha legítima por la victoria sobre los enemigos en el extranjero y el racismo en casa.<sup>231</sup>

Sin embargo, entrar en combate era en sí mismo una batalla. Entre los estereotipos predominantes estaba la creencia de que los negros eran demasiado estúpidos, haraganes o apáticos para servir como soldados de combate. Un estudio del ejército censuraba su «falta de educación y habilidades mecánicas», así como «un índice de enfermedades venéreas que supera de ocho a diez veces el de los soldados blancos, una tendencia a abusar del material, una falta de interés en la

guerra y, particularmente entre las tropas del norte, una preocupación por los “derechos” raciales que a menudo culminaba en disturbios». <sup>232</sup> En el verano de 1943, sólo un 17 por 100 de los soldados negros poseían el título de bachiller, frente al 41 por 100 de los blancos. En las pruebas militares que medían los logros educativos, en lugar de la inteligencia innata, más de cuatro de cada cinco negros obtenían una puntuación que les situaba en las dos categorías más bajas, en comparación con menos de uno de cada tres blancos. <sup>233</sup> El general McNair, jefe de las Fuerzas de Tierra del ejército, afirmó que «una división de color es una concentración de negros demasiado elevada como para ser efectiva». <sup>234</sup>

A consecuencia de ello, los negros fueron postergados a compañías de intendencia en las que trabajaban de camioneros, panaderos, lavanderos, peones y similares. <sup>235</sup> En enero de 1944, 755.000 negros lucían el uniforme del ejército — constituían un 8,5 por 100 de los efectivos—, pero sólo dos de cada diez pertenecían a unidades de combate, frente a cuatro de cada diez blancos. <sup>236</sup> Bajo la presión de los líderes civiles negros y una necesidad acuciante de combatientes, se habían creado tres divisiones militares negras: la 2.<sup>a</sup> de Caballería, que llegó al Norte de África y fue disuelta para suplir a tropas de servicio; la 93.<sup>a</sup> de Infantería, destinada al Pacífico; y la 92.<sup>a</sup> de Infantería, que llegaría a Italia a finales del verano de 1944 y sería la única división afroamericana que cató el combate en Europa.

Con unos líderes que, por encima del nivel de sección, eran casi exclusivamente blancos, la 92.<sup>a</sup> División soportó pruebas de fuego en las que la participación alemana era sólo parcial. <sup>237</sup> La formación se interrumpió durante dos meses para enseñar a los hombres a leer, pues el analfabetismo en la división superaba el 60 por 100. Un ex combatiente negro describía más tarde «un trasfondo intangible y esquivo de resentimiento, amargura e incluso desesperación entre los oficiales negros y los reclutas de la división». Ese sentimiento podría achacarse en cierta medida al comandante de la 92.<sup>a</sup>, el general de división Edward M. Almond, un autoritario militar de Virginia que se opuso a la integración de las fuerzas armadas hasta el día de su muerte, en 1975. <sup>238</sup> «El hombre blanco ... está dispuesto a morir por su patria. El negro no», afirmaba Almond. «Ningún hombre blanco quiere ser acusado de abandonar la línea del frente. Al negro le da igual ... La gente cree que por ser del sur no nos gustan los negros. En absoluto. Pero comprendemos sus capacidades. Y no queremos sentarnos a la mesa con ellos.» <sup>239</sup> En un informe de alto secreto redactado después de la guerra, Almond sostenía que los oficiales negros carecían de «orgullo, agresividad y sentido de la responsabilidad». <sup>240</sup> Su jefe del Estado Mayor añadió: «Los soldados negros aprenden con lentitud y olvidan con rapidez». <sup>241</sup>

El 99.º Escuadrón de Cazas afrontó esos y otros obstáculos. Antes de la guerra, sólo nueve estadounidenses negros poseían el título de piloto comercial y menos de trescientos tenían licencia privada. La formación comenzó en el aeródromo militar de Tuskegee en julio de 1941; los primeros pilotos recibieron su insignia la primavera siguiente, y tuvieron que esperar un año antes de ser desplegados en el Norte de África como la única unidad negra de las fuerzas aéreas de Estados Unidos en una zona de combate. Lideraba el escuadrón el teniente coronel Benjamin O. Davis, Jr., de treinta años e hijo del único general negro del ejército. El joven Davis había soportado en West Point cuatro años de silencio, ya que sus compañeros de clase se negaban a hablarle por motivos de raza, y le redujeron a lo que él definía como «un hombre invisible». A causa de aquellas tribulaciones, y de los baños, los teatros y los clubes segregados de Tuskegee, Davis llegó a la conclusión de que los negros «podrían vencer más fácilmente las actitudes racistas mediante sus logros», incluida su destreza en la cabina de mando.<sup>242</sup>

Esos logros resultaron difíciles de alcanzar. Una semana antes de la invasión de Sicilia, un teniente negro abatió a un aparato enemigo sobre el Mediterráneo. Pero, a partir de entonces, el 99.º Escuadrón quedó relegado durante meses a tareas tan rutinarias que no avistaron, ni mucho menos destruyeron, un solo avión del Eje.<sup>243</sup> Los accidentes se cobraron la vida de varios pilotos, y el escuadrón se ganó la fama de cenizo. Los superiores blancos expresaron dudas sobre «una falta de espíritu agresivo», y acusaron a los pilotos de Tuskegee de carecer de resistencia, fortaleza y tolerancia a los climas fríos. «El negro no posee los reflejos apropiados para ser un piloto de caza de primera clase», arguyó un general.<sup>244</sup> Hap Arnold, jefe de las fuerzas aéreas estadounidenses, propuso desplazar al 99.º a la retaguardia y «liberar así a un escuadrón blanco» para que combatiera en una posición avanzada.<sup>245</sup> Citando filtraciones de espionaje, *Time* publicaba a finales de septiembre que «el alto mando del aire en general no estaba satisfecho con el rendimiento del 99.º Escuadrón».

Davis, que fue nombrado oficial de un grupo de cazas constituido íntegramente por negros, regresó a Washington en octubre para refutar las críticas ante un comité del Departamento de Guerra.<sup>246</sup> Otros se unieron en defensa del escuadrón, entre ellos un consumado piloto blanco que describió al 99.º como «un grupo de aviadores con habilidades innatas para el bombardeo en picado».<sup>247</sup> El teniente general Ira C. Eaker, aviador jefe estadounidense en el Mediterráneo, concluyó que «un 90 por 100 de los problemas con los soldados negros eran culpa de los blancos».<sup>248</sup> El 99.º Escuadrón se aproximó a la zona de combate al ser trasladado a

un aeródromo situado a las afueras de Nápoles. Aun así, durante seis meses había realizado casi mil cuatrocientas salidas en doscientos cincuenta y cinco misiones sin derribar a un solo avión de la Luftwaffe.<sup>249</sup>

Entonces llegó la mañana del 27 de enero.<sup>250</sup> Una patrulla de dieciséis P-40 Warhawk encabezada por el teniente Clarence Jamison sobrevolaba Peter Beach, varios kilómetros al norte de Anzio, a cinco mil pies de altura justo cuando quince FW-190 se retiraban tras perpetrar un ataque contra el fondeadero aliado. Los Warhawk viraron en un descenso en picado, y los pilotos dispararon breves ráfagas con sus seis ametralladoras del calibre 50. «Avisté un Focke-Wulfe 190 y me abalancé directamente sobre su cola», contaba después el teniente Willie Ashley, Jr. «Abrí fuego a corta distancia, tan corta que podía ver al piloto.»<sup>251</sup> Brotaron llamas del fuselaje enemigo, y a éste le siguieron varios más. Un piloto de la Luftwaffe descendió hacia las copas de los árboles y puso rumbo a Roma para acabar impactando contra el suelo, dando vueltas de campana. Las balas barrieron un quinto Focke-Wulfe del morro a la cola, hasta que el avión se detuvo momentáneamente y cayó con un ala envuelta en llamas. «El espectáculo no duró ni cinco minutos», dijo el comandante Spanky Roberts. «Fue una batalla de persecución, ya que los alemanes siempre estaban en movimiento. Les hicimos pasar las de Caín.»

Después de repostar en Nápoles, el 99.º Escuadrón volvió a la cabeza de playa, y a las 14:25, en otro combate aéreo cruento, abatió a tres asaltantes enemigos, incluido un avión al que tendió una emboscada cuando se acercaba a la cola de un Warhawk. El viernes por la mañana, mientras Clark se afanaba por llegar a Nettuno a bordo del *PT-201*, el 99.º Escuadrón se dio de bruces con otro destacamento de asalto y derribó cuatro aparatos. En dos días, el escuadrón acumuló doce aviones enemigos destruidos, tres muertes probables y cuatro aparatos dañados. Sólo pereció un piloto estadounidense.<sup>252</sup>

Fue una batalla de persecución, como bien dijo el comandante Roberts, y seguiría siéndolo. Pero nada volvería a ser igual. Un soldado negro, predestinado a morir en combate en Italia un año después, escribió a su familia: «Los negros están haciendo su aportación aquí, una aportación suprema, no por la gloria, no por el honor, sino, creo, por las generaciones futuras».<sup>253</sup>

La tarde del sábado 29 de enero, Lucian Truscott subió cojeando la estrecha escalinata que conducía al segundo piso de su nuevo puesto de mando, un viejo monasterio de piedra con tejado rojo, situado en el pueblo medieval de Conca, a medio camino entre Nettuno y Cisterna. Los caucheros y los sicomoros ofrecían al complejo una tranquilidad arbórea, disipada por el rumor cercano de la artillería. Un torreón que recordaba a un blocao asomaba por encima de la techumbre; en el pico había ondeado por poco tiempo una bandera estadounidense, hasta que los artilleros alemanes empezaron a utilizarla como jalón de puntería. La sala de operaciones de la 3.<sup>a</sup> División ocupaba la primera planta con mapas, teléfonos y el murmullo anticipatorio que siempre precedía a una gran ofensiva. Truscott había extendido su saco en la cocina alicatada sin expectativas de poder dormir.<sup>254</sup>

Todavía hablaba con un susurro bronco, aunque su garganta mórbida y su pierna lacerada habían mejorado: el lunes por la tarde, una ráfaga antiaérea de 20 mm había estallado a quince centímetros del pie izquierdo de Truscott y le salpicó de fragmentos de acero la bota de montar, los pantalones bombachos y el tobillo. Después de que un cirujano extirpara la metralla con unas pinzas, el general Lucas insistió en imponerle un Corazón Púrpura. «En realidad es una herida superficial, pero los médicos me han inmovilizado tanto el pie que cojeo un poco al caminar», escribió Truscott a Sarah al día siguiente. Respecto a los desembarcos de Anzio, agregó, en casa nadie debía dar por sentado que la guerra había terminado. «Nada más lejos, créeme.» Lucas le pidió que le enviara su copia de *The Life and Morals of Jesus of Nazareth*, la edición racionalista del Nuevo Testamento recopilada por Thomas Jefferson a partir de 1804. La Biblia de Jefferson, como se la denominaba habitualmente, parecía una buena lectura para la cabeza de playa.<sup>255</sup>

Una ventana del segundo piso con postigos de bisagra ofrecía a Truscott una amplia panorámica de las Marismas Pontinas. La rama occidental del Canal de Mussolini serpenteaba a través de las tierras de labranza a lo largo de dos kilómetros. Desde Conca, la carretera que conducía al norte cruzaba el canal sobre un puente de tablones y se extendía cinco kilómetros más hasta Isola Bella, una aldea que marcaba el contorno de la cabeza de playa. Tres kilómetros más adelante se encontraban la Carretera 7 y Cisterna, conocida para san Pablo como Tres Tabernas.<sup>256</sup> Allí, aunque fue arrestado cuando se dirigía a Roma en el siglo I, el apóstol «dio gracias a Dios y reunió valor» tras encontrarse con una banda de católicos. La Cisterna moderna se hallaba en la confluencia de cinco carreteras principales y una línea ferroviaria.<sup>257</sup> El miércoles, Truscott había propuesto tomar la población inmediatamente, utilizando toda su división, amén de algunas tropas británicas y un regimiento recién llegado perteneciente a la 45.<sup>a</sup> División. Pero

Lucas prefirió esperar a que comparecieran más tanques de la 1.<sup>a</sup> División Acorazada para prestar ayuda a la campaña británica en el flanco izquierdo, que ofrecía una ruta más directa a los Colli Laziali y Roma.

La demora no parecía en absoluto imprudente. Los interrogatorios a prisioneros y los diarios alemanes requisados retrataban a un enemigo triste y desanimado. «La moral no está particularmente alta, porque cuatro años y medio de guerra empiezan a crispate los nervios», había escrito un soldado de la 71.<sup>a</sup> División de la Wehrmacht el 26 de enero.<sup>258</sup> Dos días después, uno de sus compañeros añadió: «El aire está plagado de estruendos y silbidos. Los proyectiles estallan a nuestro alrededor. Desde el 21 de enero no he podido quitarme las botas».<sup>259</sup> Aquella mañana, el informe de espionaje de la 3.<sup>o</sup> División señalaba que la actitud del enemigo en su frente era totalmente defensiva, y el grueso de las fuerzas estaba atrincherado en las colinas, ocho kilómetros más allá de Cisterna. Las patrullas enemigas «no han sido agresivas ... Existen indicios de que el liderazgo de las secciones y brigadas [alemanas] ha empezado a deteriorarse». Las tropas de la División Hermann Göring cubrían el «flanco derecho y el frente» aliados, y un puñado de unidades se incorporaron «a la línea de manera poco sistemática a su llegada ... Ahora parece improbable que el enemigo vaya a emprender un gran contraataque con unidades de la magnitud de una división». La ofensiva del VI Cuerpo, planeada originalmente para primera hora del 29 de enero, se había pospuesto hasta la mañana siguiente debido a un incidente desafortunado en el sector británico: el viernes, tres jeeps que transportaban oficiales de la 5.<sup>o</sup> Compañía de la Guardia de Granaderos se saltaron un giro en la carretera hacia Campoleone y cayeron en una emboscada alemana.<sup>260</sup> Siete hombres fueron asesinados o capturados, y con sólo cuatro oficiales para sendas compañías de granaderos, el general Penney solicitó un día más para organizar su ataque. Lucas accedió. Una vez más, no parecía importar demasiado.<sup>261</sup>

Truscott oteó el paisaje pantanoso con sus prismáticos, ajeno a que la valoración de espionaje era una vana ilusión o a que el retraso adicional traería consecuencias nefastas. Kesselring había planeado una gran contraofensiva para el 28 de enero, y luego decidió aplazarla cuatro días para traer más refuerzos a través del paso de Brenner.<sup>262</sup> Las incursiones aéreas de los Aliados habían cortado temporalmente las líneas de tren en todo el norte de Italia, pero dado que la pésima climatología había ocultado los objetivos ferroviarios al menos en la mitad de los grandes bombardeos, los soldados y los suministros de la Wehrmacht consiguieron alcanzar la cabeza de playa.<sup>263</sup> Aquella misma mañana, la 26.<sup>a</sup> División Panzer llegaría en masa desde el frente del Adriático, una posibilidad que no habían



barajado seriamente, según confesó más tarde Clark.<sup>264</sup> Varios miles de alemanes más reforzaron la delgada línea Hermann Göring en Cisterna, de modo que, el domingo por la mañana, en lugar de toparse con una división a lo largo de un frente amplio, los soldados de asalto de Darby y la infantería de Truscott se enfrentarían a dos. Once batallones defendían Cisterna, aproximadamente el triple de los efectivos previstos. En total, las fuerzas alemanas que cercaban la cabeza de playa superaban los 71.000 hombres,<sup>265</sup> repartidos en 33 batallones y provistos de 238 cañones. Como apuntó el general Penney en su diario: «Los alemanes no perdonan los errores ni dan segundas oportunidades».<sup>266</sup>

Los pájaros cantaban entre la hierba de la marisma y destellaba un sol apagado en las rebosantes acequias de riego. Los soldados corrían de acá para allá, saltando de un bosquecillo anegado a otro. Frente al monasterio de Conca, las elegantes ramas de los sicomoros eran agitadas por la brisa. Truscott lo veía todo y no veía nada. Bajó las escaleras para finiquitar su plan.

Los soldados de asalto de Darby pasaron el sábado por la tarde afilando sus cuchillas, limpiando los rifles y durmiendo en camas hechas con ramas de pino en una arboleda cerca de Nettuno.<sup>267</sup> Una semana en la cabeza de playa les había infundido «seriedad, cansancio y tranquilidad», recordaba uno de ellos.<sup>268</sup> Pocos se habían afeitado desde que partieron de Pozzuoli —un paracaidista disgustado escribió que parecían «salvajes, o las barreduras de un bar»—,<sup>269</sup> y los barberos de la compañía estuvieron ocupados hasta que falló la luz.<sup>270</sup> Los fusileros se llenaron los bolsillos de granadas y se echaron dos bandoleras más al hombro, quitando las balas trazadoras para evitar descubrir la posición de un tirador por la noche. Los sacos de dormir y los petates se apilaron en el suelo, sobre una lona que custodiaban los cocineros de la compañía; los recuerdos que acumulaban desde su paso por Gela y Maiori se guardaron cuidadosamente: un cuchillo alemán, una gorra de comando británico o un fragmento de piedra pómez del Vesubio. El correo llegaba a última hora del sábado, pero al no haber tiempo para dar el aviso —las tropas de asalto nunca llevaban cartas personales al combate—,<sup>271</sup> los empleados prometieron transportar los sacos a Cisterna el domingo por la mañana.<sup>272</sup> Los camioneros de Nettuno también cargaron munición extra. Los proyectiles traqueteaban en la plataforma de los camiones como huesos secos.<sup>273</sup>

Darby había estado atareado desde el amanecer. Después de reunirse con sus tres comandantes de batallón, a la una de la tarde se encontró con Truscott en el monasterio de Conca, y luego realizó un reconocimiento de la carretera que llevaba a Isola Bella. Su 4.º Batallón, encabezado por un destacamento de remoción de

minas integrado por ocho hombres, recorrería esa carretera a las dos de la madrugada del domingo y abriría el paso hacia Cisterna a las armas pesadas y el avituallamiento. Los batallones 1.º y 3.º ascenderían por el *fosso* de Pantano, una acequia profunda que seguía más o menos en paralelo el trazado de la carretera desde el Canal de Mussolini hasta una distancia de dos kilómetros de Cisterna. La infiltración de los soldados de asalto se había ejecutado admirablemente en Túnez, y Darby insistió en «evitar el contacto con el enemigo» mientras fuera posible<sup>274</sup> en el terreno que las tropas ahora conocían como Germanilandia.<sup>275</sup> Por detrás de la vanguardia de asalto, el 7.º Regimiento de Infantería de Truscott, por la izquierda, y el 15.º Regimiento de Infantería, por la derecha, avanzarían en un frente de once kilómetros para cortar la Carretera 7 al norte y al sur de Cisterna.<sup>276</sup>

Aunque se esmeró en mostrar una confianza ciega en sus hombres, Darby sentía una ambivalencia infrecuente sobre la misión de aquella noche. La envergadura del ataque le animaba, al igual que la información de espionaje que apuntaba a que la carretera hacia Cisterna estaba tenuemente fortificada, tal vez por un regimiento de infantería alemán que protegía las baterías de artillería y anticarros.<sup>277</sup> Un agente de la OSS —uno de los varios antifascistas reclutados en Nápoles que vivían en un cuartel de Nettuno equipado con una radio y una mesa de ping-pong— acababa de regresar de una misión de dos días tras las líneas enemigas, y anunció que sólo había visto cuatro batallones enemigos en el pasillo de Conca-Cisterna.<sup>278</sup> Las tropas de asalto parecían irreprimibles. Cuando Darby preguntó a un joven soldado de primera clase si estaba nervioso, éste replicó: «No lo estoy, señor. Simplemente tiemblo de patriotismo».<sup>279</sup> Era «el mejor grupo de soldados jamás reunido», aseguró Darby a un oficial de la OSS. «Tampoco se rinden. Luchan hasta el final.»<sup>280</sup>

Sin embargo, la ampliación de las fuerzas de un batallón a tres, y la pérdida de efectivos veteranos desde los desembarcos de la Operación Antorcha quince meses atrás, habían provocado un deterioro de las habilidades en combate, la disciplina en los niveles de ruido y las técnicas de reconocimiento.<sup>281</sup> Demasiados hombres seguían amontonándose cuando avanzaban campo a través o no se quedaban inmóviles cuando se iluminaba una bengala.<sup>282</sup> ¿Cuántos sabían enfundar una cantimplora con un calcetín viejo para amortiguar el ruido, contener la tos presionándose la nuez con los dedos o atenuar el brillo de un casco con barro o humo de leña?<sup>283</sup>

El plan de Cisterna también angustiaba a Darby. ¿Era demasiado arriesgado, demasiado audaz? ¿La infantería de Truscott reforzaría con rapidez a las tropas de asalto infiltradas?<sup>284</sup> Éstas no habían podido efectuar ningún reconocimiento más

allá de Isola Bella por temor a alertar a los alemanes.<sup>285</sup> En un primer momento, las fotografías aéreas parecían mostrar campos atravesados por setos, que finalmente resultaron ser acequias invadidas de brezo.<sup>286</sup> El miércoles, la pérdida de dos compañías de mortero a bordo del malhadado *LST 422* había supuesto un duro golpe, y aquella tarde, Darby se percató de que el terreno era demasiado cenagoso para que otros artilleros sortearan la acequia de Pantano; en lugar de eso, los pesados cañones deberían seguir la carretera por detrás del 4.º Batallón, junto a las ametralladoras. Finalmente llegó un nuevo parte de espionaje a las 18:35, una hora después de la puesta de sol: «La ciudad podría ofrecer una oposición considerable».<sup>287</sup>

En aquel momento, los hombres ya habían empezado a abandonar su reducto entre los pinos, cantando *Pistol Packin' Mama* mientras desfilaban bajo un cielo nublado hacia la línea de partida, once kilómetros al norte, formando columnas de a dos.<sup>288</sup> Por lo general, las contraseñas elegidas para una operación contenían sonidos difíciles de pronunciar para los germanohablantes: la «th» de *thistle* o la erre vibrante de *price*.<sup>289</sup> El santo y seña de aquella noche era sencillo: AMARGO/DULCE. Al llegar a Cisterna —conocida con el desafortunado nombre en clave de Easy, o fácil—, los soldados de asalto debían lanzar varias bengalas rojas de Very para anunciar su triunfo.<sup>290</sup>

Los cánticos cesaron. «La moral de los hombres era excelente», rezaba el diario del 1.er Batallón.<sup>291</sup> Hacía poco que Alvah H. Miller, el comandante del 3.er Batallón, había escrito un poema en el que describía un paseo por el vivaque de las tropas de asalto bien entrada la noche, escuchando el sonido de sus hombres mientras dormían: uno se ríe en voz alta, jugando con un hijo al que nunca ha visto; otro susurra el nombre de su mujer, Marilyn; otro gimotea bajo un onírico fuego de proyectiles que atormenta su reposo.

A medianoche, Darby se reunió por última vez con sus comandantes de batallón junto a la carretera de Conca. Los oficiales daban pisotones para combatir el frío cortante mientras Darby les recordaba que mantuvieran las radios apagadas siempre que fuera posible.

«Buena suerte», les deseó. Caminando a trompicones, con los codos doblados, se dirigió hacia una granja aislada a la derecha de la carretera, en la que se había instalado su puesto de mando.<sup>292</sup> Los comandantes se reunieron con los soldados que les aguardaban, azulados e imprecisos en aquella noche sin luna. Sólo brillaban sus ojos en un rostro embadurnado de corcho quemado. Pasado el Canal de Mussolini, a seis kilómetros de Cisterna, los tres batallones se escindieron. El 4.º se dirigió hacia la carretera. El 1.º y el 3.º marcharon en hileras de a uno a través de un

campo en barbecho. Pronto, la columna descendió a la acequia de Pantano, como una serpiente que se desliza por un agujero. Los oficiales realizaron lecturas de brújula a la luz de las cerillas y enfilaron hacia el norte.

A las tres de la mañana, cerca de Isola Bella, apenas un kilómetro más adelante siguiendo la carretera de Conca, el 4.º Batallón se encontró con problemas.<sup>293</sup> Una larga salva de una pistola automática alemana hendió el cielo nocturno, y pronto llovieron cortinas de fuego procedentes de varias granjas de color rojo. Una compañía de tropas de asalto quedó atrapada unos trescientos metros al este de la carretera. Quince minutos después, una segunda compañía se vio inmovilizada. El enemigo había excavado pozos de tirador cada diez metros, reforzados por nidos de ametralladora a intervalos de cien metros. El fuego silbaba a un palmo del suelo, y acabó con la vida de un capitán de los soldados de asalto, entre otros. Las descargas de mortero sacudieron un paisaje que pronto apestaba a pólvora quemada y tierra revuelta. Una rudimentaria barricada construida con dos jeeps destrozados y un camión italiano frenó al resto del batallón, y durante lo que quedaba de noche, trescientos soldados de asalto yacieron estirados en sus gélidos surcos, disparando contra los fogonazos de ametralladora a cincuenta metros de distancia. Para empeorar las cosas, en el fondeadero de Anzio, a veinte kilómetros de allí, estalló a las cuatro de la madrugada un barco cargado de munición, convertido en una columna de llamas blanquecinas que proyectaban unas largas sombras sobre la carretera de Conca e iluminaban a las tropas de asalto, lo cual favorecía a los francotiradores enemigos.<sup>294</sup> Desde su puesto de mando en la granja, Darby fijó su atención en el tumulto que estaba produciéndose dos kilómetros más al norte. «Éste fue el primer indicio», escribió más tarde, «de que no todo iba bien».<sup>295</sup>

Tampoco iba todo bien en la acequia de Pantano. Ochocientos cascos asomaban justo por debajo del resalte mientras la columna de dos kilómetros, a menudo hundida hasta las rodillas en aguas negras, zigzagueaba por la escarpa embarrada. «Escuchábamos cómo caían ráfagas de mortero y artillería en nuestro flanco izquierdo», recordaba después un soldado de asalto. «Alguien susurró: “El 4.º Batallón debe de estar pasando un mal rato”.» A tres kilómetros de Cisterna, Jack Dobson, comandante del 1.er Batallón, advirtió que el 3.er Batallón había quedado rezagado. Dobson ordenó a tres compañías que esperaran, y siguió adelante con las tres restantes. Un mensajero al que encomendaron la búsqueda de los soldados ausentes regresó raudo con noticias poco alentadoras: Alvah Miller, el comandante y poeta del 3.er Batallón, había sido despedazado por un proyectil de panzer

disparado a quemarropa en un encuentro fortuito con una avanzada alemana. En represalia, los soldados habían acribillado el tanque con granadas lapa, pero la columna quedó rota.<sup>296</sup>

Los ciento cincuenta soldados de asalto que constituían la vanguardia de Dobson marcharon frente a un par de baterías Nebelwerfer, lo suficientemente cerca para escuchar las voces alemanas y avistar el contorno que dibujaban las antenas de látigo en el cielo.<sup>297</sup> A unos dos kilómetros de Cisterna, la zanja se desviaba hacia el noroeste y desembocaba en una alcantarilla próxima a la carretera de Conca. Los vehículos alemanes circulaban en ambas direcciones, y dos cañones autopropulsados dispararon a doscientos metros de la cabeza de playa con un ruido sordo y monótono. En voz muy baja, Dobson trató de contactar con Darby por radio; las fuerzas enemigas parecían mucho más numerosas de lo esperado, y ahora que Miller había muerto, quizá fuese razonable desviar a ambos batallones al este, donde el Canal de Mussolini podía proteger su flanco. Diez minutos después, Dobson, que no logró ponerse en contacto con el puesto de mando, colgó el auricular. Sin la aprobación de Darby no podía alterar el plan.

Los soldados de asalto avanzaron sigilosamente y desaparecieron en un olivar situado en el extremo opuesto de la carretera. Un centinela alemán se desplomó bajo una rama plateada con sangre brotándole a chorros de la garganta.<sup>298</sup> Vetas de luz grisácea empezaron a iluminar el cielo del este. Dobson viró hacia el norte por un sendero que discurría en paralelo a la carretera de Conca, y los soldados marchaban al trote, echando una carrera al alba. Se escuchó un grito, y luego otro, y después un disparo. Unas figuras oscuras envueltas en mantas se levantaron del suelo dando tumbos de un lado a otro, hasta que los hombres de Dobson repararon en que se habían adentrado por error en un campamento alemán. Otro centinela cayó degollado escupiendo una fuente color carmesí, gritando como si quisiera despertar a vivos y muertos por igual. La escaramuza se propagó por todo el vivaque —«el caos se acrecentó», según una descripción— y podía escucharse el sonido carnoso de cuchillos y bayonetas clavándose entre los estallidos de las granadas y el estrépito de los rifles. «Vacié tanto y tan rápido mi M-1 que la culata humeaba», explicó un soldado.<sup>299</sup> La retaguardia del 1.er Batallón echó a correr por la carretera hacia el lugar del que provenía el sonido de los cañones, seguido de varias compañías del 3.er Batallón, entre ellas algunos equipos de bazucas que redujeron dos tanques a una rociada brillante de llamas naranjas.

El amanecer, ese severo delator de angustias, reveló ésta.<sup>300</sup> Los soldados de asalto ocupaban un campo triangular de ochocientos metros de envergadura delimitado por la carretera de Conca al este, la carretera de Ponte Rotta al norte, y

una madeja cenagosa de acequias al oeste. Varios cientos de metros más allá de la intersección viaria se encontraban un muro de contención ferroviario y la estación de Cisterna. Un destartado complejo agrícola conocido como Casa Calcaprini albergaba el puesto de mando de Dobson, que estimaba que su posición estaba a tiro de al menos siete ametralladoras alemanas posicionadas en arboledas al norte y el oeste.

Los soldados de asalto apenas habían empezado a atrincherarse cuando llegó del sur el chirrido de cadenas de tanque. Convencidos de que el 4.º Batallón había roto el cerco con una avanzadilla blindada, los hombres estallaron en vítores, hasta que se abrió el sotobosque y descubrió la insignia de la cruz de hierro de un Panzer Mk IV.

«Entonces abrió fuego contra nosotros», rememoraba el cabo Ben W. Mosier. «Tras la primera descarga te sentías desnudo.»<sup>301</sup> Aparecieron ante sus ojos varios cañones autopropulsados. Los soldados iniciaron su avance. Disparando a las ranuras de visión, se encaramaron al casco para levantar la trampilla y acribillar a los tripulantes con sus metralletas. Dobson abatió a un jefe de carro con su pistola del calibre 0,5 y arrojó una granada de fósforo blanco a la torreta.<sup>302</sup> Un humo blanquecino manó de los respiraderos; cuando Dobson saltó del carro, una ráfaga de bazuca impactó contra el boje y le hirió de gravedad en la cadera izquierda.

Desde la Carretera 7 y las colinas que dominaban Cisterna se unieron refuerzos alemanes al combate bajo un cielo nublado que mantenía a raya a los aviones de combate aliados. Paso a paso, los soldados de asalto fueron replegándose hasta que las nueve compañías se apiñaron en un tramo al descubierto a trescientos metros de distancia, justo debajo de la carretera de Ponte Rotta; otras tres se escondieron al sudeste del contingente principal.<sup>303</sup> Los soldados heridos atestaban un edificio de piedra próximo a la Casa Calcaprini, que se había convertido en un puesto de primeros auxilios. Cuando un soldado alemán trepó hasta la ventana con una granada, el médico Micky T. Romine le descerrajó un tiro en la cara con una pistola del 45. «He disparado a ese hombre miles de veces en sueños», confesó más tarde.<sup>304</sup> Las ametralladoras de los panzers barrían las zanjas y las compuertas de las marismas. «Podías correr unos veinte metros y luego tenías que echarte al suelo», recordaba el sargento Thomas B. Fergen. «Si esperabas más, te alcanzaban.»<sup>305</sup> Un soldado gravemente herido en la cara pidió a Fergen que le disparara. «Estamos acabados», dijo, «y no quiero que me atrapen». Fergen hizo un ademán negativo. «No seas loco», murmuró.

Los soldados de la reserva cedieron la mitad de su munición a los compañeros desplegados en el frente, pero al final de la mañana quedaba bien poca.<sup>306</sup> Los francotiradores alemanes disparaban desde árboles, casas, agujeros y silos, y cada estallido aterrador puntuaba el estruendo generalizado. «Las balas trazadoras volaban lo bastante cerca como para interceptarlas con la mano», contó un soldado de asalto.<sup>307</sup> Un líder de sección al que habían disparado en el pecho salpicaba sangre cada vez que respiraba; habían caído tantos líderes que sus subordinados inexpertos se esforzaban por poner a punto el fuego de artillería.<sup>308</sup>

Poco después de mediodía alguien gritó: «¡Esos bastardos se están rindiendo!».<sup>309</sup> Trescientos metros al sur, una docena de soldados del 3.er Batallón se dirigía con las manos en alto hacia la Casa Calcaprini, seguida por un pelotón de paracaidistas alemanes y un par de vehículos blindados para el transporte de personal. Cuando el grupo se acercó, los soldados de asalto apostados en los flancos abrieron fuego y asesinaron a dos guardias. Otros alemanes clavaron su bayoneta en la espalda de dos cautivos estadounidenses. «Rendíos», exclamó una voz en inglés con un marcado acento, «o mataremos a los prisioneros».<sup>310</sup> Más soldados arrojaron a un lado sus rifles y, con los brazos levantados, se unieron a los cautivos. Cuando la harapienta procesión estuvo a ciento cincuenta metros del puesto de mando, un soldado de asalto «disparó contra nuestra columna y asesinó a uno de nuestros hombres», relataba después el capitán Charles M. Shunstrom. «Esa bala desencadenó los disparos de todos los demás, y el resultado fueron dos o tres de nuestros hombres y uno o dos guardias alemanes muertos.» Los alemanes se dispersaron mientras granaderos y tripulaciones de los vehículos blindados «empezaban a acribillar a nuestra columna de prisioneros con fuego automático». Se rindieron otros soldados de asalto, dijo Shunstrom, «y fracasó incluso un intento por frenarles con disparos».

Durante varias horas, Darby había trabajado con la agradable ilusión de que, a pesar de las tribulaciones del 4.º Batallón, los infiltrados estaban «aparentemente bien», como notificó al cuartel general de Truscott por teléfono.<sup>311</sup> Poco antes de las cinco de la mañana, añadió, las cosas iban «por buen camino». Pero al amanecer estaba preocupado. A las 6:15 comunicó que la fuerza de asalto estaba viviendo un infierno. «No hay contacto alguno con mi 1.er y 3.er batallones.» Una tropa de reconocimiento que recorría la carretera de Conca en jeeps se topó con «una cortina impenetrable de fuego de ametralladora y granadas de mano»; de cuarenta y tres hombres, sólo uno eludió la captura o la muerte.

Los partes de los regimientos de Truscott eran despiadadamente aciagos.<sup>312</sup> En los flancos de Darby, el 7.º y el 15.º regimientos de Infantería debían haber infiltrado cada uno a un batallón seguido de tanques. El 1.er Batallón del 15.º Regimiento de Infantería quedó inmovilizado de inmediato, y el 30 de enero, al caer la noche, apenas había recorrido dos kilómetros. El 1.er Batallón del 7.º Regimiento de Infantería salió aún peor parado, y se enfrentó a alambradas de espino, zanjas empinadas, bengalas alemanas y unas bajas que al atardecer redujeron la unidad de ochocientos efectivos a ciento cincuenta. El sargento Truman O. Olson, un artillero de la Compañía B, disparó más de tres mil proyectiles antes de resultar herido de muerte; estaba entre los cuatro miembros de la 3.ª División a los que habían concedido la Medalla de Honor al Valor en Cisterna, tres de ellos a título póstumo.

A las siete de la mañana, el primer parte radiofónico del comandante Dobson —que comunicó la noticia del fallecimiento de Miller— anunció a Darby que todo su mando corría peligro.<sup>313</sup> Una hora después, las noticias eran todavía más desalentadoras, pero la radio falló y hasta primera hora de la tarde el personal de comunicaciones no pudo ponerse en contacto de nuevo con los asediados soldados que se refugiaban en Casa Calcaprini. Un lloroso capitán del 1.er Batallón parecía tan exaltado que Darby pidió hablar con el subteniente Robert E. Ehalt, uno de sus soldados de asalto originales.

«Algunos compañeros están rindiéndose, coronel.» Ehalt hablaba pausadamente y con voz firme. «Lo sentimos mucho. No lo pueden evitar, porque nos estamos quedando sin munición. Pero yo no pienso capitular.»<sup>314</sup>

Un estenógrafo que había interceptado las comunicaciones en Conca garabateó la frenética respuesta de Darby. «Disparen si se aproximan más», indicó. «Dicte algunas órdenes, pero no permita a los chicos tirar la toalla ... ¿Quién marcha con las manos en alto? ¡No lo permita! Ponga a los oficiales a disparar... Reúna a los mayores y a por ellos... Llegaremos hasta allí... Aférrese a esta radio hasta el último minuto. ¿Cuántos hombres siguen con usted? Manténganse unidos.»<sup>315</sup>

Unos disparos sordos tronaban a través del auricular. «Están entrando en el edificio», dijo Ehalt. «Hasta la vista, coronel. Tal vez vuelva a verle cuando todo haya terminado.»<sup>316</sup>

«Utilice la cabeza y haga lo más apropiado», aconsejó Darby. «Por desgracia, usted está allí y yo aquí, y no puedo ayudarle. Pero, ocurra lo que ocurra, que Dios lo bendiga... Que Dios los bendiga a todos.»<sup>317</sup>

La voz de Darby se tornó más profunda. «Ehalt, lo dejo todo en sus manos», dijo. «Transmita a los hombres que estaré con ellos hasta el final.»<sup>318</sup>



Al cabo de un momento telefoneó a Truscott. «Mi antiguo subteniente se encuentra con los últimos diez hombres. Al parecer es demasiado para ellos.»<sup>319</sup> Luego, pidiendo a su Estado Mayor que abandonara la sala, Darby apoyó la cabeza sobre los brazos y se echó a llorar. El sargento Carlo Contrera, que había servido como chófer de Darby desde el Norte de África, observó después: «Darby no podía soportar la idea de lo que les estaba sucediendo».<sup>320</sup>

Truscott había hecho guardia en la segunda planta de su monasterio de Conca desde las dos de la madrugada hasta la primera luz del domingo. Al norte, las trazadoras alemanas sacudían un paisaje bañado por el brillo frío de las bengalas, y destellos de artillería delineaban el horizonte. «La situación es confusa», reflejaba el diario de la 3.<sup>a</sup> División.<sup>321</sup> Al amanecer, una flota de tanques Sherman y cazacarros avanzó por la carretera de Conca. «Humo, polvo, las diminutas figuras corriendo y una enorme cacofonía», escribió otro oficial mientras observaba por la ventana del piso superior.<sup>322</sup>

La confusión y la cacofonía persistieron todo el día.<sup>323</sup> Las minas Teller frenaron a los tanques sólo doscientos metros más allá del 4.º Regimiento de Soldados de Asalto, en Isola Bella; la barricada de la carretera terminó por ceder, pero una posición de bloqueo todavía más sólida situada en Femina Morta —el lugar de las mujeres muertas— frustró de nuevo la acometida estadounidense. Los detalles que ofreció Darby sobre su conversación con Ehalt cayeron sobre Truscott como un jarro de agua fría. «La operación se desmorona», documentó el diario de la división. «El general está muy inquieto.»<sup>324</sup>

Los camilleros atravesaban los pólderes tambaleándose, «envasando carne».<sup>325</sup> Los soldados exhaustos mascaban comprimidos de malta y dextrosa, y los párpados «les pesaban como si fueran dólares de plata», escribió el artillero Hans Juergensen. Audie Murphy, que ahora era sargento y se había reincorporado recientemente a la 3.<sup>a</sup> División tras un brote de malaria, describió «jeeps arrastrando cargamentos de cadáveres ... Brazos y piernas rebosan grotescamente de los laterales de los vehículos». Un proyectil alemán dejó a Murphy sin sentido;<sup>326</sup> al recobrar la conciencia, halló muerto al soldado que combatía junto a él. «Ahora mismo, vivir es una cuestión de destino, de pura suerte», anotó. «Los médicos van ensangrentados como carniceros ... Vi a un doctor desplomarse sobre un hombre al que estaba vendando las heridas. Un trozo de metal le segó la columna.»

Seis generales, entre ellos Clark y Lucas, atestaron el monasterio de Conca para organizar una ofensiva renovada prevista para el lunes 31 de enero.<sup>327</sup> El teniente general Jacob L. Devers, que había llegado de visita desde Argel, trajo una botella de ginebra Gilbey's para la garganta de Truscott, que había «empeorado considerablemente» por un consumo excesivo de tabaco y poco reposo. Unas nubes bajas vedaban una vez más el apoyo aéreo, y las esperanzas del alto mando recaían en el teniente coronel Jack Toffey, cuyo 2.º Batallón del 15.º Regimiento de Infantería debía desviarse al oeste de Isola Bella antes de penetrar en Cisterna, emplazada al norte. Toffey también se había salvado de milagro en Anzio, y escapó con su guerrera hecha trizas y algunas heridas sin importancia cuando una mina destruyó su jeep. «En general me siento decrepito, pero sigo ahí peleando», escribió a Helen el 29 de enero. Sus hombres habían tomado hábilmente tres puentes sobre el Canal de Mussolini y destruyeron otros cuatro. «Cansado, pero sin poder dormir; nunca pierde el aplomo ni el sentido del humor», escribió Will Lang en su cuaderno después de seguir a Toffey por la cabeza de playa. «No es de esa clase de hombres que dejan un arma ahí tirada sin utilizarla.»<sup>328</sup>

«Toffey está en marcha», anotó a mediodía un oficial del Estado Mayor en el monasterio.<sup>329</sup> Sin embargo, pese a que todas las armas del batallón escupían fuego, el atrincheramiento del enemigo era extraordinario. Toffey recorrió dos mil quinientos metros, y estaba a punto de alcanzar la Casa Calcaprini cuando una descarga de fusilería alemana hizo que sus tropas se echaran al suelo. A la izquierda de Toffey, los fusileros del 1.er Batallón del 7.º Regimiento de Infantería cruzaron las vías del tren tres kilómetros al noroeste de Cisterna, un hito que no se repetiría hasta cuatro meses después; pero, a primera hora del martes, el batallón «apenas existía como fuerza de combate», informó un capitán.<sup>330</sup> La línea enemiga se retorció un poco y cedió unos mil quinientos metros de un frente de ocho kilómetros; se apresó a más de doscientos alemanes en los alrededores de Femina Morta. Entonces la línea se endureció. «Embestimos toda la tarde contra el enemigo», escribió Audie Murphy. «Si el sufrimiento de los hombres pudiera cumplir la tarea, las líneas alemanas estarían abiertas de par en par. Pero no logramos causar daños reales.»

La división estaba acabada, y Truscott lo sabía.<sup>331</sup> Los últimos dos kilómetros hasta Cisterna constituían una distancia insalvable. Algunas compañías contaban con menos de veinticinco hombres. Truscott, que desconfiaba de que pudiera producirse un contraataque alemán, ordenó a sus hombres que se atrincheraran y resistieran. Concedería a Toffey una Estrella de Plata por «su liderazgo intrépido» en una causa perdida.<sup>332</sup>

En cuanto a los soldados de asalto, el fin de semana sanguinario se extendió al lunes. Una andanada de mortero alcanzó el puesto de mando y acabó con la vida del oficial de espionaje de Darby y de cuatro reclutas. Aquel mismo día, Darby, con los ojos enrojecidos y un aspecto demacrado que le hacía aparentar más de los treinta y dos años que tenía, se dirigió hacia el vivaque situado cerca del Canal de Mussolini, donde se habían apilado sobre lonas cientos de sacos de dormir y petates con los nombres y números de serie de hombres que nunca volverían a recogerlos.<sup>333</sup>

Los soldados capturados marchaban en columnas de a cinco alrededor del Coliseo romano, para deleite de los fotógrafos alemanes.<sup>334</sup> Los fascistas italianos se burlaban y escupían desde sus balcones mientras la hilera serpenteaba en dirección a sus prisiones temporales, que incluían los fosos de engrase de una cochera de tranvías en Roma. Algunos escaparon, pero en su mayoría pasaron lo que quedaba de contienda en campos alemanes como el de Stalag IIB, compartiendo barracones con hombres apresados un año antes en el paso de Kasserine. A mediados de marzo se envió una voluminosa pila de postales a mujeres y padres de todo Estados Unidos: «Soy prisionero de los alemanes, pero me encuentro en perfecto estado de salud».<sup>335</sup>

El parte matinal del 1 de febrero enumeraba páginas y páginas de miembros del 1.er Batallón de Soldados de Asalto cuyo estatus había pasado de «servicio» a «desaparecido en combate»: Brown y Hendrickson, Hooks y Keough, Padilla y Perry, y Hurtado y Buddenhagen.<sup>336</sup> De 767 que habían seguido la acequia de Pantano con los batallones 1.º y 3.º, sólo ocho eludieron el desastre en Cisterna. Entre doscientos cincuenta y trescientos habían perecido,<sup>337</sup> y los demás, incluido el subteniente Ehalt, fueron apresados. Además, el 4.º Batallón sufrió unas bajas que representaban el 50 por 100 de sus efectivos totales.<sup>338</sup> Las pérdidas angloamericanas del 30 de enero rondaban las mil quinientas, más del doble de las que se produjeron el día D en Salerno.<sup>339</sup> Los muertos, heridos y desaparecidos alemanes superaban el millar aquel fin de semana. «El enemigo ha sufrido mucho, pero nuestras pérdidas han sido elevadas», rezaba el diario del 14.º Ejército el 31 de enero.<sup>340</sup>

La caza de chivos expiatorios no se hizo esperar.<sup>341</sup> Clark anotó en su diario que le «consternó» descubrir que los soldados de asalto, con un armamento escaso, habían sido utilizados como punta de lanza durante el ataque de la 3.ª División en Cisterna, «un error manifiesto de cálculo».<sup>342</sup> Clark culpaba a Truscott y barajó la posibilidad de destituirlo, hasta que Lucas desveló que, en su calidad de comandante de cuerpo, había aprobado el plan, aunque le sorprendió descubrir que la táctica de

infiltración de Darby consistía simplemente en caminar por una zanja. El desastre se mantuvo en secreto durante seis semanas, cuando los informes alemanes sobre los soldados cautivos y las historias de la cabeza de playa inspiraron febriles alusiones de los periódicos a El Álamo y Little Big Horn. Una investigación ordenada por Clark hizo pocos progresos —la mayoría de los testigos estaban muertos o en prisiones alemanas—, y un oficial del Estado Mayor del VI Cuerpo afirmó que en la masacre habían «intervenido tantos factores» que sólo podía atribuirse al azar.<sup>343</sup>

El presente eclipsaba al ayer, como ocurría siempre en el campo de batalla, y el alto mando centró su atención en preocupaciones más acuciantes. La franja de cabeza de playa situada a la derecha del VI Cuerpo se había ampliado unos cinco kilómetros en tres días, mientras que los británicos y la 1.<sup>a</sup> División Acorazada, desplegados a la izquierda, habían abierto un saliente hacia Campoleone de seis kilómetros de profundidad y tres de ancho.<sup>344</sup> La contraofensiva de Kesselring, pospuesta una vez más a causa del ataque catastrófico en Cisterna, se había previsto ahora para el 4 de febrero, un dato recabado por Lucas con un día de antelación gracias al espionaje británico. En un mensaje radiofónico emitido desde Caserta, el comandante del ejército advirtió a Lucas que las órdenes de conquistar Cisterna habían sido «rescindidas ... Ahora debe consolidar su cabeza de playa y realizar las disposiciones pertinentes para emprender un ataque».<sup>345</sup>

El final de la guerra estaba lejos para Bill Darby, pero había terminado para su 6.615.<sup>a</sup> Fuerza de Soldados de Asalto. Con tres batallones prácticamente devastados, George Marshall disolvió la unidad. En marzo, casi doscientos veteranos supervivientes del 1.er Batallón original abandonarían Nápoles y partirían hacia casa para ayudar a entrenar a otras unidades, incluidos los nuevos soldados de asalto destinados a los acantilados de Normandía. Otros doscientos cincuenta supervivientes que se habían unido a Darby más recientemente fueron transferidos a la 1.<sup>a</sup> Fuerza de Servicio Especial de Robert Frederick, que ahora tomaba posiciones cerca del Canal de Mussolini.

Cuando sus tropas cogieron las herramientas y empezaron a excavar, Lucas invitó a varios periodistas a su habitación, situada en la planta superior del número 16 de Piazza del Mercato, para charlar sobre batallas pasadas y futuras. Sentado en una butaca pipa en mano, frente a un fuego resplandeciente y hablando con una voz tan suave que los que se encontraban al final del círculo a duras penas podían oírle, el comandante de cuerpo presentaba «el rostro redondeado y el bigote canoso de un amable notario de pueblo», escribió Wynford Vaughan-Thomas, corresponsal de la BBC. En el mero proceso de establecer una cabeza de playa, el VI Cuerpo iba

camino de acumular seis mil bajas.<sup>346</sup> «Alguien propuso que debíamos intentar llegar a esas colinas», dijo Lucas, señalando vagamente por la ventana norte hacia los Colli Laziali. Se volvió hacia su oficial de espionaje. «¿Cómo se llaman, Joe?»

Pero el enemigo era fuerte, «mucho más fuerte de lo que pensábamos», prosiguió Lucas. Hizo una pausa, mirando largo tiempo a la chimenea. Llamas diminutas oscilaban en los cristales de sus anteojos. «¿Saben, caballeros?», dijo. «Esos alemanes son unos combatientes poderosos. Sí, unos combatientes poderosos.»<sup>347</sup>

## El espacio mortífero

### ESTE MUNDO Y EL PRÓXIMO ENFRENTADOS

La carretera sagrada que ascendía a Monte Cassino describía siete curvas, a cual más cerrada que la anterior. Bajo la primera curva se extendían sepulcros y un anfiteatro romano por la ladera, así como los vestigios de la prosperidad augusta de la antigua ciudad mercado conocida como Casinum. Las rodadas de carromato todavía marcaban el empedrado y, según Cicerón, el voluptuoso Marco Antonio «se entregaba a sus orgías desenfrenadas» en una villa cercana.<sup>1</sup> En el segundo viraje, Rocca Janula, el castillo de un abad del siglo x, se alzaba por encima de la moderna Cassino «como un predicador sobre su congregación».<sup>2</sup> La carretera trepaba a lo largo de diez kilómetros serpenteantes, entre olivos y robles, por un camino que siguieron durante siglos peregrinos, poetas e invasores armados. Cada giro ascendente ofrecía panorámicas del río Rápido y el desfiladero de Mignano, situado más al sur, y del hermoso valle del Liri, que se proyecta hacia el noroeste, en dirección a Roma. Esta última vista impulsó a un rapsoda italiano del siglo xi a escribir: «Aquí nace la senda a la ciudad apostólica».<sup>3</sup>

Doblando la última curva, a cuatrocientos cincuenta metros sobre el nivel del valle, la gran abadía surgía abruptamente sobre la cúspide, trapezoidal y majestuosa, con sus tres hectáreas de piedra travertino y una fachada el doble de larga que la del Palacio de Buckingham.<sup>4</sup> En 529 d.C. había llegado a esta acrópolis, situada en una torre romana abandonada, un ermitaño errante llamado Benedicto. Nacido en una familia patricia, el joven clérigo había huido de la licenciosa Roma después de evitar un cáliz envenenado que le ofrecieron monjes rivales, y se asentó en esta loma rocosa con el único deseo de «servir al Señor».<sup>5</sup> La Regla de San Benedicto modeló el monacato occidental haciendo hincapié en la piedad, la

humildad y la reluciente «coraza de la obediencia». Los benedictinos, con su hábito negro, no sólo predicaban la palabra de Dios a los paganos de las llanuras, sino que contribuyeron a preservar la cultura occidental durante los crepusculares siglos venideros. Se decía que Benedicto murió levantando los brazos al cielo en la primavera del año 547, y que entró en el paraíso «por una calle iluminada y cubierta de alfombras». <sup>6</sup> Sus huesos y los de su hermana gemela, santa Escolástica, reposaban en una cripta abierta en su refugio de montaña. A lo largo de quince siglos, la abadía había sido demolida en repetidas ocasiones —por lombardos, sarracenos, terremotos y, en 1799, por los bribones napoleónicos—, pero siempre fue reconstruida en conformidad con la máxima *Succisa Virescit*: «Después de ser derruida, vuelve a renacer». Tras una visita a Monte Cassino, el poeta Longfellow describió la abadía como un lugar «en el que se enfrentan este mundo y el próximo». <sup>7</sup>

Eso nunca fue tan cierto como en febrero de 1944. <sup>8</sup> La ciudad situada a sus pies había sido bombardeada por primera vez el 10 de septiembre, y al cabo de unas semanas, más de mil refugiados se cobijaban en la abadía con setenta monjes. «Ensuciar la abadía», se quejó el abad, Dom Gregorio Diamare, «fue una triste muestra de gratitud». <sup>9</sup> A medida que se acercaba la guerra y se secaban los pozos, la mayoría de los civiles marcharon a las montañas o las ciudades del norte. Un teniente coronel austríaco, Julius Schlegel, que antes de la guerra era historiador del arte y bibliotecario, había convencido a Diamare para que pusiera a buen recaudo los tesoros artísticos de la abadía. Durante el último tramo de otoño, los camiones de la Wehrmacht siguieron la Carretera 6 hasta el Castillo Sant'Angelo, en Roma, trasladando tesoros en cajas improvisadas con madera que se encontró en una fábrica abandonada. El botín era imponente: *Leda*, de Leonardo; vasijas y esculturas de la antigua Pompeya; ochenta mil libros y pergaminos, entre ellos escritos de Horacio, Ovidio, Virgilio y Séneca; cajas de metal alargadas que contenían manuscritos de Keats y Shelley; óleos de Tiziano, Rafael y Tintoretto; vestiduras sacerdotales y copas sacramentales creadas por maestros orfebres; e incluso los restos del abad Bertario, asesinado por sarracenos en el siglo IX. Una inmensa cruz sienesa del siglo XIII era «tan voluminosa que sólo podía transportarse en diagonal sobre la plataforma de un camión». Los principales huesos de Benedicto y Escolástica permanecieron en su cripta del monasterio, pero algunos relicarios revestidos de seda <sup>10</sup> que contenían fragmentos mortales de los santos también viajaron a Roma después de recibir una bendición especial del abad. En

cada camión iban dos monjes para cerciorarse de la honestidad de los alemanes; con todo, se extraviaron quince cajones que luego aparecieron en el cuartel general de la División Hermann Göring, a las afueras de Berlín.<sup>11</sup>

Cuando finalizó la evacuación, Monte Cassino se convirtió, por orden de Hitler, en el eje de la Línea Gustav.<sup>12</sup> A mediados de diciembre, Kesselring prometió a la jerarquía católica que ningún soldado alemán accedería a la abadía, y se delimitó una zona de exclusión en torno a los muros externos del edificio. Pero día a día, tanto la ciudad como las laderas circundantes estaban más fortificadas. Una directriz del X Ejército estipulaba: «Allein das Gebäude auszusparen ist» — sólo el propio edificio debe salvarse—<sup>13</sup> y, a últimos de diciembre, Hitler ordenó que las mejores reservas tenían que «apostarse en el macizo de la montaña. No debe perderse bajo ninguna circunstancia».<sup>14</sup>

Más puestos de observación y pozos de tirador salpicaban la cara sur. Los ingenieros alemanes habían adquirido «todas las barrenas de los alrededores de Roma», según informó un oficial de la Wehrmacht.<sup>15</sup> Los zapadores demolieron edificaciones anexas a la abadía y casas seleccionadas de la ciudad para mejorar el radio de alcance. búnkeres, fortines y refugios subterráneos de acero poblaban el paisaje; a los trabajadores italianos no forzados se les ofrecían raciones extra de tabaco para que cavaran más rápido y a mayor profundidad.<sup>16</sup> Las escuelas de Cassino habían servido de hospitales de campaña alemanes,<sup>17</sup> plagados de heridos quejumbrosos de Sicilia, y luego Salerno, el Volturno, San Pietro y una docena de campos de batalla del sur. Pero, a finales de enero, tanto las unidades de la retaguardia como los civiles habían abandonado la ciudad, y dejaron sólo a asesinos de combate en sus guaridas subterráneas con órdenes de resistir o morir.

El primer proyectil perdido azotó la abadía a mediados de enero.<sup>18</sup> Los monjes se ocupaban de sus rituales diarios, que comenzaban con maitines antes del amanecer. A lo largo del día, se reunían siete veces más en la sillería del coro, construida en nogal tallado, para recitar las horas. El abad Diamare, de setenta y nueve años, y sus monjes se retiraron a seis habitaciones distribuidas en dos pasillos del piso inferior. Los intrusos alemanes confiscaron catorce vacas y más de cien ovejas, pagando una miseria por ellas, y pronto, el resto de las bestias, entre ellas cabras, cerdos, pollos y asnos, encontraron refugio en la abadía. Una entrada del diario de la abadía suplicaba: «Que Dios acorte estos días terribles».<sup>19</sup>

Cientos de refugiados se cobijaban apoyados contra los muros externos, en edificios de la granja, e incluso en la conejera. La artillería bramaba ahora en los flancos de Monte Cassino, día y noche, crispando nervios y cobrándose vidas inocentes. La mañana del sábado 5 de febrero, un cañoneo resultó particularmente



desconcertante. Cuarenta mujeres aterrorizadas llegaron corriendo a la puerta principal de la abadía, rogando que les permitieran entrar.<sup>20</sup> Ante la renuencia de los monjes, las mujeres golpearon la puerta de roble hasta que les sangraban los nudillos.<sup>21</sup> «Enloquecidas por el miedo, gritaban, imploraban asilo e incluso amenazaban con quemar la puerta», recordaba alguien.<sup>22</sup>

La puerta se abrió y las mujeres entraron a toda prisa. Pronto les siguieron docenas, y luego centenares, hasta que alrededor de mil personas atemorizadas atestaron la abadía.<sup>23</sup> Se levantaron campamentos fétidos en la casa del guarda, la oficina de correos, la carpintería y la sala de la curia. Cuatrocientas personas pernoctaban en la gran escalinata de la abadía.

Los monjes cantaban y rezaban, buscando la voluntad de Dios en la liturgia de las horas. Transcurría un día espantoso tras otro, marcado por los ritmos del oficio divino: maitines, alabanzas, prima, tercia, sexta, nona, vísperas y completas. «La ociosidad es el enemigo del alma», les había advertido Benedicto. Fuera de los resistentes muros, la artillería entonaba sus cánticos.

El fracaso del ataque frontal por el río Rápido había obligado a Mark Clark a recurrir a sus flancos en un esfuerzo por retorcer la Línea Gustav.<sup>24</sup> A la izquierda del V Ejército, el X Cuerpo británico no tardó en extinguirse a orillas del Garigliano, y acusó cuatro mil bajas sin unos avances notables durante las dos últimas semanas de enero. Eso dejó el «paisaje empapado y desolado» a la derecha del V Ejército.<sup>25</sup> Al dirigirse al oeste atravesando una zona interior de escarpas y collados desprotegidos, los comandantes aliados esperaban bordear Monte Cassino y penetrar en el valle del Liri por detrás de la abadía.

Los franceses estuvieron a punto de cosechar una victoria.<sup>26</sup> Una fuerza integrada mayoritariamente por soldados norteafricanos liderados por oficiales blancos había llegado a Italia; eran dieciocho mil efectivos ataviados con el uniforme de sarga del ejército de Estados Unidos. «Busque al tipo que lleve la ropa más nueva y mejor, y seguro que es francés», rezongaba un estadounidense.<sup>27</sup> Mientras hacía retroceder la línea alemana seis kilómetros en cuatro días, el CEF había eviscerado a una división de montaña de la Wehrmacht.<sup>28</sup> A las órdenes de un aguerrido argelino, el general Alphonse Pierre Juin, reconocible por su chapela y su saludo con la mano izquierda —su brazo derecho había sido mutilado en 1915—, los franceses reanudaron su ataque el 25 de enero. Al día siguiente, la 3.<sup>a</sup> División argelina ocupó Monte Belvedere, ocho kilómetros al norte de Cassino y situado

casi tan al interior como la Línea Gustav.<sup>29</sup> Las tropas francesas fortificaron por poco tiempo Monte Abate, sobre Belvedere, una escarpadura de tal importancia que Kesselring anticipó que abandonaría la Línea Gustav si caía.<sup>30</sup>

«Son los hombres de a pie los que luchan», escribió un oficial de la 2.<sup>a</sup> División marroquí, «y todo es a escala humana». No obstante, la humanidad se mostraba esquiva en las montañas italianas. Las ráfagas alemanas llevaban a los soldados franceses a «proferir maldiciones contra el mundo en general», afirmaba otro oficial. «Eso los calmaba.» Un sargento argelino, cuyo cráneo había sido trepanado por un proyectil, «corrió dando gritos, sujetándose el cerebro con las manos, y cayó muerto».<sup>31</sup> Un teniente tunecino que había jurado ser el primero en coronar el Punto 862 también fue abatido por una bala en la frente; tres *tirailleurs* colocaron el cuerpo en posición erguida sobre un asiento fabricado con una culata de rifle y le llevaron hasta la cima, «cumpliendo así su promesa».<sup>32</sup>

Seis batallones alemanes, algunos reducidos a un centenar de hombres, contraatacaron para cerrar la fisura y reconquistar Abate.<sup>33</sup> El diario de una división francesa decía: «Hemos conquistado la Colina 700 en cuatro ocasiones. La Colina 771 ha sido tomada tres veces. Hemos conquistado la Colina 915, y el enemigo ha contraatacado sin éxito en cuatro ocasiones».<sup>34</sup> Los sedientos colonos fallecían mientras se precipitaban hacia riachuelos de montaña para dar un último sorbo de agua;<sup>35</sup> una nota que portaba un oficial francés muerto rezaba: «No he comido ni bebido desde que partimos».<sup>36</sup> Otros sobrevivían a base de raciones confiscadas y disparando munición arrebatada al enemigo.

«El mecanismo humano tiene sus límites», escribió un capitán francés en su diario poco antes de que una bala de ametralladora acabara con su vida.<sup>37</sup> Juin asintió a regañadientes. Escribió a Clark que su cuerpo había penetrado en la Línea Gustav «al precio de un esfuerzo increíble y pérdidas ingentes». Un regimiento argelino había perdido mil cuatrocientos hombres, entre ellos el comandante. Las bajas alemanas ascendían a un batallón diario,<sup>38</sup> pero Kesselring todavía conservaba el terreno elevado. Para desolación de Juin, el CEF «no podía hacer más».<sup>39</sup>

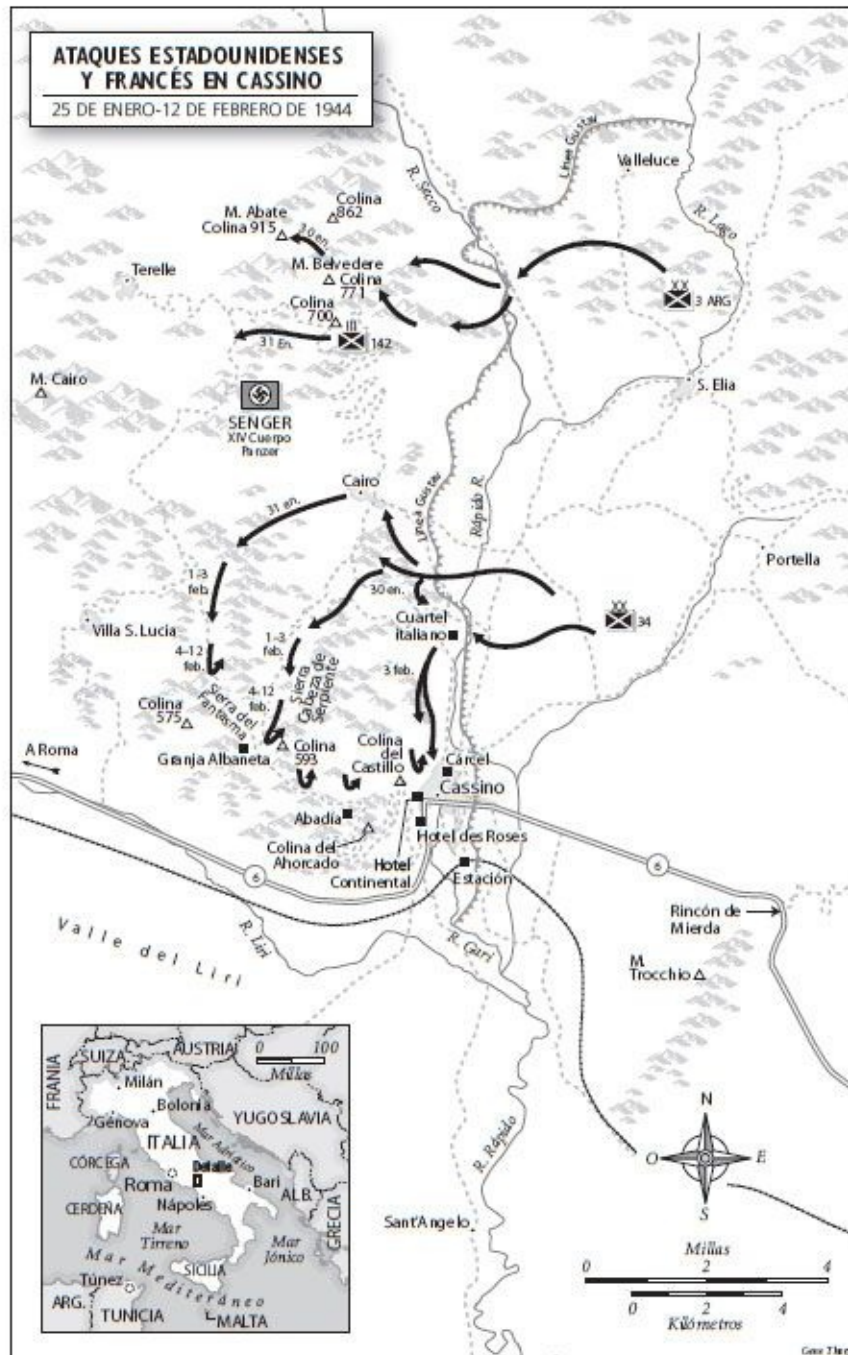
Ahora, la desagradecida tarea recayó en los estadounidenses, más concretamente en la 34.<sup>a</sup> División de Infantería.<sup>40</sup> Compuesta en un principio por guardias nacionales de Iowa y Minnesota, gran parte de la 34.<sup>a</sup> División había sido vilipendiada en Túnez antes de ganarse la redención en el Monte 609, durante los últimos días de la campaña; los recién llegados a la división incluían al 100.<sup>o</sup> Batallón de Infantería, integrado por mil cuatrocientos soldados de origen japonés-estadounidense venidos de Hawai. El general de división Charles W. Ryder, oriundo

de Kansas y compañero de clase de Eisenhower en West Point, todavía capitaneaba la división, como había hecho desde la Operación Antorcha. «Doc» Ryder, un hombre alto de orejas grandes, labios carnosos y una nariz prominente, demostró un valor en la primera guerra mundial —dos cruces al Servicio Distinguido, una Estrella de Plata y un Corazón Púrpura— que en este conflicto se vio equiparado por su sagacidad táctica y su discreta disposición.

Mientras los franceses azotaban la Línea Gustav a la derecha de Ryder, la 34.<sup>a</sup> División atacaba el norte de Cassino, donde la escasa profundidad del Rápido permitía vadearlo.<sup>41</sup> A finales de enero, los fusileros avanzaron penosamente entre lluvias de fuego, campos de minas y cenagales durante tres días. A media mañana del 27 de enero, soldados de infantería y cuatro tanques Sherman defendían dos pequeñas cabezas de puente al otro lado del río, mientras los ingenieros tendían un camino de troncos para los refuerzos blindados. Era demasiado tarde; a la una del mediodía, los cuatro Sherman eran pasto de las llamas, una agitada compañía de fusileros abandonaba una colina que acababa de conquistar y, pronto, cientos de soldados huían presa del pánico hacia la retaguardia. En lugar de las cinco compañías que debía tener al otro lado del Rápido, Ryder no contaba con ninguna.

El 29 de enero se retomó el ataque más al norte, pero llegó a un punto muerto en la empinada margen opuesta del Rápido, donde las dotaciones de tanques dispararon mil proyectiles a corta distancia en un intento por labrar una rampa. Un paso elevado construido apresuradamente con rocas resultó más útil; algunos Sherman se hundieron hasta la torreta en el fango, pero llegaron unos veinticinco más a la orilla oeste. Los carros de combate avanzaban a ocho kilómetros por hora envueltos en una oscuridad polar, y las minas de fragmentación estallaban bajo sus orugas como petardos.<sup>42</sup> Los conductores seguían el brillo tenue del tubo de escape que circulaba veinte metros por delante mientras un soldado repelía desde la torreta a los asaltantes alemanes con ráfagas de ametralladora.<sup>43</sup> Los fusileros les seguían de cerca y se protegían de la artillería alemana aprovechando los surcos de quince centímetros que dejaban las cadenas de los tanques.<sup>44</sup> Espectros vestidos de gris campaña —conocidos entre los soldados estadounidenses como «ladillas»— asomaban sigilosamente de sus pozos y fortines de acero y acababan siendo abatidos o capturados; los más acérrimos eran bañados en fósforo.<sup>45</sup> La noche del domingo 30 de enero, mientras el avance francés trastabillaba, los estadounidenses habían fortificado varios montes clave y el pueblo de Cairo, situado en las tierras altas, cinco kilómetros al norte de la abadía. «Creo que habremos conquistado

Cassino mañana por la noche», escribió en su diario el general Keyes, comandante del II Cuerpo, el 1 de febrero.<sup>46</sup> Clark telegrafió a Alexander: «Ahora mismo, todo apunta a que los altos de Cassino serán dominados muy pronto».<sup>47</sup>



Qué bonito pensar así. Kesselring había transferido a las formidables divisiones 1.<sup>a</sup> de Paracaidistas y 90.<sup>a</sup> de Granaderos Panzer desde la costa del Adriático, y acrecentó así las defensas de la Línea Gustav, que pasaron de cuatro

divisiones a seis a principios de febrero.<sup>48</sup> Los ejércitos enfrentados, como reconoció Clark en su diario, ahora se asemejaban a «dos boxeadores en el cuadrilátero, ambos a punto de derrumbarse».<sup>49</sup> El jueves 3 de febrero, los hombres de Ryder se afianzaron en la periferia norte de Cassino, y desocuparon las viviendas con lluvias de granadas y una corta ráfaga a través de la puerta. Al día siguiente, un batallón del 135.º Regimiento de Infantería se encontraba a doscientos metros de la abadía; una patrulla incluso barrió la cara este del edificio y capturó a diecinueve prisioneros. Se conquistaron colinas que se perdieron una y otra vez, en especial el Punto 593, conocido en la zona como Monte Calvario. Situado unos dos kilómetros al noroeste de la abadía, era el lugar más elevado de un collado esencial al que llamaban cresta Cabeza de Serpiente. «Cada día se anuncia la conquista de Cassino, y cada noche se desmiente el rumor», apuntó en su diario un oficial de artillería de la 34.ª División.<sup>50</sup>

Cada metro, ganado o perdido, mermaba la fuerza estadounidense. En un campo de una hectárea pulverizado por la artillería alemana, los supervivientes contabilizaron noventa cuerpos.<sup>51</sup> Llegaron seis nuevos tenientes al 2.º Batallón del 135.º Regimiento de Infantería; al día siguiente quedaban sólo dos en pie.<sup>52</sup> Los médicos inyectaban tubos de morfina a través de la sarga de color verde apagado sin esperar a subir las mangas; muchos guardaban los polvos de sulfamida en saleros para facilitar su preparación.<sup>53</sup> La nieve cubría a los muertos, y al despertarse los vivos en los fríos pozos, descubrían que el hielo había endurecido sus uniformes. Pocos hombres conservaban ya sus sacos de dormir; muchos no habían ingerido otra cosa que raciones de hierro y nieve fundida durante una semana o más. Un general de brigada neozelandés que estaba de paso descubrió que en la vapuleada 34.ª División había tantos soldados con los pies congelados que los consideró incapaces de lanzar otro ataque.<sup>54</sup>

Aun así lo intentaron. En la primera quincena de febrero, trataron de salvar en tres ocasiones los últimos dos kilómetros que los separaban del valle del Liri; todas las tentativas fracasaron.<sup>55</sup> El 11 de febrero, mil quinientas granadas fueron incapaces de ahuyentar a los defensores alemanes del campo de batalla conocido como Granja Albaneta, cerca del Punto 593; al final de la jornada, dos batallones de refuerzo pertenecientes a la 36.ª División sumaban sólo ciento setenta hombres, una décima parte de los efectivos autorizados. Su comandante de regimiento, que había sobrevivido a la debacle del Rápido tres semanas antes, murió cuando un proyectil arrasó de rebote su puesto de mando, parapetado tras unos sacos de tierra.<sup>56</sup>

Un comandante de cuerpo alemán creía que los estadounidenses se encontraban «a tan solo cien metros de la victoria».<sup>57</sup> Alexander y Clark quizá habían atacado en un frente demasiado amplio y no habían aprovechado las fisuras de la Línea del Eje con la celeridad necesaria.<sup>58</sup> Sin embargo, sus hombres habían dado cuanto podían. A ocho mil bajas francesas podían sumarse otras diez mil estadounidenses; a mediados de febrero, las pérdidas en las compañías de fusileros de la 34.<sup>a</sup> División ascendían al 65 por 100. «Personalmente, me alegro de que no hayamos conquistado nuestros objetivos», escribió un soldado del 135.<sup>o</sup> Regimiento de Infantería en una carta a su familia. «De lo contrario, nos creerían inmortales y nos harían continuar eternamente, pese a la fatiga, las matanzas y lo que casi ha supuesto la aniquilación.»<sup>59</sup> Los comandantes aliados sobre el terreno miraban al cielo, apartando la vista de la carnicería que tenían a sus pies. «Monte Cairo, cubierto de nieve, ha adquirido un bonito color rosa», garabateó Keyes en su diario. «Brilla la luna llena sobre el monasterio.»<sup>60</sup>

Las bengalas enemigas se alzaban también sobre la abadía, flotando «como si pendieran de cables invisibles», escribió un soldado.<sup>61</sup> Llegó una nueva dotación de mortero al frente, ignorando que el edificio era una zona de alto el fuego; algunas andanadas impactaron contra el tejado, y provocaron gritos de alegría entre las tropas desplegadas en la línea estadounidense.<sup>62</sup>

A primera hora del 14 de febrero, la 4.<sup>a</sup> División india avanzó furtivamente para relevar a los estadounidenses.<sup>63</sup> Los soldados de la avanzada fueron relegados a la retaguardia o transportados en camilla, ya que muchos de ellos eran incapaces de salir de sus agujeros sin ayuda; la 34.<sup>a</sup> División sola utilizó a setecientos camilleros.<sup>64</sup> Los soldados estadounidenses muertos se apilaban cual troncos talados, a la espera de la evacuación con mulas que chacoloteaban colina arriba formando recuas largas y zigzagueantes;<sup>65</sup> la 34.<sup>a</sup> División empleó también mil mulas. «Gracias a Dios que sus madres no podían ser testigo de aquella tristeza y vejación», escribió un oficial británico.<sup>66</sup> Un recién llegado al 141.<sup>o</sup> Regimiento de Infantería, el teniente Harold Bond, hallaba consuelo en Shakespeare. «Un hombre sólo puede morir una vez. Le debemos a Dios una muerte», declamaba citando a Feeble en *Enrique IV*, segunda parte.<sup>67</sup> «Aquel que muera este año se habrá librado para el próximo». Robert Capa, tropezando entre trincheras plagadas de chicos muertos de la 34.<sup>a</sup> División, había murmurado una invocación propia: «Quiero pasear bajo el sol de California y llevar zapatos y pantalones blancos.»<sup>68</sup>

Cuando los estadounidenses empezaron a replegarse varios kilómetros para descansar, un mensajero alemán que enarbolaba una bandera blanca propuso una breve tregua para el 14 de febrero, a fin de recuperar los cadáveres cerca de Cairo.

Los soldados alemanes improvisaron rápidamente unas camillas con árboles jóvenes y tiendas de campaña; un destacamento estadounidense entregó ciento cincuenta cuerpos enemigos en camillas preparadas con lonas manchadas de sangre y transportó un número equiparable de compañeros vestidos con el uniforme verde oliva.<sup>69</sup> «Había cadáveres por toda la colina y apestaba», plasmó un soldado estadounidense en su diario.<sup>70</sup> Durante una pausa, las tropas sacaron cigarrillos y fotos de familia, y charlaron sobre las chicas italianas y sus estrellas de cine favoritas. Un oficial estadounidense preguntó en alemán: «Wie geht's bei Hitler jetzt?». Envuelto en un abrigo azul grisáceo, un sargento pelirrojo de Hamburgo se encogió de hombros y respondió: «Gut, gut». Roma era bastante agradable, dijeron los alemanes, pero la ciudad no podía «compararse con Berlín». Desde Monte Cassino se escuchaban las descargas de los mosquetes; el final del alto el fuego local estaba previsto para mediodía. «Auf wiedersehen», se dijeron, y echaron a andar con un último cargamento de cadáveres. «Goot bye.» Un soldado alemán se adelantó a paso ligero para ofrecer un último apretón de manos. «Esta vida es una auténtica tragedia», aseguró.<sup>71</sup>

Lo más triste de todo eran los que sencillamente se evaporaron, como Otto Henry Hanssen, conocido en el ejército como el número de serie 37042492, y para su familia de Monticello, Iowa, como Bud. Hanssen, el tercero de nueve hijos, había trabajado antes de la guerra como mozo de labranza por diez dólares semanales. La paga era un poco mejor en el ejército, y el trabajo era de peso: había ascendido a sargento de sección en la Compañía G de la 168.<sup>a</sup> División de Infantería. Una carta del Departamento de Guerra comunicó la desaparición del sargento Hanssen después de que, el 4 de febrero, los alemanes tendieran una emboscada a su patrulla cerca de la abadía; el general adjunto expresó su «sentida comprensión durante el período de incertidumbre». Casi un año después, un soldado que había perdido una pierna y fue apresado en la misma escaramuza escribió a la familia de Hanssen, una vez repatriado por motivos de salud desde un campamento alemán: «Lamento mucho tener que notificarles que creo que murió en combate ... Cuando estábamos allí nunca pensábamos en que podíamos perder la vida». En abril de 1945, el Gobierno declaró que el soldado 37042492 había fallecido en combate —otro compañero dijo haber sido testigo de su muerte bajo el fuego de los cañones—, pero nunca dieron con su cuerpo. Bud Hanssen tenía veintinueve años.<sup>72</sup>

Ernie Pyle se había incorporado a la Compañía E del mismo batallón cerca de Cassino. Doscientos hombres, en su mayoría de Iowa, habían viajado con la compañía dos años antes; sólo quedaban ocho. Sobre esos veteranos, Pyle escribió:

Llevaban tanto tiempo luchando que ya eran más soldados que civiles. Su vida consistía única y exclusivamente en la guerra ... Sobrevivieron porque el destino los trató bien, desde luego, pero también porque se habían curtido y se volvieron extremadamente inteligentes en formas casi animales de supervivencia.<sup>73</sup>

Entre los veteranos de la Compañía E se encontraba el sargento Frank «Buck» Eversole, un ex vaquero de veintiocho años originario de Iowa que se había ganado dos Estrellas de Plata y un Corazón Púrpura y que, como Hanssen, había sido ascendido a sargento de sección. «Estoy muy hartado de todo, pero no tiene sentido quejarse», confesó a Pyle. Sin embargo, las pérdidas lo enervaban. «He llegado a un punto en que tengo la sensación de que soy yo, y no un alemán, quien los mata. Ahora mismo me siento un asesino», dijo Eversole. «Odio mirar a los nuevos cuando llegan.»

*Quiero pasear bajo el sol de California y llevar zapatos y pantalones blancos.*

«Viven y mueren tan miserablemente, y lo hacen con tal determinación, que tu admiración por ellos te ciega durante el resto de la guerra», escribió Pyle en enero.<sup>74</sup> Pocos cronistas eran más sagaces que Ernie Pyle, pero su admiración tal vez le cegara también ante la desafección en la línea del frente. Después de inspeccionar el frente de Cassino a principios de febrero a petición de Alexander, el general de brigada Lyman L. Lemnitzer informó que el ánimo estaba «empeorando progresivamente», y que las tropas se encontraban «tan desalentadas» que parecían estar a punto de amotinarse.<sup>75</sup>

Ciertamente, la vida y la muerte eran espantosas en Cassino, empezando por «Rincón de Mierda»,<sup>76</sup> donde la Carretera 6 surgía de las sombras de Monte Trocchio. Desde aquel punto en dirección norte, cualquier movimiento era detectado por los alemanes; habían caído tantos oficiales llegados de Nápoles y Caserta en el atolladero mortífero de Cassino que la Policía Militar británica colgó un enorme cartel: «¡Alto! Ésta es la línea del frente».<sup>77</sup> Los reemplazos del V Ejército destinados más tarde a esa línea recibieron un folleto orientativo, que decía: «No teman nada ... Recuerden que gran parte del ruido que escuchan es nuestro y no entraña peligro».<sup>78</sup> Esa justificación tranquilizadora se veía socavada por apartados titulados «Si resulta herido» y «Si un compañero resulta herido».

Los afortunados hallaban cobijo, tal vez en unas ruinas a la intemperie con una lona extendida sobre sus cabezas,<sup>79</sup> y allí podían cocinar una sopa sobre trozos de muebles astillados, tomando una bebida canadiense destilada ilegalmente que llamaban vapor,<sup>80</sup> o coñac italiano barato con olor a «perfume y gasolina».<sup>81</sup> «Nos sentamos a discutir como una panda de ancianas sobre quién debe ir a buscar agua,



quién ha preparado los últimos huevos revueltos sin limpiar la sartén y quién se encargó de avisar de la llegada del correo la noche anterior», escribió a los suyos un sargento de Indiana.<sup>82</sup> Por la noche podían escuchar por radio a Axis Sally, también conocida como la Zorra Berlinese.<sup>83</sup> «¿Quién se acostará esta noche con tu mujer mientras tú estás aquí combatiendo?», ronroneaba antes de recitar con precisión las contraseñas diarias del V Ejército.<sup>84</sup>

Los desdichados se agazapaban en húmedos refugios parapetados con piedras o capas de nieve, tan atormentados por los francotiradores que muchos titubeaban antes de ponerse al descubierto, incluso cuando recibían autorización para volver a la retaguardia.<sup>85</sup> Ingenieros británicos abrigados con sobretodos y pasamontañas de lana mantenían despejados los pasos elevados con arados de madera y sal gema,<sup>86</sup> mientras los esquiadores abastecían a las avanzadas más remotas y evacuaban a los hombres congelados. Los soldados de infantería deshacían sus ametralladoras con cerillas y se les aconsejaba que orinaran, si era necesario, sobre los rifles.<sup>87</sup> El 7 de febrero, el teniente coronel Henry E. Gardiner, un jefe de tanque estadounidense, hizo inventario de su vestuario: ropa interior gruesa, «suéter sin mangas a prueba de viento», camisa y pantalones de lana, jersey sin mangas, polainas, calcetines de algodón, calcetines de lana, mono de una pieza, chaqueta de combate, botas militares, chanclos, gorro de lana, casco, gabardina y gafas. La ropa de invierno facilitada en enero a los soldados del frente incluía pantalones forrados de carisea y 99.000 juegos de lo que el intendente denominaba «mitones, añadidos e índices»;<sup>88</sup> pero los «calcetines, los polares y la lana» resultaron demasiado gruesos para la mayoría de las botas estadounidenses,<sup>89</sup> y las parkas diseñadas para Alaska eran demasiado voluminosas para los fusileros que escalaban las montañas italianas. El sino del soldado de infantería, como observó un veterano, «es una vida de extremos, o insuficiente o demasiado».<sup>90</sup>

La comida rara vez era excesiva, en cantidad o en calidad, aunque, a mediados de febrero, una cena a base de chuletas de cerdo llevó al coronel Gardiner a especular que el intendente debía de «aspirar a la reelección».<sup>91</sup> Fue más característico el comentario jocosos que hizo una enfermera a sus padres: «Nuestra carne está muerta, pero no es comestible».<sup>92</sup> Algunos soldados documentaban sus privaciones: «No he tomado leche fresca en nueve meses, helado en diez meses, Coca-Cola en doce meses, ni pastel de manzana *à la mode*, bocadillos de lechuga y tomate o chocolate malteado en más de un año», protestaba un comandante.<sup>93</sup> La pésima comida contribuía al ambiente de rebeldía que percibió Lemnitzer. Un ingeniero que se refería a sí mismo en tercera persona anotó en su diario: «A veces tenía la sensación de estar librando esta puta guerra él solo. Agarra su rifle y se

dirige hacia la línea renegando y expeliendo mantequilla de cacahuete y gelatina».94 Los británicos desafectos expresaban sus propios lamentos: «¿De qué sirve la comida que llega aquí si el té está frío como un cadáver?».95

Como de ordinario, los soldados británicos que combatían en el frente prestaban más atención a la higiene personal que sus hermanos estadounidenses, que solían aparecer «despeinados, sin afeitar y desarreglados», como señalaba un oficial de los Ingenieros Reales.96 Durante las treguas, se esperaba que los británicos echaran mano de la cuchilla, se peinaran y se cepillaran los dientes para que «el exterior se restaurara en provecho último del interior». También se dio rienda suelta a la tolerancia británica con la vestimenta poco ortodoxa en la Línea Gustav, donde las mejores galas incluían chalecos de piel a los que se habían cosido mangas confeccionadas con mantas del ejército de Estados Unidos, polainas hechas con sacos de arena vacíos y recubiertas de barro para un mayor aislamiento, botas para el desierto de suela blanda, conocidas como «trepadoras de burdeles», y el manguito de un subteniente cosido con una piel de pantera.

La artillería atormentaba a todo el mundo y agravaba la sensación de aislamiento y de que aquello era un capricho de la vida. Las ametralladoras tronaban día y noche, «regulares como un golpe de guadaña».97 Un soldado estadounidense escribió: «La artillería pesada tiene algo de inhumano y es realmente espantosa. Nunca sabes si estás huyendo de ella o hacia ella. Es como el dedo de Dios».98 Los artilleros aliados dispararon doscientos mil proyectiles en Cassino durante las dos primeras semanas de febrero;99 en el cañoneo participaron los nuevos obuses estadounidenses de 240 mm, con un alcance de 23 kilómetros y unos proyectiles de 162 kilos.100 Un artillero cuyo batallón había lanzado 4.000 obuses escribió a su familia: «Desde luego, eso son muchos bonos de guerra».101 Se decía que Cairo era «el foco más bombardeado de Italia»,102 pero la ciudad de Cassino, Rincón de Mierda, el Punto 593 y otras localizaciones maltrechas cerca de la abadía competían por ese título. Un conductor de ambulancia que trataba de dormir en la inmediaciones de una batería de artillería reflejó en su diario a mediados de febrero: «Cuando disparan las ametralladoras me da la sensación de que alguien está golpeándome las plantas de los pies con una tabla dura».103 Las andanadas masivas de sesenta cañones o más sobre un único objetivo se conocían como serenatas, bingos y fétidas; al terreno despejado que quedaba totalmente a merced de la artillería se lo bautizó como espacio mortífero.104 El fósforo blanco desconcertaba especialmente al enemigo; un documento con fecha del 29 de enero

perteneciente a un paracaidista alemán capturado aconsejaba «apagar la ropa en llamas con mantas mojadas ... Sacudirse las partículas de fósforo del cuerpo. Debe facilitarse a los camilleros aceite de oliva. La tierra húmeda alivia un poco».<sup>105</sup>

Aunque menos derrochadora, la artillería alemana era igual de sanguinaria. Los soldados estadounidenses relegados a la inmovilidad de sus agujeros aprendieron a aliviar la sobrepresión generada por el estruendo de los proyectiles respirando hondo con la boca abierta.<sup>106</sup> En enero, el diario de un artillero británico recogió durante tres días consecutivos: «Excavando y renegando»; al día siguiente: «Excavando y renegando»; y finalmente: «Excavación terminada. Ha cesado el reniego».<sup>107</sup> Entre salva y salva, las insensibles cornejas se pavoneaban y picoteaban manteniendo las patas rígidas; cuando empezaban a caer de nuevo las ráfagas, se alzaban batiendo las alas y volaban en círculos. «Agachen la cabeza», sugería un veterano a los soldados recién llegados. «Quienes buscan la gloria no duran demasiado.»<sup>108</sup>

Quienes sí duraban se volvían férreos y experimentados en el arte de la guerra, como había observado Pyle. El cinismo a veces ayudaba. «Los reclutas esperan que todo esté jodido», explicaba un cabo estadounidense. «Es una presunción fundada en la experiencia vivida el día en que son reclutados.»<sup>109</sup> Un coronel británico concluyó que buena parte de las secciones expuestas al fuego enemigo contaban con un número reducido de «hombres con agallas que van a cualquier parte y hacen cualquier cosa», y también con algunos haraganes y una mayoría que «les seguirán a corta distancia si están bien dirigidos».<sup>110</sup> Los «valientes» que sobrevivieron en Cassino necesitaron astucia y suerte, además de coraje. «Utilice el sentido común, pero utilícelo rápido», recomendaba un estudio táctico aliado.<sup>111</sup>

En pocos campos de batalla resistirían los reclutas unas condiciones más penosas o contemplarían una carnicería peor. «Me he topado con tres soldados muertos», contaba un ingeniero estadounidense de veintidós años en su diario. «Los mató la sacudida de un proyectil. La piel de su rostro estaba chamuscada y contraída; no tenían párpados ni pelo.»<sup>112</sup> Cerca de allí, un casco alemán alojaba aún «media cabeza».

Encontraban estímulos donde podían: en los compases de la *Sinfonía inacabada* de Schubert que emitía la BBC;<sup>113</sup> en una extensa carta llegada desde casa, con sus páginas rebosantes de lo que un oficial definió como «cuentas relucientes de recuerdos y promesas»;<sup>114</sup> o en el brillo anaranjado de otro amanecer, otro amanecer que habían vivido para contemplar, cuando los bombardeos habían cesado momentáneamente y el mundo parecía recién creado e incorrupto.

Un solo disparo de rifle podía romper el hechizo. Un soldado de comunicaciones de la 4.<sup>a</sup> División india redactó al cabo de un tiempo:

El primer estallido tenía por réplica un par de disparos que desencadenaban una salva de las ametralladoras Bren. Éstas generaban el rápido tableteo de las ametralladoras ligeras alemanas, que a su vez ponían en marcha los morteros, luego las ametralladoras de 25 y 88, y a la postre las medianas y pesadas. Toda la zona temblaba, bramaba y retumbaba.<sup>115</sup>

Y de este modo daba comienzo el día, de la misma forma que el anterior. En una carta a su familia, Henry Gardiner sintetizó la campaña italiana en siete palabras: «Marchaba colina arriba y descendía de nuevo». Pero avanzaran donde avanzaran, cavarán donde cavarán o murieran donde murieran, la abadía que coronaba Monte Cassino parecía cernirse sobre ellos. «Era imposible eludirla», afirmaba un soldado británico; «siempre estaba allí, observándote».<sup>116</sup> Otro joven oficial británico, Fred Majdalany, habló por boca de muchos: «Ese monasterio perturbador nos corroía el alma».<sup>117</sup>

En febrero llegó un nuevo señor de la guerra a Cassino, decidido a desterrar al enemigo de la Línea Gustav con fuego y explosiones y cuanto fuera necesario.<sup>118</sup> Cuando los estadounidenses retrocedieron para agruparse de nuevo, los neozelandeses, los indios y los británicos fueron transferidos al mando del teniente general Bernard C. Freyberg, un ex dentista que se había convertido en uno de los generales más célebres del Imperio británico. «Ahora le lanzarán la antorcha a usted», le dijo Al Gruenther por teléfono desde Caserta el 11 de febrero. Freyberg gruñó. «Son muchas las que nos han lanzado», replicó.

Era un hombre muy corpulento al que desde hacía tiempo llamaban Tiny.<sup>119</sup> «Soy Freyberg el neozelandés», era su presentación, que articulaba con una voz tan áspera como el gozne de una puerta. «Parecía grande por todas partes, con un pecho a un tiempo amplio y profundo», escribió un admirador.<sup>120</sup> La enorme cabeza de Freyberg presentaba una barbilla prominente, una nariz delicada, ojos grises y, sobre la parábola invertida que describía su boca, un finísimo bigote. A los diecisiete años había ganado el campeonato de natación de larga distancia en Nueva Zelanda, y contaban que se le podía confundir con una marsopa en el puerto de Wellington. Su cuerpo estaba cubierto de medallas, incluida una Cruz Victoria del Somme y cuatro condecoraciones de la Orden al Servicio Distinguido, que reflejaban una reputación que se había labrado junto a la boca del cañón en dos guerras. Freyberg sostenía que «algún que otro bombardeo le viene bien a todo el mundo»;<sup>121</sup> según un conocido, «su enorme intrepidez obedecía en parte a una falta

de imaginación».<sup>122</sup> Había terminado la Gran Guerra con veintisiete cicatrices y cortes —«acribillado como san Sebastián», decía un amigo<sup>123</sup>—, y acumularía varios más antes del final de esta contienda. «Casi siempre recibes dos heridas por cada bala o fragmento de metralla», decía encogiéndose de hombros, «porque la mayoría entran, pero también salen».<sup>124</sup> Una enfermera insistía en que no estaba hecho de carne, sino de goma.<sup>125</sup> En el período de entreguerras, los médicos le detectaron un «soplo sistólico»,<sup>126</sup> un diagnóstico que Freyberg cuestionó exigiendo que treparan juntos el Monte Snowdon y volvieran a examinarle en la cima. «Me encanta su falta de sentido del humor, su franca pasión por el combate», escribió una amiga sobre Freyberg en su diario. «En todo momento rezuma una severidad característica.»<sup>127</sup>

En el Norte de África, Churchill le había bautizado «la salamandra del Imperio británico», por su capacidad para avanzar en medio del fuego, pero Freyberg se asemejaba más al hipogrifo, ese híbrido de águila, león y caballo. Era a su vez sentimental —después de cavar la tumba de su amigo Rupert Brooke, la cubrió de salvia en flor—<sup>128</sup> y aficionado a los aforismos, incluida una línea de otro amigo suyo, J. M. Barrie, el autor de *Peter Pan*: «Dios nos dio memoria para que pudiésemos tener rosas en diciembre». A su llegada a Nápoles, Freyberg preguntó: «Antes se podían comprar unos guantes espléndidos en Italia. ¿Todavía es posible?».<sup>129</sup> Su impulsividad llevó a un subordinado exasperado a decirle a otro: «Mañana te llegará el turno de desobedecer órdenes».<sup>130</sup>

Incluso sus admiradores reconocían que Freyberg era especialmente imponente cuando lideraba una división; el mando temporal de un cuerpo en África pareció poner a prueba sus poderes, y volvió a la cabeza de la 2.<sup>a</sup> División neozelandesa después de flanquear la Línea Mareth al sur de Túnez. «¿No sería fantástico que el general pensara con claridad?», propuso Howard Kippenberger, su general de brigada neozelandés más talentoso. «¿O, aún mejor, que no intentara pensar en absoluto?»<sup>131</sup> No obstante, Freyberg volvió a Cassino en calidad de comandante de cuerpo, ya que a principios de febrero, Alexander aunó la 2.<sup>a</sup> División neozelandesa, la 4.<sup>a</sup> india y la 78.<sup>a</sup> británica en una nueva creación: el Cuerpo Neozelandés.<sup>132</sup>

Descrito por un observador británico como «nítido, vivaz, descansado y fuerte»,<sup>133</sup> el cuerpo al principio se dio a conocer como Fuerza Spadger para confundir al espionaje alemán; Freyberg siguió siendo «Spadger» en las reuniones aliadas mucho después del fin de la estratagema. Sus neozelandeses y británicos resultaban bastante variopintos, pero pocas unidades competían con los indios en extravagancia. Los sijs, los punjabis, los rajputs, los mahrattas y los gurjas nepalíes,

que llegaban en convoyes de camiones, parecían un circo ambulante de asesinos, cargados, como escribió un soldado de comunicaciones de la 4.<sup>a</sup> División india, con «toda clase de excrecencias, como jaulas de pollos vivos, cubos para extinguir incendios, bolsas de agua, muebles y ropa secándose al viento». <sup>134</sup>

Al principio, Freyberg contempló un amplio movimiento de flanqueo para romper la Línea Gustav. <sup>135</sup> Pero con la escasez de mulas y una experiencia limitada en el combate en las montañas, optó por un plan más prosaico que seguía los pasos del ataque estadounidense fallido, centrándose «en el punto más fuerte de una línea defensiva de solidez considerable», como observó más tarde la historia oficial de Nueva Zelanda. Para algunos subordinados, el plan confirmaba que Freyberg no tenía «cerebro ni imaginación», en palabras del comandante de la 4.<sup>a</sup> División india, el general Francis Toker. <sup>136</sup> Cuando dos de sus tenientes propusieron una reunión para tratar las dificultades tácticas de Cassino, Freyberg se negó a tolerar «ningún sóviet de comandantes de división». <sup>137</sup>

Sin embargo, cuanto más estudiaba Spadger la funesta silueta de la cadena montañosa que se extendía al noroeste, más se desviaba su mirada hacia la abadía blanca. ¿Era posible conquistar el macizo sin tomar el edificio? ¿No ocuparían las tropas alemanas un puesto de observación tan atractivo? ¿Cómo podía pedirse a los soldados aliados que atacaran la colina sin eliminar primero aquella presencia dominante?

En un principio, la 4.<sup>a</sup> División india había propuesto bombardear la abadía el 4 de febrero como parte de un plan para sumir a cualquier guarnición alemana «en la locura absoluta mediante un bombardeo incesante de los aviones y la artillería durante días y noches». <sup>138</sup> Freyberg se persuadió cada vez más de que ese criterio era prudente e inevitable. Tras una acalorada discusión sobre el reto que suponía irrumpir por la enorme puerta de la abadía, despachó a un subalterno para que escudriñara los puestos de libros napolitanos, donde el joven dio con varios estudios sobre la historia y la estructura de Monte Cassino. Un volumen que databa de 1879 contenía detalles arquitectónicos sobre la reconversión de la abadía en ciudadela tras el expolio francés de 1799, con unos muros exteriores aspillerados de tres metros de grosor y no menos de cuatro metros de altura que imposibilitaban la escalada. Un análisis de preguerra realizado por la academia del Estado Mayor italiana tildó a Monte Cassino de inexpugnable. <sup>139</sup>

Freyberg estaba convencido. En un memorando remitido a Clark y Alexander escribió:

Los ingenieros de campo no disponen de ningún medio viable para lidiar con este lugar. Puede abordarse directamente lanzando bombas de demolición desde el aire ... La fortaleza ha sido una espina clavada durante muchas semanas.<sup>140</sup>

Otros discrepaban. «Spadger todavía se propone arrasar el monasterio», apuntó Keyes en su diario. «Insisto en que no hay pruebas de que el edificio esté frenando nuestro ataque y me niego a acceder.»<sup>141</sup> Clark también puso reparos, aunque notaba que Freyberg gozaba de la confianza del general Alex. En privado, Clark consideraba a «Freyburg», escribía mal el nombre del neozelandés en su diario de manera sistemática, «una especie de elefante en una cristalería».<sup>142</sup>

Sin embargo, Clark ignoraba por cuánto tiempo resistiría las presiones llegadas de arriba y abajo. Sobre todo en sus cálculos se intuía un creciente apetito de sangre en las trincheras aliadas. Una carta que escribió a su familia un tirador de una batería antiaérea a mediados de febrero expresaba perfectamente el sentimiento dominante. «Destruiría el mismísimo Vaticano con gusto», escribió el soldado, «si en él hubiera alemanes a los que matar».<sup>143</sup>

## MALDITA CABEZA

A cien kilómetros de distancia, se había conminado a las 92.000 tropas aliadas acorraladas en Anzio a cavar, y vaya si lo hicieron.<sup>144</sup> El repiqueteo de picos y palas resonaba a lo largo y ancho de la cabeza de playa, y con el paso de las horas, la vida se tornaba más subterránea. Los efectivos destacados cerca de las Marismas Pontinas encontraban agua que penetraba en sus agujeros a cincuenta centímetros, pero quienes escarbaban el sustrato de arenisca que rodeaba Nettuno excavaron elaboradas guaridas recubiertas de cartón obtenido de los envases de las raciones y amuebladas con espejos, cómodas e incluso candelabros saqueados. Algunos se cobijaron en enormes toneles de vino vacíos que hallaron en las bodegas de las granjas, y el hedor del *vino rosso* rancio impregnaba sus uniformes.<sup>145</sup> Las catacumbas y los sótanos también albergaban las oficinas del VI Cuerpo —la arenisca parecía telegrafiar cada vibración y sacudida de la superficie—,<sup>146</sup> pero los ingenieros no lograron encontrar un túnel que, según se rumoreaba, había construido Nerón entre Anzio y Roma.<sup>147</sup> Todo ello resultaba un tanto familiar, como anotó en su diario un soldado de la 6.<sup>a</sup> División Gordon:

Volvemos a la primera guerra mundial rezumando un denso lodo. Armazones de tanques. Hace frío, Dios, hace frío. Tumbas señaladas con un casco rasgado por la metralla.<sup>148</sup>

Un médico estadounidense del 179.º Regimiento de Infantería prefirió hacer hincapié en lo positivo. En una carta que envió a casa, decía: «El coste de la vida es muy bajo».<sup>149</sup>

Los ataques de la Luftwaffe hacían que todos se alegraran de tener su agujero. «Hemos encontrado nuestra religión», confesaba un soldado en su diario. «No podría estar más asustado. Esta noche se han producido cinco ataques aéreos.»<sup>150</sup> En la cabeza de playa, las bombas reventaron los quince hornos y dañaron la artesa de la panadería del ejército;<sup>151</sup> ocho panaderos con cascos tamizaron la metralla de la harina, y a poco producían catorce toneladas de pan diarias. Como si de una isla se tratara, todo llegaba a la cabeza de playa por mar. «Día y noche, una delgada hilera de botas negras se desplazaba arriba y abajo entre la costa y los barcos anclados», escribió Ernie Pyle, que llegó de visita en febrero. Cada tarde, una vez que desaparecían los aviones de reconocimiento alemanes, los capitanes levaban anclas al ponerse el sol para abandonar el fondeadero, y navegaban lentamente para evitar levantar ondas de proa fosforescentes que pudieran delatarlos.<sup>152</sup> Las bengalas, las balas trazadoras y las explosiones de los proyectiles iluminaban Anzio con tal estridencia que un marinero llegó a afirmar que era «más brillante que el estadio de los Yankees».<sup>153</sup> A su regreso a Nápoles después de otra angustiosa travesía hacia la cabeza de playa, la tripulación de la lancha de desembarco cantaba: «Anzio, Anzio mío, por favor no me llesves de vuelta a Anzio».<sup>154</sup>

Entre las tropas más expuestas al peligro estaban las destinadas a Hell's Half-Acre, el centro médico situado a las afueras de Nettuno y a tan sólo diez kilómetros de las avanzadas de la línea del frente. A las 15:30 del 7 de febrero, un bombardero de la Luftwaffe perseguido por un Spitfire arrojó cinco bombas antipersona sobre el 95.º Hospital de Evacuación, donde cuatrocientos pacientes yacían en salas habilitadas en tiendas de campaña.<sup>155</sup> Acababan de llegar en ambulancia nuevos soldados heridos, y los quirófanos estaban atestados cuando las llamas y el acero azotaron el complejo. «Salí afuera y vi varios cuerpos sin vida en el aparcamiento que había frente a la tienda de admisión», informó el coronel Paul Sauer, comandante del hospital. «Una de las enfermeras del primer quirófano gritaba: “¡Me muero, me muero!”. Entré a verla y estaba blanca, sin pulso.»<sup>156</sup> Murieron veintiocho personas, entre ellas tres enfermeras, dos médicos y seis pacientes; otros sesenta y cuatro resultaron heridos, y las explosiones destruyeron veintinueve tiendas de campaña. El piloto alemán fue abatido y tratado en el mismo hospital.<sup>157</sup> Dos días después, un fragmento de proyectil acabó con la vida de un cirujano del VI Cuerpo mientras salía del puesto de mando de Lucas en Nettuno.<sup>158</sup>



«Que Dios nos asista», rezaba un sargento de la 1.<sup>a</sup> División Acorazada después del bombardeo del hospital. «Ven tú mismo, no envíes a Jesús. Éste no es lugar para un niño.»<sup>159</sup> A comienzos de febrero, el XIV Ejército del general Von Mackensen había cercado la cabeza de playa con trescientas setenta piezas de artillería, que pusieron en riesgo a todos los soldados aliados, «como un perro sobre un iceberg», como lo expresó un oficial de avituallamiento del V Ejército.<sup>160</sup> Cada calibre de los cañones alemanes entonaba una canción distinta, desde el aullido de la munición de 88 mm hasta los proyectiles de los cañones sobre raíles, que eran comparados con «una letrina patas arriba, con la puerta abierta y el papel higiénico volando».<sup>161</sup> Los proyectiles asesinaban a los panaderos, cocineros y empleados mientras desempeñaban sus labores. «A veces los oíamos llegar, y a veces no», escribió Pyle. «En ocasiones escuchábamos el silbido del proyectil una vez que había estallado.» Un oficial británico describió una bomba que había errado su objetivo por poco «como si alguien hubiera arrojado una mesa de comedor» contra su corazón.<sup>162</sup> Muy a menudo, la caída del artefacto venía seguida de un grito: «Morfina, por el amor de Dios, morfina».<sup>163</sup> Un miembro de la compañía confesó su creciente aversión por Italia. «Aquí hay demasiado hierro en el ambiente.»<sup>164</sup>

Hacían lo que podían. Los profundos agujeros ahondaban cada vez más, incluidos los garajes subterráneos destinados a eliminar los neumáticos pinchados y los radiadores.<sup>165</sup> Todos los soldados aprendieron el paso de Anzio —también conocido como ambladura o deambular de Anzio—, que exigía caminar en cuclillas, con la cabeza hundida entre los hombros y el casco bien encajado. Los ingenieros dispusieron cortavientos a lo largo del Canal de Mussolini para suprimir arboledas dispersas, y dejaron el paisaje tan llano y arrasado como Flandes.<sup>166</sup> Durante un feroz ataque con Nebelwerfer, un soldado de la Guardia Real escocesa cantó: «Los hijos del profeta eran fuertes y osados / Y estaban poco acostumbrados al miedo»,<sup>167</sup> pero un tanquista estadounidense, encendiendo otro cigarrillo con una colilla que sostenía en sus manos temblorosas, filosofaba: «No te acostumbras al miedo».<sup>168</sup> Se dedicaban muchas discusiones a la legendaria «herida del millón de dólares», que eximiría a un soldado de combatir más. Todos coincidían en que no debía ser desfiguradora ni afectar a la función sexual. «Podían arrancarte una oreja, pero no las dos», escribió Paul W. Brown, un médico alistado que acabaría convirtiéndose en catedrático de cirugía ortopédica en la Facultad de Medicina de la Universidad de Yale. «Los dedos de manos y pies se consideraban prescindibles, pero no había consenso sobre cuántos.» Para canalizar la ira y la ansiedad, los fusileros ajustaban la mira de sus armas disparando a los cascos de los *Teds*

—*tedeschi* — muertos que había esparcidos en una pendiente lejana.<sup>169</sup> Una compañía británica organizó también un campo de tiro para los francotiradores en plena línea del frente, y los blancos se clasificaron en «*Teds grandes*», «*Teds pequeños*», «*Teds arrastrándose*» y «*Teds asomando*».<sup>170</sup>

Cada día llegaban nuevos efectivos al embarcadero, donde la Policía Militar ladraba: «¡Moveos, moveos!».<sup>171</sup> Pasaban a toda prisa frente a villas situadas junto al mar que había roído el fuego de los proyectiles —la mampostería se pelaba «como la piel quemada por el sol», como lo describió el escritor John Lardner —<sup>172</sup> disparados desde el «pequeño y húmedo mundo»<sup>173</sup> que sus moradores conocían ahora como Maldita Cabeza.<sup>174</sup> «Podías ver el chorro de una trazadora blanca y parecía flotar hacia nuestras líneas. Eran los alemanes. Los nuestros respondían con ráfagas que incluían balas trazadoras rojas», recordaba un soldado de la 3.<sup>a</sup> División.<sup>175</sup> Los británicos se desviaron a la izquierda, hacia un sector llamado la Sombrerera del Infierno, donde los monumentos locales se bautizaban por la forma que tenían en un mapa o por su ambiente: la Pinza de Langosta, la Granja del Redil, Piccadilly u Oh Divino Arroyo. «Estaba solo en mi mundo solitario», escribió un sargento británico.<sup>176</sup> Un oficial británico excesivamente empapado de los clásicos rememoraba a Virgilio en cada avance: *Facilis est descensus Averni*. Fácil es el descenso al infierno.<sup>177</sup>

Los estadounidenses doblaron a la derecha, en dirección a un laberinto de zanjas y casuchas en las que los jóvenes resollaban como ancianos legañosos, raspando la mugre de sus uniformes con cuchillos de trinchera.<sup>178</sup> Llegaban extraños chillidos de tierra de nadie, como una desgarradora voz en alemán que decía: «Otto, Otto! Ich sterbe, Otto!». Me muero, Otto.<sup>179</sup> «Teníamos los nervios crispados», escribió un teniente. «Las escasas personalidades abrasivas de la sección parecieron volverse más bruscas.»<sup>180</sup> En un depósito de objetos recuperados situado a la afueras de Nettuno, los intendentes seleccionaban a diario cargamentos de ropa y petates pertenecientes a soldados muertos o heridos, clasificando montañas de zapatos, gafas, tenedores, cantimploras y leotardos ensangrentados. «Era mejor no mirar muy de cerca aquella enorme pila», aconsejaba Ernie Pyle. «En ocasiones, los objetos inanimados pueden expresarse con gran convicción.»

Cerca de allí, más camiones transportaban a los muertos del día a un campo plagado de cruces blancas y estrellas de seis puntas. Los enterradores aparcaban su partida de póquer —la mesa de contrachapado apoyada sobre caballetes en un búnker construido con traviesas tenía cabida para siete jugadores— y echaban a correr por su oficina.<sup>181</sup> Como el resto de la Maldita Cabeza, el cementerio

acostumbraba ser blanco de los disparos, así que los oficios funerarios eran sucintos y a menudo nocturnos. El dolor era fugaz. Los enterradores trataban de ir cincuenta agujeros por delante de la demanda, pero seguir el ritmo podía ser complicado cuando los proyectiles desenterraban a los muertos, que debían volver a inhumar.

La vida seguía adelante, espantosa e infinitamente preciada. «Recuerda», se escribió un artillero en una nota a sí mismo, «que nunca será peor que en Anzio».<sup>182</sup>

Lo fue. Las razias aéreas aliadas y el malhadado ataque estadounidense en Cisterna habían alterado la planificación temporal de Mackensen para reducir la cabeza de playa,<sup>183</sup> pese a que acumulaba 96.000 soldados, casi cien tanques y más de doscientas ametralladoras anticarro y de asalto, además de todos esos proyectiles de artillería. «Nuestra gran estrategia pasa por eliminar rápidamente la cabeza de playa», indicó Mackensen a sus tenientes, y empezaría arrasando el saliente que quedaba al descubierto —con seis kilómetros de profundidad y tres de ancho— y que defendía la 1.<sup>a</sup> División británica en las cercanías de Campoleone, a la izquierda del VI Cuerpo.<sup>184</sup>

El ataque afectó especialmente a la Guardia Real irlandesa y la 6.<sup>a</sup> División Gordon, posicionadas respectivamente en los flancos izquierdo y derecho del saliente.<sup>185</sup> Mil ovejas, forzadas a actuar como dragaminas, encabezaron el ataque alemán contra la Guardia Real irlandesa a primera hora del viernes 4 de febrero. «Como una oleada sucia e irregular, surgió un enorme rebaño sobre la cresta de los montes Vallelata y correteó desafortunadamente entre la compañía número 3», informó el batallón.<sup>186</sup> Los tanques y granaderos siguieron los balidos de la vanguardia bajo un aguacero, amenazando con atrapar a la 3.<sup>a</sup> Brigada británica al completo dominando el saliente desde la base. «Los alemanes están muy cerca», anunció por radio un comandante de compañía británico.<sup>187</sup> Los panzers demolían los muros posteriores de las granjas y accedían al interior para disparar por las ventanas delanteras. El fuego barrió la Via Anziate. «Jamás había visto morir a tanta gente a mi alrededor», contaba después un cabo de la Guardia Real irlandesa.<sup>188</sup> Tan sólo la bravura y la artillería aliada —el VI Cuerpo concentraba 438 cañones, entre ellos los 84 de los destructores y los cruceros— evitaban la aniquilación.<sup>189</sup> «Será mejor que saque a sus chicos de ahí», aconsejó Lucas al general de división Penney, el comandante de la 1.<sup>a</sup> División.

Se retiraron siguiendo el resplandor de los almiarres en llamas. «Todos los proyectiles del infierno cayeron sobre nosotros», declaró un joven soldado a la BBC.<sup>190</sup> «No había más que una humareda negra y el hedor de los cuerpos chamuscándose.» El sábado por la mañana se habían perdido casi cinco kilómetros, con un saldo de mil quinientas bajas británicas, incluidos novecientos prisioneros; las pérdidas de Mackensen también fueron graves, con casi quinientos muertos.

El ataque se retomó el lunes 7 de febrero por la tarde, y a medianoche se había extendido por los barrancos inhabitados del frente de la 24.<sup>a</sup> Brigada de Guardias.<sup>191</sup> «No tenemos noticias de la compañía número 1 desde hace 45 minutos», comunicó por radio un capitán de la Guardia de Granaderos. «Números 3 y 4 dadas por derrotadas. Nosotros estamos rodeados, y hay un alemán lanzando granadas desde el resalto que tengo sobre mí.»<sup>192</sup> El martes, los soldados enemigos desplegados al oeste de la Via Anziate dominaban un otero clave al que llamaban erróneamente Buonriposo —buen reposo—, y daban caza a los británicos buscando bocanadas de vaho en el aire gélido.<sup>193</sup> «Es muy difícil», se quejaba un oficial de los granaderos. «Si nos estiramos panza abajo nos disparan en el trasero. Si nos echamos panza arriba nos alcanzan en las pelotas.»<sup>194</sup> Los infiltrados alemanes se acercaron tanto que los morteros británicos disparaban casi en vertical a unos objetivos situados a sólo cien metros de distancia. La imagen de unos cerdos salvajes alimentándose de un compañero muerto incitó a un angustiado sargento a preguntar: «¿Para esto estamos luchando, para que se nos coman los cerdos?»<sup>195</sup>

Ayudados por un mapa confiscado que revelaba los campos de minas británicos, cuatro regimientos de infantería alemanes y varios carros de combate Mk V Panther se abrieron paso hacia los cerros de Carroceto, y el 8 de febrero hicieron otros ochocientos prisioneros.<sup>196</sup> Un batallón de la Guardia Real escocesa controlaba el depósito ferroviario de Carroceto, en cuya segunda planta se había organizado un puesto de vigilancia, embutido en el piso del jefe de estación; cuando dos secciones alemanas se echaron a tierra en una zanja cercana, los escoceses montaron una ametralladora Vickers en la ventana, equilibrando el trípode con sacos de cereales, y las aniquilaron. El enemigo respondió con un carro de combate, que se detuvo a cuarenta metros de la estación y paseó sus ametralladoras por las puertas y ventanas tan a bocajarro que las balas horadaban los ladrillos; entonces disparó el cañón principal, abriendo enormes agujeros en los muros de la estación hasta que la escalera interior se derrumbó. «Esto resultó todavía más desagradable», informaron los escoceses, que se replegaron trescientos metros para cobijarse detrás de un muro de contención de la vía.<sup>197</sup>

Fue aún más desagradable la pérdida ocasionada por la infiltración y el ataque frontal en Aprilia, la ciudad prototipo fascista conocida como la Fábrica, ya que una austera torre que presidía el ayuntamiento confería al asentamiento un aspecto industrial.<sup>198</sup> La noche del miércoles 9 de febrero, las tropas de la Wehrmacht habían fortificado veinte edificios, entre ellos un cuartel de la policía, una bodega de vinos y un teatro; los panzers repostaron en la Piazza Roma, donde un san Miguel de bronce sostenía una espada en una mano y la cabeza de un dragón en la otra.

El saliente había desaparecido, y la cabeza de playa peligraba. Llegaban ruidos nada halagüeños del arroyo y los bosques, los sonidos de una concentración enemiga. «¿Dónde está el mar?», preguntó un oficial alemán capturado. «Sólo quería saberlo porque pronto estaréis todos en él.»<sup>199</sup>

Durante las noches en vela —que ahora eran muchas—, John Lucas fumaba su pipa de mazorca y charlaba con sus oficiales de vigilancia sobre West Point, Sherlock Holmes o su hogar, dulce hogar.<sup>200</sup> Rara vez se ausentaba del puesto de mando del VI Cuerpo, que ahora se encontraba veinte metros por debajo de la Osteria dell'Artigliere, donde los ingenieros habían atravesado una pared para comunicar dos subterráneos. Bombillas desnudas pendían sobre grandes toneles de roble anillados con aros de hierro, y las rampas para hacer rodar los barriles hacia el Vicolo del Montano jalonaban los empinados escalones que conducían a la entrada protegida con sacos de arena.<sup>201</sup> Los oficiales del Estado Mayor se inclinaban sobre unas mesas de contrachapado distribuidas bajo los grandes arcos de piedra, y fruncían el ceño al ponderar los partes enviados desde el frente.<sup>202</sup> Los teléfonos resonaban en las alcobas; incluso los susurros llegaban hasta los oscuros confines de la cripta. De la pared colgaba un gran mapa con marcas trazadas con lápices de cera que indicaban las posiciones del VI Cuerpo en azul y las del enemigo en rojo chillón.<sup>203</sup> En el sentido opuesto a las agujas del reloj, en torno al perímetro semicircular, las posiciones aliadas se extendían desde las tropas de la 45.ª División de Estados Unidos, destacadas en el río Moletta, a la izquierda, pasando por los regimientos británicos y estadounidenses de la 1.ª División Acorazada en el centro, hasta los paracaidistas estadounidenses, los soldados de la 3.ª División y la 1.ª Fuerza de Servicio Especial a la derecha.

«Esos alemanes se están preparando para enfrentarse a mí», escribió Lucas en su diario cuando empezó el ataque en el saliente. «Creen que pueden hacerme retroceder hasta el océano. Tal vez sea así, pero les costará dinero.» La bravuconería se desvaneció, al igual que el saliente. «La situación ha pasado con tal

rapidez de ofensiva a defensiva que ni siquiera sé por dónde ando», anotó. Aunque las fuerzas aéreas aliadas en el Mediterráneo superaban los doce mil aviones —el mando aéreo más numeroso del mundo—,<sup>204</sup> el fracaso de la campaña en su intento por inhabilitar los refuerzos alemanes era manifiesto: veintisiete batallones enemigos habían alcanzado la cabeza de playa desde el norte de Italia, y toda una división de la Wehrmacht se había desplazado desde el sur de Francia en sólo diez días.<sup>205</sup> Los refuerzos de Lucas no podían seguir el ritmo de las pérdidas: de un promedio de ochocientas bajas aliadas al día —el equivalente a un batallón— sólo se reemplazaba la mitad. Lucas calculó que el VI Cuerpo menguaba a razón de nueve mil soldados mensuales.<sup>206</sup>

Él culpaba a sus compañeros británicos. «Es terrible pasarse el día intentando que se pongan en marcha», anotó el 8 de febrero. «Ojalá tuviese a una división estadounidense allí.»<sup>207</sup> Aunar a ambas nacionalidades creó un cuerpo de «hermafroditas».<sup>208</sup> Al día siguiente escribió a Clark: «Mi única preocupación ahora mismo es la incapacidad de una de mis divisiones para mantener su vigorosa resistencia». Para Clark no había duda de *cuál* era esa división; se mofaba del general Penney —un ingeniero meticuloso, piadoso y muy excitable que había sido el oficial superior de comunicaciones de Alexander en el Norte de África—,<sup>209</sup> comentando que era «un buen operador telefónico».<sup>210</sup> Cuando Clark confesó que Lucas no profesaba gran estima a Penney, Alexander replicó: «Pues yo sí».<sup>211</sup>

El desdén de Lucas era plenamente recíproco. «Es un pelele absoluto sin decisión», había mencionado Penney en su diario tras una reunión acalorada con Lucas. Más tarde, Penney añadió: «Demora bastante exasperante y debilidad ... [Lucas] muy impreciso y sin orden en el cuerpo».<sup>212</sup> Las dudas sobre «Charlie Mazorca», como le apodaban ahora los británicos,<sup>213</sup> se habían propagado por la cadena de mando. «Perderemos la cabeza de playa a menos que Lucas desaparezca», advirtió a Alexander el general G. W. R.<sup>214</sup> Templer, cuya 56.<sup>a</sup> División acababa de llegar. Incluso Whitehall se sentía intranquilo. «Confío en que esté satisfecho de dejar a Lucas al mando de la cabeza de playa», telegrafió Churchill a Alexander el 10 de febrero. «De lo contrario, debería enviar a alguien de su confianza.»<sup>215</sup> Dado que cada jornada finalizaba sin la tan cacareada incursión en Roma, el primer ministro se mostraba cada vez más adusto. Los Aliados contaban en ese momento con dieciocho mil vehículos en la cabeza de playa, señaló en un telegrama remitido al mariscal de campo Wilson, destacado en Argelia, y agregó: «Debemos gozar de una gran superioridad en lo que a conductores se refiere».<sup>216</sup> Nadie tenía una responsabilidad mayor sobre Anzio que Churchill, y estaba ojo avizor a la búsqueda de posibles chivos expiatorios; un informe llegado de Washington, según

el cual Marshall consideraba a «Clark el hombre idóneo», le intrigó, pero Lucas parecía ser el candidato más indicado. «Todo esto», dijo el primer ministro suspirando, «ha sido una gran decepción para mí».<sup>217</sup>

Mientras Mackensen se afianzaba en su dominio de Aprilia y Carroceto, aguardando la autorización personal de Hitler para realizar su próximo movimiento, los Aliados luchaban por reagruparse.<sup>218</sup> A las 5:30 del jueves 10 de febrero, Penney advirtió a Lucas que la situación no podía continuar así. Su división había quedado reducida a la mitad. Algunos regimientos prácticamente habían sido exterminados: más de trescientos North Stafford habían sido asesinados, heridos o capturados en ocho horas, mientras que la 5.<sup>a</sup> Guardia de Granaderos había perdido casi tres cuartas partes de sus ochocientos efectivos alistados, así como a veintinueve de sus treinta y cinco oficiales. En una agria nota enviada aquella tarde, Penney solicitó a Lucas el «plan inmediato del cuerpo, el plan de futuro, y el programa general, incluidas las intenciones del mando superior».<sup>219</sup> En su diario, Lucas escribió. «Las cosas empeoran cada vez más.»

Lucas abandonó el puesto de mando el tiempo suficiente para apuntalar el frente con dos regimientos de infantería estadounidenses de la reserva, pertenecientes a la 45.<sup>a</sup>, la 179.<sup>a</sup> y la 180.<sup>a</sup> divisiones.<sup>220</sup> Como de costumbre, su plan carecía de precisión y matices, pues se había concebido a partir de un mapa y no de un reconocimiento meticuloso. «De acuerdo, Bill», dijo al general William W. Eagles, el comandante de división, «déles una buena paliza. Muévase». A Penney le escribió: «Los refuerzos están en camino».<sup>221</sup>

Eran insuficientes y llegaban demasiado tarde. Una contraofensiva emprendida el viernes al amanecer consolidó el ángulo sudeste de Aprilia, pero una mala coordinación entre las compañías estadounidenses de fusileros y carros de combate frustró el envite.<sup>222</sup> Los granaderos emergieron de los sótanos de la Fábrica, y los panzers —seguidos de «nutridas formaciones de infantería vestidas de gris»—<sup>223</sup> expulsaron a los estadounidenses la mañana del sábado 12 de febrero. Un soldado de la 179.<sup>a</sup> División de Infantería reconoció: «Los alemanes nos dieron una verdadera somanta».

Hacía mucho tiempo que el general Alex era alabado por su brío en la cabeza de playa. Su estilo en Dunkirk era legendario, y su visita a Salerno durante un momento sombrío animó a estadounidenses y británicos por igual. La mañana del 14 de febrero llegaba cual *deus ex machina* a bordo de un destructor de la Armada británica, ataviado con su chaqueta forrada de piel y leyendo a Schiller en alemán para afilar sus habilidades lingüísticas. Sin embargo, en aquel día de San Valentín, la vieja magia parecía algo esquivo. Tras un breve recorrido por el frente, donde

los soldados de Estados Unidos se quejaron de que el sombrero rojo de Alexander era un reclamo para las armas enemigas, se retiró a una insulsa celda del cuartel general del VI Cuerpo justo cuando empezaban a ulular las sirenas de ofensiva aérea por todo Nettuno.<sup>224</sup> Un enjambre de periodistas, convocados para escuchar su valoración, desfilaban frente a unos carteles colgados de la pared que mostraban a saludables chicas estadounidenses alentando a sus soldados a «regresar a casa sanos y salvos».

La campaña no se había desarrollado precisamente según lo planeado, tal como reconoció Alexander. «Pretendíamos romper el cerco y tener una respuesta completa en cuestión de una semana», afirmó. «Pero una vez te has detenido, es cuestión de fortalecerse y avanzar como se pueda.» Nadie debía dar por hecho que la acometida hacia Roma se había estancado; cualquier vislumbre de derrotismo sólo ayudaba al enemigo. «Les aseguro que los alemanes que se enfrentan a nosotros son un grupo muy infeliz», matizó. «No comparen esta situación con Dunkerke o Salerno.»<sup>225</sup> Los partes de la cabeza de playa estaban plagados de «estupideces pesimistas». Ignorando que todas las historias eran censuradas en la cabeza de playa y de nuevo en Nápoles, sufrió un acceso de resentimiento.<sup>226</sup> «¿Alguno de ustedes estaba en Dunkerke? Yo sí, y sé que es improbable que aquí se produzca algo semejante.»<sup>227</sup> Alexander estaba «muy decepcionado» de que hubieran publicado aquellas tonterías.<sup>228</sup> A partir de entonces, el acceso a las radios utilizadas para transmitir partes desde la cabeza de playa estaría estrictamente restringido —Churchill había insistido en una acción tan represora— y los periodistas podían esperar una censura más rotunda.

Lucas trató de intervenir, y señaló que los derrotistas se habían marchado hacía tiempo. «Intenté frenar la diatriba y decirle que tenía a la gente equivocada, pero se negó a escuchar», garabateó el comandante de cuerpo en su diario.<sup>229</sup> Alexander, inusualmente alterado y falto de un buen afeitado, salió como un vendaval del puesto de mando y pronto embarcó en su destructor. Los periodistas, perplejos e indignados, caminaron bajo la fría lluvia hacia la destartada villa que compartían frente al mar; un gacetillero se consolaba tocando de oído una melodía de *La Traviata* en un piano de pared maltrecho.

Dejaron solo a Lucas con sus cavilaciones sobre las runas azules y rojas que cubrían el mapa de la pared. Alexander parecía convencido de que el enemigo había sido repelido, pero el mapa indicaba lo contrario. También parecía indiferente a las carencias de efectivos y munición de artillería que padecía el VI Cuerpo. Esta vez no hubo elogios del general Alex, ningún encomio por el espléndido trabajo realizado.



«Me temo que las altas esferas no están del todo satisfechas con mi labor», escribió Lucas. «No lo puedo evitar. Es natural que se sientan defraudados porque no he conseguido desterrar a los alemanes de Italia.»<sup>230</sup>

El general Mackensen, la personificación de los alemanes, apenas necesitaba su monóculo para apreciar el magnífico panorama de la cabeza de playa que ahora se disponía a destruir. Desde su puesto de mando avanzado en el extremo occidental de los Colli Laziali, emplazado en una granja tres kilómetros al sudoeste del místico lago Nemi,<sup>231</sup> no se le escapaba «el fogonazo de un cañón ni la explosión de un proyectil de ambos bandos», observó un visitante alemán.<sup>232</sup> Armado con un telescopio y aprovechando cualquier tregua de la cortina de humo aliada que envolvía el litoral, Mackensen podía discernir incluso los barcos Liberty, las lanchas de desembarco y los destructores que culebreaban a treinta kilómetros de distancia.

Pero era un terreno más próximo el que despertaba el interés del comandante del XIV Ejército cuando se ocultó el sol el martes 15 de febrero. Cinco kilómetros de campo abierto mediaban entre Aprilia y la última línea defensiva aliada, como un foso en una torre maestra. Si las tropas de asalto germánicas que ahora se concentraban en torno a la Fábrica y Carroceto podían cubrir esa extensión de cinco kilómetros hasta llegar a los pinos del bosque de Padiglione, con toda probabilidad lograrían recorrer los siete últimos kilómetros que los separaban del mar, dividiendo así la cabeza de playa por la mitad, del mismo modo en que casi lo habían hecho las fuerzas de Vietinghoff en el pasadizo del río Sele, en Salerno. Aquí, el contraataque lanzaría a seis divisiones al paso de Via Anziate;<sup>233</sup> otras dos permanecerían en la reserva para aprovechar la fracturada línea aliada, además de doscientos Tiger, Panther y otros carros de combate. Una intensa helada nocturna brindaría a los panzers una base sólida, aunque el ataque no podría dar comienzo hasta el miércoles al alba, pues los regimientos que acababan de llegar desconocían el terreno como para combatir en plena noche.

En realidad, tanto Mackensen como Kesselring deploraban este plan de ataque, que les había sido endilgado por Hitler. El Führer, cada vez más involucrado en nimiedades tácticas desde la otra mitad del continente, había ordenado una embestida «concentrada, abrumadora y despiadada» contra un frente poco amplio, condensando vehículos blindados y artillería alemanes.<sup>234</sup> La extirpación del «absceso» que suponía la cabeza de playa, concluyó Hitler, obligaría a los angloamericanos a retrasar su invasión del noroeste de Europa, que él esperaba

para la primavera o el verano;<sup>235</sup> el Führer había hecho caso omiso de las protestas de sus comandantes de campo, que le previnieron de que un ataque en masa en terreno abierto ofrecía unos objetivos jugosos a los artilleros aliados.

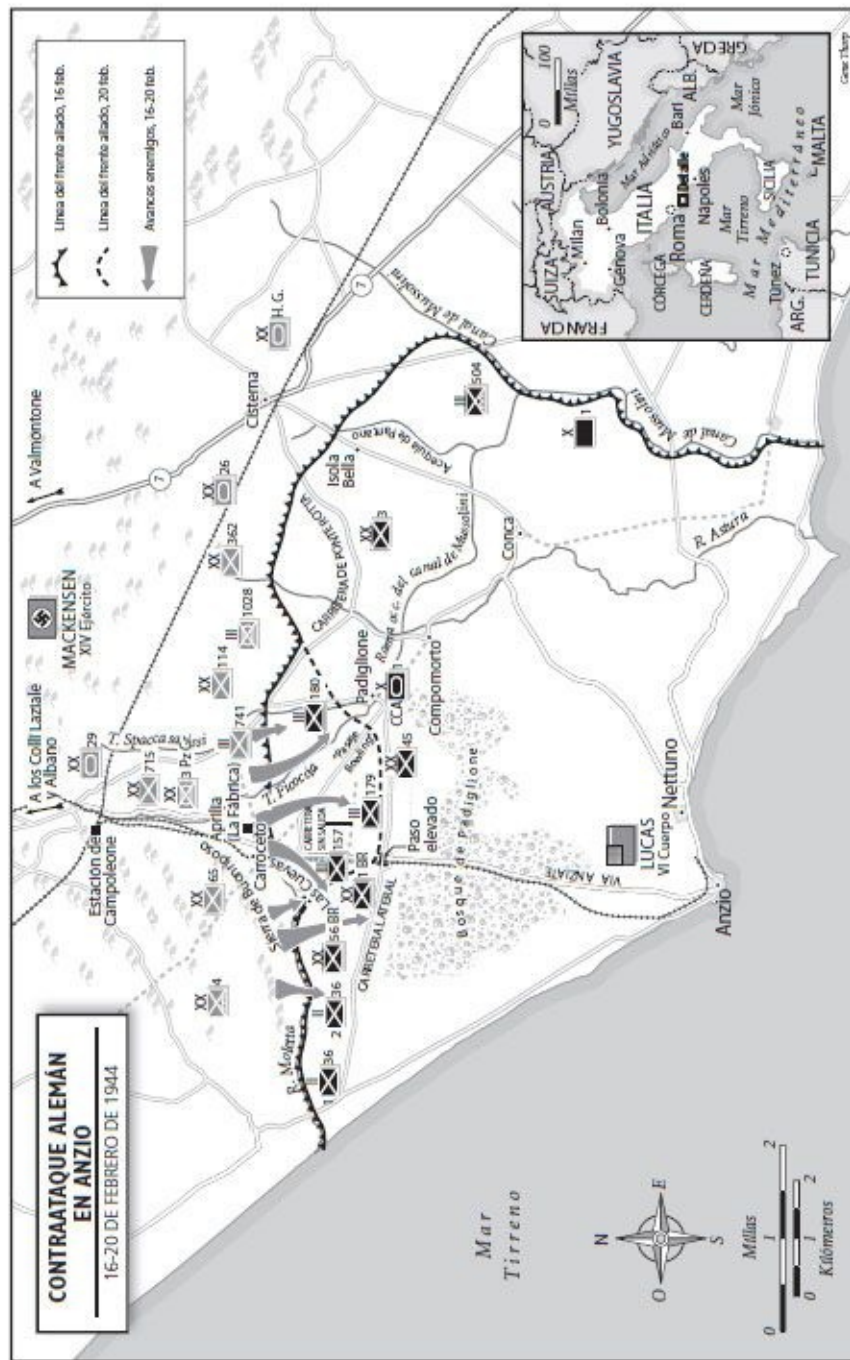
Con todo, se habían invertido muchos esfuerzos para garantizar el éxito de Fischfang, u Operación Pesca. La fecha de la ofensiva era tan secreta que a los oficiales llegados de Berlín se les prohibía utilizar el teléfono. Las incursiones de la Luftwaffe y las andanadas de la artillería enmascararían el traqueteo de los panzers que se aproximaban.<sup>236</sup> La escasez de munición descartaba una descarga escalonada frente a las formaciones de ataque, pero afortunadamente la mayoría de los riachuelos discurrían en perpendicular a la línea aliada, lo cual ofrecía unos accesos al abrigo de los valles.<sup>237</sup> Las unidades imponían medidas draconianas para ahorrar combustible y evitar el desgaste de los vehículos: aquella semana, la División Hermann Göring había facilitado tres bicicletas a cada sección para «su uso en misiones relámpago».<sup>238</sup>

La oscuridad envolvió el campo de batalla en la vigésimo quinta noche de la cabeza de playa de Anzio. Las estrellas brillaban con intensidad sin despertar la más leve esperanza de un mañana mejor en ninguno de los dos campos. Los proyectiles volaban en ambas direcciones, como era habitual, y después de medianoche cesaban los estallidos, durante unas horas de tranquilidad poco común. Para Vaughan-Thomas, de la BBC: «Era como si se atenuaran las luces del teatro».<sup>239</sup>

A las 6:30 de una fría y nebulosa mañana de miércoles, se alzó el telón al son del estruendo percusivo de la artillería alemana. Durante setenta y cinco minutos cayeron mantos de proyectiles a ambos lados de la Via Anziate, y las detonaciones se fusionaban «como un redoble de tambor», según explicaba un soldado.<sup>240</sup> Los pájaros caían de los árboles, muertos por la sacudida.<sup>241</sup> Después, entre el remolino de humo y neblina se escucharon silbidos, gritos y el rumor de motores de los Panzer, que a un soldado estadounidense le trajo a la memoria «un montón de molinillos de café».<sup>242</sup> Oleadas de soldados de infantería alemanes que gritaban y cantaban embutidos en sus uniformes gris verdosos y abrigos hasta la rodilla invadieron la carretera y los campos en barbecho.

No fue algo inesperado.<sup>243</sup> La vigilancia aérea y los prisioneros capturados habían alertado a los comandantes del VI Cuerpo de «un incremento perceptible de la actividad enemiga, y las descodificaciones realizadas por el espionaje británico en la madrugada del miércoles aportaron detalles sobre la «fecha, la dirección y la envergadura del ataque». Aun así, pocas unidades avanzadas se habían aprestado con minas, cable, sacos de arena y obstáculos anticarros.<sup>244</sup> Comprimida en un

frente de diez kilómetros, la vanguardia alemana arremetió contra la 45.<sup>a</sup> División y, en el flanco izquierdo de los estadounidenses, contra la 56.<sup>a</sup> División británica. Batallones de fusileros de los regimientos de infantería estadounidenses 157.<sup>o</sup> y 179.<sup>o</sup> —atrincherados respectivamente a izquierda y derecha de la carretera que pasaba por debajo de La Fábrica— sucumbieron; sólo las reservas incondicionales y el barro reblandecido ralentizaron el avance enemigo. Los gritos que solicitaban un médico inundaban el campo, ahogados por el estruendo. La tripulación de los Panzer, resuelta a aniquilar los nidos de ametralladora que se encargaban de las rutas de infiltración alemanas desde la segunda planta, disparaban hasta diez ráfagas para acabar con un solo soldado. Un artillero de un cazacarros perteneciente al 157.<sup>o</sup> Regimiento se amarró a su ametralladora del calibre 50 con una correa de cuero, disparando hasta que el fuego alemán lo mató. «Vi cómo escupía polvo por la parte trasera de su chaqueta mientras las balas le perforaban», contó un oficial.<sup>245</sup> La Compañía E del mismo regimiento pronto quedó reducida a catorce fusileros. Éstos, junto con el resto del 2.<sup>o</sup> Batallón, que se encontraba cercado, resistieron durante una semana llevando «una existencia de trogloditas salvajes» en Las Cuevas,<sup>246</sup> una zona desértica de arenisca y túneles abovedados situada al este de la Via Anziate. De casi mil hombres que integraban el batallón, tan sólo sobrevivirían 231 a aquella resistencia heroica en lo que uno de ellos describió como «una cabronada de lugar».<sup>247</sup>



Las compañías avanzadas de Fusileros Reales y la Infantería Ligera de Oxford y Buckinghamshire se desintegraron.<sup>248</sup> Eran tantas las balas enemigas que surcaban el paisaje que un paracaidista habló de «un extraño piar, como una bandada de canarios».<sup>249</sup> La artillería alemana cortó líneas telefónicas, destrozó radios y asesinó o hirió a observadores avanzados que exigían una contraofensiva, entre ellos media docena de soldados pertenecientes al 179.º Regimiento de Infantería. Un mensaje urgente enviado a Nettuno resumió el ruego en cinco palabras: «Denos todo lo que tengan».<sup>250</sup>

Pese a lo desastrosa que había resultado la jornada, al anochecer el progreso alemán se limitaba a un kilómetro y medio o menos, con un coste de setecientas bajas.<sup>251</sup> «La resistencia enemiga ha sido fuerte y decidida», reflejaba el diario del XIV Ejército.<sup>252</sup> El Regimiento Lehr de Infantería, surtido de nazis ardientes y promovido por Hitler como una élite asesina, había sido vapuleado a los pies de La Fábrica antes de poner pies en polvorosa sin permiso. Otra de las innovaciones del Führer —el Goliath, un pequeño vehículo blindado cargado con ciento doce kilos de explosivos y controlado a una distancia de quinientos metros mediante un cable enrollado a una bobina— también fracasó estrepitosamente. De trece Goliath enviados a combatir el miércoles, la artillería aliada destripó tres, y los operadores de la Wehrmacht se tambalearon en los diez restantes al verse obstaculizados por el fango, las zanjas y el fuego de ametralladora; los burlones soldados estadounidenses los bautizaron como Bombas Volantes. Evaluando los informes en el cuartel general establecido cerca de Roma, Kesselring expresó su consternación por la disminución de provisiones de artillería alemanas, y presionó a Mackensen para que asignara sus reservas de las divisiones 26.<sup>a</sup> y 29.<sup>a</sup> de Granaderos Panzer. Mackensen dio su respuesta por teléfono justo antes de las 18:30: «Todavía no ha llegado la hora».<sup>253</sup>

Sin embargo, esa hora se aproximaba, y la noche del miércoles la acercó todavía más. Miles de soldados alemanes infiltrados recorrieron riachuelos y caminos de cabras, y la silueta de sus cascos se dibujaba contra el horizonte. A las ocho de la mañana del jueves, tras un ataque moderado de los bombarderos de la Luftwaffe, sesenta panzers y soldados de infantería pertenecientes a tres divisiones avanzaron por la Via Anziata y se desviaron al este, abriendo una brecha entre los regimientos 157.<sup>o</sup> y 179.<sup>o</sup>. A mediodía, otras razias aéreas y catorce batallones alemanes habían creado una fisura de tres kilómetros de ancho y dos de profundidad en el núcleo de la 45.<sup>a</sup> División.<sup>254</sup> El coronel Malcom R. Kammerer, comandante del 179.<sup>o</sup> Regimiento, ordenó a dos batallones que retrocedieran doscientos metros; los hombres, totalmente al descubierto pese a una cortina de humo blanquecina, fueron hechos trizas. Los supervivientes se replegaron a trompicones otros mil metros hasta llegar a un estrecho sendero de explotación conocido como la Carretera Sin Salida. «Los hombres están al borde del pánico», informó un comandante de compañía.<sup>255</sup>

«El 179.<sup>o</sup> Regimiento ha perdido mil hombres, que en su mayoría han capitulado», anotó en su diario el general de brigada Ray McLain, jefe de artillería de la división. «Mal liderazgo».<sup>256</sup> El general de división Eagles coincidía con esa valoración, y ordenó el relevo de Kammerer. Un sargento, que regresó

tambaleándose después de que su brigada fuese destruida, se puso en cuclillas y «durante dos horas le corrieron lágrimas por las mejillas».<sup>257</sup> Un jefe de sección que traía refuerzos desde el bosque de Padiglione pasó frente a una montaña de cuerpos desmembrados. «Ojalá no lo hubiese visto», masculló. Un joven soldado que marchaba junto a él escuchó con atención el fragor de la batalla y preguntó: «Teniente, ¿ahora debería cargar mi rifle?».<sup>258</sup>

Cuatrocientos cañones aliados rugieron y rugieron durante todo el día, escupiendo «concentraciones asesinas» contra los fogonazos de las piezas de artillería alemanas.<sup>259</sup> Pilas humeantes de munición usada salpicaban los fosos, y los artilleros cubiertos de pólvora negra proferían gritos a unos compañeros que hacía tiempo que se habían quedado sordos por el estruendo incesante y no comprendían nada. Unos treinta y cinco tanques se unieron al bombardeo, junto con cuatro baterías de cañones antiaéreos de 90 mm, transportados hasta el frente para atacar a los objetivos de tierra. A lo largo de la playa de guijarros, varios destructores y dos cruceros se aproximaron «lo suficiente para que los alemanes contaran los remaches», según un informe de la Armada estadounidense;<sup>260</sup> sus proyectiles describían parábolas de color púrpura hacia la retaguardia enemiga. Ochocientos aviones lanzaron mil toneladas de explosivos sobre la línea del frente, en la que hasta el momento era la mayor descarga realizada por el apoyo aéreo en un solo día.<sup>261</sup> Una tercera parte del bombardeo fue obra de los bombarderos pesados que cumplían misiones tácticas, como habían hecho en Salerno. Las bombas aterrizaron a una distancia peligrosa, algunas de ellas a cuatrocientos metros de las líneas aliadas. Ni un solo fusilero protestó.

Expiró otro día con la cabeza de playa intacta, aunque había menguado varios kilómetros cuadrados. Frente al 157.º Regimiento de Infantería yacían apilados tantos cadáveres que los tiradores tenían problemas para buscar nuevos objetivos por encima de ellos. Los jeeps que se dirigían a toda prisa hacia la retaguardia a menudo llevaban media docena de cuerpos.<sup>262</sup> En la cripta de Nettuno, los oficiales del Estado Mayor analizaban los informes incompletos. «No cuelgue el teléfono, hijo», gritó un coronel a un teniente asediado. «Dígame qué está ocurriendo.»<sup>263</sup> Nadie lo sabía, por supuesto; ésa era la naturaleza de las batallas desesperadas. Algunas cosas era mejor ignorarlas: el edecán de los batallones Ox y Bucks contaba que, cuando un artillero que había sido abatido por un francotirador fue hallado rígido por el rígor mortis, todavía en posición sentada, dos hombres «se vieron obligados a posarse sobre las rodillas del soldado para poner en marcha la ametralladora Bren».<sup>264</sup>

La crisis llegó el viernes 18 de febrero. Después de esquivar un débil contraataque acometido por tres batallones estadounidenses a medianoche, espectros vestidos de gris campaña marcharon fugazmente bajo un chaparrón hacia los barrancos del río Moletta. Antes del amanecer cayó otra andanada alemana, y los soldados estadounidenses, congelados, mojados y abatidos, permanecieron en sus agujeros, defecando en cascos o latas de raciones de combate y lanzando el contenido por encima del resalte en dirección al enemigo.<sup>265</sup> Los soldados heridos que seguían en el frente se embadurnaban los vendajes con barro para atenuar el destello blanco.<sup>266</sup> Ahora había llegado la hora de desplegar a las reservas, concluyó Mackensen, aunque la línea aliada todavía no se hubiese fracturado. Entraron en combate nuevos batallones de granaderos Panzer, ex combatientes de Sicilia, Salerno y la Línea de Invierno, cantando y profiriendo insultos a voces, mientras los tanques depredadores recorrían los campos, sin amedrentarse por algún que otro proyectil que hacía repicar el blindaje de los Panzer como si fueran campanas de una iglesia. Un sargento del 157.º Regimiento de Infantería previno a sus hombres: «Háganse tan pequeños como puedan».<sup>267</sup>

A mediodía, el 170.º Regimiento de Infantería había sido destripado. Los supervivientes se replegaron hasta casi alcanzar el Flyover, un paso elevado de la carretera que marcaba la última línea defensiva antes del bosque de Padiglione. «Los hombres se hacían atrás en pequeños grupos, histéricos y llorando», rememoraba con el tiempo un comandante de compañía.

A las dos de la tarde, una figura tranquilizadora de mandíbula angular entró lentamente en el puesto de mando del regimiento: el coronel Bill Darby había sido enviado por Lucas para que tomara las riendas. «Señor», dijo un comandante, «deduzco que me relevará por haber perdido mi batallón». Darby sonrió. «Anímese, hijo», respondió. «Yo acabo de perder tres, pero la guerra debe continuar.»<sup>268</sup> Darby señaló al centelleo de los cañones de cien baterías de artillería desplegadas en la retaguardia. «Mire ahí. Es la imagen más hermosa del mundo», afirmó. «Nadie puede continuar atacando ante eso.»

Darby estaba en lo cierto, aunque ocho divisiones alemanas lo intentaron, y arrebataron una franja de cinco kilómetros de profundidad y seis de ancho a la línea aliada.<sup>269</sup> La confusión se hizo presa del terreno, al igual que el terror, el valor y un profundo sacrificio. Algunos líderes caían y otros se levantaban. En un bosque de pinos, un proyectil alemán impactó contra un árbol por encima de la caravana del general Penney. Acribillado a metralla y con el uniforme hecho jirones, Penney

salió arrastrándose de los escombros. «Mi cara», escribió a su mujer, «no resulta demasiado atractiva en este momento».<sup>270</sup> El general Templer tomó el mando de la 1.ª División, además de la 56.ª que ya lideraba.

En medio de la crisis, Lucas se quedó perplejo al leer en un mensaje de Clark que Truscott había sido nombrado subcomandante del VI Cuerpo;<sup>271</sup> la 3.ª División estaría a las órdenes del general de brigada John W.O'Daniel, un bajo y vivaz ex miembro de la Guardia Nacional de Delaware conocido como Mike Férreo por su vozarrón.<sup>272</sup> Truscott llegó al puesto de mando emplazado en la cripta, aparentando indiferencia pero bastante preocupado. Si caía la cabeza de playa, observó, se abrirían paso de vuelta a Cassino. En su diario, Lucas escribió: «Creo que esto supondrá mi relevo y que [Truscott] capitaneará el cuerpo. Espero que no me reemplacen ... He hecho cuanto he podido. He cumplido mis órdenes y tengo la conciencia tranquila».<sup>273</sup>

Por el momento, tenía una batalla que supervisar. Proyectoil a proyectil, bomba a bomba, bala a bala chirriante, el fuego aliado empezó a dejarse notar. El viernes, unas nubes empujadas por el viento mantuvieron en tierra a buena parte de la aviación, pero poco antes de mediodía, el piloto de un Piper Grasshopper localizó a dos mil quinientos alemanes que marchaban en dirección sur desde Carroceto;<sup>274</sup> en doce minutos, los artilleros del VI Cuerpo dispusieron 224 cañones e hicieron saltar en pedazos la formación. «Hay trozos de alemanes por todas partes», explicó un sargento de la Guardia Real irlandesa.<sup>275</sup> El mismo piloto de observación atacó cuatro objetivos más durante la hora siguiente. La 1.ª División de Loyals británicos describió «nubes de figuras exhaustas que avanzaban penosamente con sus uniformes gris campaña».<sup>276</sup> Los oficiales de la Wehrmacht proferían unas amenazas a los hombres que iban más allá de la intimidación, y el ruido metálico que emitían las compuertas de los camiones al caer anunciaban la llegada de más munición para los cañones.<sup>277</sup> Cuando la artillería interceptó a más alemanes en un camino que salía de Carroceto, un observador de la avanzada anunció por radio. «Por favor, no se detengan ahora. Los estamos derribando como si fuera una partida de bolos. Siguen llegando, y desfilan por encima de sus propios muertos.» La carretera se dio a conocer como La Bolera. Una sola compañía de ametralladoras británica disparó 32.000 balas el viernes, y cuando el eje del ataque enemigo viró hacia el este, el 180.º Regimiento de Infantería de Estados Unidos defendió la franja derecha y lo hizo retroceder.<sup>278</sup> Un oficial estadounidense describió más tarde cómo algunos granaderos «se dieron la vuelta y echaron a



correr colina arriba con sus equipos de estaño brillando a su espalda».<sup>279</sup> Ahora que los batallones de asalto habían quedado reducidos a ciento cincuenta hombres, las pérdidas alemanas se compararon con «la Brigada Ligera sin los caballos».<sup>280</sup>

A las 21:30 se impuso un período de calma sobre los campos escarlata iluminados por la luz de las bengalas. Los carros de combate salieron dando sacudidas de los depósitos del bosque de Padiglione y llevaron agua y raciones a los soldados, muertos de sed y hambrientos.<sup>281</sup> Los hombres observaban por encima de sus sacos de arena agujereados los montículos de color verde apagado y gris campaña que otrora habían sido hombres. El general Mackensen había llegado a su cénit; esta ruina de granaderos muertos y escombros humeantes marcaba el inicio de una espiral descendente. El terreno no resultaba «adecuado para utilizar carros de combate como él había imaginado», escribió un oficial del Estado Mayor en el diario del XIV Ejército, y luego añadió: «No se ha realizado ningún avance decisivo».<sup>282</sup>

Lucas sentía que su suerte iba a cambiar.<sup>283</sup> Ante la insistencia de Truscott, ordenó un contraataque al amanecer del sábado 19 de febrero, el cuarto día de una batalla que había devenido en una lucha existencial entre dos ejércitos exhaustos. Un ataque preventivo que los alemanes iniciaron por la Via Anziate a las cuatro de la madrugada estuvo a punto de desbaratar sus planes: los cocineros y conductores aliados y los trabajadores del muelle se apresuraron a sellar la línea del frente.<sup>284</sup> Las minas marítimas arrojadas por las lanchas de asalto de la Luftwaffe en el fondeadero impidieron a los refuerzos británicos unirse a la contraofensiva como estaba previsto. Pero a las 6:30, dos regimientos estadounidenses que habían descansado —el 30.º de Infantería y el 6.º de Infantería Acorazada— surgieron del bosque de Padiglione con veinticinco tanques Sherman y tomaron rumbo al noroeste por La Bolera. Las andanadas de la artillería estadounidense silbaban en todas direcciones por delante de las tropas.<sup>285</sup>

Lucas tenía al hombre adecuado al cargo: el general de división Ernest N. Harmon se despertaba cada mañana con ansias de luchar.<sup>286</sup> El comandante de los Old Ironsides tenía forma de tonel, con unas piernas regordetas, unos pulmones como el fuelle de un herrero, y una mandíbula de quitapiedras que sólo suavizaba ligeramente un bigote al estilo Clark Gable. Criado en Vermont, Harmon había sido compañero de clase de Mark Clark en West Point, donde ostentaba el título de campeón de pesos medios. Había pertenecido a la única unidad de caballería estadounidense que entró en combate en la Gran Guerra, y todavía lucía pantalones de montar y botas hasta la rodilla. Sus admiradores le consideraban «un George

Patton en pobre»: carecía de la riqueza personal de Patton, y su irreverencia, aunque igualmente intensa, no resultaba tan imaginativa.<sup>287</sup> «Era tan independiente como un cerdo sobre hielo», dijo Hamilton H. Howze, un subordinado que más adelante ascendería al rango de cuatro estrellas.<sup>288</sup> «Pero le encantaba combatir.» Harmon, que nunca mostró reparos en condenar «la estupidez del alto mando»,<sup>289</sup> había reprobado a Lucas sólo una semana antes por la ausencia «de un plan consolidado» para defender la cabeza de playa.<sup>290</sup> «El enemigo tiene sus problemas», aseguró Harmon a sus hombres, «y está igual de asustado que ustedes».<sup>291</sup>

Ahora se disponía a agravar los problemas de los alemanes. Desde los pozos de tirador que jalonaban la carretera, los soldados de la 45.<sup>a</sup> División vitorearon a las secciones que desfilaban con sus ponchos impermeables. «¡Hacédselas pasar canutas!», gritaban.<sup>292</sup> Harmon recuperó rápidamente unos dos kilómetros, pero a las 8:30 la ofensiva se estancó bajo el mortificante fuego de los Panzer, procedente del valle cubierto de matorrales que se abría al norte de La Bolera. Durante cinco horas, los ingenieros se esmeraron en reparar un puente que había saltado por los aires, mientras las ráfagas de los tanques y las ametralladoras rugían por doquier. Harmon se paseó gruñendo y gorroneando cigarrillos a sus subordinados, hasta que a las 13:30 arrancó de nuevo el ataque con un ruidoso avance hacia la línea alemana. Algunos granaderos aturridos alzaron las manos o huyeron en desbandada hacia la retaguardia. Una docena de Sherman recorrió unos dos kilómetros hacia el norte, cruzó el riachuelo de Spaccasassi y se dirigió a La Fábrica hasta que Harmon les reclamó al anochecer para que acamparan formando un círculo defensivo.

Doscientos prisioneros desfilaron con ellos;<sup>293</sup> incontables alemanes yacían muertos a la orilla de los riachuelos manchados de sangre o amontonados en La Bolera. La iniciativa, tan dada a cambiar de bando, había regresado al campamento aliado. Cuando los periodistas de Nettuno pidieron al jefe de espionaje del VI Cuerpo que evaluara las intenciones del enemigo después de aquella derrota aplastante, éste replicó: «Le hemos causado preocupación».<sup>294</sup>

Las tropas de Mackensen embistieron durante dos días más, pero sin convicción.<sup>295</sup> A última hora del sábado, Kesselring propuso suspender su contraofensiva, y Hitler aceptó. «Al final, una jauría acaba matando incluso a la liebre más rauda», se lamentaba un oficial del Estado Mayor alemán.<sup>296</sup> La Operación Fischfang había costado al XIV Ejército cinco mil cuatrocientas bajas. «Ahora resulta muy complicado evacuar a los heridos», señalaba el diario del ejército.<sup>297</sup> «Se han

perdido todas las ambulancias, incluso las blindadas, y es preciso utilizar los cañones de asalto y los tanques Tiger.» Algunas unidades existían sólo de nombre: el 23 de febrero, la 65.<sup>a</sup> División de Infantería disponía sólo de 673 efectivos.<sup>298</sup>

Si las liebres habían resultado heridas, también las jaurías. Las bajas del VI Cuerpo superaban las cinco mil.<sup>299</sup> Sólo la 45.<sup>a</sup> División contabilizó cuatrocientos muertos en combate desde el miércoles. En lugar de sus batas de quirófano cubiertas de sangre, los cirujanos lucían el uniforme de verano de las enfermeras.<sup>300</sup> En el mes transcurrido desde los desembarcos en Anzio, las doscientas mil tropas que constituían el Eje y el contingente aliado habían sufrido cuarenta mil bajas, no todas ellas en combate, un doble menoscabo que impondría al menos un punto muerto en la cabeza de playa.

Todavía quedaba por contabilizar una baja más. «Mensaje de Clark», escribió John Lucas el martes 22 de febrero. «Llegará hoy con ocho generales. ¿Qué diablos está ocurriendo?»<sup>301</sup>

Mientras los británicos y estadounidenses libraban su osada batalla, la delicada cuestión sobre qué debía hacerse con su comandante obsesionaba al alto mando. Alexander, que en privado manifestó a Londres que Lucas había «demostrado ser una anciana»,<sup>302</sup> se quejó de que carecía del empuje y el entusiasmo necesarios para hacer las cosas». Una propuesta de Brooke para que un general británico encabezara el VI Cuerpo levantó polvareda en el Pentágono; Eisenhower, que ahora se encontraba en Londres, tomó la infrecuente decisión de abandonar la planificación de la Operación Overlord para enviar a Marshall una primera advertencia, y luego escribió a Brooke: «En una fuerza aliada es absolutamente imposible cambiar el mando de una nacionalidad a otra durante un período de crisis». Truscott sería un comandante de cuerpo admirable, añadió, aunque si era preciso, Patton podía servir en la cabeza de playa durante un mes.

Con todo, Clark seguía resistiéndose a relevar a Lucas, aduciendo que había «hecho todo lo que pudo en Anzio».<sup>303</sup> Pero, con la batalla en la balanza, Alexander reconoció con perspicacia que el comandante del V Ejército era «un hombre cuya ambición era clave para sus acciones».<sup>304</sup> Alexander, que acusó a Lucas de estar «viejo física y mentalmente»,<sup>305</sup> dijo a Clark: «Puede que nos empujen de vuelta al mar. Eso sería muy negativo para ambos, y a usted sin duda le apartarían del mando».<sup>306</sup> Clark siguió resistiéndose a cambiar a los comandantes a media batalla, pero se había cubierto las espaldas aceptando el nombramiento de Truscott como subcomandante, y el 18 de febrero le comunicó en privado —sin informar de ello a Lucas— que probablemente ocuparía el cargo «en cuatro o cinco días».<sup>307</sup>

Ahora había llegado el momento. A media mañana del 22 de febrero, Clark y su séquito embarcaron en dos patrulleras en Nápoles.<sup>308</sup> Arribaron a la cabeza de playa justo cuando Anzio Annie, un cañón sobre raíles alemán con proyectiles del tamaño de un refrigerador, levantaba varios géiseres enormes en el puerto. Clark visitó el frente, esquivando el fuego poco sistemático de los panzers, y a las cuatro de la tarde se retiró a su puesto de mando en el palacio Borghese, que databa del siglo XVII. Mineros canadienses procedentes de Gibraltar habían labrado salas debajo de la mansión, y comunicaron los sótanos con un túnel ferroviario colindante, montaron luces y ventiladores e instalaron un ascensor a polea. También convirtieron un antiguo pozo romano en una fosa séptica que al instante fue motejada como el «Cagadero de Clark». Un cartel colgado en la letrina de azulejo rezaba: «Sólo para generales».<sup>309</sup>

A las ocho de la tarde, tras una puerta cerrada en el despacho subterráneo de Clark, Lucas recibió el anuncio como un buen soldado. Clark dijo que «ya no podía resistir la presión», anotó Lucas en su diario aquella noche, y añadió irónicamente: «Y a mí me pareció que estaba cosechando una especie de victoria».<sup>310</sup> Sirvió brevemente como subcomandante del V Ejército en Caserta, tragándose su resentimiento hacia Clark y los británicos, y más tarde regresó a Texas al frente de un ejército en formación. En una misiva enviada a su hijo, Lucas citó a sir Walter Scott:

Una hora de vida, plagada de acciones victoriosas y riesgos nobles, vale años enteros de esas observancias mezquinas de mísero decoro, en las que los hombres viven su existencia cual aguas mansas atravesando una marisma, sin honor u observación.

Truscott fue citado en los sótanos del palacio. Pese a unos achaques persistentes —pólipos nasales, abscesos dentales, irritación de garganta— en la práctica había servido como comandante en la sombra del VI Cuerpo durante los últimos cinco días; entre otras innovaciones, autorizó a Walter T. «Dutch» Kerwin Jr., un talentoso y joven oficial de artillería, a que coordinara todos los cañones de la cabeza de playa para una mejor concentración de fuego, situando a un general de brigada junto a Kerwin para asegurarse de que los artilleros tomaban en consideración al comandante de veintiséis años.<sup>311</sup> Sin embargo, con una voz que había quedado limitada a un susurro bronco, Truscott se opuso al relevo formal de Lucas por considerarlo injustificado. Cuando Clark respondió que esperaba no herir el orgullo de Lucas, Truscott gruñó: «No se puede relevar a un comandante de

cuerpo y no herirlo».<sup>312</sup> Clark desestimó la protesta. La decisión ya estaba tomada. En la intimidad, se preguntaba si Truscott, «en caso de un revés, preferiría ser el segundo al mando».<sup>313</sup>

El nuevo comandante del cuerpo volvió a su villa en Nettuno para someterse a otra tintura con nitrato de plata.<sup>314</sup> Tras una cena pasada la medianoche, se sentó a la vera del fuego crepitante con una botella de whisky B&W. «Mi única meta es servir a mi país», escribió a Sarah. «Si este mando ofrece una oportunidad mejor, debo aceptarlo, aunque me considere inadecuado.»

Si Clark se sentía de ese modo, se guardaba ese sentimiento para él. Un oficial del Estado Mayor destacado en el puesto de mando de Borghese le describió como una persona «fría, desapasionada y taciturna».<sup>315</sup> Nadie lucía mejor la máscara del mando que Mark Clark. No obstante, el peso hizo mella. En su diario de guerra observó que, desde su desembarco en Salerno, el V Ejército había sufrido 72.982 bajas, lo cual equivalía a un hombre menos cada tres minutos durante más de medio año.<sup>316</sup> Ahora había caído otro más, si bien no herido en el cuerpo, sí en el espíritu. «Traeré conmigo a Johnny por la mañana», telegrafió a Gruenther. «Quizá le envíe directamente a Sorrento a descansar.» Clark escribió a su hija Ann una nota en la que le agradecía una optimista carta enviada por *V-mail*.<sup>317</sup> «Como podrás imaginar, no tengo muchos motivos para reírme últimamente. Me complació saber de la confianza que depositas en tu padre. Espero no decepcionarte nunca.»<sup>318</sup>

Sólo afloraron sus frustraciones en una carta a Renie. Los oficiales y los hombres que habían combatido en Anzio «hicieron todo lo que cabía esperar de ellos», afirmaba. Las quejas continuas sobre la marcha hacia Roma expresadas por los generales apoltronados en sus butacas en Londres y Washington le enfurecían. «Es un sinsentido absoluto que esta gente les critique por no haber avanzado hacia Roma. Las tropas se habrían visto sitiadas», escribió. «De nada sirve discutir. Dejaremos que la historia se ocupe de ello.»<sup>319</sup>

Alentados por Hitler, Kesselring y Mackensen atacarían de nuevo el 29 de febrero, esta vez contra el flanco derecho aliado.<sup>320</sup> Los habituales cánticos y gritos de los enjambres gris verdosos recorrieron los pólderes, pero 66.000 proyectiles de la artillería aliada acabaron con ellos en un solo día; las bajas alemanas ascendían a 3.500, y todo para nada. Cuando Alexander preguntó al general O'Daniel cuánto terreno había perdido su 3.<sup>a</sup> División en el contraataque, Mike Férreo respondió: «Ni un maldito centímetro, señor».

Truscott colgó una tira cómica de Bill Mauldin sobre su escritorio, en la que un andrajoso soldado estadounidense decía a otro: «¡Cómo que éste no es el agujero más importante del mundo! ¡Si yo estoy en él!».<sup>321</sup> Truscott, con su mandíbula prominente, espetó a los periodistas: «Los próximos meses van a ser difíciles. Pero, caballeros, defenderemos esta cabeza de playa contra viento y marea».

Pese a todo, febrero supuso un revulsivo para los Aliados. Para los estadounidenses, que perdieron mil novecientos hombres, sería el mes más sangriento que habían sufrido en el Mediterráneo hasta la fecha.<sup>322</sup> No cosecharían un triunfo rápido y decisivo en el flanco de la cabeza de playa. Alexander creía que las batallas de Anzio y Cassino habían revelado unos puntos flacos alarmantes de los Aliados y una gran fortaleza alemana. «Es más rápido que nosotros», escribió Clark, «reagrupando a sus fuerzas, reduciendo un frente defensivo para proporcionar tropas y cerrar brechas en zonas decisivas, y tomando decisiones sobre el campo de batalla. A su lado, nuestros métodos a menudo son lentos y torpes». <sup>323</sup>

Esto se ajustaba bastante a la realidad, pero no del todo. La mayor revelación fue una virtud que atesoraban los Aliados y un talón de Aquiles en las filas alemanas. «Sin apoyo aéreo», se quejaba un oficial del Estado Mayor alemán, «toda planificación ha sido una ilusión». <sup>324</sup> El teniente general Ira C. Eaker, aviador jefe estadounidense en el Mediterráneo, asintió. «En Italia», escribió, «la aviación alemana está totalmente inmovilizada». <sup>325</sup> Aunque menos postrada, la artillería alemana había mostrado otra deficiencia, en especial debido a la falta de munición. El VI Cuerpo disparó 158.000 proyectiles durante la Operación Fischfang, una ventaja de diez a uno sobre los artilleros alemanes. La artillería de Estados Unidos, particularmente buena desde la guerra de México, seguía mejorando con la ayuda de la localización aérea, la profusión de radios, un control hábil del fuego y las reinas asesinas desplegadas frente a la costa. Truscott no tardó en exigir, y recibir, fuego antibaterías en cuatro minutos, menos de la mitad del tiempo requerido anteriormente. <sup>326</sup> Un solo obús de 105 mm que disparara cada treinta segundos podía rociar en una hora 35.000 metros cuadrados con dos toneladas de fragmentos letales de acero. La artillería aliada causó tres cuartas partes de las bajas alemanas en la batalla de Anzio. <sup>327</sup>

La no eliminación de la cabeza de playa aliada tuvo graves consecuencias más allá del sur de Italia, e incluso el optimismo de Kesselring fue empañándose. Las fuerzas alemanas no sólo se veían superadas por aire y por tierra, sino que «un debilitamiento perceptible del espíritu temerario» afligió a las tropas, según confesó a un general que llegó de visita desde Berlín a últimos de febrero. Éste era,

en opinión de Kesselring, «el último año de la guerra».<sup>328</sup> De acuerdo con los cálculos del jefe del Estado Mayor de Kesselring, el general Siegfried Westphal, se habían asignado más pertrechos a la Operación Fischfang que a cualquier otro campo de batalla alemán desde 1940, a excepción de Sebastopol, y el sombrío resultado reveló «el agotamiento progresivo del ejército después de más de cuatro años y medio de lucha». Westphal respondió: «La manta era ya demasiado fina y demasiado corta».<sup>329</sup>

Creando que el alto mando debía saber que habían alcanzado «un punto de inflexión en la guerra»,<sup>330</sup> Kesselring envió a Westphal para que transmitiera dicha revelación en un encuentro de tres horas con el Führer y su grupo de expertos militares en el refugio de Berchtesgaden. «Hitler estaba muy tranquilo», contó Westphal, y aprobó el giro defensivo del XIV Ejército en Anzio. El mariscal de campo Wilhelm Keitel, jefe de la Wehrmacht, se mostró sorprendido de que Hitler hubiese escuchado «tantas cosas desagradables». A su regreso a Italia, Westphal dijo a Kesselring que «el Führer parecía consumido por las preocupaciones».<sup>331</sup>

Esas minucias estratégicas resultaban totalmente incomprensibles para el personal destinado a la cabeza de playa para lo que quedaba de conflicto. Desde Roma, los ingenieros alemanes transportaron en camión a carpinteros italianos — entre ellos algunos creadores de decorados de Cinecittà, el complejo de estudios cinematográficos construido por Mussolini— para que fabricaran panzers y cañones de reclamo, así como otros señuelos en los Colli Laziali.<sup>332</sup> En los campamentos aliados, la marcha del general Lucas despertó pocos sentimientos, salvo la esperanza de que su sucesor les sacara del caos en el que estaban sumidos, como declaró más tarde un artillero británico.<sup>333</sup> La mayoría se lamían las heridas, del cuerpo y del alma, y se armaban de valor para las batallas que todavía les aguardaban. «Estoy un poco cansado», confesó un sargento de la Guardia Real irlandesa tras salir del infernal barranco de Moletta. «Pero claro, ahora soy un viejo.»<sup>334</sup>

### «EL HOMBRE SE DISTINGUE DE LAS BESTIAS»

Mientras la Operación Fischfang se desarrollaba en Anzio, se desgranaba otra hora para Monte Cassino y los ejércitos que rodeaban la abadía. Freyberg, el neozelandés, insistía cada vez más en arrasar el edificio antes de lanzar un ataque, y su belicosidad pronto se vería exacerbada por la noticia de que su único hijo, un joven oficial de la Guardia de Granaderos, había desaparecido en Anzio.<sup>335</sup> Un

soldado de la Artillería Real dijo del imponente edificio blanco: «En cierto modo, era lo que entorpecía nuestras vidas y nos mantenía alejados de casa. Lo identificamos de manera obsesiva con todo aquello que detestábamos». <sup>336</sup>

El bombardeo aleatorio de iconos culturales de valor incalculable era disuadido por la tradición y prohibido por la ley. Meses antes, los jefes del Estado Mayor Conjunto habían recordado a Eisenhower que, «acorde con las necesidades militares, deberá respetarse la posición de la Iglesia y de todas las instituciones religiosas, y realizar todos los esfuerzos por preservar los archivos locales, los monumentos históricos y clásicos y las obras artísticas». <sup>337</sup> A su vez, Eisenhower advirtió a sus tenientes a finales de diciembre que no debía abusarse de las «necesidades militares» como un recurso para la conveniencia del ejército. <sup>338</sup> A mediados de enero, el cuartel general de Alexander identificó la abadía de Monte Cassino y la finca papal del Castillo Gandolfo como dos «centros eclesiásticos preeminentes» que era «deseable conservar». <sup>339</sup> Un panfleto aliado que llevaba por título *Preservación de obras de arte en Italia*, incluía una sección cuyo encabezamiento decía: «¿Por qué Italia es tan rica en obras de arte?» y una aseveración, según la cual «el hombre se distingue de las bestias por su poder para razonar, abrigar esperanzas y formular ideas abstractas». <sup>340</sup> Las instrucciones de la tripulación de los bombarderos incluían callejeros, copiados de las guías Baedeker, que destacaban los edificios históricos que deben evitarse. <sup>341</sup> Los oficiales del Estado Mayor aliados a los que se asignaba la reparación de daños involuntarios eran conocidos como Restauradores de Venus. <sup>342</sup>

Los Restauradores de Venus ya habían estado ocupados. Las bombas habían deteriorado cuarenta iglesias sólo en Nápoles; las magníficas puertas de bronce de una catedral situada al norte de la ciudad quedaron reducidas a partículas. <sup>343</sup> A principios de febrero, las bombas errantes impactaron contra el Castillo Gandolfo en varias ocasiones, y uno de esos infortunios acabó con la vida de diecisiete monjas. <sup>344</sup> Pero la destrucción deliberada de Monte Cassino intensificaría esta «guerra en un museo», como denominaba Kesselring a la campaña italiana, <sup>345</sup> y en el seno de los consejos de guerra aliados, los argumentos a favor y en contra se defendían con gran vehemencia.

La 4.<sup>a</sup> División india, la unidad que recibió la orden de conquistar el macizo, seguía empeñada en «inundar» la colina de bombas. <sup>346</sup> Un dudoso informe de un prisionero alemán, que aseguraba que los paracaidistas habían organizado un puesto de mando y un hospital de campaña en el interior de la abadía, incitó a la 4.<sup>a</sup> División india a publicar un resumen de espionaje el 12 de enero, que llevaba por título *Violación de la Convención de Ginebra*. <sup>347</sup> Otros avistamientos imaginarios



incluían los de un civil italiano que habló de treinta ametralladoras,<sup>348</sup> un coronel de la 34.<sup>a</sup> División que vio el resplandor de unos prismáticos en una ventana de la abadía,<sup>349</sup> y artilleros estadounidenses que juraron que de una ventana del edificio había manado fuego hostil de armas ligeras. El 11 de febrero, un periódico británico publicó el incendiario titular: «Los nazis convierten monasterio en fuerte».<sup>350</sup>

El 14 de febrero, dos generales estadounidenses, Ira Eaker y Jacob Devers, realizaron un vuelo de observación ciento cincuenta metros por encima de Monte Cassino y afirmaron haber visto «alemanes y antenas en el patio», además de un nido de ametralladora situado a unos cincuenta metros del muro de la abadía.<sup>351</sup> Otro aviador estadounidense, el general de división John K. Cannon, juró: «Si me permiten emplear toda la fuerza de nuestro bombardero contra Cassino, lo arrancaremos como si fuera un diente inservible».<sup>352</sup> Un comandante de artillería estadounidense declaró a *The New York Times*: «Tengo artilleros católicos en esta batería y me han pedido permiso para disparar contra el monasterio».<sup>353</sup> Desde luego, los corazones se habían endurecido. Un informe de espionaje de la aviación estadounidense afirmaba el 14 de febrero: «Este monasterio se ha cobrado la vida de más de dos mil chicos ... El edificio y quienes lo habitan *deben* ser destruidos, y no lo habitan más que alemanes».<sup>354</sup>

Otros discrepaban fervientemente.<sup>355</sup> El general Juin, un comandante francés, rogó a Clark que indultara al edificio. El general Keyes, que también era un católico devoto, sobrevoló la abadía con su avión la mañana del 14 de febrero y no advirtió «signo alguno de actividad». Bombardear el edificio sería «una atrocidad innecesaria», anotó en su diario, sobre todo cuando el servicio de espionaje del II Cuerpo había detectado hasta dos mil refugiados que ahora se cobijaban entre sus muros.<sup>356</sup> Además, «un edificio parcialmente destruido es mucho mejor para la defensa que uno intacto». La irritación de Keyes con Freyberg cobró tal intensidad que Clark le reprendió por su «actitud un tanto beligerante»;<sup>357</sup> los hombres intercambiaron propuestas de paz. Keyes envió un paquete de mantequilla, *ketchup* y Nescafé, y Spadger le correspondió con lengua de cordero neozelandés, ostras en lata y miel. Keyes, que todavía echaba humo, escribió: «Se me escapa el motivo por el que los estadounidenses tenemos que rendir pleitesía a los británicos, y encima, por orden de nuestros propios comandantes».

Freyberg no iba a aceptar un no por respuesta, y con Clark en la cabeza de playa, presionó a Gruenther para que tomara una decisión, aunque situó las posibilidades de tomar el macizo tras un bombardeo en un 50 por 100 a lo sumo.<sup>358</sup> Si Clark se negaba a destruir el edificio, añadió Freyberg misteriosamente, tendría

que «hacerse responsable» de las bajas del Nuevo Cuerpo neozelandés. El teniente general John H. Harding, flamante jefe del Estado Mayor de Alexander, también coaccionó a Gruenther. «El general Alexander ha dejado su posición bastante clara», dijo Harding en una conversación telefónica. «Lamenta mucho que el monasterio tenga que ser destruido, pero no ve otra alternativa.» El general Alex «tiene fe en el criterio de Freyberg».

Clark no compartía esa fe. «Ahora tengo cinco cuerpos a mis órdenes, de los cuales sólo dos son estadounidenses, y los demás de nacionalidades distintas», escribió en su diario. «Creo que Napoleón estaba en lo cierto cuando llegó a la conclusión de que era mejor luchar contra los aliados que ser uno de ellos.»<sup>359</sup> Pero notaba que la suerte estaba echada una vez más. En una llamada de Alexander, Clark hizo un último esfuerzo por impedir el ataque. No existían pruebas claras que situaran a los alemanes en la abadía. «Las tentativas anteriores de bombardear un edificio o una ciudad para impedir que los utilicen los alemanes ... siempre han fracasado», añadió. «Sería una vergüenza destruir la abadía y su tesoro», por no hablar de los civiles inocentes que puedan estar guarecidos dentro. «Si los alemanes no se encuentran ahora mismo en el monasterio, sin duda estarán entre las ruinas cuando finalice el bombardeo», sostenía Clark.<sup>360</sup>

Alexander aceptó sus puntos de vista, pero hizo caso omiso. «No se puede permitir que los ladrillos y la argamasa, por venerables que sean, pesen más que las vidas humanas», adujo. Freyberg era «una pieza muy importante en la campaña de la Commonwealth. Yo sería especialmente reacio a responsabilizarme de su fracaso y a que dijera a su gente: “He perdido a cinco mil neozelandeses porque no me dejaron utilizar la aviación como quise”».<sup>361</sup> La presión que Alexander recibía de Londres le resultaba particularmente acuciante. «¿Qué hace ahí sentado sin mover un dedo?», interpeló el primer ministro en un telegrama absurdo. «¿Por qué no utiliza sus unidades blindadas en un gran movimiento de guadaña a través de los montes?»<sup>362</sup>

Clark cedió. Si Freyberg era estadounidense, comentó a Alexander, denegaría la petición. Pero, «debido a los remilgos políticos» que imperaban —Spadger era comandante de un pequeño ejército nacional a todos los efectos—, había pocas opciones salvo proceder con el plan que ahora recibía el nombre en clave de Operación Avenger. En un memorando dictado, Clark condenó a Alexander por «interferir de manera indebida en las actividades del V Ejército», y agregó: «Es un error demasiado grande destruir innecesariamente uno de los tesoros artísticos del mundo».<sup>363</sup>

El ataque se iniciaría con prontitud para aprovechar una breve tregua climatológica.<sup>364</sup> Freyberg había propuesto lanzar una sola bomba simbólica como advertencia a los refugiados que se ocultaban en la abadía.<sup>365</sup> Sin embargo, la noche del lunes 14 de febrero, los artilleros alemanes dispararon veinticinco proyectiles que estallaron cien metros por encima de Monte Cassino y regaron la abadía de panfletos.<sup>366</sup> *Amici italiani, ATTENZIONE!*, decían:

Ahora que la batalla se aproxima a vuestros muros sagrados, debemos, en contra de nuestros deseos, apuntar las armas hacia el monasterio. Abandonadlo de inmediato. Resguardaos en un lugar seguro. Nuestra advertencia es urgente.<sup>367</sup>

Un agradable sol matinal despuntaba sobre los picos de los Abruzos el martes 15 de febrero, el presagio de una primavera italiana que pronto había de llegar.<sup>368</sup> Un destartalado Volkswagen sin capota abandonó un viejo *palazzo* en Roccaseca y pasó a toda velocidad frente a las ruinas del castillo en el que nació santo Tomás de Aquino y, al llegar al valle del Liri, se desvió hacia la Carretera 6. Pasado el pueblo de Piedimonte, apenas cinco kilómetros al noroeste de la reluciente abadía, el coche tomó un camino forestal y se detuvo. Un hombre alto y esbelto que lucía la guerrera de cuello alto de teniente general de la Wehrmacht saltó desde el asiento delantero, oteando las afiladas crestas en busca de enemigos mientras admiraba la visión luminosa que presidía Monte Cassino.

Durante cinco meses, Fridolin von Senger und Etterlin había paseado por estas montañas, balanceando su bastón de casi dos metros con unos andares al trote que, según decían, recordaban más a un marinero que a un soldado, y charlando a menudo con los campesinos en su italiano aceptable y ceceante.<sup>369</sup> Desde octubre había capitaneado el XIV Cuerpo Panzer en el X Ejército de Vietinghoff, responsable en un principio de defender parte de la Línea Bernhardt, y ahora una extensión de ochenta kilómetros de la Línea Gustav; nadie había contribuido más a las miserias aliadas en San Pietro, el río Rápido y Cassino que Senger. Su frente alta, su nariz aguileña y sus mejillas hundidas le conferían un aire de asceta feúcho, aunque sus dedos largos y sus gestos afectados sugerían a un hombre «más francés que prusiano», según afirmaba más tarde su hija.<sup>370</sup> Descendiente de una antigua familia de príncipes menores que perdió sus propiedades en las guerras napoleónicas y su riqueza con la inflación de Weimar, Senger había estudiado en Oxford con una beca Rhodes hasta que descubrió su vocación en la Gran Guerra; cuando en 1917 murió su hermano pequeño en Cambrai, Senger cavó durante horas en una fosa común en tierra de nadie, decidido a darle un entierro más digno.<sup>371</sup>

«Al final conseguimos exhumar el cuerpo, que reposaba en los tres estratos inferiores», escribió al cabo de un tiempo. «Le arrastré por las piernas hasta mi coche. Junto a mí iba sentado el cuerpo sin vida de mi hermano.»

En esta guerra había ayudado a conquistar Cherburgo, y después lideró una división Panzer cerca de Stalingrado hasta que pasó a servir como enlace superior de Kesselring con las fuerzas italianas destinadas en Sicilia. Más tarde, como comandante de las tropas alemanas destacadas en Córcega y Cerdeña, Senger refutó la orden de Hitler de disparar contra unos oficiales italianos por traición, una impertinencia que no le fue perdonada hasta que evacuó con éxito a una guarnición alemana al completo.<sup>372</sup> Una vez tomadas las riendas del frente de Cassino, acató escrupulosamente las órdenes y mantuvo alejadas a sus tropas de la abadía para no enojar al Vaticano; cuando el abad Diamare invitó a Senger a una cena y una misa navideñas en la cripta de Monte Cassino, el teniente general evitó mirar por la ventana para no violar la neutralidad de la abadía escudriñando las posiciones aliadas esparcidas a los pies de la montaña. Se excavaron puestos de observación alemanes por debajo de la cresta de la colina, donde de todos modos podían camuflarse mejor.

«Lo peor es seguir luchando y luchando y saber en todo momento que hemos perdido esta guerra», confió a un edecán arqueando sus cejas pobladas.<sup>373</sup> Ahora que su cuerpo llegaba a perder un batallón o más cada día, la aniquilación era «sólo cuestión de tiempo».<sup>374</sup> La actitud optimista de Kesselring le desconcertaba; después de cinco meses en las montañas italianas, Senger insistía en que «el optimismo es el elixir de la vida para los débiles». Él soportaba su carga —y la mácula que conllevaba servir a una causa nacional-socialista que despreciaba— lo mejor que podía, bebiendo vino en su refugio de Roccasecca mientras escuchaba los conciertos nocturnos en su radio de campaña<sup>375</sup> o sentándose con sus compañeros a ver una vez más su película favorita, *Der Weisse Traum* —El sueño blanco—,<sup>376</sup> que trata sobre un director de teatro vienes perdidamente enamorado. Leía a Tomás de Aquino y hallaba confort en la enseñanza del teólogo según la cual «nadie puede responder de las fechorías cometidas por aquellos sobre los que no tiene poder». Al conocer las atrocidades perpetradas por los alemanes en Polonia, Senger escribió: «Qué soledad cuando uno oye esas cosas y debe guardar silencio».<sup>377</sup>

Ahora oía otra cosa. A las 9:45, mientras conversaba con oficiales de granaderos en un puesto de mando cilíndrico de cemento situado cerca de Piedimonte, el zumbido de los bombarderos hizo salir a Senger. Estiró su largo cuello y se protegió los ojos del sol. Diminutas figuras cruciformes plagaban el

cielo cinco kilómetros por encima de Monte Cassino, dejando a su paso una estela blanquecina. Al momento, enjambres de proyectiles brillantes descendieron sobre la abadía, como si el mismísimo cielo estuviese arrojando piedras plateadas.

Un oficial de la 4.<sup>a</sup> División india escribió en el diario de su batallón. «Alguien decía “Flying Fortresses”, luego sonaba el silbato, y acto seguido llegaban el rumor y las explosiones mientras los primeros aparatos atacaban el monasterio.»<sup>378</sup> Para un piloto de B-17 que observaba desde su cabina, «la montaña parecía echar humo como un volcán».<sup>379</sup> Cuando las primeras bombas alcanzaron el tejado de la abadía, un teniente de la 34.<sup>a</sup> División comparó el polvo que salía de las ventanas con «un hombre echando humo por las orejas».<sup>380</sup>

Fueron los primeros de un total de 250 bombarderos — B-17, B25 y B-26—, que al final del día habían lanzado casi seiscientas toneladas de explosivos de gran potencia y bombas incendiarias sobre Monte Cassino.<sup>381</sup> Cientos de proyectiles de artillería se unieron a la descarga, entre ellos enormes obuses de 240 mm y 20 cm.<sup>382</sup> En el valle del Rápido, una extensión de álamos de la que se habían talado tres cuartas partes fue arrasada para ofrecer a los artilleros un radio de alcance despejado.<sup>383</sup>

Los soldados atrincherados a ambos lados de la colina observaban cautivados mientras se alzaba un caldero de humo y llamas desde la cumbre.<sup>384</sup> «Gran cantidad de estadounidenses, británicos, indios y neozelandeses bordeamos la cresta, viendo la destrucción a través de los prismáticos», escribió un conductor de ambulancia estadounidense en su diario. «Tres tenientes saltan de excitación cada vez que una hilera de bombas estalla sobre la montaña.» La imagen era «enormemente estimulante, comparable con ver a los primeros cristianos siendo devorados por los leones», escribió un miembro de la Artillería Real. «Todos empezamos a vitorear como locos y a abrazarnos unos a otros. Aquí estamos, alentando la destrucción de uno de los grandes monumentos de la cristiandad.»<sup>385</sup> La periodista Martha Gellhorn se descubrió rebuznando «como todos los demás necios»,<sup>386</sup> y su compañero Frank Gervasi oyó a alguien murmurar: «Hermosa precisión».<sup>387</sup> Maoríes y neozelandeses que se disponían a irrumpir en la estación de trenes de Cassino bramaban: «¡Arrasad con ella!» y «¡Haced pasar un calvario a esos cabrones!».<sup>388</sup>

Y un calvario fue lo que vivieron. El aluvión de panfletos lanzado la noche anterior había aterrorizado a los refugiados de la abadía —se calculaba que había entre ochocientos y dos mil quinientos—, pero los confusos intentos por contactar con los soldados alemanes para saber si podían iniciar un descenso seguro por

Monte Cassino habían fracasado.<sup>389</sup> Algunos refugiados sospechaban que los monjes habían falsificado los panfletos de aviso como estratagema para despejar la abadía de chusma.

El abad Diamare planeaba evacuar el edificio según su calendario, el miércoles por la mañana. Sus monjes se habían distraído con la muerte de un hermano joven a causa de una fiebre, y su cadáver, vestido con un hábito y embutido en un ataúd que él mismo había construido con tablas de las camas, fue entregado a Dios en la pequeña capilla de Santa Ana. Como de costumbre, aquella mañana habían celebrado la liturgia de las horas en las celdas más profundas de la abadía, y se encontraban arrodillados frente a una Madonna pintada cantando *Ruega a Cristo en nombre nuestro* cuando una primera sacudida mayúscula hizo temblar el edificio.<sup>390</sup> Se producía una explosión tras otra, y los pasadizos se llenaron de un polvo y un humo asfixiantes y de mampostería destrozada. El abad concedió la absolución a todos los monjes. Se llenaron los oídos de algodón para amortiguar el estruendo de las bombas y los gritos de mujeres y niños que provenían de los pisos superiores.<sup>391</sup>

A las dos del mediodía, la abadía era un recuerdo humeante. Mil trescientas bombas y otros mil doscientos artefactos incendiarios de alto poder explosivo habían destruido los claustros, arrancado las palmeras del patio y decapitado la estatua de San Benedicto.<sup>392</sup> La gran escalinata estaba en ruinas. Montones de escombros de cinco metros de altura atestaban los pasillos de la basílica, donde los frescos, un órgano antiguo y la sillería del coro tallada por artesanos napolitanos fueron reducidos a astillas. Protegidos en sus sótanos, los monjes se abrieron paso entre las ruinas<sup>393</sup> y, al subir las escaleras, descubrieron montones de refugiados muertos —muchos de ellos abatidos por el fuego de artillería mientras huían al exterior— y a quienes seguían con vida «locos de terror», según la descripción de un monje.<sup>394</sup> «Los padres abandonaban a sus hijos sollozantes y echaban a correr en busca de un lugar seguro», relataba un alemán. «Los hijos huían, y dejaban a sus padres ancianos a su suerte. Una mujer perdió los dos pies.»<sup>395</sup>

Ningún mortal sabría jamás cuántos murieron.<sup>396</sup> Los cálculos oscilaban entre más de cien y más de cuatrocientos; la crónica oficial británica situó la cifra en «trescientos o cuatrocientos». Después de la guerra, se encontraron 148 calaveras entre los escombros, y sin duda había otras pulverizadas. «Algunos cuerpos fueron hallados en pequeñas salas en las que se habían asfixiado, como un anciano que trató de proteger a un niño con su cuerpo», escribió Herbert Bloch, un erudito de clásicas en Harvard y autor de *Monte Cassino in the Middle Ages*. Las actitudes de los muertos traían Pompeya a la mente de los arqueólogos.

El cuartel general de Alexander aseguró haber visto a doscientos alemanes abandonar las ruinas de la abadía, lo cual era una afirmación absurda.<sup>397</sup> Poco después de mediodía, Senger se apartó del espectáculo hipnotizador que se desarrollaba en la cima de Monte Cassino para enviar a Vietinghoff el mensaje de que los daños eran cuantiosos y que había «muchos refugiados civiles en la abadía». Siguiendo órdenes de Berlín, los granaderos rastrearon el terreno poco después de que cesara el bombardeo; descubrieron que los muros exteriores de la abadía estaban deteriorados, pero no fracturados al nivel del suelo.<sup>398</sup> Como había pronosticado Clark, Senger ordenó inmediatamente a sus tropas que cavaran en los escombros. Las ametralladoras se apostaron sobre la mampostería, los observadores de artillería se encaramaron a las murallas destrozadas, y se abrió una cocina de campaña en la celda de Benedicto.<sup>399</sup>

Hasta el amanecer del jueves, el abad Diamare no sacó a los restos de su rebaño de las ruinas.<sup>400</sup> Salieron cuarenta monjes y refugiados por los arcos de la entrada de la abadía, todavía intacta con la inscripción PAX cincelada en el dintel de piedra de la enorme puerta de roble. Un monje que sostenía un gran crucifijo de madera encabezaba la procesión por las incesantes curvas cerradas de aquella carretera serpenteante. Un niño paralítico viajaba a lomos de un monje, y la anciana sin pies fue transportada sobre una escalera hasta que la carga les superó y la dejaron morir en la ladera. Continuaron su complicado descenso, pasando frente a cráteres abiertos en el pavimento de la carretera y la masa rocosa de Monte Venere, ahora conocido como la Colina del Ahorcado, ya que la destrozada torre del funicular se asemejaba a una horca. La procesión siguió zigzagueando hacia el hervidero del valle, mientras el viejo abad y sus monjes murmuraban el rosario contemplando los misterios más profundos de Dios, lo alegre y lo luminoso, lo glorioso y lo triste.

La 4.<sup>a</sup> División india esperaba que la Operación Avenger arrancara el miércoles por la tarde, pero quince minutos después de que apareciera la flota de bombarderos la mañana del martes, se anunció a las tropas del frente que el ataque se había acelerado para aprovechar el buen tiempo.<sup>401</sup> Unos veinticinco soldados indios, que no lograron salir de sus pozos y replegarse a un refugio más seguro, resultaron heridos en el bombardeo, muchos de ellos por los fragmentos de mampostería que salían despedidos.<sup>402</sup> «Se lo dijeron a los monjes, y también al enemigo, pero a nosotros no», espetó un airado comandante de los Royal Sussex.<sup>403</sup>

Desde ese momento, nada sirvió, excepto el coraje, una vez más. Iban pasando las horas sin un ataque de continuación. La incompetencia táctica de Freyberg al no combinar el bombardeo con un embate raudo de las oleadas de infantería se vio agravada por la pérdida del general de división Taker, el diestro comandante de la 4.<sup>a</sup> División india, a quien doblegaron la malaria y la artritis reumatoide.<sup>404</sup> Su sustituto, el general de brigada H. W. Dimoline, un artillero con escasa experiencia en infantería, estaba «totalmente perdido», protestaba más tarde otro oficial. «No parecía existir un ápice de liderazgo inteligente en los niveles superiores a la división.»<sup>405</sup>

Hasta el martes por la noche no dio comienzo el ataque, y lo hizo prácticamente con una sola compañía enviada al Punto 593, ese problemático foco situado unos dos kilómetros por detrás de la abadía ahora derruida.<sup>406</sup> Las ametralladoras y los morteros alemanes hirieron o mataron a la mitad de los hombres antes de que hubiesen recorrido cincuenta metros. Otra ofensiva acometida la noche del miércoles por un batallón al completo se desmoronó cuando los defensores enemigos lanzaron tres bengalas verdes, que por una triste coincidencia imitaba la señal de retirada de los Royal Sussex. A primera hora del viernes 18 de febrero, los gurjas asaltaron directamente la abadía, pero las bombas trampa, las granadas, unos densos matorrales con espinas que llegaban a la altura de la garganta, y las andanadas de las ametralladoras les hicieron recular. Más tarde se descubrieron docenas de gurjas muertos con las piernas embrolladas en cables trampa.<sup>407</sup>

En el pueblo situado más abajo, los tiradores maoríes derrotaron el viernes por la mañana a los granaderos de la estación y el depósito de locomotoras de Cassino. Pero nueve mil bombas de humo lanzadas por los neozelandeses para camuflar esos triunfos también sirvieron para ocultar a los infiltrados alemanes, que contraatacaron a última hora de la tarde para recuperar el depósito ferroviario perdido.<sup>408</sup> Las columnas de avituallamiento que trataban de deslizarse por el valle del Rápido al caer la noche se encontraron con que el enemigo desplegado en los escarpados montes era más omnipresente que nunca. «Se alzaba una granada iluminadora tras otra», escribió un soldado de señales de la 4.<sup>a</sup> División india. «Como esperábamos, los alemanes desconfiaban y una sarta de bengalas pronto iluminó todo el valle con una luz azul fantasmagórica.»<sup>409</sup> De doscientas mulas que partieron hacia la línea del frente, llegaron veinte.<sup>410</sup>

La Operación Avenger decayó después de casi seiscientas bajas de la 4.<sup>a</sup> División india y más de doscientos neozelandeses muertos o heridos.<sup>411</sup> Aquel ataque, carente de efectivos, descoordinado y poco imaginativo, «no podía deparar



sorpresa alguna», escribió más adelante Senger. «No entrañaba nada nuevo.» Arrasar la abadía «no supuso ningún tipo de ventaja militar»,<sup>412</sup> concluyó la historia oficial británica, y —como apostilló el relato del ejército de Estados Unidos— no reportó más que «destrucción, indignación, tristeza y arrepentimiento».<sup>413</sup>

Los esfuerzos por justificar el bombardeo comenzaron incluso antes de que se disipara el humo en Monte Cassino. Las autoridades militares presionaron sin éxito al escuadrón de apoyo a operaciones para que aportara pruebas de que las tropas alemanas habían ocupado la abadía.<sup>414</sup> En un cable enviado a Londres, el mariscal de campo Wilson decía: «Propongo que limitemos nuestra declaración al hecho de que las autoridades militares sobre el terreno poseen pruebas irrefutables de que la abadía de Cassino formaba parte de la línea defensiva principal de Alemania».<sup>415</sup> Mucho después de la guerra, el ejército estadounidense reconoció que no se habían encontrado cuerpos civiles en la abadía.<sup>416</sup> Dando por sentado que Roma pronto se convertiría en un campo de batalla, los propagandistas aliados iniciaron una campaña para culpar a Alemania, con la esperanza de recuperar la grandeza moral y presionar a Berlín para que evitara las tácticas de tierra quemada en la capital.<sup>417</sup>

Sin embargo, Senger y Kesselring ya habían ganado una mano. Cuando el abad Diamare descendía la colina el jueves por la mañana, un coche del Estado Mayor alemán le recogió y le condujo al cuartel general del XIV Cuerpo Panzer, donde pasó la noche.<sup>418</sup> Al día siguiente, con las cámaras filmando y un periodista radiofónico alemán presente, Senger orquestó una entrevista.

—Las fuerzas armadas alemanas han hecho todo lo posible —dijo Senger—, por no dar razones militares al oponente para que atacara el monasterio.<sup>419</sup>

—General, no puedo más que corroborar esto —respondió el abad—. Hasta el momento de la destrucción de la abadía de Monte Cassino no había en sus inmediaciones un solo soldado, un arma o una instalación militar alemanes.

Senger asintió.

—Supe demasiado tarde que los panfletos que anunciaban el bombardeo se arrojaron sobre la zona del monasterio.

—Sencillamente, no creímos que los ingleses y los estadounidenses fuesen a atacar la abadía —señaló Diamare—. Colocamos prendas blancas para indicarles que no nos hicieran nada... Han destruido el monasterio y asesinado a cientos de inocentes.

Senger se inclinó hacia delante con sumo interés.

—¿Puedo hacer algo más?

—No, general. Ha hecho cuanto podía.

A Berlín se le fue la mano al apremiar al abad para que firmara una declaración más venenosa.<sup>420</sup> Él se negó, pero el daño ya estaba hecho; en las calles de Roma y Viena aparecieron carteles con imágenes del monasterio en ruinas y el comentario de Diamare. Una semana después del bombardeo, el presidente de la Pontificia Accademia Romana di Archeologia condenó la destrucción y la tildó de «vergüenza eterna para nuestra era y nuestra civilización», como si la segunda guerra mundial lo fuera menos.<sup>421</sup> El estratega militar británico J. F. C. Fuller tachó al bombardeo «no tanto de acto de vandalismo como de estupidez táctica absoluta», una confirmación de que, «como entre 1915 y 1917, la imaginación estratégica estaba petrificada».<sup>422</sup>

La abadía arrasada —«esa tumba de errores de cálculo», en palabras de un cabo del ejército de Estados Unidos—<sup>423</sup> pronto pasó a simbolizar la estancada guerra de desgaste en que se había convertido la campaña italiana. El último avance de doce kilómetros realizado por el V Ejército había agotado a ocho divisiones y costado dieciséis mil bajas.<sup>424</sup> Sólo parecían abrirse ante ellos «callejones sin salida interminables», como lo expresó un neozelandés.<sup>425</sup> La búsqueda de cabezas de turco también había comenzado en el frente de Cassino: en un mensaje enviado el 18 de febrero al general Devers, Marshall insinuaba que Keyes y sus comandantes de división parecían «estar por debajo del exigente nivel requerido ... Que nada se interponga a la hora de procurar un liderazgo de la calidad necesaria».<sup>426</sup>

La opinión pública de Estados Unidos se mostraba mayoritariamente indiferente a la destrucción.<sup>427</sup> Veintisiete meses de guerra total habían roto cualquier lazo sentimental con los Monte Cassinos de este mundo. Un sondeo realizado por Gallup poco después del bombardeo descubrió que, si los líderes militares consideraban necesario bombardear edificios y santuarios religiosos históricos en Europa, un 74 por 100 de los estadounidenses lo aprobaría y sólo un 19 por 100 se opondría. Los corazones también se habían endurecido en casa.

No obstante, mientras el fuego de los proyectiles y algún que otro bombardeo seguían esculpiendo la cresta de Monte Cassino, los soldados atrincherados en las llanuras del Rápido no podían evitar sentir que, una vez más, algo se había desvanecido en esta oscura época de pérdidas. Incluso el general de división Walker, cuya 36.<sup>a</sup> División había sido aniquilada en el Rápido, a la sombra de Cassino, se sentía intranquilo. «Cada vez que me ofrecen un vaso de licor benedictino», anotó en su diario, «recuerdo con pesar la destrucción innecesaria de la abadía».<sup>428</sup> Por supuesto, el pesar más profundo se extendía más allá de los monumentos eclesiásticos. La guerra lo estaba socavando todo: la cortesía y la moderación, la juventud y la inocencia, las montañas y los hombres.

## Cuarta parte

## Cuatro jinetes

### UN PAÍS DE FÁBULA Y OROPELES

Los trolebuses circulaban de nuevo por Nápoles, junto a los malolientes autobuses diésel y a los tranvías que traqueteaban cuesta arriba hasta llegar a las elegantes casas rodeadas de jardín de la zona alta de la ciudad. Aunque podían verse muy pocos vehículos de motor, salvo algunos todoterreno y camiones de transporte, cientos de carros arrastrados por perros y desvencijadas calesas tiradas por rocines de bamboleantes ancas llenaban los bulevares. «La bahía era tan azul como siempre, el Vesubio igual de negro, y los pinos igual de verdes», informaba el director de la OSS (Office of Strategic Services, el departamento de servicios estratégicos, precursor de la CIA) del V Ejército.<sup>1</sup> Los napolitanos, vestidos de ropa desgastada y calzados con zapatos más gastados aún, paseaban por la Via Francesco Caracciolo «cogidos del brazo, charlando, riendo, llorando, discutiendo y gesticulando», según observaría Frank Gervasi. Los carroñeros iban a la caza de colillas de cigarros en el bordillo de las aceras y sucias mujeres con niños alquilados mendigaban en las *piazzi* donde los charlatanes pregonaban las bondades de sus remedios y los limpiabotas, llamados *lustrini*, anunciaban su presencia golpeando sus cajas de madera. «Ooba, ooba» cantaban los granujas de la calle, imitando a los soldados norteamericanos. «Zarandajas, mi teniente.»<sup>2</sup> En los jardines públicos, «el sol había atraído al exterior a los narradores de cuentos, que habían tomado posiciones en la calle», apuntaba el oficial británico y escritor Norman Lewis a finales de febrero, y que a cambio de una moneda «recitaban cantinelas sobre las hazañas de Carlomagno y sus paladines» utilizando las manos para «construir sus pensamientos, igual que un ceramista en su torno».<sup>3</sup>

A través de los siglos, Nápoles había atraído a personajes tales como Petrarca y Goethe, Rossini y Donizetti, Dickens y James Fenimore Cooper. Se dijo que mientras Virgilio escribía la *Eneida*, había expulsado a todas las serpientes de una ciudad a la que adoraba, aunque dos milenios más tarde, John Ruskin opinara de ella que se trataba de «el nido más odioso de gusanos humanos en el que jamás me he visto obligado a quedarme, un infierno con todos los endiablados imbéciles en él».<sup>4</sup> El renaciente Nápoles atraía ahora a hordas de soldados aliados. Habida cuenta que Cassino se encontraba apenas a ochenta kilómetros y Anzio, a unos escasos ciento cuarenta y cinco, la ciudad transmitía «una complacencia y una falta de realismo peor que los que reinaban en Nueva York», se lamentaba el periodista Homer Bigart. Sin embargo, para muchos de los que disfrutaban de un permiso, escribía el oficial británico Fred Majdalany, Nápoles constituía «el símbolo más cercano de las aspiraciones inmediatas de cada hombre».

Se trataba de un país de fábula y oropeles donde reinaba una gran felicidad ... Uno podía comprar cosas en las tiendas, emborracharse, conseguir una mujer y escuchar música.

Por supuesto, la guerra se inmiscuía de cuando en cuando. Cada tarde, entraba en la estación de la Piazza Garibaldi un tren hospital que traía jóvenes deshechos procedentes de Cassino, de los que los casos más graves ocupaban los catres inferiores de las literas de tres pisos donde habían sido colocados.<sup>5</sup> Los asaltantes de la Luftwaffe seguían bombardeando el puerto y los fondeaderos y «todos los barcos abrían el fuego de sus cañones hasta que los proyectiles trazadores luminosos adornaban de cientos de rojos collares el cielo de la bahía de Nápoles», escribiría Alan Moorehead. El solo rumor de un ataque desencadenaba órdenes de «hacer humo» y, en menos de ocho minutos, miles de soldados, manejando generadores de aceite y toneles de humo, habían cubierto treinta kilómetros de costa napolitana de una densa cortina tan espesa que obligaba a los conductores de los todoterreno a alumbrar con linternas el arcén de la carretera para no salirse de ella.<sup>6</sup> A pesar del humo y de los enjambres de proyectiles trazadores, en alguna ocasión se colaba algún bombardero, seguido de inmediato por lo saqueadores, que salían tambaleantes de los edificios recién destruidos con «tal vez un somier, un par de ollas, o una jaula de pájaros», escribía Margaret Bourke-White. Norman Lewis, tras una incursión a principios de la primavera, observaba cómo sacaban a los niños muertos de los escombros y los colocaban unos junto a otros «abrazados a muñecas que les acompañarían al otro mundo. Plañideras profesionales ... corrían calle arriba y calle abajo, rasgándose las vestiduras y lanzando lastimeros y sonoros gemidos».<sup>7</sup>

Aun así, a la mayoría de los soldados Nápoles les parecía un paraíso, un tabernáculo de la *dolce vita* al que llegaban buscando «I&I» (*intercourse and intoxication*), coito e intoxicación,<sup>8</sup> a bordo de camiones bautizados con el nombre de «carretas de la pasión».<sup>9</sup> Los maleteros italianos llevaban su equipaje al hotel para soldados Volturno, o a la cárcel de la ciudad, que el V Ejército había transformado en centro de descanso y que podía albergar a mil doscientos hombres.<sup>10</sup> «Los norteamericanos controlaban toda la ciudad» se lamentaría el zapador británico C. Richard Elke. «La policía militar, esos fornidos yanquis a quienes les gustaba menear la cachiporra, y los soldados norteamericanos estaban por todas partes.»<sup>11</sup> El auditorio de la Cruz Roja exhibía una película diferente cada día a las cuatro de la tarde, y atraía a multitudes a pesar de las frecuentes interrupciones a causa de los cortes eléctricos.<sup>12</sup> Un cabaret en la Via Constantinopoli patrocinaba noches de baile varios días a la semana, y el espectáculo de Irving Berlin, *This Is the Army* llenaba los teatros; su versión de *Oh, How I Hate to Get Up in the Morning* solía ser acogida con grandes carcajadas. En una ocasión, un soldado reconoció a Humphrey Bogart en el Hotel Parca y le preguntó dónde podía comprar una pistola igual a la que el actor había utilizado en *Sahara*, que «podía disparar dieciséis balas sin recargar». Bogart, de una pulgarada se deshizo de su cigarrillo y le contestó: «Hollywood es un lugar maravilloso».<sup>13</sup>

También lo era Pompeya. Cada mañana a las ocho, un tren de cercanías transportaba a cientos de soldados hasta las ruinas, donde los guías ofrecían visitas a la «Casa de los dos solteros que nunca se casaron», e insinuaban que el terrible destino de la ciudad fue la consecuencia de «demasiadas posiciones diferentes».<sup>14</sup> Un soldado de la 3.<sup>a</sup> División escribió a su familia que «los antiguos romanos, sin duda, conocían el modo de obtener lo mejor de la vida»,<sup>15</sup> pero el diario de un empleado del 56.<sup>o</sup> Hospital de Evacuación concluía que la destruida ciudad había sido «construida por unas gentes inteligentes, bebedoras de vino, sensuales y de mente perversa».<sup>16</sup>

Los soldados abarrotaban asimismo el Teatro di San Carlo, la ópera de la ciudad, pese a las pulgas que invadían los mullidos asientos y la falta de calefacción que obligaba a los espectadores a acurrucarse por el frío.<sup>17</sup> Desde las galerías altas, parloteaban como loros y miraban boquiabiertos las imágenes del Parnaso pintadas en el techo abovedado. Entonces se alzaba el telón púrpura, la obertura llenaba el aire, y se realizaba el hechizo. Un soldado de Ohio se golpeó la rodilla durante el segundo acto de *La Bohème*, «es bueno», murmuró, «francamente bueno».<sup>18</sup> Los soldados se desparramaban en la noche tarareando arias, cientos de Carusos vestidos de caqui.<sup>19</sup>

En Nápoles se abrían nuevos cabarets cada semana. BourkeWhite describía el Orange Club, sobre la Via Posillipo, como «el club más animado y popular de todo el continente europeo».<sup>20</sup> Los clientes de las terrazas circulares observaban el rojizo resplandor del Vesubio y las parpadeantes luces de posición de los buques de guerra allá abajo, en la bahía. Las enfermeras bailaban el *Jersey Bounce*, el ritmo de moda, y los oficiales ebrios apuntaban los tapones del champán hacia el broche que adornaba el escote de una cantante.<sup>21</sup> Ningún I&I en Nápoles estaba completo sin una visita a Capri, donde habitación y pensión completa costaban un dólar la noche y los bares abrían a las nueve de la mañana. La isla le pareció a Alan Moorehead «un curioso y pequeño nódulo de lotófagos» con «el aire un tanto apaleado de un libertino algo ajado».<sup>22</sup> Los soldados descansaban en las rocas, tocados de sombreros de paja y calzados de sandalias, o se dirigían a Marina Piccola en calesas tiradas por caballos adornados con plumas.<sup>23</sup> En los comedores de los hoteles, los camareros servían la cena en fuentes de plata a hombres que no habían sostenido un tenedor en la mano desde su salida de Estados Unidos.<sup>24</sup> A un visitante le hizo feliz limitarse a enumerar los colores del mar: turquesa, esmeralda, púrpura, azul real y violeta.<sup>25</sup>

«Nunca podré olvidar», escribía Bourke-White, «que muchos de estos chicos se internarían de nuevo en la lluvia y el barro y se enfrentarían a los terribles peligros de las colinas de donde no regresarían nunca más».

«La gente aquí es inmensamente pobre y todo lo que se vende en las tiendas parece viejo y gastado», le escribía a su familia desde Nápoles una enfermera norteamericana. «Esperan de pie, junto al comedor, y hurgan en los contenedores de doscientos litros en los que vaciamos las bandejas de la comida.»<sup>26</sup> La mayoría de los napolitanos no tenían flores de loto para comer, ni tampoco gran cosa más, y aunque la guerra se hubiera trasladado al norte, el hambre, la peste y la muerte permanecieron todo el invierno. La mayor parte de la Italia ocupada seguía dependiendo de las importaciones de alimentos de los Aliados para paliar el hambre. Ernie Pyle, que pasó sus noches de I&I bebiendo brandy en un complejo de la fuerza aérea al que habían bautizado Villa Virtudes, y a quien Bill Mauldin describiría como «un minúsculo y marchito hatillo de miseria con dos ojos muy agudos», observaba el modo en que una multitud de napolitanos se peleaban por la basura arrojada desde los buques anfibios de desembarco por los soldados que zarpaban hacia Anzio.<sup>27</sup> «Cada vez que un paquete de galletas caía por la borda», escribía Pyle, «la humanidad luchaba y golpeaba a fin de conseguirlo igual que una

*mêlée* de jugadores de rugby». Un teniente británico que comía costillas de cordero en un café de Pozzuoli quedó atónito cuando «una vieja harapienta se abalanzó sobre el plato y se llevó los huesos a toda velocidad».<sup>28</sup>

Una cepa particularmente virulenta del virus del tifus asoló sin control la ciudad e infectó en dos meses a más de dos mil napolitanos, de los que murieron uno de cada cuatro.<sup>29</sup> Por las noches, los muertos se cargaban en carros, igual que en tiempos medievales.<sup>30</sup> El tifus, que había matado a tres millones de rusos y polacos durante la Primera Guerra Mundial<sup>31</sup> y después haber acabado ésta, se difunde a través de los piojos, y se calcula que el 90 por 100 de la población civil napolitana tenía piojos en la cabeza.<sup>32</sup> Cada noche, una muchedumbre desordenada de ciudadanos miserables asustados y sucios se apiñaba en los refugios antiaéreos de la ciudad,<sup>33</sup> que se convirtieron en incubadoras de enfermedades.<sup>34</sup>

A partir del 1 de enero, los médicos del ejército pusieron a la ciudad de Nápoles en cuarentena; los soldados de permiso fueron desviados a Caserta.<sup>35</sup> Se organizó el despioje masivo de toda la población de la ciudad, que sería pulverizada «a pie de calle» en cincuenta «puntos públicos de desinfección». Los aviones de transporte traían provisiones de emergencia de un producto químico sintetizado por primera vez en el año 1874, pero reconocido como un potente insecticida hacía poco tiempo: el DDT. El año anterior, todas las reservas de Estados Unidos apenas si llegaban a unos pocos gramos, sin embargo ahora, una planta de producción química de Cincinnati estaba fabricando más de treinta mil kilos de DDT cada mes y sesenta toneladas iban a ser enviadas a Italia. En un palacio requisado, los policías militares, junto a sacos llenos de este producto, esperaban a la población armados de pulverizadores. «La gente hacía una cola de dos filas que recorría dos manzanas y que subía las escaleras de mármol muy despacio», relataba un testigo. «A los hombres se les pulverizaba de la cabeza a los pies. A las mujeres, les rociaban el pecho y la espalda con el producto.»<sup>36</sup> Otros equipos de desinfección merodeaban por las cuevas y los refugios, y la epidemia de tifus no tardó en desaparecer. Igual que el DDT, la desinfección de más de un millón de napolitanos siguió siendo un secreto militar durante muchos meses. Un único soldado del V Ejército había sido infectado.<sup>37</sup>

Las enfermedades venéreas eran harina de otro costal. «Un ejército victorioso descubrió en Italia grandes cantidades de mujeres bonitas y amorosas y de vino barato», concluía un analista británico;<sup>38</sup> por consiguiente, «el maldito ejército está saturado de gonorrea por culpa de los romances de trincheras», se lamentaba un cirujano del V Ejército.<sup>39</sup> Los soldados bromeaban que Nápoles podría ser el mayor burdel del mundo si alguien pudiera ponerle un tejado.<sup>40</sup> «Aquí hay sífilis a



porrillo», advertía un sargento a los soldados británicos que llegaban a la Piazza Dante. «Un buen polvo y el pene se te hinchará como una calabaza y se te caerán las pelotas.»<sup>41</sup> Un cariacontecido soldado británico murmuraba: «¿Por qué Thomas Cook no pone esto en sus guías turísticas?».

El sueldo medio de un trabajador era de sesenta liras al día, el equivalente a sesenta centavos, menos de lo que costaba una barra de pan de kilo y, en consecuencia, miles de mujeres napolitanas desesperadas y abandonadas se dedicaron a la prostitución, que solía pagarse de una a dos mil liras por noche. El día de Año Nuevo, después que unos dudosos estudios y análisis de laboratorio indicaran que «el 60 por 100 de todas las mujeres de Italia sufrían algún tipo de enfermedad venérea», los burdeles napolitanos fueron colocados fuera de límites;<sup>42</sup> el negocio de la carne se limitó a trasladarse a las calles de las poblaciones cercanas donde «han desarrollado el sistema de proxenetas más organizado del mundo», según el informe de un capitán preboste.<sup>43</sup> Batallones de prostitutas callejeras se pasean arriba y abajo por la Via Roma con sus trenzas escarchadas «en peinados DDT»;<sup>44</sup> a un soldado le irritaba tanto que los chulos le tiraran de la manga que se colgó un cartel al cuello que decía «NO».<sup>45</sup> Una ramera de Capri que insistía en ponerle precio fijo a sus servicios era conocida como «Madame Cuatro Dólares».<sup>46</sup>

«El superficial deporte de las ancas», en palabras de Norman Lewis, tendría unas funestas consecuencias para el V Ejército, cuya relación de enfermedades venéreas respecto a los soldados blancos era de uno a diez, es decir, el índice superaba en mucho a los soldados blancos; una infección de gorronea, en el mes de febrero, necesitaba diez días de recuperación de promedio.<sup>47</sup> «La cepa italiana de gonococos demostró una resistencia a la sulfamida del 70 por 100», informaban los doctores británicos.<sup>48</sup> Otra nueva medicina maravillosa, la penicilina, no estuvo disponible en Italia hasta mediados de febrero, y en una cantidad tan limitada que llegó a alcanzar en el mercado negro el mismo precio que la morfina.<sup>49</sup> Una exaltada controversia debatía si la penicilina debía administrarse a todos los soldados infectados o si debía ser reservada a los heridos en combate en actos heroicos. El propio Churchill indicaba que «debería ser utilizada de la forma que más beneficie a los soldados»;<sup>50</sup> de modo que la nueva medicina no tardó en ser administrada a los libertinos de alcoba y a los héroes del campo de batalla por igual.

Hasta aquel momento los comandantes aliados se habían esforzado en disminuir los impulsos lascivos de sus tropas. «Las chicas que acogen inquilinos provocan desorden social», avisaban unos carteles por las calles.<sup>51</sup> En Nápoles, veinte «centros de higiene personal» que después del coito proveían a los soldados

de jabón, agua y yodo, y de un recibo, funcionaban las veinticuatro horas del día.<sup>52</sup> Aun así, mientras las batallas arreciaban en Cassino y Anzio, el 15 por 100 de todas las camas de hospital estadounidenses en Italia estaban ocupadas por pacientes afectados por enfermedades venéreas.<sup>53</sup> Otras quinientas camas en Nápoles estaban reservadas para las prostitutas infectadas en unas clínicas que bautizaron «Hospitales».<sup>54</sup> En el hipódromo de Bagnoli a las afueras de Nápoles, el 23.º Hospital General llenaba cientos de camas con tenorios enfermos, cuyas batas de hospital llevaban la inscripción «EV» en grandes letras rojas; a pesar de la alambrada de espino y de los centinelas que rodeaban el complejo, un mariscal preboste del ejército informaba de que algunos pacientes «saltaban el muro y se iban con las prostitutas del vecindario más inmediato». Un exasperado comandante que descubrió un centro de citas en una cueva de Bagnoli roció de gas lacrimógeno procedente de granadas a los caraduras.<sup>55</sup>

En las cercanías de Avellino, en las colinas de Salerno, se tomaron medidas aún más duras. «Los capellanes estaban convencidos de que las putas de Nápoles habían estado utilizando las chozas de paja que jalonaban el valle», informaba un soldado de infantería, «así que las incendiaron todas».<sup>56</sup>

El Orange Club era un lugar muy agradable, y el teatro de la ópera y las fuentes de plata de Capri ofrecían un interludio a la guerra. Sin embargo, y por encima de todo, Nápoles era un puerto y, a finales del invierno del año 1944, uno de los más activos del mundo. En ese lugar «esa gran y gaseosa cosa a la que denominan esfuerzo de la guerra», son palabras de John Steinbeck, se encarnó sólidamente en la figura poderosa y de anchas espaldas de la hegemonía logística de los Aliados.<sup>57</sup> Mantener a un único soldado de infantería luchando durante un mes en Italia exigía más de una tonelada de material.<sup>58</sup> Podían hacerlo. Por cada obús de artillería disparado en Anzio, por cada bomba lanzada, o por cada Sherman perdido en Cassino, dos más parecían levitar de las bodegas de los buques de carga que llegaban a puerto, descargados por gigantescas grúas y colocados sobre camiones de plataforma o buques anfibios de desembarco que se dirigían al frente.

La máquina de guerra estadounidense se había convertido «en el prodigio de organización» que tanto admiraba Churchill y que tanto temían los comandantes alemanes.<sup>59</sup> En 1943, la producción total de Estados Unidos se elevaba a 86.000 aviones, comparados a los apenas 2.000 del año 1939.<sup>60</sup> Además: 45.000 tanques, 98.000 bazoocas, más de 1,5 millones de cables de comunicaciones, 18.000 nuevos buques y embarcaciones, 648.000 camiones, casi seis millones de rifles, 26.000

morteros y 61 millones de pares de calcetines de lana. Cada día salían de las fábricas de municiones de Estados Unidos 71 millones de proyectiles de armas de bajo calibre. En 1944 se fabricaría más de casi todo.<sup>61</sup>

La conversión de la nación de una economía comercial a una economía militar sería tan completa como jamás lo hubiera sido.<sup>62</sup> Una industria automovilística que había fabricado 3,5 millones de coches en enero del año 1941, fabricaría 139 unidades durante el resto de la guerra, al pasar a construir tanques, jeeps y bombarderos. Únicamente en la producción de artillería, los fabricantes de jabón, de bebidas, de colchones, de juguetes y de microscopios construían ahora setenta tipos diferentes de camiones pesados; en el negocio de la artillería trabajaban ahora alrededor de dos mil cuatrocientos contratistas principales y veinte mil subcontratistas, desde una empresa fabricante de excavadoras de vapor que ahora construía cureñas, hasta una fábrica de ascensores que ahora producía mecanismos de retroceso.

En febrero de 1944, el ejército de Estados Unidos envió tres millones de toneladas de cargamento a ultramar,<sup>63</sup> clasificados en seis millones de artículos diferentes<sup>64</sup> que incluían desde alubias y balas, hasta cordones de zapatos resistentes al moho y limpiadores de pipa de color caqui. Estos gigantescos envíos fueron despachados a los ejércitos aliados a lo largo de todo el período de la guerra al amparo del programa Lend-Lease,<sup>65</sup> envíos que incluyeron 43.000 aviones, 880.000 subfusiles y las suficientes latas de Spam,<sup>66</sup> a las que los sardónicos soldados rusos bautizaron con el nombre de «segundos frentes».<sup>67</sup> Resultaba inevitable que esta generosidad alimentara el resentimiento, «la irritación constante de tener que vivir en gran medida gracias a la munificencia de Estados Unidos», según reconocería un general británico.<sup>68</sup> Los soldados británicos no podían sino resentirse cuando la cuota de papel higiénico del ejército británico consistía en tres hojas por soldado, comparada a la asignación de los soldados estadounidenses, veintidós hojas y media.<sup>69</sup>

El prodigio era además derrochador, y en el Mediterráneo más que en cualquier otro lugar. La ratería y el despilfarro significaban que «un barco de cada cinco se roba o se malgasta», calculaba el día 23 de marzo el jefe de aprovisionamiento del ejército estadounidense, general Brehon B. Somervell, en una carta a sus oficiales superiores.<sup>70</sup> Desde Argelia hasta Nápoles, «estamos perdiendo gasolina, aceite, alimentos, ropa y otros artículos que nadie puede entender por qué alguien querría robarlos», respondía desde el cuartel general de las fuerzas armadas el general Everett S. Hughes. Un estudio del V Ejército estimaba que las dos terceras partes de la economía de Nápoles «deriva de las

transacciones en artículos robados a los Aliados».71 Los ladrones abrían boquetes en los vagones del ferrocarril en marcha y arrojaban al exterior su contenido, y desviaban en secreto el combustible de los oleoductos que se dirigían a Foggia.72 Frank Gervasi informaba de que un tren entero cargado de azúcar se había evaporado, y también el tren; se supone que el azúcar se vendió en el mercado negro a cuatrocientas liras el kilo, mientras que la locomotora y los vagones fueron descubiertos entre un montón de desechos de una acería. Se descubrieron coches fúnebres tirados por caballos repletos de artículos robados de los muelles.73 En los callejones de Nápoles se podían oír las ofertas susurradas en voz baja: «Cerdo. Buey. Cerdo. Buey», y un oficial de asuntos civiles afirmaría que «en el mercado negro se podía comprar incluso un avión de combate alemán recién salido de fábrica».74

En el puerto se construyó una cárcel independiente donde un tribunal militar juzgaba en un consejo de guerra sumarísimo hasta ochenta casos al día.75 Aun así, y a pesar de los mil quinientos policías estadounidenses de servicio en la ciudad, corría la voz que los ladrones locales podían «arrancarte el oro de tus propios dientes mientras bostezas».76 Norman Lewis explicaba que el material robado a los Aliados se exhibía en la Via Forcella junto a un cartel en el que podía leerse: «si no ve el artículo de ultramar que busca, simplemente pídalo y se lo conseguiremos».77

Apenas importaba. La «guerra total» era sobre todo un concepto alemán concebido por el general Erich Ludendorff como una alternativa al punto muerto que se había alcanzado en la primera guerra mundial.78 Los norteamericanos, sin embargo, lo habían hecho suyo, imprimiéndole el sello de la eficacia y de la habilidad gestora yanqui que superaron a las del Eje;79 la producción de cañones pesados de los Aliados cuadruplicaba la del Eje,80 la de bombarderos la quintuplicaba, y la de aviones de transporte era siete veces mayor.81 La producción de tanques en Estados Unidos, tan sólo en 1943, superó a la de Alemania durante los seis años de la guerra.82 En los últimos dieciocho meses de la segunda guerra mundial, Alemania produjo setenta mil camiones, frente a más de un millón fabricado por el colectivo de los Aliados.83

A pesar de que las divisiones de Kesselring tenían la tendencia a disponer de más hombres y de más material que otros escenarios de la guerra,84 el ejército alemán en Italia empezaba a pasar graves apuros a medida que se acercaba el final del invierno.85 La escasez de bidones de gasolina fue seguida por la escasez de la gasolina en sí; al llegar el verano las asignaciones para Italia habían sido reducidas a la mitad y los mecánicos fabricaban un sucedáneo de gasolina destilado a partir del vino, los residuos de las prensas de uva, e incluso acetona recuperada de las

fábricas de pintura. La escasez de neumáticos obligó a reducir la velocidad de los camiones de sesenta a cuarenta kilómetros por hora, y condujo a experimentar con ruedas de madera. Tres mil tipos diferentes de vehículos configuraban los parques motorizados alemanes, una diversidad que complicaba mucho conseguir piezas de repuesto.<sup>86</sup>

Los intendentes de la Wehrmacht informaron de la disminución de la reservas de yodo, jabón, insulina, películas de rayos X, insecticidas, gafas y dentaduras postizas.<sup>87</sup> Kesselring disponía de provisiones que podían abastecer a un total de un millón de hombres, lo que incluía a la Luftwaffe y a diversas unidades de apoyo; la ración diaria se había establecido en un escaso kilo por hombre. Por otra parte, existía la dificultad añadida de avituallar a 95.000 caballos, que necesitaban 900 toneladas de forraje cada día y 90 toneladas de herraduras y clavos cada mes. La escasez de camiones y de caballos de tiro obligaba a veces a los equipos de los cañones a enganchar bueyes, incluso vacas, a los carros a fin de desplazar sus armas.<sup>88</sup> Un plan para fabricar municiones alemanas en el norte de Italia fracasó cuando los gerentes de las fábricas cayeron en la cuenta de que prácticamente toda la materia prima tenía que ser importada desde la madre patria, desde el carbón y el bronce hasta el tungsteno y el molibdeno.<sup>89</sup>

Los intendentes de los Aliados se enfrentaban a sus propias complicaciones, entre ellas la escasez de munición de 155 mm, relojes y prismáticos.<sup>90</sup> El bombardeo incesante sobre Anzio tuvo también graves repercusiones sobre las reservas de agua y el material de cocina, y no digamos sobre los hombres.<sup>91</sup> Trescientas variedades de munición, desde cartuchos de carabina hasta proyectiles que podían perforar un búnker, exigían unos controles de inventario extravagantes: los formularios de petición de material que se entregaban cada dos meses por sextuplicado pesaban veintisiete kilos.<sup>92</sup> A principios de la primavera de 1944, la sección de abastecimiento del V Ejército, el Peninsular Base Sector, empleaba a 65.000 soldados; las tropas de retaguardia de cualquier guerra provocaban un amargo resentimiento entre los veteranos del frente: una crónica los describía como «los tíos más odiados de Italia, por delante de los alemanes».<sup>93</sup> Aun así, si uno quería poder observar el milagro de la preponderancia aliada, tan sólo era necesario visitar la sección de zapatería del 6.º Regimiento en Anzio: en un día cualquiera, los empleados podían conseguirle a uno unas botas nuevas de combate de cualquier talla.<sup>94</sup>

A medida que avanzaba el quinto año de la carnicería, la guerra total, más que nunca, se había convertido en una lucha, no entre ideologías rivales o estrategias enemigas, sino entre dos sistemas, la integración de las fuerzas políticas, militares

y económicas necesarias para sostener el poder ofensivo.<sup>95</sup> Sin duda, se exigiría valor, audacia y sacrificio para vencer y llegar a Roma, e imponerse globalmente. Ahora bien, cada cargamento de bombas, obuses y de botas del 46 desestibado de un barco Liberty en Nápoles amplificaba y complementaba estas virtudes en el campo de batalla, y garantizaba que el valor jamás sería ejercido en vano.

## EL PESO DEL METAL

De entre los más de trescientos mil kilómetros cuadrados de Italia, ninguno atormentaba más al V Ejército que la parcela de doscientas cincuenta hectáreas que ocupaba la ciudad de Cassino. Ahora, vigilada desde las alturas por los muros seccionados de la abadía en ruinas, la ciudad presumía de cuatro iglesias, cuatro hoteles, un jardín botánico y una cárcel.<sup>96</sup> Todos sus habitantes, veintidós mil ciudadanos, habían huido o fallecido, y le habían cedido sus calles adoquinadas al general Von Senger y a los paracaidistas alemanes, que se cubrían la cabeza con cascos sin ala y quienes, a finales de febrero habían sustituido a los granaderos Panzer que habían defendido hasta entonces este sector de la Línea Gustav.

Todos los caminos que llegaban desde el sur a esta «pequeña, peculiar y poco saludable zona de Italia», escribía Martha Gellhorn, habían sido inutilizados por «casas seccionadas, deslizamientos de cascotes y tejados arrancados».<sup>97</sup> Los cinco kilómetros entre Monte Trocchio y Cassino, antes de girar bruscamente hacia el valle del Liri, de la Carretera 6, ahora abrasada y sin vida, eran tan «rectos como una barra de acero».<sup>98</sup> Los fusileros intercambiaban tiros al azar y los cañoneros intercambiaban barreras de artillería, lo que no impidió que se asentara un terrible punto muerto, una «vigilia interminable que nunca es silenciosa», según escribiría un oficial del cuerpo de los Gurkhas. En su diario añadía:

El tiempo parece haberse detenido, es como si nos hubieran condenado a vivir una vida eterna en un invierno húmedo y frío en la tierra, y que cada uno de nosotros no pudiera conseguir más que un precario refugio tras alguna roca o en algún agujero del suelo.<sup>99</sup>

No lejos de ahí, en el año 217 a.C., Aníbal se encontró cercado por las montañas y los legionarios romanos. Sus soldados amarraron haces de pequeñas ramas secas a los cuernos de dos mil cabezas de ganado robadas, prendieron fuego a los haces de leña y condujeron al rebaño a las alturas por encima de los confundidos centinelas enemigos que tomaron a las bestias llameantes por un ejército enemigo que, llevando antorchas en las manos, les estaba rodeando. Los

romanos, al temer ser superados, huyeron, Aníbal escapó y sus cartagineses continuaron el avance hasta lograr en Cannas, un año más tarde, una de las mayores victorias de la historia militar occidental.<sup>100</sup>

Ni a Alexander, ni a Clark, ni a ninguno de sus lugartenientes se le ocurrió ninguna estratagema similar. El alto mando parecía atrapado en un pesado fatalismo, como si ningún hombre «fuera el dueño de su propio destino», escribía un oficial británico. «Entre los líderes, no existía la firme convicción de que se conseguiría la victoria.» Alexander, apremiado por su Estado Mayor y el general Juin, se sentía inclinado a esperar a que el clima de la primavera secase el suelo y aclarara el cielo. Aun así, y bajo presión de Londres y de Washington, se sintió obligado a arrinconar a tantas divisiones alemanas como le fuera posible antes de la invasión de Normandía; por otra parte, esperaba impedirle a Kesselring acumular más tropas para ataques posteriores sobre Anzio.<sup>101</sup> Ahora era la cola la que sacudía al perro: los desembarcos en Anzio habían sido lanzados con la intención de abrir una brecha en la Línea Gustav, en Cassino, un auténtico callejón sin salida; ahora, otro ataque sobre Cassino se entendía necesario a fin de ayudar a sostener la cabeza de playa.<sup>102</sup>

En las reuniones en Caserta a finales de febrero, Alexander decretó que al llegar la primavera, el frente aliado sería reconfigurado y se concentraría más potencia de combate alrededor de la hondonada del valle del Liri. El V Ejército se desplazaría hacia la izquierda, y tomaría el control de un sector costero con una fuerza en su mayoría estadounidense y francesa. El VIII Ejército también se desplazaría hacia la izquierda, dejando una pequeña presencia en el Adriático, mientras asumía la responsabilidad en el frente de Cassino junto a las brigadas británicas número 10 y 13, a las que se sumarían la 1.<sup>a</sup> Brigada canadiense y el recién llegado II Ejército polaco. Clark, en privado, se alegraba de liberarse de los británicos: «será bienvenida cualquier cosa que me libere de las terribles responsabilidades que tengo al intentar mandar a las brigadas de McCreery (10.<sup>a</sup> Brigada) y de Freyberg», le explicaba a su diario el 28 de febrero.<sup>103</sup>

Antes de que llegara ese feliz día, sin embargo, el V Ejército debía realizar un último intento de forzar el camino hasta Cassino con los neozelandeses de Spadger Freyberg, los británicos y los indios.<sup>104</sup> Pero, ¿cómo? Durante los últimos dos meses, y empezando con el avance francés al nordeste de Cassino, y con la debacle de los norteamericanos en Rápido, los atacantes aliados habían evitado un asalto directo y frontal a la ciudad. Campos de minas e inundaciones cercaban ambos lados de la Carretera 6, convirtiendo el pavimento de la carretera en un embudo estrecho y expuesto para cualquier batallón que se acercara desde Monte

Trocchio.<sup>105</sup> Pese a ello, Freyberg no veía más alternativa que un ataque frontal, convencido de que un amplio movimiento envolvente alrededor de Monte Cassino resultaba imposible, y depositó «su fe en el peso del metal», según observaría más tarde la historia oficial india.<sup>106</sup>

Puesto que la abadía había sido reducida a escombros, ahora también lo sería la ciudad. Los analistas de inteligencia neozelandeses propusieron dejar caer tres bombas de media tonelada por cada uno de los mil paracaidistas germanos que se estimaba que se refugiaban en Cassino.<sup>107</sup> Freyberg calculó que tan sólo la mitad, tal vez unas setecientas cincuenta toneladas, reforzadas por doscientos mil obuses de artillería, permitirían a la infantería aliada y las fuerzas blindadas «pasear» por la ciudad, que, afirmó, los tanques podrían despejar en entre seis y doce horas tras el bombardeo.<sup>108</sup>

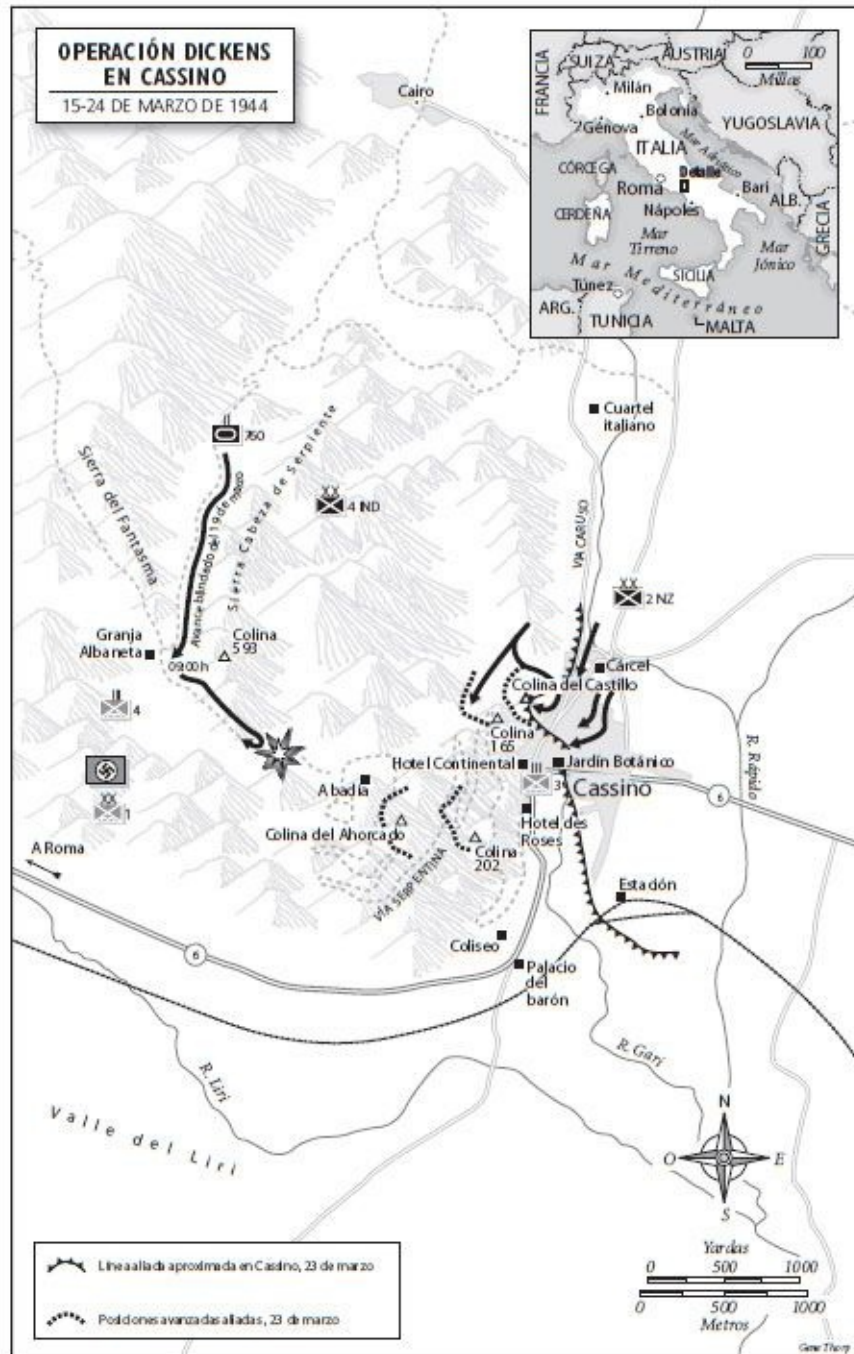
La utilización de la fuerza aérea para forzar la apertura de una brecha en la Línea Gustav encontró el favor de Hap Arnold, el comandante en jefe del ejército del aire, cuyos telegramas desde Washington aumentaban en intensidad. ¿Por qué sólo se realizaban salidas diarias de mil quinientas misiones o menos cuando «ustedes, los británicos, disponen de un total aproximado de cinco mil aviones?» le preguntaba a Ira Eaker el 24 de febrero. «¿Por qué no tres mil [salidas] hasta que la situación se incline a nuestro favor?»<sup>109</sup> En una petulante carta pocos días más tarde, Arnold condenaba «la falta de ingenio de la acción aérea», añadiendo que «Aquí nos perturba en gran medida el aparente estancamiento de la campaña italiana.<sup>110</sup> ¿Acaso no era posible «romper cada una de las piedras de la ciudad tras la que se pueda ocultar un soldado alemán?». Un ataque así «podría en verdad hacer historia para la fuerza aérea», escribía.<sup>111</sup> «Todo el futuro de las fuerzas aéreas está íntimamente ligado a este problema.» Tras el consejo militar de Arnold se escondía un cálculo político mucho mayor: el éxito del ejército del aire en desbloquear el callejón sin salida de Cassino reforzaría la campaña de independizar a la fuerza aérea del ejército de Estados Unidos.

Al teniente general Ira Eaker no le ganaba nadie en entusiasmo por la fuerza aérea.<sup>112</sup> Nacido en Texas y educado en el sudeste de Oklahoma, había sido nombrado oficial de infantería en el año 1917, antes de ser transferido de inmediato a la fuerza aérea. Desde el puesto de comandante del *Question Mark* en el año 1929, Eaker, al permanecer en el aire durante seis días, había demostrado el potencial del reabastecimiento en vuelo; algunos años más tarde realizó el primer vuelo intercontinental navegando con la única ayuda de los instrumentos. Coautor junto con Arnold de tres libros, a los que llamaba cariñosamente sus «juegos de pilotos», Eaker, un año antes, había convencido él mismo a Churchill de respaldar la



Ofensiva Combinada de Bombarderos, un bombardeo constante y veinticuatro horas al día de los objetivos estratégicos del Eje, donde los bombarderos pesados estadounidenses arrojaban sus bombas durante el día, y los bombarderos británicos lo hacían por la noche. «No hay ningún objetivo que los cañones puedan destruir y que no puedan destruirlo también las bombas», proclamó en una ocasión. Antes de asumir el mando de la fuerza aérea del Mediterráneo en el mes de enero, había ostentado el mando del VIII Ejército del Aire estadounidenses de Gran Bretaña, donde las tremendas bajas y la irregular precisión de los bombarderos no consiguieron debilitar su convencimiento de que el Tercer Reich podía ser destripado desde el aire.

No estaba tan seguro acerca de Cassino. La destrucción de la abadía les había simplemente proporcionado a los defensores alemanes el territorio superior, tanto moral como topográfico. En contradicción con las optimistas estimaciones de Freyberg, un estudio del ejército del aire advertía que «debido a los cascotes y a los socavones causados por las bombas, los tanques, con toda seguridad, no podrían cruzar la ciudad antes de las cuarenta y ocho horas tras el fin del bombardeo.<sup>113</sup> El 6 de marzo, Eaker escribía a Arnold: «No esté tan convencido de que esta operación desemboque en una gran victoria. Personalmente, yo no creo que pueda expulsar del todo y por completo a los alemanes, ni obligarles a abandonar su actitud defensiva.»<sup>114</sup> A menos que las fuerzas terrestres ataquen cuanto antes, el bombardeo «no servirá de gran cosa. Avanzaremos y capturaremos Roma cuando el tiempo lo permita», añadía Eaker «y no antes».<sup>115</sup>



No obstante, y al carecer de una alternativa convincente, el equivalente actual al ganado en llamas, el plan de Freyberg prevaleció: después que los bombarderos arrasaron la ciudad, la 2.<sup>a</sup> División neozelandesa, con la ayuda de las tropas indias y de los tanques estadounidenses, ocuparía las ruinas y establecería una cabeza de puente sobre el río Rápido; mientras tanto las fuerzas indias capturarían Monte Cassino y abrirían el valle del Liri permitiendo que las fuerzas blindadas pudieran dirigirse sin prisa por la Carretera 6 hacia Roma.<sup>116</sup> El plan recibió el nombre clave

de Operación Dickens, en honor a Charles Dickens, quien, tras visitar Monte Cassino había escrito una lúgubre crónica sobre «el profundo tañer de su campana ... y nada puede verse, salvo la niebla gris desplazándose, solemne y lenta, igual que una procesión funeraria».<sup>117</sup>

Freyberg insistió en que el bombardeo coincidiera con tres días consecutivos de tiempo despejado a fin de que el suelo se secase y los tanques pudieran atacar.<sup>118</sup> La responsabilidad de esta exigencia recayó sobre el meteorólogo del V Ejército, el capitán David M. Ludlum, un antiguo profesor de instituto especializado en historia, que había conseguido su doctorado en Princeton y a quien se admiraba por el garbo que demostró al dormir en pijama durante los días más lúgubres de Salerno. Creyendo tal vez que de ese modo alentaban una previsión favorable, el bombardeo de la ciudad de Cassino recibió el nombre clave de Operación Ludlum.

Por desgracia, este honor no consiguió inspirar el favor meteorológico. Ya desde finales de febrero, la lluvia empezó a caer a raudales día tras día; el capitán epónimo estudiaba sus mapas del tiempo desde el alba hasta la medianoche, cuando informaba, una vez más: más lluvia. Pasó una semana, y luego otra más. En las colinas tras Monte Cassino, las tropas indias esperaban en sus agujeros húmedos, de donde sólo emergían por la noche para estirar un poco sus músculos acalambrados. Cada veinte minutos, de promedio, la enfermedad o las heridas de combate se llevaban por delante a otro soldado indio.<sup>119</sup> El fuego de los cañones Nebelwerfer barría las posiciones aliadas y, a mediados de marzo, se habían contado cincuenta y cinco morteros alemanes alrededor de Cassino. Con el regimiento neozelandés a la espera de recibir la orden de atacar en veinticuatro horas, «el anquilosamiento físico y psíquico resultaba inevitable», según apuntaba la historia oficial neozelandesa. La suerte empeoraba: en la tarde del 2 de marzo, el experimentado comandante de división neozelandés, Howard Kippenberger escaló el Monte Trocchio para examinar las vías de aproximación a lo largo de la Carretera 6 y tropezó con una mina S que no había sido detectada.<sup>120</sup> La explosión le arrancó un pie, y le mutiló el otro, dejándoselo tan maltrecho que los cirujanos se lo tuvieron que acabar de recortar; en menos de un mes, Freyberg había perdido a dos de sus mejores lugartenientes, Toker, de la 4.<sup>a</sup> División india y ahora, Kippenberger.<sup>121</sup>

Nunca, en su legendaria carrera se había enfrentado a una «operación tan difícil», admitía Freyberg a principios de marzo.<sup>122</sup> El recién llegado comandante de la 13.<sup>a</sup> División, el teniente general Sydney C. Kirkman, encontró a Freyberg «muy pesimista acerca del ataque propuesto», y furioso contra Clark, quien, se lamentó, no tenía «ninguna otra idea que la de lanzar una sucesión de ataques sin tener en cuenta las bajas».

Freyberg ignoraba que Kirkman llevaba consigo una nota del comandante el VIII Ejército, el general Leese, que le autorizaba a asumir el mando de Freyberg, «si así lo consideraba oportuno». <sup>123</sup> Tras una serie de largas conversaciones con el neozelandés, Kirkman decidió guardarse la autorización en el bolsillo, sobre todo por que Freyberg «se hubiera sentido irritado y humillado en exceso». Sin embargo, advirtió a Leese, la Operación Dickens del 4 de marzo no proporcionaría demasiados avances y su coste sería enorme. El suelo, demasiado cenagoso, no permitía un avance rápido, y las reservas aliadas, demasiado escasas, tampoco podrían aprovechar cualquier ruptura de la Línea Gustav.

El terreno estaba cada vez más pantanoso: la lluvia siguió cayendo una semana más, la tercera. <sup>124</sup> Cada tarde, cuando el crepúsculo gris se oscurecía hacia el negro por el oeste, los barrancos y las carreteras adquirían vida. Los oficiales de intendencia conducían a toda prisa sus oxidados y chirriantes camiones repletos de provisiones, los catafaros ascendían con sigilo por las vertientes lodosas hasta que el camino se hacía demasiado empinado o el enemigo demasiado audaz. Las caravanas de mulas bamboleantes trotaban tras las líneas montañosas avanzando a una velocidad que no alcanzaba el kilómetro y medio por hora, a pesar de los «¡arres!» susurrados por sus arrieros: cada animal podía transportar dieciocho salvas de mortero o una carga equivalente, y un informe del frente observaba que «las mulas permanecen tranquilas durante los ataques de la artillería pero no así los muleros italianos». <sup>125</sup> Los hombres eran los únicos que podían escalar las pendientes más empinadas, y los porteadores jadeantes caminaban y se dirigían pesadamente hacia los puestos avanzados cargados de depósitos de agua y tiras de munición atadas a sus mochilas rígidas, siempre pendientes del silbido de la bala de un francotirador, y con el oído alerta para descubrir el revelador zumbido de un obús de mortero que abandonaba su tubo. <sup>126</sup>

Al amanecer, el paisaje se inmovilizaba de nuevo, salvo por el humo grasiento que ascendía en volutas desde una u otra detonación. Las ambulancias alemanas circulaban por la Carretera 6 con impunidad, hasta que los observadores descubrieron que de su interior salían soldados armados por la puerta trasera; la artillería neozelandesa envió a la siguiente ambulancia de vuelta al valle del Liri derrapando. Los soldados enemigos descuidados corrían el riesgo de convertirse en víctimas de la cólera reprimida del V Ejército al completo: un artillero en el Monte Trocchio informaba de que, en una ocasión en la que un solitario alemán salió de su agujero en la ciudad de Cassino una mañana, «fue acribillado por un fuego de holocausto, entre el que se contaba el de un Howitzer de ocho pulgadas». <sup>127</sup>

A las siete de la mañana del miércoles 15 de marzo, Clark y Gruenther salieron del puesto del mando del V Ejército en Presenzano y se dirigieron a bordo de un jeep, pasado el Monte Lungo, hasta el cuartel general del general Freyberg cerca de San Pietro.<sup>128</sup> El capitán Ludlum había traído al fin nuevas noticias. Su previsión del martes por la noche informaba de que «un sistema frontal sobre Francia se está desplazando hacia el oeste» y proporcionará un tiempo perfecto para bombardear Italia en los idus de marzo: tiempo soleado, calma absoluta y algunas pequeñas nubes.<sup>129</sup> La tan esperada orden, extraída de la terminología del críquet, fue difundida a todas las unidades: «Bradman batea mañana».<sup>130</sup> Por cautela, las tropas más cercanas a Cassino se retiraron unos mil metros.

Tras una breve parada en el campamento neozelandés, Clark y Winter siguieron avanzando en caravana, cruzaron el valle del Corazón Púrpura y pasaron junto a los cascotes de lo que en el pasado había sido conocido como San Pietro. La Operación Ludlum había atraído a una multitud entusiasta, entre la que se encontraban Devers, Eaker y Freyberg.<sup>131</sup> Alexander apareció en su propio jeep, procedente de Caserta y llevando a remolque una bandada de reporteros. Vestido con su chaqueta forrada de franela y una gorra roja, apareció tan «tranquilo, indiferente y atractivo como tenía por costumbre», escribía un admirador;<sup>132</sup> Alexander, unos días antes, en una carta a sus tres hijos, había dibujado a un niño en camisón mirando a una bruja que llevaba un sombrero puntiagudo y que pasaba volando delante de su ventana. La leyenda decía: «¡Así pues, las brujas sí que existen!».<sup>133</sup>

Antes de alcanzar el Monte Trocchio el convoy giró a la derecha e inició el ascenso a través de San Vittore hasta la población montañesa de Cervaro.<sup>134</sup> Clark siguió a un oficial neozelandés al interior de una casa decrepita que le serviría de punto de observación. Tras examinar el valle con sus prismáticos desde el balcón del segundo piso, Clark subió al tejado y se sentó a horcajadas sobre la cumbrera, dejando que sus largas piernas colgaran sobre los aleros. A cinco kilómetros hacia el oeste, al otro lado de los bancos de arena del río Rápido, se hallaba Cassino: las cuatro iglesias, los cuatro hoteles, el jardín botánico y la cárcel, todo ello reluciente bajo el sol de la mañana, y todo ello condenado.

No le preocupaba en absoluto. Desde el martes, el V Ejército estaba formado por 438.782 soldados, 205.000 estadounidenses, 172.000 británicos, 49.000 franceses y 12.000 italianos; Clark, que se sentía responsable ante cada uno de ellos, estaba convencido de que debía poner final al punto muerto en Italia cualesquiera que fueran los medios necesarios.<sup>135</sup> La lluvia, las bajas, las riñas internas, el bloqueo en Anzio, el escándalo en torno a la destrucción de la abadía, todo ello le

había dejado agotado, aunque el largo invierno también le hubiera endurecido e intensificado su obstinación. Cada visita que realizaba a una sala de hospital llena de chicos heridos, le dejaba «muy deprimido».<sup>136</sup> Cuando un almirante compasivo le escribió para recordarle a Clark que «el Señor castiga a aquel a quien ama»,<sup>137</sup> Clark le respondió: «Castigo ya muy grande. ¿No habrá llegado ya el momento de prescindir de la vara?». A principios de marzo le decía a Renie:

Ya se que te preocupa mucho la situación en Italia, y a mí también, pero no hay nada que pueda hacer, salvo seguir cumpliendo con mi deber ... Debes entender esta campaña italiana como una pequeña parte de una guerra mundial en la que tal vez estamos haciendo algo de la forma más dura posible para poder conseguir de este modo un éxito más fácil en otros lugares.<sup>138</sup>

Aunque muy abierto de espíritu y resuelto hacia lo que él mismo describía como «un profundo interés y una gran tolerancia hacia los pequeños problemas» de sus hombres, Clark podía ser además estirado y quejica.<sup>139</sup> El lunes, mientras reflexionaba en voz alta, le había expresado a Geoff Keyes su preocupación por tener que asumir personalmente el mando en la cabeza de playa de Anzio.<sup>140</sup> El irresponsable Lucas se había ido, pero Clark descubrió que Truscott «era un subordinado difícil de manejar. Plantea exigencias a sabiendas de que muchas de ellas no se le podrán conceder».<sup>141</sup> Aun así, los británicos eran quienes más lo exasperaban. El 8 de marzo, Clark anotaba en su diario de guerra: «Estoy convencido de que Alexander está atravesando grandes dificultades en su intento de resolver la situación táctica de Cassino». Incluso Churchill parecía querer provocarle desde la distancia: un oficial del cuartel general de las fuerzas aliadas informó que «todos los despachos dirigidos al primer ministro en persona deberían utilizar la ortografía británica y no la norteamericana».<sup>142</sup> Cuando Churchill, a primeros de marzo, ordenó que las tropas de Anzio fueran conocidas con el nombre de «Allied Bridgehead Force» (fuerza aliada de la cabeza de puente), Clark, en una nota a Alexander propuso el nombre alternativo de «Fifth Army Allied Bridgehead Force» (fuerza aliada de la cabeza de puente del V Ejército). Confesó en su diario sentirse «muy molesto» y entonces añadió: «esto forma parte del constante esfuerzo de los británicos por aumentar su prestigio».<sup>143</sup>

Así pues, para Clark también existían las brujas. Cada vez más convencido de que existían conspiradores que deseaban robarle el mérito y privar al V Ejército de los honores de batalla que se había ganado en toda justicia, luchó por mantener su cordura contra el estrés, el agotamiento, el orgullo y la inseguridad. Únicamente cuando se alzara triunfante como el procónsul norteamericano en Roma, el mundo podría entonces comprender que los sacrificios de Salerno y de Cassino estaban justificados. Mark Clark, un militar de talento, de brillante inteligencia, y que tenía

las espaldas lo bastante anchas para conducir la guerra total que se exigía en el año 1944, parecía a veces estar librando una batalla contra sus propios demonios igual de amarga que la que libraba contra los alemanes.

Pocos días antes le había enviado a Renie un broche montado con piedras rojas, blancas y azules que formaban la insignia del V Ejército y hacía juego con los pendientes de tres estrellas que a veces se ponía. «Mis problemas no disminuyen a medida que pasan los días», le confiaba en la nota que acompañaba el regalo. «Sin embargo, todo saldrá bien, y espero el día que pueda conducir a mi V Ejército hacia la victoria.»<sup>144</sup>

A las ocho y media en punto de la mañana, un débil sonido por encima de su cabeza interrumpió el ensueño de Clark. «Un zumbido interrumpió el silencio, no más fuerte que el zumbido de una abeja, pero que se intensificaba a cada segundo que pasaba», escribiría un zapador británico.<sup>145</sup> Todas las cabezas giraron de golpe y el sol se reflejó en las lentes de los prismáticos. Enormes enjambres de bombarderos medios B-25 aparecieron por el este a una altura de seis mil quinientos pies, escoltados por los cazas. Al aproximarse a Cassino, los aviones viraron a la izquierda, y los compartimentos de las bombas, un centenar de pares de oscuros ojos, se abrieron de golpe. A cada una de las tripulaciones de vuelo se les había explicado que «el objetivo del ataque consiste en reducir por completo la ciudad de Cassino». A fin de aterrorizar a los alemanes, se recomendó a los comandantes de escuadrón «que implantaran en la mayor cantidad de bombas posible unos artilugios que producían un estridente silbido», a los que se conocía con el nombre de gritones». Los aviones tan sólo llevaban *blockbusters* (bombas capaces de hacer saltar toda una manzana de casas) de cuatrocientos cincuenta kilos, con unos detonadores programados para estallar a la profundidad del sótano: una décima de segundo tras el impacto en la cabeza y dos centésimas y media de segundo tras el impacto en la cola. Los bombarderos no tenían más blanco al que apuntar que el radio de cuatro kilómetros alrededor de Cassino. Los bombarderos medianos, Mitchell B-25 y los Marauder B-26, tenían que atacar el hemisferio norte conocido como «A», mientras que los bombarderos pesados, los Liberator B-24 y las fortalezas volantes B-27, debían atacar el sector sur «B». No apareció ningún caza de la Luftwaffe, y apenas unas escasas explosiones de fuego antiaéreo mancharon el cerúleo firmamento.<sup>146</sup>

Los «gritones» gritaron. Cassino desapareció de repente. «Chorro tras chorro de humo negro surgía de la tierra y ascendía hacia el cielo formando volutas, como si de un oscuro bosque se tratara», escribía Christopher Buckley.<sup>147</sup> Desde la cumbre de Clark, que temblaba y oscilaba cada vez que estallaba algún distante

proyectil, las primeras ochocientas bombas parecieron sumergir la ciudad en humo y llamas. «El objetivo ha sido castigado a conciencia», informaba un tripulante del bombardero jefe.<sup>148</sup> Poco tiempo después de que se retiraran los bombarderos medios, aparecieron las fortalezas, y luego más medios seguidos de más bombarderos pesados que se alternaban entre el sector A y el B.

«Al cabo de unos pocos minutos me entraron ganas de gritar “¡ya basta!”», escribía un oficial de los gurkhas, agazapado tras un promontorio de Monte Cassino. «Pero siguió, y siguió, hasta que nuestros oídos estaban a punto de estallar y nuestros sentidos, ofuscados.»<sup>149</sup> Entre ráfaga y ráfaga de bombas, alrededor de novecientos cañones lanzaban salvas de artillería desde unas baterías que llevaban los nombres clave de Lenteja, Trotsky e, insólitamente, Gandhi.<sup>150</sup>

Durante más de tres horas, los escuadrones aparecieron a intervalos de entre diez y veinte minutos. Algunas bombas se desviaron a las posiciones de la 4.<sup>a</sup> División india, lo que provocó que un oficial aullara por la radio: «¡Detengan a estos malditos maníacos!».<sup>151</sup> Incluso Freyberg quedó sobrecogido por la «terrible desigualdad del espectáculo».<sup>152</sup> Sin embargo, Buckley, quien había estado en Varsovia el 1 de septiembre de 1939, escribiría: «recuerdo, puesto que pude verlo con mis propios ojos, quiénes fueron los responsables de liberar esa terrible arma».<sup>153</sup>

A las doce y doce minutos del mediodía, cuando el último B-26 se perdió de vista, un solitario P-38 descendió en picado sobre Cassino y tomó fotografías de reconocimiento que revelaron edificios reducidos a exoesqueletos, una colmena gris de dinteles de puerta y marcos de ventana, y los «tejados de los edificios destruidos todavía en pie, aunque la zona, en general, hubiera quedado convertida en una informe montaña de cascotes».<sup>154</sup> El ejército del aire informó que Cassino había quedado «tan destruida como pueda serlo cualquier ciudad fortificada». Las fotos mostraron asimismo que muchos de los cráteres habían empezado a llenarse de aguas subterráneas superficiales.<sup>155</sup>

Por la tarde, se reanudó el fuego de artillería, seis obuses por segundo cubrían la montaña de cascotes hasta que cayeron casi doscientos mil proyectiles sobre la ciudad y las colinas adyacentes. Dos divisiones del Cuerpo de Nueva Zelanda se prepararon para iniciar el avance: la 2.<sup>a</sup> de Nueva Zelanda entraría en la ciudad, y la 4.<sup>a</sup> india, rodearía Monte Cassino. Clark se bajó de su tejado y se acercó a pie, caminando un kilómetro por la carretera, hasta la ciudad y así poder observar más de cerca, tras lo cual se dio la vuelta y pasó por los otros puestos de observación en Servato antes de regresar y dejar colgar de nuevo las piernas sobre los aleros de su casa de piedra.<sup>156</sup> Alexander permaneció de guardia hasta las dos de la tarde.



«Nada», declararí, «podía haber sobrevivido en la ciudad».<sup>157</sup> Eaker, ansioso por contribuir a la sagrada misión de Hap Arnold de lograr la independencia de la fuerza aérea, anunció públicamente: «Hoy hemos fumigado Cassino y albergo la gran esperanza de que cuando se despeje el humo de la batalla descubriremos que se han instalado en la ciudad unos ocupantes más valiosos, y ello, con escasas pérdidas de nuestros hombres».<sup>158</sup>

Se equivocaba. Incluso antes de que el bombardeo tocara a su fin, era evidente que algunas de las cargas no habían dado en el blanco. A las diez y cuarto de la mañana algunas docenas de Liberators habían golpeado Venafro, a dieciocho kilómetros de Cassino; seis bombas habían caído en la ciudad y otras se habían esparcido por la montaña adyacente; a las diez y media, otro grupo de Liberators bombardeaba Venafro de nuevo, seguido por otro más a las once y veinticinco. Las bombas se abatieron sobre el cuartel general del general Juin y mataron a quince soldados franceses e hirieron a otros treinta.<sup>159</sup> Más bombas cayeron sobre el puesto de mando del VIII Ejército en un claro cercano a Venafro, destruyendo un comedor y obligando a los oficiales a tirarse de cabeza bajo sus mesas de despacho.<sup>160</sup> El general Leese, al regresar a su cuartel general exclamó: «¡Ah! Observo que hemos recibido la visita de nuestros amigos norteamericanos».<sup>161</sup> En una gélida conversación telefónica con Clark, Leese le preguntó: «Dígame, por curiosidad, ¿acaso les hemos hecho algo en el reciente pasado que les ofendiera?».

Otras bombas cayeron sobre la 4.<sup>a</sup> División india, la 3.<sup>a</sup> División argelina, un hospital militar marroquí y un campamento polaco. En una docena de incidentes de falta de precisión a lo largo de un período de dos horas murieron casi cien soldados y otros doscientos cincuenta fueron heridos.<sup>162</sup> Tan sólo en Venafro, el número de civiles muertos alcanzó los setenta y cinco.<sup>163</sup> De las 2.366 bombas que dejó caer Ludlum, más de trescientas fueron desechadas o arrojadas sobre el objetivo equivocado.<sup>164</sup> Menos de la mitad del total de las bombas aterrizaron a menos de dos kilómetros del centro de Cassino, mientras que menos de una de cada cien bombas cayó en el interior del radio de mil metros de los sectores A y B. Los investigadores descubrieron que los jefes de escuadrilla no habían realizado vuelos de reconocimiento previos en la zona. Algunos de los comandantes no se tomaron Ludlum demasiado en serio; las tripulaciones de los bombarderos pesados, acostumbradas a bombardear objetivos en el interior del territorio enemigo, carecían a menudo de la precisión necesaria para atacar un objetivo rodeado de fuerzas aliadas.<sup>165</sup> Por otra parte, el XV Ejército del Aire había permitido que los escuadrones de bombarderos seleccionaran su propia altitud de vuelo, y la mayoría de ellos voló demasiado alto a pesar de la inexistencia de oposición enemiga. En el

grupo bombardero 459, una avería en un Liberator Dog 2-1 fue la causa de que cuatro de sus bombas se dejaran caer prematuramente; otros tres aviones lo imitaron, pese a las órdenes recibidas de no arrojar ninguna oleada de bombas hasta que lo hiciera el jefe de escuadrilla. Violaciones similares en otros grupos «precipitaron una liberación contagiosa que se extendió a toda la unidad de ataque». La inexperiencia y la «navegación descuidada» fueron la causa de que la tripulación de bombarderos confundiera Venafro, Isernia, Pozzilli, Montaquila y Cervaro con Cassino. Para empeorar las cosas, uno de los bombarderos a bordo de un B-24 no podía ver cuándo liberaban sus bombas los aviones delante del suyo y, por consiguiente, confió en la señal que le daba un navegante que miraba por una ventana, que solía consistir en un golpe en la espalda. Clark y los otros jefazos militares tuvieron mucha suerte de no contarse entre los muertos fratricidas.<sup>166</sup>

Eaker y Devers eran partidarios de sancionar a los catorce tenientes de las fuerzas aéreas, la mayoría de ellos, bombarderos. Las vistas de los consejos de guerra se iniciaron después que una investigación descubriera «negligencia o, cuando menos, errores de juicio por parte de los acusados»; no obstante, el oficial investigador, el brigadier general Joseph H. Atkinson recomendaba clemencia hacia los aviadores, cuyo promedio de edad era de veintitrés años. Posteriormente se retiraron todas las acusaciones contra ellos excepto a dos tenientes, que en misiones posteriores desaparecerían en combate. «Dejen que estos jóvenes oficiales sigan adelante con la guerra», aconsejó el general Atkinson. «Todos tenemos una lección que aprender de este desafortunado incidente.»

Los servicios de inteligencia de Freyberg habían supuesto que mil soldados de la 1.<sup>a</sup> División Paracaidista ocupaban Cassino, sin embargo, en realidad sólo alrededor de trescientos se encontraban en la ciudad cuando cayó la primera bomba.<sup>167</sup> Otros miles defendían fortificaciones en Monte Cassino, en el Punto 593 y en las colinas vecinas. Conocidos como los Demonios Verdes a causa del color de sus uniformes, se opinaba que los tres regimientos de esta división eran las tropas alemanas más formidables de todo el Mediterráneo. Los paracaidistas alemanes habían luchado con una gran ferocidad contra los neozelandeses en Creta en el año 1941, y contra los canadienses en Ortona en diciembre. Tras haber sufrido una gran cantidad de bajas durante la campaña de invierno, los relevos restituyeron la división a su condición original bajo el mando del corpulento general de división, y gran fumador de habanos, Richard Heidrich. Un informe sobre Heidrich, redactado por la 4.<sup>a</sup> División india, concluiría más tarde, que se trataba de «un hombre despiadado y en absoluto remilgado».<sup>168</sup>

Alrededor de la mitad de los paracaidistas atrapados en Cassino el miércoles por la mañana sobrevivieron aquel día, y describieron la vorágine como algo que jamás habían experimentado antes ni experimentarían después.<sup>169</sup> Las explosiones zarandeaban a los hombres igual que hojas de papel al viento,<sup>170</sup> y los sepultaron en bodegas y túneles: «Ya no podíamos vernos los unos a los otros», recordaba un teniente alemán. «Todo lo que podíamos hacer era tocar y sentir al hombre que teníamos al lado. La oscuridad que nos rodeaba era tal, que parecía ser de noche, y sentíamos en la boca el sabor de la tierra quemada.»<sup>171</sup> En opinión de otro teniente «parecíamos una tripulación de un submarino U-Boot acosado por cargas de profundidad». El fuego de artillería demostró ser particularmente devastador para las baterías de cañones alemanas, y destruyó con rapidez ochenta y nueve de los noventa y cuatro tubos de un regimiento.<sup>172</sup> El hedor de los cadáveres en descomposición no tardó en filtrarse a través de las rocas fragmentadas de Cassino igual que ocurría más arriba, en la abadía; un sargento opinaba que el polvo sabía a huesos. «Los hombres colgaban unos de otros como si de un único trozo de carne se tratara», explicaba. «No había nada que pudiéramos hacer, excepto llorar y expresar nuestra rabia.»<sup>173</sup> Un suboficial, que más tarde sería capturado, explicaría a los oficiales que lo interrogaban que el bombardeo aliado les había puesto tan nerviosos que había prohibido a sus hombres hablar de ello. «Hablar de mujeres o de cualquier otra cosa», les ordenó: «pero no habléis de Cassino.»<sup>174</sup>

La ciudad había «saltado por los aires y había sido hecha pedazos hasta convertirla en un montón de cascotes», informaba la historia oficial británica.<sup>175</sup> Aun así, los cientos de bombas y miles de obuses, contradiciendo las previsiones de los Aliados, ni consiguieron reducir la ciudad a polvo, ni tampoco «reducir a un estado comatoso» a los defensores supervivientes, según se había planificado.<sup>176</sup> Un estudio posterior de la fuerza aérea descubrió que, a pesar de que los tejados y los pisos superiores habían sido destruidos, justo al sur del Hotel Continental «los primeros pisos y las bodegas de dos filas de casas permanecen intactas», sostenidas por robustos arcos de mampostería y por techos abovedados.<sup>177</sup> El sótano del Continental también sobrevivió, del mismo modo que también lo harían varias bodegas, refugios, cuevas y un largo túnel que circulaba entre el Coliseo romano y la Colina del Castillo, todos ellos «inmensamente sólidos». Los especialistas en municiones concluyeron más tarde que los detonadores de cola de dos centésimas y media de segundo provocaron la explosión de las bombas en el preciso momento en que atravesaban los tejados de Cassino; hubiera sido preferible, en primer lugar, programar los detonadores con algo más de retraso de modo que las bombas pudieran penetrar más profundamente en el edificio, y en segundo lugar, lanzar

después bombas incendiarias que hubieran prendido las maderas de los suelos y cuyo humo hubiera asfixiado a cualquier superviviente. Otros paracaidistas sobrevivieron en el interior de búnkeres de acero en forma de campana diseñados para dos hombres, pero en el interior de los cuales se apretujaron hasta seis soldados durante el ataque. «Las bombas que caían a tres o cuatro metros de uno de estos fortines lo levantaban de su posición sin causar daños serios a los hombres en su interior», informaría más tarde un prisionero.<sup>178</sup>

Siguiendo órdenes del X Ejército de Vietinghoff, el general Von Senger ordenó a Heidrich resistir con firmeza. El comandante de los paracaidistas aceptó entusiasmado, convencido de que defendía un reducto imposible de tomar. Heidrich creía, y así lo explicaría más tarde, que «la posición de Cassino, desde un punto de vista defensivo, era tan perfecta que ningún ataque frontal podría lograr el éxito».<sup>179</sup> Los paracaidistas cubiertos de polvo emergieron de los cascotes, formaron, se pusieron firmes, y después regresaron a sus agujeros y se prepararon para el inevitable asalto aliado. Los zapadores apuntalaron los debilitados techos de las bodegas alrededor del Continental. La transformación de Cassino, de una ciudad comercial en un cruce de caminos a una ciudad de «resistir o morir», era completa.

No obstante, Eaker seguía hablando como si la fuerza aérea hubiera abierto las puertas de Roma, y afirmó, en declaraciones a la prensa: «los alemanes harían bien en tener presente que lo que le hemos hecho en los idus de marzo a la fortaleza de Cassino, se lo haremos a cualquier otra posición que decidan defender».<sup>180</sup>

A la una de la tarde del miércoles, trescientos cincuenta tanques aliados esperaban en la sombra para desplegarse por Cassino, mientras un único batallón de infantería neozelandés avanzaba lentamente hacia el sur caminando por la Via Caruso a lo largo del río Rápido.<sup>181</sup> Al introducirse en la ciudad presa del humo, los fusileros neozelandeses encontraron un «desconcertante y peligroso caos», manzanas enteras reducidas a «montones de piedras y ladrillos que se extienden por doquier». Cuando los exploradores pasaron junto a la destruida muralla de la cárcel de la ciudad, el repiqueteo de disparos rompió el silencio. Las balas zumbaban por encima de sus cabezas y las toses de los tubos de mortero se podían escuchar hasta en las laderas más bajas del Monte Cassino, junto a los dementes gímoteos de una ametralladora alemana.

La velocidad planificada del avance, cien metros cada diez minutos, se ralentizó hasta cien metros por hora.<sup>182</sup> Un escuadrón de tanques Sherman también rodaba a poca velocidad hacia Cassino, cabeceando arriba y abajo a través de los cascotes «como una flotilla en un mar tormentoso», según los describiría la historia

oficial de Nueva Zelanda.<sup>183</sup> Los tripulantes desmontaban armados de picos y palas y despejaban la carretera, lo que les permitía avanzar unos pocos metros, tan sólo para encontrar cráteres de bombas tan profundos, tan anchos y tan numerosos que los zapadores se veían obligados a construir puentes sobre ellos, algunos de hasta veinte metros de largo. Tras inspeccionar el paisaje lleno de socavones, ahora azotado con violencia por el fuego a discreción procedente de la cara este de Monte Cassino, los zapadores neozelandeses calcularon que, con ayuda de las excavadoras, tardarían dos días en abrir un camino hasta el centro de la ciudad, incluso en tiempo de paz.<sup>184</sup>

Al anochecer, cayó una lluvia torrencial, burlándose de las previsiones del capitán Ludlum y transformando los socavones, en pocos minutos, en pequeñas lagunas. Un segundo batallón entró en la ciudad tras el primero; los fusileros, cuyas órdenes consistían en capturar la estación de ferrocarril situada en el extremo sur de Cassino, no consiguieron ni siquiera alcanzar la Carretera 6 en el oscuro laberinto de una noche sin luna en la que «cada hombre empapado ... colgaba miserablemente de la vaina de la bayoneta del que iba delante», según explicaría Fred Majdalany.<sup>185</sup>

En la luz menguante del crepúsculo, una única e intrépida compañía había escalado la ladera desnuda bajo la Rocca Janula y capturado las murallas del antiguo patio de armas y la ruinoso torre del abate en el Punto 193, también llamado Colina del Castillo.<sup>186</sup> Se trataba de la primera buena noticia del día, aunque sería la última. Los paracaidistas de Heidrich custodiaban algunos baluartes en la zona alta del barrio sudoeste de Cassino, entre ellos el Hotel Continental, el Hotel des Roses, y un *palazzo* conocido como el Palacio del Barón: desde cada uno de estos lugares se controlaba la Carretera 6 en ambas direcciones. Pasaron horas antes que los refuerzos neozelandeses, una única compañía de fusileros, se lanzaran al ataque; tres batallones tardarían dos días en cercar la ciudad. Al mediodía del martes 16 de marzo, apenas se podían contar nueve tanques en Cassino, la mayoría inmovilizados por los escombros, los cráteres y el mortificante fuego. La lluvia y los obuses estropearon las radios y cortaron las líneas telefónicas, aislando a las compañías, que libraban una docena de batallas desesperadas y desconectadas.<sup>187</sup> El impulso se desvaneció, y con él, la oportunidad de vencer. La gran flota acorazada aguardaba en las sombras, esperando la llamada de una trompeta que nunca sonó.

Algunos cientos de metros por encima de la ciudad, la 4.<sup>a</sup> División india padecía sus propias miserias. Dos compañías de fusileros de Rajputana alcanzaron la Colina del Castillo con órdenes de capturar las curvas de horquilla superiores en la Via Serpentina. Sin embargo, la artillería hizo pedazos a dos compañías de cola,

desparramando a los supervivientes y matando e hiriendo a prácticamente todos los oficiales de un batallón. Otro batallón, el 9.º de Fusileros Gurkha, echó a correr y cubrió seiscientos metros a través de la ladera de la montaña entre ráfagas de mortero y de ametralladora; un capitán herido, aferrado con fuerza a su pistola, lanzaba órdenes a su compañía desde una camilla. Al llegar el alba del jueves 16 de marzo, la vanguardia gurkha se había apoderado de la Colina del Ahorcado, un importante promontorio a tan sólo trescientos metros de la muralla de la abadía.<sup>188</sup>

Cualquiera que fuera la valentía demostrada, la heroicidad demostró ser un arma de doble filo para Freyberg y sus comandantes.<sup>189</sup> Esta posición aislada, una superficie de tres hectáreas, que albergaba a quinientos gurkhas en una escarpada cima de piedra caliza se convirtió en «un derecho moral sobre los esfuerzos del cuerpo», como reconocería la historia oficial neozelandesa.<sup>190</sup> La Operación Dickens, cuyo objetivo inicial consistía en abrir una brecha en el valle del Liri, se transformó muy pronto en una segunda operación de apoyo a los valientes, esforzados y asediados gurkhas.

Asediados, sin duda, lo estaban. «El fuego era tan intenso que no podíamos ni levantar la cabeza», recordaba un superviviente.<sup>191</sup> Los fusileros construyeron parapetos utilizando cadáveres amontonados y rebuscaron en los macutos de sus camaradas muertos en busca de galletas y granadas. Los sanitarios, sin otro material que cuchillos y navajas, amputaban miembros en una alcantarilla abierta.<sup>192</sup> En el patio de una granja en ruinas, un pozo proporcionaba agua, cuyo penetrante sabor, según se descubriría, procedía de una mula muerta en el fondo.<sup>193</sup> Los porteadores indios que tenían órdenes de dirigirse a la Colina del Ahorcado se amotinaron antes que cruzar ochocientos metros de tierra de nadie barrida por la artillería enemiga;<sup>194</sup> al final del segundo día, el aprovisionamiento llegaba únicamente por vía aérea, en depósitos que los aviones A-36 transportaban en la parte inferior del fuselaje y que dejaban caer desde una altura de quince metros, o bien con paracaídas. Los gurkhas marcaban su posición con humo de color, que los paracaidistas alemanes imitaban a fin de confundir a los pilotos. En ciento sesenta salidas, la mayoría de los paquetes cayeron dando tumbos fuera del alcance de los gurkhas, entre ellos bolsas de sangre para transfusiones que flotaron hasta la abadía donde fueron capturadas por los médicos alemanes.<sup>195</sup>

Los alimentos y municiones caídos en el interior del perímetro bastaron para sostener el pequeño reducto con raciones mínimas; un barril de ron contribuía a reconfortar a los heridos en su alcantarilla. No obstante, incapaces de ascender o de descender, atormentados por el fuego de mortero y por los sigilosos francotiradores, los gurkhas permanecieron aislados hora tras hora, día tras día.

«No cabe duda de que resulta inútil insistir en atacar las defensas del monasterio», escribía en su diario, E. D. Smith, un oficial gurkha, y añadía: «Que Dios nos ayude a todos».<sup>196</sup>

Un Clark ansioso mantenía vigilia en Presenzano, donde el rumor de los cañones en la distancia se expandía por el valle como el redoble de un tambor. Clark dudaba en inmiscuirse en la batalla de Freyberg, se consideraba de mal gusto entrometerse en la operación táctica de un subordinado, y le bullía la sangre ante la lentitud del avance del ataque de los neozelandeses.

«La gestión de Freyberg del ataque subsiguiente se caracteriza por la indecisión y la falta de agresividad», le decía a su diario el viernes.<sup>197</sup> En sus visitas al centro de mando de Spadger, le apremió a incorporar al ataque a más batallones de infantería, pero Freyberg y sus oficiales se resistieron, convencidos de que bastaban tres batallones en la ciudad y tres más en las laderas; los otros debían reservarse para una persecución en el valle del Liri. Clark insistía, y le propuso un ataque de la 78.<sup>a</sup> División británica a la base del Monte Cassino mientras los tanques atacaban desde el norte y más neozelandeses se lanzaban contra la ciudad.

«Le dije a Freyberg que utilizaríamos tanques norteamericanos», añadía Clark el viernes en su diario: «y que podía perderlos todos y yo se los reemplazaría en menos de veinticuatro horas».<sup>198</sup> Freyberg replicó que cuando las bajas de la 2.<sup>a</sup> División neozelandesa llegaran a mil tenía la intención de abandonar el ataque, a menos que el éxito pareciera inminente. Al llegar el sábado, la exasperación de Clark era amargamente concisa: «Freyberg no es agresivo, es demasiado reflexivo y lento».<sup>199</sup>

Resulta algo problemático saber si una potencia de fuego adicional hubiera podido quebrar las defensas alemanas. Los fusileros neozelandeses habían capturado la estación de ferrocarril de Cassino y combatido hasta cruzar el carbonizado jardín botánico y llegar a doscientos metros del Hotel Continental. «Sigan avanzando, deben atacar con fuerza», les instó Freyberg.<sup>200</sup> Sin embargo, un intento de capturar el hotel «por la puerta de servicio», en el que un enjambre de hombres descendió desde la curva de horquilla, bautizada con el nombre de Punto 202, acabó mal: las ráfagas de ametralladora abatieron a los atacantes en cabeza y obligaron al resto a dispersarse a la carrera cuesta arriba. El sábado por la tarde, Freyberg envió por fin un cuarto batallón a la ciudad, cuando los paracaidistas ya habían reforzado sus bastiones, además de las destrozadas casas en la parte baja de la Colina del Castillo.

«En casi cada edificio o muñón de edificio había un francotirador o un puesto de ametralladora», apuntaba un miembro del ejército de Nueva Zelanda.<sup>201</sup> «La ciudad era un lugar de encuentros inesperados.»<sup>202</sup> Los paracaidistas infestaron de nuevo las estructuras que habían sido despejadas; cuarenta maorías compartieron una casa con el enemigo durante tres días, disparándose esporádicamente a través de los tabiques, y una enfermería tuvo que ser evacuada de un sótano para que los tanques Sherman pudieran cañonear a mansalva un nido de ametralladoras enemigo instalado en el piso superior del mismo edificio. Los soldados empezaron a referirse a Cassino como «el pequeño Stalingrado».<sup>203</sup>

El domingo 19 de marzo, la batalla por la ciudad alcanzaba un punto muerto; entretanto dos combates a muerte en las laderas opuestas del Monte Cassino decidían la batalla por la montaña. Justo antes del alba, trescientos paracaidistas avanzaron ladera abajo desde la abadía, verdes fantasmas deslizándose y brincando por el pedregal y disparando con el arma en la cadera.<sup>204</sup> Se dijo que un puesto avanzado, defendido por soldados del regimiento de Essex y fusileros de Rajputana, en el Punto 156 «desapareció entre una nube de enemigos»;<sup>205</sup> momentos más tarde, los alemanes se lanzaban, a alarido limpio, contra las murallas del patio de armas desde tres laderas de la Colina del Castillo. Las granadas de mano volaban ondulando al otro lado de los parapetos del patio interior, donde los ciento cincuenta defensores disparaban sus ametralladoras Bren y sus subfusiles Thomson a través de las aspilleras.<sup>206</sup> Los proyectiles trazadores escarlata, verde y naranja salían a bocanadas de las paredes, y las salvas de mortero alemanas se estrellaban entre las rocas amontonadas deshaciéndose en grandes ramilletes de rojo y plata.

El arco luminoso de una bengala de señalización ordenó la retirada de los atacantes, pero al empezar a clarear la noche por el este, atacaron de nuevo, golpeando las puertas del castillo igual que insolentes sarracenos mientras los artilleros de Heidrich, desde allá abajo, en la ciudad, añadían más ríos de fuego.<sup>207</sup> La bala de un francotirador perforó el cerebro de un comandante británico: «charlamos un rato y luego murió», informaría un oficial colega suyo;<sup>208</sup> una vez más, los defensores, ahora reducidos a apenas sesenta hombres, rechazaron el ataque. Al tercer asalto, a las nueve de la mañana, ocho paracaidistas se acercaron lo suficiente para hacer estallar una carga de demolición bajo uno de los contrafuertes de la muralla occidental; el polvo y el humo se extendieron por el patio de armas, y los dos soldados del Essex quedaron enterrados bajo los cascotes de la mampostería; no obstante, cada alemán que saltaba por la brecha era abatido por salvajes ráfagas de ametralladora desde el patio interior. Los soldados británicos se exponían a un gran peligro entre Via Caruso y el torreón del castillo, arrastrando



los pesados sacos de arena cargados de munición. Los cañones de los morteros resplandecían igual que ascuas al rojo vivo, y tras mil quinientas salvas, varios tubos yacían torcidos e inútiles. Poco después del mediodía, el tiroteo había remitido hasta quedarse en un riña taciturna; la Colina del Castillo, que los alemanes no habían podido conquistar, había quedado cubierta de paracaidistas muertos y todos los oficiales del regimiento Essex habían muerto, o estaban heridos. Un sargento mayor alemán que fue hecho prisionero felicitó a sus captores y, al carecer de espada, ofreció sus guantes forrados de piel a modo de trofeo. Sin embargo, la captura de la ladera oriental del Monte Cassino por el 4.º indio era más precaria que nunca.<sup>209</sup>

Frente a la cima, a dos mil metros de distancia bajo la ladera oeste de la montaña, la segunda lucha también se desarrollaba el domingo por la mañana.<sup>210</sup> Los zapadores habían pasado las dos últimas semanas construyendo un camino a lo largo de la cornisa Cabeza de Serpiente, utilizando bulldozers y una tonelada de explosivos para excavar la piedra caliza. A las seis de la mañana, con la orden de «provocar el caos entre las filas del huno», algo parecido a Aníbal cruzando los Alpes con sus elefantes, una flota blindada se trasladaba hacia el sur en dos columnas sobre la carretera virgen; dieciséis tanques Sherman neozelandeses, ocho tanques indios y dieciséis tanques ligeros General Stuart M-3 pertenecientes al 760.º Batallón de Tanques de Estados Unidos.<sup>211</sup> A las nueve de la mañana la carretera se había estrechado hasta convertirse en un sendero ondulado, momento en el que la comitiva giró en la granja Albaneta en dirección a la abadía. Alrededor del Punto 593, los cuerpos corroídos por la intemperie de los soldados de la 34.ª División muertos seis semanas antes todavía permanecían embutidos entre las rocas, chicos perdidos convertidos en hueso y piedra. Los tripulantes de los tanques podían ver, hacia abajo y a su derecha, el valle del Liri y, volviendo la vista hacia la izquierda, las murallas fracturadas de la abadía a unos ochocientos metros al otro lado de la grieta conocida con el nombre de Valle de la Muerte.<sup>212</sup>

Entonces se estrechó el lazo.<sup>213</sup> Un teniente alemán había conseguido colocar tres minas en el camino que hicieron saltar la oruga del Stuart que encabezaba la comitiva. Inmovilizados y enfadados, los tripulantes yanquis abrieron fuego sobre una caravana enemiga de mulas que trotaba hacia la abadía, matando a cincuenta alemanes y a cinco animales con más de ochenta proyectiles de tanque y dos mil balas de ametralladora coaxial. «Odié tener que dispararles a las mulas, que parecían buenos animales», confesaría más tarde el comandante de los tanques.<sup>214</sup> Ahora bien, la columna había quedado bloqueada, incapaz de maniobrar en el estrecho camino e insuficientemente protegida por la infantería que se había

quedado atrás. A medida que más tanques iban quedando inutilizados al pasar sobre minas, o detenidos por el fuego de mortero, los francotiradores alemanes iban matando uno a uno a los tripulantes que se retorcían al salir por las escotillas inferiores. A las cinco y media de la tarde, los tanques que todavía podían moverse iniciaron una lenta retirada hacia la cornisa Cabeza de Serpiente, con las torretas giradas y disparando por encima de sus tubos de escape. Tres Sherman y tres Stuart habían sido destruidos, y dieciséis más averiados. Cuando caía la noche del domingo, los carros de combate ardiendo parecían balizas naranjas indicando el inútil camino más allá de la granja Albaneta.<sup>215</sup>

El general Von Senger había salido a caminar en varias ocasiones, armado de su bastón, a lo largo de la abrupta cornisa al noroeste del Punto 593 para examinar el campo de batalla. Tomando como punto de referencia la abadía, su estrella polar particular, viajaba solo, a pie, y siempre de día a fin de ser menos visible y poder tener la mejor visibilidad posible, aunque uno de sus ayudantes seguía al comandante del regimiento unos cientos de metros más atrás. «Ningún árbol se libraba de los daños, ni un trozo de tierra permanecía verde», observó Senger. Cuando el fuego de mortero se le acercaba, se tiraba al suelo o corría en zigzag, consciente del «silbido de las esquirlas, del olor a tierra recién removida ... de los olores a hierro candente y pólvora quemada». En ocasiones se imaginaba «transportado treinta años atrás y paseando por el campo de batalla de Somme».<sup>216</sup>

Durante los dos primeros días del bombardeo, muy poca información fiable se había filtrado desde Cassino.<sup>217</sup> Senger sabía que Heidrich, al suponer que sus paracaidistas no tardarían en recuperarlo, no solía informar del terreno perdido. En algunos momentos, parecía indudable que la ciudad caería y que la Línea Gustav se rompería. «La situación no es demasiado brillante por aquí», le habían advertido a Kesselring el viernes por la mañana desde el X Ejército.<sup>218</sup> Algunos batallones habían quedado reducidos a apenas cuarenta hombres, el tamaño de un pelotón, y los artilleros que manejaban las ametralladoras se vieron forzados a economizar los tiros, evitando de este modo que el polvo que levantaban descubriera la ubicación de sus nidos. Senger deseaba que lloviera de nuevo.<sup>219</sup>

No obstante, el fracaso de la incursión de tanques aliados del domingo y lo cercanos que habían quedado los paracaidistas de conseguir capturar la Colina del Castillo renovaron la esperanza.<sup>220</sup> Los alemanes atrincherados en las ruinas de la abadía defendían su posición con morteros, ametralladoras y líneas telefónicas conectadas a una red de observadores de artillería; nadie prestaba ninguna atención al aturdido monje que iba y venía por los destruidos claustros. El humo aliado era

nocivo; tan sólo el sábado se habían disparado veintidós mil salvas de humo,<sup>221</sup> un intento de cegar a los observadores alemanes, pero los paracaidistas se limitaron a encasquetarse sus máscaras antigás, que también mitigaban el hedor de la descomposición, y si bien las latas de humo causaron al caer una «cierta cantidad de heridas desagradables»,<sup>222</sup> incluso las tropas indias se quejaban de que el humo «no ocultaba nada a nadie».<sup>223</sup>

Con respecto a la ciudad, Senger opinaba que los primeros ataques aliados carecían de agresividad.<sup>224</sup> Las compañías de asalto enemigas seguían estrellándose contra los baluartes alemanes, en lugar de rodearlos y esquivarlos, y dejar que una segunda oleada despejara la zona. Los cascotes canalizaban a las fuerzas blindadas, y los artilleros alemanes, a pesar de su inferioridad numérica, conseguían concentrar el fuego de artillería, obuses, e incluso cañones antiaéreos. Se había aprendido mucho sobre la guerra urbana de las catástrofes de Stalingrado y Ortona. Aunque los salvajes combates no remitían, cabía la posibilidad de que la ciudad resistiera, y el signo más alentador de ello tal vez procediera del irascible Heidrich, quien, reacio a compartir la gloria de defender Cassino con cualquier otro soldado que no vistiera el verde de los paracaidistas, había rechazado la oferta de Senger de enviarle refuerzos en forma de un regimiento entero de granaderos Panzer.

El general Freyberg también hacía sus rondas por las colinas más bajas; una mañana se detuvo a escuchar a los ruiseñores al alcance de los morteros del Monte Cassino;<sup>225</sup> Freyberg estaba llegando a la misma conclusión que su adversario alemán: la ciudad no caería. «Otro día maravilloso, desde el punto de vista climático», anotó en su diario el lunes 20 de marzo;<sup>226</sup> sin embargo, el clímax no llegaba, sólo más muerte y más miseria a cambio de insignificantes avances. Cada día analizaba los informes de bajas y sus garabatos aritméticos iban cubriendo páginas a medida que los neozelandeses se acercaban, y luego sobrepasaban de largo, a su techo de mil muertos, heridos y desaparecidos.<sup>227</sup> «Creo que tanto ustedes como los alemanes son incapaces de continuar el combate», le dijo Clark;<sup>228</sup> no obstante Freyberg decidió seguir adelante a pesar de sus propias dudas. El martes 21 de marzo por la tarde, precisamente el día de la muerte de san Benedicto en Monte Cassino, reunió a Alexander, Clark y Leese en conferencia con la esperanza de realizar algún avance.<sup>229</sup> «Sin duda el enemigo está también muy agobiado», decía el telegrama que Churchill envió a Alexander.<sup>230</sup>

No se consiguió ningún avance. «Por desgracia, estamos luchando contra los mejores soldados del mundo. ¡Qué hombres!», le escribía Alexander a Brooke el miércoles, demostrando tal vez una admiración excesiva.<sup>231</sup> Las tropas alemanas seguían en posesión del noroeste y sudoeste de Cassino y de una zona de la elusiva

ladera lo bastante amplia para mantener aisladas a las tropas indias instaladas en la Colina del Ahorcado y a los neozelandeses atrincherados en la curva de horquilla más baja del Punto 202. El jueves, ocho días después del bombardeo, Freyberg solicitó permiso para retirarse. Cuando el general de división Wilson le apremió a continuar la lucha, Freyberg, en respuesta, pronunció el único nombre propio que le helaba la sangre a cualquier general británico: «Passchendaele», el espeluznante campo de batalla flamenco del año 1917.<sup>232</sup>

Alexander estuvo de acuerdo, lo mismo que Clark, quien propuso mantener en secreto las cifras de las bajas neozelandesas y evitar de este modo alarmar a la población. «La división neozelandesa ha quemado su último cartucho, igual que ha hecho la división india», Clark escribiría en su diario: «pero yo quería que la recomendación de suspender el ataque viniera de los británicos ... Odio ver fracasar la demostración de Cassino. La situación ha sido difícil en extremo ... Los neozelandeses y los indios no han luchado bien».<sup>233</sup>

Una calumnia así traicionaba no sólo la valentía de varios cientos de hombres muertos, sino además la de varios cientos de soldados que todavía seguían vivos tras ocho días en la lúgubre y gélida Colina del Ahorcado.<sup>234</sup> La ración diaria de los gurkhas había disminuido hasta una sardina y una única galleta por hombre; debilitados por el hambre y abrumados por la arrogancia de los francotiradores escondidos en los jardines de la abadía, al caer la noche se arrebujaban unos junto a otros, a modo de cucharas, y tiritaban hasta el amanecer. A fin de evacuar a los supervivientes e impedir que los escuchas alemanes interceptaran una orden transmitida por radio, tres oficiales se presentaron voluntarios para llevar el mensaje a lo alto de la colina. Cada uno de ellos llevaba en su casaca una bolsa de papel en cuyo interior transportaban una paloma mensajera, cada una de las cuales llevaba el nombre de San Jorge, San Andrés y San David respectivamente.<sup>235</sup> Dos de los oficiales consiguieron llegar a la Colina del Ahorcado, donde informaron a los gurkhas de la retirada y liberaron a los pájaros, la señal que confirmaba la entrega del mensaje. A pesar de lo que sería descrito como «un considerable revuelo de “¡uuhs!” y “¡fuus!”»,<sup>236</sup> San Jorge y San Andrés volaron apenas unos metros antes de instalarse sobre el saliente de una roca, donde permanecieron algunos minutos «a plena vista del enemigo, y se entretuvieron arreglándose las plumas durante unos veinte minutos, bajo la ansiosa mirada de los gurkhas», antes de echar a volar de nuevo y regresar al palomar de la brigada.<sup>237</sup>

A las ocho y cuarto de la tarde del viernes 24 de marzo, unos doscientos cincuenta gurkhas iniciaron el descenso, gateando por la ladera, con el silencioso paso de un felino, y cubiertos por dos muros paralelos de artillería.<sup>238</sup> Al llegar al

Punto 202, recogieron a cuarenta y dos neozelandeses y dejaron a sus heridos más graves con un tonelete de ron y una gran cruz roja recortada en la seda de un paracaídas.<sup>239</sup> La columna giró a la izquierda por la Via Serpentina y se deslizó por el camino que bordeaba la cima de la Colina del Castillo a las once de la noche. Los jeeps los recogieron en la orilla opuesta del río Rápido, y los trasladaron a Portella donde les dieron comida y té calientes. «Nunca olvidaré la pesadilla de aquella marcha», escribiría un oficial de los gurkhas. «A veces no teníamos más alternativa que golpear a los soldados que perdían el interés por todo, incluso por vivir.»<sup>240</sup>

El sábado por la noche, una esvástica ondeaba en la cima de la Colina del Ahorcado.<sup>241</sup> Las patrullas de Heidrich contaron 165 cadáveres de gurkha, ahora cubiertos de polvo blanco. «Ha nevado fuerte» anotaba un artillero alemán en su diario el 25 de marzo: «parece que estemos en Rusia».<sup>242</sup>

El Cuerpo de Nueva Zelanda fue desmantelado al mediodía del domingo 26 de marzo, una vez desaparecida su utilidad. En los últimos días, este cuerpo había sufrido dos mil cien bajas, casi el doble que los defensores de Senger. La 4.<sup>a</sup> División india, en especial, había recibido un fuerte golpe en Cassino, más de cuatro mil bajas desde mediados de febrero.<sup>243</sup> Dejando tras ellos lo que un general británico denominó «aquel valle de ignominioso recuerdo», los rajputs y los gurkhas se trasladaron un sector tranquilo del Adriático a reponerse de sus heridas<sup>244</sup> mientras otras divisiones permanecían a la espera de órdenes. «Ahora debemos asumir una actitud de “tanteo defensivo de carácter muy ofensivo”», advertía Keyes en su diario. «¿Qué diablos significa esto?»

La Operación Dickens constituía el tercer intento de los Aliados en dos meses de abrir una brecha en Cassino, y el tercer fracaso. A lo largo y ancho de las filas se extendió «la firme creencia de que alguna cosa, en algún lugar, había fallado», reconocería más tarde la historia oficial del ejército de Estados Unidos.<sup>245</sup> La mayor parte del terreno ganado había sido capturado al principio por los norteamericanos en su inútil escalada en el mes de enero; desde entonces, se había avanzado muy poco y se habían perdido muchos hombres. En este último asalto, según escribiría un oficial gurkha: «las defensas más poderosas de Europa fueron atacados por un único cuerpo, formado por dos divisiones, en un estrecho frente, en pleno invierno y sin intentar siquiera realizar alguna operación de diversión».<sup>246</sup> La historia oficial de Nueva Zelanda reconocería que «el ataque no había mostrado nada de esa originalidad táctica que se suele denominar “sorpresa”».<sup>247</sup>

Algo «sí» había fallado.<sup>248</sup> Para los soldados aliados, cada batalla se había convertido en un agotador derramamiento de sangre en un terreno que no habían elegido. Ningún plan maestro coherente gobernaba las ofensivas, sino que se llevaron a cabo una serie de planes descoordinados que carecían del tanteo previo indispensable:<sup>249</sup> una división aquí, una división allí, buscando los puntos débiles.<sup>250</sup> Las limitaciones en el peso del metal habían sido descubiertas, primero en la abadía, y más tarde en la ciudad, que, además de todas las bombas, absorbió casi seiscientos mil obuses de artillería.<sup>251</sup> La historia neozelandesa concluyó que «en Cassino se libró una batalla de la primera guerra mundial con las armas de la segunda», aunque a veces se pareciera más a una batalla de la segunda librada con las armas de la primera.<sup>252</sup>

El fracaso en combate suele conllevar un mando inadecuado, y los generales brillantes constituyeron la ausencia más destacada de Cassino. A Freyberg y a otros comandantes de la Commonwealth les alarmaba la despreocupación de Clark por las bajas. Perfecto; sin embargo, la estrategia de «guerra de desgaste», según la denominó la historia oficial británica, pertenecía a Alexander. Por otra parte, los británicos seguían opinando que el tanque constituía un arma decisiva, como si los Apeninos fueran El Alamein, en lugar de aceptar lo «que era en Italia, un monstruo que se arrastraba por el suelo y que producía poca cosa excepto congestión, confusión y retrasos».<sup>253</sup> Freyberg tenía seiscientos tanques aparcados alrededor de Cassino,<sup>254</sup> una flota que sextuplicaba la de Senger, pero nunca pudo lanzar al ataque simultáneamente a más de una décima parte de ellos.<sup>255</sup> En la Línea Gustav se habían olvidado asimismo, o dejado de lado sin más, otros axiomas bélicos: que el control marítimo proporcionaba un flanco abierto en la retaguardia del enemigo, lo que solía eliminar la necesidad de un ataque frontal; que los campos de batalla llenos de cascotes y de cráteres de bombas impedían la movilidad, algo que, de hecho, ya pudieron comprobar en Passchendaele en julio de 1917; y, por último, que el antiguo requisito de que un atacante debía reunir una superioridad numérica en hombres de tres a uno nunca era más verdadero que cuando se combatía en terreno montañoso, que devoraba batallones. El Cuerpo de Nueva Zelanda no consiguió alcanzar, en ningún momento, ni siquiera una relación de dos a uno. El general Toker, apartado del mando en su lecho de hospital, opinaba que estos errores de cálculo acumulados equivalían «nada menos que a pecados militares».<sup>256</sup>

«Los bombardeos, por sí solos, nunca han conseguido, ni nunca conseguirán, desalojar de su posición a un enemigo resuelto», escribía Clark con la flaca satisfacción de un hombre a quien la calamidad le ha hecho justicia.<sup>257</sup> Cassino había demostrado en tres ocasiones constituir un «terrible hueso muy duro de

roer», observaría Ernie Harmon en una nota de solidaridad dirigida a Clark el 28 de marzo. Si Heindrich tenía razón, si el ataque frontal estaba condenado al fracaso, entonces únicamente una amplia maniobra envolvente a través de un terreno inaccesible llevada a cabo por una o dos divisiones de tropas ágiles y bien aprovisionadas podrían desbloquear la situación.

Juin, Keyes y otros llevaban meses instando a proseguir este tipo de acción, y Alexander, que ahora comprendía el valor de esta propuesta, le escribió al primer ministro: «Dentro de un tiempo, cuando se funda la nieve de las montañas, cuando baje el nivel de los ríos, y cuando el suelo se endurezca, podremos movernos sobre un terreno que, por el momento, es infranqueable». Churchill, a quien un estratega describiría como «la divinidad que presidió toda esta campaña contra la parte indefensa del Eje», respondió con amargura.<sup>258</sup> «La guerra nos causa a todos una enorme preocupación en este preciso momento».<sup>259</sup>

Al otro lado de la montaña, la guerra también causaba una enorme preocupación. Senger continuaba sus paseos solitarios por montañas y valles, orgulloso de mantener todavía el territorio más alto. La Colina del Ahorcado, el Punto 593, y la propia abadía, todos seguían en poder de los alemanes. No obstante, Senger, un militar brillante, no cayó en la trampa de engañarse a sí mismo. «Todo esto», escribía: «no me impide constatar la naturaleza temporal de nuestros éxitos».<sup>260</sup>

## LIBÉLULAS BAJO EL SOL

A quien más preocupaba la guerra, sin duda, era a los hombres que realmente combatían en ella. Nueve meses de combate en Italia habían curtido a aquellos a quienes no habían destruido. Los feroces crisoles entre Sicilia y Cassino dejaron unos hombres duros, e incluso aborrecibles. «Después de ser castigado y humillado, y de ver a tus amigos muertos, entonces matar se convierte en un trabajo, y uno se vuelve muy bueno en este oficio, y muy deprisa», explicaba un soldado británico.<sup>261</sup> En su lento y pesado ascenso por la bota italiana, abandonaron su tranquila identidad civil al borde del camino, como una piel que hubieran mudado. En una carta a su familia en Indiana, un teniente que antes había sido reportero de un periódico describía la «insensibilidad a la muerte, el amargo odio hacia los alemanes y el ardiente deseo de venganza por lo que nos han hecho. Todo ello sustituye el miedo por nuestra propia vida».<sup>262</sup> Cada carga de bombas arrojadas desde un B-17 se convertía en una muestra de maldad personal. «Nos

divierte bastante ver la devastación que provocan nuestras fortalezas volantes» escribía otro soldado a su familia. «La guerra es así: uno disfruta de verdad al saber que está matando a un número incontable de enemigos.»<sup>263</sup>

A los soldados de veinte o más divisiones aliadas, la guerra a principios de la primavera de 1944 les parecía todavía más primitiva. «Uno sigue luchando y matando sencillamente porque es lo que uno tiene que hacer», escribía Raleigh Trevelyan, un teniente británico en Anzio. Un soldado de Saint Louis del I Ejército de Servicios Especiales le explicaba a Eric Sevareid: «Resulta tan fácil matar. Resuelve todos tus problemas y nadie te pregunta nada; creo que me estoy acostumbrando». La vida diaria en las unidades de combate se resolvía en ruido, inmundicia, aislamiento, confusión, fatiga y mortalidad; cualquier otra cosa parecía ajena. Los soldados desconfiaban de los patrioterros, de los engreídos y de cualquiera que se sintiera menos miserable que ellos. «Aprendimos a vivir del modo en el que, tal vez, se vivía hace tiempo, con la misma sencillez de los animales, y carentes de cualquier esperanza por nosotros o de piedad hacia los otros», escribía John Muirhead, un tripulante de B-17. Las suposiciones de la existencia de la fatalidad, del destino y de Dios reconfortaban a algunos, ahora bien, tanto creyentes como no creyentes acariciaban sus crucifijos, sus monedas de la suerte y sus medallas de San Cristóbal, presas de la sospecha, según expresaba Muirhead, de que «uno nunca está salvado por mucho tiempo.»<sup>264</sup>

Vieron cosas que les marcaron para siempre: amigos descuartizados, niños sollozando, niños descuartizados y amigos sollozando. «Anoche asistí a una amputación», escribía un conductor de ambulancia en su diario. «Un camillero británico había pisado una mina y le tuvieron que cortar las dos piernas, una por encima de la rodilla y la otra por debajo de la rodilla.»<sup>265</sup> Endurecía a los hombres débiles, y a los duros, los endurecía aún más. Un oficial de contrainteligencia observaba que los veteranos de combate «están dominados a veces por una furia que les hace capaces de cualquier cosa ... uno creería que están poseídos por el diablo.»<sup>266</sup> Los soldados que cruzaban un campo tras un combate mortal, saltaban en algunas ocasiones sobre los cuerpos distendidos de los alemanes muertos para escuchar los sonidos flatulentos producidos por los cadáveres.<sup>267</sup> «Poco a poco, me estoy haciendo insensible a todo», escribía un soldado en su diario. «Señor que estás en los cielos, ayúdame a conservar mi humanidad.»<sup>268</sup>

Muchos opinaban que la humanidad constituía un obstáculo a la supervivencia. Poco tiempo después, una encuesta realizada entre las divisiones de infantería del Mediterráneo descubriría que el 62 por 100 creían que odiar al enemigo les ayudaría a sobrellevar los momentos más duros.<sup>269</sup> «Cuanto más odias, en mejor



soldado te conviertes», explicaba un sargento mayor. «El amor está completamente ausente del corazón de un fusilero.»<sup>270</sup> Del mismo modo que los rayos buscan el suelo, el odio de alto voltaje que recorría los regimientos de combate de los Aliados descargaba sobre un pararrayos: el soldado alemán. «No tiene derecho a hacerme esto», escribía el comandante del 132.º Batallón de Artillería a su esposa: «y por eso me las tiene que pagar».<sup>271</sup> Desde Anzio, un oficial de la 3.ª División de Infantería escribía: «No cabe ninguna duda de que están causando una gran cantidad innecesaria de sufrimiento. No me importaría contribuir a su total eliminación, como si fuera un perro rabioso.» El rencor en la cabeza de playa se intensificó hasta el punto de que se hizo necesario aislar a los prisioneros alemanes heridos en una sala independiente del hospital para su propia protección.<sup>272</sup> «Odio a esos hunos con toda mi alma», decía un paracaidista del 504.º de Infantería Paracaidista.<sup>273</sup>

Circulaban muchas historias de atrocidades, en especial de las estratagemas de los alemanes con las banderas blancas. «En esta guerra no existen las reglas», afirmaba un soldado de la 45.ª División: «si quieren combatir de este modo, a nosotros ya nos vale».<sup>274</sup> Un soldado informaba de que, a causa de la supuesta tendencia de los alemanes de disparar contra los yanquis que se rendían, el lema oficioso del 6.º Regimiento Blindado de Infantería se había convertido en «No se toman prisioneros». El soldado añadía: «ahora, nosotros hacemos lo mismo, y tenemos muchos alemanes a quien hacérselo».<sup>275</sup>

A partir de la campaña de Túnez, cuatro divisiones de combate de Estados Unidos habían aparecido repletas de asesinos. Italia creó muchos más, estadounidenses y británicos por igual, canadienses, franceses, neozelandeses, indios, polacos y otros. Unidos, configuraban un ejército vengador y victorioso, la terrible espada de la rectitud moral. Un oficial del VI Cuerpo propuso que cada soldado debía encarnar los «tres “sin”»: sin piedad, sin tregua, sin remordimientos».<sup>276</sup> Igual que habían pulverizado la abadía y la ciudad de Cassino, pulverizarían miles de otros bastiones. Dios sabría diferenciar entre inocentes y culpables. La guerra había llegado a eso.

«Esta guerra es permanente», escribiría un capitán de la fuerza aérea a su madre desde Italia, «y no descansaremos satisfechos hasta que el hambre y la carnicería hayan invadido el suelo alemán. No se puede negociar con el diablo».<sup>277</sup>

Los entusiasmados chavales ya no escalaban las torres de los relojes de Roma para ver a las legiones angloamericanas desplazarse hacia el norte desde Anzio.<sup>278</sup> Durante días, después del desembarco Shingle en enero, decenas de miles de romanos habían mantenido una vigilia en los tejados de la Ciudad Eterna, las

banderas aliadas ondeaban en los balcones, y las librerías informaron de un aumento de las ventas de diccionarios ingleses.<sup>279</sup> Los nerviosos centinelas alemanes abrieron fuego una noche sobre un siniestro pelotón de figuras, que luego resultaron ser los santos de piedra que adornan la fachada de la basílica de San Juan de Letrán.<sup>280</sup>

Las ilusionadas esperanzas de una liberación inminente se habían desvanecido hacía ya tiempo. En aquellos días, las tropas aliadas más cercanas volaban a seis kilómetros de altura en armadas aéreas que se comparaban a «libélulas bajo el sol».<sup>281</sup> Los romanos, intranquilos, se mantenían en alerta meteorológica, siempre atentos a los días de cielo despejado, en espera de lo que acabaron denominando *una giornata da B-17*, un día de B-17.<sup>282</sup> El peor bombardeo de la capital desde el mes de julio tuvo lugar el 14 de marzo, cuando varios talleres del ferrocarril fueron martilleados a discreción: las bajas civiles fueron especialmente severas entre las personas que aguardaban formando colas ante las fuentes callejeras para extraer agua. Las pintadas en las calles de la ciudad les reprochaban ahora a los libertadores su tardanza.<sup>283</sup> Una pulla mordaz proclamaba: «¡Aliados, no os preocupéis! ¡Venimos a rescataros!».<sup>284</sup>

Los ocho meses de ocupación habían agudizado el cinismo de los romanos. Al principio, el puño de hierro alemán sólo había golpeado la ciudad con suavidad. Los saqueadores de la Wehrmacht desvalijaron todos los palacios de la traidora familia real, como la Villa Savoia, donde Mussolini sería arrestado. «Se lo llevaron todo», informaba un testigo: «incluso los clavos de las paredes».<sup>285</sup> Sin embargo, los cines, y el teatro de la ópera, no tardaron en abrir sus puertas de nuevo. Los carteles de propaganda de los batallones de trabajo alemanes mostraban a un sonriente comerciante italiano con una flor en el ojal, y fumando un cigarrillo: «¿Quieres trabajar? ¿Necesitas dinero?», decían las leyendas.<sup>286</sup> «Empleo sólo en el interior de tu país. Te garantizamos ropa de calidad, buena comida y un gran compañerismo.» Cincuenta mil italianos, voluntarios o no, seguían trabajando duro en las fortificaciones a lo largo de la costa oeste.<sup>287</sup>

Las sombras no tardaron en hacerse más espesas.<sup>288</sup> Berlín siempre había considerado que Mussolini se mostraba demasiado blando respecto a la cuestión judía, y el 24 de septiembre de 1943, cuando el Duce había quedado reducido a una patética marioneta, el Reichsführer de las SS Heinrich Himmler ordenó secretamente al jefe de la Gestapo en Roma, el teniente coronel Herbert Kappler, arrestar a todos los judíos de la ciudad.<sup>289</sup> Kappler, de treinta y cinco años, ojos grises como el acero e hijo de un chófer de Stuttgart, vivía en Roma desde 1939.<sup>290</sup> Un hombre «intolerante, frío, vengativo, infelizmente casado y con un gran interés

por los jarrones etruscos, las rosas y la fotografía», según la descripción que se había hecho de él, cuando se irritaba, se le enrojecía la cicatriz que tenía en la mejilla, un recuerdo de un duelo.<sup>291</sup> Dos días después, Kappler daba a los dirigentes de la comunidad judía un plazo de treinta y seis horas para entregar cincuenta kilos de oro o enfrentarse a la deportación de doscientos hombres. El 8 de septiembre, un convoy de taxis y automóviles particulares se detenían frente al cuartel general de la Gestapo en el número 155 de la Via Tasso; traían el rescate, que fue colocado sobre el plato de una balanza y cuyo último gramo fue objeto de un gran regateo. Tres semanas más tarde, el amanecer del sábado 16 de octubre, las tropas de asalto alemanas barrían de todos modos el gueto de Roma y capturaban a mil doscientos judíos, dieciséis de los cuales lograrían sobrevivir a la guerra. La mayoría de ellos fueron rápidamente embarcados hacia Auschwitz y gaseados, entre ellos un bebé nacido después de la redada. El 1 de diciembre, Mussolini ordenaba el arresto de «todos los judíos residentes en el territorio italiano». Los italianos demostraron unas agallas admirables al ofrecer refugio a sus compatriotas judíos: casi cinco mil de ellos se escondieron en los conventos y monasterios de Roma, y en el Vaticano. Más de cuarenta mil judíos en Italia sobrevivirían a la guerra y casi ocho mil perecieron.<sup>292</sup>

Incluso a los romanos que no se enfrentaban al exterminio, el invierno les pareció largo y tétrico.<sup>293</sup> Varios cientos de miles de refugiados, que talaban árboles y troceaban los bancos de los parques para conseguir leña, abarrotaban la ciudad;<sup>294</sup> aumentó la irregularidad del suministro eléctrico y los cortes de luz dejaban a oscuras los barrios de Roma, por turnos, dos noches a la semana;<sup>295</sup> los índices de tuberculosis y de mortalidad infantil se multiplicaron.<sup>296</sup> La retirada de Kesselring hasta la Línea Gustav complicaba los esfuerzos por alimentar a la ciudad, puesto que muchos de los graneros de Roma se hallaban en el sur de Italia y la destrucción de los camiones de abastecimiento por los aviones de guerra aliados dificultaba todavía más la tarea.<sup>297</sup>

Los precios se multiplicaron por dos, y se duplicarían de nuevo a principios del verano.<sup>298</sup> El ganado hambriento podía pastar en la hierba fresca de la Villa Borghese, pero los romanos empezaban a pasar hambre. En las aceras del centro de la ciudad, las mujeres vendían sus pieles, los intelectuales, sus libros, y los niños, sus zapatos. La ración diaria de pan disminuyó hasta el equivalente de dos rebanadas por persona; eran barras de pan elaboradas a partir de garbanzos molidos, harina de maíz, resina de olmo y hojas de morera.<sup>299</sup> La primavera llegó acompañada de

los disturbios por el pan: una panadería fue desvalijada, y los soldados de las SS arrastraron a diez mujeres italianas hasta un puente cercano donde las ejecutaron de cara al Tíber.<sup>300</sup>

El terror también se duplicó y cuadruplicó. Los Camisas Negras, aburridos por una película, se liaron a tiros contra la pantalla de un cine; otro matón interrumpió una ópera y saltó al escenario, ametralladora en mano, desde donde amenazó con asesinar a aquellos que no se pusieran en pie a cantar el himno fascista *Giovanezza*;<sup>301</sup> se decía que quinientos escuchas instalados en la centralita telefónica principal espiaban las llamadas telefónicas locales;<sup>302</sup> los hombres eran desvalijados en los tranvías, o capturados en redadas en la Via Nazionale y enviados a los batallones de trabajo, sin alusión alguna a un buen salario o un gran compañerismo; y un sacerdote,<sup>303</sup> condenado por subversivo, bendijo a su pelotón de fusilamiento mientras le encañonaban con sus rifles.<sup>304</sup>

No pasaría mucho tiempo antes que se empezara a rumorear que la mitad de Roma escondía a la otra mitad.<sup>305</sup> Los interrogadores de la Via Tasso, a fin de extraer confesiones, clavaban agujas en el pene de los sospechosos, o llenaban sus orejas de algodón al que luego prendían fuego; a otros les quitaban los zapatos y les insertaban los dedos de los pies entre el tambor cilíndrico y la base de un aparato mimeógrafo.<sup>306</sup> «Me arrancaron los pelos del bigote y, utilizando tornillos y una barra de acero, me comprimieron las sienes hasta que creí que mis ojos iban a saltar de sus órbitas», explicaba un superviviente de uno de los interrogatorios de la noche del 18 de marzo.<sup>307</sup> La víspera de su ejecución, un prisionero escribió un mensaje en la pared de su celda: «Le pido perdón a mi madre porque, al ser fiel a mí mismo, le he sido infiel a su amor ... ¡Viva Italia!».<sup>308</sup>

Los aviones aliados despegaban de Brindisi y dejaban caer toneladas de provisiones sobre Roma y cientos de espías tras las líneas enemigas.<sup>309</sup> Las «operaciones psicológicas» de la OSS, cuyo propósito consistía en intentar alentar a los insurgentes italianos y desanimar a los soldados alemanes, iban desde las acciones más inteligente hasta las más pueriles.<sup>310</sup> Se repartían panfletos donde se enumeraban cada una de las calles que habían sido bombardeadas en cada una de las ciudades alemanas. Unos pasquines explicaban a los soldados de la Wehrmacht el modo de desertar a Suiza, y un «manual de instrucciones» recomendaba métodos de evitar el combate fingiendo diversas enfermedades. Las pegatinas *Scheisse*, mierda, que imitaban la doble S rúnica, estaban diseñadas para «darles un lametazo y pegarlas en la pared en un instante». Unas pequeñas plantillas podían dejar grabado en siete segundos un mensaje que quedaba pintado en una pared, entre ellos uno en italiano que decía «Alemanes fuera». Pequeños sellos de goma, equipados de

minúsculos tampones de tinta, representaban una calavera con dos tibias cruzadas sobre la palabra «nazi». El proyecto Cornflakes, dejó caer trescientos veinte sacos de correo falso a lo largo de las vías bombardeadas del ferrocarril italiano, como si los sacos hubieran caído y se hubieran desparramado desde los vagones destruidos; algunos sobres, meticulosamente franqueados con sellos alemanes, contenían cartas subversivas y ejemplares del *Das Neue Deutschland*, el periódico de un partido pacifista ilegal. La columna que escribía un cierto «padre Schiller», en la que se postulaba la rendición alemana, era en realidad obra de dos sargentos del ejército de Estados Unidos.<sup>311</sup>

Al llegar el mes de marzo de 1944, la OSS había establecido en Roma una docena de puntos de observación a lo largo de la carretera principal que salía de la capital, que transmitían información codificada a la cabeza de playa de Anzio varias veces al día acerca del tráfico; una emisora clandestina de onda corta operaba desde un cobertizo de barcas que pertenecía al Ministerio de Hacienda italiano.<sup>312</sup> Un agente italiano, un ferviente monárquico que ocupaba el puesto de oficial de enlace del mando fascista de Roma, operaba en el cuartel general de Kesselring y proporcionó además, en secreto, el orden de batalla y los detalles del contraataque alemán Fischfang.<sup>313</sup>

Ningún espía de la OSS en Roma era tan pintoresco como un norteamericano de veinticuatro años que respondía al nombre de Peter Tompkins, un joven que de niño había vivido en la ciudad, adonde sus padres se habían trasladado para estudiar arte.<sup>314</sup> Educado en internados británicos, gracias, en parte, al mecenazgo del presunto amante de su madre, George Bernard Shaw, y más tarde en la Universidad de Harvard, Tompkins había trabajado de corresponsal en el extranjero antes de unirse a la OSS.<sup>315</sup> A finales de enero, una patrullera de la Marina Real lo había depositado en tierra cerca de Roma, armado de una pistola Beretta y de documentos que lo identificaban como un príncipe romano.<sup>316</sup> Tompkins había imaginado que los libertadores del V Ejército llegarían en unos pocos días, sin embargo, en lugar de ello tuvo que esperar, semana tras semana, saltando de casa segura en casa segura: un taller de costura en la Via Condotti, o una habitación de la Piazza Lovatelli.<sup>317</sup>

Vestido casi siempre de un traje azul de rayón,<sup>318</sup> uno de cuyos bolsillos estaba salpicado de algunas hebras sueltas de tabaco italiano, por aquello de dar impresión de verosimilitud, Tompkins clasificaba los informes sobre el tráfico, las listas de orden de batalla y otros datos dispersos de espionaje en boletines diarios que serían transmitidos por radio a la cabeza de playa.<sup>319</sup> Las operaciones de la OSS en Roma, igual que las de toda Italia en general, fueron confusas y a menudo inútiles,

desgarradas por las rivalidades y las disputas absurdas. Los datos realmente significativos quedaban oscurecidos si se los comparaba a la información que Ultra extraía de las ondas de radio, algo que Tompkins ignoraba.<sup>320</sup>

Aun así, todo ello formaba parte de una buena guerra y exigía ingenio, suerte y un valor indescriptible. Tompkins no dejó de moverse, alternando el documento que le identificaba como Luigi Desideri, nacido en 1912, con otro, según el cual era Roberto Berlingeri, nacido en 1914, o con otro más que coincidía con el de un empleado del Ministerio de la Guerra, o de un archivista del Ministerio de los Sindicatos, o un cabo de la Policía Africana de Italia. Esparcía amoníaco en la entrada de su casa para desalentar a los sabuesos, jugaba al bridge sin pareja, bebía brandy y leía *Las palmeras salvajes* de Faulkner mientras esperaba la hora de transmitir el siguiente despacho. «En cierto modo, es una vida agradable», escribía en su diario a mediados de marzo: «si no fuera por la pesadilla de saber que te están persiguiendo constantemente».<sup>321</sup>

Casi veinte observadores en la carretera, la mayoría de los cuales ganaban un dólar al día, fueron capturados y ejecutados y también fue ejecutado el espía en el cuartel general de Kesselring, tras dos meses de tortura que no consiguieron doblegarlo. Sin embargo, la represión alemana sólo consiguió endurecer la resistencia. En marzo de 1944, se estimaba que veinticinco mil partisanos italianos luchaban activamente en Italia, un número que se triplicaría en los siguientes tres meses; Alexander afirmaría más tarde que los partisanos «habían mantenido a raya a seis divisiones alemanas». Algunos atacaban puentes, o asaltaban los trenes de aprovisionamiento; otros alentaban la desobediencia civil, por ejemplo la huelga de ochocientos mil italianos a principios de marzo que paralizó casi por completo la ciudad industrial de Milán. Otros más planeaban el modo de responder al terror con más terror, a la venganza con más venganza y a la sangre con más sangre.<sup>322</sup>

El taconeo de varios cientos de botas sobre los adoquines de la calle resonaba por toda la Via Rasella a las cuatro menos veinte de la tarde del jueves 23 de marzo, otra maravillosa *giornata da B-17*. Cuando la 11.<sup>a</sup> Compañía del 3.er Batallón del Regimiento Bozen de policía giró a la izquierda en esta calle desde la Via del Traforo, los hombres se arrancaron a cantar una irritante cancioncilla marcial titulada *Hupf, Mein Mädel* (Brinca, muchacha).<sup>323</sup> «Cantábamos a pleno pulmón» recordaría uno de los soldados más tarde: «el pecho inflado, un corral de gallos cacareando».<sup>324</sup>

Habían salido de la Piazza del Popolo y marchado en fila de a tres, algo que solían hacer cada tarde, cruzando el centro de Roma: habían pasado ante la escalinata de la Piazza di Spagna, junto a la casa en la que vivió Shelley y murió Keats, y rodeado los reales jardines del Quirinal mientras se dirigían de regreso hacia el recinto del Ministerio del Interior, en el cuartel del Viminale. Sus acentos los identificaban como ciudadanos del sur del Tirol; las patas de gallo y sus sienes que empezaban a virar hacia el gris bajo los cascos indicaban que la mayoría de ellos habían sobrepasado la edad de unirse a los regimientos de combate. Hoy habían tomado la precaución de cargar los rifles, aunque la capital parecía un lugar tranquilo y benigno al calor del sol vespertino.<sup>325</sup>

Caminaron algo jadeantes colina arriba, y pasaron la barbería, la tienda de fotografía y la lavandería que limpiaba sus uniformes alemanes. Los geranios colgaban de las jardineras en las ventanas de los edificios de cinco pisos, y pequeñas palmeras se asomaban sobre los desagües que jalonaban las aceras. Nadie prestó la más mínima atención al barrendero italiano de cara redonda que fumaba su pipa y que estaba limpiando el desagüe de la alcantarilla junto a la entrada de la calle, a unos cincuenta metros de la intersección con la Via delle Quattro Fontane.

En realidad, se trataba de un estudiante de medicina llamado Rosario Bentivegna, conocido entre sus camaradas partisanos con el alias de Paolo. Unas horas antes, aquella tarde, había almorzado en una pequeña *trattoria* antes de enfundarse el uniforme del Departamento de Higiene y atar sus gastadas botas con cordeles rojos, una manera de dar visos de autenticidad al disfraz. A continuación Bentivegna había empujado por las calles su carro de ceniza, robado de un depósito de la ciudad tras el Coliseo, antes de aparcarlo en el arcén, frente al número 156 de la Via Rasella, un descabrado palacio en el que, casualmente, Mussolini había vivido en la década de 1920. En el interior del carro, bajo una fina capa de basura, descansaba una potente bomba: doce kilos de TNT en una caja de acero robada a la compañía de gas, a los que se sumaban otros seis kilos en bolsas y varias tuberías de hierro repletas de explosivos.<sup>326</sup>

Cuando los cantarines soldados se estaban acercando, Bentivegna levantó la tapa del carro y con su pipa tocó la mecha de veinticinco segundos, calculada con gran esmero para que la bomba estallara en el centro de la columna. «Había mucha ceniza y tardó algún tiempo en encenderse», informaría más tarde: «y, por fin, oí el chisporroteo». Bentivegna se quitó entonces la gorra azul de visera negra que llevaba en la cabeza y la colocó sobre el carro, la señal, tras lo cual dio media

vuelta y se alejó calle arriba a toda prisa antes de desaparecer por un callejón; tras deshacerse del uniforme en una oscura esquina cerca de la iglesia de San Pietro in Vincoli, pasaría la tarde jugando al ajedrez a fin de tranquilizar sus nervios.<sup>327</sup>

La explosión golpeó la columna como si «un huracán la hubiera lanzado por los aires».<sup>328</sup> Otros partisanos emergieron de las sombras y acribillaron a la compañía con granadas y fuego de ametralladora antes de fundirse de nuevo entre las sombras. Añicos de cristales, platos rotos, muebles y fragmentos de estuco volaban por toda la calle. Algunos miembros amputados y, al menos, una cabeza yacían junto al desagüe de la alcantarilla;<sup>329</sup> alguien observó que una de las víctimas parecía «una papilla con abrigo».<sup>330</sup> Unos pocos supervivientes se pusieron en pie tambaleantes y se lanzaron a disparar sin ton ni son contra las fachadas de los edificios.<sup>331</sup>

El teniente coronel Kappler estaba disfrutando de un excelente almuerzo en el Hotel Excelsior junto al teniente general Kurt Mälzer, el comandante militar de Roma, cuando les llegaron las noticias de la carnicería de la Via Rasella.<sup>332</sup> Al llegar a la escena, descubrieron treinta y dos soldados muertos y sesenta y ocho heridos; diez civiles italianos habían muerto también en la explosión, entre ellos seis niños.<sup>333</sup> Los soldados fascistas enviados de refuerzo asaltaron y registraron tiendas y casas, y los estallidos del fuego de rifles se podían oír desde la Fontana di Trevi y el Palazzo Barberini. Mälzer pateaba la calle furiosamente arriba y abajo rugiendo «¡Venganza! ¡Venganza!» y haciendo cálculos acerca de la mejor manera de arrasarse toda la manzana.<sup>334</sup> A una orden suya, doscientos italianos del vecindario fueron arrestados y conducidos a paso de marcha y brazos en alto hasta el cuartel de Viminale. Un equipo de los servicios de higiene, auténtico esta vez, llegó al lugar y empezó a limpiar los adoquines cubiertos de sangre utilizando agua y sal.<sup>335</sup>

Algo más tarde, el alto mando de Berlín telefoneó al cuartel general de Kesselring en Monte Soratte e informó que Hitler, quien en aquel momento alimentaba su melancolía en su residencia de Wolfsschanze, en los bosques del este de Prusia, quería que se «hiciera saltar por los aires a todo un barrio de Roma, incluyendo a cualquier ser vivo que residiera en su interior». En el caso de que esta represalia no fuera posible, entonces cincuenta italianos debían ser ejecutados por cada uno de los mártires del Regimiento Bozen. Kesselring, que se encontró esta crisis esperándolo tras su regreso a Monte Soratte después de una gira de inspección, se preguntó si la emboscada de la Via Rasella anunciaba el ataque aliado desde Anzio esperado desde hacía tanto tiempo. Tras telefonar a Kappler para obtener más detalles, Kesselring, a las ocho y media de la tarde, se retiró a la cama, dejando el asunto en manos de su ayudante de campo, Sigfried Westphal.<sup>336</sup>



Poco después de las diez de la noche, el general Alfred Jodl, el jefe del Estado Mayor de Hitler, telefoneaba para denunciar la *Schweinerei*, la cerdada, de Roma. «Ahora le voy a transmitir una orden del Führer, a quien tengo delante, con relación a este asunto», le dijo Jodl a Westphal, «y ésta es la versión final». Westphal anotó el edicto: «La orden del Führer es que por cada soldado alemán muerto en este ataque traicionero en Roma sean ejecutados diez rehenes italianos». Esta relación, ya anunciada antes como la respuesta adecuada a las «ofensas», pretendía «conseguir un efecto disuasorio», añadió Jodl. Westphal telefoneó a Kesselring a su habitación. «Estoy de acuerdo», respondió Kesselring: «transmita la orden».<sup>337</sup>

Kappler pasó toda la noche compilando las inevitables listas mecanografiadas.<sup>338</sup> A mediodía del 24 de marzo, otro espléndido día primaveral, la lista había crecido hasta incluir trescientos veinte nombres; por cada hombre que fallecía a causa de sus heridas, Kappler añadía quince más por iniciativa propia.<sup>339</sup> Ninguno de los incluidos en la lista había participado en la emboscada de la Via Rasella. A las dos de la tarde, varios camiones cubiertos de lona, de los que solían transportar la carne, llegaban al número 155 de la Via Tasso; otros se detuvieron ante la Regina Coeli, una gran prisión que se extendía sobre el Tíber. Los gritos de «¡Asesinos!» resonaron por todas las celdas mientras los prisioneros, maniatados a la espalda, eran sacados de la cárcel; algunos de ellos, a quienes les habían arrancado los dedos de los pies, salieron cojeando. El convoy procedente de la Via Tasso inició la marcha, pasó ante los santos ciegos de San Juan de Letrán, cruzó la muralla de Aureliano por la Porta de San Sebastiano, el punto donde la Via Appia inicia su recorrido hacia el sur, giró después en la Via Ardeatina por detrás de la ciudad y, por fin, los camiones pasaron junto a las catacumbas de San Calixto y se detuvieron en un remoto laberinto de túneles abandonados, construidos por los mineros que extraían la toba volcánica utilizada en la fabricación del hormigón.<sup>340</sup>

«Siento cómo crecen las flores por encima de mí», había manifestado John Keats en su lecho de muerte romano.<sup>341</sup> En las Cuevas Ardeatinas, el dulce perfume de los nardos llenaba el aire.<sup>342</sup> El primer grupo de hombres salió dando tumbos por la parte trasera del camión. Un oficial de las SS, el capitán Erich Priebke, comprobó sus nombres en la lista mortal y un soldado de asalto alemán les empujó al interior de la cueva, donde las velas se consumían en la gélida corriente de aire. «Arrodillaos», ordenó. Se arrodillaron. Sonaron cinco secos chasquidos, a intervalos igual de regulares que el tañido de una campana tocando a muertos.<sup>343</sup>

De cinco en cinco, y cinco más, entraron tambaleantes en la cueva, para recibir cada uno de ellos una bala de pistola en el cerebro antes de dar de bruces contra el polvo volcánico. El montón iba creciendo: actores y arquitectos, abogados y

mecánicos, tenderos y médicos, un cantante de ópera y un sacerdote. Un gran número de ellos pertenecían al gremio de carpinteros: ebanistas, torneros y fijadores. El más joven tenía catorce años, el más viejo, setenta y cinco. Comunistas, ateos, masones, librepensadores, católicos y setenta y cinco judíos. Diez de ellos habían sido capturados en las cercanías de la Via Casella, y su único crimen consistía en hallarse cerca del lugar. Unos pocos gritaron «¡Viva l'Italia!», otros rezaron el rosario.<sup>344</sup>

De cinco en cinco, y cinco más, cada quinteto se veía ahora obligado a trepar por encima de los cadáveres de quienes habían entrado antes. Kappler había traído una botella de coñac para darles fuerzas a sus asesinos, pero el alcohol tan sólo los hizo más patosos: algunas víctimas necesitaban hasta cuatro balas antes de dejar de retorcerse.

Al llegar las ocho y media de la tarde, los últimos de los 335 yacían en un montón. Las linternas cruzaron rápidamente la entrada de la cueva, y luego se apagaron. Los camiones desaparecieron gruñendo en la noche.

Los familiares de los muertos del regimiento Bozen fueron trasladados a Roma en avión, donde asistieron a un grandioso funeral, todo ello a cargo del Reich. La procesión se desplazó por los bulevares de Roma y a través de las *piazzi*, encabezada por una banda militar que tocaba sombríos cantos fúnebres. Nadie cantó *Hupf, Mein Mädle*.<sup>345</sup>

Una breve declaración pública el 25 de marzo anunciaba, sin más especificaciones, que habían tenido lugar unas severas represalias. Kappler ordenó que se amontonara la basura en las Cuevas Ardeatinas, esperando enmascarar un hedor con otro. Algunos días más tarde, los soldados alemanes dinamitaron las chimeneas de las cuevas.<sup>346</sup>

Sin embargo, algunos olores apenas podían ser ocultados. Mujeres histéricas cruzaban Roma de lado a lado en busca de sus maridos, sus padres y sus hijos. La noticia del horror cerca de la Via Appia no tardó en extenderse. Un párroco impartió la absolución desde la entrada de las cuevas, algunos desconsolados peregrinos se fueron acercando poco a poco al lugar, ahora infestado de moscas, y alguien dejó una gran corona de laurel con una nota: «Seréis vengados».<sup>347</sup> Al cabo de poco tiempo, la crónica de la atrocidad llegó hasta los servicios de inteligencia aliados. «Cuando Roma caiga, por favor, hagan todo lo que esté en su mano para garantizar una adecuada distribución de información que haga referencia a las enfermedades, el hambre y la miseria bajo el dominio alemán», instaba un informe de una oficina de propaganda norteamericana en Londres. «Hagan asimismo todo

lo que sea necesario para que los corresponsales conozcan los hechos acerca de la masacre de trescientos veinte rehenes italianos en represalia por la explosión de una bomba el 23 de marzo.»<sup>348</sup>

Pasarían tres meses antes de que la tumba fuera excavada y de que los forenses exhumaran a los muertos, reducidos a esqueletos cubiertos de harapos. La justicia y la venganza esperarían mucho más tiempo.<sup>349</sup> Poco después de estos asesinatos, algunas familias romanas recibirían una seca nota, *auf deutsch*: «su familiar murió el 23 de marzo de 1944. Puede usted recoger sus pertenencias en las oficinas de la policía de la Via Tasso 155».<sup>350</sup>

Entraron en ese lugar maléfico, de donde emergieron llevando unos penosos y tristes hatillos: un abrigo, tal vez un par de pantalones desgastados. Una familia descubrió en la costura de una camisa sucia una nota escondida: «Sueño con las colinas que rodean Siena, y con mi amor a quien nunca más veré», había escrito el prisionero condenado. «Me convertiré en una herida sin cerrar, como el viento, en nada.»<sup>351</sup>

## Un hervidero de tormentos

### TIERRA MUERTA

Los meteorólogos del V Ejército habían ocupado hacía meses el Real Observatorio del Vesubio en la Colina del Salvador, a menos de tres kilómetros del borde del cráter.<sup>1</sup> A quienes observaran la cima a través de las ventanas palladianas del observatorio a finales del invierno de 1944, les resultaría difícil ignorar los fatídicos signos que avisaban de la agitación del volcán. Vesubio siempre dormía con un ojo abierto, advertían los habitantes locales; desde el cataclismo que destruyó Pompeya en el año 70 a.C., habían sido documentadas unas tres docenas de erupciones.<sup>2</sup> Ya desde principios de enero, el magma venía supurando lágrimas fundidas del pequeño cono interior. «Resplandecientes banderolas de luz» brillaban sobre el cráter, según un testigo, y «el viento agitaba de un lado a otro el hilillo de humo que surgía de la cima». Entonces, el llanto remitió y, el 13 de marzo, el humo dejó de salir, un mal presagio.<sup>3</sup> En Nápoles, ya plagada por el tifus, el hambre y la guerra, crecía la ansiedad. Se dijo que los perros se pusieron a ladrar con una inquietud muy poco habitual.<sup>4</sup>

La erupción se inició a las cuatro y media de la tarde del sábado 18 de marzo.<sup>5</sup> A medianoche, cataratas naranjas de lava se derramaban por las laderas hacia el oeste y el sudoeste, llevándose árboles y maleza por delante que parecían botes ardiendo. El centelleo de las horquillas azules de la electricidad estática que bailaba por todo el cielo iluminaba las grandes nubes de polvo que se inflaban sobre la cima. Los napolitanos, las mejillas sonrosadas por el lejano resplandor, observaban desde sus tejados, y los periodistas ascendían lentamente hacia el cono hasta que el guía, gritando por encima del rugido del volcán, los apremiaba a detenerse: «¡Señores!, ¡no más allá, por favor! ¡Su vida peligra!».<sup>6</sup> El domingo por la tarde,

las lenguas de lava lamían las primeras casas de San Sebastiano, que estallaban en llamas. Los sacerdotes, escribía Eric Sevareid: «sacaban de las iglesias las estatuas de yeso de sus santos y las colocaban frente a los ríos de fuego que seguían avanzando». El ubicuo Norman Lewis observaba cómo varios cientos de habitantes de los pueblos cercanos se arrodillaban para implorar la intervención de san Gennaro, el patrón de Nápoles. «La gente sostenía bien alto los estandartes religiosos y las imágenes de las iglesias, y los monaguillos agitaban los incensarios y lanzaban agua bendita en dirección de las ascuas.» Los hombres jóvenes formaron una línea de combate y avanzaron blandiendo cruces a pocos metros de la lava», anotaba Lewis: «y unas voces, en algún lugar, desde atrás, comenzaron a entonar un tedeum». Los campesinos lloraban ante la ruina de sus campos.<sup>7</sup>

Justo después de las nueve de la noche del martes 21 de marzo, un grupo de soldados se encontraban en un cine asistiendo a la proyección del musical británico del año 1934, *Sing As We Go*, cuando una violenta sacudida hizo temblar todo el teatro.<sup>8</sup> Los hombres se lanzaron a gritos hacia las puertas, mientras Gracie Fields en la pantalla cantaba *Blues, where are you now?* Grandes manantiales de lava burbujeaban hasta mil metros de altura sobre el Vesubio antes de caer en hojas incandescentes.<sup>9</sup> Rocas tefríticas del tamaño de una pelota de golf, seguidas por piedras del tamaño de una pelota de tenis bajaban desde el cielo en cascada cerca del cráter. Un gran nimbo se alzaba a seis mil metros de altura por encima de la montaña antes de dejar caer una lluvia de ceniza púrpura que cubría la llanura costera de una capa de polvo de escoria que llegaba hasta un metro de profundidad. Plinio el Joven, describiendo la erupción del año 70 a.C., había escrito a Tácito: «Creí morir con el mundo, y que el mundo perecía conmigo, lo que era un gran consuelo».<sup>10</sup>

El mundo, entonces y ahora, sobrevivió, pero el apocalipsis vesubiano persistió una semana más. Harold Macmillan, todavía a la sazón el enviado de Churchill en el Mediterráneo, describiría «un humo espeso y grasiento, como el de la chimenea de una factoría del norte de Inglaterra. El humo oscurece casi toda la bahía de Nápoles».<sup>11</sup> Un informe de la Guardia Escocesa observaba que «las calles estaban extrañamente silenciosas, igual que después de una nevada», y más extraño aún, el 26 de marzo cayeron nevadas sobre Nápoles.<sup>12</sup> «No podemos sino admirar este gesto de los dioses», escribiría un corresponsal de la BBC.<sup>13</sup> Los soldados se agolpaban en la serpenteante carretera que conducía al observatorio, miraban

boquiabiertos los ríos y afluentes de lava que alcanzaban una profundidad de doce metros, y le compraban ceniceros de lava enfriada a un avisado empresario local.<sup>14</sup>

Por fin, el espectáculo pirotécnico remitió, y se detuvo por completo el 20 de marzo: la última erupción del Vesubio del siglo xx. El mal ya estaba hecho. Se informó de veintiséis muertes, algunas a causa de los tejados que se derrumbaban por el peso de la ceniza volcánica.<sup>15</sup> Las líneas del ferrocarril permanecieron bloqueadas durante días, mientras los equipos italianos manejaban palas, quitanieves y bulldozers para liberar vías, intercambiadores y agujas.<sup>16</sup> Una pesada lluvia de ceniza, hollín y lava cristalizada castigó el aeródromo de Pompeya y destruyó más de ocho bombarderos B-25 aparcados allí, «el único grupo», explicaría algún gracioso, «que perdió sus aviones ante las piedras enemigas».<sup>17</sup>

La ceniza mezclada con la lluvia formó un lodo abrasivo que estropeó los tambores de los frenos y restringió el transporte militar a causa de la grave escasez de piezas de repuesto para frenos que padecía esta zona.<sup>18</sup> La fricción de la piedra pómez averiaba los rodamientos de las máquinas de los buques obligando a los capitanes a poner rumbo a mar adentro en busca de seguridad. Por toda la flota, desde Salerno hasta Pozzuoli, los contramaestres reunían a sus marineros en las cienientas cubiertas y ordenaban: «¡Barrenderos!, ¡pongan sus escobas en marcha!».<sup>19</sup> Un tripulante de B-25 que había perdido su avión ante el Vesubio escribía a su casa el 1 de abril: «No te fíes nunca de un volcán».<sup>20</sup>

El mundo no había terminado ahí, ni tampoco la guerra. Los soldados arrastraban los pies sobre la ceniza amontonada en los muelles de Nápoles hasta las colas de las pasarelas, donde los chavales pregonaban los titulares de los periódicos en inglés, «Anzio peor que Salerno».<sup>21</sup> Una media de quinientos hombres zarpaban cada día para reforzar lo que denominaban Ejército de Cabeza de Playa, entre ellos los soldados de la 34.ª División estadounidense, quienes, tras servir en Cassino, habían pasado algunos meses descansando y haciendo rehabilitación antes de embarcarse hacia otro infierno.<sup>22</sup>

Se apelotonaban en las barandillas de los barcos, los ojos abiertos como platos, mientras los buques entraban en el puerto de Anzio, ahora conocido con el sobrenombre de Bahía Bomba,<sup>23</sup> profundamente convencidos por un informe de las autoridades superiores que declaraba que «las posibilidades de ser alcanzado por un obús lanzado por una batería en tierra son insignificantes, alrededor de 37.000 a 1 por cada obús que logra alcanzar el fondeadero».<sup>24</sup> Los estibadores se movían con una agilidad felina, y descargaban cincuenta vehículos de la bodega de carga de un

LST,<sup>25</sup> un buque anfibio de desembarco, en cuatro minutos, o apilaban en seis minutos tres toneladas de carga sobre un DUKW, tanque anfibio de seis ruedas, al mismo tiempo que mantenían una tensa y constante alerta ante el silbido de un proyectil de artillería o el destello de un avión enemigo.<sup>26</sup> En doce semanas, el puerto y el fondeadero habían soportado 277 ataques de la Luftwaffe, uno cada siete horas.<sup>27</sup> La mayoría de las bombas Fritz-X controladas por radio habían sido neutralizadas por aparatos instalados en destructores y en dragaminas que interferían en sus frecuencias, pero los torpedos, las minas aéreas, los ametrallamientos y las bombas convencionales, además de los obuses que caían por decenas de millares, continuaban martilleando la rada y la cabeza de playa por igual.<sup>28</sup> Las bajas podían observarse en los cientos de heridos que esperaban cada día en los muelles el convoy de regreso a Nápoles:<sup>29</sup> los heridos en las camillas se aferraban a los sobres marrones que contenían sus radiografías, y a los que llevaban escayola, se les había garabateado en el yeso la descripción de sus heridas.<sup>30</sup> Cuando empezaba el bombardeo alemán, los pacientes atados a las camillas gritaban a veces más que las bombas.<sup>31</sup> Un comandante recibió a un nuevo envío de tropas con estas palabras, «Vais a sufrir. Habéis venido aquí a sufrir».<sup>32</sup>

Un oficial británico que llegó en marzo describió Anzio como «una población pequeña que se encoge rápidamente».<sup>33</sup> Más allá de las barreras de globos a lo largo del rompeolas, «apenas quedaba un edificio intacto. Paredes solitarias se apoyaban, borrachas, contra pilas de cascotes, los tejados parecían haber pasado de moda y los cables colgaban por todas partes». El capitán del *H.M.S. Grenville* coincidía en que «todo el frente marítimo tiene un aspecto como si alguna polilla gigante se hubiera alimentado en él».<sup>34</sup> Tras desembarcar con refuerzos para la 1.<sup>a</sup> División Acorazada, el comandante de tanques Henry E. Gardiner escribió en su diario: «Lo primero que vimos al empezar a internarnos en tierra fue un gran cementerio estadounidense, una visión sobrecogedora».<sup>35</sup>

La mayor parte de la carga que se desembarcaba de los buques que llegaban consistía en munición, ciento cincuenta camiones cada día, que se transportaba a siete almacenes norteamericanos que padecían ataques constantes. Los bulldozers abrieron trincheras y construyeron búnkeres en forma de L a fin de contener los incendios que se declaraban, varios a la semana. Los bomberos al principio sólo contaban con palas para luchar contra el fuego, pero ahora utilizaban tanques Sherman equipados con palas de excavadora y orugas de acero, a pesar de lo cual, el promedio de pérdida de munición por los incendios superaba las sesenta toneladas al día.<sup>36</sup>

El coste no fue aún mayor gracias a las feroces defensas antiaéreas, mil cañones que convirtieron a la cabeza de playa en uno de los recintos más fortificados de Europa, y a una complicada pantalla de humo que cegaba a los pilotos enemigos y a los cañoneros. Cada día, al alba, los siseantes generadores de humo, espaciados en intervalos de ochocientos metros, escupían una ligera neblina que se extendía a lo largo de veinticinco kilómetros de costa y se internaba en tierra unos seis kilómetros. Los técnicos permanecían a la espera junto a sus camiones de plataforma para trasladar los generadores, como si de piezas de un ajedrez se tratara, en caso de que los cambios de dirección del viento, de la temperatura del aire o alguna convección de corrientes despejaran el miasma. Por la noche, los bidones de humo y una serie diferente de generadores ocultaban el puerto, aunque los soldados de infantería juraban que lo único que hacía el humo era atraer más fuego.<sup>37</sup>

Seis divisiones aliadas,<sup>38</sup> casi cien mil soldados, ocupaban en aquel momento un territorio de unos doscientos kilómetros cuadrados, una extensión algo mayor que la del Distrito de Columbia.<sup>39</sup> Una vez acabadas las épicas batallas de febrero, se había llegado a un sombrío punto muerto. Los recién llegados descubrieron que la vida en la cabeza de playa no era sólo subterránea, sino además nocturna, y la cadencia de batalla recibió el nombre de «días de Drácula».<sup>40</sup> Los soldados más cercanos a la «tierra muerta», la tierra de nadie entre los dos ejércitos enemigos, solían dormir en sus agujeros hasta las cuatro de la tarde, patrullaban hasta las tres de la madrugada, comían algo caliente al amanecer, y se deslizaban de nuevo a sus agujeros hasta la siguiente tarde.<sup>41</sup> Los rumores corrían de «agujero en agujero», escribía Audie Murphy, a la sazón un sargento de pelotón en la 3.<sup>a</sup> División. «No creemos nada, no dudamos de nada.»<sup>42</sup> Por las noches, la cabeza de playa se convertía en un hervidero de actividad: incursiones, patrullas, fuego hostigador y bengalas que alargaban hasta lo grotesco las sombras de los soldados. Minas y obuses llegaron a provocar tanta angustia, escribiría Robert Capa, que «cada vez que me sentaba en el jeep, me colocaba el saco de dormir entre las piernas». Bill Mauldin observó que durante los bloqueos de carreteras, los policías militares permanecían en sus trincheras de los cruces y controlaban el tráfico «sosteniendo manos de madera que indicaban la dirección que debían seguir».<sup>43</sup>

La demanda de sacos de arena y de alambrada de espino a lo largo del perímetro de cincuenta kilómetros había alcanzado unas proporciones dignas de Flandes.<sup>44</sup> El «Anzio Ritz», un cine subterráneo, ofrecía nevadas versiones de *Mr. Lucky*, de Cary Grant.<sup>45</sup> En las mañanas soleadas, escribía un soldado británico, los hombres fuera del alcance de los francotiradores se tostaban al sol a la orilla de sus



agujeros «pero con una oreja levantada, igual que conejos a punto de sumergirse de nuevo en su madriguera».<sup>46</sup> Los soldados llevaban tanto tiempo el casco que la calvicie les parcheaba el cuero cabelludo. «Los hombres soñaban con filetes, leche, asientos de retrete, agua corriente, y con el exquisito problema de decidir el color de la ropa que se pondrían», señalaba un informe del 179.º de Infantería.<sup>47</sup> Todo el mundo se quejaba de esta guerra *Sitzkrieg*. Un médico compiló un glosario de cabeza de playa, que incluía términos como «anziopectoris», una indisposición general, y «anziante», tener la mirada perdida y distante.<sup>48</sup> Los habitantes de la cabeza de playa se llamaban a sí mismos «antinos», habitantes de Anzio, no sin un cierto orgullo.<sup>49</sup>

«Lo más importante que uno desea es no estar solo», escribía Ernie Pyle, quien había llegado a Nettuno para pasar unos días y se quedó un mes entero.<sup>50</sup> Junto a una docena de reporteros como él, se había instalado en el número 35 de la Via Gramsci, una casa de cuatro pisos en el frente marítimo que «temblaba igual que un anciano paralítico» cuando rugían los cañones.<sup>51</sup> Angustiado por la anemia y por las insinuaciones de su propia mortalidad, Pyle le escribía a un amigo: «En lugar de hacerme más fuerte y más duro, igual que les ocurre a los buenos veteranos, me estoy debilitando y cada vez tengo más miedo ... no duermo bien y tengo unas terribles pesadillas sobre la guerra incluso cuando estoy medio despierto».<sup>52</sup>

Este nerviosismo no hizo sino intensificarse cuando el 17 de marzo, a las siete de la mañana, una bomba alemana de doscientos veinte kilos estallaba a diez metros de la villa. Pyle deseaba tener más luz y se había instalado en el ático; la explosión lo arrojó al suelo, arrancó de cuajo puertas y ventanas y dejó el suelo cubierto de cascotes y cristales rotos. «La única herida que recibí fue un pequeño corte en la mejilla derecha», informó Pyle, aunque descubrió que se estaba peinando su ralo pelo con un pañuelo.<sup>53</sup> Permaneció en la cabeza de playa una semana más «para recuperar el valor» y después se embarcó hacia Nápoles. El 5 de abril abandonaba Italia para siempre. «Una cosa es cierta», escribiría, «y es que uno no puede tentar a la suerte demasiadas veces en el mismo lugar».<sup>54</sup>

Lucian Truscott también estaba tentando a la suerte cuando se trasladó al amplio ático de una casa de tres pisos de Nettuno. Si bien el cuartel general del VI Cuerpo no se movió de los sótanos de la Osteria dell'Artigliere, Truscott era de la opinión que un comandante debe mostrar de forma visible su sangre fría. Los zapadores protegieron las puertas de su alojamiento con sacos de arena y colocaron traviesas de ferrocarril sobre el tejado, por si acaso.<sup>55</sup>

«Casi he perdido la noción del paso del tiempo», escribía Truscott a Sarah a mediados de marzo. «Un día no significa más que un nuevo conjunto de problemas, y cada día parece traer los suyos propios, prescindiendo de la situación.» Una semana más tarde añadía: «no quiero volver hasta que el trabajo esté terminado y pueda regresar a un país, Estados Unidos, en vías de recuperar la normalidad, y entonces, ¡quiero paz en grandes dosis!». Habían pasado dos años desde que la dejara y partiera hacia «la gran aventura, y vaya una aventura ha sido ... Lo único que puedo hacer es lo que está en mis manos. Ha sido la fe que has depositado en mí lo que me ha hecho llegar tan lejos».<sup>56</sup>

Su garganta seguía molestándole, igual que la tos persistente, los pólipos nasales y el dolor de muelas. Tras un examen el 31 de marzo, el doctor le recomendó ejercicios de voz y fumar habanos en lugar de cigarrillos. Truscott dejó de fumar durante diez días, pero volvió a empezar porque se quejaba de que engordaba. La «falta de voz afecta de verdad mi eficacia», le dijo a Sarah.<sup>57</sup> El coñac, el whisky escocés, la ginebra y cinco centilitros de whisky canadiense antes de la cena formaban parte de la dieta habitual en el comedor de Truscott, aunque no parecían causarle ningún perjuicio al comandante. Conservaba su energía, parecía radiante y seguía intensamente absorto cada detalle de sus dominios de la cabeza de playa.<sup>58</sup>

«Puedo cerrar los ojos e imaginar el campo de Virginia en este mismo momento», escribía en abril, cuando las temperaturas empezaban a subir. «El árbol del amor y los cornejos deben de estar muy hermosos, y las montañas azules y los verdes árboles: tal vez Italia tenga algo romántico, pero yo, personalmente, no lo he encontrado todavía.»<sup>59</sup> El domingo de Pascua, el 9 de abril, durmió ocho horas seguidas por primera vez desde su llegada a Anzio;<sup>60</sup> lo más normal era que las pequeñas y grandes emergencias lo despertaran durante la noche, y entonces solía bajar las escaleras a paso pesado, en bata y zapatillas, su pelo gris desarreglado y la cara surcada por las arrugas del cansancio, pero siempre dispuesto a tomar el mando.<sup>61</sup> En sus escasos momentos de libertad, estudiaba francés, igual que Patton (tenía la sospecha de que podría resultarle útil), o escuchaba alguna retransmisión del *Mesías* de Haendel en la radio alemana.

Sin embargo, el infortunio nunca se hallaba más lejos que la siguiente carta, como la que recibió a primeros de abril, escrita por la madre de un cabo de diecinueve años, desaparecido en el ataque Fischfang del 16 de febrero. «Por favor, dígame si cree que es posible que los alemanes lo hayan hecho prisionero, o si ha ocurrido lo peor, y ni siquiera se ha salvado su placa de identificación», le escribía desde Ohio. «Cada noche sueño con mi pequeño hijo.»<sup>62</sup>

Truscott había ordenado la evacuación de los veintidós mil civiles de la zona de la cabeza de playa y, a principios de abril, todos y cada uno de los antinos, salvo setecientos cincuenta trabajadores italianos, vestían uniforme militar.<sup>63</sup> Tras el tratamiento a base de DDT, las familias se reunieron en la iglesia de Santa Teresa, a la espera del transporte hasta Nápoles. Algunos llevaban colchones a la espalda, otros se aferraban a sus maletas de cartón o a un queso, o recogían en sus manos un poco de arena, un recuerdo que llevarse. Otros se lamentaban a gritos, lanzando maldiciones al cielo o mordiéndose los puños. «Odiar a Mussolini, a los alemanes, y creo que nos odian a nosotros», escribía a sus padres en Minneapolis el teniente Ivar H. Aas. «No creo que sean demasiado partidarios de este concepto de liberación.» Los soldados compraban el ganado a los granjeros que se marchaban, cuatro dólares por un cordero, veinte por un cerdo. Cuando una vaca preñada fue herida de muerte por un fragmento de obús, un emprendedor soldado, armado de un hacha, realizó una cesárea y ayudó al parto de una ternera a la que alimentaba con su casco.<sup>64</sup>

«Esta cabeza de playa es el lugar más demente que he visto nunca», escribía a su hermano en New Jersey el oficial de señales William J. Segan. «Los muchachos tienen sus propios caballos, pollos, ganado, bicicletas y cualquier cosa que hayan abandonado los civiles.»<sup>65</sup> Cerca de Borgo Sabatino, los soldados enganchaban las mulas a los arados y sembraban campos de coles y patatas. «No puedo hacer nada con esos cabrones», se lamentaba un oficial de la 1.<sup>a</sup> Fuerza de los Servicios Especiales, «patrullan toda la noche y se dedican al campo todo el día».<sup>66</sup> Otros soldados se iban a pescar truchas al río Astura, o cazaban faisanes y conejos valiéndose de las escopetas utilizadas en la vigilancia de los prisioneros alemanes. Tras descubrir que las granadas estropeaban el *sashimi*, los soldados estadounidenses de origen japonés del 100.<sup>o</sup> Batallón pescaban con mosquiteras y recogían los berros para la guarnición en el Canal Mussolini.<sup>67</sup>

Los soldados jugaban al béisbol en diamantes improvisados, camisetas dobladas marcaban las bases y los parapetos de las trincheras servían de banquillos.<sup>68</sup> Temerarios esquiadores acuáticos hacían eslalom por el Tirreno tirados por un DUKW, un tanque anfibio de seis ruedas.<sup>69</sup> Un soldado raso que se hacía llamar el Barón, se paseaba despreocupadamente por la cabeza de playa, ataviado de un esmoquin y hacía trucos de magia con anillos chinos y un pato. Las gincanas de bicicletas, concursos de francotiradores, y la cría de animales, que incluía experimentos de cruce de ganado, mantenían ocupados a los hombres mientras esperaban su destino. El Derby de Anzio, organizado por un personaje que antes de la guerra se ganaba la vida estableciendo hándicaps y que ahora lucía

galones de sargento, se corrió sobre un hipódromo plagado de cráteres de obús marcado por pinzas de tienda de campaña y cinta adhesiva. Cuando los caballos se acercaban desde el *paddock* en el viñedo, un corneta fue el encargado de lanzar el aviso de colocar a los participantes en la línea de salida. Seispor-seis, el alazán de un intendente, venció a media docena de otros jamelgos y a un asno llamado George, montado por un jockey que pesaba ciento diez kilos; los jueces decidieron que en futuras carreras todas las monturas debían pesar más que sus jinetes. Unas guapas enfermeras se encargaron de entregar el trofeo, una caja de bombones de un kilo.<sup>70</sup>

Más de treinta periódicos antinos cubrían este tipo de actividades:<sup>71</sup> el *Beachhead Buggle* (el clarín de la cabeza de playa) publicaba además notas de viaje, entre ellas, una lista de los periodistas que se marchaban, que se abría con las palabras, «Las ratas que desertaron ayer del barco que hace agua son las siguientes...».<sup>72</sup> Ningún deporte levantaba tantas pasiones como las carreras de escarabajos,<sup>73</sup> en las que los insectos, recogidos en botes de mermelada y embadurnados de los colores de su escudería, se dejaban caer en el centro de un círculo de dos metros; el primero en alcanzar el perímetro era declarado vencedor. Se apostaban miles de dólares en ellas y se dijo que unos sospechosos corredores de apuestas amañaron una carrera al comprar al favorito y pisotearlo hasta la muerte.<sup>74</sup>

El alcohol proporcionaba algún consuelo a quienes perdían las apuestas, y «valor de catacumba» a los asustados y a los solitarios.<sup>75</sup> Se fabricaron destilerías utilizando bidones de gasolina y tuberías recuperadas de los restos de aviones estrellados, que producían «gasolina», un potente brebaje perfumado con zumo de piña. Los contrabandistas de alcohol del 133.º de Infantería elaboraron «Borracho en París» mezclando veinte kilos de uvas fermentadas y una pizca de vainilla, aunque otros preferían los pastelillos de higos fermentados que proporcionaba el ejército.<sup>76</sup> «El alambique saltó por los aires», anotó en su diario un cabo, «pero pudieron beber buen alcohol mientras duró».<sup>77</sup> En abril llegó a la cabeza de playa la primera cerveza autorizada, aproximadamente un litro por hombre y mes, elaborada en Nápoles bajo las especificaciones de Budweiser.<sup>78</sup> Para impedir que fuera robada, los repartidores desembarcaron los bidones y los hicieron rodar hasta unos almacenes protegidos por una alambrada de espino y guardias armados.

En la fiesta que celebró el teniente coronel Jack Toffey con ocasión de su traslado, se sirvieron *whisky sours* preparados con limón en polvo, procedente de las raciones individuales de combate, y alcohol medicinal.<sup>79</sup> A mediados de marzo,

Toffey, que llevaba al mando de un batallón de infantería en combate desde Antorcha, en noviembre de 1942, sin haber apenas gozado de ningún descanso, dejó su 2.º Batallón del 15.º de Infantería y se incorporó al puesto de oficial ejecutivo, subcomandante, del 7.º de Infantería, otro de los regimientos de la 3.ª División acampados en la cabeza de playa. Truscott en persona había ordenado el traslado a fin de proporcionar a Toffey algo de descanso y, al mismo tiempo, permitir que una unidad mayor se beneficiara de su experiencia en combate.

«En este juego hay días y días, unos buenos y otros malos», escribía a Helen, en Columbus. «Todo se resume en una terrible presión sobre la salud, la mente y el cuerpo ... En cierto modo, mi mente está más tranquila que antes, y tengo más confianza en nuestra capacidad de asestarle un golpe mortal al maldito huno.» Se excusó por sus cartas «bobas, aburridas y estúpidas, pero tal vez, me estoy volviendo así». A su viejo amigo George Biddle le confesó que «la eficacia en general, y la eficacia en combate en particular, disminuye cuando los individuos permanecen demasiado tiempo y demasiado constantemente bajo el fuego enemigo».<sup>80</sup> Al incorporarse al 7.º de Infantería había cerrado el círculo: su padre había servido como ayudante de regimiento en Fort Wayne, Michigan, cuando nació Jack, en agosto del año 1907.<sup>81</sup> Después de trasladarse a una minúscula caravana subterránea en las afueras de Nettuno, cuya luz procedía de la batería de un jeep, y de colgar la foto de Helen en la pared, Toffey escribió, «He visto lo suficiente en Italia, y la suficiente guerra ... vivo en un lugar húmedo que parece una caverna y en el que me veo obligado a agacharme, a consecuencia de lo cual no ceso de sufrir calambres y dolores».<sup>82</sup>

Apenas a unos pocos kilómetros de distancia de las carreras de escarabajos y de los torneos de voleibol, la tierra muerta seguía siendo igual de peligrosa y de intimidante que cualquier campo de batalla en Italia.<sup>83</sup> «En cuatro meses nadie se atrevió a enderezarse durante el día», escribiría el reportero de la BBC, Wynford Vaughan-Thomas. Ante la imposibilidad de enterrar a sus muertos, los soldados de los agujeros más adelantados se arrastraban por la noche para rociar con creosota los cadáveres que se iban descomponiendo; otros intercambiaban insultos a gritos con el enemigo: al grito de «¡Roosevelt es un judío!» se respondía «¡Hitler es un hijo de puta!».<sup>84</sup> Los soldados británicos cazaban ratas y las encerraban en sacos de arena vacíos que lanzaban sobre los puestos de observación alemanes.<sup>85</sup> El soldado de primera clase Robert W. Komer describe sus observaciones de la tierra de nadie a través de sus prismáticos, «aquí, algunas cabezas con casco asomaban cautelosamente por el borde de una trinchera, allí, un par de tanques se agazapaban contra una casa hecha trizas ... un pelotón de infantería rezagado cruzaba el campo

de batalla hacia sus posiciones, una ambulancia rasgaba el paisaje y se acercaba por la carretera y los camilleros caminaban mostrando una gran prudencia entre las zanjas y los agujeros».86

Ningunos prismáticos podían revelar las heridas infligidas a los alemanes ni hasta qué punto sangraban. El XIV Ejército, que constaba de 133.000 hombres el día 9 de marzo, perdería, a consecuencia de las bajas en combate y de los traslados al frente de Cassino, a 43.000 hombres, 170 cañones y 125 tanques a lo largo de las seis semanas siguientes, mientras que la fuerza de los Aliados se incrementaba gradual y constantemente. Kesselring criticaba la «falta de agresividad, tanto de los oficiales como de los hombres», y Berlín insistía en que «debemos continuar el ataque en el sector de Nettuno a fin de poder conservar la iniciativa». El general Mackensen replicó airado que «las divisiones alemanas están hastiadas del combate» y que algunas de ellas habían quedado reducidas a tres mil hombres o menos.87 Por cada obús alemán disparado, ahora los Aliados respondían con quince, «una cantidad que hasta ahora apenas podíamos imaginar», se lamentaba un comandante alemán, quien también lamentaba el «enorme efecto destructivo» de la artillería naval.88 Hasta los tanques Sherman se unieron a las barreras de fuego, y elevaban sus cañones amontonando troncos bajo las orugas. Las tripulaciones colocaban otro proyectil en la recámara y cantaban «Vete pasando lista, Kesselring, que ya llegamos».89

No cabía duda, sin embargo, de que los grandes cañones alemanes seguían siendo aterradores. Un par de tubos de veintiún metros de largo, a los que los alemanes habían bautizado Robert y Leopold, y que los Aliados conocían por Anzio Annie o Whistling Pete (Pedro Silbador), disparaban cada uno unos proyectiles de doscientos cincuenta kilos que podían llegar hasta una distancia de sesenta kilómetros.90 Los obuses que caían en el agua cerca de los buques fondeados en la rada provocaban unos surtidores que se elevaban más de trescientos metros; incluso los obuses que caían en tierra se hundían unos quince metros en el suelo. Montados sobre unas plataformas sobre raíles, estos cañones realizaban media docena de disparos y se retiraban después al interior de un túnel a tres kilómetros de Ciampino. A pesar de los destellos de la boca del cañón, más brillantes que las llamaradas de cualquier dragón, los pilotos aliados y los observadores de artillería nunca pudieron descubrir el lugar exacto donde se escondía la batería. Quizá lo único que les salvó fue la escasez de municiones: Robert y Leopold, a finales de abril, dispararían, entre los dos, un total de quinientos veintitrés tiros.

No obstante, lo más siniestro e intimidatorio seguía siendo la cercanía del combate, que se desarrollaba a distancias que variaban desde la longitud de una bayoneta hasta la distancia que alcanza una bala de pistola.<sup>91</sup> Toffey organizó tres «patrullas de batalla» de cincuenta hombres despiadados cada una de ellas, se aseguró que recibieran comida caliente y ropa seca con regularidad, y entonces los envió a causar estragos. Uno de los soldados, extrayendo una terrible navaja de sus pantalones, golpeó varias veces el aire con ella, y explicó, «Mis amigos, en mi pueblo, me regalaron este cuchillo y me lo estoy reservando para utilizarlo con Hitler cuando lo vea».<sup>92</sup> Los francotiradores, conocidos entre el 7.º de Infantería como «los ejecutores»,<sup>93</sup> se rociaban de pintura de camuflaje, se protegían los ojos con pedazos de cartón y se quedaban inmóviles horas y horas a la espera de poder conseguir un tiro limpio.<sup>94</sup>

«El avance no le gusta a nadie», anotaba un soldado en su diario el día 1 de abril. «Si te tropiezas con el enemigo, el procedimiento consiste en tirar a discreción durante un rato y luego salir de ahí a toda prisa.»<sup>95</sup> Las patrullas navegaban en la oscuridad utilizando diversos cadáveres como punto de referencia, «apenas unos esqueletos vestidos».<sup>96</sup> Los exploradores husmeaban el aire en busca de los reveladores olores a tabaco y a tierra recientemente removida.<sup>97</sup> Audie Murphy se ganó la primera de sus condecoraciones al valor por conducir una patrulla cerca de Cisterna hasta un panzer inmovilizado y lanzar una granada por la escotilla. Igual que muchos de sus camaradas, desconfiaba de las «bravuconadas»; «todos los héroes que conozco están muertos», diría más tarde, aunque hubiera llegado a la conclusión de que «la audacia es un arma estratégica. Nueve de cada diez veces, desconcierta y confunde al enemigo».<sup>98</sup>

La propaganda intentaba hacer lo mismo. Los folletos cubrían la cabeza de playa igual que hacían las cenizas del Vesubio. En el Mediterráneo se imprimieron más de cuatro mil millones de folletos aliados, el equivalente a cuatro mil camiones llenos;<sup>99</sup> entre las muchas variantes que se dejaron caer o se lanzaron sobre Anzio, el «Fünf Minuten Englisch», consistía en un glosario de frases relativas a la rendición que podrían ser útiles a los alemanes, por ejemplo, «¿Dónde está el agua caliente?»,<sup>100</sup> o «Un poco más de café, por favor». Los propagandistas alemanes respondieron con sus propias barricadas de papel. La serie «Abe Levy»<sup>101</sup> mostraba a un contratista judío en Estados Unidos agrediendo sexualmente a la novia de un soldado herido; otro folleto, destinado a las unidades británicas, mostraba a una inglesa escasa de ropa poniéndose las medias y a un soldado estadounidense anudándose la corbata. «¿Qué ocurre en casa mientras tú estás fuera?»,<sup>102</sup>

preguntaba el pie de foto, y seguía: «ninguna mujer puede resistirse a unos brutos tan atractivos.» Un soldado británico observaría que «Jerry<sup>103</sup> se está volviendo muy impertinente».<sup>104</sup>

Los enemigos que no podían ser convencidos de abandonar su puesto de trabajo debían ser desalojados.<sup>105</sup> Noche tras noche, las patrullas «revientacasas» iban rebajando poco a poco la silueta de la cabeza de playa entre los ejércitos enemigos: tanques, morteros y Howitzer de 20 mm pulverizaban los pisos superiores de los edificios donde sospechaban que se ocultaba un baluarte enemigo, mientras que los fusileros, disimulados por el espeso humo, chapoteaban entre los charcos y exterminaban a cualquier superviviente. Los soldados de la Fuerza Especial dejaban una pegatina en la frente de los alemanes muertos que mostraba una insignia de punta de lanza y un aviso de que *das dicke Ende kommt noch*, lo peor está aún por llegar.<sup>106</sup> Cada pila de heno, cada bidón de estiércol, cada horno exterior, y cualquier cosa que pudiera ocultar a un soldado enemigo era objeto de un furioso tiroteo. «Hemos capturado las casas número cinco y número seis», informaba el comandante de un batallón tras sufrir cincuenta y tres bajas en una escaramuza sin nombre. «Nuestra línea de frente se ha acercado cuatrocientos metros más a Roma. Ahora, miramos deprimidos hacia las casas número siete, ocho y nueve.»<sup>107</sup>

En este «hervidero de tormentos», así descrito por un antino,<sup>108</sup> la muerte parecía, no sólo caprichosa, sino además cruel y obstinada: un obús caído al azar mató a seis hombres que miraban una película, y otro a ocho más durante la cena; una bomba caída sobre un campamento de zapadores de combate<sup>109</sup> mató a veintiuno y dos más murieron cuando un obús de artillería atravesó en vuelo a su avioneta Piper Grasshopper a trescientos metros de altura.<sup>110</sup> El disparo de un mortero alemán perforó el techo de un granero y dejó a un cabo «sujetándose la cara con una mano para que no se le cayera», según informaría un testigo.<sup>111</sup> Un soldado de la Fuerza Especial, cuya pierna había sido arrancada de cuajo llegó hasta el punto de primeros auxilios encaramado en un tanque: «¡Ey! ¡Oiga, doctor!», le preguntó a gritos al médico del batallón, «¿le sobra algún pie por ahí?»<sup>112</sup>

Todos sufrían del desgaste y algunos de ellos no pudieron resistirlo. «El infierno cumplió ayer sesenta días en esta bendita cabeza de playa», escribía un soldado del 15.º de Infantería. «Parece que lo único que nos mantiene es saber que no puede durar eternamente.» Tras semanas en la línea, hasta los sargentos más agresivos eran reacios a salir de sus madrigueras a causa de la «trinceritis».<sup>113</sup> «Todos los chicos que nunca antes habían rezado, ahora lo hacen con una gran devoción, y se echan a llorar cuando están frente a la muerte», informaba un



soldado del 6.º de Infantería Acorazado.<sup>114</sup> El ejército de la cabeza de playa estaba formado por «hombres comunes y corrientes que poseen un instinto de supervivencia muy fuerte», advertían en el cuartel general de la 3.ª División a los nuevos jefes de pelotón. A finales de marzo, un sala entera de hospital se había llenado de pacientes que el ejército calificaba de SIW, *self inflicted wounds*, heridas autoinfligidas, heridas que solían consistir en balazos en el talón o en algún dedo del pie. Un comandante de batallón de la 3.ª División siempre tenía a mano un bote de tranquilizantes para los oficiales que parecían especialmente nerviosos,<sup>115</sup> y los médicos crearon una Sociedad Psiquiátrica de la Cabeza de Playa de Anzio, cuyo propósito consistía en debatir acerca de los misteriosos casos «neuropsiquiátricos».<sup>116</sup> «Lo vi pasar junto a mi trinchera», le escribía un joven soldado del 179.º de Infantería a un camarada, «un personaje lastimero, tembloroso y tambaleante».<sup>117</sup>

Todos sufrían del desgaste, y aun así muchos de ellos también se transformaron en soldados implacables y sin remordimientos, como debe ser en cualquier ejército victorioso. «Esta guerra se ha convertido en un asunto muy personal para muchos de los que estamos en esta cabeza de playa», escribía un soldado.<sup>118</sup> Corría la historia de un indio norteamericano de la 45.ª División que coleccionaba cueros cabelludos alemanes;<sup>119</sup> sus camaradas, mareados por el olor nauseabundo le obligaron a dejar de hacerlo. En una carta a su familia en New Jersey, un soldado explicaba en abril que su amigo Henry había matado de un tiro a un alemán que estaba saltando una valla. El soldado muerto permaneció colgado del alambre «todo el día. Más o menos cada hora, Henry le disparaba de nuevo simplemente porque sí».<sup>120</sup> Los lamentos nocturnos llamando a *Mutter* se entremezclaban con los que llamaban a «Mamá», lanzados por los llorosos soldados atrapados en la tierra muerta. «Los heridos hacían unos esfuerzos enormes para intentar decirnos tantas cosas», decía un soldado estadounidense.<sup>121</sup> Sin embargo, un paracaidista capturado llegó a la conclusión de que aquellos «que, sencillamente, se negaban a morir y que gritaban y gritaban eran los que alteraban la reacción de los soldados, que pasaban de la pena al odio a medida que avanzaba la noche».<sup>122</sup> Cuando, en una ocasión, una penosa voz no cesaba de repetir en inglés, «me llamo Müller y estoy herido», un soldado de infantería le lanzó una granada y murmuró, «¿Y ahora? ¿Cómo te llamas ahora, hijoputa?».<sup>123</sup>

Los días se hacían más calurosos a medida que avanzaba la primavera.<sup>124</sup> Las tripulaciones de la 1.ª División Acorazada pintaron sus tanques de un verde más oscuro y primaveral. A principios de abril, los equipos de reforestación empezaron a camuflar los cráteres y los parajes desfoliados a todo lo largo del perímetro de la

cabeza de playa.<sup>125</sup> La malaria regresó, pero habían aprendido mucho de la debacle siciliana y en abril, Truscott, consciente de que «los mosquitos podían conseguir ellos solos lo que no habían conseguido los contraataques alemanes», envió a dos mil soldados del VI Cuerpo a recibir un «entrenamiento antimalaria». Vigilantes sargentos controlaban el consumo de tabletas de Atabrine. Las «patrullas aspersoras» rociaron con DDT y queroseno más de ciento sesenta kilómetros de arroyos y zanjas, al mismo tiempo que reparaban bombas, diques y los lechos de los canales. Los soldados se quejaban de que si dejaban caer una taza de café, de inmediato aparecía alguien con una bomba de achique y un pulverizador. En junio, se registraron apenas dos mil casos de malaria entre las tropas del V Ejército, una fracción mínima, comparada a la epidemia del verano anterior.<sup>126</sup>

El tiempo, al hacerse más caluroso, proporcionó además algo de esperanza a los soldados heridos de gravedad cuyos casos, pocos meses antes, parecían no tener solución. «Parece que estamos logrando un éxito fenomenal con un nuevo medicamento llamado penicilina», escribía Lawrence D. Collins, un médico del 56.º Hospital de Evacuación. La gangrena gaseosa había matado a dos de cada tres soldados infectados en Italia; ahora, esta proporción caía en picado. «Los hemos arrancado de la tumba», escribía el doctor Collins en su diario. «Nosotros estamos satisfechos y los supervivientes están satisfechos.» Los soldados alemanes se sentían menos satisfechos, puesto que «no estamos autorizados a darles penicilina a ellos porque las reservas son escasas», anotaba Collins. «Nadie puede poner en duda que la guerra es un infierno.»<sup>127</sup>

La nueva temporada estimuló a las aburridas raíces, y las lilas y las violetas florecieron incluso en la tierra muerta. Un soldado de la 45.ª División le explicaba a su familia en abril que por primera vez en cinco semanas se había comido un huevo fresco. «Es posible», concluía, «que nos estén engordando antes de mandarnos al matadero».<sup>128</sup> Era muy posible. Anzio seguía siendo «el mayor campo de prisioneros de guerra económicamente independiente», según recalca Axis Sally<sup>129</sup> en sus emisiones de radio nocturnas, y todos y cada uno de los soldados percibían el cambio que flotaba en el ambiente.

La primavera que avanzaba también agudizaba su soledad y les hacía añorar, igual que le ocurría a Truscott, los árboles del amor y los cornejos, las risas de los niños y los partidos de béisbol con banquillos auténticos en lugar de zanjas de trinchera. Jack Toffey les escribía a sus hijos, John de doce años, y Anna de siete: «Creo que lo que más echo de menos, después de vosotros, a quienes añoro muchísimo, son los partidos de la liga profesional de béisbol».<sup>130</sup>

Sólo había un camino de regreso a casa. Las laderas verdeantes de los montes Laziali dominaban desde la altura la llanura costera, atractivas y fascinantes, y el tictac del reloj marcaba las horas que faltaban para llegar a la fatídica hora, inexorable aunque todavía desconocida. No tardarían en abandonar esta parcela pestilente, este infortunio, este hervidero de tormentos y todos saldrían de ahí transformados. «Anzio», escribía un oficial: «fue el lugar donde muchos de nosotros dejamos de ser jóvenes».<sup>131</sup>

### «INFUNDIRLES EL TEMOR DE DIOS»

Muy por encima del lodo y la miseria, y muy lejos de los «revientacasas» y de los «ejecutores», hacía tiempo que los Aliados habían conseguido la victoria en una de las fases de la guerra. El cielo pertenecía al ejército del aire aliado del Mediterráneo, una arrogante hegemonía comparable al dominio naval de los Aliados en alta mar. Las legiones de Ira Eaker incluían ahora trece mil aviones y trescientos mil soldados, aunque algunos de estos aviones, en especial los escuadrones de la RAF en Oriente Medio no fueran «operativos».<sup>132</sup> Los cerca de ocho mil que sí podían volar habían conseguido que la Luftwaffe se viera obligada a circunscribirse a insignificantes ataques relámpago. Apenas quinientos aviones alemanes podían ahora despegar de sus bases en el sur de Francia y norte de Italia.<sup>133</sup> Las defensas antiaéreas contra las incursiones aliadas se habían visto asimismo muy debilitadas debido a la acuciante necesidad de defender la madre patria y el Frente Oriental; tan sólo doscientos sesenta de las cuatro mil trescientas baterías antiaéreas alemanas estaban desplegadas en Italia, junto a unas escasas catorce baterías de reflectores de las cuatrocientos setenta de las que disponía el ejército alemán.<sup>134</sup>

En contraste, la robusta defensa de Europa central de Hitler había transformado el bombardeo estratégico de las ciudades alemanas en una prolongada lucha a muerte a treinta mil pies de altura. Finalmente ahora, la sanguinaria visión que propugnaba el constante bombardeo del Reich desde dos direcciones, donde el XV Ejército del Aire en Italia complementaba al VIII Ejército del Aire y al Mando Bombardero Británico en Inglaterra, empezaba a mostrar sus promesas inequívocas. Aunque un tripulante que solía despegar de Italia<sup>135</sup> hubiera enumerado en su diario una lista de todos los países que había bombardeado, Alemania, Francia, Italia, Austria, Hungría, Bulgaria, Rumanía y Yugoslavia, lo cierto es que las contribuciones del XV Ejército del Aire durante el invierno habían

quedado restringidas por las impenetrables nubes que coronaban los Alpes, las condiciones atmosféricas inesperadamente adversas sobre Italia, la escasez de cazas de escolta y las crecientes dificultades.<sup>136</sup> Al llegar el mes de marzo de 1944, Eaker todavía seguía describiendo al XV como «una pandilla bastante desorganizada».<sup>137</sup>

En el otoño de 1943, las pérdidas en trampas mortales como Regensburg y Schweinfurt, habían alcanzado tal magnitud que los Aliados perdieron por un tiempo la superioridad aérea sobre una gran parte de Alemania, no obstante lo cual, en noviembre, el Mando de Bombarderos resumía la suerte de cuarenta y una ciudades alemanas en una única hoja de papel, una lista encabezada por Berlín: «195 hectáreas de zona residencial han sido devastadas y se ha deteriorado gravemente a la industria; podemos considerar que la importancia de los daños causados a Berlín, en términos relativos, es similar a los causados a Londres».<sup>138</sup> La ruina abarcaba desde Hannover («destruida en su mayor parte») hasta Frankfurt, Stuttgart y Múnich («daños muy importantes»). Regiones enteras fueron resumidas en una frase mortal: «región del Saar: las pequeñas ciudades productoras de carbón y de acero han de ser reducidas a escombros».<sup>139</sup> Un informe de Hap Arnold, también del mes de noviembre, comparaba los daños producidos por los bombardeos en Coventry, en el centro de Inglaterra (40 de 778 hectáreas devastadas), a los infligidos en Hamburgo (2.500 de 3.400 hectáreas) y en Colonia (723 de 1.345 hectáreas). Y sólo era el principio.<sup>140</sup> «¿Acaso somos unos animales? ¿No estaremos llevando esto demasiado lejos?», se preguntaba Churchill en voz alta. Más tarde, el primer ministro, que había respaldado de un modo vehemente algunas de las incursiones más destructivas, expresaría su arrepentimiento de «que la raza humana hubiera aprendido a volar».<sup>141</sup>

Cercano el final del quinto invierno de la guerra, la ofensiva combinada de los bombarderos se estaba acercando al millón de toneladas de explosivos lanzados sobre los objetivos alemanes, que matarían o dejarían heridos a más de un millón de civiles, y que destruirían casi cuatro millones de hogares.<sup>142</sup> Los comandantes estadounidenses cayeron en la cuenta, con un cierto retraso, de que, a pesar de los cientos de ametralladoras de calibre 0,50 que erizaban los fuselajes de las fortalezas volantes B-17 en formación, seguían siendo necesarias las escoltas de cazas de largo alcance que acompañaran a los bombarderos hasta las profundidades del Reich.<sup>143</sup> La llegada de una enorme bandada de Mustang P-51, a principios de 1944, respondía a esta necesidad; al llegar el mes de marzo, estos aviones ya tenían un alcance de mil trescientos cincuenta kilómetros, más que suficiente para volar hasta Berlín y más allá; se comparaba a los truculentos P-51, que antes de enfrentarse a los cazas de la Luftwaffe dejaban caer los depósitos que llevaban bajo las alas, a

«bravucones de taberna quitándose el abrigo antes de una pelea».<sup>144</sup> Los pilotos norteamericanos recibieron órdenes de «perseguir al huno hasta destruirlo. Infundirles el temor de Dios».<sup>145</sup>

A finales de febrero, con un gran retraso, se inició una ofensiva de bombarderos que recibió el nombre clave de Argumento, un ataque a casi doscientos objetivos industriales y militares, que incluían desde fábricas de aviones hasta plantas de producción de caucho.<sup>146</sup> Casi cuatro mil bombarderos desde Gran Bretaña e Italia infligieron a lo largo de unos días interminables una paliza implacable que no tardaría en ser conocida como la Gran Semana. Las toneladas de bombas que el VIII Ejército del Aire dejó caer en seis días casi igualaban a la cantidad lanzada a lo largo de todo el primer año de la contienda. Las pérdidas aliadas fueron amargas: doscientos veintiséis bombarderos, veintiocho cazas, y dos mil seiscientos tripulantes.<sup>147</sup> La esperanza de inutilizar la industria aeronáutica alemana no quedó satisfecha, y en el año 1944, los aviones de la Luftwaffe seguían saliendo de las plantas de producción alemanas, más que en cualquier otro año de la guerra, aunque a expensas de la producción de bombas.<sup>148</sup> Las factorías se dispersaron bajo tierra y se ocultaron en bosques remotos; sin embargo, el daño causado fue severo. En febrero, la Luftwaffe había perdido más de una tercera parte de sus cazas monomotor y casi una quinta parte de sus pilotos de combate. Esta última pérdida fue especialmente grave; la carrera de combate de un nuevo piloto alemán duraba ahora, en promedio, menos de un mes.<sup>149</sup>

El peso del metal había empezado a «ralentizar la economía de guerra alemana», en palabras de Eaker.<sup>150</sup> Los bombarderos diurnos de los yanquis y los nocturnos de los británicos acabaron por conseguir la sinergia que los teóricos del aire llevaban prometiendo desde hacía más de un año. Al disponer de un tiempo más favorable, los bombarderos pesados aliados dejaron caer en abril una media de dos toneladas de explosivos sobre objetivos alemanes cada minuto de cada día.<sup>151</sup> La Luftwaffe se convertiría en casi tan ineficaz en Europa central como ya lo era en el Mediterráneo. Las plantas de producción de combustible sintético, el talón de Aquiles de la máquina bélica de Hitler, se hallaban ahora claramente al alcance y los ataques a gran escala comenzaron a mediados de mayo.<sup>152</sup>

No obstante, el duro invierno de los aviadores dejó paso a una dura primavera.<sup>153</sup> En el mes de marzo, la fuerza aérea aliada que despegaba de Inglaterra perdía veinte bombarderos al día, y otros tres mil bombarderos del VIII Ejército del Aire sufrieron daños ese mismo mes. La decisión de casi diecinueve tripulaciones estadounidenses en marzo y abril de volar hacia países neutrales, en general Suecia y Suiza, donde serían internados hasta el final del conflicto, puso de

manifiesto los problemas de conciencia. El ejército del aire había bombardeado Suiza en repetidas ocasiones, algo que de ningún modo podía contribuir a mejorar su reputación de precisión: un intenso ataque, el 1 de abril, dejó más de cien heridos en la ciudad de Shaffhausen.<sup>154</sup>

Las pérdidas siguieron siendo terribles, a consecuencia de una defensa antiaérea más sólida que nunca.<sup>155</sup> Sólo una de cada cuatro tripulaciones de los bombarderos del VIII Ejército del Aire podía esperar completar la cuota mínima de veinticinco misiones exigidas para ser destinado a Estados Unidos; los que no morían o desaparecían quedaban inutilizados para el servicio a causa de los accidentes, la fatiga u otros contratiempos. Las bajas del Mando de Bombarderos eran comparables a las bajas de los soldados de infantería británicos durante la primera guerra mundial. Observemos la cruel ironía: la fuerza aérea, que se suponía que debía impedir que las fuerzas terrestres aliadas acabaran en un matadero similar al del Frente Occidental, sencillamente complementó la escabechina. Un piloto de B-17 describía una misión angustiosa:

Cuando un avión saltó por los aires, vimos trozos que volaban en el cielo por doquier. Una de las piezas se estrelló contra nosotros; uno de los aviones chocó contra un cuerpo que había caído de otro aparato ante nosotros; un tripulante salió por la escotilla delantera de un avión y se golpeó contra la cola de su propio aparato. No tenía paracaídas. Su cuerpo giró y giró como un saco lanzado al aire ... un piloto alemán salió despedido de su carlinga y se encogió de piernas, cabeza abajo, hasta hacerse una bola; los papeles se escapaban de sus bolsillos e hizo un triple salto mortal mientras cruzaba nuestra formación. No tenía paracaídas.<sup>156</sup>

«Cuando salgo en una misión, tengo miedo», le confesaba John Muirhead a un amigo: «cuando no vuelo, me aburro y cuando mueren, me alegro de no haber sido yo».<sup>157</sup> Los aviadores cantaban una parodia de una canción de la película *Casablanca*: «Debes recordar / que los antiaéreos no pueden fallar siempre / y que alguien tiene que morir».<sup>158</sup> Tan sólo los accidentes mataron a trece mil tripulantes de aviones estadounidenses,<sup>159</sup> y al finalizar la guerra, ciento cuarenta mil aviadores aliados habían muerto.<sup>160</sup> «En mis últimas cuatro incursiones, me han tocado tres veces», escribía a su familia un miembro del 17.º Grupo de Bombarderos a finales de febrero, «el fuego antiaéreo era tan denso que no podía ver los aviones que llevaba delante, y no estoy mintiendo».<sup>161</sup> Los parches de aluminio con los que se reparaban los agujeros de bala y las perforaciones de los proyectiles de los cañones antiaéreos daban a los fuselajes un aspecto acolchado.<sup>162</sup> El bombardero de un B-25, en una carta a su casa, describía «la pupila dilatada, la respiración agitada, la boca seca... Es una terrible responsabilidad dejar caer una bomba sobre un hospital».<sup>163</sup>

Las turbulencias de las hélices, los trajes eléctricos defectuosos (las temperaturas en el interior de los bombarderos, que no tenían calefacción, podían alcanzar los cincuenta grados bajo cero), y la hipoxia causada por las máscaras de oxígeno defectuosas intensificaban el peligro.<sup>164</sup> Los cazas enemigos, en un intento de romper las defensas de las formaciones de bombarderos, modificaron su táctica, y los aviadores aliados fueron alertados acerca de los nuevos perfiles de ataque de la Luftwaffe, bautizados «Sisters' Act» (el número de las tres hermanas),<sup>165</sup> «Twin-engine Tailpecker» (bimotor picoteador de cola) y «Hun in the Sun» (el huno bajo sol). Una distracción momentánea del jefe de escuadrilla podía tener unas consecuencias catastróficas. Un comandante de escuadrón, un actor de Hollywood llamado Jimmy Stewart, afirmarí más tarde: «No rezaba por mí, sólo rezaba para no equivocarme».<sup>166</sup>

En el Mediterráneo, la fuerza aérea incrementaba de forma constante las cuotas de misión, en especial las de los bombarderos medios, cuyas salidas tendían a ser más cortas y menos peligrosas que las de los pesados, al menos en teoría. En febrero el «tour fijo» fue abolido por completo a favor de «una misión variable en función de las condiciones locales».<sup>167</sup> Los aviadores ahora vestían camisetas en las que se podía leer «Volar hasta morir».<sup>168</sup>

Entre los afectados por el constante aumento en espiral de las cuotas de misión, se encontraba un joven de Brooklyn, un bombardero de veintiún años cuyo grupo de bombarderos B-25 sería trasladado a Córcega en abril, junto a nuevos aviones, tras haber sido violentamente expulsados del aeródromo del Vesubio a causa de la erupción del volcán. El teniente Joseph Heller volaría sesenta misiones sobre Italia y el sur de Francia, y sus experiencias quedarían plasmadas en la historia de John Yossarian, un emblemático bombardero a bordo de un B-25, en la mejor de las novelas que emergería de la guerra, *Catch-22*.<sup>169</sup>

«Estaban intentando matarme, y yo quería irme a casa, y no era ningún consuelo que intentaran matarnos a todos nosotros cada vez que íbamos allá arriba», escribiría Heller más tarde en sus memorias. «Estaban intentando matarme a mí ... empecé a cruzar los dedos cada vez que despegábamos y a rezar en silencio una pequeña oración. Era mi pequeño ritual secreto.»<sup>170</sup>

La hegemonía sobre el cielo italiano envalentonó a los aviadores aliados, que quisieron asegurarse de poder extender su dominio a la tierra. Una campaña de interceptación que cortara las líneas logísticas del enemigo en el centro de Italia forzaría «una retirada alemana obligada por el abastecimiento insuficiente», escribía Eaker a Hap Arnold a principios de abril. Privar al ejército de Kesselring

de alimentos, combustible y munición podía incluso «convertir una ofensiva terrestre en innecesaria» y abrir el camino hacia Roma, al mismo tiempo que salvaba innumerables vidas. La campaña recibiría el nombre clave de Strangle.<sup>171</sup>

Los alegatos exagerados que preconizaban la eficacia de la fuerza aérea ya se habían oído antes en Mesina, Salerno y Anzio, y en dos ocasiones, en Cassino; Eaker le había incluso prometido a Arnold que sus pilotos harían callar a Anzio Annie. Strangle constituía la manifestación más atrevida hasta el momento de «la afirmación de que los aviadores podían ganar la batalla terrestre de los soldados», según escribiría WFG Jackson. Italia parecía el laboratorio ideal para una intercepción aérea, habida cuenta de la estrechez geográfica de la península, las largas líneas de abastecimiento desde Alemania y de la abrupta geografía del territorio, que canalizaba las vías de ferrocarril hacia estrechos desfiladeros a través de innumerables puentes y túneles.<sup>172</sup>

La mayor parte de la especulación acerca del mejor modo de herir a los alemanes desde las alturas había sido confiada a un anatomista y especialista en primates, sudafricano de nacimiento, llamado Solly Zuckerman, que había pasado de los estudios del estilo de *The Social Life of Monkeys and Apes* a meditar sobre los perjudiciales efectos de las bombas sobre los seres humanos. Zuckerman era un favorito de Churchill, y entre sus amigos de antes de la guerra se contaban Evelyn Waugh, Lillian Hellman, y los musicales hermanos Gershwin; los logaritmos y cálculos de probabilidades de Zuckerman, y el propio Solly, ya desde antes de la invasión de Sicilia, se habían cernido, amenazantes, sobre la planificación de los bombardeos en el cuartel general de las fuerzas aliadas. En un informe respaldado por el Ministerio del Aire británico a finales de 1943, postulaba que la mejor manera de «aislar el campo de batalla» en el sur de Italia consistía en el incesante y sistemático bombardeo de las áreas de clasificación de los ferrocarriles, en especial las que tuvieran importantes talleres de reparación. La influencia de Zuckerman condujo a que, durante varios meses, el centro de atención se trasladara con ahínco a estos cuellos de botella ferroviarios en el centro y el norte de Italia.<sup>173</sup>

Sin embargo, Zuckerman había escurrido el bulto y se había marchado a Londres para unirse a Eisenhower; en Caserta se reaccionó con gran dureza en contra de su teología. Los analistas de los servicios de inteligencia observaron que desde la captura de Nápoles habían caído más de ocho mil toneladas de bombas sobre los talleres ferroviarios italianos «sin haber conseguido debilitar significativamente el abastecimiento del enemigo».<sup>174</sup> El sistema ferroviario italiano controlado por los alemanes contaba con, al menos, cincuenta áreas de clasificación y un centenar de otros centros que disponían de diez o más vías; todos



difíciles de destruir y fáciles de reparar o de rodear.<sup>175</sup> Se estimaba que las divisiones de Kesselring en los frentes de Cassino, Anzio y del Adriático necesitaban alrededor de cuatro mil toneladas de provisiones y material al día, transportadas a bordo de quince trenes que utilizaban menos de la décima parte de la capacidad ferroviaria italiana; por otra parte, Alemania disponía de tantas locomotoras en toda Europa, unas sesenta y tres mil, «que podía permitirse el lujo, al final de cada transporte, de abandonar las locomotoras necesarias para los quince trenes», según afirmaría la inteligencia aliada.<sup>176</sup>

Eaker y sus apóstoles, en especial el brigadier general Lauris Norstad, insistían en que la campaña debía tener en cuenta, además, objetivos como puentes, desfiladeros, e incluso las vías en campo abierto a lo largo del «cinturón de interceptación», y obligar a los especialistas alemanes en logística a confiar en los ineficaces camiones sedientos de combustible que también debían convertirse en objetivo.<sup>177</sup> Sería conveniente que los cazabombarderos y los bombarderos medios localizaran con precisión los objetivos de los ataques, pilares de viaductos y similares. Eaker, contando con la aprobación de la junta de jefes, definía el 19 de marzo los objetivos de la campaña en la Directiva de Bombardeo n.º 2, «reducir la circulación de los suministros del enemigo hasta un punto que le imposibilite mantener operativo a su ejército en el centro de Italia».

Strangle empezó con muy mal pie.<sup>178</sup> A primera hora de la mañana del 22 de marzo, una unidad de la OSS formada por quince soldados estadounidenses uniformados, la mayoría de ellos de habla italiana y procedentes de Nueva York, remaron a tierra en tres botes de goma y desembarcaron al nordeste de La Spezia llevando órdenes de hacer saltar un túnel en la línea principal del ferrocarril desde Génova, un lugar al que los aviones de Eaker no podían llegar. La misión llevaba el nombre clave de Ginny. Las dos patrulleras que habían trasladado a los hombres desde Córcega regresaron las dos noches subsiguientes para evacuar a la unidad de la zona, sin conseguirlo. Las señales de luces desde la playa seguían una secuencia de colores equivocada, y las fotos aéreas mostraban que los trenes seguían circulando por el túnel. «Suponemos que las luces de señales son una trampa de los alemanes», informaba la OSS, «y suponemos que la misión ha fracasado».<sup>179</sup>

Y en efecto, había fracasado. Un pescador italiano había descubierto uno de los botes escondido en las rocas y había alertado a las autoridades fascistas locales.<sup>180</sup> Las tropas alemanas rodearon a los norteamericanos antes que pudieran llegar al túnel y capturaron a los quince hombres tras un breve tiroteo. Al amparo de una directiva del Führer que ordenaba la eliminación de cualquier saboteador, incluidos los que llevaran uniforme, el comandante del cuerpo alemán, el general Anton

Dostler, ordenó su ejecución. Al amanecer del 26 de marzo, los soldados de la OSS, maniatados con alambre a la espalda, fueron llevados a un descampado cerca del pueblo de Ameglia.<sup>181</sup> A la orden de fuego, un pelotón los acribilló y un oficial alemán les dio el tiro de gracia con una pistola. Un mensaje del puesto de mando de Kesselring a Hitler, interceptado y descodificado por Ultra, informaba que las «tropas terroristas norteamericanas» en Italia habían sido «liquidadas», sin embargo, el destino exacto del equipo de Ginny no se conocería hasta un año más tarde. La justicia, de nuevo, tomaría mucho más tiempo.<sup>182</sup>

La campaña de bombardeos demostró ser más enérgica. Grandes enjambres de aviones en formación de ataque sobrevolaban y cruzaban el cinturón de intercepción; al terminar la operación, habían llevado a cabo más de cincuenta mil misiones y arrojado veintiséis mil toneladas de potentes explosivos. A mediados de abril, veintisiete puentes habían sido cortados, a pesar de las condiciones atmosféricas irregulares que dejaba en tierra, día sí, día no, a los bombarderos medios.<sup>183</sup> Algunos de los objetivos fueron machacados sin descanso, entre ellos la línea Florencia-Roma, alcanzada en veintidós puntos diferentes.<sup>184</sup>

Estaciones, puentes, talleres de reparación de locomotoras y trenes aparcados constituyeron todos ellos blancos legítimos. La media de aciertos en el blanco y en los pilares de los puentes de los cazabombarderos era de una por cada diecinueve salidas, una precisión diez veces mayor que la de los bombarderos pesados, que también lanzaban sus bombas sobre las conducciones eléctricas del ferrocarril, táctica que agravaba aún más la escasez de electricistas alemanes.<sup>185</sup> El número de interrupciones del servicio en los ferrocarriles italianos en un día cualquiera se triplicó hasta las setenta y cinco;<sup>186</sup> a mediados de abril, todas las vías hacia Roma estaban bloqueadas y los trenes solían detenerse en Florencia para trasladar los suministros a bordo de camiones que los transportaban hacia el sur.<sup>187</sup> Los bidones de gasolina sustituyeron por fuerza a los vagones-cisterna, pero los bidones no bastaban.<sup>188</sup> Los movimientos de tropas se ralentizaron, las frecuencias de trenes se espaciaron y, en ocasiones, los intendentes enemigos se veían obligados a elegir entre cargar alimentos o cargar municiones.

A mediados de abril, Kesselring ordenaba a las columnas de suministros desplazarse al amparo de la oscuridad, algo que, a medida que los días se alargaban, imposibilitaba los viajes de ida y vuelta en una sola noche.<sup>189</sup> Algunas expediciones entre Florencia y Perugia, apenas unos trescientos cincuenta kilómetros de ida y vuelta, tardaban casi una semana.<sup>190</sup> Los conductores italianos, bajo el fuego enemigo, eran «tan poco fiables que daban pena», y ello pese a que

los alemanes habían creado una escuela de conductores de convoy a fin de mejorar su conducción nocturna. «Las dificultades parecían amontonarse», reconocería posteriormente un oficial de transportes.<sup>191</sup>

No obstante, no se amontonaron lo suficiente. Haciendo gala de esa exasperante combinación de destreza y determinación tan característica de la guerra de los alemanes en Italia, la Wehrmacht, sencillamente, siempre conseguía salir adelante.<sup>192</sup> El tráfico se ralentizó, pero nunca se detuvo; las barcas costeras y los carros complementaban una flota de doce mil camiones; diversas empresas de reparación de ferrocarriles llegaron desde Francia para reparar vías y puentes, y por cada vagón de carga destruido, aparecían diez más que los sustituían: los alemanes poseían dos millones en toda Europa.<sup>193</sup> El minucioso camuflaje que, en el caso de los puentes sobre el Po, por ejemplo, ensartaba los nuevos pilares entre las ruinas del viejo, complicó la tarea de descubrir los objetivos.<sup>194</sup> Las reservas de combustible y de munición de Kesselring permanecieron estables y el general Walter Warlimont, el ayudante de Jodl en el alto mando de Berlín, declaraba que «en general, la situación, en cuanto a suministros, puede ser considerada satisfactoria».<sup>195</sup>

Strangle apenas «consiguió poco más que llegar a ser una molestia», concluiría más tarde la historia oficial del ejército estadounidense, una conclusión que subestimaba en exceso el resultado de la operación.<sup>196</sup> La campaña le causó grandes dificultades a Kesselring, y erosionó su capacidad de resistencia ante una ofensiva sostenida. Si bien el tráfico ferroviario en el centro de Italia se anquilosó, lo cierto es que incluso los partidarios más acérrimos de la aviación expresaron su decepción.<sup>197</sup> La fuerza aérea «no puede aislar por completo el campo de batalla del aprovisionamiento del enemigo o de los refuerzos», escribiría al finalizar la primavera el asistente británico de Eaker, el mariscal del aire John C. Slessor. Tampoco los bombardeos «por sí solos pueden derrotar a un ejército organizado y disciplinado en grado sumo, aun cuando este ejército carezca prácticamente de apoyo aéreo».<sup>198</sup>

La valoración más sucinta llegó del general Norstad, una frase de ocho palabras que anunciaba la lucha terrestre a muerte que se les iba a exigir librar, a partir de aquel momento, a un millón de hombres a lo largo de la Línea Gustav.

«No se pudo obligar al enemigo a retirarse», declaró Norstad.<sup>199</sup>

«SOIS TODOS UNOS VALIENTES. SOIS TODOS UNOS CABALLEROS»

La primavera, brillante y fecunda, avanzaba con gran cautela por la bota italiana.<sup>200</sup> El trigo verde brotó en abril, igual que llevaba haciendo, en tiempos de guerra y en tiempos de paz, desde hacía milenios. Los halcones volaban en círculos en las térmicas en un cielo azul perfecto, y las flores pintaban los campos de color: botones de oro, primaveras y violetas apelonadas.<sup>201</sup> Los esbeltos álamos empezaban a verdear, igual que los membrillos silvestres y el espino blanco. Los ríos bailoteaban y saltaban por las rocas hasta llegar al mar. Capullos blancos y rosas punteaban los almendros y los perfumes delicados se entremezclaban con el tufo más grosero de los pueblos calcinados.<sup>202</sup>

Los pastores se ocupaban de sus animales, vacas de ojos oscuros y cabras, de cuyos cuellos colgaban sonoros cencerros.<sup>203</sup> Niños armados de mazos conducían los arados tirados por bueyes y rompían los terrones en los surcos.<sup>204</sup> En los viñedos destruidos se reparaban los cables en los que debían enlazarse los nuevos zarcillos. «Llevo en Italia tanto tiempo que ya me siento un *dago*,<sup>205</sup> y seguro que incluso parezco uno de ellos», escribía a su casa un soldado de la 45.ª División. «Hemos acabado hablando una jerga medio *dago*, medio inglés, mezclada con una gran cantidad de argot militar.» Los cráteres de obús cubrían el valle del Corazón Púrpura y tras, un intenso chubasco, relucían al sol como monedas que hubieran caído al suelo.<sup>206</sup> En una carta a un amigo suyo en California, un sargento del 141.º de Infantería describía «un campo cubierto de amapolas rojo sangre ... hace que a uno se le llene el cuerpo de tristeza y entran ganas de echarse a llorar».<sup>207</sup> Con referencia a los camaradas que habían marchado hacia el oeste, añadía, «ya son tantos los que descansan bajo la hierba, y que esperan que nosotros, los vivos, nos hagamos cargo de llevar la antorcha de la libertad ... La vida aquí se resume a lo más básico y sencillo, sin adornos, ni decoraciones ni frivolidades».

La primavera únicamente parecía dudar en Cassino, como si fuera rechazada.<sup>208</sup> Allá donde las acacias y los olivos debieran colorear las vertientes en plata, los troncos quemados escalaban las laderas hacia la abadía, ahora rebautizada Gólgota por un sacerdote británico. En las llanuras más abajo, una pátina de polvo de roca emblanquecía los escombros a la deriva y les confería una palidez espectral; «si existe una ciudad muerta, es ésta», observaría el conductor de ambulancia John G. Wright, «hectáreas y hectáreas bombardeadas hasta los cimientos».<sup>209</sup> Incluso observado a través de un telescopio desde el escarpado risco de pizarra del Monte Trocchio, la ciudad parecía desierta; «el pueblo fantasma», lo denominaban algunos soldados británicos.<sup>210</sup> La gran Carretera 6 se había arrugado hasta convertirse en un camino de cabras, que ensuciaban cascos y bandoleras abandonados.<sup>211</sup> Las tumbas junto al camino punteaban el paisaje, normalmente en

expeditivos grupos de tres o cuatro, pero muchos de los cadáveres seguían descansando en el mismo lugar donde fueron abatidos. «Caí en la cuenta de que lo que olía eran seres humanos como yo», escribiría más tarde el fusilero Alex Bowlby. «Los invisibles muertos sin bendecir asumían un poder de lo más aterrador.»<sup>212</sup>

Sin embargo, en Cassino, también los vivos eran invisibles y no cabía ninguna duda de que tampoco habían sido bendecidos. Mil quinientos soldados, la mitad británicos y la mitad alemanes, vivían entre los cascotes.<sup>213</sup> Ni Strangle ni cualquier otra táctica de los Aliados había convencido a los paracaidistas del general Von Senger de retirarse ni un solo centímetro. Seguían en posesión de la zona alta y de varios baluartes de Cassino, entre ellos el Hotel Continental y el Hotel des Roses. Los neozelandeses de Freyberg habían cedido su lugar a primeros de abril al 1.er Batallón de Granaderos de la Brigada de la Guardia, una unidad de élite británica, que ocupaba un amplio semicírculo desde la cárcel en el norte hasta la estación del ferrocarril en el sur.<sup>214</sup>

Cada atardecer, los porteadores de la Brigada de la Guardia se fumaban un último cigarrillo a sotavento del Monte Trocchio, a continuación se quitaban los relojes de pulsera a fin de evitar los reflejos mortales a la luz de la luna, y se cargaban a la espalda sacos cerrados con nudos que contenían las provisiones de otro día más: alimentos, munición, correo, periscopios, matarratas, pantallas de alambre para desviar las granadas enemigas y cal viva para desodorizar a los muertos.<sup>215</sup> La mayoría de ellos calzaba zapatillas deportivas envueltas en tela de saco que amortiguaba el sonido de las pisadas.<sup>216</sup> Navegaban por la Milla Descabellada, el tramo final entre el Rincón de Mierda y la ciudad, utilizando puntos de referencia conocidos, como la enfermera norteamericana muerta e inexplicablemente ensartada a una viga bajo el puente,<sup>217</sup> y por «balizas olorosas», por ejemplo el cadáver en descomposición de una mula en una de las encrucijadas.<sup>218</sup> A veces, Spandau Joe, un artillero enemigo, abría fuego sobre la columna vespertina, martilleando la Carretera 6 con balas que rebotaban haciendo carambolas sobre el pavimento y que parecían las chispas despedidas por una piedra de afilar. Los porteadores avanzaban a toda prisa, dejaban caer su carga, y regresaban a toda velocidad a Trocchio a descansar hasta la noche siguiente. Un teniente de la Artillería Real que realizaba a menudo el recorrido hasta Cassino opinaba que «cada vez era más difícil hablar sin padecer un serio tartamudeo».<sup>219</sup>

El puesto de mando de los granaderos ocupaba una cripta bajo una iglesia católica, donde sólo se podía entrar a gatas a través de un agujero practicado entre los escombros. Un soldado alemán en descomposición yacía junto a la entrada y

quienes entraban o salían se inclinaban ante él y susurraban «buenas tardes, Hans».<sup>220</sup> El fuego de obús y las bombas habían hecho saltar los techos de los panteones, esparciendo esqueletos por toda la nave, y los soldados británicos habían colgado papel matamoscas, una batalla perdida contra los insectos. Los piquetes ocupaban tres puestos avanzados, conocidos por los nombres de Jane, Helen y Mary, en edificios destrozados apenas a un centenar de metros de la línea alemana. Los centinelas mecían en su regazo las ametralladoras Bren, bajo las vencidas imágenes de la Virgen, cuyos ojos permanecían fijos en el cielo.<sup>77</sup>

«No existe el día, únicamente dos clases de noche, una noche amarillenta, brumosa y asfixiante, y otra negra y saturada de meteoros», escribía un soldado asignado a uno de los sótanos de Cassino.<sup>221</sup> Los granaderos luchaban contra el hedor tapándose la nariz con repelente de mosquitos, y se turnaban en las guardias de periscopio, a semejanza de los tripulantes de submarinos.<sup>222</sup> «Observábamos un mundo muerto», informaba un soldado del regimiento escocés Black Watch. «Nada se movía entre las ruinas, y sin embargo, ojos ocultos lo veían todo.»<sup>223</sup> Escribían cartas y se tomaban el té, del que guardaban un centímetro en el fondo de su taza matutina para afeitarse.<sup>224</sup> Dedicaban interminables horas a hablar de política, de sexo y de lo absurdo de la vida, todo ello con tal de impedir lo que Fred Majdalany llamaba «monotonía mortal, lo más duro de soportar en una guerra».<sup>225</sup> Los obuses alemanes caían aquí y allá y los artilleros británicos devolvían el ataque, apuntando hacia donde sospechaban que se encontraban los fortines, que llevaban nombres clave de estrellas de cine: Ginger Rogers o Fred Astaire, entre otros.<sup>226</sup> Al llegar el crepúsculo salían a hacer sus necesidades, recordaba Majdalany, hileras de nalgas, «frisos grotescos que mostraban su color blanco en la semioscuridad».<sup>227</sup>

La vida al otro lado de los cascotes no era mucho más exquisita. Los paracaidistas alemanes, con sus túnicas demasiado grandes y cascos que parecían orinales, remojaban vendas en agua de colonia y se tapaban la nariz y la boca con ellas.<sup>228</sup> Otros se colocaban los vendajes sobre los ojos, dañados por las esquirlas de las piedras. Una orden alemana, fechada el 16 de abril, advertía: «con efecto inmediato, la palabra “catástrofe” deberá ser eliminada de todos los informes y órdenes, y también del vocabulario y de las conversaciones diarias».<sup>229</sup> El 20 de abril, media docena de esvásticas ondeaban sobre los cascotes en conmemoración del cincuenta y cinco cumpleaños del Führer, pero aunque «catástrofe» hubiera desaparecido de los labios de todos, no estaba demasiado alejada de sus mentes.<sup>230</sup> Los artilleros alemanes lanzaban panfletos que mostraban imágenes de la Muerte, que, calibrador en mano, medía sobre un mapa de Italia los escasos ciento veintitrés kilómetros cubiertos por los angloamericanos desde el desembarco en Salerno del

mes de septiembre.<sup>231</sup> Las líneas de fase y las previsiones de fechas marcaban el resto de la península; el mapa indicaba además un posible cruce de la frontera suiza en abril de 1948, y después, «a Berlín, otros seiscientos cincuenta kilómetros, llegada prevista alrededor del año 1952». Aunque muy ilustrativo del lentísimo avance de los Aliados, el mapa indicaba también lo lejos que cada uno de los *Gefreiter*, los soldados alemanes, se encontraba de su casa.

«Todo se encuentra a merced de los hados, y muchos de los muchachos que he conocido ya se han encontrado con los suyos», escribía un artillero alemán en su diario. «Mi mayor deseo es regresar a mi casa y reunirme con mi esposa y mi hijo. Quiero poder gozar de la belleza de la vida otra vez; aquí no tenemos más que horror y terror, muerte y condenación.»<sup>232</sup>

A pesar de toda su inhumanidad, en Cassino imperaba una peculiar dignidad entre los condenados a compartir su miseria. Todos y cada uno de los soldados británicos supieron agradecer la voz alemana que una noche irrumpió abruptamente en la frecuencia de la red de comunicación del regimiento británico de los Guardia de Coldstream y reconoció, en inglés, «Sois todos unos valientes. Sois todos unos caballeros».<sup>233</sup>

Poco después de las siete de la mañana del lunes 1 de mayo, todo el personal del V Ejército al completo, banda de música incluida, atravesó de puntillas el olivar más allá de los estanques de las truchas y de las estatuas de mármol de los jardines del palacio de Caserta. En el silencio más absoluto, rodearon la nueva caravana construida para su comandante y recién salida de un almacén de artillería. Cubierta de una generosa capa de pintura de camuflaje verde y pardo, la caravana gozaba no sólo de lámparas fluorescentes y de un retrete con agua corriente, sino además de grandes espejos y una cama muy larga.<sup>234</sup>

Mark Clark era muy metódico y una criatura de costumbres fijas y, por consiguiente, resultaba algo extraño que pasadas las siete y media de la mañana no hubiera llamado aún a un ordenanza para que le llevara el desayuno.<sup>235</sup> Al Gruenther, que había organizado este festejo con motivo del cuarenta y ocho cumpleaños de Clark, miró impaciente su reloj antes de ordenar por fin que sonara la sirena de alarma. Cuando el estridente sonido invadió el recinto del palacio, los músicos de la banda levantaron sus instrumentos y atacaron *There'll be a Hot Time in the Old Town Tonight* (Hay fiesta en la ciudad esta noche), seguido de una nueva cancioncilla, *The Fifth Army's Where My Heart Is* (Mi corazón se encuentra en el V Ejército), música y letra de Irving Berlin.<sup>236</sup>

La puerta de la caravana se abrió de golpe y en ella apareció un sonriente Clark ataviado de un pijama azul, zapatillas, una gabardina de trinchera y la gorra; «Su Alteza», lo aclamaría, bromeando, Gruenther.<sup>237</sup> Después de que la banda destrozara una versión muy animada de *Over There* (Por allí), Clark dio las gracias a todos los reunidos y les recordó que «aún quedaba mucho por hacer en esta guerra» y predijo que, sin duda, muchos de los soldados del V Ejército «participarían en combates en el sur del Pacífico». Cuando ya se retiraba al interior de su caravana, la banda se despidió interpretando *The Old Gray Mare* (La vieja yegua gris). Más tarde, ese mismo día, Clark voló a la playa bajo Castel Volturno y se dio un baño en el gélido Tirreno. En su fiesta de cumpleaños aquella noche participaron dos pasteles, un hipnotizador, unos cómicos y un «manipulador de cartas». «No cabe duda que se trata de un soldado muy curtido», escribiría Gruenther después de la fiesta, «pero de vez en cuando añora el hogar».<sup>238</sup>

Curiosamente, Clark acaba de regresar de una visita a su hogar. Mientras Alexander reorganizaba sus ejércitos con la vista puesta en la ofensiva de primavera proyectada para el mes de mayo, Clark había solicitado regresar a Washington por primera vez en casi dos años. Marshall, de entrada, se había opuesto, alegando que «esta visita llega en un momento muy inoportuno», aunque luego acabó cediendo, y a las tres de la madrugada del 11 de abril, vestido de un uniforme verde oliva sin adornos y luciendo la corbata verde de seda que se había convertido en su imagen de marca, Clark se deslizaba por la rampa de su avión en el aeródromo de Bolling, junto al río Potomac.<sup>239</sup> Renie, «excitada como una colegiala», se quedó atónita ante su aspecto tan demacrado, «delgado, tenso y cansado».<sup>240</sup> Un coronel del Ministerio de la Guerra le entregó una nota de Marshall, en la que, carente de cualquier indicio de bienvenida o de alabanzas, insistía en la necesidad de mantener su visita en secreto.<sup>241</sup> Un automóvil oficial, pasando junto al cementerio de Arlington, trasladó al matrimonio Clark a la residencia de Marshall en Fort Myers, para que pudieran dormir algunas horas. «Había una tensa y extraña falta de familiaridad entre nosotros», escribiría Renie más tarde. «Apenas pudo prestarme atención, parecía que siguiera en Italia.»<sup>242</sup>

La señora Clark había estado promocionando de nuevo la carrera del general Clark, algo que su marido ignoraba, y la fría recepción de Marshall tal vez reflejara la irritación de este último.<sup>243</sup> En una reciente nota al jefe del Estado Mayor, Renie le aseguraba que «Wayne, sin duda lo intenta». Le adjuntaba asimismo una carta personal de su marido en la que Clark le explicaba a su esposa, «Las cosas nunca son fáciles para mí, mis desdichados hombres tienen que hacerlo todo de la manera más difícil». Y continuaba:



Nunca podrás saber, amor mío, los momentos tensos, las horas y los días que tengo que pasar ... Voy al hospital a visitarlos, y hablar con cada uno de los hombres bajo una gran tienda ... Están acostados ahí, sin piernas, con heridas en el estómago y en el pecho, y sonrían y nunca se quejan ... A veces necesito hablar contigo, no tengo a nadie a quien pueda ir a ver y expresarle lo que siento de verdad.

Si Marshall sentía alguna compasión, mantenía a buen recaudo sus sentimientos. El jefe del Estado Mayor, como Renie le había pedido, le devolvió la carta, no sin antes haber hecho una copia. «Supongo que es usted consciente», advertía en una gélida nota dirigida a «Remi» a principios de marzo, «de la necesidad de mantener la naturaleza confidencial de las cartas que recibe de su marido».<sup>244</sup>

Los diez días de permiso pasaron volando. Una semana después de su llegada, y con Marshall vigilando por encima de sus hombros en el Pentágono, Clark dictaba una nota dirigida a su madre, que también vivía en el Distrito de Columbia, «Ya sé que te sorprenderá bastante saber que estoy en Washington ... es de imperiosa necesidad que no le menciones a nadie mi presencia aquí».<sup>245</sup> Con la autorización de Marshall, la madre de Clark se reunió con su hijo durante unos días en una reclusa cabaña del Hotel Greenbrier, un centro de vacaciones en Virginia transformado a la sazón en un hospital de rehabilitación. Clark jugaba al golf y hablaba de retirarse. Cuando lanzó tres bolas de *drive* consecutivas al lago, algunos alemanes, prisioneros de guerra que trabajaban como jardineros, se regocijaron con un gran alboroto. Clark salió furioso del *tee* rezongando «cómo lamento haber hecho prisioneros a estos tíos».<sup>246</sup>

Una tarde, antes de regresar a Italia, Clark fue conducido desde el garaje subterráneo del edificio de apartamentos donde vivía Renie, en la avenida Connecticut, hasta la entrada privada de una casa del siglo XIX en el número 1.806 de la calle I en el centro de Washington.<sup>247</sup> En aquel lugar, el Club Alibi, los ricos y poderosos de la élite de Washington se reunían para «cocinar ostras, langostas y patos por el placer de comer, jugar al póquer, e ingerir un brebaje mortal elaborado a partir de ron de Medford», en descripción del biógrafo de Marshall.<sup>248</sup> Este último, a fin de escuchar el informe de Clark sobre el progreso de la guerra en Italia, había reunido a una docena de personajes poderosos, grupo en el que se incluían el vicepresidente Henry A. Wallace y el presidente de la Cámara de Representantes del Congreso, Sam Rayburn. Durante más de una hora, y mientras su auditorio sorbía ostras alrededor de la mesa y lanzaba las conchas en un cuenco, Clark, con su voz profunda y almibarada, describía las campañas pasadas y futuras: la lucha desesperada en Salerno, la marcha a través de Volturno, el difícil combate

en la Línea de Invierno, la apuesta de Anzio y ahora, pronto, el gran avance que llevaría al V Ejército hasta Roma. Ninguno de esos hombres, concluyó Clark, tenían la más mínima idea de lo que era librar una guerra en la montañosa Italia.<sup>249</sup>

La «larga y sangrienta batalla en la península Italiana», palabras con las que Clark describiría el sufrimiento en una nota dirigida al mariscal de campo Wilson, tan sólo se había prolongado y hecho más sangrienta. Sin embargo, se acercaba el momento que lo compensaría todo. A su regreso a Italia, Clark llevaba en su avión junto a él a Pal, el *cocker spaniel* de la familia, para que le hiciera compañía, y unos paquetes de Katherine Marshall, la esposa del jefe del Estado Mayor, destinados a dos hijos suyos de un matrimonio anterior, dos jóvenes oficiales que estaban sirviendo en Italia.<sup>250</sup> La breve visita a casa, le escribiría Clark a Renie desde Caserta, «parece un sueño».<sup>251</sup>

Tras la reorganización de las legiones aliadas en Italia llevada a cabo por Alexander, Clark ejercía ahora el mando sobre trece divisiones: siete estadounidenses, cuatro francesas y dos británicas, una fuerza que cuadruplicaba al ejército que había llevado a Salerno nueve meses antes.<sup>252</sup> Aun cuando se sintiera orgulloso de estar al mando de unas huestes tan formidables, las exigencias en aumento, y otras cincuenta mil bajas en el V Ejército desde mediados de enero, le causaban una gran preocupación. Frío y distante, y sin embargo capaz de mostrar una gran simpatía y brillantez, Clark podía también ser terco e insignificante, y aferrarse a sus prerrogativas; a medida que avanzaba la guerra, su susceptibilidad iba en aumento y se ofendía con mayor frecuencia por desaires reales o imaginarios. No parecía que el mote de Marcus Aurelius Clarus fuera a desaparecer nunca.<sup>253</sup>

En ocasiones, Clark parecía mantener una disputa constante con todos los generales superiores del Mediterráneo. «Se dirige a los comandantes superiores de los cuerpos del ejército a sus órdenes como si se tratara de comandantes de compañía, y por supuesto hacia nosotros, los estadounidenses, tiene menos miramientos», decía Geoff Keyes en su diario.<sup>254</sup> Harto de las críticas de Clark, Truscott le recordó en dos ocasiones que él tenía la autoridad de despedir al comandante del VI Cuerpo «en cualquier momento»;<sup>255</sup> en su diario, Clark censuraba la «actitud quejica» de Truscott.<sup>256</sup> Un antiguo resentimiento hacia su antiguo instructor de matemáticas en West Point, el teniente general Devers,<sup>257</sup> ahora el comandante estadounidense de más graduación en el Mediterráneo, acabó siendo tan tóxico que Devers se negó a tratar directamente con Clark y utilizaba a Lyman Lemnitzer, el ayudante norteamericano de Alexander, como

intermediario.<sup>258</sup> «No podían estar juntos más de tres minutos sin enzarzarse en una pelea», explicaría Lemnitzer más tarde.<sup>259</sup> Clark opinaba que Devers era «un idiota» y le informó de que «ya había demasiados jefes».<sup>260</sup> Devers describió a Clark al mariscal de campo Wilson, «Se cree el Dios Todopoderoso, me produce jaquecas y, si pudiera, me desharía de él, pero no puedo».<sup>261</sup>

Las fricciones entre Clark y los británicos no hicieron sino intensificarse durante la primavera. Se lamentaba de que la Marina Real «actuaba de un modo despótico» y de que «no cooperaba en absoluto conmigo».<sup>262</sup> En diversas ocasiones se insolentó tanto con Alexander,<sup>263</sup> que Lemnitzer estaba convencido de que le iban a despedir, y avisó a Clark, como correspondía. En el alto mando británico estaban tan molestos por la «actitud vejatoria» de Clark<sup>264</sup> que, en marzo, llegó a debatirse la posibilidad de solicitar su relevo; la insurrección, que no contaba con el apoyo de Churchill, fracasó cuando llegó a oídos del Pentágono.<sup>265</sup>

«Muchas felicidades en este día tan señalado», le había deseado a Clark el primer ministro, en una tarjeta de felicitación por su cumpleaños.<sup>266</sup> Si aún sentía admiración por el hombre a quien llamaba «el águila americana», Churchill, por otra parte, no tuvo ningún inconveniente en utilizar otras metáforas tomadas prestadas del mundo de la fauna salvaje para arremeter contra el punto muerto al que se había llegado en Anzio. «Creíamos haber hecho desembarcar un tigre que debería haber desgarrado las tripas de los alemanes», le dijo a Eisenhower, y «en lugar de ello, hemos conseguido que embarranque una enorme ballena, que lo único que hace es golpear el agua con la cola».<sup>267</sup> A Churchill también le inquietaba, y así se lo confesaría a Wilson, «el sentimiento de amargura que recorrerá Gran Bretaña cuando los estadounidenses pregonen con estridencia, algo que no me cabe ninguna duda que harán, que ellos han tomado Roma», razón por la que instó a que el mérito fuera «compartido de forma equitativa».<sup>268</sup> Si bien se negó a apoyar el golpe en Caserta, Churchill expresó en voz alta sus reflexiones relacionadas con entregarle el mando del Ejército de la Cabeza de Playa a Alexander y dejar que Wilson se hiciera cargo del frente de Cassino, una idea descabellada que llevó al pobre Brooke a afirmar en privado, «me siento como un hombre encadenado al carro de un lunático».<sup>269</sup>

La tarea de manejar a Clark recayó sobre Alexander, que demostró no sólo una gran paciencia, sino la clarividencia de un dibujante. De su paleta de adjetivos, Alexander supo captar el hombre con precisas pinceladas: «Temperamental, muy sensible, extremadamente ambicioso, vano, ha aprendido mucho a medida que avanzaba la campaña». El general Alex hubiera preferido ver a Omar Bradley o a Patton asumir el mando del V Ejército, aunque sospechara que este último era

«demasiado impaciente para soportar este ritmo tan lento»; sin embargo, calificó a Clark de buen comandante. «Siempre frío en la batalla», añadía, «nunca lo vi asustado».<sup>270</sup>

Nunca asustado, tal vez, pero sí muy a menudo ansioso. Mil preocupaciones lo abrumaban sobremanera.<sup>271</sup> La defensa aérea de la cabeza de playa seguía siendo irregular, y Clark enturbió la celebración de su cumpleaños en Caserta el 1 de mayo al enzarzarse en una bronca con Alexander acerca del desproporcionado apoyo de bombarderos y de cazas que recibía el VIII Ejército a expensas del V. Las bajas se estaban haciendo tan corrosivas que se estimaba que cualquier división de infantería de Estados Unidos en Italia podía perder a sus 132 subtenientes en menos de tres meses de combate.<sup>272</sup> El período de entrenamiento elemental se había ampliado de trece a diecisiete semanas, pese a lo cual, muchos de los reclutas que formaban los relevos llegaban con escasa preparación militar, y algunos de ellos, incluso, incapaces de leer. Las unidades de incorporación más reciente al V Ejército, la 85.<sup>a</sup> y la 88.<sup>a</sup> divisiones de Infantería, ambas en el II Cuerpo de Keyes, fueron las primeras en ser enviadas al combate de entre las cincuenta y cinco divisiones compuestas sobre todo por reclutas procedentes del servicio militar obligatorio, y su valía todavía estaba por demostrar.<sup>273</sup> Cuatro de los seis comandantes de regimiento en estas dos divisiones de infantería ya habían sido relevados, según el consejo de Clark a Marshall, «por razones de edad y de condición física».<sup>274</sup>

Había más: las dos divisiones británicas todavía en Anzio habían quedado tan debilitadas que Truscott y Clark estaban igual de convencidos de que apenas podrían contribuir gran cosa a una nueva ofensiva. Desde Salerno, el ejército británico había sufrido 46.000 bajas en combate, miles más por enfermedad, y los relevos no habían cubierto las pérdidas. Por añadidura, observaría Gruenther, «muchos soldados británicos llevan luchando desde hace cuatro o cinco años, y en algunos casos, están bastante cansados».<sup>275</sup>

Muy pocos comandantes británicos disientían. «El absentismo y la desertión siguen dando problemas», escribía el general Penney, ya de regreso al mando de la 1.<sup>a</sup> División británica en Anzio, tras haberse recuperado de sus heridas. «Dispararles los primeros días hubiera posiblemente resultado una medida profiláctica muy eficaz.»<sup>276</sup> En la primavera de 1944, se juzgaba a diario por desertión a un promedio de diez soldados británicos,<sup>277</sup> y se estimaba que unos treinta mil «golondrinos» habían «puesto pies en polvorosa» por Italia.<sup>278</sup> «Todo el asunto está siendo encubierto», se lamentaba otro comandante de división británico.<sup>279</sup>

El fenómeno tampoco era exclusivo de los británicos. El ejército de Estados Unidos condenaría a veintiún mil desertores durante la segunda guerra mundial, muchos de ellos en el Mediterráneo. Clark criticó la oleada de heridas autoinfligidas en el V Ejército y las sentencias de cárcel de entre cinco y diez años, del todo inadecuadas, impuestas a los soldados estadounidenses acusados de «conducta equivocada ante el enemigo». Es un estudio psiquiátrico de dos mil ochocientos soldados condenados por desertar o por engrosar las filas de los AWOL (*Absent Without Official Leave*, ausentarse sin gozar de un permiso oficial) en el Mediterráneo, se catalogaron treinta y cinco razones ofrecidas por los inculpados, entre las que se incluían «mis nervios no pudieron resistirlo» y «estaba aterrado».<sup>280</sup>

Un fusilero de veintidós años que desertó en Cassino tras siete meses de combate constituía un caso habitual. «Siento que mi sistema nervioso está ardiendo y que mi corazón se dispara», manifestó. «Me entra el miedo y apenas puedo moverme.» Estos síntomas afectaban a decenas de miles de hombres, y se sumaban a las preocupaciones de Clark. El «agotamiento de combate», un término acuñado en Túnez para sustituir al inapropiado «neurosis de guerra», no hizo sino erosionar todavía más la fuerza de combate en Italia, igual que en otros lugares: desde el inicio de la guerra, y hasta que ésta terminó, alrededor de un millón de soldados estadounidenses serían hospitalizados aquejados de síntomas «neuropsiquiátricos», y medio millón serían liberados del servicio a causa de «alteraciones de personalidad».<sup>281</sup>

Todos los soldados corrían el mismo riesgo, pero sobre todo los soldados de infantería, que representaban el 14 por 100 de la fuerza de ultramar del ejército y que soportaban el 70 por 100 de las bajas.<sup>282</sup> Un estudio realizado sobre cuatro divisiones de infantería en Italia descubrió que un soldado ya no solía preguntarse «si sería herido, sino cuándo y con qué gravedad».<sup>283</sup> El cirujano jefe del ejército concluía que «prácticamente todos los hombre de los batallones de fusileros que no eran heridos, en último término se convertirían en bajas psiquiátricas», en general después de entre doscientos y doscientos cuarenta días acumulados de combate. «No existen los hombres de hierro», escribía el brigadier general William C. Menninger, un destacado psiquiatra. «Hasta la personalidad más fuerte, si se la somete a la tensión suficiente durante un período lo bastante largo, se desintegra.»<sup>284</sup>

El tratamiento por «narcosíntesis», que solía utilizar sodio amital o nembutal, proporcionaba a los soldados un profundo sueño y curaba el agotamiento de combate de algunos de ellos.<sup>285</sup> En el año 1944, más de cinco mil soldados

neuropsiquiátricos ingresaron en el 45.º Hospital General en Nápoles, y a muchos de los cuales se les aplicaba terapia de electrochoque, si bien, en general, menos de uno de cada cinco pacientes «NP» se reincorporaba al servicio.<sup>286</sup>

Todas estas dificultades afectaban a la capacidad del V Ejército de alcanzar Roma, y Roma constituía la mayor obsesión de Clark. En Washington se había enterado de que Overlord estaba ahora programada para primeros de junio; capturar Roma e invadir Normandía al mismo tiempo le asestaría un glorioso doble golpe a la moral del Eje.<sup>287</sup> Aunque el valor estratégico de la Ciudad Eterna fuera, cuando menos, dudoso,<sup>288</sup> lo cierto es que representaba un gran golpe de efecto, un premio merecido y prestigioso a tantos meses de difíciles combates.<sup>289</sup>

No obstante, llegar allá rápidamente era de suma importancia, antes que Overlord eclipsara la campaña italiana, y antes que los británicos pudieran robarle todo el mérito al V Ejército.<sup>290</sup> Las sospechas de Churchill estaban bien fundadas: Clark no tenía ninguna intención de compartir el crédito de la captura de la capital, de hecho, había empezado a mostrar signos de paranoia con referencia a los designios de los británicos.

«Sé a ciencia cierta que desde determinados círculos se está tramando que sea el VIII Ejército quien tome Roma», le confiaba Clark a su diario a primeros de mayo, «y creo que sería mejor que le dejara saber a Alexander que si intenta algo así tendrá entre manos otra dura batalla que librar, y ésta será contra mí».<sup>291</sup>

### «LA VÍSPERA DE GRANDES COSAS»

Alexander solía citar la observación de lord Nelson la víspera de la batalla de Trafalgar, «sólo una gran cantidad puede aniquilar», y hacía semanas que dedicaba todas las horas del día a amasar esta gran capacidad aniquiladora a espaldas de Kesselring.<sup>292</sup> Las huestes aliadas en Italia sobrepasaban a la sazón el medio millón de hombres, lo que equivalía a veintiocho divisiones, una capacidad que superaba ampliamente a la de los alemanes en artillería, blindados y aviación.<sup>293</sup> Según el plan de batalla diseñado por el jefe del Estado Mayor de Alexander, el teniente general A. F. «John» Harding, los Aliados tenían la intención de, por una parte, empujar al enemigo hacia el norte de Roma y, por otra, exterminar a los soldados alemanes hasta un punto en el que Hitler se viera obligado a reforzar su amenazado flanco sur en el mismo preciso momento en que Overlord barría Francia y se dirigía hacia el oeste.<sup>294</sup>

Esta grandiosa ofensiva, que recibió el nombre clave de Diadema, y cuyo inicio había sido programado para el 11 de mayo, exigía una ventaja de tres a uno en soldados de infantería si querían expulsar a los alemanes de la Línea Gustav en un punto de ataque ya muy conocido: el reducto de Cassino y las alturas adyacentes que dominaban el valle del Liri. Alexander, para este supremo honor, había elegido al VIII Ejército. «Entre nosotros», le confió en privado a Brooke, «creo que Clark y su ejército no están a la altura del ejercicio, les queda demasiado grande».<sup>295</sup> El V Ejército, del que formaba parte el Cuerpo Expedicionario francés de Juin, atacaría por la izquierda, cruzaría los montes Arunci, y avanzaría, «en un eje más o menos paralelo al del VIII Ejército».<sup>296</sup> Una vez abierta la brecha en la Línea Gustav, el VI Cuerpo de Truscott se lanzaría desde la cabeza de playa, apartaría del camino al XIV Ejército alemán y colaboraría en la destrucción del X.

La orden final de Alexander, emitida a primeros de mayo, mantenía el silencio acerca de cuál de los ejércitos tomaría Roma y, por consiguiente, aumentó las sospechas de Clark. Sin embargo, el plan de batalla había sido presentado hacía semanas, un plan según el cual el VIII Ejército forzaría su camino por la Carretera 6 antes de girar al este de la capital y dirigirse hacia Florencia, o bien hacia Ancona en el Adriático, decisión que dependería de si el Estado Mayor aliado decidía que el destino final de Alexander debía ser el sur de Francia o Austria. El V Ejército seguiría la costa del Tirreno hasta Viterbo y luego Livorno.<sup>297</sup>

La gloria no le iba a faltar a nadie; así y todo, el cuartel general de las fuerzas aliadas, sintiendo las rivalidades fraticidas, informó a los periodistas que «deberían evitar las comparaciones injustas entre el V y el VIII Ejército y el Cuerpo Expedicionario francés; eviten las exageraciones, las narrativas excesivamente gráficas ... y deberían prescindir de la especulación».<sup>298</sup>

Mantener la monocromía resultaba un tanto difícil, habida cuenta de la colorida composición de las legiones reunidas para Diadema. A la derecha de los Aliados, el VIII Ejército, que había salido de El Cairo y cruzado dos continentes en los últimos diecinueve meses, había introducido, ahora, en secreto y de forma muy sigilosa, a más de un cuarto de millón de hombres que habían cruzado los Apeninos de este a oeste. Su comandante, el teniente general Oliver W. H. Leese, un hombre que igualaba en altura a Clark, aunque mucho más corpulento, lucía un bigote negro y tenía una mirada chispeante que podía ensombrecerse en caso de cólera repentina;<sup>299</sup> «un hombretón grande y desgarbado» era la cáustica descripción de Keyes.<sup>300</sup> Herido en la batalla de Somme, y luciendo las cicatrices que lo demostraban, el campechano y sonriente Leese solía vestir pantalones de golf caqui y llevar un sombrero de paja. En el fondo de su corazón se seguía sintiendo un

protegido de Montgomery, y era muy aficionado a las estruendosas barricadas de artillería, a lanzarles cigarrillos baratos a sus muchachos, y a llevar a cabo conferencias con sus subordinados mientras se daba un baño. «No jodas nunca a los de más abajo», le gustaba aconsejar. Leese se convertiría más tarde en un experto en plantas suculentas,<sup>301</sup> en especial cactus y begonias, si bien, por el momento, se conformaba con dedicarse a sus tulipanes.<sup>302</sup>

Leese comparaba esta batalla, la primera como comandante de un ejército, al «parto de un niño». Alexander opinaba de él que era demasiado metódico, «menos ambicioso que Clark», diría después de la guerra.<sup>303</sup> «Algunos comandantes militares deben ser alentados con un empujoncito, por ejemplo Leese, que siempre necesitaba un pequeño estímulo.» Un general canadiense le criticaba, en un momento determinado, «sus grandes aspavientos, siempre agitando las manos, igual que una ramera en celo».<sup>304</sup> No obstante, las risotadas y el humor procaz de Leese ocultaban una astuta sagacidad. «Creo que podré trabajar con Clark», le escribió a su esposa. «Él cree que soy un maldito idiota, pero se va despertar y verá lo que es bueno.»<sup>305</sup>

Las siete divisiones de infantería y tres blindadas de Leese incluían un nuevo contingente que se incorporaba al despliegue de los Aliados:<sup>306</sup> 56.000 polacos, asignados a tomar el Monte Cassino, bajo el mando del general Władysław Anders, un oficial de caballería apuesto y esbelto, que tenía el «ardor de un adolescente», en palabras de Macmillan, y la bravura de un hombre determinado a saldar cuentas.<sup>307</sup> Anders había luchado contra los alemanes y los rusos en 1939; herido tres veces y capturado mientras andaba con muletas, pasó veinte meses en la célebre prisión de Lubyanka de Moscú y en otras mazmorras, la mayor parte del tiempo en un solitario aislamiento.<sup>308</sup> Cuando las tropas de Hitler invadieron Rusia, Anders fue liberado, se dijo que sin más ropa que una camiseta y los calzoncillos, y emprendió la tarea de formar un cuerpo polaco contra el enemigo común nazi. Reclutó a sus hombres en los campos de prisioneros repartidos por todo el país, hasta en regiones tan alejadas como Siberia; en una expedición que les llevó a través de Irak y Persia, se unieron a otros polacos que habían huido cruzando Hungría y Rumanía, y combatieron con un gran valor en Oriente Medio bajo los auspicios de los británicos.<sup>309</sup>

Aunque los efectivos humanos de las dos divisiones de Anders fueran menores, sus hombres mostraban el mismo ardiente entusiasmo que su comandante: echaron a suertes quién tendría el privilegio de liberar la abadía.<sup>310</sup> «Nunca tomamos prisioneros», le explicaba un coronel polaco a un granadero escocés, «tener que alimentarlos es un gran estorbo, y por otra parte fueron ellos quienes



empezaron todo esto». <sup>311</sup> Ninguno de los polacos se quedó atrás el 11 de mayo, explicaría Anders más tarde, «porque no teníamos los suficientes hombres para guardar alguno de reserva». <sup>312</sup> El camino de regreso a casa del II Cuerpo polaco, pasaba por la Línea Gustav.

A la izquierda de los Aliados, y encajonado en un frente de unos veinte kilómetros desde el mar Tirreno hasta el límite de la llanura alrededor del Rápido, el ejército de Clark también incluía un contingente para el cual Diadema constituía un enfrentamiento personal contra un enemigo irreconciliable. «Francia sufre, y su mirada está fija en vosotros», les diría Juin a los miembros del Cuerpo Expedicionario francés. Su cuerpo se había incrementado hasta alcanzar casi los cien mil hombres, repartidos entre cuatro divisiones y tres grupos de *goumiers*, tropas irregulares formadas por beréberes, conocidos por su agilidad y crueldad. Tras haber sufrido ocho mil bajas en el invierno de lucha alrededor de Cassino, Juin había pasado la primavera entrenando de nuevo a su ejército en guerra de montaña, insistiendo en la velocidad, el sigilo y la infiltración. <sup>313</sup> Solamente «invadiendo las montañas», creía, los Aliados podrían ampliar el frente y rodear la angosta trampa para tanques del valle del Liri. <sup>314</sup>

La convicción de Juin significaba escalar el Auruncis, un altiplano primitivo situado entre mil y mil quinientos metros de altura que formaba un amplio cinturón entre el valle y el mar. Esculpido por crestas y desfiladeros, el sistema montañoso, coronado por el macizo de Petrella, era una altura habitada sobre todo por pastores y carboneros y que tanto los alemanes como los angloamericanos consideraban infranqueable. <sup>315</sup>

Juin no compartía esa opinión. Envuelto en su amplio gabán, su chapela azul marino encasquetada hasta las orejas, su inútil brazo derecho colgando y un habano sin encender entre sus ladeados dientes, paseaba renqueando por las laderas ensombrecidas del sistema montañoso, visualizando las aproximaciones y los collados. <sup>316</sup> Las fotos de reconocimiento mostraban dos estrechos caminos que serpenteaban por el macizo, y pequeñas fortificaciones enemigas. <sup>317</sup> Con paciencia y tesón, en un francés apasionado y un inglés entrecortado, había convencido, primero a Keyes y luego a Clark, de ampliar y profundizar el ataque del V Ejército. <sup>318</sup> «Los norteamericanos no son gente a las que se puede meter prisa», le escribiría a un colega suyo francés, «y aunque sientan una gran simpatía hacia nosotros, también llevan inculcado ese sentido suyo de omnipotencia y una susceptibilidad que no te puedes ni imaginar». <sup>319</sup>

En lugar de utilizar al Cuerpo Expedicionario francés como un ariete que abriera un agujero en las defensas alemanas, del que luego el II Cuerpo de Keyes podría aprovecharse con gran diligencia, Juin propuso un vigoroso ataque de la mayor intensidad posible en el que ambos cuerpos avanzaran al mismo tiempo: ciento setenta mil soldados, seiscientos tubos de artillería y trescientos tanques. Habida cuenta de la inclinación de la bota italiana, el ataque debería orientarse inicialmente hacia las montañas, en dirección este-oeste. Si aprovisionar a un único cuerpo en un territorio así ya era difícil hacer llegar suministros a dos, constituía una tarea titánica. Sin embargo, el V Ejército podría rodear las defensas alemanas y desarticular la Línea Gustav. Una vez pasado el Auruncis, los norteamericanos podrían despejar la costa en dirección a Anzio y Roma, mientras los franceses tomaban el rumbo hacia el valle del Liri desde el sudoeste.<sup>320</sup>

La admiración de Clark hacia Juin, desde su primer encuentro en Argelia durante la Operación Antorcha, no hizo sino aumentar.<sup>321</sup> No era ninguna casualidad que el cuartel general del V Ejército le hubiera asignado el nombre clave de Aníbal en las comunicaciones por radio. Entre otras galanterías, el francés había renunciado voluntariamente a una de sus cuatro estrellas de general para no superar en rango al comandante de su ejército.<sup>322</sup> «Irradie usted confianza», aconsejaba Juin, «y disfrute asumiendo riesgos».<sup>323</sup>

Audaz e insólito, el plan le otorgaba asimismo al V Ejército un papel más importante que el de la misión subordinada descrita en la orden de Alexander. Clark seguía apreciando el valor de algunos de los secretos que cualquier cadete recién ingresado en West Point memorizaba, «Un riesgo calculado es un riesgo conocido que se toma para conseguir un avance. El riesgo por el riesgo nada más es la elección de los estúpidos».

Él sabía cuál era la diferencia.

Medio millón de actores corrieron a ocupar sus puestos antes de que se alzara el telón. El paisaje rezumaba actividad, que la oscuridad o el engaño ocultaban a la vista de los alemanes. En el extremo izquierdo, los albañiles italianos construían pequeños fortines falsos en la desembocadura del Garigliano con órdenes de «no camuflarlos demasiado bien».<sup>324</sup> Río arriba, veinte batallones franceses, que habían pasado desapercibidos, se apretujaron en un humedal de apenas seis kilómetros de ancho;<sup>325</sup> los hombres de Juin llevaban los cascos, en forma de cuenco de sopa, de los soldados británicos a fin de disimular el traslado del X Cuerpo de McCreery al otro extremo de Cassino.<sup>326</sup> Al llegar la noche, los zapadores abrían el camino

hacia las laderas de los Aurunci utilizando herramientas manuales que minimizaban el ruido<sup>327</sup> y antes del alba esparcían matorrales y arbustos para cubrir sus huellas.<sup>328</sup>

En abril, los oficiales de comunicaciones canadienses habían apagado sus radios en la costa del Adriático, pero ahora reiniciaron las emisiones cerca de Salerno, una estratagema cuyo propósito consistía en convencer a los escuchas alemanes de que se estaba organizando una operación anfibia.<sup>329</sup> En realidad, apenas unos doscientos hombres operaban sesenta y una radios, un engaño electrónico minuciosamente planificado. En Termoli, en el Adriático, la 1.<sup>a</sup> Compañía de Camuflaje palestina botó falsas lanchas de desembarco en el puerto y repartió, a lo largo y ancho de una hectárea de pantalanes, redes flotantes decoradas a fin de inspirar la imaginación de cualquier piloto de reconocimiento alemán.<sup>330</sup> Los Aliados, intentando desalentar a los colaboradores, distribuyeron panfletos que simulaban esquelas en las que aparecían los nombres y las fotos de los hombres y mujeres ejecutados por espionaje o sabotaje.<sup>331</sup>

Aparecieron señales de tráfico militares en polaco, inglés, francés e hindi.<sup>332</sup> Los zapadores construyeron nuevos caminos a lo largo de la línea del frente, que ocultaron con cal, paja, piedras y tepe. Largas pantallas de tela metálica festoneadas por estropajos de aluminio ocultaban carreteras, puentes y almacenes.<sup>333</sup> Partidas de carpinteros despejaban con esmero los olivares para crear campos de tiro destinados a la artillería; serraban los troncos hasta las tres cuartas partes y los sujetaban luego en pie en espera de la hora H, cuando los tirarían a tierra. Las tropas de Anders tiñeron su equipo de negro, se enfundaron siete mil trajes moteados de francotirador, y embadurnaron sus vehículos con veintidós mil litros de pintura de camuflaje.<sup>334</sup>

Por la noche, los exploradores, calzados con zapatos de lona y jerséis oscuros, cruzaban a nado el río Rápido, arrastrándose entre luciérnagas parpadeantes en los juncos.<sup>335</sup> Los zapadores indios gateaban a lo largo de las orillas, buscando las minas que habían dejado los yanquis en enero; y a quinientos metros del río, los soldados sudafricanos se pasaban todo el día, que ahora se prolongaba desde las cuatro y media de la mañana hasta las nueve y media de la noche, escondidos en sus pequeñas trincheras y madrigueras.<sup>336</sup>

Cada uno de los árboles junto a la Carretera 6 que llevaba hasta el Rincón de Mierda ocultaba provisiones.<sup>337</sup> Estos depósitos alcanzaron proporciones enormes: el V Ejército, por sí solo, acumuló once mil toneladas de municiones, las necesarias en los primeros dos días de Diadema, que incluían doscientos mil obuses de 105 mm. Un oleoducto de ciento sesenta kilómetros se prolongaba desde Nápoles hasta

unos depósitos avanzados, y cuarenta y tres aserraderos italianos convertían bosques enteros en madera para los zapadores. Los artesanos del V Ejército, se ajetreaban sobre sus mesas de modelar en turnos de doce horas y producían complicadas maquetas que reproducían cualquier cantera, acantilado, o monasterio cercano a Roma.<sup>338</sup> Los depósitos de mapas almacenaban millones de hojas en cuatro escalas diferentes. Los cartógrafos que produjeron el mapa en cinco colores solicitado por el cuartel general de Clark, mezclaron sucedáneos de tinta con mercromina, jugo de tabaco y tabletas de Atabrine, que le daban al papel, igual que a los soldados, un brillante tono amarillo.<sup>339</sup>

Los interminables convoyes de abastecimiento avanzaban cautelosos a diez kilómetros por hora, siguiendo a camiones equipados de aspersores de agua que impedían levantar el polvo revelador.<sup>340</sup> Jeeps especialmente adaptados, con el capó envuelto en caucho acolchado que amortiguaba cualquier chirrido, se dirigían hacia los depósitos más avanzados.<sup>341</sup> Y toda la noche se podía escuchar el sonido de los cascos de los caballos y mulas que circulaban entre el Garigliano y el Sangro.<sup>342</sup> El V Ejército por sí solo había reunido diez mil mulas y dos mil caballos en diferentes caravanas de carga. «Sin mulas», explicaba Juin a cualquiera que quisiera escucharlo, «no hay maniobras».<sup>343</sup>

A principios de mayo, Truscott había regresado a la cabeza de playa, moreno y rejuvenecido tras un permiso de cinco días en Nápoles. «Pienso en ti cada día cuando miro mi jardín, donde están floreciendo una gran cantidad de rosas, y ya sabes cuánto me gustan», le escribía a Sarah desde Nettuno. A petición suya, los ordenanzas habían hecho ramos destinados a las salas de hospital en el Medio Acre Infernal. Le recordaba a su esposa que hacía ya veintisiete años que servía en uniforme. «Imagino que los años transcurridos han pasado factura y dejado sus marcas y me resulta extraño decir que en realidad me siento más joven de lo que me sentía entonces.» En otra nota añadía: «Espero no haberme convertido en presuntuoso y engreído, aunque yo no lo creo. Conservo mi buen humor y todavía soy capaz de reírme de mí mismo».<sup>344</sup>

En la cabeza de playa, la intensidad de los preparativos de Diadema seguía aumentado. En Anzio, se acumularían más de un millón de toneladas de material destinado a abastecer al V Ejército en su camino hacia el norte.<sup>345</sup> Los zapadores aplastaban las piedras de las casas derruidas y con ellas pavimentaban carreteras; construyeron además trescientas fajinas de matorrales para los terrenos pantanosos. Las líneas telefónicas que comunicaban con el frente fueron enterradas en

trincheras construidas con la ayuda de una pala de excavadora montada en un jeep,<sup>346</sup> y cerca de Conca surgió un recinto vallado destinado a cinco mil prisioneros de guerra.<sup>347</sup>

Las patrullas recuperaron pequeñas parcelas de la tierra muerta, y los batallones intentaban desconcertar al enemigo disparando por turnos todas las armas en intervalos de uno a dos minutos.<sup>348</sup> Truscott importunó a Clark porque quería enviarle «al menos una división de infantería adicional»;<sup>349</sup> al cabo de poco tiempo, Clark recibía a la 36.<sup>a</sup> División de Fred Walker. Por otra parte, la 1.<sup>a</sup> División Panzer al completo había logrado consolidar la cabeza de playa, lo que, por una parte, permitía a Ernie Harmon disponer de 232 tanques adicionales y por otra, que 7 divisiones más se incorporaran al ejército de Anzio. Durante semanas, una docena o más de Sherman habían avanzado cada noche y hostigado al enemigo con su fuego antes de retirarse al llegar la primera luz;<sup>350</sup> ahora, cada mañana, algunos de ellos se escabullían hacia los *laagers* avanzados y ocultos, campamentos de tanques formados en semicírculo, y se unían a una punta de lanza blindada que se estaba agrupando cerca del frente. Algunas tripulaciones construyeron estanterías adicionales para munición, fijadas sobre escuadras de hierro, en las que podían almacenar doscientos cincuenta proyectiles, y otros cuarenta en la parte trasera, además de dieciséis mil balas de ametralladora. «Estaba algo abarrotado», explicaría un comandante de compañía más tarde, «pero no parábamos de disparar».<sup>351</sup>

En una carta a su viejo amigo Lesley J. McNair en Washington, Harmon informaba de que los comandantes de la cabeza de playa querían estar seguros de «que no dejamos ninguna piedra por levantar». Aun así, Harmon confesaba: «estoy muy tenso».<sup>352</sup> Truscott, por su parte, se centraba en la victoria que sin duda estaba al llegar. «Estamos en vísperas de grandes acontecimientos», le escribía a Sarah. «Espero que este verano avancemos a grandes pasos hacia el final de la guerra en Europa.»<sup>353</sup>

El general Alex tenía la intención de tratar este tema en particular cuando, la mañana del viernes 5, llegó tranquilamente a los sótanos del VI Cuerpo en Nettuno. ¿Cuándo debía iniciar el ataque el ejército de la cabeza de playa, y en qué dirección? Señalando con un índice regordete hacia un mapa colgado de la pared, Truscott describió de forma sucinta las cuatro opciones desarrolladas por su Estado Mayor. Él y Clark preferían un plan que llevaba el nombre clave de Tortuga: las fuerzas aliadas cruzarían la carretera de Albano en dirección a La Factoría, girarían hacia

el noroeste en Carroceto, rodearían el flanco derecho alemán en la vertiente occidental de los Colli Laziali, y luego seguirían la Carretera 7, la Via Appia, hasta Roma.<sup>354</sup>

La manera interrogante de Alexander de inclinar la cabeza, quien aquel día llevaba una gorra roja, indicaba que tenía otras ideas. Llevaba semanas observando el tramo de la Carretera 6 que giraba al «este» de Colli Laziali y que le proporcionaba al X Ejército de Vietinghoff su ruta principal de aprovisionamiento hacia el valle del Liri, así como una ruta de escape hacia Roma.<sup>355</sup> Una vez que el ataque de Diadema atrajera a las fuerzas de reserva alemanas al frente de Cassino, el ejército de la cabeza de playa podía lanzarse hacia el noreste y cortar la carretera en Valmontone, una ciudad ubicada en una encrucijada, veintitrés kilómetros más allá de Cisterna.<sup>356</sup> Los oficiales de Truscott ya habían preparado, precisamente, este plan, al que habían dado el nombre clave de Búfalo, y que constituía una de sus cuatro opciones.<sup>357</sup> Fusionar el Ejército de Cabeza de Playa con el frente de Cassino podría llevar un mes, opinaba Alexander;<sup>358</sup> ahora bien, al capturar Valmontone, el VI Cuerpo podía hacer caer al X Ejército en una trampa y forzar una batalla de aniquilación decisiva.<sup>359</sup> Alexander, al despedirse de Truscott, estaba tan seguro de su plan, que, con fecha del 5 de mayo, dictó una orden de una claridad poco habitual en la que ordenaba al V Ejército «cortar la Carretera 6 en la zona de Valmontone y, a partir de ahí, impedir el aprovisionamiento o la retirada de las tropas del X Ejército alemán».<sup>360</sup>

Clark había pasado la mañana en Caserta reunido con Juin, Keyes y otros lugartenientes, reunión a la que siguió un almuerzo a base de charcutería y cerveza. A las dos de la tarde un ayudante le entregaba un mensaje de radio codificado de Truscott, quien le informaba que Alexander parecía muy decidido por la opción Búfalo.

El general Alex llegó esta mañana. Cuando le informé de los cuatro planes diferentes en los que estoy trabajando, manifestó que me estaba interesando demasiado por los planes alternativos ... Supongo que usted ya conoce bien las ideas del general Alex, pero quería hacerle saber lo que me ha dicho hoy ... Ya sabe que estoy con usted sin reservas. Truscott.<sup>361</sup>

Clark estaba furioso. «Alex está intentando dirigir mi ejército», le explicaba a su diario. En una llamada telefónica a Lemnitzer, al otro lado del complejo de Caserta, arremetió contra Alexander por «darles instrucciones a mis comandantes subordinados» que contradecían el deseo de Clark de permanecer flexible y de disponer de diferentes planes. Cuando consiguió hablar con el general Alexander, le manifestó sentirse ofendido «y extraordinariamente sorprendido». En un informe de la conversación, Clark se citaba a sí mismo insistiéndole a Alexander en que

«bajo ninguna circunstancia tengo la intención de tolerar tratos directos con mis subordinados ... me aseguró que no había tenido la intención de rescindir mi orden».<sup>362</sup>

Clark no había quedado nada aplacado y echaba chispas. El sábado, en una visita a Nettuno, le dijo a Truscott que «la captura de Roma es el único objetivo que importa». Los británicos, añadió, estaban urdiendo unos planes ignominiosos para llegar primero; por otra parte, la Operación Búfalo, desde un punto de vista táctico, planteaba grandes dudas. Existían demasiadas rutas hacia el norte desde Cassino donde se podía hacer caer al X Ejército en una trampa al cortar la Carretera 6. El ejército alemán, Clark estaba convencido de ello, se limitaría a tomar otro camino.<sup>363</sup>

El lunes 8 de mayo por la mañana se enfrentó cara a cara con Alexander en su puesto de mando de Caserta. «Le dije que me había puesto en evidencia, y me replicó que ésta no había sido su intención», consignaba Clark.<sup>364</sup> Alexander «no dejó de repetirme que de lo que se trataba era de aniquilar al ejército alemán al completo ... Le respondí que yo no creía que tuviéramos demasiadas oportunidades de conseguirlo; los alemanes eran demasiado listos». Alexander le preguntó si acaso los norteamericanos tenían dudas acerca de Diadema. «Le aseguré», escribía Clark, «que el ataque del V Ejército sería tan agresivo como cualquier ataque en el que él hubiera participado o cualquier plan sobre el que hubiera leído». La tensa entrevista terminó con un Alexander solícito, pero muy resuelto: el ejército de la cabeza de playa atacaría en dirección a Valmontone, según las órdenes dictadas el 5 de mayo y según se expresaba en Búfalo. «Alexander y su actitud me repugnan profundamente», confiaba Clark a su diario.

A las cuatro de la tarde del martes, Clark se reunía con treinta y un periodistas en Caserta.<sup>365</sup> Tranquilo y muy controlado, describió la Operación Diadema con todo detalle, utilizando un gran mapa y un puntero. El V Ejército lo formaban ahora trescientos cincuenta mil hombres, entre los que se incluían las dos nuevas divisiones al mando del general Keyes. Cada una de las divisiones estadounidenses había recibido setecientos cincuenta hombres adicionales para compensar las bajas previstas; las divisiones británicas, hizo observar Clark, «no acababan de llegar a los efectivos necesarios».<sup>366</sup> El ejército de Kesselring en Italia sumaba un total de cuatrocientos doce mil hombres en veintitrés divisiones, nueve de las cuales, pertenecientes al X Ejército, se hallaban en el frente de Cassino y otras cinco, integradas en el IV Ejército, situadas en Anzio. Clark se abstuvo de explicar algunos

detalles que Ultra le había revelado: Kesselring disponía de 326 tanques operativos, 616 cañones antitanque y 138 cañones de asalto; tampoco explicó que en su opinión, tan sólo dos de estas divisiones «serían capaces de soportar la ofensiva».<sup>367</sup>

El principio que animaba al ataque aliado inicial, cuyo inicio se había programado para el jueves por la noche, era sencillo, «Todo el mundo se lanza al ataque con todos sus recursos y al mismo tiempo».<sup>368</sup> Por fin, «los recursos totales» del V y del VIII ejércitos iban a caer sobre el enemigo simultáneamente. El ataque subsiguiente, una vez hubieran salido de la cabeza de playa, dependería de los progresos realizados en la ruptura de la Línea Gustav. Clark imaginaba una progresión tortuosa, con avances diarios limitados a tres kilómetros o menos. A la vista de la táctica de tierra quemada de los alemanes en Nápoles, imaginaba que Roma habría sido saqueada. En alusión velada a Overlord, añadió, «Cuanto más alemanes podamos retener aquí, más podremos matar, y cuanto más alemanes matemos, mayor será nuestra contribución a otras operaciones que pueden eclipsar la nuestra».<sup>369</sup>

No hizo ninguna alusión a su disputa con Alexander, ni a la afirmación que le había hecho a Truscott: «Roma es el único objetivo que importa», ni tampoco dejó entrever que ya había empezado a considerar la posibilidad de desobedecer las órdenes.<sup>370</sup>

«El ataque que a mí me gustaría llevar a cabo, dadas las condiciones adecuadas, se dirigiría directamente hacia la Carretera 6 para cortarla», explicó Clark a los periodistas, mientras con un gesto vago señalaba hacia Valmontone en el mapa. «Roma tiene un valor político y esperamos poder tomarla», añadió con una estudiada indiferencia, «pero nuestra misión principal consiste en matar al mayor número de alemanes que podamos».<sup>371</sup>

Sin duda el general Alex habría quedado complacido. Los norteamericanos habían transigido.

Albert Kesselring ignoraba por completo las desavenencias que reinaban entre las filas del alto mando aliado;<sup>372</sup> ahora bien, esta ignorancia formaba parte de su ignorancia aún mayor acerca de la potencia, el despliegue y las intenciones del enemigo. Las tropas del Eje, que incluían a voluntarios rusos, prisioneros de guerra equipados de anticuadas armas italianas, observaban con gran atención el mar en ambas costas, a la espera de un desembarco anfibio; Kesselring estaba convencido de que este desembarco tendría lugar más pronto o más tarde. Los analistas de inteligencia alemanes habían identificado nueve de los veintidós puestos de mando de los regimientos aliados, pero no podían situar ninguno de ellos en el mapa;<sup>373</sup>



tampoco podían identificar ni localizar a la mayoría de los cuarteles generales de las divisiones aliadas. Los artilleros alemanes lanzaban tan persistentemente panfletos en el idioma equivocado a los soldados equivocados —en urdu a los neozelandeses, en árabe a los británicos y en inglés a los franceses—, que los oficiales de inteligencia de Clark estaban convencidos de que «se trataba de un intento deliberado de ocultar que ya conocen nuestro orden de batalla». En realidad, Kesselring estaba ciego.<sup>374</sup>

Algunas semanas antes, un desertor marroquí había jurado que la ofensiva aliada se iniciaría el 25 de abril, día en que los oficiales superiores de la Wehrmacht recogieron su equipo y madrugaron, tan sólo para sentirse un tanto abochornados cuando el frente permaneció tranquilo.<sup>375</sup> «Cuando uno está preparado», se lamentaba el general de división, Fritz Wentzell, el jefe del Estado Mayor del X Ejército, «no ocurre nada». El ataque se había pronosticado ahora para el 20 de mayo o más tarde.<sup>376</sup> Vietinghoff, tras informar a sus subordinados de que «no esperaba nada en el futuro inmediato», se marchó al retiro del Führer en Baviera a recoger otra medalla.<sup>377</sup> El general Von Senger, a finales de abril, también se había tomado un mes de permiso para recibir una condecoración similar y asistir a una conferencia en Berchtesgaden, acompañado de Ernst-Günther Baade, el comandante de división en quien tenía más confianza. Siegfried Westphal, el agotado jefe del Estado Mayor de Kesselring, se había tomado dos semanas de baja por convalecencia.<sup>378</sup>

Kesselring, aunque estuviera ciego y desinformado, no era estúpido.<sup>379</sup> Supuso que el ataque principal de los Aliados seguiría la Carretera 6, el único camino que permitía un despliegue masivo de blindados. Para reforzar las defensas alrededor de Cassino, reorganizó su frente, convocando al LI Cuerpo de Montaña desde el Adriático y trasladando al XIV Cuerpo Panzer de Senger al otro extremo del valle del Liri. El Führer estaba decidido a luchar por cada colina italiana, razón por la cual, desde diciembre, los ingenieros y zapadores habían construido otra línea de defensa que cruzaba la península: la Línea Hitler, una cadena de reductos fortificados situada entre ocho y dieciséis kilómetros por detrás de la Línea Gustav. Alrededor de 77.000 soldados alemanes reforzaron el perímetro de la cabeza de playa, y otros 82.000 defendían el frente sur, a unos 110 kilómetros de distancia.<sup>380</sup> La estrategia alemana en Italia, afirmó Kesselring en aquel momento, consistía en «simplemente, agotar al enemigo».<sup>381</sup>

Sin embargo, había interpretado mal las señales: el material de construcción de puentes descargado cerca del Garigliano, las patrullas aliadas que consumían rollos y rollos de cinta blanca, y el angustioso silencio. El miércoles 10 de mayo, Wentzell

telefoneaba al cuartel general de Kesselring para dar su informe diario.

—Me alegra poder informar que reina la tranquilidad —dijo a uno de los oficiales—. Aunque no sé lo que está ocurriendo. Todo esto parece cada vez más sospechoso.»<sup>382</sup>

—Le he dicho lo mismo al mariscal de campo —respondió el oficial—. Él observa la costa con gran atención.

—Antes, se oía decir, al menos de vez en cuando, que ésta o aquella división se habían marchado de África, pero ahora no se oye decir nada —le dijo Wentzell—. Creo que no es del todo imposible que estén ocurriendo cosas acerca de las cuales no tenemos ni la más remota idea.

Los voluntarios de la Cruz Roja repartían sacos llenos de cigarrillos, dátiles y naranjas entre las tropas aliadas que se encaminaban poco a poco hacia los teatros del combate junto al Rápido. «Parecía un regalo de despedida», declaró un soldado.<sup>383</sup> Los cascos de las mulas se habían envuelto en telas que silenciaban el sonido de sus pasos sobre el camino, y los animales blancos, demasiado visibles, habían sido retirados de las recuas.<sup>384</sup> Cada soto y cada arboleda a lo largo del frente se iba llenando de soldados; algunos de ellos ojeaban las guías de las ciudades de Italia, publicadas para los militares,<sup>385</sup> que destacaban los inventos bélicos de Leonardo da Vinci, «granadas de mano, metralleta y el paracaídas», y que aseguraban que el Coliseo de Roma «no había sido destrozado por los cañones rotatorios Long Tom, sino que había quedado en ese estado a causa del paso del tiempo». Un médico de batallón escribía en su diario: «hemos jugado al *blackjack* por veinte dólares la carta ... He ganado más de doscientos y ahora me preocupa dónde puedo llevar todo este dinero».<sup>386</sup>

Un soldado canadiense que examinaba el bombardeado paisaje cerca de Cassino preguntaba: «¿Quién diablos querría vivir en este lugar, y aún menos combatir por él?».<sup>387</sup> Sin embargo, Fred Majdalany concluía que «Cassino se había convertido en algo similar a lo que Ypres significaba para los británicos, o Verdún para los franceses en la anterior guerra, una causa por derecho propio, una causa por la que morir».<sup>388</sup> Muchos ya habían muerto, y muchos más iban a morir. Los soldados polacos cambiaron sus botas de combate por zapatillas deportivas, o se envolvieron los pies en trapos antes de arrastrarse sigilosos hacia la cornisa Cabeza de Serpiente tras la abadía. El perfume del trébol rojo se mezclaba con los olores más brutales, y los polacos intentaron paliar el hedor de los cadáveres de los indios cubriéndolos con mantas. «El lugar estaba infestado por las ratas», se lamentaba el jefe de un pelotón de la 3.<sup>a</sup> División de los Cárpatos.<sup>389</sup>

A unos veinte kilómetros hacia el sudoeste, un oficial de la 88.<sup>a</sup> División escuchaba el murmurio de sus hombres que rezaban en voz alta. Entre las líneas, los cuerpos ennegrecidos de los soldados muertos en escaramuzas anteriores le recordaban «trozos irregulares de madera flotando en una playa rocosa». Los nerviosos centinelas senegaleses disparaban a lo que creían cigarrillos encendidos de forasteros que se acercaban, pero que resultaron ser luciérnagas, insectos que nunca habían visto antes.<sup>390</sup>

En la línea de artillería, a retaguardia, los zapadores abrían zanjas y fosas para instalar una batería de ocho pulgadas recién llegada; cada tubo necesitaba trece cañoneros que manejaban el bordón de catorce metros de largo con el que limpiaban el interior del cañón después de cada disparo. Otros amontonaban los proyectiles, equipados con los nuevos detonadores de molibdeno y capaces de penetrar el hormigón reforzado con acero, y a los que se les practicaban unos pequeños agujeros en la cubierta exterior que intensificaban el silbido durante el vuelo.<sup>391</sup>

Desde la cabeza de playa y hasta los Apeninos, los hombres intentaban encontrar las palabras adecuadas en las cartas que escribían a su familia; «días de trabajo, y días que ponen a prueba los nervios», le escribía Jack Toffey a Helen. «Uno fuma demasiado, bebe demasiado, si consigue encontrar algo que beber, y duerme poco, si es que consigue conciliar el sueño.» Jack quemó la mayoría de las cartas de Helen para aligerar el peso. «Me duele mucho hacerlo», le explicó, «pero el espacio se ha convertido en un factor tan importante que he creído necesario conservar únicamente las de abril y mayo». Si bien estaba seguro de que «en cualquier momento, los alemanes se van a encontrar rodeados de un infierno por todas partes», Toffey confesaba que «estoy un poco agotado de la guerra». Se había resignado a luchar hasta el fin. «Estaré de regreso a casa cuando construyan un puente sobre el que podamos caminar», le dijo. «¿Cuánto más, oh Señor, cuánto más todavía?»<sup>392</sup>

Los comandantes mostraban el entusiasmo público que se esperaba de ellos, mientras que en privado, desahogaban su ansiedad. «Si Alex es un genio militar, yo soy Greta Garbo», escribía Keyes en su diario el 10 de mayo. «Vive obsesionado por la idea de que los alemanes abandonarán y echarán a correr.»<sup>393</sup> Unas horas más tarde, Alexander le enviaba un telegrama a Churchill, «Nuestro objetivo consiste en la destrucción del enemigo al sur de Roma».<sup>394</sup> El primer ministro, por su parte, no pudo evitar que una nota de desesperación se deslizara en el mensaje

enviado a George Marshall, «Debemos entregarnos de todo corazón a esta batalla por la que ya se han sacrificado tantas vidas estadounidenses y británicas, y librarla igual que Overlord: la conquista total o la muerte».<sup>395</sup>

La hora H se fijó para las once de la noche del 11 de mayo, media hora antes de la salida de la luna.<sup>396</sup> El día amaneció gris y lo bastante húmedo para matar el polvo, aunque se despejó por la tarde. Un sombrío cipayo francés le dijo a un oficial de enlace estadounidense: «Yo no sé dónde está mi hijo esta noche, y tu padre no sabe dónde está el suyo, así que esta noche seremos padre e hijo».<sup>397</sup> Al francés le quedaban diez días de vida. Al llegar el crepúsculo, el tiroteo por ambos bandos fue disminuyendo hasta convertirse en un sordo murmullo, y después cesó por completo, dejando paso a lo que Alexander describiría como «un extraño e impresionante silencio».<sup>398</sup> Las estrellas lanzaban sus pequeños dardos de plata. «Los nuevos muchachos esconden el miedo, los nervios y la ansiedad bajo fugaces sonrisas», escribía un capellán canadiense, «y lo más duro es observarlos sin echarse a llorar».<sup>399</sup>



## El gran premio

### DERRIBAR LAS ESTRELLAS DEL CIELO

Los pitidos de la BBC no habían terminado aún de marcar las once de la noche el martes 11 de mayo cuando sobre las montañas del centro de Italia comenzaron a estallar llamaradas blancas en un arco de cincuenta kilómetros.<sup>1</sup> En dos mil fosos de artillería el destello de los fogonazos bañaba el torso desnudo de los artilleros que danzaban entre la recámara de los cañones, cargando un obús tras otro.<sup>2</sup> Lenguas de fuego lamían la boca de las piezas de artillería mientras los anillos de humo dibujaban círculos bajo las constelaciones y las sacudidas se sucedían durante toda la noche. «Parecía que fuesen a derribar las estrellas del cielo», escribió un soldado del regimiento británico Black Watch.<sup>3</sup>

Los hombres se asomaban desde las trincheras o desde la puerta de las granjas para contemplar el espectáculo, con el rostro enrojecido por los fogonazos y el casco sacudido por las ondas expansivas.<sup>4</sup> «¡Roma, y luego a casa!», rugían.<sup>5</sup> Los ruiseñores habían cantado durante el silencio que precedió a los cañonazos; ahora cantaban más fuerte, pero no se les oía demasiado.<sup>6</sup> «El clamor de los cañones es tan ensordecedor que podrías chillarle al hombre de tu lado sin que te oyese», escribió un oficial médico de la 88.<sup>a</sup> División. «Tras cada arbusto saltaban cortinas de fuego. En los montes del norte se encendían estallidos de fósforo que iluminaban todo el horizonte». Por encima de la abadía y de la ciudad de Cassino, innumerables disparos alemanes aportaban sus propios destellos, menudas supernovas rojas y plateadas que alargaban las sombras. «El cielo», señaló un miembro del regimiento británico Royal Hampshire, «estaba lleno de ruido».<sup>7</sup>

Los artilleros remojaban trapos con los que envolvían los cañones incandescentes o vertían agua por las bocas de las piezas de artillería, para recargarlas a continuación.<sup>8</sup> El V Ejército disparó 174.000 proyectiles durante las primeras 23 horas de Diadema, todo un desquite por los meses de penuria que llevaba en la península.<sup>9</sup> «Sentí como si se estuviera erigiendo un puente de hierro por encima de nosotros, y me pregunté cómo podía ser que los obuses no chocasen entre sí», informó un cabo polaco de la 3.<sup>a</sup> División de los Cárpatos.<sup>10</sup> En pleno diluvio de explosivos, Alexander envió a Churchill el mensaje que habían convenido para confirmar que la ofensiva había comenzado, «*Zip, repito, zip*».<sup>11</sup>

*Roma, y luego a casa.* A medianoche, del ala derecha del bando aliado saltaron los batallones de asalto del VIII Ejército surcando el vibrante aire como un enjambre de avispas enfurecidas.<sup>12</sup> Atacaron las fortificaciones enemigas que los norteamericanos —y, luego, los neozelandeses— habían hostigado meses antes, sólo que con el doble de fuerzas o más: en lugar de la 4.<sup>a</sup> División india, dos divisiones polacas ascendieron Monte Cassino; dos divisiones británicas cruzaron el Rápido —seguidas de otras dos y, luego del cuerpo canadiense al completo— que previamente había vadeado la 36.<sup>a</sup> División estadounidense. El fuego de artillería aplastaba a los bastiones enemigos, «Estábamos seguros de que ningún alemán podría sobrevivir a un bombardeo tan devastador», dijo un comandante de pelotón británico.<sup>13</sup>

No fue eso lo que se encontraron los polacos. «¡Soldados! Ha llegado la hora de la batalla», les dijo el general Anders.<sup>14</sup> «Hemos esperado mucho el momento de vengarnos y castigar a nuestro enemigo hereditario.» Las tropas escalaron la cornisa Cabeza de Serpiente hasta el Punto 593, un escabroso nudillo, siguiendo senderos marcados con flechas pintadas en material fosforescente.<sup>15</sup> Al cabo de menos de quinientos metros se estaban refugiando bajo el cuerpo de camaradas muertos para cubrirse del mortífero fuego de los morteros y las ametralladoras enemigas. Por pura mala fortuna, el enemigo hereditario había dado en elegir la noche del 11 de mayo para reforzar con tropas frescas a los defensores de Monte Cassino: la guarnición de la ladera contaba con casi el doble de sus fuerzas habituales. Los polacos se enfrentaron a nueve batallones germanos.<sup>16</sup>

«Muchos habíamos perdido nuestra posición exacta y la orientación, y reinaba una gran confusión», informó el jefe de un pelotón polaco.<sup>17</sup> Para mantener en secreto la presencia de las fuerzas polacas en Cassino, Leese se había negado a permitir que Anders reconociese el terreno.<sup>18</sup> En las pendientes de la montaña se libraron unos combates cuerpo a cuerpo que Anders describió como «una colección de pequeñas epopeyas».<sup>19</sup> La 5.<sup>a</sup> División Kresowa tomó la cornisa del

Fantasma, un peñasco situado a un kilómetro y medio al noroeste de la abadía, pero a costa de sufrir un brutal castigo al exponerse cruzando la cresta. El 3.er Batallón de los Cárpatos capturó el Punto 593, pero su ataque al cercano Punto 569 se desmoronó cuando la artillería polaca —entorpecida por la escasez de puntos de observación— abrió fuego demasiado rápido y masacró a los fusileros en un rellano de la ladera. Cuando los zapadores polacos se resistieron luego a limpiar un campo de minas, un oficial de los Cárpatos chilló por la radio, «Si no acatan las órdenes, dispárenles».<sup>20</sup> Obedecieron; de los veinte ingenieros del equipo, dieciocho murieron o cayeron heridos.<sup>21</sup> «No sabéis lo horrible que puede ser la muerte», susurró a sus camaradas un polaco agonizante. «Ahora me perderé el resto de la batalla.»<sup>22</sup>

Al alba, el sol resplandeció sobre las cumbres como si éstas estuvieran bañadas de cobre. La carnicería continuó toda la mañana y después del mediodía. La luz solar otorgó una ventaja letal a los francotiradores alemanes, que pudieron «jugar al tiro al plato» con los polacos uno por uno.<sup>23</sup> Los hombres de Anders habían recibido dieciséis lanzallamas, pero poca instrucción sobre cómo utilizarlos; la mayoría fueron destruidos por el fuego de mortero y artillería alemán, y dos de ellos incluso estallaron en llamas. «Estaba trabajando de rodillas y quedé totalmente cubierto de sangre», informó un médico polaco. «Llegó un cabo que se quedó de pie entre los heridos ... Entre los jirones de su ropa vi una herida del tamaño de dos manos y había dejado el omóplato desnudo.»<sup>24</sup>

Ni siquiera el valor de los polacos bastó para triunfar. Centenares de cadáveres yacían esparcidos sobre las amapolas y las flores silvestres. A las cuatro de la tarde del viernes 12 de mayo había desaparecido todo rastro de empuje. Con la mitad de sus tropas de asalto aniquiladas, Anders ordenó que ambas divisiones se replegasen a las líneas de partida. Un escritor polaco señaló que aquel ataque «no fue más que un reconocimiento de lo más costoso».<sup>25</sup>

Un oficial británico que llegó al puesto de mando del general Leese a última hora de la tarde le encontró deambulando sin rumbo por un campo. Cuando el oficial comenzó a dar las malas noticias —ataque rechazado, terroríficas pérdidas entre los polacos—, Leese levantó una de sus enormes manos y dijo: «Vamos a recoger flores de aciano».<sup>26</sup> Eso hicieron hasta que tuvieron los brazos llenos de flores azuladas, y luego Leese exclamó: «¡Bien! Infórmeme ahora sobre las bajas».

Al regresar en coche a la base del II Cuerpo polaco, Leese halló a Anders abatidísimo en su caravana; en lugar de lucir su habitual elegancia, iba desaliñado y sin afeitar. Con los ojos rojos y la tez cenicienta, el comandante polaco se volvió y preguntó: «¿Ahora qué hacemos?»<sup>27</sup>



Exactamente: ¿qué? El VIII Ejército había fracasado, mientras que el ala izquierda no avanzaba alegremente hacia Roma ni mucho menos. A lo largo del Rápido, la 8.<sup>a</sup> División india había recibido la misión de cruzar el río y capturar Sant'Angelo, el pueblo que tantos problemas había dado a la 36.<sup>a</sup> División en enero. Cuando comenzó el bombardeo a primera hora de la mañana del viernes, los vapores generados por el río engulleron la luna que se alzaba en el cielo. Columnas de uniformes caqui retomaron el camino entre los helechos siguiendo hacia la orilla occidental las cintas blancas y las lámparas cubiertas para amortiguar la luz. Los vehículos avanzaban lentamente tirando de barcos y cañones antitanque. Río arriba se oía un fuerte estrépito metálico: un escuadrón de la 6.<sup>a</sup> de Lanceros estaba agazapado en un desfiladero golpeando pedazos de hierro angulosos contra raíles de ferrocarril para atraer el fuego en una maniobra de diversión.<sup>28</sup>

Lograron provocar disparos enemigos, pero también el resto de la cabeza de puente. Las tropas de asalto vadearon el Rápido para dar con las minas antipersona que los estadounidenses habían dejado allí cinco meses antes, así como las granadas de humo lanzadas por la artillería alemana para afinar la puntería. En cuestión de minutos el humo, la bruma y la cordita habían invadido el aire de los bajos «como la amarilla niebla de Londres». La visibilidad se redujo a apenas medio metro.<sup>29</sup>

Los hombres circulaban desorientados como víctimas de un incendio, arrojándose al suelo en acequias y caminando en círculos. Los cañones Bofor británicos dispararon trazadoras para ayudarles a recuperar la orientación, pero «en la neblina su luz se difuminaba muy pronto y se perdía de vista», observó un informante. Los fusileros reales alcanzaron la orilla occidental por encima de Sant'Angelo con pocas bajas, cada uno de los hombres agarrado a la funda de la bayoneta del que le precedía. Pero ahora el terreno entre el río y el pueblo estaba cubierto por un tejido bermellón de balas enemigas, y llovían granadas de mano germánicas desde los barrancos de Sant'Angelo. «Dios mío, no me dejes morir todavía», rogó el fusilero F. R. Beacham. «Prometo que si me dejas vivir seré bueno para siempre.»<sup>30</sup> Beacham se acercó a un compañero herido de muerte y le llevó una botella de agua a los labios. Éste le dijo «muchísimas gracias, amigo» y, acto seguido, expiró.

Doce de las dieciséis embarcaciones de los gurkhas se hundieron o descendieron a la deriva por el río. Las cuatro restantes transportaron hombres durante las primeras horas de la madrugada, entre el estrépito y un gran griterío que se oía de una orilla a la otra. Río arriba, no tardaron en desaparecer las cuarenta

embarcaciones de una brigada de la 4.<sup>a</sup> División de Infantería británica.<sup>31</sup> Los cuerpos de los ahogados descendían por aquella oscura corriente que a tantos había quitado ya antes la vida.

A mediodía ningún batallón de la 8.<sup>a</sup> india ni de la 4.<sup>a</sup> de Infantería había ganado quinientos metros de los casi dos mil que debían cubrir. Aproximadamente la mitad de los objetivos de Leese se habían cumplido en el ala izquierda, pero ninguno en la derecha. Al igual que los polacos en el otro sector, los ingleses eran diezmados por los francotiradores. Cuando un comandante del regimiento Derbyshire Yeomanry murió de un balazo en el cráneo, uno de sus subordinados pronunció una lacónica elegía: «Fue un autócrata, pero un buen jefe, y hemos llegado a lamentar su muerte».<sup>32</sup> Un fusilero que se pasó el 12 de mayo tendido bocabajo en una acequia escuchando el «murmullo y rumor»<sup>33</sup> de los obuses que volaban sobre él señaló más tarde: «el día transcurrió lento como nunca».<sup>34</sup>

Pero el enemigo había desaprovechado su gran oportunidad. La habilidad alemana se resintió por la ausencia de Vietinghoff, Westphal, Senger, Baade y otros, y también por las trescientas cincuenta toneladas de bombas aliadas que vapulearon el puesto de mando de Kesselring e hicieron pedazos la base del X Ejército cercana a Avezzano, lo que ejerció «un efecto desestabilizador sobre sus ocupantes».<sup>35</sup> La confusión, el miedo, los errores y las usuales fricciones entraron en juego al otro lado de la colina, y el demoledor contraataque que tal vez pudiera haber frenado a Diadema nunca tuvo lugar.

Se había planificado tender sobre el Rápido, cerca de Sant'Angelo, tres puentes en los puntos apodados Cardiff, Oxford y Plymouth. Cardiff fue abandonado, pero bajo un fuego mortífero los ingenieros cavaron rampas y llenaron acequias para instalar una pequeña extensión en Oxford antes de las nueve de la mañana del viernes. Dos horas más tarde y casi un kilómetro río arriba, un par de tanques Sherman lograron desplegar un puente de unos treinta metros en Plymouth. Los tanques canadienses cruzaron a la carrera hacia la orilla contraria «camuflados con ramas y hojas de árboles; parecía la fiesta de la cosecha».<sup>36</sup>

En un tramo superior del cauce, entre Sant'Angelo y la localidad de Cassino, la orilla estaba plagada de ingenieros muertos y moribundos. Pero al amanecer del sábado 13 de mayo quedó instalado otro puente llamado Amazon.<sup>37</sup> Lo cruzó un comandante gaitero tocando su instrumento, y luego cayó herido de muerte. Según un miembro de la 6.<sup>a</sup> División Panzer, «llamadas de socorro de los heridos ... se podían oír en el interior de los tanques, aunque la tripulación llevaba auriculares».<sup>38</sup> Los tanques avanzaron sin detenerse mientras los fusileros se agarraban a ellos con

una mano y disparaban con la otra. De vez en cuando, entre el humo y el pantano se abría un hueco por el que se atisbaba la abadía, que parecía ascender flotando al cielo.<sup>39</sup>

Los gurkhas salieron dos veces a la carga hacia Sant'Angelo el viernes y en ambas ocasiones los nidos de ametralladoras instalados entre los escombros los rechazaron. Metro a metro, sótano a sótano, los atacantes acabaron con los defensores con granadas y sus cuchillos curvados *kukri*. Un par de tanques canadienses rodearon el pueblo y liquidaron a quienes trataban de escapar. A las tres de la tarde del sábado toda resistencia había terminado, excepto un francotirador. El coste: ciento setenta bajas entre los gurkhas.<sup>40</sup> Tanto vivos como muertos estaban recubiertos de un polvo blanco como la harina.

Impregnaron de gasolina los cuerpos en curso de putrefacción, les prendieron fuego y los echaron a una trinchera. Algunos prisioneros alemanes llevaban heridas cubiertas de papel:<sup>41</sup> los médicos enemigos se habían quedado sin vendajes. «Esto es la guerra de verdad», escribió un jefe de escuadrón del 17.º Batallón de la 21.ª de Lanceros en su libreta, «y al lado África parece un picnic».<sup>42</sup> Un artillero de la 78.ª División británica estudiaba las consecuencias del proyectil que había disparado: rifles retorcidos, gafas destrozadas, alemanes muertos. «Esto es lo terrorífico de la guerra», escribió. «Cuando vi lo que había hecho, no me arrepentía en absoluto.»<sup>43</sup>

Siguieron adelante por los campos destruidos por las detonaciones y se acercaron cautelosamente a la entrada del valle del Liri.<sup>44</sup> Los objetivos que contenía habían recibido nombres clave correspondientes a famosos cotos de caza de las Midlands. Un canadiense de la 48.ª de Highlanders explicó que él y otro soldado se habían enganchado en una alambrada de espino: «Estaba forcejeando como un loco para librarse del alambre cuando comenzaron a acribillarlo las balas, y se retorció y pateaba con cada impacto. Al final se derrumbó a mi lado. Después de eso, nada de la guerra me pareció demasiado malo».<sup>45</sup>

Dos cabezas de puente consolidadas se unieron formando una pequeña adquisición de terreno al otro lado del Rápido. Se tendieron seis puentes más, y miles de granadas de humo mantenían Monte Cassino envuelto de blanco.<sup>46</sup> Pero a menos que la abadía y los montes adyacentes se desplomaran, las baterías alemanas amenazaban con aplastar a quienquiera que cruzase el valle por la Carretera 6. «Llamaradas de cañones de Jerry, casi hermosas al atardecer», observó un oficial de los Guardias, «escupían carmesí, ámbar y ópalo».<sup>47</sup>

En cuatro días, el VIII Ejército avanzaría tan sólo seis kilómetros con un coste superior a las cuatro mil bajas: un hombre cada metro y medio.<sup>48</sup> Aun así, cuando Leese meditaba cómo convertir su frágil cabeza de puente en la batalla de

aniquilación que ansiaba Alexander, no pudo dejar de concederse cierta satisfacción.

«Mark Clark ha apostado 4-1 contra nuestro cruce del Rápido», escribió Leese. «Como dicen en el colegio, ¡maldito sea!»<sup>49</sup>

Clark ya tenía suficientes problemas aparte de los rencores británicos. Unos veinticinco kilómetros cauce abajo desde Cassino, en el extremo izquierdo de las líneas aliadas, el II Cuerpo de Ejército de Geoffrey Keyes —compuesto por las divisiones 85.<sup>a</sup> y 88.<sup>a</sup>— había aprovechado el espacio ganado al otro lado del Garigliano para avanzar hacia Minturno durante las primeras horas de Diadema. Los soldados toqueteaban nerviosamente el cerrojo de sus fusiles mientras avanzaban, con mantas y gabardinas atadas a sus mochilas de campaña. Para evitar el fratricidio, todos llevaban bandas blancas adhesivas o parches de tela blanca en la parte posterior del casco, además de grandes distintivos en el uniforme.<sup>50</sup> Los jefes de pelotón se pegaron pedazos de tela sobre los galones para ser más reconocibles para sus hombres. Los oficiales tragaban tabletas de benzedrina. «Roma, Roma», cantaba un teniente de la 88.<sup>a</sup> División, «¿quién se queda con Roma?»<sup>51</sup>

Nadie del II Cuerpo de Ejército, al menos por el momento. Andanadas de fuego procedentes de la 94.<sup>a</sup> División de Granaderos y la 71.<sup>a</sup> de Infantería azotaban las filas estadounidenses desde el golfo de Gaeta, a la izquierda, hasta Ausente Creek a la derecha. El servicio de inteligencia del V Ejército había detectado 161 de las 600 posiciones del frente en las que los alemanes habían instalado ametralladoras; quedaban por descubrir unas cuatrocientas, hasta ahora.<sup>52</sup> «El estruendo era todo de una pieza, un océano de ruido», recordó un soldado.<sup>53</sup> El humo y la neblina se habían condensado, y más allá del alcance de la mano no había forma de ver cinta identificativa alguna. Volaban balas trazadoras cada varios segundos que señalaban el camino y demarcaban el contorno de las unidades<sup>54</sup> —calibre 0,50 para las compañías, de 40 mm para los batallones—, pero no se logró impedir la confusión. «¿Qué está pasando, compañero?», gritó un soldado a Eric Sevareid. «Nunca nos dicen nada.»<sup>55</sup>

Sus uniformes se secaron al sol que se alzaba sobre el horizonte: los soldados que se escabullían hacia las montañas le parecieron a un soldado «la serpentina de una columna de humo». Sevareid describió «cuerpos de hombres que descendían por angostos desfiladeros o superaban cuestas muy pronunciadas, circulando metódicamente de una posición a la siguiente entre largas pausas».<sup>56</sup>

Con todo, ninguna división llegó demasiado lejos. Los desfiladeros se volvían cada vez más estrechos, las cuestas más abruptas y las pausas más largas. Sobre todo, se intensificó el fuego enemigo. Una ofensiva de la 35.<sup>a</sup> de Infantería sobre la cumbre en la que se encontraba el pueblo de Santa Maria Infante no logró dominar los dos importantes montes que los soldados denominaban «las Tetas».<sup>57</sup> Una compañía perdió ochenta y nueve hombres; otra cayó en una estratagema tendida por los alemanes, que levantaron una bandera blanca y capturaron a cincuenta hombres. Entre los muertos de aquel día figura Frederick Schiller Faust, un prolífico autor conocido como «el rey de las ediciones baratas» que, con el pseudónimo de Max Brand, había firmado casi cuatrocientos westerns como *Gunman's Reckoning* y *Rangeland Avenger*. Empeñado en escribir un relato sobre la odisea de un pelotón hasta Roma, Faust cayó bajo los obuses alemanes de 88 mm cuando sólo hacía tres horas y trescientos metros que había iniciado el viaje.<sup>58</sup> Como observó Sevareid, «los vivos están increíblemente vivos, y los muertos pasmosamente muertos».<sup>59</sup> A principios de la mañana del sábado, para el disgusto de Keyes y la consternación de Clark, el ataque estadounidense se había atascado.<sup>60</sup>

En este contexto, las fuerzas francesas de Juin iniciaron su participación en la mayor batalla compleja que libraba el ejército francés desde 1940, y lo hicieron cantando la *Marsellesa* y *C'est nous les Africains*. Treinta o más salvas de artillería cayeron sobre cada una de las baterías germánicas detectadas, que devolvieron poco fuego, y tres divisiones avanzaron hacia los escarpados montes Auruncis.<sup>61</sup>

Los disparos enemigos les dieron una bienvenida comparable a un portazo en las narices. La infantería marroquí quedó inmovilizada en los campos minados que había más allá del Garigliano; los que traspasaron las alambradas y superaron las trampas descubrieron que les esperaban lanzallamas y ametralladoras.<sup>62</sup> Tras los bloques de hormigón alemanes había más búnkeres y fortificaciones. Las tropas francesas cercanas a Castelforte avanzaron por unos terrenos yermos rebosantes de francotiradores y morteros. Pronto el paisaje olía a carne y a cabellos chamuscados de hombres y mulas.<sup>63</sup> Los granaderos contraatacaron por los flancos con tal furia que los oficiales franceses de Monte Faito solicitaron que la artillería atacase su propia posición para evitar que el enemigo superase sus posiciones.<sup>64</sup>

A media mañana del viernes 12 de mayo, las legiones de Juin a duras penas habían superado sus líneas de partida.<sup>65</sup> Diez batallones de asalto del centro francés habían logrado una escasa penetración, y, al igual que el II Cuerpo de Ejército y los polacos, el Cuerpo Expedicionario francés había logrado pocos de sus objetivos. Las bajas del V Ejército se acercaban a los mil setecientos hombres.<sup>66</sup> Las pérdidas fueron especialmente duras entre los oficiales franceses, y se dijo que la ferocidad

de los alemanes había desencadenado una «alarma considerable en el cuartel general del FEC».<sup>67</sup> Un oficial de los tunecinos observó que «debido al intenso calor, los muertos parecen de cera. Están por todas partes».<sup>68</sup>

Juin se dirigió al frente poco antes de mediodía con la boina calada hasta las orejas y fumando un cigarrillo en boquilla.<sup>69</sup> Primero en jeep y luego escalando, ascendió por el flanco del Monte Ornito por un camino alfombrado de mulas muertas, mientras por las cercanías estallaba alguna que otra granada de mortero. Se cruzó con camilleros que evacuaban hacia retaguardia a tres jefes de batallón.<sup>70</sup> «Esto ha empezado con mal pie», anunció a la 2.<sup>a</sup> División de Infantería marroquí. «Tenemos que volver a empezar.»<sup>71</sup>

Durante gran parte de la tarde fue apresuradamente de un lado para otro, evaluando lo que veía.<sup>72</sup> A la vuelta a su cuartel general de Sessa Aurunca convocó a su gabinete, golpeó la mesa y dijo con su voz de fumador: «Ha ido mal, pero los otros están igual de cansados que nosotros».<sup>73</sup> Antes de derrotar a los alemanes, el Cuerpo Expedicionario francés debe primero «conquistar el terreno». La artillería se asignaría a dar soporte prioritariamente a la 2.<sup>a</sup> División marroquí en su ataque por el centro de las líneas hacia el Monte Majo, una masa calcárea de mil metros de altura que servía de entrada al macizo de Petrella. Los primeros infiltrados atacarían las fortificaciones enemigas por el flanco derecho. Los ingenieros podrían abrir brechas en las alambradas con los largos tubos explosivos conocidos como «torpedos de Bangalore», y la luz de la luna de la madrugada del sábado bastaría para descargar una lluvia de artillería justo por delante de la infantería. Juin también lanzaría su única división de reserva a la lucha.<sup>74</sup> «Comenzaremos mañana por la mañana, después de un bombardeo de preparación a gran escala», dijo, «y funcionará».<sup>75</sup>

Funcionó de forma espectacular. En un alarde de habilidad, la artillería pilló en campo abierto a los contraatacantes alemanes a las 5:30 de la madrugada del 13 de mayo, y los hizo añicos.<sup>76</sup> Indiferente a los obuses enemigos que explotaban cerca de él, Juin contempló cómo sus marroquíes se desvanecían a la entrada de un barranco por debajo del Monte Faito y reaparecían en la ladera del otro lado cantando «La Allah ihl Allah», mientras una columna de prisioneros en uniforme gris de campaña se encaminaba a la retaguardia. Cuatrocientos cañones franceses y del V Ejército prendieron en llamas las montañas.<sup>77</sup> A media tarde, los soldados marroquíes informaron de que habían capturado el Monte Majo y una brecha de tres kilómetros abierta en la Línea Gustav. La 71.<sup>a</sup> División enemiga —compuesta en su mayoría por habitantes de los llanos de Baja Sajonia, que habían creído

inexpugnables los Auruncis— estaba partida por la mitad, con ambos flancos expuestos a los Aliados. Se interceptó un mensaje de radio alemán con el consejo de «acelerar la retirada general».<sup>78</sup>

El domingo los franceses ya habían avanzado unos once kilómetros a través de un frente de veinticinco kilómetros, desarticulando las defensas germánicas que hallaron más allá del Garigliano.<sup>79</sup> «En avant», ordenaba Juin.<sup>80</sup> Las bajas francesas superaban los dos mil, pero habían capturado novecientos prisioneros; muchos afirmaron que habían sufrido un bombardeo peor que los de Rusia.<sup>81</sup> En la cima del Monte Majo ondeaba una enorme bandera gala de cuatro metros por ocho, visible desde Cassino hasta el mar. «Ésta», afirmó Juin, «es la guerra a la que estamos acostumbrados».<sup>82</sup> La conclusión del jefe de la 71.<sup>a</sup> División fue más lacónico: «de lo más desagradable».<sup>83</sup>

Lo desagradable no había hecho más que empezar porque, con la captura de Castelforte a manos de los argelinos del ala izquierda francesa, Juin hizo entrar en acción a sus beréberes irregulares. La vanguardia de doce mil *goumiers* —nombre que los estadounidenses siempre abreviaban como *goums*— había atravesado la parte septentrional del pueblo el viernes por la noche, muchos de ellos a caballo. Quinientos metros después de la última casa, la columna se salió a la derecha del camino por un estrecho sendero campo a través por los Aurunci con órdenes de cortar la Carretera 82 entre Itri y Pico —casi 30 kilómetros por detrás de las líneas alemanas— y dejar expuesto el flanco derecho del enemigo.<sup>84</sup>

«Hombres oscuros en una noche oscura», había dicho una vez Montgomery sobre los *goums*. «Es muy difícil verlos venir».<sup>85</sup> La mayoría iban en chilaba, sandalias y calcetines de lana, y habían cortado del guante el capuchón del dedo del gatillo. Llevaban barba, un casco en forma de cuenco sopero y un cuchillo de treinta centímetros de longitud a la cintura. «Es como si hubiesen reencarnado unos soldados del siglo pasado y hubiesen aparecido de pronto a nuestro lado», dijo un coronel estadounidense de la adyacente 88.<sup>a</sup> División.<sup>86</sup> Juin los consideraba «vigorosos, de fiar, muy abstemios»; otro general galo aseguró que «vivían sólo para guerra y la vida militar». Algunos acarreaban su botín, observó un oficial argelino: «decenas de relojes de pulsera en los brazos, colecciones de anillos en los dedos y longanizas de botas y zapatos colgadas a la espalda».<sup>87</sup> Una unidad guardaba un tigre como mascota.<sup>88</sup> Cuando se encontraban con sus aliados angloamericanos, normalmente hacían gestos con las manos para pedir un cigarrillo y decían: *Smokie, smokie, Joe?*<sup>89</sup>

Se decía que en Sicilia no sólo habían cortado orejas al enemigo para guardarlas como trofeo, sino también cabezas.<sup>90</sup> Se rumoreaba que, cuando reptaban en plena noche para atacar a un vigía desprevenido, antes de decidir si le cortaban la garganta los *goums* le palpaban los cordones para ver si se había hecho el típico lazo alemán. Se contaba que un *goum* había vendido a un GI estadounidense un bote de litro lleno de dedos macerándose en brandy. Un hospital militar estadounidense que asistía a heridos franceses atendió a tantos *goums* con nombres repetidos que los médicos acabaron numerándolos: Abdallah 4, Mohamed 6.<sup>91</sup> «Se atan en una cola sus largos cabellos. Cantan, trinan y aúllan»,<sup>92</sup> escribió un galeno. «Muchos llevan pollos bajo el brazo.» Una enfermera admiraba su habilidad para «casar nueces con los dientes», pero lamentó que robasen toallas del hospital para hacerse turbantes. «El soldado árabe sólo está interesado en tres cosas: mujeres, caballos y armas», dijo un oficial francés a un coronel estadounidense, que le contestó: «el soldado norteamericano es igual, excepto en que le dan igual los caballos y las armas».<sup>93</sup>

Ascendieron más y más con un regimiento de infantería marroquí y artillería argelina. Se dividieron en tres fuerzas, cada una de las cuales viró al oeste y luego al norte por un terreno casi desprovisto de caminos; en un tramo muy vertical, se ganaban más de ciento veinte metros de altitud en menos de novecientos metros.<sup>94</sup> «El cielo era de un azul invariable, y el calor era implacable»; según un oficial francés:

Sobre los destellos de mica del suelo, las pequeñas y duras pezuñas de los caballos árabes espantaban enjambres de saltamontes. Junto a los caballos y las mulas, los *goumiers* caminaban incansables a grandes pasos con la gorra de campaña torcida y un eterno rictus en los labios, ignorando el calor a pesar de llevar chilabas de lana.<sup>95</sup>

A las cuatro de la tarde del 15 de mayo, los exploradores habían escalado las primeras alturas del macizo de Petrella, y a la mañana siguiente habían llegado a la cresta del Monte Revole, a más de dieciocho kilómetros del Garigliano y a mil trescientos metros de altitud por encima de éste.<sup>96</sup> Cuando un desprevenido batallón de la Wehrmacht entró en un valle cercano, los *goumiers* lo rodearon por ambos flancos y se lanzaron por las cuestas «como piedras que cayesen rodando».<sup>97</sup> Los alemanes supervivientes hablaron más tarde de «salvajes sonrientes que llevaban cuchillos y claramente ansiaban comenzar la carnicería».<sup>98</sup>

Los hombres y las bestias estaban exhaustos y habían ido mucho más allá de donde alcanzaban sus líneas de aprovisionamiento. Justo después del mediodía del 17 de mayo, una flota de bombarderos estadounidenses lanzó cuarenta toneladas de



alimentos y munición sobre los picos de las montañas.<sup>99</sup> Los *goumiers* se pasaron un día localizando las cajas y recuperando fuerzas, y luego continuaron adelante.

En el ala izquierda francesa, los estadounidenses avanzaban tras abrirse paso entre el enemigo tenaz, pero frágil, que había resistido dos días al II Cuerpo de Ejército y le había provocado tres mil bajas. Al disponer de abundantes refuerzos, Keyes pudo reequipar sus filas y lanzar tropas frescas contra los agotados granaderos de la misma estrecha franja del frente. Santa Maria Infante cayó el 14 de mayo tras sufrir el incesante castigo de los cazabombarderos y los obuses de fósforo.<sup>100</sup> Pronto la 85.<sup>a</sup> División se abalanzaba por la Via Appia en las llanuras costeras, donde nubes de polvo se alzaban al paso de hombres, camiones, mulas, tanques y vehículos antitanque.<sup>101</sup> En las alturas que dejaban a la derecha, la 88.<sup>a</sup> División arremetía contra Spigno entrando en el macizo de Petrella, guiada por campesinos locales por caminos de cabras a unos cuantos kilómetros al sur de las fuerzas francesas.

El enemigo había «puesto pies en polvorosa», según dijo Juin.<sup>102</sup> En el flanco derecho del V Ejército, la casi extinta 71.<sup>a</sup> División había sufrido cinco mil bajas, en su mayor parte debidas a las casi ciento cincuenta mil salvas de artillería recibidas;<sup>103</sup> la división notificó al cuartel general de Kesselring que no le quedaban más que unos cien fusileros en estado de combatir.<sup>104</sup> Los proyectiles y los aviones aliados machacaban la retaguardia alemana, donde aterrorizaban a los caballos que tiraban del armamento pesado y de los vehículos de suministro.<sup>105</sup> Tras la valiente resistencia que opuso una unidad de granaderos, Kesselring dijo a Vietinghoff que «uno casi podría llorar de admiración».<sup>106</sup>

Todo ello elevó por los aires la moral del alto mando aliado tras tantos reveses. Alexander se acercó de un salto al puesto de mando de Clark para declararse «muy satisfecho» por el ataque.<sup>107</sup> Juin se paseó en su jeep exclamando «¡Ya son nuestros!».<sup>108</sup> Los recuperados *goumiers* cortarían la Carretera 82, y el resto de las fuerzas francesas se reagruparía en Pico, en la retaguardia alemana, con el río Liri a tiro de rifle.

Únicamente Clark continuaba sombrío. Envió a Juin dos botellas de whisky para celebrar los progresos, pero la «delincuencia» del II Cuerpo de Ejército lo irritaba.<sup>109</sup> Los franceses habían avanzado un promedio de tres kilómetros al día desde el inicio de Diadema, el doble que el II Cuerpo.<sup>110</sup> Los estadounidenses tampoco parecían muy proclives a perseguir al enemigo a la carrera, hasta el punto de que Clark amenazó con «acciones disciplinarias» contra todos los rezagados.<sup>111</sup> Las tropas de Keyes dejaron atrás a unas sorprendidas baterías alemanas de

artillería en Spigno y luego tomaron Itri en la Carretera 82. Pero una maraña de atascos de tráfico en los estrechos cruces retrasó el avance de la 88.<sup>a</sup> División hacia uno de los ejes de la Línea Hitler: Fonde, situada quince kilómetros al noroeste.<sup>112</sup>

«Estoy decepcionado por la rigidez de los planes del II Cuerpo de Ejército», confesó Clark en su diario en el tono de reproche de quien está determinado a expresar reprobación. «No han tenido una mente flexible ni una actitud agresiva.» A su vez, Keyes escribió sobre Clark:<sup>113</sup>

Me ha llamado unas seis veces. En cada ocasión se quejaba de fallos, decía que se sentía de lo más avergonzado al lado de los franceses y los *goums*, que estaban avanzando tanto y capturando tantos prisioneros ... Se comporta como un chaval de quince años ... Un fragmento [de obús] ha agujereado el asiento de mi jeep. Yo no estaba en él.<sup>114</sup>

Por mucho que quisiera encabezar el desfile de liberación hacia Roma al mismo tiempo que azuzaba a sus comandantes, Clark albergaba cierta ansiedad táctica por el hecho de que sus hombres avanzasen demasiado por delante de los británicos.<sup>115</sup> El 18 de mayo los franceses iban diez kilómetros por delante del VIII Ejército, dejando un ángulo del frente aliado muy descubierto y el flanco derecho del V Ejército expuesto a contraataques. La única conclusión a la que Clark podía llegar, una vez más, era que Leese y los británicos no se estaban empleando a fondo. «Estoy decepcionado», escribió, «por el poco esfuerzo del VIII Ejército.»<sup>116</sup>

Aquel mismo VIII Ejército estaba a punto de cobrar el mayor premio de la Línea Gustav. Con los soldados británicos y canadienses superando lentamente la localidad de Cassino para forzar su entrada al valle del Liri, a las siete de la mañana del miércoles 17 de mayo Leese volvió a ordenar a Anders y sus polacos que se metiesen en la brecha.<sup>117</sup> Una vez más la 5.<sup>a</sup> División Kresowa salió hacia la cornisa del Fantasma, un kilómetro y medio al norte de la abadía, mientras que la 3.<sup>a</sup> de los Cárpatos ascendió en tropel por Cabeza de Serpiente, disparando sobre cualquier silueta que recordase al casco de un paracaidista.

Los combates se prolongaron encarnizadamente durante toda la noche, a culatazos y fuego de tanques. Cuando empezaban a quedarse sin munición, los soldados polacos tiraban piedras y cantaban su himno nacional. De las unidades de paracaidistas alemanes tan sólo restaban «retazos»; algunos batallones habían quedado reducidos a menos de cien hombres. «Imposible evacuar heridos», escribió en su diario un comandante germano del 3.er Regimiento de Paracaidistas.<sup>118</sup> «Gran

cantidad de cadáveres en las pendientes. Hedor. No hay agua. No hemos dormido en tres días y tres noches. Están practicando amputaciones en el cuartel general de campaña.»<sup>119</sup>

Ante el peligro de quedar rodeados por el norte y el oeste, los defensores comenzaron a escurrirse, pero sólo cuando Kesselring ordenó personalmente al recalcitrante general Heidrich que se replegase a la Línea Hitler: la 1.<sup>a</sup> División de Paracaidistas se había vuelto posesiva con Cassino, como un marido celoso.<sup>120</sup> Al otro lado del monte, en la población de Cassino, los altavoces británicos proclamaban: «Continuar luchando es una insensatez ... Alemania ha perdido Cassino». Desde el palacio del barón y el Hotel Continental comenzaron a huir sombras hacia la colina del Ahorcado. Temerosos de la venganza de los polacos, algunos se rindieron caminando con las manos en alto hacia la cripta o por la Carretera 6, donde la 78.<sup>a</sup> División británica cazó a ochenta paracaidistas que se escurrían hacia la retaguardia.<sup>121</sup> A las tres de la madrugada del 18 de mayo, no quedaban alemanes vivos en el casco urbano.

La lucha por las elevaciones de detrás de la abadía terminó al alba. A las siete de la madrugada, el Punto 593 cayó de una vez por todas. Dos horas más tarde, un teniente polaco de la 12.<sup>a</sup> de Lanceros Podolski encabezó una patrulla de seis hombres<sup>122</sup> que subió por un repecho sembrado de amapolas y cadáveres, entre ellos polacos y alemanes fundidos en abrazos mortales. Al otro lado del aparcamiento en ruinas, más allá de los escombros y de una campana de iglesia destrozada, los lanceros se limpiaron las suelas de los pies.<sup>123</sup> Un sargento subió sobre los hombros de sus camaradas para escalar la pared resquebrajada y luego ayudó a los demás a acceder al recinto. Fragmentos de fresco y de estatuas de mármol crujían bajo sus pies. Encontraron a dos camilleros que atendían a dieciséis paracaidistas gravemente heridos, algunos de los cuales estaban tendidos a la luz de las velas en la cripta de San Benedicto.<sup>124</sup>

Justo antes de las diez de la mañana, un pabellón del regimiento de lanceros improvisado con una bandera de la Cruz Roja y un pañuelo azul ondeó desde un bastón sobre el muro oriental de Monte Cassino. Una corneta entonó *Hejnat Mariacki*, un toque militar medieval que antiguamente se usaba para señalar la apertura de las puertas de Cracovia. Luego la bandera roja y blanca de Polonia se alzó sobre el cielo del mediodía. Los soldados de Anders lloraron.<sup>125</sup>

A las 11:30 comenzó a circular la señal británica con el código convenido para proclamar la caída de Cassino: Wye.<sup>126</sup> Leese se acercó a la cripta para tomar el té y luego brindó con champaña con Anders. Las bajas polacas de la semana superaban

los tres mil setecientos hombres, entre ellos ochocientos sesenta muertos; se contaron novecientos muertos alemanes sin enterrar.<sup>127</sup> Alexander telegrafió a Churchill: «La captura de Cassino significa mucho para mí y mis dos ejércitos».<sup>128</sup>

Por primera vez en cinco meses, en el pueblo la gente iba erguida en pleno día. Descubrieron rosas que florecían cerca de la cárcel, así como una estatua de la virgen que estaba intacta sobre un altar de troncos; hallaron un panzer aparcado en el vestíbulo del Continental.<sup>129</sup> Emergieron granaderos de las diversas casuchas inmundas que salieron de la ciudad hacia la esquina de las letrinas para tomarse un respiro. Unos dos mil quinientos ingenieros británicos y sudafricanos se aprestaban a despejar la Carretera 6, pero en el camino toparon con unos escombros de tal densidad que sólo unos pocos centenares de hombres consiguieron acercarse a la calzada; allanar un kilómetro y medio les acabó costando cincuenta y dos horas.<sup>130</sup>

En la propia abadía, una inspección más a fondo reveló nuevos horrores: niños muertos durante el bombardeo de febrero; los huesos de un cardenal del siglo XIX, a los que habían robado el anillo y la cruz del pecho, tirados en un jardín; cadáveres empotrados en grandes cajones para ropa. «El efecto que producía todo ello», explicó Venus Fixer, «es el de un cuento de Mesopotamia».<sup>131</sup> Soldados polacos, británicos e indios vagaban sin rumbo, garabateaban grafitis y recogían souvenirs como una cabeza de ángel tallada en madera que arrancaron del coro de una iglesia. Un hábil caricaturista había dibujado a Churchill fumando un puro sobre la llanura de Cassino ante un paracaidista alemán a horcajadas sobre las ruinas de la abadía. El bocadillo de texto decía: «Denk'ste» (Piénsatelo bien).<sup>132</sup>

Un caza estadounidense solitario voló bajo sobre la abadía y su piloto soltó un ramillete de rosas desde la carlinga. Fogonazos de cañón delineaban el horizonte al norte, recordando que para la mayoría la guerra continuaba. «No esperéis que os envíe cartas normales porque no estaré normal durante algún tiempo», escribió el 18 de mayo a su mujer el cabo de lanceros Walter Robson, del Regimiento Queen's Own Royal West Kent.<sup>133</sup>

«Nos han atacado con stukas, morteros, obuses, ametralladoras y francotiradores, hemos tomado Cassino, el monasterio, pero ninguno de nosotros está eufórico», añadió Robson. «Las bajas nos entristecen y nos asustan ... ¿Cuándo se acabará esta locura?»

Recién condecorado, al regreso de su mes de permiso el general Von Senger se encontró el 17 de mayo con Vietinghoff, el jefe del X Ejército que tantos bombardeos había sufrido, en su puesto de mando cerca de Frosinone, cuarenta y cinco kilómetros valle arriba desde Cassino.<sup>134</sup> Senger también halló la Línea

Gustav rota, su XXIV Cuerpo Panzer partido en dos y bastante incertidumbre por parte de los servicios alemanes de inteligencia acerca de a qué parte del macizo de Petrella habían ido los irregulares franceses.<sup>135</sup> Vietinghoff declaró que el estado en que se hallaba el XIV Cuerpo era «espantoso».<sup>136</sup> «Por primera vez en nueve meses, el cuerpo no ha podido resistir», escribió Senger posteriormente.<sup>137</sup> Además se había cambiado de nombre a la Línea Hitler para evitar turbaciones al Führer en caso de que también cayese: ahora se llamaba la Línea Senger.

Se llamase como se llamase, había que mantenerla en pie, especialmente el tramo oriental de veintisiete kilómetros entre Terracina, en la costa tirrena, y la población montañesa de Pico, donde los Aurincis se derramaban sobre el valle del Liri.<sup>138</sup> Aquí la mayor amenaza era ahora el V Ejército con sus *goumiers* fantasmas. «Me lo dejaron a mí», añadió Senger, «para evitar que aniquilasen el cuerpo de ejército».<sup>139</sup>

La misión era formidable. El alargamiento de los días y la mejora de las condiciones meteorológicas hacían más vulnerable que nunca la retaguardia alemana ante la aviación enemiga,<sup>140</sup> entre ella los pequeños aviones oteadores que corregían la artillería aliada de largo alcance.<sup>141</sup> «La constante e incesante actividad de los cazabombarderos aliados hace casi imposible el movimiento y el despliegue de tropas», informó el diario de guerra del X Ejército el 18 de mayo.<sup>142</sup> Habían muerto tantos caballos que había que transportar a mano el equipamiento a la retaguardia o abandonarlo.<sup>143</sup> Los cincuenta y nueve batallones alemanes del frente meridional alemán contaban ahora con un promedio de doscientos cincuenta soldados;<sup>144</sup> la 15.<sup>a</sup> División de Granaderos Panzer, paladines de Troina y otros campos de batalla del sur, hicieron constar el 20 de mayo que sólo disponían de cuatrocientos cinco hombres en condiciones de combatir.<sup>145</sup>

Los conductores italianos de camiones de suministro desertaban en masa a pesar de las ejecuciones colectivas por «cobardía a la vista del enemigo»; algunos convoyes de ida y vuelta al norte de Italia llegaban a tardar tres semanas.<sup>146</sup> La artillería inutilizó las líneas telefónicas y obligó a los mandos alemanes a utilizar la radio, que era vulnerable al espionaje y a una mala recepción en las montañas.<sup>147</sup> «Necesito que me den una idea clara», dictó Kesselring al X Ejército en un malhumorado mensaje,<sup>148</sup> pero resultaba imposible: ni siquiera los criptólogos operadores de Ultra comprendían la algarabía procedente de las unidades germánicas.<sup>149</sup>

En realidad, Kesselring había sido superado en más de un sentido por sus adversarios. Tardó demasiado en reconocer la amenaza que se cernía sobre él por su derecha en los Aurinci y en darse cuenta de que el nuevo desembarco anfibio

aliado no era más que una diversión.<sup>150</sup> Tampoco supo activar sus reservas con la rapidez necesaria. El 14 de mayo Kesselring había puesto en marcha la primera de las tres divisiones de reserva estratégica con las que contaba, la 26.<sup>a</sup> Panzer; pero el viaje de ciento diez kilómetros se alargó tanto que los tanques de las unidades no pudieron combatir de forma cohesionada hasta el 19 de mayo, demasiado tarde para tapar los boquetes de la Línea Gustav.<sup>151</sup> Aquel día Kesselring ordenó también que el XIV Ejército transfiriese la 29.<sup>a</sup> División de Granaderos Panzer —que seis meses antes había defendido San Pietro— desde la cabeza de puente de Anzio al ala derecha del X Ejército. Los petulantes retrasos del general Von Mackensen, jefe del XIV Ejército, mermaron los esfuerzos por reforzar la que los Aliados no habían dejado de denominar Línea Hitler. Divisiones motorizadas como la 15.<sup>a</sup> y la 16.<sup>a</sup> de Granaderos Panzer quedaron separadas en pequeños grupos, con batallones esparcidos por todas partes que acabaron derrotados sin remisión. El Führer se vio incluso obligado a trasladar el equivalente de tres divisiones de Hungría, Croacia y Dinamarca para la defensa de Italia.<sup>152</sup>

En cuanto a Kesselring, no pudo hacer más que vociferar a sus insolentes subordinados y apelar a sus tropas para que resistiesen «la gran ofensiva del enemigo contra el centro cultural de Europa».<sup>153</sup> Pocos hallaron ánimo en sus arengas. «No puedes saber lo difícil y lo terrible que es esta retirada», escribió un jefe de reconocimiento a su mujer después de la caída de Cassino. «Se me rompe el corazón cuando miro mi hermoso batallón ... Nos veremos pronto, espero, en mejores tiempos.»<sup>154</sup>

Resultaba difícil pensar en mejores tiempos desde ambos lados de la línea de fuego. Un canadiense describió Diadema como mil batallas separadas que estallaban «como fuegos espontáneos en una fábrica».<sup>155</sup> El general Leese disponía ahora de tres cuerpos de ejército con unos veinte mil vehículos apretujados en el frente de diez kilómetros de un estrecho valle flanqueado de altas montañas ideal para emboscadas y maniobras de dilación.<sup>156</sup> Bucólico desde lejos —un canadiense describió un pueblo italiano como «una etérea fantasía, sobre una montaña en forma de colmena y coronada por un torreón con almenas»—, el Liri demostró que no era ni idílico ni una avenida hacia Roma.<sup>157</sup> La mayoría de los árboles ya se habían convertido en astillas a causa de las bombas y los obuses. Batiéndose en retirada, los alemanes habían abierto fuego sobre las granjas y los montones de grano, matando el ganado, así como a un nutrido número de civiles. «Se obligó a los prisioneros alemanes a limpiar sus propios campos de minas», recordó un oficial de la Guardia. «Media docena saltaron por los aires.»<sup>158</sup>

Un neozelandés que subía en tanque entre los viñedos de una ladera explicó que «los Sherman se balanceaban arriba y abajo como destructores al pasar los surcos paralelos en cada hilera, con hombres sentados en el morro equipados con grandes cizallas para abrir un paso».<sup>159</sup> Las alcantarillas de ladrillo se hundían en la carretera bajo el peso de los tanques de treinta toneladas, y los atascos pronto fueron comparables a los que asolaron al VIII Ejército en El Alamein: una brigada que trataba de avanzar hacia el ruido de cañonazos tardó dieciocho horas en recorrer cuarenta y ocho kilómetros.<sup>160</sup> Un general canadiense se quejó de que la Carretera 6 estaba «embotellada de camiones de arriba abajo».<sup>161</sup>

Si bien la Línea Hitler carecía de obstáculos naturales como el río Rápido y Monte Cassino, contenía un cinturón de fortificaciones de casi un kilómetro de anchura que desde diciembre construían cinco mil obreros.<sup>162</sup> Entre el «papurri de obras» había minas, fosos antitanque, alambradas de doble capa y casi tres mil posiciones de tiro. Se habían montado torretas de tanque Pantera, cuyo rapidísimo cañón de 75 mm era uno de los más crueles de la guerra, sobre peanas de obra. Una avanzadilla que el VIII Ejército envió el 19 de mayo terminó con trece tanques canadienses en llamas. En el otro extremo de los Auruncis también sucumbieron bajo un demoledor fuego enemigo. Cinco Sherman estadounidenses, entre ellos uno llamado Bonnie Gay que ardió con tal intensidad que «lo único que quedó de sus hombres fueron los empastes de los dientes».<sup>163</sup>

«Las heridas en la cabeza son numerosas y graves. La mayoría se dan entre los tanquistas cuando sus carros de combate reciben un impacto directo», escribió Klaus H. Huebner, un oficial médico cuyo destacamento de asistencia del batallón de la 88.<sup>a</sup> División ocupó la panadería de un pueblo.<sup>164</sup> «Al reconocerlos, sus cráneos parecen cascarones de huevo rotos ... El mortuorio que tenemos en el patio trasero se llena pronto.» En su diario, Huebner añadió: «Siempre están en la parte de abajo de la pendiente y los *Krauts* siempre cuesta arriba. El terreno siempre juega a favor del enemigo».

No había otro remedio que continuar luchando. Los sargentos repartieron raciones de ron en vasos esmaltados después del desayuno y enviaban a sus hombres a escabechar al enemigo... o a que éste los escabechara.<sup>165</sup> Un *tommy* que esperaba en el hospital de campaña que le amputasen ambas piernas murmuraba: «No puedo echar ninguna carrera, pero me quedan muchas energías para luchar, y viviré».<sup>166</sup> Murió tras la operación. Un capitán británico observó «la triste imagen de un carpintero fabricando cruces para nuestros muertos».<sup>167</sup> El capitán de un tanque estadounidense recibió un balazo en el corazón procedente de

un francontirador que los Aliados sospecharon que se escondía entre un grupo de alemanes que se rendían; después de aquello, un jefe de compañía ordenó: «No hagáis más prisioneros».<sup>168</sup>

De hecho se tomaron manadas de prisioneros a manos de los feroces polacos, los *goumiers* y los excitados estadounidenses.<sup>169</sup> Como promedio, cada día entró un millar de prisioneros alemanes en las jaulas aliadas, y el penoso estado en que se hallaban muchos de ellos conmovió a sus captores. «Los de mayor edad forman un grupo de lo más extraño», señaló un informe de interrogatorios el 22 de mayo.<sup>170</sup> «Parece que las autoridades se habían propuesto firmemente no reparar en cosas como la falta de un dedo del pie, la de un ojo u otros hándicaps, por no decir la edad.» Con todo, ya hacía tiempo que nadie subestimaba la tenacidad germánica. «Uno de mis ayudantes trae a un alemán herido», registró el cirujano Huebner.<sup>171</sup> «Está fumando un cigarrillo. Cuando exhala, sale humo por los orificios que tiene en el pecho.»

Durante los últimos días de la segunda semana de la ofensiva aliada, Alexander estudió los comunicados del frente intensamente, como si fuera un vidente estudiando las entrañas de un animal. Cada día iba en coche desde Caserta al norte para ver por sí mismo, con las cejas y la gorra roja llenas de polvo por encima de sus binoculares.<sup>172</sup> En el extremo izquierdo el II Cuerpo de Ejército estadounidense el 20 de mayo había capturado Fondi, donde las legiones romanas habían detenido el avance de Aníbal durante la Primera Guerra Púnica. Las legiones de Keyes amenazaban ahora el puerto de Terracina, en la parte inferior de las marismas Pontinas. En el extremo derecho, Leese continuaba desatando una lluvia de ochocientos obuses por minuto sobre las fortificaciones alemanas del valle.<sup>173</sup> En el centro, los artilleros franceses sorprendieron desprevenidos a unos granaderos panzer cerca de Esperia, y liquidaron a tantos que hicieron falta bulldozers para apartar sus restos.<sup>174</sup> Senger se quejó de que sus batallones se estaban «desangrando».<sup>175</sup> Tras cortar la Carretera 82, los *goumiers* continuaron su expedición hacia el norte, y las legiones de Juin tomaron una posición en la vital encrucijada que constituía la localidad de Pico, lo que provocó unos feroces contraataques alemanes con tanques Tigre.<sup>176</sup>

De este a oeste, la Línea Hitler se derrumbaba. «¡Ya son nuestros!», había exclamado Juin, y parecía que tenía razón. Quedaban muchos combates por librar: los alemanes —o, más bien, diez mil trabajadores italianos— habían comenzado a erigir una cadena de fortificaciones más por debajo de Roma, la Línea César.<sup>177</sup> Pero Kesselring había tenido que transferir divisiones desde Anzio para contener el impulso aliado en el frente del sur. «El enemigo ha despojado del grueso de sus



reservas a las fuerzas que se oponen a la cabeza de puente», informaron los servicios de inteligencia del cuartel general aliado el 22 de mayo. «El riesgo que corren es tan grande que resulta sorprendente.»<sup>178</sup>

Era la oportunidad que Alexander esperaba desde hacía tanto tiempo para redimirse, excusarse y aniquilar al enemigo. Siete divisiones del Ejército de Cabeza de Playa caerían sobre el flanco enemigo y se clavarían en él como una daga entre las costillas. Al fin llegaba la hora.

## EL V EJÉRCITO, PROTAGONISTA

Mark Clark trasladó su puesto de mando de Caserta a Anzio el lunes 22 de mayo, adonde llegó en un pequeño avión monomotor L-5 cuyas alas no tenían mucha más envergadura que sus propios brazos.<sup>179</sup> A las diez, después de cenar en Villa Borghese, fue del puesto de mando instalado en el sótano hacia una sala de conferencias precedido por un fornido coronel que gritó: «¡Ateeeención!». Varias decenas de corresponsales de guerra se levantaron a regañadientes de los bancos en los que le esperaban a la luz de bombillas desnudas. «Siéntense, caballeros», dijo Clark, haciendo un gesto con la mano.<sup>180</sup>

Durante media hora explicó su plan de ataque en detalle, detenidamente y con precisión, señalando ocasionalmente hacia el enorme mapa que estaba pegado a la pared que había a su espalda. Mil cañones abrirían fuego en menos de ocho horas. El VI Cuerpo del general Truscott se había ampliado y ahora era un ejército dentro del V Ejército: siete divisiones más la 1.<sup>a</sup> Fuerza de Servicios Especiales del general de brigada Robert Frederick. En su presentación también mencionó la 36.<sup>a</sup> División de Infantería estadounidense, que había llegado por mar en secreto durante los últimos cuatro días siguiendo el plan del general Alexander para que el enemigo no la detectase. Alrededor del perímetro de la cabeza de playa, y en el sentido de las agujas del reloj, las fuerzas atacantes se componían de la 5.<sup>a</sup> y la 1.<sup>a</sup> divisiones británicas a la izquierda, luego la 45.<sup>a</sup> de Infantería estadounidense, la 1.<sup>a</sup> Panzer — con un regimiento de la 34.<sup>a</sup> de Infantería— y la 3.<sup>a</sup> de Infantería. Los *Forcemen* protegían el flanco derecho, mientras que la 36.<sup>a</sup> y la mayor parte de la 34.<sup>a</sup> quedaban en reserva. Frente a este Goliat, el XIV Ejército de Mackensen contaba con cinco divisiones y media.<sup>181</sup>

En la Operación Búfalo, «el principal objetivo de nuestro ataque» sería la toma de Cisterna, continuó Clark, que no resultaría fácil porque la localidad se había fortificado mucho después de la desastrosa acometida de las Tropas de Asalto en enero. La vanguardia penetraría luego hacia el nordeste, por Cori, para cortar la Carretera 6 en Valmontone, «con el objetivo final de destruir tantos alemanes como sea posible». Tenía la intención de «aislar al cuerpo principal del ejército alemán desde el frente de Cassino». El ataque no «tiene el propósito de capturar Roma», pero pensaba «ser flexible». Tras un vistazo al mapa, pareció corregirse: «Vamos a tomar Roma».<sup>182</sup>

Cuando los corresponsales se levantaron para marcharse, oficiales del gabinete les dijeron que la prensa podía asegurar al público que el general Clark estaba «personalmente al mando».<sup>183</sup> Para reforzar la afirmación, Clark llamó por radio a Gruenther, en Caserta. «No hay restricciones acerca de [informar sobre] dónde me encuentro», indicó a su jefe de Estado Mayor.<sup>184</sup> «Haz añicos a cualquiera que trate de oponerse.» Además, Gruenther tenía que comprobar que todo comunicado que anunciase el ataque «esté bien redactado y especifique que el protagonista es el V Ejército. No quiero que el primer anuncio que se haga de esto diga que las tropas de Alexander han atacado desde la cabeza de playa».

Clark había revelado buena parte de sus planes, pero también calló otra gran parte.<sup>185</sup> Las discusiones intestinas sobre los plazos y la dirección del ataque no hacían más que intensificarse. Alexander confiaba en que cuando el Ejército de Cabeza de Playa se apoderase de la Carretera 6 en Valmontone, «patrullas móviles y rápidas» podrían cortar otras vías de fuga alemanas al este. Clark había insistido con el mismo vigor en que atrapar al X Ejército «no era posible», y que en Búfalo el enemigo continuaría ocupando los cuellos del Lazio, por lo que contaría con la ventaja de hallarse en terreno elevado.

En un encuentro cara a cara que había tenido lugar en Caserta el 20 de mayo no lograron resolver sus diferencias. Alexander ordenó el ataque de la cabeza de playa para la noche del 21 de mayo, evidentemente a causa de que había entendido erróneamente que el VIII Ejército había penetrado en la Línea Hitler por Aquino. Cuando Clark protestó, Alexander se avino a posponer el fuego hasta la mañana del 23; al mismo tiempo, renovarían el ataque de Leese en el valle del Liri, con la esperanza de «conservar pérdidas» en el desgastado VIII Ejército.<sup>186</sup>

Clark sospechó que le estaban haciendo doble juego. «Estoy convencido de que el VIII Ejército contendrá su ataque y dejará que los franceses hagan por ellos el trabajo, como han hecho hasta ahora en esta batalla», escribió en su diario. «Todos

sus actos están siempre dictados por sus deseos de ahorrar vidas y dejar que otro lleve el peso.»<sup>187</sup>

Lo que Clark pretendía hacer exactamente tal vez no estuviese claro ni para él mismo. Posteriormente reconoció haberse dicho para sus adentros: «Demonios, no deberíamos ni siquiera pensar en Roma. Lo único en que deberíamos pensar es matar alemanes».<sup>188</sup> Tomar la capital sería glorioso, por supuesto, un honor que «creíamos que merecíamos de sobras».<sup>189</sup> Pero una orden es una orden, y a Alexander le habían dado una explícita. Clark había comunicado por radio con Truscott antes de marcharse de Caserta: «La operación Búfalo comenzará a las 6:30 del 23 de mayo».<sup>190</sup>

Pero también mandó un mensaje privado al jefe del cuerpo de ejército. Cuando se desplegara el ataque, Truscott tenía que estar listo para considerar «un plan alternativo», escribió Clark.<sup>191</sup> «Tras reagruparse, lanzarían un nuevo ataque hacia el noroeste desde el área de Cisterna.» En lugar de golpear hacia Valmontone, al este, la mayor parte del Ejército de Cabeza de Playa podría desviarse al oeste de Colli Laziali por la ruta más corta hacia Roma, el «gran premio».<sup>192</sup> Como Clark había dicho a los reporteros, un buen jefe siempre debe tener una mente flexible.

Los generadores de humo vertían neblina sobre el frente desde el mar Tirreno hasta el Canal de Mussolini. Soldados de la 3.<sup>a</sup> División, que llevarían el peso del ataque contra Cisterna, salieron de sus barracones de madera marchando, batallón por batallón, junto a una banda militar que tocaba el himno de la división, como habían hecho cuando cuatro meses antes se habían embarcado hacia Anzio:

No soy más que un soldado con cara de perro y un rifle al hombro  
Y me desayuno a un *Kraut* cada día.<sup>193</sup>

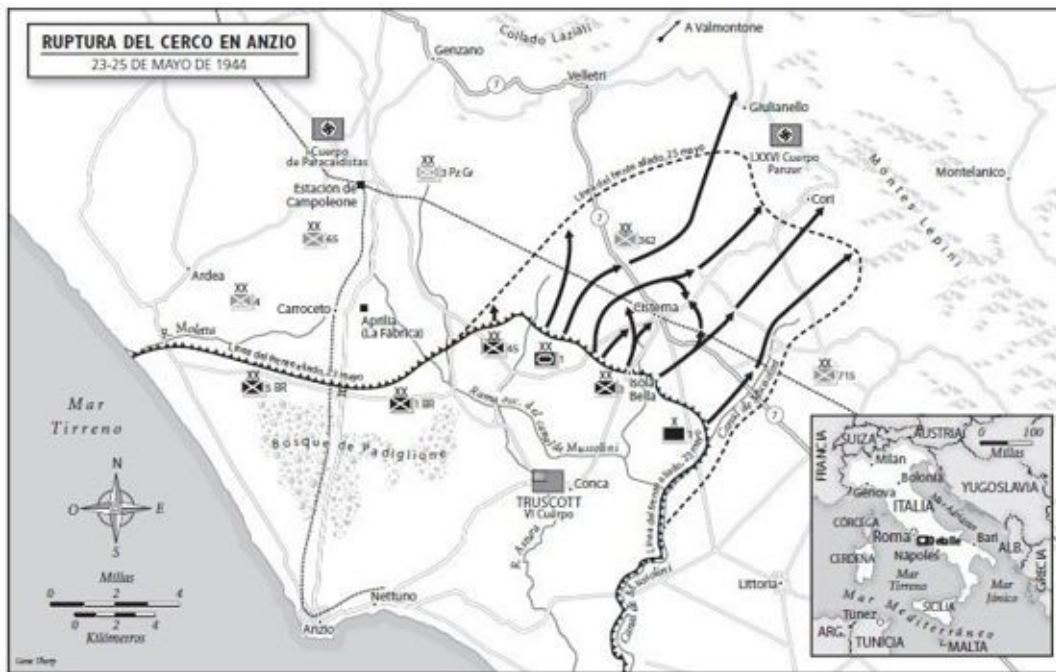
A principios de la noche había llovido, pero llegada la madrugada el cielo estaba claro. Las estrellas parpadearon entre la niebla artificial hasta que una capa gris de nubes volvió a cernirse sobre la cabeza de playa desde el mar.<sup>194</sup> Los soldados comprobaban su equipamiento por última vez; muchas veces llevaban cuerda de paracaídas, que, según se decía, era mejor para hacer torniquetes.<sup>195</sup> Un sargento de diecinueve años de la 15.<sup>a</sup> de Infantería no había recibido correo en seis semanas, y el encargado de la compañía le había entregado cuarenta cartas a última hora de la noche del lunes; embutió los sobres en su mochila de campaña, preguntándose si viviría para abrirlos.<sup>196</sup> De la radio de un tanque de la 1.<sup>a</sup> División Panzer llegaban coros inverosímiles de *Oklahoma!* Cuando el alba adquirió un tono

albaricoque en el cielo del este, un teniente de Old Ironsides, como se conocía popularmente a la 1.<sup>a</sup> Panzer, leía en voz alta la historia de Tucídides de la guerra del Peloponeso, y luego exclamó: «¡No hay nada nuevo en la guerra!».<sup>197</sup>

Expectación, ansiedad, desahogo... éstas eran algunas de las sensaciones que planeaban sobre el frente. Clark echó un sueño de unas horas en un catre metálico; para escapar al aire enrarecido del sótano de Borghese, fue a descansar al piso de arriba, en un salón de techo alto decorado con lámparas de araña y enormes cuadros al óleo.<sup>198</sup> Se levantó a las cuatro de la madrugada y tomó un desayuno rápido para luego salir en jeep desde Nettuno hacia el frente. A las 5:30, justo cuando el sol comenzaba a despuntar sobre el horizonte, se asomó con Truscott desde un puesto de observación camuflado en Conca, desde el que había contemplado con frustración en enero cómo los Rangers de Darby y la 3.<sup>a</sup> División se estrellaban contra las defensas de Cisterna. Los dos altos oficiales estaban sumidos en sus propios pensamientos, y ninguno de ellos dijo gran cosa.<sup>199</sup>

Con un tremendo estruendo, el bombardeo comenzó exactamente a las 5:45; Howitzer, morteros, tanques: todo cañón que pudiera disparar. «A lo mejor se oye desde Roma», gritó un soldado.<sup>200</sup> La onda expansiva de los cañonazos se elevaba hacia el cielo como el calor que se evapora del asfalto.<sup>201</sup> Nubes de polvo se extendieron sobre el campo de batalla, iluminado con fuerza desde el interior por la explosión de los obuses. Sesenta cazabombarderos cruzaron el frente en dirección a Cisterna, que a su paso quedó aún más carbonizada y vapuleada que antes.<sup>202</sup>

A continuación, los fusileros saltaron sobre la cresta a las 6:30; ya no cantaban y tenían furia en los ojos, además de miedo.<sup>203</sup> El profundo rugido de la artillería se oía ahora al compás de los leves disparos de los rifles y de mil ametralladoras. En un frente de ochenta kilómetros, en filas de tres regimientos la 3.<sup>a</sup> División se lanzó contra cuatro batallones alemanes atrincherados en reductos para pelotón alrededor de Cisterna, entre doscientos cincuenta y cuatrocientos cincuenta metros de distancia unos de otros, todos ellos defendidos con minas, alambradas y armas automáticas. A ochocientos metros al este de Isola Bella, cerca del último baluarte que en su día defendieron las Tropas de Asalto, la compañía L de la 15.<sup>a</sup> de Infantería perdió rápidamente ciento cuarenta de sus ciento ochenta hombres. «Al soldado que había delante de mí le dio una bala», escribió un sargento de la compañía I. «Le di la vuelta y vi que tenía los ojos mirando hacia arriba.»<sup>204</sup>



Más al este, la compañía K de la 30.<sup>a</sup> de Infantería informó que le quedaba una docena de hombres en pie; el fuego alemán segaba los campos como una hoz, dejando hileras de hierba arrancada y cadáveres a su paso. A la derecha, la compañía E de la 15.<sup>a</sup> caló las bayonetas y, gritando, saltaron a la carga entre los árboles de un bosque; mataron quince alemanes y capturaron a ochenta. Con todo, la línea a duras penas había avanzado cuatrocientos metros. «Van demasiado despacio», lamentó a las ocho de la mañana el jefe de la división, el comandante general O’Daniel.<sup>205</sup> «Echémosles todo lo que tenemos.» A Jack Toffey y a la 7.<sup>a</sup> de Infantería les había tocado bailar con la más fea, en el centro del asalto, pero cuando un oficial del Estado Mayor informó de que las dos primeras compañías habían sido inmovilizadas por el fuego enemigo, O’Daniel respondió: «ahora estas palabras no forman parte de nuestro vocabulario».<sup>206</sup>

Justo después de mediodía, cinco tanques Sherman más se sumaron a la batalla remolcando un invento de O’Daniel: «trineos de batalla» fabricados en el más estricto secreto con tubos para torpedo serrados por la mitad en sentido longitudinal, con raíles de acero soldados al fondo. Con 2,5 metros de longitud, 0,6 de anchura y la profundidad mínima para transportar a un soldado tendido y muy nervioso, estos trineos se habían encadenado en ristras de seis, y cada tanque tiraba de dos de ellas. Las fosas y las minas hicieron su efecto, y cuando apenas sesenta trineos habían entrado en el campo de batalla, ya no pudieron avanzar más; entonces sus tripulantes saltaron fuera, agradecidos de poder salir.<sup>207</sup>

Metro a metro, el avance fue acercándose a Cisterna a costa de mucha sangre. Hacia el final de la jornada, antes de que empezara a llover, soldados de la 3.<sup>a</sup> División llegaron a quinientos metros de la población, un kilómetro y medio más cerca de Roma de lo que se encontraban al amanecer. Pero ninguno había cortado la Carretera 7 ni la vía de ferrocarril que corría paralela a ella sobre un terraplén, y las bajas habían sido terribles: un millar de muertos, heridos y desaparecidos, la jornada más sangrienta que aquella división había vivido hasta entonces durante la segunda guerra mundial y una de las más sacrificadas que viviera ninguna división durante toda la campaña.<sup>208</sup> Había muchos más muchachos heridos que camilleros que pudieran transportarlos.<sup>209</sup> Al ver la carnicería, un joven soldado raso se preguntó: «¿Voy a morir antes de estar nunca con una mujer?». <sup>210</sup>

Los flancos de Truscott también toparon con una oposición furibunda.<sup>211</sup> A la derecha, los *Forcemen* de Frederick cruzaron la Carretera 7 a la carrera por debajo de Cisterna, sólo para retirarse sin orden ni concierto bajo el atroz fuego de los Tigres, que aparentemente eran inmunes a los antitanques. «Aquí arriba se ha desatado un infierno», señaló por radio a Truscott un oficial del Estado Mayor.<sup>212</sup> «Los alemanes nos disparan con todo lo que tienen.» En el extremo izquierdo, las tropas británicas no conseguían más que mantener sus posiciones en un ataque que básicamente estaba pensado como maniobra de diversión. La 45.<sup>a</sup> División avanzaba entre el trigo que les llegaba hasta medio muslo, rodeando esqueletos uniformados de gris, hasta que el fuego cruzado de las ametralladoras les obligó a echar cuerpo a tierra.<sup>213</sup> Los alemanes apuntaron a las estelas que los soldados habían dejado a su paso al arrastrarse entre el trigo, y por los campos dorados empezó a oírse el sordo choque de balas que alcanzaban su objetivo. El contraataque de más de una docena de Tigres despellejó a un batallón en campo abierto y ya había comenzado a aplastar a otro cuando el fuego de artillería los ahuyentó.

Cuando cayó la noche, la 45.<sup>a</sup> División había sufrido 458 bajas y los puestos médicos estaban tan ocupados que los heridos tuvieron que compartir el catre.<sup>214</sup> «El que estaba en el camastro de mi lado tenía metralla en la espalda y no paraba de suplicar a los médicos que lo dejaran morir», recordó más tarde un soldado de artillería.<sup>215</sup> Un capitán que había pisado una mina miraba fijamente el lugar donde antes estaba su pie, y musitaba «de todas formas, éste es el que siempre tenía frío». <sup>216</sup>

Las últimas esperanzas del día recayeron sobre los hombros de la 1.<sup>a</sup> División Panzer, que atacó con 232 tanques por un frente de 5 kilómetros al este de Cisterna. «Seguimos sin saber si nuestros tanques podrán pasar o no. Preveo graves pérdidas», había escrito Ernie Harmon a un amigo una semana antes.<sup>217</sup> Aquellas

pérdidas, advirtió, podían alcanzar el centenar de tanques durante la primera media hora.<sup>218</sup> El ánimo de Harmon decayó aún más cuando su ala derecha —el grupo de combate B— entró en un campo de minas mal demarcado que los estadounidenses habían sembrado durante los combates del invierno.<sup>219</sup> Pronto hubo treinta Sherman inmovilizados con las orugas rotas y los rodamientos averiados a menos de cuatrocientos metros de la línea de partida.<sup>220</sup>

A la izquierda, en cambio, el grupo de combate A puso en práctica otro invento militar con unos resultados excelentes.<sup>221</sup> Antes del alba varios tanques habían lanzado a la tierra de nadie un par de «serpientes» de ciento treinta metros: tuberías de diez centímetros con varias toneladas de explosivos de relleno. Extrañados, los vigías alemanes dieron la alarma golpeando latas llenas de piedras,<sup>222</sup> y una ráfaga de ametralladora detonó las tuberías con «una violencia atroz» que excavó un atractivo canal de ocho metros de anchura en el campo de minas.<sup>223</sup> Dos serpientes más alargaron el pasillo, por el que los tanques de Harmon fluyeron a toda prisa como un chorro que saliese por el boquete de un dique. Fusileros de la 135.<sup>a</sup> de Infantería cruzaron montados sobre los Sherman y luego saltaron para reunir a los prisioneros y acabar con los últimos resistentes.

A la una de la tarde, los tanques estadounidenses ya habían cruzado el terraplén del ferrocarril y provocaron el frenético enarbolamiento de banderas blancas, mientras un batallón de infantería se hacía fuerte en el terreno elevado que había casi medio kilómetro más al norte.<sup>224</sup> El grupo de combate B, que había prescindido de las serpientes por temor a que una detonación prematura alertase al enemigo, acabó abriendo una brecha con el mismo método y acampó para pasar la noche cuando tuvo la Carretera 7 a tiro del cañón de sus tanques. Los soldados de infantería durmieron sobre sus armas parapetados tras sacos de arena que habían transportado los tanques.<sup>225</sup>

El día le había costado a Harmon ochenta y seis tanques y destructores antitanque, la mayoría a causa de minas estadounidenses. Cubrió rápidamente estas pérdidas con sus reservas, pero otras fueron más difíciles de compensar. Este martes el V Ejército sumó casi dos mil bajas, la mayor cifra diaria de toda la campaña de Italia, con 334 muertos en combate: una vida perdida cada cuatro minutos. A medianoche, la media luna que describían las posiciones de los hombres que luchaban por salir de la cabeza de playa estaba teñida de negro por la sangre.<sup>226</sup>

Sin embargo, en todo el frente se habían tomado quinientos prisioneros enemigos y Cisterna corría peligro de quedar rodeada por el nordeste. La 362.<sup>a</sup> División alemana había perdido casi la mitad de sus efectivos; dos regimientos de la 715.<sup>a</sup> División habían sufrido daños casi igual de graves, mientras que la 94.<sup>a</sup>

División —que había sido trasladada a la defensa de la cabeza de playa tras sufrir una auténtica paliza en los Auruncis— se quedó con nada más que doscientos combatientes. A las ocho de la tarde del martes, Kesselring dijo por teléfono a Vietinghoff: «Las cosas tienen mal aspecto en el frente de Mackensen. No se lo diga a nadie».<sup>227</sup>

A altas horas de la noche Truscott resumió las noticias de forma muy sucinta para Clark, que acababa de volver del sótano de los Borghese: «Todos los ataques han empezado según el plan. La ofensiva ha hallado una resistencia moderada».<sup>228</sup>

El miércoles 24 de mayo por la tarde, dicha resistencia se estaba desmoronando. Los tanques de Harmon se cernieron tras Cisterna desde el este, liquidando a su paso a los pocos combatientes uniformados de gris que de vez en cuando se asomaban por detrás de los matorrales para disparar a los Sherman en la rejilla trasera. La artillería estadounidense aplastó los contraataques por los flancos, pero una y otra vez dejó caer también obuses sobre la infantería aliada.<sup>229</sup> Por la noche O'Daniel y Harmon casi habían rodeado Cisterna por partida doble y se habían hecho con ochocientos cincuenta prisioneros. Los alemanes «se dispersaron como codornices asustadas», escribió Audie Murphie. «Los eliminamos uno por uno, como si jugásemos al tiro al plato.»<sup>230</sup> Una franja de un kilómetro y medio de la Carretera 7 había sido cortada al norte de la localidad, así como otros cinco kilómetros en el sur, y un batallón de reconocimiento se acercó a unos seis kilómetros de Velletri, en la parte inferior de Colli Laziale. El grueso del VI Cuerpo de Ejército se hallaba a veintiún kilómetros de la Carretera 6. «Podría entrar en Valmontone esta noche si estuviese afianzado por la izquierda», dijo Harmon a Truscott.<sup>231</sup>

El jueves por la mañana las cosas mejoraron aún más. La 34.<sup>a</sup> División de Charles Ryder amplió la franja tomada de la Carretera 7 en ocho kilómetros por la izquierda, con lo que más codornices alzaron el vuelo y se expusieron al letal punto de mira de los cazabombarderos.<sup>232</sup> «La carnicería fue extrema», anotó uno de los presentes; las bajas causadas incluyeron quince Tigres. Más de un centenar de ametralladoras de calibre 0,50 llenaron de plomo Cisterna, que, según se decía, era ya la población más devastada de Italia, por encima incluso de Cassino.<sup>233</sup> Un batallón de la 7.<sup>a</sup> de Infantería se hizo con un rincón de la parte sudoeste de Cisterna cuando rompió el alba, y dos regimientos hermanos, el 15.<sup>a</sup> y el 30.<sup>a</sup>, se acercaron por el nordeste de la población hasta encontrarse separados por un tiro de piedra. El nudo corredizo estaba atado.<sup>234</sup>



Clark contempló con satisfacción que las líneas azules de su mapa de batalla seguían hacia el nordeste el avance del Ejército de Cabeza de Playa. En menos de cuarenta y ocho horas habían abierto una brecha de cinco o seis kilómetros en un frente de once kilómetros. Pero el borde meridional del campo de batalla era lo que le tenía embelesado. El II Cuerpo de Keyes había cubierto casi cien kilómetros en dos semanas; los ingenieros casi habían terminado de abrir un rodeo de 9,5 kilómetros por las montañas que rodean Terracina, cuando el miércoles por la mañana los exploradores descubrieron que en la población costera sólo quedaban cadáveres de hombres y mulas por la calle.<sup>235</sup> Las patrullas que se enviaron a husmear por las Marismas Pontinas informaron acerca de que los alemanes estaban efectuando grandes detonaciones, aunque los italianos rellenaban pala en mano los cráteres casi tan rápido como se formaban.<sup>236</sup>

La carretera costera hacia la cabeza de playa estaba abierta. A última hora del miércoles, en un tono que casi resultaba imperial Clark escribió a Gruenther, en Caserta:

La reunión de las dos fuerzas principales de mi V Ejército será uno de los puntos álgidos de la carrera del V Ejército. Se trata ante todo de algo que concierne al V Ejército, y quiero que le diga al general Alexander que quiero que me autorice de inmediato para emitir un comunicado desde aquí en cuanto las tropas del II Cuerpo hayan entrado en tierra.<sup>237</sup>

Si Alexander insistía en efectuar él mismo el comunicado, «asegúrese de todas de que el comunicado deja claro que el protagonista ha sido el V Ejército».<sup>238</sup> Clark incluso ofrecía un borrador que empezaba diciendo: «En el clímax de un espectacular avance de cien kilómetros...». Casi de pasada, dejaba constancia de que las bajas de Truscott en combate se acercaban a los dos mil quinientos hombres. Cuando Eric Sevareid escribió en su parte de guerra que pronto habría «un solo frente en Italia», un censor de prensa de Nettuno propuso cambiarlo por «Habrá un solo frente del V Ejército en Italia».

A las 7:30 del jueves 25 de mayo, un destacamento de ingenieros de la cabeza de puente llegó a las afueras de Borgo Grappa, un pueblo costero que se encontraba reducido a escombros a treinta kilómetros al norte de Terracina. En un estrecho puente que pasaba sobre un canal de riego, el capitán Benjamin Harrison Sousa de Honolulu, a la cabeza del grupo de ingenieros, vio al teniente Francis X. Buckley de Filadelfia, perteneciente a la caballería del II Cuerpo de Ejército.

—¿Adónde demonios te crees que vais? —inquirió Sousa.

—A Anzio —respondió Buckley.

—Muchacho, ya habéis llegado.

Se dieron la mano y se sentaron para compartir una caja de caramelos que llevaba Buckley.<sup>239</sup>

Tres horas más tarde llegó ruidosamente Clark con unos veinticinco corresponsales de guerra aglomerados en jeeps.<sup>240</sup> Mientras al fondo se oían ruidos amortiguados de batalla procedentes de Cisterna, algunos soldados reprodujeron la escena ante las cámaras de cine dándose palmadas a la espalda, exagerando en el intercambio de cigarrillos y mascando chicle.<sup>241</sup> En otro mensaje a Gruenther, Clark indicó que la reunión inicial «ha tenido lugar esta mañana a las diez y diez en la carretera Anzio-Terracina», con lo que reescribió varias horas de la historia.<sup>242</sup>

Ciento veinticinco días después, el aislamiento de Anzio había terminado. La cabeza de playa se había disuelto. Clark escribió a Renie:

En los periódicos tal vez haya parecido exagerada mi forma de ir corriendo a presenciar la reunión de las dos fuerzas, pero para mí significaba más que ninguna otra cosa desde el triunfo de Salerno. Tal y como lo han expresado algunos de los corresponsales, podía parecer que quería hacerme publicidad. ¿Te dio esta impresión? En cualquier caso, tenía que estar allí cuando ambas fuerzas se encontrasen. Significaba demasiado para mí.<sup>243</sup>

Pronto llegaría el día en que «pueda volver a casa contigo y continuar nuestra feliz vida casera allá donde la dejamos. Creo que estaré listo para echar raíces». Pero antes de ese día, Clark se decía: «Capturaremos Roma ... Ya no pueden detenernos».

Truscott fue en coche hasta su puesto de mando en Conca el mediodía del jueves, tras pasar revista al frente de batalla. Se sentía, en sus propias palabras: «más bien lleno de júbilo». Su querida 3.<sup>a</sup> División se abrió paso por Cisterna, casa por casa, hasta llegar a una última fortificación alemana en el ayuntamiento que se conocía como «el castillo». Otros soldados fueron al trote hacia Core, diez kilómetros al nordeste en el flanco oriental de las montañas Lepini. Habían sido atrapados más de dos mil seiscientos prisioneros enemigos.<sup>244</sup>

La 1.<sup>a</sup> Panzer continuó su embestida hacia el norte, aunque el terreno abrupto, los cañones antitanque y el contraataque de unos blindados Pantera cerca de Velletri le costaron diecisiete tanques más a Harmon.<sup>245</sup> Los combates eran encarnizados y confusos. Sobre los soldados estadounidenses volvieron a caer obuses disparados por sus compatriotas, y aquel mismo día se registró un mínimo de diez incidentes de ataques aéreos fratricidas.<sup>246</sup> «Un francotirador le arrancó el codo al teniente», escribió en su diario el cabo Robert M. Marsh, del 81.º Batallón Panzer de Reconocimiento.<sup>247</sup> Cuando capturaron al culpable, «el teniente empuñó su pistola

del 0,45 con la izquierda y le pegó un tiro en el corazón». Los alemanes que se obstinaban en no rendirse eran enterrados vivos con bulldozers blindados. Los tanquistas dieron con un gran tonel lleno de vino «con la tapa destrozada», observó Marsh. «Bebieron un montón de vino hasta que encontraron que había un alemán muerto dentro.»

En la punta de la cuña del VI Cuerpo de Ejército, cuatro batallones encabezados por el coronel Hamilton H. Howze avanzaban furtivamente por olivares y granjas desiertas hasta llegar al hermoso valle entre el Colli Laziali, al oeste, y las rocosas Lepini al este.<sup>248</sup> Al poco, más de diez tanques Sherman llegaron a menos de un kilómetro de la Carretera 6.<sup>249</sup> «Estoy en un punto delicado», informó Howze. «Por favor, que venga por aquí toda la 1.<sup>a</sup> División Panzer!» Truscott creyó que en algún momento del viernes todo su cuerpo de ejército «estaría a horcajadas sobre la vía de escape alemana por Valmontone».<sup>250</sup>

Este agradable panorama se desvaneció en cuanto Truscott entró en su sala de mando de Conca. Junto a cinco taciturnos coroneles del VI Cuerpo, allí estaba el oficial de operaciones de Clark, el general de brigada Donald W. Brann.<sup>251</sup> «El jefe quiere que deje usted la 3.<sup>a</sup> de Infantería y las Fuerzas Especiales para bloquear la Carretera 6, y que lance el asalto del que hablaron ustedes al noroeste lo más rápido que pueda», dijo Brann.<sup>252</sup>

Truscott estaba anonadado. Con las Fuerzas Especiales y los soldados de O'Daniel adelantados en Valmontone, la mayor parte del cuerpo tenía que virar noventa grados a la izquierda. De esta forma se hallarían en el camino más corto hacia Roma, al oeste del Colli Laziali, pero la ruta pasaba por el segmento más formidable de la Línea César, que ahora estaba poblada por el I Cuerpo de Paracaidistas.<sup>253</sup> La Operación Búfalo estaba saliendo bien. ¿Por qué tenían que recuperar los planes de la antigua Operación Tortuga?

«El general Clark y yo lo hablamos hace días», dijo Truscott, «y le dije que no había que hacer esto, en mi opinión, a menos que la izquierda se debilitase mucho. No he visto ninguna señal de ello. Tengo que hablar con el general Clark. ¿Dónde está?».<sup>254</sup>

«No está en la cabeza de playa», respondió Brann. Clark había vuelto en avión a Caserta y no estaba localizable ni por teléfono ni por radio. Truscott protestó, levantando cada vez más su voz ronca. No era «momento de cambiar de dirección», dijo a Brann. Las condiciones no eran «adecuadas». Desarmar la ofensiva y enviar en una nueva dirección la 1.<sup>a</sup> Panzer y las divisiones 45.<sup>a</sup>, 34.<sup>a</sup> y 36.<sup>a</sup> costaría tiempo. «Sería difícil concebir un plan aún más complicado», advirtió Truscott.<sup>255</sup>

Después se quedó callado.<sup>256</sup> Posteriormente, Truscott insistió en que había protestado «de la forma más vigorosa posible», pero creyó que como subordinado tenía que acatar las órdenes.<sup>257</sup> Ahora su equipo tenía la responsabilidad de esbozar el nuevo plan de ataque, y cualquier indicio de que no confiaba en sus posibilidades podía entenderse como una manifestación de «liderazgo deficiente». Consideraba que Clark era bueno en cuestiones tácticas y leal a sus lugartenientes, a quienes ofrecía autonomía aunque se negara a darles crédito en público: ninguno de sus subordinados recibió mención alguna en los comunicados del V Ejército. La obligación de un subordinado exigía una fidelidad recíproca; fueran cuales fueran las reservas que Truscott expresase inicialmente con respecto al nuevo plan, pronto le profesó todo su apoyo. A las cuatro de la tarde Brann contactó por radio con Clark, que de pronto volvía a estar localizable, y le informó de que el jefe del VI Cuerpo de Ejército estaba «totalmente de acuerdo». Dos horas más tarde Truscott telefoneó a Brann en la Villa Borghese. «Estoy muy convencido de que tenemos que hacerlo», dijo. «Tendría que ser mañana.»<sup>258</sup>

En privado, no obstante, el jefe del cuerpo de ejército continuaba albergando dudas.<sup>259</sup> Cuando Clark volvió en avión a Nettuno el jueves por la noche, Truscott le expuso sus tribulaciones en la intimidad del despacho de Clark en Borghese. Dividir el cuerpo de ejército era «un error» con la Carretera 6 tan cerca; al noroeste, los alemanes «no habían quitado tropas en parte del frente correspondiente al nuevo centro de la ofensiva». Clark continuaba inflexible; restó importancia a las protestas de Truscott e insistió en que las defensas alemanas se estaban reforzando en Valmontone, en parte gracias a los refuerzos que llegaban del norte de Italia. Seguro de su apuesta, Clark parecía optimista, como si le hubiesen quitado un peso de los hombros. En un mensaje a Gruenther, habló de que el enemigo se hallaba «desmoralizado en este momento. Puede asegurar al general Alexander que esta ofensiva será total. Vamos a por todas».<sup>260</sup>

Abatido, pero resignado, Truscott volvió en coche a Conca. Poco después de medianoche, sus jefes de división se presentaron en el puesto de mando con las huellas de la guerra en el rostro, aunque convencidos de que aquel día habían salido ganando. Al fin había caído Cisterna a última hora de la tarde. En un desafío a la orden de Kesselring de «defensa fanática», Mackensen autorizó la retirada de la guarnición: demasiado tarde.<sup>261</sup> Tras horas de combates callejeros en los alrededores del castillo, un tanque Sherman había abierto una brecha y se coló en el patio interior.<sup>262</sup> La infantería asaltó el bastión, tiró granadas al sótano por las rejillas y logró que doscientos cincuenta polvorientos resistentes saliesen al

exterior. El 3.<sup>a</sup> Batallón de la 7.<sup>a</sup> de Infantería había perdido a su jefe, tres jefes de compañía y el 80 por 100 de sus efectivos.<sup>263</sup> Aparte de los incendios y de las orugas de los blindados sobre los escombros, en Cisterna reinaba el silencio.<sup>264</sup>

Truscott fue al grano. «El hecho de que el enemigo se esté retirando del sur y haya traído reservas del norte ha llevado al jefe de ejército a la conclusión de que las cosas se pondrán cada vez más difíciles en la franja de Valmontone», dijo. «El jefe de ejército cree que tenemos una oportunidad para penetrar en esta línea muy rápidamente lanzando un ataque en esta dirección», añadió, señalando la parte oriental del Colli Laziali. «Estoy totalmente de acuerdo con esta idea.»<sup>265</sup>

Ninguno de los subordinados de Truscott compartía su entusiasmo; incluso el jefe del gabinete de Truscott, el general de brigada Don E. Carleton, consideraba que aquel movimiento era «un error horroroso».<sup>266</sup> Harmon y O'Daniel, cuyas divisiones se hallaban tan cerca de la Carretera 6, se mostraron especialmente irascibles. «Me doy perfecta cuenta del enorme problema que tenemos por delante», aseguró Truscott. «Soy consciente de que estos soldados están cansados. Ninguna batalla ha sido jamás ganada por soldados que no estuviesen cansados.»<sup>267</sup>

Señaló otra vez el mapa, como si fuese a agarrar el nuevo campo de batalla. «Propongo comenzar con una preparación de artillería de la máxima violencia que podamos aplicar en quince minutos, y luego atacaremos igual que hicimos hace tres días», dijo Truscott. «Tengo la confianza, y la certeza, de que los *boches* están muy desorganizados en esta área y no son más que un batiburrillo de unidades, y si mañana podemos atacar con la misma intensidad que durante los últimos tres días tendremos una gran victoria al alcance de la mano.»<sup>268</sup>

Truscott concluyó: las Instrucciones Operativas n.º 24 del V Ejército dictaban «un nuevo ataque por la ruta más directa hacia Roma».<sup>269</sup> Tras escrutar el escepticismo en el rostro de sus subordinados, el jefe del cuerpo de ejército añadió: «Éstas son las órdenes».<sup>270</sup>

Mark Clark se pasó el resto de su larga vida justificando un error indefendible que, durante más de sesenta años, se ha considerado uno de los episodios más polémicos de la segunda guerra mundial. Tanto en aquel momento como posteriormente, tenía motivos plausibles para dudar de Búfalo. «Partía de la falsa premisa de que si cortábamos la Carretera 6 por Valmontone, aniquilaríamos uno de los ejércitos alemanes», redactó Clark en su diario el 27 de mayo. «Es algo ridículo, porque hay muchas carreteras hacia el norte desde Arce, Frosinone y entre medio».<sup>271</sup>

Totalmente cierto. Senger confirmó posteriormente que su XIV Cuerpo Panzer se retiró por una ruta bastante al sur de Valmontone: una salida de la Carretera 6 en Frosinone que daba a una carretera que serpenteaba por la falda de los montes Simbruini.<sup>272</sup> Por Palestrina pasaba otra carretera paralela, además de otras que llevaban a la Carretera 5, la vía general de Roma a Pescara por el Adriático.

Clark también temía que la artillería y los panzers alemanes escondidos en Colli Laziali «saltaran desde las montañas» al contraataque sobre el flanco izquierdo de Truscott cuando éste avanzase al galope hacia Valmontone.<sup>273</sup> A partir de los informes de campo y de Ultra, creía que la última reserva móvil que poseía Kesselring en Italia, la División Panzer Hermann Göring, no tardaría en hacerse fuerte a lo largo de la Carretera 6. Estos motivos de preocupación también eran legítimos, aunque las contundentes fuerzas de artillería, blindados y aviones que Truscott tenía a su disposición habrían repelido con toda seguridad cualquier ataque de las destartadas legiones de Mackensen. El XIV Ejército contó los obuses aliados que le caían encima el jueves hasta llegar a ciento ocho mil, y luego abandonó el recuento. Los ataques aéreos aliados del mismo día destruyeron 655 de los vehículos de Mackensen. Además, sólo el batallón de reconocimiento de la División Hermann Göring llegó a Valmontone el viernes 26 de mayo.<sup>274</sup> El resto de la división, obligada a recorrer de día cuatrocientos kilómetros por carreteras expuestas al mortífero ataque de la aviación aliada, llegaría desorganizada y hecha trizas.<sup>275</sup>

Hay que hacer otras dos concesiones en favor de Clark. Nada menos que George Marshall había insistido en que se capturase Roma antes de Overlord, operación para la que faltaban menos de dos semanas; con un segundo frente en Normandía, el teatro de operaciones italiano pasaría a recibir mucha menos munición, tropas y atención del público.<sup>276</sup> Por último, las Instrucciones Operativas n.º 24 trataban de dorar la píldora para Alexander al mantener más de veinte mil soldados del VI Cuerpo de Ejército luchando por la Carretera 6, y pronto recibirían los refuerzos del II Cuerpo de Keyes.

Pero la dura realidad sigue siendo que, haciendo doble juego y de mala fe, Clark contravino la orden directa de un superior. Su afirmación frente a Keyes el 28 de mayo de que los británicos «traman llegar a Roma por el camino más fácil» no se basaba en ninguna prueba sustancial. Su «sed de gloria», como diría después la historia oficial británica, «impidió que se cumpliera el plan de Alexander con el objeto de reservarse para sí mismo y su ejército el triunfo de ser los primeros en entrar en Roma».<sup>277</sup>

He aquí lo que Clark reconoció en las memorias que escribió tras la guerra:

No sólo tratamos de ser el primer ejército en quince siglos que tomaba Roma desde el sur, sino que también intentamos que nuestro país viese que era el V Ejército quien hacía el trabajo y supiese el precio que ello había costado.<sup>278</sup>

Esta fijación, sin duda mediatizada por el estrés y el agotamiento, lastró su habitual astucia militar. No se dio cuenta de que el 26 de mayo en Valmontone Mackensen se enfrentaría al menos a tres divisiones del VI Cuerpo con tan sólo una división despedazada de la Wehrmacht y, como mucho, un regimiento de la Hermann Göring. No se dio cuenta de cuánto había castigado Truscott al enemigo ni de qué fuerzas le quedaban al I Cuerpo de Paracaidistas, ni tampoco de que la recomendación del alto mando alemán a Hitler de una retirada parcial de ambos ejércitos a la Línea César —que rápidamente llegó al conocimiento de la inteligencia aliada— constituía una oportunidad para asestar un fuerte golpe a Kesselring mientras se ponía en movimiento.<sup>279</sup> Clark tampoco reconoció que con el VI Cuerpo sesenta kilómetros por delante del VIII Ejército de Leese, el terreno abierto y las depauperadas defensas de la Carretera 6 ofrecían una velocísima ruta hacia Roma.<sup>280</sup> Y tampoco supo ver, según un estudio realizado por el ejército estadounidense, que se habría hallado «en una posición muy favorable para ganar el flanco del resto del XIV Ejército y aislar al X Ejército», conclusión a la que también llegó el general Wilhelm Schmalz, jefe de la División Hermann Göring.<sup>281</sup>

Juin advirtió a Clark acerca de una «terrible congestión de itinerarios» en la convergencia del VIII Ejército, el II Cuerpo, el VI Cuerpo y las fuerzas francesas sobre el valle del Liri y sus extensiones septentrionales.<sup>282</sup> Pero incluso sus admiradores sospechan que un itinerario le importaba más que todos los demás: el de «Marco Aurelio Clark». Sin lugar a dudas, su habitual antipatía por los británicos se intensificó por los malos resultados de las dos divisiones de cabeza de playa añadidas al Cuerpo de Ejército de Truscott. «No les quedan fuerzas para atacar», se quejó Clark, cuyos actos fueron más allá de la frustración de la batalla y de cierta xenofobia.<sup>283</sup> «Al parecer, nunca ha aceptado a Alexander como su jefe», escribió W. G. F. Jackson, uno de los autores de la historia oficial británica.<sup>284</sup> Posteriormente, Clark aseguró haber advertido a Alexander de que ordenaría al V Ejército «disparar contra el VIII Ejército» si Leese intentaba adelantársele en la llegada a Roma. Una afirmación sorprendente, en caso de ser cierta; su veracidad fue negada por Alexander.<sup>285</sup>

Alexander desapareció del mapa durante casi veinticuatro horas después de que Truscott recibiese la orden de cambiar de dirección. Hasta las 11:15 del viernes 26 de mayo no llegaron al conocimiento del mando aliado las Instrucciones Operativas n.º 24: un cuarto de hora después de que hubiese empezado el ataque, y cuarenta y

cinco minutos después de que Clark informase a los periodistas sobre su plan revisado en Nettuno.<sup>286</sup> De la misma forma que había ordenado a Brann informar a Truscott, se valió de Gruenther para informar a Alexander en Caserta. Alexander se enteró de que el ala izquierda de su grupo de ejércitos había salido inopinadamente a la carga cuando entró con Lemnitzer en el despacho de Gruenther. En un mensaje para Clark a las 12:20, Gruenther informó:

El general Alexander ha coincidido en que es un buen plan. Ha afirmado que está «a favor de toda línea de acción que el jefe del ejército crea que ofrecerá oportunidades de perseverar en sus actuales éxitos». Unos cinco minutos más tarde dijo: «Estoy seguro de que el jefe del ejército continuará avanzando hacia Valmontone, ¿no? Sé que valora la importancia de apoderarse del terreno elevado ... En cuanto lo tome, su seguridad será absoluta».<sup>287</sup>

Gruenther le aseguró que Clark «ejecutaría un vigoroso plan con todo el empuje del mundo».<sup>288</sup> Si bien Gruenther creía que Alexander «no sentía reservas», él mismo albergaba sentimientos encontrados, aunque bien disimulados. Posteriormente confesó haber sentido «un buen disgusto» —según Lemnitzer, más bien «una decepción terrible»—<sup>289</sup> aunque llegó a la conclusión de que no ganaría nada imponiendo su voluntad. Si bien Churchill había insistido recientemente en que «los altos oficiales no tienen que “apremiar”, sino “ordenar”», no era así como funcionaba Alexander.<sup>290</sup> Su tolerancia a las impertinencias de Montgomery, primero, y de Clark, después, no hacían más que facilitar lo que el general Jackson denominaba conductas de «prima donna».<sup>291</sup>

El incidente no llegó a oídos del público estadounidense hasta que Italia ya se había convertido en un frente secundario casi exento de interés. Cuando Severeid escribió que «está en cuestión si ambos objetivos» —tomar rápidamente Roma y aniquilar a las fuerzas alemanas— «son compatibles o mutuamente excluyentes», los censores del V Ejército eliminaron dicho pasaje.<sup>292</sup> Clark no cejó en su tacañería a la hora de compartir el crédito de los logros de su ejército ante el público; el propio Marshall señaló el 26 de mayo que «esto perjudica a Clark en su país».<sup>293</sup> Cuando Gruenther reclamó que se revelase públicamente el importante papel desempeñado por Truscott, Clark anotó en su diario: «no creo que sus resultados hayan sido aún suficientemente sobresalientes».<sup>294</sup>

«No incumplí sus órdenes», dijo Clark en referencia a Alexander un cuarto de siglo después de la guerra. «Si hubiese querido hacerlo de otra forma, tendría que haberme dado la orden. Censurarme sólo por pensar en la gloria de tomar Roma es una auténtica tontería.»<sup>295</sup> Tal vez, aunque Alexander explicó más tarde que, según le habría dicho Clark, la feroz resistencia enemiga fue lo que dio pie a su alejamiento de Valmontone, lo que en el mejor de los casos fue una exageración.<sup>296</sup>



El orgullo y el solipsismo se llevaron lo mejor de un buen militar. Tal vez se cumpliera la observación de Tito Livio sobre las guerras púnicas de que «el poder de mandar y la disposición a obedecer rara vez van de la mano».<sup>297</sup> Pero, como escribió Churchill a Alexander el 28 de mayo, «la ya gran gloria de esta batalla no se medirá por la toma de Roma ni por la reunión con la cabeza de puente, sino por el número de divisiones alemanas rodeadas ... Eso es lo que cuenta».<sup>298</sup>

Fue una gran ironía que incluso los rivales de Clark desearan que le fuese bien, por el bien de todos. «Le aterroriza que podamos llegar a Roma los primeros, que ahora mismo es lo último que queremos», escribió Leese, cuyas bajas en Diadema casi llegaban a catorce mil hombres. «Espero que lo consiga. Nos ahorrará muchos problemas y muchas vidas.»<sup>299</sup>

Los dioses de la antigüedad detestaban la soberbia, y ahora parecían determinados a castigar al ejército de Clark por ello.

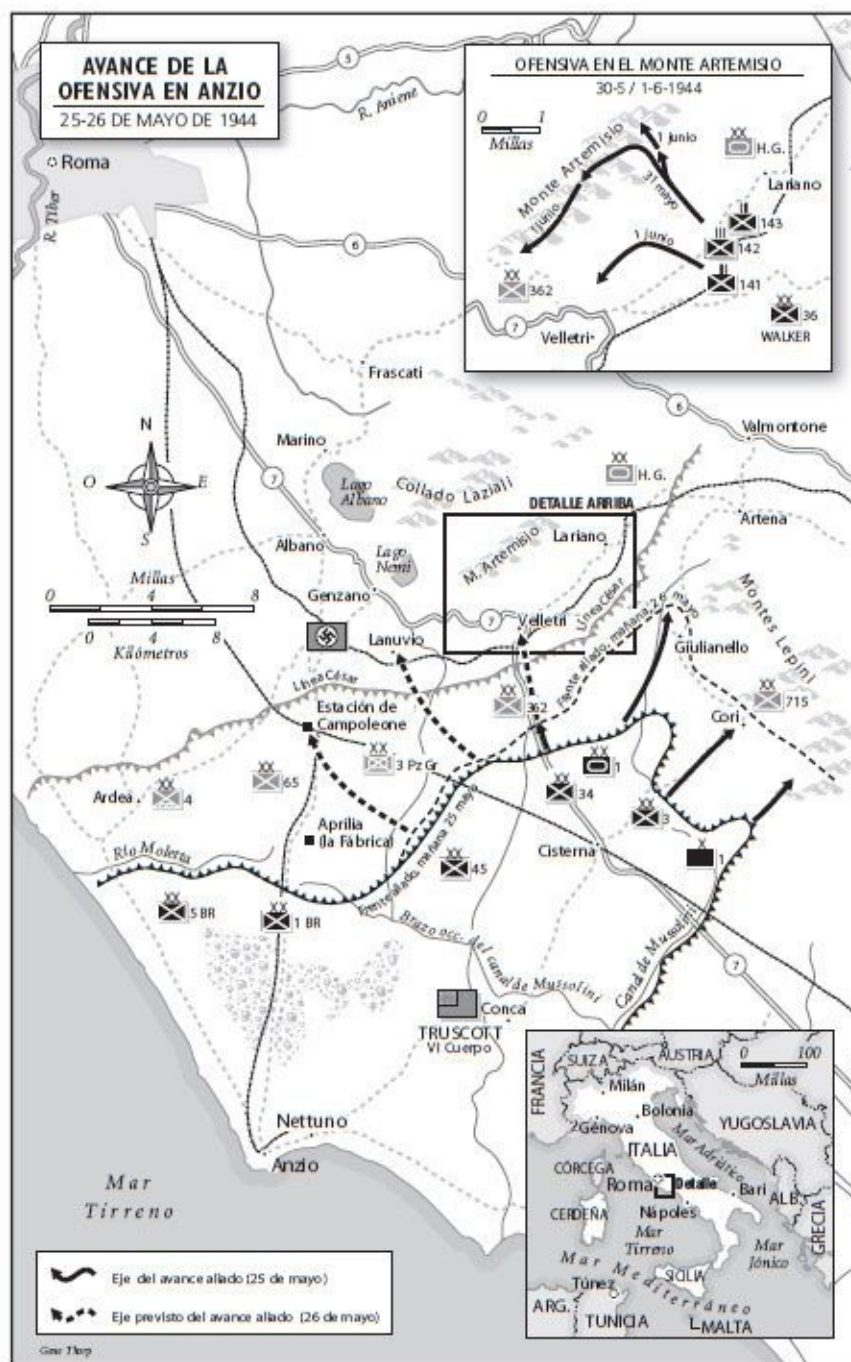
Bajo un brillante sol, el 26 de mayo el extremo derecho del ataque del VI Cuerpo de Ejército —con la potencia de combate muy reducida— se abalanzó sobre Valmontone. Con tres batallones encabezados por Hamilton Howze, que llevaba consigo una copia encuadernada en piel roja de los *Principios de la guerra* de Clausewitz porque eran «algo a lo que agarrarse», la columna disfrutó de una breve victoria. «Viene infantería entre el trigo en nuestra dirección», explicó por radio a Howze el jefe de un batallón de tanques. «¿Son de los nuestros?»

«¡Demonios, no!», rugió Howze. «¡Abrid fuego!» Salió a toda prisa en jeep a tiempo de ver cómo las ametralladoras y los Sherman hacían picadillo a los granaderos de la Hermann Göring que había en una ladera a menos de trescientos metros. Como si se ahogaran en el agua, los alemanes gesticulaban con los brazos y se hundían en el trigal acribillado por los disparos.<sup>300</sup>

El panorama no tardó en oscurecerse. Por detrás de Howze, cinco P-40 Warhawk bombardearon y ametrallaron a hombres de la 3.<sup>a</sup> División, que confundieron con alemanes en retirada. El resultado fue más de un centenar de muertos y heridos.<sup>301</sup> Otros aviones atacaron Cori, que también se hallaba en manos amigas. Se produjeron tantos ataques aéreos fratricidas, a pesar de los copiosos marcadores de humo amarillo que demarcaban las posiciones estadounidenses, que los ingenieros recibieron la orden de pintar enormes banderas estadounidenses en las azoteas que ocupaban a lo largo del frente. Cuando los pilotos fallaban, parecía que los artilleros acertaban. En el batallón de infantería acorazada de Howze, ciento sesenta novatos recién llegados acababan de avanzar cuando durante diez minutos entraron en el punto de mira de los cañones

estadounidenses de 155 mm, con «efectos ruinosos».<sup>302</sup> Los supervivientes retrocedieron, aterrorizados. Cuando al fin cesó el bombardeo, el jefe del batallón había muerto y su unidad había perdido a la mitad de sus hombres.<sup>303</sup>

Los alemanes tenían sus propios problemas. «Todos los movimientos han quedado paralizados durante el día, y el uso de equipos grandes de reparación se ha vuelto imposible», apuntó Vietinghoff el 26 de mayo en el diario de guerra del X Ejército. La División Hermann Göring, que avanzaba hacia el sur desde Livorno por tres carreteras bajo incesantes ataques, comenzó a llegar a Valmontone: sólo estaban intactos once de sus ochenta Panzer Mk IV y la mitad de la división de artillería.<sup>304</sup>



De alguna forma, bastó con eso. Los contraataques sobre el flanco izquierdo de Howze, así como la infiltración del enemigo el sábado por la noche, impidieron que la 3.<sup>a</sup> División avanzase más allá de Artena, un pueblo medieval situado sobre un barranco cinco kilómetros al sur de Valmontone.<sup>305</sup> Howze contempló los camiones que volvían a Cisterna llenos de soldados estadounidenses muertos.<sup>306</sup> Un

batallón de la 15.<sup>a</sup> de Infantería también registró doscientos muertos por intoxicación debida a alimentos enlatados en mal estado.<sup>307</sup> Así, las fuerzas carecían de potencia suficiente para romper las improvisadas defensas alemanas.

A regañadientes, Clark aceptó detener el avance sobre Valmontone hasta que el II Cuerpo pudiera reforzar el ataque.<sup>308</sup> Dijo que la artillería estadounidense había cortado la Carretera 6, pero era un ejercicio de optimismo: el tráfico enemigo no cesó de rodar por la carretera toda la noche, por mucho que lo hostigaran.<sup>309</sup> En las afueras de Artena, que ahora estaba llena de soldados estadounidenses rehaciéndose de sus heridas, Vaughan-Thomas, de la BBC, vio a una joven madre que corría entre las viñas con un niño agarrado de la mano: «No traigáis la guerra con vosotros», gritaba. «Lleváosla.»<sup>310</sup>

Era demasiado tarde, aunque la peor parte de la guerra estaba teniendo lugar al oeste, donde Truscott cumplió sus órdenes y abrió las hostilidades con un bombardeo de doscientos veintiocho cañones a las 10:30 del 26 de mayo. Media hora más tarde, la 1.<sup>a</sup> Acorazada y las divisiones 45.<sup>a</sup> y 34.<sup>a</sup> saltaron adelante codo con codo. Los regimientos de infantería habían cubierto casi dos kilómetros al atardecer, avanzando por la espesa vegetación entre tumbas alemanas con cruces que llevaban marcada la inscripción *Unbek. Soldat*: soldado desconocido.<sup>311</sup> Pero Harmon perdió dieciocho tanques antes de replegarse para reforzarse; el sábado por la noche, el ataque estaba a 3,5 kilómetros de la estación Campoleone, donde los soldados de VI Cuerpo habían luchado y muerto en enero. El domingo a las seis de la tarde, el jefe de la 34.<sup>a</sup> División, el comandante general Ryder, informó a Truscott de que «por aquí esto se está poniendo pringoso».<sup>312</sup>

Cada metro costaba lo suyo. El I Cuerpo de Paracaidistas supo improvisar de forma brillante, con la ayuda del mismo terreno no apto para tanques que había dado problemas a Harmon en los flancos de Colli Laziali. Los barrancos y arroyos que cortaban en línea perpendicular el eje del avance de Truscott formaban barreras naturales.<sup>313</sup> La artillería alemana disparaba sobre los flancos estadounidenses a la orilla de los arroyos, y los densos olivares otorgaban una gran cobertura a francotiradores armados con la versión alemana de los bazukas: el Panzerfaust. La Línea César, aunque fuera rudimentaria, incluía trincheras de dos metros de altura, morteros, ametralladoras y extravagantes marañas de alambre de espino. Como llevaban meses sin hacer mucho ejercicio y con los pies mojados, los soldados de infantería estadounidenses tenían ampollas tan graves que «podía verse sangre saliendo por la costura de las botas de algunos hombres», explicó un soldado.<sup>314</sup>

Antes de que amaneciera el lunes 29 de mayo, Truscott impulsó la división de Harmon carretera arriba hacia Albano con el apoyo de un crucero francés que se hallaba en aguas superficiales del Tirreno.<sup>315</sup> A media tarde, los tanques habían dejado atrás los bastiones alemanes y aventajaban mucho a la infantería, de forma que tanto infantería como blindados quedaron expuestos por detrás y por ambos flancos al letal fuego enemigo. «Una salva de 88 mm hizo pedazos al Sherman de delante nuestro, y pudimos oír los gritos que salían de él», recordó tiempo después un sargento de caballería.<sup>316</sup> «Fue horrible oír cómo los hombres ardían y morían y no poder ayudarles.» Unos avances mínimos le costaron a Harmon sesenta tanques.<sup>317</sup> La 45.<sup>a</sup> División registró pérdidas tan graves que un batallón quedó al mando de un teniente, hasta que éste también murió.<sup>318</sup>

«El ataque de hoy ha sido costoso e infructuoso», informó un despacho de la 1.<sup>a</sup> Acorazada.<sup>319</sup> Sobresalían cuerpos calcinados por encima de vehículos abrasados: «el macabro escaparate de la guerra».<sup>320</sup> Entre los muertos se contaba el teniente Allen T. Brown, un jefe de pelotón de tanques muerto por el tiro de un francotirador en la cabeza que iba montado en la torreta de su blindado cerca de Campoleone. Cuando tenía doce años, en 1930, Brown había animado a su madre Katherine, que en su día había sido una prominente actriz especializada en Shakespeare, a casarse con George C. Marshall, el cual era viudo. Ahora Marshall tenía que notificar a su esposa la muerte de su hijo.<sup>321</sup>

Los británicos del flanco izquierdo lograron cruzar el río Moletta, pero Truscott lamentaba que su ofensiva había sido «detenida en todos los puntos» de su frente de cuarenta kilómetros entre Artena y el mar. La inteligencia del VI Cuerpo de Ejército calculaba ahora que había treinta batallones alemanes en los montes Alban y la franja de Valmontone, bastantes más de los estimados anteriormente. Kesselring trataba más de salvar a sus ejércitos que de mantener Roma, y en realidad había recibido un golpe muy duro: en un informe para Berlín, ya cifraba sus pérdidas durante Diadema en 25.000 hombres o más, junto con 2.500 ametralladoras, 248 tanques y casi 300 cañones. Muchos de los vehículos que no habían sido destruidos estaban inmóviles por falta de neumáticos y recambios.<sup>322</sup>

Aun así, el terreno elevado y la capital continuaban en su poder. Clark llamó a Truscott y a sus jefes de división para quejarse, y luego explicó a los reporteros que «el objetivo principal de este ataque no es Roma». En cambio, en su diario de guerra volvió a lamentar que «los británicos le han echado el ojo a Roma, a pesar de las constantes promesas que me hace Alexander». En una carta a Renie, escribió:

Es la batalla más desesperada en que ha estado el V Ejército. Si pudiera preocuparme sólo del combate y no de otras cuestiones, sería fácil, pero me hostigan sin cesar con todos los temas posibles: políticos, personales y muchos otros ... Rezo por que haya resultados muy pronto.<sup>323</sup>

Tal vez la queja más amarga fue la de Peter Tompkins, el jefe de la OSS que todavía aguardaba la liberación en su escondite de Roma. «No creo que haya estado jamás tan deprimido», escribió en su diario. «La ofensiva se ha atascado.»<sup>324</sup>

## EL CANTO DEL CUCO

En el sur también se había atascado, a pesar de una última embestida contra la Línea Hitler que el 23 de mayo le costó novecientas bajas a la 1.<sup>a</sup> División de Infantería canadiense.<sup>325</sup> Los combates fueron tan encarnizados que un cabo oriundo de Calgary dijo: «No sé cómo he sobrevivido».<sup>326</sup> Un comandante canadiense, herido cuatro veces, calmó a sus hombres cantando *Alouette* al son de las balas que silbaban por encima.<sup>327</sup> Los supervivientes enterraron a los muertos después de recopilar las cartillas de paga y los discos de identificación, y los ingenieros produjeron en serie cruces de madera. «No dejan de llegar cuerpos», escribió un capellán exhausto el 25 de mayo. «Me acuesto, pero no duermo.» Apesadumbrado por las pérdidas de su regimiento, el jefe de la Infantería Ligera Canadiense de la Princesa Patricia dijo a otro oficial: «Eran muy buenos muchachos. Ya no están. No me queda nadie».

El VIII Ejército «carecía del instinto necesario para dar fin a un enemigo herido», como observó posteriormente un historiador británico, cosa que ya había quedado demostrada ante Rommel en El Alamein. Ahora Leese ostentaba la misma incapacidad. Mientras el X Ejército de Vietinghoff retrocedía por el valle del Liri y montañas arriba, Leese continuaba insistiendo en avanzar con dos cuerpos, el I canadiense a la izquierda y el XIII británico a la derecha, por un estrecho espacio en el que sólo había una carretera decente, la Carretera 6. Tuvo la imprudencia de elegir una vanguardia acorazada para encabezar esta ofensiva por un terreno que no se prestaba en absoluto a los blindados al estar lleno de setos, muros, terraplenes y arroyos.<sup>328</sup> Con los campos por cosechar y las copas de los árboles llenas de hojas, la visibilidad muchas veces se reducía a apenas treinta metros.

«Tras meses de monotonía y batallas estáticas, una vez más avanzábamos al norte», escribió en su diario un británico muy optimista. En realidad, la persecución se convirtió en una laboriosa caza; en cada esquina les hostigaban los alemanes que habían quedado apostados en la retaguardia. En los seis días posteriores a la ruptura

de la Línea Hitler, el XIII Cuerpo de Ejército tan sólo recorrió veinte kilómetros. Leese no sólo parecía determinado a embutir los mil trescientos tanques del VIII Ejército en el valle, sino que a cada pequeño avance montó metódicamente bases de suministro e hizo avanzar a la artillería. Las condiciones empeoraron a causa de los fallos de la radio, los chubascos que inundaban los surcos que los tanques dejaban a su paso y los campos repletos de minas. Las limitaciones de la fuerza bruta volvieron a quedar en evidencia: casi setecientos cañones del VIII Ejército soltaron simultáneamente sobre Aquino noventa y dos toneladas de potentes explosivos, pulverizando la ciudad natal de santo Tomás y del poeta satírico romano Juvenal. Al parecer, ello no impresionó a los defensores alemanes, que se negaron a retirarse hasta que los atacaron por el flanco.<sup>329</sup>

Lo peor era que la falta de disciplina en la marcha y los errores del Estado Mayor provocaron un atasco de tráfico monumental. «La carretera estaba llena de polvo cuando topamos con el convoy que iba al norte y tuvimos que detenernos totalmente», informó un observador. Un estudio británico advirtió que «el Estado Mayor no debe poner más tráfico en una carretera del que ésta pueda aceptar». Con todo, según una fuente fiable, más de la mitad de los vehículos del VIII Ejército eran «no esenciales», y las carreteras estaban repletas del tipo de personajes innecesarios que en la Guerra de Crimea se habían denominado «caballeros de viaje». Las unidades avanzaban a paso de caracol; los camiones de suministro iban y volvían muy lentamente. «Los infractores de tráfico de todo tipo estaban encantados», lamentó la historia oficial británica.<sup>330</sup> Mientras avanzaban a paso de tortuga, los *tommies* cantaban: «No me paso el día dando el callo / porque no estoy hecho para eso».<sup>331</sup>

El 28 de mayo los ingenieros canadienses estaban terminando un puente de cuarenta metros sobre el Liri cuando, de pronto, todo el montaje se desmoronó y se hundió.<sup>332</sup> El valle del Sacco, más allá del Liri, también resultó inhóspito con sus pendientes arboladas y sus mil fosas. En un día enérgico, tocado por la suerte el ejército avanzó 6,5 kilómetros y liberó uno o dos pueblecillos más sobre las colinas, cuyos vecinos salieron a la calle entonando en inglés los coros que habían ensayado: «¡Bienvenidos! ¡Matad a todos los alemanes!».<sup>333</sup> Banderas italianas ondeaban sobre las azoteas y el pabellón rojo y negro de Saboya decoraba los balcones. Se lanzaron flores al aire y las eminencias locales obsequiaron al oficial al mando con una rosa y un huevo.<sup>334</sup>

Las tropas canadienses entraron en Frosinone el 31 de mayo, pero el avance continuaba siendo «cuestión de músculos», tal y como lamentó la historia oficial, que concluyó que para Vietinghoff «el VIII Ejército representaba muy poco

peligro». <sup>335</sup> Valmontone aún quedaba cuarenta kilómetros al noroeste. Clark no logró ofrecer un yunque en el que aplastar al X Ejército, pero Leese tampoco tenía precisamente un martillo muy contundente entre manos.

Los convoyes continuaron circulando a bandazos. Todos los soldados aguzaban el oído por si se oían disparos de ametralladoras o de francotiradores. Un combatiente canadiense explicó cómo encontró a un tirador alemán al que un tanque había derribado a cañonazos de su escondite sobre la copa de un árbol: «cuando llegamos hasta él, estaba fumando sentado contra un árbol. Le faltaba una pierna y se había hecho un torniquete con el cinturón. Su rifle de francotirador tenía seis muescas». <sup>336</sup> Enterraron a los muertos y los vivos continuaron avanzando. «Es sorprendente lo profundos que son dos metros», señaló un fusilero británico. <sup>337</sup> «No tardamos en llorar todos como niños.»

A la izquierda de Leese, Juin y sus soldados franceses hicieron mejores progresos, a pesar de la preocupación del jefe francés por tener al descubierto su flanco derecho debido al retraso del VIII Ejército. <sup>338</sup> Desde Pico, los franceses se habían escabullido rápidamente hacia el norte siguiendo los montes Lipini y los valles circundantes. <sup>339</sup> El general Westphal, el jefe de Estado Mayor de Kesselring, se quejó de «esos malditos franceses que llevamos colgados al cuello». <sup>340</sup>

Pronto otros los maldijeron con idéntica vehemencia. Tras haber aportado tanto al éxito aliado en Diadema, algunos soldados coloniales se deshonraban ahora a sí mismos, a su ejército y a Francia. Centenares de atrocidades —presuntamente cometidas en su mayor parte por soldados africanos— tuvieron lugar en la campaña italiana durante las últimas dos semanas de mayo, entre ellas asesinatos y violaciones en grupo. «Durante todo el día, nuestros hombres los vieron rondando por la zona en busca de mujeres», escribió a Clark un capellán estadounidense el 29 de mayo. <sup>341</sup> «Nuestros hombres están asqueados y dicen que prefieren matar a los *goums* marroquíes que a los alemanes ... Dicen que si permitimos que esto continúe, habremos perdido aquello por lo que luchamos.»

Otro capellán citó detalles: una chica de quince años fue violada por dieciocho soldados coloniales; una mujer de veintisiete años por tres soldados; otra de veintiocho años por cinco soldados. <sup>342</sup> Un jefe de batallón de artillería estadounidense habló de una mujer italiana a la que cuatro marroquíes dispararon en el tobillo derecho para luego violarla; a su hija también le dispararon en el pie izquierdo y la violaron. En Ceccano, añadió, «aproximadamente setenta y cinco mujeres de entre trece y setenta y cinco años de edad han sido violadas; una asegura que la violaron diecisiete veces la noche del día 29 y once veces la mañana del día 30». <sup>343</sup> Otro jefe de batallón habló de una criatura de tres años a la que los



coloniales franceses mataron a tiros cuando su madre se resistió a su acoso sexual. «Una delegación de curas y ciudadanos frenéticos» imploró a los soldados estadounidenses que apostasen guardias en Pisterzo para impedir más desmanes, informó.<sup>344</sup> Los soldados norteamericanos «acudieron como cruzados para salvar a Europa de cosas como éstas», añadió. «Estos casos afectan gravemente a la moral y los deseos de combatir de mis hombres.»<sup>345</sup> El jefe estadounidense de la 13.<sup>a</sup> Brigada de Artillería de Campo, asignada a las fuerzas francesas, avisó a Clark de que sus trece jefes de batallón podían testificar acerca de actos de barbarie similares.

Las autoridades italianas contaron setecientos delitos de «violencia carnal» tan sólo en la provincia de Frosinone. «Por toda la montaña», declaró una mujer en Esperia, «se podían oír gritos».<sup>346</sup> Entre los numerosos testimonios de víctimas había el de una joven de dieciséis años de Lenola: «Los marroquíes me cogieron y me violaron cuatro veces. Había conmigo una chica de doce años ... que sufrió la misma violación». <sup>347</sup> Norman Lewis, el autor y oficial de la inteligencia británica, investigó diversas acusaciones y halló «violaciones generalizadas» en muchos pueblos. «En Lenola, que cayó en manos aliadas el 21 de mayo, violaron a cincuenta mujeres, pero —como no las había en número suficiente— también violaron a niños e incluso a ancianos», escribió Lewis.<sup>348</sup>

«A cualquier hora del día o de la noche, hombres y mujeres jóvenes y mayores son objeto de actos de fuerza de todo tipo, desde palizas hasta violencia carnal, heridas y asesinatos», escribió a Clark un general italiano el 25 de mayo.<sup>349</sup> «Suplico a su excelencia ... que intervenga por el honor de la causa aliada.»<sup>350</sup>

Ocasionalmente los italianos se vengaban, señaló Lewis. Cerca de Canello, cinco soldados coloniales fueron envenenados, castrados y decapitados. Según un oficial estadounidense, la respuesta de algunos oficiales franceses fue un gesto de «¿y qué?», o dijeron que los italianos estaban pagando el precio de haberse puesto del lado de Hitler.<sup>351</sup> J. Glenn Gray, un teniente de la contrainteligencia estadounidense doctorado por la Universidad de Columbia, escribió que «las quejas se han trasladado al general francés al mando, que se ha limitado a reír y decir “Esto es la guerra”».<sup>352</sup>

El general Juin no estaba riendo ni mucho menos, aunque su reacción inicial no fuese demasiado fuerte. En un memorando del 24 de mayo, Juin condenó los «actos de pillaje» y advirtió que «por fuerte que sea nuestra animosidad contra una nación que ha traicionado perversamente a Francia, debemos mantener una actitud digna».<sup>353</sup> Cuando llegaron más informes acusatorios, Clark envió a Gruenther al cuartel general francés el 27 de mayo y mandó por carta una reprimenda al jefe

francés.<sup>354</sup> Juin comunicó aquel día a sus oficiales que las conductas indeseables habían «provocado la indignación en círculos aliados».<sup>355</sup> Exigió «castigos sin piedad». Quince soldados coloniales fueron fusilados o colgados en los pueblos, y otros cincuenta y cuatro recibieron condenas de prisión de entre cinco años y cadena perpetua.<sup>356</sup>

Con el objetivo de desalentar la concupiscencia de los *goumiers*, Clark aprobó el transporte a Italia de mujeres beréberes a bordo de barcas de la Marina; se dijo que, para que fueran menos visibles, algunas vestían uniformes de hombre.<sup>357</sup> El gobierno italiano, que mantenía unos registros muy meticulosos de los delitos aliados contra civiles italianos, documentó más de cinco mil presuntas fechorías cometidas por los coloniales franceses. «Sufrimos más durante las veinticuatro horas de contacto con los marroquíes que en los ocho meses que pasamos bajo los alemanes», se quejó un italiano.<sup>358</sup> Eran «salvajes», dijo un soldado de la 88.ª División, y «daban mala fama a la guerra y a los soldados».<sup>359</sup>

Lucian Truscott no se encontraba bien y estaba de mal humor a las nueve de la mañana del martes 30 de mayo, cuando llegó a la destartada granja lechera que hacía las veces de cuartel general de la 36.ª División de Infantería, a cinco kilómetros al norte de Cisterna y cerca de la Via Appia. Volvía a tener inflamada la garganta, y una radiografía que se hizo aquella mañana reveló que, además de los moratones que se había hecho en un pequeño accidente en jeep, también se había roto una costilla. Le dolía cada vez que aspiraba aire.<sup>360</sup>

Lo peor era que el ataque de sus divisiones 34.ª, 45.ª y 1.ª Acorazada continuaban sin penetrar en la Línea César por la vertiente oriental de Colli Laziali. Eso también resultaba doloroso, pero Truscott —acosado por Clark— había ordenado otro «día de tortazos» con «fuertes asaltos» de las tres divisiones, incluidas las cuatro compañías de blindados que avanzarían en fila india. Si el VI Cuerpo de Ejército lograra alcanzar los terrenos elevados más allá de Lanuvio, cerca del lago Albano, «sería pan comido», prometió Truscott.<sup>361</sup> Con todo, sabía que la 1.ª Acorazada estaba casi totalmente agotada —Harmon calculó que la división ya sólo podría combatir un día más— y las demás unidades estaban casi igual de exhaustas.

Los aromas de lona y café rancio normales en un campamento se mezclaban con un fuerte olor bovino en el puesto de mando, por el que pululaban los oficiales del Estado Mayor entre los establos abandonados.<sup>362</sup> Truscott apenas conocía a la 36.ª División, que había llegado a Anzio tan sólo hacía una semana, pero desconfiaba de sus paisanos de Texas, que se habían ganado fama de gafes por sus

experiencias en Salerno, San Pietro y el Rápido. La intención de Truscott había sido asignar a los tres regimientos de infantería una misión fácil para evitar «un golpe aplastante sobre su moral»,<sup>363</sup> pero los cuatro días de brutales combates habían dado fin a dicha sensibilidad y ordenó a la 36.<sup>a</sup> que se preparase para un ataque inminente contra la línea.<sup>364</sup>

Al fornido oficial que había junto a Truscott, que fruncía los ojos mirando el gran mapa de Colli Laziali, todo le parecía familiar: otro asalto frontal, como el que le habían ordenado realizar en el Rápido.<sup>365</sup> «No siempre puedes confiar en el alto mando», había escrito el comandante general Fred Walker en su diario unos días antes.<sup>361</sup> «Tienes que vigilarlos todo el rato para evitar que hagan contigo lo que quieran.» En su camastro, Walker había estado leyendo a altas horas de la noche *Lee's Lieutenants*, el vívido semblante que Douglas Southall Freeman había compuesto sobre los generales de la Guerra de Secesión. Mientras estudiaba los símbolos azules del mapa que indicaban las disposiciones del VI Cuerpo de Ejército, Walker sólo podía plantearse si así era como Lee habría librado aquella batalla.

En los cinco meses que habían transcurrido desde que dejasen muertos a centenares de sus soldados en el fondo del Rápido, a Walker le había costado mantener el equilibrio. Había pensado que Clark lo despediría, como había hecho con tantos otros oficiales del Estado Mayor y tantos de sus subordinados en la 36.<sup>a</sup>. «Estoy harto de todo este maldito lío», dijo a Geoff Keyes, que le contestó: «Como estás al mando de una división de la Guardia Nacional, tienes dos *strikes* en contra desde el primer momento».<sup>367</sup> Pero allí estaba, y seguía siendo el jefe de división de mayor edad que el ejército tenía destacado en campaña; continuaba ocultando sus jaquecas, taquicardias y artritis, y seguía cumpliendo con su deber. Habían retirado a su división de la línea de Cassino a finales de febrero para reforzarla y entrenarla durante varios meses en las montañas de Avellino. «Walker parece un hombre nuevo, lleno de entusiasmo y de optimismo», escribió Keyes a finales de primavera.<sup>368</sup>

Aquel hombre nuevo estaba ahora determinado a encontrar una alternativa a darse de cabezazos contra un enemigo que estaba atrincherado en terreno ventajoso.<sup>369</sup> En el extremo derecho de la línea del VI Cuerpo, a tres kilómetros al este de Velletri y la Carretera 7, las patrullas informaron el sábado acerca de «un viejo camino para carros cubierto de matorrales» que ascendía por una pronunciada montaña denominada Monte Artemisio. No se veían posiciones enemigas de ningún

tipo. Walker oteó la zona desde un Piper Grasshoper el domingo por la tarde<sup>370</sup> y, sentado sobre un arbusto, por la noche se dedicó a estudiar el terreno con el ojo de ingeniero de minas que era.

«Anoche no dormí mucho», escribió en su diario el lunes. «Tengo un plan en la cabeza para tomar Velletri desde atrás.» Artemisio era la parte inferior de un viejo cráter volcánico que se elevaba a casi mil metros de altura por detrás de Velletri y se extendía 6,5 kilómetros de suroeste a nordeste, formando la franja inferior del Colli Laziali.<sup>371</sup> Viejos torrentes de lava llegaban hasta la llanura, que ahora rebosaban de verdes viñedos y trigales jóvenes. A la izquierda, donde la Carretera 7 se desviaba al oeste alrededor de los lagos Nemi y Albano, Velletri se asía a la ladera inferior como un líquen a una roca. «Me parece», escribió Walker, «que aquí es por donde tenemos que atacar».

Truscott no estaba de acuerdo: cuando el domingo por la noche Walker sugirió que había encontrado «un punto débil», le pareció que no era factible.<sup>372</sup> Pero ahora, en la maloliente granja Walker volvió a defender su idea con mayor convicción. Los mapas y su propio reconocimiento mostraban que el viejo camino por la cuesta de Artemisio era, de hecho, un antiguo camino de taladores de árboles entre los castaños. Las fotografías aéreas también revelaban un hueco de tres kilómetros entre el flanco izquierdo del I Cuerpo Paracaidista y el flanco derecho del LXXVI Cuerpo Panzer.<sup>373</sup> Si dos regimientos cruzaban la carretera Velletri-Valmontone en plena noche y seguían la pista montaña arriba, podían tomar las alturas que presidían la Carretera 7 para ganar el flanco de la Línea César y ocupar el Colli Laziali. El Vaticano se hallaba a tan sólo veintitrés kilómetros del lago Albano.

«Es posible que haya encontrado usted algo», dijo Truscott. Pero no bastaría con algunos miles de soldados de infantería, ni siquiera en los altos. Harían falta tanques y artillería para repeler los contraataques alemanes. Walker convocó al jefe de ingenieros de su división, el coronel Oran C. Stovall, que se calificaba a sí mismo de «un tipo de pico y pala» y también había estudiado los mapas y los bosques durante los tres últimos días. Stovall creía que el suelo del Colli Laziali era volcánico y fácil de esculpir: los bulldozers podían convertir el viejo camino en una carretera militar para que los blindados y la artillería pudiesen «disparar por encima del Artemisio sobre el otro lado».<sup>374</sup>

«Nos estamos arriesgando», anotó en su diario Walker mientras sus subordinados volvían a sus unidades, «pero tendríamos que triunfar por todo lo alto».<sup>375</sup>

Al otro lado del Colli Laziali, Albert Kesselring era consciente del peligro que corría. En una visita al frente el lunes por la tarde, el mariscal de campo detectó la existencia de un vacío entre los cuerpos de Panzer y de paracaidistas, y ordenó al general Mackensen que lo rellenara. Wilhelm Schmalz, el jefe de la Hermann Göring, también había advertido patrullas estadounidenses «explorando activamente» el este de Velletri.<sup>376</sup> Schmalz envió sus últimas reservas, un pelotón de ingenieros, a las agrestes alturas del Monte Artemisio. Pidió repetidamente al cuartel general de Mackensen que ordenase a la 362.<sup>a</sup> División de Infantería —que ahora guardaba el borde oriental del Colli Laziali— enviar un destacamento a darse la mano literalmente con el pelotón de Schmalz y, así, sellar el boquete.

Nunca llegó a suceder. La 362.<sup>a</sup> había perdido la mitad de sus efectivos en un solo día, el 23 de mayo, de la misma forma que la Hermann Göring había perdido dos tercios de su infantería la semana anterior;<sup>377</sup> la flota de panzers funcionales del XIV Ejército se reducía a treinta y tres tanques.<sup>378</sup> El ejército se estaba desangrando. El desorden y los malentendidos eran el orden del día: Mackensen, resentido por la intromisión de Kesselring, creyó que el hueco entre ambos cuerpos de ejército había sido neutralizado. Aunque subiesen algunas compañías de fusileros y se colasen por el Artemisio, estaba claro que ningún tanque podría escalar aquella cuesta volcánica.

Se oían cucos cantando por el bosque en la oscuridad. La luna nueva emitía una escasa luz pálida que arrojaba sombras por debajo de los castaños. «Apaga ese cigarrillo», gruñó una voz, «o te vuelo la cabeza». Sin embargo, resultó que el brillo procedía del reloj de pulsera de un soldado.<sup>379</sup>

Durante cuatro horas, el martes por la noche los regimientos de asalto se reunieron en el bosque para apilar los sacos de dormir, llenar las cantimploras y preparar las bayonetas. La congestión de tráfico había retrasado los convoyes de camiones que transportaban un batallón tras otro por la Via Appia para luego desviarse por la ruta de veinticinco kilómetros a Cisterna y finalmente virar al nordeste más allá de Cori y desmontar al este de Velletri. «A lo mejor no puedo escribir mucho los próximos días. No penséis que significa nada especial; no es más que rutina», escribió a su madre un soldado de la 142.<sup>a</sup> de Infantería.<sup>380</sup> «No hay noticias, sigue todo como siempre.» Bajo la luz azul de las estrellas, los sargentos circulaban entre sus pelotones amenazando con un consejo de guerra a cualquier hombre que disparara sin que se le hubiera ordenado hacerlo.<sup>381</sup> El coronel George E. Lynch, jefe de la 142.<sup>a</sup>, confesó sentirse «sin aliento por la expectación».<sup>382</sup>

A las once de la noche, una hora tarde, la enorme columna inició el avance.<sup>383</sup> En la oscuridad se oyó un perro que ladraba, otro que aullaba y un burro que rebuznaba. «Esperábamos encontrarnos con el enemigo en cada sombra», escribió tiempo después un soldado.<sup>384</sup> A la una y media de la madrugada del miércoles 31 de mayo, los exploradores cruzaron a toda velocidad la carretera de Valmontone, pasando de largo los nichos del cementerio y corriendo entre los viñedos cuyas ramas enredadas sobre los postes formaban conos verdes. El Artemisio parecía una sombra sobre el cielo negro; los cucos eran lo único que interrumpía el silencio. Mucho más a la izquierda, los distantes disparos de ametralladora —«como palomitas que crujían en una olla honda», escribió Sevareid—<sup>385</sup> marcaban el ataque de diversión de la 141.<sup>a</sup> de Infantería contra Velletri. Los soldados ascendían ahora por la estrecha e inclinada pendiente del camino de los taladores; todos resoplaban, de forma que la columna parecía suspirar como una serpiente oscura y sinuosa.

A las tres de la madrugada, el ruido de un avión suscitó fuego antiaéreo cerca de Velletri. Luego se encendieron múltiples bengalas que bañaron la montaña de luz plateada. Los soldados se lanzaron al suelo como un solo hombre y se quedaron inmóviles durante diez o veinte minutos. Cuando las bengalas se extinguieron, volvieron a ponerse en pie y continuaron el ascenso.<sup>386</sup>

El primer albor grisáceo del amanecer, a las 4:15, pronto fue apagando a las estrellas, pero una neblina envolvió la ladera y ocultó a los hombres. A las 6:35, tres observadores alemanes de artillería fueron capturados por sorpresa, uno de ellos mientras se bañaba en un arroyo.<sup>387</sup> Toda la mañana los soldados estadounidenses se esparcieron por la cuesta, ahuyentando al pelotón de Schmalz con algunos disparos de rifle. El sol de mediodía disolvió la neblina y reveló una vista panorámica: Valmontone y la Carretera 6 doce kilómetros al este; Anzio, Nettuno y el deslumbrante mar treinta kilómetros al suroeste; y, directamente por debajo, Velletri y la Carretera 7. Pequeñas figurillas ataviadas de gris caminaban por la retaguardia alemana, sin sospechar que tenían seis mil soldados estadounidenses detrás.<sup>388</sup>

Tras la columna llegaron los bulldozers, «rugiendo y balanceándose» a lo largo de una cinta blanca de ingenieros que marcaba la ruta; empezaron tres vehículos y se añadieron más hasta llegar a quince, cada uno de los cuales añadía un palmo más de anchura a la carretera.<sup>389</sup> Las raíces y las rocas hacían saltar chispas azules de sus piezas delanteras de acero. «No escatimen en caballos», ordenó un capitán al jefe de operadores de bulldozer, el cabo John Bob Parks. Los zapadores volaron los árboles demasiado grandes para estos aparatos, o los talaban con

sierras manejadas por dos hombres.<sup>390</sup> Por las pendientes más pronunciadas se subieron bulldozers pequeños con cables y correas, que luego descendían allanando el camino a su paso mientras los soldados remataban los bordes con palas. «Arriba, arriba todo el rato», recordó después Parks;<sup>391</sup> el capitán le recordaba «una y otra vez que teníamos paralizado a todo el V Ejército ... perdí la noción del tiempo y de absolutamente todo excepto aquella condenada cinta blanca que tenía siempre delante».<sup>392</sup>

Toda la noche y todo el día siguiente continuaron su penoso trabajo, excavando y allanando, hasta que abrieron una avenida de una sola dirección hasta la cima del Artemisio.<sup>393</sup> Tras ellos llegaron los tanques, los cañones autopropulsados y los observadores de artillería con aparatos ópticos y teléfonos de campaña, alegres ante la vista que había desde el terreno elevado que finalmente les pertenecía. La 143.<sup>a</sup> de Infantería informó de que acudieron tantos observadores a las alturas que parecían «cuervos sobre un cable de teléfonos».<sup>394</sup>

Kesselring se enteró de que tenía el enemigo a su espalda cuando un oficial alemán de artillería informó de que había soldados norteamericanos asaltando su puesto de mando.<sup>395</sup> El mariscal de campo ya había reprendido a Mackensen por no haber cerrado el hueco entre los cuerpos de ejército sobre las montañas. Pero por mucho que se disipase la niebla, en el lado alemán no se veían las cosas claras. Mackensen minimizó su fallo en un comunicado enviado desde el frente a las once de la mañana del 31 de mayo, en el que aseguró que sólo se habían infiltrado ochenta soldados enemigos; en otro informe posterior, afirmó que «habían sido totalmente neutralizados». Los informes en sentido contrario sólo consiguieron enturbiar más las cosas. El registro de batalla del XIV Ejército registró el 31 de mayo que «el enemigo ha conseguido infiltrar dos batallones» pero Mackensen continuó estimando las fuerzas estadounidenses en la montaña en no más de un batallón y medio.<sup>396</sup>

A las nueve de la noche del 31 de mayo, Kesselring ordenó a Mackensen que aplastase «a cualquier precio» la penetración aliada en el Artemisio, que ahora alcanzaba los ocho kilómetros. En privado, se temía que el juego hubiera terminado: la misma noche, el I Cuerpo Paracaidista advirtió que el frente «estaba a punto del colapso». Desesperado por recibir refuerzos, Mackensen convocó a un batallón de policías de Roma para cerrar la brecha; no menos desesperado ni más efectivo, Kesselring ordenó que una unidad de la Luftwaffe que llegaba a Livorno se apresurase a acudir al frente. Iban montados en bicicleta.

Las emboscadas y la precisión de la artillería comenzaron a hacer pedazos a los convoyes alemanes que descendían desde Roma por la Carretera 7. Unos equipos de bazuka atacaron a una columna de blindados que salía de Velletri; el comandante alemán salió volando de su torreta «como el corcho de una botella de champaña».<sup>397</sup> Cuando los francotiradores enemigos de camuflaje trataban de comunicarse mediante cantos de cuco por los flancos del Artemisio, los soldados barrieron los bosques con una lluvia de fuego que dio muerte a pájaros y a alemanes por igual. Un capitán mató con una metralleta Thompson a un soldado enemigo gigantesco, y sus hombres se tendieron junto al cadáver como si se comparasen con un Gulliver dormido. «Yo sólo le llegaba al sobaco, y mido 1,87», dijo un soldado.<sup>398</sup> «Lo medí y le quité el reloj.» Descubrieron que las cantimploras que llevaba el muerto estaban llenas de coñac.<sup>399</sup>

Al alba del 1 de junio, Velletri estaba rodeada y la avanzadilla estadounidense se encontraba en los picos más altos del Colli Laziali, desde los que veían el lago Nemi y Castillo Gandolfo al otro lado del lago Albano; a través de la bruma del horizonte se entreveían al norte las cúpulas y las torres de Roma. Sólo habían muerto once soldados de la 36.<sup>a</sup> División.

En las afueras de Velletri, Walker caminaba sin cesar en «estado de perturbación», ordenando a sus hombres que acelerasen el paso.<sup>400</sup> Cuando pasó una columna de soldados enemigos capturados, le dio una patada a uno, pero luego se arrepintió. «Es totalmente impropio de un comandante general patear a un prisionero alemán».<sup>401</sup>

Durante la tarde del martes, tanques y soldados de infantería se abrieron paso entre los escombros de Velletri y terminaron con los últimos focos aislados de resistencia casa por casa, llegando al cuerpo a cuerpo. Los que intentaron romper el cerco escapando a pie o en camión por la Carretera 7 terminaron poblando de cadáveres la cuneta.<sup>402</sup> Al atardecer terminó por apagarse el murmullo de los disparos, y los Aliados poseían una ciudad más. La sangre se le había subido a la cabeza a la tropa, y los tanquistas atropellaban cadáveres enemigos por el placer de oír cómo crujían sus huesos al romperse. «No me molestó», escribió un soldado.<sup>403</sup> En el mismo momento en que se entregaban doscientos cincuenta soldados alemanes alzando banderas blancas, Truscott fue en coche a buscar a Walker, que escrutaba de nuevo el paisaje con sus ojos de ingeniero. «Ya puede entrar, general», dijo Walker. «La ciudad es suya.»<sup>404</sup>

El general Schmalz informó de que había cesado toda comunicación telefónica en el seno de la División Hermann Göring. Ya no podía localizar a sus puestos de mando subordinados; el batallón de reconocimiento sólo contaba con dieciocho



hombres en condiciones de combatir; y su regimiento de granaderos panzer había dejado de existir. El frente había sido «abierto de par en par» por el enemigo.<sup>405</sup>

Un teniente de artillería de la 36.<sup>a</sup> División dejó constancia de sus impresiones. «Duermo poco estos días», escribió en su diario. «Todo va bien, la victoria es algo maravilloso.»<sup>406</sup>

## LA EXPULSIÓN DE LOS BÁRBAROS

Los cipreses vigilaban las carreteras hacia el norte; parecían llamas verdes que se doblasen bajo el peso del avance aliado. Cerca de la Carretera 6, un niño pateaba el cadáver de un oficial de la Wehrmacht hasta que una joven lo apartó a un lado para quitarle las botas al muerto.<sup>407</sup> Había equipos neumáticos alemanes de reparación acuática desperdigados en la cuneta, acribillados por los Spitfire.<sup>408</sup> «Los caballos habían muerto en sus arneses, con la cabeza alta y los ojos desorbitados por el terror», escribió J. Glenn Gray. «Había muchos, en columnas, y las heridas de bala apenas eran visibles.» Algunos soldados estadounidenses marcaron a bayoneta sus iniciales en los carruajes de transporte de artillería.<sup>409</sup>

En el exterior de Valmontone, filas de soldados estadounidenses muertos yacían entre las paredes de un convento franciscano convertido en tanatorio. «Colocamos sobre cada uno de ellos una manta; por debajo de ésta, los zapatos sobresalían al sol y daban la impresión de ser enormes», recordó posteriormente un testigo italiano.<sup>410</sup> Francotiradores alemanes disparaban desde las montañas. Cuando un soldado de infantería hizo un brusco movimiento con la cabeza, un tanquista le preguntó gritando a otro fusilero que estaba agazapado: «¿Está muy malherido?». El otro negó con la cabeza: «No está herido; está muerto».<sup>411</sup>

Clark no daba nada por supuesto, a pesar de que la victoria del Artemisio «nos hiciera dar volteretas de alegría a todos».<sup>412</sup> Intenso y omnipresente, consciente de que la invasión de Normandía era inminente, azuzaba a las tropas con una urgencia inclemente. Once de sus divisiones se dirigían al norte por cinco carreteras que convergían en Roma desde la parte inferior de la bota. El viernes 2 de junio Alexander trasladó al norte de la Carretera 6 el límite entre ejércitos para otorgar al V Ejército —que ahora contaba con 369.000 hombres—<sup>413</sup> un corredor de ataque más amplio.<sup>414</sup> El general Harding, jefe de Estado Mayor de Alexander, llamó a Gruenther para felicitarle con efusión. «Me habló en un tono tan sincero que estoy convencido de que lo decía de verdad», explicó Gruenther a Clark. «Por mi parte, estoy lanzando el sombrero al vuelo y gritando hurras.»<sup>415</sup>

La gorra de Clark se mantenía sobre su cabeza. «Hoy me siento decepcionado por la 45.<sup>a</sup> y la 36.<sup>a</sup>. No han llegado a ninguna parte», explicó a Don Carleton a primera hora de la noche del viernes en una llamada al VI Cuerpo de Ejército.<sup>416</sup>

—Han hecho muchos prisioneros y han matado muchos alemanes —contestó Carleton.

—Pero no han llegado a ninguna parte —dijo Clark—. Quiero ocupar territorio.

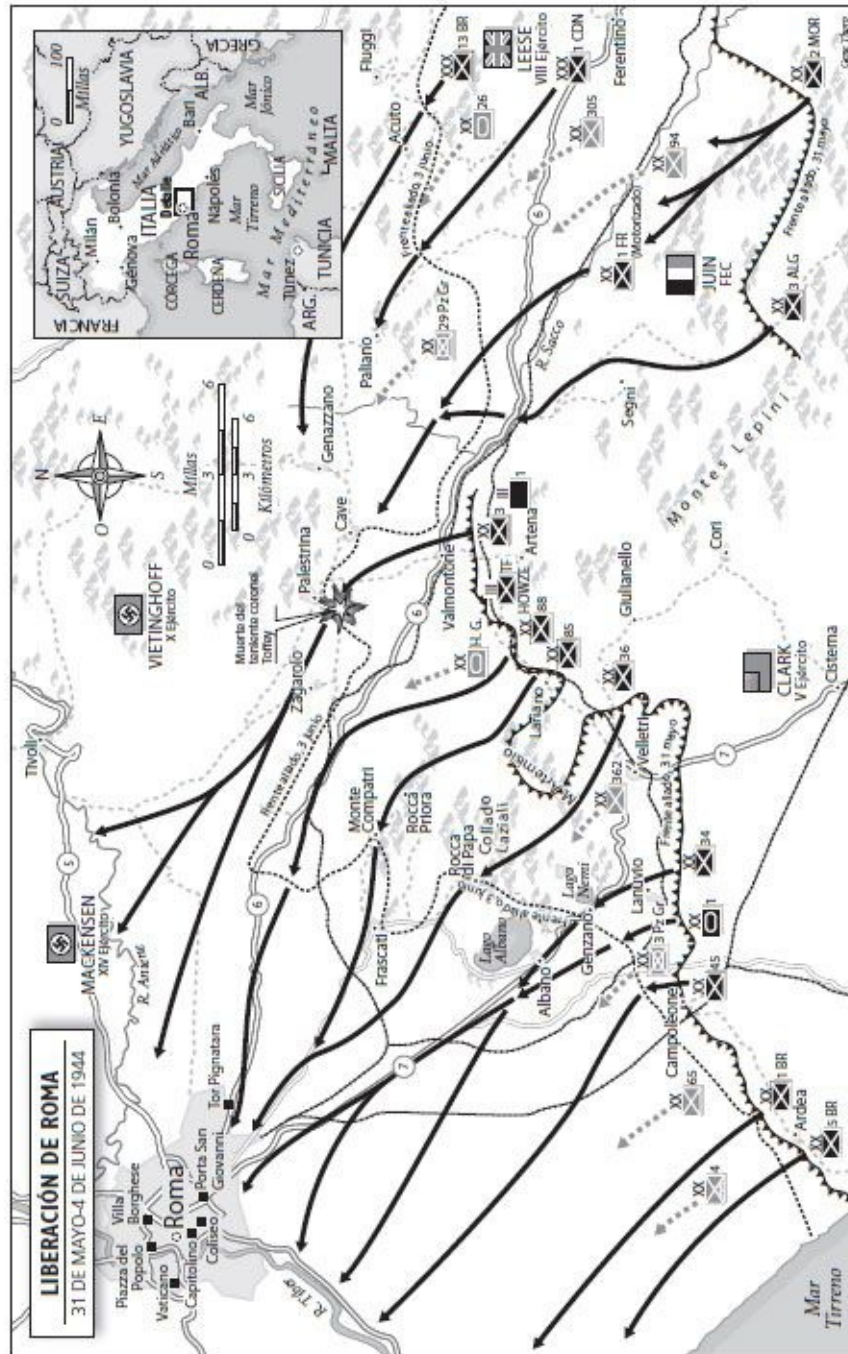
Con cada vez más bajas y unas pérdidas en la 1.<sup>a</sup> Acorazada de más de doscientos tanques en ocho días,<sup>417</sup> Clark temía que probablemente un retraso más le obligaría a esperar a que el VIII Ejército «entrara en escena». De hecho, el viernes por la noche Alexander meditaba en privado que si Clark no terminaba de desbaratar la resistencia enemiga en menos de cuarenta y ocho horas, «tendremos que efectuar un ataque combinado entre el V Ejército y el VIII cuando éste se levante».<sup>418</sup> Incluso la madre de Clark le daba prisas. «Por favor, toma Roma pronto», escribió a su hijo desde Washington.<sup>419</sup> «Estoy cansadísima.»<sup>420</sup>

Eso intentaba Clark, empujado por los excitados sueños de gloria que sólo él albergaba. Cuando desde el cuartel general de Alexander propusieron un comunicado que diría: «Roma está ahora en manos aliadas», Clark dijo a Gruenther: «Han evitado ex profeso mencionar al V Ejército. Llama inmediatamente a Harding y dile que no estoy de acuerdo con este documento».<sup>421</sup> Churchill renovó su petición de que británicos y estadounidenses compartieran los honores. «Espero que los británicos y los estadounidenses entren en la ciudad simultáneamente», había escrito el martes el primer ministro a Alexander. Pero en la vanguardia del V Ejército no había muchos *tommies*.<sup>422</sup> Cuando Alexander propuso que un contingente polaco se uniera a la avanzadilla hacia Roma en honor al valor que habían demostrado en Monte Cassino y en reconocimiento a su condición de católicos romanos, Clark hizo caso omiso.<sup>423</sup>

«Hoy hay que llevar el ataque hasta el límite», dijo a Truscott el viernes. Sólo en su diario confesó Clark que se trataba de «una carrera contra el tiempo, y mis subordinados no se dan cuenta de lo ajustada que es la lucha».<sup>424</sup>

El viernes al fin encontraron Valmontone abandonada.<sup>425</sup> «Ningún contacto con el enemigo en ningún punto del frente», informó la 3.<sup>a</sup> División. Un batallón de reconocimiento avanzó por la Carretera 6, y al amanecer del sábado 3 de junio el VI Cuerpo de Truscott y el II Cuerpo de Keyes se disponían a correr desde el sur y

el sudeste, respectivamente, por ser los primeros en llegar a Roma. Barberos italianos ambulantes afeitaban y cortaban el pelo a soldados desaliñados que querían estar impecables para la jornada de liberación.<sup>426</sup>



Los acicalamientos y el lanzamiento al aire del sombrero de Truscott eran prematuros. En las sombras de la retaguardia alemana había panzers acechando para tender emboscadas a los incautos. Por miedo a un contraataque desde el este

que podría cortar la nueva ruta de avituallamiento del V Ejército por la Carretera 6, el teniente coronel Jack Toffey condujo dos batallones diezmos del 7.º de Infantería por las praderas de Palestrina, una vieja ciudad etrusca famosa por sus rosas que, según la leyenda,<sup>427</sup> fue fundada por Ulises. A primera hora del sábado por la mañana, Toffey informó al puesto de mando del regimiento acerca de un tanque Tigre problemático «plantado en una carretera cortada». Horas más tarde, cuando las ciclópeas murallas de Palestrina aparecieron ante sus ojos, informó haber visto en su flanco escoltas procedentes del sector de las tropas francesas de Juin.

Aquel sería su último comunicado. A las 2:14 un mensaje de radio informó al regimiento de que el coronel Toffey había sido herido a menos de un kilómetro de Palestrina. Para ver mejor las posiciones alemanas había subido al segundo piso de una granja, donde se encontraba sentado en el suelo con una radio entre las rodillas cuando el cañonazo de un tanque impactó en el piso de arriba. Al menos un oficial creyó que el obús procedía de un Sherman desorientado que se hallaba a unos cien metros por detrás de la granja; otros insistieron en que había sido un disparo alemán. Fuera como fuera, bajo el aire repleto de polvo Toffey yacía cuan largo era contra la pared frontal con una esquirla del obús en la nuca. «Tenía abiertos los ojos, pero no veía nada», señaló un oficial. A las 2:40 informaron de su muerte al puesto de mando por radio. También habían muerto un teniente y tres hombres alistados, y un jefe de batallón de blindados estaba gravemente herido.<sup>428</sup>

Los restos mortales de Toffey fueron depositados en una camilla, bajo una manta, y transportados a la retaguardia en jeep. Desde que desembarcó en las playas de Marruecos diecinueve meses antes, aquel oficial de campaña del ejército estadounidense había luchado con tanta fe como el que más. Ahora su guerra había terminado; su momento había pasado. Al cabo de poco tiempo, las tropas de Juin relevaron al 7.º de Infantería, que ya no volvió a batirse en Italia. La historia de la 3.ª División lamentó el fallecimiento de «un irlandés loco y genial» que se hallaba entre «los personajes más queridos y más pintorescos de la división, si no de todo nuestro ejército». Un camarada escribió que «nunca habrá nadie más como él», pero no era cierto: el país había producido suficientes hombres de su talla para terminar la guerra que Jack Toffey había contribuido a ganar.

Tras enterarse de la muerte de Toffey, Clark ordenó a Gruenther que esbozase una lista de oficiales medios que poseyesen expedientes de campaña largos e inmaculados y que estuviesen destinados a ser los generales de la siguiente guerra que librarse Estados Unidos. «Los envió a casa porque son demasiado valiosos para arriesgar su vida en combate», escribió Clark.<sup>429</sup>

Para Toffey el gesto llegó demasiado tarde. En una nota para el general McNair en Washington, Truscott lamentaba su muerte diciendo que era «uno de los mejores oficiales que he conocido». Sin embargo, el epitafio más conmovedor provino de un antiguo camarada de Toffey en el 15.º de Infantería: «Tal vez lo tuvieron destacado en campaña un poco más de tiempo del que le tocaba».<sup>430</sup>

Ya antes de la ofensiva estadounidense por el Monte Artemisio, Albert Kesselring dudaba de que pudiera conservar mucho más tiempo el territorio indefendible que había por debajo del Tíber.<sup>431</sup> De los quinientos cuarenta cañones antitanque alemanes que había en Italia sólo quedaban ciento veinte. El 2 de junio comunicó a Berlín que en tres semanas sus ejércitos habían sufrido 38.000 bajas;<sup>432</sup> de las divisiones que aún conservaba, todas menos dos contaban con menos del 50 por 100 de sus combatientes. Junto a todas las carreteras y caminos de carros había tanques y camiones quemados. El paso Subiaco, por el que tendría que pasar gran parte del X Ejército de Vietinghoff, parecía «una enorme serpiente de vehículos ardiendo».<sup>433</sup>

El propio Vietinghoff se hallaba entre las bajas: enfermo y agotado, pasó el mando a su jefe de Estado Mayor e ingresó en un hospital del norte de Italia. Al cabo de unas pocas horas, el propio jefe de Estado Mayor de Kesselring, Siegfried Westphal, sufrió un colapso por agotamiento nervioso. Mackensen también estaba acabado: Hitler aprobó la petición de Kesselring para destituirlo como jefe del XIV Ejército por incompetencia en la defensa del Colli Laziali, entre otros presuntos fallos.<sup>434</sup>

Kesselring había propuesto anteriormente una defensa de tierra quemada consistente, entre otras cosas, en destruir todos los puentes sobre el Tíber y las instalaciones industriales, ferroviarias y energéticas de los alrededores de Roma. Hitler objetó. Los puentes romanos poseían «un considerable valor histórico y artístico»; además, la capital tenía poco valor estratégico, y reducirla a cenizas sólo jugaría en favor de la propaganda aliada.<sup>435</sup> El 3 de junio, menos de tres horas después de la muerte de Jack Toffey, el alto mando informó a Kesselring: «Decisión del Führer. La batalla de Roma no debe existir».<sup>436</sup>

La retaguardia alemana continuó hostigando a la horda invasora estadounidense en el extrarradio de Roma, con lo que ganó tiempo para que la guarnición huyera de lo que Berlín había declarado ciudad abierta. Las tropas del XIV y del X Ejército se dirigían al norte a toda prisa, agrupados en pequeñas bandas si era necesario. La radio había emitido el código clave —Elefante—<sup>437</sup> que avisaba de que las fuerzas aliadas se cernían sobre la ciudad.

El sonido de los disparos del Colli Laziali se había oído desde el 29 de mayo, y la inquietud entre los ocupantes alemanes de Roma se convirtió ahora en pánico. Se prendió fuego a papeles y graneros; un polvorín en el cementero de Campo Verano voló por los aires junto con un cuartel, una fábrica de Fiat y una central telefónica.<sup>438</sup> Los pavos reales que en su día dieron color a los jardines de la embajada alemana hacía tiempo que habían sido asados.<sup>439</sup> El Hotel de la Ville, en la Via Sistina, un agradable reducto conocido como «el brillante Berlín», se vació.<sup>440</sup> Cerca de la Piazza Fiume, los soldados saqueaban metódicamente una ferretería y cargaban su botín en un camión cubierto.<sup>441</sup> Los oficiales que vivían por todo lo alto en la Via Veneto robaron la cubertería y las copas de plata antes de marcharse.<sup>442</sup>

«Hay alemanes circulando por toda la ciudad empujando carros, a pie o tratando de robar coches», escribió en su diario Peter Tompkins, agente de la OSS.<sup>443</sup> «Los cafés todavía estaban abiertos y hacían un gran negocio.» A las seis de la tarde se impuso el toque de queda, «pero no está demasiado claro quién da las órdenes». Tompkins llenó su bañera justo antes de que se cortara el agua. Los romanos veían desde sus ventanas cerradas a cal y canto cómo abandonaban la ciudad convoyes de tres y cuatro columnas paralelas de vehículos por la Via Cassia, la Via Salaria e incluso sobre las aceras.<sup>444</sup> «Con los ojos desorbitados, sin afeitar, sucios, a pie, en coches robados, vehículos tirados por caballo, incluso en carros del servicio de limpieza de calles», dijo un testigo.<sup>445</sup> «Algunos de ellos tiraban de pequeñas ambulancias con heridos.» Los Camisas Negras fascistas imploraban que los llevaran con ellos o corrían hacia el norte, lanzando miradas furtivas por encima del hombro.<sup>446</sup> Tompkins, el espía incansable, guardó constancia de todo: alemanes que huían en bicicleta, caminando con muletas, en motocicletas con las ruedas pinchadas, cerca de la Piazza Venezia «intentando huir con coches que ya no tenían neumáticos y rodaban sobre las llantas».

Y en las celdas de la Gestapo, en los sótanos de Via Tasso 155, los prisioneros aguzaban el oído para escuchar el distante estruendo de los cañones aliados. Susurrando, con los ojos brillantes, debatían con intensidad las variables balísticas y la dirección del viento, tratando de calcular a cuánta distancia se hallaban sus salvadores.<sup>447</sup>

No muy lejos. Once meses después de que los Aliados desembarcasen en Sicilia, las titánicas batallas entre grupos de ejército que habían caracterizado a la campaña italiana se transformaban ahora en fastidiosos tiroteos entre reducidos grupos de perseguidores y perseguidos. En un tramo de trece kilómetros diecisiete grandes

puentes cruzaban el Tíber y comunicaban el este de Roma no sólo con el Vaticano y la ribera oriental de la capital, sino también con las carreteras vitales para el avance del V Ejército hacia la mitad septentrional de la península, hacia el noroeste. Columnas de tanques, ingenieros y soldados a pie comenzaron a fundirse rápidamente con órdenes de tomar los puentes y avanzar por la ciudad.<sup>448</sup>

«Parece que los *boches* se retiran, y [Truscott] quiere que vayas allí y tomes los puentes sobre el Tíber lo más rápido que puedas», dijo Carleton a Ernie Harmon el sábado a primera hora de la tarde. «Corre tanto como puedas.» Unos cien metros por encima de la Carretera 6, Keyes dejó caer desde su avión de observación un mensaje escrito a lápiz para el grupo blindado comandado por el coronel Howze: «¡Pon en marcha esos tanques!». Howze azuzó a sus hombres, pero cayó una vez más en una cadena de emboscadas. «En pocos minutos, el primer tanque de la columna se detuvo y estalló en llamas», escribió más tarde el coronel; el avance quedó paralizado hasta que se pudo atacar por el flanco al enemigo y ahuyentarlo.<sup>449</sup>

Estas pequeñas incomodidades fueron en poco detrimento de la euforia general. «El puesto de mando se ha ido al infierno», dijo por radio Gruenther a Clark desde Caserta a las 16:15 el sábado.<sup>450</sup> «Esta tarde nadie está trabajando aquí. Se ha perdido todo rastro de disciplina.» Según los informes de inteligencia del II Cuerpo de Ejército, los alemanes se marchaban «a tanta velocidad y con tanta confusión que el repliegue ha adquirido las proporciones de una retirada».<sup>451</sup> Clark recordó severamente a sus lugartenientes que siguieran matando enemigos. «Sus órdenes son destruir al enemigo que tiene ante sí el V Ejército», dijo a los jefes del cuerpo poco antes de las cinco de la tarde. «Roma y el avance al norte llegarán más tarde.»<sup>452</sup>

Durante décadas se ha discutido quién fue exactamente el primero en cruzar los límites de la ciudad el domingo 4 de junio. Varias unidades han reivindicado el honor mediante declaraciones juradas, proclamaciones y protestas oficiales. Un soldado de reconocimiento de la 88.<sup>a</sup> División y la 1.<sup>a</sup> de Fuerzas Especiales de Frederick, que se habían unido al grupo de Howze, fueron los candidatos más probables, pero posteriormente Clark escribió que «es imposible determinar con certeza de qué unidad del V Ejército fueron los primeros elementos en entrar en la ciudad». Penetraron patrullas que se vieron repelidas por los disparos enemigos. Los paracaidistas alemanes que guardaban un bastión en Centocelle, al este de Roma, acabaron con cinco tanques estadounidenses antes de darse a la fuga. En la Carretera 6, cerca de Tor Pignataro, un cañón antitanque destruyó dos Sherman más y luego se esfumó por un laberinto de callejuelas.<sup>453</sup>

Los atascos de tráfico y el fuego amigo, las órdenes y contraórdenes, los enjambres de periodistas e incluso una boda —ramo de flores en mano, la novia vestida de gris caminaba de puntillas alrededor de los cadáveres alemanes que había sobre la calzada— amenazaron con convertir la liberación en una ópera bufa.<sup>454</sup> Clark se marchó de Anzio bajo un brillante sol a las ocho y media de la mañana llevando consigo un convoy de dos blindados y seis jeeps llenos de reporteros.<sup>455</sup> Al llegar a Centocelle, saltó de su jeep sobre una oleada de saludos. Cuando preguntó por qué se había detenido la comitiva, Frederick contestó «estoy reteniendo el fuego de artillería por los civiles».<sup>456</sup>

«Yo no dudaría en usarlo si lo necesitara», dijo Clark. «No podemos quedarnos parados mucho tiempo.»

Mientras subía a pie por un promontorio con Frederick y Keyes para ver mejor, los fotógrafos les pidieron que posaran junto a un gran cartel azul y blanco que decía «Roma». Unos momentos más tarde, la bala de un francotirador atravesó el cartel de metal con un agudo ruido. Clark, Keyes y Frederick descendieron arrastrándose y se refugiaron en una casa de muros gruesos a unos doscientos metros.<sup>457</sup> Aquella tarde no habría entrada triunfal en la Ciudad Eterna. Clark se quejó de los retrasos en la llegada al Tíber y luego volvió en coche a Anzio. A su vez, Keyes dijo a sus subordinados que no quería que les detuviese «un cañoncito».<sup>458</sup> Engulló una ración de campaña fría y ordenó otro ataque frontal por la Carretera 6 para que «C pueda entrar en Roma», como dijo en su diario.

A última hora del domingo, de la retaguardia ya sólo quedaban francotiradores y unas pocas fortificaciones a lo largo del río.<sup>459</sup> Algunos prisioneros alemanes resultaron ser muchachos que habían llegado a la guerra directamente desde una escuela de panadería y repostería; uno de ellos fue atrapado cuando arrastraba una carretilla llena de barras de chocolate robadas.<sup>460</sup> Desde el este y el sur, las tropas estadounidenses comenzaban a entrar en los distritos de los confines de la ciudad. Howze envió pelotones con instrucciones mecanografiadas en italiano que ordenaban a los romanos que parasen en la calle y que guiasen a los soldados a puentes concretos sobre el Tíber. Un miembro de las Fuerzas Especiales que pasó junto al Coliseo murmuró: «¡Madre mía, también han volado eso!».<sup>461</sup> Un soldado de la 88.<sup>a</sup> División que se asomó al interior dijo: «La parte de dentro no me impresionó: demasiado pequeña y atestada de cosas».<sup>462</sup> Ante las iniciales «S.P.Q.R» (*Senatus Populusque Romanus*) que lucían los monumentos y las tapas de alcantarilla, un soldado especuló que tal vez significase «Sociedad para la Prevención de la Crueldad contra los Romanos», pero luego se enteró, decepcionado, de que *crueldad* no se escribía con *q*.<sup>463</sup>



Al crepúsculo, Howze se dirigió con una compañía de tanques hacia la estación central de ferrocarril entre bulevares desiertos y ventanas cerradas a cal y canto.<sup>464</sup> Entonces se abrió un ventanal, una voz gritó «¡Americano!» y salieron miles de romanos a las calles a pesar de que de vez en cuando se oía el disparo de un francotirador. Ciudadanos entusiasmados se asieron al jeep de Howze y «me besaron hasta que amenacé con pegarles un tiro», explicó.<sup>465</sup> «Ofrecían vino en vasos, en jarras, en botellas y hasta en barriles», señaló la 88.<sup>a</sup> División.<sup>466</sup> «Tanto mujeres como hombres repartían besos por doquier, que según el caso eran disfrutados o sufridos por el receptor.» Las *signoras* ofrecían platos de espaguetis y cuencos de agua caliente para afeitarse. Señores italianos con rifles antiguos y fajines rojos daban palmadas en la espalda a sus liberadores, y luego salían a la caza de alemanes y fascistas. Los comunistas y los Camisas Negras entablaron tiroteos, y los disparos de pistola cerca del Coliseo daban fe de ejecuciones sumarias.<sup>467</sup> «No es difícil acabar muerto aquí», escribió un oficial estadounidense en su diario el 4 de junio.<sup>468</sup>

Frederick salió hacia el Tíber poco antes de las diez de la noche con siete hombres y un coche con radio. Al oeste de la Piazza del Popolo encontró los tres arcos del Ponte Regina Margherita intactos bajo la luz de la luna, pero un escuadrón alemán rezagado disparaba balas trazadoras desde el otro lado del oscuro río. El alboroto empeoró cuando llegó un batallón de la 88.<sup>a</sup> División y disparó por error sobre las Fuerzas Especiales. Frederick recibió balazos en el codo y la rodilla, y su conductor murió. Con los ocho Corazones Púrpura que tenía cuando terminó la guerra, Frederick fue calificado como «el general más acibillado de la historia de Estados Unidos».<sup>469</sup>

Desde los Baños de Caracalla hasta el Quirinal, el júbilo se convirtió en una total algarabía; «una histeria total», según el informe de la 1.<sup>a</sup> División Acorazada.<sup>470</sup>

En la calle había innumerables romanos en pijama y zapatillas que, entre risas, gritaban las pocas palabras de inglés que supieran, incluido uno que exclamaba «Weekend! Weekend!».<sup>471</sup> A la una y media de la madrugada del lunes 5 de junio, sobre la Piazza Venezia ondeaban la bandera estadounidense y la Union Jack. Un cartel envolvía el Panteón: «Welcome to the Liberators».<sup>472</sup> Multitudes arrancaban las flores de la escalinata de la Piazza di Spagna para ofrecer guirnaldas a los liberadores o para adornarlos con rosas e iris. Jóvenes que lucían brazaletes con la hoz y el martillo desfilaron por el Corso Umberto entonando *Bandiera Rossa* y otros himnos comunistas. Algunos ciudadanos entraron al asalto en la prisión de

Regina Coeli para abrir las puertas de las celdas. Otros se abrieron paso al interior de la casa amarilla de Via Tasso 155, cuyo suelo y paredes estaban salpicados de sangre. «Hermanos», gritó alguien hacia la oscuridad del sótano, «salid».<sup>473</sup>

Poco antes del amanecer, una columna de casi trescientos vehículos entró por la Porta San Giovanni transportando la S-Force, un destacamento de mil doscientos especialistas británicos y estadounidenses en ingeniería y contrainteligencia.<sup>474</sup> Mientras recorrían la Via delle Quattro Fontane, se fueron separando del convoy diversos pelotones para ocupar las oficinas de telégrafos, las centrales eléctricas y las gasolineras. Otros reunieron a los directivos de las compañías italianas de servicios públicos: el aprovisionamiento eléctrico de Roma se había recortado al 20 por 100 de lo que necesitaba la ciudad, y las reparaciones de los acueductos dañados comenzarían antes de que pasase un día. Un pelotón de la S-Force que entró en la embajada alemana encontró fotografías de Hermann Göring, un disco de Artie Shaw en el tocadiscos y media tonelada de explosivo plástico que fue metido en sacos y lanzado al Tíber.<sup>475</sup> Al abrir media docena de cajas fuertes, «no apareció nada de naturaleza inusual».<sup>476</sup>

«Hemos cruzado trece puentes. Ocupamos el lado contrario anoche», comunicó Harmon por radio a Truscott a las 6:30. «Ninguno destruido ... Soy el primer *boy* en el Tíber.»<sup>477</sup>

«Sube hasta Génova si quieres», contestó Truscott.

Todavía no. A las siete de la mañana, el sargento John Vita de Port Chester (Nueva York) entró en el Palazzo Venezia, del siglo XIV, y se encontró en la Sala del Mappamondo. El tenebroso despacho de mármol de Mussolini contenía un escritorio del tamaño de un yate. Al salir al famoso balcón del Duce, Vita atrajo una multitud hacia la *piazza* que tenía a sus pies lanzando al aire Life Savers y proclamando: «¡Victoria! ¡Pero no para Mussolini, sino para los Aliados!».<sup>478</sup>

La victoria aliada había costado 44.000 bajas desde que Diadema empezó el 11 de mayo: 18.000 estadounidenses —3.000 de ellos muertos en combate—, 12.000 británicos, 9.600 franceses y casi 4.000 polacos.<sup>479</sup> Las bajas alemanas se estimaban en 52.000, entre ellos 5.800 muertos. Las pérdidas que Estados Unidos había registrado en menos de cuatro semanas eran casi iguales a las que había sufrido en los siete meses de combates en el Norte de África. Los combates del Mediterráneo habían alcanzado una escala industrial.

Columnas de tropas estadounidenses exhaustas circulaban por la ciudad. Algunos llevaban banderines italianos, otros flores en la red del casco o el cañón del rifle. Eric Sevareid vio numerosos italianos llorando de alegría mientras

lanzaban flores a los soldados y los jaleaban. «Me sentí de maravilla, generoso e importante», escribió. «Era un representante de la fuerza, la decencia y el triunfo.»<sup>480</sup>

Un mensaje a la Comandancia Combinada de Washington y Londres anunció formalmente: «Los Aliados están en Roma».<sup>481</sup> Cuánto tiempo habían tardado en pronunciar aquellas cinco palabras; cuánto sufrimiento había costado llegar hasta allí.

En la antigua Roma, cuando un general triunfante regresaba de su última conquista acudía al Monte Capitolino —la menos alta de las siete colinas de la ciudad, pero la más sagrada— y sacrificaba un buey totalmente blanco en gratitud por la generosidad de Júpiter. Con la cara teñida de bermellón y una corona de laurel sobre la cabeza, el vencedor subía vestido con una toga púrpura a la montaña en un carro tirado por cuatro corceles blancos. Al pie de la cuesta, los prisioneros que le seguían en columna eran estrangulados o ajusticiados con hacha en la prisión de Mamertine, donde también fue encarcelado y encadenado el apóstol Pedro. También fue allí donde, empuñando la daga sangrienta, Bruto arengó a sus conciudadanos tras el asesinato de Julio César, y donde las ocas de Juno habían graznado alarmadas cuando los galos trataron de escalar las murallas del Capitolino. También en las ruinas que coronaban aquella colina, en octubre de 1764, el historiador británico Edward Gibbon —un hombre grueso con «peluca, abrigo marrón, pantalones bombachos y rizos blancos como la nieve», como lo describió el escritor de viajes H. V. Morton—<sup>482</sup> aseguró que se le había ocurrido «la idea de escribir el declive y la caída de la ciudad».

Mark Clark no se había pintado el rostro de bermellón ni llevaba corona de laurel, pero tenía sentido de la teatralidad y fue en el Capitolino donde citó a sus lugartenientes a las diez de la mañana del lunes 5 de junio. A las 7:30 Clark voló desde Nettuno en un Piper Cub y aterrizó en un trigal a las afueras de la ciudad, en el que se había ordenado al II Cuerpo que formase una escolta de soldados, camiones y tanques limpios.<sup>483</sup> Al enterarse de que tardarían horas en lavar los vehículos, Clark dijo: «Vaya, pues al infierno con eso», y salió con su comitiva por la Carretera 6 hasta la Porta Maggiore.<sup>484</sup>

Se perdieron a los pocos minutos. Al cruzar sobre las aguas de color azul grisáceo del Tíber en dirección a la plaza de San Pedro, Clark detuvo a un sacerdote y le preguntó: «¿Dónde está el Monte Capitolino? Me llamo Clark». El clérigo llamó a un chico para que guiara el convoy en bicicleta gritando «¡Clark! ¡Clark!» para abrirse camino en las calles atiborradas de gente. Al llegar a la Via del Teatro

Marcello, al pie del Capitolino, Clark subió la rampa Cordonata —diseñada por Miguel Ángel en 1536 para recibir al sacro emperador romano Carlos V— y cruzó el elegante Campidoglio, pero se encontró que el edificio oficial pintado de color melocotón estaba cerrado.<sup>485</sup> Aporreó la puerta hasta que se asomó un cuidador, pero optó por esperar en la balaustrada hasta que llegasen Truscott, Keyes y Juin. Abrió un mapa en el que señaló Berlín con una exageración teatral, y luego se volvió hacia los periodistas y fotógrafos que se encontraban en la plaza.

«Bien, señores, no esperaba celebrar aquí una conferencia de prensa, sino que había convocado una pequeña reunión de mis comandantes para hablar de la situación», dijo lentamente. «No obstante, estaré encantado de responder a sus preguntas. Es un gran día para el V Ejército.» Un centenar de flashes centelló mientras Clark pronunció una breve oración de victoria —el equivalente de sacrificar un buey blanco— sin mencionar al VIII Ejército ni a nadie más. Sus lugartenientes enrojecieron, incómodos, mirando avergonzados hacia el operario de la cámara Movietone que filmaba la escena. Truscott expresó después haber sentido asco «al posar de aquella forma».<sup>486</sup>

A continuación fueron a almorzar al Hotel Excelsior, que los ingenieros habían registrado en busca de trampas y bombas de relojería.<sup>487</sup> En sus almidonados uniformes blancos y negros, el personal del hotel formó en el vestíbulo para dar la bienvenida a los nuevos ocupantes, tan sólo un día después de haber dicho *arrivederci* a los alemanes. Clark dio otro breve discurso desde un balcón del segundo piso y después se retiró en privado a una suite. Arrodillado en el dormitorio, dio gracias a Dios por la victoria y oró por las almas de sus hombres. Luego sintió una mano que le tocaba suavemente el hombro y, al volverse, vio a Juin, que le sonrió con su mostacho y dijo: «Acabo de hacer exactamente lo mismo».<sup>488</sup>

En la Via Veneto, otra alegre muchedumbre jaleaba a sus liberadores. «Pasamos entre multitudes de gente que nos aplaudía», anotó Keyes en su diario. «Un par de mujeres por poco estrangularon a Juin, para su bochorno y nuestro regocijo. Comimos muy bien.»<sup>489</sup>

«Habéis hecho muy feliz al pueblo estadounidense», telegrafió Franklin Roosevelt a Clark. «Ha sido un trabajo muy bien hecho.»<sup>490</sup> Otras felicitaciones similares saludaron lo que Harold Mcmillan denominó «la expulsión de los bárbaros de la ciudad más famosa del mundo».<sup>491</sup> Incluso Stalin celebró el 5 de julio «la gran victoria de las fuerzas aliadas angloamericanas».<sup>492</sup> Churchill hizo oídos sordos a las fricciones fraternas, a pesar de los informes de que algunos oficiales británicos

habían sido rechazados de Roma a punta de pistola.<sup>493</sup> «Las relaciones entre nuestros ejércitos son admirables en todos los niveles del escalafón», mintió amablemente en una carta a Roosevelt. «Ciertamente, se trata de una hermandad absoluta.»<sup>494</sup>

La celebración continuó por toda la capital hasta el lunes por la tarde. El restaurante San Carlo ofreció a los soldados «los mejores cortes de carne de caballo».<sup>495</sup> Un médico militar escribió a casa acerca de «hermosas chicas de labios pintados que llevan medias de seda y, para variar, también zapatos. Mucha gente llora».<sup>496</sup> En el Hotel Majestic, un portero recibió al periodista de la revista *Life* con el saludo fascista, y se disculpó enseguida. «Una costumbre de veinte años», explicó.<sup>497</sup> Un soldado se despertó junto a una prostituta italiana que le deseó buenos días *auf deutsch*. «Hoy me han cortado el pelo en Roma y he bebido ginebra y vermut en el Excelsior», escribió a su familia un *signalier* británico. «Todos los italianos decían: “Estamos contentísimos de veros al fin. ¿Por qué habéis tardado tanto?”».<sup>498</sup>

Soldados exhaustos se envolvían en mantas y dormían bajo el toldo de sus todoterrenos o en fuentes de piedra secas.<sup>499</sup> «Dormían en la calle, en las aceras, en la escalinata de la Piazza di Spagna», anotó el cuidador de la casa Keats-Shelley.<sup>500</sup> Algunos se deprimieron. «Merodeábamos por Roma como fantasmas, sin sentir satisfacción alguna por nada de lo que veíamos o hacíamos», escribió Audie Murphy. «Me siento como si me hubiesen conmutado una pena de muerte; y no siento la menor alegría.»<sup>501</sup>

Pero otros hallaron redención en la ciudad que habían liberado, un brillante símbolo de los valores de la civilización por los que habían luchado. «Cada manzana es interesante, hermosa, encantadora», escribió un oficial de la 3.<sup>a</sup> División. «La misma ciudad te llena el corazón de reverencia.»<sup>502</sup> A las cinco de la tarde del lunes, cien mil italianos se apretujaron en la plaza de San Pedro. Sonaron las campanas. Los sacerdotes ofrecían visitas guiadas por el Vaticano a los soldados a cambio de cigarrillos norteamericanos.<sup>503</sup> Pío XII apareció en su balcón luciendo una brillante túnica blanca, y luego recibió a periodistas entre los flashes de los fotógrafos, que gritaban: «¡Quieto, Papa! ¡Vamos!».<sup>504</sup> El santo padre aconsejó a las muchachas romanas que vistiesen y se comportasen «de forma apropiada y con el respeto de los soldados por su virtud». Un secretario papal añadió con indiferencia: «No es más que otro cambio de guardia.»<sup>505</sup>

A las seis de la mañana del martes 6 de junio, un ordenanza despertó a Mark Clark en su suite del Excelsior con la noticia de que la radio alemana había anunciado la invasión alemana de Normandía. Clark se frotó los ojos, adormilado.

«¿Qué te parece?, dijo. «No han dejado que la caída de Roma permaneciese en la portada de los periódicos ni un día.»<sup>506</sup>

En la Albergo Città, un corresponsal de la BBC entró a toda prisa en el cuartel general de la prensa aliada. «Chicos, ahora estamos en la contraportada», dijo. «Han desembarcado en Normandía.» Eric Sevareid recordó tiempo después que «todas las máquinas de escribir se detuvieron. Nos miramos unos a otros».

La mayoría nos reclinamos en la silla, encendimos cigarrillos y tiramos al suelo los artículos a medio escribir sobre Roma. En un instante nos habíamos convertido en intérpretes sin audiencia ... una compañía de actores que, en el clímax de su obra, se dan cuenta de que todos los espectadores se han marchado.<sup>507</sup>

El 6 de junio, Alexander ordenó al Quinto y al VIII Ejército que avanzasen a la máxima velocidad posible hacia Pisa y Florencia, respectivamente.<sup>508</sup> Unos doscientos setenta kilómetros separaban el frente aliado de la siguiente cadena alemana de fortificaciones, la formidable Línea Gótica, pero entretanto había que cruzar numerosos ríos y montañas. «Si el terreno fuera más abierto», lamentó Alexander, «podríamos sacar mucha tajada».<sup>509</sup>

Los Howitzer circulaban rueda contra rueda por los jardines de Villa Borghese, sobre la Via Veneto. Los cañones escupían humo y fuego contra el enemigo que se retiraba hacia el norte del Tíber.<sup>510</sup> Los soldados se congregaban alrededor de las radios con la boca abierta y la cabeza inclinada para oír las últimas noticias de Francia y hacer apuestas sobre cuándo terminaría la guerra. «Nadie pensó que duraría más allá del día de Acción de Gracias», recordó un soldado de la 36.<sup>a</sup> División. «Muchas veces me pregunto qué se hizo de aquel dinero».<sup>511</sup>

Los sargentos les ordenaban que se pusieran en movimiento. «Venga, hombre, venga», espoleaba Harmon al comandante de un Sherman. «Hay que moverse.»<sup>512</sup> Un tanquista de la 1.<sup>a</sup> Acorazada recogió en su diario: «Hemos cruzado Roma hacia el otro lado del río Tíber. La gente nos ha tirado flores. Nos hemos parado y hemos tomado café».<sup>513</sup> La vanguardia de la 88.<sup>a</sup> División envió por radio al general Keyes un mensaje de dos palabras: «Beyond Rome».<sup>514</sup>

Columnas de uniformes de color verde oliva avanzaban más allá del río y del cilíndrico Castel Sant'Angelo, tumba del emperador guerrero Adriano. En el tejado se hallaba la estatua de bronce del arcángel san Miguel, patrón de los soldados, enfundando la espada. Soldados que olían a Chianti y Chesterfield iban hacinados en los camiones o sentados a horcajadas sobre el cañón de las piezas de artillería, con litografías y sellos de correo fascistas de recuerdo en la mochila.<sup>515</sup>

Luego ascendieron por la oscura ladera del Janiculum, donde los antiguos erigieron un templo a Jano, el dios de los comienzos, donde los augures habían estudiado los auspicios de la deidad de las dos caras. Vista desde la loma aquel día sin nubes, Roma se desplegaba como una tapicería roja, marrón y amarilla.<sup>516</sup> Más allá del parque de la villa de César en la que vivió Cleopatra se levantaban los campanarios, los chapiteles y las cúpulas. Por el horizonte del sur se dibujaba la mancha azul del Colli Laziali.

«¿Por qué habéis tardado tanto?», preguntaban los italianos. Sólo cabía una respuesta: porque para liberaros han tenido que morir muchos de los nuestros.

Siguieron hacia el norte por las montañas, más allá de los cipreses y los pinos, de los jardineros romanos que llenaban los arriates de flores de marga gris y arena amarilla de la playa. Siguió hacia el norte, dejando atrás el aroma de las rosas.

## Epílogo

Pasaron más de tres semanas antes de que la familia de Jack Toffey se enterara de su muerte. «Vimos que capturaron Roma», le escribió su suegra. George Biddle, también dirigiéndose a un hombre ya muerto, animaba a Toffey a que escribiera «unas cuantas palabras sobre la caída de Roma. El suceso me dejó inquieto y envidioso».<sup>1</sup>

En Columbus, en su casa de East Long Street, Helen y sus dos hijos pasaban los días sin saber que sus vidas habían cambiado para siempre. Una ola temprana de calor veraniego abrasó el centro de Ohio. El equipo favorito de Toffey, Los Reds, quedó en el cuarto puesto en la Liga Nacional, pero en la liga menor los Columbus Red Birds ascendieron al segundo puesto en la Asociación Estadounidense. En un partido amistoso en el que destacaron los grandes pícheres Dizzy Dean y Satchel Paige, el Model Dairy de Columbus derrotó a los Chicago American Giants, un club de la Negro League.

Las noticias que llegaban de Roma y Normandía entusiasmaron a la ciudad, que en la tarde del 6 de junio guardó un largo minuto de silencio «en honor de los muchachos de las naciones unidas que están luchando para liberar un continente esclavizado». Los donantes de sangre de Columbus establecieron un nuevo record al reunir cerca de cuatrocientos setenta litros de sangre en un día y el absentismo en las fábricas de guerra locales cayó en picado. Tres mil reclusos de la penitenciaría estatal de Ohio celebraron una vigilia de oración, en la que pidieron al Todopoderoso que bendijera la Operación Overlord, y la estación de radio WCOL programó veinte reportes de noticias diarios para seguir «el comienzo de un nuevo mundo para todos los que valoran la libertad».<sup>2</sup>

Columbus organizó un desfile para vender bonos de guerra el domingo 11 de junio, y marineros de gorra blanca marcharon a lo largo de la Broad Street delante de exhibiciones de jeeps, camiones semiorugas y un avión Helldiver de la marina que había sido construido en la fábrica local Curtiss-Wright. Todavía se requerían estampillas de racionamiento para comprar azúcar, zapatos, gasolina y licor, pero inesperadamente la nación tuvo un excedente de tres mil millones de huevos y cada



familia fue animada a consumir una docena extra. La tienda Paley's Pants de la West Broad Street ofreció pantalones para el día del padre por la módica suma de 4 dólares, y la joyería Roy anunció anillos de diamantes de 65 a 225 dólares, incluyendo el 20 por 100 de impuestos federales.

Recordando el vertiginoso alboroto que siguió al anuncio del armisticio en noviembre de 1918, los comerciantes del centro de la ciudad anunciaron un plan en caso de victoria que incluía cerrar sus puertas y entablar las ventanas cuando llegara la voz de que la segunda guerra mundial había terminado.

El terrible telegrama del ayudante del general llegó a la East Long Street el domingo 25 de junio por la mañana. «El secretario de guerra desea que le exprese el profundo dolor que siente por el fallecimiento de su marido, el teniente coronel John J. Toffey, Jr., que fue muerto en combate el 3 de junio en Italia. A continuación la carta.»<sup>3</sup> Helen recibió su Corazón Púrpura póstumo, el tercero de Toffey en la guerra, y la Estrella de Plata póstuma, la segunda. Finalmente, llegó un baúl con los efectos personales, incluyendo su juego de pluma y lápiz y un estuche de gafas manchado de sangre.

En cuanto al coronel Toffey, éste nunca regresó a casa. En lugar de ello fue enterrado entre otros camaradas en la sección J, fila 4, tumba 25, en el cementerio de Nettuno, que había sido abierto por primera vez dos días después del desembarco en Anzio. El terreno cubierto de barro, recuperado con buganvillas y adelfas blancas, pronto se convirtió en el Cementerio Americano Sicilia-Roma, un santuario de treinta y una hectáreas donde serían enterrados cerca de ocho mil militares muertos.

Allí, en el día de los caídos de 1945, justo tres semanas después del final de la guerra en Europa, una figura robusta y de mandíbula cuadrada subiría a la plataforma decorada con banderas y escrutaría a los dignatarios sentados frente a él en sillas plegables. Luego Lucian Truscott, que había regresado a Italia desde Francia unos cuantos meses atrás para suceder a Mark Clark como comandante del quinto ejército, le dio su espalda a los vivos y volvió su mirada hacia los muertos. «Fue el gesto más emotivo que he visto en mi vida»,<sup>4</sup> escribió uno de los testigos presenciales. En su voz cáustica, Truscott se dirigió a Jack Toffey, a Henry Waskow y a las otras miles de personas que yacían bajo las filas de cruces latinas y estrellas de David que había en el lugar. Como recordaría luego Mauldin:

Le pidió perdón a los muertos por estar allí presentes. Dijo que todo el mundo le dice a los líderes que no es su culpa que los hombres caigan muertos en la guerra, pero que todos los líderes saben en su corazón que eso no es del todo cierto. Dijo que esperaba que todos los que estuvieran allí debido a un error suyo lo

perdonaran, pero que era consciente de que estaba pidiendo demasiado dadas las circunstancias. ... Prometió que si en el futuro se encontraba con personas, especialmente ancianos, que pensarán que la muerte en combate era algo glorioso, les contaría la verdad.<sup>5</sup>

La caída de Roma resultó ser sólo un interludio momentáneo en una campaña que pronto dejó la capital. El optimismo de Alexander era desmesurado.<sup>6</sup> «La moral está increíblemente alta»,<sup>7</sup> escribió a Churchill. «Ni los Apeninos ni los Alpes resultarían un serio obstáculo.» El primer ministro, en un cable, lo animó a seguir: «su avance es espléndido, y espero que los restos de lo que una vez fue el ejército alemán se replieguen».<sup>8</sup>

Más tarde, el 7 de junio, un escuadrón de reconocimiento surafricano encontró el centro de operaciones de Kesselring en el monte Soratte en llamas. El mariscal de campo y sus hombres habían huido, pero encontraron un almacén lleno de jerez y vino francés que permanecía intacto, y también pudieron apoderarse de mapas alemanes que señalaban rutas de escape hacia la Línea Gótica.

Kesselring había intentado persuadirse a sí mismo de que las legiones aliadas «pueden sucumbir a la influencia desmoralizadora de una capital».<sup>9</sup> Sin embargo, durante las dos semanas que siguieron a la captura de Roma los ejércitos quinto y octavo se habían desplazado por la península avanzando un promedio de doce kilómetros diarios.<sup>10</sup> Luego los alemanes que se habían replegado se fortalecieron bajo las órdenes de Kesselring de llevar a cabo demoliciones «con sádica imaginación».<sup>11</sup> Hacia el 17 de junio, la voladura de puentes y las emboscadas antitanques habían ralentizado la persecución a poco más de tres kilómetros diarios, y se dieron pequeños enfrentamientos cruentos por todo el centro de Italia. A mediados de junio, cuando murió un capitán de artillería de la 36.<sup>a</sup> división, uno de sus tenientes escribió: «Maldito deshonor, tras haber sobrevivido al infierno de Salerno, Altavilla y Cassino ha tenido que morir en una escaramuza de la que nadie oirá hablar jamás».<sup>12</sup>

La forma alegre en la que Alexander se refería a los Apeninos y los Alpes sugería una falsa ilusión persistente acerca del camino que quedaba por delante, donde las montañas se hacían más elevadas y las líneas de abastecimiento del enemigo se hacían menos numerosas.<sup>13</sup> Además, profundos cambios estratégicos redibujaron la campaña del Mediterráneo, lo que dejó a Italia convertida en un escenario aislado y sangriento. El alto mando estadounidense en Washington, con el apoyo de Eisenhower en Londres, mantuvo su empeño en llevar a cabo una invasión del sur de Francia a finales del verano para reforzar los desembarcos de Normandía. La propuesta de lanzar un desembarco anfibia en el norte del Adriático para emprender un ataque a través de los Balcanes hacia Austria y el sur de

Alemania fue recibida con escepticismo, si no con desprecio. El general Charles de Gaulle también insistió en que las fuerzas francesas que había en Italia participaran en la liberación de Francia; ningún soldado francés, advirtió De Gaulle, lucharía más allá de Siena.

El 5 de julio, el AFHQ ordenó que se le diera una «prioridad general»<sup>14</sup> en el Mediterráneo a reunir diez divisiones para la invasión cerca de Marsella, invasión cuyo nombre en código era ANVIL (yunque). Así como había rendido siete divisiones después de la caída de Sicilia, ahora Alexander capituló siete más, incluyendo la VI Corps de Truscott y la FEC de Juin, al igual que un considerable apoyo aéreo y muchas unidades logísticas. A mediados de agosto, el quinto ejército se reduciría en más de la mitad,<sup>15</sup> a 171.000 hombres. Eso incluso cuando el total de las fuerzas estadounidenses en el Mediterráneo llegaba a un máximo de 880.000 hombres.<sup>16</sup> Alexander consideró la reducción de sus fuerzas «desastrosa»,<sup>17</sup> y culpó a Eisenhower de «frenar el triunfante avance del ejército en Italia en un momento clave».<sup>18</sup> Clark, repentinamente en armonía con el general Alexander, consideró el movimiento «uno de los más destacados errores políticos de la guerra».<sup>19</sup>

Su disgusto era comprensible, si bien es cierto que el criterio estratégico de Alexander y Clark continúa bajo sospecha.<sup>20</sup> Hitler había decidido reconstruir el grupo del ejército de Kesselring con ocho divisiones adicionales y continuar luchando por Italia, y por otro lado la construcción de batallones convirtió la Línea Gótica en una barrera tan formidable como lo había sido la Línea Gustav. Aunque la inteligencia aliada reveló que cuatro divisiones alemanas se habían retirado de Roma como «simples cascarones» y otras siete estaban «drásticamente mermadas», el acoso de los aliados, incluso antes de la pérdida de gran parte de la hueste de Alexander, no fue «ni sólido ni rápido»,<sup>21</sup> como concluyó una valoración del ejército de Estados Unidos. La noche continuó proporcionando a los alemanes que se retiraban «un refugio privilegiado», pues las flotas aéreas aliadas contaban sólo con una docena de aviones capaces de llevar a cabo ataques nocturnos. «El manto de oscuridad salvó a los ejércitos alemanes de la destrucción», concluiría luego un estudio de las fuerzas aéreas.<sup>22</sup>

La excitación que produjo en el quinto ejército la captura de Roma dio paso a una desmoralización palpable una vez la capital cayó.<sup>23</sup> Médicos de la 1.<sup>a</sup> fuerza de servicios especiales informaron de que los hombres de la unidad estaban «apáticos, peligrosamente cerca del agotamiento, e infestados de piojos»,<sup>24</sup> un diagnóstico válido también para muchas otras unidades. El 4 de julio, la 1.<sup>a</sup> división armada

comunicó que apenas la mitad de sus tanques estaban en condiciones de entrar en combate y que en seis semanas la división había perdido treinta y ocho comandantes de la compañía.

Si el año anterior había estado entre los más catastróficos de la historia de Italia, con la invasión, la ocupación, la lucha civil y la guerra total, el año en curso difícilmente sería menos amargo.<sup>25</sup> Las emboscadas de partisanos y los asesinatos aumentaron, y en la misma medida lo hicieron las represalias brutales: bajo las órdenes de Kesselring, se exigía la muerte de diez italianos por cada alemán que muriera.<sup>26</sup> A comienzos de otoño, había aproximadamente ochenta y cinco mil partisanos armados deambulando por las montañas, y otros sesenta mil se encontraban en los pueblos italianos.<sup>27</sup> Las atrocidades se volvieron un lugar común.

A finales de agosto Alexander desplazaría al VIII Ejército hacia el Adriático en un intento de desquiciar las defensas de Kesselring. Pero las lluvias de otoño y las fuertes bajas detuvieron el avance aliado hacia el río Po, e incluso Churchill se dio cuenta de que «el teatro italiano dejaría de producir resultados decisivos», en palabras de W. G. F. Jackson.<sup>28</sup> Cuando los días comenzaron a hacerse más cortos, un oficial estadounidense escribió: «Preferiría estar muerto a tener que permanecer otro invierno en Italia».<sup>29</sup>

Por desgracia, pasaría otro invierno crudo, otro lamentable punto muerto en el que la campaña «se hundió al nivel de una vasta operación de retención», como la describió la historia oficial del ejército de Estados Unidos.<sup>30</sup> El ejército de Alexander se volvió cada vez más políglota, pues estaba compuesto por tropas de veintinueve naciones que hablaban una docena de idiomas, incluyendo brasileños, belgas, chipriotas y judíos palestinos, así como dos fuerzas estadounidenses, una de blancos y otra de negros.<sup>31</sup> Los alemanes se debilitaron tanto que llegado el momento tuvieron que recurrir a bueyes para que tiraran de los camiones y, por ejemplo, cualquier soldado de patrulla que regresara con una lata de combustible recibía mil cigarrillos.<sup>32</sup> Aun así, no sería hasta abril de 1945 que la Línea Gótica caería, conduciendo así a la capitulación veinte meses después de que los soldados aliados hubieran tocado tierra en Reggio di Calabria.

Pocos de los que habían estado allí al comienzo lo estarían para ver el final. «Muchos hombres nunca sabrán si ganamos o perdimos», había escrito el teniente Will Stevens a su madre.<sup>33</sup> «Pero si algo ocurre, intentaré ser lo suficientemente bueno para poder encontrarme contigo en alguna otra parte y, tal vez, comer juntos un poco de tarta allí arriba, donde las cosas no están racionadas.» Stevens murió el

25 de junio de 1944. Muertes como la suya atormentaron por siempre a quienes sobrevivieron a la guerra. «Debo perseguir las sombras hasta cierto terreno común», escribió el piloto John Muirhead, «pues estoy atado de una forma extraña a todo lo que les ocurrió.»

La campaña de seiscientos ocho días para liberar Italia costaría 312.000 bajas entre los Aliados, el equivalente al 40 por 100 de las pérdidas aliadas en la decisiva campaña en el noroeste de Europa que comenzó en Normandía.<sup>34</sup> De los tres cuartos de millón de tropas estadounidenses que sirvieron en Italia, el total de bajas en combate llegaría a ser de 120.000, incluyendo 23.501 muertos.<sup>35</sup>

Las bajas alemanas en Italia siguen siendo inciertas, al igual que las del Norte de África. Alexander calcula las bajas en 536.000, mientras que la historia oficial del ejército de Estados Unidos habla de 435.000, incluyendo 48.000 enemigos muertos y 214.000 desaparecidos, de muchos de los cuales nunca se rindieron cuentas.<sup>36</sup> Sólo el quinto ejército informó acerca de 212.000 prisioneros capturados en la campaña.<sup>37</sup> Un análisis de la OSS de los obituarios en setenta diarios alemanes encontró un incremento permanente en el número de muertos de diecisiete y dieciocho años durante la guerra; es más, a finales del verano de 1944 se decía que apenas uno de cada diez alemanes muertos en acción tenía más de treinta y ocho años.

A medida que la guerra se desplazó al norte, los refugiados italianos regresaron a casa y encontraron sus pueblos destruidos y sus campos sembrados de minas. Las lagunas Pontinas volvieron a ser una zona de malaria, y casi tres de cada cuatro hectáreas alrededor de Anzio dejaron de ser cultivables.<sup>38</sup> En los dieciséis kilómetros entre Ortona y Orsogna había cerca de medio millón de minas;<sup>39</sup> y quienes regresaban a casa llevaban consigo la hepatitis, la meningitis y el tifus. El antiguo San Pietro era un pueblo fantasma, y continuó siéndolo, con plintos por todas partes, las vigas de los tejados hechas añicos y escombros laberínticos. Sólo cerca de cuarenta habitantes de San Pietro regresaron al viejo pueblo; los demás supervivientes se mudaron a otros sitios o se establecieron en un nuevo pueblo que sería construido en la parte de abajo de la cuesta, más cerca de la autopista 6. Muchos de los que sobrevivieron a la guerra murieron violentamente por culpa de las minas o mientras intentaban desarmar proyectiles que todavía tenían carga explosiva para vender el cobre y el latón como chatarra.<sup>40</sup>

Los refugiados de Sant'Angelo regresaron por primera vez en junio de 1944 para cosechar el trigo a lo largo del río Rápido. Allí las minas también causaron estragos, y continuaron haciéndolo durante años: entre las víctimas mortales se

encontraban Pietro Fagnoli, de seis años, y Pietro Bove, de doce, ambos nacidos después de la guerra, y ambos muertos el 27 de febrero de 1959.<sup>41</sup>

La malaria hizo que Cassino se mantuviera deshabitada durante dos años. Con el tiempo, la calle Serpentina fue reconstruida, al igual que la deslumbrante capilla blanca de la colina y la ciudad en sí, que tras unas décadas se convirtió en un lugar próspero y atractivo, con una gran fábrica de Fiat cerca y una *autostrada* nueva que llevaba a los viajeros de Nápoles a Roma en dos horas.

Algunas heridas fueron difíciles de curar. «Los hombres que la guerra no mata se vuelven completamente transparentes», observó un coronel después de una noche de fuertes bombardeos.<sup>42</sup> Un hombre de la 36.<sup>a</sup> división escribió después: «Estuve asustado durante veintitrés meses. Vi las mejores tropas del mundo reducirse y ser sustituidas tres o cuatro veces».<sup>43</sup> Simplemente sobrevivir exigía un precio. Como J. Glenn Gray decía en su diario, «mi consciencia parece llenarse de hollín poco a poco».<sup>44</sup> O como dijo un viejo paracaidista del 504.<sup>o</sup> regimiento de infantería de paracaidistas casi seis años después del fin de la guerra, «odio el olor de las cosas muertas. ... Me recuerda Salerno».<sup>45</sup>

¿Valió la pena el esfuerzo? Alexander pensaba que sí. «Cualquier cálculo del valor de la campaña debe expresarse no en términos del terreno ganado», escribiría luego, «sino en términos de su efecto en la guerra como un todo.» Según sus cuentas, cuando Roma cayó, seis de las nueve «excelentes divisiones móviles» de Kesselring «fueron severamente afectadas», y cincuenta y cinco divisiones alemanas «fueron obligadas a permanecer en el Mediterráneo por la amenaza [aliada], real o potencial».<sup>46</sup> Como había ordenado el Estado Mayor Conjunto, Italia había sido sacada de la coalición del Eje y cientos de miles de las tropas de Hitler habían sido «arrastrados al vórtice de la derrota», según las apesadumbradas palabras de un destacado general alemán en Berlín.<sup>47</sup> Churchill escribiría luego: «La principal tarea de nuestros ejércitos había sido hacer retirar al mayor número de alemanes posible y contenerlo. Y esa tarea había sido cumplida de forma admirable».<sup>48</sup>

Sin embargo, la estrategia aliada en Italia parecía diseñada no para la victoria sino para la resistencia. «Hay pocas dudas sobre si Alexander cumplió su misión estratégica», observó luego el general Jackson, «[pero] no puede decirse lo mismo acerca de qué tan acertada era la misión».<sup>49</sup> Dos historiadores militares británicos expresarían el mismo escepticismo. John Keegan veía la campaña como una «división estratégica en el flanco marítimo de un enemigo continental», mientras que Michael Howard consideraba que la estrategia en el Mediterráneo reflejaba el

deseo de Churchill de desviar el poder bélico estadounidense del Pacífico. Los británicos, concluía Howard, «nunca supieron realmente hacia dónde iban en el Mediterráneo».50

Otros serían incluso más severos. El Mediterráneo era un «callejón sin salida»,51 escribió el historiador Corelli Barnett, «simples acciones secundarias en la conclusión de una guerra que había sido ganada en importantes batallas en los frentes oriental y occidental». (Había veintidós divisiones alemanas en Italia el 6 de junio de 1944; en comparación, ciento cincuenta y siete lucharon en el oriente ese mismo día y casi sesenta más en el occidente.) En 1948, otra eminencia británica, J. F. C. Fuller, se referiría a la de Italia como «la campaña más absurda en cuanto a la táctica y la más insensata en cuanto a la estrategia de toda la guerra». B. H. Liddell Hart concluyó que el esfuerzo italiano «redujo fuertemente» los recursos bélicos de los Aliados, «una reducción del esfuerzo total que superaba el gasto que habían sufrido los alemanes al resistir en Italia». Y el historiador estadounidense David M. Kennedy se mostró crítico al hablar de «una exhibición secundaria innecesariamente costosa», una «abrasiva guerra de atracción cuyos costos no los justificaba ningún propósito militar o político defendible».52

Incluso Kesselring, que pese a haber perdido la batalla y la guerra era un hombre descarado, diría en septiembre de 1945 que los comandantes anglo-estadounidenses «parecían atados a sus planes establecidos. Dejaron pasar por alto las oportunidades para golpear mis flancos o no les prestaron atención».53 Sin embargo, «divisiones alemanas de las más altas cualidades en combate ... fueron obligadas a permanecer en Italia en un momento en el que se las necesitaba con urgencia en las zonas costeras de Francia»,54 añadiría luego Kesselring, los Aliados «fallaron completamente a la hora de aprovechar sus oportunidades».55

Todo eso es cierto, pero quizá no es toda la verdad. Si «avanzar es conquistar», según la máxima de Federico el Grande, entonces los Aliados continuaron conquistando el Mediterráneo, aunque a paso lento. Cuando cayó Roma, sólo once submarinos alemanes seguían operando en todo el Mediterráneo, y ningún mercante aliado sería hundido durante el resto de la guerra. Controlar el Mediterráneo resultó vital para liberar Europa y garantizar otra ruta para hacer llegar el material del programa Lend-Lease a Rusia vía Persia. La ofensiva bombardera continuó a buen ritmo desde los campos italianos cada vez más cercanos al Reich; una campaña ininterrumpida contra las instalaciones de producción de petróleo alemanas que resultaría decisiva incluyó seis mil salidas de la 15.ª fuerza aérea en el verano de 1944, salidas que tenían como objetivo refinerías vitales alrededor de Ploesti, en Rumanía. Como escribió el historiador Douglas Porch, «No debemos pasar por alto

la importancia del Mediterráneo a la hora de romper el poder ofensivo del armamento alemán y forzar al Reich a mantenerse a la defensiva, después de lo cual cualquier esperanza de victoria se les escapó».<sup>56</sup>

Además, todas las críticas a la estrategia italiana chocan de frente con una respuesta incómoda: ¿Si no en Italia, dónde? «Los acontecimientos generan su propio impulso, imponen su propia fuerza y ejercen su propia influencia en la voluntad humana», escribió Martin Blumenson, que dedicó su vida profesional a reflexionar acerca de la campaña del Mediterráneo. «Fuimos a Sicilia e Italia porque estábamos en el Norte de África.»<sup>57</sup> Ninguna flota oceánica estaba disponible para desplazar a medio millón de hombres del litoral africano a Inglaterra o a ningún otro sitio; los puertos, ferrocarriles y otras instalaciones británicas, todavía abrumadas por las hordas estadounidenses que se preparaban para la Operación Overlod, no habrían podido hacerse cargo de una fuerza semejante. Moscú no habría tolerado que los ejércitos aliados haraganearan durante diez meses entre la conquista de Italia y la invasión de Normandía, un respiro de diez meses que los alemanes necesitaban como nunca. «La campaña de Italia», escribió el historiador Samuel Eliot Morison, «se libró porque tenía que librarse.»<sup>58</sup>

La tautología histórica puede ser sospechosa, y el oportunismo carece del aire de la gran estrategia. De comienzo a fin, la forma en que los aliados llevaron a cabo la guerra en el Mediterráneo tendió a la improvisación. La decisión de continuar hacia el norte después de la captura de roma sigue siendo especialmente difícil de justificar. Con todo, el comandante en jefe estadounidense se sentía más comfortable con una campaña que en Italia, más que en cualquier otro escenario, rememoraba la devastadora falta de refinamiento de la primera guerra mundial. «Nuestra guerra de desgaste está cumpliendo con su trabajo», había dicho Franklin Roosevelt una semana después de la invasión de Sicilia, y nunca renegó de esa estrategia.<sup>59</sup>

Por supuesto, las lecciones que se aprendieron en Sicilia y el sur de Italia tuvieron sus dividendos más adelante en la guerra, especialmente la experiencia que se obtuvo en operaciones anfibia complejas y en la lucha como una coalición multinacional enorme. Kesselring fue mucho más allá al señalar que sin la experiencia obtenida en el Mediterráneo, la invasión de Francia «sin duda alguna habría fracasado». Muchas otras lecciones fueron más prosaicas pero su valor fue inestimable, como la que consistía en darse cuenta de que los camiones encargados de llevar la munición al frente no eran menos vitales que las armas que la disparaban.<sup>60</sup>



El ejército de Estados Unidos, que sería responsable de la carga más pesada en Europa occidental para el equilibrio de la guerra, también contaba con la inestimable convicción de que los soldados americanos podrían enfrentarse a las mejores tropas alemanas, división por división, y salir victoriosos.<sup>61</sup> Un soldado japonés-estadounidense del 100.º batallón escribió desde Italia: «Pertenezco al grandioso ejército estadounidense y siento que formo parte integral de las fuerzas que están luchando por el tipo de América que siempre soñamos en casa».<sup>62</sup>

El día que Roma cayó, el grandioso ejército estadounidense contaba con ocho millones de soldados, cinco veces más de los que había desde lo ocurrido en Pearl Harbor. Incluía mil doscientos generales y cerca de quinientos mil tenientes. La mitad del ejército todavía tenía que desplegarse en ultramar, pero los militares estadounidenses ya habían demostrado que podían disputar una guerra en múltiples escenarios distantes al mismo tiempo, algo que había «parecido insólito en 1942», como escribió luego el historiador Eric Larrabee.<sup>63</sup>

De esos ocho millones de soldados estadounidenses que había en 1944, cerca de uno de cada diez se encontraba en el Mediterráneo. Muchos de los que todavía estaban en Italia, es de suponer, respaldaban una cancioncilla que circulaba entre las filas:<sup>64</sup>

Estoy contento de haber venido  
y terriblemente ansioso por marcharme,  
dejémosle esto a los nativos,  
estoy listo para largarme.<sup>65</sup>

Algunos, efectivamente, se marcharían. Kesselring continuó al mando de las fuerzas alemanas en Italia hasta octubre de 1944, cuando fue herido de gravedad en una colisión entre su coche y un tanque. Estuvo hospitalizado durante varios meses, y finalmente asumiría el mando del vacilante frente occidental en un momento en el que la catástrofe de la derrota amenazaba cada vez desde más cerca al Reich.<sup>66</sup>

Algunos se fueron a otros frentes. Charles Ryder dejó la 34.ª división, que había dirigido incluso desde antes de la invasión Torch, y terminaría la guerra como corps commandant en las Filipinas, preparándose para invadir Japón.<sup>67</sup> Fred Walker, que recibió la Cruz al mérito militar por su heroicidad con la 36.ª división en el monte Artemisio, fue enviado pronto a casa tras la captura de Roma para que asumiera el mando de la escuela de infantería del ejército en Georgia. «No quiero dejar la división», escribió, «pero no lamentaré dejar este escenario y este ejército.»

Otros estaban condenados a permanecer en Italia. El general von Senger luchó hasta el final antes de caer capturado, esforzándose en conservar su humanidad en medio de la despiadada carnicería. «Nunca puedes superarlo del todo», reflexionó tiempo después de la guerra.<sup>69</sup> Mussolini, el dictador marioneta, vivía cerca del lago Garda, donde leía a Tolstoi, jugaba al tenis —sus contrincantes le seguían dejando ganar— y daba paseos en su bicicleta, seguido de cerca por un camión lleno de soldados alemanes. En la primavera de 1945, después de trasladar a Milán su gobierno, ya carente de representatividad, Mussolini sería capturado por partisanos mientras intentaba escapar a Suiza disfrazado con una gorra y un abrigo alemanes; fue ejecutado junto a su amante, Clara Petacci, el 28 de abril de 1945. El cuerpo del Duce, que había sido seriamente vejado y colgado de cabeza en una gasolinera, sería robado por neofascistas en 1946. La policía lo recuperó tres meses más tarde y el cadáver estuvo escondido en un convento durante once años antes de ser enterrado finalmente en la cripta de la familia Mussolini, donde sus seguidores continúan dejando sus nombres en el libro de visitas.<sup>70</sup>

Alexander recibió un bastón de mariscal de campo por la captura de Roma, y pocos meses después sucedió a Wilson como comandante supremo en el Mediterráneo, responsable de Italia, Grecia y los Balcanes.<sup>71</sup> «Las limitaciones de su capacidad comenzaron a aparecer cuando las fuerzas bajo su mando se volvieron tan enormes que controlarlas requería semanas y meses de planificación y no horas o días», observó John Harding, su perspicaz jefe del Estado Mayor. Elevado a la nobleza como vizconde después de la guerra, Alexander ocuparía durante años el cargo de gobernador general de Canadá.<sup>72</sup>

Geoffrey Keyes continuó al mando del II Corps, recibió su tercera estrella en abril de 1945 y finalmente, en la posguerra, sirvió como comisionado de los Aliados en Austria.<sup>73</sup> La vida de Bill Darby continuó siendo una mezcla fascinante de fortuna y desventura: después de un período como oficial del Estado Mayor en el Departamento de la Guerra, regresó a Italia como comandante adjunto de la 10.<sup>a</sup> división de montaña, y moriría cerca del lago Garda bajo el fuego de la artillería alemana el 30 de abril de 1945. Darby fue una de las últimas bajas de la larga campaña, y fue promovido a brigadier general a modo póstumo. Tenía treinta y cuatro años.<sup>74</sup>

En un intercambio de correspondencia con Sarah después de la caída de Roma, Lucian Truscott se mostraba sorprendido al descubrir que ella no era consciente de que él había estado al mando de la cabeza de playa en Anzio. «Intenté decírtelo de todos los modos que pude», escribió el 15 de junio. «¿Qué pensabas que estaba haciendo?» Se lamentaba de haberse tenido que «desprender de la suave caricia de

una mujer y de su hogar», y añadía: «Estoy un poco nervioso. Creo que nos quedan por delante muchas batallas difíciles».<sup>75</sup> Estaba en lo correcto. Truscott conduciría su VI Corps a través del sur de Francia hasta la cordillera de los Vosgos antes de suceder a Clark como comandante del quinto ejército en diciembre de 1944. En la Alemania de posguerra serviría como gobernador de Baviera.

Clark también tenía los nervios de punta. En cartas a Renie se quejaba de que ella no le hubiera enviado un telegrama de felicitaciones después de la captura de Roma, y le confesaba que le «hacía mucha falta un descanso. Nunca lo había necesitado tanto». Una infección intestinal le había hecho perder mucho peso y había quedado prácticamente en los huesos, a pesar de llevar un régimen fortificante de sulfamidas. Para colmo de males, el 10 de junio casi muere cuando su avioneta, una Piper Grasshopper, chocó a trescientos metros de altura con el cable de un globo antiaéreo. «Se enredó en el ala y no podíamos soltarnos», escribió Clark. «Finalmente, después de dar tres giros y haber perdido altitud, el cable se desenganchó, aunque arrancó el ala y abrió el tanque de combustible. ... Milagrosamente caímos en un campo de maíz. ... Nunca había tenido una experiencia tan terrible.» El 4 de julio le escribió a Renie: «Me preguntas “¿Y después de Italia, qué? ”. Quizá tú me lo puedas decir».<sup>76</sup>

Italia seguiría con él el resto de la guerra y después. Sucedió a Alexander como comandante del grupo del ejército y recibió su cuarta estrella en marzo de 1945 a la edad de treinta y ocho años, convirtiéndose de lejos en el más joven de los trece oficiales estadounidenses que obtuvieron ese rango durante la segunda guerra mundial. Después de la guerra, Clark sustituiría a Keyes como alto comisionado en Austria antes de dirigir las fuerzas de las Naciones Unidas en Corea y finalmente desempeñar el cargo de presidente de la escuela militar The Citadel en Charleston, Carolina del Sur.

El desastre del río Rápido continuó atormentándolo, especialmente cuando investigadores del Congreso se hicieron cargo de la causa de unos veteranos de Texas descontentos. En marzo de 1946 escribió a Renie desde Viena: «Es el ataque más cruel e injusto que se ha hecho contra un oficial que ha trabajado de forma tan desesperada, bajo semejantes condiciones tan adversas, para hacer lo que consideré, y sigo considerando, una buena hazaña». Clark, que lamentaba el silencio de Eisenhower sobre el tema y sospechaba que su antiguo comandante de la 36.<sup>a</sup> división había provocado a los texanos, añadió: «Creo que Walker es “el enemigo en casa”».<sup>77</sup> Para ayudar a conmemorar esa «buena hazaña», encargó una vasta historia del quinto ejército, cuyo resultado fueron nueve volúmenes.<sup>78</sup>

Continuaría estando entre los comandantes de la guerra más polémicos, un hombre cuya simple mención, más de medio siglo después, hacía fruncir los ceños. Si sus admiradores lo consideraban «clarividente y enérgico»,<sup>79</sup> en palabras del general Juin, Mauldin hablaba por muchos en los rangos más bajos al señalar que Clark «tenía sus limitaciones. Pero creo que muchas de las críticas que se le han hecho tuvieron lugar debido a que él estaba asociado con una mala época».<sup>80</sup>

Aquellos que lucharon y sufrieron en Italia —esa «tripa dura y vieja»,<sup>81</sup> como la llamó Ernie Pyle— tuvieron que buscar redención de esos malos tiempos como pudieron. «Pocos de nosotros podemos evocar verdaderos recuerdos gratos de la campaña italiana», escribió Pyle en *Brave Men* a finales de 1944. «El enemigo había sido duro, al igual que los elementos. ... Intentar racionalizar por qué las cosas habían ocurrido del modo en que lo hicieron ofrecía poco consuelo para los que sufrieron, y ninguno en absoluto para los que murieron.»

Pyle continuaba:

Yo lo veía de este modo, si teniendo sólo un pequeño ejército en Italia hubiéramos podido reunir unas fuerzas más poderosas en Inglaterra, y si sacrificando unas cuantas vidas ese invierno hubiéramos salvado medio millón de vidas en Europa, si esas cosas fueran ciertas, entonces era bueno que todo se diera como se dio. Yo no estaba seguro de que fueran ciertas. Sólo sabía que tenía que verlo de ese modo, o por el contrario no podría soportar pensar en todo aquello.

Se requería fe e imaginación para sacar adelante la campaña italiana, para ver, como lo vio el poeta Richard Wilbur, un veterano de Cassino y Anzio, «la tierra soñada / hacia la que se lanzan todos los hambrientos, donde se dan todos los placeres».<sup>82</sup> Incluso Pyle, que sabía más que nadie que «la guerra no es romántica para la gente que está en ella», sintió lo sublime en ciertos momentos «de abrumadora belleza, el surgir de un mundo en movimiento, el carácter implacable de nuestro destino».<sup>83</sup>

George Biddle había descubierto que en la «miseria, destrucción, frustración y muerte», ciertas cualidades parecían «darle a la guerra su justificación, significado, romanticismo y belleza».<sup>84</sup> Las cualidades del valor, el sacrificio, la disciplina, el sentido del deber». Incluso el escéptico e inflexible Mauldin concedería: «Dejé de mirar la guerra como un espectáculo que me ayudaba en mi carrera. Sentí la seriedad de nuestro propósito, y lo sentí en mis huesos».<sup>85</sup> Un médico que había desembarcado en Salerno escribió luego a su esposa: «Esto es algo que nace dentro

de lo más profundo de nosotros, cuando nos damos cuenta de *por qué* estamos aquí, cuando hemos comprendido lo importante que fue dejaros a ti y a todos nuestros seres queridos».86

En algún lugar al norte de Roma, Glenn Gray escribió en su diario: «Vi salir una luna llena en medio de un cielo nublado. ... Sentí de nuevo la dolorosa belleza de esta tierra incomparable. Recordé todo lo que yo había sido y era. Fue doloroso y glorioso».87

Transcurrió un día más, y otra noche. Las estrellas siguieron su curso.88 Los poetas y los soñadores recogieron sus tiendas y se pusieron sus rifles al hombro para comenzar ese largo, último marzo.

## Bibliografía

### LIBROS

- A Pictorial History of the 36th Texas Infantry Division*, 36th Division Association, Austin, 1946.
- Adleman, Robert H. y George Walton, *Rome Fell Today*, Bantam, Nueva York, 1970.
- , *The Devil's Brigade*, Chilton Books, Filadelfia, 1966.
- Adler, Bill, ed., *World War II Letters*, St. Martin's, Nueva York, 2002.
- Agarossi, Elena, *A Nation Collapses: The Italian Surrender of September 1943*, Cambridge University Press, Nueva York, 2000.
- Aircraft of the World*, International Masters Publishers AB, 1997.
- Allanbrook, Douglas, *See Naples*, Houghton Mifflin, Boston, 1995.
- Allen, William L., *Anzio: Edge of Disaster*, Elsevier-Dutton, Nueva York, 1978.
- Altieri, James J., *Darby's Rangers: An Illustrated Portrayal of the Original Rangers*, Ranger Book Committee, 1977.
- , *The Spearheaders*, Bobbs-Merrill, Indianápolis, 1960.
- Ambrose, Stephen E., *Eisenhower: Soldier, General of the Army, PresidentElect, 1890-1952*, vol. 1, Simon & Schuster, Nueva York, 1983.
- , *The Wild Blue*, Simon & Schuster, Nueva York, 2001.
- Anders, W., *An Army in Exile*, Battery Press, Nashville, 1981.
- Ankrum, Homer R., *Dogfaces Who Smiled Through Tears*, Graphic Publishing, Lake Mills (Iowa), 1987.
- Anzio Beachhead*, Department of the Army, Washington, D. C., 1947.
- Archald, Theresa, *G. I. Nightingale*, W. W. Norton, Nueva York, 1945.
- Ardery, Philip, *Bomber Pilot*, University Press of Kentucky, Lexington, 1978.
- Arie, Katriel Ben, *Die Schlacht bei Monte Cassino, 1944*, Verlag Rombach, Friburgo, 1985.
- Aris, George, *The Fifth British Division, 1939 to 1945*, Fifth Division Benevolent Fund, Londres, 1959.
- Arnbal, Anders Kjar, *The Barrel-Land Dance Hall Rangers*, Vantage Press, Nueva York, 1993.

- Arnold, H. H., *Global Mission*, Tab Books, Blue Ridge Summit, 1989.
- Ashcraft, Howard D., *As You Were*, McClain Printing, Parsons, 1990.
- Astor, Gerald, *Terrible Terry Allen*, Presidio, Nueva York, 2003.
- Atkinson, Rick, *An Army at Dawn*, Henry Holt, Nueva York, 2002. [Hay traducción castellana: *Un ejército al amanecer: la guerra en el norte de África, 1942-1943*, Crítica, Barcelona, 2004.]
- Ausland, John E., *The Last Kilometer*, Land Productions, Oslo, 1994.
- Ayer, Fred, Jr., *Before the Colors Fade*, Norman S. Berg, Dunwoody (Georgia), 1971.
- Badoglio, Pietro, *Italy in the Second World War*, traducción de Muriel Currey, Greenwood, Westport, 1976.
- Baedeker, Karl, *Central Italy and Rome*, Karl Baedeker, Leipzig, 1909.
- , *Southern Italy and Sicily*, Karl Baedeker, Leipzig, 1903.
- Bailey, Leslie W., *Through Hell and High Water*, Vantage, Nueva York, 1994.
- Baldwin, Hanson, *Battles Lost and Won*, Harper & Row, Nueva York, 1966.
- Ball, Edmund F., *Staff Officer with the Fifth Army*, Exposition Press, Nueva York, 1958.
- Barclay, C. N., *History of the 16th/5th The Queen's Royal Lancers, 1926 to 1961*, Gale & Polden, Aldershot, 1963.
- Baretta, Rosella, *Tabacco, tabaccari, e tabacchine nel Salento*, Schena, Brindisi, 1994.
- Barger, Bruce L., *The Texas 36th Division*, Eakin Press, Austin (Texas), 2002.
- Barnett, Corelli, ed., *Hitler's Generals*, Grove Weidenfeld, Nueva York, 1989.
- Bartlett, Merrill L., ed., *Assault from the Sea*, Naval Institute Press, Anápolis (Maryland), 1983.
- Bates, Charles C. y John F. Fuller, *America's Weather Warriors*, Texas A&M University Press, College Station, 1986.
- Baumer, Robert W., *Before Taps Sounded*, s. l., 2000.
- Baumgartner, John W., et al., *The 16th Infantry, 1798-1946*, 1946.
- Baxter, James Phinney, III, *Scientists Against Time*, Atlantic Monthly Press, Boston, 1946.
- Beale, Nick, *Air War Italy, 1944-1945*, Airlife, Shrewsbury, 1996.
- Beck, Alfred M., et al., *The Corps of Engineers: The War Against Germany*, Center of Military History, Washington, D. C., 1985.
- Beckett, Frank, «Prepare to Move»: *With the 6th Armoured Division in Africa and Italy*, s. e., Grimsby, 1994.

- Beebe, Gilbert W. y Michael E. DeBakey, *Battle Casualties: Incidence, Mortality, and Logistic Consideration*, Charles C. Thomas, Springfield (Illinois), 1952.
- Beesly, Patrick, *Very Special Intelligence*, Ballantine, Nueva York, 1977.
- Behrens, C. B. A., *Merchant Shipping and the Demands of War*, Her Majesty's Stationery Office, Londres, 1955.
- Belden, Jack, *Still Time to Die*, Harper & Brothers Publishers, Nueva York, 1943.
- Belvin, Betty McLain, *Ray McLain and the National Guard*, Sunflower University Press, Manhattan (Kansas), 1994.
- Bennett, Donald V., *Honor Untarnished*, Forge, Nueva York, 2003.
- Bennett, Ralph, *Ultra and Mediterranean Strategy*, William Morrow, Nueva York, 1989.
- Berens, Robert J., *Citizen Soldier*, Sigler, Ames (Iowa), 1992.
- Bergh, George S. y Reuben F. Erickson, eds., *A History of the Twenty-sixth General Hospital*, Bureau of Engraving, Mineápolis, 1946.
- Berlin, Robert H., *U.S. Army World War II Corps Commanders*, Combat Studies Institute, Fort Leavenworth (Kansas), 1989.
- Bernstein, Walter, *Keep Your Head Down*, Viking, Nueva York, 1945.
- Bertarelli, L. V., *Southern Italy*, Touring Club Italiano, Milán, 1925.
- Biddle, George, *Artist at War*, Viking, Nueva York, 1944.
- , *George Biddle's War Drawings*, Hyperion, Nueva York, 1944.
- Biddle, Tami Davis, *Rhetoric and Reality in Air Warfare*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 2002.
- Biggs, Bradley, *Gavin*, Archon Books, Hamden (Connecticut), 1980.
- Bimberg, Edward L., *The Moroccan Goums*, Greenwood Press, Westport (Connecticut), 1999.
- Binder, L. James, *Lemnitzer: A Soldier for His Time*, Brassey's, Washington, D. C., 1997.
- Bishop, Leo V. et al., eds., *The Fighting Forty-fifth*, Army and Navy Publishing, Baton Rouge (Luisiana), 1946.
- Black, Robert W., *Rangers in World War II*, Ballantine, Nueva York, 1992.
- Blair, Clay, *Ridgway's Paratroopers*, Dial Press, Garden City (Nueva York), 1985.
- Blaker, Gordon A., *Iron Knights: The United States 66th Armored Regiment, 1918-1945*, Burd Street Press, Shippensburg (Pensilvania), 1999.
- Blaxland, Gregory, *Alexander's Generals*, William Kimber, Londres, 1979.
- Blouet, Brian, *The Story of Malta*, Progress Press, Malta, 1993.
- Blum, John Morton, *V Was for Victory*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1976.



- Blumenson, Martin, *Anzio: The Gamble That Failed*, J. B. Lippincott, Filadelfia, 1963.
- , *The Battle of the Generals*, Morrow, Nueva York, 1993.
- , *Bloody River*, Houghton Mifflin, Boston, 1970.
- , *Mark Clark*, Congdon & Weed, Nueva York, 1984.
- , *Patton: The Man Behind the Legend, 1885-1945*, William Morrow, Nueva York, 1985.
- , *The Patton Papers, 1940-1945*, Da Capo, Nueva York, 1996.
- , *Salerno to Cassino United States Army in World War II*, United States Army, Washington, D. C., 1969.
- , *Sicily: Whose Victory?*, Ballantine, Nueva York, 1968.
- Blythe, Ronald, ed., *Private Words*, Viking, Nueva York, 1991.
- Boatner, Mark M., III, *Biographical Dictionary of World War II*, Presidio, Novato (California), 1990.
- Böhmler, Rudolf, *Monte Cassino*, traducción de R. H. Stevens, Cassell, Londres, 1964.
- Bolstad, Owen C., *Dear Folks: A Dog-Faced Infantryman in World War II*, s. e., 1993.
- Bond, Harold L., *Return to Cassino*, J. M. Dent, Londres, 1964.
- Booth, T. Michael y Duncan Spencer, *Paratrooper: The Life of Gen. James M. Gavin*, Simon & Schuster, Nueva York, 1994.
- Bosworth, R. J. B., *Mussolini's Italy*, Penguin, Nueva York, 2006.
- Botjer, George F., *Sideshow War: The Italian Campaign, 1943-1945*, Texas A&M University Press, College Station (Texas), 1996.
- Bourke-White, Margaret, *Purple Heart Valley*, Simon & Schuster, Nueva York, 1944.
- Bowlby, Alex, *Countdown to Cassino*, Sarpedon, Nueva York, 1995.
- , *The Recollections of Rifleman Bowlby*, Leo Cooper, Londres, 1969.
- Bradford, Ernle, *Siege Malta, 1940-1943*, William Morrow, Nueva York, 1986.
- Bradley, Omar N., *A Soldier's Story*, Henry Holt, Nueva York, 1951.
- , y Clay Blair, *A General's Life*, Simon & Schuster, Nueva York, 1983.
- Brashear, Alton D., *From Lee to Bari*, Whittet & Shepperson, Richmond (Virginia), 1957.
- Bredin, A. E. C., *Three Assault Landings*, Gale & Polden, Aldershot, 1946.
- Brendon, Piers, *Ike: His Life and Times*, Harper & Row, Nueva York, 1986.
- Brereton, Lewis H., *The Brereton Diaries*, William Morrow, Nueva York, 1946.
- Breuer, William B., *Agony at Anzio*, Zeus Publishers, St. Louis, 1985.

- , *Captain Cool! Paratrooper Legend*, Zeus Publishers, St. Louis, 1982.
- , *Drop Zone Sicily*, Presidio, Novato (California), 1983.
- Brinkley, David, *Washington Goes to War*, Ballantine, Nueva York, 1989.
- Brinkley, William, *The Ninety and Nine*, Doubleday, Garden City (Nueva York), 1966. [Hay traducción castellana: *Los noventa y nueve*, Bruguera, Barcelona, 1967.]
- Brode, Patrick, *Casual Slaughters and Accidental Judgments*, University of Toronto Press, Toronto, 1997.
- Brookes, Andrew, *Air War over Italy, 1943-1945*, Ian Allen, Shepperton (Surrey), 2000.
- Brooks, Stephen, ed., *Montgomery and the Eighth Army*, Bodley Head, Londres, 1991.
- Brooks, Thomas R., *The War North of Rome, June 1944-May 1945*, Sarpedon, Nueva York, 1996.
- Brophy, Leo P. y George J. B. Fisher, *The Chemical Warfare Service: Organizing for War, USAWWII*, U.S. Army, Washington, D. C., 1989.
- Brown, Anthony Cave, *Bodyguard of Lies*, Harper & Row, Nueva York, 1975.
- , *The Last Hero: Wild Bill Donovan*, Times Books, Nueva York, 1982.
- , ed., *The Secret War Report of the OSS*, Berkley, Nueva York, 1976.
- Brown, John Mason, *To All Hands*, Whittlesey House, Nueva York, 1943.
- Brown, John Sloan, *Draftee Division*, Presidio, Novato (California), 1998.
- Brown, Paul W., *The Whorehouse of the World*, Authorhouse, Bloomington (Indiana), 2004.
- Browne, Anthony Montague, *Long Sunset*, Cassell, Londres, 1995.
- Bryant, Arthur, *The Turn of the Tide*, Collins, Londres, 1957.
- , *Triumph in the West*, Doubleday, Garden City (Nueva York), 1959.
- Buckley, Christopher, *Road to Rome*, Hodder & Stoughton, Londres, 1945.
- Buechner, Emajeon Jordan, *Sparks*, Thunderbird Press, Metairie (Luisiana), 1991.
- Buell, Thomas B., *Master of Sea Power: A Biography of Fleet Admiral Ernest J. King*, Little, Brown, Boston, 1980.
- Building the Navy's Bases in World War II*, vol. 2, Government Printing Office, Washington, D. C., 1947.
- Bullock, Alan, *Hitler: A Study in Tyranny*, Harper & Row, Nueva York, 1962. [Hay traducción castellana: *Hitler*, Grijalbo, Barcelona, 1984, 2 vols.]
- Burhans, Robert D., *The First Special Service Force*, Battery Press, Nashville, 1978.
- Burleigh, Michael, *The Third Reich*, Hill and Wang, Nueva York, 2001. [Hay traducción castellana: *El tercer Reich*, Taurus, Madrid, 2002.]

Burriss, T. Moffatt, *Strike and Hold*, Brassey's, Washington, D. C., 2000.

Butcher, Harry C., *My Three Years with Eisenhower*, Simon & Schuster, Nueva York, 1946.

*By Air to Battle*, His Majesty's Stationery Office, Londres, 1945.

Bykofsky, Joseph y Harold Larson, *The Transportation Corps: Operations Overseas, USAWWII*, U.S. Army, Washington, D. C., 2003.

Calvocoressi, Peter, *Top Secret Ultra*, Pantheon, Nueva York, 1980.

Campbell, Rodney, *The Luciano Project*, McGraw-Hill, Nueva York, 1977.

Cannon, Hardy D., *Box Seat over Hell*, s. l., 1985.

Capa, Robert, *Slightly Out of Focus*, Modern Library, Nueva York, 1999.

Capelle, Russell B., *Casablanca to the Neckar: Recollections of the Grand Tour*, s. l., 1970.

Carroll-Abbing, John Patrick, *But for the Grace of God*, Secker & Warburg, Londres, 1966.

Carter, Ross S., *Those Devils in Baggy Pants*, Signet, Nueva York, 1951.

Carver, mariscal de campo lord, *The Imperial War Museum Book of the War in Italy, 1943-1945*, Sidgwick & Jackson, Londres, 2001.

Carver, Michael, *Harding of Petherton, Field-Marshal*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1978.

—, *Out of Step*, Hutchinson, Londres, 1989.

—, ed., *The War Lords: Military Commanders of the Twentieth Century*, Little, Brown, Boston, 1976.

Cederberg, Fred, *The Long Road Home*, Stoddart, Toronto, 1986.

Chalmers, W. S., *Full Cycle*, Hodder & Stoughton, Londres, 1959.

Chalou, George C., ed., *The Secrets War*, NARA, Washington, D. C., 1992.

Champagne, Daniel R., *Dogface Soldiers*, Merriam Press, Bennington (Vermont), 2003.

Chandler, Alfred D., ed., *The Papers of Dwight David Eisenhower*, vols. 2, 3, Johns Hopkins, Baltimore, 1970.

Chaney, Lisa, *Hide-and-Seek with Angels: A Life of J. M. Barrie*, St. Martin's, Nueva York, 2005.

Chatterton, George, *The Wings of Pegasus*, Battery Press, Nashville, 1982.

Cherpak, Evelyn M., ed., *The Memoirs of Admiral H. Kent Hewitt*, Naval War College Press, Newport (Rhode Island), 2004.

Churchill, Edward D., *Surgeon to Soldiers*, J. B. Lippincott, Filadelfia, 1972.

- Churchill, Winston S., *Closing the Ring*, Houghton Mifflin, Boston, 1951. [Hay traducción castellana: *Memorias: La segunda guerra mundial, 5, El anillo se cierra*, Plaza y Janés, Barcelona, 1965.]
- , *The Hinge of Fate*, Houghton Mifflin, Boston, 1950. [Hay traducción castellana: *Memorias: La segunda guerra mundial, 4, El gozne del destino*, Barcelona, 1984, 2 vols.]
- Clark, Lloyd, *Anzio: Italy and the Battle for Rome, 1944*, Atlantic Monthly Press, Nueva York, 2006.
- Clark, Mark W., *Calculated Risk*, Harper & Brothers, Nueva York, 1950.
- Clark, Maurine, *Captain's Bride, General's Lady*, McGraw-Hill, Nueva York, 1956.
- Clarke, Rupert, *With Alex at War*, Leo Cooper, Londres, 2000.
- Clay, Steven E., *Blood and Sacrifice*, Cantigny First Division Foundation, Chicago, 2001.
- Clayton, Aileen, *The Enemy Is Listening*, Hutchinson, Londres, 1980.
- Clayton, Anthony, *Three Marshals of France*, Brassey's, Londres, 1992.
- Clift, Glenn G., *A Letter from Salerno*, New York Public Library, Nueva York, 1943.
- Cline, Ray S., *Washington Command Post: The Operations Division, USAWWII*, Department of the Army, Washington, D. C., 1951.
- Coakley, Robert W. y Richard M. Leighton, *Global Logistics and Strategy, 1943-1945, USAWWII*, Center of Military History, Washington, D. C., 1989.
- Coates, John B., Jr., ed., *Orthopedic Surgery in the Mediterranean Theater of Operations, USAWWII*, Office of the Surgeon General, Washington, D. C., 1957.
- Coates, Robert M., *South of Rome*, William Sloane, Nueva York, 1965.
- Codman, Charles R., *Drive*, Atlantic Monthly Press, Boston, 1957.
- Coffey, Thomas M., *Hap*, Viking, Nueva York, 1982.
- Cole, David, *Rough Road to Rome*, William Kimber, Londres, 1983.
- Coles, Harry L. y Albert K. Weinberg, *Civil Affairs: Soldiers Become Governors, USAWWII*, Department of the Army, Washington, D. C., 1964.
- Coll, Blanche D., et al., *The Corps of Engineers: Troops and Equipment, USAWWII*, Chief of Military History, Washington, D. C., 1958.
- Collier, Richard, *Fighting Words*, St. Martin's, Nueva York, 1989.
- Collins, Lawrence D., *The 56th Evac Hospital*, University of North Texas Press, Denton (Texas), 1995.
- Colville, John, *The Fringes of Power*, W. W. Norton, Nueva York, 1985.
- Colvin, Ian, *The Unknown Courier*, William Kimber, Londres, 1953.
- Comfort, C. F., *Artist at War*, Ryerson Press, Toronto, 1956.

- Connell, Charles, *Monte Cassino*, Elek Books, Londres, 1963.
- Cooling, Benjamin Franklin, ed., *Case Studies in Close Air Support*, Office of Air Force History, Washington, D. C., 1990.
- Cooper, Duff, *Old Men Forget*, Rupert Hart-Davis, Londres, 1953.
- Cooper, Matthew, *The German Army, 1933-1945*, Scarborough House, Lanham (Maryland), 1990.
- Coopers, Belton Y., *Death Traps*, Presidio, Novato (California), 1998.
- Corti, Eugenio, *The Last Soldiers of the King*, traducción de Manuela Arundel, University of Missouri Press, Columbia (Missouri), 2003.
- Corvo, Max, *The O.S.S. in Italy, 1942-1945*, Praeger, Nueva York, 1990.
- Cowdrey, Albert E., *Fighting for Life*, Free Press, Nueva York, 1994.
- Crane, Conrad C., *Bombs, Cities, and Civilians*, University Press of Kansas, Lawrence (Kansas), 1993.
- Craven, Wesley Frank y James Lea Cate, eds., *The Army Air Forces in World War II*, vol. 2, *Europe: torch to pointblank, August 1942 to December 1943*, University of Chicago Press, Chicago, 1949.
- , *The Army Air Forces in World War II*, vol. 3, *Europe: argument to V-E Day*, University of Chicago Press, Chicago, 1951.
- Crawford, Andy, *Mules Go to War*, C. J. Krehbiel, Cincinnati, 1979.
- Cray, Ed, *General of the Army*, Touchstone, Nueva York, 1990.
- Crew, F. A. E., *The Army Medical Services*, vol. 3, Her Majesty's Stationery Office, Londres, 1959.
- Crosby, Harry H., *A Wing and a Prayer*, Robson, Londres, 1993.
- Crosswell, D. K. R., *The Chief of Staff: The Military Career of General Walter Bedell Smith*, Greenwood, Nueva York, 1991.
- Cruickshank, Charles, *Deception in World War I*, Oxford University Press, Nueva York, 1980.
- Cundiff, Paul A., *45th Infantry CP*, s. e., Tampa (Florida), 1987.
- Cunningham, vizconde de Hyndhope, *A Sailor's Odyssey*, E. P. Dutton, Nueva York, 1951.
- Currier, Donald R., *50 Mission Crush*, Burd Street Press, Shippensburg (Pensilvania), 1992.
- Curtis, Donald McB., *The Song of the Fighting First*, s. l., 1987.
- Curtiss, Mina, ed., *Letters Home*, Little, Brown, Boston, 1944.
- D'Epiro, Donato, *S. Angelo in Theodice*, s. l., 1994.
- D'Este, Carlo, *Bitter Victory*, E. P. Dutton, Nueva York, 1988.
- , *Eisenhower: A Soldier's Life*, Henry Holt, Nueva York, 2002.

- , *Fatal Decision*, HarperCollins, Nueva York, 1991.
- , *A Genius for War*, Harper, Nueva York, 1996.
- , *World War II in the Mediterranean*, Algonquin Books, Chapel Hill (Carolina del Norte), 1990.
- Danchev, Alex y Daniel Todman, eds., *War Diaries, 1939-1945, Field Marshal Lord Alanbrooke*, University of California Press, Berkeley y Los Ángeles, 2001.
- Dancocks, Daniel G., *D-Day Dodgers: The Canadians in Italy, 1943-1945*, McClelland and Stewart, Toronto, 1991.
- Daniell, David Scott, *History of the East Surrey Regiment*, Ernest Benn, Londres, 1957.
- , *The Royal Hampshire Regiment*, vol. 3, Gale & Polden, Aldershot, 1955.
- Darby, William O. y William H. Baumer, *Darby's Rangers: We Led the Way*, Presidio, San Rafael (California), 1980.
- David, Saul, *Mutiny at Salerno*, Brassey's, Londres, 1995.
- Davies, Kenneth Maitland, *To the Last Man*, Ramsey County Historical Society, St. Paul (Minnesota), 1982.
- Davis, Benjamin O., Jr., *Benjamin O. Davis, Jr.: American*, Smithsonian Institution Press, Washington, D. C., 1991.
- Davis, Kenneth S., *Dwight D. Eisenhower: Soldier of Democracy*, Konecky, Nueva York, 1945.
- , *Experience of War*, Doubleday, Garden City (Nueva York), 1965.
- , *Soldier of Democracy*, Doubleday/Doran & Co., Garden City (Nueva York), 1945.
- Davis, Melton S., *Who Defends Rome?*, Dial Press, Nueva York, 1972. [Hay traducción castellana: *¿Quién defiende Roma?*, Plaza y Janés, Barcelona, 1974.]
- Davis, Richard G., *Carl A. Spaatz and the Air War in Europe*, Center for Air Force History, Washington, D. C., 1993.
- De Guingand, Francis, *Operation Victory*, Scribners, Nueva York, 1947.
- De Wiart, Adrian Carton, *Happy Odyssey*, Jonathan Cape, Londres, 1950.
- Deakin, F. W., *The Brutal Friendship*, Harper & Row, Nueva York, 1962. [Hay traducción castellana: *La brutal amistad*, Grijalbo, Barcelona, 1965.]
- Dickson, Paul, *War Slang*, Pocket Books, Nueva York, 1994.
- Dmitri, Ivan, *Flight to Everywhere*, Whittlesey House, Nueva York, 1944.
- Doherty, Richard, *A Noble Crusade*, Sarpedon, Rockville Centre (Nueva York), 1999.
- Doolittle, James H. con Carroll V. Glines, *I Could Never Be So Lucky Again*, Bantam, Nueva York, 1991.

- Doubler, Michael D., *Closing with the Enemy*, University of Kansas Press, Lawrence (Kansas), 1994.
- Douglas-Home, Charles, *Rommel*, Saturday Review Press, Nueva York, 1973.
- Downes, Donald, *The Scarlet Thread*, British Book Centre, Nueva York, 1953.
- Dugan, James y Carroll Stewart, *Ploesti*, Ballantine, Nueva York, 1973.
- Duncan, William J., *RMS Queen Mary: Queen of the Queens*, Droke House, Anderson (Carolina del Sur), 1969.
- Durnford-Slater, John, *Commando*, Greenhill Books, Londres, 2002.
- Duus, Masayo Umezawa, *Unlikely Liberators*, traducción de Peter Duus, University of Hawaii Press, Honolulu, 1987.
- Dwyer, John B., *Seaborne Deception: The History of U.S. Navy Beachjumpers*, Praeger, Nueva York, 1992.
- Eden, Anthony, *The Reckoning: The Memoirs of Anthony Eden, Earl of Avon*, Houghton Mifflin, Boston, 1965. [Hay traducción castellana: *Memorias*, 3 vols, Noguer, Barcelona, 1960-1965.]
- Edwards, Paul M., ed., *General Matthew B. Ridgway: An Annotated Bibliography*, Greenwood Press, Westport (Connecticut), 1993.
- Ehrman, John, *Grand Strategy*, vol. 5, *August 1943-September 1944*, Her Majesty's Stationery Office, Londres, 1956.
- Eisenhower, Dwight D., *At Ease: Stories I Tell to Friends*, Doubleday, Garden City (Nueva York), 1967.
- , *Crusade in Europe*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1997. [Hay traducción castellana: *Cruzada en Europa*, Inédita, Barcelona, 2007.]
- , *Letters to Mamie*, John S. D. Eisenhower, ed., Doubleday, Garden City (Nueva York), 1978.
- Eisenhower, John S. D., *Allies: Pearl Harbor to D-Day*, Doubleday, Garden City (Nueva York), 1982.
- , *General Ike*, Free Press, Nueva York, 2003.
- , *Strictly Personal*, Doubleday, Garden City (Nueva York), 1974.
- Eke, C. Richard, *A Game of Soldiers*, s. e., Brighton, 1997.
- Ellis, John, *Brute Force: Allied Strategy and Tactics in the Second World War*, Viking, Nueva York, 1990.
- , *Cassino: The Hollow Victory*, McGraw-Hill, Nueva York, 1984.
- , *On the Front Lines*, John Wiley & Sons, Londres, 1991.
- , *World War II: A Statistical Survey*, Facts on File, Nueva York, 1995.
- Erskin, David, *The Scots Guards, 1991-1955*, William Clowes, Londres, 1956.
- Essame, H., *Patton: A Study in Command*, Scribners, Nueva York, 1974.

- Eubank, Keith, *Summit at Teheran*, William Morrow, Nueva York, 1985.
- Evans, Bradford A., *The Bombing of Monte Cassino*, Pubblicazioni Cassinesi, Montecassino, 1988.
- Farago, Ladislav, *Burn After Reading*, Pinnacle, Nueva York, 1961.
- , *Patton: Ordeal and Triumph*, Ivan Obolensky, Nueva York, 1964.
- Farner, Frank, ed., *Thunderbird: 45th Infantry Division*, Toppan Printing, Tokio, 1953.
- Fergusson, Bernard, *The Watery Maze*, Holt, Rinehart & Winston, Nueva York, 1961.
- Fest, Joachim, C. *Hitler*, traducción de Richard y Clara Winston, Harcourt Brace, Nueva York, 1974. [Hay traducción castellana: *Hitler*, Planeta, Barcelona, 2005.]
- French Blake, R. L. V., *The 17th/21st Lancers*, Hamish Hamilton, Londres, 1968.
- Fifth Army at the Winter Line*, Center of Military History, Washington, D. C., 1990.
- Finke, Blythe Foote, *No Mission Too Difficult!*, Contemporary Books, Chicago, 1995.
- Fisher, Ernest F., Jr., *Cassino to the Alps, USAWWII*, U.S. Army, Washington, D. C., 1977.
- Fisher, George A., *The Story of the 180th Infantry Regiment*, Newsfoto Publishing, San Angelo (Texas), 1947.
- Fitzgerald, D. J. L., *History of the Irish Guards in the Second World War*, Gale & Polden, Aldershot, 1949.
- Flynn, George Q., *The Mess in Washington: Manpower Mobilization in World War II*, Greenwood Press, Westport (Connecticut), 1979.
- Foot, M. R. D. y J. M. Langley, *MI 9: Escape and Evasion, 1939-1945*, Little, Brown, Boston, 1980.
- Ford, Ken, *Cassino 1944*, Osprey, Botley (Oxford), 2004.
- Foreign Relations of the United States: The Conferences at Washington and Quebec, 1943*, U.S. Government Printing Office, Washington, D. C., 1970.
- Forty, George, *M4 Sherman*, Blandford Press, Poole, 1987.
- , *The Armies of George S. Patton*, Arms and Armour, Londres, 1996.
- Fowle, Barry W., ed., *Builders and Fighters: U.S. Army Engineers in World War II*, U.S. Army Corps of Engineers, Fort Belvoir (Virginia), 1992.
- Francis, Charles E., *The Tuskegee Airmen*, Branden Publishing, Boston, 1993.
- Fraser, David, *Alanbrooke*, Atheneum, Nueva York, 1982.
- , *Knight's Cross*, HarperCollins, Nueva York, 1993.



- Freeman, Roger A., *The American Airman in Europe*, Motorbooks International, Osceola (Wisconsin), 1991.
- Freyberg, Paul, *Bernard Freyberg, V.C.*, Hodder & Stoughton, Londres, 1991.
- Friedrich, Carl J., ed., *American Experiences in Military Government in World War II*, Rinehart & Co., Nueva York, 1948.
- From Pachino to Ortona: The Canadian Army at War*, King's Printer, Ottawa, 1947.
- From the Volturno to the Winter Line*, Center of Military History, Washington, D. C., 1990.
- Frost, John, *A Drop Too Many*, Buchan & Enright, Londres, 1982.
- Fry, James C., *Combat Soldier*, National Press, Washington, D. C., 1968.
- Fuller, J. F. C., *The Second World War, 1939-1945*, Eyre & Spottiswoode, Londres, 1948.
- Fussell, Paul, *Doing Battle: The Making of a Skeptic*, Back Bay, Boston, 1998.
- , *Wartime*, Oxford University Press, Nueva York, 1989. [Hay traducción castellana: *Tiempo de guerra*, Turner, Madrid, 2003.]
- Galloway, Strome, *A Regiment at War*, s. e., 1979.
- Garland, Albert N. y Howard McGaw Smyth, *Sicily and the Surrender of Italy, USAWWII*, Center of Military History, Washington, D. C., 1993.
- Gatchel, Theodore L., *At the Water's Edge*, Naval Institute Press, Annapolis, 1996.
- Gavin, James M., *Airborne Warfare*, Infantry Journal Press, Washington, D. C., 1947. [Hay traducción castellana: *Guerra y paz en la era del espacio*, Cid, Madrid, 1959.]
- , *On to Berlin*, Viking, Nueva York, 1978.
- Gellhorn, Martha, *The Face of War*, Simon & Schuster, Nueva York, 1959. [Hay traducción castellana: *El rostro de la guerra*, Debate, Barcelona, 2000.]
- Gervasi, Frank, *The Violent Decade*, W. W. Norton, Nueva York, 1989.
- Gibran, Daniel K., *The 92nd Infantry Division and the Italian Campaign in World War II*, McFarland, Jefferson (Carolina del Norte), 2001.
- Gilbert, Martin, *Churchill and America*, Free Press, Nueva York, 2005.
- , *The Second World War*, Henry Holt, Nueva York, 1991. [Hay traducción castellana: *La segunda guerra mundial*, La esfera de los Libros, Madrid, 2005.]
- , *Winston Churchill's War Leadership*, Vintage, Nueva York, 2004.
- , *Winston S. Churchill*, vol. 7, *Road to Victory, 1941-1945*, Houghton Mifflin, Boston, 1986.
- Gleichenhauf, Justin F., *Unsung Sailors: The Naval Armed Guard in World War II*, Naval Institute Press, Annapolis (Maryland), 1990.

- Godson, Susan H., *Viking of Assault: Admiral John Lesslie Hall, Jr., and Amphibious Warfare*, University Press of America, Washington, D. C., 1982.
- Gooderson, Ian, *Cassino 1944*, Brassey's, Londres, 2003.
- Goodwin, Doris Kearns, *No Ordinary Time*, Touchstone, Nueva York, 1995.
- Graham, Dominick y Shelford Bidwell, *Tug of War: The Battle for Italy, 1943-1945*, St. Martin's, Nueva York, 1986.
- Graham, Don, *No Name on the Bullet*, Viking, Nueva York, 1986.
- Gray, J. Glenn, *The Warriors*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1959.
- Green, Constance M. et al., *The Ordnance Department: Planning Munitions for War, USAWWII*, Department of the Army, Washington, D. C., 1955.
- Greene, Jack y Alessandro Massignani, *The Naval War in the Mediterranean, 1940-1943*, Chatham, Londres, 2002.
- Greenfield, Kent Roberts, *American Strategy in World War II: A Reconsideration*, Johns Hopkins Press, Baltimore, 1963.
- , ed., *Command Decisions*, Harcourt, Brace, 1959.
- The Grenadier Guards, 1939-1945*, Gale & Polden, Aldershot, 1946.
- Griffo, Pietro, *Gela*, New York Graphic Society, Greenwich (Connecticut), s. f.
- Gropman, Alan, ed., *The Big L: American Logistics in World War II*, National Defense University Press, Washington, D. C., 1997.
- Guest, John, *Broken Images*, Leo Cooper, Londres, 1970.
- Gunther, John, *D Day*, Harper & Brothers, Nueva York, 1944.
- , *Eisenhower: The Man and the Symbol*, Harper & Brothers, Nueva York, 1951.
- Hall, Fred W., Jr., *A Memoir of World War II*. s. e., 1997.
- Hamilton, Nigel, *Master of the Battlefield: Monty's War Years, 1942-1944*, McGraw-Hill, Nueva York, 1983.
- Hammond, James W., Jr., *Poison Gas: The Myth Versus Reality*, Greenwood Press, Westport (Connecticut), 1999.
- Handel, Michael I., ed., *Strategic and Operational Deception in the Second World War*, Frank Cass, Londres, 1987.
- Hanssen, G. L., *The Hanssens of Eastern Iowa*, R. A. Hanssen, Waldorf (Maryland), 2000.
- Hapgood, David, David Richardson, *Monte Cassino*, Congdon & Weed, Nueva York, 1984.
- Harding, Stephen, *Great Liners at War*, Motorbooks International, Osceola (Wisconsin), 1997.
- , *Gray Ghost: The R.M.S. Queen Mary at War*, Pictorial Histories Publishing, Missoula (Montana), 1982.

- Hargrove, Hondon B., *Buffalo Soldiers in Italy*, McFarland, Jefferson (Carolina del Norte), 1985.
- Harmon, E. N. con Milton MacKaye y William Ross MacKaye, *Combat Commander*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs (Nueva Jersey), 1970.
- Harpur, Brian, *The Impossible Victory*, Hippocrene, Nueva York, 1981.
- Harr, Bill, *Combat Boots*, Exposition Press, Nueva York, 1952.
- Harriman, W. Averell y Elie Abel, *Special Envoy to Churchill and Stalin*, Random House, Nueva York, 1975.
- Harris, C. R. S., *Allied Administration of Italy, 1943-1945*, Her Majesty's Stationery Office, Londres, 1957.
- Hart, Scott, *Washington at War, 1941-1945*, Englewood Cliffs PrenticeHall (Nueva Jersey), 1970.
- Hassett, William D., *Off the Record with F.D.R.*, Rutgers University Press, New Brunswick (Nueva Jersey), 1958.
- Hastings, Donald W., et al., *Psychiatric Experiences of the Eighth Air Force*, Josiah Macy, Jr., Foundation, Nueva York, 1944.
- Hastings, Max, *Bomber Command*, Dial, Nueva York, 1979.
- Hatch, Alden, *General Ike*, Consolidated Book Publishers, Chicago, 1952.
- Heathcote, T. A., *The British Field Marshals, 1763-1997*, Leo Cooper, Londres, 1999.
- Heiber, Helmut y David M. Glantz, eds., *Hitler and His Generals*, Enigma Books, Nueva York, 2004. [Hay traducción castellana: *Hitler y sus generales*, Crítica, Barcelona, 2005.]
- Heller, Joseph, *Now and Then*, Simon & Schuster, Nueva York, 1998.
- Henius, Frank, *Italian Sentence Book for the Soldier*, Infantry Journal, Washington, D. C., 1943.
- Hickey, Des y Gus Smith, *Operation Avalanche*, McGraw-Hill, Nueva York, 1984.
- Hickey, Michael, *Out of the Sky: A History of Airborne Warfare*, Scribners, Nueva York, 1979.
- Higgins, Trumbull, *Soft Underbelly*, Macmillan, Nueva York, 1968.
- Hill, Robert M., Elizabeth Craig Hill, *In the Wake of War*, University of Alabama Press, University (Alabama), 1982.
- Hinsley, F. H. *British Intelligence in the Second World War*, vol. 2, Cambridge University Press, Nueva York, 1981.
- , y C. A. G. Simkins, *British Intelligence in the Second World War*, vol. 6, *Security and Counter-Intelligence*, Cambridge University Press, Nueva York, 1990.

- , *et al.*, *British Intelligence in the Second World War*, vol. 3, parte 1, Her Majesty's Stationery Office, Nueva York, 1984.
- Hintzen-Bohlen, Brigitte, *Art and Architecture: Rome and the Vatican City*, Barnes & Noble, Nueva York, 2005.
- Hirshson, Stanley P., *General Patton: A Soldier's Life*, HarperCollins, Nueva York, 2002.
- History 67th Armored Regiment*, Georg Westermann, Brunswick, 1945.
- Hogan, David W., Jr., *Raiders or Elite Infantry?*, Greenwood Press, Westport (Connecticut), 1992.
- Hope, Bob, *Don't Shoot, It's Only Me*, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1990.
- , *The Last Christmas Show*, Doubleday, Nueva York, 1974.
- Horrocks, Brian, *A Full Life*, Leo Cooper, Londres, 1974.
- Hougen, John H., *The Story of the Famous 34th Infantry Division*, Battery Press, Nashville, 1949.
- Houston, Donald E., *Hell on Wheels*, Presidio, Novato (California), 1995.
- Howard, Fred, *Whistle While You Wait*, Duell, Sloan, & Pearce, Nueva York, 1945.
- Howard, Michael, *Captain Professor: A Life in War and Peace*, Continuum, Nueva York, 2006.
- , *Grand Strategy*, vol. 4, *August 1942-September 1943*, Her Majesty's Stationery Office, Londres, 1972.
- , *The Mediterranean Strategy in the Second World War*, Greenhill Books, Londres, 1993.
- , *Strategic Deception in the Second World War*, W. W. Norton, Nueva York, 1995.
- , y John Sparrow, *The Coldstream Guards, 1920-1946*, Oxford University Press, Londres, 1951.
- Howarth, Patrick, *My God, Soldiers*, Hutchinson, Londres, 1989.
- Howarth, Stephen, ed., *Men of War*, St. Martin's, Nueva York, 1992.
- Howarth, T. E. B., ed., *Monty at Close Quarters*, Leo Cooper, Londres, 1985.
- Howe, George F., *The Battle History of the 1st Armored Division*, Combat Forces Press, Washington, D. C., 1954.
- Howze, Hamilton H., *A Cavalryman's Story*, Smithsonian Institution Press, Washington, D. C., 1996.
- Hoyt, Edwin P., *Backwater War*, Praeger, Westport (Connecticut), 2002.
- , *The GI's War*, Da Capo, Nueva York, 1988.
- Huebner, Klaus H., *A Combat Doctor's Diary*, Texas A&M University Press, College Station (Texas), 1987.

- Hummer, John F., *An Infantryman's Journal*, Ranger Associates, Manassas (Virginia), 1981.
- Hunt, David, *A Don at War*, Frank Cass, Londres, 1990.
- Huston, James A., *Out of the Blue*, Battery Press, Nashville, 1981.
- , *The Sinews of War: Army Logistics, 1773-1953*, U.S. Army, Washington, D. C., 1966.
- Hynes, Samuel, *The Soldiers' Tale: Bearing Witness to Modern War*, Penguin, Nueva York, 1998.
- Infield, Glenn B., *Disaster at Bari*, Macmillan, Nueva York, 1971.
- , *Big Week*, Brassey's, Washington, D. C., 1993.
- Irving, David, *The Trail of the Fox*, Thomas Congdon, Nueva York, 1977.
- Ismay, lord, *The Memoirs of General Lord Ismay*, Viking, Nueva York, 1960.
- Italian Phrase Book*, War Department, Washington, D. C., 1943.
- Jackson, Carlton, *Allied Secret*, Red River Books, Norman (Oklahoma), 2001.
- , *Forgotten Tragedy: The Sinking of HMT Rohna*, Naval Institute Press, Annapolis (Maryland), 1997.
- Jackson, Robert, *Bomber!*, St. Martin's, Nueva York, 1980.
- Jackson, W. G. F., *Alexander of Tunis as Military Commander*, B. T. Batsford, Londres, 1971.
- , *The Battle for Italy*, Harper & Row, Nueva York, 1967.
- James, D. Clayton con Anne Sharp Wells, *A Time for Giants*, Franklin Watts, Nueva York, 1987.
- Jeffers, H. Paul, *In the Rough Rider's Shadow*, Ballantine, Nueva York, 2002.
- Jellison, Charles A., *Besieged: The World War II Ordeal of Malta, 1940-1942*, University Press of New England, Hanover (New Hampshire), 1984.
- Jenkins, Roy, *Churchill*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2001. [Hay traducción castellana: *Churchill*, Península, Barcelona, 2002.]
- Jensen, Marvin, *Strike Swiftly! The 70th Tank Battalion*, Presidio, Novato (California), 1997.
- Jewell, N. L. A., *Secret Mission Submarine*, Ziff-Davis, Chicago, 1944.
- Johnson, Franklyn A., *One More Hill*, Funk & Wagnalls, Nueva York, 1949.
- Jones, Matthew, *Britain, the United States, and the Mediterranean War, 1942-1944*, St. Martin's, Nueva York, 1996.
- Joswick, Jerry J. y Lawrence A. Keating, *Combat Cameraman*, Chilton, Filadelfia, 1961.
- Juergensen, Hans, *Beachheads and Mountains*, Richard George Roland, Tampa, 1998.

- Kahn, David, *The Codebreakers*, Macmillan, Nueva York, 1969.
- Kaplan, Robert D., *Mediterranean Winter*, Random House, Nueva York, 2004. [Hay traducción castellana: *Invierno mediterráneo*, Ediciones B, Barcelona, 2004.]
- Karig, Walter, *Battle Report: The Atlantic War*, Rinehart & Co., Nueva York, 1946.
- Katz, Robert, *The Battle for Rome*, Simon & Schuster, Nueva York, 2003. [Hay traducción castellana: *La batalla de Roma*, Turner, Madrid, 2005.]
- , *Massacre in Rome*, Ballantine, Nueva York, 1973.
- Kaufman, Henry, *Vertrauensmann*, Rivercross, Nueva York, 1994.
- Kay, Robin, *Official History of New Zealand in the Second World War: Italy*, vol. 2, *From Cassino to Trieste*, Department of Internal Affairs, Wellington, 1967.
- Keefer, Louis E., *Italian Prisoners of War in America*, Praeger, Nueva York, 1992.
- Keegan, John, ed., *Churchill's Generals*, Grove Weidenfeld, Nueva York, 1991.
- Kelly, Charles E., *One Man's War*, Knopf, Nueva York, 1944.
- Kelly, James E., ed., *The Wartime Letters of John and Vicki Kelly*, s. e., 2005.
- Kennedy, David M., *Freedom from Fear*, Oxford University Press, Nueva York, 1999. [Hay traducción castellana: *Entre el miedo y la libertad*, Edhasa, Barcelona, 2005.]
- Kennedy, John, *The Business of War*, Hutchinson, Londres, 1957.
- Kennett, Lee B., *G.I.: The American Soldier in World War II*, Scribners, Nueva York, 1987.
- Kerwin, Paschal E., *Big Men of the Little Navy*, St. Anthony Guild Press, Paterson (Nueva Jersey), 1946.
- Kesselring, Albrecht, *The Memoirs of Field-Marshal Kesselring*, Greenhill Books, Londres, 1997.
- Kielar, Eugenia M., *Thank You, Uncle Sam*, Dorrance & Co., Bryn Mawr (Pensilvania), 1987.
- Kimball, Warren F., *Churchill & Roosevelt: The Complete Correspondence*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 1987.
- Kimmins, Anthony, *Half-time*, William Heinemann, Londres, 1947.
- Kindsvatter, Peter S., *American Soldiers*, University Press of Kansas, Lawrence (Kansas), 2003.
- King, Ernest J. y Walter Muir Whitehill, *Fleet Admiral King*, W. W. Norton, Nueva York, 1952.
- King, Michael J., *William Orlando Darby: A Military Biography*, Archon Books, Hamden (Connecticut), 1981.
- Kippenberger, Howard, *Infantry Brigadier*, Oxford University Press, Londres, 1949.
- Kitching, George, *Mud and Green Fields*, Vanwell, St. Catharines (Ontario), 1993.

- Kleber, Brooks E. y Dale Birdsall, *The Chemical Warfare Service: Chemicals in Combat, USAWWII*, Center of Military History, Washington, D. C., 1990.
- Kluger, Steve, *Yank*, St. Martin's, Nueva York, 1991.
- Knickerbocker, H. R., *et al.*, *Danger Forward*, Society of the First Division, Washington, D. C., 1947.
- Knightley, Phillip, *The First Casualty*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1975.
- Koch, Oscar W. y Robert G. Hays, *G-2: Intelligence for Patton*, Army Times Publishing, Filadelfia, 1971.
- Kogan, Norman, *Italy and the Allies*, Greenwood, Westport (Connecticut), 1982.
- Krebs, John E., *To Rome and Beyond*, s. e., 1981.
- Kreidberg, Marvin A. y Merton G. Henry, *History of Military Mobilization in the United States Army, 1775-1945*, Department of the Army, Washington, D. C., 1955.
- Kros, Jack, *War in Italy: With the South Africans from Taranto to the Alps*, Ashanti, Johannesburgo, 1992.
- Kühn, Volkmar, *German Paratroopers in World War II*, Ian Allen, Shepperton, 1978.
- Kurowski, Franz, *Battleground Italy, 1943-1945*, traducción de Ian McMullen, J. J. Fedorowicz, Winnipeg, 2003.
- , *The History of the Fallschirmpanzerkorps Hermann Göring*, J. J. Fedorowicz, Winnipeg, 1995.
- Kurzman, Dan, *The Race for Rome*, Doubleday, Garden City (Nueva York), 1975.
- Laffin, John, *Surgeons in the Field*, J. M. Dent, Londres, 1970.
- Lamb, Richard, *Montgomery in Europe, 1943-45*, Franklin Watts, Nueva York, 1984.
- , *War in Italy, 1943-1945*, St. Martin's, Nueva York, 1993.
- Laqueur, Walter, ed., *The Second World War: Essays in Military and Political History*, Sage, Londres, 1982.
- Larrabee, Eric, *Commander in Chief*, Touchstone, Nueva York, 1987.
- Lax, Eric, *The Mold in Dr. Florey's Coat*, Henry Holt, Nueva York, 2004.
- Le Goyet, P., *La Participation Française à la Campagne d'Italie*, Ministère des Armées, París, 1969.
- Leahy, William D., *I Was There*, Whittlesey House, Nueva York, 1950.
- Leasor, James, *The Clock with Four Hands*, Reynal & Co., Nueva York, 1959.
- , *War at the Top*, Michael Joseph, Londres, 1959.
- Lebda, John F., *Million Miles to Go*, Trafford Publishing, Victoria, 2001.
- Leccisotti, Tommaso, *Monte Cassino*, traducción de Armand O. Citarella, Abbey of Monte Cassino, Cassino, 1987.

- Lee, James Ward, *et al.*, eds., *1941: Texas Goes to War*, University of North Texas Press, Denton (Texas), 1991.
- Lee, Ulysses, *The Employment of Negro Troops, USAWWII*, Center of Military History, Washington, D. C., 2000.
- Leighton, Richard M. y Robert W. Coakley, *Global Logistics and Strategy, 1940-1943*, Center of Military History, Washington, D. C., 1995.
- Lewin, Ronald, *Montgomery as Military Commander*, Stein & Day, Nueva York, 1971.
- , *Rommel as Military Commander*, Barnes & Noble, Nueva York, 1998.
- , *ULTRA Goes to War*, Pocket Books, Nueva York, 1980.
- Lewis, Norman, *In Sicily*, St. Martin's, Nueva York, 2000.
- , *Naples'44*, Pantheon, Nueva York, 1978. [Hay traducción castellana: *Nápoles 1944*, Folio, Barcelona, 2004.]
- Liddell Hart, B. H., *The Other Side of the Hill*, Cassell, Londres, 1951. [Hay traducción castellana: *El otro lado de la colina*, Servicio de publicaciones del Ejército de Tierra, Estado Mayor, Madrid, 1983.]
- , ed., *The Rommel Papers*, traducción de Paul Findlay, Collectors Reprints, Pennington (Nueva Jersey), 1995.
- Linderman, Gerald F., *The World Within War*, Free Press, Nueva York, 1997.
- Linklater, Eric, *The Campaign in Italy*, His Majesty's Stationery Office, Londres, 1951.
- Lloyd, Alan, *The Gliders*, Battery Press, Nashville, 1982.
- Lochner, Louis P., *The Goebbels Diaries*, Doubleday, Garden City (Nueva York), 1948.
- Logistics in World War II*, U.S. Army Center of Military History, Washington, D. C., 1993.
- Longmate, Norman, *The G.I.'s: The Americans in Britain, 1942-1945*, Scribners, Nueva York, 1975.
- Luzzatto, Riccardo, *Unknown War in Italy*, New Europe, Londres, 1946.
- Luzzatto, Sergio, *Body of Il Duce*, traducción de Frederika Randall, Metropolitan Books, Nueva York, 2005.
- Lyon, Peter, *Eisenhower: Portrait of the Hero*, Little, Brown, Boston, 1974.
- MacDonald, Donald E., «*My Buttons Are in the Way*», s. e., 1992.
- MacGregor, Morris J., *Integration of the Armed Forces, 1940-1965*, U.S. Army, Washington, D. C., 1981.
- Macksey, Kenneth, *Kesselring: The Making of the Luftwaffe*, David McKay, Nueva York, 1978.



- , *Military Errors of World War II*, Cassell, Londres, 1999. [Hay traducción castellana: *Errores militares de la segunda guerra mundial*, Salvat, Barcelona, 2001.]
- , *Why the Germans Lose at War*, Barnes & Noble, Nueva York, 1996.
- Macmillan, Harold, *The Blast of War, 1939-1945*, Harper & Row, Nueva York, 1967.
- , *War Diaries*, St. Martin's, Nueva York, 1984.
- Majdalany, Fred, *Cassino: Portrait of a Battle*, Cassell, Londres, 1999.
- , *The Monastery*, John Lane, Londres, 1945.
- Major, Kevin, *Hold Fast!*, Clarke, Irwin & Co., Toronto, 1978.
- Malone, Dick, *Missing from the Record*, Collins, Toronto, 1946.
- Malone, Richard S., *A Portrait of War, 1939-1943*, Collins, Toronto, 1983.
- Mansoor, Peter R., *The GI Offensive in Europe*, University Press of Kansas, Lawrence (Kansas), 1999.
- Marchini, Ascanio, *Il Tabacco*, Atlantica Editrice, Roma, 1946.
- Mark, Eduard, *Aerial Interdiction in Three Wars*, Center for Air Force History, Washington, D. C., 1994.
- Marks, Leo, *Between Silk and Cyanide*, Free Press, Nueva York, 1998.
- Marshall, Charles F., *A Ramble Through My War: Anzio and Other Joys*: Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1998.
- Marshall, Katherine Tupper, *Together*, Tupper and Love, Nueva York, 1946.
- Marshall, Malcolm, ed., *Proud Americans*, s. e., 1994.
- Marshall, S. L. A., *Men Against Fire*, Byrrd Enterprises, Alexandria (Virginia), 1961.
- Martin, George E., *Blow, Bugle, Blow*, Opuscula Press, Bradenton (Florida), 1986.
- Martin, Ralph, *Boy from Nebraska: The Story of Ben Kuroki*, Harper & Brothers, Nueva York, 1946.
- Martin, Ralph G., *The G.I. War, 1941-1945*, Little, Brown, Boston, 1967.
- Maslowski, Peter, *Armed with Cameras: The American Military Photographers of World War II*, Free Press, Nueva York, 1993.
- Mason, David, *Salerno: Foothold in Europe*, Ballantine, Nueva York, 1972. [Hay traducción castellana: *Salerno, un pie en Europa*, San Martín, Madrid, 1975.]
- Mason, John T., Jr., *The Atlantic War Remembered*, U.S. Naval Institute, Annapolis (Maryland), 1990.
- Masson, Georgina, *The Companion Guide to Rome*, Prentice Hall, Nueva York, 1986.
- Masterman, J. C., *The Double-Cross System in the War of 1939 to 1945*, Yale University Press, New Haven, 1972.

- Matloff, Maurice, *Strategic Planning for Coalition Warfare, 1943-1944. USAWWII*, Center of Military History, Washington, D. C., 1994.
- , y Edwin M. Snell, *Strategic Planning for Coalition Warfare, 1941-1942. USAWWII*, Office of the Chief of Military History, Washington, D. C., 1953.
- Mauldin, Bill, *The Brass Ring*, W. W. Norton, Nueva York, 1971.
- , *Up Front*, Henry Holt, Nueva York, 1944.
- Mayo, Lida, *The Ordnance Department: On Beachhead and Battlefield, USAWWII*, U.S. Army, Washington, D. C., 1968.
- McCallum, Neil, *Journey with a Pistol*, Gollancz, Londres, 1959.
- McKeogh, Michael J. y Richard Lockridge, *Sgt. Mickey and General Ike*, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1946.
- McManus, John C., *The Deadly Brotherhood*, Presidio, Novato (California), 1998.
- McMillan, Richard, *Twenty Angels over Rome*, Jarrolds, Londres, 1945.
- Meachem, Jon, *Franklin and Winston*, Random House, Nueva York, 2003.
- Menen, Aubrey, *Four Days of Naples*, Seaview, Nueva York, 1979.
- Middleton, Drew, *Our Share of Night*, Viking, Nueva York, 1946.
- Miller, Donald L., *Masters of the Air*, Simon & Schuster, Nueva York, 2006.
- Miller, Lee G., *An Ernie Pyle Album*, William Sloane, Nueva York, 1946.
- , *The Story of Ernie Pyle*, Viking, Nueva York, 1950.
- Miller, Merle, *Ike the Soldier*, G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1987.
- Milligan, Spike, *Mussolini: His Part in My Downfall*, Michael Joseph, Londres, 1978.
- , *Where Have All the Bullets Gone?*, M&J Hobbs, Londres, 1985.
- Mitchell, George C., *Matthew B. Ridgway: Soldier, Statesman, Scholar, Citizen*, Stackpole, Mechanicsburg (Pensilvania), 2002.
- Mittelman, Joseph B., *Eight Stars to Victory*, Ninth Infantry Division Association, Washington, D. C., 1948.
- Molony, C. J. C., *The Mediterranean and Middle East*, vol. 6, parte 1, *Victory in the Mediterranean. History of the Second World War*, Naval & Military Press, Londres, 2004.
- , et al., *The Mediterranean and Middle East*, vol. 5, *The Campaign in Sicily and the Campaign in Italy. History of the Second World War*, Her Majesty's Stationery Office, Londres, 1973.
- Montagu, Ewen, *Beyond Top Secret ULTRA*, Coward-McCann, Nueva York, 1978.
- , *The Man Who Never Was*, Bantam, Nueva York, 1969.
- Montgomery, vizconde de Alamein, *El Alamein to the River Sangro*, Barrie & Jenkins, Londres, 1973.

- Moorehead, Alan, *Eclipse*, Harper & Row, Nueva York, 1968. [Hay traducción castellana, *Eclipse*, Los libros de Nuestro Tiempo, Barcelona, 1946.]
- , *Montgomery*, Coward-McCann, Nueva York, 1946.
- Moran, lord, *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, Houghton Mifflin, Boston, 1966. [Hay traducción castellana, *Winston Churchill: memorias de su médico*, Taurus, Madrid, 1967.]
- Morgan, Kay Summersby, *Past Forgetting*, Simon & Schuster, Nueva York, 1976.
- Morison, Samuel Eliot, *History of United States Naval Operations in World War II*, vol. 9, *Sicily-Salerno-Anzio, January 1943-June 1944*, Castle Books, Edison (Nueva Jersey), 2001.
- , *The Two-Ocean War*, Galahad Books, Nueva York, 1997.
- Morris, Eric, *Circles of Hell: The War in Italy, 1943-1945*, Crown, Nueva York, 1993.
- , *Salerno: A Military Fiasco*, Stein & Day, Nueva York, 1983.
- Morton, H. V., *A Traveller in Rome*, Methuen, Londres, 1957.
- , *A Traveller in Southern Italy*, Methuen, Londres, 1969.
- Mowat, Farley, *And No Birds Sang*, Little, Brown, Boston, 1979.
- , *The Regiment*, McClelland & Stewart, Toronto, 1981.
- Muggeridge, Malcolm, *The Infernal Grove*, Morrow, Nueva York, 1974.
- Muir, Malcolm, Jr., ed., *The Human Tradition in the World War II Era*, SR Books, Wilmington (Delaware), 2001.
- Muirhead, John, *Those Who Fall*, Random House, Nueva York, 1986.
- Munsell, Warren P., Jr., *The Story of a Regiment*, s. e., Nueva York, 1946.
- Munthe, Malcolm, *Sweet Is War*, Gerald Duckworth, Londres, 1954.
- Murphy, Audie, *To Hell and Back*, MJF Books, Nueva York, 1977.
- Murphy, Robert, *Diplomat Among Warriors*, Doubleday, Garden City (Nueva York), 1964.
- Mussolini, Benito, *My Rise and Fall*, Da Capo Press, Nueva York, 1998.
- Nalty, Bernard C., *Strength for the Fight*, Free Press, Nueva York, 1986.
- , et al., *With Courage: The U.S. Army Air Forces in World War II*, Air Force History and Museums Program, Washington, D. C., 1994.
- Naples with Pompeii & the Amalfi Coast*, DK Publishing, Nueva York, 2003.
- Nasse, Jean-Yves, *Green Devils*, Histoire & Collections, París, 1997.
- Neillands, Robin, *Eighth Army*, Overlook, Woodstock (Nueva York), 2004. [Hay traducción castellana: *Octavo ejército*, Inédita, Barcelona, 2005.]
- Nelson, Guy, *Thunderbird*, 45th Div Association, Oklahoma City, 1970.
- Neville, Peter, *Mussolini*, Routledge, Londres, 2004.

- The New Yorker Book of War Pieces*, Schocken Books, Nueva York, 1998.
- Nicholas, Lynn H., *The Rape of Europa*, Vintage, Nueva York, 1995. [Hay traducción castellana: *El saqueo de Europa*, Destino, Barcelona, 1996.]
- Nichols, David, ed., *Ernie's War*, Touchstone, Nueva York, 1986.
- Nicholson, G. W. L., *The Canadians in Italy, 1943-1945*, vol. 2, Canadian Minister of National Defence, Ottawa, 1956.
- Nicolson, Nigel, *The Grenadier Guards in the War of 1939-1945*, vol. 2, Gale & Polden, Aldershot, 1949.
- , *Alex: The Life of Field Marshall Earl Alexander of Tunis*, Atheneum, Nueva York, 1973.
- North, John, ed., *The Alexander Memoirs, 1940-1945*, McGraw-Hill, Nueva York, 1962.
- Norwich, John Julius, *The Middle Sea: A History of the Mediterranean*, Doubleday, Nueva York, 2006.
- O'Donnell, Patrick K., *Beyond Valor*, Touchstone, Nueva York, 2001.
- , *Operatives, Spies, and Saboteurs*, Free Press, Nueva York, 2004.
- O'Rourke, R. J., *Anzio Annie: She Was No Lady*, s. e., 1995.
- Orange, Vincent, *Coningham*, Center for Air Force History, Washington, D. C., 1992.
- , *Tedder: Quietly in Command*, Frank Cass, Londres, 2004.
- Origo, Iris, *War in Val D'Orcia*, David R. Godine, Boston, 1984. [Hay traducción castellana: *Guerra en Val d'Orcia*, Seix Barral, Barcelona, 1990.]
- Orpen, Neil, *Victory in Italy*, Purnell, Cape Town, 1975.
- Otway, T. B. H., *Airborne Forces*, Imperial War Museum, Londres, 1990.
- Overy, Richard, *Why the Allies Won*, W. W. Norton, Nueva York, 1997. [Hay traducción castellana: *Por qué ganaron los aliados*, Tusquets, Barcelona, 2005.]
- Pack, S. W. C., *Operation Husky*, Hippocrene, Nueva York, 1977.
- Packe, Michael, *First Airborne*, Secker & Warburg, Londres, 1948.
- Pal, Dharm, *The Campaign in Italy, 1943-1945*, Combined Inter-services Historical Section, Calcuta, 1960.
- Palmer, Bennett J., *The Hunter and the Hunted*, s. e., 2002.
- Palmer, Robert R., et al., *The Procurement and Training of Ground Combat Troops, USAWWII*, Center of Military History, Washington, D. C., 1991.
- Pantanelli, Tonino, *Cassino Through the Ages*, Tourist Board of Cassino, Cassino, s. f.
- Parker, Matthew, *Monte Cassino*, Headline, Londres, 2003. [Hay traducción castellana: *La batalla de Monte Cassino*, Inédita, Barcelona, 2006.]

- Parkinson, Roger, *A Day's March Nearer Home*, David McKay, Nueva York, 1974.
- Parris, John A., Jr. y Ned Russell, *Springboard to Berlin*, Thomas Y. Crowell, Nueva York, 1943.
- Parton, James, «*Air Force Spoken Here*»: *General Ira Eaker and the Command of the Air*, Adler & Adler, Bethesda (Maryland), 1986.
- Patton, George S., *War as I Knew It*, Houghton Mifflin, Boston, 1975.
- Patton, Robert H., *The Pattons*, Brassey's, Washington, D. C., 1994.
- Pawle, Gerald, *The War and Colonel Warden*, Knopf, Nueva York, 1963.
- Pearl, Jack, *Blood-and-Guts Patton*, Monarch Books, Derby (Connecticut), 1961.
- Pearlman, Michael D., *To Make Democracy Safe for America*, University of Illinois Press, Urbana, 1984.
- , *Warmaking and American Democracy*, University Press of Kansas, Lawrence (Kansas), 1999.
- Peckham, Howard H. y Shirley A. Snyder, eds., *Letters from Fighting Hoosiers*, Indiana War History Commission, Bloomington (Indiana), 1948.
- Peek, H. Clifford, Jr., ed., *Five Years, Five Countries, Five Campaigns*, 141st Infantry Regiment Association, Múnich, 1945.
- Pellegrinelli, Marco, *La Battaglia di S. Pietro di John Huston*, Edizioni Eva, Venafro, 2001.
- Peltier, Jean Gordon, *World War II Diary of Jean Gordon Peltier*, PerfectArt, Groveland (California), 1998.
- Perkins, Norris H., *North African Odyssey*, s. e., s. f.
- Perret, Geoffrey, *There's a War to Be Won*, Ballantine, Nueva York, 1991.
- , *Winged Victory*, Random House, Nueva York, 1993.
- Perry, Milton F. y Barbara W. Parke, *Patton and His Pistols*, Stackpole, Harrisburg (Pensilvania), 1957.
- Persons, Benjamin S., *Relieved of Command*, Sunflower University Press, Manhattan (Kansas), 1997.
- Pesce, Angelo, *Salerno 1943: Operation Avalanche*, Falcon Press, Nápoles, 1993.
- Petruzzi, Daniel J., *My War Against the Land of My Ancestors*, Fusion Press, Irving (Texas), 2000.
- Philips, Henry Gerard, *The Making of a Professional: Manton S. Eddy, USA*, Greenwood, Westport (Connecticut), 2000.
- Philips, N. C., *Official History of New Zealand in the Second World War*, vol. 1, War History Branch, Department of Internal Affairs, Wellington, 1957.
- Piekalkiewicz, Janusz, *The Battle for Cassino*, Bobbs-Merrill, Indianápolis, 1980.

- Pogue, Forrest C., *George C. Marshall: Organizer of Victory*, Viking, Nueva York, 1973.
- Pond, Hugh, *Salerno*, Little, Brown, Boston, 1961. [Hay traducción castellana: *Murieron en Salerno*, Bruguera, Barcelona, 1975.]
- Pope, Dudley, *Flag 4: The Battle of Coastal Forces in the Mediterranean*, William Kimber, Londres, 1954.
- Pöppel, Martin, *Heaven & Hell: The War Diary of a German Paratrooper*, traducción de Louise Willmot, Spellmount, Staplehurst (Kent), 2000.
- Porch, Douglas, *The Path to Victory*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2004.
- Portelli, Alessandro, *The Order Has Been Carried Out*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2003.
- Potter, Neil y Jack Frost, *The Queen Mary*, John Day, Nueva York, 1961.
- Powers, Alice Leccese, *Italy, in Mind*, Vintage Books, Nueva York, 1997.
- Prasad, Bishenwar, ed., *Official History of the Indian Armed Forces in the Second World War 1939-1945: The Campaign in Italy, 1943-1945*, Orient Longmans, Delhi, 1960.
- Pratt, Fletcher, *Eleven Generals: Studies in American Command*, William Sloane, Nueva York, 1949.
- Pratt, Sherman W., *Autobahn to Berchtesgaden*, Gateway Press, Baltimore, 1992.
- Price, Frank James, *Troy H. Middleton: A Biography*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1974.
- The Princeton Class of 1942 During World War II*, s. e., 2000.
- Putkowski, Julian y Julian Sykes, *Shot at Dawn*, Leo Cooper, Londres, 1992.
- Pyle, Ernie, *Brave Men*, Henry Holt, Nueva York, 1944.
- Randle, Edwin Hubert, *Ernie Pyle Comes Ashore and Other Stories*, Eldnar Press, Clearwater (Florida), 1972.
- Ray, Cyril, *Algiers to Austria*, Eyre & Spottiswoode, Londres, 1952.
- Reagen, Geoffrey, *Blue on Blue: A History of Friendly Fire*, Avon Books, Nueva York, 1995.
- Reilly, Michael F., *Reilly of the White House*, Simon & Schuster, Nueva York, 1947.
- Reit, Seymour, *Masquerade*, Hawthorn, Nueva York, 1978.
- Reminick, Gerald, *Nightmare in Bari*, Glencannon Press, Palo Alto (California), 2001.
- Renehan, Edward J., Jr., *The Lion's Pride*, Oxford University Press, Nueva York, 1998.
- Reporting World War II*, vols. 1 y 2, Library of America, Nueva York, 1995.
- Reynolds, Quentin, *By Quentin Reynolds*, McGraw-Hill, Nueva York, 1963.

- , *The Curtain Rises*, Random House, Nueva York, 1944.
- Richardson, Charles, *Flashback*, William Kimber, Londres, 1985.
- , *From Churchill's Secret Circle to the BBC*, Brassey's, Londres, 1991.
- , *Send for Freddie*, William Kimber, Londres, 1987.
- Ridgway, Matthew B., *Soldier: The Memoirs of Matthew B. Ridgway*, Harper & Brothers, Nueva York, 1956.
- Risch, Erna, *The Quartermaster Corps: Organization, Supply, and Services*, vol. 1, USAWWII, Department of the Army, Washington, D. C., 1953.
- , y Chester L. Kieffer, *The Quartermaster Corps: Organization, Supply, and Services*, vol. 2, USAWWII, Department of the Army, Washington, D. C., 1955.
- Roach, Peter, *The 8.15 to War*, Leo Cooper, Londres, 1982.
- Robinson, Don, *News of the 45th*, Grosset & Dunlap, Nueva York, 1944.
- Robson, Walter, *Letters from a Soldier*, Faber and Faber, Londres, 1960.
- Roe, Tom, *Anzio Beachhead: Diary of a Signaller*, s. e., 1988.
- Rollyson, Carl, *Nothing Ever Happens to the Brave*, St. Martin's, Nueva York, 1990.
- Romeiser, John B., *Combat Reporter: Don Whitehead's World War II Diary and Memoirs*, Fordham University Press, Nueva York, 2006.
- Roosevelt, Eleanor Butler, *Day Before Yesterday*, Doubleday, Garden City (Nueva York), 1959.
- Roosevelt, Elliott, *As He Saw It*, Duell, Sloan & Pearce, Nueva York, 1946.
- Roskill, S. W., *The War at Sea, 1939-1945*, vol. 3, parte I, Her Majesty's Stationery Office, Londres, 1960.
- , *White Ensign*, U.S. Naval Institute, Annapolis (Maryland), 1960.
- Ross, J. A., *Memoirs of an Army Surgeon*, William Blackwood, Edimburgo, 1948.
- Rossi, Francesco y Silvano Casaldi, *Those Days at Nettuno*, Edizioni Abete, Nettuno, 1989.
- Roush, John H., ed., *World War II Reminiscences*, s. e., 1996.
- Ruggero, Ed., *Combat Jump*, HarperCollins, Nueva York, 2003.
- Rush, Robert S., *The U.S. Infantryman in World War II*, Osprey, Botley (Oxford), 2003.
- Rust, Kenn C., *Fifteenth Air Force Story*, Sunshine House, Terre Haute (Indiana), 1976.
- , *Twelfth Air Force Story*, Historical Aviation, Temple City (California), 1975.
- Ryder, Rowland, *Oliver Leese*, Hamish Hamilton, Londres, 1987.
- Salerno, Reynolds M., *Vital Crossroads*, Cornell University Press, Ithaca (Nueva York), 2002.

*Salerno: The American Operation from the Beaches to the Volturno*, Center of Military History, Washington, D. C., 1990.

Salter, Fred H., *Recon Scout*, Ballantine, Nueva York, 1994.

Salter, Krewasky A., *Combat Multipliers: African-American Soldiers in Four Wars*, Combat Studies Institute Press, Fort Leavenworth (Kansas), 2003.

Samwell, H. P., *An Infantry Officer with the Eighth Army*, William Blackwood, Edimburgo, 1945.

Sandler, Stanley, *Segregated Skies*, Smithsonian Institution Press, Washington, D. C., 1992.

Saunders, Hilary St. George, *The Red Beret*, Battery Press, Nashville, 1985.

Schrijvers, Peter, *The Crash of Ruin*, New York University Press, Nueva York, 1998.

Scott, Hugh A., *The Blue and White Devils*, Battery Press, Nashville, 1984.

Scott, Jack L., *Combat Engineer*, American Literary Press, Baltimore, 1999.

Scrivener, Jane, *Inside Rome with the Germans*, Macmillan, Nueva York, 1945.

Seago, Edward, *With the Allied Armies in Italy*, Collins, Londres, 1945.

Seale, William, *The President's House*, vol. 2, White House Historical Association, Washington, D. C., 1986.

Semmes, Harry H., *Portrait of Patton*, Appleton-Century-Crofts, Nueva York, 1955.

Sevareid, Eric, *Not So Wild a Dream*, Atheneum, Nueva York, 1976.

Seymour, William, *Yours to Reason Why*, St. Martin's, Nueva York, 1982.

Shaffer, Roger L., *Letters Home: A Soldier's Legacy*, Republic of Texas Press, Plano (Texas), 1997.

Shama, H. Rex, *Pulse and Repulse*, Eakin Press, Austin (Texas), 1995.

Shapiro, L. S. B., *They Left the Back Door Open*, Ryerson, Toronto, 1944.

Sheehan, Fred, *Anzio: Epic of Bravery*, University of Oklahoma Press, Norman (Oklahoma), 1964.

Sheffield, G. D., ed., *Leadership and Command*, Brassey's, Londres, 1997.

Shephard, Ben, *A War of Nerves*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2001.

Shepperd, G. A., *The Italian Campaign, 1943-1945*, Praeger, Nueva York, 1968.

Sherwood, Robert, *Roosevelt and Hopkins: An Intimate History*, Harper & Brothers, Nueva York, 1948.

Shirley, John, *I Remember: Stories of a Combat Infantryman in World War II*, Camino Press, Livermore (California), 1993.

Short, Neil, *German Defences in Italy in World War II*, Osprey, Botley (Oxford), 2006.

Showalter, Dennis, *Patton and Rommel*, Berkley Caliber, Nueva York, 2005.



- The Sicilian Campaign*, Department of the Navy, Washington, D. C., 1945.
- Silvestri, Ennio, *The Long Road to Rome*, s. e., 1994.
- Simpson, Harold B., *Audie Murphy, American Soldier*, Hill Junior College Press, Hillsboro (Texas), 1975.
- Simpson, Michael, *A Life of Admiral of the Fleet Andrew Cunningham*, Frank Cass, Londres, 2004.
- Singleton-Gates, Peter, *General Lord Freyberg VC*, Michael Joseph, Londres, 1963.
- Sixsmith, E. K. G., *Eisenhower as Military Commander*, Da Capo Press, Nueva York, 1972.
- Skorzeny, Otto, *Skorzeny's Secret Missions: War Memoirs of the Most Dangerous Man in Europe*, traducción de Jacques Le Clercq, Dutton, Nueva York, 1950. [Hay traducción castellana: *Misiones secretas*, Destino, Barcelona, 1964.]
- Slessor, John, *The Central Blue*, Praeger, Nueva York, 1957.
- Smith, Albert H., Jr., *The Sicily Campaign: Recollections of an Infantry Company Commander*, Society of the First Infantry Division, Blue Bell (Pensilvania), 2001.
- Smith, Denis Mack, *Mussolini*, Knopf, Nueva York, 1982. [Hay traducción castellana: *Mussolini*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 1964.]
- Smith, E. D., *The Battles for Cassino*, Scribners, Nueva York, 1975.
- Smith, Lee Carraway, *A River Swift and Deadly*, Eakin Press, Austin (Texas), 1989.
- Snowden, Frank M., *The Conquest of Malaria: Italy, 1900-1962*, Yale University Press, New Haven, 2006.
- Soffer, Jonathan M., *General Matthew B. Ridgway: From Progressivism to Reaganism, 1895-1993*, Praeger, Westport (Connecticut), 1998.
- Southern, George, *Poisonous Inferno*, Airline, Shrewsbury, 2002.
- Spector, Ronald H., *At War at Sea*, Viking, Nueva York, 2002.
- Spiller, Roger J., ed., *Dictionary of American Military Biography*, Westport, Greenwood (Connecticut), 1984.
- Spivey, Samuel David, *A Doughboy's Narrative*, s. e., 1995.
- Springer, Joseph A., *Black Devil Brigade*, ibooks, Nueva York, 2001.
- Staiger, Jörg, *Anzio-Nettuno*, Kurt Vowinckel, Neckargemünd, 1962.
- Stainforth, Peter, *Wings of the Wind*, Arms & Armour, Londres, 1982.
- Starr, Chester G., ed., *From Salerno to the Alps*, Infantry Journal Press, Washington, D. C., 1948.
- Statistical Review World War II*, War Department, U.S. Army Service Forces, Washington, D. C., 1946.
- Stegall, James R., *Grasshopper Pilot: Salerno to the Yalu*, Ravenhaus Press, 2002.

- Steinbeck, John, *Once There Was a War*, Viking, Nueva York, 1958. [Hay traducción castellana: *Hubo una vez una guerra*, Edhasa, Barcelona, 2002.]
- Steinhof, Johannes, *Messerschmitts over Sicily*, Nautical and Aviation Publishing, Baltimore, 1987.
- Stenbuck, Jack, ed., *Typewriter Battalion*, William Morrow, Nueva York, 1995.
- Stephen, Martin, *The Fighting Admirals: British Admirals of the Second World War*, Naval Institute Press, Annapolis (Maryland), 1991.
- Stern, Michael, *Into the Jaws of Death*, Robert M. McBride, Nueva York, 1944.
- Stevens, W. G., *Freyberg, V.C., The Man, 1939-1945*, Reed, Wellington, 1965.
- Stevens, G. R., *Fourth Indian Division*, McLaren and Son, Toronto, s. f.
- Stiles, Bert, *Serenade to the Big Red*, W. W. Norton, Nueva York, 1947.
- Stilwell, Joseph W. y Theodore H. White, ed., *The Stilwell Papers*, William Sloane, Nueva York, 1948.
- Stimson, Henry L. y McGeorge Bundy, *On Active Service in Peace and War*, Harper, Nueva York, 1947.
- Stoler, Mark A., *Allies and Adversaries*, University of North Carolina Press, Chapel Hill (Carolina del Norte), 2000.
- , *George C. Marshall: Soldier-Statesman of the American Century*, Twayne, Nueva York, 1989.
- Stradling, Harriet, ed., *Johnny*, Bookcraft, Salt Lake City, 1946.
- Strong, Kenneth, *Intelligence at the Top*, Doubleday, Garden City (Nueva York), 1969.
- Strutton, Bill, Michael Pearson, *The Beachhead Spies*, Ace Books, Nueva York, 1958.
- Sulzberger, C. L., *A Long Row of Candles*, Macmillan, Nueva York, 1969.
- Summersby, Kay, *Eisenhower Was My Boss*, Prentice-Hall, Nueva York, 1948.
- Taggart, Donald G., *History of the Third Infantry Division in World War II*, Infantry Journal Press, Washington, D. C., 1947.
- Tapert, Annette, ed., *Lines of Battle*, Times Books, Nueva York, 1987.
- Tayloe, Roberta Love, *Combat Nurse*, Fithian Press, Santa Barbara (California), 1988.
- Taylor, John M., *General Maxwell Taylor: The Sword and the Pen*, Doubleday, Nueva York, 1989.
- Taylor, Maxwell D., *Swords and Plowshares*, W. W. Norton, Nueva York, 1972.
- Tedder, lord, *With Prejudice*, Little, Brown, Boston, 1966.
- Terlecki, Olgierd, *Poles in the Italian Campaign, 1943-1945*, Council for Protection of Monuments of Struggle and Martyrdom, Varsovia, 1972.

- Thompson, W. H., *I Was Churchill's Shadow*, Christopher Johnson, Londres, 1951.
- Thruelsen, Richard y Elliot Arnold, *Mediterranean Sweep*, Duell, Sloan & Pearce, Nueva York, 1944.
- Tickell, Jerrard, *Ascalon*, Hodder & Stoughton, Londres, 1964.
- The Tiger Triumphs*, H. M. Stationery Office, Londres, 1946.
- Tobin, James, *Ernie Pyle's War*, University Press of Kansas, Lawrence (Kansas), 1997.
- Toland, John, *Adolf Hitler*, Ballantine, Nueva York, 1981. [Hay traducción castellana: *Adolf Hitler*, Cosmos, Madrid, 1977.]
- Tompkins, Peter, *Italy Betrayed*, Simon & Schuster, Nueva York, 1966.
- Towne, Allen N., *Doctor Danger Forward*, McFarland, Jefferson (Carolina del Norte), 2000.
- Tregaskis, Richard, *Invasion Diary*, Random House, Nueva York, 1944.
- Trevelyan, Raleigh, *Rome '44*, Viking, Nueva York, 1981.
- Truscott, L. K., Jr., *Command Missions*, E. P. Dutton, Nueva York, 1954.
- Tucídides, *History of the Peloponnesian War*, traducción de Rex Warner, Penguin, Londres, 1972. [Hay traducción castellana: *Historia de la guerra del Peloponeso*, Gredos, 4 vols., Madrid, 1990-1992.]
- Tully, Grace, *F. D. R., My Boss*, Scribners, Nueva York, 1949.
- Valentine, A. W., *We Landed in Sicily and Italy: A Story of the Devons*, Gale & Polden, Aldershot, 1943.
- Van Creveld, Martin, *Supplying War*, Cambridge University Press, Cambridge, 1977. [Hay traducción castellana: *Los abastecimientos en la guerra*, Servicio de Publicaciones del Ejército de Tierra, Estado Mayor, Madrid, 1985.]
- Vaughan-Thomas, Wynford, *Anzio*, Holt, Rinehart & Winston, Nueva York, 1961.
- Verney, Peter, *Anzio 1944: An Unexpected Fury*, B. T. Batsford, Londres, 1978.
- Vian, Philip, *Action This Day*, Frederick Miller, Londres, 1960.
- Vigneras, Marcel, *Rearming the French, USAWWII*, Department of the Army, Washington, D. C., 1957.
- Vining, Donald, ed., *American Diaries of World War II*, Pepys Press, Nueva York, 1982.
- Vokes, Chris, *Vokes: My Story*, Gallery Books, Ottawa, 1985.
- Von Senger und Etterlin, Frido, *Neither Fear nor Hope*, Presidio, Novato (California), 1989.
- Voss, Frederick S., *Reporting the War*, Smithsonian Press, Washington, D. C., 1994.
- Wade, Betsy, ed., *Forward Positions: The War Correspondence of Homer Bigart*, University of Arkansas Press, Fayetteville (Arkansas), 1992.

- Wagner, Robert L., *The Texas Army*, s. e., Austin, 1972.
- Walker, Fred L., *From Texas to Rome*, Taylor Publishing, Dallas, 1969.
- Wallace, Robert, *The Italian Campaign*, Time-Life Books, Alexandria (Virginia), 1978.
- Walters, Vernon A., *Silent Missions*, Doubleday, Garden City (Nueva York), 1978.  
[Hay traducción castellana: *Misiones secretas*, Planeta, Barcelona, 1981.]
- Wandrey, June, *Bedpan Commando*, Elmore Publishing, Elmore (Ohio), 1989.
- Warlimont, Walter, *Inside Hitler's Headquarters, 1939-1945*, traducción de R. H. Barry, Presidio, Novato (California), 1964. [Hay traducción castellana: *En el cuartel general de Hitler*, Caralt, Barcelona, 1968.]
- Warner, Phillip, *Horrocks: The General Who Led from the Front*, Hamish Hamilton, Londres, 1984.
- Warren, John C., *Airborne Missions in the Mediterranean, 1942-1945*, USAF Historical Division, Air University, 1955.
- Waugh, Evelyn, *The End of the Battle*, Back Bay Books, Boston, 2000.
- Weckstein, Leon, *Through My Eyes*, Hellgate Press, Central Point (Oregón), 1999.
- Wedemeyer, Albert C., *Wedemeyer Reports!*, Henry Holt, Nueva York, 1958.
- Weigley, Russell F., *The American Way of War*, Indiana University Press, Bloomington, 1977.
- Weinberg, Gerhard L., *A World at Arms*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995. [Hay traducción castellana: *Un mundo en armas*, Grijalbo, Barcelona, s. f.]
- Welker, Robert H., *A Different Drummer*, Beacon Press, Boston, 1958.
- Wellard, James, *The Man in a Helmet*, Eyre & Spottiswoode, Londres, 1947.
- Wells, Lloyd M., *From Anzio to the Alps*, University of Missouri Press, Columbia (Missouri), 2004.
- Westermann, Edward B., *Flak*, University, Press of Kansas, Lawrence (Kansas), 2001.
- Westmoreland, William C., *A Soldier Reports*, Doubleday, Garden City (Nueva York), 1976.
- What to Do Aboard a Transport*, Science Service, Washington, D. C., 1943.
- Wheeler, William Reginald, ed., *The Road to Victory: A History of Hampton Roads Port of Embarkation in World War II*, vol. 1, Yale University Press, Newport News (Virginia), 1946.
- White, Nathan William, *From Fedala to Berchtesgaden*, s. e., 1974.
- Whitehead, Don, «*Beachhead Don*», John B. Romeiser, ed., Fordham University Press, Nueva York, 2004.

- Whitehead, Ernest D., *World War II: An Ex-Sergeant Remembers*, Morris Publishing, Kearney (Nebraska), 1996.
- Whiting, Charles, *Bradley*, Ballantine, Nueva York, 1971.
- Whitlock, Flint, *The Rock of Anzio*, Westview, Boulder (Colorado), 1998.
- Williams, David, *Liners in Battledress*, Vanwell Publishing, St. Catharines (Ontario), 1989.
- Williams, Mary H., ed., *Chronology, 1941-1945, USAWWII*, U.S. Army, Washington, D. C., 1960.
- Wilson, mariscal de campo lord, *Eight Years Overseas*, Hutchinson, Londres, 1950.
- Wilt, Alan F., *War from the Top*, Indiana University Press, Bloomington, 1990.
- Wiltse, Charles M., *The Medical Department: Medical Service in the Mediterranean and Minor Theaters, USAWWII*, Center of Military History, Washington, D. C., 1987.
- Winterbotham, F. W., *The Ultra Secret*, Harper & Row, Nueva York, 1974. [Hay traducción castellana: *Ultrasecreto*, Grijalbo, Barcelona, 1975.]
- Winton, John, *Cunningham*, John Murray, Londres, 1998.
- Wiskemann, Elizabeth, *The Rome-Berlin Axis*, Oxford University Press, Nueva York, 1949.
- Woerpel, Don, *A Hostile Sky*, Andon Press, Marshall (Wisconsin), 1977.
- Wood, Alan, *The Glider Soldiers*, Spellmount, Tunbridge Wells, 1992.
- Woodruff, William, *Vessel of Sadness*, Southern Illinois University Press, Carbondale (Illinois), 1978.
- Young, Desmond, *Rommel, the Desert Fox*, Harper & Row, Nueva York, 1950. [Hay traducción castellana: *Rommel*, Bruguera, Barcelona, 1978.]
- Zambardi, Maurizio, *Memorie di guerra*, Edizioni Eva, Venafro, s. f. Traducción de Monia Cozzolino como *War Memories*, [www.edizionieva.com](http://www.edizionieva.com), Venafro, 2006.
- , *San Pietro Infine*, traducción de Geny Di Palo, s, e., 1998.
- Zuckerman, Solly, *From Apes to Warlords*, Harper & Row, Nueva York, 1978.
- Zuehlke, Mark, *The Gothic Line*, Douglas & McIntyre, Vancouver, 2003.
- , *The Liri Valley*, Stoddart, Toronto, 2001.
- , *Ortona*, Stoddart, Toronto, 1999.

#### PUBLICACIONES PERIÓDICAS

- Aarons, George, «Cameraman in Cassino», *Yank* (21 de mayo de 1944), pp. 3 y ss.
- Abati, Anthony J., «Cisterna di Littoria: A Brave Yet Futile Effort», *Army History* (otoño de 1991), pp. 13 y ss.

Adams, Henry M., «Allied Military Government in Sicily 1943», *Military Affairs* (otoño de 1951), pp. 157 y ss.

«Allen and His Men», *Time* 42, n.º 6 (9 de agosto de 1943), pp. 30 y ss.

Andrus, Clift, «Troina Addenda», *Field Artillery Journal* (marzo de 1944), pp. 163 y ss.

«“Anything, Anytime, Anywhere Bar Nothing”: Remembering “Paddy” Flint», *Journal of America’s Military Past* 24, n.º 1 (primavera de 1967): 52 y ss.

Arderly, Philip P., «A Veteran of the August 1943 Ploesti Raid», *World War II* (julio de 2001), pp. 85 y ss.

Ashmore, William G., «Supply Planning for Beachhead Operations», *Quartermaster Review* (enero-febrero de 1945), pp. 18 y ss.

Banks, William D., «Target: Ploesti», *Harper’s* 188, n.º 1126 (marzo de 1944), pp. 299 y ss.

«Battle Casualties», *Infantry Journal* (septiembre de 1949), pp. 18 y ss.

«The Battle for San Pietro», *After the Battle*, n.º 18 (1997): 1 y ss.

«The Battle for Troina», *Life* (30 de agosto de 1943), 28 y ss.

Baxter, W. C., «Goums Marocains», *Cavalry Journal* 53, n.º 2 (marzo-abril de 1944), pp. 62 y ss.

«Beachhead Offensive», *Newsweek* (5 de junio de 1944), p. 23.

Beard, Travis, «Turning the Tide at Salerno», *Naval History* 17, n.º 5 (octubre de 2003), pp. 34 y ss.

Belden, Jack, «Battle of Sicily», *Time* 42, n.º 4 (26 de julio de 1943), pp. 27 y ss.

Bess, Demaree, «Power Politics Succeeded in Italy», *Saturday Evening Post* (30 de octubre de 1943), pp. 20 y ss.

Biddle, George, «Report from the Italian Front», *Life* 16, n.º 2 (3 de enero de 1944), pp. 13 y ss.

Blumenson, Martin, «Sicily and Italy: Why and What For?», *Military Review* (febrero de 1966), pp. 61 y ss.

Cairns, Bogardus S., «The Breakout at Anzio», *Military Review* (enero de 1949), pp. 23 y ss.

Capa, Robert, «The Surrender of Palermo», *Life* 15, n.º 8 (23 de agosto de 1943), pp. 25 y ss.

«Censorship Takes Anzio», *Time* (28 de febrero de 1944), p. 46.

Clagett, John, «Admiral H. Kent Hewitt, U.S. Navy», *Naval College Review*, dos partes (verano y otoño de 1975), pp. 60 y ss, 72 y ss.

Clark, Mark W., «Salerno», *After the Battle*, n.º 95 (1997), pp. 1 y ss.

- Cochran, Alexander S., Jr., «Low as We Could Go», *Military History* (abril de 1985), pp. 42 y ss.
- Collier, Cameron D., «Tiny Miracle: The Proximity Fuze», *Naval History* (julio-agosto de 1999), pp. 43 y ss.
- Connor, A. O., «On the Defense: Notes from the Anzio Beachhead», *Infantry Journal* (julio de 1944), pp. 35 y ss.
- Couch, Joseph R., «Breaking the Gustav Line», *Field Artillery Journal* 34, n.º 8 (agosto de 1944), pp. 506 y ss.
- Crosswell, D. K. R., «The Chief of Staff», *Indiana Military History Journal* 13, n.º 1 (enero de 1988), pp. 3 y ss.
- Cruse, Don, «Operation Torch 1942», *Aerograph, National Weather Service Newsletter* 22, n.º 2 (mayo de 1998).
- D'Este, Carlo, «The Slaps Heard Round the World», *MHQ: The Quarterly Journal of Military History* 8, n.º 2 (invierno de 1996), pp. 64 y ss.
- D'Orsa, Charles S., «The Trials and Tribulations of an Army G-4», *Military Review* 25, n.º 4 (julio de 1945), pp. 23 y ss.
- Dahlen, Chester A., «Defense of a River Line», *Military Review* 29, n.º 11 (febrero de 1950), pp. 30 y ss.
- Darnell, Donald P., «Brigadier General Theodore Roosevelt, Jr», *World War II* (mayo de 1998), pp. 18 y ss.
- «Defender of Empire», *Time* (28 de febrero 1944), pp. 28 y ss.
- Denno, Bryce F., «Allen and Huebner: Contrast in Command», *Army* (junio de 1984), pp. 62 y ss.
- , «Eight-Ball Cannoneers», *Field Artillery Journal* (enero-febrero de 1983), pp. 12 y ss.
- Deutschman, Paul E., «After the Battles», *Life* (19 junio de 1944), pp. 53 y ss.
- Diamond, William J., «Water Is Life», *Military Engineer* (agosto de 1947), pp. 330 y ss.
- «Did Strategic Bombing Work?», *MHQ: The Quarterly Journal of Military History* 8, n.º 3 (primavera de 1996), pp. 29 y ss.
- Dixon, Thomas W., «Terry Allen», *Army* (abril de 1978), pp. 57 y ss.
- Dzibuan, Stanley W., «When Engineers Fight as Infantry», *Army* (septiembre de 1962), pp. 68 y ss.
- Ellis, Lewis N., «Ploesti: A Pilot's Diary», *American Heritage* 34 (octubrenoviembre de 1983), pp. 77 y ss.
- Essame, H., «A Controversial Campaign-Italy, 1943-45», *Army Quarterly and Defence Journal* (enero de 1968), pp. 219 y ss.

- «The Fall of Rome», *Life* (14 de julio de 1944), p. 38.
- «FHQu Wolfsschanze», *After the Battle*, n.º 19 (1977), pp. 28 y ss.
- Fisher, Ernest F., «A Classic Stratagem on Monte Artemisio», *Military Review* (febrero de 1963), pp. 79 y ss.
- Fitzpatrick, G. R. D., «Anzio and Its Lessons», *Military Review* (julio de 1951), pp. 97 y ss.
- Fleisher, Bob, «Truscott Leads Memorial Day Rites», *Stars and Stripes* 2, n.º 174 (31 de mayo de 1945), p. 1.
- Fuller, J. F. C., «The Why and Wherefore of the Italian Offensive», *Newsweek* (5 de junio de 1944), p. 22.
- «G.I. Nightingale», *Time* (28 de febrero de 1944), p. 88.
- Gavin, James M., «Airborne Plans and Operations in the Mediterranean Theater», *Infantry Journal* (agosto de 1946), pp. 22 y ss.
- , «Paratroops over Sicily», *Infantry Journal* (noviembre de 1945), pp. 25 y ss.
- Geake, Robert, «Mule Pack Trains in Italy», *Cavalry Journal* (marzo-abril de 1944), pp. 74 y ss.
- Gellhorn, Martha, «Cracking the Gothic Line», *Collier's* (28 de octubre de 1944), pp. 24 y ss.
- «Geoffrey Keyes», *Assembly* (septiembre de 1973), p. 121.
- Gervasi, Frank, «Alexander the Modest», *Collier's* (12 de febrero de 1944), pp. 13 y ss.
- , «Battle at Cassino», *Collier's* (18 de marzo de 1944), pp. 20 y ss.
- Giangreco, D. M., «Spinning the Casualties: Media Strategies During the Roosevelt Administration», *Passport* 35, n.º 3 (diciembre de 2004), pp. 22 y ss.
- Goldsmith, R. F. K., «The Development of Air Power in Joint Operations», *Army Quarterly and Defence Journal*, parte 2 (octubre de 1967), pp. 59 y ss.
- Gordon, John E., «The Strategic and Tactical Influence of Disease in World War II», *Military Review* 28, n.º 12 (marzo de 1949), pp. 29 y ss.
- Gorlinski, Joseph S., «Naples: Case History in Invasion», *Military Engineer* 36 (abril de 1944), pp. 109 y ss.
- Green, John H., «The Battles for Cassino», *After the Battle*, n.º 13 (1976), pp. 1 y ss.
- Greene, Joseph I., «Operation corkscrew: Tough Decision», *Infantry Journal* LIX, n.º 5 (noviembre de 1946), pp. 20 y ss.
- Greenwood, John T., «The U.S. Army and Amphibious Warfare During World War II», *Army History* (verano 1993), pp. 1 y ss.
- Guild, Walter A., «That Damned Smoke Again», *Infantry Journal* (octubre de 1944), pp. 25 y ss.



- Hamburger, Philip, «Letter from Rome», *New Yorker* (7 de julio de 1944), pp. 52 y ss.
- Hamilton, Maxwell, «Junior in Name Only», *The Retired Officer* (junio de 1981), pp. 28 y ss.
- Hanson, Frederick R., «Combat Psychiatry», *Bulletin of the U.S. Army Medical Department* 9 (noviembre de 1949).
- Harmon, Ernest N., «From the Anzio Beachhead to Viterbo», *Military Review* (noviembre de 1944), pp. 38 y ss.
- Heiser, Joseph, «Prisoner of War», *T-Patcher News Letter* (invierno de 2003), pp. 9 y ss.
- Heitmann, Jan, «“Gomorraah”—The Hamburg Firestorm», *After the Battle* 70 (1990), pp. 1 y ss.
- Hersey, John, «AMGOT at Work», *Life* 15, n.º 8 (23 de agosto de 1943), p. 25.
- , «Nicosia Battle», *Time* (9 de agosto de 1943), pp. 30 y ss.
- Hewitt, H. Kent, «The Allied Navies at Salerno», *United States Naval Institute Proceedings* 79, n.º 9 (septiembre de 1953), pp. 958 y ss.
- , «Naval Aspects of the Sicilian Campaign», *United States Naval Institute Proceedings* 79, n.º 7 (julio de 1953), pp. 705 y ss.
- Higgins, Trumbull, «The Anglo-American Historians’ War in the Mediterranean, 1942-1945», *Military Affairs* 34, n.º 3 (octubre de 1970), pp. 84 y ss.
- Hixson, John A., «Operation shingle: Combined Planning and Preparation», *Military Review* (marzo de 1989), pp. 64 y ss.
- Hood, Bruton F., «The Gran Sasso Raid», *Military Review* (febrero de 1959), pp. 55 y ss.
- Hussa, Norman, «Action at Salerno», *Infantry Journal* 53, n.º 6 (diciembre de 1943), pp. 25 y ss.
- Hutchinson, William S., «Use of the 4.2-inch Chemical Mortar in the Invasion of Sicily», *Military Review* (noviembre de 1943), pp. 13 y ss.
- «Italy Looks in Desperation for a Strong Man», *Life* 15, n.º 6 (9 de agosto de 1943), pp. 15 y ss.
- Jefford, C. G., «Fratricide: an Overview of Friendly Fire Incidents in the 20th Century», *Royal Air Force Historical Society Journal*, n.º 34 (2005), pp. 82 y ss.
- Kahn, E. J., Jr., «Education of an Army», *New Yorker* 20, n.º 35 (14 de octubre de 1944), pp. 21 y ss, y n.º 36 (21 de octubre de 1944), pp. 34 y ss.
- , «Something Rotten in the Fruit Salad», *Infantry Journal* (mayo de 1946), pp. 19 y ss.

- Keller, E. R., «Quartermasters–Battle-Proved», *Quartermaster Review* (mayo-junio de 1944), pp. 24 y ss.
- Kent, George, «The Last Days of Dictator Benito Mussolini», *Reader's Digest* (octubre de 1944), pp. 13 y ss.
- Kingseed, Cole C., «WWII's Airborne Commanders: "The Stuff of Instant Legend"», *Army* (julio de 1996), pp. 31 y ss.
- Kohn, Richard H., ed., «The Scholarship on World War II», *Journal of Military History* 55, n.º 3 (julio de 1991), pp. 365 y ss.
- Krammer, Arnold P., «German Prisoners of War in the United States», *Military Affairs* 40, n.º 2 (abril de 1976), 67 y ss.
- Lang, Daniel, «Letter from Rome», *New Yorker* (17 de junio de 1944), pp. 65 y ss.
- , «Letter from Rome», *New Yorker* (24 de junio de 1944), pp. 52 y ss.
- , «Letter from Rome», *New Yorker* (15 de julio de 1944).
- Lang, Will, «Doughboys' Beachhead», *Time* (7 de febrero de 1944), p. 22.
- , «Lucian King Truscott, Jr», *Life* (2 de octubre de 1944), pp. 96 y ss.
- Lanning, Michael L., «Goodbye to Captain Waskow», *VFW Magazine* (mayo de 1981), pp. 19 y ss.
- Lardner, John, «Horrors of War in America», *Newsweek* (12 de julio de 1943), pp. 12 y ss.
- Leighton, Richard M., «Overlord Revisited: An Interpretation of American Strategy in the European War, 1942-1944», *American Historical Review* 68, n.º 4 (julio de 1963), pp. 919 y ss.
- , «Planning for Sicily», *United States Naval Institute Proceedings* (julio de 1962), pp. 90 y ss.
- Lewis, Charles Lee, «The Byzantine Invasion of North Africa, Sicily, and Italy», *United States Naval Institute Proceedings* (noviembre de 1943), pp. 1435 y ss.
- Liebling, A. J., «Find 'Em, Fix 'Em, and Fight 'Em», *New Yorker* 19, n.º 10 (24 de abril de 1943), pp. 21 y ss, y n.º 11 (1 de mayo de 1943), pp. 24 y ss.
- «Lieutenant Audie Murphy», *After the Battle*, n.º 3 (1973), pp. 28 y ss.
- Longmire, Carey, «The Beachhead-Happy Thunderbird», *Saturday Evening Post* (30 de noviembre de 1946), pp. 25 y ss.
- Lowry, F. J., «The Naval Side of the Anzio Invasion», *United States Naval Institute Proceedings* (enero de 1954), pp. 22 y ss.
- Lytton, Henry D., «Bombing Policy in the Rome and Pre-Normandy Invasion Aerial Campaigns», *Military Affairs* 47, n.º 2 (abril de 1983), pp. 53 y ss.
- MacLean, French L., «German General Officer Casualties in World War II: Lessons for Future War», *Military Review* 70, n.º 4 (abril de 1990), pp. 45 y ss.

- «Major Martin: The Story Continues», *After the Battle*, n.º 64 (1989), pp. 41 y ss.
- «Malta C.G.», *After the Battle*, n.º 10 (1975), pp. 1 y ss.
- Manson, Morse P. y Harry M. Grayson, «Why 2,776 American Soldiers in the Mediterranean Theater of Operation Were Absent Without Leave», *American Journal of Psychiatry* (julio de 1946), pp. 50 y ss.
- Margry, Karel, «The Invasion of Sicily», *After the Battle*, n.º 77 (1992).
- , «Mustard Disaster at Bari», *After the Battle*, n.º 79 (1993), pp. 34 y ss.
- Matthews, Sidney T., «The French in the Drive on Rome», *Revue Historique de l'Armée*, número especial, 1957.
- McLain, Raymond S., Jr., «LTG Raymond S. McLain», *National Guard* (marzo de 1987), pp. 22 y ss.
- Melanephy, James P. y John G. Robinson, «Savannah at Salerno», *Surface Warfare* 6, n.º 3 (marzo de 1981), pp. 2 y ss.
- Meske, Fritz, «The Anzio-Nettuno Bridgehead: A German Account», *Military Review* (junio de 1944).
- , «Die Wehrmacht», *Military Review* (junio de 1944).
- «1944», *Life* 16, n.º 2 (3 de enero de 1944), p. 20.
- Miles, Sherman, «Patton Preferred», *Atlantic Monthly* (diciembre de 1947), pp. 128 y ss.
- Miller, Merle, «Second Battle of Oran», *Yank* 3, n.º 49 (25 de mayo de 1945), pp. 2 y ss.
- Morgan, Roger, «The Man Who Almost Is», *After the Battle*, n.º 54 (1986), pp. 1 y ss.
- , «The Second World War's Best Kept Secret Revealed», *After the Battle*, n.º 94 (1996), pp. 31 y ss.
- Morris, Ellen Birkett, «The Woman Behind the Man», *The Patton Saber* (otoño de 2002), p. 1.
- Morris, W. H. H., Jr., «Salerno», *Military Review* 13, n.º 12 (marzo de 1944), pp. 5 y ss.
- Morrow, N. P., «Employment of Artillery in Italy», *Field Artillery Journal* 34, n.º 8 (agosto de 1944), pp. 499 y ss.
- Mulcahy, Robert, «If You Die, You Die», *World War II* 21, n.º 7 (noviembre de 2006), p. 34.
- Muller, F. M., «2nd Armored Division Combat Loading, Sicily», *Armored Cavalry Journal* (julio-agosto de 1947), pp. 2 y ss.
- Nalty, Bernard y Truman Strobridge, «The Lucky Chase», *Sea Classics*, s. f., pp. 14 y ss.

- «News Published First Allied Paper in Sicily», *45th Division News* 5, n.º 38 (10 de julio de 1945).
- O'Neill, James, «Welcome to Rome», *Yank* (18 de junio de 1944), pp. 10 y ss.
- Owen, William V., «Transportation and Supply on Anzio», *Infantry Journal* (marzo de 1946), p. 32.
- Painton, Frederick C., «Dirty Work on the Road to Rome», *Saturday Evening Post* (19 de febrero de 1944).
- Peracarro, Domenico, «The Italian Army in Africa, 1940-1943», *War & Society* 9, n.º 2 (octubre de 1991), pp. 103 y ss.
- Percy, William Alexander, «Jim Crow and Uncle Sam: The Tuskegee Flying Units and the U.S. Army Air Forces in Europe During World War II», *Journal of Military History* 67, n.º 3 (julio de 2003), pp. 773 y ss.
- Perry, George Sessions, «A Reporter at Large», *New Yorker* (24 de julio de 1943), pp. 50 y ss.
- , «A Reporter at Large», *New Yorker* (14 de agosto de 1943), pp. 46 y ss.
- Peters, Walter, «Old Hands in the Business», *Yank* (28 de mayo de 1944), pp. 9 y ss.
- Pick, Charles F., Jr., «Torpedo on the Starboard Beam», *United States Naval Institute Proceedings* (agosto de 1970), pp. 90 y ss.
- Polmar, Norman y Thomas B. Allen, «The LST», *MHQ: The Quarterly Journal of Military History* 4, n.º 4 (verano de 1992), pp. 68 y ss.
- Powers, John L., «Crossing the Rapido», *Infantry Journal* 56, n.º 5 (mayo 1945), pp. 50 y ss.
- Prickett, Jack Hamilton, «Invasion Points in Italy», *Quartermaster Review* (mayo-junio de 1944), pp. 27 y ss.
- «The Rangers», *Life* (2 de julio de 1944), pp. 59 y ss.
- Raymond, Edward A., «The Caves of Anzio», *Field Artillery Journal* (diciembre de 1944), pp. 851 y ss.
- , «A Fight», *Field Artillery Journal* (marzo de 1945), p. 156.
- Reid, Brian Holden, «The Italian Campaign, 1943-1945: A Reappraisal of Allied Generalship», *Journal of Strategic Studies* 13, n.º 1 (marzo de 1990), pp. 128 y ss.
- Reinartz, E. G., «Aviation Medicine in the Army», *Scientific Monthly* (diciembre de 1944), pp. 451 y ss.
- «The Rescue of Mussolini», *After the Battle*, n.º 22 (1978), pp. 12 y ss.
- Revelle, George H., Jr., «Under Fifth Army a Division G-4 Operates», *Military Review* 25, n.º 3 (junio de 1945), pp. 49 y ss.
- «Robert Tryon Frederick», *Assembly* (primavera de 1972), p. 106.

- Rust, Kenn C., ed., «Out in the Blue: The War Diary of John R. “Killer” Kane», *American Aviation Historical Society Journal* 28 (verano de 1983), parte 4, p. 126.
- Sadkovich, James J., «Of Myths and Men: Rommel and the Italians in North Africa, 1940-1942», *International History Review* 13, n.º 2 (mayo de 1991), pp. 284 y ss.
- Saunders, D. M., «The Bari Incident», *United States Naval Institute Proceedings* 93, n.º 9 (septiembre de 1967), pp. 35 y ss.
- «Settled Front», *Time* (1 de mayo de 1944), pp. 27 y ss.
- Sevareid, Eric, «The Price We Pay in Italy», *Nation* (9 de diciembre de 1944), pp. 713 y ss.
- Shubert, Lyndon, «Eyewitness to the Raid on Ploesti», *Aviation History* (marzo de 2000).
- , «Story of the *Vagabond King*», *Eyewitness to War*, s. f., pp. 34 y ss.
- Silver, Leda M., «Cartoonist for All Wars», *Retired Officer Magazine* (octubre de 1992), pp. 42 y ss.
- Simmons, James Stevens, «How Magic Is DDT?», *Saturday Evening Post* (6 de enero de 1945), pp. 18 y ss.
- Slim, mariscal de campo sir William, «Higher Command in War», *Military Review* (mayo de 1990), pp. 10 y ss.
- Smith, Mickey C. y Dennis Worthen, «Soldiers on the Production Line», *Pharmacy in History* 37 (1995), pp. 183 y ss.
- Smyth, Howard McGaw, «The Armistice of Cassibile», *Military Review* 28, n.º 6 y 7 (septiembre y octubre de 1948).
- , «The Command of the Italian Armed Forces in World War II», *Military Affairs* 15, n.º 1 (primavera de 1951), pp. 38 y ss.
- «Soap Shrinkage», *Newsweek* (12 de julio de 1943), p. 57.
- Spiller, Roger J., «The Price of Valor», *MHQ: The Quarterly Journal of Military History* (primavera de 1993), pp. 100 y ss.
- «Stafford LeRoy Irwin», *Assembly*, julio de 1956.
- Steckel, Francis C., «Morale Problems in Combat», *Army History* (verano de 1994), pp. 1 y ss.
- Stewart, Roy P., «Raymond S. McLain, America’s Greatest Citizen Soldier», *Chronicles of Oklahoma* 59, n.º 1 (primavera de 1981), pp. 4 y ss.
- «The Taking of Rome», *Life* (26 de junio de 1944), p. 87.
- Thomson, S. W., «Christmas in Ortona», *Canadian Military History* 2, n.º 2 (otoño de 1993), pp. 24 y ss.

- Tice, Grady G., «POWs Never Forget War», *Commerce Journal* (4 de marzo de 2001).
- Turner, Thomas E., «Killer Kane», *Airman* (agosto de 1983), pp. 38 y ss.
- Van Deusen, E. S., «Trucks That Go Down to the Sea», *Army Ordnance* 25 (noviembre-diciembre de 1943), pp. 555 y ss.
- Von Senger und Etterlin, Fridolin, «Die Abwehr der Achsenmächte auf Sizilien», *Allgemeine schweizerische Militär Zeitschrift* 116, n.º 12 (diciembre de 1950), pp. 853 y ss.
- Wanke, Paul, «American Military Psychiatry and Its Role Among Ground Forces in World War II», *Journal of Military History* 63, n.º 1 (enero de 1999), pp. 127 y ss.
- Weingartner, James J., «Massacre at Biscari: Patton and an American War Crime», *Historian* 52, n.º 1 (noviembre de 1989), pp. 24 y ss.
- Welker, Robert H., «GI Jargon: Its Perils and Pitfalls», *Saturday Review of Literature* (octubre de 1944), pp. 7 y ss.
- Wells, Ray, «Battalion Commander», *Fighting 36th Historical Quarterly* 12, n.º 1 (primavera de 1992).
- Wertenbaker, Charles Christian, «The Invasion Plan», *Life* (12 de junio de 1944), pp. 95 y ss.
- , «Omar Nelson Bradley», *Life* (5 de junio de 1944), pp. 101 y ss.
- Wise, James E., «To Sicily with Alec Guinness», *Naval History* (junio de 2002), pp. 37 y ss.
- Wittels, David G., «Are We Coddling Italian Prisoners?», *Saturday Evening Post* (3 de marzo de 1945), pp. 18 y ss.
- Worthen, Dennis B., «Pharmacists in World War II», *Journal of the American Pharmaceutical Association* 41, n.º 3 (mayo-junio de 2001), pp. 479 y ss.
- Yarborough, William P., «House Party in Jerryland», *Infantry Journal* 55, n.º 1 (julio de 1944), pp. 8 y ss.

#### PRENSA

- «Army News Policy», *Army and Navy Register*, 8 de abril de 1944, p. 9.
- Bracker, Milton, «Anzio, 20 Years After Battle, Evokes Memories», *New York Times*, 22 de enero de 1964.
- , «Railway Battles Fought in Italy», *New York Times*, 17 de octubre de 1943.
- , «When the Fight Means Kill or Be Killed», *New York Times Magazine*, 28 de mayo de 1944, p. 10.

- Clark, Edgar, «Beachhead Becomes More Anglo-American in Aspect», *Stars and Stripes*, 21 de abril de 1944.
- Coe, Donald, «Army Releases Patton Story After Denial», *Boston Traveler*, 23 de noviembre de 1943, p. 1.
- Cunningham, Andrew, «Operations in Connection with the Landing in the Gulf of Salerno on 9th September, 1943», *London Gazette*, 28 de abril de 1950, suplemento.
- Downs, Kenneth T., «Nothing Stopped the Timberwolves», *Saturday Evening Post*, 17 de agosto de 1946, pp. 20 y ss.
- Dunavan, Clair Panosian, «The Drug That Helped Win the War», *Los Angeles Times Book Review*, 11 de abril de 2004, p. R5.
- Ezard, John, «Error Led to Bombing of Monte Cassino», *Guardian*, 4 de abril de 2000, p. 5.
- Gallup, George, «Public Would Bomb Religious Buildings», *New York Times*, 19 de abril de 1944.
- Gozzer, Tito Vittorio, «Towards Rome with the Allies», *Il Tempo*, 29 de mayo-4 de junio de 1984, 3.
- Johnson, Thomas M., «The Army's Fightingest Outfit Comes Home», *St. Louis Post-Dispatch*, 5 de noviembre de 1944.
- Kluckhohn, Frank L., «“Attack, Attack Again” Is Alexander's Motto», *New York Times Magazine*, 8 de agosto de 1943, pp. 20 y ss.
- Levy, Claudia, «Pulitzer-Winning WWII Cartoonist Bill Mauldin Dies», *Washington Post*, 23 de enero de 2003, p. B6.
- Matthews, Herbert L., «We Test a Plan for Governing Sicily», *New York Times Magazine*, 22 de agosto de 1943, pp. 3 y ss.
- Mecklin, John M., «Former Actor Sings Aria as He Fulfills Sicily War Mission», United Press, *New York World-Telegram*, 9 de agosto de 1943.
- Middleton, Drew, «The Battle Saga of a Tough Outfit», *New York Times*, 8 de abril de 1945, pp. 8 y ss.
- Murray, William, «Naples: Variations on a Neapolitan Air», *New York Times*, 19 de noviembre, 2000.
- «Navy Honors D.C. Officer, Weather Expert», *Washington Post*, 7 de diciembre de 1943, p. B9.
- Norris, John G., «Cassino Abbey Attack Order Laid to Briton», *Washington Post*, 4 de septiembre de 1949, p. 1.
- Peebles, Berneta, «Requiem», *Belton (Texas) Journal*, 16 de diciembre, 1993.

- Peterman, Ivan H., «Peterman Discloses Story of Lost Rangers at Anzio Beachhead», *Philadelphia Inquirer*, 15 de abril de 1944, p. 1.
- , «U.S.S. Savannah», *Philadelphia Inquirer*, series, septiembre de 1943.
- «Peter Tompkins, author», obituario, *Washington Post*, 1 de febrero de 2007, p. B6.
- «Queen Mary», *New York Times*, abril de 2004, suplemento publicitario de la Cunard Line, p. ZM1.
- Reston, James B., «Churchill's Cigars», *New York Times Magazine*, 17 de octubre de 1943, pp. 37 y ss.
- Reynolds, Catharine, «Modern Comforts, Ancient Sites», *New York Times*, 3 de septiembre de 2000.
- Saxson, Wolfgang, «N. A. Jewell Is Dead at 90», *New York Times*, 26 de agosto de 2004, p. A13.
- Schudel, Matt, «Frederick C. Branch Was 1st Black Officer in U.S. Marine Corps», *Washington Post*, 13 de abril de 2005, p. B6.
- Sherwood, Seth, «In an Ancient Desert, a Modern Oasis Beckons», *New York Times*, 23 de enero de 2005.
- Simeti, Mary Taylor, «Totally Immersed in Sicily», *New York Times*, 2 de marzo de 1997.
- Sulzberger, C. L., «Life and Death of an American Bomber», *New York Times Magazine*, 16 de julio de 1944, pp. 5 y ss.
- Taylor, Henry J., «The Patton Story: He Slapped, He Raged, He Sobbed in Anger», *Cincinnati Post*, 28 de febrero de 1947, p. 26.
- Tutt, Bob, «Young Officer Was Father Figure», *Houston Chronicle*, 6 de febrero de 1994, p. 28A.
- «U.S. Study Pinpoints Near-Misses», *New York Times*, 31 de junio de 2005, p. 8.
- «Who's Afraid of Vesuvius?», *New York Times*, 26 de agosto de 2003.
- Wilson, P. W., «The Appian Road to Rome», *New York Times Magazine*, 17 de octubre de 1943, p. 34.
- Zielinski, Graeme, «Capt. Richard Steere, 92; Meteorologist for Patton», *Washington Post*, 22 de marzo de 2001, p. B6.

También he recurrido ampliamente a las ediciones del *Washington Post*, el *Washington Evening Star* y el *New York Times* de mayo de 1943, durante la Trident Conference; y a las ediciones del *Columbus (Ohio) Dispatch* del mes de junio de 1944.



*The Citadel Archives and Museum* (Charleston, Carolina del Sur): Mark W. Clark Papers.

*Dwight D. Eisenhower Presidential Library* (Abilene, Kansas): Harry C. Butcher Papers; Norman D. Cota Papers; Dwight D. Eisenhower Papers; Alfred M. Gruenther Papers; C. D. Jackson Papers; Thomas W. Mattingly Collection; Arthur S. Nevins Papers; Lauris Norstad Papers; George S. Patton file; Charles W. Ryder Papers; Walter Bedell Smith Papers; Barbara Wyden Papers.

*45th Infantry Division Museum* (Oklahoma), narraciones personales: William Russell Criss; Harry W. Dobbyn; John Embry; George A. Fisher; Robert Barry Hutchins; Allen Jaynes; William H. Whitman; Kenneth D. Williamson.

*Franklin D. Roosevelt Presidential Library* (Hyde Park, Nueva York): Anna Roosevelt Boettiger Papers; Stephen T. Early Papers; Harry L. Hopkins Papers; Verne Newton Collection; Franklin D. Roosevelt Papers; Henry A. Wallace, diario, en microfilm.

*George C. Marshall Foundation Research Library* (Lexington, Virginia): George C. Marshall Papers; Katherine Tupper Marshall Papers; Frank McCarthy Collection; Lucian K. Truscott, Jr., Papers; Reginald Winn Collection.

*Hoover Institution Archives, Stanford University* (Palo Alto, California): Robert H. Adleman Papers; Norman Lee Baldwin Papers; Robert D. Burhans Papers; Don E. Carleton Papers; Ernest J. Dawley Papers; Robert T. Frederick Papers; George F. Hall Papers; John P. McKnight Papers; Walter J. Muller Papers; Robert D. Murphy Papers; Chester G. Starr Papers; Fred L. Walker Papers.

*Imperial War Museum* (Londres): Gilbert Allnutt, «A Fusilier Remembers Italy»; D. R. E. R. Bateman Papers; A. A. C. W. Brown, «364 Days Service»; O. Carpenter, diario; Nev Coates, «From the London Blitz to the Champs Elysses»; R. H. Day, «We Landed at Nightfall»; C. R. Eke, «A Game of Soldiers»; C. T. Framp, «The Littlest Victory»; Charles Gairdner, diario; Adrian Clements Gore, «This Was the Way It Was»; I. G. Greenlees, «Memoirs of an Anglo-Italian»; Hans Paul Joachim Liebschner, «Iron Cross Roads»; Bernard L. Montgomery Papers; K. G. Oakley, «Sicily, 1943»; Lavinia Orde, «Better Late Than Never»; J. H. Parker-Jones, «My War»; J. E. Porter Papers; R. Priestly, «Volunteers»; G. B. B. Richey Papers; P. Royle, narración; B. Smith, «Waltonia»; K. Shirley Smith, diario; L. Stevenson, diario; H. A. J. Stiebel, «Over the Next Hill»; R. C. Taylor, «Seven Sunrays»; G. E. Thurbon, «Capture of Pantelleria»; J. B. Tomlinson, «Under the Banner of the Battleaxe»; J. K. Windeatt, «Very Ordinary Soldier».

*Library of Congress, Manuscript Division* (Washington, D. C.): Wallace Carroll Papers; H. Kent Hewitt Papers; Curtis LeMay Papers; George S. Patton Papers; Theodore Roosevelt, Jr., Papers; Carl A. Spaatz Papers.

*Liddell Hart Centre for Military Archives, King's College* (Londres): William Ernest Victor Abraham, «Time Off for War»; Lord Alanbrooke Papers; C. W. Allfrey Collection; Ernest Henry Clarke, «Reminiscences»; R. Close-Brooks, «Anzio Beach-head»; James Scott Elliott Papers; H. M. Gale, diario de guerra; John Howson, memorias; B. H. Liddell Hart Collection; Sidney Chevalier Kirkman Papers; John Alec McKee Papers; John Nelson, «Always a Grenadier»; William R. C. Penney Papers; Digby Raeburn, «Some Recollections of a Scots Guardsman»; Dudley Russell Papers; Aidan Mark Sprot, memorias; Philip L. E. Wood Papers.

*McCormick Research Center, First Division Museum* (Cantigny, Illinois): Clift Andrus, notas sobre *A Soldier's Story*; Joseph T. Dawson Collection; John P. Downing, «No Promotion»; Stanhope Brasfield Mason, «Reminiscences and Anecdotes of World War II».

*Miscelánea*: Loyd J. Biss, material sobre U.S.S. *Samuel Chase* proporcionado al autor; John M. Brooks, carta al autor, 19 de octubre de 2003; Paul W. Brown, cartas al autor, 4 de octubre de 2003 y 19 de enero de 2004; Harold Burson, carta al autor, 2 de enero de 2003; Robert E. Coffin, memoria, en posesión del autor; Jerry Countess, memoria, en posesión del autor; J. W. Crawford, Jr., carta al autor, 29 de enero de 2003; Warren Davis, carta al autor, 3 de marzo de 2004; Clifford W. Dorman, «Too Soon for Heroes», en posesión del autor; Christopher Dunphie, carta al autor, 29 de enero de 2004; Graham Erdwurm, cartas al autor, 2003-2004; R. L. V. French Blake, carta al autor, 27 de julio de 2003; G. L. Hanssen, *The Hanssens of Eastern Iowa*, en posesión del autor; Donald V. Helgeson, carta al autor, 25 de julio y 8 de octubre de 2003; William Russell Hinckley, diario, en posesión del autor; Fred Howard, carta al autor, octubre de 2003; Geoffrey Keyes, diario, en posesión del autor; James E. Lalley, carta al autor, 15 de mayo de 2003; D. H. Leatham, carta al autor, 30 de enero de 2003; Sanford H. Margalith, carta al autor, 22 de abril de 2005; Joseph Edgar Martin, «Memoir of World War II», en posesión del autor; Frank Mills, memoria, «Well Dressed at Cassino», en posesión del autor; George Henry Revelle, Jr., cartas, en posesión del autor; Robert A. Riesman, carta al autor, 10 de septiembre de 2002; David Roberts, correo electrónico al autor, 23 de mayo de 2003; Heinz Seltsmann, carta al autor, 9 de junio de 2005; R. C.

Taylor, carta al autor, 11 de agosto de 2003; Joanne Speranza Walker, correo electrónico al autor, 11 de enero de 2003; Aubrey L. Williams, carta al autor, 9 de junio de 2004.

*Narraciones de combates*: Mitchell Jamieson; John McFadzean; Curtis Shears.

*National Archive* (Kew, Reino Unido): Harold R. L. G. Alexander Papers; Francis Toker, cartas a C. J. C. Molony; J. F. M. Whiteley, cartas a John N. Kennedy.

*Naval Historical Center* (Washington, D. C.): H. Kent Hewitt Papers; Samuel Eliot Morison Papers.

*Texas Military Forces Museum* (Austin), narraciones personales: Edie Douglas Adkins; Michael B. Anderson; Nicholas M. Bozic; William D. Broderick; Richard M. Burrage; Russell J. Darkes; R. K. Doughty; James M. Estepp; Edward R. Feagins; Newton H. Fulbright; John D. Goode; Glendower O. Haedge; John Hartman; Harold G. Horning; LeRoy R. Houtson; Armand G. Jones; George Kerrigan; Wayne Kirby; Amil Kohutek; Herbert E. MacCombie; Julian “Dunie” Philips; Hal Reese; Lem Vannatta; Alan Williamson; Jack W. Wilson.

*U.S. Army Military History Institute* (Carlisle, Pensilvania): Terry de la Mesa Allen Papers, Robert W. Black Papers; Clay and Joan Blair Collection; William S. Biddle Papers; Theodore J. Conway Papers; Raymond H. Croll Papers; Donald E. Currier Papers; Ralph P. Eaton Papers; James M. Gavin Papers; Chester B. Hansen Papers; Ernest N. Harmon Papers; Hamilton H. Howze Papers; David Irving Collection; Kenyon Joyce Papers; Walter T. Kerwin, Jr., Papers; John P. Lucas Papers; Sidney T. Matthews Papers; Malcolm S. McLean Papers; Frank J. McSherry Papers; Arthur S. Nevins Papers; Henry C. Newton Papers; Matthew B. Ridgway Papers; John E. Sloan Papers; Albert C. Wedemeyer Papers; Robert J. Wood Papers.

#### DIARIOS Y NARRATIVAS PERSONALES PERTENECIENTES AL MHI ARMY SERVICE EXPERIENCES QUESTIONNAIRE:

1.<sup>a</sup> *división armada* (Dexter F. Arnold; Maurice R. P. Bechard; Robert Bond; Mitchell E. Chafin; Carmene J. DeFelice; George C. Harper; Ralph H. Hempel; Robert J. Loe; James Bernard Mahon; Robert M. Marsh; John H. Mayo; Arthur Robert Moore; Gustav A. Mueller; Raymond Sidel; James Scott Stapel).

1.<sup>a</sup> *división de infantería* (William T. Dillon; William E. Faust; Donald V. Helgeson; Harland W. Hendrick; Clarence B. Kling; George J. Koch; Jarvis Burns Moore; Quinton F. Reams; Kimball Richmond; Henry C. Rowland; Paul L. Skogsberg).

3.<sup>a</sup> *división de infantería* (Jon Clayton; Russell W. Cloer).

36.<sup>a</sup> *división de infantería* (Russell Bodeen; Warner Wisian).

45.<sup>a</sup> *división de infantería* (Franci Accavallo; Ben C. Garbowski; Wayne M. Harris; Elmer W. Horton; Robert B. Hutchins; F. Eugene Liggett; Norman Maffei; Frederick T. McCue; Robert L. Moses; Louis G. Oberkramer; Richard Pisciotta; Frank E. Tinsch).

*U.S. Military Academy Special Collections* (West Point, Nueva York): Pietro Badoglio, cartas; Bernard Shirle y Carter, cartas; Garrison H. Davidson Papers; John F. Davis Papers; Benjamin A. Dickson Papers; John Erbes Papers; Henry E. Gardiner Papers; Hobart Gay, diario; Will Lang, cuadernos; Audie Leon Murphy Papers.

*Yale University Library* (New Haven, Connecticut): Mina Curtiss Collection.

#### ENTREVISTAS DEL AUTOR

Martin Blumenson; Harold Burson; Silvano Casaldi; Russell W. Cloer; J. W. Crawford; Douglas Gould; Arthur L. Funk; Andrew J. Goodpaster; Paul F. Gorman; Michael Howard; Walter Kerwin, Jr.; D. H. Leathem; Arthur Lehrman; Henry Gerard Phillips; Richard A. Williams; James M. Wilson, Jr.

*Entrevistas realizadas por Antonio Ali Winston para el autor*: Homer Bishop; Lou Fiset; Richard Griffin; George Pickett.

#### ENTREVISTAS Y TRANSCRIPCIONES DE HISTORIAS ORALES

*Columbia University, Oral History Research Office* (Nueva York): Mark W. Clark; Alfred Gruenther; H. Kent Hewitt; Arthur S. Nevins.

*Dwight D. Eisenhower Presidential Library* (Abilene, Kansas): Charles L. Bolte; Dwight D. Eisenhower; LeRoy Lutes; Lauris Norstad.

*Franklin D. Roosevelt Presidential Library* (Hyde Park, Nueva York): Ian Jacob.

*George C. Marshall Library* (Lexington, Virginia): Entrevistas de Forrest C. Pogue: mariscal de campo vizconde Alanbrooke; Mark W. Clark; Jacob L. Devers.

*Miscelánea*: Hermann Balck, Battelle Columbus Laboratories, en el U.S. Army War Collage.

*National Archives* (College Park, Maryland): *OCMH interview*, «Cassino to the Alps», RG 319: H. Adamson; Edward M. Almond; H. Chalstrom; T. J. Conway; Willis D. Crittenberger; Charles D'Orsa; Stephen T. Early; L. W. Gregory; Alfred M. Gruenther; Arden Higdon; Geoffrey Keyes; Larry K. Ladue; A. M.

Lazar; William D. Leahy; Lyman L. Lemnitzer; Ray McLain; Phillip Norris; Edward J. O'Neill; Francis Oxx; Glenn T. Pillsbury; Robert W. Porter; Charles E. Saltzman; Ralph Tate; Lucian K. Truscott, Jr.; Arthur R. Wilson; Robert J. Wood.

«Interviews with Officers of 3rd ID»: RG 319, OCMH, caja 5.

*National Folklife Center, Veterans' History Project, Library of Congress* (Washington, D. C.): Kenneth Apple; Louis Bednar; Jack Brown; Edward George Burns; Richard Dapprich; John Greuling; Boris Guleff; Irvin Hershberger; Roger Howland; Melvin H. McClain; Robert Richstatter.

*Naval Historical Center* (Washington, D. C.): John F. Curtin; Charles William Harwood; H. Kent Hewitt; Samuel A. D. Hunter.

*Rutgers Oral History Project* (New Brunswick, Nueva Jersey): Russell Cloer; Franklyn Johnson; Robert King; Maurice Meyers; Charles Mickett; George Mickett; Benjamin Roth; Russell Smalley.

*U.S. Air Force Historical Research Agency, Maxwell AFB* (Alabama): Ira Eaker; Uzal G. Ent; Norman E. Fiske; G. P. Gibson; S. C. Godfrey; Malcolm Grow; H. S. Hansell; John R. Kane; Leon W. Johnson; Lauris Norstad; Jacob E. Smart.

*U.S. Army Center of Military History, Fort McNair* (Washington, D. C.): Volturno River interviews, Geog Files, Italia, 370.24: Theodore Bogart; C. E. Brokaw; Don Carleton; R. E. Clem; Francis Even; F. Q. Goodell; Robert O'Brien; Charles J. Parziale; Robert Petherick; J. C. Ruddell; H. G. Swacina; E. Thayer; R. C. Wilson; John F. Woods; R. T. Young.

*U.S. Army Corps of Engineers Historical Division, Fort Belvoir* (Virginia): Garrison H. Davidson; Herbert W. Ehr Gott; Harry O. Paxson; Edwin L. Powell, Jr.; William Francis Powers.

*U.S. Army Military History Institute* (Carlisle, Pensilvania).

*Omar N. Bradley Papers*: Omar N. Bradley.

*Sidney T. Matthews Papers*: Harold K. Alexander; C. M. Ankcorn; Stanhope B. Mason; Mark C. Clark; Mark W. Clark; Bryce F. Denno; Dwight D. Eisenhower; William W. Eagles; Robert T. Frederick; Melvin J. Groves; H. Kent Hewitt; E. B. Howard; George F. Kennan; Lyman L. Lemnitzer; Howard Kippenberger; John P. Lucas; Effisio Marras; George C. Marshall; Roy Murray; Lowell W. Rooks; John W. Scott; Walter Bedell Smith; Russell G. Spinney; Kenneth W. D. Strong; George A. Taylor; Lucian K. Truscott, Jr.; Frido von Senger und Etterlin; Fred L. Walker; Henry Maitland Wilson; Robert J. Wood.

*Forrest C. Pogue interviews*: mariscal de campo vizconde Alanbrooke; Ray W. Barker; Arthur Coningham; lord Cunningham de Hyndhope; Charles de Gaulle; James Gault; Hastings L. Ismay; Alphonse P. Juin; Albert Kenner; Alan G. Kirk; C. E. Lambe; J. H. Lee; R. A. McClure; Alan Moorehead; Frederick E. Morgan; Adolph Rosengarten, Jr.; vizconde Portal de Hungerford; Walter Bedell Smith.

*OCMH WWII Europe Interviews*: Francis de Guingand; Walter Bedell Smith.

*Senior Officer Oral History Program*: Paul D. Adams; Charles L. Bolte; Mark W. Clark; Robert E. Coffin; Theodore J. Conway; Michael S. Davison; Ira C. Eaker; William P. Ennis, Jr.; James M. Gavin; Hobart Gay; John A. Heintges; Robert A. Hewitt; Hamilton H. Howze; John E. Hull; Harry Lemley; Robert W. Porter, Jr.; Matthew B. Ridgway; Maxwell D. Taylor; Russell L. Vittrup; Robert J. Wood; William P. Yarborough.

*U.S. Military Academy, West Point (Nueva York)*: Matthew B. Ridgway.

*U.S. Naval Institute (Annapolis, Maryland)*: Walter Ansel; Hanson Weightman Baldwin; George W. Bauernschmidt; Bernhard H. Bieri;

Phil H. Bucklew; Joshua W. Cooper; George C. Dyer; Ralph K. James; Jackson K. Parker; U. S. Grant Sharp; Elliott B. Strauss; Edgard K. Walker; Charles Wellborn, Jr.; F. E. M. Whiting.

## PELÍCULAS

### National Archives

RG 111, Office of the Chief Signal Officer:

*The Battle of San Pietro*, informe de combate n.º 2, 1945.

*The Big Change-Over*, Officer for Emergency Management, 208.211, 1942.

*How Strong Is the Enemy Today?*, film N.º 2997, OSS, 1944.

*Liberation of Rome*, informe de combate n.º 1, 1944.

*Salvage*, Office of War Information, 208.118, 1942.

RG 208:

«United News, N.º 66», 1943.

«United News, N.º 68», 1943.

*The Battle of San Pietro*, dirigida por John Huston, 1945.

*Small World*, CBS, 1959, producida por Edward R. Murrow y Fred W. Friendly, n.º 12A y n.º 12B.

DVD sobre Mark W. Clark, The Citadel Archives and Museum.

MISCELÁNEA

- «2004 [Ranger] Reunion Program Book», 25-30 de agosto de 2004. Fort Wayne, Indiana.
- Bynell, H. D., «Logistical Operations in the Sicilian Campaign», conferencia, Army and Navy Staff College. 14 de marzo de 1944. NARA RG 334, NWC Lib.
- Cochran, Alexander S., «Constructing a Military Coalition from Materials at Hand: The Case of Allied Force Headquarters», documento, SMH Conference, 16 de abril de 1999.
- Conolly, Richard L., «The Landing at Salerno in World War II», conferencia, Naval Historical Foundation, 14 de mayo de 1957.
- Crowl, P. A., «Command Decision: The Rapido River Crossing», conferencia, U.S. Army War College, 30 de septiembre de 1955. SM, MHI.
- Darby, William O., «U.S. Rangers», conferencia, Army and Navy Staff College, 27 de octubre de 1944. NARA RG 334, NWC Lib.
- Eldredge, Walter J., «First Shot in Anger», ensayo disponible en <http://www.4point2.org/firstshot.htm>, visitado el 2 de septiembre de 2006.
- «Enemy POW Camps in the USA in World War II», folleto, 5 de noviembre de 2002. CMH.
- Hewitt, H. K., «The Navy in the European Theater of Operations in World War II», conferencia, Naval War College, 4-7 de enero de 1947.
- Johnston, Lewis E., «The Troop Carrier D-Day Flights», s. f., CD-ROM.
- Kirk, Alan G., «Narrative by Rear Adm. Alan G. Kirk», conferencia, Pearl Harbor (Hawai), 2 de octubre de 1943. NHC.
- Kupsky, Gregory, conferencia sobre los prisioneros de guerra del Eje en Tennessee, 21 de mayo de 2004. SMH conference, Bethesda (Maryland).
- Matloff, Maurice, «Mr. Roosevelt's Three Wars: FDR as War Leader», Harmon Memorial Lectures in Military History, n.º 6, USAFA, 1964.
- Menninger, William C., «Psychiatric Problems in War», conferencia, National War College, Washington, D. C., 21 de marzo de 1947.
- Moran, Charles, «The Mediterranean Convoys», s. f., ONI, Combat Narrative n.º 210, «WWII Histories and Historical Reports», NHC.
- Pederson, Oscar, «Carrier Operations in Support of Amphibious Operations in the Mediterranean Theater», conferencia, Army and Navy Staff Collage, 27 de mayo de 1944. NARA RG 334, NWC Lib.
- Shrader, Charles R., «Amicide: The Problem of Friendly Fire in Modern War», U.S. Army Combat Studies Institute, diciembre de 1982.

- Spatz, Carl, conferencia, Army and Navy Staff College, 4 de octubre de 1943, NWC Lib, RG 334.
- Sullivan, W. A., conferencia para la Society of Military Engineers, Cincinnati (Ohio), 1947.
- «The Price of Freedom», exposición, Smithsonian Institution, Museum of American History, Washington, D. C.
- «The Rapido River Crossing», audiencia pública, Committee on Military Affairs, House of Representatives, 20 de febrero y 18 de marzo de 1946, U.S. Government Printing Office, Washington, D. C., 1946.
- Weinberg, Gerhard L., «The Place of World War II in History», conferencia, U.S. Air Force Academy, 1995.
- Wood, Robert J., «The Landing at Salerno», conferencia, Army and Navy Staff College, 28 de diciembre de 1944. NARA RG 319, OCMH, caja 244.

Una lista completa de los manuscritos y otros documentos sin publicar que se utilizaron en la elaboración de este libro se encuentra disponible en [www.liberationtrilogy.com](http://www.liberationtrilogy.com).



## Agradecimientos

El segundo volumen de la Trilogía de la liberación está terminado, y una vez más tengo una deuda inexpresable con muchas personas sin las cuales todavía estaría golpeándome contra la costa siciliana. La publicación del primer volumen, *Un ejército al amanecer*, animó a muchos veteranos y a sus descendientes, así como a otras personas con conocimientos de la segunda guerra mundial, a proporcionarme memorias, historias orales y un variado material acerca de las campañas del Mediterráneo. Gran parte de todo ello sale a la luz por primera vez en este volumen. Me gustaría dar las gracias a:

Blair Alexander, Consuelo Allen, John B. Babcock, John C. Beam, Homer Bishop, Loyd J. Bliss, Nathan Block, Martin Blumenson, William W. Bonning, John M. Brooks, Paul W. Brown, Charles F. Bryan, Jr., Harold Burson, W. W. Keen Butcher, Andrew Carroll, Russell W. Cloer, Robert E. Coffin, Mark H. Cohen, Barbara Moir Condos, Michael J. Corley, Jerry Countess, J. W. Crawford, John L. Creech, J. K. Cullen, Michael J. P. Cunneen, Jim Davies, Warren Davis, Carlo D'Este, Robert J. Dole, Clifford W. Dorman, Elizabeth Bradley Dorsey, Christopher Dunphie, Lawyn C. Edwards, John S. D. Eisenhower, Susan Eisenhower, Uzal W. Ent, Graham Erdwurm, Francis A. Even, James F. Fain, Alicia Ferrari, R. L. V. French Blake, Lou Fiset, David G. Fivecoat, Frederic D. Floberg, James D. Ford, Arthur L. Funk, Libby Gill, George H. Goldstone, Andrew J. Goodpaster, Paul F. Gorman, Douglas Gould, Richard Griffin, Fred Groff III, Arthur T. Hadley, George L. Hanssen, Joseph Heiser, Donald V. Helgeson, Thomas A. Higbie, Al Hormel, Fred S. Howard, Michael Howard, Charles P. Jacobi, Hugh S. Jacobs, Julian R. Jacobs, Michael Jason, George Juskalian, Walter T. Kerwin, Jr., Geoffrey B. Keyes, J. Keith Killby, Charles E. Kirkpatrick, Sherry Klein, William A. Knowlton, Edward C. Koenig, Jr., Bernard J. La Plante, James E. Lalley, George L. Laurie, D. H. Leathem, Ralph Ledesma, Arthur Lehrman, Rod Liner, Roy Livengood, C. Vincent Lyness, Clement S. Mackowiak, Jack Maher, Howard R. Maier, Mark Mann, Sanford H. Margalith, Jack Marshall, Tom May, Meg McAleer, John C. McManus, Allan R. Millett, Derek R. Mills, Frank Mills, William W. Monning, Louis J. Murchio,

Lovern «Jerry» Nauss, Eric J. Neuner, Mike Norris, Michael O'Connor, Dick Oshlo, Robin K. Overcash, Adolph Panetta, Roy Paterson, Alan R. Perry, Henry Gerard Phillips, George Pickett, G. Kurt Piehler, Russell H. Raine, John Ray, Mark Reardon, Randy Revelle, Robert A. Riesman, David Roberts, John B. Romeiser, Theodore Roosevelt IV, Jack Russell, Frank Schultz, Michael H. Sebastian, Robert Segan, Heinz Seltmann, Nathan M. Shippee, Albert H. Smith, Arthur O. Spaulding, Frank J. Stech, Patti Stickle, James Stroud, Floride Hewitt Taylor, R. C. Taylor, Ray Thomas, John J. Toffey IV, Jason D. Umberger, Joanne Speranza Walker, George Watanabe, Aubrey L. Williams, Isobel Williams, Richard A. Williams, Randall J. Willis, James M. Wilson, Jr., Gary D. Winder, Harold R. Winton, Walter F. Winton, Jr., Dennis B. Worthen, John G. Wright, Eléonore M. Zimmermann y Carolyn A. Zuttel.

Una vez más, reconozco con gratitud mi deuda con cientos de historiadores, autores de memorias y demás personas cuyos escritos de los sesenta años posteriores a la guerra servirán por siempre de cimiento para todos los trabajos e investigaciones sobre el tema. Me he basado nuevamente en los 114 volúmenes de *U.S. Army in World War II*, la historia oficial estadounidense conocida informalmente como Green Series, así como en la *History of the Second World War*, la historia oficial británica.

El terreno habla incluso cuando los testigos principales ya no pueden hacerlo, y realicé numerosos viajes a los sitios donde tuvieron lugar las batallas del segundo volumen, comenzando a mediados de la década de 1990, cuando trabajé como jefe de redacción del *Washington Post* en Berlín y visité Salerno, Anzio, San Pietro y Cassino por primera vez. Otras correrías para mi investigación incluyeron una visita a Sicilia en septiembre de 1996 y viajes más prolongados a los campos de batalla italianos en abril de 2004 y noviembre de 2006. Por el último de estos viajes, doy las gracias al general David D. McKiernan, el comandante del ejército de Estados Unidos en Europa, y a dos antiguos jefes de historia del ejército, el mayor general (retirado) William A. Stofft y el general de brigada (retirado) Harold Nelson.

El núcleo de esta narración, como el de la anterior, está extraído de fuentes primarias contemporáneas que incluyen desde diarios, cartas y manuscritos sin publicar hasta documentos oficiales, informes posteriores a las acciones y mapas originales. Una vez más, agradezco profundamente la profesionalidad y la paciencia de muchos historiadores de textos y archiveros que siguieron la pista a estos miles de documentos. Cualquier error en los datos o en los juicios es únicamente mi responsabilidad.

En los National Archives en College Park, Maryland, agradezco a Richard Boylan, Timothy Mulligan, Larry McDonald y, especialmente, a Timothy K. Nenner, jefe de los registros militares modernos y antiguo presidente de la Society for Military History. Prácticamente todas las páginas de este libro tienen la huella de Tim, y estoy profundamente agradecido por sus conocimientos, su humor, su amistad y su disposición a leer parte del manuscrito.

El U.S. Army's Military History Institute, parte del Army Heritage and Education Center de Carlisle, Pensilvania, está entre los mejores archivos de la nación y es la principal fuente de la historia del ejército. Para la preparación de este volumen visité el MHI en veintinueve ocasiones, por lo general durante períodos de dos o tres días, y debo dar las gracias al coronel Robert Dalessandro, director del AHEC, por su profesionalidad y hospitalidad, así como a Conrad C. Crane, director del MHI, quien leyó parte del manuscrito. También estoy agradecido con Richard J. Sommers, jefe de atención al usuario; Louise Arnold-Friend; Richard L. Baker; Steve Bye; Tom Hendrix; Gary Johnson; Shaun Kirkpatrick; Stanley Lanoue; Michael E. Lynch; Robert Mages; Mike Monahan; Mike Perry; Melinda Torres y, especialmente, con David A. Keough.

En el U.S. Army War College en Carlisle Barracks, donde ocupé la cátedra General Omar N. Bradley de Dirección Estratégica durante el año académico 2004-2005, quiero dar las gracias al mayor general David H. Huntoon, Jr., a su profesorado y al cuerpo administrativo, incluyendo al decano, el coronel William T. Johnsen, al coronel Charles D. Allen, director del desarrollo de líderes y mi copiloto en clase, y al director de la biblioteca, Bohdan I. Kohutiak. Estoy especialmente agradecido con Tami Davis Biddle, de la cátedra George C. Marshall de Estudios Militares y un excelente historiador de las fuerzas aéreas, que ha sido un amigo excepcionalmente considerado y estimulante, y que leyó parte del manuscrito.

También quiero dar las gracias a Stephen P. Riley, el director ejecutivo de la Army War College Foundation. La cátedra Omar Bradley es administrada conjuntamente con el Dickinson College, y agradezco el apoyo del presidente, William G. Durden, así como del profesor Harry L. Pohlman y del coronel (retirado) Jeffrey D. McCausland.

El U.S. Army Center of Military History de Fort McNair en Washington, D.C., fue de nuevo una valiosa fuente de documentos y conocimientos. Debo dar las gracias al general de brigada (retirado) John Sloan Brown, antiguo jefe de historia

militar, y a su sucesor, Jeffrey J. Clarke, así como a Richard Stewart, el historiador jefe; al coronel Gary M. Bowman; a Robert K. Wright, Jr.; a Mary L. Haynes y a R. Cody Phillips.

En la Dwight D. Eisenhower Presidential Library en Abilene, Kansas, estoy agradecido con el director, Daniel D. Holt, por su ayuda y hospitalidad, y con el archivero David J. Haight. Del mismo modo, en la Franklin D. Roosevelt Presidential Library en Hyde Park, Nueva York, doy las gracias a la directora, Cynthia M. Koch, y a los archiveros Robert Parks, Alycia Vivona, Mark Renovitch y, especialmente a Robert Clark, quien también ayudó a que varios documentos de los Servicios Secretos fueran desclasificados.

Tuve la buena fortuna de recibir una beca en la Hoover Institution on War, Revolution and Peace, en la Universidad de Stanford, por la cual agradezco a David Brady y Mandy MacCalla. Elena S. Danielson, la directora de la biblioteca y los archivos, que ya se ha retirado, y Carol A. Leadenham, la archivera asistente de consultas, fueron especialmente amables al abrir el extenso fondo bibliográfico sobre la segunda guerra mundial de la institución.

El ambicioso Veterans History Project de la Biblioteca del Congreso es un regalo caído del cielo para los historiadores; doy las gracias a Eileen Simon, Sarah Rouse, W. Ralph Eubanks y el hábil Eric Goldstein.

En el Citadel Archives and Museum en Charleston, Carolina del Sur, la directora, Jane McCrady Yates, me prestó una ayuda extraordinaria al permitirme el acceso a la enorme colección de documentos de Mark W. Clark, así como al DVD bibliográfico que ella elaboró. Mi más profundo agradecimiento también para Joanne D. Hartog, directora de los archivos de la biblioteca y los proyectos especiales en la Biblioteca George C. Marshall del Virginia Military Institute en Lexington, Virginia, que, entre otros tesoros, posee los documentos de Lucian K. Truscott, Jr.

El profesor Mark A. Stoler de la Universidad de Vermont, al que pocos igualan como experto en la historia diplomática del siglo xx, fue muy amable al leer y comentar partes del manuscrito.

Una vez más estoy agradecido con el Robert R. McCormick Research Center del First Division Museum en Cantigny, Illinois, tanto por la excelencia de su archivo como por la atención profesional. Agradezco la ayuda de John Votaw, el antiguo director ejecutivo de la Cantigny First Division Foundation, y de su sucesor, Paul H. Herbert, así como la colaboración de Andrew E. Woods y Eric Gillespie.

El material relativo a la 36.<sup>a</sup> división de infantería que posee el Texas Military Forces Museum de Austin es un valioso tesoro. Agradezco la colaboración de John C. L. Scribner, el director del museo e historiador jefe, así como la ayuda de Angie Rose, Bob Gates y, especialmente, el archivero Brian Schenk.

Doy las gracias al curador Michael E. Gonzalez y a Denise Neil Binion del 45th Infantry Division Museum de la ciudad de Oklahoma. También agradezco la ayuda temprana acerca de la 34.<sup>a</sup> división de infantería que me prestó el Iowa Gold Star Museum de Fort Dodge, especialmente Jerry L. Gorden, el director, y Richard A. Moss, el secretario y tesorero de la 34th Infantry Division Association.

En el departamento de colecciones especiales de la biblioteca de la U.S. Military Academy, doy las gracias a Alan Aimone, Susan Lintemann, Sheila H. Biles, Elaine McConnell, Deborah A. McKeon-Pogue y Suzanne Christoff. Debo también mi agradecimiento al antiguo presidente del departamento de historia de West Point, el general de brigada (retirado) Robert A. Doughty, y a su sucesor, el coronel Lance A. Betros. Gracias también a la Combined Arms Research Library de Ft. Leavenworth, Kansas, incluyendo al director, Edwin B. Burgess y al coronel (retirado) Lawyn C. Edwards, antiguo director del Combat Studies Institute. Mi agradecimiento también hacia Ericka L. Loze-Hudson, directora de la Donovan Research Library de la Infantry School, Ft. Benning, Georgia, y el historiador jefe interino, David S. Stieghan. En el U.S. Army Corps of Engineers History Office en Ft. Belvoir, Virginia, debo dar las gracias al historiador Michael J. Brodhead.

Debo reconocer una vez más el estímulo y el generoso apoyo que me brindó la Association of the United States Army, en especial el general (retirado) Gordon R. Sullivan, presidente de la asociación y antiguo jefe del Estado Mayor del ejército, el teniente general (retirado) Theodore G. Stroup, Jr. y el teniente general (retirado) Thomas G. Rhame. El teniente coronel (retirado) Roger Cirillo, Ph.D., director de la asociación de estudios operacionales y estratégicos, fue, una vez más, excepcionalmente generoso al compartir sus vastos conocimientos y su increíble archivo particular.

En la Air Force Historical Research Agency, de la Maxwell Air Force Base, en Alabama, doy las gracias a Charles F. O'Connell, Jr., el director, y a Toni Petito, Joseph D. Caver y Robert E. Brown, Jr.

En el Naval Historical Center en Washington, D.C., mis agradecimientos a Kathleen M. Lloyd y John Hodges en los archivos operacionales y en la Navy Department Library. En el Naval War College, en Newport, Rhode Island, agradezco la ayuda de Evelyn Cherpak, Barbara Donnelly, Shirley Fernandes, Alice Juda y Jamie Radke. En el U.S. Naval Institute en Annapolis, Maryland, doy las gracias a

Paul Stillwell, director de la división de historia, y a Ann Hassinger, así como a Fred H. Rainbow, antiguo jefe de redacción de *Proceedings*. En la U.S. Naval Academy, agradezco a Mary A. DeCredico, antigua directora del departamento de historia.

Quiero también señalar mi gratitud hacia Edward C. Tracy, director ejecutivo de la Tawani Foundation y antiguo director ejecutivo de la Pritzker Military Library en Chicago, y hacia G. Kurt Piehler, director del Center for the Study of War and Society de la Universidad de Tennessee-Knoxville. Agradezco también el apoyo y estímulo del National World War II Museum de Nueva Orleans, incluyendo el que me brindaron Gordon H. «Nick» Mueller, Sam Wegner y Bill Detweiler.

También doy las gracias a Christine Weideman y Diane E. Kaplan, del departamento de manuscritos y archivos de la biblioteca de la Universidad de Yale; a Lovetta Kramer, directora ejecutiva de la fundación y el archivo del RMS *Queen Mary*; a Lorna Williams, auxiliar de biblioteca en los archivos y colecciones especiales de la Universidad de Liverpool; a Shaun Illingworth, de los Rutgers University Oral History Archives; y a la intrépida tripulación del *LST 325*, que atracó en Alexandria, Virginia, en mayo de 2005, y es el único superviviente en el siglo XXI de los mil cien LST que se construyeron durante la segunda guerra mundial.

En el Reino Unido, estoy agradecido al personal del National Archive en Kew. En el Liddell Hart Centre for Military Archives del King's College en Londres, Kate O'Brien, Caroline Lam y Patricia J. Methven, la directora de los servicios de archivo, fueron excepcionalmente serviciales. Debo también dar las gracias al personal y a los administradores del departamento de documentos del Imperial War Museum, particularmente a Roderick Suddaby y Stephanie Clarke.

En Italia, quiero expresar mi agradecimiento hacia Maurizio Zambardi y Lorenzo Picillo en San Pietro, y hacia Silvano Casaldi, director del Museo dello Sbarco de Nettuno. Antonio Ali Winston me ayudó tanto con la investigación histórica como con las traducciones gracias a una pasantía ofrecida por el Programa Jeff Metcalf Fellows de la Universidad de Chicago. Robert Harp tradujo eficientemente varios documentos italianos para mí.

El experto cartógrafo Gene Thorp una vez más demostró un talento y una paciencia fuera de lo común al dibujar los mapas de este volumen. Mi amigo cercano y agente, Rafe Sagalyn, ha estado ahí desde el comienzo.

*The Washington Post*, mi hogar profesional durante prácticamente un cuarto de siglo, está dirigido por varios lectores de historia extraordinarios, en especial el presidente Donald E. Graham, el editor Bo Jones, el editor ejecutivo Leonard

Downie, Jr., y el editor de la página editorial Fred Hiatt, quien generosamente leyó el manuscrito. También debo mi agradecimiento a otros colegas del *Post* por su continuo apoyo y amistad, incluyendo a Phil Bennett, Benjamin C. Bradlee, Rajiv Chandrasekaran, Stephen C. Fehr, Susan Glasser, David Hoffman, Robert G. Kaiser, Jeff Leen, Thomas E. Ricks, Margaret Shapiro, Steve Vogel, Tom Wilkinson, Bob Woodward y David Maraniss.

También doy las gracias a Tom Bowers, Michael Briggs, Tom Brokaw, Robert C. Callahan, Herman Chanowitz, Alexander S. Cochran, Edward M. Coffman, Steve Coll, el mayor general (retirado) E. J. Delaune, Jr., Glenn Frankel, el mayor general Benjamin C. Freakley, Arthur L. Funk, Paul Fussell, Arthur Hadley, sir Max Hastings, Ken Hechler, David Kahn, Howard S. Koontz, Lewis Libby, James H. McCall, Col. H. R. McMaster, Lovern Nauss, Randy Norton, el general David H. Petraeus, Panthea Reid, Mark J. Reardon, David Roberts, el mayor general (retirado) Robert H. Scales, Jr., el coronel (retirado) Lewis «Bob» Sorley, Frank Stech, Layne A. Van Arsdale, David Von Drehle, Geoffrey D. W. Wawro, Gerhard L. Weinberg, James S. «Scott» Wheeler y el mayor general David Zabecki.

Por haberme permitido citar diversos materiales, estoy profundamente agradecido a: la Universidad de Stanford por los escritos selectos de Langan W. Swent; el vizconde Montgomery de Alamein, por los extractos de los escritos de su padre; Geoffrey B. Keyes, por los extractos de «The Littlest Victory» de Charles Framp; Jerry Countess, por los extractos de sus cartas; John J. Toffey IV, por los extractos de su manuscrito, «A Game for the Young», y de las cartas de su padre; John B. Romeiser, por los extractos del diario de guerra de Don Whitehead; Paul W. Brown, por los extractos de sus memorias; los encargados del Liddell Hart Centre for Military Archives, por los extractos de los documentos de W. E. V. Abraham, lord Alanbrooke, C. W. Allfrey, J. S. Elliott, S. C. Kirkman, B. H. Liddell Hart, J. N. Nelson, W. R. C. Penney, Aidan Mark Sprot y P. L. E. Wood; Joachim Liebschner, por los extractos de «Iron Cross Roads», que ha sido publicado recientemente por Athena Press; Gilbert Allnut, por los extractos de «A Fusilier Remembers Italy»; Mrs. J. K. Windeatt, por los extractos de «Very Ordinary Soldier», de su difunto esposo; C. Richard Eke, por los extractos de «A Game of Soldiers»; el poseedor de los derechos de autor de «Sicily, 1943», de K. G. Oakley; John H. Clagett, por los extractos de su biografía de H. Kent Hewitt todavía sin publicar; y la Columbia University Oral History Research Office, por los extractos de la entrevista que John T. Mason hizo a H. Kent Hewitt en 1961.

En los casos en los que los actuales poseedores de los derechos de autor no pudieron ser ubicados, o cuando la autorización llegó demasiado tarde para ser mencionada en esta edición, incluiré con gusto los agradecimientos correspondientes en ediciones futuras.

Una vez más, estoy en deuda con John Sterling, presidente y editor de la Henry Holt and Company, cuya contribución como mi editor y amigo en cinco libros a lo largo de las dos décadas pasadas puede inferirse de la dedicatoria al comienzo de este volumen. En Holt, doy también las gracias a Maggie Richards, Kenn Russell, Richard Rhorer, Eileen Lawrence, Claire McKinney, Emily Montjoy Belford, Chuck Thompson y a la extraordinariamente hábil Jolanta Benal, quien, al igual que el corrector de estilo, ha mejorado cada página.

Mis hijos, Rush y Sarah, me prestaron una ayuda incalculable en la búsqueda de documentos y fotografías así como en la organización bibliográfica, y fueron fundamentales a la hora de resolver los problemas en asuntos tecnológicos de su padre ludita. Mi esposa, Jane, como siempre, me proporcionó todo lo demás.



## Notas

Las siguientes abreviaturas aparecen en las notas finales y en la bibliografía.

**45th ID Mus** 45th Infantry Division Museum, Oklahoma

**AAF** Fuerzas Aéreas Norteamericanas

**AAFInWWII** W.F. Craven y J. L. Cate, eds., *The Army Air Forces in World War II*, vol. II, si no se indica otra cosa

**AAR** informe de acción

**AB** *después de la batalla*

**AD** división armada

**admin** administración

**AF** fuerza aérea

**AFHQ micro** Cuartel General de las Fuerzas Aliadas, microfilm, NARA RG 331

**AFHRA** Air Force Historical Research Agency

**AG** ayudante del general

**AGF** Fuerzas de Tierra del ejército

**ALM** Audie Leon Murphy Papers, USMA Colección Especial, West Point

**AR** regimiento armado

**AS** Escuela de la Armada

**ASEQ** MHI Army Service Experiences Questionnaire

**ASF** Army Service Forces

**AU** Air University

**Battle** W. G.F Jackson, *The Battle for Italy*

**bde** brigada

**bn** batallón

**CA** documentos de trabajo para *Cassino to the Alps*

**Calculated** Mark W. Clark, *Calculated Risk*

**CARL** Combined Arms Research Library, Fort Leavenworth, Kansas

**CBH** Chester B. Hansen Papers, MHI

**CCS** alto mando conjunto

**CEOH** Cuerpo de Ingenieros del Ejército de Estados Unidos, Fort Leavenworth, Kansas

**CGSC** academia de oficiales, Armada de Estados Unidos

**Chandler** Alfred Chandler, ed., *The Papers of Dwight David Eisenhower: The War Years*

**CINCLANT** comandante en jefe, flota del Atlántico

**CJB** Clay and Joan Blair Collection, MHI

**CM** L. K. Truscott, Jr, *Command Missions*

**CMH** U. S. Army Center of Military History, Fort McNair, Washington, D.C.

**co** compañía

**Coakley** Robert Coakley y Richard M. Leighton, *Global Logistics and Strategy, 1943-1945*

**Col U OHRO** Columbia University Oral History Research Office

**corr** correspondencia

**CSI** U.S Army Studies Institute, Fort Leavenworth, Kansas

**ct** equipo de combate

**CtoA** Ernest F. Fisherm Jr., *Cassino to the Alps*

**DA** Departamento del Ejército

**Danchev** Alen Danchev y Daniel Todman, eds., *War Diaries, 1939-1945; Field Marshal Lord Alanbrooke*

**DDE** Dwight David Eisenhower

**DDE Lib** Biblioteca Presidencial Dwight David Eisenhower

**Destruction** I. S. O. Playfair y C. J. C. Molony, *The Mediterranean and the Middle East*, vol. IV

**div** división

**DSC** Cruz al Servicio Distinguido

**DTL** Biblioteca Técnica Donovan; actualmente Biblioteca de Investigación Donovan

**E** entrada

**EJD** Ernest J. Dawley, incluidos los documentos del Hoover Institution Archive

**ENH** Ernest N. Harmon, incluidos los documentos del U. S. Army Military History Institute

**ETO** teatro de operaciones europeo

**FA** artillería de campo

**FAJ** *Field Artillery Journal*

**FCP** Forrest C. Pogue, incluidos los documentos de trabajo para *The Supreme Commander*

**FDR Lib** Biblioteca Presidencial Franklin D. Roosevelt

**FLW** Fred L. Walker

**FMS** Foreign Military Studies

**FOIA** Ley de Libertad de Información

**FRUS** *Foreign Relations of the United States: The Conference at Washington at Washington and Québec, 1943*

**Ft. K** Fort Knox, Kentucky

**Ft. L** Fort Leavenworth, Kansas

**Garland** Albert N. Garland y Howard McGaw Smyth, *Sicily and the Surrender of Italy*

**GCM Lib** Biblioteca George C. Marshall, Lexington

**GK** Geoffrey Keyes, incluido el diario, en posesión del autor

**GS IV** Michael Howard, *Grand Strategy*, vol. IV

**GS V** John Ehrman, *Grand Strategy*, vol. IV

**GSP** George S. Patton, Jr., incluidos los documentos de la biblioteca del Congreso

**Hansen** borrador de Omar Bradley, *A Soldier's Story*, C. B. Hansen, MHI

**HCB** Harry C. Butcher, incluidos documentos

**HIA** Hoover Institution Archives, Stanford University

**Hill/O'Neill** «Report of Col. William H. Hill and Col. E. J. O'Neill on Conference Held in Marrakech», 10 de marzo de 1994, JPL Papers, MHI, caja 4, 1

**HKH** Henry Kent Hewitt Papers

**Hq** cuartel general

**ID** división de infantería

**IJ** *Infantry Journal*

**inf** infantería

**intel** inteligencia

**Iowa GSM** Iowa Gold Star Museum, Fort Dodge, Iowa

**IS** Infantry School, Fort Benning

**IWM** Imperial War Museum, Londres

**JAG** Auditor Militar General del ejército de Estados Unidos

**JCS** Junta de Jefes de Estado Mayor o Estado Mayor Conjunto

**JJT** John J. Toffey, IV, «A Game for the Young», en posesión del autor

**JMG** James M. Gavin Papers

**JPL** John P. Lucas, incluido el diario, «From Algiers to Anzio», MHI

**LH** Basil Henry Liddell Hart  
**LHC** Liddell Hart Centre for Military Archives, King's College, Londres  
**lib** biblioteca  
**LKT Jr.** Lucian K Truscott, Jr.  
**LOC MS** Biblioteca del Congreso, Sección de Manuscritos  
**MAAF** fuerzas aéreas aliadas en el Mediterráneo  
**MBR** Matthew B. Ridgway  
**MCC** Mina Curtis Collection  
**mcngrf** texto escrito a máquina  
**MEB** Magna E. Bauer  
**Med** Mediterráneo  
**MHI** U. S. Army Military History Institute, Carlisle  
**micro** microfilm  
**Molony V** C. J. C. Molony *et al.*, *The Mediterranean and Middle East*, vol. V  
**Molony VI** C. J. C. Molony, *The Mediterranean and Middle East*, vol. VI, parte I  
**MP** policía militar  
**MR** *Military Review*  
**MRC FDM** McCormick Research Center, First Division Museum, Cantigny, Illinois  
**msg** mensaje  
**mss** manuscrito  
**MT OUSA** teatro de operaciones mediterráneo, ejército de Estados Unidos  
**MWC** Mark Wayne Clark, incluidos los documentos de Citadel, S. C., archivos y museo  
**N Af** Norte de África  
**NARA** National Archives and Records Administration, College Park, Madison  
**NAT OUSA** teatro de operaciones del norte de África, ejército de Estados Unidos  
**NHC** Naval History Center, Washington, D. C.

**NSA** Agencia de Seguridad Nacional  
**NWAF** George F. Howe, *Northwest Africa: Seizing the Initiative in the West*  
**NWC Lib** National War College Library  
**NYT** *New York Times*  
**obit** obituario  
**OCMH** Oficina del Jefe de Historia Militar  
**OCNO** Oficina del Jefe de Operaciones Navales  
**OCS** Oficina del Jefe de Personal  
**OH** historia oral

**OPD** División de Operaciones, Departamento de Guerra  
**OSS** Oficina de Servicios Estratégicos  
**OW** Orlando Ward Papers  
**Para** paracaídas  
**pm** capitán preboste  
**PMR** Paul McD. Robinett Papers  
**PP** Martin Blumenson, *The Patton Papers, 1940-1945*  
**PP-pres** Papers, Pre-presidencial  
**Proceedings** *U. S. Naval Institute Proceedings*  
**Pyle** Ernie Pyle, *Brave Men*  
**qm** intendente  
**regt** regimiento  
**RG** grupo de grabación  
**RN** Royal Navy  
**ROHA** Rutgers University Oral History Archives of World War II  
**s. p.** autoedición  
**SC** Signal Corps  
**SEM** Samuel Eliot Morison Office Files  
**SM** Sidney T. Matthews, incluidos los documentos del MHI  
**SMH** Society for Military History  
**SOOHP** Senior Officer Oral History Program  
**SOS** Servicio de Socorro  
**SSA** Samuel Eliot Morison, *Sicily-Salerno-Anzio*, vol. IX, *History of United States Naval Operations in World War II*  
**SSI** documentos de trabajo para *Sicily and the Surrender of Italy*, Archivos Nacionales  
**SSt** Omar N. Bradley, *A Soldier's Story*  
**StoC** Martin Blumenson, *Salerno to Cassino, USAWWII*  
**td** destructor

**Tda** Terry de la Mesa Allen, incluidos documentos  
**Texas** Fred L. Walter, *From Texas to Rome*  
**Texas MFM** Texas Military Forces Museum, Austin  
**Three Years** Harry C. Butcher, *My Three Years with Eisenhower*  
**TR** Theodore Roosevelt III Papers  
**UK NA** National Archive, Kew, Reino Unido (antiguamente Public Record Office)  
**USAF HRC** U. S. Air Force Historical Research Center

**USAF** fuerza aérea de Estados Unidos  
**USAWWII** *United States Army in World War II*  
**USMA Arch** U. S. Military Academy Archives, West Point  
**USMC** Cuerpo de Marines de Estados Unidos  
**USN** Marina de Estados Unidos  
**USNA** U. S. Naval Academy, Annapolis, Madison  
**USNAd** «U. S. Naval Administration in World War II»  
**USNI OHD** U. S. Naval Institute, Oral History Department, Annapolis, Md.  
**UTEP** University of Texas, El Paso  
**UT-K** University of Tennessee, Knoxville, Center for the Study of War and Society  
**VHP** Veteran's History Project, National Folklife Center, Biblioteca del Congreso  
**WD** Departamento de Guerra  
**WP** *Washington Post*  
**WSC** Winston S. Churchill  
**WTF** destacamento del oeste  
**WWII** segunda guerra mundial  
**XO** oficial ejecutivo  
**YU** biblioteca de la Yale University, manuscritos y archivos

1. *NYT*, suplemento publicitario de Cunard Line, abril de 2004, ZM1.

2. David Williams, *Liners in Battledress*, 114.



3. Harold Larson, «Troop Transports in WWI», mcngf., marzo de 1945, CMH, 4-13.1 AA12, 21-22.

4. Corr., Lovetta Kramer, exec. dir., RMS *Queen Mary* Foundation and Archiv, Long Beach, Calif., al autor, 16 de agosto de 2004.

5. Corr., Lorna Williams, Special Collections and Archives, University of Liverpool, al autor, agosto de 2004.

6. William J. Duncan, *RMS Queen Mary: Queen of the Queens*, 7879, 106.

7. Steve Harding, *Gray Ghost*, 49.

8. Memorando admin., Offices of the War Cabinet, 3 de mayo de 1943, UK NA, PREM 4/72/2.

9. John Mason Brown, *To All Hands*, 203.

10. Louis E. Keefer, *Italian Prisoners of War in America*, 35-42.



11. «Enemy POW Camps in the USA in World War II», CMH, Historical Resources Branch, 5 de noviembre de 1942, 2.

12. «Office of the Provost Marshal General: World War II, a Brief History», mcngrf., 1946, CMH, 4-4 AA.

13. Arnold P. Krammer, «German Prisoners of War in the United States», *Military Affairs*, abril de 1976, 67+.

14. Gregory Kupsy, UT-K, comunicación, SMH, Bethesda, Md., 21 de mayo de 2004.

15. Danchev, 402.

16. «Notes for Mr. Aubrey Morgan», 13 de mayo de 1943, UK NA, PREM 4/72/2.

17. Duncan, 117-118.

18. Winston S. Churchill, *The Hinge of Fate*, 183; Alexander S. Cochran, Jr., «Spectre of Defeat: Anglo-American Planning for the Invasion of Italy in 1943», tesis doctoral, University of Kansas, 296.



19. John Kennedy, *The Business of War*, 293.

20. Harold Evans, «Roy Jenkins' "Churchill: His Finest Hour"», *NYT Book Review*, 11 de noviembre de 2001, 1.

21. Charles Richardson, *From Churchill's Secret Circle to the BBC*, 189.

22. Churchill Museum and Cabinet War Rooms, Whitehall, Londres.

23. Arthur Bryant, *The Turn of the Tide*, 587.

24. Memorando admin., Gabinete de Guerra, 3 de mayo de 1943.

25. El «traje de sirena» era una prenda que se popularizó en Inglaterra durante la segunda guerra mundial. Era una especie de mono que se abrochaba con cremallera y resultaba muy práctico, sobre todo cuando había que ponerse algo directamente sobre el pijama y salir corriendo al refugio en plena noche en caso de incursión aérea. (N. del t.)

26. Paul Fussell, *War Time*, 183.



27. Memorando admin. Gabinete de Guerra, 3 de mayo de 1943.

28. Churchill Museum; Martin Gilbert, *Winston Churchill's War Leadership*, 14.

29. [Ibídem](#), p. 74.

30. Danchev, 451.

31. Merle Miller, *Ike, the Soldier*, 512.

32. Kennedy, 315; Winston S. Churchill, *Closing the Ring*, 658, 685, 660, 662.

33. Martin Gilbert, *Winston Churchill's War Leadership*, 19.

34. Richardson, 187.



35. Gilbert, 10.

36. Churchill Museum.

37. W. Averell Harriman y Elie Abel, *Special Envoy to Churchill and Stalin*, 204-205.

38. Lord Moran, *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, 101.

39. W. Averell Harriman y Elie Abel, *Special Envoy to Churchill and Stalin*, 207.

40. W. H. Thompson, *I Was Churchill's Shadow*, 114-115.

41. Memorando admin., Gabinete de Guerra, 3 de mayo de 1943. Películas ambas protagonizadas por Humphrey Bogart, la primera, producida en 1942, fue dirigida por Lewis Seiler; la segunda, de 1941, es de Vincent Sherman. (*N. del t.*)

42. [NYT](#), 12 de mayo de 1943, 24.



43. Churchill, *Closing the Ring*, 91.

44. Harriman y Abel, 202.

45. «Notes for Mr. Aubrey Morgan».

46. Churchill Museum.

47. Arthur Bryant, *The Turn of the Tide*, 595, 652.

48. Ralph Bennett, «Ultra and Some Command Decisions», en Walter Laqueur, ed., *The Second World War*, 218.

49. GS IV, 450.

50. David M. Kennedy, *Freedom from Fear*, 590.



51. C. B. A. Behrens, *Merchant Shipping and the Demands of War*, 368.

52. Gerhard L. Weinberg, *A War at Arms*, 590, 632-633, 637.

53. GS V, 2; Matthew Cooper, *The German Army*, 451-452.

54. Ray S. Cline, *Washington Command Post: The Operations Division*, 220.

55. Matthew Cooper, *The German Army*, 448.

56. GS V, 2; Martin Gilbert, *The Second World War*, 421.

57. SSA, 10; David Hunt, *A Don at War*, 184.

58. Maurice Matloff, *Strategic Planning for Coalition Warfare, 1943-1944*, 25-26.



59. Anthony Eden, *The Reckoning: The Memoirs of Anthony Eden, Earl of Avon*, 390, 403; Warren F. Kimball, ed., *Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence*, vol. II, 184.

60. Coakley, 63.

61. Churchill a H. Hopkins, 2 de mayo de 1943, UK NA PREM 3/443/2.

62. Churchill a Jorge VI, 30 de abril de 1943, UK NA PREM 3/443/2.

63. UK NA PREM 3/44/2.

64. Douglas Porch, *The Path to Victory*, 454; G. A. Shepperd, *The Italian Campaign, 1943-1945*, 82; John Ellis, *World War II: A Statistical Survey*, 254.

65. Gilbert, *The Second World War*, 426.

66. Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. VII.



67. «Monthly Strength of the Army», 31 de mayo de 1943, CMH.

68. Forrest C. Pogue, *George C. Marshall: Organizer of Victory*, 280.

69. Alan Gropman, ed., *The Big L: American Logistics in World War II*, 1n, 73, 89-93.

70. Behrens, 366.

71. *NYT*, 12 de mayo de 1943, 1.

72. *NYT*, 11 de mayo de 1943, 1.

73. Gropman, ed., 35, 54-55, 89-93, 367.

74. *NYT*, 10 de mayo de 1943.



75. *The Big Change-Over*, película, Office of Emergency Management, NARA, 208.211.

76. James Ward Lee *et al.*, eds., 1941: *Texas Goes to War*, 76-78.

77. Fussell, 197-198.

78. John Morton Blum, *V Was for Victory*, 95; Kennedy, *Freedom from Fear*, 645.

79. Smithsonian Institution Museum of American History, exposición, «The Price of Freedom: Americans at War».

80. Lee *et al.*, 82-83.

81. Fussell, 197.

82. Dennis B. Worthen, «Pharmacists in World War II», *Journal of the American Pharmaceutical Association*, vol. 41, n.º 3 (mayo-junio de 2001), 479+.



83. *Salvage*, película, Office of War Information, 1942, NARA, 208.118.

84. Scott Hart, *Washington at War: 1941-1945*, 40.

85. Memorando, 11 de mayo de 1943, Archivos de los Servicios Secretos, expediente 103-1: Presidente Roosevelt, 1943, caja 5, FDR Lib.

86. William D. Leahy, *I Was There*, 158.

87. David Brinkley, *Washington Goes to War*, epígrafe 188, 232, 238.

88. William H. Cartwright, Jr., «The Military District of Washington, 1942-1945», 1946, CMH, 8-2.4 AA, 190.

89. «Notes for Mr. Aubrey Morgan».

90. Hart, 108.



91. William H. Cartwright, Jr., «The Military District of Washington, 1942-1945», 116-118.

92. Hart, 92-135.

93. *NYT*, 2 de mayo de 1943, 3.

94. *Washington Evening Star*, 15 de mayo de 1943, 1.

95. *NYT*, 2 de mayo de 1943.

96. *NYT*, 9 de mayo de 1943, 26.

97. Brinkley, 185.

98. *NYT*, 12 de mayo de 1943.



99. Hart, 178.

100. William Seale, *The President's House*, vol. II, 918, 937-976; Danchev, 403.

101. Matloff, 123; Cline, 219; Garland, 17.



103. Coakley, 62.

104. *FRUS*, 25-26.

105. Cline, 218; GS IV, 145 Churchill, en una conversación con Iosiv Stalin en agosto de 1942, también utilizó la expresión «vientre blando» al dibujar un cocodrilo que supuestamente representaba la Europa ocupada por el Eje. Churchill, *The Hinge of Fate*, 481.

106. *FRUS*, 25-26; Churchill, *The Hinge of Fate*, 794.



107. *FRUS*, 30; Churchill, *The Hinge of Fate*, 794.

108. John S. D. Eisenhower, *Allies: Pearl Harbor to D-Day*, 63.

109. Kenneth S. Davis, *Experience of War*, 393; *FRUS*, 223.

110. Eric Larrabee, *Commander in Chief*, 102-103, 99, 112.

[111](#). OH, gen. lord Ismay, 18 de octubre de 1960, FCP, transc., cinta 40, GCM Lib.

112. OH, Andrew J. Goodpaster al autor, Washington, DC, 17 de agosto de 2004. Visita del autor, Dodoma Manor (residencia de Marshall), Leesburg, Va., abril de 1998. El elogio «El romano más grande de todos ellos» se lo dedicó Churchill en 1945.

113. FRUS, 44-45.

114. Stephen E. Ambrose, *Eisenhower*, vol. I, 242.



115. Garland, 17.

116. Albert C. Wedemeyer, *Wedemeyer Reports!*, 134.

117. GS V, 115.

118. Maurice Matloff, *Strategic Planning for Coalition Warfare, 1943-1944*, 74.

119. Wedemeyer, 218.

120. Danchev, 247.

[121. Moran, 121.](#)

122. Bryant, 685.



123. 448, xvi, xiv, 400.

124. David Fraser, *Alanbrooke*, 341.

125. Kennedy, 290 (*Birds of the Ocean*).

126. *FRUS*, 225.

127. *FRUS*, 41-45, 269; Coakley, 64-65.

128. Cochran, «Spectre of Defeat», 297.

129. Coakley, 64.

130. *FRUS*, 43, 45.



131. Wedemeyer, 211.

132. Coakley, 65.

133. Danchev, 403.

134. GS IV, 410.

135. «Notes for Mr. Aubrey Morgan».

136. «Memoirs of Sir John Dill, 1942-1944», Reginald Winn Collection, GCM Lib, 36; *FRUS*, 39.

137. Corr., Anna Roosevelt Boettiger a John Boettiger, 15 de mayo de 1943, Boettiger Papers, caja 5, FDR Lib.

138. Pogue, 202-203.



139. Gerald Horton Bath, «A Report on the Visit of the British High Command to Colonial Williamsburg, May 15th and 16th, 1943», mcgrf., s. f., Frank McCarthy Collection, caja 27, carpeta 29 GCM Lib.

140. [Ibídem](#); Danchev, 423 (Aves de Gould).

141. Memorando, 11 de mayo de 1943, informes de los Servicios Secretos, expediente 103-1: Presidente Roosevelt, 1943, caja 5 FDR Lib.

142. Robert Sherwood, *Roosevelt and Hopkins: An Intimate History*, 729.

143. Moran, 101.

144. Carta, Anna Roosevelt Boettiger a John Boettiger, 14 de mayo de 1943, Boettiger Papers, caja 5, FDR Lib.

145. Jon Meacham, *Franklin and Winston*, 225-234.

146. Larrabee, 13.



147. Maurice Matloff, «Mr. Roosevelt's Three Wars: FDR as War Leader», Harmon Lectura, n.º 6, U. S. Air Force Academy, 1964, 6.

148. Pogue, 316.

149. Meacham, 228.

150. Larrabee, 644; OH, Stephen T. Early, 9 de junio de 1947, MHI, OCMH, WWII, General Miscl.

151. Richard Overy, *Why the Allies Won*, 261.

152. Larrabee, 644.

153. Overy, 260; Larrabee, 626.

154. Kimball, ed., vol. I, 337.



155. Elliott Roosevelt, *As He Saw It*, 130.

156. Memorando, Robert Sherwood a Harry Hopkins, 13 de mayo de 1943, H. L: Hopkins Papers, Sherwood Collection, libro 7, TRIDENT, caja 329, FDR Lib.

157. Harold Macmillan, *War Diaries*, 316.

158. Roosevelt, 126.

159. Matloff, «Mr. Roosevelt's Three Wars», 4-5.

160. GS IV, 419.

161. Garland, 21.

162. *FRUS*, 114.



163. Mensaje, WD a DDE, n.º 278, 26 de mayo de 1943, telegramas CCS, OCMH, NARA RG 319, 270/19/6/3, caja 243; GS IV, 432.

164. Danchev, 407.

165. Diario, Henry A. Wallace, 24 de mayo de 1943, micro, FDR Lib.

166. Danchev.

167. Fraser, 346-347.

168. *FRUS*, 23 de mayo de 1943; Doris Kearns Goodwin, *No Ordinary Time*, 439.

169. Leahy, 162; Moran, 103-104.

170. Goodwin, 439.



171. *FRUS*, 198.

172. Moran, 111.

173. Gerald Pawle, *The War and Colonel Warden*, 234.

174. Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. VII, 409.

175. *Times* (Londres), 20 de mayo de 1943, 4.

176. Grace Tully, *F. D. R., My Boss*, 329.

177. Harriman y Abel, 211, Leahy, 165.

178. *FRUS*, 377 («una total comunión de ideas»).



179. Brian Holden Reid, «The Italian Campaign, 1943-1945: Reappraisal of Allied Generalship», *Journal of Strategic Studies*, vol. 13, n.º 1 (marzo de 1990), 128+.

180. Leahy, 163.

181. Matloff, 76, 244.

182. André Malraux («Dejad que la victoria recaiga en los que hicieron la guerra sin querer hacerla»), citado por Jean-Paul Sartre, *Tiempos Modernos*, citado en Danchev, xxvi.

183. PREM 4/72/3, U. K: NA.

184. Seale, 947, 976-977.

185. *FRUS*, 211-220.

186. *Times* (Londres) 27 de mayo de 1943, 1.



1. Heinz Seltmann al autor, 9 de junio de 2005; memorando, GSP, n.º 57, 17 de junio de 1943; NARA GR 338, II Cuerpo, planes y ficha policial, caja 146.

2. Eric Sevareid, *Not So Wild a Dream*, 362.

3. Paul W. Brown, *The Whorehouse of the World*, 134-135.

4. «Gertrud, la Guarrona de Bizerta». El original contiene un juego de palabras intraducible. (*N. del t.*)

5. Benjamin A. Dickson, «G-2 Journal: Algiers to the Elbe», MHI, 76.

6. Peter Schrijvers, *The Crash of Ruin*, 120.

7. Memorando, DDE a E. Hughes, 23 de julio de 1943, PP-pres, DDE Lib, caja 58.

8. Malcolm S. Mclean, «Adventures in Occupied Areas», mcngf., 1975, MHI, 31-32.



9. Severeid, 361.

10. F. Eugene Liggett, «No, Not Yet: Military Memoirs», mcngrf., s. f., ASEQ, 158.<sup>a</sup> AC, 45.<sup>a</sup> Div, MHI.

11. Severeudm 361.

12. «History, Mediterranean Base Section, Sept. 1942-May 1944», CMH, 9-4 DA, 1944.

13. «History of Allied Forces Headquarters», CMH, 8-4 DA, vol. 2, sept. 1945, borrador.

14. «U. S. Naval Operations in the Northwestern African-Mediterranean Theater», mcngf., s. f., HKH Papers, caja 3, NHC, 18.

15. «History of Allied Forces Headquarters», 243-246.

16. «The Administrative History of the Eighth Fleet», mcngf., s. f., U. S. Naval History Division n.º 139, carpeta 3, 9-10.



17. «Notes for Meeting with Colonel Warden», 14 de enero de 1944, NARA RG 331, AFHQ micro, R-225-B.

18. S. W. Roskill, *The War at Sea, 1939-1945*, vol. III, parte I, 127.

19. OH, Floride Hewitt Taylor al autor, 12 de abril de 2005, Newport, R. I.; L. S. B. Shapiro, *The Left the Back Door Open*, 118.

20. OH, HKH, John T. Mason, 1961, Col U OHRO, 5-6.

21. «Keuffel & Esser Correspondence», HKH, NHC, caja 2.

22. George Sessions Perry, «Why Don't They Write About Hewitt?», *Saturday Evening Post*, 16 de diciembre de 1944, 22+.

23. OH, HKH, s. f., Julian Boit y James Riley, NHC, caja 6, 1-2, 9.

24. [Walter Karig](#), *Battle Report: The Atlantic War*, 233.



25. David Williams, *Liners in Battledress*, 151-153.

26. Ivan H. «Cy» Peterman, «U. S. S. Savannah», *Philadelphia Inquirer*, septiembre de 1943, SEM, caja 55, NHC.

27. Pyle, 6-7.

28. Cuaderno de bitácora U. S. S. *Monrovia*, NARA RG 38, OCNO, WWII War Diaries, caja 1233.

29. Karig, 233.

30. A. J. Redway, «Admiral Jerauld Wright: The Life and Recollections of the Supreme Allied Commander», mcngrf., 1995, NHC, 295.

31. Informe de acción, U. S. S. *Monrovia*, 17 de julio de 1943, NARA RG 38, OCNO, WWII Action & Operational Reports, caja 1231.

32. Alexander S. Cochran, «Chicken or Eggs? Operations TORCH and HUSKY and U. S. Army Amphibious Doctrine», comunicación, 14th Naval History Symposium, USNA, septiembre de 1999.



33. Perry, «Why Don't They Write About Hewitt?»; HO, Floride Hewitt Taylor al autor, 22 de abril de 2005.

34. No hay dos listas que concuerden sobre el número total de embarcaciones que participaron en HUSKY; los cálculos se sitúan en general entre los 2.500 y los 3.200. Roskill, 127.

35. SSA, 28; HKH, AAR, «The Sicilian Campaign», s. f., 1; «The Administrative History of the Eighth Fleet», 20.

36. Edith C. Rodgers, «The Reduction of Pantelleria and Adjacent Islands», mayo de 1947, AAF Historical Studies, n.º 51, Air Historical Office, 40-45: «Allied Commander-in-Chief's Report, Pantelleria Operations, June 1943», 59-60; MEB, «The Fall of Pantelleria and the Pelagian Islands», febrero de 1959, NARA RG 319, E 145, OCMH, Geog Files, Italia, 384.3; Solly Zuckerman, *From Apes to Warlords*, 185-195.

37. Robert A. Hewitt, SOOHP, Earl D. Bevan, 1982, MHI, 126.

38. Thaddeus V. Tuleja, «H. Kent Hewitt», en Stephen Howarth, ed., *Men of War*, 315.

39. S. W. C. Pack, *Operation Husky*, 44; Evelyn M. Cherpak, ed., *The Memoirs of Admiral H. K. Hewitt*, 181.

40. «Notes on the Planning and Assault Phases of the Sicilian Campaign», Combined Operations HQ Bulletin n.º Y/1, octubre de 1943, 4.



41. Harold Larson, «Handling Army Cargo in the Second World War», mcgrf., 1945, CMH, 4-13.1 AA 19, 242, 250.

42. H. H. Dunham, «U. S. Army Transportation and the Conquest of Sicily», monografía n.º 13, marzo de 1945, NARA RG 336, Chief of Transportation, ASF, Historical Program Files, caja 141, 29.

43. Walter B. Smith, «Mediterranean Operations», 13 de octubre de 1943, ANSCOL, L-2-43, SM-67, NARA RG334, NWC Lib, 4.

44. HKH, AAR, «The Sicilian Campaign», s. f., 47.

45. AAR, Amphibious Force Transport QM, U. S. Atlantic Fleet, 6 de agosto de 1943, en Army Observers, Amphibious Forces, MHI, 1-2.

46. William Reginald Wheeler, ed., *The Road to Victory: A History of Hampton Roads Port of Embarkation in World War II*, 99; «The Administrative History of Eighth Fleet», 35.

47. Finalmente el gas mostaza aparecería en varios depósitos de municiones de Sicilia, entre otros en un arsenal situado a setenta y cinco kilómetros tierra adentro, en Nicosia, tres semanas después de que diera comienzo la campaña, «History of Ordnance Service in the Mediterranean Theater, Nov. 1942-Nov. 1945»; CMH, 8-4 JA, 54.

48. «The Reminiscences of George W. Bauernschmidt», 1969-1970, USNI OHD, 160.



49. John Mason Brown, *To All Hands*, 193-194.

50. Fred Howard, *Whistle While You Wait*, 160; Steve Kluger, *Yank*, 101.

51. «Summary of Activities», analysis and control div., NATOUSA, 1 de junio de 1944, CMH, 3.

52. Brown, *To All Hands*, 7.

53. Pyle, 2.

54. E. N. Harmon a GCM, 13 de agosto de 1943, CGM Lib, corr., caja 70.

55. JPL, 13-14.

56. Bernard Stambler, «Campaign in Sicily», mcgrf., s. f., vol. 2, CMH, 2-3.7 AA.L, 3.



57. Corr., Joseph T. Dawson a su familia, 22 de mayo de 1943, 16th Inf, MRC-FDM.

58. Samuel Hynes, *The Soldiers' Tale*, 151; *Eran jóvenes: «Age of Soldiers in Civil War, World War I and World War II»*, Legislative and Policy Precedent File, 183/122, NARA RG 407, 270/49/17/7, caja 34.

59. John Muirhead, *Those Who Fall*, 9.

60. Samuel Hynes, introducción, *Reporting World War II*, versión abreviada en un volumen, xx; *The Princeton Class of 1942 During World War II*; Lynn H. Nicholas, *The Rape of Europa*, 223.

61. «Extract from Monthly Sanitary Report», 31 de agosto de 1943, MWC, corr., Citadel, caja 3.

62. Eric Larrabee, *Commander in Chief*, 606.

63. Chandler, vol. II, 1276.

64. Margaret Bourke-White, *Purple Heart Valley*, 73.



65. Brown, *To All Hands*, 224; Donald McB. Curtis, *The Song of the Fighting First*, 132; Lawrence D. Collins, *The 56th Evac Hospital*, 90; Paul Dickson, *War Slang*, 113-123; *Three Years*, 389.

66. SNAFU = «Situation normal, all fucked up»; SUSFU = «Situation unchanged, still fucked up»; SAFU = «Self-adjusting fuck-up»; TARFU = «Things are really fucked up»; FUMTU = «Fucked up more than usual»; JANFU = «Joint Army-Navy fuck-up»; JAAFU = «Joint Anglo-American fuck-up»; FUAFUP = «Fucked up and fucked up proper»; y FUBAR = «Fucked up beyond all recognition». (*N. del t.*)

67. Brown, *To All Hands*, 224; George Biddle, *Artist at War*, 123.

68. John Sloan Brown, *Draftee Division*, 103.

69. Larrabee, 626.

70. John Sessions Perry, «A Reporter at Large», *New Yorker*, 24 de julio de 1943, 50+.

71. Muirhead, 106-107.

72. Samuel Hynes, *The Soldiers' Tale*, 143.



73. Corr., George Henry Reville, Jr., a Evelyn, 7 de julio de 1943, en posesión del autor.

74. Paul A. Cundiff, *45th Infantry CP*, 6; Hamilton H. Howze, *A Cavalryman's Story*, 78-79; Hamilton H. Howze, «35 Years and Then Some», mcngf., s. f., Howze Papers, caja 10, MHI, VII, 1-2.

75. Charles F. Ryan *et al.*, «2nd Armored Division in the Sicilian Campaign», mayo de 1950, AS, Ft. K, 57.

76. Donald E. Houston, *Hell on Wheels*, 148.

77. «History of Planning Division, Army Service Forces», vol. I, s. f., CMH, 3-2.2 AA, 90-92; Joseph Bykofsky y Harold Larson, *The Transportation Corps: Operations Overseas*, 195; Cundiff, 19; Wheeler, 86.

78. Alfred M. Beck *et al.*, *The Corps of Engineers: The War Against Germany*, 133.

79. Leo J. Meyer, «Strategy and Logistical History: MTO», mcngrf., s. f., CMH, 2-3.7 CC5, XIII-LXI.

80. Emajean Jordan Buechner, *Sparks*, 64.



81. Don Robinson, *News of the 45th*, 52.

82. Brown, *To All Hands*, 27, 41, 228.

83. E. J. Kahn, Jr., «Education of an Army», *New Yorker*, vol. 20, n.º 35, 14 de octubre de 1944, 28+; Flint Whitlock, *The Rock of Anzio*, 18-19.

84. Peter R. Mansoor, *The GI Offensive in Europe*, 102.

85. Historia de la unidad, Ben C. Garbowsky, ASEQ, 157th Inf., MHI; Frank Farner, ed., *Thunderbird: 45th Infantry Division*, 15.

86. Whitlock, 20-21; George A. Fisher, *The Story of the 180th Infantry Regiment*.

87. Loyd J. Biss, «Three Years, Four Months and Twenty-seven Days», mcgrf., s. f., en posesión del autor, 19.

88. Fred Sheehan, *Anzio: Epic of Bravery*, 48.



89. Frank James Price, *Troy H. Middleton: A Biography*, 146.

90. Kenneth D. Williamson, «Tales of a Thunderbird», mcngrf., s. f., 45th ID Mus, 73, 84, 87.

91. DDE a CG, NATOUSA SOS, 3 de junio de 1943, NARA RG 165, E 422, OPD Exec Files, caja 16; OH, John E. Hule, 1974, SOOHP, James W. Wurman, MHI, 57.

92. Quentin Reynolds, *The Curtain Rises*, 309-310; Cherpak, ed., 188-189.

93. «Notes on PT History in Mediterranean: Letter from LCDR S. M. Barnes, Commander of Motor Torpedo Squadron 15, to CDR Bulkley», s. f., SEM, NHC, caja 54, 33; memorando, Bert M. Rudd, «Landing Craft and Bases», AGF Observer, 16 de julio de 1943, ANSCOL, NARA RG 334, NWC Lib, caja 150, 1.

94. Edmund F. Ball, *Staff Officer with the Fifth Army*, 344.

95. Paul W. Pritchard, «Smoke Generator Operations in the Mediterranean and European Theaters of Operation», Chemical Corps, s. f., CMH, 4-7.1 FA 1; Pyle, 6.

96. Anders Ajar Arnbal, *The Barrel-Land Dance Hall Rangers*, 100.



97. Nigel Nicolson, *The Grenadier Guards in the World of 1939-1945*, vol. II, 347.

98. OH, William Francis Powers, agosto de 1985, CEOH.

99. Howard, 30. 103.

100. AAR, 3/26th Inf, 1-5 de julio de 1943, MRC FDM.

101. Jean Gordon Peltier, *World War II Diary of Jean Gordon Peltier*, 91-92.

102. AAR, «1st Embarkation Group, Eastern Base Section», agosto de 1943, CARL, N-2763, 39-48.

103. Maxwell D. Taylor, *Swords and Plowshares*, 48.

104. Clifford W. Dorman, «Too Soon for Heroes», mcgrf., s. f., en posesión del autor, 57.



105. Diario, 7 de julio de 1943, JMG, MHI, caja 10.

106. T. Michael Booth y Duncan Spencer, *Paratrooper: The Life of Gen. James M. Gavin*, 95.

107. AAR, «1st Embarkation Group», 61.

108. AAR, «1st Embarkation Group», 51.

109. Lida Mayo, *The Ordnance Department: On Beachhead and Battlefield*, 159.

110. «Personal Diary of Langan W. Sweat», 7 de julio de 1943, HIA, caja 1.

111. H. Essame, *Patton: A Study in Command*, 99.

112. Alex Bowlby, *The Recollections of Rifleman Bowlby*, 12.



113. P. Royle, mcgrf., 1972, IWM 99/72/1, 82.

114. Neil McCallum, *Journey with a Pistol*, 132.

115. Christopher Buckley, *Road to Rome*, 11, 21.

116. A. W. Valentine, *We Landed in Sicily and Italy: A Story of the Devons*, 9.

117. C. Richard Eke, «A Game of Soldiers», mcgrf., s. f., IWM 92/1/1, 6.

118. Malcolm Munthe, *Sweet is War*, 162.

119. David Cole, *Rough Road to Rome*, 15.

120. Robert Wallace, *The Italian Campaign*, 8.



121. Peter Roach, *The 8.15 to War*, 108, 110.

[122](#). Cuaderno de bitácora, U. S. S. *Monrovia*, 6 de julio de 1943, NARA RG 38, OCNO, WWII War Diaries, caja 1233.

123. Karig, 234; H. Kent Hewitt, «Naval Aspects of the Sicilian Campaign», *Proceedings*, vol. 79, n.º 7, julio de 1943, 705+.

124. AAR, «1st Embarkation Group», 50; Oscar W. Koch, *G-2: Intelligence for Patton*, 35; David Hunt, *A Don at War*, 193.

125. Beck, 124; *The Sicilian Campaign*, 157.

126. «The Administrative History of the Eighth Fleet», 27.

127. Corr., HKH a SEM, 18 de septiembre de 1953, SEM, NHC, caja 51.

128. OH, HKH, 1961, John T. Mason, Col U OHRO, 325; memorando, «Command of Landing Arrangement HUSKY», GK a HKH, 12 de abril de 1943, HKH, NHC, caja 1.



129. John T. Mason, Jr., *The Atlantic War Remembered*, 279.

130. Cherpak, ed., 183; OH HKH, s. f., Julian Boit y James Riley, NHC, caja 6, 2.

131. Hewitt, «Naval Aspects of the Sicilian Campaign», 705; cuaderno de bitácora U. S. S. *Monrovia*, 6 de julio de 1943, NARA RG 38, OCNO, WWII War Diaries, caja 1233.

132. Corr., GSP a Bea, 2 de julio de 1943, GSP LOC MS Div, caja 10; JPL, 34; diario, 25 de julio de 1943, GSP, LOC, caja 2, carpeta 15.

133. *PP*, 233.

134. *PP*, 260, 264, 270; memorando, GSP, 5 de junio de 1943, en Russell L. Moses, *ASEQ* , 179th Inf Regt., 45th ID, MHI.

135. JPL, 24-25; Martin Blumenson, *Patton: The Man Behind the Legend, 1885-1945*, 12-17; diario, 1 de julio de 1943, GSP, LOC, caja 3, carpeta 1.

136. D. Clayton James, *A Time for Giants*, 225.



137. Martin Blumenson, *Patton: The Man Behind the Legend, 1885-1945*, 77.

138. Harry H. Semmes, *Portrait of Patton*, 155; diario, 27 de junio de 1943, GSP, LOC, caja 2, carpeta 15.

139. Brown, *The Whorehouse of the World*, 131; Robert H. Patton, *The Pattons*, 264.

140. Charles R. Codman, *Drive*, 99.

141. Albert C. Wedemeyer, SOOHP, Anthony S. Deskis, 19721973, MHI; Wiley H. O'Mohundro, «From Mules To Missiles», mcngif., s. f., MHI, 47.

142. John A. Heintges, SOOHP, Jack A. Pellicci, 1974, 156-159; *SSt*, 119.

143. Susan H. Godson, *Viking of Assault*, 65; Michael Carver, ed., *The War Lords*, 558.

144. Stanley P. Hirshson, *General Patton: A Soldier's Life*, 353; Ellen Birkett Morris, «The Woman Behind the Man», *The Patton Saber*, boletín informativo, Patton Museum Foundation, otoño de 2002, 1.



145. R. H. Patton, *The Pattons*, 251.

146. *PP*, 273; diario, 7 de mayo de 1943, GSP LOC, MS, Div., caja 2, carpeta 15.

147. Corr., Oscar W. Koch a James A. Novell, 15 de diciembre de 1960, NARA RG 319, OCMH, caja 250; MWC, «General Patton», mcngf., s. f., Subject Files, MWC, Citadel, caja 70, 4.

148. Taylor, 49.

149. Perry, «A Reporter at Large», 50; Dickson, *War Slang*, 113-133.

150. Brown, *To All Hands*, 83-86; Peterman, «U. S. S. *Savannah*».

151. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, según trad. ing. de Rex Warner, 537.

152. Cuaderno de bitácora U. S. S. *Monrovia*, 6 de julio de 1943, NARA RG 38, OCNO, WWII war diaries, caja 1233; Bernard Stambler, «Campaign in Sicily», mcgrf., s. f., vol. II, CMH, 2-3.7 AA.L, 45; Pyle, 8; «Convoy to Gaeta», relato bélico n.º 210, 1944, «WWII Histories and Historical Reports», OCNO, NHC.



153. «Geographical Code for Operation HUSKY», 17 de mayo de 1943, AFHQ G-2, NARA RG 319, OCMH, caja 250; Karl Baedeker, *Southern Italy and Sicily*, 402.

154. Homero, *Odisea*, según trad. ing. de Robert Fagles, 34, 78-80, 153-157.

155. John Gunther, *D Day*, 155-157; Douglas Porch, *The Path to Victory*, 15-16.

156. «Malta CG», *AB*, n.º 10, 1975, 1+; Gunther, *D Day*, 85, 157158; Charles A. Jellison, *Besieged: The World War II Ordeal of Malta, 1940-1942*, 166, 258, 178.

157. Jellison, 111, 133, 167, 174n, 221, 229; Gunther, *D Day*, 86.

158. Jack Belden, *Still Time to Die*, 197.

159. Viscount Cunningham of Hyndhope, *A Sailor's Odyssey*, 532; James Leasor, *The Clock with Four Hands*, 255-256.

160. Gunther, *D Day*, 43, 82.



161. Código, apéndice 2, comunicado, MTOUSA SOS, NARA RG 492, 290/55/1-2/7-1, caja 2738 (BULLDOGS).

162. William Ernest Victor Abraham, «Time off for War», mcngrf., s. f., LHC, 69.

163. «Malta C. G.», 1+; Charles Cruickshank, *Deception in World War II*, 53-54.

164. F. A. E. Crew, *The Army Medical Services*, vol. III, 14-15.

165. HCB, 10 de julio de 1943, DDE Lib, A-559; Michael J. McKeough y Richard Lockridge, *Sgt. Mickey and General Ike*, 85.

166. Gunther, *D Day*, 49-50; Kenneth S. Davis, *Soldier of Democracy*, 428.

167. David M. Kennedy, *Freedom from Fear*, 689; OH, Hastings L. Ismay, 17 de diciembre de 1946, FCP, MHI.

168. David M. Kennedy, *Freedom from Fear*, 690; Stephen E. Ambrose, *Eisenhower*, vol. I, 273.



169. James, 95.

170. Merle Miller, *Ike the Soldier*, 514; John Kennedy, *The Business of War*, 289.

171. Drew Middleton, *Ur Share of Night*, 308.

172. Richard Tregaskis, *Invasion Diary*, 54; David M. Kennedy, *Freedom from Fear*, 689.

173. John Gunther, *Eisenhower: The Man and the Symbol*, 27.

174. OH, DDE, 29 de agosto de 1976, D. Clayton James, DDE Lib, OH 501, 3-6.

175. Chandler, vol. II, 1165.

176. HCB, 19 de junio de 1943, DDE Lib, A-491; Gunther, *Eisenhower*, 19.



177. John S. D. Eisenhower, *Strictly Personal*, 67.

178. Brian Horrocks, *A Full Life*, 159; Brian Harpur, *The Impossible Victory*, 115.

179. JPL, 24 de mayo de 1943.

180. Carlo D'Este, *Eisenhower: A Soldier's Life*, 418; Gunther, *D Day*, 59; David Fraser, *Alanbrooke*, 347.

181. Harold Macmillan, *War Diaries*, 260.

182. *Three Years*, 343; Thomas W. Mattingly y Olive F. G. Marsh, «A Compilation of the General Health Status of Dwight D. Eisenhower», s. f., Mattingly Collection, DDE Lib, caja 1, 19-22, 53.

183. Gunther, *Eisenhower*, 29.

184. Chandler, vol. II, 1344.



185. HCB, 29 de junio de 1943, DDE Lib, A-508c.

186. Michael Simpson, *A Life of Admiral of the Fleet Andrew Cunningham*, 161.

187. John Howson, mcgrf., s. f., LHC, 302.

188. Ernle Bradford, *Siege Malta, 1940-1943*, 86-87.

189. Cunningham, 547.

190. McKeough y Lockridge, 87.

191. Gunther, *D Day*, 53, 61; Alden Hatch, *General Ike*, 173.

192. Gunther, *Eisenhower*, 23-24.



193. Harry L. Coles, Jr., «Participation of the 9th and 12th Air Forces in the Sicilian Campaign», AAF Historical Studies, n.º 37, s. f., CMH, 56; Gunther, *D Day*, 80.

194. John Winton, *Cunningham*, 313; Daniel P. Dancocks, *The DDay Dodgers: The Canadians in Italy, 1943-1945*, 27; George Kitching, *Mud and Green Fields*, 147-151.

195. *Three Years*, 349.

196. Martin Stephen, *The Fighting Admirals*, 65, 77, 83.

197. Simpson, 161; Gunther, *D Day*, 64.

198. «Tactical Study of the Terrain-Sicily», AFHQ G-2, febrero de 1943, CMH, Geog Files, Sicilia, 354, 1; Molony, V, 13.

199. L. V. Bertarelli, *Southern Italy*, 418; Ernest Samuels, ed., *The Education of Henry Adams* (Boston: Houghton Mifflin, 1973), 367.

200. Geoffrey Perret, *There's a War to Be Won*, 110.



201. Garland, 54-58; Sidney L. Jackson, «Signal Communication in the Sicilian Campaign», julio de 1945, SC Historical Project E-3, CARL, L-9425.4, 6-7.

202. Arthur S. Nevins, «Looking Back», mcngf., s. f., A. S. Nevins Papers, DDE Lib, caja 1, 16.

203. «Allied Commander-in-Chief's Report on Sicilian Campaign 1943», 75; Meyer, «Strategy and Logistical History: MTO», XIII-XIV.

204. GS IV, 368-369.

205. Garland, 58.

206. OH, Francis D. Guingand, 31 de marzo de 1947, G. A. Harrison, OCMH WWII, «Europe Interviews», MHI, 2; Abraham, «Time Off for War», 68.

207. Hunt, 189-190; Molony V, 22; Garland, 61.

208. [Stephen Brooks](#), ed., *Montgomery and the Eighth Army*, 191, 207, 217, 223, 226.



[209](#). Diario, Lt. gen. sir Charles Gairdner, IWM 04/271/1, 39.

210. Martin Blumenson, *Sicily: Whose Victory?*, 24; Carlo D'Este, *A Genius for War*, 493.

[211](#). Diario, Lt. gen. sir Charles Gairdner, IWM 04/271/1, 36.

212. [Cunningham](#), 532-537; [Garland](#), 62; [SSA](#), 20n.

[213](#). Diario, Lt. gen. sir Charles Gairdner, IWM 04/271/1, 37.

214. Richard Doherty, *A Noble Crusade*, 140; Garland, 88-91.

215. SSt, 114; George F. Howe, «American Signal Intelligence in North-West Africa and Western Europe», U. S. Cryptologic History, series IV, vol. I, NSA, NARA RG 57, SRH-391, 48-49; «Trip Reports Concerning Use of Ultra in the Mediterranean Theater, 1943-1944», NARA RG 457, SRH-031, 36; Ralph Bennett, *Ultra and Mediterranean Strategy*, 401-403; Peter Calvocoressi, *Top Secret Ultra*.

216. F. H. Hinsley *et al.*, *British Intelligence in the Second World War*, vol. III, parte I, 75, 483-486.



217. SSA, 35, 56; Jack Greene y Alessandro Massignani, *The Naval War in the Mediterranean, 1940-1943*, 313.

218. «Il Reparto Riunione dal Duce del giorno 3 aprile 1943», Italian Collection, item 26, OCMH, SSI, NARA RG 319, 270/19/6/3, caja 243.

219. *Battle*, 35.

220. Richard M. Leighton, «Planning for Sicily», *Proceedings*, julio de 1962, 90+; Garland, 67.

221. *Battle*, 46; Garland, 89; «Outline Plan», Force 343, 18 de mayo de 1943, NARA RG 319, OCMH, 270/19/6/3, caja 242; Cochran, «Chicken or Eggs?»; Alexander S. Cochran, «Constructing a Military Coalition from Materials at Hand: The Case of Allied Force Headquarters», comunicación, SMH Conference, 16 de abril de 1999, 10-12.

222. [Smith](#), «Mediterranean Operations», 1; Garland, 92-93.

223. *Three Years*, 333; DDE, *Crusade in Europe*, 170; Davis, 425-426.

224. SSA, 167; memorando, C. B. Hazeltine a McClure, 14 de julio de 1943, AFHQ Psychological Warfare Branch, Carl A. Spaatz Papers, LOC MS Div, caja 13; *The Sicilian Campaign*, 8.



225. *Three Years*, 347-348, 353; DDE, *Letters to Mamie*, 125.

226. DDE a GCM, 7 y 11 de mayo, 22 y 28 de junio de 1943, NARA RG 165, E 422, OPD Exec Files, caja 16.

227. C. R. S. Harris, *allied Administration of Italy, 1943-1945*, 82; Paul Dickson, *War Slang*, 118; <http://www.socrates-digital.de/produktkatalog/AQ493328.php>; DDE a AGWAR, 1 de junio de 1943, NARA RG 165, E 422, OPD Exec Files, caja 16. La sigla AMGOT fue abreviada en agosto, quedando reducida a AMG.

[228](#). Ambrose, vol. I, 244.

229. Kay Summersby Morgan, *Past Forgetting*, 126, 136; Barbara Wyden Papers, DDE Lib; Miller, 516.

230. Piers Brendon, *Ike: His Life & Times*, 125.

231. DDE, *Letters to Mamie*, 128.

232. Karig, 235-236; SSA, 62-65; Tregaskis, 15.



233. Cuaderno de bitácora, U. S. S. *Monrovia*, 8/9 de julio de 1943, NARA RG 38, OCNO, WWII War Diaries, caja 1233.

234. El tonelaje total incluía los convoyes siguientes. Memorando, «Observations “HUSKY” – Jos Task Force», 10 de julio de 1943, MTOUSA, NARA RG 492, SOS, 290/55/1-2, 7-1, caja 2736; msg, AFHQ a AGWAR, 25 de junio de 1943, NARA RG 165, E 422, OPD Exec Files, caja 16; Jackson, «Signal Communication in the Sicilian Campaign», 3; «Orders for Operation HUSKY», s. f., AFHQ, S. S. O. 17/3, CARL, N14793A; msgs, DDE a AGWAR, 28 de mayo de 1943; AGWAR a AFHQ, 10 de junio de 1943; y Office of Fiscal Director, WD, a DDE, 17 de junio de 1943, todo en NARA RG 165, E 422, OPD Exec Files, caja 16.

235. Robert W. Komer, «Civil affaire and Military Government in the Mediterranean Theater», 1954, CMH, 2-3.7 AX, II-24.

236. Memorando, «Medical Planning Instruction», Force 141, 14 de marzo de 1943, A. S. Nevins Papers, MHI, caja 1.

237. «British Abbreviations and Glosary», A. S. Nevins Papers, MHI, caja 1.

238. Mayo, 154; «Logistical History of NATOUSA/MTOUSA», noviembre de 1945, NARA RG 407, E 427, 95-AL1-4, caja 203, 58.

239. «Reminiscences of Walter C. W. Ansel», John T. Mason, Jr., 1970, USNI OHD, 148; AAR, 668-1st Signal Pigeon Co., 9 de julio de 1944, NARA RG 407, SG Co-6681-0.1, caja 23228; msg AGWAR a DDE, 17 de junio de 1943, NARA RG 165, E 422, OPD Exec Files, caja 16.

240. Max Corvo, *The O. S. S. in Italy*, 61; «Reminiscences of Phil E. Bucklew», 1980, John T. Mason, Jr., USNI OHD, 44; memorando, «Final Outline Plan, Force 343», 8 de junio de 1943, NARA RG 338, II Corps Historical Section, caja 148; «Beaches of Sicily», Strategic Engineering Study, n.º 31, noviembre de 1942, MHI.



241. Msgs, GCM a DDE, 2 y 27 de mayo de 1943, NARA RG 165, E 422, OPD Exec Files, caja 16; Blanche D. Coll *et al.*, *The Corps of Engineers: Troops and Equipment*, 455-456.

[242](#). Nicholas, 222, 226, 234.

243. Memorando, HQ, I Armored Corps, Annex 2, 14 de junio de 1943, MTOUSA, NARA RG 492, SOS, 290/55/1-2, 7-1, caja 2736; «Operating Instructions HUSKY», vol. IV, Force 343, FO n.º 1, 20 de junio de 1943, NARA RG 407, E 427, 95-AL1-3.17, caja 201.

244. Memorando, HQ, SOS NATOUSA, 29 de junio de 1943 y «Graves Registration Directive», MTOUSA, NARA RG 492, SOS, 290/55/1-2, 7-1, caja 2736; memorando, «Disposition of Personal Effects», 24 de mayo de 1943, Harlan W. Hendrick, ASEQ, 1st ID, MHI.

245. «British Administrative History of the Italian Campaign», Apéndice, 1946, NARA RG 94, E 427, 95-USF2-5.0; Komer, «Civil Affairs», II-20.

246. «Post-HUSKY Operations, Military Government», NARA RG 319, OCMH, 270/19/6/3, caja 242.

247. «History of Planning Division, Army Service Forces», s. f., CMH, 3-2.2 AA, vol. I, 92.

248. OH, HKH, 1961, John T. Mason, Col U OHRO, 314; HKH, AAR, «The Sicilian Campaign», s. f., 107; John H. Clagett, biografía inédita de HKH, mcgrf., s. f., NHC, 392.



249. «History of Amphibious Training Command, U. S. Atlantic Fleet», 1951, *USNAd*, n.º 145 a-c, VIII, 24; Beck *et al.*, 118; Perry, «A Reporter at Large», 50.

250. Visita del autor, *LST 325*, Alexandria, Va, 28 de mayo de 2005; Pret, 134.

251. Barry W. Fowle, ed., *Builders and Fighters*, 407; Kendall King, «LSTs: Marvelous at Fifty Plus», *Naval History*, 1992.

252. Pyle, 157.

253. Beck *et al.*, 14; Mason, 273-278.

254. «Reminiscences of Walter C. W. Ansel», 149; HKH, AAR, «The Sicilian Campaign», 44.

255. Hinsley, 86.

256. Diario, GSP, 8 de julio de 1943, LOC MS Div, caja 3, carpeta 1.



257. Mason, 284.

258. *PP*, 275, 271.

259. HQ, Force 343 (VII Ejército), 20 de junio de 1943, NARA RG 319, OCMH, SSI, caja 242; «Seventh Army Report Summary», s. f., NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 cc2 Sicilia, caja 250.

260. *PP*, 272; John North, ed., *The Alexander Memoirs, 1940-1945*, 45-46; Hirshson, 360.

261. GSP a DDE, 20 de febrero de 1942, DDE Lib, PP-pres, caja 91.

262. Memorias, Kenyon Joyce, mcngf., s. f., MHI, 345.

263. GSP a Bea, 5 de julio de 1943, LOC MS Div, Chrono File, caja 10.

264. Lee G. Miller, *The Store of Ernie Pyle*, 267.



265. SSA, 66; Pyle, 12.

266. David Nichols, ed., *Ernie's War*, 18; Quentin Reynolds, *The Curtain Rises*, 256.

267. Miller, 261.

268. Richard Collier, *Fighting Words*, 140, 144, 152; Miller.

269. Harold Larson, «Troop Transports in WWII», mcngf., marzo de 1945, CMH, 4-13. AA12, 53; Brown, *The Whorehouse of the World*, 142; IG investigation, otoño de 1943, MTOUSA AG, NARA RG 492, 333.7, caja 1432.

270. Russell B. Capella, *Casablanca to the Nechar*, 18.

[271](#). Valentine, 10; George F. Hall Papers, HIA, caja 1.

[272](#). AAR, 26th Inf. Regt., «The Beginning of the End», s. f., MRC FDM.



273. Williamson, «Tales of a Thunderbird», 86.

274. Anexo, Admin. Order n.º 1, 14 de junio de 1943, VII Ejército, Walter J. Muller Papers, HIA, caja 2; carta de navegación, Wayne M. Harris, ASEQ, 157th Inf, MHI.

275. Harold W. Thatcher, «The Development of Special Rations for the Army», 1944, Historical Section, QM General, MHI, 4-5.

276. Corr., TR a Eleanor, 7, 9 de julio de 1943, LOC MS Div, caja 10.

277. Graeme Zielinski, «Capt. Richard Steere, 92; Meteorologist for Patton», *WP*, 22 de marzo de 2001, B-6;  
«Navy Honors D. C. Officer, Weather Expert», *WP*, 7 de diciembre de 1943, B-9.

278. Charles C. Bates y John F. Fuller, *America's Weather Warriors*, 74.

279. Collins, 200; Jack Belden, «As I Saw It», en Albert H. Smith, Jr., *The Sicily Campaign: Recollections of an Infantry Company Commander*, 143.

280. Memorando, Bert M. Rudd, «Landing Craft and Bases», AGF Observer, 16 de julio de 1943, ANSCOL, NARA RG 334, NWC Lib, caja 150, 6; Bill Mauldin, *The Brass Ring*, 143.



281. «Personal Diary of Langan W. Swent», 9 de julio de 1943, HIA, caja 1.

282. Pyle, 13.

283. *CM*, 209; Karig, 255.

284. Donald J. Hunt, «USS *LST 313* and Battery A, 33RD Field Artillery», mcgrf., 1997, MRC, FDM, 46.

285. William A. Carter, «Carter's War», mcgrf., 1983, CEOH, caja V-14, VII-3.

286. Mason, 279-282.

287. James Phinney Baxter III, *Scientists Against Time*, 77.

288. Karig, 237.



289. *What Do You Aboard The Transport*, 244.

290. Samuel David Spivey, *A Doughboy's Narrative*, 85; Franklyn A. Johnson, *One More Hill*, 81.

291. John Ellis, *On the Front Lines*, 60.

292. [Ralph G. Martin](#), *The G. I. War, 1941-1945*, 67.

293. Buckley, 24; Farley Mowat, *And No Birds Sang*, 46-50.

294. Francis A. Even, «The Tenth Engineers», mcgrf., 1996, en posesión del autor, 7.

295. Memorando, Bert M. Rudd, «Landing Craft and Bases», AGF Observer, 16 de julio de 1943, ANSCOL, NARA RG 334, NWC Lib, caja 150, 6.

296. Martha Harris, ed., «The Harris Family in World War II», 23.



297. Steve Kluger, *Yank*, 105.

298. [Strome Galloway](#), *A Regiment at War*, 70.

299. Jack Belden, «As I Saw It», en Smith, 144; «Reminiscences of Walter C. W. Ansel», 145.

300. SSA, 68; Garland, 109.

301. Hewitt, «Naval Aspects of the Sicilian Campaign», 705.

302. OH, HKH, 23 de enero de 1951, Howard M. Smyth, SM, MHI.

303. Conferencia, «Narrative by Rear Adm. Alan G. Kira», 2 de octubre de 1943, Pearl Harbor, NHC; Clagett, biografía inédita de HKH, 392398; Bates y Fuller, 74; Bernard Fergusson, *The Watery Maze*, 240-244.

304. McCallum, 150, carta, John T. Dawson a su familia, 9 de julio de 1943, MRC FDM.



305. W. S. Chalmers, *Full Cycle*, 177; John F. Hummer, *An Infantryman's Journal*, 20.

306. Cuaderno de bitácora, U. S. S. *Monrovia*, NARA RG 38, OCNO, WWII War Diaries, caja 1233; «Account Written by Brig. Gen. McLain», mcngf., verano de 1943, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 cc2, Sicilia, «45th Div. Landings», caja 247, 1.

307. Chandler, vol. II, 1212; *Crusade in Europe*, 172.

308. Winton, 316; McCallum, 146.

309. Cunningham, 550-551.

310. Francis de Guingand, *Operation Victory*, 289-290.

[311.1247n](#); F. M. Whitley a J. N. Kennedy, 14 de julio de 1943, UK NA, WO 204/307.

312. Stephen, 84.



313. Roger Parkinson, *A Day's March Nearer Home*, 137.

314. Chandler, vol. II, 1247.

315. *Three Years*, 348-349; Alan Lloyd, *The Gliders*, 39.

316. Garland, 109; John S. D. Eisenhower, *Allies*, 319.

317. Coles, «Participation of the Ninth and Twelfth Air Forces», 81.

318. *Three Years*, 350; Vincent Orange, *Tender: Quietly in Command*, 225; Abraham, «Time Off for War», 70.

319. Miller, 520; DDE, *Letters to Mamie*, 134-135.

320. George S. Patton, *War as I Knew It*, 65; relato de combate, Mitchell Jamieson, «Invasion of Sicily», 2 de mayo de 1944, NHC, 4-5; diario, 9 de julio de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 2, carpeta 15.



321. *PP*, 275-276.

322. Albert C. Wedemeyer, *Wedemeyer Reports!*, 224; HKH, «The Sicilian Campaign», s. f., NARA RG 319, OCMH, 270/19/6/3, caja 242, 89.

323. S. W. Roskill, *The War at Sea, 1939-1945*, 116.

324. N. L. A. Jewell, *Secret Mission Submarine*, 113.

325. Patton, 65; diario, Hobart Gay, 9 de julio de 1943, USMA Lib, 98; Bernard Stambler, «Campaign in Sicily», mcngrf., s. f., vol. II, CMH, 2-3.7 AA.L.

326. Walter Karig, *Battle Report: The Atlantic War*, 238.

327. Molony V, 55; SSA, 72, 82 (*Línea Amarilla*).

328. Molony V, 67.



329. John Mason Brown, *To All Hands*, 116; S. W. C. Pack, *Operation Husky*, 139.

330. Christopher Buckley, *Road to Rome*, 27, 31.

331. Flint Whitlock, *The Rock of Anzio*, 39.

332. Martha Harris, ed., «The Harris Family in World War II», e. p., 1996, 20.

333. Carta, Richard Pisciotta a su padre, 8 de mayo de 1944, 157th Inf, 45th ID, ASEQ, MHI; notas, Russell L. Nioses, mcngrf., s. f., 179th Inf, 45th Div Museum.

334. Lee G. Miller, *The Story of Ernie Pyle*, 268.

335. TR a Eleanor, 9 de julio de 1943, TR, LOC MS Div, caja 10.

336. Susan H. Godson, *Viking of Assault*, 70; «History of the 50th (Northumberland) Division During the Campaign of Sicily», mcgrf., s. f., UK NA, CAB 106/473, 16-17.



337. *Three Assault Landings*, 1st Battalion, Dorsetshire Regiment, DTL, Ft. B, 10.

338. Farley Mowatt, *The Regiment*, 56-57.

339. Jack Belden, «As I Saw It», en Albert H. Smith, Jr., *The Sicily Campaign: Recollections of an Infantry Company Commander*, 147-149; Bernard Nalty y Truman Stobridge, «The Lucky Chase», *Sea Classics*, fecha insegura, 14+.

340. Paul W. Brown, *The Whorehouse of the World*, 149; Malcolm S. McLean, «Adventures In Occupied Areas», mcngf., 1975, MHI, 75.

341. Paul W. Brown, 164.

342. George J. Koch, memorias, mcngrf., s. f., 1st Reconnaissance Troop, 1st ID, ASEQ, MHI.

343. Robert W. Black, *Rangers in World War II*, 86.

344. James B. Lyle, «The Operations of Companies A and B, 1st Ranger Battalion, at Gela, Sicily», s. f., IS, 9.



345. Cuaderno de bitácora, *LST 379*, 10 de julio de 1943, e informe de acción, «Landing at Torre de Gaffi, Sicily, *LST 379*», 18 de julio de 1943; conferencia, «Narrative by Rear Adm. Alan G. Kira», Pearl Harbor, 2 de octubre de 1943, NHC, 6.

346. *The Sicilian Campaign*, 38-39.

347. George Sessions Perry, «A Reporter at Large», *New Yorker*, 14 de agosto de 1943, 46+.

348. «The Lucky *Chase*», 14+; OH, «The Reminiscences of Walter C. W. Ansel», 1970, John T. Mason, Jr., USNI OHD, 139.

349. Intelligence Notes, n.º 6, 3 de julio de 1943, HQ, 1st ID (*COCACOLA*).

350. Jack Belden, «Battle of Sicily», *Time*, 26 de julio de 1943, 27+; Donald J. Hunt, «USS *LST 313* and Battery A, 33rd Field Artillery», mcngf., 1997, MRC FDM, 33.

351. JPL, 42.

1. Robert D. Kaplan, *Mediterranean Winter*, 132; Kart Baedeker, *Southern Italy and Sicily*, 321; Pietro Griffo, *Gela*, 24, 49, 160, 211.



2. Edwin M. Sayer, «The Operations of Company A, 505th Parachute Infantry», noviembre de 1947, IS, 6-7; Bradley Biggs, *Gavin*, 19-20; William B. Breuer, *Drop Zone Sicily*, 2.

3. Malcolm Muir, Jr., ed., *The Human Tradition in the World War II Era*, 178-184.

4. Muir, 183; Matthew B. Ridgway, *Soldier*, 62.

5. William T. Ryder, «Report on American Airborne Phase of Operation HUSKY», s. f., NARA RG 334, NWC Lib, caja 44, 16; XO diario 1st Bn, 505th Para Inf Rgt, 17 de mayo-9 de julio de 1943, NARA RG 407, 382-Inf-(505)-0.3.0, caja 12459; MBR, SOOHP, John M. Blair, 1971-1972, MHI, II-55.

6. Clay Blair, *Ridgway's Paratroopers*, 78.

7. John C. Warren, *Airborn Missions in the Mediterranean, 1942-1945*, 25, 28.

8. Ed Ruggero, *Combat Jump*, 110.

9. Ryder, «Report on American Airborne Phase», s. f., NARA RG 334, NWC Lib, caja 44.



10. Robert M. Piper, «The Operations of the 505th Parachute Infantry in the Airborne Landings on Sicily», 1948, IS, 13; Sayer, «The Operations of Company A, 505th Parachute Infantry», IS, 6.

11. Blair, 86-87.

12. Sayer, «The Operations of Company A, 505th Parachute Infantry», IS, 8.

13. Warren, 29, 33; James M. Gavin, *On to Berlin*, 19, 22.

14. Garland, 117.

15. Blair, 87; Breuer, 71.

16. Piper, «The Operations of the 505th Parachute Infantry», 20.

17. OH, George Mertz, Oct. 277, Lewis E. Johnston, «The Troop Carrier D-Day Flights», CD-ROM, en posesión del autor, 146-147.



18. Breuer, 57; Ruggero, 133.137.

19. James M. Gavin, *Airwar Warfare*, 2.

20. Charles E. Smith, «The American Campaign in Sicily», mcgrf., s. f., CMH, Geog Files, Sicilia, 314.7, 10; Ryder, «Report on American Airborne Phase», 40; Warren, 33-36.

21. Gavin, *On to Berlin*, 22.

22. Ridgway, 70; «Proceedings of Board of Officers Considering Airborne Operations», agosto de 1943, AFHQ, JPL, MHI, caja 11; «Airborne Operations Conference», 24 de julio de 1943, Argel, MHI, D763.S5 A5.

23. David G. Fivecoat, «Against All Odds», tesis, 6 de mayo de 1993, USMA, 19-23.

24. Sayer, «The Operations of Company A, 505th Parachute Infantry», 10-12, Jonathan M. Soffer, *General Matthew B. Ridgway: From Progressivism to Reaganism, 1895-1993*, 45 (JAR).

25. Corr., MBR a C. B. Hansen, 5 de abril de 1949, CJB, caja 48.



26. Garland, 99; Black, 87; James J. Altieri, *Darby's Rangers: An Illustrated Portrayal of the Original Rangers*, 50; Allen N. Towne, *Doctor Danger Forward*, 67.

27. Garland, 137; Harris, ed., 24-30.

28. «History of the 26th Infantry in the Present Struggle», mcngf., s. f., MRC-FDM, 1991.25, caja 445, 6; «Personal Diary of Langan W. Swent», 10-11 de julio de 1943, HIA, caja 1, Stanford University; Jack Belden, «Battle of Sicily», 27+.

29. [John W. Baumgartner et al.](#), *The 16th Infantry, 1798-1946*, 38.

30. Stambler, «Campaign in Sicily», 2-3.7 AAL.

31. William T. Dillon, «Pearl Harbor to Normandy and Beyond», mcgrf., s. f., 1/16th Inf, ASEQ, MHI, 5; Belden, «Battle of Sicily», 27+.

32. Neil McCallum, *Journey with a Pistol*, 150; *Building the Navy's Bases in World War II*, vol. II, 87; «Action Report, Commander Task Unit 86.222», 31 de julio de 1943, NARA.

33. AAR, 3/16th Inf, 16 de agosto de 1943, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC2, caja 247; E. S. Van Deusen, «Trucos That Go Down to the Sea», *Army Ordnance*, vol. 25, noviembre-diciembre de 1943, 555+; James Phinney Baxter III, *Scientists Against Time*, 243-250.



34. Geoffrey Pret, *There's a War to Be Won*, 110-112; Linda Mayo, *The Ordnance Department: On Beachhead and Battlefield*, 163; Garland, 104; Henry F. Pringle, «Weapons Win War», mcgrf., s. f., CMH, 2-3.7 AB.B, 150-152.

35. OH, Samuel A. D. Hunter, inteligencia naval, Advance Bases Group, 7 de marzo de 1944, NHC; AAR, HKH, «The Sicilian Campaign», 55-56; Alfred M. Beck *et al.*, *The Corsos of Engineers: The War Against Germany*, 130; R. L. Carmichael, Jr., «Report on Italian Campaign», 15 de junio de 1944, n.º 113, Observer Reports, NARA RG 337, AGF G-2, caja 55, 8.

36. «Personal Diary of Langan W. Swent», 12 de julio de 1943, HIA, caja 1; *The Sicilian Campaign*, 83.

37. JPL, 43; «Action Report, Commander Task Unit 86.222», 31 de julio de 1943, NARA.

38. Sydney L. Jackson, «Signal Communication in the Sicilian Campaign», julio de 1945, CARL, N-9425.4, 78; H. H. Dunham, «U. S. Army Transportation and the Conquest of Sicily», marzo de 1945; monografía n.º 13, ASF, Historical Program Files, NARA RG 336, caja 141, 68.

39. Memorando, D. L. Madeira, 7 de agosto de 1943, Destroyer Squadron 17, informe de acción, U. S. S. *Maddox*, RG 38, OCNO, WWII Actions and Operational Reports, caja 1219.

40. John Mason Brown, 131.

41. John P. Downing, «No Promotion», mcgrf., s. f., MRC FRM, 1944.41.1, 218; visita del autor, septiembre de 1996; SSA, 60-61; McCallum, 151-152.



42. David W. Hogan, *Raiders or Elite Infantry?*, 45; Jerome J. Haggerty, «A History of the Ranger Battalion in World War II», tesis doctoral, 1982, Fordham University, MHI, 139-140.

43. Michael J. King, *William Orlando Darby*, 74; «The Rangers», *Life*, 2 de julio de 1944, 59+; Thomas M. Jonson, «The Army's Fightingest Outfit Comes Home», *Post Dispatch* de San Luis, 5 de noviembre de 1944, en *Reader's Digest*, diciembre de 1944, 51+; James Altieri, *The Spearheaders*, 293, 247.

44. «History of the 26th Infantry Regiment in the Present Struggle», mcngrf., s. f., versión entregada al autor por el general Paul Gorman, 9; Altieri, *The Spearheaders*, 268-270; Black, 87; William O. Darby y William H. Baumer, *Darby's Rangers: We Led the Way*, 87-89.

45. AAR, 1st Ranger Bn, 10-14 de julio de 1943, «Combat Reports», micro. USMA, MP63-8, rollo 1.

46. SSA, 104.

47. Garland, 152-153; diario, 19 de julio de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 2, carpeta 15.

48. John B. Romeiser, ed., *Combat Reporter*, 164.

49. Altieri, *Darby's Rangers*.



50. SSA, 104.

51. Robert Daumer, «Darby's Ranger», entrevista de Jack Belden a Darwin, [www.grunts.net](http://www.grunts.net); W. S. Allgood, «Once Upon a War», en «2004 Reunion Program Book», Fort Wayne, Indiana, 25-30 de agosto de 2004, en posesión del autor, 101; Ralph G. Martin, *The G. I. War, 1941-1945*, 71.

52. Romeiser, ed., 163; «Report on the First Phase of Argot Occupation, Sicily and Region II», julio-agosto de 1943, Frank J. McSherry Papers, MHI, 18.

53. Max Corvo, *The O. S. S. in Italy, 1942-1945*, 69-75; Stambler, «Campaign in Sicily», 23; Pyle, 15.

54. George Biddle, *Artist at War*, 225; OH, James M. Wilson, Jr., antiguo ayudante, con el autor, 23 de abril de 2004, Washington, D. C.; Hill Lang, «Lucian King Truscott, Jr.», *Life*, 2 de octubre de 1944, 97+.

55. Corr., LKT Jr. a Sarah R. Truscott, 25 de noviembre de 1943 y 15 de enero de 1944, LKT Jr., GCM Lib, caja 1, carpeta 6.

56. Roger J. Spiller, ed., 1110.

57. Lang, «Lucian King Truscott, Jr.»; Robert H. Berlin, *U. S. Army World War II Corps Commanders*; Hugo A. Scott, *The Blue and White Devils*, 66.



58. Diarios del asistente, 12 de septiembre de 1943, LKT Jr., GCM Lib, caja 18, carpeta 3.

59. OH, Robert T. Frederick, 7 de enero de 1949, SM, MHI.

60. *CM*, 206.

61. OH, Wilson, con el autor.

62. Memorando, LKT Jr, a L. J. McNair, 27 de diciembre de 1943, Don E. Carleton Papers, HIA, caja 1.

63. Corr., LKT Jr. a Sarah, 7 de julio de 1943, LKT Jr., GCM Lib, caja 1, carpeta 6.

64. Pyle, 20; John T. Mason, Jr., *The Atlantic War Remembered*, 285; Garland, 126-134; *The Sicilian Campaign*, 109; SSA, 86.

65. Pyle, 17; *CM*, 213-214; MEB, mss, n.º R-127, en «Axis Tactical Operations in Sicily», mcgrf., s. f., OCMH, n.º R-147, MHI.



66. Memorando, William W. Eagles, 17 de enero de 1951, SM, MHI.

67. Norris H. Perkins, *North African Odyssey*, 82.

68. Karig, 252.

69. Richard Tregaskis, *Invasion Diary*, 23; Pyle, 22; corr., LKT Jr. a Sarah, 25 de julio de 1943, LKT Jr., GCM Lib, caja 1, carpeta 6.

70. Conferencia, «Narrative by Rear Adm. Alan G. Kira», 2 de octubre de 1943, Pearl Harbor, NHC, 6-7; Charles C. Bates y John F. Fuller, *America's Weather Warriors*, 75; Robert L. Clifford y William J. Maddocks, «Naval Gunfire Support of the Landings in Sicily», 1984, monografía n.º 5, MHI, 19.

71. Conferencia, John F. Gallear, U. S. S. *Laub*, «Naval Gunfire Support», 29 de octubre de 1943, NARA RG 334, NWC Lib, caja 170.

72. SSA, 137; «Operations of II Corps in Sicily», 1 de septiembre de 1943, NARA RG 338, 333.5, caja 134.

73. Samuel Eliot Morison, *The Two-Ocean War*, 259.



74. Emajean Jordan Buechner, *Sparks*, 66-67.

75. AAR, 180th Inf Regt, 10 de julio-16 de agosto de 1943, 45th ID Mus.

76. Garland, 161; John Mason Brown, 147.

77. AAR, Amphibious Force Transport QM, U. S. Atlantic Fleet, 6 de agosto de 1943, en «Report on Operation Husky», Army Observers, Amphibious Forces, MHI, 9; Claudia Levy, «Pulitzer-Winning WWII Cartoonist Bill Mauldin Dies», 23 de enero de 2003, *WP*, B6; Bill Mauldin, *The Brass Ring*, 150.

78. William A. Carter, «Carter's War», mcgrf., 1983, CEOH, caja V-14, VII-7 y 13; SSA, 139, 140n.

79. *The Sicilian Campaign*, 53; Garland, 161; conferencia, «Narrative by Rear Adm. Alan G. Kira», 2 de octubre de 1943, Pearl Harbor, NHC, 9-12.

80. Corr., Troy H. Middleton a James A. Novell, 29 de noviembre de 1960, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC2, caja 250.

81. Las cifras exactas son confusas porque las de la 45.<sup>a</sup> División corresponden a tres días. Garland, 161n; Clifford y Maddocks, «Naval Gunfire Support», 21.



82. SSA, 152; Homero, *Odisea*, edición trad. al ing. por Robert Fagles, 214; Ross Munro, «Landing Fairly Easy for Canadian Invaders», 12 de julio de 1943, *Globe and Mail* de Toronto, [www.warmuseum.ca](http://www.warmuseum.ca).

83. «History of the 50th (Northumberland) Division During the Campaign in Sicily», mcngf., s. f., UK NA, CAB 106/473, 17-18, 23, 26; informe de los servicios de inteligencia, n.º 6910, 11 de diciembre de 1943, CARL, N-6490.

84. Daniel G. Dancocks, *The D-Day Dodgers*, 35.

85. C. R. Eke, «A Game of Soldiers», mcgrf., s. f., IWM, 92/1/1, 14; K. G. Oakley, «Sicily, 1943», mcgrf., s. f., IWM 96/22/1, 2-3; mariscal de campo lord Carver, *The Imperial War Museum Book of the War in Italy, 1943-1945*, 14-15.

86. Richard S. Malone, *A Portrait of War, 1939-1943*; Pack, 97.

87. Robin Neillands, *Eighth Army*, 220.

88. George Aris, *The Fifth British Division, 1939 to 1945*, 115.

89. John Durnford-Slater, *Commando*, 134, 136.



90. Molony V, 52; C. R. Eke, «A Game of Soldiers», mcgrf., s. f., IWM, 92/1/1, 44.

91. Alan Word, *The Glider Soldiers*, 27; SSA, 160-161.

92. Warren, 23, 26; Word, 27; George Chatterton, *The Wings of Pegasus*, 64, 67; Michael Hickey, *Out of the Sky: A History of Airborne Warfare*, 100.

93. Hickey, 100; Blair, 76-77.

94. Harry L. Coles, Jr., «Participation of the Ninth and Twelfth Air Forces in the Sicilian Campaign», 1945, AAF Historical Studies, n.º 37, 85.

95. Conferencia, P. L. Williams, «Airborne Operations Against Sicily», 2 de septiembre de 1943, NARA RG 334, E 315, NWC Lib, ANSCOL, L-1-43, W-68, caja 168, 3.

96. Chatterton, 68; Lloyd, 39, 41.

97. Tregaskis, 95; Hickey, 101.



98. Breuer, 41.

99. Carlo D'Este, *Bitter Victory*, 233, 233n.

100. «Report of Allied Force Airborne Board», 13 de octubre de 1943, AFHQ, NARA RG 407, E 427, 95-AL1 (A/B)-0.3.0.

101. Chatterton, 89; Lloyd, 41.

102. «Interview with Brig. Gen. Ray A. Dunn», 14 de octubre de 1943, MHI Lib, 4-5.

103. Richard Thruelsen y Elliott Arnold, *Mediterranean Sweep*, 111; «Tactical Employment in the U. S. Army of Transport Aircraft and Gliders in World War II», vol. 1, capítulo 3, s. f., CARL, N-16464-H, 33; «Report on Airborne Operations, HUSKY», 24 de julio de 1943, JPL, MHI, caja 11; conferencia, Williams, «Airborne Operations», 4-7.

104. «Report of Allied Force Airborne Board».

105. Warren, 46.



106. Chatterton, 73; Thruelsen y Arnold, 111-115.

107. *By Air to Battle*, 57.

108. *By Air to Battle*, 57; *Word*, 217.

109. Chatterton, 94.

110. Chatterton, 87-88; Hickey, 103.

111. Geoffrey Reagan, *Blue on Blue: A History of Friendly Fire*, 139; memorando, HQ, Fifth Army Airborne Training Center a GCM, 15 de agosto de 1943, NARA RG 165, E 419, WD GS, director of plans and ops, top secret gen'l corr, 312.4-319.1, 390/37/18/3, caja 14.

112. *By Air to Battle*, 59.

113. Albert Kesselring, «The Campaign for Sicily: Concluding Considerations», s. f., en «Mittelmeerkrieg», parte II, «Tunisien», FMS n.º T-3 P1, NARA RG 319, OCMH, caja 245, 19; MEB, «Axis Tactical Operations in Sicily», mcngf., s. f., OCMH, n.º 147, MHI.



114. «War Diary of German Naval Command in Italy», 1 de julio de 1943, SEM, NHC, caja 57; informes de situación, *OB Süd*, 1 y 7 de julio de 1943, NARA RG 319, OCMH, caja 246; Michael Howard, *Strategic Deception in the Second World War*, 87-88.

115. Frank J. Stech, «Outguessed and One-Behind: The Real Store of *The Man Who Never Was*», documento presentado en una conferencia, Universidad de Wolverhampton, Reino Unido, julio de 2004; Ewen Montagu, *The Man Who Never Was*, 11, 73-74; «Mincemeat», en «Naval Deception», vol. III, ADM 223/794, 442-460, UK NA; cuaderno de bitácora mensual, H. M. S. *Seraph*, UK NA, ADM 173/18038; Roger Morgan, «The Second Works War's Best Kept Secret Revealed», *After the Battle*, n.º 94, 1996, 31+; Ralph Bennett, *Ultra and the Mediterranean Strategy*, 227; «Historical Record of Deception in the War Against Germany and Italy», vol. 2, UK NA, CAB 154/101, 385-389.

116. Garland, 110-111; Walter Fries, «Der Kampf Um Sizilien», mcngrf., s. f., FMS n.º T-2, NARA RG 319, OCMH, caja 245, 6-9; Eberhardt Rodt, «Studie über den Feldzug in Sizilien bei der 15. Pz Gren. Div, Mai-August 1943», s. f., FMS n.º C-077, NARA RG 319, OCMH, caja 245, 15; SSA, 69-70.

117. MEB, «Axis Tactical Operations in Sicily».

118. F. H. Hinsley *et al.*, *British Intelligence in the Second World War*, vol. 3, parte 1, 84.

119. Alice Luccese Powers, *Italy in Mind*, 302.

120. MEB, «Axis Tactical Operations in Sicily: The Mission of General Guzzoni», mayo de 1959, NARA RG 319, E 145, OCMH, 270/19/30-31/6-2, R-117, 38; Leo J. Meyer, «Strategy and Logistical History: MTO», s. f., CMH, 2-3.7 CC5, XIV-7.

121. Hellmut Bergengruen, «Kampf der Pz. Div. Hermann Goering auf *Sizilien vom 10-14.7.1943*», diciembre de 1950, FMS, n.º C-087.<sup>a</sup>, NARA RG 319, caja 245, 13.



122. George F. Howe, «American Signal Intelligence in Northwest Africa and Western Europe», U. S. Cryptologic History, serie IV, vol. 1, s. f., NARA RG 57, SRH-391, 52; Max Ulich, «Sicilian Campaign Special Problems and Their Solutions», marzo de 1947, FMS, n.º D-004, MHI, 4.

123. Bergengruen, «Kampf der Pz. Div. Hermann Goering», 14-16.

124. «War Diary of German Naval Command in Italy», 10 de julio de 1943.

125. Diario de guerra, personal alemán de enlace, VI Ejército italiano, 10-11 de julio de 1943, en FMS, n.º C-095, MHI, 25-34.

126. «Operazioni in Sicilia dal 9 al 19 luglio», diario del Comando Supremo, 11 de julio de 1943, 21.00 horas, NARA RG 319, OCMH, caja 246.

127. Kesselring, «The Campaign for Sicily», 19-22; Kenneth Macksey, *Kesselring: The Making of the Luftwaffe*, 206.

128. Albrecht Kesselring, *The Memoirs of Field-Marshal Kesselring*, 27.

129. Johannes Steinhof, *Messerschmitts over Sicily*, 27.



130. GS IV, 463; Paul Deichmann, «Italian Campaign», 1948, FMS, n.º T-1.<sup>a</sup>, capítulo 1, 29; Steinhof, 27.

131. Kesselring, *Memoirs*, 158; Garland, 46, 51; «Stellungnahme des verantwortlichen Oberbefehlshaber Süd zu den Betrachtungen des Oberst von Bonin», s. f., en Kesselring, «Mittelmeerkrieg», parte II, «Tunisien», FMS n.º T-3 P1, NARA RG 319, OCMH, caja 245, 3.

132. Kesselring, «Italy as a Military Ally», 1948, FMS, n.º C-015, MHI, 4-5, 9.

133. Kesselring, «Mittelmeerkrieg», 69; Kesselring, «The Campaign for Sicily», 19-22; Kesselring, «German Strategy During the Italian Campaign», s. f., FMS, n.º B-270, MHI, 12, 29.

134. Frido von Senger und Etterlin, «Liaison Activities with Italian 6th Army», 1951, FMS, n.º C-095, MHI, 14-15; diario de guerra, personal alemán de enlace, VI Ejército italiano, 10-11 de julio de 1943, en FMS, n.º C-087c, NARA RG 319, caja 245, 2-3.

135. Bergengruen, «Kampf der Pz. Div. Hermann Goering», 4-9.

136. Garland, 171n.

137. Garland, 163; Kesselring, «The Campaign for Sicily», 12-13.



138. «The Reminiscences of Walter C. W. Ansel», 146; Tregaskis, 29

139. Biddle, 71.

140. William A. Carter, «Carter's War», mcgrf., 1983, CEOH, caja V-14, VII-22.

141. John Lardner, «Up Front with Roosevelt», en Jack Stenbuck, ed., *Typewriter Battalion*, 127-128.

142. Frederick T. McCue, ASEQ, s. f., Battery A, 171st FA Bn, 45th ID, MHI.

143. H. Paul Jeffers, *In the Rough Rider's Shadow*, 152, 164, 174-175; Benjamin S. Persons, *Relieved of Command*, 66; Donald P. Darnell, «Brigadier General Theodore Roosevelt, Jr.», *World War II*, mayo de 1998, 18+; Michael Pearlman, *To Make Democracy Safe for America*, 250.

144. Corr., TR a Eleanor, 5 de junio.

145. 12 de junio de 1943, TR, LOC MS Div, caja 10.



146. Quentin Reynolds, *The Curtain Rises*, 214.

147. Corr., Robert A. Riesman [26 Regimiento de Infantería] al autor, 10 de septiembre de 2002.

148. A. J. Liebling, «Find ‘Em, Fix ‘Em, and Fight ‘Em», *New Yorker*, parte 2, 1 de mayo de 1943, 24+; entrevistas del autor, Richard A. Williams, 25 de enero de 2003.

149. Diario, GSP, 24 de junio de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 2, carpeta 15.

150. Maxwell Hamilton, «Junior in Name Only», *Retired Officer*, junio de 1981, 28+.

151. Omar N. Bradley, *A Soldier's Store*, 110-111.

152. Samuel David Spivey, *A Doughboy's Narrative*, publicación particular, 1995, 81-82.

153. Jean Gordon Peltier, *World War II Diary of Jean Gordon Peltier*, 82.



154. Benjamin A. Dickson, «G-2 Journal: Algiers to the Elbe», mcngrf., s. f., MHI, 69.

155. «Terry Allen and the First Division in North Africa and Sicily», mcngf., s. f., TdA, caja 5, MHI, 32.

156. Stanhope Brasfield Mason, «Reminiscences and Anecdotes of World War II», mcngrf., 1988, MRC FDM, 150-151.

157. William E. Faust, ASEQ, División de Artillería HHQ, 1st ID, MHI, 60.

158. Donald McB. Curtis, *The Song of Fighting First*, 103-104.

159. Memorando, «Conference Notes, 24 de mayo de 1943», Mason Papers, MRC FDM.

160. Memorando, S. B. Mason, «Weapons», 17 de mayo de 1943, Stanhope Mason Papers, MRC FDM.

161. «History Mediterranean Base Section, Sept. 1942-May 1944», CMH, 8-4 CA 1944, 35.



162. Dickson, «G-2 Journal», 69.

163. Franklyn A. Jonson, *One More Hill*, 76.

164. Discurso, Stanhope B. Mason, 24 de abril de 1976, LVII Cena Anual de Oficiales de la Primera División, Nueva York, en Smith, 194.

165. Discurso, Mason, 24 de abril de 1976; JPL, 24-25.

166. Omar N. Bradley, *A Soldier's Store*, 110-111.

167. Benjamin S. Persons, *Relieved of Command*, 69; Robert John Rogers, «A Study of Leadership in the First Infantry Division During World War II», tesis, 1965, Ft. L., 118.

168. [Ibídem](#), p. 118.

169. Visita del autor, septiembre de 1996; Garland, 165.



170. Ladislav Farago, *Patton: Ordeal and Triumph*, 297; Jeffers, 225; «History of the 26th Infantry Regiment», 16-17.

171. «History of the 26th Infantry Regiment», 18-19; H. R. Knickerbocker *et al.*, *Danger Forward*, 105; Garland, 166-167; Farago, 297.

172. Robert W. Baumer, *Before Taps Sounded*, publicación particular, 2000, 174.

173. Corr., TR a Eleanor, 17 de julio de 1943, TR, LOC MS Div, caja 10.

174. Romeiser, ed., 162; «Terry Allen and the First Division in North Africa and Sicily», mcgrf., s. f., TdA, caja 5, MHI, 50.

175. Pearlman, 249-250.

176. Gerald Astor, *Terrible Terry Allen*, 11-12; Thomas W. Dixon, «Terry Allen», *Army*, abril de 1978, 57+.

177. Liebling, «Find ‘Em, Fix ‘Em, and Fight ‘Em», 221+.



178. Necrológica, *NYT*, 13 de septiembre de 1969.

179. Astor, 184.

180. «Allen and His Men», *Time*, 9 de agosto de 1943, 30+.

181. Jonson, 77.

182. Corr., TdA a Mary Fran, 6 de junio de 1943, TdA, MHI, caja 2.

183. Romeiser, ed., 166; «Addendum by Major Groves, 27 Oct. 1950», en OH, Bryce F. Denno y Melvin J. Groves, 16th Inf., 24 de octubre de 1950, SM, MHI; Garland, 166-167.

184. Smith, 21.

185. Baumgartner *et al.*, 41; Knickerbocker, 106; Peltier, 99; «Terry Allen and the First Division», mcgrf., s. f., TdA, caja 5, MHI, 37.



186. Romeiser, ed., 166-167; Clift Andrus, notas acerca de *A Soldier's Store*, mcngrf., s. f., MRC FDM, 1988.32, caja 215.

187. Garland, 160; memorando, George A. Taylor, 26 de diciembre de 1950, SM, MHI; corr., John M. Brooks al autor, 19 de octubre de 2003; SSA, 109-112.

188. Jackson, «Signal Communication in the Sicilian Campaign», 63; relato del combate, Curtis Shears, USNR, 3 de abril de 1944, NHC, 2; William S. Hutchinson, Jr., «Use of the 4.2-inch Chemical Mortar in the Invasion of Sicily», *MR*, noviembre de 1943, 13+.

189. Memorando, TdA a OCMH, s. f., NARA RG 319, OCMH, caja 250; AAR, 3/16th Inf, 16 de agosto de 1943, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC2, caja 247.

190. Charles F. Ryan *et al.*, «2nd Armored Division in the Sicilian Campaign», mayo de 1950, AS, Ft. K, 24.

191. Bergengruen, «Der Kampf der Pz. Div. "Hermann Goering"», 14-19.

192. Fridolin von Senger und Etterlin, «Die Abwehr der Achsenmächte auf Sizilien», *Allgemeine schweizerische Militär Zeitschrift*, diciembre de 1950, 859-860.

193. MEB, «Axis Tactical Operations in Sicily».



194. Jonson, 89; Romeiser, ed. Mason, 269; memorando, GSP, 11 de julio de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 11, carpeta 8.

195. Dennis Showalter, *Patton and Rommel*, 315.

196. Jack Belden, «Battle of Sicily», 27+.

197. Milton F. Perry y Barbara W. Parke, *Patton and His Pistols*, 62; Patton, 54; Paul W. Brown, 165.

198. D'Este, *Bitter Victory*, 317; Jackson, «Signal Communication in the Sicilian Campaign», 58-61.

199. SSA, 112; Carlo D'Este, *Patton: A Genios for War*, 507; corr., GSP a L. J. McNair, 2 de agosto de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 11.

200. James B. Lyle, «The Operations of Companies A and B, 1st Ranger Battalion, at Gela, Sicily», 1948, IS, 18-19.

201. Blythe Foote Finke, *No Mission Too Difficult*, 130.



202. Nota, GSP, mcgrf., s. f., GSP, LOC MS Div, caja 48, carpeta 20.

203. TdA, «Commanding General's After Action Report», 1950, en Smith, 127; Garland, 170; MEB, «Axis Tactical Operations in Sicily»; Martin A. Shadday, «Operations of Company C, 41st Armored Infantry Regiment, 2nd AD, at Gela, Sicily», 1948, IS, 15.

204. OH, Samuel A. D. Hunter, 7 de marzo de 1944, NHC, 8-9.

205. *The Sicilian Campaign*, 93; William H. Frazier, Jr., «The Operations of XII Air Support Command in the Invasion of Sicily», 1948, IS, 21.

206. DSC, Clift Andrus, NARA RG 338, ETO, Seventh Army Awards, caja 2; Thomas F. Lancer, «Goodbye Mr. Chips», en Albert H. Smith, Jr., ed., «Biographical Sketches, WWII», MRC FDM; expediente biográfico, Clift Andrus, s. f., MHI; Malcolm Marshall, ed., *Proud Americans*, 112.

207. Clift Andrus, «Amphibious Landings-North Africa, Sicily, and Normando», mcngf., s. f., MRC FDM, 26; Godson, 74.

208. Patrick K. O'Donnell, *Beyond Valor*, 51; Franz Kurowski, *The History of the Fallschirmpanzerkorps Hermann Göring*, 159.

209. William T. Dillon, 1/16th Inf, ASEQ, MHI, 6.



[210](#). Bergengruen, «Kampf der Pz. Div. Hermann Goering», 20-21.

[211](#). TdA, «Commanding General's After Action Report», 127.

212. Romeiser, ed., 167.

213. *PP*, 279; D'Este, *Patton*, 507; Mark M. Boatner III, *The Biographical Dictionary of World War II*, 138.

214. Patrick K. O'Donnell, *Operatives, Spies, and Saboteurs*, 45-50.

215. Anthony Cave Brown, *The Last Hero*, 352.

216. Memorando, Paul Conrath, 12 de julio de 1943, documentos capturados del AFHQ, NARA RG 407, E 47, 95 AL1-2.9, caja 162.

217. Andrus, «Amphibious Landings», 27; Kurowski, 157; MEB, «Axis Tactical Operations in Sicily».



218. Garland, 171n; Charles E. Smith, «The American Campaign in Sicily», mcngrf., s. f., CMH, Geog Files, Sicilia, 314.7, 17.

[219](#). Resumen informativo, VII Ejército, s. f., NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC2 Sicilia, caja 250.

220. «Report of Activities», 31 de julio de 1944, abogado defensor, 1st ID, MRC FDM.

221. Memorando, GSP, 11 de julio de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 11, carpeta 8; *PP*, 279-280.

[222](#). *The Sicilian Campaign*, 91-93.

223. Carver, 22; Roskill, 131.

224. Informes de acciones, S. H. Alexander y Ralph C. Adama, *LST 313*, mcngrf., s. f., en Donald J. Hunt, «USS *LST 313* and Battery A, 33rd Field Artillery», mcngrf., 1997, MRC FDM, 42; SSA, 108.

225. Knickerbocker *et al.*, 103-104.



226. *AAF in WWII*, 445; HKH, «The Sicilian Campaign», 17-18.

227. «Notes on the Planning and Assault Phases of the Sicilian Campaign», UK Combined Operations HQ, Boletín n.º Y/1, octubre de 1943, CARL, 2-7.

228. *AAFinWWII*, 445.

[229](#). Coles, «Participation of the Ninth and Twelfth Air Forces», 177-178.

230. Garland, 106-107.

231. The Army Air Forces in Amphibious Landings in World War II», julio de 1953, CARL, N-16372.34, 32-46; corr., HKH a SEM, o de febrero de 1953, SEM, NHC, caja 51.

232. Ralph G. Martin, «Invasion of Sicily», 31 de agosto de 1943, en Steve Kluger, *Yank*, 101+.

233. Informe de acción, John McFadzean, oficial de artillería, S. S. *Rowan*, 22 de diciembre de 1943, NHC, 17-18; Karig, 244-245.



234. OH, Charles William Harwood, U. S. S. *Dickman*, 19 de noviembre de 1943, NHC; *The Sicilian Campaign*, 94.

235. George C. Mitchell, *Matthew B. Ridgway: Soldier, Statesman, Scholar, Citizen*, 27, 35.

236. Blair, 111.

237. Soffer, 22, 36.

238. «Report of Allied Forces Airborne Board»; Garland, 175n; Warren, 22; Mason, «Reminiscences and Anecdotes», 171-173; AAR, 7th Army, G-3, s. f., NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC2, caja 250.

239. Joseph M. Whitaker, «Report of Investigation Concerning Shooting Down of Airborne Troops, 11-12 July 1943», 21 de septiembre de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 49, carpeta 11.

240. Memorando, MBR, «Reported Loss of Transport Planes and Personnel», 2 de agosto de 1943, CJB, caja 48, 4-6.

241. McLean, «Adventures in Occupied Areas», 36; Whitaker, «Report of Investigation».



242. Thomas B. Cage, 45th ID, en William O. Perry, «Report of Investigation», 14 de agosto de 1943, 45th ID IG, NARA RG 338, AG 1943, 333.5, caja 111.

243. Garland, 175-177; Charles R. Shrader, «Amicide: The Problem of Friendly FIRE in Modern War», diciembre de 1982, CSI, 70.

244. Warren, 40.

245. *PP*, 280.

246. Garland, 177.

247. Willard E. Harrison, Co. A, 504th PIR, en Alvin B. Welsch, «Report of Investigation: Alleged Shooting Down of Friendly Troop Carrying Transport Planes», s. f., NARA RG 338, AG 1943, 333.5, caja 111.

248. Lee D. Carr, en Robert Miles, «But Never a Soldier», mcgrf., 1987.

249. Breuer, 143.



250. Corr., John P. O'Malley a W. P. Yarborough, 20 de enero de 1980, CJB, «Chrono. File: Sicily», MHI, caja 48.

251. Whitaker, «Report of Investigation», 11.

252. Welsch, «Report of Investigation».

253. Garland, 178n; Ross S. Carter, *Those Devils in Baggy Pants*, 23.

254. Coles, «Participation of the Ninth and Twelfth Air Forces», 88.

255. OH, William P. Yarborough, 1975, J. R. Meese and H. P. Houser, SOOHP, MHI, 31-32; corr., W. P. Yarborough to Adam A. Gomosa, 25 de septiembre de 1962, CMH, Geog Files, Sicilia, 370.2; Adam Bernstein, «Lt. Gen. William Yarborough Dies», *WP*, 8 de diciembre de 2005, B5; «Report on Operation Husky», Army Observers, Amphibious Forces, U. S. Atlantic Fleet, 1943, MHI.

256. «Synopsis of Operations in Sicilian Campaign», s. f., 82nd Abn Div, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC2 Sicilia, caja 246; Adam A. Gomosa, «Airborne Operation, 504th Parachute Infantry, Sicily», 1946, IS; «A Study of Operation Husky», 28 de junio de 1947, Ground General School, DTL, Ft. B., 25.

257. Soffer, 48.



258. Romeiser, ed., 168.

259. Samuel Hynes, *The Soldiers' Tale*, 153.

260. Martin, 68-70.

261. Garland, 179; Breuer, 145.

262. Welsch, «Report of Investigation»; Garland, 179, 181n; AAR, 52nd Troop Carrier Wing, 12 de julio de 1943, JPL, MHI, caja 11.

263. John Mason Brown, 164.

264. «Tactical Employment in the U. S. Army of Transport Aircraft and Gilders», 39; «Airborne Operations Conference», Hotel St. Georges, Argel, 24 de julio de 1943, «Material on Operation HUSKY, 1943, Allied Forces», MHI, D763.S5 A5; memorando, MBR, «Casualties, Sicilian Campaign, CT 504», 19 de mayo de 1944, NARA RG 319, OCMH, 23.7 CC2 Sicilia, caja 246; Garland, 182; Blair, 102.

265. Maxwell D. Taylor, *Swords and Plowshares*, 50.



266. John Gunther, *D Day*, 61; *Three Years*, 357.

267. John Gunther, *Eisenhower: The Man and the Symbol*, 154.

268. Corr., J. F. M. Whitley a J. N. Kennedy, 14 de julio de 1943, UK NA, WO 204/307.

269. Gunther, *D Day*, 67.

270. «Allied Commander-in-Chief's Report on Sicilian Campaign, 1943», 92; Aris, 119.

[271](#). Richard Doherty, *A Noble Crusade*, 142.

[272](#). Neillands, 223.

273. Garland, 189; ONB, «Operation of II Corps, U. S. Army in Sicily», s. f., CMH, Geog Files, Sicilia, 370.2, 7; Howe, «American Signal Intelligence», 52.



274. Philip Vian, *Action This Day*, 105.

275. *Three Years*, 360.

276. JPL, 58.

277. Gunther, *D Day*, 70-71; HKH, «The Sicilian Campaign», horario, 2-15.

278. Gunther, *Eisenhower*, 156-157.

279. *Three Years*, 361, 363.

280. Diario, HCB, 13 de julio de 1943, DDE Lib, A-578.

[281](#). Chandlwr, vol. 2, 1255.



282. DDE a GSP, 12 de julio de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 49, carpeta 11.

283. Memorando, J. E. Hull a GCM, 2 de agosto de 1943, «Report of Allied Force Airborne Board (Invasion of Sicily)», NARA RG 319, OCMH, caja 250; OH, HKH, 1964, John T. Mason, Col U OHRO, 356; memorando, Paul L. Williams a DDE, 13 de julio, con notas de A. Tedder, documentos de Carl Spaatz, diario, LOC MS Div, caja 13.

284. F. A. M. Browning, conferencia NATOUSA, 24 de julio de 1943, 82nd Airborne Div, «Synopsis of Operations in Sicilian Campaign», NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC2 Sicilia, caja 246.

285. Diario, 13 de julio de 1943, GSP, LOC MS DIV, caja 2, carpeta 15.

286. JPL, 58.

287. Smith, 18; Robert Capa, *Slightly Out of Focus*, 71.

288. Dancocks, 47.

289. [Walter J. Eldredge, «First Shot in Anger», www.4point2.org.](http://www.4point2.org)



290. Farley Mowat, *The Regiment*, 64.

291. Anders Kjar Arnbal, *The Barrel-Land Dance Hall Rangers*, 119.

292. Gunther, *D Day*, 142; Alan Moorehead, *Eclipse*, 3; Charles R. Codman, *Drive*, 113; Walter Bernstein, *Keep Your Head Down*, 105.

293. Robert E. Coffin y Joan N. Coffin, «The Robert Edmonston Coffin-Joan Nelson Coffin Family Book», 84;  
John Steinbeck, *Once There Was a War*, 196-198.

294. Norman Lewis, *In Sicily*, 157; Fred Howard, *Whistle While You Wait*, 71, 86.

295. David Hunt, *A Don at War*, 201; Moorehead, 4; McCallum, 155.

296. Howard, 86.

297. Lewis, 33, 67.



298. Corr., oficial de asuntos civiles sin nombre del ejército de Estados Unidos, 1 de agosto de 1943, Malcolm S. McLean Papers, MHI.

299. Mowat, *And No Birds Sang*, 66; anexo, Administrative Order n.º 1, 14 de junio de 1943, Seventh Army, Walter J. Muller Papers, HIA, caja 2.

300. C. R. S. Harris, *Allied Administration of Italy, 1943-1945*, 37.

301. Harry L. Coles y Albert K. Weinberg, *Civil Affairs: Soldiers Become Governors*, 188, 483; «Report on the First Phase of AMGOT Occupation, Sicily and Region II», 8.

302. Jackson, «Signal Communication in the Sicilian Campaign», 82.

303. John M. Mecklin, «Former Actor Sings Aria», United Press, *New York World-Telegram*, 9 de agosto de 1943; «statement made by Francis Carpenter», 14 de julio de 1943, SEM, NHC, caja 50, carpeta 22.

304. Allan R. Mileto, «Overrated and Underrated», *American Heritage*, vol. 51, n.º 3 (mayo-junio de 2000); Omar N. Bradley y Clay Blair, *A General's Life*, 179.

305. Paul L. Skogsberg, «A Slice of World War II», mcgrf., s. f., 1st Recon Troop, 1st ID, ASEQ, MHI, 48.



306. Diario de Hansen, 10-11 de julio de 1943, Hansen, MHI.

307. Bradley Commentaries, Hansen, MHI, caja 1, 13-A, S-24.

308. «Operations of II Corps in Sicily», 1 de septiembre de 1943, 6-7.

309. Robert H. Adelman y George Walton, *Rome Fell Today*, 55; Martin Blumenson, *The Battle of the Generals*, 31.

310. Charles Christian Wertenbaker, «Omar Nelson Bradley», *Life*, 5 de junio de 1944, 101+.

311. OH, ONB, 14 de agosto de 1969, George S. Pappas, ONB, MHI.

312. OH, ONB, s. f., Kitty Buhler, ONB, MHI, 170.

313. Bradley y Blait, 690n.



314. Blumenson, *The Battle of the Generals*, 31; 315; OH, ONB, Buhler, 159-160.

315. Bradley Commentaries, Hansen, 16-A, S-27 y S-29.

316. En la primera guerra mundial fueron capturados poco menos de cincuenta mil prisioneros de guerra enemigos. Cifra proporcionada por el general de división William A. Stofft, USA (ret.), Meuse-Argonne staff ride, USAREUR, septiembre de 2004; Steinhof, 74.

317. Mowat, *And No Birds Sang*, 124; OH, Samuel A. D. Hunter, 7 de marzo de 1944, NHC, 22.

318. Bill Mauldin, *Up Front*, 64.

319. Informe de Interrogatorios de Prisioneros de Guerra, 15 de agosto de 1943, en el informe diario, Psychological Warfare Branch, 7th Army HQ, 9 de septiembre, 1943, NARA RG 226, OSS History Office, E 99, 190/6/7/6, caja 40.

320. Peter Schrijvers, *The Crush of Ruin*, 120.

321. Martin Blumenson, *Patton: The Man Behind the Legend, 1885-1945*, 195.



322. Homer W. Jones, 7th Army JAG, 17 de febrero de 1944, testimonio, comisión de revisión, NATOUSA JAG, NARA RG 159, IG, 333.9, caja 67; Albert C. Wedemeyer, *Wedemeyer Reports!*, 226; Paul A. Cundiff, *45th Infantry CP*, 91; George E. Martin, *Blow, Bugle, Blow*, 96; testimonio, John T. Compton, 22 de octubre de 1943, actas del consejo de guerra, J. T. Compton, obtenidas gracias a la FOIA, JAG, Arlington, Va.

323. «Report on Operation Husky», Army Observers, Amphibious Forces, MHI; Raymond S. McLain, «Account Griten by Brig. Gen. McLain», mcgrf., 1943, NARA RG 319, OCMH, «45th Div landings», 2-3.7, CC2 Sicilia, caja 247, 7, 11.

324. Garland, 189-190; Troy H. Middleton, testimonio, 19 de febrero de 1944, comisión de revisión, NATOUSA JAG; Whitlock, 44.

325. Frank James Price, *Troy H. Middleton: A Biography*, 148; Martin, 93.

326. AAR, 180th Inf Regt, 10 de julio-16 de agosto de 1943, 45th ID Mus; Fisher, «The Store of the 180th Infantry Regiment», 70-71; D'Este, *Bitter Victory*, 286.

327. «History of the Aviation Engineers in the Mediterranean Theater of Operations», junio de 1946, AAF Engineer Command, MTO, CEOH, X-39.

328. «Operations of II Corps in Sicily», 1 de septiembre de 1943.

329. [George A. Fisher](#), «The Story of the 180th Infantry Regiment», mcgrf., 1945, 98-101.



330. Wallace Wing, Co. A, 1/180th Inf, 16 de julio de 1943, declaración jurada, actas del consejo de guerra, Horace T. West, obtenidas en virtud de la FOIA, JAG, Arlington, Va.

331. Corr., Richard Pisciotta a su padre, 18 de mayo de 1944, 3/157th Inf, ASEQ, MHI.

332. «Chronology of Case», Horace T. West, 7th Army JAG, NATOUSA JAG, NARA RG 159, IG, 333.9, caja 67.

333. Testimonio, H. T. West, octubre de 1943, actas del consejo de guerra, obtenidas en virtud de la FOIA; H. T. West, citado en la comisión de revisión, NATOUSA JAG, NARA RG 159, IG, 333.9, caja 67.

334. Testimonio, Haskell Brown, octubre de 1943, actas del consejo de guerra, H. T. West; memorando, 45th Div IG a CG, «Report of Investigation of Shooting of Prisoners of War by Sgt. Horace T. West», 5 de agosto de 1943.

335. Comisión de revisión, NATOUSA JAG.

336. «Operations of II Corps in Sicily», 1 de septiembre de 1943, 8.

337. Testimonio, John Gazetti, Jim Hair, Raymond C. Marlon, Richard P. Blanks, actas del consejo de guerra, J. T. Compton; James J. Weingartner, «Massacre at Biscari», *Historian*, vol. 52, n.º 1, noviembre de 1989, 24+.



338. Cundiff, 49-50.

339. William King, testimonio, s. f., comisión de revisión, consejo de guerra de West, NATOUSA JAG, NARA RG 159, IG, 333.9, caja 67, William King, declaración jurada ante los investigadores, 16 de julio de 1943, consejo de guerra de West.

340. Martin, 96.

341. *PP*, 288.

342. «Talk with Alexander Clifford», 4 de abril de 1944, LH, 11/1944/29; cartas, LH a Alexander Clifford, 8 de noviembre de 1948, y A. Clifford a LH, 17 de noviembre de 1948, LH, 1/175/28-29; corr., GSP a GCM, 18 de julio de 1943, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC2 Sicilia, caja 250.

343. *PP*, 316; informe del general inspector, 5 de agosto de 1943, citado en las actas del consejo de guerra de West.

344. D'Este, *Patton*, 509.

345. Compton, testimonio, actas del consejo de guerra.



346. Weingartner, «Massacre at Biscari», 24.

347. Martin, 97.

348. Forrest E. Cookson, testimonio, 16 de febrero de 1944, NATOUSA JAG, NARA RG 159, IG, 333.9, caja 67.

349. Diario, HCB, 13 de julio de 1943, DDE Lib, A-863.

350. «Memorandum for Gen. Brannon, “Records of Trial”», procedente de «Lt. Col. W. H. Johnson, Jr., JAGC», 26 de mayo de 1950, y «Memorandum for Judge Patterson», procedente de «Col. Stanley Grogan, GSC, acting director», 1 de febrero de 1944, actas del consejo de guerra de West.

351. Roy P. Stewart, «Raymond S. McLain, America's Greatest Citizen Soldier», *Chronicles of Oklahoma*, vol. 59, n.º 1 (primavera de 1981), 4+.

352. Robert H. Patton, *The Pattons*, 265.

353. Cundiff, 92.



1. John Gunther, *D Day*, 111; Carlo D'Este, *Bitter Victory*, 93; L. S. B. Shapiro, *They Left the Back Door Open*, 42, 68.

2. Dick Malone, *Missing from the Record*, 45.

3. Alan Moorehead, *Montgomery*, 36.

4. Farley Mowat, *And No Birds Sang*, 74.

5. Daniel G. Dancocks, *The D-Day Dodgers: The Canadians in Italy, 1943-1945*, 48.

6. J. K. Windeatt, «Very Ordinary Soldier», mcgrf., 1989, IWM 90/20/1, 64.

7. Garland, 206-207; Molony V, 93, 106.

8. Stanley P. Hirshon, *General Patton: A Soldier's Life*, 372; Omar N. Bradley y Clair Blair, *A General's Story*, 188; AAR, Seventh Army G-3, s. f., NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC2 Sicilia, caja 250.



9. Alexander S. Cochran, «Constructing a Military Coalition from Materials at Hand», documento, SMH, 16 de abril de 1999, 12.

10. JPL, 78.

11. Garland, 207; Molony V, 110-111; Benjamin A. Dickson, «G-2 Journal: Algiers to the Elbe», MHI, 84.

12. Nigel Hamilton, *Master of the Battlefield*, 317.

13. Bradley y Blair, 188-189.

14. *PP*, 285.

15. Robert E. Coffin y Joan N. Coffin, «The Robert Edmonston Coffin-Joan Nelson Coffin Family Book», 80-81.

16. GK, 13 de julio de 1943.



17. *Three Years*, 321.

18. *PP*, 243.

19. Diario, 28 de abril de 1943, GSP, LOC MS Div, 166; JPL, 107; diario, Everett Hughes, 22 de junio de 1943, David Irving Collection, micro 97276/5, MHI.

20. Hamilton, 481; OH, Alan Moorehead, 21 de enero de 1947, FCP, MHI; Molony V, 512; OH, W. B. Smith, 8 de mayo de 1947, FCP, MHI; Brian Horrocks, *A Full Life*, 159.

21. W. G. F. Jackson, *Alexander of Tunis as Military Commander*, 211.

22. Brian Holden Reid, «The Italian Campaign, 1943-1945: A Reappraisal of Allied Generalship», *Journal of Strategic Studies*, vol. 13, n.º 1, marzo de 1990, 128+.

23. *PP*, 239.

24. T. A. Heathcote, *The British Field Marshals, 1763-1997*, 213; John Keegan, ed., *Churchill's Generals*, 150.



25. Moorehead, *Montgomery*, 29, 34.

26. Michael Howard, «Leadership in the British Army in the Second World War», en G. D. Sheffield, *Leadership and Command*, 106.

27. Peter Roach, *The 8.15 to War*, 59.

28. Hamilton, 300.

29. T. E. B. Howarth, ed., *Monty at Close Quarters*, 36, 42.

30. Fred Majdalany, *Cassino: Portrait of a Battle*, 42.

31. Richard S. Malone, *A Portrait of War, 1939-1943*, 175.

32. Stephen Brooks, ed., *Montgomery and the Eighth Army*, 292, 381n.



33. Moorehead, *Montgomery*, 157.

34. Phillip Knightley, *The First Casualty*, 306.

35. John Kennedy, *The Business of War*, 291.

36. Shapiro, 44.

37. Piers Brendon, *Ike: His Life and Times*, 117.

38. Nigel Nicolson, *Alex: The Life of Field Marshal Earl Alexander of Tunis*, 197.

39. Danchev, 417-418; Lt. Gen. Sir Frederick E. Morgan, «OVERLORD by the Ander-Dog-in-Chief», mcngf., s. f., FCP, MHI; OH, Arthur Cunningham, 14 de febrero de 1947, FCP, MHI.

40. Gunther, 97; Michael Carver, ed., *The War Lords: Military Commanders of the Twentieth Century*, 501.



41. Malone, *Missing from the Record*, 17-18.

42. «Personal Message from the Army Commander», julio de 1943, George F. Hall Papers, HIA, caja 1.

43. Brooks, ed., 255.

44. Walter Fries, «Der Kampf Um Sizilien», FMS, n.º T-2, NARA RG 319, OCMH, caja 245, 23; Fridolin von Senger und Etterlin, «Die Abwehr der Achsenmächte auf Sizilien», *Allgemeine schweizerische Militär Zeitschrift*, 116 Jahrgang, n.º 12, diciembre de 1950, 861; Wilhelm Schmalz, «Der Kampf um Sizilien im Abschnitt der Brigade Schmalz», s. f., NARA RG 319, OCMH, caja 245.

45. Martin Pöppel, *Heaven and Hell*, 126; Senger, «Liaison Activities with Italian 6th Army», 1951, FMS n.º C-095, 56.

46. Diario de guerra, Comando Supremo, «Operazioni in Sicilia dal 9 al 19 luglio», NARA RG 319, OCMH, caja 246.

47. Franz Kurowski, *The History of the Fallschirmpanzerkorps Hermann Göring*, 201.

48. D'Este, 349.



49. Christopher Buckley, *Road to Rome*, 71-72.

50. Frank Gervasi, *The Violent Decade*, 469.

51. «Airborne Operations Conference», 24 de julio de 1943, Argel, «Material on Operation HUSKY, 1943, Allied Forces», MHI Lib; Garland, 218-219; John C. Warren, *Airborne Missions in the Mediterranean, 1942-1945*, 51; «Proceeding of Board of Officers Considering Airborne Operations», agosto de 1943, AFHQ, JPL, MHI, caja 11; *AAF in WWII*, 454; B. H. Lidell Hart, *The Other Side of the Hill*, 355.

52. R. Priestly, «Volunteers», mcgrf., s. f., IWM, 83/24/1, 6.

53. T. B. H. Otway, *Airborne Forces*, 126-130; Michael Hickey, *Out of the Sky: A History of Airborne Warfare*, 104-105; John Frost, *A Drop Too Many*, 185.

54. Carver, ed., 501.

55. Gunther, 118, 141.

56. S. W. C. Pack, *Operation Husky*, 143; Neil McCallum, *Journey with a Pistol*, 153.



57. Malone, *A Portrait of War*, 162.

58. Dancocks, 3.

59. Gunther, 12-125.

60. Mariscal de campo lord Carver, *The Imperial War Museum Book of the War in Italy, 1943-1945*, 37, 46.

61. «History of the 50th (Northumberland) Division During the Campaign in Sicily», mcgrf., s., f., UK NA, CAB 106/473, 43-44.

62. Peter Stainforth, *Wings of Wind*, 167, 171.

63. SSA, 179; Francis De Guingand, *Operation Victory*, 310.

64. «History of the 50th (Northumberland) Division», 62; Hamilton, 317; Douglas N. Wimberly, «Scottish Soldier: The Memoirs of Major General Douglas Wimberly», vol. 2, 1979, IWM, PP/MCR/182, 178.



65. *Three Years*, 363, 372-373; Kay Summersby, *Eisenhower Was My Boss*, 113.

66. Gunther, 121.

67. Charles R. Codman, *Drive*, 107-108; *SSt*, 140.

68. Harold Macmillan, *The Blast of War, 1939-1945*, 302; Harold Macmillan, *War Diaries*, 146-147, 154.

69. OH, Harold R. I. G. Alexander, 10-15 de enero de 1949, SM, NARA RG 319, OCMH, SSI, caja 242.

70. A. C. Wedemeyer, «Observer's Request», 24 de agosto de 1943, AGF File n.º 19.1, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC2, caja 247, 18; Garland, 236-238; F. H. Hinsley *et al.*, *British Intelligence in the Second World War*, 90-91.

71. OH, LKT y William W. Eagles, 19 de abril de 1951, SM, MHI.

72. F. W. Winterbotham, *The Ultra Secret*, 105; Carlo D'Este, *Eisenhower*, 414.



73. Carver, 107.

74. Gregory Blaxland, *Alexander's Generals*, 16.

75. Gervasi, 517.

76. B. H. Liddell Hart, «Extracts», junio de 1946, LH 1/7/54.

77. Hamilton, 473.

78. Frank L. Kluckhohn, «“Attack, Attack Again” Is Alexander’s Motto», *NYT Magazine*, 8 de agosto de 1943, 20+.

79. Lord Moran, *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, 187; Macmillan, *War Diaries*, 188.

80. *PP*, 267.



81. Jackson, 221; OH, Alexander, SM.

82. Alexander a Brooke, 3 de abril de 1943, Alanbrooke Papers, LHC, 6/2/17.

83. Carta, Oscar W. Koch a James A. Novell, 15 de diciembre de 1960, NARA RG 319, OCMH, caja 250; Pietro Arancio, *Agrigento*, 14.

84. SSA, 175; Robert D. Kaplan, *Mediterranean Winter*, 123; L. V. Bertarelli, *Southern Italy*, 459; Edward B. Kitchens, Jr., «The Operations of the 3rd Rangers Infantry Battalion in the Landings at Licata», 1949, IS, 18-24; Michael J. King, «Rangers Selected Combat Operations in World War II», junio de 1985, CSI, 26-27; James J. Altieri, *Darby's Rangers: An Illustrated Portrayal of the Original Rangers*, 53; CM. 220-221.

85. William O. Darby y William H. Daumer, *Darby's Rangers: We Led the Way*, 99; Anders Kjar Arnbal, *The Barrel-Land Dance Hall Rangers*, 118.

86. Algunos testimonios sugieren que se contó con la ayuda de los mafiosos de la localidad, contactados por los agentes de los servicios de inteligencia de la Marina estadounidense, en el marco del acuerdo secreto alcanzado con Charles «Lucky» Luciano, el capo del crimen organizado neoyorquino, siciliano de nacimiento, que a la sazón cumplía condena en una cárcel de Nueva York. Rodney Campbell, *The Luciano Project*, 117, 126, 176-178; Patrick K. O'Donnell, *Operatives, Spies, and Saboteurs*, 50; Max Corvo, *The O. S. S. in Italy, 1942-1945*, 23.

87. OH, Samuel A. D. Hunter, 7 de marzo de 1944, NHC, 15-18; *The Sicilian Campaign*, 131.

88. Informe periódico n.º 9 del G-2, 19 de julio de 1943, Seventh Army, NARA RG 309, OCMH, 2-3.7 CC2 Sicilia, caja 247; *CM*, 224.



89. Audie Murphy, *To Hell and Back*, 7-8; Harold B. Simpson, *Audie Murphy, American Soldier*, 18-20, 47.

90. Corr., Albert Lewis Pyle a Carl Swickerath, 23 de febrero de 1973, ALM, caja 1, 2; Don Graham, *No Name on the Bullet*, 57, 60.

91. Audie Murphy, «You Do the Prayin», *Modern Screen*, enero de 1956, 56+.

92. Murphy, *To Hell and Back*, 10; Simpson, 70; «Lieutenant Audy Murphy», *AB*, n.º 3, 1973, 28+.

93. William E. Faust, memorias, mcngf., s. f., ASEQ, 1st ID, MHI, 71.

94. Franklyn A. Johnson, *One More Hill*, 105.

95. John Hersey, «AMGOT at Work», *Life*, vol. 15, n.º 8, 23 de agosto de 1943, 25.

96. Diarios de su ayudante, 21 de julio de 1943, LKT Jr. Papers, GCM Lib, caja 18, carpeta 3.



97. George Sessions Perry, «A Reporter at Large», *New Yorker*, 14 de agosto de 1943, 46+.

98. AAR, HQ, 7th RCT, 24 de julio de 1943; Leo J. Meyer, «Strategy and Logistical History: MTO», mcngf., s. f., CMH, 2-3.7 CC5, XIV-35.

99. Daniel R. Champagne, *Dogface Soldiers*, 29.

100. *CM*, 226; Garland, 246; Gordon A. Blaker, *Iron Knights*, 184.

101. Edmund F. Ball, *Staff Officer with the Fifth Army*, 176-178.

102. Corr., LKT Jr. a James A. Novell, 10 de enero de 1961, NARA RG 319, OCMH, caja 250; Kaplan, 122; diario, 23 de julio de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 3, carpeta 1; George Biddle, *Artist at War*, 66, 69.

103. Charles Lee Lewis, «The Byzantine Invasion of North Africa, Sicily, and Italy», *Proceedings*, noviembre de 1943, 1435+; msg, 1000 hrs, 22 de julio de 1943, «Operazioni in Sicilia dal 9 al 19 luglio»; corr., LKT Jr. a Sarah, 25 de agosto de 1943, LKT Jr., GCM, caja 1, carpeta 6.

104. Notas, William W. Eagles a OCMH, s. f., NARA RG 319, OCMH, caja 250; *CM*, 227; Codman, 110.



105. Lynn H. Nicholas, *The Rape of Europa*, 225-226; Biddle, 67.

106. Garland, 256; SSA, 188; conferencia, W. A. Sullivan, Society of Military Engineers, Cincinnati, 1947, «Ship Salvage and Harbor Clearance», n.º 445, WWII Histories and Historical Report in the U. S. Naval History Division, NHC, 13.

107. John T. Mason, Jr., *The Atlantic War Remembered*, 297-299, 307; Edward D. Churchill, *Surgeon to Soldiers*, 222.

108. OH, John A. Heintges, SOOHP, Jack A. Pellicci, 1974, MHI, 150-155.

109. Melvin F. Talbot, «The Logistics of the Eighth Fleet and U. S. Naval Forces, Northwest African Waters», mcngrf., s. f., «The Administrative History of the Eighth Fleet», n.º 139, U. S. Naval History Division, 37; memorando, «Data for Logistical Planning», Seventh Army a CG, NATOUSA, 4 de diciembre de 1943, Walter J. Muller Papers, HIA, caja 2.

110. AAR, HQ, Provisional Corps, 15 de julio-20 de agosto de 1943, CMH, Geog Files, Sicilia, 370.2; Robert Capa, *Slightly Out of Focus*, 78; John B. Romeiser, ed., *Combat Reporter*, 179.

111. GK, 22 de julio de 1943.

112. *PP*, 297, 303, 305.



[113](#). Informe de situación, OB Süd, 24 de julio de 1943, NARA RG 319, OCMH, caja 246.

114. Garland, 255; AAR, HQ, Provisional Corps, 15 de julio-20 de agosto de 1943, CMH, Geog Files, Sicilia, 370.2; *CM*, 228.

115. *CM*, 227; *PP*, 300.

116. GS IV, 498, 500, 505.

117. John S. D. Eisenhower, *Allies*, 306.

118. Winston Churchill, *The Hinge of Fate*, 836.

119. GS IV, 503.

120. Kennedy, 295.



121. Emajean Jordan Buechner, *Sparks*, 95.

122. *StoC*, 15, 19; AFHQ G-2, «J. I. C. Algiers Estimates on Italian Morale», 20 de junio de 1943, NARA RG 319, OCMH, de AFHQ micro, Job 10-A, carrete 17C, caja 242; mariscal de campo vizconde Alexander de Túnez, despacho, «The Allied Armies in Italy», s. f., CMH, I-52.

[123](#). Apuntes sobre la reunión, HQ Force 141, 25 de junio de 1943, NARA RG 319, OCMH, de AFHQ micro, Job 26-A, carrete 225B, caja 242.

124. Memorando, AFHQ G-3, L. W. Rooks a W. B. Smith, 28 de junio de 1943, NARA RG 319, OCMH, de AFHQ micro, Job 10-C, carrete 138E, caja 242.

125. Ed Cray, *General of the Army*, 406; *Three Years*, 460.

126. «Record of Meeting Held at La Marsa at 1430 Hrs, 17 July 1943», NARA RG 331, AFHQ micro, R-225-B.

127. Chandler, vol. 2, 1261; Garland, 260-261.

128. «Invasion of Italian Mainland: Summary of Operations Carried out by British Troops Under Command 5 U. S. Army», s. f., CMG, Geog Files, Italia, 370.2, 30; *StoC*, 17-18; actas, punto 7, «post-HUSKY Operations», CCS, 103rd meeting, 23 de julio de 1943; «Memorandum of the Representative of the British Chiefs of Staff», 24 de julio de 1943, CCS 268/8; «Memorandum by the United States Chiefs of Staff», 25 de julio de 1943, CCS 268/9; actas, CCS, 26 de julio de 1943: todo ello en NARA RG 319, OCMH, SSI, caja 243.



129. «Notes on the Air Implication on an Assault on Italian Mainland, Naples Area», 25 de julio de 1943, NARA RG 319, OCMH, de AFHQ micro, Job 10-A, carrete 13C, caja 242; David Hunt, *A Don at War*, 207-208; memorando, «Appreciation of an Amphibious Assault Against the Naples Area», 24 de julio de 1943, AFHQ G-3, NARA RG 319, OCMH, de AFHQ micro, Job 10-A, carrete 13C, caja 242.

130. Actas, CCS, 26 de julio de 1943, NARA RG 319, OCMH, SSI, caja 243.

131. GS IV, 501, 503.

132. Garland, 273.

133. Peter Neville, *Mussolini*, 99.

134. Rudolf Böhmler, *Monte Cassino*, 3.

135. Melton S. Davis, *Who Defends Rome?*, 64; Paul Deichmann, «Feldzug in Italien», mcgrf., s. f., NARA RG 319, OCMH, caja 250, 6.

136. George Kent, «The Last Days of the Dictator Benito Mussolini», *Reader's Digest*, octubre de 1944, 13+; Peter Tompkins, *Italy Betrayed*, 19, 48.



137. Gervasi, 91.

138. Denis Mack Smith, *Mussolini*, 5; Mark M. Boatner III, *Biographical Dictionary of World War II*, 384-385; Neville, 134.

139. Enno von Rintelen, «Psychological Warfare», s. f., FMS, n.º B399, MHI, 4; Douglas Porch, *The Path to Victory*, 429.

140. «Military Campaigns and Political Events in Italy, 1942-1943», enero de 1946, Strategic Services Unit, WD, A-63366, CMH, Geog Files, Italia, 370.22, 16-17; Dharm Pal, *The Campaign in Italy, 1943-1945*, 3-4; Boatner, 385; Neville, 163.

141. R. J. B. Bosworth, *Mussolini's Italy*, 474.

142. Pietro Badoglio, *Italy in the Second World War*, 48; Porch, 7; Rintelen, «The Italian Command», 3.

143. Garland, 32; «Vortragsnotiz Die Lage in Italien», 30 de junio de 1943, OKH, NARA RG 319, OCMH, caja 243.

144. Rintelen, «The Italian Command», 9.



145. Vittorio Ambrosio, jefe del Comando Supremo, afirmaría después de la guerra que Mussolini nunca favoreció abiertamente una paz separada, «Ambrosio Project n.º 46, Events in Italy, 1 Feb.-8 Sept. 1943», s. f., FMS, n.º P-058, NARA RG 319, OCMH, caja 244; Howard McGaw Smyth, «The Command of Italian Armed Forces in World War II», *Military Affairs*, vol. 15, n.º 1 (primavera de 1951), 38+; número de bajas, *Il Momento*, 2 de agosto de 1952, CMH, Geog Files, Italia, 704; Garland, 51.

146. [Ibídem](#), p. 242.

147. «Memorandum of Conversation», Feltre, julio de 1943, *Department of State Bulletin*, vol. 15, n.º 379, 6 de octubre de 1946, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC2 Sicilia, caja 249, 607+; «Military Campaigns and Political Events in Italy, 1942-1943», 21.

148. Lewis H. Brereton, *The Brereton Diaries*, 194-195; actas, punto 9, «Bombing of Rome», CCS, 99th meeting, 25 de junio de 1943, NARA RG 319, OCMH, SSI, caja 243.

149. Quentin Reynolds, *The Curtain Rises*, 188.

150. Robert Katz, *The Battle for Rome*, 17.

151. Tompkins, 38-39; Alessandro Portelli, *The Order Has Been Carried Out*, 77-78.

152. Vincent Orange, *Tedder*, 223.



153. Número de bajas estimadas en orden ascendente: Richard G. Davis, *Carl A. Spaatz and the Air War in Europe*, 261; Robert Katz, *The Battle for Rome*, 12; SSA, 186; Portelli, 77-78.

154. «Report on the Bombing of the Basilica of San Lorenzo», 19 de agosto de 1944, Allied Control Comission, Henry C. Newton Papers, MHI, caja 4; Andrew Brookes, *Air War over Italy, 1943-1945*, 17; George F. Botjer, *Sideshow War*, 85-86.

155. «Military Campaigns and Political Events», 21.

156. F. W. Deakin, *The Brutal Friendship*, 458; Denis Mack Smith, *Mussolini*, 297.

157. Davis, 137, 141; «Military Campaigns and Political Events», 2829; Tompkins, 61. Una versión sostiene que cuando Mussolini visitó al rey italiano seguía vistiendo el uniforme de mariscal: Katz, 19, 21.

158. Corr., Dino Grandi a Alexander Kirk, 15 de mayo de 1944; corr., Harold H. Tittman a A. Hull, 28 de agosto de 1943; memorando, Leonardo Vitetti, «Notes on the Fall of the Fascist Regime», s. f., todo en NARA RG 319, OCMH, caja 249.

159. Tompkins, 60; Bosworth, 495; relato, Dino Grandi, 23 de junio de 1944; memorando, Edward S. Crocker a C. Hull, «Overthrow of Mussolini», 7 de febrero de 1944, ambos en NARA RG 319, OCMH, caja 249.

160. Deakin, 470; Katz, 21; Paul Deichmann, «Italian Campaign», 1948, FMS, n.º T-1.<sup>a</sup>, capítulo 1, 35.



161. Boatner, 588; Tompkins, 22, 32.

162. Neville, 175.

163. Kenyon Joyce, «Italy», mcgrf., s. f., Kenyon Joyce Papers, MHI, 32.

164. Katz, 21.

165. Deakin, 470; «Military Campaigns and Political Events», 28-29; Benito Mussolini, *My Rise and Fall*, 70-72.

166. Mussolini, 70-72; Tompkins, 62.

167. Davis, 141-142; «Military Campaigns and Political Events», 2829; Mussolini, 70-72, 77; Davis, 147.

168. Demaree Bess, «Power Politics Succeeded in Italy», *Saturday Evening Post*, 30 de octubre de 1943, 20+; Davis, 156.



169. Badoglio, 46.

170. Deakin, 475; Smith, 298.

171. Alan Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny*, 710; Louis P. Lochner, ed., *The Goebbels Diaries, 1942-1943*, 437.

[172](#). Iris Origo, *War in Val D'Orcia*, 47.

173. John P. Marquand, «Introduction», en Codman, xiv-xvi; *PP*, 303; *JPL*, 85.

174. Kaplan, 116.

175. GSP a Beatrice, 2 de agosto de 1943, GSP, LOC, MS Div, caja 11.

176. Fred Ayer, Jr., *Before the Colors Fade*, 139; Garland, 304.



177. FRD a GSP, 4 de agosto de 1943, GSP, LOC, MS Div, caja 11, Milton F. Perry y Barbara W. Parke, *Patton and His Pistols*, 66.

178. Carlo D'Este, «The Slaps Heard Round the World», *MHQ*, vol. 8, n.º 2, invierno de 1996, 64+; Beatrice a GSP, 30 de julio de 1943, GSP, LOC, MS Div, caja 11.

179. «Narrative of Operation HUSKY», s. f., Arthur S. Nevins Papers, MHI, caja 2.

180. GSP a Beatrice, 11 de agosto de 1943, GSP, LOC, MS Div, caja 11.

181. Hirshon, 392; *PP*, 306.

182. «Reminiscences of Charles Wellborn, Jr.», 1971-1972, John T. Mason, Jr., USNI OHD, 187.

183. Dickson, «G-2 Journal», 90-91; Coffin, 91; Perry y Parke, 66; *PP*, 315-317.

184. Jean Gordon Peltier, *World War II Diary of Jean Gordon Peltier*, 119.



185. Jack Peral, *Blood-and-Guts Patton*, 102.

186. GSP a Beatrice, 20 de julio de 1943, GSP, LOC, MS Div, caja 11.

187. Seymour Korman, reportero de Mutual Broadcasting, citado en informe de IG, NATOUSA, 18 de septiembre de 1943, DDE Lib, PPpres, caja 91; *PP*, 296; Peral, 100-101.

188. Clift Andrus, notas sobre *A Soldier's Story*, mcngf., s. f., MRC FDM, 1988.32, caja 215.

189. OH, Heintges, 1974, Pellicci, 159.

190. Charles C. Bates y John Fuller, *America's Weather Warriors*, 282n; Donald McB Curtis, *The Song of the Fighting First*, 121.

191. Coffin, 91.

192. Ladislav Farago, *Patton: Ordeal and Triumph*, 311; Codman, xivxvi; Norman Lewis, *In Sicily*, 1, 3, 39, 159.



193. Robert H. Patton, *The Pattons*, 266.

194. «Ordnance Operations in the MTO», 14 de febrero de 1945, AGF, CMH, Geog Files, Med 353, 5-6; Lida Mayo, *The Ordnance Department: On Beachhead and Battlefield*, 167; Alfred M. Beck *et al.*, *The Corps of Engineers: The War Against Germany*, 138; «Report of Visit to Sicily», 16-20 de agosto de 1943, NARA RG 407, E427, 95-AL1-40-0.2, caja 201; memorando, «P. A. D. and Civil Defense in Sicily», 23 de agosto de 1943, AFHQ, NARA RG 492, MTO, 290/54/25/6, 2191.

195. JPL, 116.

196. Churchill, *Surgeon to Soldiers*, 238.

197. «Field Operations of the Medical Department in the MTOUSA», 10 de noviembre de 1945, NARA RG 94, E427, 95-USF2-26-0, 196-197, 202.

198. Charles M. Wiltse, *The Medical Department: Medical Service in the Mediterranean and Minor Theaters*, 165, 169.

199. Albert H. Smith, Jr., *The Sicily Campaign: Recollections of an Infantry Company Commander*, 35; Russell B. Capella, *Casablanca to the Neckar*, 22.

200. Circular de AFHQ n.º 55, 7 de julio de 1943, MTOUSA AG 444.1, caja 1424.



201. Tregaskis, 239.

202. *Reporting World War II*, vol. 1, 607.

203. JPL, 64.

204. Norris H. Perkins, *North African Odyssey*, 81.

205. Theresa Archald, *G.I. Nightingale*, 165; Gervasi, 473; June Wandrey, *Bedpan Commando*, 55.

206. J. A. Ross, *Memoirs of an Army Surgeon*, 148.

207. Dancocks, 90.

208. Monólogos de admin., «Operations of British, Indian and Dominion Forces in Italy», parte 5, UK NA, CAB 106/453, 4-5; Blanche D. Coll *et al.*, *The Corps of Engineers: Troops and Equipment*, 456-457.



209. Paul Dickson, *War Slang*, 113+.

210. «Characteristics of Theater», Anexo A, HKH, LOC MS Div, caja 8, carpeta 8.

211. James Phinney Baxter, *Scientists Against Time*, 301, 306-308, 316-317.

212. Albert E. Cowdrey, *Fighting for Life*, 63.

213. John Ellis, *On the Front Lines*, 183-184; Wiltse, 173, 214, «Operations of British, Indian and Dominion Forces in Italy», V Parte, UK NA, CAB 106/453, 4-5, «Report on Malaria in the Sicilian Campaign, 9 July to 10 Sept 1943», AFHQ, NARA RC 319, OCMH, caja 250.

214. James Stevens Simmons, «The Prevention of Malaria in the U. S. Army», mayo de 1944, Medical Historical Unit Collection, MHI, 2-4; A. A. C. W. Brown, «364 Days Service», mcgrf., 1982, IWM 81/33/1, 10.

215. «Report on Malaria in the Sicilian Campaign»; «Operations of British, Indian and Dominion Forces in Italy», 4-6.

216. Wiltse, 173.



217. Ronald Lewin, *Montgomery as Military Commander*, 202.

218. Cowdrey, 132.

219. «Characteristics of Theater», Anexo A, HKH, LOC MS Div, caja 8, carpeta 8.

220. [Hugh A. Scott](#), *The Blue and White Devils*, 57.

221. James Tobin, *Ernie Pyle's War*, 107-108; Pyle, 35-37.

222. Memorando, F. Y. Leaver, comandante del 15.º Hospital de Evacuación, a Richard T. Arnest, cirujano del II Cuerpo, 4 de agosto de 1943, DDE Lib, PP-pres, caja 91; D'Este, «The Slaps Heard Round the World», 64.

223. Diario, 3 de agosto de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 3, carpeta 2.

224. James Wellard, *The Man in a Helmet*, 113; JPL, 100.



225. Informe, Perrin H. Long al general cirujano de NATOUSA, 16 de agosto de 1943, «Mistreatment of Patients in Receiving Tents of the 15th and 93rd Evacuation Hospitals», GSP, LOC MS Div, caja 3, carpeta 2, apéndice 125.

226. [Ibídem](#); *PP*, 330-331; *JPL*, 103; *frago*, 326-327.

227. Garland, 427; memorias, «Theodor L. Dobil, Command Sergeant Major», mcgrf., 1976, MRC FDM, 1991.24, caja 469, 18; OH, Linwood W. Billing, antiguo oficial al mando, Co. L., 26th Inf., enero de 2006, Andrew Woods, MRC FDM; Arthur L. Chaitt, ed-. «Taps», *Bridgehead Sentinel*, vol. 30, n.º 2 (verano de 1971), MRC FDM, 25; JPL, 102.

228. Movimientos del 93.º Hospital de Evacuación, papeles de Donald E. Currier, MHI; informe, Perrin H. Long a general cirujano de NATOUSA, 16 de agosto de 1943, «Mistreatment of Patients», 331.

229. Bess, «Report of an Investigation», a DDE, 19 de agosto de 1943, DDE Lib, PP-pres, caja 91.

230. Memorando, Donald E. Currier a Richard T. Arnest, general cirujano del II Cuerpo, 12 de agosto de 1943; Donald E. Currier Papers, MHI; Garland, 427-428; Henry J. Taylor, «The Patton Story: He Slapped, He Raged, He Sorbed in Anger», *Cincinnati Post*, 28 de febrero de 1947, 26, de MRC FDM.

231. Bess a DDE, 19 de agosto de 1943; Richard Collier, *Fighting Words*, 146.

232. *SSt*, 160.



233. Bradley Commentaries, CBH Papers, MHI, caja 1.

234. Corr., Donald E. Currier a Fred Ayer, Jr., 14 de agosto de 1964, papeles de Donald E. Currier, MHI.

235. Kennedy, en *Reporting World War II*, vol. 1, 667-668.

236. Bess a DDE, 19 de agosto de 1943, *SSt*, 160.

237. Corr., Paul Harkins a Garrison H. Davidson, s. f., en Garrison H. Davidson, «Grandpa Gar», mcngf., 1974, USMA Arch, 85; *PP*, 333.

238. Molony V, 154.

[239](#). Carta, Joseph T. Dawson a su familia, 30 de julio de 1943, MRC FDM.

240. Brooks E. Kleber y Dale Birdsell, *The Chemical Warfare Service: Chemicals in Combat*, 593.



241. Peltier, 105; William A. Carter, «Carter's War», mcgrf., 1983, CEOH, caja V-14, VII-28.

242. Pyle, 40-41.

243. Beck, 141.

244. Msg, 00:30, 31 de julio de 1943, «Operazioni in Sicilia dal 9 al 19 luglio».

245. Johannes Steinhof, *Messerschmitts over Sicily*, 237.

246. «Lessons from the Sicilian Campaign», AFHQ, memorando de entrenamiento n.º 50, 20 de noviembre de 1943, NARA RG 407, E 427, 95-AL1-0.4, 7; George H. Reville, Jr., «Ander Fifth Army a Division G-4 Operates», *MR*, vol. 25, n.º 3, junio de 1945, 49+; B. Smith, «Waltonia», mcgrf., 1981, IWM, 76/254/1.

247. Michael Francis Padrino, «Introduction to Pack Transport and Pack Artillery», mcngrf., s. f., CMH, 84-85.

248. Elmer W. Norton, 1/157th Inf, ASEQ, MHI.



249. Darby y Daumer, 107.

250. C. W. Eineichner, «Assault on Messina», en «2004 Reunion Program Book», Fort Wayne, Ind., 25-30 de agosto de 2004, en posesión del autor, 69.

251. Ralph G. Martin, *The G. I. War, 1941-1945*, 114.

252. [Guy Nelson](#), *Thunderbird*, 51.

253. «Training Notes from the Sicilian Campaign», AFHQ G-3, 25 de octubre de 1943, CMH, Geog Files, Sicilia, 353, 18; carta, John M. Brooks [antiguo oficial del 16.º Inf.] al autor, 19 de octubre de 2003, 7.

254. Corr., TR a Eleanor, 23 de julio de 1943, TR, LOC MS Div, caja 10.

255. Garland, 320; Stanhope Brasfield Mason, «Reminiscences and Anecdotes of World War II», mcngrf., 1988, MRC FDM, 1994.126, 181.

256. Kimball Richmond, 3/16th Inf, ASEQ, MHI.



257. Corr., TR a Eleanor, 11 de octubre de 1943, TR, LOC MS Div, caja 10; Biddle, 82.

258. «Battle Casualties», HQ, 1st ID, 1 de agosto de 1943, MRC FDM; Jarvis Burns Moore, 2/16th Inf, ASEQ, MHI.

259. *Time*, 9 de agosto de 1943, 30.

260. Biddle, 75; corr., Joseph T. Dawson a su familia, 30 de julio de 1943, MRC FDM.

261. William E. Faust, 1st ID artillery, mcgrf., s. f., ASEQ, MHI, 73.

262. *Time*, 9 de agosto de 1943, 30.

263. Martin, 76.

264. «Report of the Division Quartermaster – Sicilian Campaign», s. f., 1st ID, 11, y «Official Diary, 1st U. S. Infantry Div, Office of the Quartermaster», artículo de 24 de julio de 1943, ambos en Harlan W. Hendrick, 1st ID, ASEQ, MHI.



265. Tregaskis, 37, 47, Joseph T. Dawson a su familia, 31 de julio de 1943, MRC FDM.

266. «Comments of General Patton», 27 de agosto de 1943, Palermo, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC2 Sicilia, caja 250.

267. Mensaje por correo de la Victoria, TR a Eleanor, 22 de julio de 1943, TR, LOC MS Div, caja 10.

268. Romeiser, ed., *Combat Reporter* [mss], 212; MEB, «Axis Tactical Operations in Sicily», mcgrf., s. f., OCMH n.º R-144, MHI; visita del autor, septiembre de 1996; Eberhardt Rodt, «Studien über den Feldzug in Sizilien bei der 15. Pz Gren. Div, Mai-August 1943», s. f., FMS, n.º C077, NARA RG 319, OCMH, caja 245, 20-21; Garlands, 325-329.

269. Biddle, 76; SSt, 150.

270. Tregaskis, 51-52; Kenneth T. Downs, «Nothing Stopped the Timberwolves», *Saturday Evening Post*, 17 de agosto de 1946, 20+.

271. Andrus, notas a *A Soldier's Story*; Garland, 325.

[272](#). Steven E. Clay, *Blood and Sacrifice*, 176-177.



273. OH, R. W. Porter, 8 de febrero de 1961, Albert N. Garland, y Oscar W. Koch, 15 de diciembre de 1960. James A. Novell, ambos en NARA RG 319, OCMH, caja 250.

274. Biddle, 83.

[275](#). Corr., TdA a Mary Fran, 29 de julio de 1943, TdA Papers, MHI, caja 2.

276. «Commanding General's After Action Report», en Smith, 125-135.

277. Emisión radiofónica, Quentin Reynolds, 8 de junio de 1944, TdA Papers, caja 7; Reynolds, *The Curtain Rises*, 216.

278. Romeiser, ed., 184.

279. [Ibíd.](#), 182.

280. JJT, II-4, 9, 14-21.



281. Le fue concedida otra Medalla de Honor por la misma acción cerca de Chattanooga a Arthur MacArthur, Jr., padre de Douglas MacArthur. «Medal of Honor citations», [www.army.mil/cmh/](http://www.army.mil/cmh/); JJT, III-14-16.

282. JJT, VII-1, VIII-12; Hill Lang, «Doughboy's Beachhead», *Time*, 7 de febrero de 1944, 22; Robert W. Black, *Rangers in World War II*, 101.

283. JJT, V-17-20, 24-26; VI-2, 6; VIII-19.

284. Garland, 336-337; «Commanding General's After Action Report», en Smith, 125-135; «Ferry Allen and the First Division in North Africa and Sicily», s. f., TdA, MHI, 45.



286. «“Anything, Anytime, Anywhere Bar Nothing”: Remembering “Paddy” Flint», *Periodical Journal of America’s Military Past*, primavera de 1967, 52+; «Keeping Faith», mcngrf., s. f., USMA Arch, 3-4.

287. «Comments of General Patton», mcngrf., 27 de agosto de 1943, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC2 Sicilia, caja 250; SSt, 153; Henry Gerard Phillips, *The Making of a Professional*, 122; Harry A. Flint, DSC citation, NARA RG 338, ETO, 7th Army awards, caja 2; OH, William C. Westmoreland, 1978, Duane G. Cameron y Raymond E. Funderburk, SOOHP, MHI, 104-105; «History of the 26th Infantry», 100.

288. SSt, 149; H. R. Knickerbocker, *Danger Forward*, 135.



289. «History of the 26th Infantry», 95; Clay, 177; Garland, 339; John W. Baumgartner *et al.*, *The 16th Infantry, 1798-1946*, 58-59.

290. Knickerbocker, 132-135.

291. «K Company History», 3/26th Inf, MRC FDM; «Company History», Co. I, 26th Inf, mcngrf., s. f., MRC FDM.

[292](#). Knickerbocker, 136-138, 142-143.

[293](#). «History of the 26th Infantry», 99, 106, 109.

294. Romeiser, ed., 189; Blythe Foote Finke, *No Mission Too Difficult!*, 150.

295. Garland, 344; James E. Kelly, ed., *The Wartime Letters of John and Vicki Kelly*, 54-56, 59, 70-71.

296. Pyle, 55; Lee. G. Miller, *The Story of Ernie Pyle*, 201, 273.



297. «History of the 26th Infantry», 106.

298. *SSt*, 151; Rodt, «Studien über den Feldzug in Sizilien», 22, 27; MEB, Troina, «Axis Tactical Operations in Sicily», mcngf., s. f., OCMH, n.º R-144, MHI; Biddle, 86.

299. [Martin Blumenson](#), *Sicily: Whose Victory?*, 124.

300. Baumgartner, 64.

301. Clift Andrus, «Troina Addenda», *FAJ*, marzo de 1944, 163+.

302. Collier, 147.

303. Finke, 163.

304. Corr., Donald V. Helgeson al autor, 8 de octubre de 2003; Peter Schrijvers, *The Crash of Ruin*, 85.



305. Biddle, 89-90; Romeiser, ed., 190.

306. «Letters from the Sicilian Campaign», 20 de noviembre de 1943, AFHQ, NARA RG 407, E 427, 95-AL1-0.4, 18; informe del G-1, «Total Reported Battle Casualties for Period 1 August-20 August 1943, Inclusive, 1st Infantry Division», MRC FDM; JTT, VIII-22.

307. Bryce F. Denno, «Allen and Huebner: Contrast in Command», *Army*, junio de 1984, 62+; Clift Andrus, notas sobre *A Soldier's Story*. Para otras versiones, véase OH, Robert W. Porter, 8 de febrero de 1961, Albert N. Garland, NARA RG 319, OCMH, caja 250; OH, Robert W. Porter, 1981, John N. Sloan, SOOHP, MHI, 301-302.

308. OH, James D. Ford, antiguo capellán jefe de USMA, 21 de marzo de 2000, al autor, Washington, D. C.

309. *SSt*, 154-155.

310. Corr., ONB a DDE, 25 de julio de 1943, DDE Lib, PP-pres, caja 3; JPL, 90; diario, E. Hughes, 28 de julio de 1943, micro 97276/5, David Irving collection, MHI; Diario, GSP, 29 de julio de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 2, carpeta 15.

311. Corr., TdA a E. C. Heid, 13 de diciembre de 1943, S. L. A. Marshall Military History Collection, UTEP; corr., TR a Eleanor, 17 de agosto de 1943, TR LOC MS Div, caja 10; Bradley y Blair, 195.

312. Albert H. Smith, Jr., «Allen and Huebner», mcngf., 1999, MRC FDM, 1999.124, caja 392.



313. Bradley Commentaries, CBH, MHI, 14-B, S-27; Astor, 221, 228.

314. Memorias, William E. Faust, mcgrf., s. f., 1st ID artillery, ASEQ, MHI, 76; OH, Porter, 1981, Sloan, 301-302; Johnson, 112.

315. «Allen and His Men», *Time*, 9 de agosto de 1943, 30+.

316. Corr., TdA a GCM, 13 de agosto de 1943, y 15 de septiembre de 1943, GCM Lib, caja 56; corr., TdA a DDE, 17 de octubre de 1943, DDE Lib, PP-pres, caja 4; corr., TdA a Mary Fran, 10 de agosto de 1943, y TdA a Sonny, 7 de agosto de 1943, ambas en TdA, MHI, caja 2; corr., TdA a E. C. Heid, 13 de diciembre de 1943, Marshall Collection, UTEP; Astor, 226; correo electrónico, Consuelo Allen (nieta de Ferry de la Mesa Allen) al autor, 5 de diciembre de 2002.

317. Biddle, 92.

318. Conversación, Stanhope B. Mason, 24 de abril de 1976, 57.ª Cena Anual de Oficiales de la Primera División, Nueva York, en Smith, 196.

319. TR, msg a la 1.<sup>a</sup> División, 6 de agosto de 1943. TR, LOC MS Div, caja 10.

320. «History of the 26th Infantry», 97.



321. *SSt*, 156; corr., TR a Eleanor, 17 y 24 de agosto de 1943, TR, LOC MS Div, caja 10; corr., Eleanor a GCM, 7 de febrero de 1944, y GCM a Eleanor, 10 de febrero de 1944, GCM Lib, corr., TR, caja 83.

322. Capa, 84; John Bunyan, *The Pilgrim's Progress*, en Molony V, 855; Eleanor Butler Roosevelt, *Day Before Yesterday*, 449.

323. Tregaskis, 75-76; «Allied Commander-in-Chief's Report on Sicilian Campaign, 1943», 97.

324. Carver, *Harding of Petherton*, 119.

325. Lord Tedder, *With Prejudice*, 458.

326. «History of the 50th (Northumberland) Division During the Campaign in Sicily», mcngf., s. f., UK NA, CAB 106/473, 67-69; Cyril Ray, *Algiers to Austria*, 67.

327. Tregaskis, 65.

328. «Report on the First Phase of AMGOT Occupation, Sicily and Region II», julio-agosto de 1943, Frank J. McSherry Papers, MHI, 24.



[329](#). Buckley, p. 123.

330. [Ibídem](#), p. 111.

331. Geoffrey Pret, *Winged Victory*, 211; «Report on the First Phase of AMGOT Occupation», 24.

332. Harry L. Coles, Jr., «Participation of the Ninth and Twelfth Air Forces in the Sicilian Campaign», 1945, AAF Historical Studies, n.º 37, 148.

333. Shapiro, 51.

334. Ibidem, pp. 101, 105.

335. Ray, 68-69; R. C. Taylor, «A Pocketfull [sic] of Time», mcgrf., s. f., 52, y corr. con el autor, 11 de agosto de 2003.

336. Nicolson, 205; Buckley, 79; Tregaskis, 81-82.



337. Biddle, 110; Bertarell, 481.

338. Kenneth S. Davis, *Soldier of Democracy*, 435-436.

339. «Report on the First Phase of AMGOT Occupation», 13, 27; «Report of William Russell Criss», corr. con la familia, 29 de julio de 1943, 45th ID Mus.

340. James L. Packman, «The Operations of the 2nd Battalion, 30th Infantry, in the Amphibious Attack on Brolo», 1949, IS, 2-7; Garland, 390-391.

341. Hansen, «Research Draft», SSt, CBH, MHI, 10/24-25.

342. *CM*, 234-235.

343. *PP*, 319.

344. Garland, 393-397; Jacl Belden, *Still Time to Die*, 274.



345. Romeiser, ed., 196-200.

346. Betsy Wade, ed., *Forward Positions: The War Correspondence of Homer Bigart*, 24-25.

347. Max Ulrico, «29th Panzer Grenadier Division, Sicily», FMS, n.º D-112, MHI, 5.

348. *The Sicilian Campaign*, 145.

349. Romeiser, ed., 200-206.

350. Garland, 403; diario, Hobart Gay, 10-11 de agosto de 1943, USMA Arch; Charles R. Schrader, «Amicide: The Problem of Friendly FIRE in Modern War», diciembre de 1982, CSI, 34.

351. Cita de DSC, Martin Moritz, anexo médico, 2/30th Inf, 19 de octubre de 1943, NARA RG 338, 7th Army Awards.

352. Carlo D'Este, *World War II in the Mediterranean*, 73.



353. Philadelphia *again*: *The Sicilian Campaign*, 146; Romeiser, ed., 205.

354. Donald V. Bennett, *Honor Untarnished* [galera], 145.

355. Belden, 284, 288.

356. Pyle, 45; Belden, 288; Romeiser, ed., 205.

357. Scott, 60.

358. Romeiser, ed., 206.

359. Garland, 368; Bogislaw von Bonin, «Considerations of the Italian Campaign, 1943-1944», febrero de 1944, SEM, NHC, caja 57, expediente 108, 8.

360. MEB, «Axis Tactical Operations in Sicily», n.º R-145-146, MHI.



361. Walter Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters, 1939-1945*, 374.

362. Frido von Senger und Etterlin, *Neither Fear nor Hope*, 208-209; Corelli Barnett, ed., *Hitler's Generals*, 381; Alex Bowlby, *Countdown to Cassino*, 4n; Ernst-Günther Baade, «War Diary of Fortress Commandant, Messina Strait», julio-agosto de 1943, SEM, NHC, caja 52; Garland, 375-376.

363. «The Choice of Sites for Ferry Points», apéndice, «War Diary of Naval Officer-in-Charge, Sea Transport, Messina Strait», SEM, NHC, caja 52; Friedrich von Ruge, «The Evacuation of Sicily», marzo de 1948, SEM, NHC, caja 50, 15; Molony V, 166.

364. Molony V, 166; Fries, «Der Kampf um Sizilien», 29-31.

365. «Directions for the Systematic Destruction of Motor Vehicles», febrero de 1942, Departamento de Suministros y Pertrechos, Reichminister de Aviación, Berlín, NARA RG 407, E, 47, AFHQ, 95-AL1-2.9, caja 162; Steinhof, 242-243.

366. Helmut Bergengruen, «Der Kampf der Panzerdivision “Hermann Goering” auf Sizilien», 25 de noviembre de 1947, NARA RG 319, OCMH, caja 245.

367. S. W. Roskill, *The War at Sea, 1939-1945*, 144; Kurowski, 178, 192, 201.

368. Rodt, «Studie über den Feldzug in Sizilien», 31; «War Diary of Naval Officer-in-Charge».



369. SSA, 210.

370. Garland, 379.

371. Hinsley *et al.*, 96-98.

372. T. Milne, «The Sicilian Campaign», 1955, Air Ministry Historical Branch, UK NA, CAB 106/849, 80.

373. George F. Howe, «American Signal Intelligence in Northwest Africa and Southern Italy», U. S. Cryptologic History, Series IV, vol. 1, NSA, NARA RG 57, SRH-391, 53; Ralph Bennett, *Ultra and the Mediterranean Strategy*, 234-235.

374. Milne, «The Sicilian Campaign», 1955, Air Ministry Historical Branch, UK NA, CAB 106/849, p. 91.

375. Garland, 376; Eduard Mark, *Aerial Interdiction in Three Wars*, 60, 72-73, 77; Edward B. Westermann, *Flak*, 293; Roskill, 147-149; *Battle*, 75; *AAF in WWII*, 472-473.

376. Vincent Orange, *Coningham*, 167.



377. Davis, *Carl A. Spaatz and the Air War in Europe*, 252.

378. Dudley Pope, *Flag 4*, 126.

379. Cunningham, 556.

380. Garland, 379; SSA, 214; Roskill, 149-150; J. F. C. Fuller, *The Second World War, 1939-1945*, 265.

381. Pack, 166.

382. La presión sanguínea de Eisenhower a 142/90 del día 15 de agosto de 1943 indicaba una ligera hipertensión; su pulso de 80, su peso, de 78 kilos, y su cintura, de 83 centímetros, indican que su estado era razonablemente normal para un hombre de 52 años.

383. Chandler, vol. 2, 1329n; Thomas W. Mattingly y Oliver F. G. Marsh, «A Compilation of the General Health Status of Dwight D. Eisenhower», Mattingly Collection, DDE Lib, caja 1; *Three Years*, 386-387.

384. «War Diary of Naval Officer-in-Charge».



385. SSA, 214-215.

386. MEB, «Axis Tactical Operations in Sicily», n.º R-145-146.

387. Blumenson, *Sicily: Whose Victory?*, 146.

388. Molony V, 182.

389. J. K. Windeatt, «Very Ordinary Soldier», mcgrf., 1989, IWM, 90/20/1, 68.

390. «War Diary of Naval Officer-in-Charge».

391. *CM*, 243; Garland, 416-417; Nathan William White, *From Fedala to Berchtesgaden*, 40.

392. Memorando, William W. Eagles a OCMH, s. f., NARA RG 319, OCMH, caja 250.



393. Tregaskis, 86-88.

394. Hansen, «Research Draft», SSt, CBH Papers, MHI, caja 1, 16A, S-27.

395. Corr., GSP a Harbin H. Brown, 12 de septiembre de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 27; John H. Rousch, ed., *World War II Reminiscences*, 64-65.

396. Tregaskis, 89.

397. *CM*, 243.

398. JPL, 122; corr., GSP a Beatrice, 18 de agosto de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 11, carpeta 5.

399. «Reports of the First Phase of AMGOT Occupation, Sicily and Region II», julio-agosto de 1943, y «Reports of AMGOT Divisions», parte 3, documento B, ambos en Frank J. McSherry Papers, MHI; «Attain by Surprise», mcngrf., s. f., 30th Assault Unit History, LHC, 21.

400. Darby y Daumer, 109.



401. Don Whitehead, «*Beachhead Don*», John B. Romeiser, ed., 24.

402. Mayo, 169.

403. «Reports of the First Phase of AMGOT Occupation»; notas, William W. Eagles a OCMH, s. f., NARA RG 319, OCMH, caja 250.

404. Jackson, 266.

405. PP, 324-325.

406. *Three Years*, 390, 393; Quentin Reynolds, *By Quentin Reynolds*, 296-297.

407. Garland, 429.

408. Diario de DDE, agosto de 1943, HCB Papers, DDE Lib, A678, 682.



409. Corr., DDE a GSP, 17 de agosto de 1943, Chandler, vol. 2, 1340.

410. JPL, 126-127.

[411](#). Informe de IG, 18 de septiembre de 1943, NATOUSA, DDE Lib, PP-pres, caja 91.

[412](#). Chandler, vol. 2, 1353.

413. Corr., GSP a DDE, 29 de agosto de 1943.

414. Donald E. Currier Papers, MHI; *PP*, 333.

415. Carta, GSP a Walter P. Dillingham, 18 de agosto de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 27.

416. Corr., GSP a Beatrice, 22 de agosto de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 11.



417. *PP*, 334, 336.

418. Bob Hope, *The Last Christmas Show*, 17.

419. Codman, 114-115; «Frances Langford Dies», 12 de julio de 2005, *WP*, B-6.

420. Memorando, «Gen. Patton's Address», s. f., GSP, LOC MS Div, caja 48, carpeta 20.

421. Edwin H. Randle, *Ernie Pyle Comes Ashore and Other Stories*, 134.

422. OH, Theodore J. Conway, 1977, Robert F. Enslin, SOOHP, MHI, III-2-4.

423. Corr., John M. Brooks al autor, 19 de octubre de 2003, 7.

424. Memorando, «Address by Lt. Gen. George S. Patton», 25 de agosto de 1943, HQ, 1st ID, en «History of the 26th Infantry», 97.



425. Gerald Astor, *Terrible Terry Allen*, 235.

426. Corr., Donald V. Helgeson al autor, 25 de julio de 2003, Finke, 172.

427. Ibidem.

428. Memorias, William E. Faust, mcgrf., s. f., 1st ID Division Artillery, ASEQ, MHI, 79-80.

429. Corr., GSP a Walter F. Dillingham, 18 de agosto de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 27; corr., GSP a Beatrice, 23 de agosto de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 11.

430. *PP*, 328.

431. *Battle*, 77-78; Gerhard L. Weinberg, *A World at Arms*, 595, 603; Porch, 445.

432. Harry H. Semmes, *Portrait of Patton*, 174.



433. «Training Notes from the Sicilian Campaign», s. f., AFHQ, NARA RG 311, micro., caja 21, R-320-A.

434. Betty McLain Belvin, *Ray McLain and the National Guard*, 72.

435. Andrew J. Birtle, «Sicily», en *The U. S. Army Campaigns of World War II*, 1993, CMH 72-16, 25. Como es habitual en las estimaciones del número de bajas durante la segunda guerra mundial, no hay cálculos que coincidan. Véanse también: Garland, 417; Hanson Baldwin, *Battles Lost and Won*, 225; «Summary of Activities», MTO, 31 de marzo de 1945, NARA RG 94, 95-USF2-0.3, caja 246; «British Battle Casualties in Sicily», 11 de octubre de 1943, informe del delegado militar de Estados Unidos, Londres, CMH, Geog Files, Sicilia, 704.

436. Birtle, «Sicily», 25; véanse también: MEB, «Axis Tactical Operations in Sicily», n.º R-145-146; Blumenson, *Sicily: Whose Victory?*, 156; memorando, HQ, SOS a CG, NATOUSA, 25 de junio de 1944, NARA RG 492, MTOUSA, pm, informes relacionados con prisioneros, caja 2246; «Allied Commander-in-Chief's Report on Sicilian Campaign 1943», 98; Volkmar Kühn, *German Paratroops in World War II*, 193.

437. Ruge, «The Evacuation of Sicily», 53; *Battle*, 47; Baldwin, 235; Kesselring, «The Campaign for Sicily: Concluding Considerations of the Commander-in-Chief, South», s. f., FMS, MS n.º T-3 P1, 28-29; Kesselring, «Stellungnahme des verantwortlichen Oberbefehlshabers Süd zu den Betrachtungen des Oberst von Bonin», s. f., FMS, MS n.º T-3 P1, 3-4, ambos en NARA RG 319, OCMH, caja 245.

438. Buckley, 147; «Proceedings of Board of Officers Considering Airborne Operations», agosto de 1943, AFHQ, JPL, MHI, caja 11.

439. Dwight D. Eisenhower, *Crusade in Europe*, 179.

440. Porch, 449.



441. Memorando, LKT Jr. a Charles R. Jonson, 23 de agosto de 1943, LKT Jr., GCM Lib, caja 11.

442. Geoffrey Pret, *There's a War to Be Won*, 185.

443. Hamilton, 380.

444. GS V, 2; Steinhof, 256.

445. Corr., LKT Jr. a Sarah, 25 de agosto de 1943, LKT, GCM Lib, caja 1, carpeta 6.

446. Roger J. Spiller, «The Price of Valor», *Military History Quarterly*, primavera de 1993, 100+.

447. Graham, *No Name on the Bullet*, 45; diario, 10 de agosto de 1943, JMG, MHI, caja 10.

448. Breuer, 195.



449. Pyle, 58.

450. Miller, 275-277.

451. Tobin, 113.

452. JJT, VIII-27, IX-12 y 14.

453. John P. Downing, «No Promotion», mcngf., s. f., MRC FDM, 1994.41.1, 238.

454. Donald E. Houston, *Hell on Wheels*, 181.

455. Clay Blair, *Ridgway's Paratroopers*, 114.

456. T. Michael Booth y Duncan Spencer, *Paratrooper: The Life of Gen. James Gavin*, 123; Johnson, 121-122.



457. Francis A. Even, «The Tenth Engineers», mcgrf., 1996, en posesión del autor, 15.

458. Jerry Countess, «Letters from the Battlefield», mcgrf., s. f., en posesión del autor.

459. Robert H. Welter, «G. I. Jargon: Its Perils and Pitfalls», *Saturday Review of Litterature*, octobre de 1944, 7+.

460. *Three Years*, 401; Hamilton, 375; película, United News n.º 68, 1943, NARA RG 208, UN68.

461. De Guingand, 315.

462. Bradley Biggs, *Gavin*; Moorehead, *Eclipse*, 6, 12.

1. Richard Lamb, *Montgomery in Europe, 1943-1945*, 36.

2. Albert F. Simpson, «Air Phase of the Italian Campaign to 1 January 1944», junio de 1946, AAFRH-115, CMH, 92; Moorehead, *Montgomery*, 170.



3. Andrew Browne Cunningham, *A Sailor's Odyssey*, 559.

4. George Aris, *The Fifth British Division, 1939-1945*, 138.

5. Moorehead, *Eclipse*, 20.

6. A. G. Steiger, «The Campaign in Southern Italy», novembre de 1947, Historical Selection, Canadian Army HQ, informe n.º 18, 9n; De Guingand, 323.

7. G. A. Shepperd, *The Italian Campaign, 1943-1945*, 111; Ralph Bennett, *Ultra and the Mediterranean Strategy*, 241.

8. Molony V, 239.

9. Frank Gervasi, *The Violent Decade*, 491-493.

10. Moorehead, *Montgomery*, 170.



11. Quentin Reynolds, *By Quentin Reynolds*, 303; Dick Malone, *Missing from the Record*, 53; Richard McMillan, *Twenty Angels over Rome*, 139; Gervasi, 491.

12. Moorehead, *Eclipse*, 22.

13. Vincent Orange, *Coningham*, 171; Nigel Hamilton, *Master of the Battlefield*, 406; Lamb, 32-33.

14. Nigel Nicolson, *Alex: The Life of Field Marshal Earl Alexander of Tunis*, 216.

15. Charles Richardson, *Send for Freddie*, 135.

16. OH, Francis De Guingand, 31 de marzo de 1947; G. A. Harrison, entrevistas OCMH II Guerra Mundial en Europa, MHI.

17. De Guingand, 305; Vincent Orange, *tender*, 236.

18. OH, DDE, 16 de febrero de 1949, Howard M. Smyth, SM, MHI.



19. «Allied Commander-in-Chief's Report, Italian Campaign», MHI, 113.

20. Garland, 439-440; GS IV, 561-567, 570-571.

21. Moorehead, *Eclipse*, 23.

22. Gervasi, 491.

23. *StoC*, 53; Lamb, 36-37; Stephen Brooks, ed., *Montgomery and the Eighth Army*, 278.

24. Brooks, ed., 277; Moorehead, *Eclipse*, 31.

25. [H. V. Morton](#), *A Traveller in Southern Italy*, 314, 327, 337, 342, 360, 370.

26. *From Pachano to Ortona: The Canadian Army at War*, 92.



27. Roger Parkinson, *A Day's March Nearer Home*, 179; David Scott Daniell, *The Royal Hampshire Regiment*, vol. 3, 130.

28. *Three Assaults Landing*, 1st Bn, Dorsetshire Regiment, DTL, Ft. B, 36-39.

29. Diario de guerra, 10 de septiembre de 1943, «Salerno Invasion», German Naval Command, Italia, NARA RG 334, NWC Lib, ANSCOL, ONI Z-28, caja 649.

30. Reynolds, 304-305.

31. *Three Years*, 407; John S. D. Eisenhower, *Allies*, 363; diario, MWC, 28-29 de agosto de 1943, MWC, Citadel, caja 64.

[32.](#) Corr., Don E. Carleton a Hal C. Pattison, 10 de febrero de 1965, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC3  
Salerno a Cassino, caja 256.

33. *Calculated*, 182.

34. MWC a Renie Clark, 7 de junio de 1943, MWC, corr. personal, Citadel.



35. Chandler, vol. 2, 1354, 1358.

36. Des Hickey y Gus Smith, *Operation Avalanche*, 152.

37. George Biddle, *Artist at War*, 225.

38. OH, MWC, 1972, Forest S. Rittgers, Jr., SOOHP, MHI, 2.

39. Martin Blumenson, *Mark Clark*, 11-16, 19-21, 28; necrológica, *Charleston Evening Post*, 5 de octubre de 1966, en MWC, Citadel, carpeta Maureen Clark, caja 70.

40. OH, Robert J. Word, 1973, William E. Narus, SOOHP, MHI, 3-30, 42-43.

41. OH, MWC, Rittgers.

42. Charles S. D'Orsa, «The Trials and Tribulations of an Army G4», *MR*, vol. 25, n.º 4, julio de 1945, 23+.



43. Robert H. Adelman y George Walton, *Rome Fell Today*, ii.

44. William L. Allen, *Anzio: Edge of Disaster*, 48.

45. Charles F. Marshall, *A Ramble Through My War*, 94; Adelman y Walton, iii; Eric Sevareid, *Not So Wild a Dream*, 383; MWC a Renie Clark, 15 y 16 de mayo de 1943, MWC, corr. personal Citadel; Carlo D'Este, *Fatal Decisión*, 58; OH, James M. Wilson, Jr., 23 de abril de 2004, con el autor, Washington, D. C.; Gervasi, 496.

46. GS IV, 580-581; *Battle*, 109; Bernard Fergusson, *The Watery Maze*; Robert J. Word, «The Landing at Salerno», conferencia, ArmyNavy Staff College, diciembre de 1944-enero de 1946, Robert J. Word Papers, MHI.

47. Memorando, EJD a L. J. McNair, «Notes on Operation Avalanche», 4 de octubre de 1943, informe del observador n.º 60, AGF G-2, NARA RG 337, caja 52.

48. Diario, MWC, 28-29 de agosto de 1943, MWC, Citadel, caja 64; Molony V, 264; SSA, 248.

49. A. B. Cunningham, «Operations in Connection with the Landings in the Gulf of Salerno», 28 de abril de 1950, CMH, UH 0-1 CUN.2, 2175; S. W. Roskill, *The War at Sea, 1939-1945*, 159.

50. *StoC*, 40-41.



51. «History of the Peninsular Base Section», 1944, CMH, 8-4 HA 1, 4; AAR, [Reino Unido] comandante en jefe, Base del Mediterráneo, 8 de marzo de 1945, CARL, N-11361.

52. *Battle*, 107; H. H. Dunham, «U. S. Army Transportation and the Italian Campaign», septiembre de 1945, monografía n.º 17, NARA RG 336, ASF, jefe de transportes, Historical Program Files, caja 142, 21; Word, «The Landing at Salerno», 7; Charles S. D'Orsa, «The Trials and Tribulations of the Army G-4», *MR*, vol. 25, n.º 4, julio de 1945, 23+; Robert W. Coakley y Richard M. Leighton, *Global Logistics and Strategy, 1943-1945*, 192; *StoC*, 38-39; OH, MWC, Rittgers, 54-55; *Calculated*, 181.

53. Msg, DDE a CCS, 28 de julio y 19 de agosto de 1943, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC2 Sicilia, caja 247.

54. *AAF in WWII*, 495; Lord Trenchard, *With Prejudice*, 457-458, 460; Cunningham, «Operations in Connection with the Landings in the Gulf of Salerno».

55. *StoC*, 52; Simpson, «Air Phase», 48, 90; «Allied Commander-in-Chief's Report, Italian Campaign», MHI, 112.

56. E. McCabe, «The Plan for the Landing at Salerno», s. f., Cabinet Historical Section, UK NA, CAB 44/131, 30.

57. F. H. Hinsley *et al.*, *British Intelligence in the Second World War*, 106, 108; Walter Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters, 1939-1945*, 349.

58. Actas, resumen de AFHQ a QUADRANT, 24 de agosto de 1943, NARA RG 319, OCMH, caja 244.



59. Simpson, «Air Phase», 77; George F. Howe, «American Signal Intelligence in Northwest Africa and Western Europe», NSA, U. S. Cryptologic History, serie IV, vol. 1, NARA RG 57, SRH-391, 63; «Operations Plan», HQ, Fifth Army, 26 de agosto de 1943, NARA RG 492, MTOUSA, SOS, anexo n.º 1, G-2 plan, caja 2735; OH, vizconde Mountbatten de Burma, 18 de febrero de 1947, FCP, MHI.

60. «Observations in the European Theater Including Landing Operation at Salerno», 25 de octubre de 1943, HQ, USMC, NARA RG 334, NWC Lib, ANSCOL, GB COB X-22, caja 461, 3; «I. S. T. D.: “C” Report on the West COSAT», 30 de junio de 1943, NARA RG 407, E47, 95-AL1-2.10, AFHQ, caja 163.

61. David Hunt, *A Don at War*, 211.

62. E. McCabe, «The Plan for the Landing at Salerno», 38; «Tactical Study of the Terrain: Naples and Vicinity», apéndice de ingenieros, plan de la Operación Avalancha, NARA RG 331, AFHQ micro., caja 118, R123-D; «Engineer History, Fifth Army, Mediterranean Theater», vol. 3, apéndice G, CMH, 9-2.5 AB, 19.

63. OH, «Reminiscences of George C. Dyer», 1969-1971, John T. Mason, Jr., USNI OHD, 330.

64. L. S. B. Shapiro, *They Left the Back Door Open*, 117 (Strange Cargo); «Masonic Information», diarios, MWC, Citadel, caja 61; John Clagett, «Admiral H. Kent Hewitt, U. Navy», *Naval War College Review*, verano de 1975, 60+; Simpson, «Air Phase», 107; Henry Wadsworth Longfellow, «Amalfi».

65. Diario, MWC, 16 de agosto de 1943, MWC, Citadel, caja 64.

66. «Allied Commander-in-Chief's Report, Italian Campaign», MHI, 112.



67. Actas, AFHQ, reunión semanal del departamento ejecutivo de planificación, 3 de agosto de 1943, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC2 Sicilia, caja 247.

68. Kenneth S. Davis, *Soldier of Democracy*, 448.

69. OH, MWC, Rittgers, MHI, 55.

70. Moorehead, *Eclipse*, 77.

71. Notas del EJE, conferencia de Tarvis, 10.00 horas, 6 de agosto de 1943, NARA RG 319, OCMH, caja 244; msgs, «Former Naval Person to the President», n.º 405, 5 de agosto de 1943, y J. Hull a T. T. Handy, 15 de agosto de 1943, NARA RG 319, OCMH, caja 249; Harold Macmillan, *The Blast of War, 1939-1945*, 317, «tramas, contratramas».

72. Macmillan, 313.

73. Kenneth Strong, *Intelligence at the Top*, 145.

74. OH, George F. Kennan, 2 de enero de 1947, SM, MHI.



75. Peter Tompkins, *Italy Betrayed*, 26; «Minutes of a conference held at the residence of H. M. Ambassador at Lisbon on August 18, 1943 [sic], at 10 p. m.», NARA RG 319, OCMH, caja 244.

76. Garland, 459; actas, reunión de Lisboa, en msg, 21 de agosto de de 1943, AFHQ a WD, NARA RG 165, E 422, OPD Exec. Files, 390/38/2/4-5, caja 10.

77. «Allied Commander-in-Chief's Report, Italian Campaign», 116.

78. Msg, W. B. Smith a Hastings Ismay, 12 de septiembre de 1943, W. B. Smith Papers, DDE Lib, caja 7.

79. Memorando, W. B. Smith a Whitely, Rooks, 22 de agosto de 1943, NARA RG 319, OCMH, caja 244.

80. Msg, DDE a CCS, 28 de agosto de 1943, NARA RG 319, OCMH, caja 244.

81. Corr., Robert Murphy a FDR, 8 de septiembre de 1943, NARA RG 319, OCMH, caja 244.

82. OH, Harold Alexander, 10-15 de junio de 1949, SM, CMH, Geog Files, II-2; Harold Macmillan, *War Diaries*, 187; Macmillan, *The Blast of War*, 322.



83. Robert Murphy, *Diplomat Among Warriors*, 192-193; Strong, 157.

84. «Store of the Signing of the Italian Armistice»; Kenneth Strong a los corresponsales, diario de Eisenhower, HCB, DDE Lib, A-769-770; Garland, 482-484; Macmillan, *The Blast of War*, 323; Strong, 158.

85. Msg, DDE a CCS, 3 de septiembre de 1943, NARA RG 165, E 422, OPD exec. files, 390/38/2/4-5, caja 10.

86. Howard McGaw Smyth, «The Armistice at Cassibile», *MR*, vol. 28, n.º 6 y 7, septiembre y octubre de 1948, 13+; Pietro Badoglio, *Italy in the Second World War*, 70.

87. Msgs, DDE a Alexander, 1 de septiembre de 1943, FDR, Churchill a DDE, 2 de septiembre de 1943, ambos en NARA RG 319, OCMH, caja 244.

88. OH, MWC, Rittgers, 54-57, 77.

89. Memorando, AFHQ G-3 a W. B. Smith, 13 de agosto de 1943, NARA RG 331, AFHQ micro., job 10A, R-13-C, en NARA RG 319, OCMH, caja 244.

90. R. P. Eaton, jefe de plana mayor de la 82.<sup>a</sup> Aerotransportada, «Contact Imminent», mcngf., 26 de diciembre de 1943, Ralph P. Eaton Papers, MHI, 4; James M. Gavin, «Airborne Plans and Operations in the Mediterranean Theater», *IJ*, agosto de 1946, 22+.



91. Clay Blair, *Ridgway's Paratroopers*, 126.

92. Blair, 132-133; Smyth, «The Armistice at Cassibile», 13; Garland, 488-489.

93. Corr., MBR a W. B. Smith, 5 de diciembre de 1955, y MBR a G. Castellano, 20 de diciembre de 1955, CJB, MHI, caja 48, cronología, Italia.

94. Corr., MBR a Hal C. Pattison, 10 de noviembre de 1964, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC2 Sicilia, caja 251.

95. OH, W. B. Smith, 13 de mayo de 1947, Howard M. Smyth, SM, MHI.

96. Memorando, MBR, «Development of Operation Giant», 9 de septiembre de 1943, CJB, MHI, caja 48, cronología, Italia.

97. Matthew B. Ridway, *Soldier*, 81.

98. AAR, Maxwell D. Taylor y W. T. Gardiner, «Mission to Rome», 9 de septiembre de 1943, en Simpson, «Air Phase», 381-386; Richard Thruelsen y Elliott Arnold, «Secret Mission to Rome», *Harper's*, octubre de 1944, 462+; Maxwell D. Taylor, *Swords and Plowshares*, 55-57; Richard Tregaskis, *Invasion Diary*, 103-108; Melton S. Davis, *Who Defends Rome?*, 346-348.



99. Mark W. Boatner III, *The Biographical Dictionary of World War II*, 555.

100. John M. Taylor, *General Maxwell Taylor*, 65; Robert Capa, *Slightly Out of Focus*, 89.

101. Thruelsen y Arnold, 462.

102. AAR, Taylor y Gardiner, «Mission», 381-386; Thruelsen y Arnold, «Secret Mission to Rome», 462+; Taylor, 55-57; Tregaskis, 103-108; Davis, 346-348.

103. Smyth, «The Armistice at Cassibile».

104. Taylor, 56-57.

105. Garland, 500; Volkmar Kühn, *German Paratroops in World War II*, 195.

106. Garland, 495; Davis, 353.



107. Douglas Porch, *The Path to Victory*, 465; Boatner, 23; Tompkins, 58-60.

108. Macmillan, *The Blast of War*, 330.

109. Davis, 353-355; Thruelsen y Arnold, «Secret Mission», 462.

110. AAR, Taylor y Gardiner, «Mission to Rome», en Simpson, *Air Phase*, 381-386.

111. Tregaskis, 107.

112. Thruelsen y Arnold, «Secret Mission», 462; Taylor, 55-57.

113. Michael J. McKeough y Richard Lockridge, *Sgt. Mickey and General Ike*, 83-84; Kay Summersby, *Eisenhower Was My Boss*, 108.

114. OH, DDE, 6 de febrero de 1949, Smyth.



115. Dwight D. Eisenhower, *Letters to Marie*, 141, 147.

116. Chandler, vol. 3, 1403n; msg, GCM a DDE o W. B. Smith, 8 de septiembre de 1943, NARA RG 165, E 422, OPD Exec. Files, 390/38/2/4-5, caja 10.

117. «Unpublished Autobiography of General John E. Hull, USA (ret.)», mcngf., s. f., MHI.

118. OH, Lyman L. Lemnitzer, 4 de marzo de 1947, Howard M. Smyth, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 6; Peter Lyon, *Eisenhower: Portrait of the Hero*, 241.

119. Stephen E. Ambrose, *Eisenhower*, vol. 1, 259-260.

120. David Hunt, *A Don at War*, 224.

[121](#). OH, DDE, 16 de febrero de 1949, Smyth.

[122](#). Chandler, vol. 3, 1402, 1403n.



123. OH, Arthur Coningham, 14 de febrero de 1947, FCP, MHI; Chandler, vol. 3, 1404.

124. Memorando, MBR, «Development of Operation Giant», 9 de septiembre de 1943, CJB, MHI, caja 48, cronología, Italia; L. James Binder, *Lemnitzer: A Soldier for His Time*, 113-114.

125. Nombre popular que daban los oficiales estadounidenses a su uniforme de despacho invernal de por aquel entonces, que se caracterizaba por la combinación del color verde-ocre oscuro de la chaqueta y el marrón topo claro de los pantalones. (*N. del t.*)

126. OH, Lemnitzer, 4 de marzo de 1947, Smyth; Garland, 508-509; Ridgway, 95.

127. Binder, 113-114.

128. Patrick K. O'Donnell, *Beyond Valor*, 66; Blair, 141.

[129](#). Msg, DDE, 8 de septiembre de 1943, NARA RG 165, E 422, OPD Exec. Files, 390/38/2/4-5, caja 10; Garland, 509-513.

130. Hugo Pond, *Salerno*, 10.



131. David Irving, *The Trail of the Fox*, 305.

132. Garland, 513; «Memorandum Concerning the Events of September 8-9-10 in Rome», s. f., NARA RG 319, OCMH, caja 249, 3.

133. Robert Katz, *The Battle for Rome*, 32.

134. Howard McGaw Smyth, «The Command of Italian Armed Forces in World War II», *Military Affaire*, primavera de 1951, 38+.

135. Kühn, 196, 198; Badoglio, 81.

136. Davis, 403, 407.

137. Msg, F. N. Mason Macfarlane a DDE, 14 de septiembre de 1943, NARA RG 319, OCMH, caja 244.

138. Memorias, Kenyon Joyce, mcngrf., s. f., Kenyon Joyce Papers, MHI, 322; Katz, 32; «Military Campaigns and Political Events in Italy, 1942-1943», enero de 1946, Strategic Services Unit, WD, A-63366, CMH, Geog Files, Italia, 370.22, 45.



139. Tompkins, 271.

140. B. H. Liddell Hart, *The Other Side of the Hill*, 360; «Memorandum Concerning the Events of September 8-9-10 in Rome», s. f., RG 319, OCMH, caja 249, 3.

141. John Patrick Carroll-Abbing, *But for the Grace of God*, 35.

142. Jane Scrivener, *Inside Rome with the Germans*, 15-16.

143. Simpson, «Air Phase», 102; Andrew Brookes, *Air Way over Italy, 1943-1945*, 28; Albrecht Kesselring, *The Memoirs of Field-Marshal Kesselring*, 176; Hunt, 264; conde Von Klinckowstroen, «Fighting Around Rome in September 1943», 1947, FMS, n.º T-1a, MHI, 5; Pond, *Salerno*, 7; Kesselring, «Commentary on MS n.º D-301», s. f., FMS, n.º D-313, MHI, 3; Garland, 526-527.

144. «Translations, Campaign in Italy», NARA RG 319, OCMH, caja 245.

145. Conde Von Klinckowstroen, «Fighting Around Rome in September 1943», 10-11; Albrecht Kesselring, «Special Report on the Events in Italy Between 25 July and 8 September 1943», s. f., FMS, n.º C-013, MHI, 5.

146. Kesselring, *Memoirs*, 177.



147. Franz Kurowski, *Battleground Italy, 1943-1945*, 12.

148. *StoC*, 57; E. McCabe, «The Plan for the Landing at Salerno», 10-11 (*Clavicémbalo*); Warren P. Munsell, Jr., *The Story of a Regiment*, 21; Angelo Pesce, *Salerno 1943*, 99.

149. Howard H. Peckham y Shirley A. Zinder, eds., *Letters from Fighting Hoosiers*, vol. 2, 62.

150. J. M. Huddleston, cirujano del VI Cuerpo, «Report for Colonel Carter», s. f., en Norman Lee Baldwin Papers, HIA.

151. Mayo, *The Ordnance Department: On Beachhead and Battlefield*, 182.

152. *Texas*, 223.

153. AAR, «Signal Reflections on the Planning and Execution of Avalanche», 13 de octubre de 1943, X Cuerpo, UK NA, CAB 106/395, 7.

154. «Observations in the European Theater», 2.



155. Dunham, «United States Army Transportation and the Italian Campaign», 26-27; «The Administrative History of the Eighth Fleet», mcgrf., s. f., U. S. Naval History Division, n.º 139, NHC, carpeta 3, 34; John H. Clagett, biografía inédita, s. f., HKH, caja 16, 436.

156. Hickey y Smith, 78; Eric Morris, *Salerno: A Military Fiasco*, 83.

157. Norman Lewis, *Naples '44*, 11.

158. *Italian Phrase Book*, U. S. War Department, 1943.

159. [Ibidem](#), 300.

160. Diario, MWC, 7 de septiembre de 1943, MWC, Citadel, caja 64.

161. [http://www.nightscribe.com/Military/ww2/ancon\\_history\\_front.htm](http://www.nightscribe.com/Military/ww2/ancon_history_front.htm); Donald Downess, *The Scarlet Thread*, 140; Reynolds, 281.

162. *Calculated*, 185; Hickey y Smith, 52-53.



163. Lee Carraway Smith, *A River Swift and Deadly*, 5.

164. Steven E, Clay, mss, 16th Infantry Division History [*Blood and Sacrifice*], MRC-FDM, 14.

165. Hickey y Smith, 56.

166. Shapiro, 122.

167. HKH, «Action Report of the Salerno Landings, Sept.-Oct. 1943», 1945, CMH, 130, 142.

168. FLW a MWC, «Conclusions Based on the Avalanche Operation», 11 de octubre de 1943, CARL, N-6818, 1; *Texas*, 230-231.

169. OH, FLW, 15 de mayo de 1953, JOHN G. Westover, SM, MHI; *StoC*, 57; lista de objetivos, plan operativo 7-43, anexo B, apéndice 1, HKH, LOC MS Div, caja 8, carpeta 8; Samuel Eliot Morison, *The Two-Ocean War*, 351.

170. Merrill L. Bartlett, ed., *Assault from the Sea*, 268; OH, MWC, 1972-1973, Forest S. Rittgers, Jr., SOOHP, MHI, 53; conferencia, Don Brann, mcgrf., s. f., en Robert J. Word Papers, MHI, 4.



171. Diario, MWC, 8 de septiembre de 1943, MWC, Citadel, caja 64.

[172. The Grenadier Guards, 1939-1945, 27.](#)

173. Downes, 3; Robert Wallace, *The Italian Campaign*, 53.

174. Hickey y Smith, 42; Travis Beard, «Turning the Tide at Salerno», *Naval History*, octubre de 2003.

175. John T. Mason, Jr., *The Atlantic War Remembered*, 328n.

176. Pond, 16; *The Grenadier Guards, 1939-1945*, 27; Philip Vian, *Action This Day*, 117.

177. Word, «The Landing at Salerno», 13; «Reminiscences of Phil H. Bucklew», 1980, John T. Mason, Jr., USNI OHD, 64; Pond, 18.

178. *StoC*, 55.



179. Corr., Armand G. Jones a su padre, s. f., 155th FA, Texas MFM, 3; Robert L. Wagner, *The Texas Army*, 4.

180. HKH, «Action report», 91.

181. Downes, 3.

182. Pond, 68.

183. Newton H. Fulbright, «“Altavilla”: A Personal Record», mcngrf., s. f., Texas MFM, 12.

184. Clifford H. Peek, Jr., *Five Years, Five Countries, Five Campaigns*, 15.

185. Shapiro, 122.

186. Quentin Reynolds, *The Curtain Rises*, 287.



187. SSA, 252; Fulbright, «Altavilla», 2.

188. John Steinbeck, *New York Herald Tribune*, 3 de octubre de 1943, en *Reporting World War II*, vol. 1, 636-637.

189. Cronología, HKH, «Action Report», NHC; Shapiro, 18.

190. AAR, H. M. S. *Brecon*, 22 de septiembre de 1943, en «Operation Avalanche – Report on Northern Assault», 16 de octubre de 1943, CARL, N-6837.

191. SSA, 253.

192. Pond, 39; *Salerno: The American Operations from the Beaches to the Volturno*, 14.

193. Anthony Kimmins, *Half-Time*, 204.

194. Fulbright, «Altavilla», 2.



195. Reynolds, *The Curtain Rises*, 288; Hickey y Smith, 82.

196. Jack Maher, *memorias*, s. f., <http://home.wi.rr.com/~john-maher>.

197. Reynolds, *The Curtain Rises*, 292-293.

198. Cronología, HKH, «Action Report», NHC.

199. Diario, MWC, 9 de septiembre de 1943, MWC, Citadel, caja 64.

200. SSA, 271.

201. Kart Baedeker, *Southern Italy and Sicily*, 167; Robert M. Coates, *South of Rome*, 52; L. V. Bertarelli, *Southern Italy*, 316-317.

202. Pond, 40-41.



203. Morton, 303, 396.

204. *Salerno*, 6.

205. «Special Investigation and Interrogation Report: Operation Lightening» [*sic*], 15 de marzo de 1947, Servicios de Inteligencia Militares, Austria, CMH, Geog Files, 370.2, 7 y 13; resumen informativo de los servicios de inteligencia, Sunset n.º 91, 30 de agosto de 1943, NARA RG 457, E 9026, archivos NSA, caja 1; SSA, 261.

206. Diario de guerra, 6 de septiembre de 1943, «Salerno Invasion», alto mando naval alemán, caja 649.

207. *StoC*, 67; Molony V, 274; Kurowski, 107.

208. Diario, Wehrmachtführungstab, OKW, 29 de agosto de 1943, NARA RG 319, OCMH, caja 245.

209. SSA, 261.

210. A. Kesselring, testimonio, proceso por los crímenes de guerra, 3 de marzo de 1947, NARA RG 492, MTO, AG HQ, 000.5, caja 816.



211. *StoC*, 67, 69.

212. Hickey y Smith, 50; Pond, 9.

213. Pond, 41; Rudolf Böhmler, *Monte Cassino*, 51.

214. MEB, «16th Panzer Division at Salerno», 1953, OCMH, R-series, NARA RG 319, E 145, R-36, 2-3.

215. «The German Defense at the Gulf of Salerno», 23 de febrero de 1944, W. O. W. IR. n.º 28, NHC, carpeta 33, 18-19, 23.

216. *StoC*, 74.

217. Harold G. Horning, «The Army Years», mcgrf., s. f., parte 2, 155th FA, Texas MFM, 36.

218. Belden, 292.



219. Leo V. Bishop *et al.*, eds., *The Fighting Forty-fifth*, 41.

220. Corr., James E. Taylor, 131st FA Bn, a Walter H. Beck, 2 de marzo de 1944, Texas MFM, 2.

221. AAR, «Historical Record, Headquarters, VI Corps, September 1943», JPL, MHI, caja 12, 3; AAR, «Record of Events», 142nd Inf., 3-20 de septiembre de 1943, CARL, N-6818; Chester G. Starr, ed., *From Salerno to the Alps*, 17; «Field Operations of the Medical Department in the MTOUSA», 10 de noviembre de 1945, NARA RG 94, E 427, 95-USF2-26-0, 224.

[222](#). Peek, 21.

223. Glenn G. Clift, *A Letter from Salerno*, 6-7.

224. 21; Peeko, 22.

225. Word, «The Landing at Salerno», 14; visitas del autor, octubre de 1995, mayo de 2004; diario, J. M. Huddleston, cirujano del VI Cuerpo, 9 de septiembre de 1943, Norman Lee Baldwin Papers, HIS.

226. H. Kent Hewitt, «The Allied Navies at Salerno», *Proceedings*, septiembre de 1953, 958+.



227. SSA, 261; Hill Harr, *Combat Boots*, 40-41.

228. Word, «The Landing at Salerno», 13.

229. Don Whitehead, *Beachhead Don*, 37.

230. «Amphibious Operations», agosto-diciembre de 1943, CINCPAC, U. S. Fleet, CMH.

231. Brooks E. Kleber y Dale Birdsell, *The Chemical Warfare Service: Chemicals in Combat*, 335.

232. Paul W. Protchard, «Smoke Generator Operations in the Mediterranean and European Theaters of Operation», s. f., Office of the Chief of the Chemical Corps, CMH, 4-7.1 FA 1, 53; Norman Husa, «Action at Salerno», *IJ*, vol. 53, n.º 6, diciembre de 1943, 25+; John Steinbeck, *Once There Was a War*, 162; «COHQ Bulletin n.º Y/25», abril de 1944, CARL, N6530.10; AAR *LST 324* y *LST 363*, en «Operation Avalanche – Report on Northern Assault», Royal Navy, 16 de octubre de 1943, CARL, N-6837.

233. «Amphibious Operations», agosto-diciembre de 1943, CINC, U. S. Fleet, CMH.

234. *StoC*, 80; Roskill, 175; AAR, 191st Tank Bn, s. f., AGF Board Reports, NARA RG 407, E 427, NATOUSA, 95-USF1-2.0; Bishop *et al.*, eds., 41; memoria, Aidan Mark Sprot, mcngf., 1947, LHC, 72.



235. Walter Karig, *Battle Report: The Atlantic War*, 265, 268.

236. R. L. Connolly, «Operations of Landing Craft in the Mediterranean», 14 de octubre de 1943, NARA RG 334, E 315, NWC Lib, ANSCOL, L-2-43, C-75, caja 170; Downes, 14; SSA, 265.

237. Mark W. Clark, «Salerno», *AB*, n.º 95, 1997, 1+. Peek, ed., 20; Wagner, 11.

238. Norman Lewis, *Naples '44*, 12; Paul A. Cundiff, *45th Infantry CP*, 62.

239. Peckham y Zinder, eds., vol. 2, 63.

240. Reynolds, *The Curtain Rises*, 300.

241. Richard J. Werner, 141st Inf Regt, en FLW a MWC, 11 de octubre de 1943, CARL, N-6818, 1-2.

242. *StoC*, 82; «Historical Tactical Study of Naval Gunfire at Salerno», 1948-1949, Amphibious Warfare School, USMC, Quantico, Va., SEM, NHC, caja 51, 25; «Amphibious Operations», agosto-diciembre de 1943, CINC, U. S. Fleet, CMH; Shapiro, 132.



[243](#). Informe de acción, U. S. S. *Philadelphia*, 25 de septiembre de 1943, NARA RG 38, OCNO, WWII Action and Operational Reports, caja 1318; SSA, 280.

244. Fred Howard, *Whistle While You Wait*, 167; memorando, «Shore Party Organization for Amphibious Operations», AFHQ a WD, 17 de diciembre de 1943, NARA RG 407, E 427, 270/50/28/36; «Lessons from the Italian Campaign», 10 de marzo de 1944, NARA RG 407, E 427, NATOUSA, 95-USF1-04, caja 250, 12.

245. Diario, 36th ID, Chief of Staff, 9 de septiembre de 1943, SM, MHI; *StoC*, 84.

246. Corr., James E. Taylor, 131st FA Bn, a Walter H. Beck, 2 de marzo de 1944, Texas MFM, 2.

247. Corr., Miles A Cowles, 36th Div. Artillery CO, en *Texas*, 409.

248. «Lessons from the Italian Campaign», 10 de marzo de 1944, HQ, NATOUSA, CMH, Italia, 353, 12; FLW a MWC, 11 de octubre de 1943, CARL, N-6818, cronología; *Texas*, 237.

249. <http://www.ussorleck.org/Namesake.asp>; SSA, 274.

250. Informe de acción, *LCA 403*, 22 de septiembre de 1943, en «Operation Avalanche – Report on North Assault», RN, 16 de octubre de 1943, CARL, N-6837; Phil H. Bucklew, «Skipping Salvos off Salerno», en *Mason*, 318; *Pond*, 59-61, 88, 91.



251. Wallace, 58.

252. Molony V, 286.

253. Pond, 61.

254. E. McCabe, «The Plan for the Landing at Salerno», 190a (LST 357); AAR, HM *LST 430*, 12 de septiembre de 1943, en «Operation Avalanche – Report on Northern Assault», 16 de octubre de 1943, CARL, N-6837.

255. Molony V, 284; Simpson, «Air Phase», 339n; AAR, «Operation Avalanche», 21 de abril de 1945; Mediterranean Allied Tactical AF, CARL, N-11606, 17.

256. Daniell, 142; Morris, 108; Pond, 71; Molony V, 285.

257. Gervasi, 495; Molony V, 284, 290; *The Grenadier Guards, 1939-1945*, 28.

258. Hickey y Smith, 178.



259. Pond, 111-112, 114.

260. David Erskin, *The Scots Guards, 1919-1955*, 170n.

261. Clark, «Salerno», 1.

262. «Invasion of Italian Mainland, Summary of Operations Carried Out by British Troops Under Command 5 U. Y», s. f., CMH, 370.2, 7-8; Wilfred Owen, «Anthem for Doomed Youth», *Oxford Book of War Poetry*, 188; Daniell, 141; Pond, 77.

263. AAR, 1st Ranger Bn, 15 de noviembre de 1943, USMA micro., MP63-8, R-1; informe de la mañana, 1st Ranger Bn, HQ Co, 9 de septiembre de 1943, Robert W. Black Papers, MHI, caja 2, carpeta 8; *Salerno*, 19; William O. Darby y William H. Daumer, *Darby's Rangers: We Led the Way*, 113-116; James J. Altieri, *Darby's Rangers: An Illustrated Portrayal of the Original Rangers*, 57-58.

264. Michael J. King, *William Orlando Darby: A Military Biography*, 115; visita del autor, 29 de abril de 2004.

265. Tregaskis, 133-135.

266. Anders Kjar Arnbal, *The Barrel-Land Dance Hall Rangers*, 155.



267. Richard M. Burrage, «See Naples and Die!», mcngrf., 1988, Texas MFM, 6.

268. Memorando, Donald Downes a W. Donovan, «OSS Activities in the Neapolitan Campaign, D-Day to D-Day Plus 21», 19 de octubre de 1943, NARA RG 226, E 99, OSS History Office, caja 48; Virgilio, *Eneida*, trad. al ing. de Robert Fagles, 181.

269. Darby y Daumer, 117; Capa, 98.

270. Tregaskis, 135; Downes, 145.

271. Word, «The Landing at Salerno», 16-19.

[272](#). Downes, 142-149.

273. Burrage, «See Naples and Die!», 15.

274. Tregaskis, 133.



275. Shapiro, 133.

276. Molony V, 286; Malcolm Munthe, *Sweet Is War*, 167.

277. Molony V, 325.

278. Edward J. O'Neill, «Memorandum to Commanding General, VI Corps», 29 de junio de 1944, JPL, MHI, caja 11; OH, MWC, 10-21 de mayo de 1948, SM, MHI; D. Clayton James, *A Time for Giants*, 140-141; *Howitzer*, Anuario USMA, 1910; Robert H. Berlin, *U. S. Army World War II Corps Commanders*, 17; Edmund F. Ball, *Staff Officer with the Fifth Army*, 186; expediente 201, EJD, HIA, caja 1.

279. OH, GCM, 25 de julio de 1949, SM, MHI.

280. Corr., EJD a Hal C. Pattison, 15 de diciembre de 1964, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC3, Salerno a Cassino, caja 255.

281. O'Neill, «Memorandum», 29 de junio de 1944; «Historical Record, Headquarters, VI Corps», JPL, MHI, caja 12; diario del ayudante, EJD, HIA, caja 1; diario, EJD, 9 de septiembre de 1943, HIA, caja 1.

282. *StoC*, 87; *CM*, 253.



283. «Memorandum», 29 de junio de 1944.

284. Ball, 197.

285. *PP*, 344.

286. Clark y otros oficiales calcularon que su anchura era de más de quince kilómetros, pero las posiciones en los mapas demuestran que era más estrecha. Word, «The Landing at Salerno», 16; *StoC*, 90; Hickey y Smith, 139; *Calculated*, 192.

287. Diario, MWC, 10 de septiembre de 1943, MWC, Citadel, caja 64; discurso, Robert B. Hutchins, «Personal Experiences of a Regimental Commander in Italy, 1944», en Russell L. Moses, ASEQ, 179th Inf., MHI, 4-7.

288. Tras ser presionado por el CGFA para que enviara a las embarcaciones de transporte por más soldados, Hewitt hizo desembarcar efectivamente al 157.º de Infantería en la margen izquierda del río Sele, y no en la derecha como habría preferido Clark. La idea del almirante resultó más molesta para Clark que importante desde el punto de vista táctico. *Calculated*, 195; W. H. H. Morris, Jr., «Report on Observation Trip», s. f., DRL, IS, 9; *StoC*, 100-101.

289. Molony V, 273; Simpson, «Air Phase», 122; Roskill, 173; «History of the Aviation Engineers in the Mediterranean Theater of Operations», junio de 1946, AAF Engineer Command, MTO, CEOH, X-39; «Long Range Fighter Cover over Salerno Beaches», octubre de 1943, HW, NAAF, Boletín Mensual de Operaciones n.º 6, NARA RG 334, E 315, NWC Lib, ANSCOL, caja 132; «The Army Air Forces in Amphibious Landings in World War II», julio de 1953, USAF Historical Div, AU, CARL, N-16372.34, 62-64; Vian, 119.

290. Reynolds, *The Curtain Rises*, 305.



291. D. E. Williams, «Air Operations – “Avalanche”?», 7 de enero de 1944, NARA RG 334, E 315, NWC Lib, ANSCOL, L-3-43, W-67, caja 179, 4.

292. Simpson, «Air Phase», 124-125, 135; Molony V, 299; StoC, 103.

[293](#). Chandler, vol. 2, 1406.

294. Brooks, ed., 284, 379n.

295. Lamb, 39, 44, 47.

296. Ralph S. Mavrogordato, «The Battle of Salerno», diciembre de 1957, NARA RG 319, E 145, OCMH, serie R mss, R-88, 13.

297. Moorehead, *Eclipse*, 43.

298. *StoC*, 86; Matthew Cooper, *The German Army*, 405; Liddell Hart, 363.



299. Eduard Mark, *Aerial Interdiction in Three Wars*, 98; Mavrogordato, «The Battle of Salerno», 14-15, 36; Douglas Graf Bernstorff, «Operations of the 26th Panzer Division in Italy», 1948, FMS, n.º D-316, MHI, 1-7; *StoC*, 98.

300. Moorehead, *Eclipse*, 43.

301. Molony V, 293.

302. «Personal Diary of Langan W. Swent», 12 de septiembre de 1943, HIA, caja 1.

303. «World War II Diaries of Norman Maffei», 158th FA, 45th Div, ASEQ, MHI.

304. Cronología, 10 de septiembre de 1943, 15.00 horas, HKH, «Action Report», CMH; James C. Ruddell *et al.*, «Observers Notes on the Italian Campaign», 5 de diciembre de 1943, NARA RG 337, AGF, informes de observador, 190/48/30-21/00, n.º 59, caja 52.

305. LeRoy R. Houston, «Dead Men by Mass Production», mcngrf., s. f., Texas MFM, 2-4.

306. Clark, «Salerno», 1.



307. Ball, 218; Hickey y Smith, 307.

308. Steinbeck, 158; formularios médicos de T. Nenniger, NARA, Modern Military Records; Tregaskis, 140.

309. Charles M. Wiltse, *The Medical Department: Medical Service in the Mediterranean and Minor Theaters*, 228, 231, 236; Edward D. Churchill, *Surgeon to Soldiers*, 257; J. M. Huddleston, cirujano del VI Cuerpo, «Report for Colonel Carter», 1943, Norman Lee Baldwin Papers, HIA.

310. Tregaskis, 139.

311. Moorehead, *Eclipse*, 36; Burrage, «See Naples and Die!», 28.

312. Pond, 129; informe, V Ejército, 11 de septiembre de 1943, 00.45 horas, Robert Wood Papers, MHI.

313. Cronología, 11 de septiembre de 1943, 02.08 horas, HKH, «Action Report», CMH.

314. AAR, «Record of Events», 142nd Inf., 10 de julio de 1943, 12.00 horas, CARL, N-6818; *StoC*, 101.



315. AAR, «Historical Record, Headquarters, VI Corps», 5-6.

316. *StoC*, 97.

317. Informe de acción, oficial al mando del *Ancon* a CINC, U. S. Fleet, 15 de octubre de 1943, MWC Papers, Citadel, caja 3, carpeta 1.

318. OH, HKH, 1961, John T. Mason, Col U OHRO, 347.

319. Howe, «American Signal Intelligence», 61; H. Kent Hewitt, «The Allied Navies at Salerno», *Proceedings*, septiembre de 1953, 958+; OH, HKH, s. f., Julian Boit y James Riley, HKH papers, NHC, caja 6, 5.

320. Shapiro, 137.

321. Karig, 266; *Three Years*, 412.

322. OH, HKH, 1961, John T. Mason, Col U OHRO, 347.



323. Dunham, «United States Army Transportation and Italian Campaign», 37; «The Administrative History of the Eighth Fleet», 36; George J. Horney, «Comments and Suggestions on the Avalanche Operation», s. f., NARA RG 407, E, 427, NATOUSA, 95-USF1-o.4, caja 250.

324. Un batallón de especialistas en bombas químicas que llegó a Paestum el 9 de septiembre, no recibió su mortero hasta el día 12. Kleber y Birdsell, 433.

325. Reynolds, *The Curtain Rises*, 317.

326. «Amphibious Operations, Aug.-Dec. 1943», CINC, U. S. Fleet, CMH; «COHQ Bulletin n.º Y/25», abril de 1944, CARL, N-6530, 10.

327. OH, HKH, 1961, John T. Mason, Col U OHRO, 373; *AAFinWWII*, 525-526.

328. «Personal Diary of Langan W. Swent», 12 de septiembre de 1943, HIA, caja 1.

[329](#). Informe, U. S. S. *Philadelphia*, 23 de septiembre de 1943, WWII Ship Files, NHC.

330. Hewitt, «The Allied Navies at Salerno», 958+.



331. Cronología, HKH, «Action Report», NHC.

332. Msg, HKH a A. B. Cunningham, 12 de septiembre de 1943, 15.47 horas, cronología, HKH, «Action Report», CMH; <http://www.vectorsite.net/twobomb3.html#m3>; James P. Melanephy y John G. Robinson, *Surface Warfare*, vol. 6, n.º 3, marzo de 1981, 2+; corr., D. H. Leathem al autor, 20 de enero de 2003; James Phinney Baxter, *Scientists Against Time*, 194; William W. Downey, «Report on Simmons Project», s. f., OSS, NARA RG 226, E 99, OSS, 190/6/7/7, caja 25, carpeta 6; memorando, «Radio-Controlled Bombs Can Be Jammed», 10 de marzo de 1945, SEM, NHC, caja 47.

333. Diario, MWC, 11 de septiembre de 1943, MWC, Citadel, caja 64; *Calculated*, 196; Clark, «Salerno», 1.

334. Informe de acción, R. W. Cary, U. S. S. *Savannah*, 1 de octubre de 1943, NARA RG 38, OCNO, Action and Operational Reports, caja 1413.

335. «U. S. S. *Savannah* (CL 42) Bomb Damage», War Damage Report n.º 44, 15 de junio de 1944, Bureau of Ships, Navy Dept., NARA RG 38, OCNO, WWII Action and Operational Reports, caja 1413.

336. Reynolds, *The Curtain Rises*, 328, 333.

337. Michael Stern, *Into the Jaws of Death*, 211; Reynolds, *The Curtain Rises*, 328.

338. Hewitt, «The Allied Navies at Salerno», 958+; Evelyn M. Cherpak, ed., *The Memoirs of Admiral H. Kent Hewitt*, 121.



339. Melanephy y Robinson, «*Savannah* at Salerno», 2; informe de acción, George J. Pinto a CINC, U. S. Fleet, 19 de julio de 1943; informe de acción, R. W. Cary, U. S. S. *Savannah*, 1 de octubre de 1943; informe de daños de guerra, U. S. S. *Savannah*, 14 de octubre de 1943; «U. S. S. *Savannah* (CL 42) Bomb Damage», War Damage Report n.º 44, 15 de junio de 1944, Bureau of Ships, Navy Dept., todo en NARA RG 38, OCNO, WWII Action and Operational Reports, caja 1413.

340. Jack Greene y Alessandro Massignani, *The Naval War in the Mediterranean, 1940-1943*, 305.

341. Reynolds, *The Curtain Rises*, 328.

342. Cuaderno de bitácora de guerra, U. S. S. *Savannah*, 14 de septiembre de 1943, NARA RG 38, OCNO, WWII War Diaries, caja 1425.

343. SSA, 283-284.

344. Beard, «Turning the Tide at Salerno», 34+.

[345](#). Informe de daños de guerra, U. S. S. *Savannah*, 14 de octubre de 1943. Otras versiones sitúan el número total de muertes en menos de doscientas.

346. Conferencia, Richard L. Conolly, «The Landing at Salerno in World War II», 14 de mayo de 1957, Naval Historical Foundation, 8; Hewitt, «The Allied Navies at Salerno», 958; Aileen Clayton, *The Enemy Is Listening*, 281; Pond, 127.



347. Memorando, «Radio-Controlled Bombs Can Be Jammed».

348. *StoC*, 106-107.

349. Shapiro, 140; Lewis, 14, 19.

350. Diario, EJD, 12 de septiembre de 1943, HIA, caja 1; StoC, 112; Morris, 240; Alfred M. Beck *et al.*, *The Coros of Engineers: The War Against Germany*, 163; Downes, 16; Pond, 174.

351. *Calculated*, 197; diario del asistente, EJD, HIA, caja 1.

352. AAR, «Historical Record», 7-8; *Salerno*, 50; Molony V, 304; DDE, «Allied Commander-in-Chief's Report, Italian Campaign», 112.

353. AAR, «Record of Events», 142nd Inf, Sept. 3-20 1943, CARL, N-6818; *StoC*, 108-109; Wagner, 19.

354. J. TUC Brown, «Love, War, Etc.», mcgrf., enero de 1995, 132nd FA, 36th ID, ASEQ, MHI, 22-24.



355. [http://www.smu.edu/cul\\_memorial/fellen.htm](http://www.smu.edu/cul_memorial/fellen.htm). El relato de Brown, testigo ocular de los hechos, contradice la versión de la muerte de Sprague que ofrece Morris, 233.

356. Thruelsen y Arnold, 179.

357. *Salerno*, 43-47; Mumsell, 26.

358. John Embry, «My Most Interesting Experience», mcgrf., s. f., 160th FA Bn, 45th ID Mus, 117, 125.

359. AAR, 191st Tank Bn, s. f., AGF borrad reports, NARA RG 407, E 427, 95-USF1-2.0.

360. Mark W. Clark, «Salerno», 1; Molony V, 302-305; diario, MWC, 12 de septiembre de 1943, MWC, Citadel, caja 64.

361. Cronología, 11 de septiembre de 1943, 20.05 horas, HKH, «Action Report», CMH.

362. *StoC*, 107.



363. Porch, 492.

364. OH, JPL, 24 de mayo de 1948, SM, MHI.

365. Charles Richardson, *Flashback*, 160.

366. Nigel Nicolson, *The Grenadier Guards in the War of 1939-1945*, vol. 2, 362-364; Michael Howard y John Sparrow, *The Coldstream Guards, 1920-1946*, 153-154; Michael Howard, *Captain Profesor*, 73.

367. Pond, 156-159, 172.

368. Hamilton, 416; Hickey y Smith, 183.

369. Diario, EJD, 12 de septiembre de 1943, HIA, caja, 1 «Historical Record, Headquarters, VI Corps, September 1943 – The Operation Avalanche», s. f., JPL, MHI, caja 12, 7.

370. *StoC*, 109.



371. Diario, MWC, 12 de septiembre de 1943, MWC, Citadel, caja 64.

372. Corr., H. Alexander a DDE, 13 de septiembre de 1943, DDE Lib, PP-pres, caja 3.

373. Shapiro, 145.

374. AAR, «Historical Record», 8; diario, 13 de septiembre de 1943, 36th ID, chief of staff, SM, MHI; *Salern*, 61; AAR, «Record of Events», 142nd Inf, Sept. 3-20, 1943, CARL, N-6818. La historia oficial del ejército de Estados Unidos afirma que el bombardeo lo inició la artillería alemana; *StoC*, 113, 125.

375. *StoC*, 113-114; AAR, «Operation Avalanche», 143rd Inf, 2 de octubre de 1943, CARL, N-6818.

376. Memorando, General Inspector del V Ejército a MWC, 19 de septiembre de 1943, MWC, Citadel, caja 2, carpeta 3.

377. Steven E. Clay, *Blood and Sacrifice*, 179.

378. «Special Investigation and Interrogation Report: Operation Lightening», 29.



379. Mavrogordato, «The Battle of Salerno», 23.

380. Pond, 177.

381. SSA, 285-287; Pond, 171.

382. Rosella Baretta, *Tabacco, tabaccari e tabacchine del Salento: Vicende storiche, economiche e sociali*, 6; *Guide d'Italia*, 126; Ascanio Marchini, *Il Tabacco*, 10, 21.

383. Morris, «Report on Observation Trip», 7-8; *Salerno*, 63; W. H. H. Morris, Jr., «Salerno», *MR*, vol. 13, n.º 12, marzo de 1944, 5+.

384. «Operation of the 45th Infantry Division in Italy», 10-30 de septiembre de 1943, 45th ID Mus; memorando, I. C. Avery a MWC, investigación, acciones de «Co. B, 2nd Chemical Bn», 20 de septiembre de 1943, MWC, Citadel, corr., caja 2; *Salerno*, 65.

385. Corr., Richard Pisciotta a su padre, 18 de mayo de 1944, 157th Inf., 45th Div, ASEQ, MHI; OH, FLW, 15 de mayo de 1953, John G. Westover, SM, MHI; diario, 13 de septiembre de 1943, 36th ID, jefe de plana mayor, SM, MHI; AAR, «Operation Avalanche», 143rd Inf., 2 de octubre de 1943, CARL, N-6818.

386. Eddie Douglas Adkins, «A P. O. W. Diary», mcngrf., 1960, Texas MFM.



387. Grady G. Tice, «POWs Never Forget War», *Comerce Journal*, 2 de marzo de 2001, Texas MFM.

388. Shapiro, 152.

389. FLW a MWC, 11 de octubre de 1943, CARL, N-6818; Bruce L. Barrer, *The Texas 36th Division*, 137; Morris, «Salerno», 5+.

390. Wagner, 27, 34.

[391](#). Diario, centro de primeros auxilios del 1.er y 3.er Batallón, 179.º Inf., 12-13 de septiembre de 1943, 45th ID Mus.

[392](#). AAR, 191.º Bn. Acor., s. f., informes de junta de AGF, NARA RG 407, E 427, NATOUSA, 95-USF1-2.0.

393. AAR, Van W. Pyland, 636th Tank Destroyer Bn., s. f. en Texas, 413.

394. Flint Whitlock, *The Rock of Anzio*, 87.



395. F. Jones, «The Campaign in Italy: The Landing at Salerno», s. f., Cabinet Historical Section, UK NA, CAB 44 132, 133; SSA, 287.

396. *Calculated*, 201; *Salerno*, 65-66.

397. «Operational History of Chemical Battalions and the 4.2-inch Mortar in World War II», parte 1, 1947, CMH, 4-7.1 FB2, 56; Kleber y Birdsell, 433; Bishop *et al.*, eds., 47; «World War II Diaries of Norman Maffei», 14 de septiembre de 1943, 158th FA, 45th Div, ASEQ, MHI; Betty McLain Belvin, *Ray McLain and the National Guard*, 74. Los dos batallones de artillería dispararon tres mil seiscientos proyectiles en cuatro horas.

398. «Invasion of Italian Mainland, Summary Operations Carried Out by British Troops», 18.

399. Simpson, «Air Phase», 135.

400. AAR, «Historical Record», 8-9.

401. Ball, 205.

402. Diario del ayudante, 13 de septiembre de 1943, EJD, HIA, caja 1; corr., John W. O'Daniel a Hal C. Pattison, 3 de septiembre de 1964, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC3, Salerno a Cassino, caja 256.



403. Diario, EJD, 13 de septiembre de 1943, HIA, caja 1.

404. *Calculated*, 200. Clark dijo durante una entrevista en 1972 que esa conversación la mantuvieron cara a cara. OH, MWC, Rittgers, MHI.

405. Diario, MWC, 13 de septiembre de 1943, MWC, Citadel, caja 64; «Invasion of Italian Mainland, Summary Operations Carried Out by British Troops», 9; Nigel Nicolson, *Alex: The Life of Field Marshal Earl Alexander of Tunis*, 217; msg, MWC a MBR, 13 de septiembre de 1943, MWC, Citadel, corr., caja 2.

406. *CM*, 255.

407. Adleman y Walton, 71.

408. FM 31-5, «Landing Operations on Hostile Shores», WD, junio de 1941, MHI, 99.

409. Corr., MWC a Hal C. Pattison, 17 de septiembre de 1964, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC3, Salerno a Cassino, caja 255; MWC a su madre, 6 de octubre de 1943, MWC, Citadel, corr., caja 3.

410. Msg, U. S. S. *Biscayne*, 14 de septiembre de 1943, 16.09 horas, MWC, Citadel, expedientes sobre el tema, msgs, caja 63.



411. *StoC*, 117.

412. Shelby Foote, *The Civil War*, vol. 2, 494.

413. Corr., E. J. Dawley a Hal C. Pattison, 15 de diciembre de 1964, y Troy H. Middleton a Hal C. Pattison, 8 de septiembre de 1964, ambas cartas en NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC3, Salerno a Cassino, caja 255.

414. *StoC*, 117; OH, Francis Reichmann, 45th Div G-2, 21 de abril de 1950, SM, caja IIA1, 2.

415. Frank James Price, *Troy H. Middleton: A Biography*, 165.

416. Shapiro, 148-149, 152.

417. OH, William P. Yarborough, 1975, J. R. Meese y H. P. Houser, SOOHP, MHI, 39-40.

418. Ball, 214.



419. «Personal Diary of Langan W. Swent», 20 de septiembre de 1943, Hoover Institution Archives, caja 1.

420. Shapiro, 150.

421. Mavrogordato, «The Battle of Salerno», 25-26.

422. Mason, 327; cronología, 14 de septiembre de 1943, HKH, «Action Report», CMH.

423. F. Jones, «The Campaign in Italy: The Landing at Salerno», s. f., Cabinet Historical Studies, UK NA, CAB 44 132, 136-137; A. B. Cunningham, «Operations in Connection with the Landings in the Gulf of Salerno», 28 de abril de 1950, *London Gazette*, CMH, UH 0-1, CUN.2, 2173.

424. Mason, 318, 327.

425. OH, «Reminiscences of George C. Dyer».

426. *StoC*, 124.



427. Roskill, 179; Pond, 192-193.

428. Hickey y Smith, 249.

429. Cunningham, 569.

430. Pond, 192-193.

431. MBR, «Description of Operation from Planning Phase to Execution», s. f., CJB, MHI, cronología, Italia, caja 48; John C. Warren, *Airborne Missions in the Mediterranean, 1942-1945*, 62.

432. AAR, H. M. S. *Delhi*, 5 de octubre de 1943, en «Operation Avalanche – Report on Northern Assault», Royal Navy, 16 de octubre de 1943, CARL, N-6837.

433. Patrick D. Mulcahy, «Airborne Activities in the Avalanche Operation», s. f., AFHQ, Arthur Nevins Papers, MHI, caja 2; James M. Gavin, *Airborne Warfare*, 28-29; *StoC*, 127; Pond, 190; Ross S. Carter, *Those Devils in Baggy Pants*, 36.

434. A Clark le sería concedida la Cruz al Servicio Distinguido por el comportamiento heroico demostrado ese día.



435. *StoC*, 129; Lewis, 21.

436. FLW a MWC, 11 de octubre de 1943, CARL, N-6818; *StoC*, 129.

437. Mavrogordato, «The Battle of Salerno», 27; «Translation of Taped Conversation with General Hermann Balck, 12 January 1979», Battelle Columbus Laboratories, Ohio, USAWC Lib, 14.

438. Kurowski, 59-60 .

439. *Salerno*, 73.

440. Pond, 224.

441. Kesselring pensaba que esas dos divisiones habrían resultado decisivas; varios historiadores coinciden en que no habrían llegado a tiempo para influir de modo significativo en la batalla. Kesselring, *Memoirs*, 183n; *Battle*, 119; AAR, 36th ID, «Conclusions on Avalanche», s. f., NARA RG 334, NWC Lib, ANSCOL, caja 35.

442. Friedrich Wentzell, «The Italian Campaign from August 1943 to February 1945», diciembre de 1945, CMH, Ital 370.2, 5.



443. Hamilton, «Italy, Sept.-Dec. 1943», s. f., Cabinet Historical Section, UK NA, CAB 101/124, 18.

444. Kurowski, 125.

445. Clagett, biografía inédita de HKH, 478-479.

446. Molony V, 327.

447. «Historical Tactical Study of Naval Gunfire at Salerno», 43.

448. Beard, «Turning the Tie at Salerno», 34+.

449. Peek, 24.

450. *Salerno*, 74.



451. AAR, «Historical Record», 10.

452. «The Employment of Strategic Bombers in a Tactical Role, 1941-1951», 1953, USAF Historical Div, n.º 88, 53-54.

453. *AAF in WWII*, 530-531, 535.

454. Pond, 224; Ardí D. Cannon, *Box Seat over Hell*, 65-66.

455. «Special Investigation and Interrogation Report: Operation Lightening», 28.

456. Mavrogordato, «The Battle of Salerno», 27.

457. Lord Ismay, *The Memoirs of General Lord Ismay*, 320; D'Este, *Eisenhower*, 319.

458. Molony V, 319.



459. Nicolson, *Alex*, 37, 199

460. Gunther, 99.

461. W. G. F. Jackson, *Alexander of Tunis as Military Commander*, 215, 282.

462. Michael Howard, «Leadership in the British Army in the Second World War», en G. D. Sheffield, *Leadership and Command*, 109; OH, Michael Howard, mayo de 2003, con el autor, Washington, D. C.; Binder, 107.

463. Nicolson, *Alex*, 238.

464. Moran, 186.

465. Binder, 116; corr., HKH a SEM, 8 de enero de 1954, SEM, NHC, caja 51.

466. OH, HKH, 1961, John T. Mason, Col U OHRO, 344-345.



467. Nicolson, *Alex*, 222.

468. Mason, 327.

469. Hewitt, «The Allied Navies at Salerno», 958+.

470. Hickey y Smith, 257.

471. Corr., HKH a SEM, 8 de enero de 1954.

472. B. L. Montgomery a MWC, 15 de septiembre de 1943, MWC, Citadel, corr., caja 2.

473. Molony V, 252; *StoC*, 138.

474. Una de esas ceremonias se celebró el 13 de septiembre; al día siguiente se llevó a cabo una ceremonia de inspección de toda la 1.<sup>a</sup> División canadiense, que no tuvo contacto alguno con el enemigo entre el 8 y el 16 de septiembre. *From Pachano to Ortona: The Canadian Army at War*, CARL, N-14352, 96; Steiger, «The Campaign in Southern Italy», 15.



475. Patrick Howarth, *My God, Soldiers*, 137.

476. Mavrogordato, «The Battle of Salerno», 46.

477. «Narrative: Operations Against Italy», 15 de septiembre de 1943, Arthur S. Nevins Papers, MHI.

478. John Lardner, «The Mayor of Futani», en *The New Yorker Book of WPieces*, 268; Christopher Buckley, *Road to Rome*, 174-185; *StoC*, 142.

479. Diario, MWC, 15 de septiembre de 1943, MWC, Citadel, caja 64.

480. MWC a B. L. Montgomery, 16 de septiembre de 1943, MWC, Citadel, corr., caja 2.

481. Morris, 283.

482. Alan Williamson, «Dawley Was Shafted», mcngrf., s. f., Texas MFM, 8-10.



483. Binder, 117.

484. OH, Lyman Lemnitzer, 16 de enero de 1948, SM, MHI.

485. Diario, MWC, 20 de septiembre de 1943, MWC, Citadel, caja 64.

486. OH, MWC, Rittgers, 60-63.

487. Morris, fotografía, 175.

488. Nicolson, *Alex*, 220.

489. MWC a Renie, 15-16 de septiembre de 1943, MWC, Citadel, corr. personal; diario, MWC, 16 de septiembre de 1943, MWC, Citadel, caja 64.

490. Douglas Graf Bernstorff, «Operations of the 26th Panzer Division in Italy», 1948, FMS, n.º D-316, MHI, 7-8; J. Hamilton, «Italy, Sept.-Dec. 1943», s. f., Cabinet Historical Section, UK NA, CAB 1017124, 18-19.



491. Franz Kurowski, *The History of the Fallschirmpanzerkorps Hermann Göring*, 210.

492. Memorando, «Major Lee», ayudante de campo, diario de Eisenhower, HCB, DDE Lib, A-783-786; msg, DDE a GCM, 13 de septiembre de 1943, NARA RG 165, E 422, OPD Exec. Files, 390/38/2/4-5, caja 13.

493. Chandler, vol. 3, 1418.

494. *Three Years*, 420.

[495](#). Anotaciones de Butcher, 15-16 de septiembre de 1943, diario de Eisenhower, HCB, DDE Lib, A-756, A-773-774, A-779.

496. Chandler, vol. 3, 1428.

497. Msg, MWC a DDE, 16 de septiembre de 1943, DDE Lib, PPpres, caja 23.

498. OH, Lemnitzer, 16 de enero de 1948.



499. D'Este, *Eisenhower*, 443.

500. Harold Macmillan, *War Diaries*, 195; Eisenhower, *Letters to Mamie*, 148; Chandler, vol. 3, 1442-1443, 1473.

501. Williamson, «Dawley Was Shafted», 8-10. Una versión satanizada de este episodio cuenta que Eisenhower dijo: «¿Cómo has podido meter a las tropas en semejante barullo?», *Texas*, 257.

502. OH, MWC, Rittgers, 64.

503. OH, FLW, 15 de mayo de 153, John G. Westover, SM, MHI; *Texas*, 258.

504. OH, R. J. Word, 1973, Nurus, 22-28.

505. Diario, EJD, 20 de septiembre de 1943, HIA, caja 1.

506. Diario del ayudante; corr., DDE a E. J. Dawley, 23 de septiembre de 1943, EJD Papers, HIA, caja 1.



507. Williamson, «Dawley Was Shafted», 8-10.

508. [Ibíd.](#), 12.

509. Lloyd R. Fredendall y Dawley habían sido sustituidos; Patton y Bradley eran los otros dos. Geoffrey Keyes había estado al mando durante un breve período de un «cuerpo provisional» de carácter transitorio en Sicilia.

510. Diario, 29 y 30 de octubre de 1943, JMG, MHI, caja 10; corr., ENH a MWC, 29 de septiembre de 1943, ENH, MHI, caja 3.

511. Diario de guerra, 16 de septiembre de 1943, «Salerno Invasion», alto mando naval alemán, caja 649.

512. Kesselring, *Memoirs*, 186-187.

513. Pond, 259; Steiger, «The Campaign in Southern Italy», 17.

514. «Exploitation of Italy for the Further Conduct of the War», X Ejército, 22 de septiembre de 1943, en Steiger, apéndice G.



515. «Fifth Army Medical History», mcgrf., s. f., NARA RG 112, MTO cirujano general, 390/17/8/2-3, caja 6, 138; AAR, «Historical Record», 13.

516. Macmillan, *War Diaries*, 354.

517. Clifford W. Dorman, «Too Soon for Heroes», mcngrf., s. f., 19th Combat Engineers, en posesión del autor, 67.

518. Farley Mowat, *And No Birds Sang*, 155.

519. Diario de guerra, 18 de septiembre de 1943, «Salerno Invasión», alto mando naval alemán, caja 649, 71.

520. Mavrogordato, «The Battle of Salerno», 36a.

521. Ronald Lewin, *Ultra Goes to War*, 340.

522. *StoC*, 144; *Molony V*, 325. Como viene siendo habitual, resulta difícil calcular el número preciso de bajas a partir de los informes; algunas versiones dan una cifra superior, pero normalmente correspondiente a un período más largo. La historia oficial de la Marina de Estados Unidos, por ejemplo, habla de 13.614 bajas de los Aliados, pero en este total incluye todas las bajas calculadas por la Marina hasta finales de 1943. *SSA*, 313.



523. *StoC*, 144.

524. D'Este, *World War II in the Mediterranean*, 110.

525. Molony V, 325, 382.

526. Conferencia, R. W. D. Woods, USN, 14 de septiembre de 1943, NARA RG 334, E 315, NWC Lib, ANSCOL.

527. Corr., J. F. M. Whiteley a J. N. Kennedy, 22 de septiembre de 1943, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC2 Sicilia, caja 247.

528. OH, Andrew J. Goodpaster, 17 de agosto de 2004, con el autor, Washington, D. C..

529. Nicolson, *Alex*, 163; DDE, «Memorandum for Personal File», 11 de junio de 1943, diario de Eisenhower, HCB, DDE Lib, A-472.

530. Berlin, 15.



531. Blumenson, *Mark Clark*, 282.

[532](#). Msg, DDE a GCM, 20 de septiembre de 1943, NARA RG 165, E 422, OPD Exec. Files, 390/38/2/4-5, caja 13.

533. Blair, 157.

534. Gráfico, aumento de las fuerzas aliadas en Italia, s. f., SM, caja 2.

535. Wagner, 58.

536. Paschal E. Kerwin, *Big Meno of the Little Navy*, 58.

537. Harr, 47, 55.

538. Biddle, 145.



539. O'Donnell, 168, Howard, *Captain Profesor*, 73.

540. Peckham y Zinder, eds., 66; Earl Mansee, 36th MP Co., s. f., página web de la Texas MFM, 36th ID Assoc., [www.kwanah.com/36Division/pstoc.htm](http://www.kwanah.com/36Division/pstoc.htm).

541. Whitlock, 90.

542. Herbert E. MacCombie, «Chaplains of the Thirty-sixth Division», mcngf., s. f., Texas MFM, 25.

1. George Biddle, *Artist at War*, 142.

2. Malcolm Munthe, *Sweet Is War*, 175.

3. Frank Gervasi, *The Violent Decade*, 499.

4. J. A. Ross, *Memoirs of an Army Surgeon*, 171; *Texas*, 267; John Lardner, «The Mayor of Futani», en *The New Yorker Book of War Pieces*, 266, 269.



5. John Steinbeck, *Once There Was a War*, 164.

6. Richard Tregaskis, *Invasion Diary*, 148.

7. Molony V, 343; Matthew B. Ridgway, *Soldier*, 88; Leon Weckstein, *Through My Eyes; Calculated*, 214.

8. AAR, Donald Downes a W. Donovan, actividades del OSS en la campaña de Nápoles, 19 de octubre de 1943, NARA RG 226, E 99, OSS History Office, caja 48; AAR, servicios secretos en Italia, s. f., NARA RG 226, E 99, OSS History Office, caja 39; Malcolm S. Malean, «Adventures in Occupied Areas», mcgrf., 1975, MHI, 92.

9. Donald Downes, *The Scarlet Thread*, 158.

10. MWC, «Salerno», *AB*, n.º 95, 1997, 1+.

11. James M. Gavin, *On to Berlin*, 73; Tregaskis, 149-152.

12. Msgs, MWC a H. Alexander, 1 de octubre de 1943, y MWC a Renie, 5 de octubre de 1943, diario, MWC, Citadel, caja 64.



13. George F. Botjer, *Sideshow War*, 61.

14. Peter Tompkins, *Italy Betrayed*, 260.

15. Memorando, John T. Whitaker, Psychological Warfare Branch, a MWC, «Attitude of People of Naples», 3 de octubre de 1943, MWC, Citadel, corr., caja 3; Robert Wallace, *The Italian Campaign*, 78.

16. Botjer, 61. Los servicios de contraespionaje aliados calcularon que el número de víctimas ascendía a doscientas veintisiete. «Counter Intelligence Corps, Information Bulletin n.º 4», s. f., «Theater Com-Z Activities, ASF, 1944-1945», CARL, N-5990; AAR, Downes a Donovan, 19 de octubre de 1943.

17. Diario, 19 de octubre de 1943, JMG, MHI, caja 10.

18. Downes, 158.

19. Robert Capa, *Slightly Out of Focus*, 102-103; Biddle, 152-157; George Biddle, *George Biddle's War Drawings*, 49.

20. *Naples with Pompeii and the Amalfi Coast*, 35.



21. C. R. S. Harris, *Allied Administration of Italy, 1943-1945*, 85.

22. Msg, V Ejército al CGFA, estimación de los daños en Nápoles, 13 de octubre de 1943, MWC, Citadel, caja 63.

23. *Building the Navy's Bases in World War II*, vol. 2, 88; «German Demolition Policy in Occupied Russia and Italy», 15 de junio de 1944, Warfare Intelligence Weekly del Ministerio de Economía, NARA RG 334, NWC Lib, ANSCOL, caja 467; Alfred Beck *et al.*, *The Corps of Engineers: The War Against Germany*, 168; Leo J. Meyer, «Strategy and Logistical History: MTO», mcngf., s. f., CMH, 2-3.7 CC5, XIX-11.

24. «Engineer History, Fifth Army, Mediterranean Theater», s. f., MHI, 69.

25. «History of the First Special Service Force», s. f., Robert T. Frederick Papers, HIA, caja 1, 52-53.

26. Tompkins, 276; SSA, 311.

27. Memorando, Mason Hammond y F. H. J. Maxse a F. J. McSherry, 5 de noviembre de 1943, «Report of AMGOT Divisions, up to Nov. 1, 1943», parte 3, Frank J. McSherry Papers, MHI; Downes, 159n; Lynn H. Nicholas, *The Rape of Europa*, 232.

28. Los ingenieros del ejército estadounidense estimaron que la mitad de los daños fueron provocados por el bombardeo aliado, y la otra mitad, por los alemanes. Beck, 167.



29. Tregaskis, 158; H. V. Morton, *A Traveller in Southern Italy*, 230; Homero, *Odisea*, trad. ing. de Robert Fagles, canto XII, verso 199.

30. Memorando, Paul Gardner, daños a centros culturales, Nápoles, 27 de octubre de 1943, y borrador de informe, MTOUSA IG, 20 de diciembre de 1943, ambos en NARA RG 492, MTOUSA, IG, 333.5, caja 2014; Gervasi, 499.

31. Paul W. Brown, *The Whorehouse of the World*, 216.

32. Meyer, «Strategy and Logistical History», xix-10; Joseph S. Gorkinski, «Naples: Case History in Invasion», *Military Engineer*, vol. 36, n.º 222 (abril de 1944), 109+.

33. *Battle*, 124; *Beck*, 168.

34. «Rehabilitation of the Port of Naples», mayo de 1944, NARA RG 336, ASF, Historical Program Files, jefe de transportes, 190/33/30/00, caja 559, 4-6.

35. «Logistical History of NATOUSA/MTOUSA, noviembre de 1945, NARA RG 407, E 427, AFHQ, 95-AL1-4, caja 203, 104.

36. HKH, «Action Report of the Salerno Landings, Sept.-Oct. 1943», 1945, CMH, 156-157.



37. Brown, 219; SSA, 311.

38. Conferencia, W. A. Sullivan, «Ship Salvage and Harbor Clearance», 1947, Society of Military Engineers, Cincinnati, en «World War II Histories and Historical Reports», n.º 445, NHC, 16.

39. Meyer, «Strategy and Logistical History», XIX-13.

40. HKH, «Action Report of the Salerno Landings, Sept.-Oct. 1943», 1945, CMH, 156-157; Gorlinski, «Naples», 109+.

41. *StoC*, 7; F. W. Deakin, *The Brutal Friendship*, 530.

42. Tompkins, 229.

43. David Hunt, *A Don at War*, 221.

44. E. F. Fisher, «Memo for the Record», 28 de marzo de 1973, del *Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht*, vol. III, zweiter Halbband, 1118-1133, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 006.



45. Richard Lamb, *War in Italy, 1943-1945*, 132-133; R. J. B. Bosworth, *Mussolini's Italy*, 504; Alex Bowlby, *Countdown to Cassino*, 7n; Lamb, 132-133.

46. Melton S. Davis, *Who Defends Rome?*, 466.

47. Lamb, 87, 88-89, 104.

48. Michael Burleigh, *The Third Reich*, 741-742.

49. Karl Theodor Koerner, «Rail Transportation Problems in Italy», abril de 1947, FMS, n.º D-010, MHI, 8.

50. Albert Praun, «German Radio Intelligence», marzo de 1950, FMS, n.º P-038, CMH, 68; John Winton, *Cunningham*, 329.

51. Hunt, 230-231.

52. Jack Greebe y Alessandro Massignani, *The Naval War in the Mediterranean*, 307; *Nazi Conspiracy and Agresion*, vol. 7, NARA RG 319, OCMH, caja 248, 931.



53. «Ander the German Yoke», mcngrf., s. f., US Army Corps of Engineers, Historical Division, X-39, 1.

54. S. W. Roskill, *The War at Sea, 1939-1945*, 188; SSA, 304-308.

55. «Military Campaigns and Political Events in Italy, 1942-1943», enero de 1946, WD, Strategic Services Unit, A-63366, CMH, Geog Files, Italia, 370.22, 34-35; Elizabeth Wiskermann, *The Rome-Berlin Axis*, 311; Otto Skorzeny, *Skorzeny's Secret Missions*, 57-58; Gerald Pawle, *The War and Colonel Warden*, 249-260.

56. «The Rescue of Mussolini», *AB*, n.º 22, 1978, 12+.

57. Bruton F. Hood, «The Gran Sasso Raid», *MR*, febrero de 1959, 55+; Denis Mack Smith, *Mussolini*, 300.

58. Benito Mussolini, *My Rise and Fall*, 137.

59. Peter Neville, *Mussolini*, 177.

60. O. Skorzeny y K. Radl, «The Rescue of Mussolini», s. f., traducción de los servicios de inteligencia n.º H-7563, DA, 72-93.



61. John Toland, *Adolf Hitler*, 754.

62. «Military Campaigns», 47.

63. Skorzeny, 98-99.

64. «How Strong Is the Enemy Today?», 1944, OSS film, NARA RG 111, M2997.

65. *StoC*, 539; Louis P. Lochner, ed., *The Goebbels Diaries*, 468-469.

66. Martin Gilbert, *The Second World War*, 462.

67. Clark, «Salerno», 1.

68. «History of the Peninsular Base Section», 1944, CMH, 8-4 HA 1, vol. 2.



69. Robert H. Welker, *A Different Drummer*, 208-209.

70. Clay Blair, *Ridgway's Paratroopers*, 164; Welker, 212-214.

71. «Engineer History, Fifth Army», 35; Blair, 164.

72. *Calculated*, 218; OH, Louis Vendar, 82.<sup>a</sup> División Aerotransportada, 17 de septiembre de 2002, VHP.

73. Ross S. Carter, *Those Devils in Baggy Pants*, 55.

74. MWC a Renie, 10 de octubre de 1943, MWC, Citadel; memorando, «Security of Material Bombs Explosion in Naples», s. f., 158th Bomb Disposal, NARA RG 331, AFHQ micro., R 367-F, caja 216.

75. Norman Lewis, *Naples '44*, 40; «History of the Peninsular Base Section», vol. 2; «Engineers in the Italian Campaign, 1943-1945», s. f., UK, MHI Lib, 21.

76. Harry L. Coles, «The Army Air Forces in Amphibious Landings in World War II», 1953, USAF Historical Division, n.º 96, 34.



77. Memorando, J. G. Barney a PWB, V Ejército, 3 de noviembre de 1943, C. D. Jackson Papers, DDE Lib, caja 1; Margaret Bourke-White, *Purple Heart Valley*, 29; Lewis, 43; Malcolm Muggeridge, *The Infernal Grove*, 229.

78. Harry L. Coles y Albert K. Weinberg, *Civil Affaire: Soldiers Become Governors*, 316; Lewis, 31, 61; «History of the Peninsular Base Section», vol. 2; Biddle, 160; Robert L. Wagner, *The Texas Army*, 58; William J. Diamond, «Water Is Life», *Military Engineer*, agosto de 1947, 330+. Sullivan, «Ship Salvage and Harbor Clearance», 19.

79. Harris, 88; George C. S. Benson y Maurice Neufeld, «American Military Government in Italy», en Carl J. Friedrich, ed., *American Experiences in Military Government in World War II*, 137-140.

80. Gervasi, 501; Lewis, 84.

81. «History of the Peninsular Base Section», vol. 2; Gorkinski, «Naples: Case History in Invasion», 109.

82. Vizconde Cunningham of Hyndhope, *A Sailor's Odyssey*, 572.

83. Lida Mayo, *The Ordnance Department: On Beachhead and Battlefield*, 187; H. H. Dunham, «US Army Transportation and the Italian Campaign», mcngrf., septiembre de 1945, mono n.º 17, NARA RG 336, ASF, Historical Program Files, jefe de transportes, caja 142, 60.

84. Opúsculo, 6th Port Bn, Walter J. Muller Papers, HIA, caja 2.



85. McLean, «Adventures in Occupied Areas», 92.

86. OH, Frank Schultz, abril de 2002, marzo de 2006, con el autor, Washington, D. C.

87. Lewis, 51-52.

88. Carter, 53.

89. Warren P. Munsell, Jr., *The Story of a Regiment*, 40n.

90. Mina Curtiss, ed., *Letters Home*, 93; Anders Kjar Arnbal, *The Barrel-Land Dance Hall Rangers*, 164.

91. «Second Orientation Conference at Fifth Army Headquarters», 15 de noviembre de 1943, AGF informe del observador, n.º 77, NARA RG 337, E 15.<sup>a</sup>, caja 53.

92. John F. Hummer, *An Infantryman's Journal*, 37, 44; diario, William Russell Hinckley, 6 de octubre de 1943, en posesión del autor.



93. Memorando, Paul Gardner a W. W. Pence, 19 de noviembre de 1943, NARA RG 492, MTOUSA IG, caja 2014.

94. Nicholas, 233.

95. Memorandos, portero del Palazzo Reale, 26 de noviembre y 5 de diciembre de 1943, en informes, IG Investigation, 20 de diciembre de 1943, NARA RG 492, MTOUSA IG, caja 2014; T. Moffatt Burriss, *Strike and Hold*, 57, 61.

96. Mary A. Williams, ed., *Chronology, 1941-1945, USAWWII*, 138.

97. Gerhard L. Weinberg, *A World at Arms*, 616-617, 636, 643.

98. Gilbert, 455, 462-464.

99. JPL, 165, 167.

100. Strome Galloway, *A Regiment at War*, 103; Chandler, vol. 3, 1485.



101. Russell B. Capella, *Casablanca to the Neckar*, 21.

102. Ralph Bennett, *Ultra and the Mediterranean Strategy*, 252.

103. Gilbert, 455.

104. Robert Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, 764.

105. *From the Volturno to the Winter Line*, 53.

106. Audie Murphy, *To Hell and Back*, 31; John A. Elterich, «Patrol Actions Prior to and During the Operation of the 2nd Battalion, 7th Infantry Regiment», 1948, IS, 11; Tregaskis, 169-172.

107. OH, Robert Petherick, s. f., CMH, Geog Files, Italia, 370.24; Orrin A. Tracy, «The Operations of the 7th Infantry, Volturno River Crossing», 1946, IS, 14, 19; Barry W. Fowle, ed., *Builders and Fighters*, 425-427; *CM*, 268-269.

108. LKT Jr. a Sarah, 1, 30 de septiembre de 1943, LKT Jr., GCM Lib, caja 1, carpeta 6.



109. *StoC*, 197-198.

110. «Lessons from the Italian Campaign», 10 de marzo de 1944, HQ, NATOUSA, CMH, Geog Files, Italia, 353, 41.

111. Chester G. Starr, ed., *From Salerno to the Alps*, 45-46; memorias, Aidan Mark Sprot, mcngf., 1947, LHC, 93.

112. «Invasion of Italian Mainland, Summary of Operations Carried Out by British Troops Under Command 5 U. S. Army», s. f., CMH, 370.2, 15-16.

113. *CM*, 271; Moorehead, *Eclipse*, 62.

114. Diarios de asistente, 13 de octubre de 1943, LKT Jr., GCM Lib, caja 18, carpeta 3; AAR, «Report on Crossing of the River Volturno», 36.º Regimiento de Ingenieros, 5 de noviembre de 1943, JPL, MHI, caja 11.

155. Hill Lang, «Lucian King Truscott, Jr.», *Life*, 2 de octubre de 1944, 96+.

116. *From the Volturno to the Winter Line*, 31; Beck *et al.*, 176; AAR, H. K. Koberstein, 10th Engineer Bn, «Engineer Phase on the Crossing of the Volturno River», 3 de noviembre de 1943; «Invasion of Italian Mainland, Summary of Operations Carried Out by British Troops», 36; Leslie W. Bailey, *Through Hell and High Water*, 131; Edmund F. Ball, *Staff Officer with the Fifth Army*, 232.



117. LKT Jr. a Sarah, 14 y 22 de octubre de 1943, LKT Jr., GCM Lib, caja 1, carpeta 6.

118. Albert Kesselring *et al.*, «German Version of the History of the Italian Campaign», CARL, N-16671.1-3, 36.

119. Kenneth S. Davis, *Soldier of Democracy*, 450.

120. «Narrative: Operations Against Italy», 20 de octubre de 1943, Arthur S. Nevins Papers, MHI.

121. «Second Orientation Conference at Fifth Army Headquarters».

[122](#). Diario, MWC, 1 de noviembre de 1943, Citadel, caja 64.

123. «Engineer History, Fifth Army», 7, 10.

124. Fowle, ed.



125. Beck, 178.

126. «Engineer History, Fifth Army», 77 .

127. *CM*, 263.

128. Ralph G. Martin, *The G. I. War, 1941-1945*, 105.

129. «Engineers in the Italian Campaign, 1943-1945», 23.

130. Beck *et al.*, 175.

131. Don Robinson, *News of the 45th*, 149.

132. Frank Henius, *Italian Sentence Book for the Soldier*, 1943.



133. Ronald Blythe, ed., *Private Words*, 4.

134. Memorias, Henry Gardiner, mcngf., s. f., USMA Arch 181.

135. Lawrence D. Collins, *The 56th Evac Hospital*, 94, 121.

136. *Battle*, 122.

137. Peter Schrijvers, *The Crash of Ruin*, 247.

138. Martin, 105.

139. Albert F. Simpson, «Air Phase of the Italian Campaign to 1 January 1944», junio de 1946, AAFRH, n.º 115, CMH, 351n.

140. John North, ed., *The Alexander Memoirs, 1940-1945*, 117.



141. Don Woerpel, *A Hostile Sky*, 140.

142. OH, Andrew J. Goospaster, 17 de agosto de 2004, con el autor, Washington, D. C.; *From Pachano to Ortona*, Canadian Army at War, CARL, N-14352, 104.

143. «German Tactics in Italy, n.º 1, Salerno to Anzio», 28 de mayo de 1944, AFHQ, G-2, CMH, Geog Files, 11-12; John H. Roush, ed., *World War II Reminiscences*, 60-61.

144. «Second Orientation Conference at Fifth Army Headquarters».

145. Informe, AGF Board, 5 de diciembre de 1943, NARA RG 407, E 427, NATOUSA, 95-USF1-2.0; Frank Gervasi, «Battle at Cassino», *Collier's*, 18 de marzo de 1944, 20+.

146. Gerald Linderman, *The World Within War*, 117.

147. Charles F. Marshall, *A Rambla Through My War*, 19; Beck *et al.*, 181; G-2 Periodic n.º 28, II Cuerpo, 9 de agosto de 1943, Benjamin A. Dickson Papers, MHI, caja 4; informe, AGF Board 5 de diciembre de 1943, NARA RG 407, E 427, NATOUSA, 95-USF1-2.0.

148. Klaus H. Huebner, *A Combat Doctor's Diary*, 73.



149. OH, Richard A. Williams, 25 de enero de 2003, con el autor.

150. Hill Mauldin, *The Brass Ring*, 200; James Phinney Baxter III, *Scientists Against Time*, 101-102; Fowle, ed., 164-168; Beck *et al.*, 183; Erna Risch y Chester L. Kieffer, *The Quartermaster Corps: Organization, Supply, and Services*, vol. 2, 331.

151. Kent Roberts Greenfield, ed., *Command Decisions*, 235.

152. Walter Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters, 1939-1945*, 385-386; David Irving, *The Trail of the Fox*, 309-310.

153. Molony V, 381-382; Rudolf Böhmler, *Monte Cassino*, 67-68.

154. H. Alexander, «The Allied Armies in Italy», CMH, II-7; opúsculo, «Ciociaria: A Land to Experience», s. f., Regione Lazio, 33.

155. Memorando, A. Kesselring, 1 de noviembre de 1943, A. G. Steiger, «The Campaign in Southern Italy», noviembre de 1947, Canadian Army Hq, Ottawa, apéndice L.

156. Wallace, 101.



157. Böhmer, 71; Basil Liddell Hart, ed., *The Rommel Papers*, 445-447.

158. Kenneth Mackesey, *Kesselring: The Making of the Luftwaffe*, 186.

159. Thomas R. Brooks, *The War North of Rome*, 28.

160. Liddell Hart, ed., 447.

161. Greenfield, ed., 242.

162. Irving, 311-314.

163. Ralph Bennett, *Ultra and the Mediterranean Strategy*, 251-253; F. H. Hinsley *et al.*, *British Intelligence in the Second World War*, 173-174.

164. GS V, 69.



165. Molony V, 474n.

166. *StoC*, 219-220. Las fuerzas alemanas en Italia pronto alcanzarían las veinticinco divisiones.

167. «Review of Battle Situation in Italy, 21 October 1943», en H. Alexander, «The Allied Armies in Italy», CMH, II-50, II-13.

168. Chandler, vol. 3, 1529.

169. *StoC*, 185-187; Winston Churchill, *Closing the Ring*, 247.

170. Molony V, 473; *StoC*, 187.

171. W. G. F. Jackson, *Alexander of Tunis as Military Commander*, 248.

172. Gervasi, 518.



173. Lord Tender, *UIT Prejudice*, 488.

174. Jackson, 253; corr., B. L. Montgomery a A. F. Harding, 31 de octubre de 1943, Bernard L. Montgomery Collections, IWM, Ancillary Collections 14, expediente 3.

175. JJT, XIII, 12.

176. Memorando, LKT Jr. a MWC YCG, NATOUSA, 17 de diciembre de 1943, NARA RG 407, E 427, NATOUSA, 95-USF1-2.0.

177. JJT, X-1, 5; Biddle, 169, 172.

178. Gervasi, 513; «Lessons from the Italian Campaign», 10 de marzo de 1944, NARA RG 407, E 427, 95-USF1-04, caja 250, 10.

179. Alice Leccese Powers, *Italy in Mind*, 64.

180. McLean, «Adventures in Occupied Areas», 65.



181. Biddle, 187, 204.

182. *StoC*, 210, 218; Lewis, 161.

183. Marshall, 20.

184. *George Biddle's War Drawings, 2.*

185. Biddle, *Artist at War*, 166-167, 204, 219.

186. Bown, 337.

187. Rally, la Chica del Eje, era una locutora de radio norteamericana de nacimiento que trabajaba en Radio Berlín y hacía programas dedicados a minar la moral de las tropas aliadas. (*N. del t.*)

188. Lloyd M. Wells, *From Anzio to the Alps*, 35.



189. George Biddle, «Report from the Italian Front», *Life*, vol. 16, n.º 1 (3 de enero de 1944), 13+; *George Biddle's War Drawings*, 2.

190. Biddle, *Artist at War*, 176.

191. JJT, X-6, 17; Biddle, *Artist at War*, 194-195.

192. *George Biddle's War Drawings*, 3; corr., LKT Jr. a DDE, 24 de noviembre de 1943, LKT Jr., GCM Lib, caja 11, carpeta 11.

193. Richard Doherty, *A Noble Crusade*, 169.

194. «Lessons from the Italian Campaign», marzo de 1944, HQ, NATOUSA, DTL, Ft. B, 113.

195. [Ibíd.](#), p. 48.

196. Armball, 161.



197. *CM*, 276.

198. Bourke-White, 142.

199. Biddle, *Artist at War*, 197, 207, 212-213.

200. [Ibidem](#), 228-230.

201. Ibidem, 216-220.

202. Biddle, «Repport from the Italian Front», 13+; *CM*, 289.

203. Biddle, *Artist at War*, 233.

204. [Ibidem](#), p. 117.



205. JJT, X-22.

206. *Fifth Army at the Winter Line*, 8.

207. *StoC*, 231-232.

208. Bowlby, 58.

209. *The Grenadier Guards, 1939-1945*, 31.

210. Michael Howard y John Sparrow, *The Coldstream Guards, 1920-1946*, 167, 170.

[211](#). David Erskin, *The Scots Guards, 1919-1955*, Molony V, 453.

212. *CM*, 284.



213. Murphy, 50.

[214](#). Memorando, LKT Jr. a MWC y CG, NATOUSA, 17 de diciembre de 1943, NARA RG 407, NATOUSA, 95-USF1-2.0.

215. «Statistical Survey for the Italian Campaign, Sept. 17-Nov. 19, 1943», 3rd ID, CARL, N-12185.

216. Meter R. Mansoor, *The GI Offensive in Europe*, 116.

217. Corr., LKT Jr., a W. B. Smith, 1 de diciembre de 1943, LKT Jr., GCM Lib, caja 11, carpeta 11.

218. LKT Jr, a Sarah, 10 y 25 de noviembre y 5 de diciembre de 1943, LKT Jr., GCM Lib, caja 1, carpeta 6.

[219](#). Diarios del auxiliar, 10 de noviembre de 1943, LKT Jr., GCM Lib, caja 18, carpeta 3.

220. Pyle, 68, 73, 78, 97; Collins, 127-128.



221. McLean, «Adventures in Occupied Areas», 68.

222. Spike Milligan, *Mussolini: His Part in My Downfall*, 37, 105, 85.

223. Munsell, 37.

224. Milligan, 186.

225. Lee G. Miller, *The Story of Ernie Pyle*, 294.

226. McLean, «Adventures in Occupied Areas», 67.

227. Farley Mowat, *The Regiment*, 179.

228. Wells, 61.



229. Tregaskis, 181.

230. George Kerrigan, «A Night at the Opera», mcgrf., s. f., Co. A, 142nd Inf, Texas MFM.

[231](#). *The Princeton Class of 1942 During World War II*, 278.

232. Diario, MWC, 11 de noviembre de 1943, Citadel, caja 64; Tregaskis, 193.

233. Diario, MWC, 4 de noviembre de 1943, Citadel, caja 64.

234. Starr, ed., 77.

235. «Second Orientation Conference at Fifth Army Headquarters».

236. Diario, MWC, 23 de noviembre de 1943, Citadel, caja 64.



237. *StoC*, 226; Christopher Buckley, *Road to Rome*, 119.

238. Diario, MWC, 5 de noviembre de 1943, Citadel, caja 64; OH, Robert J. Word, 4 y 5 de marzo de 1948, SM, MHI.

[239](#). Corr., MWC a John Meade, 22 de septiembre de 1955, SM, MHI.

240. Starr, ed., 56, 60.

241. Del mismo modo que la única división acorazada estadounidense que combatió en el desierto había sido la única que no había recibido adiestramiento en el desierto, también la 34.<sup>a</sup> y la 36.<sup>a</sup> divisiones habían recibido poco adiestramiento en el combate en la montaña: «Lessons Learned in the Battle from the Garigliano to North of Rome», 15 de julio de 1944, Fifth Army, notas de entrenamiento n.º 12, DTL, Ft. B, 8.

242. Molony V, 389; Will Lang, cuaderno de notas, s. f., USMA Arch.

243. OH, Ralph Tate, Fifth Army G-4, 19 de enero de 1949, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 005; «History of Planning Division, Army Service Forces», s. f., CMH, 3-2.2 AA, vol. 1, 93.

244. Charles S. D'Orsa, «The Trials and Tribulations of an Army G4», *MR*, vol. 25, n.º 4, julio de 1945, 23+; «The ASF in World War II», mcngf., s. f., CMH, 3-1.1 AA, vol. 4, 27.



[245](#). Memorando, N. P. Morrow a L. J. McNair, 28 de enero de 1944, AGF Borrada, NARA RG 407, E 427, 270/50/29.

246. Diana Butler, «The British Soldier in Italy, Sept. 1943-June 1944», mcgrf., s. f., Cabinet Office, Historical Section, UK NA, CAB 101/224, 1, 5.

247. Bowlby, 174.

248. Diario, MWC, 16 de noviembre de 1943, Citadel, caja 64.

249. JPL, 237-239.

250. Böhmler, 89; Bowlby, 73.

251. *StoC*, 214.

252. G. R. Stevens, *Forth Indian Division*, 272.



253. Memorando, 3rd ID G-2 to VI Corps, 7 de octubre de 1943, documentos confiscados, NARA RG 407, 206-2.9.

254. *StoC*, 251.

255. Diario, MWC, 13 de noviembre de 1943, Citadel, caja 64.

256. Tregaskis, 159.

257. JPL, 195.

258. «Log of the President's Trip to Africa and the Middle East», Stephen T. Early Papers, FDR Lib, caja 37.

259. Elliott Roosevelt, *As He Saw It*, 133; Chandler, vol. 3, 1590 (CARGO).

260. OH, Lyman Lemnitzer, 16 de enero de 1948, SM, MHI.



261. Msg, jefes del Estado Mayor británico al Estado Mayor Conjunto de la Misión, 4 de noviembre de 1943, NARA RG 165, E 422, OPD Executive Files, 390/38/2/4-5, caja 18.

262. Coakley, 231.

[263](#). Chandler, vol. 3, 1555.

264. *Three Years*, 424; diario de Eisenhower, HCB, DDE Lib, A884, A-869.

[265](#). Chandler, vol. 3, 1529.

[266](#). Chandler, vol. 3, 1553.

267. Ibidem, 1504, 1535, 1611; *Three Years*, 423-424, 438.

268. Merle Miller, *Ike the Soldier*, 565.



269. Dwight D. Eisenhower, *Letters to Mamie*, 151.

270. Dwight D. Eisenhower, *Crusade in Europe*, 209.

271. Roosevelt, 133.

272. Kay Summersby, *Eisenhower Was My Boss*, 86.

273. Doris Kearns Goodwin, *No Ordinary Times*, 473.

274. Charles F. Pick, Jr., «Torpedo on the Starboard Beam», *Proceedings*, agosto de 1970, 90+; diario de guerra, U. S. S. *Iowa*, noviembre de 1943, NARA RG 38; diario de guerra, U. S. S. *William D. Porter*, noviembre de 1943, NARA RG 38; cuaderno de bitácora de cubierta, U. S. S. *Iowa*, noviembre de 1943, NARA RG 24; cuaderno de bitácora de cubierta, U. S. S. *William D. Porter*, noviembre de 1943, NARA RG 24.

275. Ernest J. King y Walter Muir Whitehall, *Fleet Admiral King*, 500-501; Sherwood, 768; William D. Leahy, *I Was There*, 196; Forrest C. Pogue, *George C. Marshall: Organizer of Victory*, 301.

276. H. H. Arnold, *Global Mision*, 455; el *Porter* sería hundido por un kamikaze en junio de 1945.



277. Roosevelt, 133.

278. Eisenhower, *Crusade*, 196; Summersby, 93-94.

279. «Log of the President's Trip to Africa and the Middle East»; Piers Brendon, *Ike: His Life and Times*, 124; Robert D. Kaplan, *Mediterranean Winter*, 81.

280. [http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Plutarch/Lives/Cato\\_Minor\\*.html](http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Plutarch/Lives/Cato_Minor*.html).

281. Eisenhower, *Crusade*, 209.

282. Leahy, 198; diario de Eisenhower, HCB, DDE Lib, A-907; *Three Years*, 446.

283. Roosevelt, 137.

284. Eisenhower, *Crusade*, 197.



285. Eisenhower, *Letters to Mamie*, 157-158.

286. L. V. Bertarelli, *Southern Italy*, 385.

287. Kart Baedeker, *Southern Italy and Sicily*, 209.

288. [Ibídem](#), p. 110-112.

289. Morton, 99-100.

290. Evelyn Waugh, *The End of the Battle*, 219; Karen Margry, «Mustard Disaster at Bari», *AB*, n.º 79 (1995), 34+.

[291](#). I. G. Greenlees, «Memoirs of an Anglo-Italian», mcngf., s. f., IWM, 89/1/1, 174, 179.

[292](#). Buckley, 216.



293. John Muirhead, *Those Who Fall*, 31-32.

294. «Engineers in the Italian Campaign, 1943-1945», 20, 79.

295. George Southern, *Poisonous Inferno*, 26.

296. Simpson, «Air Phase», 251; *StoC*, 239; Andrew Brookes, *Air War Over Italy, 1943-1945*, 38; *AAFinWWII*, 564-567; James H. Doolittle, *I Could Never Be So Lucky Again*, 367-368; Mark M. Boatner III, *The Biographical Dictionary of World War II*, 139.

297. Simpson, «Air Phase», 226, 365n; Brookes, 21, 38, 46; Vincent Orange, *Coningham*, 175.

298. Orange, 175.

299. «Manifest of *John Harvey*», en «Report on the Circumstances in Which Gas Casualties Were Incurred at Bari», 14 de marzo de 1944, NARA RG 492, MTO, sección de guerra química, 350.01, caja 1747.

300. Actas, junta de oficiales, 28 de junio de 1944, «Adequacy of Protective Measures at Bari», NARA RG 331, AFHQ microfilm, 290/24/28/3, caja 187, R-87.



301. Brooks E. Kleber y Dale Birdsell, *The Chemical Warfare Service: Chemicals in Combat*, 108, 122; «Planning Instruction n.º 9», 23 de marzo de 1943, «Operating Instructions Husky», NARA RG 407, E 427, 95AL1-3.17, caja 201; memorando, DDE, «Chemical Warfare Policy», 20 de abril de 1943, NARA RG 492, MTO, 321.011, caja 1744; memorando, documento de consulta restringida, DDE a GCM, 21 de agosto de 1943, NARA RG 319, OCMH, 270/19/6/3, caja 244; memorando, J. Devers a DDE, s. f., NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC2 Sicilia, caja 247; memorando, «Former Naval Person to the President», n.º 405, 5 de agosto de 1943, NARA RG 319, OCMH 2-3.7 CC2 Sicilia, caja 249.

[302](#). Informes de los prisioneros de guerra, NARA RG 492, MTO, sección de guerra química, 350.09.

303. C. Reining, «IPW Report n.º 9», 8 de noviembre de 1943, Fifth Army HQ, NARA RG 492, MTO, sección de guerra química, 350.09.

304. G-2 Report n.º 35, 11 de octubre de 1943, Fifth Army HQ, NARA RG 492, MTO, sección de guerra química, 350.052, «CW Intel Miscl».

305. «Enemy Capabilities for Chemical Warfare», Military Intelligence Service, WD, NARA RG 534, NWC Lib, caja 602.

306. Kleber y Birdsell, 3-5, 122.

307. James W. Hammond, Jr., *Poison Gas: The Myth Versus Reality*, 16-17, 36.

308. Glenn B. Infield, *Disaster at Bari*, 14-16.



309. «Observations in the European Theater Including Landing Operation at Salerno», 25 de octubre de 1943, HQ, USMC, NARA RG 334, NWC Lib, MC OR, caja 556.

310. Owen C. Bolstad, *Dear Folks*, 177. Las investigaciones realizadas posteriormente descubrieron pocas ganas por parte de los alemanes de emprender una nueva guerra química contra las fuerzas aliadas.

311. «Implementation of Theater Plans. For Gas Warfare», 18 de agosto de 1943, WD; y también, memorandos y borradores de memorandos con fecha 30 de agosto y 7 de septiembre de 1943, 12 de enero, 14 de febrero, 11 de marzo, y 15 de julio de 1944; memorando, «Report by Assistant Chief of U. S. Chemical Warfare Service», 27 de octubre de 1943, todos ellos en NARA RG 492, MTO, sección de guerra química, 381, caja 1706; Margry, «Mustard Disaster at Bari», 34.

312. Kenyon Joyce, «Italy», mcgrf., s. f., Kenyon Joyce Papers, MHI, 332; «Report on the Circumstances», etc.

313. Infield, 14-16.

314. Margry, «Mustard Disaster at Bari», 34; Infield, 93, 118.

315. Southern, 61, 130.

316. H. V. Morton, *A Traveller in Southern Italy*, 99.



317. Gerald Reminick, *Nightmare in Bari*, 95.

318. C. L. Grant, «AAF Air Defense Activities in the Mediterranean», s. f., USAF Historical Study, n.º 66, 107-108; Edward B. Westermann, *Flak*, 21; «Report on the Operation of Radar in Operation Avalanche», 31 de diciembre de 1943, AFHRA, 626.430-1; [http://www.rafmuseum.org.uk/milestones-of-flight/british\\_military/1943\\_4.html](http://www.rafmuseum.org.uk/milestones-of-flight/british_military/1943_4.html).

319. Southern, 130-134.

320. Arnold, 475; Infield, 31; Hinsley *et al.*, 184.

321. Eric Niderost, «Bari: The Second Pearl Harbor», *World War II Magazine*, <http://historynet.com/wwii/blluftwaffeadriatic/index1.html>; memorando, general en jefe de las fuerzas aéreas a AFHQ, 23 de diciembre de 1943, «Report on Adequacy of Protective Measures at Bari», NARA RG 331, AFHQ microfilm, R-87, caja 197.

322. Justin F. Gleichauf, *Unsung Sailors: The Naval Armed Guards in World War II*, 295-296.

[323](#). Informe de acción, Murdoch Walker, *Lyman Abbott*, a CNO, 10 de marzo de 1944, NARA RG 38, OCNO, Naval Transportation Service, Armed Guard files, 370/12/31/4, caja 437.

324. Infield, 93, 117, 122.



325. «Report on the Circumstances etc.», «History of the Naval Armed Guard Afloat», s. f., *U. S. Naval Administration in World War II*, NHC, Command File, World War II, 166-168.

326. [Ibíd.](#)

327. Infield, 55-56, 66, 141-142; msg, Alfred Bergman a su supervisor, U. S. Merchant Marine Cadet Corps, «S *John Bascom*, loss of», 23 de febrero de 1944, SEM, NHC, caja 58; Southern, 7; diario, L. Stevenson, IWM, P100.

328. Msg, Robert Donnelly a su supervisor, U. S. Merchant Marine Cadet Corps, «SS *Samuel J. Tilden* – loss of», 2 de febrero de 1944, SEM, NHC, caja 58.

329. «History of the Naval Armed Guard Afloat», 166-168; Southern, 36.

330. Southern 49, 53, 62-66.

[331](#). Actas, comisión de investigación, ataque de Bari, 28 de junio de 1944, NARA RG 331, AFHQ microfilm, R-87, caja 197.

332. Gregory Blaxland, *Alexander's Generals*, 13; Walter Karig, *Battle Report: The Atlantic War*, 277.



333. Margry, «Mustard Disaster at Bari», 34.

334. Southern, 124.

335. [Ibídem](#), 44-45.

366. Infield, 62-65; Will Lang, cuaderno de notas n.º 9, «Bari Raid», USMA Arch.

337. «Report on Adequacy of Protective Measures at Bari», Karig, 277.

338. Infield, 86.

339. «Report on the Circumstances, etc.» .

340. D. M. Saunders, «The Bari Incident», *Proceedings*, vol. 93, n.º 9, septiembre de 1967, 35+.



341. Southern, 52, 91.

342. Stewart F. Alexander, «Final Report of Bari Mustard Casualties», 20 de junio de 1944, AFHQ, oficina del cirujano, NARA RG 492, 704, caja 1757.

343. Memorando, H. Gluck, «Ophthalmic Casualties Resulting from Air Raid on Bari», 98th General Hospital, 14 de diciembre de 1943, NARA RG 331, AFHQ microfilm, 290/24/27/2-4, R235-D.

344. Corr., Stewart F. Alexander a William D. Fleming, 26 de diciembre de 1943, NARA RG 112, MTO Surgeon General, 390/17/8/2-3, 319.1, caja 6.

345. Reminick, 115.

346. «Report on the Circumstances», etc.

347. «Notes on Meeting Held at HQ 2 District, at 1415 Hours», en «Report on the Circumstances», etc.

348. Apéndice G, «Medical Report», en «Report on the Circumstances», etc.; Southern, 89.



349. Alexander, «Final Report».

350. Memorando, «Casualties, Air Raid, Bari», 8 de diciembre de 1943, NARA RG 331, AFHQ microfilm, 290/24/27/2-4, R 235-D.

351. Gluck, «Ophthalmic Casualties».

352. Saunders, «The Bari Incident», 35.

353. Memorando, «Toxic: Gas Burns Sustained in the Bari Harbor Catastrophe», 27 de diciembre de 1943, NATOUSA, oficial a la autoridad médica, NARA RG 112, MTO Surgeon General, 390/17/8/2-3, 319.1, caja 6.

354. Nunca se dieron cifras exactas de bajas. Margry, «Mustard Disaster at Bari», 34; Infield, 177; Alexander, «Final Report».

355. Southern, 48, 125-126, 145.

356. Memorando, «Casualties, Air Raid, Bari».



357. George S. Bergh y Reuben F. Erickson, eds., «A History of the Twenty-sixth General Hospital», 132.

358. Infield, 208.

359. Corr., J. F. M. Whitley a J. N. Kennedy, 21 de diciembre de 1943, UK NA, WO 204/307.

360. Eisenhower, *Crusade*, 204; Infield, 207.

361. Saunders, «The Bari Incident»; Orange, 176; Reminick, 169; L. S. Goodman *et al.*, «Nitrogen Mustard Therapy», *Journal of the American Medical Association*, 21 de septiembre de 1946, 126+; John H. Lienhard. «Engines of Our Ingenuity», n.º 1190, «Mustard Gas», University of Houston, <http://www.uh.edu/engines/epi1190.htm>; Rebecca Holland, «Mustard Gas», Bristol University, <http://www.chm.bris.ac.uk/motm/mustard/mustard.htm>; [http://en.wikipedia.org/wiki/History\\_of\\_cancer\\_chemotherapy#The\\_first\\_efforts\\_281940.E2.80.931950.29](http://en.wikipedia.org/wiki/History_of_cancer_chemotherapy#The_first_efforts_281940.E2.80.931950.29).

362. Bergh y Erickson, eds., «A History of the Twenty-sixth General Hospital», 132.

363. Infield, 253; *AAFinWWII*, 587.

364. Infield, 207; Franz Kurowski, *The History of the Fallschirmpanzerkorps Hermann Göring*, 213-217.



1. Maurizio Zambardi, *San Pietro Inflow*, 7, 11, 15, 17; visitas del autor, septiembre de 1995, mayo de 2004; OH, Maurizio Zambardi, 5 de mayo de 2004, con el autor.

2. Maurizio Zambardi, *Memorie di guerra*, 22-30, 33, 42; Alex Bowlby, *Countdown to Cassino*, 83.

3. A. G. Steiger, «The Campaign in Southern Italy», noviembre de 1947, Canadian Army Headquarters, Historical Section, n.º 18, 41.

4. Bowlby, 51-52, 78, 84-85.

5. Franz Kurowski, *Battleground Italy, 1943-1945*, 68-69.

6. Zambardi, *Memorie di guerra*, 34-39, 54-55; OH, Zambardi, 5 de mayo de 2004; Bowlby, 83-84.

7. *CM*, 286.

8. Diario, MWC, 6 de noviembre de 1943, Citadel, caja 64.



9. *Fifth Army at the Winter Line, 17.*

10. Las cifras alemanas indicaban que el X Ejército disponía de ciento cuarenta y dos mil soldados repartidos en doce divisiones a fecha 1 de diciembre de 1943. *StoC*, 246-247, 269.

11. OH, H. Alexander, 10-15 de enero de 1949, SM, CMH, II-3; *StoC*, 265, 270.

12. «Lessons from the Italian Campaign», marzo de 1944, HQ, NATOUSA, DTL. Ft. B, 100; Robert H. Adleman y George Walton, *The Devil's Brigade*, 123-124.

13. *Fifth Army at the Winter Line*, 23; Molony V, 517.

14. Vincent M. Lockhart, mcgrf., s. f., 36th ID Assoc, Texas MFM, [www.kwanah.com/36Division/pstoc.htm](http://www.kwanah.com/36Division/pstoc.htm); Geoffrey Perret, *There's a War to Be Won*, 179.

15. Charles F. Marshall, *A Ramble Through My War*, 88.

16. «Special List of Clothing and Equipment», 24 de septiembre de 1943, Robert D. Burhans Papers, HIA, caja 3.



17. OH, Paul D. Adams, 1975, Irving Monclova y Marlin Lang, SOOHP, MHI.

18. Notas mss, s. f., Robert T. Frederick papers, HIA, caja 8.

19. Obituario, Robert T. Frederick, *Assembly*, primavera de 1972, 106.

20. Perret, 179.

[21](#). Corr., 20 de octubre de 1943, Robert T. Frederick Papers, HIA, caja 1.

22. OH, Robert T. Frederick, 7 de enero de 1949, SM, MHI.

23. OH, D. M. «Fat» O'Neil, s. f., Robert H. Adleman Papers, HIA, caja 10.

24. Adleman y Walton, 129.



25. Bowlby, 113.

26. Joseph A. Springer, *Black Devil Brigade*, 86.

27. Robert D. Burhans, *The First Special Service Force*, 107.

28. Burhans, 107, 112.

29. Springer, 100-102.

30. [Ibídem](#), 95.

31. Adleman y Walton, 138-144.

32. *Fifth Army at the Winter Line*, 24.



33. Springer, 88-90, 109-110.

34. Adleman y Walton, 138; Robert Wallace, *The Italian Campaign*, 108-109.

35. Declaraciones juradas, investigación del 2.º Regimiento, Robert D. Burhans Papers, caja 10.

36. Msgs, R. T. Frederick, 9-6 de diciembre de 1943; Robert D. Burhans Papers, HIA, caja 21.

37. Burhans, 120; *StoC*, 263; Molony V, 517-518.

38. Bowlby, 120-121.

39. Moorehead, *Eclipse*, 64; Burhans, 120; msg, Frederick, 7 de diciembre de 1943, 16.30 horas, Robert D. Burhans Papers, HIA, caja 21.

40. Burhans, 120; informe del cirujano jefe, 2-9 de diciembre de 1943, Robert D. Burhans Papers, HIA, caja 19.



41. Springer, 118.

42. James J. Altieri, *Darby's Rangers: An Illustrated Portrayal of the Original Rangers*, 65.

43. *StoC*, 274; Frederick L. Young, «The First Casualty on Monte Sammucro», mcngrf., 1991, Texas MFM, 62.

44. Homer Bigart, «San Pietro a Village of the Dead», *New York Herald Tribune*, 20 de diciembre de 1943, en *Reporting World War II*, vol. 1, 738-745; Don Whitehead, «Beachhead Don», 83.

45. Young, «The First Casualty on Monte Sammucro», 67, 72, 81.

46. Robert L. Wagner, *The Texas Army*, 74, 77.

47. Richard Tregaskis, *Invasion Diary*, 235.

48. Bowlby, 141.



49. Jack Clover, mcgrf., s. f., HQ Co, 2/143rd Inf, 36th ID Assoc., Texas MFM,  
[www.kwanah.com/36Division/pstoc.htm](http://www.kwanah.com/36Division/pstoc.htm).

50. «The Battle for San Pietro», *AB*, n.º 18, 1977, 1+; Bowlby, 142-145.

51. Visita del autor, Monte Lungo, 5 de mayo de 2004; fotografías, museo y monumento italiano, Monte Lungo.

52. Wagner, 72.

53. R. K. Doughty, «The Pink House», mcgrf., s. f., 141st Inf, Texas MFM; *StoC*, 276; Wallace, 109; *Calculated*, 240-244.

54. Bowlby, 146.

55. Corr., Don E. Carleton a Hal C. Pattison, 10 de febrero de 1965, NARA RG 319, OCMH, 2.3-7 CC3, Salerno to Cassino, caja 256.

56. *CM*, 291; Thomas E. Hannum, «The 30 Years of Army Experience», mcgrf., s. f., 91st Armored FA Bn, ASEQ, MHI, 58; corr., Vincenzo Dapino a GK, 23 de diciembre de 1943, MWC, corr., Citadel, caja 3.



57. *Reporting World War II*, vol. 2, 8-9; John F. O'Malley, «The Operations of Company I, 143rd Infantry, South of Rome», 1946, IS; Ernie Pyle, «One Demolished Town Alter Another», 28 de diciembre de 1943, *Reporting World War II*, vol. 1, 733-734.

58. Pyle, 10.

59. Betsy Wade, ed., *Forward Positions: The War Correspondence of Homer Bigart*, 34.

60. Wagner, 77.

61. Lance Bertelsen, «Texans at San Pietro», *Discovery Magazine*, University of Texas, vol. 14, n.º 2 (1997), <http://ftp.cc.utexas.edu/opa/pubs/discovery/disc/1997v14n2/disc-sanpietro.html>

62. Pyle, 166; Paul Dickson, *War Slang*, 113+; T. Moffat Burriss, *Strike and Hold*.

63. *Fifth Army at the Winter Line*, 51-52.

64. Margaret Bourke-White, *Purple Heart Valley*, 42, 147-148.



65. Memorando, «Phosphorus Burns», cirujano asesor, AAI, 8 de noviembre de 1944, NARA RG 331, AFHQ micro., R-235-D; memorias, Edward R. Feagins, mcngrf., s. f., 143rd Inf, Texas MFM, 31; Ross S. Carter, *Those Devils in Baggy Pants*, 74, 81.

66. Michael S. Sweeney, «Appointment at Hill 1205: Ernie Pyle and Capt. Henry T. Waskow», 1995, [http://www.kwanah.com/txmilmus/36 division/archives/waskow/sect1.htm](http://www.kwanah.com/txmilmus/36%20division/archives/waskow/sect1.htm); Michael L. Lanning, «Goodbye to Captain Waskow», *VFW Magazine*, mayo de 1981, 19+; Berneta Peebles, «Requiem», *Belton (Tex.) Journal*, 16 de diciembre de 1993, reimpresión de un artículo de 1953; Bob Tutt, «Young Officer Was Father Figure», *Houston Chronicle*, 6 de febrero de 1994, 28A.

67. Henry T. Waskow, «Last Will and Testament», *Temple (Tex.) Daily Telegram*, reimpresso, Texas MFM.

68. *StoC*, 280; Young, «The First Casualty on Monte Sammucro», 102; *Fifth Army at the Winter Line*, 51-52.

69. Peeples, «Requiem».

70. James Tobin, *Ernie Pyle's War*, 133.

71. Lee G. Miller, *An Ernie Pyle Album*, 90.

72. Memorias, James R. Pritchard, 68th Armored FA bn, mcgrf., s. f., ASEQ, MHI, 10.



73. Douglas Allanbrook, *See Naples*, 123.

74. Pyle, 107.

75. Sweeney, «Appointment at Hill 1205».

76. OH, Riley Tidwell, 28 de marzo de 1994, Jane Purtle, Cherokee County Historical Comission, Texas MFM.

77. Pyle, 107.

78. Lee G. Miller, *The Story of Ernie Pyle*, 297.

79. *StoC*, 277-279.

80. Marco Pellegrinelli, *La Battaglia di San Pietro di John Huston*, 7-10.



81. Bertelsen, «Texans at San Pietro».

82. Ray Wells, «Battalion Commander», *Fighting 36th Historical Quarterly*, primavera de 1992.

83. John E. Krebs, *To Rome and Beyond*, 37; «Lessons from the Italian Campaign», 10 de marzo de 1944, NARA RG 407, 95-USF1-04, caja 250, 116; «The Battle for San Pietro», 1.

84. *Fifth Army at the Winter Line*, 62.

85. Clifford H. Peek, Jr., *Five Years, Five Countries, Five Campaigns*, 31-32.

86. Wagner, 84; Bowlby, 166, 171.

87. AAR, 141st Inf, 11 de enero de 1944, Aaron W. Wyatt, Jr., ASBQ, MHI.

88. Corr., Thomas A. Higbie, 15 de julio de 2003, al autor.



89. Richard Manton, s. f., 2/141st Inf, 36th ID Assoc, Texas MFM, [www.kwanah.com/36Division/pstoc.htm](http://www.kwanah.com/36Division/pstoc.htm); *Calculated*, 248.

90. Diario, MWC, 16 de diciembre de 1943, Citadel, caja 64, 287.

91. *Texas*, 287.

92. *StoC*, 285; *Fifth Army at the Winter Line*, 67; «The Battle for San Pietro», 1.

93. Tom Roe, *Anzio Beachhead*, 37.

94. Homer Bigart, «San Pietro: a Village of the Dead», *New York Herald Tribune*, 20 de diciembre de 1943, en *Reporting World War II*, vol. 1, 738-745.

95. J. Glenn Gray, *The Warriors*, 59-60.

96. Zambardi, *Memorie di guerra*, 13. La historia oficial del ejército de Estados Unidos calcula que perecieron trescientos habitantes del pueblo. *StoC*, 285.



97. Daniel J. Petrucci, *My War Against the Land of My Ancestors*, 147.

98. «The Battle of San Pietro», informe de combate n.º 2, 1945, NARA RG 111, film, CR 002.

99. Samuel Hynes, *The Soldiers' Tale*, 3.

100. Wagner, 89-90; *StoC*, 285n.

101. Bourke-White, 118, 126-129,131.

102. JPL, 271.

103. *StoC*, 286.

104. Bruce L. Barrer, *The Texas 36th Division*, 144.



105. Peter Maslowski, *Armed with Cameras*, 75, 88-93.

106. Bertelsen, «Texans at San Pietro»; *A Pictorial History of the 36th «Texas» Infantry Division*, sin paginación.

107. Lanning, «Goodbye to Captain Waskow», 19.

108. Sweeney, «Appointment at Hill 1205»; Miller, *An Ernie Pyle Album*, 92.

109. Piers Brendon, *Ike: His Life and Times*, 115.

110. Memorias, «Italy», mcngrf., s. f., Kenyon Joyce papers, MHI, 347.

111. Corr., GSP a Harbin Harrington Brown, 22 de octubre de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 27; P, 362; diario, 9 de septiembre de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 3, carpeta 3.

112. JPL, 147-148.



[113](#). *The Princeton Class of 1942 During World War II*, 123.

114. *PP*, 367, 391.

115. Ladislav Farago, *Patton: Ordeal and Triumph*, 364; Charles B. Codman, *Drive*, 135.

116. George S. Patton, *War As I Knew It*, 74.

117. Robert H. Patton, *The Pattons*, 232, 262.

118. Robert E. Coffin y Joan N. Coffin, «The Robert Edmonstron Coffin-Joan Nelson Coffin Family Book», 96.

119. *PP*, 371.

[120](#). Msg, W. B. Smith a GSP, 25 de noviembre de 1943, Walter Bedell Smith Papers, DDE Lib, caja 27.



[121](#). Diario, 2 de diciembre de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 3, carpeta 4.

122. JPL, 147-148; Stanley P. Hirshson, *General Patton: A Soldier's Life*, 416.

123. OH, Garrison H. Davidson, noviembre de 1980, John T. Greenwood, CEOH, 231.

124. Corr., GSP a Beatrice , 7 de noviembre de 1943, Beatrice a GSP, noviembre de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 17, carpeta 20.

125. Ivan Dmitri, *Flight to Everywhere*, 191.

126. «Italy», Kenyon Joyce Papers, 355.

127. James H. Doolittle, *I Could Never Be So Lucky Again*, 363; Clift Andrus, notas *A Soldier's Story*, mcngrf., s. f., MRC-FDM, 1988. 32, caja 215.

128. Kenneth S. Davis, *Soldier of Democracy*, 439; *PP*, 359, 361.



129. Martin Blumenson, *Patton: The Man Behind The Legend, 1885-1945*, 213, 215.

130. Carl J. Friedrich, Jr., *American Experiences in Military Government in World War II*, 120; Robert W. Komer, «Civil Affairs and Military Government in the Mediterranean Theater», 1954, CMH, 2-3.7 AX, VI, 3-6.

131. *PP*, 371; Dmitri, 192.

132. Malcolm S. McLean, «Adventures in Occupied Areas», mcgrf., 1975, MHI, 56.

133. «Monthly Report for August 1943 on the Administration of Sicily», s. f., AMGOT, 15th Army Group, a H. Alexander, Frank J. McSherry Papers, MHI.

134. Norman Lewis, *In Sicily*, 56.

135. «Reports of AMGOT Divisions up to Nov. 1, 1943», tercera parte, s. f., Frank J. McSherry Papers, MHI.

136. Diario, Carleton Washburne, 22 de octubre de 1943, Mina Curtiss Collection, YU.



137. «History of the Island Base Section, Sicily», s. f., CMH, 8-4 FA, 14, 18.

138. John Hersey en *Reporting World War II*, vol. 1, 621; informe, W. A. Eddy a W. L. Langer, 29 de agosto de 1943, NARA RG 226, E 99, OSS History Office, caja 39.

139. Dennis Showalter, *Patton and Rommel*, 321; Donald Coe, «Army Releases Patton Story after Denial», 23 de noviembre de 1943, *Boston Traveler*, 1.

140. Richard Collier, *Fighting Words*, 147; msg, DDE a AGWAR, NARA RG 165, E 422, OPD Executive Files, 27 de noviembre de 1943, caja 14; Chandler, vol. 3, 1606.

141. Reimpresión, *Army and Navy Journal*, 4 de diciembre de 1973, 394, Orlando Ward Papers, MHI; PP, 377.

142. Hirshon, 427.

143. Corr., GSP a Beatrice, 4 y 9 de diciembre de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 17.

144. *Calculated*, 257; Hirshon, 433.



145. Diario, 25 de diciembre, 1943, GSP, LOC MS Div, caja 3, carpeta 4.

146. Kay Summersby, *Eisenhower Was My Boss*, 81.

147. Corr., L. J. McNair a GSP, 27 de noviembre de 1943, y GSP a L. L. McNair, 29 de diciembre de 1943, NARA RG 165, E 418, director de planes y operaciones, caja 1229; corr., GSP a D. S. Miller, Sr, 27 de diciembre de 1943, GSP, LOC MS Div, caja 44, carpeta 1.

148. Msg, DDE a GCM, 20 de septiembre de 1943, NARA RG 165, E 422, OPD Executive Files, caja 13; *PP*, 393.

149. D. Clayton James y Anne Sharp Wells, *A Time for Giants*, 230.

150. «Log of the President's Trip to Africa and the Middle East», Stephen T. Early Papers, FDR Lib, caja 37.

151. Mark W. Clark, «General Patton», mcngrf., s. f., MWC, Citadel, Biography Folder, caja 70, 3; Michael F. Reilly, *Reilly of the White House*, 188.

152. Reilly, 188; William D. Leahy, *I Was There*, 215-216.



153. *PP*, 391.

154. Molony V, 481, 482 n, 483 n; *Battle*, 146; Richard Doherty, *A Noble Crusade*, 173; msg, DDE a CCA, 4 de noviembre de 1943, SM, MHI, caja 2; *Fifth Army at the Winter Line*, 7.

155. Mariscal de campo vizconde Alexander de Túnez, «The Allied Armies in Italy», s. f., CMH, II-21.

156. Molony V, 493, 496; *StoC*, 258-259.

157. B. H. Liddell Hart, *The Other Side of the Hill*, 343.

158. Richard Lamb, *Montgomery in Europe 1943-1945*, 56.

159. Doherty, 171.

160. Thomas R. Brooks, *The War North of Rome, June 1944-May 1945*, 4.



161. «Current Reports from Overseas», 11 de marzo de 1944, War Office, CARL, N-148495.

162. Mariscal de campo lord Carver, *The Imperial War Museum Book of the War in Italy, 1943-1945*, 98-99.

163. Doherty, 174; *Battle*, 148; Molony V, 488.

164. Dharm Pal, *The Campaign in Italy, 1943-1945*, 35.

165. Richard S. Malone, *A Portrait of War, 1939-1943*, 201.

166. *StoC*, 259.

167. OH, Howard Kippenberger, 4 y 12 de febrero de 1947, SM; MHI.

168. Weekly Intelligence Summary, n.º 67, 4 de diciembre de 1943, AHFQ, G-2, NARA RG 407, E 427, 95-AL1-2.6.



169. Michael Pearson Cessford, «Hard in the Attack: The Canadian Army in Sicily and Italy, July 1943-June 1944», septiembre de 1996, tesis doctoral, Carleton University, Ottawa, 215.

170. Molony V, 495-497.

171. Farley Mowat, *The Regiment*, 137, 146.

172. Doherty, 191.

173. Diario, O. Carpenter, 11 de noviembre de 1943, IWM, 79/81/3.

174. John Gunther, *D Day*, 134.

175. Gilbert Allnutt, «A Fusilier Remembers Italy», mcngrf., 1979, IWM, 80/46/1, 18, 23.

176. Gunther, 129; Malone, 193-195.



177. L. S. B. Shapiro, *They Left the Back Door Open*, 44.

178. OH, Francis de Guingand, 31 de marzo de 1947, G. A. Harrison, «OCMH WWII Europe Interviews», MHI.

179. Stephen Brooks, ed., *Montgomery and the Eighth Army*, 313.

180. J. B. Tomlinson, «Under the Banner of the Battleaxe», mcngrf, s. f., IWM, 90/29/1, 108.

181. Nigel Hamilton, *Master of the Battlefield*, 449.

182. Dick Malone, *Missing from the Record*, 53.

183. Andrew Brookes, *Air War over Italy, 1943-1945*, 38.

184. Molony V, 511.



185. Richard H. Kohn, ed., «The Scholarship on World War II», *Journal of Military History*, vol. 55, n.º 3 (julio de 1991), 365+.

186. B. L. Montgomery, «Reflections on the Campaign in Italy, 1943», 24 de noviembre de 1943, mcngf., IWM, micro., carrete 3, BLM 48-1-4.

187. Mark Zuehlke, *Ortona*, 3; Martin Gilbert, *The Second World War*, 353-354; *From Pachino to Ortona*, 31-32, 37-39.

188. CAEL, N-14352; Arthur Bryant, *The Turn of the Tide*, 596.

189. Informe de combate n.º 1, «Liberation of Rome», 1944, Signal Corps Film, NARA RG 111, CR001; Zuehlke, *Ortona*, 31-32, 37-39.

190. Karl Baedeker, *Soithern Italy and Sicily*, 190.

191. Daniel G. Dancocks, *The D-Day Dodgers: The Canadians in Italy, 1943-1945*, 173-176.

192. Steiger, «The Campaign in Southern Italy», 30.



193. «Canadian Street Fighting in Ortona», 15 de junio de 1944, Military Reports from the United Nations, n.º 19, NARA RG 334, NWC Lib, caja 184.

194. <http://www.junobeach.org/e/3/can-pep-can-vokes-ep.htm>.

195. Dancocks, 69.

196. Zuehlke, *Ortona*, 14, 18.

197. Mark Zuehlke, *The Liri Valley*, 166; Molony V, 504.

198. Dancocks, 191.

199. Mowat, 151.

200. Dancocks, 156, 159.



201. Zuehlke, *Ortona*, 124, 156, 160.

[202. From Pachino to Ortona, 133-134.](#)

203. Diario de guerra, Loyal Edmonton Regiment, 9 de diciembre de 1943, <http://www.lermuseum.org/1er/cof/sacrifice/wwii/textwindow/wardiary1.html>; «Victoria Cross Is Awarded To Major Paul Triquet, Montreal, for Heroic Action in Italy», 6 de marzo de 1944, Hamilton (Canadá), *Spectator*, [www.warmuseum.ca](http://www.warmuseum.ca).

204. Cessford, «Hard in the Attack», 264; Zuehlke, *Ortona*, 48.

205. Molony V, 504.

206. Dancocks, 171.

207. Mowat, 161-165.

208. *From Pachino to Ortona*, 139.



209. Alexander, «The Allied Armies in Italy», II-29; Zuehlke, *Ortona*, 161, 201.

210. Christopher Buckley, *Road to Rome*, 256.

211. Cessford, «Hard in the Attack», 233.

[212](#). G. W. L. Nicholson, *The Canadians in Italy, 1943-1945*, vol. 2, 317.

[213](#). Dancocks, 171, 173.

214. Zuehlke, *Ortona*, 212-214, 219; Molony V, 503-505.

215. «Hard in the Attack», 233-241; Dancocks, 240; Buckley, 256.

216. Cessford, «Hard in the Attack», 233.



217. Molony V, 507.

218. [Ibidem](#), 509.

219. «Canadian Street Fighting in Ortona»; Nicholson, 323; Zuehlke, *Ortona*, 247; Dancocks, 186.

220. Steiger, «The Campaign in Southern Italy», 63.

221. *Battle*, 151-153.

222. «Canadian Street Fighting in Ortona».

223. Molony V, 507; Doherty, 184-185; *The Tiger Triumphs*, 28-29.

224. Zuehlke, *Ortona*, 278, 289; Nicholson, 328.



225. Dancocks, 181.

226. «Street Fighting», informe de inteligencia, 5778-44, 29 de mayo de 1944, British CHQ, Cairo, CMH, Geog Files, Italia, 370.2.6-7, «Colmenas», apéndice B, «Ortona», HQ, 1st Canadian Div, 16 de febrero de 1944, C. W. Allfrey Papers, LHC, 4/8; Mowat, 163.

227. [Dancocks, 1, 179](#); Buckley, 260.

228. Diario de guerra, Loyal Edmonton Regiment, 27 de diciembre de 1943, <http://www.lermuseum.org/ler/cof/sacrifice/wwii/textwindow/wardiary1.html>.

229. Steiger, «The Campaign in Southern Italy», 65.

230. Zuehlke, *Ortona*, 348.

231. Dancocks, 186, 189.

[232. From Pachino to Ortona.](#)



233. Molony V, 509.

234. Dancocks, 186.

235. Lord Moran, *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, 159; W. H. Thompson, *I Was Churchill's Shadow*, 124, 126.

236. Roy Jenkins, *Churchill*, 719.

237. WSC, *Closing the Ring*, 420.

238. Richard Overy, *Why the Allies Won*, 268.

239. Jerrard Tickell, *Ascalon*, 14-15, 62-64.

240. *Three Years*, 457.



241. Churchill, 457.

242. Gerald Pawle, *The War and Colonel Warden*, 277-280; Harold Macmillan, *War Diaries*, 326-327; Moran, 159.

243. Roger Parkinson, *A Day's March Nearer Home*, 234.

244. Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. 7, 604.

245. Danchev, 497.

246. Danchev, 497.

247. Gilbert, 606, 608.

248. Moran, 161.



[249](#). Moran, 161-162.

250. Gilbert, 606.

251. Thompson, 129-130.

[252](#). Macmillan, 326-327.

253. Richard M. Leighton, «Overlord Versus the Mediterranean at the Cairo-Teheran Conferences (1943)», Ken Roberts Greenfield, ed., *Command Decisions*, 189-191.

254. James Leasor, *The Clock with Four Hands*, 265.

255. Macmillan, 320.

256. Molony V, 584.



257. Keith Eubank, *Summit at Teheran*, 486-488.

258. Forrest C. Pogue, *George C. Marshall: Organizer of Victory*, 305, 307; Maurice Matloff, *Strategic Planning for Coalition Warfare, 1943-1944*, 352, 353n; Greenfield, ed., 183-185.

259. Greenfield, ed., 182, 188-189; Leahy, 201.

260. Ray S. Cline, *Washington Command Post*, 227.

261. Arthur Bryant, *Triumph in the West*, 35.

262. Mark A. Stoler, *George C. Marshall: Soldier-Statesman of the American Century*, 103.

263. Pogue, 294.

264. Douglas Porch, *The Path to Victory*, 474; S. W. Roskill, *The White Ensign*, 330; S. W. Roskill, *The War at Sea, 1939-1945*, 203-205; Michael Howard, *The Mediterranean Strategy in the Second World War*, 46, 7071; John Kennedy, *The Business of War*, 301-305.



265. Kent Roberts Greenfield, *American Strategy in World War II: A Reconsideration*, 34.

266. David M. Kennedy, *Freedom from Fear*, 575.

267. Greenfield, ed., 197; Robert Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, 799.

268. Maurice Matloff, «Mr. Roosevelt's Three Wars: FDR as War Leader», 1964, Harmon Memorial Lectures in Military History, n.º 6, USAF Academy, 14.

269. Greenfield, 40; Richard M. Leighton, «Overlord Revisited», *American Historical Review*, julio de 1963, 919+; Stoler, 107.

270. Sherwood, 803.

271. Carlo D'Este, *Eisenhower: A Soldier's Life*, 467.

272. Greenfield, ed., 191.



273. Doris Kearns Goodwin, *No Ordinary Time*, 475.

274. OH, Ian Jacob, Verne Newton collection, «transcripts», FDR Lib.

275. Danchev, 502.

276. Jenkins, 727.

[277](#). Moran, 164.

278. Vincent Orange, *Tedder*, 244.

279. Pawle, 275.

280. Churchill, 425.



281. Gilbert, 609; Leasor, 271.

282. WSC, *Closing the Ring*, 429.

283. Pawle, 277-280.

284. Macmillan, 338; Pawle, 277-280.

285. Gilbert, 620.

286. Warren F. Kimball, ed., *Churchill & Roosevelt: The Complete Correspondence*, vol. 2, 633.

287. Pyle, 86; Tom Roe, *Anzio Beachhead*, 23; Glendower O. Haedge, «Memoirs of World War II», mcngrf., s. f., Texas, MFM; John F. Hummer, *An Infantryman's Journal*, 42; John Guest, *Broken Images*, 158.

288. JJT, XI-10.



289. «History of the Peninsular Base Section», 1944, 5 vols., CMH, 8-4, HA 1.

290. Spike Milligan, *Mussolini: His Part in My Downfall*, 212.

291. Alton D. Brashear, *From Lee to Bari*, 168, 171.

[292](#). Buckley, 252-253.

293. Diario, MWC, 24 de diciembre de 1943, Citadel, caja 64; MWC a Ann Clark, 23 de diciembre de 1943, Citadel, corr. personal.

294. George S. Bergh y Reuben F. Erickson, eds., «A History of the Twenty-sixth General Hospital», 133; S. W. Thomson, *Canadian Military History*, otoño de 1994, 24+; John Ellis, *On the Front Lines*, 279; Zuehlke, *Ortona*, 320-322.

295. Strome Galloway, *A Regiment at War*, 118.

296. Dancocks, 191.



297. Hans Juergenson, *Beachheads and Mountains*, 2; G. R. Stevens, *Fourth Indian Division*, 270; Edmund F. Ball, *Staff Officer with the Fifth Army*, 263.

298. Ralph G. Martin, *The G. I. War*, 115.

299. Howard Kippenberger, *Infantry Brigadier*, 344-347.

300. Donna Martha Budani, «Women, War, and Text: Orsognese Women's Experience in a Sector of the Italian Front in World War II», 1997, tesis doctoral, American University, 119.

301. Orden del día, 25 de diciembre de 1943, 71.º Regimiento Acorazado de Granaderos, «Intelligence Notes, n.º 47», AFHQ, 22 de febrero de 1944, NARA RG, 407, E 47, 95-AL1-2.18.

302. James R. Pritchard, mcngrf., s. f., 68th Armored FA Bn, ASEQ, MHI, 12.

303. Informes de censura moral, noviembre de 1943-junio de 1944, NARA RG 492, MTO Adjutant General, 311.7.

304. Julian «Duney» Philips, «War Is Not All Bad», mcgrf., s. f., 143rd Inf Texas MFM, 2.



305. Leslie W. Bailey, *Through Hell and High Water*, 157.

306. «1944», *Life*, 3 de enero de 1944, 20; Greenfield, ed., 183; Kennedy, *Freedom from Fear*, 610.

307. <http://www.history.navy.mil/photos/sh-fornv/germany/ger-sh-s/scharn2.htm>.

308. John Ellis, *Brute Force*, tabla 35.

309. JPL, 278.

310. «Fifth Army Medical History», s. f., NARA RG 112, MTO Surgeon General, 319.1, caja 6, 183.

311. *Fifth Army at the Winter Line*, 87-88; Bracear, 168; «Summary of Activities», 1 de junio de 1944, NATOUSA, CMH, 20.

312. MEB, «Shifting of German Units Before and During Nettuno Landing», enero de 1956, NARA RG 319, E 145, OCMH, R-75, 36.



313. Coakley, 181.

314. Richard M. Leighton, «Overlord Revisited», *American Historical Review*, julio de 1963, 919+; Porch, 460.



316. Francis De Guingand, *Operation Victory*, 333; Farley Mowat, *And No Birds Sang*, 333.

317. Morread, *Eclipse*, 60.

318. Nigel Nicholson, *Alex: The Life of Field Marshall Earl Alexander of Tunis*, 238.

319. Ibidem, p. 239.

320. Mark M. Boatner III, *The Biographical Dictionary of World War II*, 379; «The German Operation at Anzio», abril de 1946, German Military Document Section, Military Intelligence Div, WD, MHI, JPL, caja 9.



321. Ronald Lewin, *Ultra Goes to War*, 343.

322. F. H. Hinsley *et al.*, *British Intelligence in the Second World War*, 182, 507.

323. J. Hamilton, «Italy, Sept.-Dec. 1943», s. f., Cabinet Historical Section, UK NA, CAB 101/124, 142.

[324](#). Diario de Eisenhower, HCB, DDE Lib, A-756, A-773-74, A-779.

325. Diario, MWC, 10 de diciembre de 1943, Citadel, caja 64.

326. Memorando, 11 de octubre de 1943, JPL, MHI, caja 12.

327. Robert R. Palmer *et al.*, *The Procurement and Training of Ground Combat Troops*, 467.

328. *Battle*, 16-167.



329. MEB, «Shifting of German Units», R-75.

330. Louis P. Lochner, ed., *The Goebbels Diaries, 1942-1943*, 435; Steiger, «The Campaign in Southern Italy», 59-60.

331. JPL, 283.

[332](#). Memorias, P. Royle, mcngrf., 1972, TWM, 99/72/1.

333. David Hapgood y David Richardson, *Monte Cassino*, 95.

334. N. P. Morrow, «Field Artillery in Italy», 2 de febrero de 1944, HQ, NARA RG 334, NWC Lib, ANSCOL, AGF OR M83, caja 148.

335. Wagner, 90; Bowlby, 13.

336. Harriet Stradling, ed., *Johnny*, 251.



337. Diarios del auxiliar, 31 de diciembre de 1943, LKT Jr., GCM Lib, caja 18, carpeta 3; LKT Jr. a Sarah, 2 y 5 de enero de 1944; LKT JR., GCM Lib, caja 1, carpeta 6.

338. De Guingand, 337, Apéndice A; Morread, *Montgomery*, 175.

339. B. L. Montgomery, «Reflections on the Campaign in Italy, 1943», mcgrf., adenda, 26 de diciembre de 1943, IWM, BLM 48, microfilm, carrete 4.

340. T. E. B. Howarth, ed., *Monty at Close Quarters*, 441.

341. Chandler, vol. 5, 14.

342. Michael J. McKeough y Richard Lockridge, *Sgt. Mickey and General Ike*, 98; Dwight D. Eisenhower, *Crusade in Europe*, 217.

343. OH, Henry Maitland Wilson, 3 de abril de 1947, Howard M. Smyth, SM, MHI. Eisenhower declararía que «revisó exhaustivamente» con Wilson la situación militar durante la cena de Navidad en La Marsa. Eisenhower, *Crusade*, 214.

344. Macmillan, 321; JPL, 273.



345. Kenneth Strong, *Intelligence at the Top*, 169.

346. DDE, «Allied Commander-in-Chief's Report, Italian Campaign», s. f., 155.

347. Roskill, *The War at Sea*, 210.

348. Anthony Eden, *The Reckoning*, 479.

349. Alexander S. Cochran, «Constructing a Military Coalition from Materials at Hand», 16 de abril de 1999, comunicación, conferencia del SMH.

[350](#). Chandler, vol. 3, 1631, 1646n.

351. «Press Conference of General Eisenhower, 14.30 horas, 23 de diciembre de 1943, AFHQ Advance, Italy», MWC, Citadel, caja 3.

352. *Three Years*, 467.



353. Dwight D. Eisenhower, *Letters to Mamie*, 161; Davis, 456.

354. John S. D. Eisenhower, *General Ike*, 100.

355. John S. D. Eisenhower, *Strictly Personal*, 51.

356. Stephen E. Ambrose, *Eisenhower: Soldier, General of the Army, President-Elect, 1890-1952*, vol. 1, 278, 280.

357. Chandler, vol. 3, 1650.

1. Seth Sherwood, «In an Ancient Desert, a Modern Oasis Beckons», *NYT*, 23 de enero 2005; John Colville, *The Fringes of Power*, 463; [http:// whc.unesco.org/pg.cfm?cid=31&id\\_site=331](http://whc.unesco.org/pg.cfm?cid=31&id_site=331); [http://www.mincom.gov.ma/english/reg\\_cit/cities/marrakes/marrakes.html](http://www.mincom.gov.ma/english/reg_cit/cities/marrakes/marrakes.html).

2. James Parton, «*Air Force Spoken Here*», 229.

3. «Marrakech Air Base», s. f., en «Observations in A.B.S», NARA RG 492, MTO, corr. primer ministro-general, 333; Roy Jenkins, *Churchill*, 727.



4. Lord Moran, *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, 167; Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. 7, 626.

5. Gerald Pawle, *The War and Colonel Warden*, 280.

6. Duff Cooper, *Old Men Forget*, 318.

7. Lisa Lovitt-Smith, *Moroccan Interiors*, 78.

8. Cooper, 318; Gilbert, 634.

9. Colville, 457-459.

10. W. H. Thompson, *I Was Churchill's Shadow*, 133.

11. Pawle, 288.



12. Cooper, 318; Thompson, 133; Moran, 167-170.

13. OH, C.A.P. Portal, 7 de febrero 1949, FCP, MHI; OH, C. E. Lambe, 26 de febrero 1947, FCP, MHI.

14. Gilbert, 650; Cooper, 319.

15. Harold Macmillan, *The Blast of War, 1939-1945*, 370; Harold Macmillan, *War Diaries*, 347; Danchev, 510; Moran, 170.

16. Diario, 21 de octubre 1943, MWC, Citadel, caja 64; OH, Lyman Lemnitzer, 16 de enero 1948, SM, MHI; Martin Blumenson, «General Lucas at Anzio (1944)», Kent Roberts Greenfield, ed., *Command Decisions*, 245-50; diario, 18 de diciembre 1943, MWC, Citadel, caja 64.

17. *CM*, 292.

18. *Shingle* significa en inglés «guijarro». (*N. del t.*)

19. SSA, 324; GS V, 209.



20. 25 de diciembre 1943, documentos de H. Alexander, UK NA, WO 214/13.

21. H. M. Wilson, «Report by the Supreme Allied Commander Mediterranean», s. f., NARA RG 319, OCMH, archivos históricos, American Forces in Action, Anzio, caja 119, 7-8.

22. SSA, 325.

23. *Calculated*, 260.

24. *StoC*, 352.

25. *StoC*, 352.

26. Robert H. Adleman y George Walton, *Rome Fell Today*, 116.

27. Greenfield, ed., 250; grabación de una conferencia pronunciada por el primer ministro en Túnez.



28. *Three Years*, 465.

29. Christopher Lee Lewis, «The Byzantine Invasion of North Africa, Sicily, and Italy», *Proceedings*, noviembre 1943, 1435+.

30. John Ellis, *Brute Force*, 321.

31. Alan Gropman, ed., *The Big «L»*, 349.

32. Richard M. Leighton y Robert W. Coahley, *Global Logistics and Strategy, 1940-1943*, 697.

33. H. M. Wilson, «Report by the Supreme Allied Commander Mediterranean», 1946, parte 1, 7.

34. [GS V](#), 210; James Leasor, *The Clock with Four Hands*, 273.

35. Mensaje de WSC a FDR, 28 de diciembre 1943, Warren F. Kimball, ed., *Churchill & Roosevelt: The Complete Correspondence*, vol. 2, 638.



36. Mensaje de H. Alexander al coronel Warden, 4 de enero 1944, NARA RG 331, AFHQ micro, R-369-F, caja 216.

37. OH, MWC, 1972, Forrest S. Rittgers, Jr., SOOHP, MHI, 86-88.

38. Diario, MWC, 2 y 4 de enero 1944, Citadel, caja 65.

39. Hill/O'Neil, 1.

40. Diario, MWC, 27 de diciembre 1943, Citadel, caja 64; mensaje de WSC a H. Alexander, 26 de diciembre 1943, UK NA,WO 214/13; mensaje de H. Alexander a WSC y A. Brooke, diciembre de 1943, UK NA, WO 214/13. Según ciertas versiones, Clark no fue invitado a la reunión. Lloyd Clark, *Anzio*, 73.

41. Pawle, 285; Hill/O'Neil, 1; StoC, 303, 353; Anzio Beachhead, 5; GS V, 218.

42. Kenneth Strong, *Intelligence at the Top*, 171.

43. OH, Kenneth W. D. Strong, 30 de octubre 1947, SM, MHI; Michael Carver, *Harding of Peterton, Field-Marshal*, 123.



44. Hill/O'Neil, 2.

45. Hill/O'Neil, 3.

46. Macmillan, *War Diaries*, 295.

47. H. Alexander, «The Allied Armies in Italy», s. f., CMH, II-25.

48. Nigel Nicolson, *Alex: The Life of Field Marshal Earl Alexander of Tunis*, 228.

49. Memorando de I. Jacob a Hollis, grabación de reunión celebrada en Navidad, s. f., NARA RG 331, AFHQ micro, R-369-F, caja 216 ; Greenfield, ed., 250.

50. *Calculated*, 284.

51. Diario de Eisenhower, 20 de enero de 1944, HCB, DDE Lib, A-995.



52. Hill/O'Neil, 3.

53. Nicolson, 228-230.

54. Hill/O'Neil, 3.

55. JPL, 10 de enero 1943, 295.

56. Pawle, 285.

57. Macmillan, *The War Diaries*, 304.

58. OH, H. Alexander, 10-15 de enero de 1949, SM, CMH, Geog Files, II-5.

59. F. H. Hinsley *et al.*, *British Intelligence in the Second World War*, 185.



60. Molony V, 772; Frank James Price, *Troy H. Middleton: A Biography*, 169; corr. de Troy H. Middleton a Hal C. Pattison, 8 de septiembre de 1964, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC3, Salerno a Cassino, caja 255; Evelyn M. Cherpak, ed., *The Memoirs of Admiral H. Kent Hewitt*, 195.

61. Memorando de S. Westphal, 8 de diciembre de 1943, VI Cuerpo, informe periódico G-2 n.º 140, febrero de 1944, JPL, MHI, caja 1.

62. David Fraser, *Alanbrooke*, 398.

63. SSA, 328.

64. W. G. F. Jackson, *Alexander of Tunis as Military Commander*, 258.

65. Diario de MWC, 8 de enero de 1943, Citadel, caja 65.

66. Kimball, ed., vol. 2, 657.

67. Colville, 461.



68. *StoC*, 315; visita del autor, 4 de mayo de 2004; Margaret BourkeWhite, *PurpleHeart Valley*, 154, 176.

69. Chester G. Starr, ed., *From Salerno to the Alps*, 77.

70. «Engineer History, Fifth Army, Mediterranean Theater», s. f., MHI, 67, 70.

71. Molony V, 598; Martin Blumenson, *Bloody River*, 61.

72. «Special Investigation and Interrogation Report: Operation Lightening [sic]», 15 de marzo de 1947, Servicio de Espionaje Militar, Austria, CMH, Geog Files, 370.2, 39.

73. CtoA, 16; Frank Gervasi, «Battle at Cassino», *Collier's*, 18 de marzo de 1944, 20+; CtoA, 17; Alex Bowlby, *Countdown to Cassino*, 82; Albert Kesselring, «The Construction of Positions in the Italian Theater», agosto de 1948, FMS, n.º C-031, MHI, 4.

74. Hans Bessell, «Construction of Strategic Field Fortifications in Italy», marzo de 1947, FMS, n.º D-013, MHI, 3, 7-10.

75. *StoA*, 83-84.



76. [Ibídem](#); corr. de MWC a John Meade, 22 de septiembre de 1955, SM, MHI, caja 2; *StoC*, 314.

77. P. A. Crowl, «Command Decision: The Rapido River Crossing», conferencia, 30 de septiembre de 1955, U.S. Army War College, SM, MHI, 1-2; *StoC*, 322.

78. Memorando, «36th Division at the Rapido River, January 1944», s. f., Robert P. Patterson, WD a Comité del Senado para Asuntos Militares de Estados Unidos, CMH, 370.2.

79. Corr., Don E. Carleton a Hal C. Pattison, 10 de febrero de 1965, NARA RG 319, OCMH 2-3.7 CC3, Salerno a Cassino, caja 256.

80. *StoC*, 326.

81. *Texas*, 295-96, 302.

82. Diario, 16 de enero de 1944, FLW, HIA, caja 1.

83. Des Hickey y Gus Smith, *Operation Avalanche*, 54.



84. «Statement by Major General Fred L.Walker, G.S.C.», 6 de diciembre de 1945, F LW, HIA, caja 3.

85. OH, Martin Blumenson, 13 de abril de 2004, autor, Washington, D.C.

86. Cuaderno, s. f., FLW, HIA, caja 6.

87. Lee Carraway Smith, *A River Swift and Deadly*, 4.

88. OH, MWC, Rittgers.

89. *Texas*, 207, 288-290

90. OH, MWC, Rittgers, 69-70 [páginas redactadas abiertas a petición del autor].

91. Blumenson, *Bloody River*, 22.



92. Corr. de FLW al gobernador Coke R. Stevenson, 24 de julio de 1944, FLW, HIA, caja 3.

93. «Statement by Major General Fred L.Walker, G.S.C.», 6 de diciembre de 1945, F LW, HIA, caja 3.

94. Diario, 20 de enero de 1944, FLW, HIA, caja 1.

95. Diario, 13, 16, 17 de enero de 1944, FLW, HIA, caja 1.

96. Testimonio, FLW, «The Rapido River Crossing», Comité para Asuntos Militares, Cámara de Representantes de Estados Unidos, 20 de febrero de 1946, CMH, 370.2, 26-30.

97. Smith, 22.

98. *Texas*, 296.

99. *Texas*, 302.



100. Harold L. Bond, *Return to Cassino*, 27.

101. *StoC*, 331.

102. AAR, «Report of Operations, January 1944», 36.<sup>a</sup> DI, MHI, 05-36; corr. de FLW a Eric Sevareid, 26 de febrero de 1946, F LW, HIA, caja 3.

103. Memorando, William A. Walker, «Report of Interview with Maj. Gen Fred L. Walker», 4 de febrero de 1946, MWC, Citadel, caja 39, carpeta 9.

104. Testimonio de R. J. Butchers, G-3 II Cuerpo, 24 de enero de 1944, investigación IG, CMH, 370.2.

105. AAR, 141.º Inf., 9 de febrero de 1944, Aaron W. Wyatt, Jr., ASEQ, MHI.

106. AAR, Thaddeu J. Session, «111th Engineer Combat Battalion, Operations in Italy, Jan. 1944», MHI.

107. «Synopsis of 36th Inf. Div. Activity», 24 de enero de 1944, II Cuerpo, investigación IG, CMH, 370.2; Donato D'Epiro, *S. Angelo in Theodice*, 155.



108. «Report on Reconnaissance of Rapido River, 16 Dec. 1943», 20 de diciembre de 1943, en «History of 81st Armored Reconnaissance Battalion» 1.<sup>a</sup> DA, John F. Davis Papers, USMA Arch, caja 2.

109. Smith, 24.

110. Clifford W. Dorman, «Too Soon for Heroes», s. f., 19.<sup>a</sup> Ingenieros de Combate, propiedad del autor, 73; Alfred M. Beck *et al.*, *The Corps of Engineers: The War Against Germany*, 191.

111. Smith, 25.

112. OH, Robert W. Porter, Jr., 30 de junio de 1950, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 005, 1.

113. OH, Robert W. Porter, Jr., 1981, John N. Sloan, SOOHP, MHI, 310.

114. Ibidem.

115. OH, GK, 22 de septiembre de 1955, Philip A. Crawl, SM, MHI, 1; OH, GK, 14 de febrero 1950, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 005; *StoC*, 326-27.



116. Memorando, GK a MWC, «Impending Operations», 28 de diciembre 1943, II Cuerpo IG, CMH, 370.2.

117. Memorando, GK a MWC, 13 de enero 1944, II Cuerpo IG, CMH, 370.2.

118. Blumenson, *Bloody River*, 70.

119. Lo de frenar a Thorpe quizá fue relativo; el anuario de West Point consideró su carrera de 1912 «la más maravillosa y espectacular jamás presenciada» en su campo. El ejército perdió ante la Carlisle Indian School, 27-6. Esquela, *Assembly*, septiembre de 1973, 121; *Howitzer*, 1913, 168.

120. Blumenson, *Bloody River*, 46-47.

[121](#). Memorando, A. C. Wedemeyer, 24 de agosto de 1943, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC2, archivo AFG n.º 319.1, caja 247, apéndice C.

122. Adleman y Walton, 89-90.

[123](#). Chandler, vol. 3, 1.465.



124. GK, 16-18 de enero de 1943.

125. Blumenson, *Bloody River*, 46-49.

126. Memorando, William A. Walker, «Report of Interview».

127. GK, «Statement Covering the Rapido River Operation, 20-22 Jan. 1944», 10 de septiembre de 1946, WD, en «The Rapido River Crossing», CMH, 370.2; testimonio de R. J. Butchers, G-3 II Cuerpo, 24 de enero de 1944, investigación IG, CMH, 370.2.

128. Diario, 20 de enero de 1944, FLW, HIA, caja 1.

129. [Visitas del autor](#), septiembre de 1995, mayo de 2004, noviembre de 2006.

130. D'Epiro, 135-138, 151-156.

131. Don Whitehead, «*Beachhead Don*», 78-80.



132. «Investigation and Interrogation Report: Operation Lightening [sic]», 70.

133. Análisis, «Effect of Rapido Operation on German Plans and Dispositions», s. f., MWC, Citadel, caja 39.

134. Diario del X Ejército citado en memorando, Thomas North, «Rapido Operation Action», 18 de marzo de 1946, MWC, Citadel, caja 39.

135. Matthew Parker, *Monte Cassino*, 92.

136. Molony V, 609-611; Ralph S. Mavrogordato, «XIV Panzer Corps Defensive Operations Along the Garigliano, Gari, and Rapido Rivers, 1731 January, 1944», noviembre de 1955, NARA RG 319, E 145, R-78, 20; Robin Neillands, *Eighth Army*, 260-272.

137. Mariscal de campo lord Carver, *The Imperial War Museum Book of the War in Italy, 1943-1945*, 113.

138. *StoC*, 320.

139. John Ellis, *Cassino: The Hollow Victory*, 77.



140. Mavrogordato, «XIV Panzer Corps Defensive Operations», 20.

141. Gregory Blaxland, *Alexander's Generals*, 33.

142. David Scott Daniell, *The Royal Hampshire Regiment*, vol. 3, 153.

143. Daniell, 155, 157.

144. «Engineer History, Fifth Army», 73; «Air Support of Fifth Army for Rapido River and Cassino Attacks», 7 de abril de 1944, Cuartel General, V Ejército, control de apoyo aéreo, Robert J. Woods Papers, «Report on Cassino Operations», MHI; Starr, ed., 88.

145. Blaxland, 38; *StoC*, 320.

146. Blaxland, 39; diario, FLW, 20 de enero de 1944, HIA, caja 1.

147. Diario, GK, 20 de enero de 1943.



148. *Calculated*, 269.

149. «Engineer History, Fifth Army», 73; diario, MWC, 20 de enero 1943, Citadel, caja 65; Brian Harpur, *The Impossible Victory*, 121, 125.

150. Diario, MWC, 20 de enero 1943, Citadel, caja 65.

151. Testimonio de Andrew F. Price, XO, 141.º Inf, «The Rapido River Crossing», Cámara de Representantes de Estados Unidos, 26-30.

152. Smith, 44.

153. Corr. de John D. Goode a Robert L.Wagner, s. f., Texas MFM.

154. Fred Walker, Jr., «Mission Impossible at Cassino», mcgrf., 1986, MHI, 3, 8.

155. Cuaderno de Will Lang, s. f., USMA Arch.



156. Corr. de John E. Phillips a jefe del Estado Mayor del ejército de Estados Unidos, 8 de julio 1946, CMH, Geog Files, 370.2.

157. OH, Paul D. Adams, 1975, Irving Monclova y Marlin Lang, SOOHP, MHI.

158. Ray Wells, «Battalion Commander», *Fighting 36th Historical Quarterly*, primavera de 1992, 2.<sup>a</sup> parte.

159. Cuaderno de Will Lang, s. f., USMA Arch.

160. *Texas*, 305-306; *StoC*, 332.

161. Smith, 36.

162. Narración de acontecimientos y testimonio de Andrew F. Price, XO, 141.º de Inf, 26-30; John E. Krebs, *To Rome and Beyond*, 48-49.

163. Hamilton H. Howze, *A Cavalryman's Story*, 90-91; Brooks E. Kleber y Dale Birdsell, *The Chemical Warfare Service: Chemicals in Combat*, 443.



164. Corr. de Phillips al jefe del Estado Mayor, 8 de julio de 1946; Blumenson, *Bloody River*, 91.

165. AAR, Arthur J. Lazenby, 19.º Regimiento de Ingenieros, S-3, s. f., NARA RG 407, ENGR-19-03.0.

166. Robert L. Wagner, *The Texas Army*, 103; Blumenson, *Bloody River*, 81; testimonio de Leon F. Morand, ingeniero adjunto del II Cuerpo, 24 de enero de 1944, investigación IG, CMH, 370.2.

167. Herman M. Volheim, «The Operations of the 3rd Battalion, 143rd Infantry in the Attacks Across the Rapido River», 1949, IS.

168. Howze, 89.

169. «Operations on Rapido River», 141.º de Inf, 23 de enero de 1944, en AAR, «Report of Operations, January 1944», 36.ª DI.

170. «History of the 26th Infantry in the Present Struggle», s. f., MRC FDM, 1991.25, caja 445, 38; Flint Whitlock, *The Rock of Anzio*, 109.

171. Franz Kurowski, *Battleground Italy, 1943-1945*, 78.



172. Paul W. Pritchard, «Smoke Generator Operations in the Mediterranean and European Theaters of Operation», mcngrf., 1985, U.S. Army Chemical School, 62.

173. AAR, 68.º Batallón de Artillería Acorazado, febrero de 1944, NARA RG 338, sección histórica del II Cuerpo, caja 145.

174. «Operations on Rapido River», 141.º Regimiento de Infantería, 23 de enero 1944; Wagner, 105.

175. *StoC*, 333; Smith, 37, 41; testimonio de R. J. Butchers, G-3 II Cuerpo, 25 de enero de 1944, investigación IG, CMH, 370.2.

176. AAR, 2.º Batallón, 19.º Regimiento de Infantería, «Rapido River Crossing», 6 de febrero de 1944, NARA RG 407, ENGR-19-03.0.

177. AAR, 141.º Regimiento de Infantería, 9 de febrero de 1944, Aaron W. Wyatt, Jr., ASEQ, MHI.

178. Frank Gervasi, *The Violent Decade*, 545.

179, Smith, 42.



180. Warner Wisian, «Reminiscence», mcgrf., noviembre de 1995, 141.º Reg. de Inf., ASEQ, MHI.

181. Resumen, investigación IG, NATOUSA, 1 de marzo de 1944, NARA RG 492, 333.5, caja 1055.

182. Corr. de Phillips al jefe del Estado Mayor, 8 de julio de 1946.

183. Smith, 38.

184. Warner Wisian, «Reminiscence».

185. «Report on Cassino Operations», 5 de junio de 1944, Robert J.Wood Papers, MHI.

186. Corr. de Goode a Wagner, s. f., Texas MFM; testimonio de Leon F. Morand, 24 de enero de 1944, investigación IG, CMH, 370.2; AAR, 2.º Bat., 19.º Regimiento de Infantería.

187. Corr. de Goode a Wagner, s. f., Texas MFM.



188. *StoC*, 335-336; AAR, «Operations on Rapido River», 141.º de Infantería.

189. *Texas*, 315-316.

[190](#). Testimonio de Andrew F. Price, 26-30.

191. Wagner, 92.

192. Volheim, «The Operations of the 3rd Battalion, 143rd Infantry»; AAR, «143rd Infantry», enero de 1944, ASEQ, MHI; *StoC*, 337.

193. «Report on Cassino Operations», 5 de junio de 1944, cuartel general del V.º Ejército, Robert J. Wood Papers, MHI, 7.

194. AAR, «143rd Infantry», enero de 1944, ASEQ, MHI.

195. AAR, William H. Martin, «Narrative of Rapido Crossing», 27 de enero de 1944, 143.º Regimiento de Infantería, 36.ª DI, MHI, 05-36; *StoC*, 338.



196. Volheim, «The Operations of the 3rd Battalion, 143rd Infantry».

197. Testimonio de Clarence D. Dalton, II Cuerpo, 25 de enero de 1944, investigación IG, CMH, 370.2.

198. Diario, 21 de enero de 1943, FLW, HIA, caja 1; Blumenson, *Bloody River*, 102.

199. *StoC*, 341.

200. GK, «Statement Covering the Rapido River Operation».

201. Diario, 21 de enero de 1944, FLW, HIA, caja 1.

202. Hinsley *et al.*, 510-11; MEB, «Shifting of German Units Before and During Nettuno Landing», enero de 1956, NARA RG 319, E 145, OCMH, R-75, 26; Blaxland, 38; Ralph Bennet, «Ultra and Some Command Decisions», en Walter Laquer, ed., *The Second World War: Essays in Military and Political History*, 223.

203. *StoC*, 319.



204. Smith, 60.

205. Bill Hartung, mcgrf., s. f., 143.º Inf., página web Texas MFM, Asociación de la 36.ª DI, [www.kwanah.com/36Division/pstoc.htm](http://www.kwanah.com/36Division/pstoc.htm).

206. Volheim, «The Operations of the 3rd Battalion».

207. *StoC*, 341, 343.

208. Smith, 57.

209. Leonard B. Gallagher, ingeniero del II Cuerpo, «Memo C/S», 24 de enero de 1944, apéndice, investigación IG, CMH, 370.2.

210. Blumenson, *Bloody River*, 105-115.

211. AAR, 2.º Bat., 19.º Regimiento de Ingenieros.



212. *StoC*, 351.

213. Wagner, 112-114. Otro relato cita el grito de guerra de Chapin como: «¡Disparad como locos, chicos, disparad como locos!», Smith, 53-54.

214. Se calcula que el 22 de enero, la cabeza de puente del 141.º Regimiento de Infantería tenía unos doscientos metros de profundidad por seiscientos de ancho. «Synopsis of 36th Inf. Div. Activity», 24 de enero de 1944, II Cuerpo, investigación IG, CMH, 370.2.

215. Wagner, 114.

216. Russell J. Darkes, «Twenty-five Years in the Military», mcgrf., s. f., Texas MFM, 28.

217. Declaración jurada de George G. Davis, 16.º Batallón de Ingenieros, s. f., investigación IG, CMH, 370.2.

218. Robert Wallace, *The Italian Campaign*, 116-117.

219. Ralph G. Martin, «Rapido Fight Shapes Up as One of Toughest Yet», 25 de enero de 1943, *Stars and Stripes*, 1.



220. Gervasi, 544.

221. Allan Palmer, «Casualty Survey, Cassino, Italy», *Wound Ballistics*, 536-537.

[222](#). Charles M. Wiltse, *The Medical Department: Medical Service in the Mediterranean and Minor Theaters*, 244.

223. Smith, 72, 74.

224. AAR, «Report of Operations, January 1944», 36.<sup>a</sup> DI, cronología.

225. GK, 22 de enero de 1944.

226. Testimonio de Leonard B. Gallagher, ingeniero del II Cuerpo, 24 de enero de 1944, y Wade M. Green, ingeniero adjunto del II Cuerpo, 25 de enero de 1944, investigación IG, CMH, 370.2; AAR, 2.º Bat., 19.º Regimiento de Infantería.

[227](#). AAR, «Report of Operations, January 1944», 36.<sup>a</sup> DI, cronología.



228. Testimonio de Henry H. Carden, XO, 143.º de Inf., investigación IG, 1 de marzo de 1944, NATOUSA, NARA RG 492, 333.5, caja 1055; testimonio de Kenneth F. Zitzman, oficial de comunicaciones del II Cuerpo, 27 de enero de 1944, investigación IG, CMH, 370.2.

[229](#). Kleber y Birdsell, 444-445.

230. Blumenson, *Bloody River*, 116.

231. Testimonio de William B. Chase, asistente G-3 II Cuerpo, 25 de enero 1944, investigación IG, CMH, 370.2.

232. GK, «Statement Covering the Rapido River Operation»; *Texas*, 311-313.

233. GK, 22 de enero de 1944.

234. Diario, FLW, 22 de enero de 1944, HIA, caja 1.

235. Memorando de William A. Walker, «Report of Interview».



236. GK, 23 de enero.

237. Diario, FLW, 22 de enero de 1944, HIA, caja 1.

238. Krebs, 50.

239. Diario, GK, 23 de enero de 1944; diario, FLW, 23 de enero de 1944, HIA, caja 7.

240. Memorando, W. H. Wilbur, 23 de enero de 1944, FLW, HIA, caja 7; diario, FLW, 23 de enero de 1944, HIA, caja 7.

241. Clifford H. Peek, Jr., ed., *Five Years, Five Countries, Five Campaigns*, 39.

242. AAR, «Report of Operations, January 1944», 36.<sup>a</sup> DI, cronología; *StoC*, 346; Ray Wells, «Battalion Commander».

243. Smith, 62-63.



244. Peek, ed., 39.

245. Shelby Foote, *The Civil War*, vol. 2, 520.

246. AAR, «Report of Operations, January 1944», 36.<sup>a</sup> DI.

247. Bruce L. Barger, *The Texas 36th Division*, 170-171.

248. Wiltse, 244n.

249. Corr. de Robert P. Patterson, WD, s. f., y corr. de WD, 3 de abril de 1946, en «The Rapido River Crossing», Cámara de Representantes de Estados Unidos, 31; *StoC*, 346; memorando de Thomas North a A. Gruenther, «Rapido Operation Action», 18 de marzo de 1946, y nota adjunta a Gruenther, 5 de abril de 1944, MWC, Citadel, caja 39; Wagner, 121n.

250. OH, MWC, Rittgers, 71. Páginas redactadas abiertas a petición del autor.

251. Análisis, «Effect of Rapido Operation on German Plans and Dispositions», s. f., MWC, Citadel, caja 39.



[252](#). Diario, FLW, 23 de enero de 1944, HIA, caja 7.

253. William L. Allen, *Anzio: Edge of Disaster*, 39.

254. Wagner, 92; testimonio de Andrew F. Price, 26-30.

255. AAR, 2.º Bat., 19.º Regimiento de Ingenieros.

256. Bowlby, 171.

257. *Texas*, 322-323.

258. Memorando, William A. Walker, «Report of Interview».

259. *Texas*, 322, 325.



260. OH, Adams, 1975, Monclova y Lang.

261. *StoC*, 350.

262. *Calculated*, 282.

263. *StoC*, 347-348.

264. *Battle*, 181; Blumenson, *Bloody River*, 127.

265. Wagner, 227; OH, Frido von Senger u. Etterlin, 22 de septiembre 1955, Philip A. Crowl, SM, MHI, 2; MEB, «Shifting of German Units Before and During Nettuno Landing», 27; Mavrogordato, «XIV Panzer Corps Defensive Operations», 44.

266. Charles W. Pence, «An Interview with Genfldm Albert Kesselring, Rapido River Crossing», 6 de mayo de 1946, ETHINT 71, Don E. Carleton Papers, HIA, caja 1.

267. Wallace, 113.



268. Lloyd M. Wells, *From Anzio to the Alps*, 50.

269. Corr. de Goode a Wagner, s. f., Texas MFM.

270. C. L. Sulzberger, *A Long Row of Candles*, 231; AAR, «143rd Infantry», enero de 1944, ASEQ, MHI.

271. Blumenson, *Bloody River*, 142.

272. *StoC*, 351.

273. «The Rapido River Crossing», Cámara de Representantes de Estados Unidos, 20 de febrero y 18 de marzo 1946; Wagner, 224.

274. Parker, 124.

[275](#). Diario, FLW, 23 de enero de 1944, caja 7.



276. Wagner, 123.

277. Bill Adler, ed., *World War II Letters*.

278. Ray Wells, «Battalion Commander».

279. *Texas*, 318.

280. Cuaderno de Will Lang, s. f., USMA Arch.

281. Hal Boyle, citado en Gervasi, 546.

282. Bond, 49.

283. AAR, «Report of Operations, January 1944», 36.<sup>a</sup> DI; Smith, 107; Sulzberger, 223.



284. Virgilio, *Eneida*, trad. de Robert Fagles, 197.

285. H. V. Morton, *A Traveller in Southern Italy*, 275-276.

286. Norman Lewis, *Naples '44*, 154.

287. <http://www.geocities.com/lorensofia/bio.html>.

288. «Outline Plan, Operation Shingle», V Ejército, 12 de enero de 1944, Robert J. Wood Papers, MHI.

289. S. W. Roskill, *White Ensign*, 333.

290. AAR, «Mounting and Initial Phase of Operation Shingle», VI Cuerpo, 15 de marzo de 1944, NARA RG 407, 206-3.0, caja 3740.

291. Mariscal de campo lord Wilson, *Eight Years Overseas*, 193.



292. SSA, 334.

293. Fred Sheehan, *Anzio*.

294. *Epic of Bravery*, 35; Wells, 51.

295. SSA, 333.

296. Peter Verney, *Anzio 1944*, 29.

297. Leo G. Meyer, «Strategy and Logistical History: MTO», mcgrf., s. f., CMH, 2-3.7 CC5, XXII-8; F. J. Lowry, «The Naval Side of the Anzio Invasion», *Proceedings*, enero de 1954, 22.

298. Diario, Robert M. Marsh, 21 de enero de 1944, 81.º Batallón de Reconocimiento Acorazado, 1.ª DA, ASEQ, MHI.

299. Verney, 29.



300. Diario, William Russell Hinckley, enero de 1944, propiedad del autor.

301. Hans Juergensen, *Beachheads and Mountains*, 27.

302. Robert Capa, *Slightly Out of Focus*, 120.

303. Robert W. Black, *Rangers in World War II*, 136.

304. AAR, «Report of Actions», 1.er Batallón de Soldados de Asalto, 22 enero-5 febrero de 1944, USMA, micro, MP63-8, rollo 1; Anders Kjar Arnbal, *The Barrel-Land Dance Hall Rangers*, 217.

305. Verney, 26.

306. Edmund F. Ball, *Staff Officer with the Fifth Army*, 281-282.

307. *CM*, 295.



308. JPL, 305.

309. Diarios del edecán, 21 de enero de 1944, documentos de LKT Jr., GCM Lib, caja 18, carpeta 3.

310. JPL, 322-323.

311. JPL, 141.

312. JPL, 310.

313. Raleigh Trevelyan, *Rome '44*, 42.

314. D. H. L. Fitzgerald, *History of the Irish Guards in the Second World War*, 201.

315. Benjamin S. Persons, *Relieved of Command*, 82; JPL, 2.



316. OH, MWC, Rittgers, 66.

317. Wynford Vaughan-Thomas, *Anzio*, 30.

318. JPL, 145, 217.

319. Allen, 46; Carver, *Harding of Petherton*, 125; Ball, 316.

320. Nicolson, 233.

321. John Nelson, «Always a Grenadier», mcgrf., 1982, LHC, 38.

322. L. James Binder, *Lemnitzer*, 118-120.

323. JPL, 230, 295.



324. Greenfield, ed., 254.

325. JPL, 305.

326. OH, JPL, 24 de mayo 1948, SM, MHI; John S. D. Eisenhower, *They Fought at Anzio: A Study in Command*, University of Missouri Press, 2007, 178.

327. JPL, 320, 322.

328. Greenfield, ed., 256.

329. Resumen semanal de espionaje, n.º 74, 24 de enero de 1944, AFHQ, CMH, Geog Files, Italia, 370.2, 6.

330. «Outline Plan, Operation Shingle», 12 de enero de 1943, V Ejército, Robert J. Wood Papers, MHI.

331. *Anzio Beachhead*, 6-7.



[332](#). Memorando de E. Hughes a W. B. Smith, 1 de febrero de 1944, Walter Bedell Smith Papers, DDE Lib, caja 7.

333. «Outline Plan, Shingle», 18 de enero de 1944, VI Cuerpo, G-2, JPL Papers, MHI, caja 11.

334. Memorando de Joseph L. Langevin, G-2 VI Cuerpo, a JPL, 4 de enero de 1944, JPL Papers, MHI, caja 12.

335. JPL, 305.

336. JPL, 305.

337. Greenfield, ed., 251.

338. «Outline Plan, Operation Shingle», 12 de enero de 1944, V Ejército, NARA RG 331, AFHQ micro, R 97-I, caja 270.

339. Greenfield, ed., 251-253.



340. Diario, MWC, 9 de enero de 1944, Citadel, caja 65.

341. JPL, 307.

342. JPL, 333.

343. OH, JPL, 24 de mayo de 1948, SM, MHI.

344. «Operation Plan Shingle» 8 de enero de 1944, XII Mando de Apoyo Aéreo, documentos de JPL, MHI, caja 11.

345. «Notes by Comd 1 (Br) Division», 2 de enero de 1944.

346. «Notes by Comd 1 (Br) Division», 20 de enero de 1944.

347. Documentos de William R. C. Penney, LHC, Penney 8/2; Orden de Campaña n.º 19, 15 de enero de 1944, VI Cuerpo, NARA RG 319, OCMH, archivos históricos, American Forces in Action, Anzio, caja 119; Nigel Hamilton, *Master of the Battlefield*, 441.



348. AAR, «The First Division in Action», abril y julio de 1944, Philip L. E. Wood Papers, LHC, Wood 2/2.

349. Meyer, «Strategy and Logistical History: MTO», XXII-11.

350. J. W. Totten, «Anzio Artillery», mcngrf., 1947, CGSC, Ft. L, CARL N-2253.6, 7; SSA, 332; JPL, 321.

351. Diario, MWC, 19 de enero de 1944, Citadel, caja 65.

352. *CM*, 304.

353. Livy, *The War with Hannibal*, trad. de Aubrey de Séincourt, 89, 94.

354. Carver, *The Imperial War Museum Book of the War in Italy*, 119, 120.

355. Diarios del edecán, 21 de enero de 1944, LKT Jr. Papers, GCM Lib, caja 18, carpeta 3.



356. Robert M. Hill y Elizabeth Craig, *In the Wake of War*, 55.

357. Diario, Hinckley, enero de 1944.

358. JPL, 319, 284-285.

1. OH, Silvano Casaldi, director del Museum of the Allied Landings, Nettuno, 7-8 de mayo de 2004; correo electrónico de Silvano Casaldi al autor, 25 de mayo de 2004.

2. C. R. S. Harris, *Allied Administration of Italy, 1943-1945*, 160.

3. Francesco Rossi y Silvano Casaldi, *Those Days at Nettuno*, 39-41.

4. Rossi y Casaldi, 32-39, 44-50, 54-55; Frank M. Snowden, *The Conquest of Malaria: Italy, 1900-1962*, 186.

5. Rossi y Casaldi, 44-50.



6. Diarios del edecán, 22 de enero de 1944, LKT Jr. Papers, GCM Lib, caja 18, carpeta 3; Charles Moran, «The Anzio-Nettuno Landings, January 1944», s. f., SEM, NHC, caja 49, 31; memorando, Henry W. Noel, oficial de lancha de reconocimiento, «Report of marking of Ranger beach for Shingle», 23 de enero de 1944, SEM, NHC, caja 47; *Anzio Beachhead*, 14; JPL, 325.

7. AAR, «Beach Landing», 30 de mayo de 1944, Rama PBS, Div. Espionaje Militar, WD, NARA RG 334, NWC Lib, caja 491.

8. Wynford Vaughan-Thomas, *Anzio*, 10-11; Frank Gervasi, *The Violent Decade*, 527-528; L. V. Bertarelli, *Southern Italy*, 246; William Shakespeare, *La tragedia de Coriolano*, V acto, escena 6.ª; Plutarco, *Vidas paralelas*, [http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Plutarch/Lives/Coriolanus\\*.html](http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/Texts/Plutarch/Lives/Coriolanus*.html).

9. Raleigh Trevelyan, *Rome'44*, 41, 71; *SSA*, 335.

10. AAR, «Mounting and Initial Phase of Operation shingle», 15 de marzo de 1944, VI Cuerpo, NARA RG 407, 206-3.0, caja 3740, 4.

11. SSA, 339.

12. AAR, A. G. Young, 3rd Beach Group, 15 de marzo de 1944, UK NA, CAB 106/393, 2.

13. Vaughan-Thomas, 3.



14. AAR, «Beach Landing», 30 de mayo de 1944, Rama PBS, WD, Div. Espionaje Militar, NARA RG 334, NWC Lib, caja 491.

15. John Lardner, «Anzio, February 10th», *The New Yorker Book of War Pieces*, 260-261.

16. D. J. L. Fitzgerald, *History of the Irish Guards in the Second World War*, 216.

17. El casino, que nunca pudo obtener la licencia, no llegó a inaugurarse. Visita del autor, 7 de mayo de 2004.

18. OH, Casaldi; William O. Darby y William H. Baumer, *Darby's Rangers: We Led the Way*, 147; Anders Kjar Arnbal, *The Barrel-Land Dance Hall Rangers*, 218.

19. «Report on Enemy Demolitions at Anzio-Nettuno», 1 de marzo de 1944, AFHQ, G-2, CARL, N-6961.

20. Trevelyan, 43.

21. JPL, 325.



22. Diario, MWC, 22 de enero de 1944, Citadel, caja 65.

23. *Calculated*, 288.

24. Diarios del edecán, 22 de enero de 1944.

25. SSA, 341; StoC, 359.

26. «The Mounting and Initial Phase of Operation shingle», 4.

[27. Rossi y Casaldi, 101-103.](#)

28. Film, «Liberation of Rome», informe de combate n.º 1, 1944, NARA RG 111, CR001.

29. Lardner, «Anzio, February 10th», 48; Milton Bracker, «When the Fight Means Kill or Be Killed», *NYT Magazine*, 28 de mayo de 1944, 10.



30. Vaughan-Thomas, 91.

31. Don Whitehead, «*Beachhead Don*», 100-103.

32. Diario, MWC, 22 de enero de 1944, Citadel, caja 65.

33. S. W. Roskill, *The War at Sea, 1939-1945*, 305.

34. David Erskin, *The Scots Guards, 1919-1955*, 201.

35. Fitzgerald, 218.

36. Nigel Nicolson, *Alex: The Life of Field Marshal Earl Alexander of Tunis*, 231.

37. Vaughan-Thomas, 51.



38. El puesto de mando del VI Cuerpo se trasladó formalmente a tierra firme a las dos de la tarde del 23 de enero. «The Mounting and Initial Phase of Operation shingle», 6; visita del autor, 7 de mayo de 1944.

39. Rossi y Casaldi, 158.

40. JPL, 337. Según otra versión, el vaso medio vacío contenía vino. Rossi y Casaldi, 158.

41. Efectivos diarios, 22 de enero de 1944, JPL Papers, MHI, caja 12; «The Mounting and Initial Phase of Operation shingle», 5-6.

42. *StoC*, 359.

43. Bertarelli, 233.

44. Trevelyan, 41, 54.

45. JPL, 340; Darby y Baumer, 149.



46. Molony V, 648; «Miscellaneous Intelligence», 10 de enero de 1944, VI Cuerpo, JPL Papers, MHI, caja 11.

47. *StoC*, 385.

48. Milton Bracker, «Harbor Captured», *NYT*, 23 de enero de 1944.

49. 1944; «Censorship Takes Anzio», *Time*, 28 de febrero de 1944, 46.

50. Molony V, 661.

51. Vaughan-Thomas, 55.

52. «The Allied Landing at Nettuno-Anzio», diarios de guerra del Mando Naval Alemán, 22 de enero de 1944, NARA RG 334, NWC Lib, ANSCOL, caja 645.

53. *StoC*, 319.



54. A. G. Steiger, «The Italian Command, 4 Jan.-4 June 1944», julio de 1948, sección histórica, cuartel general del ejército canadiense, informe n.º 20, MHI, 6.

55. «The German Operation at Anzio», abril de 1946, Sección Documental del ejército alemán, Div. Espionaje Militar, WD, JPL Papers, MHI, caja 9, 10; Ralph Bennett, *Ultra and the Mediterranean Strategy*, 262.

56. Trevelyan, 50; Thomas R. Brooks, *The War North of Rome*, 27.

57. Kesselring fue abatido en cinco ocasiones durante la guerra. Kenneth Macksey, *Kesselring: The Making of the Luftwaffe*, 191-92, 199.

58. «The German Operation at Anzio», 11-14.

59. B. H. Liddell Hart, *The Other Side of the Hill*, 372.

60. William L. Allen, *Anzio: Edge of Disaster*, 59.

61. Albrecht Kesselring, *The Memoirs of Field-Marshal Kesselring*, 194.



62. Hans-Wolfgang Schoch, «Deployment of Light Infantry Regiment 741 in the Anzio-Nettuno Beachhead», junio de 1947, FMS, n.º D200, MHI, 2.

63. F. Specne, «Did Allied Air Interdiction Live Up to Expectations in the Italian Campaign, 1943-1944?», *Air Power Review*, RAF, vol. 8, n.º 4 (invierno de 2005), 53; Ralph S. Mavrogordato, «The Battle for the Anzio Beachhead», abril de 1958, NARA RG 319, E 145, OCMH, R-124, 9.

64. Eduard Mark, *Aerial Interdiction in Three Wars*, 114, 131-132.

65. Allen, 67.

66. Nigel Nicolson, *The Grenadier Guards in the War of 1939-1945*, vol. 2, 392.

67. [http://www.generals.dk/general/Mackensen/Eberhard\\_von\\_/Germany.html](http://www.generals.dk/general/Mackensen/Eberhard_von_/Germany.html).

68. Trevelyan, 89; Fred Sheehan, *Anzio: Epic of Bravery*, 136f.

69. «The German Operation at Anzio», 14.



70. Macksey, 201.

71. Directriz de A. Hitler, 28 de enero de 1944, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 9.

72. Mensaje de MWC a JPL, 24 de enero de 1943, JPL Papers, MHI, caja 12. La historia oficial del ejército indica que estas preguntas se enviaron el 23 de enero, pero los documentos de Lucas indican que fueron recibidas el 24 de enero a las 11.23.

73. *StoC*, 386.

74. JPL a MWC, 24 de enero de 1943, JPL Papers, MHI, caja 12.

75. JPL, 350-351.

76. Nicolson, *The Grenadier Guards*, 389-392.

77. Fitzgerald, 220.



78. George F. Howe, *The Battle History of the 1st Armored Division*, 282.

79. Lawrence D. Collins, *The 56th Evac Hospital*, 200.

80. Fitzgerald, 223.

81. Snowden, 146-147.

82. Sheehan, 25.

83. Snowden, 155-161, 176.

84. Siegfried Westphal, «The View of the Army Groups», 1947, MHI, FMS, n.º T-1a, capítulo XI, 4-5; coronel conde Von Klinckowstroem, «Italian Campaign», 1947, MHI, FMS, n.º T-1a, capítulo X, 2-3.

85. Snowden, 187, 192.



86. Snowden, 193.

87. William Woodruff, *Vessel of Sadness*, 74.

88. Trevelyan, 70.

89. Fitzgerald, 225.

90. Lardner, «Anzio, February 10th», 48.

91. Sheehan, 66; *StoC*, 387; Molony V, 669-670.

92. Diario, 23 de enero de 1944, Don E. Carleton Papers, HIA, caja 1; *Anzio Beachhead*, 23.

93. Martha Harris, ed., «The Harris Family in World War II», 4547; Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. 7, 662.



94. Efectivos diarios, 26 de enero de 1944, JPL Papers, MHI, caja 12.

95. *StoC*, 387.

96. JPL, 335.

97. OH, JPL, 24 de mayo de 1948, SM, MHI.

98. SSA, 344; <http://uboat.net/allies/warships/ship/4450.html>.

99. Vaughan-Thomas, 60.

100. SSA, 346-347.

101. «Fifth Army Medical History», s. f., NARA RG 112, Surgeon General, MTO, caja 6, 21-23.



102. «Field Operations of the Medical Department in the MTOUSA», 10 de noviembre de 1945, NARA RG 407, E427, 95-USF2-26-0.

103. SSN, 346n.

104. Corr. de «Elwan» a Phil Lundeberg, 24 de febrero de 1950, SEM Papers, NHC, caja 50.

105. SSA, 348-350.

106. «Dictionary of American Fighting Ships», Departamento de la Armada,  
<http://www.history.navy.mil/danfs/117/1st-422.htm>.

107. Corr. de William S. Hutchinson, Jr., oficial del 83.º Batallón Químico, 13 de octubre de 1944, a Charles S. Shadle, AFHQ, NARA RG 492, MTO, sección de guerra química, 200.6, caja 1686; «Reports of Two LST422 Survivors», *Muzzleblasts*, Asociación de Ex Combatientes del 83.º Batallón de Morteros Químico, diciembre de 2004, <http://www.4point2.org/muzzleblasts83/muzzleblasts-2004-dec.pdf>, 5; Roskill, 307-308.

108. «The Sinking of the *LST-422*», <http://www.dvrbs.com/historymil./LST-422.htm>.

109. Brooks E. Kleber y Dale Birdsell, *The Chemical Warfare Service: Chemicals in Combat*, 446; «LST-422», <http://members.iinet.net.au/~gduncan/maritime-2b.html>.



110. George Rhoads, «WWII-The Story of Billy Rhoads», <http://beoutrageous.com/TYP/billy%20rhoads.htm>;  
<http://www.abmc.gov/search/detailwwnew.php>.

111. Edmund F. Ball, *Staff Officer with the Fifth Army*, pie de foto.

112. Mariscal de campo lord Carver, *The Imperial War Museum Book of the War in Italy, 1943-1945*, 125.

113. Howard D. Ashcraft, *As You Were*, 90.

114. John Slessor, *The Central Blue*, 562.

115. JPL, 344.

116. Molony V, 687.

117. Greenfield, ed., 262.



118. Michael Carver, *Harding of Petherton, Field-Marshal*, 125.

119. Nicolson, *Alex*, 233.

120. Allen, 117.

121. Molony V, 686.

122. Mariscal de campo lord Wilson, *Eight Years Overseas*, 193.

123. Nicolson, *Alex*, 233.

124. Greenfield, ed., 264.

125. La cercana Capua fue la ciudad más grande y rica del sur de Italia antes de granjearse la animadversión de Roma al trabar amistad con Aníbal. H. V. Morton, *A Traveller in Southern Italy*, 267-268, 270.



126. La revuelta de los esclavos estalló en el anfiteatro de Capua. Bertarelli, 258.

127. Edward D. Churchill, *Surgeon to Soldiers*, 292; Walter L. Medding, «The Road to Rome», mcngf., s. f., 337.º Regimiento de Ingenieros, CEOH, caja X-38, 55; visita del autor, 3 de mayo de 2004; Karl Baedeker, *Southern Italy and Sicily*, 10; Charles J. Bové, «The Royal Palace of Caserta», s. f., V Ejército, archivos administrativos, USMA Arch.

128. «Engineer History, Fifth Army, Mediterranean Theater», s. f., MHI, 15.

129. Carver, *The Imperial War Museum Book of the War in Italy*, 134.

130. Churchill, *Surgeon to Soldiers*, 267; James Parton, *Air Force Spoken Here*, 387; Harold Macmillan, *War Diaries*, 365.

131. Rupert Clarke, *With Alex at War*, 130.

132. «Trip Reports Concerning Use of Ultra in the Mediterranean Theater, 1943-1944», s. f., NARA RG 457, E 9002, SRH-031, 73; Ronald Lewin, *Ultra Goes to War*, 325.

133. Parton, 355, 386.



134. Raymond H. Croll, memorias, mcngrf., 1973, R. H. Croll Papers, MHI, 215.

135. Corr. de Graham Erdwurm al autor, 5 de septiembre de 2003.

136. Corr. de Jon Clayton a su familia, 14 de febrero de 1944, 7.º Regimiento de Infantería, 3.ª DI, ASEQ, MHI, 2.

137. Parton, 389.

138. John North, ed., *The Alexander Memoirs, 1940-1945*, 109.

139. Lavinia Holland-Hibbert Orde, «Better Late Than Never», mcngrf., s. f., IWM, 96/34/1, 193; Medding, «The Road to Rome», X-38, 49-50, 53.

140. Charles F. Marshall, *A Ramble Through My War*, 13.

141. Corr. Clayton, 14 de febrero de 1944.



142. Memorias, P. Royle, mcngrf., 1972, IWM, 99/72/1, 116; Lynn H. Nicholas, *The Rape of Europa*, 234; memorando, H. M. Wilson, 20 de marzo de 1944; memorando, J. L. Devers, 20 de marzo de 1944; corr. H. M. Wilson, 28 de marzo de 1944; corr. J. L. Devers, 31 de marzo de 1944, todo ello en NARA RG 492, MTOUSA AG, 33.5-446, caja 1431.

143. Medding, «The Road to Rome», X-38, 41, 55.

144. Churchill, *Surgeon to Soldiers*, 292.

145. Medding, «The Road to Rome», X-38, 48-49.

146. Carta de R. L. V. French Blake al autor, 27 de julio de 2003.

147. Malcolm S. McLean, «Adventures in Occupied Areas», mcgrf., 1975, MHI, 68.

148. George Biddle, *Artist at War*, 223.

149. Carver, *The Imperial War Museum Book of the War in Italy*, 138.



150. Parton, 368.

151. David Hunt, *A Don at War*, 250-251.

152. Marshall, 14; Medding, «The Road to Rome», X-38, 55.

153. Churchill, *Surgeon to Soldiers*, 292, 294; «History of the Aviation Engineers in the Mediterranean Theater of Operations», junio de 1946, sección histórica, Mando de Ingenieros de las Fuerzas Aéreas Estadounidenses, CEOH, X-39; C. L. Sulzberger, *A Long Row of Candles*, 234; Nicolson, *The Grenadier Guards*, 368.

154. JPL, 185.

155. Medding, «The Road to Rome», X-38, 36-37, 59; Marshall, 13.

156. Morton, 269.

157. Bertarelli, 259; «History of the Aviation Engineers», X-39; Parton, 390.



158. AAR, 6.681.<sup>a</sup> Compañía de Comunicaciones con Palomas Mensajeras, 9 de julio de 1944, NARA RG 407, SGCO-6681-0.1, caja 23228.

159. Hunt, 250-251.

160. Vaughan-Thomas, 201.

161. Diario, MWC, 28 de enero de 1944, Citadel, caja 65.

162. Corr. de Graham Erdwurm al autor, 5 de septiembre de 2003.

163. Medding, «The Road to Rome», X-38, 53; <http://www.ibiblio.org/hyperwar/USN/ships/PT/PT-201.html>;  
<http://www.history.navy.mil/faqs/faq60-5.htm>.

164. *Calculated*, 292; memorando de HKH a Ernest J. King, 6 de junio de 1944, «Report of the Engagement Between the USS Sway and PTs 201 and 206 on 28 January 1944», MWC, Citadel, caja 3, carpeta 7.

165. Martin Blumenson, *Mark Clark*, 187.



166. Vizconde Alexander de Tunis, «The Allied Armies in Italy», s. f., CMH, II-34.

167. *PP*, 396.

168. MWC a Renie, 18 de enero de 1944, corr. personal, Citadel.

169. Diario, MWC, 23, 25, 28 de enero de 1944, Citadel, caja 65.

170. Maurine Clark, *Captain's Bride, General's Lady*, 115.

171. Blumenson, *Mark Clark*, 196-197.

172. MWC a Renie, 11 de enero de 1944, corr. personal, Citadel.

173. Blumenson, *Mark Clark*, 196-197.



174. Diario de Eisenhower, 23 de noviembre de 1943, HCB, DDE Lib, A-908.

175. DDE a MWC, 22 de noviembre de 1943, DDE Lib, PP-pres, caja 23. Material desclasificado a petición del autor.

176. MWC a Renie, 27 de noviembre, 17 de diciembre de 1943, corr. personal, Citadel.

177. OH, Jacob E. Smart, noviembre de 1978, Arthur W. McCants y James C. Hasdorff, AFHRA 239.0512-1108.

178. «Beyond the Bridgehead», *Time*, 4 de octubre de 1943, 28+.

179. OH, Harry Lemley, 1974, Gerald F. Feeney, SOOHP, MHI, 2/32; Eric Sevareid, *Not So Wild a Dream*, 379.

180. Charles D'Orsa, «Trials and Tribulations of an Army G-4», mcngf., s. f., CARL, N-4906, 1.

181. Vernon A. Walters, *Silent Missions*, 93, 95.



182. OH, Robert J. Wood, ex asistente G-3, V Ejército, 4, 15 de marzo de 1948, y «Memo for Mr. Matthews», 22 de marzo de 1948, SM, MHI.

183. Sulzberger, 232.

184. *Calculated*, 289; Sulzberger, 231; Severeid, 383.

185. *Salerno*, 93-94.

186. *From the Volturno to the Winter Line*, 114; *Fifth Army at the Winter Line*, 114; atribuido a Iosiv Stalin; Elizabeth Knowles, ed., *The Oxford Dictionary of Quotations*, 636; Chester G. Starr, ed., *From Salerno to the Alps*, 269.

187. Walters, 109.

188. Burt Evans [sic] y Burgess W. Scott, «Nightmare Job at Anzio», 3 de marzo de 1944, en Steve Kluger, *Yank*, 159+.

189. Memorando, H. S. Strauss, oficial del *U.S.S. Sway*, al oficial de la 81.<sup>a</sup> Fuerza de Operaciones, 29 de enero de 1944, MWC Papers, Citadel, caja 3, carpeta 7.



190. Memorando de S. M. Barnes, oficial al mando del 15.º Escuadrón de Torpederos a HKH, 26 de marzo de 1944, MWC, Citadel, caja 3, carpeta 7; Gervasi, 533.

191. Blumenson, *Mark Clark*, 175-177.

192. Memorando sin firmar a MWC, 28 de enero de 1944, MWC, corr. octubre de 1943-junio de 1944, caja 3.

193. Gervasi, 533; memorando, Strauss, 29 de enero de 1944.

194. Memorando de HKH a King, 6 de junio de 1944; diario, MWC, 28 de enero de 1944, Citadel, caja 65.

195. *Calculated*, 294.

196. Rossi y Casaldi, 159; OH, Casaldi, 7-8 de mayo de 2004.

197. SSA, 356.



198. «Report on Port and Beach Operations at Anzio», 540.º Regimiento de Ingenieros de Combate, 29 de abril de 1944, NARA RG 334, NWC Lib, ANSCOL, caja 343.

[199](#). Conferencia de suministros de Anzio, 30 de enero de 1944, Nápoles, NARA RG 492, MTOUSA, sección de transporte, caja 2697.

200. Charles W. Crawford, III, «A Study of the Adequacy of the Intelligence Provided Maj. Gen. John P. Lucas», mcngrf., junio de 1970, CARL, N-8224.494.

201. «Historical Record, HQ,VI Corps, Mounting and Initial Phase of Operation shingle», 15 de marzo de 1944, LKT Jr., GCM Lib, caja 13, carpeta 2.

202. Sheehan, 71f.

203. E. T. Williams y R. H. Humphreys, «Reports Received by U.S. War Department on Use of Ultra in the European Theater, WWII», octubre de 1945, NARA RG 457, E9002, SRH-037, 9.

204. Memorando, «Morale of Troops», JPL a R.T. Frederick, 22 de febrero de 1944, Robert T. Frederick Papers, HIA, caja 1.

205. Arthur F. Fournier, «Influence of Ultra Intelligence upon General Clark at Anzio», tesis, 1983, mando del ejército de Estados Unidos y General Staff College, Ft. L, 102-106.



206. Mark, 129-130; Andrew Brookes, *Air War over Italy, 1943-1945*, 53.

207. *StoC*, 388.

208. «Historical Record, HQ, VI Corps, Mounting and Initial Phase of Operation shingle».

209. SSA, 358.

210. [JPL](#), 348-349; *StoC*, 390.

[211. AAFinWWII](#), 424.

212. Morris J. MacGregor, Jr., *Integration of the Armed Forces, 1940-1965*, 4; Hondon B. Hargrove, *Buffalo Soldiers in Italy*, 2.

213. Memorando de Truman K. Gibson, Jr., oficina del secretario de Guerra, a Ray E. Porter, 6 de agosto de 1945, NARA RG 165, WD, división de planificación especial, corr. general, 291.2, caja 32; [http://www.nps.gov/fols/Bufalo\\_Soldier/body\\_buffalo\\_soldier.html](http://www.nps.gov/fols/Bufalo_Soldier/body_buffalo_soldier.html). Otras versiones indican que el apodo se derivaba de las pieles de búfalo que llevaban los hombres para protegerse del frío.



214. Daniel K. Gibran, *The 92nd Infantry Division and the Italian Campaign in World War II*, 3.

215. [Krewasky A. Salter](#), *Combat Multipliers: African-American Soldiers in Four Wars*, 80.

216. Denominación que recibían las leyes y prácticas segregacionistas del sur de Estados Unidos en el siglo XIX.  
(*N. del t.*)

217. «History of the Office of the Inspector General in World War II», 1946, CMH, 2-3.6 AA, 2-3, 12.

218. «The Negro in the Navy», 1947, Bureau of Naval Personnel, «United States Naval Administration in WWII», 1.

219. Salter, 82; Matt Schudel, «Frederick C. Branch Was 1st Black Officer in U.S. Marine Corps», 13 de abril de 2005, *WP*, B6.

220. Ulysses Lee, *The Employment of Negro Troops*, 88, 416.

221. Memorando, «War Department policy in regard to negroes», 16 de octubre de 1940, WD, oficina AG, NARA RG 165, E 501, WD, división especial de planificación, corr. general, 291.2, caja 32.



[222](#). «Attitudes of White Enlisted Men Toward Sharing Facilities with Negro Troops», 30 de julio de 1942, SOS, rama de investigación, NARA RG 165, E 501, WD, corr. general, 291.2, caja 32.

223. Hargrove, 4.

224. Memorando, cuartel general, AGF, 20 de julio de 1943, diario del jefe del Estado Mayor, NARA RG 337.

225. Bernard C. Nalty, *Strength for the Fight*, 147.

226. «African Americans in World War II», 1994, ficha descriptiva, comité de conmemoración, 50.º aniversario, segunda guerra mundial.

227. David M. Kennedy, *Freedom from Fear*, 632-633; Lee, 213.

228. Hargrove, 8; artículo, Deton J. Brooks, Jr., *Chicago Defender*, 6 de noviembre de 1943, en *Reporting World War II*, vol. 1, 662; Patrick K.O'Donnell, *Beyond Valor*, 108.

229. *Time*, 10 de julio de 1944, 65, en Bell I. Wiley, «The Training of Negro Troops», 1946, Fuerzas de Tierra de Estados Unidos, sección histórica, estudio n.º 36, 13; «History of the Office of the Inspector General in World War II», 1946, CMH, 2-3.6 AA, 2-3, 12.



230. Alan M. Osur, «Separate and Unequal: Race Relations in the AAF During WWII», 32, 42, 45.

231. Alan M. Osur, «Separate and Unequal: Race Relations in the AAF During WWII», 7.

232. Wiley, «The Training of Negro Troops», iii, 3.

233. Memorando de Gibson a Porter, 6 de agosto de 1945.

234. Wiley, «The Training of Negro Troops», iii, 7.

235. Erna Risch y Chester L. Kieffer, *The Quartermaster Corps: Organization, Supply, and Services*, vol. 2, 168-169; Collins, 190.

236. Lee, 406; Hargrove, vii.

237. Dale E. Wilson, «Recipe for Failure: Major General Edward M. Almond and Preparation of the U.S. 92nd Infantry Division for Combat in World War II», *Journal of Military History*, vol. 56, n.º 3 (julio de 1992), 473.



238. Gibran, 17, 21, 35-36.

239. OH, Edward M. Almond, 16 de noviembre de 1953, Lee Nichols, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 005, 1-8.

240. En una nota adjunta, Lucian Truscott, por aquel entonces comandante del V Ejército, se declaró «totalmente de acuerdo». E. M. Almond, «Combat Effectiveness of Negro Officers and Enlisted Men», 2 de julio de 1945, NARA RG 165,WD, división de planificación especial, corr. general, 291.2, caja 34.

241. Wiley, «The Training of Negro Troops», 8.

242. William Alexander Percy, «Jim Crow and Uncle Sam», *Journal of Military History*, vol. 67, n.º 3 (julio 2003), 773+; <http://www.wpafb.af.mil/museum/history/prewwii/ta.htm>; Benjamin O. Davis, Jr., *Benjamin O. Davis Jr.: American*, 26-28, 75.

243. Herman S. Wolk, «Pantelleria, 1943», *Air Force Magazine*, vol. 85, n.º 6, junio de 2002.

244. Charles E. Francis, *The Tuskegee Airmen*, 85; Stanley Sandler, *Segregated Skies*, 46.

245. Percy, «Jim Crow and Uncle Sam», 773.



246. Lee, 450, 460.

247. Francis, 75.

248. Richard G. Davis, *Carl A. Spaatz and the Air War in Europe*, 294.

249. Percy, «Jim Crow and Uncle Sam», 773.

250. Sandler, 56-57.

251. Francis, 87.

252. La historia oficial del ejército afirmó que habían sido destruidos trece aviones alemanes. Davis y otros contabilizaron sólo doce. Lee, 517; Davis, 104.

253. John C. McManus, *The Deadly Brotherhood*, 246.



254. Diarios del edecán, 29 de enero de 1943; Francis A. Even, «The Tenth Engineers», mcgrf., 1996, propiedad del autor, 34; visita del autor a Borgo Montello, antigua Conca, 7 de mayo de 2004; correo electrónico de S. Casaldi al autor, 28 de junio de 2004; Hugh A. Scott, *The Blue and White Devils*, 103.

255. Diario, 24 de enero de 1944, Don E. Carleton Papers, HIA, caja 1; *CM*, 312; LKT Jr. a Sarah, 25 de enero de 1943, LKT Jr. Papers., GCM Lib, caja 1, carpeta 6.

256. Leyes 28:15; Trevelyan, 74.

257. Jeff R. Stewart, «The Ranger Force at the Battle of Cisterna», 2004, tesis, CGSC, Ft. L, 70; diarios del edecán, 26 de enero de 1943; *CM*, 312.

258. Informe periódico G-2, n.º 130, 5 de febrero de 1944, VI Cuerpo, JPL Papers, MHI, caja 1.

259. Adjunto al informe periódico G-2 n.º 138, 13 de febrero de 1944, VI Cuerpo, JPL Papers, MHI, caja 1.

260. «Estimate of the Situation», 3.<sup>a</sup> DI, G-2, 29 de enero de 1944, Robert W. Black Papers, MHI, caja 2, carpeta 10; Stewart, «The Ranger Force at the Battle of Cisterna», 64; Nicolson, *The Grenadier Guards in the War of 1939-1945*, 399-400.

261. Verney, 69-70; *CM*, 313; Allen, 70.



262. Diario del XIV Ejército, 29 de enero de 1944, «The German Operation at Anzio», abril de 1946, Sección Documental del Ejército Alemán, Div. Espionaje Militar, WD, JPL Papers, MHI, caja 9.

263. «Air Participation in Operation Shingle, Jan. 1-Feb. 15, 1944», octubre de 1945, CARL, N-11614, 10, apéndices K y R.

264. *Calculated*, 295.

265. Anthony J. Abati, «Cisterna di Littoria: A Brave Yet Futile Effort», *Army History*, otoño de 1991, 13+; Lloyd Clark, *Anzio*, 136.

266. Nota sobre operaciones en Carroceto, William R. C. Penney, 29 de enero de 1944, LHC, 8/12.

267. Darby y Baumer, 157.

268. Armbal, 229.

269. OH, William P. Yarborough, 1975, J. R. Meese y H. P. Houser, SOOHP, MHI, 54.



270. Milton Lehman, «The Rangers Died Fighting at Dawn», 11 de marzo de 1944, *Stars and Stripes*, «Combat Reports, 1st Ranger Battalion», USMA micro., MP63-8, rollo 1.

271. Armbal, 227.

272. Martin Blumenson, *Anzio: The Gamble That Failed*, 97.

273. Hans Juergensen, *Beachheads and Mountains*, 24.

274. AAR, «Account of Ranger Force During Period 28 January to 31 January 1944», Cuartel General de la Fuerza de Soldados de Asalto, 2 de febrero de 1944, «Combat Reports, 1st Ranger Battalion», USMA micro., MP63-8, rollo 1.

275. Michael J. King, *William Orlando Darby*, 150-151; Jerome J. Haggerty, «A History of the Ranger Battalion in World War II», 1982, tesis doctoral, Fordham University, MHI, 154; Darby and Baumer, 156.

276. Anthony J. Abati, «Cisterna di Littoria: A Brave Yet Futile Effort», *Army History*, otoño de 1991, 13+; Nicholas J. Grunzweig, «The Operations of the 1st Battalion, 7th Infantry, at Le Mole Creek Near Cisterna», 1949, IS.

[277](#). King, 150-151.



278. James J. Altieri, *Darby's Rangers: An Illustrated Portrayal of the Original Rangers*, 74; Arnbal, 227; «The OSS Detachment at the Anzio Beachhead», NARA RG 226, E 99, Departamento de Historia Oficina de Servicios Estratégicos, caja 39, 1, 4.

279. «The Rangers», *Life*, 2 de julio de 1944, 59+.

280. Donald Downes, *The Scarlet Thread*, 150.

281. Los batallones de soldados de asalto tenían aproximadamente la envergadura de un batallón de infantería normal y se dividían en seis compañías.

282. Michael J. King, «Rangers: Selected Combat Operations in World War II», junio de 1985, CSI, 31.

283. Haggerty, «A History of the Ranger Battalion in World War II», 154; Thomas M. Johnson, «The Army's Fightingest Outfit Comes Home», 5 de noviembre de 1944, *St. Louis Post-Dispatch*, condensado en *Reader's Digest*, diciembre de 1944, 51+.

284. Después de la guerra, el comandante del 4.º Batallón de Soldados de Asalto dijo que Darby consideraba el ataque contra Cisterna «demasiado arriesgado». OH, Roy Murray, 21 de mayo de 1948, SM, CMH, Geog Files, Italia 314.7.

285. David W. Hogan, Jr., *Raiders or Elite Infantry?*, 58, 60.



286. Robert W. Black, *Rangers in World War II*, 150-151; Grunzweig, «The Operations of the 1st Battalion, 7th Infantry».

287. AAR, «Account of Ranger Force»; Diario de la Fuerza de Soldados de Asalto, 29 de enero de 1944, 18.35 horas, «Combat Reports, 1st Ranger Battalion», USMA micro, MP63-8, rollo 1.

288. James Altieri, *The Spearheaders*, 308-310.

289. Darby y Baumer, 157-159; Oscar W. Koch, *G-2: Intelligence for Patton*, 40-43.

290. Diario de la Fuerza de Soldados de Asalto, 30 de enero de 1944; Orden de Campaña n.º 2.

291. AAR, 1.er Batallón de Soldados de Asalto, 31 de marzo de 1944, «Combat Reports, 1st Ranger Battalion», USMA micro., MP63-8, rollo 1; Alvah H. Miller, «The Men of My Command», s. f., en «2004 Reunion Program Book», Fort Wayne, Ind., agosto de 2004, propiedad del autor, 84.

292. Diario de la Fuerza de Soldados de Asalto, 29 de enero de 1944; King, 152; Altieri, *Darby's Rangers*, 75; *StoC*, 391.

293. AAR, 4.º Batallón de Soldados de Asalto, 15 de febrero de 1944, y «Journal of Operations», Batallón de Soldados de Asalto, 22-31 de enero de 1944, Robert W. Black Papers, MHI, caja 4, carpeta 11.



294. Altieri, *Darby's Rangers*, 75; OH, Roy Murray, 21 de mayo de 1948; «Personal Diary of Langan W. Swent», 30 de enero de 1944, Langan W. Swent Papers, HIA, caja 1.

295. Diario de la Fuerza de Soldados de Asalto, 30 de enero de 1944, 4.33 horas, «Combat Reports, 1st Ranger Battalion»; King, 154; Darby y Baumer, 159.

296. James P. O'Reilly, «A Tough Decision», 3.er Batallón de Soldados de Asalto, en Altieri, *Darby's Rangers*, 80, 159-160.

297. Lehman, «The Rangers Died Fighting at Dawn»; Darby y Baumer, 159; Carlo D'Este, *Fatal Decision*, 163; visitas del autor, 7 de mayo de 2004, 30 de noviembre de 2006.

298. Jack Dobson, «With the Rangers at Cisterna», enero de 1945, manifestado a Noland Norgaard, Associated Press, en Altieri, *Darby's Rangers*, 83.

299. Black, 157; Stewart, «The Ranger Force at the Battle of Cisterna», 41; O'Donnell, 90; memorando, «Capture of the First and Third Ranger Battalions», de Charles M. Shunstrom a William O. Darby, 10 de julio de 1944, «Combat Reports, 1st Ranger Battalion», USMA micro., MP638, rollo 1.

300. Stewart, «The Ranger Force at the Battle of Cisterna», 42.

301. Lehman, «The Rangers Died Fighting at Dawn».



302. Altieri, *Darby's Rangers*, 77; memorando, «Capture of the First and Third Ranger Battalions», de Shunstrom a Darby; D'Este, *Fatal Decision*, 165.

303. Stewart, «The Ranger Force at the Battle of Cisterna», 37.

304. Micky T. Romine, «My Life in Combat, and as a POW», s. f., en «2004 Reunion Program Book», 89-89.

305. Milton Lehman, «The Rangers Died Fighting at Dawn».

306. Memorando, «Capture of the First and Third Ranger Battalions», de Shunstrom a Darby.

307. Memorando, «Operation at Sisterna» [sic], Charles M. Shunstrom, s. f., «Combat Reports, 1st Ranger Battalion», USMA micro., MP638, rollo 1; Donald G. Taggart, *History of Third Infantry Division in World War II*, 119; Darby y Baumer, 167.

308. O'Donnell, 91; Black, 159, 164; AAR, 1.er Batallón de Soldados de Asalto, 31 de marzo de 1944.

309. O'Donnell, 91. Algunos testigos oculares afirmaron que los vehículos acorazados alemanes eran tanques. Testimonio de James Robert Dew, 24 de mayo de 1945; Donald Richard Clark, 2 de agosto de 1945; James D. Cooney, 21 de mayo de 1944, todo ello en archivo del caso JAG, disparos en Cisterna, Oficina de Crímenes de Guerra, NARA RG 153, caja 536.



310. Memorando, «Capture of the First and Third Ranger Battalions», de Shunstrom a Darby; King, 156-157; D'Este, 166.

311. Taggart, 115.

312. Stewart, «The Ranger Force at the Battle of Cisterna», 61; Grunzweig, «The Operations of the 1st Battalion, 7th Infantry»; Joseph Edgar Martin, «Memoir of World War II», mcgrf., 2003, propiedad del autor; *Anzio Beachhead*, 31-32. Los soldados de la 3.<sup>a</sup> División obtuvieron cuatro Medallas al Honor más en Cisterna durante la batalla de mayo de 1944; por ello, de 31 de esas condecoraciones concedidas a los soldados de la división durante la segunda guerra mundial, más de una cuarta parte fueron por actos de valor en esta pequeña población italiana. Nathan William White, *From Fedala to Berchtesgaden*, 82; D'Este, 174, 361.

313. King, 156-157; D'Este, 493n.

314. Darby y Baumer, 164.

315. Taggart, 115.

316. Darby y Baumer, 164-165; King, «Rangers», 38-39.

317. Taggart, 115; Altieri, *The Spearheaders*, 312.



318. Black, 160.

319. Taggart, 115; King, 157; Altieri, *The Spearheaders*, 312.

320. Darby y Baumer, 167.

[321](#). Diarios del edecán, 30 de enero de 1944.

[322](#). Scott, 103-104.

323. AAR, 1.er Batallón de Soldados de Asalto; AAR, 15 de febrero de 1944, y «Journal of Operations», 4.º Batallón de Soldados de Asalto, 2231 de enero de 1944, Robert W. Black Papers, MHI, caja 4, carpeta 11; Altieri, *Darby's Rangers*, 76; Darby y Baumer, 159-160.

324. Diario, 30 de enero de 1944, Don E. Carleton Papers, HIA, caja 1.

325. Audie Murphy, *To Hell and Back*, 83, 107, 121; Juergensen, *Beachheads and Mountains*, 18, 23.



326. Don Graham, *No Name on the Bullet*, 52-53.

327. Diario, 30-31 de enero de 1944, Don E. Carleton Papers, HIA, caja 1; diarios del edecán, 30 de enero de 1944; *AAFInWWII*, vol. 3, 349.

328. JJT, XII-9, 11, 15.

329. Scott, 104.

330. Taggart, 117; *Anzio Beachhead*, mapa n.º 7; White, 84; Grunzweig, «The Operations of the 1st Battalion, 7th Infantry»; Darby y Baumer, 167; AAR, 4.º Batallón de Soldados de Asalto, 15 de febrero de 1944, y «Journal of Operations», 4.º Batallón de Soldados de Asalto, 22-31 de enero de 1944; Murphy, 108.

331. *Anzio Beachhead*, 36, mapa n.º 7.

332. JJT, XII-16.

333. Milton Lehman, «The Rangers Fought Ahead of Everybody», *Saturday Evening Post*, 15 de junio de 1946, 50+; D'Este, 169.



334. Película, «Liberation of Rome», 1944, informe de combate n.º 1, NARA RG 111, CR001; O'Donnell, 96; Romine, «My Life in Combat, and as a POW», 88-89.

335. Memorias, Frank Mattivi, s. f., en «2004 Reunion Program Book», 88-89.

336. Parte matinal, 1.er Batallón de Soldados de Asalto, 1 de febrero de 1944, Robert W. Black Papers, MHI, caja 2, carpeta 9; Hogan, 58; *Anzio Beachhead*, 30; Stewart, «The Ranger Force at the Battle of Cisterna», 57.

337. Los cálculos de soldados de asalto fallecidos varían enormemente. Mientras estudiosos como Carlo D'Este sitúan la cifra en trescientos, un informe enviado a la Asociación de Batallones de Soldados de Asalto treinta años después de la batalla asegura, tal vez de manera improbable, que sólo murieron unos doce. D'Este, 169; O'Donnell, 84; Black, 165. Véase también King, «Rangers», <http://www-cgsc.army.mil/carl/resources/csi/King/King.asp#C>.

338. Hogan, 58.

339. Memorando, G. B. Devore, «Armored Replacements», 18 de marzo de 1944, AGF Board AFHQ, DTL, Ft. B.

340. Diario del XIV Ejército, 31 de enero de 1944, 10.

341. Diario, MWC, 30 de enero de 1944, Citadel, caja 65.



342. King, «Rangers», 31; OH, JPL, 24 de mayo de 1948, SM, MHI.

343. Associated Press, 8 de marzo de 1944, citado en Marsha Henry Goff, «Reunion to Bring World War II Rangers to Lawrence», Lawrence [KS], *Journal-World*, 19 de mayo de 2006; Hogan, 58; Ivan Peterman, «Peterman Discloses Story of Lost Rangers at Anzio Beachhead», 15 de abril de 1944, *Philadelphia Inquirer*, 1; AAR, «Mounting and Initial Phase of Operation Shingle», 15 de marzo de 1944, VI Cuerpo, NARA RG 407, 206-3.0, caja 3740.

344. Molony V, 676.

345. Diario, MWC, 4 de febrero de 1944, Citadel, caja 65.

346. H. M. Wilson, «Report by the Supreme Allied Commander Mediterranean», 1946, parte 1, 28.

347. Vaughan-Thomas, 90.

1. Karl Baedeker, *Southern Italy*, 5.

2. Museo Arqueológico Nacional, Cassino; visitas del autor, septiembre de 1995, mayo de 2004, noviembre de 2006; *The Tiger Triumphs*, 50.



3. Tommaso Leccisotti, *Monte Cassino*, 13.

4. David Hapgood y David Richardson, *Monte Cassino*, 238-39; Fred Majdalany, *Cassino: Portrait of a Battle*, 5.

5. <http://www.newadvent.org/cathen/02467b.htm>.

6. Leccisotti, 14-15, 19; «The Abbey of Montecassino», folleto turístico, s. f.

7. StoC, 401; Bradford A. Evans, *The Bombing of Monte Cassino*, 11-12; «Monte Cassino», *The Complete Poetical Works of Henry Wadsworth Longfellow*, <http://www.worldwideschool.org/library/books/lit/poetry/TheCompletePoeticalWorksofHenryWadsworthLongfellow>

8. Leccisotti, 112.

9. *StoC*, 399; Rudolf Böhmler, *Monte Cassino*, 105, 107-113.

10. Hapgood y Richardson, 35.



11. Franz Kurowski, *The History of the Fallschirmpanzerkorps Hermann Göring*, 220.

12. *StoC*, 400-401.

13. Memorando, «The bombing of Monte Cassino Abbey», W. M. Harris, 2 de septiembre de 1949, CMH, Geog Files, Italia, 373.11.

14. Diario, WFST, 27 de diciembre de 1943, CMH, Geog Files, Italia, 373.11.

15. Franz Kurowski, *Battleground Italy, 1943-1945*, 359.

16. Leccisotti, 117; *StoC*, 400-401; diario, WFSt, 17 de noviembre de 1943.

17. Böhmler, 163.

18. Leccisotti, 118.



19. Hapgood y Richardson, 7, 81, 100-101.

20. Memorando, «Monte Cassino Abbey», cuartel general del V Ejército, G-2, 28 de febrero de 1944, en F. Jones, «The Bombing of Monte Cassino, 15 February 1944», 14 de octubre de 1949, Sección de Gabinete Histórico, UK PRO, CAB 106/699, apéndice 3, 69.

21. *StoC*, 401; Fred Majdalany, *Cassino: Portrait of a Battle*, 112-113.

22. Leccisotti, 118.

23. Leccisotti, 118; Herbert Bloch, «The Bombardment of Monte Cassino», 1973, CMH, Geog Files, Italia, 373.11, 411.

24. *StoC*, 367, 374.

25. N. C. Phillips, *Official History of New Zealand in the Second World War: Italy*, vol. 1, 185.

26. «Draft Report on FEC», s. f., SM, CMH, caja 1.



27. «Special Report on Attitude of U.S. Troops Toward French», 8 de marzo de 1944, HQ, SOS, NATOUSA, NARA RG 492, 311.7, caja 931.

28. «Draft Report on FEC».

29. Gregory Blaxland, *Alexander's Generals*, 43.

30. Ralph S. Mavrogordato, «XIV Panzer Corps Defensive Operations Along the Garigliano, Gari, and Rapido Rivers», noviembre de 1955, NARA RG 319, E145, OCMH, serie R, R-78, 57.

31. John Ellis, *Cassino: The Hollow Victory*, 65, 58, 146-147.

32. Molony V, 627.

33. Ian Gooderson, *Cassino 1944*, 65.

34. Informe de operaciones, 3.<sup>a</sup> División argelina, 16 de febrero de 1944, en «French Action and Pertinent Orders, Rapido-Cassino», V Ejército, cuartel general, Robert J. Wood Papers, MHI.



35. Blaxland, 43.

36. Douglas Porch, *The Path to Victory*, 533.

37. Ellis, 149.

38. «Draft Report on FEC»; *StoC*, 372; *Molony V*, 629n.

39. Blaxland, 43.

40. <http://www.army.mil/CMH/topics/apam/100BnWW2.htm>; archivo 201, documentos de Charles W. Ryder, DDE Lib, caja 2.

41. *StoC*, 371.

42. OH, Andrew J. Goodpaster, 17 de agosto de 2004, con el autor, Washington, D.C.



43. AAR, «Attack on Cassino», G. B. Devore, Co C, 760.º Batallón de Tanques, adjunto al 756.º Batallón de Tanques, en el informe n.º 140, junta de las fuerzas terrestres, 3 de abril de 1944, CARL, N-7245-G.

44. John L. Powers, «Crossing the Rapido», *IJ*, mayo de 1945, 50+.

45. Kenneth Maitland Davies, *To the Last Man*, 122.

46. «Historical Narrative and Journal», G-3, 34.ª DI, octubre de 1943-mayo de 1944, documentos de Charles W. Ryder, DDE Lib, caja 4; GK, 1 de febrero de 1944.

47. AAR, 2.º Batallón, 168.º Inf., CMH, Geog Files, 370.2; *StoC*,373, 377.

48. Chester G. Starr, ed., *From Salerno to the Alps*, 108.

49. *StoC*, 374-375.

50. Hapgood y Richardson, 75, 133-135; «The Background of the 135th Infantry», mcgrf., s. f., Iowa GSM; Matthew Parker, *Monte Cassino*, 139.



51. James A. Luttrell, «The Operations of the 168th Infantry in the Rapido River Crossing», 1948, IS.

52. Donald C. Landon, «The Operations of the 2nd Bn, 135th Inf in the Cassino Offensive», 1946, IS.

53. Parker, 144.

54. Belfrad H. Gray, Jr., «The Crossing of the Rapido River and Occupation of Positions Above Cassino by Company I, 168th Infantry», 1947, IS; Davies, 124-125; OH, Howard Kippenberger, 4 y 12 de febrero de 1947, SM, MHI.

55. Majdalany, 85.

56. *StoC*, 382-383; memorias, C. N. «Red» Morgan, 3.er Batallón, 141.º Inf., s. f., página web Texas MFM, [www.kwanah.com/36Division/pstoc.htm](http://www.kwanah.com/36Division/pstoc.htm); Clifford H. Peek, Jr., ed., *Five Years, Five Countries, Five Campaigns*, 47.

57. Molony V, 704.

58. Porch; «34th Division Casualties, Cassino Operation», 15 de febrero de 1944, MWC, corr., Citadel, caja 3.



59. Informes de censura moral, noviembre de 1943-junio de 1944, NARA RG 492, MTO AG, 311.7.

60. GK, 10 de febrero de 1944.

61. Brian Harpur, *The Impossible Victory*, 57.

62. Harold L. Bond, *Return to Cassino*, 82.

63. «Historical Narrative and Journal», G-3, 34.<sup>a</sup> DI.

64. G. R. Stevens, *Fourth Indian Division*, 284; *StoC*, 374.

65. Bond, 101-103.

66. B. Smith, «Waltonia», mcngrf., 1981, IWM, 67/254/1.



67. William Shakespeare, *Enrique IV*, parte 2, 2.º acto, escena 2.ª.

68. Robert Capa, *Slightly Out of Focus*, 116.

69. OH, Paul Adams, 1975, Irving Monclova y Marlin Lang, MHI, SOOHP.

70. Nicholas M. Bozic, «36th Infantry Division, Salerno to Rome», mcngf., s. f., Texas MFM.

71. Hal Reese, IG, 36.<sup>a</sup> DI, «Intermission at Cassino», s. f., Texas MFM. El teniente coronel Reese murió cerca de Anzio tres meses después.

72. G. L. Hanssen, *The Hanssens of Eastern Iowa*, 32-33, 39-44, 47.

73. Pyle, 127, 134-135.

74. James Tobin, *Ernie Pyle's War*, 132.



75. OH, Harold Alexander, 10-15 de enero de 1949, SM, CMH, II23; *StoC*, 383.

76. Memorias, P. Royle, mcngrf., 1972, IWM, 99/72/1, 108.

77. Thomas Drake Durrance, «Battle for the Abbey», mcgrf., s. f., propiedad del autor.

78. Paul Fussell, *Wartime*, 274-275.

79. Nigel Nicolson, *Alex: The Life of Field Marshal Earl Alexander of Tunis*, 248.

80. C. L. Sulzberger, *A Long Row of Candles*, 236.

81. Martha Gellhorn, *The Face of War*, 131.

82. Howard H. Peckham y Shirley A. Snyder, *Letters from Fighting Hoosiers*, vol. 2, 76.



83. Warren P. Munsell, Jr., *The Story of a Regiment*, 40.

84. Klaus H. Huebner, *A Combat Doctor's Diary*, 51.

85. Memorias, Anthony «Butch» Buccieri, 133.º Regimiento de Infantería, escrito por John F. Sackheim, 2001, VHP.

86. *StoC*, 380; C. Richard Eke, «A Game of Soldiers», *IWM*, 92/1/1, 91-92.

87. Blaxland, 55; Parker, 152.

88. Memorias, Henry E. Gardiner, mcgrf., s. f., USMA Arch, 208; memorando de N. P. Morrow a L. J. McNair, 28 de enero de 1944, junta de las fuerzas terrestres, NARA RG 407, E 427, NATOUSA.

89. «Operations in Italy, January 1944», 142.º Regimiento de Infantería, MHI, 603-142, 9.

90. Samuel David Spivey, *A Doughboy's Narrative*, 84.



91. Memorias, Gardiner, 214.

92. June Wandrey, *Bedpan Commando*, 85.

93. Ivan Dmitri, *Flight to Everywhere*, 145.

94. Maurice R. P. Bechard, «This Is an Account of What Was to Be», mcgrf., s. f., 16.º Batallón de Ingenieros Acorazado, 1.ª DA, ASEQ, MHI, 2.

95. Neil McCallum, *Journey with a Pistol*, 142.

96. J. B. Tomlinson, «Under the Banner of the Battleaxe», mcngrf., s. f., IWM, 80/29/1, 105, 139,144; Parker, 207; C. T. Fram, «The Littlest Victory», mcngrf., s. f., IWM 85/19/1, 72.

97. Lawrence Durrell, de *Sicilian Carousel*, en Alcie Leccese Powers, *Italy in Mind*, 82.

98. Walter Bernstein, *Keep Your Head Down*, 149.



99. *StoC*, 380.

100. AAR, II Cuerpo, enero de 1944, NARA RG 407, E 427, 2020.3, 15.

101. Peckham y Snyder, 68.

102. Cyril Ray, *Algiers to Austria*, 119.

103. Durrance, «Battle for the Abbey», 16.

104. N. P. Morrow, «Field Artillery Technique and Procedure», 7 de enero de 1944, informe de observador de las fuerzas terrestres, archivo n.º 56, NARA RG 337, caja 52; N. P. Morrow, «Employment of Artillery in Italy», *FAJ*, agosto de 1944, 499+; «Lessons in Combat», 34.<sup>a</sup> DI, septiembre de 1944, Iowa GSM, 47.

105. «AFHQ Intelligence Notes No. 63», 13 de junio de 1944, NARA RG 407, E 47, 95-AL1-2.18.

106. Carl Rollyson, *Nothing Ever Happens to the Brave*, 193.



107. Ray, 118; Spike Milligan, *Mussolini: His Part in My Downfall*, 255.

108. Alex Bowlby, *The Recollections of Rifleman Bowlby*, 26.

109. Douglas Allanbrook, *See Naples*, 180.

110. Ben Shephard, *War of Nerves*, 237.

111. «Lessons from the Italian Campaign», 14 de abril de 1944, 1.<sup>a</sup> FES, Robert D. Burhans Papers, HIA, caja 7.

112. Maurice R. P. Bechard, «This Is an Account of What Was to Be», mcngf., s. f., 16.º Batallón de Ingenieros Azcorazado, 1.ª DA, ASEQ, MHI, 2.

113. Fussell, 183.

114. John Muirhead, *Those Who Fall*, 101.



115. B. Smith, «Waltonia», mcgrf., 1981, IWM, 67/254/1.

116. Memorias, P. Royle, mcngrf., 1972, IWM, 99/72/1, 106.

117. Харур, 65.

118. Paul Freyberg, *Bernard Freyberg, V.C.*, 458.

119. *Tiny* significa «diminuto» en inglés. (*N. del t.*)

120. W. G. Stevens, *Freyberg, the Man*, 103, 35.

121. H. Essame, «A Controversial Campaign-Italy, 1943-45», *Army Quarterly and Defence Journal*, enero de 1968, 219+.

122. Stevens, *Freyberg, the Man*, 96.



[123](#). Freyberg, 112-113.

124. Peter Singleton-Gates, *General Lord Freyberg VC*, 8; necrológica, «Gen. Lord Freyberg, British Leader at Monte Cassino», *Washington Star*, 5 de julio de 1963.

125. Michael Carver, ed., *The War Lords*, 583.

126. Freyberg, 186-187.

127. Lisa Chaney, *Hide-and-Seek With Angels: A Life of J. M. Barrie*, 316.

128. Freyberg, 51.

129. Stevens, *Freyberg, the Man*, 56-57.

130. Stevens, *Freyberg, the Man*, 60, 76.



131. Freyberg, 62-63.

132. «Operations of N.Z. Corps on the Fifth Army Front», 1.<sup>a</sup> parte, mayo de 1944, HQ, AAI, UK NA, CAB 106/366, 4.

133. E. D. Smith, *The Battles for Cassino*, 65.

134. Phillips, 178-179; Majdalany, 102-103; B. Smith, «Waltonia», mcngrf., 1981, IWM, 67/254/1.

135. Molony V, 706-707.

136. *Battle*, 193; Phillips, 222; Hapgood y Richardson, 151.

137. Howard Kippenberger, *Infantry Brigadier*, 356. Toker consideraba a Freyberg «valiente como un león», pero «no un planificador de batallas y sí un fastidio en combate». Raleigh Trevelyan, *Rome '44*, 133.

138. Bishenwar Prasad, ed., *Official History of the Indian Armed Forces in the Second World War, 1939-1945: The Campaign in Italy, 1943-1945*, 98.



139. Bishenwar Prasad, ed., *Official History of the Indian Armed Forces in the Second World War, 1939-1945: The Campaign in Italy, 1943-1945*, 105; F. Jones, «The Bombing of Monte Cassino, 23-25; «The Bombing of Cassino Abbey», 1965, monografía para la historia oficial, UK NA, CAB 101/229, 7.

140. Singleton-Gates, 277.

141. GK, 11 de febrero de 1944.

142. Diario, MWC, 4 de febrero de 1944, Citadel, caja 65.

143. Informes de censura moral, noviembre de 1943-junio de 1944, NARA RG 492, MTO AG, 311.7.

144. Censo de la cabeza de playa, D+10, JPL Papers, MHI, caja 12; Pyle, 173.

145. Francesco Rossi y Silvano Casaldi, *Those Days at Nettuno*, frontispicio; Fred Sheehan, *Anzio: Epic of Bravery*, 102; *Anzio Beachhead*, 113.

146. Edmund F. Ball, *Staff Officer with the Fifth Army*, 294.



147. «Engineer History, Fifth Army, Mediterranean Theater», s. f., MHI, 81.

148. Trevelyan, 152.

149. Flint Whitlock, *The Rock of Anzio*, 179.

150. Diario, William Russell Hinckley, febrero de 1944, propiedad del autor.

151. «Background Material, Historical Branch G-2», s. f., ASF, intendente general, rama de información técnica, CMH, 000.75, 3.

152. Pyle, 168, 188; F. J. Lowry, «The Naval Side of the Anzio Invasion», *Proceedings*, enero de 1954, 22+.

153. Justin F. Gleichauf, *Unsung Sailors: The Naval Armed Guard in World War II*, 293.

154. Roberta Love Tayloe, *Combat Nurse*, 80.



155. Charles M. Wiltse, *The Medical Department: Medical Service in the Mediterranean and Minor Theaters*, 275.

156. Testimonio de Paul Sauer, s. f., V Ejército, oficina de crímenes de guerra, NARA RG 153, caja 530.

157. Sheehan, 166.

158. «Fifth Army Medical Service History», febrero de 1945, CMH, 19-20, 23.

159. «Fifth Army Medical Service History», 24.

160. Carlo D'Este, *Fatal Decision*, 2; diario del XIV Ejército, 5 de febrero de 1944, en «The German Operation at Anzio», sección documental del ejército alemán, Div. Espionaje Militar, WD, MHI, documentos de JPL, caja 9; corr. de George H. Reville, Jr., a su esposa, 5 de febrero de 1944, propiedad del autor.

161. George C. Harper, «The World War II Years», mcgrf., 1999, 16.º Batallón de Ingenieros Acorazado, 1.ª DA, MHI, ASEQ, 27.

162. Pyle, 160; Malcolm Munthe, *Sweet Is War*, 182.



163. David Cole, *Rough Road to Rome*, 199.

164. Charles F. Marshall, *A Ramble Through My War*, 64.

165. Diario, Robert M. Marsh, 11 de febrero de 1944, 81.º Batallón de Reconocimiento Acorazado, 1.ª DA, MHI, ASEQ.

166. Paul Dickson, *War Slang*, 113+; Ball, 295; William J. Sweet, Jr., «Operations of the 2nd Battalion, 504th Parachute Infantry Regiment, on the Anzio Beachhead», 1947, IS.

167. Munthe, 182.

168. George Forty, *M4 Sherman*, 67.

169. Paul W. Brown, *The Whorehouse of the World*, 392-393; T. Moffatt Burriss, *Strike and Hold*, 87.

170. Cole, 205.



171. Tom Roe, *Anzio Beachhead*, 43, 53.

172. John Lardner, «Anzio, February 10th», en *The New Yorker Book of War Pieces*, 262.

173. John Lardner, «The Show at Anzio», en John Stenbuck, ed., *Typewriter Battalion*, 117.

174. GK, 25 de marzo de 1944.

175. Donald G. Taggart, ed., *History of the Third Infantry Division in World War II*, 125.

176. Lloyd Clark, *Anzio*, 144.

177. George Aris, *The Fifth British Division, 1939 to 1945*, 210-211, 239; Cole, 198.

178. Sweet, «Operations of the 2nd Battalion, 504th Parachute Infantry Regiment».



179. Trevelyan, 222.

180. Lloyd M. Wells, *From Anzio to the Alps*, 83.

181. Allan Jaynes, «Mud, Misery and Messerschmitts», mcngf., 1990, 45.<sup>a</sup> DI.

182. «The 30 Years of Army Experience of Thomas E. Hannum», mcgrf., s. f., 91.º Batallón de Artillería Acorazado, 1.ª DA, MHI, ASEQ, 74; Pyle, 194; Peter Verney, *Anzio 1944*, 86.

183. Diario del ejército, 3, 5, 12 de febrero de 1944.

184. AAR, 3.<sup>a</sup> Brigada de Infantería, 30 de enero-14 de febrero, 1944, UK NA, CAB 106/850.

185. Sheehan, 94.

186. Wynford Vaughan-Thomas, *Anzio*, 96.



187. Verney, 98.

188. D. J. L. Fitzgerald, *History of the Irish Guards in the Second World War*, 268, 275.

189. Robley D. Evans *et al.*, «American Armor at Anzio», 1949, AS, Ft. K, tabla; AAR, «Report on Action at Campoleone», 3.<sup>a</sup> Brigada de Infantería, 21 de febrero de 1944, Philip L. E. Wood Papers, LH, Wood 2/1.

190. Vaughan-Thomas, 106; *StoC*, 396; diario del XIV Ejército, 4 de febrero de 1944; *Anzio Beachhead*, 46.

191. *Anzio Beachhead*, 55.

192. Nigel Nicolson, *The Grenadier Guards in the War of 1939-1945*, vol. 2, 408.

193. Nigel Nicolson, *The Grenadier Guards in the War of 1939-1945*, vol. 2, 39.

194. Verney, 137, 142.



195. D'Este, 222.

196. Diario del XIV Ejército, 8 de febrero de 1944.

197. David Erskin, *The Scots Guards, 1919-1955*, 216-217, 221.

198. *StoC*, 396.

199. *Anzio Beachhead*, 55; Vaughan-Thomas, 124; Erskin, 223.

200. Trevelyan, 157.

201. Visita del autor, 7 de mayo de 2004.

202. Rossi y Casaldi, 159; JPL, 367.



203. Marshall, 38, 41.

204. James Parton, 351.

205. «Mediterranean Allied Air Forces in Operation shingle, 1 Jan18 March '44», 1945, CMH, 5-1 DA, 23-24.

206. JPL, 360, 365.

207. JPL, 369.

208. Rossi y Casaldi, 169.

209. Mensaje de JPL a MWC, 9 de febrero de 1944, 20.40 horas, JPL Papers, MHI, caja 12; Verney, 23; Molony V, 751.

210. OH, MWC, 10-21 de mayo de 1948, SM, MHI, 76.



[211](#). OH, JPL, 24 de mayo de 1948, SM, MHI.

[212](#). Diario, William R. C. Penney, 29 de enero de 1944, LH, 8/11, 8/14.

213. D'Este, 221.

214. Trevelyan, 157.

215. Molony V, 738.

216. Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. 7, *Road to Victory, 1941-1945*, 666; Winston S. Churchill, *Closing the Ring*, 488.

[217](#). Vaughan-Thomas, 111.

218. *Anzio Beachhead*, 61.



219. Verney, 128-129; Nicolson, *The Grenadier Guards*, 386; diario, William R. C. Penney, 29 de enero de 1944, LH, /19.

220. *CM*, 329.

[221](#). Vaughan-Thomas, 127; diario, William R. C. Penney, 29 de enero de 1944, LH, 8/11, y mensaje de JPL a Penney, 11 de febrero de 1944, 8/20.

[222](#). Molony V, 736.

223. Sheehan, 111; Whitlock, 171.

[224. Sulzberger, 229-230.](#)

225. Sheehan, 124.

226. Betsy Wade, ed., *Forward Positions: The War Correspondence of Homer Bigart*, 37.



[227](#). Vaughan-Thomas, 146.

228. «Censorship Takes Anzio», *Time*, 28 de febrero de 1944, 46.

[229](#). Vaughan-Thomas, 147.

230. JPL, 378-379.

[231](#). Diario del XIV Ejército, 13 de febrero de 1944.

232. Visita del autor, 1 de diciembre de 2006; Fritz Meske, «The Anzio-Nettuno Bridgehead: A German Account», *Die Wehrmacht*, 8 de marzo de 1944, en *MR*, junio de 1944.

233. *Anzio Beachhead*, 67; «German Version of the History of the Italian Campaign», CARL, N-16671.1-3, 90; *StoC*, 420; Vaughan-Thomas, 156.

234. Ralph S. Mavrogordato, «The Battle for the Anzio Beachhead», abril de 1958, NARA RG 319, E 145, OCMH, serie R, R-124, 11,13.



235. Vaughan-Thomas, 156; *StoC*, 419.

236. Diario del XIV Ejército, 13 y 15 de febrero de 1944.

237. Eberhard von Mackensen, «Field Fortifications Around the Anzio-Nettuno Beachhead», 1950, MHI, FMS, n.º C-061, 7.

238. Mensaje de la División Hermann Göring, 14 de febrero de 1944, en informe G-2 del VI Cuerpo, n.º 148, JPL Papers, MHI, caja 1.

239. Sheehan, 124.

240. D'Este, 192.

241. Henry Kaufman, *Vertrauensmann*, 20.

242. Whitlock, 185, 190.



243. Informe periódico G-n.º 141, 16 de febrero de 1944, JPL Papers, MHI, caja 1.

244. Resumen de espionaje semanal G-2, n.º 77, 12 de febrero de 1944, AFHQ, NARA RG 407, E 427, 95-AL1-2.6; F. H. Hinsley *et al.*, *British Intelligence in the Second World War*, 190-193; Ralph Bennett, *Ultra and the Mediterranean Strategy*, 267-268; James H. Cook, Jr., «The Operations of Company I, 179th Infantry, in the Vicinity of the Factory, Anzio Beachhead», 1949, IS.

245. *StoC*, 420-21; Whitlock, 187.

246. Fitzgerald, 335.

247. «Defense of a Position by 2nd Battalion, 157th Infantry, 45th Division», s. f., AGF Board, NARA RG 407, 95-USF1-2.0, caja 253; Ralph E. Niffenegger, «The Operations of the 3rd Platoon, Company G, 157th Infantry, Astride the Anzio-Albano Road», 1949, IS; Wells, 62-69; Vaughan-Thomas, 180.

248. Sheehan, 119, 159-161.

249. Burriss, 75.

250. John Embry, «A Time to Honor», mcgrf., s. f., 160.º Batallón de Artillería, 45.ª DI Mus; Ball, 308.



251. Molony V, 745.

[252](#). Diario del XIV Ejército, 16 de febrero de 1944.

253. Sheehan, 159; N. P. Morrow, «Employment of Artillery in Italy», 499; *Anzio Beachhead*, 90.

254. *StoC*, 421.

255. Cook, «The Operations of Company I, 179th Infantry».

256. «Diary Notes of Gen. McLain», 18 de febrero de 1944, MHI, entrevistas OCMH WWII Europa.

257. Whitlock, 227; Munsell, 55.

258. Wells, 57-58.



259. Roe, 62.

260. Walter Karig, *Battle Report: The Atlantic War*, 284.

261. *AAF in WWII*, vol. 3, 356.

262. Whitlock, *Anzio*.

263. Corr. de John P. O'Malley a Yarborough, s. f., CJB, «Chrono. File: Sicily», caja 48.

264. R. Close-Brooks, «Anzio Beach-Head», mcngrf., 1946, James Scott Elliott Papers, LH, 4.

265. Robert A. Guenther, «The Operations of Company F, 180th Infantry, Six Days Previous to and During the Major German Offensive», 1948, IS.

266. Whitlock, 199.



267. Walter Fries, «29th Panzer Grenadier Division, February 1944», 1947, FMS, n.º D-141, MHI, 7-10; Edward A. Raymond, «The Caves of Anzio», *FAJ*, diciembre de 1944, 851+; Starr, ed., 154; Whitlock, 224.

268. Cook, «The Operations of Company I, 179th Infantry».

269. Molony V, 745.

270. D'Este, 504n.

271. MWC, 16 de febrero de 1944, Citadel, caja 65.

272. Mark M. Boatner III, *The Biographical Dictionary of World War II*, 399.

[273](#). OH, James M. Wilson Jr., ex edecán de Truscott, 23 de abril de 2004, con el autor, Washington, D.C.; JPL, 386.

274. «Historical Record, Headquarters VI Corps, February 1944», 27 de abril de 1944, LKT Jr., documentos, GCM Lib, caja 13, carpeta 2.



275. J. W. Totten, «Anzio Artillery», mcngrf., 1946, CGSC, Ft. L, CARL, N-2253.6, 14; Fitzgerald, 346.

276. William Seymour, *Yours to Reason Why*, 268-271.

[277](#). Embry, «A Time to Honor», 142.

278. Nicolson, *The Grenadier Guards*, 412.

279. Wiley H. O'Mohundro, «From Mules to Missiles», mcgrf., s. f., MHI, 55.

280. Verney, 174.

281. R. Close-Brooks, «Anzio Beach-Head», mcngrf., 1946, James Scott Elliott Papers, LH, 4.

282. Diario del XIV Ejército, 17 y 18 de febrero de 1944.



283. Molony V, 748.

284. Vaughan-Thomas, 171-174.

285. George F. Howe, *The Battle History of the 1st Armored Division*, 297; William L. Allen, *Anzio: Edge of Disaster*, 112-113.

286. E. N. Harmon, *Combat Commander*, 7, 12, 32.

287. Necrológica, *Assembly*, diciembre de 1980, ENH; *Register of Graduates and Former Cadets*, 1989 ed., 314; OH, ONB, s. f., Kitty Buhler, MHI, 182.

288. OH, Hamilton H. Howze, abril de 1973, Robert T. Reed, SOOHP, MHI, 49.

289. *Texas*, 209.

[290](#). Corr. de E. N. Harmon a JPL, 12 de febrero de 1944, ENH, caja 1.



291. Jack F. Wilhm *et al.*, «Armor in the Invasion of North Africa», 1950, AS, Ft. K.

292. Whitlock, 235.

293. Howe, 299.

294. *Anzio Beachhead*, 86; Fries, «29th Panzer Grenadier Division, February 1944», 7-10; Vaughan-Thomas, 178.

295. Molony V, 749.

296. Fritz Wentzell, «The Italian Campaign from August 1943 to February 1945», diciembre de 1945, CMH, Geog Files, Italia, 370.2, 43.

[297](#). Diario del XIV Ejército, 20 de febrero de 1944.

298. *Anzio Beachhead*, 91.



299. *StoC*, 424.

300. Whitlock, 248; Lawrence D. Collins, *The 56th Evac Hospital*, 169.

301. JPL, 393.

302. John Keegan, ed., *Churchill's Generals*, 120-121; mensaje de DDE a GCM, 16 de febrero de 1944, SM, MHI, caja 2.

303. OH, MWC, 10-21 de mayo de 1948, SM, MHI, 77.

304. OH, Alexander, 10-15 de enero de 1949, II-18.

305. Diario, MWC, 22, 26 de febrero de 1944, MWC Papers, Citadel, caja 65.

306. John North, ed., *The Alexander Memoirs, 1940-1945*, 126.



307. Diarios del edecán, 18 de febrero de 1944, LKT Jr., Citadel, caja 18, carpeta 3.

308. C. Webber, «Observers' Notes on the Italian Campaign», 14 de junio de 1944, NARA RG 337, E 15A, informes de observación de las fuerzas de tierra, n.º 112, caja 55, 4.

309. OH, Theodore J. Conway, 1977, Robert F. Ensslin, SOOHP, MHI, III-10; OH, Harry O. Paxson, noviembre de 1981, Herbert M. Hart, CEOH, 119-121; correo electrónico, Silvano Casaldi al autor, 16 de febrero de 2005; memorando, R. W. Komer, «Report on Historical Observation in the Field», 24 de febrero de 1944, en «Report on Activities of the Historical Section, Fifth Army», noviembre de 1945, Chester G. Starr Papers, HIA, caja 1.

310. JPL, 394; CM, 328; OH, James M. Wilson, Jr., 23 de abril de 2004, con el autor, Washington, D.C.; diario, carta adjunta de JPL a su hijo, 1 de enero de 1946, MHI.

311. Diarios del edecán, 11 y 14 de febrero de 1944, LKT Jr., Citadel, caja 18, carpeta 3; OH, Walter T. Kerwin, Jr., 1 de noviembre de 2004, con el autor, Washington, D.C.; CM, 325. Kerwin ascendió al rango de cuatro estrellas.

312. OH, JPL, 24 de mayo de 1948, SM, MHI.

313. *CM*, 328; diario, MWC, 24 de febrero de 1944, Citadel, caja 65.

314. Diario, Don E. Carleton, 22 de febrero de 1944, HIA, caja 1; corr. LKT Jr. a Sarah, 8 de marzo de 1944, LKT Jr., documentos, GCM Lib, caja 1, carpeta 6.



315. OH, Theodore J. Conway, 1977, Robert F. Enslin, SOOHP, MHI, III-10.

316. Diario, MWC, 22 de febrero de 1944, MWC Papers, Citadel, caja 65.

317. El V-mail estadounidense, o Airgraph en el caso de los británicos, era un procedimiento mediante el cual se fotografiaban las cartas de los soldados o de sus familiares, que se copiaban en microfilm para su posterior impresión, de modo que se ahorraba espacio en el ya de por sí atestado transporte aéreo. (*N. del t.*)

318. MWC a Ann Clark, 27 de febrero de 1944, corr. personal, Citadel.

319. MWC a Renie, 27 de febrero de 1944, corr. personal, Citadel.

320. *Anzio Beachhead*, 99; corr. de John W.O'Daniel a Hal C. Pattison, 3 de septiembre de 1964, NARA RG 319, OCMH, 2-3.7 CC3, caja 256; Hugh A. Scott, *The Blue and White Devils*, 109.

321. Vaughan-Thomas, 182.

322. «Summary of Activities», 1 de junio de 1944, NATOUSA, división de análisis y control, CMH.



[323](#). Molony V, 750; memorando de H. Alexander a MWC, 26 de febrero de 1944, Robert T. Frederick Papers, HIA, caja 1.

324. Fritz Wentzell, «The Italian Campaign from August 1943 to February 1945», 20-23.

325. Parton, 356.

326. Molony V, 747n; J. W. Totten, «Anzio Artillery», 10; Walter Kühn, «The Artillery at Anzio-Nettuno», marzo de 1947, FMS, n.º D158, CARL, N-17500.838.2, 11-15; memorando de H. Alexander a MWC, 26 de febrero de 1944, Robert T. Frederick Papers, HIA, caja 1; OH, Edward J. O'Neill, 22 de junio de 1948, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 005.

327. Arthur R. Harris, «The Bigger They Are the Harder They Fall», *FAJ*, mayo-junio de 1938, 229; Joseph M. Kolisch, informe de interrogatorios a prisioneros de guerra, 29 de febrero de 1944, n.º 405, cuartel general del V Ejército, NARA RG 337, E 15A, informe de observador de las fuerzas de tierra n.º 93, caja 53; Andrew Brookes, *Air War over Italy, 1943-1945*, 60.

328. Walter von Unruh, «Inspection of the Italian Theater of War», 1947, FMS, n.º D-016, MHI, 34-35.

329. Siegfried Westphal, «The Italian Campaign», cap. 13, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 9.

330. Westphal, «The Italian Campaign».



331. A. G. Steiger, «The Italian Campaign, 4 Jan-4 June 1944», julio de 1948, informe n.º 20, sección histórica del cuartel general del ejército Canadiense, MHI Lib, 17.

332. Rossi y Casaldi, 192.

333. Daniel Lang, «Letter from Rome», *New Yorker*, 24 de junio de 1944, 52+; Roe, 73.

334. Fitzgerald, 321.

335. Capturado el 7 de febrero de 1944, Paul Freyberg huyó y acabó refugiándose en Ciudad del Vaticano. Freyberg, 465, 470-471.

336. Trevelyan, 146.

337. *StoC*, 397.

338. «The Bombing of Cassino Abbey», CAB 101/229, 16.



339. Memorando del 15.º Grupo de Ejércitos a MWC, 10 de enero de 1944, V Ejército, archivo AG n.º 105-32.7, SM, MHI.

340. «Preservation of Works of Art in Italy», 8 de mayo de 1944, Henry C. Newton Papers, MHI, caja 4.

341. Solly Zuckerman, *From Apes to Warlords*, 211.

342. Robert Wallace, *The Italian Campaign*, 120.

343. «The Damaged Neapolitan Churches», mcgrf., s. f., y corr. de Herbert L. Matthews, *NYT*, con DDE, 17 de noviembre de 1943, en informe mensual, Comisión de Control Aliado, subcomisión de monumentos, bellas artes y archivos, 9 de julio de 1944, ambos en Henry C. Newton Papers, MHI, caja 4.

344. «The Bombing of Cassino Abbey», CAB 101/229, 18.

345. Wallace, 120.

346. Mariscal de campo lord Carver, *The Imperial War Museum Book of the War in Italy, 1943-1945*, 144-145.



347. «The Bombing of Cassino Abbey», CAB 101/229, 20.

348. «Monte Cassino Bombing», diciembre de 1944, cuartel general del V Ejército, CMH, Geog Files, Italia, 373.11.

349. *StoC*, 408.

350. John Ezard, «Error Led to Bombing of Monte Cassino», *Guardian*, Reino Unido, 4 de abril de 2000, 5.

351. OH, Ira Eaker, febrero de 1975, Hugh N. Ahmann, AFHRA, K239.0512-829, 444-447.

352. North, ed., 120.

353. Hapgood y Richardson, 185, 164.

354. Anexo de espionaje, cuartel general del V Ejército, 14 de febrero de 1944, en Evans, *The Bombing of Monte Cassino*.



355. Diario, MWC, 14 de febrero de 1944, Citadel, caja 65.

356. GK, 2-5, 10, 12, 14 de febrero de 1944; *StoC*, 405.

357. Corr. de MWC a GK, 4 de febrero de 1944, NARA RG 200, «Personal-Official File», 130/76/1/4, caja 3.

358. Freyberg, 458; memorando, A. Gruenther, «Monte Cassino Abbey Bombing», 12 de febrero de 1944, MWC, Citadel, caja 3, carpeta 5.

359. Diario, MWC, 4 de febrero de 1944, Citadel, caja 65; memorando, MWC, 13 de febrero de 1944, Citadel, caja 3, carpeta 5.

360. *StoC*, 407; *Calculated*, 318.

361. Hapgood y Richardson, 172.

362. North, ed., 121, 130.



363. Memorando, MWC, 13 de febrero de 1944, Citadel, caja 3, carpeta 5.

364. Molony V, 713.

365. Phillips, 207.

366. Hapgood y Richardson, 191.

367. Bloch, «The Bombardment of Monte Cassino», 403.

368. Frido von Senger und Etterlin, *Neither Fear nor Hope*, 198-199, 208.

369. Frido von Senger und Etterlin, *Neither Fear nor Hope*, 198-199, 208.

370. «Small World», fragmento de la cadena CBS, 1959, moderado por Edward R. Murrow; Hapgood y Richardson, 39.



371. <http://www.islandfarm.fsnet.co.uk/index.html>.

372. Senger, 5-6, 130, 163-67, 202; Boatner, 497-97; Frido von Senger und Etterlin, «War Diary of the Italian Campaign», 1953, FMS, n.º C095b, MHI, 40-41, 78; *StoC*, 407.

373. Hapgood y Richardson, 174.

374. Senger, «War Diary of the Italian Campaign», 69. La historia británica oficial acusó más tarde a Senger de exagerar con fines efectistas. Molony V, 629n.

375. Senger, *Neither Fear nor Hope*, 227, 198-199.

376. Hapgood y Richardson, 175; <http://www.movies-and-more.ch/movies/1943/103327.php>.

377. Barnett, ed., 381.

378. Molony V, 713.



379. Evans, 22.

380. Homer R. Ankrum, *Dogfaces Who Smiled Through Tears*, 430.

381. *AAFinWWII*, vol. 3, 363.

382. *StoC*, 411.

383. Durrance, «Battle for the Abbey», 10.

384. Bloch, «The Bombardment of Monte Cassino», 407.

385. *Mountain Inferno*, 743.

386. Hapgood y Richardson, 213.



387. Frank Gervasi, *The Violent Decade*, 560.

388. Durrance, «Battle for the Abbey», 12-13.

389. *StoC*, 414; Böhmler, 166.

390. Majdalany, 128, 131-132.

391. Leccisotti, 119-121; Hapgood y Richardson, 205, 209.

392. Molony V, 713.

393. Leccisotti, 125.

394. Bloch, «The Bombardment of Monte Cassino», 406-407.



395. Majdalany, 133-135; Böhmler, 169-170.

396. Hapgood y Richardson, 211; visita del autor, museo de la abadía de Monte Cassino, 1 de octubre de 1995; Molony V, 713.

397. *StoC*, 411.

398. «Monte Cassino Bombing», diciembre de 1944, cuartel general del V Ejército, CMH, Geog Files, Italia, 373.11.

399. Phillips, 218-219; Katriel Ben Arie, *Die Schlacht Bei Monte Cassino, 1944*, 201.

400. Majdalany, 150, 152; Hapgood y Richardson, 218.

401. «Operations of N. Z. Corps on the Fifth Army Front», 8-9.

402. «The Bombing of Cassino Abbey», CAB 101/229, 14; Smith, 78; Stevens, *Fourth Indian Division*, 285.



403. Majdalany, 142.

404. «The Bombing of Cassino Abbey», 28.

405. Carver, 143; Hapgood y Richardson, 153; corr. de D. R. E. R. Bateman a F. Toker, 18 de febrero de 1959, IWM 72/117/1.

406. Majdalany, 144.

407. Prasad, ed., 106-107; «Operations of N.Z. Corps on the Fifth Army Front», 9; Molony V, 714; Stevens, 287-290; *The Tiger Triumphs*, 47-48.

408. OH, Kippenberger, 4 y 12, 1947.

409. Phillips, 237; «Operations of N.Z. Corps on the Fifth Army Front», 15-16; Carver, 146-148.

410. Prasad, ed., 111.



411. Carver, 151.

412. Senger, *Neither Fear nor Hope*, 206; Molony V, 713.

413. *StoC*, 417.

414. Jones, «The Bombing of Monte Cassino, 15 February 1944», 25-38.

415. Mensaje de Wilson a los jefes del Estado Mayor británico, en «Monte Cassino Bombing», diciembre de 1944, cuartel general del V Ejército, CMH, Geog Files, Italia, 373.11.

416. John G. Norris, «Cassino Abbey Attack Order Laid to Briton», *WP*, 4 de septiembre de 1949, 1.

417. Memorando, guerra psicológica, s. f., Wallace Carroll Papers, LOC, caja 1, carpeta 2, 12-15.

418. Senger, «War Diary of the Italian Campaign», 83-84.



419. «Monte Cassino Bombing», diciembre de 1944, cuartel general del V Ejército, CMH, Geog Files, Italia, 373.11.

420. Hapgood y Richardson, 172, 224.

421. Phillips, 220; Bloch, «The Bombardment of Monte Cassino», 386.

422. J. F. C. Fuller, *The Second World War, 1939-1945*, 272; Brian Holden Reid, «The Italian Campaign, 1943-1945: A Reappraisal of Allied Generalship», *Journal of Strategic Studies*, marzo de 1990, 128+.

423. Allanbrook, 175.

424. Reid, «The Italian Campaign», 128.

425. Phillips, 241.

426. Mensaje de GCM a J. L. Devers, 18 de febrero de 1944, «Eyes Only, General Devers, Incoming», NARA RG 492, MTOUSA, SGS, caja 135.



427. George Gallup, «Public Would Bomb Religious Buildings», *NYT*, 19 de abril de 1944, 3.

428. *Texas*, 330.

1. Donald Downes, *The Scarlet Thread*, 166.

2. Frank Gervasi, *The Violent Decade*, 562-563; Karl Baedeker, *Southern Italy and Sicily*, 27; Roger A. Freeman, *The American Airman in Europe*, 36.

3. Norman Lewis, *Naples '44*, 93, 152, 187; obituario, <http://www.telegraph.co.uk/news/main.jhtml?xml=%2Fnews%2F2003%2F07%2F23%2Fdb2301.xml>.

4. H. V. Morton, *A Traveller in Southern Italy*, 234, 273; Betsy Wade, ed., *Forward Positions: The War Correspondence of Homer Bigart*, 230; F. Majdalany, *The Monastery*, 52.

5. Alton D. Brashear, *From Lee to Bari*, 175.

6. Alan Moorehead, *Eclipse*, 69; Paul W. Pritchard, «Smoke Generator Operations in the Mediterranean and European Theaters of Operation», s.f., CMH, 4-7.1 FA 1, 49; Brooks E. Kleber y Dale Birdsell, *The Chemical Warfare Service: Chemicals in Combat*, 331; OH, Robert J. Wood, 1973-1974, William E. Narus, SOOHP, MHI, 3-25.



7. Margaret Bourke-White, *Purple Heart Valley*, 35; Lewis, 100.

8. Paul W. Brown, *The Whorehouse of the World*, 6.

9. C. Richard Eke, «A Game of Soldiers», IWM, 92/1/1, 102.

10. Lloyd M. Wells, *From Anzio to the Alps*, 31; Masayo Umezawa Duus, *Unlikely Liberators*, 115; «History of the Peninsular Base Section», 1944, CMH, 8-4 HA 1.

11. C. Richard Eke, «A Game of Soldiers», IWM, 92/1/1, p. 99.

12. Gervasi, 562; Joseph Edgar Martin, «Memoir of World War II», mcgrf., 2003, propiedad del autor, II-19; Brashear, 172.

13. Memorando, Office of the Special Service Office, 29 de abril de 1944, MWC, Citadel, caja 3; Eugenia M. Kielar, *Thank You, Uncle Sam*, 80; Ralph G. Martin, *The G.I. War, 1941-1945*, 119.

14. Fred Howard, *Whistle While You Wait*, 120-21.



15. Corr. de Jon Clayton a su familia, 14 de febrero de 1944, ASEQ, 7th Inf Regt, 3rd ID, MHI.

16. Lawrence D. Collins, *The 56th Evac Hospital*, 105.

17. Walter L. Medding, «The Road to Rome», mcgrf., s. f., CEOH, caja X-38, 56.

18. Richard S. Malone, *A Portrait of War, 1939-1943*, 204; Martin, 118.

19. John Guest, *Broken Images*, 164.

20. «Settled Front», *Time*, 1 de mayo de 1944, 27; Bourke-White, 101; Harold L. Bond, *Return to Cassino*, 135-136; Brashear, 171.

[21](#). Memorias de Aidan Mark Sprot, mcgrf., 1947, LH 109-0 y 117.

22. Moorehead, 69.



23. Eric Sevareid, *Not So Wild a Dream*, 419.

24. Robert Capa, *Slightly Out of Focus*, 110; Collins, 131, 140; Paul A. Cundiff, *45th Infantry CP*, 164; diario de William Russell Hinckley, AAF, marzo de 1944, propiedad del autor.

25. [Guest](#), 166-167; [Bourke-White](#), 102.

26. Kielar, 73; Robert W. Komer, «Civil Affairs and Military Government in the Mediterranean Theater», 1954, CMH, 2-3.7 AX, VI-26; «British Administrative History of the Italian Campaign», apéndice, «distribution of civil supplies», 1946, NARA RG 94, E 427, 95-USF2-5.0.

27. Bill Mauldin, *The Brass Ring*, 211.

28. *Reporting World War II*, vol. 2, 39; Raleigh Trevelyan, Rome '44, 159.

29. «History of the Peninsular Base Section»; Brashear, 171; Edward D. Churchill, *Surgeon to Soldiers*, 295.

30. Moorehead, 70.



31. Albert E. Cowdrey, *Fighting for Life*, 122.

32. *A Military Encyclopedia: Based on Operations in the Italian Campaign, 1943-1945*, HQ, 15th Army Group, s. f., CARL, N-11069-1, 518.

33. Harry L. Coles y Albert K. Weinberg, *Civil Affairs: Soldiers Become Governors*, 325-326.

34. Informe mensual, AMG, Departamento de Salud Pública y de Bienestar, región 3, diciembre de 1943, NARA RG 226, E 99, OSS oficina de historia, caja 3.

35. Minutas, del «typhus committee», 7 de enero de 1944, Nápoles, NARA RG 331, AFHQ micro., R-235-D, job 78; Robert M. Hill y Elizabeth Craig Hill, *In the Wake of War*, 22; «Fifth Army Medical History», mcngf., s. f., NARA RG 112, 390/17/8/2-3, caja 6, 100.

36. «History of the Peninsular Base Section»; James Phinney Baxter III, *Scientists Against Time*, 368; «The ASF in World War II», mcgrf., s. f., CMH, 3-1.1A AA, IV-3; Coles y Weinberg, 325-326; Malcolm S. McLean, «Adventures in Occupied Areas», mcgrf., 1975, MHI, 71.

37. James Stevens Simmons, «How Magic Is DDT?», *Saturday Evening Post*, 6 de enero de 1945, 18+. Al descubrirse posteriormente las graves consecuencias ambientales que provocaba, el DDT se prohibiría en Estados Unidos a principios de la década de 1970.

38. «Operations of British, Indian and Dominion Forces in Italy», parte V, s. f., UK NA, CAB 106/453, II-1.



39. Corr. de Graham Erdwurm, antiguo oficial de la OSS, al autor, 5 de enero de 2004.

40. Peter Schrijvers, *The Crash of Ruin*, 181.

41. Spike Milligan, *Mussolini: His Part in My Downfall*, 157.

42. «Fifth Army Medical History», 71, 75.

43. Hill y Craig, 56; «History of the Peninsular Base Section»; «Observations at P.B.S.», mcgrf., s. f., NARA RG 492, MTO, pm, gen'l corr, 290/54/26/2, caja 2209.

44. Brashear, 168-169.

45. Hill Harr, *Combat Boots*, 52.

46. Charles M. Wiltse, *The Medical Department: Medical Service in the Mediterranean and Minor Theaters*, 258; Lewis, 112 .



47. Don Graham, *No Name on the Bullet*, 74; «Logistical History of NATOUSA/MTOUSA», noviembre de 1945, NARA RG 407, E, 427, 95-AL1-4, caja 203, 299-300; «Fifth Army Medical History», 81-86.

48. «Operations of British, Indian and Dominion Forces in Italy», parte V, s. f., UK NA, CAB 106/453, II-1.

49. Wiltse, 258; OH, Albert Kenner, 27 de mayo de 1948, FCP, MHI .

50. Eric Lax, *The Mold in Dr. Florey's Coat*, 227-228.

51. Gervasi, 563.

52. Corr., G. Erdwurm al autor, 5 de enero de 2004.

53. Brown, *The Whorehouse of the World*, 253, 290; «History of the Peninsular Base Section».

54. «Fifth Army Medical Service History», 78.



55. Trevelyan, 295; «Observations at P.B.S.»; Wiltse, 336; informe de N. P. Morrow, 26 de febrero de 1944, VI Personnel Center, NARA RG 407, E 427, 95-USF1-2.0, informe al consejo de AGF.

56. Memoria, Edward R. Feagins, mcgrf., s. f., 143rd Inf, Texas MFM, 30.

57. Phillip Knightley, *The First Casualty*, 320.

58. «Beachheads and Mountains», MTO panfleto de junio de 1945, Theodore J. Conway Papers, MHI.

59. Eric Larrabee, *Commander in Chief*, 120.

60. Bernard C. Nalty *et al.*, *With Courage*, 137.

61. Alan Gropman, ed., *The Big L*, 89-93; Henry F. Pringle, «Weapons Win Wars», mcgrf., s. f., WD, CMH, 2-3.7 A.B.B, 159; James A. Huston, *The Sinews of War*, 477.

62. Richard Overy, *Why the Allies Won*, 195; *Logistics in World War II*, 95.



63. Harold Larson, «Handling Army Cargo in the Second World War», mcgrf., 1945, CMH, 4-13.1 AA 19, 5.

64. OH, LeRoy Lutes, 12 de noviembre de 1974, Maclyn Burg, DDE Lib, OH-408, II-108.

65. Marvin A. Kreidberg y Merton G. Henry, *History of Military Mobilization in the United States Army, 1775-1945*, 674-675.

66. Carne procesada y enlatada de ínfima calidad. (*N. de la t.*)

67. Overy, 254.

68. OH, Frederick E. Morgan, s. f., FCP, MHI.

69. Brehon B. Somervell, «Army Service Forces», 9 de agosto de 1943, NARA RG 334, «Records of Interservice Agencies», NWC Library, ANSCOL, L-1-43, caja 167; Lee B. Kennett, *G.I.: The American Soldier in World War II*, 96-97.

70. Correspondencia B. B. Somervell a DDE *et al.*, 23 de marzo de 1945, y de E. S. Hughes a B. B. Somervell, 26 de abril de 1943, NARA RG 336, ASF, programa de archivos históricos, director de transportes, 190/22/30/00, caja 58.



71. Lewis, 119.

72. «Logistical History of NATOUSA/MTOUSA», 159, 176; memorando, sin firmar, dirigido a Walter A. Hardie, 28 de diciembre de 1944, NARA RG 492, MTO, pm, gen'l corr, 333, 290/54/26/2, caja 2209.

73. Gervasi, 566; Charles F. Marshall, *A Ramble Through My War*, 119.

74. Hill and Hill, 17, 38.

75. Informe «Port of Naples», HQ, SOS, 11 de septiembre de 1944, NARA RG 492, MTO, pm, gen'l corr, 333, 290/54/26/2, caja 2209.

76. Schrijvers, 122.

77. Lewis, 134-135.

78. <http://www.britannica.com/eb/article-52981>.



79. Richard M. Leighton y Robert W. Coakley, *Global Logistics and Strategy: 1940-1943*, 14.

80. Overy, 198.

81. Gropman, ed., 91.

82. [Ibidem](#), pp. 54-55.

83. John Ellis, *Brute Force*, xviii.

84. Walter Warlimont, «The Drive on Rome», septiembre de 1951, FMS, n.º C-097a, MHI, 11.

85. «The German System of Supply in the Field», febrero de 1946, AFHQ, G-2, CARL, N-13305.1, 92, 85, 123.

86. Max Wehrig, «Duties and Operation of the Italian Section of the Chief of Wehrmacht Motor Transportation», 1947, FMS, n.º D-126, MHI, 23.



87. «The German System of Supply in the Field», 86, 106, 135.

88. Albert Kesselring *et al.*, «German Version of the History of the Italian Campaign», s. f., CARL, N-16671.1-3, 227.

89. Hans Henrici, «The Use of Italian Industry in the Service of German Munitions Production», marzo de 1947, FMS, n.º D-015, MHI, 1-2.

90. OH, Francis Oxx, comandante del PBS, 21 de mayo de 1948, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 005; msg, SOS NATOUSA a PEMBARK, 9 de febrero de 1944, NARA RG 331, AFHQ micro., R-369-F, caja 216.

91. William G. Ashmore, «Supply Planning for Beachhead Operations», *Quartermaster Review*, enero-febrero de 1945, 18+.

92. «Ordnance Activities in the Mediterranean Theater of Operations», noviembre de 1942-junio de 1945, CMH, 5.

93. Robert Wagner, *The Texas Army*, 195.

94. E. R. Keller, «Quartermasters-Battle Proved», *Quartermaster Review*, mayo-junio de 1944, 24+.



95. Leighton y Coakley, 14.

96. Janusz Piekalkiewicz, *The Battle for Cassino*, 10.

97. Martha Gellhorn, *The Face of War*, 126-127.

98. Christopher Buckley, *Road to Rome*, 308.

99. E. D. Smith, *The Battles for Cassino*, 99.

100. Tito Livio, *The War with Hannibal*, (*La guerra de Aníbal*) 117118;  
<http://www.greektexts.com/library/Plutarch/Fabius/eng/print/502.html>.

101. Smith, 96; mariscal de campo lord Carver, *The Imperial War Museum Book of the War in Italy, 1943-1945*, 151; Bishenwar Prasad, ed., *Official History of the Indian Armed Forces in the Second World War, 1939-1945: The Campaign in Italy, 1943-1945*, 117.

102. Andrew Brookes, *Air War over Italy*, 71.



103. Diario, MWC, 28 de febrero de 1944, Citadel, caja 65. Clark, hasta que esta responsabilidad fue delegada en otros comandantes, había supervisado asimismo los planes de desembarco en el sur de Francia, que finalmente se llevarían a cabo en agosto de 1944.

104. Battle, 209.

105. Smith, 98.

106. Prasad, ed., 119.

107. Ian Gooderson, *Cassino 1944*, 93.

108. *StoC*, 435.

109. Mensaje de H. Arnold a I. Eaker y J. Devers, 24 de febrero de 1943, NARA RG 492, MTOUSA, SGS, «Eyes Only, General Devers, Incoming», caja 135.

110. James Parton, «Air Force Spoken Here», 372.



[111](#). Corr. entre H. Arnold y I. Eaker, s. f., NARA RG 319, OCMH, CA, caja 6.

112. OH, Ira C. Eaker, 1972, Joe B. Green, SOOHP, MHI; Mark M. Boatner III, *The Biographical Dictionary of World War II*, 145.

113. Air Support of Fifth Army for Rapido River and Cassino Attacks», 7 de abril de 1944, HQ, Fifth Army, centro de control del apoyo aéreo, MHI, Robert J. Woods Papers, «Report on Cassino Operations».

114. Corr. entre I. Eaker y H. Arnold, 6 de marzo de 1944, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 6.

115. *StoC*, 434-435.

116. *StoC*, 434-435.

117. N. C. Phillips, *Official History of New Zealand in the Second World War*, vol. 1, 244.

118. Charles C. Bates y John F. Fuller, *America's Weather Warriors*, 78-80, 283n.



119. Phillips, 252-253, 254-257, 261.

120. Howard Kippenberger, *Infantry Brigadier*, 360.

121. Fred Majdalany, Cassino: *Portrait of a Battle*, 1970.

[122](#). Phillips, 252-253.

123. General sir Sidney Chevalier Kirkman, article on 3rd and 4th Cassino, *Proceedings*, Royal Artillery Historical Society, enero de 1969, 94.

124. Rudolf Böhmler, *Monte Cassino*, 208; Robert Geake, «Mule Pack Trains in Italy», *Cavalry Journal*, marzo y abril de 1944, 74.

125. «Lessons from the Italian Campaign», 10 de marzo de 1944, NARA RG 407, E 427, NATOUSA, 95-USF1-04, caja 250; Lewis A. Riggins, «Report on Italian Campaign», 31 de diciembre de 1943, DTL, Ft. B, 5.

126. «History of the Peninsular Base Section».



127. Phillips, 258-259.

128. Diario de MWC, 15 de marzo de 1944, Citadel, caja 65.

129. Bates y Fuller, 257.

130. Prasad, ed., 127. Sir George Donald Bradman (1908-2001), jugador de críquet australiano y uno de los mayores bateadores de todos los tiempos. En 1940 se incorporó a la Fuerza Aérea Australiana, de donde sería retirado del servicio por enfermedad en el año 1941. (*N. de la t.*)

131. Parton, 373.

132. Harold Macmillan, *War Diaries*, 374.

133. Rupert Clarke, *With Alex at War*, carta fotocopiada.

134. *Calculated*, 330; diario de MWC, 15 de marzo de 1944, Citadel, caja 65.



135. Memorando de «JDB» a MWC, 14 de marzo de 1944, MWC, corr., Citadel, caja 3.

136. «Small World», CBS, 1959.

137. Diario de MWC, 27 de febrero de 1944, Citadel, caja 65.

138. MWC a Renie, 5 de marzo de 1944, MWC, corr. personal, Citadel.

139. «Small World», CBS, 1959.

140. GK, 13 de marzo de 1944; diario de MWC, 1 de marzo.

141. 8 de marzo.

142. 11 de marzo de 1944.



143. Citadel, caja 65.

144. MWC a Renie, 10 de febrero de 1944, en una nota de Renie Clark a GCM, 23 de febrero de 1944, GCM Papers, GCM Lib, corr., caja 61; MWC a Renie, 8 de marzo de 1944, MWC, corr., Citadel.

145. J. B. Tomlinson, «Under the Banner of the Battleaxe», mcgrf, s. f., IWM, 90/29/1, 126.

146. James Parton, «The Bombardment of Cassino, 15 de marzo de 1944, MAAF», octubre de 1944, CARL, N-6058; Brookes, 78; *StoC*, 410.

147. Parton, 373.

148. Matthew Parker, *Monte Cassino*, 182.

149. Smith, 103.

150. «The Bombardment of Cassino», 1 de octubre de 1944, AFHRA, 622.310-4, 6-7, 24.



151. B. Smith, «Waltonia», mcngrf., 1981, IWM 67/254/1.

152. Paul Freyberg, *Bernard Freyberg, V.C.*, 466.

153. Phillip Knightley, *The First Casualty*, 326-330.

154. Parton, «The Bombardment of Cassino, March 15, 1944», CARL, N-6058.

155. «The Bombardment of Cassino», AFHRA, 8.

156. Diario de MWC, 15 de marzo de 1944, Citadel, caja 65.

157. OH, H. Alexander, 10 al 15 de enero de 1949, SM, CMH, II-4.

158. Discurso de Ira C. Eaker, 15 de marzo de 1944, «Blue Network», transcripción de MWC, corr. Citadel, caja 3.



159. Memorando del oficial de AA al jefe del Estado Mayor, cuartel general del V Ejército, 15 de marzo de 1944, en «The Bombardment of Cassino», octubre de 1944, CARL, N-6058; mensaje de A. P. Juin a MWC, 16 de marzo de 1944, MWC, Citadel, caja 3.

160. Clark, pie de foto.

161. Rowland Ryder, *Oliver Leese*, 160.

162. Memorando «Summary of Reports of Bombing Behind Our Lines», HQ, MAAF, 17 de marzo de 1944, en «The Bombardment of Cassino», octubre de 1944, CARL, N-6058; «Draft Report on FEC», s. f., CMH, SM, caja I; Brookes, 74. En el informe de bajas que recibió Clark el 17 de marzo se contaban 75 aliados muertos y 250 heridos, aunque estas cifras parecen no estar completas. *StoC*, 441n; Molony V, 785; «Report on Effect of Bombing and Shelling of Cassino, March 15, 1944», HQ, Fifth Army, 7 de abril de 1944, MHI, Robert J. Woods Papers; Brookes, 74; «The Bombardment of Cassino», AFHRA, 29.

163. «Report on Effect of Bombing and Shelling of Cassino, March 15, 1944».

164. Planificación del bombardeo, HQ, MAAF, sección de análisis de operaciones, 5 de abril de 1944, en Parton, «The Bombardment of Cassino».

165. «The Bombardment of Casino», AFHRA, 7.

166. «Report of Investigation, Cassino Operation», HQ, USAAF, MTO, 12 de abril de 1944, en «The Bombardment of Cassino»; «The Bombardment of Cassino», AFHRA; Parton, 375; Molony V, 785.



167. Parton, 373; informe de los interrogatorios, Richard Heidrich, 13 de noviembre de 1946, Canadian Military HQ, MHI, SM, caja 2.

168. *The Tigre Triumphs*, 52.

169. Phillips, 345.

170. *StoC*, 442.

171. Böhmler, 210-211.

172. *StoC*, 443.

173. Trevelyan, 199.

174. «The Bombardment of Cassino», AFHRA, 32.



175. Molony V, 785.

176. «The Bombardment of Cassino», 1944, MAAF, UK NA, AIR 8/1358, 11-12.

177. Memorando de I. H. Crowne a L. Norstad, «Preliminary Memorandum on Cassino», 23 de mayo de 1944, HQ, MAAF, Lauris Norstad Papers, DDE Lib, caja 1.

178. «Operations of N.Z. Corps on the Fifth Army Front», mayo de 1944, HQ, AAI, parte I, UK NA, CAB 106/366, 25; James Parton, «The Bombardment of Cassino».

179. Informe del interrogatorio de Richard Heidrich; memorando de Crowne a Norstad, «Preliminary Memorandum on Cassino».

180. Böhmler, 213.

181. Trescientos cincuenta tanques aliados: Phillips, 269-271, 298, 305, 336.

182. Molony V, 787.



183. Phillips, 272.

184. «Operations of N.Z. Corps», 28; Parton, «The Bombardment of Cassino».

185. *StoC*, 443; «Operations of N.Z. Corps», 26; Majdalany, *Cassino*, 179.

186. John H. Green, «The Battles for Cassino», *AB*, n.º. 13, 1976, 1+; Phillips, 289, 347; «Report on Cassino Operations», 5 de junio de 1944, HQ, Fifth Army, Robert J. Wood Papers, MHI, 16; Smith, 116.

187. «Operations of N.Z. Corps», 28.

188. Dharm Pal, *The Campaign in Italy, 1943-1945*, 129; «Operations of N.Z. Corps», 27.

189. Majdalany, Cassino, 201.

190. Phillips, 349.



191. Parker, 254.

192. *The Tiger Triumphs*, 61-63.

193. C. M. Emeis, «Report on Italian Campaign», 15 de junio de 1944, NARA RG 337, AGE, informes de observadores, n.º 111, caja 55, 12. Majdalany, *Cassino*, 201.

194. Molony V, 794.

195. Prasad, ed., 131; Böhmler, 235.

196. Smith, 7, 126-127.

197. Diario de MWC, 17 de marzo de 1944, Citadel, caja 65; Phillips, 299-301; Molony V, 793; Smith, 122.

198. Diario de MWC, 17, 18 y 23 de marzo de 1944, Citadel, caja 65.



199. Phillips, 352.

200. Majdalany, *Cassino*, 186; Smith, 125; Prasad, ed., 132.

201. «Operations of N.Z. Corps», 31-32, 41-42.

202. Molony V, 800.

203. Phillips, 323; *The Tiger Triumphs*, 59; Robert S. Rush, *The U.S. Infantryman in World War II*, 131.

204. Smith, 127.

205. Majdalany, *Cassino*, 190-191; Stevens, 303.

206. Parker, 237.



207. *The Tiger Triumphs*, 56-57.

208. Parker, 241.

209. Prasad, ed., 135; Green, «The Battles for Cassino», 1+; Molony V, 797. Stevens, 305.

210. Green, «The Battles for Cassino», 1.

211. AAR, «The Attack on Albenette House», s. f., Co.D, 760th Tank Bn, en «Report No. 140, Army Ground Forces Board, AFHQ NATO», 3 de abril de 1944, CARL, N-7245-G.

212. Prasad, ed., 137; Phillips, 311.

213. The Battles for Cassino», 1+.

214. «The Attack on Albenette House».



215. Pal, 137.

216. Frido von Senger und Etterlin, «War Diary of the Italian Campaign», 1953, FMS, n.º C-095b, MHI, 102-3;  
Frido von Senger und Etterlin, *Neither Fear nor Hope*, 226.

[217](#). Senger, Neither Fear nor Hope, 214-215.

218. Smith, 119.

219. Molony V, 791, 802; Böhmler, 233.

220. Böhmler, 233-235.

[221. Phillips, 304-305.](#)

[222](#). Majdalany, *Cassino*, 188.



223. Prasad, ed., 136.

224. Senger, «War Diary of the Italian Campaign», 101; Senger, *Neither Fear nor Hope*, 216; Molony V, 793-794, 802-803.

225. Stevens, 96.

226. Phillips, 316.

227. Freyberg, 467.

228. Smith, 132.

229. <http://www.catholicforum.com/saintS/saintb02.htm>; diario de MWC, 21 y 22 de marzo de 1944, Citadel, caja 65.

230. Winston S. Churchill, *Closing the Ring*, 509.



231. Arthur Bryant, *Triumph in the West*, 127; «Report on Cassino Operations», 21.

232. Majdalany, *Cassino*, 193.

233. Memorando de A. Gruenther a I. Eaker, 5 de abril de 1944, en «The Bombardment of Cassino», CARL, N-6058; diario de MWC, 23 de marzo de 1944, Citadel, caja 65.

234. «Notes on Conversation Between Commander 13 Corps and Lieut. Col. Nangle, commanding 1/9 Ghurka Rifles», mcngf., 28 de mayo de 1944, en el diario del general sir Sidney Chevalier Kirkman, enero a septiembre de 1944, LHC.

235. Trevelyan, 207.

236. Smith, 138.

237. Kirkman, artículo sobre 3.º y 4.º Cassino, 94.

238. «Operations of N.Z. Corps», 43-44.



239. Molony V, 801n; Majdalany, *Cassino*, 204, 209.

240. Smith, 138.

241. Senger, «War Diary of the Italian Campaign», 93.

242. Trevelyan, 208.

243. Prasad, ed., 142; Phillips, 341; Molony V, 803. Durante las tres últimas semanas de marzo, la 1.<sup>a</sup> División de Paracaidistas y la 15.<sup>a</sup> División de Granaderos Panzer informaron de 1.800 bajas, pero en los once días que se prolongó la batalla por Cassino en marzo, las bajas alemanas se estimaron en alrededor de 1.200.

244. Parton, 360; GK, 24 de marzo de 1944.

245. *StoC*, 447.

246. Molony V, 806; Smith, 141.



247. Phillips, 344.

248. Brian Holden Reid, «The Italian Campaign, 1943-1945: A Reappraisal of Allied Generalship», *Journal of Strategic Studies*, marzo de 1990, 128+.

249. OH, Andrew J. Goodpaster, 17 de agosto de 2004, autor.

250. OH, Robert J. Wood, 4 y 15 de marzo de 1948, SM, MHI.

251. «Report on Cassino Operations», 5 de junio de 1944, HQ, Fifth Army, Robert J.Wood Papers, MHI, 21.

252. Phillips, 338.

253. Molony V, 806n, 835, 852.

254. Chester G. Starr, ed., *From Salerno to the Alps*, 120.



255. Phillips, 339.

256. J. F. C. Fuller, *The Second World War, 1939-1945*, 272; Reid, «The Italian Campaign, 1943-1945», 128+; Smith, 144.

257. *Calculated*, 331; corr. de E. N. Harmon a MWC, 28 de marzo de 1944, ENH, caja 1.

258. Fuller, 274.

259. Churchill, *Closing the Ring*, 509.

260. Senger, *Neither Fear nor Hope*, 219.

261. Parker, 69.

262. Howard H. Peckham and Shirley A. Snyder, eds., *Letters from Fighting Hoosiers*, vol. 2, 71.



263. Corr. 324th Service Group, s. f., informes de censura moral, NARA RG 492, MTO, AG, 311.7.

264. Trevelyan, 1; Severeid, 417; John Muirhead, *Those Who Fall*, 4, 122.

265. Diario de John G. Wright, conductor del American Field Service, 29 de mayo de 1944, propiedad del autor, 26.

266. Schrijvers, 77.

[267](#). Correo electrónico de David Roberts al autor, 23 de mayo de 2003.

268. J. Glenn Gray, *The Warriors*, 139, 164.

269. Schrijvers, 77.

270. John B. Romeiser, ed., *Combat Reporter*, 211.



271. Wagner, 64.

272. Collins, 97.

273. Trevelyan, 149.

274. Quentin Reynolds, *The Curtain Rises*, 212.

275. «Comment Sheets», informes de la censura, NARA RG 492, MTO G-2, caja 387.

[276](#). Diario de Norman Lee Baldwin, 13 de diciembre de 1943, HIA, N. L. Baldwin Papers.

277. Annette Tapert, ed., *Lines of Battle*, 124.

278. John Patrick Carroll-Abbing, *But for the Grace of God*, 63.



279. Daniel Lang, «Letter from Rome», New Yorker, 15 de julio de 1944.

280. Jane Scrivener, *Inside Rome with the Germans*, 26.

281. Scrivener, 60, 134-135.

282. Robert Katz, *The Battle for Rome*, 205-219.

283. Trevelyan, 229-230.

284. [George F. Botjer](#), *Sideshow War*, 103.

285. Scrivener, 36.

286. Walter von Unruh, «Inspection of Italian Theater of War», 1947, FMS, n.º D-016, MHI, 17.



287. Walter Warlimont, «OKW Activities-The Italian Theater, 1 Apr.-31 Dic.,1944», s. f., FMS, n.º C-099b, MHI, 13.

288. Michael Burleigh, *The Third Reich*, 741-742.

289. Richard Lamb, *War in Italy, 1943-1945*, 41-42, 55.

290. Botjer, 100.

291. Trevelyan, 62, 117.

292. Alessandro Portelli, *The Order Has Been Carried Out*, 85-86; Martin Gilbert, *The Second World War*, 467; Katz, 71-75; Dan Kurzman, *The Race for Rome*, 61; página web del U.S. Holocaust Memorial Museum Web, artículos sobre Italia y Roma, <http://www.ushmm.org/wlc/en/>.

293. C. R. S. Harris, *Allied Administration of Italy, 1943-1945*, 170.

294. Trevelyan, 229.



295. Robert H. Adleman y George Walton, *Rome Fell Today*, 81-82.

296. «Contributions of Italy Toward the Allied War Effort», 31 de agosto de 1945, OSS, MHI Lib, 38n.

297. Kurt Mälzer, «The Problem of Rome During the Fighting Near Anzio-Nettuno», enero de 1948, FMS, n.º D-314, MHI, 8.

298. Botjer, 92.

299. Trevelyan, 229.

300. Katz, 283, 276.

301. Botjer, 95.

302. Scrivener, 148.



303. [Ibíd.](#), 152.

304. Trevelyan, 287; Portelli, 125.

305. Lang, «Letter from Rome».

306. Trevelyan, 97; Kurzman, 183.

307. Anthony Cave Brown, *The Last Hero*, 492.

308. Riccardo Luzzatto, *Unknown War in Italy*, 114.

309. «History of Special Operations (Air) in the Mediterranean Theater», s. f., U.K., NARA RG 94, E 427, 95-USF-2-0.3.0, 270/50/2930/G-1, 5.

310. Eugene Warner, «Morale Operations, Report for 16-30 April 1944», HQ 2677th HQ Co., OSS, MO Branch, NARA RG 226, OSS History Office, E 99, caja 25, carpeta 1, 1-9.



311. Actividades de la OSS marzo de 1944, NATOUSA, NARA RG 226, E 99, OSS History Office, caja 122; Anthony Cave Brown, ed., *The Secret War Report of the OSS*, 222.

312. «Italian Operations Centering on Rome», s. f., NARA RG 226, OSS History Office, E, 99, caja 41; Carl J. Friedrich, ed., *American Experiences in Military Government in World War II*, 133.

313. Patrick K. O'Donnell, *Operatives, Spies, and Saboteurs*, 62.

314. Katz, 49.

315. [http://muse.jhu.edu/cgibin/access.cgi?url=/journals/annual\\_of\\_bernard\\_shaw\\_studies/v024/24.1carter.html](http://muse.jhu.edu/cgibin/access.cgi?url=/journals/annual_of_bernard_shaw_studies/v024/24.1carter.html).

316. Diario de Peter Tompkins, enero de 1944, NARA RG 226, E 99, OSS History Office, 190/6/10/7, caja 47, 21, 42, 49.

317. «Peter Tompkins, Author», obituario, *WP*, 1 de febrero de 2007, B-6.

318. Katz, 144,



319. Peter Tompkins, «The OSS and Italian Partisans in World War II», *Studies in Intelligence*, primavera de 1998, <http://www.cia.gov/csi/studies/spring98/OSS.html>.

320. Brown, *The Last Hero*, 487-88, 495; «Italian Operations Centering on Rome».

321. Diario de Tompkins, febrero y marzo de 1944, 55-58, 77, 61, 67, 70-71, 130; Brown, ed., 202; Brown, *The Last Hero*, 494.

322. «Contributions of Italy Toward the Allied War Effort», 26-27; «The Resistance Movement in German-Controlled Italy», CCS Joint Intel Committee, 8 de marzo de 1944, resumen semanal n.º 61, NARA RG 334, NWC Lib, caja 326; Luzzatto, 80-82.

323. Canción compuesta en el año 1912, cuyo título original era «Yip J addy J ay», letra de Hill D. Cobb, música de John H. Flynn. La letra de la versión alemana, fue una adaptación de Alfred Schönfeld. (*N. de la t.*)

324. Katz, 204.

325. Diario de Tompkins, 127-128; Portelli, 134.

326. Katz, 49-51, 57-62; Portelli, 161; visitas del autor, 10 de mayo de 2004, 1 de diciembre de 2006.



[327](#). Transcripción del juicio por crímenes de guerra de Albert Kesselring, febrero a abril de 1947, Venice, NARA RG 492, MTO, AG HQ, 290/53/32/5-6, 000.5, boxes 816-818; Katz, 62, 72, 224.

328. Trevelyan, 213.

[329](#). Diario de Tompkins, 127-128.

330. Portelli, 136-137, 139; Katz, 68.

331. Trevelyan, 213.

332. Katz, 58-62.

333. Transcripción del juicio de Kesselring.

334. Kurzman, 176.



335. Portelli, 142.

336. Transcripción del juicio de Kesselring.

337. Ibidem; Kenneth Macksey, *Kesselring: The Making of the Luftwaffe*, 207; Lamb, 57.

338. Katz, 101, 116-118.

339. Lamb, 59.

340. Trevelyan, 222; Portelli, 150, 175.

341. [http://www.johnkeats.com/biografie/chapter\\_viii.htm#last\\_days\\_and\\_death](http://www.johnkeats.com/biografie/chapter_viii.htm#last_days_and_death).

342. Portelli, 7.



343. Transcripciones del juicio de Kesselring.

344. Katz, 140-142; Portelli, 28.

345. Botjer, 100.

346. Katz, 273.

347. Lamb, 61; «Under the German Yoke», mcngf., s. f., CEOH, X39, 12-13, 16.

348. Memorando de Wallace Carroll a «Bannes», Psychological Warfare Bureau, 31 de mayo de 1944, Wallace Carroll Papers, LOC, caja 1, carpeta 6.

349. Diario de Tompkins, 19 de enero de 1944; declaración del hermano de Robert Pace, octubre de 1946, NARA RG 492, JAG oficina de crímenes de guerra, caja 2046; Portelli, 191.

350. Portelli, 188, y sobrecubierta del archivo de la Associazione Nazionale tra le Famiglie Italiane dei Martiri.



351. Trevelyan, 230.

1. Charles C. Bates y John F. Fuller, *America's Weather Warriors*, 257, 282n.

2. William Murray, «Naples: Variations on a Neapolitan Air», *NYT*, 19 de noviembre de 2000.

3. Tom Gidwitz, «The Hero of Vesuvius», 2005, [http://www.vesuvius.tomgidwitz.com/html/the\\_hero\\_of\\_vesuvius.html](http://www.vesuvius.tomgidwitz.com/html/the_hero_of_vesuvius.html), capítulo 7; «Activity of Vesuvius Between 1631 and 1944», [http://vulcan.fis.uniroma3.it/vesuvio/1944eng\\_text.html](http://vulcan.fis.uniroma3.it/vesuvio/1944eng_text.html); «Vesuvioinrete, il portale del vulcano Vesuvio», [http://www.vesuvioinrete.it/e\\_storia.htm](http://www.vesuvioinrete.it/e_storia.htm); Moorehead, *Eclipse*, 69; informe sobre la erupción del Vesuvio, «Report of Mission», 5 de mayo de 1944, Fifth Army, corr. de MWC, Citadel, caja 3.

4. Spike Milligan, *Where Have All the Bullets Gone?*, 20-21.

5. Susan Sontag, *The Volcano Lover*, en Alice Leccese Powers, *Italy in Mind*, 288-289; Walter L. Medding, «The Road to Rome», mcgrf., s. f., CEOH, caja X-38, 58; Alton D. Brashear, *From Lee to Bari*, 203-205.

6. Eric Sevareid, *Not So Wild a Dream*, 367-369.

7. Norman Lewis, *Naples '44*, 104-106; *Texas*, 342.



8. Milligan, 20-21.

9. Informe sobre la erupción del Vesuvio, «Report of Mission».

10. «Activity of Vesuvius Between 1631 and 1944», [http://vulcan.fis.uniroma3.it/vesuvio/1944eng\\_text.html](http://vulcan.fis.uniroma3.it/vesuvio/1944eng_text.html); Kenn C. Rust, *Twelfth Air Force Story*, 32; «Pliny the Younger's Observations», <http://www.mcli.dist.maricopa.edu/tut/final/pliny.html>; Michael Howard, *Captain Professor*, 86.

11. Harold Macmillan, *War Diaries*, 397.

12. David Erskin, *The Scots Guards, 1919-1955*, 229; Brashear, 207.

13. Wynford Vaughan-Thomas, *Anzio*, 212-213.

14. Lavinia Orde, «Better Late Than Never», mcngrf., s. f., IWM, 96/34/1, 186; memorias, Aidan Mark Sprot, mcngrf., 1947, LHC, 115.

15. «Who's Afraid of Vesuvius?», *NYT*, 26 de agosto de 2003.



16. Brashear, 203-205; H. H. Dunham, «U.S. Army Transportation and the Italian Campaign», septiembre de 1945, monografía n.º 17, ASF, jefe de transportes, NARA RG 336, 190/33/30/00, caja 142, 199.

17. Rust, 32; «History of the Aviation Engineers in the Mediterranean Theater of Operations», junio de 1946, AAF Engineer Command, CEOH, X-39.

18. W. H. Connerat, Jr., «Ordnance in the North Africa and Med Theater», mcgrf., s. f., AFHQ, SM, MHI, caja 2.

19. Corr. J. W. Crawford, Jr., 3 de enero de 2003, al autor.

20. Fred Howard, *Whistle While You Wait*, 165.

21. Peter Verney, *Anzio 1944*, 156.

22. [Anzio Beachhead](#), 105-106; Warren P. Munsell, Jr., *The Story of a Regiment*, 65.

23. Vaughan-Thomas, 191.



24. Memorando, F. J. Lowry, «Guide to Merchant Vessels Unloading at Anzio», 7 de marzo de 1944, SEM, NHC, caja 47.

25. «History of Ordnance Service in the Mediterranean Theater», mcgrf., s. f., CMH, 8-4 JA, 85.

26. «Report on Port and Beach Operations at Anzio», 29 de abril de 1944, 540th Engineer Combat Regt, NARA RG 334, NWC Lib, caja 343.

27. «The United States Eighth Fleet», mcngrf., s. f., en «The Administrative History of the Eighth Fleet», n.º 139, NHC, carpeta 2, 3.

28. Charles Moran, «The Anzio-Nettuno Landings, January 1944», mcngf., s. f., SEM, NHC, caja 49, 56; memorando, «Radio-Controlled Bombs Can Be Jammed», 10 de marzo de 1945, SEM, NHC, caja 47, 57.

29. Las bajas en la cabeza de playa a principios de la primavera de 1944 eran de un promedio de 107 al día. *Anzio Beachhead*, 105-106; «Evacuation of Casualties by L.S.T.», abril de 1944, HQ, Combined Operations, GB COB X-22, NARA RG 334 NWC Lib, caja 461.

30. Pyle, 196-197.

31. Paul A. Cundiff, *45th Infantry CP*, 159.



32. OH, Russell W. Cloer, 7th Inf, 26 de mayo de 2006, con el autor.

33. David Cole, *Rough Road to Rome*, 191-192.

34. Lloyd Clark, *Anzio*, 226.

35. Memoria, Henry E. Gardiner, mcngrf., s. f., USMA Arch, 238.

36. «History of Ordnance Service in the Mediterranean Theater», 85, 88-91; «Engineer History, Fifth Army, Mediterranean Theater», s. f., MHI, 101; Charles D'Orsa, «Trials and Tribulations of an Army G-4», mcngf., s. f., Fifth Army, CARL, N-4906, 10. Algo que complicaba todavía más la logística en Anzio era el hecho de que la mayoría de las armas británicas y estadounidenses utilizaban munición incompatible. John A. Hixson, «Operation Shingle», *Military Review*, marzo de 1989, 64.

37. Chester G. Starr, ed., *From Salerno to the Alps*, 173; Paul W. Pritchard, «Smoke Generator Operations in the Mediterranean and European Theaters of Operation», s. f., CMH, 4-7.1 FA 1; Walter A. Guild, «That Damned Smoke Again», *IJ*, octubre de 1944, 25+; Brooks E. Kleber y Dale Birdsell, *The Chemical Warfare Service: Chemicals in Combat*, 336-339.

38. Milton Bracker, «Anzio, 20 Years After Battle, Evokes Memories», *NYT*, 22 de junio de 1964.

39. La demarcación territorial de Washington, la capital federal de Estados Unidos. (*N. de la t.*)



40. Masayo Umezawa Duus, *Unlikely Liberators*, 131.

41. OH, Michael S. Davison, 1976, Douglas H. Farmer y Dale K. Brudvig, SOOHP, MHI, 43.

42. Audie Murphy, *To Hell and Back*, 117.

43. George F. Howe, *The Battle History of the 1st Armored Division*, 305; Vaughan-Thomas, 193; Robert Capa, *Slightly out of Focus*, 124; Bill Mauldin, *Up Front*, 193.

44. Leo J. Meyer, «Strategy and Logistical History: MTO», mcngrf., s. f., CMH, 2-3.7 CC5, XXII-26.

45. Tom Roe, *Anzio Beachhead*, 82.

46. Adrian Clements Gore, «This Was the Way It Was», Enid A. Gore, ed., 1987, IWM, 90/29/1, 23.

47. Munsell, 60, 63.



48. Lawrence D. Collins, *The 56th Evac Hospital*, 192.

49. Vaughan-Thomas, 191.

50. *Reporting World War II*, vol. 2, 56; Lee G. Miller, *The Story of Ernie Pyle*, 314.

51. Don Whitehead, «Beachhead Don», 106.

52. James Tobin, *Ernie Pyle's War*, 152.

53. Lee G. Miller, *An Ernie Pyle Album*, 96-97. Pyle regresó a Londres, donde recibiría la noticia de que se le había concedido el Premio Pulitzer por su labor de reportero durante el año 1943.

54. David Nichols, ed., *Ernie's War*, 238-242.

55. OH, James M. Wilson, Jr., antiguo ayudante de LKT Jr., 23 de abril de 2004, autor, Washington, D.C.



56. Corr. LKT Jr. a Sarah, 8, 13 y 26 de marzo y 18 de abril de 1944, LKT Jr., GCM Lib, caja 1, carpeta 6.

57. Diario del ayudante de LKT Jr., abril de 1944, GCM Lib, caja 18, carpeta; diario 1, 2, 9, 12, 18, 19, 22 y 30 de marzo de 1944, VI Corps, Don E. Carleton Papers, HIA, caja 1; corr. de LKT Jr. a Sarah, 16 de abril de 1944, LKT Jr., GCM Lib, caja 1, carpeta 6.

58. Fragmento de diario, Fred Walker, s. f., NARA RG 319, OCMH, CA, caja 006; OH, Harry Lemley, 1974, Gerald F. Feeney, SOOHP, MHI, 2/44-51.

59. Corr. LKT Jr. a Sarah, 19 de abril de 1944, LKT Jr., GCM Lib, caja 1, carpeta 6.

60. Diario, 7 y 9 de abril, 17, 1944, VI Corps, Don E. Carleton Papers, HIA, caja 1.

61. Hugh A. Scott, *The Blue and White Devils*, 113.

62. Emajean Jordan Buechner, *Sparks*, 97-98.

63. C. R. S. Harris, *Allied Administration of Italy, 1943-1945*, 160; StoC, 451; Daniel J. Petruzzi, *My War Against the Land of My Ancestors*, 250; Francesco Rossi y Silvano Casaldi, *Those Days at Nettuno*, 201; corr. de Ivar H. Aas a sus padres, 24 de marzo de 1944, proporcionado al autor por Andrew Carroll.



64. Diario de Robert M. Marsh, 9 de marzo de 1944, 81st Armored Reconnaissance Bn, 1st AD, ASEQ, MHI.

65. Corr. de William J. Segan a Herman H. Segan, 6 de mayo de 1944, propiedad del autor; Robert D. Burhans, *The First Special Service Force*, 194; Robert H. Adleman and George Walton, *The Devil's Brigade*, 177, 190.

66. Carlo D'Este, *Fatal Decision*, 322.

67. Harold B. Simpson, *Audie Murphy, American Soldier*, 92; Dan Kurzman, *The Race for Rome*, 259; Duus, 130.

68. Edmund F. Ball, *Staff Officer with the Fifth Army*, 327; Flint Whitlock, *The Rock of Anzio*, 260.

69. William L. Allen, *Anzio: Edge of Disaster*, 130.

70. Ralph G. Martin, *The G.I. War, 1941-1945*, 141; Fred Sheehan, *Anzio: Epic of Bravery*, 174; Bill Harr, *Combat Boots*, 82-93.

71. Edgar Clark, «Anzio Papers Headline Men Who Make the News», 1 de mayo de 1944, *Stars and Stripes*, borrador, SM, MHI, caja 2.



72. John Lardner, «Anzio, February 10th», en *The New Yorker Book of War Pieces*, 263.

73. Verney, 227.

74. George Aris, *The Fifth British Division, 1939 to 1945*, 220, 225.

75. Charles F. Marshall, *A Ramble Through My War*, 73.

76. Allen, 130; F. Eugene Liggett, «No, Not Yet: Military Memoirs», mcngrf., s. f., 158th FA, ASEQ, MHI, 6.

77. Diario de Marsh, 10 de mayo de 1944.

78. *Stars and Stripes*, 25 y 28 de abril de 1944, edición italiana, 1.

79. JJT, XII-27; Nathan William White, *From Fedala to Berchtesgaden*, 98.



80. JJT, XII-23, XIII-3, XIII-17.

81. White, 98.

82. XII-12.

83. Vaughan-Thomas, 199, 202; Hans Paul Joachim Liebschner, «Iron Cross Roads», mcgrf., 1999, IWM, 99/82/1, 82-83.

84. Corr. de Albert Lewis Pyle a Carl Swickerath, 23 de febrero de 1973, ALM, caja 1.

85. Trevelyan, 208.

86, R. W. Komer, «Report on Historical Observation from the Field», 24 de febrero de 1944, Chester G. Starr Papers, HIA, caja 1.

87. «The German Operation at Anzio», abril de 1946, Military Intelligence Division, WD, JPL Papers, MHI, caja 9, 75, 86-87, 99.



88. Walter Kühn, «The Artillery at Anzio-Nettuno», marzo de 1947, FMS, D-158, CARL, N-17500.838.2, 11-13.

89. Arthur Robert Moore, «Memoirs-World War II», mcgrf., 1993, 1st AR, 1st AD, ASEQ, MHI, 5-6; Robley D. Evans *et al.*, «American Armor at Anzio», mcgrf., mayo de 1949, CARL, N-490214, 80; Verney, 211.

90. R. J. O'Rourke, *Anzio Annie*, 23, 43, 91-94, 141, 164; Francesco Rossi y Silvano Casaldi, *Those Days at Nettuno*, 177; Lida Mayo, *The Ordnance Department: On Beachhead and Battlefield*, 200; Marshall, 45.

91. White, 98.

92. Donald E. MacDonald, «*My Buttons Are in the Way*», s. p., 1952, HIA, 77n.

93. «Training Notes from the Sicilian Campaign», 25 de octubre de 1943, AFHQ, G-3, CMH, Geog Files, Sicilia, 353, 28.

94. OH, William P. Yarborough, 1975, J. R. Meese y H. P. Houser, SOOHP, MHI, 63.

95. MacDonald, «*My Buttons Are in the Way*», 26.



96. Whitlock, 255.

97. Joseph A. Springer, *Black Devil Brigade*, 145.

98. David McClure, «How Audie Murphy Won His Medals», mcngf., octubre de 1969, y David McClure, «Audie Murphy», mcngf., enero de 1958, ambos en ALM, caja 1.

99. «Psychological Warfare in the Mediterranean Theater», agosto de 1945, MTO.

100. Margaret Bourke-White, *Purple Heart Valley*, 167.

101. Burhans, 193, 199.

102. Roe, 85.

103. *Jerry, Kraut, Hun, o Boche*, entre otros, eran apelativos con los que los soldados aliados solían designar a los soldados alemanes. (*N. de la t.*)



104. William Woodruff, *Vessel of Sadness*, 139.

105. Starr, ed., 171; Robert J. Williams, informe de un observador, s. f., n.º 93, NARA RG 337, E 15A, caja 53.

106. Springer, 165.

107. AAR, 3rd ID, 14 de abril de 1944, DRL, Ft. B; William P. Yarborough, «House Party in Jerryland», *IJ*, julio de 1944, 8+.

108. O'Rourke, 150.

109. Memoria, Gardiner, 243-244; «Engineer History, Fifth Army, Mediterranean Theater», s. f., CMH, 9-2.5 AB, 90.

110. Memoria, James R. Pritchard, mcgrf., s. f., 68th Armored FA Bn, 1st AD, ASEQ, MHI, 35.

111. T. Moffatt Burriss, *Strike and Hold*, 78.



112. Adleman y Walton, 190.

113. «Lessons from the Italian Campaign», 15 de marzo de 1945, HQ, MTO, CMH, Ital. 353, 72.

114. Informes de censura moral, noviembre a junio de 1944, NARA RG 492, MTO AG, 311.7, caja 931.

115. Collins, 190; OH, John A. Heintges, 1974, Jack A. Pellicci, SOOHP, MHI, 231.

116. Albert E. Cowdrey, *Fighting for Life*, 150.

117. MacDonald, 43.

118. Informes de censura moral, noviembre de 1943 a junio de 1944.

119. Michael Gonzalez, conservador del museo de la 45th ID al autor, 25 de marzo de 2005.



120. Carta de «Bob» a su familia en New Haven, Conn., 20 de abril de 1944, MCC, YU.

121. Woodruff, 144.

122. Liebschner, «Iron Cross Roads», 82.

123. Martin, 127.

124. Memorias, Gardiner, 231.

125. Memorias, Pritchard, 35.

126. «Fifth Army Medical History», mcgrf., s. f., NARA RG 112, MTO Surgeon General, 390/17/8/2-3, caja 6, 91-98; Meyer, «Strategy and Logistical History: MTO», XXII-30.

127. Collins, 167-169, 179; Edward D. Churchil, *Surgeon to Soldiers*, 279.



128. «Report of William Russell Criss», mcgrf., s. f., 45th ID Mus, 317.

129. Marshall, 30. «Axis Sally» era el apodo con el que los Aliados bautizaron a la locutora de la radio alemana, Mildred Gillars, norteamericana de nacimiento que permaneció al servicio de los alemanes hasta la caída de los nazis en 1945. Al finalizar la guerra, Gillars fue llevada a Estados Unidos donde sería juzgada por traición. (*N. de la t.*)

130. JJT, XIII-13.

131. D'Este, 418.

132. «Air Power in the Mediterranean», febrero de 1945, MAAF, sección histórica, MHI, 7, 10, 33.

133. F. M. Sallagar, «Operation Strangle: A Case Study of Tactical Air Interdiction», febrero de 1972, RAND, R-851, 11.

134. Edward B. Westermann, *Flak*, 234.

135. Mina Curtiss, ed., *Letters Home*, 318; Albert F. Simpson, «Air Phase of the Italian Campaign to 1 January 1944», junio de 1946, AAFRH-115, CMH, 239, 255, 265, 365n.



136. *AAFinWWII*, vol. III, 55, 66.

137. Kenn C. Rust, *Fifteenth Air Force Story*, 19.

138. Tami Davis Biddle, *Rhetoric and Reality in Air Warfare*, 224; Geoffrey Perret, *Winged Victory*, 265-269; «Target Priorities of the Eighth Air Force», 15 de mayo de 1945, HQ, Eighth AF, director de inteligencia, Office of AF History, Bolling AFB, Md., 520.317A, 13.

[139](#). Corr. de Arthur T. Harris a Ira C. Eaker, 4 de noviembre de 1943, Eaker Papers, corr. del Eighth AF, LOC, caja 19.

140. Memorando de H. H. Arnold, «Progress Made by the RAF and U.S. Eighth Air Force in the Combined Bomber Offensive», 7 de noviembre de 1943, NARA RG 243, sección 3, sobre 194.

141. Martin Gilbert, *Winston Churchill's War Leadership*, 44, 89.

142. Westermann, 1.

143. Biddle, 174, 205-207.



144. AAFinWWII, vol. 3, 49; Richard G. Davis, *Carl A. Spaatz and the Air War in Europe*, 66; Leroy W. Newby, *Target Ploesti*, 38.

145. «Eighth Air Force Tactical Development», julio de 1945, Eighth AF, MHI.

146. Glenn Infield, *Big Week*, 4, 44.

147. *AAF in WWII*, vol. 3, 43.

148. James H. Doolittle, *I Could Never Be So Lucky Again*, 396.

149. Davis, 322-326; John Ellis, *Brute Force*, 195, 204; Bernard C. Nalty *et al.*, *With Courage*, 225, 228; correo electrónico de Conrad C. Crane al autor, 2 de marzo de 2007.

150. «The Effect of Allied Strategic Bombing on the Present Status of the War», 2 de febrero de 1945, en «Air Power in the Mediterranean», 7, 10, 33; H. H. Arnold, *Global Mission*, 328.

151. «An Analysis of the Weather Factor in This War», abril de 1944, NARA RG 334, NWC Lib, AAF WIB A 4-44, caja 27.



152. «Target Priorities of the Eighth Air Force», 21-23.

153. Davis, 358, 379.

154. Charles R. Shrader, «Amicide: The Problem of Friendly Fire in Modern War», diciembre de 1982, CSI, 36.

155. Davis, 288; Ellis, *Brute Force* 220-221; Biddle, 204; Marvin A. Kreidberg y Merton G. Henry, *History of Military Mobilization in the United States Army, 1775-1945*, 647.

156. Harry H. Crosby, *A Wing and a Prayer*, 95.

157. John Muirhead, *Those Who Fall*, 98.

158. Stephen E. Ambrose, *The Wild Blue*, 169.

159. Nalty, 184.



160. Michael Burleigh, *The Third Reich*, 746.

161. Informes de censura moral, noviembre de 1943 a junio de 1944, NARA RG 492, MTO AG, 311.7, caja 931.

162. Newby, 46.

163. Howard, 51, 85.

164. James S. Nanney, «Army Air Forces Medical Service in World War II», 1998, 9, 20-23.

165. Memorando, «German Fighter Tactics Against Flying Fortresses», 8 de diciembre de 1943, HQ, Eighth AF, CARL, N-13354.

166. «Combat Informational Intelligence Series: Interview with Brig. Gen. H. S. Hansell», 9 de agosto de 1943, RG 334, NWC Lib, caja 14; Conrad C.Crane, *Bombs, Cities, and Civilians*, 54 .

167. «Air Power in the Mediterranean», 62. Las estadísticas del ejército del aire indicaban que los índices de bajas entre los aviadores en el Mediterráneo se mantuvieron proporcionalmente superiores a los de las tropas de tierra durante todo el año 1944. Simpson, «Air Phase of the Italian Campaign to 1 January 1944», 369. Muchas de las bajas en vuelo en el XII Ejército del Aire, con base en Italia, serían clasificadas como «enfermedades nerviosas». James S. Nanney, «Army Air Forces Medical Service in World War II», 1998, 17.



168. Howard, 165.

169. Michael C. Scoggins, «Joseph Heller's Combat Experiences in *Catch-22*», *War, Literature & the Arts*, vol. 15, n.º 1 y 2, 2003, 213+.

170. Joseph Heller, *Now and Then*, 181.

171. Sallagar, «Operation Strangle», 19.

172. OH, Ira C. Eaker, febrero de 1975, Hugh N. Ahmann, AFHRA, K239.0512-829, 375-76; *Battle*, 14.

173. Mark M. Boatner III, *The Biographical Dictionary of World War II*, 641; Vincent Orange, *Tedder*, 223; Solly Zuckerman, *From Apes to Warlords*, 185-195, 203, 209-210; Eduard Mark, *Aerial Interdiction in Three Wars*, 94; Molony VI, 35.

174. Andrew Brookes, *Air War over Italy, 1943-1945*, 80.

175. *AAFin WWII*, vol. 3, 372-373.



176. Sallagar, «Operation Strangle», 26, 29; «Isolation of the Battlefield as Effected in the Italian Campaign», julio de 1944, HQ, AAF, CARL, N-9818, 7, 10-11; «Report on Operation Strangle, 19 March-11 May 1944», 24 de julio de 1944, HQ, MATAF, AFHRA, 626.430, 3.

177. OH, Lauris Norstad, 1979, Hugh N. Ahmann, AFHRA, K239. 0512-1116, 532; James Parton, *Air Force Spoken Here*, 381; H. M. Wilson, «Report by the Supreme Allied Commander», 1948, parte II, 7.

178. Anthony Cave Brown, *The Last Hero*, 475-477; Patrick K. O'Donnell, *Operatives, Spies and Saboteurs*, 59-60; índice de las operaciones de la OSS en Italia. 1944, «Ginny», NARA RG 226, E 99, OSS History Office, 190/6/7/6, caja 40, 33.

179. Informe de actividad de la OSS, marzo de 1944, NATOUSA, NARA RG 226, OSS History Office, caja 122.

180. Max Corvo, *The O.S.S. in Italy*, 155-162.

181. Declaración jurada del capitán Clifford M. Bassett, M.D., y del capitán Robert J. Willoughby, M.D., 24 de mayo de 1945, examen forense realizado sobre «15 hombres vestidos con uniformes militares estadounidenses en Punto Bianca», propiedad del autor.

182. <http://www.ess.uwe.ac.uk/WCC/dostler.htm>; Brown, 480-481. El general Dostler fue juzgado en Caserta al finalizar la guerra y ejecutado por un pelotón de fusilamiento.

183. *AAFin WWII*, vol. 3, 378-379; 384.



184. Sallagar, «Operation Strangle», 41n; memorando «How STRANGLE Worked on Four Targets», mcngf., s. f., Lauris Norstad Papers, DDE Lib, caja 18.

185. Sallagar, «Operation Strangle», 34, 38, 46.

186. «Analysis of Tactical Attacks on Bridges and Viaducts», s. f., HQ MAAF, CMH, Geog Files, Italia, 370.2, 2; Klaus Stange, «Railroad Situation from January 1944», abril de 1947, FMS, D-049, 8.

187. «Interdiction of Italian Railways», 15 de abril de 1944, HQ, MAAF, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 8.

188. Ernst Eggert, «Supply During Allied Offensive, May 1944», 1947, FMS, n.º D-128, MHI, 3-4.

189. Mark, 168.

190. Albert Kesselring *et al.*, «German Version of the History of the Italian Campaign», CARL, N-16671.1-3, 110.

191. *AAFIn-WWII*, vol. 3, 383; Walter von Unruh, «Inspection of Italian Theater of War», 1947, FMS, D-016, 18; Eggert, «Supply During Allied Offensive, May 1944», 8; Stange, «Railroad Situation from January 1944», 8-9.



192. Walter Warlimont, «OKW Activities-The Italian Theater, 1 Apr. -31 Dec. 1944», s. f., FMS, C-099b, 17-18.

193. «Report on Operation strangle, 19 March-11 May 1944», 3.

194. Karl Theodor Koerner, «Rail Transportation Problems in Italy», abril de 1947, FMS, D-010, MHI, 11.

195. Sallagar, «Operation Strangle», 54; Britt Bailey, «The German Situation in Italy», julio de 1951, NARA RG 319, E 145, OCMH, R-series mss, n.º R-50, 34; Mark, 178.

196. *StoC*, 451.

197. Kesselring *et al.*, «German Version», 107-115. 198; Molony VI, 42.

198. Parton, 384.

199. «Air Power in the Mediterranean», 50.



200. Harold L. Bond, *Return to Cassino*, 133; Farley Mowat, *The Regiment*, 184.

201. Cyril Ray, *Algiers to Austria*, 122; Walter Robson, *Letters from a Soldier*, 91; Klaus H. Huebner, *A Combat Doctor's Diary*, 59.

202. Robson, 91.

203. John Guest, *Broken Images*, 163, 172, 175.

204. Meeding, «The Road to Rome», 59.

205. «Report of William Russell Criss», mcngf., 5 de mayo de 1944, 45th ID Mus. *Dago*: término ofensivo y peyorativo aplicado a portugueses, españoles e italianos. (*N. de la t.*)

206. Margaret Bourke-White, «Over the Lines», en *Reporting World War II*, vol. 2, 753.

207. Corr. de Russell Bodeen a Maxin Kohn, 14 de mayo de 1944, 141st Inf, 36th Div, ASEQ, MHI.



208. F. Majdalany, *The Monastery*, 48-49.

209. Diario, John G. Wright, 18 de mayo de 1944, American Field Service, propiedad del autor, 23-24.

210. Jack Kros, *War in Italy*, cap. 6, 12.

211. Diana F. Butler, ed., «Human Interest», UK NA, CAB 101/346, 1.

212. Alex Bowlby, *The Recollections of Rifleman Bowlby*, 20.

213. Nigel Nicolson, *The Grenadier Guards in the War of 1939-1945*, vol. 2, 421-422.

[214](#). Diario de guerra de la 1.<sup>a</sup> Brigada de la Guardia, marzo-abril de 1944, UK NA,WO 170/514, 4, 6-8.

215. George Aarons, «Cameraman in Cassino», 21 de mayo de 1944, *Yank*, 3.



216. C. T. Framp, «The Littlest Victory», mcngrf., s. f., IWM, 85/ 19/1, 83.

[217](#). Nicolson, 422-423.

218. J. K. Windeatt, «Very Ordinary Soldier», mcgrf., 1989, IWM, 90/20/1, 105.

[219](#). Memorias de P. Royle, mcngrf., 1972, IWM, 99/72/1, 109.

220. Frank Beckett, *Prepare to Move*, 149; Nicolson, 421-424; Betsy Wade, ed., *Forward Positions: The War Correspondence of Homer Bigart*, 4344; diario de guerra de la 1.<sup>a</sup> Brigada de la Guardia, marzo-abril de 1944, 8; Robson, 101-103.

221. Fred Majdalany, *Cassino: Portrait of a Battle*, 198.

[222](#). Nicolson, 422.

223. C. T. Framp, «The Littlest Victory», mcngrf., s. f., IWM, 85/ 19/1, 84.



[224](#). Memorias de P. Royle, mcngrf., 1972, IWM, 99/72/1, 111.

225. Majdalany, *The Monastery*, 46.

226. J. K. Windeatt, «Very Ordinary Soldier», mcgrf., 1989, IWM, 90/20/1, 106.

227. Majdalany, *The Monastery*, 24 .

228. Raleigh Trevelyan, *Rome '44*, 209.

229. Robert Mulcahy, «If You Die, You Die», *World War II*, vol. 21, n.º 7; Robert Wagner, *The Texas Army*, 281.

230. Diario de guerra de la 1.<sup>a</sup> Brigada de la Guardia, marzo-abril de 1944, 7.

231. R. C. Taylor, «A Pocketfull of Time», mcgrf., s. f., propiedad del autor.



232. «AFHQ Intelligence Notes No. 57», 2 de mayo de 1944, NARA RG 407, E 47, AFHQ, 95-AL1-2.18, caja 164.

233. Michael Howard y John Sparrow, *The Coldstream Guards*, 19201946, 219.

234. MWC a Renie, 24 de abril de 1944, MWC, corr. personal, Citadel.

235. A. M. Gruenther a Maurine Clark, 1 de mayo de 1944, MWC, corr., caja 3.

236. Letras de las canciones firmadas, diario de MWC, 23 de febrero de 1944, Citadel, caja 65.

237. MWC a Renie, 4 de mayo de 1944, MWC, corr. personal, Citadel.

238. Diario de MWC, 1 de mayo de 1944, Citadel, caja 65; A. M. Gruenther a Maurine Clark, 1 de mayo de 1944, MWC, corr., caja 3.

[239](#). Mensaje de MWC a J. L. Devers, 6 de abril de 1944, y de GCM a J. L. Devers, 7 de abril de 1944, NARA RG 492, MTOUSA, SGS, «eyes only, General Devers, incoming», caja 135.



240. Maurine Clark, *Captain's Bride, General's Lady*, 115, 116-117.

241. Memorando de GCM a MWC, 11 de abril de 1944, GCM Papers, GCM Lib, corr., caja 61.

242. «Momentous Days», mcgrf., abril de 1944, MWC, corr., Citadel, caja 3.

243. Maurine Clark a GCM, 23 de febrero de 1944, junto a una carta de MWC fechada del 10 de febrero de 1944, GCM Papers, GCM Lib, corr., caja 61.

[244](#). GCM a Maurine Clark, 1 de marzo de 1944, GCM Papers, GCM Lib, corr., caja 61.

245. MWC a su madre, 17 de abril de 1944, GCM Papers, GCM Lib, corr., caja 61; diario de MWC, 10 de abril de 1944, Citadel, caja 65.

246. [http://www.greenbrier.com/site/other/about\\_history.aspx](http://www.greenbrier.com/site/other/about_history.aspx); Maurine Clark, 118.

247. <http://www.bizjournals.com/washington/stories/2002/07/15/focus10.html>.



248. Forrest C. Pogue, *George C. Marshall: Organizer of Victory*, 328; «Momentous Days».

249. OH, MWC, 10-21 de mayo de 1948, SM, MHI, 53; conferencia de prensa de MWC, 9 de mayo de 1944, Citadel, caja 63, carpeta 3.

250. *Calculated*, 336-337.

251. Maurine Clark, 119; MWC a Renie, 4 de mayo de 1944, MWC, corr. personal, Citadel.

252. *Calculated*, 334n, 337.

253. OH, Charles E. Saltzman, antiguo ayudante del jefe del Estado Mayor del V Ejército, 26 de marzo de 1948, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 005.

254. GK, 4 de mayo de 1944.

255. OH, Edward J. O'Neill, VI Corps G-4, 22 de junio de 1948, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 005.



256. Diario de MWC, 28 de febrero de 1944, Citadel, caja 65.

257. Martin Blumenson, *Mark Clark*, 166.

258. L. James Binder, *Lemnitzer: A Soldier for His Time*, 129.

259. OH, L. L. Lemnitzer, 16 de enero de 1948, SM, MHI.

260. OH, MWC, 10-21 de mayo de 1948, SM, MHI, 65.

261. OH, Jacob L. Devers, 12 de agosto de 1958, FCP, GCM Lib, transcripción, cinta n.º 68, 72-73.

[262](#). Diario de MWC, 19 y 26 de febrero, de 1944, Citadel, caja 65.

263. OH, L. L. Lemnitzer, 16 de enero de 1948, SM, MHI.



264. D. Clayton James, *A Time for Giants*, 158-159.

265. Macmillan, 404-405.

266. MWC a Renie, 4 de mayo de 1944, MWC, corr. personal, Citadel.

267. Danchev, 527.

268. Martin Gilbert, *Churchill and America*, 292.

269. Danchev, 522, 534.

270. OH, Harold Alexander, 10-15 de enero de 1949, SM, CMH, Geog Files, II-8.

271. CM, 353; *CtoA*, 23, 36.



[272](#). Diario de MWC, 30 de abril de 1944, Citadel, caja 65 John Ellis, *On the Front Lines*, 163.

273. Robert R. Palmer *et al.*, *The Procurement and Training of Ground Troops*, 185; «History of the Peninsular Base Section», 1944, CMH, 8-4 HA 1, vol. 2; «Investigation of the Replacement System», 6 de noviembre de 1943, NARA RG 492, MTO AG, 333.5-212; informes de observadores: Kenneth I. Hittle, «Report of Returned Overseas Observer», s. f., n.º 83; M.S. Crallé, sin título, s. f., n.º 90; George Artman, sin título, s. f., n.º 94, todos en NARA RG 337, E 15A, AGF, caja 53; John Sloan Brown, Drafting Division, ix.

[274](#). Mensaje de MWC a GCM, 17 de mayo de 1944, MWC, Citadel, caja 3; corr. de A. Gruenther a DDE, 27 de mayo de 1944, DDE Lib, PP-pres, corr., caja 48.

275. Diario de MWC, 27 de febrero y 12 de abril, 1944, Citadel, caja 65; LKT Jr., «Notes on Future Operations», s. f., MWC, corr., caja 3; *CM*, 352; Molony V, 421n; OH, LKT Jr., 3 de abril de 1958, SM, MHI.

276. Nota, William R. C. Penney, 21 de abril de 1944, LHC, Penney 8/33. Más de trescientos soldados británicos fueron ejecutados acusados de desertión y cobardía durante la primera guerra mundial, pero la pena capital para estos crímenes fue abolida en la década de 1930. John Laffin, *Surgeons in the Field*, 281.

277. «Operations of British, Indian and Dominion Forces in Italy», parte V, s. f., UK NA, CAB 106/453, 1; Diana Butler, «The British Soldier in Italy, Sept. 1943-June 1944», mcngf., s. f., UK NA, CAB 101/224, 35, 43-44.

278. Ben Shephard, *A War of Nerves*, 240.

[279](#). Memorando del general de división John Yeldham Whitfield, CG, UK 6th Div, Battle Absentees», 10 de abril de 1944, James Scott Elliott Papers, LHC.



280. «Military Executions», 1994, MHI, Ref Bib; memorandos de MWC al II Cuerpo y al VI Cuerpo, 13 de marzo de 1944, y 4 de diciembre de 1943, NARA RG 338, II Corps JAG, 250.1, caja 156; «Operations of British, Indian and Dominion Forces in Italy», 8; Morse P. Manson y Harry M. Grayson, «Why 2,776 American Soldiers in the Mediterranean Theater of Operation Were Absent Without Leave», *American Journal of Psychiatry*, julio de 1946, 50.

281. Stephen W. Ranson, «Military Medicolegal Problems in Field Psychiatry», *Bulletin of the U.S. Army Medical Department*, vol. 9, noviembre de 1949, 181+; Michael D. Doubler, *Closing with the Enemy*, 242; Shephard, 217; memorando «Neuropsychiatric Treatment in the Combat Zone», 12 de junio de 1943, circular número 17, NARA RG 292, registros del personal especial, médico del MTOUSA, caja 2551; William C. Menninger, «Psychiatry in the War», junio de 1946, MHI, «professional papers», grupo 1; memorando «Psychiatric Services in the U.S. Army in NATOUSA», 31 de diciembre de 1943, NARA RG 292, registros del personal especial, médico del MTOUSA, caja 2551.

282. «Casualties, Wounded and Wounds, 1946-7», Army Field Forces, G-3, NARA RG 337, 704, 1942-1952, series 10, caja 46, 11.

283. «Battle Casualties», *IJ*, septiembre de 1949, 18+.

284. Palmer *et al.*, 228. Diez días de combate solían equivaler a diecisiete días de calendario, según los cálculos del ejército. Bruce C. Clarke, «Study of AGF Battle Casualties», septiembre de 1946, AGF HQ, NARA RG 537, E 16A, adm div subject file, 1942-1949, caja 48.

285. «Fifth Army Medical Service History», febrero de 1945, CMH, 52.

286. Brashear, 352-356; Charles M. Wiltse, *The Medical Department: Medical Service in the Mediterranean and Minor Theaters*, 255; memorando, Fifth Army surgeon, 2 de octubre de 1944, NARA RG 292, archivos del personal especial, MTOUSA surgeon, caja 2551; Cowdrey, 148. La mitad de los 2.400 médicos psiquiatras del ejército eran médicos jóvenes que habían recibido un cursillo acelerado de tres meses en psiquiatría; la mayor parte de los otros habían trabajado sobre todo con enfermos psicóticos en hospitales estatales. Eli Ginberg, «Logistics of the Neuropsychiatric Problem of the Army», febrero de 1946, MHI, «professional papers», grupo 1.

287. OH, MWC, 17 de noviembre de 1959, FCP, GCM Lib, transcripción de la cinta 37, 25.



288. La Junta de jefes del Estado Mayor de Estados Unidos expresaba sus dudas a finales de marzo acerca de si «vale la pena librar una gran batalla en Italia para capturar Roma». Molony VI, 9.

289. OH, MWC, 10 al 21 de mayo de 1948, SM, MHI, 53; Kent Roberts Greenfield, ed., *Command Decisions*, 277, 280.

290. OH, Robert J. Wood, Fifth Army G 3 staff, 4 de marzo de 1948, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 005, 2-3; Greenfield, ed., 277, 280.

291. Diario de MWC, 5 de mayo de 1944, Citadel, caja 65.

292. Vizconde Alexander de Túnez, «The Allied Armies in Italy», s. f., CMH, II-41.

293. [http://www.wtj.com/archives/nelson/1805\\_10b.htm](http://www.wtj.com/archives/nelson/1805_10b.htm); Molony VI, 95, 97.

294. Sidney T. Matthews, «The French Drive on Rome», *Revue Historique de l'Armée*, edición especial, 1957, 123; *CtoA*, 40; Michael Carver, *Harding of Petherton, Field-Marshal*, 126; *Battle*, 203-205.

295. John Keegan, ed., *Churchill's Generals*, 121.



296. H. E. Pulliam, «Operations in Italy», 1 de septiembre de 1944, AGF board, AFHQ, DTL, Ft. B, 2-3.

297. CtoA, 40; Nigel Nicolson, *Alex: The Life of Field Marshal Earl Alexander of Tunis*, 248; Carver, 134.

298. Actas de la conferencia del jefe del Estado Mayor de AFHQ (cuartel general de las fuerzas aliadas) y del jefe del Estado Mayor francés, 2 de mayo de 1944, CMH, Geog Files, Italia, 337.

299. Gregory Blaxland, *Alexander's Generals*, 21-22.

300. GK, 4 de abril de 1944.

301. Rowland Ryder, *Oliver Leese*, ix, 152-153, 168.

302. Douglas Porch, *The Path to Victory*, 513; Dominick Graham y Shelford Bidwell, *Tug of War*, 254.

303. OH, H. Alexander, 10-15 de enero de 1949, SM, CMH, II-8.



304. Daniel G. Dancocks, *The D-Day Dodgers: The Canadians in Italy, 1943-1945*, 237.

305. Ryder, 163, 160.

306. Molony V, 591n.

307. Blaxland, 26.

308. Janusz Piekalkiewicz, *The Battle for Cassino*, 16, 102.

309. Kurzman, 26; David Hapgood y David Richardson, Monte Cassino, 182-193.

310. «Operations by 2nd Polish Corps Against the High Ground, Monte Cassino», mcgrf., junio de 1944, propiedad de Roger Cirillo, 12.

311. John Nelson, «Always a Grenadier», mcgrf., 1982, LH, 44.



312. W. Anders, *An Army in Exile*, 170-173.

313. *CtoA*, 24; Porch, 554.

314. Michael Carver, ed., *The War Lords*, 604.

315. *CtoA*, 30; OH, Robert J. Wood, 4 y 15 de marzo de 1948, SM, MHI; OH, Lyman Lemnitzer, 16 de enero de 1948, SM, MHI.

316. Frank Gervasi, *The Violent Decade*, 557.

317. G. K. Tanham, «Battlefield Intelligence in World War II: A Case Study of the Fifth Army Front in Italy», septiembre de 1956, Project RAND, RM-1792, CMH, iii-iv, 28.

318. Diana F. Butler, «The French Expeditionary Corps in the Battle for Rome», s. f., UK NA, CAB 101/226, 3-5.

319. John Ellis, *Cassino: The Hollow Victory*, 47.



320. Matthews, «The French Drive on Rome», 125-126; Butler, «The French Expeditionary Corps», 2-5.

321. Memorando, nombres de código telefónico, 5 de marzo de 1944, Fifth Army, Robert J. Wood Papers, MHI.

322. Anthony Clayton, *Three Marshals of France*, 79.

323. Carver, ed., 607; *CtoA*, 35.

324. Clifford W. Dorman, «Too Soon for Heroes», mcgrf., s. f., 19th Combat Engineers, propiedad del autor, 78-79.

325. Alexander, «The Allied Armies in Italy», III-9.

326. Clayton, 83.

327. Butler, «The French Expeditionary Corps», 11.



328. Dharm Pal, *The Campaign in Italy, 1943-1945*, 158.

329. Mark Zuehlke, *The Liri Valley*, 78.

330. «Engineers in the Italian Campaign, 1943-1945», mcngrf., s. f., UK, MHI, 88.

331. Harold E. Miller, «G-2 Report on Italian Campaign», 15 de junio de 1944, NARA RG 337, AGF, informe de observadores, n.º 110, caja 54, 10; Anthony Cave Brown, ed., *The Secret War Report of the OSS*, 217.

332. Martha Gellhorn, «Cracking the Gothic Line», *Collier's*, 28 de octubre de 1944, 24.

333. «Engineer History, Fifth Army, Mediterranean Theater», MHI, 65; Dancocks, 237.

334. «Operations by 2nd Polish Corps Against the High Ground, Monte Cassino», 22-23.

335. Matthew Parker, *Monte Cassino*, 296.



336. *The Tiger Triumphs*, 72; Neil Orpen, *Victory in Italy*, 28.

337. «History of Ordnance Service in the Mediterranean Theater», 77.

338. Alfred M. Beck *et al.*, *The Corps of Engineers: The War Against Germany*, 239, 250; AAR, 1621st Engineer Model Making Detachment, s. f., NARA RG 407, ENDT- 1621-0.1, 270/62/12/1, caja 19220.

339. Miller, «G-2 Report on Italian Campaign», 5.

340. William J. Diamond, «Water Is Life», *Military Engineer*, agosto de 1947, 330+.

341. Orpen, 33.

342. «Fifth Army Medical History», 146.

343. John Buchan, «Report on a Visit to the French Expeditionary Corps», Canadian Army, s. f., CMH, Geog Files, Italia, 337, 1.



344. Corr. de LKT Jr. a Sarah, 3, 7 y 14 de mayo de 1944, LKT Jr. Papers, GCM Lib, caja 1, carpeta 6.

345. OH, Francis Oxx, PBS CG, 21 de mayo de 1948, SM, MHI, caja IIA1; «Engineer History, Fifth Army, Mediterranean Theater», CMH, 9-2.5 AB, 90.

346. Allan L. Swaim, «The Operations of the Communications Platoon Headquarters Company, 15th Infantry Regiment, on Anzio Beachhead», 1947, IS, 16.

347. «10th Engineer Combat Battalion, Cisterna-Rome Operation», mcngrf., s. f., CMH, Geog Files, Italia, 314.7.

348. Earl M. Cooper, «The Operation of the 2nd Battalion, 180th Infantry at Anzio Beachhead», 1947, IS.

[349](#). Mensaje de LKT Jr. a MWC, 7 de mayo de 1944, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 6.

350. *CtoA*, 117.

351. Moore, «Memoirs-World War II», 7-8.



352. Corr. de ENH a L. J. McNair, 8 de mayo de 1944, ENH, MHI, caja 1.

353. Corr. de LKT Jr. a Sarah, 11 de mayo de 1944, LKT Jr. Papers, GCM Lib, caja 1, carpeta 6.

354. Sidney T. Matthews, «Drive to Rome», mcgrf., 1954, MHI, 26-27, 31; *CM*, 369.

355. *CtoA*, 39.

356. «Notes by General Alexander for Conference Held at HQ, AAI, on 2 April 1944», NARA RG 319, OCMH, CA, caja 8.

357. Matthews, «Drive to Rome», 29.

358. Memorando, AFHQ, ayudante del jefe del Estado Mayor, 21 de marzo de 1944, NARA RG 331, AFHQ micro., R-225B.

359. «Notes on Conference», 5 de mayo de 1944, Fifth Army, MWC Papers, Citadel, caja 3.



360. Pulliam, «Operations in Italy», 2-3.

361. Mensaje de LKT Jr. a MWC, 5 de mayo de 1944, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 6.

362. Diario de MWC, 5 de mayo de 1944, Citadel, caja 65.

363. CM, 369, Matthews, «Drive to Rome», 31.

364. Diario de MWC, 8 de mayo de 1944, Citadel, caja 65.

365. Diario de MWC, 9 de mayo de 1944, Citadel, caja 65.

366. Conferencia de prensa de Clark, 9 de mayo de 1944, MWC, Citadel, caja 63, carpeta 3.

367. Matthews, «The French Drive on Rome», 122; Ralph Bennett, *Ultra and the Mediterranean Strategy*, 279-281; F.H. Hinsley *et al.*, *British Intelligence in the Second World War*, 202.



368. «Notes on Conference», 5 de mayo de 1944.

369. Conferencia de prensa de Clark, 9 de mayo de 1944.

370. En una entrevista después de la guerra con el historiador del ejército, Sydney Matthews, Clark reconoció «haber previsto que tal vez llegaría un momento en el que sería deseable un desplazamiento del eje». OH, MWC, 10 al 21 de mayo de 1948, SM, MHI, 72.

371. Conferencia de prensa de Clark, 9 de mayo de 1944.

372. Conde Von Klinckowstroem, «Italian Campaign», 1947, FMS, n.º T-1a, cap. 10, 5, 8.

373. *Battle*, 227-228; Tanham, «Battlefield Intelligence in World War II», 33-35.

374. StoA, 211; Harold E. Miller, «G-2 Report on Italian Campaign», 7; Robin Kay, *Official History of New Zealand in the Second World War*, vol. 2, *Italy: From Cassino to Trieste*, 16.

375. A. G. Steiger, «The Italian Campaign, 4 Jan.-4 June 1944», julio de 1948, Canadian Army HQ, sección histórica, informe n.º 20, 33.



376. Kesselring *et al.*, «German Version», 119.

377. Bailey, «The German Situation in Italy», 114.

378. Frido von Senger und Etterlin, «War Diary of the Italian Campaign», 1953, FMS, n.º C=095b, MHI, 114-116.

379. Kesselring *et al.*, «German Version», 117; *Battle*, 226.

380. *CtoA*, 17-18, 111; Bailey, «The German Situation in Italy», 58, 67.

381. Molony VI, 71n; Porch, 549.

382. Steiger, «The Italian Campaign», 39.

383. C. T. Framp, «The Littlest Victory», mcngrf., s. f., IWM, 85/19/1, 102.



384. Beckett, 150.

385. Peter Schrijvers, *The Crash of Ruin*, 213, 216.

386. Huebner, 61.

387. Fred Cederberg, *The Long Road Home*, 113.

388. Majdalany, *Cassino: Portrait of a Battle*, 228.

389. Charles Connell, *Monte Cassino*, 179; Trevelyan, 273.

390. Nicole Solignac O'Connor, «Mektoub: A Young Woman's War Journal», mcgrf., 2002, propiedad del autor, 124.

391. C. V. Clifton, «The 240mm Howitzer & the 8-inch Gun in a Mobile Situation», 27 de junio de 1944, CARL, N-7276, 3; mayo, 205; Constance M. Green *et al.*, *The Ordnance Department: Planning Munitions for War*, 362; N. P. Morrow, «Employment of Artillery in Italy», *FAJ*, agosto de 1944, 498+; «Lessons from the Italian Campaign», 91-94.



392. JJT, XIV-3-8.

393. GK, 10 de mayo de 1944.

394. Nicolson, *Alex.*

[395](#). Mensaje de W. Churchill a GCM, 16 de abril de 1944, NARA RG 165, E 422, OPD exec files, 390/38/2/4-5, caja 18.

396. *CtoA*, 37.

397. Orpen, 34; *The Princeton Class of 1942 During World War II*, 509.

398. Alexander, «The Allied Armies in Italy», III-10.

399. Michael Pearson, «Hard in the Attack: The Canadian Army in Sicily and Italy», septiembre de 1996, tesis doctoral, Carleton University, Ottawa, 332.



1. Matthew Parker, *Monte Cassino*, 309.

2. Vizconde Alexander de Túnez, «The Allied Armies in Italy», s. f., CMH, III-10.

3. C. T. Framp, «The Littlest Victory», mcngrf., s. f., IWM, 85/19/1, 102.

4. Diana F. Butler, ed., «Human Interest», s. f., UK NA, CAB 101/346, 3-4.

5. Klaus H. Huebner, *A Combat Doctor's Diary*, 61-63, 73.

6. Rowland Ryder, *Oliver Leese*, 165.

7. David Scott Daniell, *The Royal Hampshire Regiment*, vol. 3, 167.

8. Olgierd Terlecki, *Poles in the Italian Campaign, 1943-1945*, 73.



9. Lida Mayo, *The Ordnance Department: On Beachhead and Battlefield*, 211.

10. *Mountain Inferno*, 749.

11. Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. 7, 769.

12. E. D. Smith, *The Battles for Cassino*, 153, 162.

13. Fred Majdalany, *Cassino: Portrait of a Battle*, 231.

14. W. Anders, *An Army in Exile*, 174.

15. Raleigh Trevelyan, *Rome '44*, 269, 273.

16. «Operations by 2nd Polish Corps Against the High Ground, Monte Cassino», junio de 1944, posesión de Roger Cirillo, 26-31.



17. Janusz Piekalkiewicz, *The Battle for Cassino*, 169, 172-73.

18. Majdalany, *Cassino*, 246.

19. Anders, 175-176.

20. CtoA, 44; Dan Kurzman, *The Race for Rome*, 235.

21. «Operations by 2nd Polish Corps», 29.

22. Robert Wallace, *The Italian Campaign*, 164.

23. Charles Connell, *Monte Cassino*, 186.

24. Memorando, «Flamethrowers and Napalm», julio de 1944, HQ, 2nd Polish Corps, NARA RG 492, MTO chemical warfare section, 470.71, caja 1756.



25. Trevelyan, 271; Terlecki, 75; *Battle*, 233; Piekalkiewicz, 171.

26. Ryder, 166.

27. Kurzman, 215.

28. Boletín, 8th Indian Division, marzo-noviembre de 1944, Dudley Russell Papers, LH, 5; *The Tiger Triumphs*, 73.

29. Dharm Pal, *The Campaign in Italy, 1943-1945*, 160-161; Ryder, 166.

30. *The Tiger Triumphs*, 73. Pal, 161-162. Mariscal de campo lord Carver, *The Imperial War Museum Book of the War in Italy, 1943-1945*, 184-185.

31. Pal, 162. Alexander, «The Allied Armies in Italy», III-11; David Scott Daniell, *History of the East Surrey Regiment*, vol. 4, 207.

32. Gregory Blaxland, *Alexander's Generals*, 89; Robin Neillands, *Eighth Army*, 291.



33. Molony VI, 99.

34. Parker, 314.

35. Molony VI, 112; Kenneth Macksey, *Kesselring: The Making of the Luftwaffe*, 211; Blaxland, 95-96; CtoA, 55.

36. «Engineers in the Italian Campaign», mcgrf., s. f., UK NA, CAB 106/575, 34-35; Pal, 165; *The Tiger Triumphs*, 74-75; Boletín, 8th Indian Division, marzo-noviembre de 1944, Dudley Russell Papers, LHC.

37. Daniell, *History of the East Surrey Regiment*.

38. Beckett, 157-158.

39. Frank Mills, «Well Dressed at Cassino», s. f., en posesión del autor, 3-4.

40. Molony VI, 121; Pal, 165; *The Tiger Triumphs*, 75-76.



41. Connell, 191.

42. Blaxland, 99.

43. Memorias, P. Royle, 1972, IWM, 99/72/1, 122-123.

44. N. Barclay, *History of the 16th/5th The Queen's Royal Lancers*, 125, 126n.

45. John Ellis, *On the Front Lines*, 331.

46. *Battle*, 232-233; Molony VI, 80, 123.

47. Trevelyan, 297.

48. Trevelyan, 272; Molony VI, 128.



49. Ryder, 170.

50. James C. Fry, *Combat Soldier*, 17, 33, 43; John J. Roche, «First Squad, First Platoon», 1983, 351st Inf, 88th ID, MHI, ASEQ, 6-7; Wyndham H. Bammer, «Operations of Company K, 339th Infantry, in the Attack on Hills 66 and 69», 1948, IS.

51. Douglas Allanbrook, véase *Naples*, 179.

52. G. K. Tanham, «Battlefield Intelligence in World War II: A Case Study of the Fifth Army Front in Italy», septiembre de 1956, Project RAND, RM-1792, CMH, 42.

53. John J. Roche, «First Squad, First Platoon», 1983, 351st Inf, 88th ID, MHI, ASEQ, 6.

54. John Sloan Brown, *Draftee Division*, 107.

55. Eric Sevareid, *Not So Wild a Dream*, 390.

56. Roche, «First Squad, First Platoon», 13; Severeid, 388.



57. *CtoA*, 52, 54.

58. Chester G. Starr, ed., *From Salerno to the Alps*, 201-202. <http://www.wisc.edu/wisconsinpress/books/2387.htm>; Sidney T. Matthews, «Writing Small Unit Actions with the Fifth Army in Italy», SM, MHI, caja 2, 2.

59. Severeid, 388.

60. John E. Wallace, *The Blue Devil «Battle Mountain» Regiment in Italy*, 13-18; Alexander, «The Allied Armies in Italy», III-11.

61. Anthony Clayton, *Three Marshals of France*, 83-85; «Draft Report on FEC», SM, CMH, caja 1; Starr, ed., 186-188.

62. Diana F. Butler, «The French Expeditionary Corps in the Battle for Rome», Cabinet Historical Section, UK NA, CAB 101/226, 13.

63. Claude R. Hinson, «755th Tank Battalion Supporting the 3rd Algerian Infantry Division of the French Expeditionary Corps During the Advance on Rome», 1948, IS.

64. George Bouille y Pierre Le Goyet, *Le Corps Expeditionnaire Française en Italie, 1943-1944*, s. f., MHI, trad. de Antonio Ali Winston para el autor, 56-63.



65. Douglas Porch, *The Path to Victory*, 556.

66. Fred Majdalany, *Cassino*, 243; Butler, «The French Expeditionary Corps», 13; Starr, ed., 267n.

67. «Draft Report on FEC».

68. Parker, 320.

69. Michael Carver, ed., *The War Lords*, 607.

70. Butler, «The French Expeditionary Corps», 13.

71. Sidney T. Matthews, «The French Drive on Rome», *Revue historique de l'armée*, ed. especial, 1957, 128.

72. Clayton, 83-85.



73. John Buchan, «Report on a Visit to the French Expeditionary Corps», s. f., CMH, apéndice A, 1.

74. «Draft Report on FEC»; *CtoA*, 61; Porch, 556.

75. Carver, ed., 607.

76. Butler, «The French Expeditionary», 15.

77. Porch, 556; Clayton, 83-85.

78. Bouille y Le Goyet, 74-78; Heinrich von Vietinghoff, «71st Infantry Division in Italy», septiembre de 1948, FMS, n.º C-025, MHI, 7-9, 22; Hans von Greiffenberg, «Field Fortifications in Central Italy», 1950, FMS, n.º C-071, MHI, 3-5, 16; *CtoA*, 61.

79. Starr, ed., 188-189.

80. Matthews, «The French Drive on Rome», 128-129; Molony VI, 139, 145.



81. Bouille y Le Goyet, 78.

82. Parker, 341; *CtoA*, 62; Buchan, «Report on a Visit», apéndice A, 1.

83. Molony VI, 139, 140.

84. «Draft Report on FEC»; Starr, ed., 189-192.

85. Trevelyan, 271.

86. Robert Capa, *Slightly Out of Focus*, foto, 113; Fry, 43.

87. O'Connor, «*Mektoub*», 119.

88. Hinson, «755th Tank Battalion», 10.



89. Joe Chmiel, «Invasion of Normandy», mcngrf., s. f., in Matt Urban file, 60th Inf Regt, 9th ID, SOOHP, MHI.

90. Peter Schrijvers, *The Crash of Ruin*, 47.

91. OH, Robert J.Wood, 1973, William E. Nurus, SOOHP, MHI, 3-42; John Steinbeck, *Once There Was a War*, 168; Roberta Love Tayloe, *Combat Nurse*, 77, 79, 83.

92. Huebner, 81.

93. Alan Williamson, «Adviser to French Colonial Troops», mcngrf., s. f., Texas MFM, 4.

94. Starr, ed., 192-193.

95. Butler, «The French Expeditionary Corps», 19.

96. Starr, ed., 192-193.



97. Molony VI, 149.

98. Butler, «The French Expeditionary Corps», 21; Buchan, «Report on a Visit», apéndice F.

99. «Draft Report on FEC».

100. Brown, 117, 120; *CtoA*, 65-68, 77.

101. Starr, ed., 207.

102. Buchan, «Report on a Visit», 1.

103. Matthews, «The French Drive on Rome», 128-129.

104. *CtoA*, 86.



105. Starr, ed., 210.

106. Macksey, 212.

107. Diario, MWC, 14 de mayo de 1944, Citadel, caja 65.

108. Carver, ed., 607.

109. Diario, MWC, 14 de mayo de 1944, Citadel, caja 65.

110. *CtoA*, 77; Tanham, «Battlefield Intelligence in World War II», 53.

111. *CtoA*, 71-73.

112. Brown, 127.



113. Diario, MWC, 14 de mayo de 1944, Citadel, caja 65.

114. GK, 14 de mayo de 1944.

115. Starr, ed., 226.

116. Diario, MWC, 15 de mayo de 1944, Citadel, caja 65.

117. Anders, 178.

118. Terlecki, 83; Kurzman, 237; Ken Ford, *Cassino 1944*, 78-79; Molony VI, 130n.

119. Rudolf Böhmler, *Monte Cassino*, 266.

120. Albrecht Kesselring, *The Memoirs of Field-Marshal Kesselring*, 200-205.



121. Diario de guerra, 1st Guards Bde, 18 de mayo de 1944, UK NA, WO 170/514; Jean-Yves Nasse, *Green Devils*, 113; Nigel Nicolson, *The Grenadier Guards in the War of 1939-1945*, vol. 2, 427; Butler, ed., «Human Interest», 4.

122. «Operations by 2nd Polish Corps», 40; Anders, 179.

123. John H. Green, «The Battles for Cassino», *AB*, n.º 13, 1976, 1+.

124. Piekalkiewicz, 181.

125. Anders, 178. Parker, 352-253. <http://www.krakowinfo.com/signal2.wav>; Trevelyan, 274.

126. Butler, ed., «Human Interest», 4.

127. Nicolson, 427-428; Ryder, 169.

128. «Operations by 2nd Polish Corps», 41; Molony VI, 134; Smith, 172.



[129](#). Diario de guerra, 1st Guards Bde, 18 de mayo de 1944.

130. Betsy Wade, ed., *Forward Positions: The War Correspondence of Homer Bigart*, 44-45. General sir Sidney Chevalier Kirkman, «3rd and 4th Cassino», Royal Artillery Historical Society, *Proceedings*, vol. 11, n.º 3, enero de 1969, 94+.

131. Trevelyan, 274.

132. Tommaso Leccisotti, *Monte Cassino*, 132-133; E. T. DeWald, «Inspection Trip to Abbey of Monte Cassino, May 27, 1944», Henry C. Newton Papers, MHI.

133. Parker, 357; Walter Robson, *Letters from a Soldier*, 96-97.

134. Frido von Senger und Etterlin, «War Diary of the Italian Campaign», 1953, FMS, n.º C-095b, MHI, 124.

135. Vietinghoff, «71st Infantry Division in Italy», 31.

136. Molony VI, 114, 143.



137. Frido von Senger und Etterlin, «The Drive on Rome», septiembre de 1951, FMS, n.º C-097b, MHI, 11.

138. Neil Short, *German Defences in Italy in World War II*, 9n.

139. Frido von Senger und Etterlin, *Neither Fear nor Hope*, 248.

140. Albert Kesselring *et al.*, «German Version of the History of the Italian Campaign», s. f., CARL, N-16671.1-3, 216.

141. Walter Warlimont, «OKW Activities-The Italian Theater, 1 Apr.-31 Dec. 1944», s. f., FMS, n.° C-099b, MHI, 23.

142. F. M. Sallagar, «Operation strangle: A Case Study of Tactical Air Interdiction», febrero de 1972, RAND, R-851, 68.

143. II Corps G-2, 19 de mayo de 1944, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 6.

144. Nota, Joseph L. Langevin, VI Corps G-2, to LKT Jr., 18 de mayo de 1944, LKT Jr., GCM Lib, caja 13, carpeta 4.



145. John Ellis, *Brute Force*, 324.

146. Diario, Fourteenth Army, 19-22 de mayo de 1944, «The German Operation at Anzio», abril de 1946, WD, John Lucas Papers, MHI, caja 9, 104.

147. Kesselring *et al.*, «German Version», 127.

148. A. G. Steiger, «The Italian Campaign», julio de 1948, sección histórica, Canadian Army HQ, informe n.º 20, MHI, 59.

149. F. W. Winterbotham, *The Ultra Secret*, 116.

150. W. G. F. Jackson, *Alexander of Tunis as Military Commander*, 285.

151. Matthews, «The French Drive on Rome», 128-129. Sallagar, «Operation Strangle», 70-71.

152. Kesselring, *Memoirs*, 201-205; Senger, «The Drive on Rome», 11; Robin Kay, *Official History of New Zealand in the Second World War*, vol. 2, *From Cassino to Trieste*, 29; Walter Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters, 1939-1945*, 416; Molony VI, 164.



153. Resumen semanal de la inteligencia aérea, n.º 78, 15 de mayo de 1944, Fifth Army, G-3 diario, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 6.

154. Corr., 18 de mayo de 1944, in G-2 report, II Corps, 3 de junio de 1944, Robert H. Adleman Papers, HIA, caja 13.

155. Fred Cederberg, *The Long Road Home*, 121.

156. Blaxland, 107.

157. C. F. Comfort, *Artist at War*, 153.

158. Trevelyan, 297.

159. Kay, 46.

160. Robin Neillands, *Eighth Army*, 293; Carver, 317; Butler, ed., «Human Interest», 4-5.



161. Mark Zuehlke, *The Liri Valley*, 232.

162. Erich Rothe, «Tactical Mission, Trace and Organization of the “Senger-Riegel”», mayo de 1947, FMS, n.º D-170, MHI, 3-6.

163. Molony VI, 183; Mayo, 215; Short, 10, 18, 30-31, 50; John E. Krebs, *To Rome and Beyond*, 66.

164. Huebner, 77.

165. Cederberg, 121.

166. Carver, 194.

167. Butler, ed., «Human Interest», 3-5.

168. Krebs, 77.



169. Memorando, «Advances Made by Fifth Army Corps [sic]» s. f., MWC Papers, Citadel, caja 3.

170. «Interrogation Reports», mayo de 1944, Combined Services Detailed Interrogation Center, NARA RG 407, E 47, AFHQ, 95-AL1-2.13, caja 164.

171. Huebner, 76.

172. *CtoA*, 94-97.

173. Visitas del autor, 6 de mayo de 2004, 29 de noviembre de 2006. Blaxland, 119.

174. *Calculated*, 323.

175. Matthews, «The French Drive on Rome», 135.

176. «Draft Report on FEC»; Butler, «The French Expeditionary Corps», 25-26.



177. *CtoA*, 156.

178. Resumen semanal de inteligencia, «No. 91, week ending 22 May 1944», AFHQ G-2, NARA RG 407, E 427, 95-AL1-2.6.

179. *Calculated*, 357.

180. Diario, MWC, 22 de mayo de 1944, Citadel, caja 65; Severeid, 393.

181. Robert H. Adleman y George Walton, *Rome Fell Today*, 188; Alexander, «The Allied Armies in Italy», III-16; Winston S. Churchill, *Closing the Ring*, 603; *CM*, 372.

182. Diario, MWC, 22 de mayo de 1944, Citadel, caja 65; Severeid, 394; Adleman y Walton, 188.

183. Sevareid, 394.

184. Msg, MWC a A. Gruenther, 23 de mayo de 1944, MWC Papers, Citadel, caja 63.



185. *Calculated*, 350-351.

186. Msg, J. Harding a MWC, 19 de mayo de 1944, MWC Papers, Citadel, caja 63; *Calculated*, 351-353; diario, MWC, 20 de mayo de 1944, Citadel, caja 65.

187. *Texas*, 370; diario, MWC, 20 y 22 de mayo de 1944, Citadel, caja 65.

188. Adleman y Walton, 206-207.

189. Calculated, 252-253.

190. Msg, MWC a LKT Jr., 21 de mayo de 1944, 17.05 hrs LKT Jr. Papers, GCM Lib, caja 12, carpeta 11.

191. Diario, MWC, 18 de mayo de 1944, Citadel, caja 65.

192. Adleman y Walton, 206-207.



193. Donald G. Taggart, ed., *History of the Third Infantry Division in World War II*, 149.

194. *CM*, 371.

195. Joseph A. Springer, *Black Devil Brigade*, 211.

196. John Shirley, *I Remember: Stories of a Combat Infantryman in World War II*, 4.

197. Sevareid, 395-396.

198. MWC a Renie, 26 de mayo de 1944, MWC corr. pers., Citadel.

199. Msg, MWC to A. Gruenther, 23 de mayo de 1944, MWC Papers, Citadel, caja 63. OH, Robert T. Frederick, 7 de enero de 1949, SM, MHI. Diarios del edecán, 23 de mayo de 1944, LKT Jr., GCM Lib, caja 18, carpeta 3; *CM*, 371; *Calculated*, 357; Adleman y Walton, 188.

200. Severeid, 395.



201. [Diario](#), Robert M. Marsh, 23 de mayo de 1944, 81st Armored Reconnaissance Bn, 1st AD, MHI, ASEQ.

202. *CtoA*, 120.

203. Frank M. Izenhour, «Breakout Anzio Beachhead», mcngrf., 1946, CARL, N-2253.10.

204. George F. Howe, *The Battle History of the 1st Armored Division*, 318; CtoA, 128; Shirley, 9.

205. G-3 diario, 3rd ID, 23 de mayo de 1944, 08.00 h, 19.35 h, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 6.

206. *CtoA*, 130, 133.

207. Msg, MWC a GCM, 17 de mayo de 1944, NARA RG 165, OPD, WD, top secret general corr., 312.4-319.1, caja 16; Mayo, 210; OH, John A. Heintges, 1974, Jack A. Pellicci, SOOHP, MHI, 241; Shirley, 2-7.

208. Las pérdidas iniciales de la 3.<sup>a</sup> División excedieron aquel día las 1.600 bajas, pero muchas de ellas corresponden a soldados que fueron declarados temporalmente como desaparecidos; *CtoA*, 137; Taggart, ed., 164.



209. Nathan William White, *From Fedala to Berchtesgaden*, 113.

210. Trevelyan, 284.

211. *CtoA*, 120, 138; OH, Frederick, 7 de enero de 1949; William G. Sheldon, «Anzio to Rome, Battle, 1944», mcgrf., s. f., en Robert H. Adleman Papers, HIA, caja 7, 5-6.

212. Robert D. Burhans, *The First Special Service Force*, 216-217; G3 diario, VI Corps, 23-24 de mayo, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 6.

213. Flint Whitlock, *The Rock of Anzio*, 288, 300.

214. *CtoA*, 138; Van T. Barfoot, «The Operation of the 3rd Platoon, Company L, 157th Infantry, in the Battle of Anzio During the Push to Rome», 1948, IS. El sargento Barfoot ganó la Medalla al Honor por sus actos de heroísmo del 23 de mayo.

215. F. Eugene Liggett, «No, Not Yet: Military Memoirs», mcngf., s. f., 158th FA, 157th Inf, 45th ID, ASEQ, MHI, 7-8.

216. Whitlock, 297.



[217](#). Corr. de E. N. Harmon para David G. Barr, 15 de mayo de 1944, NARA RG 319, CA, caja 6.

218. OH, T. J. Conway, Fifth Army planner, 27 de mayo de 1950, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 5.

219. OH, James S. Simmerman, CO, 2nd Bn, 13th Armored Regt, 24 de abril de 1950, SM, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 5.

220. «History of Ordnance Service in the Mediterranean Theater», s. f., CMH, 8-4 JA, 83; Howe, 324.

221. *CtoA*, 121-123.

222. AAR, «10th Engineer Combat Battalion, Cisterna-Rome Operation», mcngrf., s. f., CMH, Geog Files, Italia, 314.7; OH, Robert Linville, CO, 3rd Bn, 6th Armored Inf Regt, 9 de mayo de 1950, SM, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 5.

223. Howe, 324.

224. AAR, «Salerno to Florence», Fifth Army Antiaircraft Artillery, 1945, MHI, 21-22.



225. OH, Linville, 9 de mayo de 1950; OH, ENH, 14 de diciembre de 1948; OH, Ben Crosby, XO, CCB, 9 de marzo de 1950, todo en SM, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 5.

226. *Anzio Beachhead*, 119; OH, Lawrence R. Dewey, 20 de julio de 1948, SM, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 5; StoA, 267n.

227. *CM*, 372-74; *Diario*, XIV Ejército, 23 de mayo de 1944, 107; *CtoA*, 140. Steiger, «The Italian Campaign», 74.

228. VI Corps G-3 diario, 23-24 de mayo de 1944, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 6.

229. Howe, 325.

230. Carmene J. DeFelice, «Carmene's Wartime Chronicle», mcgrf., s. f., 12th AR, 1st AD, ASEQ, MHI; Audie Murphy, *To Hell and Back*, 154.

231. *CtoA*, 142-144; ADC diario, VI Corps, 24 de mayo de 1944, 15.15 h, NARA RG 319, CA, caja 6.

232. Howe, 328.



233. Wiley H. O'Mohundro, «From Mules to Missiles», mcngrf., s. f., MHI, 57; «Lessons Learned in the Battle from the Garigliano to North of Rome», 15 de julio de 1944, XIV Ejército, notas de entrenamiento, n.º 12, DTL, Ft. B, 10; Paul A. Cundiff, *45th Infantry CP*, 181.

234. *CtoA*, 147, 155.

235. Alfred M. Beck *et al.*, *The Corps of Engineers: The War Against Germany*, 211.

236. Severeid, 400; *CtoA*, 220.

237. Mensaje, MWC a A. Gruenther, 25 de mayo de 1944, MWC Papers, Citadel, caja 63.

238. Diario, MWC, 24 de mayo de 1944, Citadel, caja 65.

239. Severeid, 398; «Beachhead Offensive», *Newsweek*, 5 de junio de 1944, 23.

240. Diario, MWC, 25 de mayo de 1944, Citadel, caja 65; Wynford Vaughan-Thomas, *Anzio*, 230.



241. *Calculated*, 357; Filme, «Liberation of Rome», 1944, informe de combate n.º 1, NARA RG 111, CR001.

242. Msg, MWC, 25 de mayo de 1944, MWC Papers, Citadel, caja 63.

243. MWC a Renie, 26 de mayo de 1944, corr. personal Citadel.

244. *CM*, 375; *CtoA*, 153-154.

245. Howe, 329.

246. Msg, MWC a A.Gruenther, 26 de mayo de 1944, MWC Papers, Citadel, caja 63.

[247](#). Diario, Robert M. Marsh, 25, 26, 30 de mayo de 1944.

248. *CtoA*, 168; Bogardus S. Cairns, «The Breakout at Anzio», *MR*, enero de 1949, 23+.



249. OH, Hamilton H. Howze, 16 de junio de 1949, SM, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 5.

250. Hamilton H. Howze, «The Rome Operation», mcgrf., 6 de junio de 1944, CMH, Geog Files, Italia, 370.2, 3-7; OH, Hamilton H. Howze, abril de 1973, Robert T. Reed, MHI, SOOHP, 38-40; corr. Don E. Carleton al jefe de historia militar del ejército de Estados Unidos, 12 de enero de 1960, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 4; *CM*, 375.

251. Corr., LKT con el jefe de historia militar del ejército de Estados Unidos, 5 de noviembre de 1961, con el testimonio de Don E. Carleton *et al.*, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 4.

252. *CM*, 375.

253. Kent Roberts Greenfield, ed., *Command Decisions*, 276-278.

254. OH, James M. Wilson, Jr, LKT Jr. edecán, 23 de abril de 2004, con el autor, Washington, D.C.

255. Corr., Carleton al jefe de historia militar, 12 de enero de 1960, Don E. Carleton Papers, HIA, caja 1; *CM*, 375-376.

256. *CtoA*, 165.



257. Msg, GCM a J. Devers, 26 de mayo de 1944, NARA RG 492, MTOUSA, SGS, «eyes only, General Devers, incoming», caja 135.

258. Corr., LKT al jefe de historia militar, 5 de noviembre de 1961; OH, LKT Jr., 3 de abril de 1958, SM, MHI; Corr., FLW a Harold L. Bond, 30 de septiembre de 1965, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 4; Sidney T. Matthews, «Drive to Rome», mcgrf., 1954, MHI, 314.

259. OH, Wilson, 23 de abril de 2004.

260. Diarios del edecán, VI Corps, 25 de mayo de 1944, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 6; OH, LKT Jr., 3 de abril de 1958; diarios del edecán, 25 de mayo de 1944, LKT Jr. Papers, GCM Lib, caja 18, carpeta 3; Greenfield, ed., 281.

261. Al parecer, la avería de una radio impidió que la orden de Mackensen llegase a Cisterna. Matthews, «Drive to Rome», 174, 188; Franz Kurowski, *Battleground Italy 1943-1945*, 226.

262. Vaughan-Thomas, *Anzo*, 225.

263. OH, Jack M. Duncan y Ralph M. Flynn, 7th Inf. Regt., 27 de abril de 1950, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 5; White, 117.

264. Los escombros de Cisterna transpiraban «la quietud de las ruinas antiguas, pero sin su dignidad»: Severeid, 402.



265. Minutes, «Division Commanders' Meeting, 25 May 1944», VI Corps, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 8.

266. Corr., Carleton al jefe de historia militar, 12 de enero de 1960.

267. OH, Wilson, 23 de abril de 2004; *CtoA*, 166; OH, LKT Jr., 1 de marzo, 1962, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 5.

268. Minutes, «Division Commanders' Meeting, 25 May 1944».

269. Diario, MWC, 26 de mayo de 1944, Citadel, caja 65.

270. OH, Wilson, 23 de abril de 2004.

271. Diario, MWC, 27 de mayo de 1944, MWC Papers, Citadel, caja 65; OH, MWC, 1972-1973, Forest S. Rittgers, Jr, MHI, 93-94.

[272](#). Senger, *Neither Fear nor Hope*, 252. En los mapas del X Ejército había indicadas cuatro rutas de retirada además de la autopista 6. Molony VI, 238; OH, LKT Jr., 3 de abril de 1958; *Battle*, 241.



[273](#). Nigel Nicolson, *Alex: The Life of Field Marshal Earl Alexander of Tunis*, 252.

274. OH, MWC, Rittgers, 93-94; Matthews, «Drive to Rome», 308313.

275. *CtoA*, 152, 157; R. J. O'Rourke, *Anzio Annie*, 177; Böhmler, 281.

276. OH, Robert W. Porter, Jr., 1981, John N. Sloan, SOOHP, MHI, 338.

[277](#). GK, 28 de mayo de 1944; Molony VI, 234.

278. *Calculated*, 352.

279. Matthews, «Drive to Rome», 312, 338, 200.

280. *CtoA*, 157.



281. Blaxland, 117; Greenfield, ed., 276-279; AAR, Wilhelm Schmalz, mcngf., s. f., NARA RG 319, OCMH, CA, caja 9.

282. *Calculated*, 359.

283. Diario, MWC, 27 de mayo de 1944, Citadel, caja 65.

284. *Battle*, 231; *Greenfield, ed.*, 280.

285. El historiador del ejército de Estados Unidos Sidney T. Matthews tomó notas detalladas durante sus entrevistas con Clark en mayo de 1948. Entre ellas se encuentra este pasaje: «cuando Alexander dijo a Clark que quería que el VIII Ejército participase en la toma [de Roma], reaccionó mal. Le dijo a Alex que si le daba dicha orden se negaría a obedecerla y que si el VIII Ejército trataba de avanzar hacia Roma, Clark ordenaría a sus tropas que disparasen contra el VIII Ejército». En entrevistas realizadas por Matthews siete meses más tarde, Alexander negó haber dicho jamás a Clark que quería que el VIII Ejército participase en la toma de Roma, y añadió que Clark «en ningún momento dijo a Alexander que, si le daba dicha orden, él (Clark) se negaría a acatarla». OH, MWC, 10-21 de mayo de 1948, SM, MHI, 60; OH, Harold Alexander, 10-15 de enero de 1949, SM, CMH, Geog Files, III-13; Trevelyan, 303.

286. Diario, MWC, 26 de mayo de 1944, Citadel, caja 65.

287. Matthews, «Drive to Rome», 319; Msg, A. Gruenther a MWC, 26 de mayo de 1944, MWC Papers, Citadel, caja 63.

288. Nicolson, *Alex*, 252.



289. L. James Binder, *Lemnitzer: A Soldier for His Time*, 122.

290. Jackson, *Alexander of Tunis as Military Commander*, 289.

291. *Battle*, 231.

[292](#). Sevareid, 401.

[293](#). Msg, GCM a J. Devers, 26 de mayo de 1944, NARA RG 492, MTOUSA, SGS, «eyes only, General Devers, incoming», caja 135.

[294](#). Diario, MWC, 27 de mayo de 1944, MWC Papers, Citadel, caja 65.

295. Nicolson, *Alex*, 252.

296. OH, Alexander, 10-15 de enero de 1949, III-7.



297. Livy, *The War with Hannibal*, 26.

298. Churchill, *Closing the Ring*, 607.

299. [Ryder](#), 171-172; [Carver](#), 207.

300. Hamilton H. Howze, *A Cavalryman's Story*, 109, 129; Howze, «The Rome Operation», 10; *CtoA*, 169-170; OH, Howze, Reed, 43.

301. White, 118.

302. *CtoA*, 168; Maurice R. P. Bechard, «This Is an Account of What Was to Be», mcngrf., s. f., 16th Armored Eng. Bn., 1st AD, MHI, ASEQ, 5; Howze, *A Cavalryman's Story*, 102; Howe, 331.

303. OH, Bogardus S. Cairns, CO, 3rd Bn., 13th AR, 24 de abril de 1950, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 5; Howze, «The Rome Operation», 11.

304. AAR, Schmalz; Franz Kurowski, *The History of the Fallschirmpanzerkorps Hermann Göring*, 244-245; Sallagar, «Operation Strangle», 7274.



305. OH, Howze, 16 de junio de 1949.

306. Howze, *A Cavalryman's Story*, 111.

307. ADC diario, VI Corps, 28 de mayo de 1944, 15.02 h.

308. *CtoA*, 171.

309. OH, MWC, 10-21 de mayo de 1948, 62; Matthews, «Drive to Rome», 370.

310. Vaughan-Thomas, 226.

311. Carver, 203.

312. Howe, 331-332; *CtoA*, 175; Matthews, «Drive to Rome», 354.



313. OH, ENH, 14 de diciembre de 1948, SM, y OH, Edwin A. Russell, G-3 of 1st AD, s. f., SM, ambos en NARA RG 319, OCMH, CA, caja 5.

314. Starr, ed., 247-249; Homer R. Ankrum, *Dogfaces Who Smiled Through Tears*, 501.

315. *CtoA*, 176.

316. Starr, ed., 249; Lloyd Clark, *Anzio*, 306.

317. Howe, 333.

318. Sheehan, 202.

319. Howze, *A Cavalryman's Story*, 111.

320. Carver, 204.



[321](#). Msg, ENH a MWC, 29 de mayo de 1944, MWC, corr., Citadel, caja 3; msg, J. Devers a GCM, 31 de mayo de 1944, y semblante biográfico, Katherine Tupper Marshall Papers, GCM Lib; Eric Larrabee, *Commander in Chief*, 113.

322. *CtoA*, 180; informe de inteligencia, AFHQ G-2, 29 de mayo de 1945, n.º 92, NARA RG 407, E 427, 95-AL1-2.6; Warlimont, «OKW Activities», 31-32.

323. Matthews, «Drive to Rome», 387; Diario, MWC, 30 y 31 de mayo de 1944, Citadel, caja 65; MWC a Renie, 31 de mayo de 1944, corr. personal, Citadel.

324. Diario, Peter Tompkins, NARA RG 226, OSS History Office, E 99, caja 47, 260.

325. G. W. L. Nicholson, *The Canadians in Italy, 1943-1945*, vol. 2, 425; Michael Person Cessford, «Hard in the Attack», tesis doctoral Carleton University, Ottawa, 357.

326. Daniel G. Dancocks, *The D-Day Dodgers*, 253.

327. Zuehlke, 221-222, 293.

328. Blaxland, 121; Molony VI, 290-291.



329. Molony VI, 241, 247, 285; Blaxland, 124; Cessford, «Hard in the Attack», 405-413.

330. Molony VI, 257, 291.

331. Alex Bowlby, *The Recollections of Rifleman Bowlby*, 42.

332. Neil Orpen, *Victory in Italy*, 44-47.

333. Robson, 108.

334. Strome Galloway, *A Regiment at War*, 142-143.

335. Molony VI, 276.

336. Dancocks, 253.



337. Bowlby, 41.

338. Richard Doherty, *A Noble Crusade*, 220.

339. Molony VI, 253.

340. Molony VI, 168.

341. Memorando, Brunis M. Rogness, 17th FA, a MWC, 29 de mayo de 1944, NARA RG 338, XV Ejército HQ, corr. general 000.51, caja 1.

342. Memorando, Raymond F. Copeland, 17th FA, a MWC, 28 de mayo de 1944.

343. Memorando, Robert M. Douglass, 995th FA Bn, a MWC, 2 de junio de 1944.

344. Memorandos, Sam H. Long, 933rd FA Bn, a MWC, 30 de mayo y 1 de junio de 1944.



345. Memorando, C. C. Bank, 13th FA Bde, a MWC, 31 de mayo de 1944, todos en NARA RG 338, XV Ejército, corr. general, 000.51, caja 1.

346. Robert Katz, *The Battle for Rome*, 287.

347. Afidávit, 25 de mayo de 1944, en «Reports relative to acts of violence and use of force committed by Moroccan soldiers», 25 de mayo de 1944, HQ, 210ª División de Infantería italiana, Robert J.Wood Papers, MHI.

348. Norman Lewis, *Naples '44*, 143.

349. Corr., Giuseppe Cortese, 210<sup>a</sup> División de Infantería italiana, a MWC, 25 de mayo de 1944, NARA RG 338, XV Ejército, HQ, corr. general, 000.51, caja 2.

350. Lewis, 147.

351. Memorando, Raymond F. Copeland, 28 de mayo de 1944.

352. J. Glenn Gray, *The Warriors*, 67.



353. Memorando, A. Juin, «Ill Treatment of Civilian Population», 24 de mayo de 1944, Robert J. Wood Papers, MHI.

354. Memorandos, A. Gruenther a MWC, 27 y 29 de mayo de 1944, MWC, corr. Citadel, caja 3.

355. Memorando, A. Juin, 27 de mayo de 1944, NARA RG 338, XV Ejército, HQ, corr. general, 000.51, caja 1.

356. Edward L. Bimberg, *The Moroccan Goums*, 64; Kurzman, 251

357. Bimberg, 64; Kurzman, 228.

358. Isobel Williams, «Law and Order in Allied Occupied Southern Italy, 1943-1945», tesis doctoral, University of Wales, Swansea, 2005, y correo electrónico al autor. Carta, Ministerio della Difesa, *Statistica incidenti e crimini commessi dalle truppe alleate*, 18 de octubre de 1947, NARA RG 492, MTO, AG HQ records, 290/53/32/5-6, 000.5; Trevelyan, 277.

359. Schrijvers, 47.

360. Diarios del edecán, LKT Jr., 30 de mayo de 1944, GCM Lib, caja 18, carpeta 3.



361. Ernest F. Fischer, Jr., «A Classic Stratagem on Monte Artemisio», borrador, s. f., CMH, Geog Files, 370.24, 5-6; Matthews, «Drive to Rome», 375-378.

362. *Texas*, 421.

363. OH, LKT Jr., 3 de abril de 1958, SM, MHI.

364. Fisher, «A Classic Stratagem», 10.

365. Corr., FLW a Eric Sevareid, 26 de febrero de 1946, FLW Papers, HIA, caja 3.

366. *Texas*, 360-367.

367. *Texas*, 335-336.

368. GK, 25 de abril de 1944.



369. Kurzman, 317.

370. Fisher, «A Classic Stratagem», 5-6; «ADC's Journal for Gen. Fred L.Walker», 29 de mayo de 1944, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 6.

371. *Texas*, 372-374. Visita del autor, 9 de mayo de 2004.

372. Matthews, «Drive to Rome», 365-366.

373. Jack L. Scott, *Combat Engineer*, 70; Fisher, «A Classic Stratagem», 9.

374. *Texas*, 375; Fisher, «A Classic Stratagem», 10-12; *CtoA*, 186; Robert Wagner, *The Texas Army*, 171; *CM*, 377; Matthews, «Drive to Rome», 381.

375. Diario, FLW, 30 de mayo de 1944, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 6.

376. Matthews, «Drive to Rome», 269.



377. CtoA, 186; Kurowski, *Battleground Italy*, 224; AAR, Schmalz.

378. Diario, XIV Ejército, 31 de mayo de 1944, 118.

379. Memoria, Harvey Reves, mcgrf., s. f., Texas MFM.

380. Wagner, 161.

381. George Kerrigan, «The Velletri Road Block», mcngrf., s. f., Texas MFM.

382. AAR, «Operations in Italy, May 1944», 142º Regimiento de Infantería, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 6.

383. AAR, «Operations in Italy, May 1944», 142° Regimiento de Infantería, ASEQ, MHI.

384. Bruce L. Barger, *The Texas 36th Division*, 186.



385. Eric Severeid, «On the Standards of the 36th Proudly Inscribe “Velletri”», *American Legion*, en *A Pictorial History of the 36th «Texas» Infantry Division*.

386. OH, George Lynch, 142º Regimiento de Infantería, 16 de enero de 1950, SM, MHI.

387. AAR, «Operations in Italy, May 1944», 142º Regimiento de Infantería, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 6.

388. James M. Estep, «I Left My Friend on Mt. Artemisio», mcgrf., s. f., Texas, MFM.

389. Sevareid, 405.

390. Fisher, «A Classic Stratagem», 5, 14-15; Corr., FLW a Gov. Coke Stevenson, 24 de julio de 1946, FLW Papers, HIA, caja 3; «Engineer History, XV Ejército, Mediterranean Theater», s. f., MHI, 128.

391. Barger, 189.

392. Wagner, 171.



393. Scott, 72.

394. AAR, 143° Regimiento de Infantería, vol. I, junio de 1944, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 6.

395. Matthews, «Drive to Rome», 267-271, 274-275, 287, 298.

396. Diario, XIV Ejército, 31 de mayo de 1944, 117; *CtoA*, 185.

397. Adleman y Walton, 17.

398. OH, Paul D. Adams, 143° Regimiento de Infantería, 1975, Irving Monclova y Marlin Lang, SOOHP, MHI; Corr., FLW a C. Stevenson, 24 de julio de 1946; Michael B. Anderson, «Personal History», mcngf., s. f., Texas MFM.

399. OH, David W. Sisco, B Co., 142° Regimiento de Infantería, mayo de 1950, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 5.

400. Severeid, «On the Standards of the 36th».



401. *Texas*, 377.

402. Fisher, «A Classic Stratagem», 15-17.

403. Memoria, Paul H. Duffey, 141° Regimiento de Infantería, mcngrf., s. f., Texas MFM.

404. Despacho, Wick Fowler, *Dallas Morning News*, s. f., en *A Pictorial History of the 36th «Texas» Infantry Division*.

405. Molony VI, 276; AAR, Schmalz.

406. Wagner, 180.

407. Sevareid, 408.

408. Harold L. Bond, *Return to Cassino*, 182.



409. Gray, 108; O'Rourke, 197.

410. *Il Tempo*, 1 de junio de 1984, de «The First Special Service Force: Participants in the Liberation of Rome», mcngrf., s. f., MHI, 3.

411. James O'Neill, «Welcome to Rome», *Yank*, 18 de junio de 1944, 10.

412. *CtoA*, 188.

413. *CtoA*, 192.

414. Starr, ed., 254; Howe, 337.

415. Msg, A. Gruenther a MWC, 2 de junio de 1944, 22.30 h, MWC, Citadel, caja 63.

416. G-2/G-3 diario, VI Corps, 2 de junio de 1944, 18.40 h, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 6.



417. La mayoría de los tanques estaban averiados por el efecto de las minas y pronto fueron reparados.

418. Molony VI, 272, 277.

419. Adenda, «Statistical Data on the Italian Campaign», en corr. E. N. Harmon a GCM, 15 de julio de 1944, GCM Lib, caja 70; Matthews, «Drive to Rome», 411.

420. «Clark's Mother Happy», *NYT*, 5 de junio de 1944, 4.

421. Diario, MWC, 2 de junio de 1944, Citadel, caja 65.

422. Churchill, *Closing the Ring*, 608; Neillands, 299.

423. Patrick Howarth, *My God, Soldiers*, 165.

424. Diario, MWC, 2 de junio de 1944, Citadel, caja 65.



425. Molony VI, 276.

426. Diario, 3rd ID, 2 de junio de 1944, 07.30 h, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 8; *CtoA*, 202, 206; Schrijvers, 123.

427. Karl Baedeker, *Central Italy and Rome*, 482-483; <http://en.wikipedia.org/wiki/Palestrina>.

428. JJT, XIV-14-16; OH, Russell W. Cloer, 26 de mayo de 2005, entrevista telefónica desde Tampa. Russell W. Cloer, «A Short War Story», mcgrf., 1998, 7º Regimiento de Infantería, 3rd ID MHI, ASEQ.

429. Memorando, MWC a A. Gruenther, 7 de junio de 1944, MWC, Citadel, caja 63.

430. JJT, XV-8-11, 14.

431. Warlimont, «OKW Activities», 36.

432. Ultra interceptó estos comunicados. Ralph Bennett, *Ultra and the Mediterranean Strategy*, 285-286.



433. Böhmler, 285.

434. *CtoA*, 199; Blaxland, 131.

435. *CtoA*, 203, 206.

436. Molony VI, 235, 281.

437. Trevelyan, 305.

438. John Patrick Carroll-Abbing, *But for the Grace of God*, 106.

439. Lynn H. Nicholas, *The Rape of Europa*, 239.

440. Jane Scrivener, *Inside Rome with the Germans*, 187.



441. Jane Scrivener, *Inside Rome with the Germans*, 193.

442. Walter L. Medding, «The Road to Rome», mcgrf., s. f., CEOH, caja X-38, 76.

443. Diario, Tompkins, 272.

444. Daniel Lang, «Letter from Rome», *New Yorker*, 17 de junio 1944, 65+.

445. Scrivener, 195-196.

446. Jane Scrivener, *Inside Rome with the Germans*, 197.

447. Kurzman, 356-357.

448. Molony VI, 281; Starr, ed., 263; Burhans, 242.



449. Diario, VI Corps, G-3, 3 de junio de 1944, 13.05 h, NARA RG 319, CMH, CA, caja 6; Howe, 339, 113.

450. Msg, A. Gruenther a MWC, 3 de junio de 1944, 16.15 h, MWC, Citadel, caja 63.

451. Intel summary n.º 333, II Corps, 3 de junio de 1944, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 8.

452. Msg, MWC a los comandantes del cuerpo, 3 de junio de 1944, 16.42 h, II Corps, G-3 diario, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 8.

453. Memorandos, MWC, «Initial Entry into Rome», 31 de agosto y 16 de noviembre de 1944, en «Reports on Capture of Rome», Chester G. Starr Papers, HIA, caja 1; despacho, Seymour Korman, *Chicago Tribune*, 9 de junio de 1944, Robert T. Frederick Papers, HIA, caja 1; *CtoA*, 212216.

454. OH, Cairns, 24 de abril de 1950; Howe, 344; Severeid, 410; Richard Collier, *Fighting Words*, 157.

455. Diario, MWC, 4 de junio de 1944, Citadel, caja 65.

456. Fred Sheehan, *Anzio: Epic of Bravery*, 210.



457. Posteriormente, Clark colgó la señal perforada en la pared de su jardín. *Calculated*, 363-364; Maurine Clark, *Captain's Bride*, *General's Lady*, 114.

458. OH, Cairns, 24 de abril de 1950; GK, 4 de junio de 1944.

459. Diario, VI Corps, G-3/G-2, 4 de junio de 1944, 12.15 h, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 6.

460. Howe, 345-346.

461. Adleman y Walton, 210.

462. John J. Roche, «First Squad, First Platoon», mcngf., 1983, 351º Regimiento de Infantería, 88th ID, ASEQ, MHI, 22.

463. Alton D. Brashear, *From Lee to Bari*, 238.

464. Howze, 117.



465. *CtoA*, 218; Howze, «The Rome Operation», 19.

466. AAR, 351° Regimiento de Infantería, junio de 1944, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 7.

467. Howe, 346; Roche, «First Squad, First Platoon», 22; David Hunt, *A Don at War*, 259; OH, Russell Cloer, 3rd ID, 11 de septiembre de 2001, ROHA.

468. Charles F. Marshall, *A Ramble Through My War*, 107.

469. Burhans, 244-245; *CtoA*, 218-219. Despacho, Korman, 9 de junio de 1944; *Register of Graduates*, USMA, 1989, ed., 359; Adleman y Walton, 218.

470. Howe, 346.

471. Lang, «Letter from Rome», 65+.

472. Martin Blumenson, *Mark Clark*, 215-216; Sherman W. Pratt, *Autobahn to Berchtesgaden*, 403.



473. Sheehan, 213; *Il Tempo*, 4 de junio de 1984, de «The First Special Service Force», 3.

474. Medding, «The Road to Rome», 63-71.

475. «History of the Fifth Army Counter Intelligence Corps Detachment», 20 de junio de 1945, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 9; Marshall, 107-108, 113.

476. «Attain by Surprise», mcgrf., s. f., 30<sup>a</sup> División de Asalto e «Inventory of Documents and Equipment Taken from the German Embassy Rome», 8-23 de junio de 1943, 30th Assault Unit, LHC.

477. G-2/G-3 journal, VI Corps, 5 de junio de 1944, 06.30 h.

478. Francesco Rossi and Silvano Casaldi, *Those Days at Nettuno*, 90.

479. Molony VI, 284. Las estimaciones estadounidenses de las pérdidas alemanas eran ligeramente inferiores; además, las bajas totales aliadas de Diadem se cifraron en 40.205. *CtoA*, 223.

480. Scrivener, 200; Severeid, 412.



481. Molony VI, 282.

482. John Julius Norwich, *The Middle Sea*, 33n; Brigitte HintzenBohlen, *Art and Architecture: Rome and the Vatican City*, 39; Georgina Masson, *The Companion Guide to Rome*, 37, 44; H. V. Morton, *A Traveller in Rome*, 60-64; Trevelyan, 319.

483. Diario, MWC, 5 de junio de 1944, Citadel, caja 65.

484. Adleman y Walton, 226.

485. Diario, MWC, 5 de junio de 1944, Citadel, caja 65; Kurzman, 421.

486. Severeid, 414; Adleman y Walton, 226; *CM*, 379.

487. OH, Theodore J. Conway, 1977, Robert F. Enslin, SOOHP, MHI, III-14.

488. Vernon A. Walters, *Silent Missions*, 108; Diario, MWC, 5 de junio de 1944, Citadel, caja 65.



489. GK, 5 de junio de 1944.

490. Msg, FDR a MWC, 6 de junio de 1944, MWC, Citadel, caja 3.

491. Harold Macmillan, *The Blast of War*, 415.

492. Churchill, 611.

493. Blaxland, 133-137.

494. Warren F. Kimball, ed., *Churchill & Roosevelt: The Complete Correspondence*, vol. 3, 163.

495. Sheehan, 215.

496. Huebner, 97.



497. Collier, 157.

498. Adleman y Walton, 219; David Cole, *Rough Road to Rome*, 231.

499. Diario, Tompkins, 272.

500. Wallace, 178.

501. Murphy, 163.

502. Corr., George Revelle a Evelyn, 14 de junio de 1944, en posesión del autor.

503. Cundiff, 178; Sevareid, 415.

504. Trevelyan, 322.



505. Editorial, «The Fall of Rome», *Life*, 14 de junio de 1944, 38.

506. Walters, 97.

507. Collier, 157; Severeid, 418.

508. Molony VI, 281.

509. Blaxland, 139.

510. Medding, «The Road to Rome», 65.

511. Memoria, Edward R. Feagins, 143º Regimiento de Infantería, mcngrf., s. f., Texas MFM, 45.

512. *Stars and Stripes*, 5 de junio, edición italiana, 1.



513. DeFelice, «Carmene's Wartime Chronicle».

514. G-3 diario, II Corps, 5 de junio de 1944, 20.15 h, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 8.

515. Bond, 191; Medding, «The Road to Rome», 65; corr., FKW a H. L. Bond, 30 de septiembre de 1965; *Texas*, 387.

516. Morton, 79, 115, 352; <http://en.wikipedia.org/wiki/Gianicolo>; Samuel Ball Platner, *A Topographical Dictionary of Ancient Rome*, 274, en [http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Gazetteer/Places/Europe/Italy/Lazio/Roma/Rome/\\_Texts/PLATOP\\*/Janiculum.html](http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Gazetteer/Places/Europe/Italy/Lazio/Roma/Rome/_Texts/PLATOP*/Janiculum.html); Bond, 199.

1. JJT, XV-3; *Columbus [Ohio] Evening Dispatch*, 26 de junio de 1944, 1, A8; *Columbus Dispatch*, 3 y 8 de junio de 1944.

2. *Columbus Sunday Dispatch*, 4 de junio de 1944, 1, A5, B1 y 11 de junio; *Columbus Dispatch*, 6 de junio de 1944, 1, A10, B1; *Columbus Evening Dispatch*, 7 de junio de 1944, 1.

3. JTT, XV-6, 14; visita del autor, 7 de mayo de 2004; «Sicily-Rome American Cemetery and Memorial», American Battle Monuments Commission booklet, s. f., 3-18.

4. Bob Fleisher, «Truscott Leads Memorial Day Rites», *Star and Stripes* 2, n.º 174, 31 de mayo de 1945; Leda M. Silver, «Cartoonist for All Wars», *Retired Officer*, octubre 1992, 42+.



5. Bill Mauldin, *The Brass Ring*, 272.

6. Brooks, 29.

7. W. G. F. Jackson, *Alexander of Tunis as Military Commander*, 295.

8. Thomas R. Brooks, *The War North of Rome*, 13.

9. Albrecht Kesselring, *The Memoirs of Field-Marshal Kesselring*, 205.

10. J. Duncan Love, «Artillery Usage in World War II», abril de 1959, vol. II, *Operations Research Office*, Johns Hopkins University, 125.

11. Directiva, A. Kesslering, 13 de junio de 1944, NARA RG 492, MTO G-2, 319, caja 354.

12. Robert Wagner, *The Texas Army*, 202.



13. *Battle*, 255-257; OH, Charles de Gaulle, 14 de enero de 1947, FCP, MHI.

14. *CtoA*, 270; *Battle*, 247, 258.

15. Chester G. Starr, ed., *From Salerno to the Alps*, 268.

16. «Beachheads and Mountains», folleto, junio de 1945, MTO, Theodore J. Conway papers, MHI, caja 2.

17. Vizconde Alexander of Tunis, «The Allied Armies in Italy», s. f., CMH, III-25.

18. John North, ed., *The Alexander Memoirs, 1940-1945*, 41.

19. Calculated, 369.

20. Molony VI, 274; *Battle*, 247, 258.



21. George F. Howe, «American Signal Intelligence in Northwest Africa and Western Europe», U. S. Cryptologic History, Series IV, vol. 1, NARA RG 57, SRH-391, 78.

22. Eduard Mark, *Aerial Interdiction in Three Wars*, 280-289; OH, Willis D. Crittenberger, 19 de julio de 1947, NARA RG 319, OCMH, CA, caja 5.

23. OH, GK, 14 de febrero de 1950, y Edward J. O'neill, 22 de junio de 1948, ambos en NARA RG 319, OCMH, CA, caja 5.

24. Robert H. Adleman y George Walton, *The Devil's Brigade*, 219; *CtoA*, 236-237; memorandos, 1.º AD G-4 a ENH, y 1.º AD G-1 a ENH, ambos de 4 de julio de 1944, ENH papers, MH1, corr., caja 1.

25. Iris Origo, *War in Val D'Orcia*, xiii.

26. Richard Lamb, *War in Italy, 1943-1945*, 64-66.

27. «AFHQ History of Special Operations», julio de 1945, MTO, NARA RG 407, E 427, 95-A11-3.0, caja 173,3; obituario, «Friedrich Engel: Nazi Officer Known as ‘Butcher of Genoa’», Associated Press, *Washington Post*, 14 de febrero de 2006, B6.

28. *Battle*, 269, 287; B. H. Liddell Hart, *The Other Side of the Hill*, 344.



29. Paul A. Cundiff, *45th Infantry CP*, 162.

30. *CtoA*, 235.

31. H. Essame, «A Controversial Campaign-Italy, 1943-45», *Army Quarterly and Defence Journal*, enero de 1968, 219+.

32. Andrew Brookes, *Air War over Italy, 1943-1945*, 155.

33. Annette Tapert, ed., *Lines of Battle*, 135; John Muirhead, *Those Who Fall*, 20.

34. *Battle*, 317; Eugenio Corti, *The Last Soldiers of the King*, ix; *CtoA*, 545.

35. «Beachheads and Mountains»; «Tools of War» diciembre de 1946, Peninsular Base Section, MHI; Starr, ed., 451-452; *Operations in Sicily and Italy*, USMA Dept. of Military Art and Engineering, 1947, 97. Otros resúmenes estadísticos hablan de al menos 29.560 norteamericanos muertos o desaparecidos en Italia. John Ellis, *World War II: A Statistical Survey*, 266. Véase también «U. S. Army Battle Casualties in Italy», s. f., CMH, Geog files, Italia, 704, que refiere 30.050 muertos norteamericanos, pero sin dar detalles metodológicos.

36. G. A. Shepperd, *The Italian Campaign*, 1943-45, 391.



37. *CtoA*, 545; Corti, ix; Starr, ed., 451-452; «Age Distribution of Dead in the German Ground Forces», OSS, Research and Analysis Branch, 3 de abril de 1945, NARA RG 334, NWC Lib, caja 888.

38. «Richiesta di soccorsi per la popolazione di Anzio e Nettuno», 18 de noviembre de 1944, proporcionado por Silvano Casaldi, director del Museo de Desembarcos Aliados, via Andrew Carroll; Donna Martha Budani, «Women, War, and Text: Orsognese Women's Experience in a Sector of the Italian Front in World War II», 1997, tesis doctoral, American University, 24, 28.

39. «The Battle for San Pietro», *AB*, n.º 18 (1977), 1+.

40. Maurizio Zambardi, *War Memories*, trad. de Monia Cozzolino, 72.

41. Donato D'Epiro, *S. Angelo in Theodice*, 181-183.

42. Vernon A. Walters, *Silent Missions*, 114.

43. Lem Vannatta, «Summer of '43», 1988, Texas, MFM.

44. J. Glenn Gray, *The Warriors*, 175.



45. OH, Louis Bednar, 17 de septiembre de 2002, VHP.

46. *Battle*, 317; Jackson, 291.

47. Walter Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters, 1939-1945*, 416.

48. WSC, *Triumph and Tragedy*, 531.

49. Douglas Porch, *The Path to Victory*, xii.

50. Trumbull Higgins, «The Anglo-American Historians' War in the Mediterranean, 1942-1945», *Military Affairs*, octubre de 1970, 84+.

51. Porch, xi.

52. John Ellis, *Brute Force*, tabla 35 (22 divisiones alemanas); Liddell Hart, 373; Higgins, «The Anglo-American Historians' War in the Mediterranean», 84, David M. Kennedy, *Freedom from Fear*, 596.



53. OH, Albert Kesselring, 18 de septiembre de 1945, R. H. Brock and O. J. Hale, SEM, NHC, caja 47.

54. A. Kesselring, «Concluding Remarks on the Mediterranean Campaign», 1948, FMS, #C-014, MHI, 25.

55. Kesselring, *Memoirs*, 206.

56. S. L. A. Marshall, *Men Against Fire*, 194; S. W. Roskill, *The War at Sea, 1939-1945*, 327 (once submarinos alemanes); Russell F. Weigley, *The American Way of War*, 356-357; Kent Roberts Greenfield, *American Strategy in World War II*, 114; «Air Power in the Mediterranean», febrero de 1945, MAAF, sección histórica, MHI, 11-12; Bernard C. Nalty *et al.*, *With Courage*, 234; Porch, 668-669.

57. Martin Blumenson, «Sicily and Italy: Why and What For?», MR, febrero de 1966, 61.

58. Richard M. Leighton, «Overlord Revisited: An Interpretation of the American Strategy in the european War, 1942-1944», *American Historical Review*, 919+; SSA, 382.

59. William D. Hassett, *Off the Record with F.D.R.*, 192.

60. A. Kesselring, «German Strategy During the Italian Campaign», FMS, #B-270, MHI, 37; Lida Mayo, *The Ordnance Department: On Beachhead and Battlefield*, 216-217.



61. Peter R. Mansoor, *The GI Offensive in Europe*, 255.

62. Informes de censura moral, noviembre de 1943-junio 1944, MTO AG, NARA RG 492, 311.7, caja 931.

63. «Strength of the Army», 31 de mayo de 1944, CMH; Eric Larrabee, *Commander in Chief*, 638.

64. «Summary of Activities», 1 de junio de 1944, NATOUSA, analysis and control Div, CMH.

65. Edmund F. Ball, *Staff Officer with the fifth Army*, 262.

66. Mark M. Boatner III, *The Biographical Dictionary of World War II*, 272-273.

67. 201 file, Charles W. Ryder papers, DDE Lib, caja 2.

68. «Notice of Award of Decoration», 23 de octubre de 1944, FLW papers, HIA, caja 3; *Texas*, 393.

69. «Small World», CBS, 1959.



70. Peter Neville, *Mussolini*, 185-186; Benito Mussolini, *My Rise and Fall*, 322; Sergio Luzzatto, *The Body of Il Duce*, 46, 100-102, 117, 208-210.

71. Nigel Nicholson, *Alex: The Life of Field Marshal Earl Alexander of Tunis*, 238.

72. Jackson, 295; Boatner, 6, [http://www.gg.ca/gg/fgg/bios/01/alexander\\_e.asp](http://www.gg.ca/gg/fgg/bios/01/alexander_e.asp).

73. U. S. Third Army Web site, [http://www.arcent.army.mil/history/com\\_bios/cg\\_gkeyes.asp](http://www.arcent.army.mil/history/com_bios/cg_gkeyes.asp).

74. Michael J. King, «Rangers», junio 1985, CSI, 41; Boatner, 117.

75. Corr., LKT Jr. a Sarah, 11 y 15 de junio de 1944, LKT Jr. papers, CGM Lib, caja 1, carpeta 6; Boatner, 574.

76. MWC a Rennie, 8 y 11 de junio y 4 de julio de 1944, MWC, corr. personal, Citadel; Boatner, 98-99.

77. Corr., MWC a Rennie, 13 de marzo de 1946, «Rapido River Controversy, 1946», MWC, Citadel, caja 39, carpeta 1.



78. Sidney T. Matthews, «Writing Small Unit Actions with the Fifth Army in Italy», s. f., SM, MHI, caja 2.

79. Martin Blumenson, *Mark Clark*, 288.

80. William L. Allen, *Anzio: Edge of Disaster*, 49.

81. Pyle, 201.

82. Richard Wilbur, «A Baroque Wall-Fountain in the Villa Sciarra», en Alice Leccese Powers, *Italy in Mind*, 342.

83. Pyle, 201-202.

84. George Biddle, *Artist at War*, 240.

85. Silver, «Cartoonist for All Wars», 42.



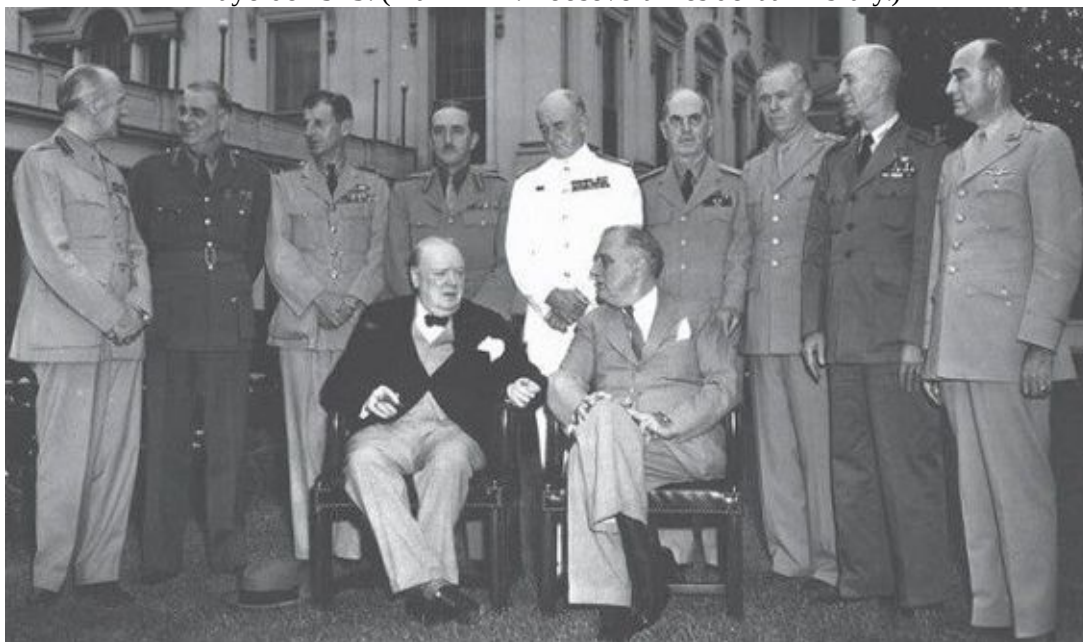
86. Glenn G. Clift, *A Letter from Salerno*, 10.

87. Gray, 34.

88. Virgilio, *Eneida*, trad. de Robert Flages, 145.

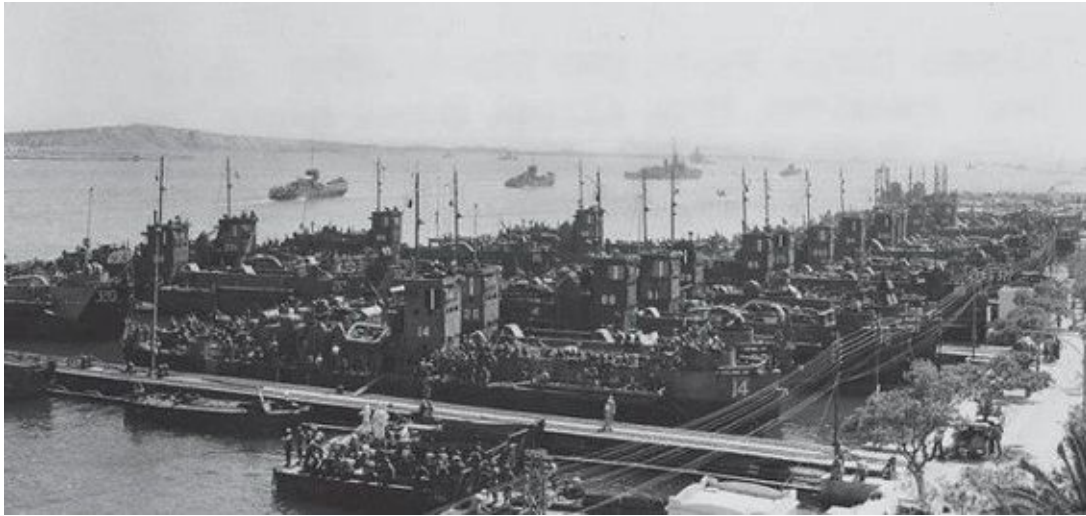


El presidente Franklin D. Roosevelt con el primer ministro británico Winston Churchill en Shangri-La, el refugio presidencial en los montes Catoctin en Maryland, durante un interludio de la Conferencia Tridente a mediados de mayo de 1943. (Franklin D. Roosevelt Presidential Library.)



El presidente y el primer ministro con sus jefes del Estado Mayor Conjunto posando en la Casa Blanca el 24 de mayo de 1943, el último día de la Conferencia Tridente. Comenzando por la derecha: el mariscal de campo sir John Dill, el oficial superior británico apostado en Washington; el teniente general sir Hastings L. «Pug» Ismay, jefe de la plana mayor de Churchill; el mariscal de la Aviación sir Charles F. A. Portal, comandante en jefe de las fuerzas aéreas británicas; el general sir Alan Brooke, jefe del Estado Mayor Imperial; el almirante sir Dudley Pound, primer lord almirante de la Marina británica; el almirante estadounidense William D. Leahy, presidente de la Junta de Jefes del Estado Mayor Conjunto; el general George C. Marshall, jefe del Estado Mayor del ejército estadounidense; el almirante Ernest J. King, jefe de operaciones navales del ejército estadounidense; el teniente general Joseph T. McNarney, un piloto del ejército del aire que servía como ayudante del mariscal de campo del Estado Mayor. El jefe de las fuerzas aéreas del ejército, el general H. H. «Hap» Arnold, pasó la conferencia en el hospital donde se trataba por una afección cardiológica. (Franklin D. Roosevelt Presidential Library.)

A no ser que se indique otra fuente, las demás fotografías pertenecen a los archivos del Cuerpo de Señaleros del ejército de Estados Unidos.



Tropas aliadas que atracan embarcaciones de asalto en un puerto del norte de África, al parecer Bizerte, Tunicia, de camino a Sicilia para la Operación Husky, a principios de julio de 1943.



El general Dwight D. Eisenhower (izquierda) y el general George C. Marshall durante la reunión en Algiers en septiembre de 1943.



El vicealmirante H. Kent Hewitt (derecha), quien comandaba las fuerzas navales estadounidenses durante la invasión de Marruecos, Sicilia y Salerno, en la cubierta de su buque insignia con el corresponsal de guerra Quentin Reynolds. (Marina de Estados Unidos, Archivos Nacionales.)



El general Terry de la Mesa Allen (izquierda), comandante de la 1.<sup>a</sup> División de Infantería, estudiando un mapa con el hombre que le hizo justicia, el teniente general Omar N. Bradley, comandante del II Cuerpo del ejército de Estados Unidos. Los censores han suprimido una señal entre los dos para evitar señalar su posición en Sicilia.



El general de brigada Theodore Roosevelt, Jr., comandante auxiliar de la 1.<sup>a</sup> División de Infantería durante la invasión de Sicilia. Lo vemos aquí con su jeep en enero de 1944. Un admirador lo describe con cuatro adjetivos: «calvo, quemado, torcido y arrugado».



El ataque, por aire, del Eje a la invasión de los Aliados, por mar, en el fondeadero de Gela (Sicilia), el 11 de julio de 1943. Después de que las bombas golpearan el S.S. *Rowan* el mismo día, un testimonio escribió: «era como una llamarada de fuego carmesí en un marco de humo negro».



Soldados italianos, algunos muertos y otros moribundos, yacen en un camino cerca de Palermo, en julio de 1943, después de que su camión hiciera detonar involuntariamente una mina italiana mientras huían de las tropas estadounidenses. Cerca de un jeep, al fondo, los médicos vendan las heridas de un teniente norteamericano.





El teniente general George S. Patton, Jr. (derecha), comandante del VII Ejército de Estados Unidos, en el Royal Palace en Palermo con su rival, el general Bernard L. Montgomery (centro), comandante del VIII Ejército británico, y el general mayor Geoffrey Keyes, ayudante de Patton.



La Compañía A del 16.º Regimiento de Infantería, 1.ª División de Infantería, el 28 de julio de 1943, se mueve a través de Troina, quizás la ciudad más defendida de Sicilia. «Troina fue la más dura de las batallas en las que los norteamericanos participaron desde la primera guerra mundial», concluye uno de los generales, «y hubo muy pocas en aquella guerra que fueran comparables».



El general de división Matthew B. Ridgway (izquierda), comandante de la 82.ª División Aerotransportada, con un cámara del Cuerpo de Señales en el centro de Sicilia, el 25 de julio de 1943. «Con una gran fuerza y lleno de vitalidad», decía un subordinado sobre Ridgway.



El mariscal de campo Albert Kesselring, comandante en jefe alemán en el Mediterráneo, se había formado como artillero y piloto, por lo que fue transferido a la Luftwaffe. Era un excepcional táctico que creía que gran parte de Italia podía ser defendida; abogó por un concepto estratégico que implicaba mantener la guerra lo más lejos posible de Alemania.



Soldados del 143.º Regimiento de Infantería, de la 36.ª División de Infantería, vadean la playa en Paestum, al sur de Salerno, al principio de la Operación Avalanche, el 9 de septiembre de 1943. El humo artificial se utilizó para cegar a los artilleros alemanes mientras desembarcaban.



Soldados de la Marina de Estados Unidos y guardacostas se protegen de las bombas durante un ataque aéreo alemán sobre el anclaje en ruinas de Salerno. Al fondo, se puede ver la explosión de una bomba. La tela metálica puesta en la arena de la playa se utilizó para mejorar la tracción de los vehículos militares.



El general de división Ernest J. Dawley, comandante del VI Cuerpo, durante los desembarcos de Salerno en septiembre de 1943. Dawley era un militar de artillería robusto y precavido procedente de Wisconsin, que en su anuario de West Point aparecía descrito como «un muchacho tranquilo al cual raras veces se lo ve o se lo oye». Dawley había advertido a sus superiores antes de la batalla de Salerno: «No muerdas más de lo que puedas masticar».



El teniente general Richard L. McCreery comandaba el X Cuerpo del ejército británico en Salerno, en el flanco izquierdo. Un piadoso y rudo oficial de caballería de origen angloirlandés, «alto, delgado y distraído», como lo definía un yanqui, que cojeaba a consecuencia de una herida recibida en la Gran Guerra y que cuando se sentía alarmado solía bajar la voz y hablar casi en un susurro.



Unos soldados de infantería pasan por el Templo de Neptuno en Paestum, centro del sector norteamericano durante los desembarcos en la zona de la bahía de Salerno. Todavía rodeado del más grande complejo de los templos dóricos a las afueras de Atenas, Paestum había sido una colonia griega en el siglo VI a.C., famosa en la antigüedad por sus rosas y violetas.



El Tabacchificio Fioche, conocido por las tropas norteamericanas como la Fábrica de Tabaco, al norte del río Sele de Salerno. La fortaleza se compone de cinco edificios con fuertes muros hechos de ladrillos, techos de tejas rojas y pequeñas ventanas que parecen cañones; el complejo cambió de manos varias veces a lo largo de la batalla.



El crucero estadounidense *Savannah* ardiendo y hundiéndose por la proa el 11 de septiembre de 1943, después de que una bomba alemana accionada por radio-control, conocida como Fritz-X, perforara y atravesara la torreta número 3 y detonara en la cubierta inferior, matando a más de doscientos marineros. Ningún barco de la Marina estadounidense fue atacado por una gran bomba en toda la segunda guerra mundial. Un testigo indirecto dijo: «esa diana no era natural».



Benito Mussolini el 12 de septiembre de 1943, justo antes de subir a la cabina de un avión Storch que lo sacaría de la estación de esquí Gran Sasso, donde había sido retenido por las autoridades italianas después de su detención. Por orden de Hitler, los paracaidistas alemanes conducidos por el capitán Otto Skorzeny aterrizaron en la cima de la montaña y liberaron al Duce sin pegar un solo tiro.



Nápoles y su famosa bahía, con el Vesubio al fondo. Capturada el 1 de octubre de 1943, la ciudad pronto se hizo «el símbolo más cercano de las aspiraciones inmediatas de cada hombre», escribió un oficial británico, «un país de hadas de plata y oro».



Soldados de infantería norteamericanos en una lancha de asalto navegando por el río Volturno a mediados de octubre de 1943, durante la primera gran travesía de las tropas aliadas en Europa. Las fuerzas aliadas avanzaron cincuenta y seis kilómetros pasado Nápoles moviéndose rápidamente sobre un amplio frente; para ello abandonaban las carreteras generales y de esa manera se infiltraban en plazas fuertes enemigas, antes de que la lluvia hiciera aparición y las tropas alemanas redujeran la marcha del paso.



Un prisionero alemán herido espera ser atendido por los médicos en la orilla del río Volturno el 17 de octubre de 1943.



Un soldado norteamericano al norte del río Volturno desactiva una mina, la cual ha sido descubierta por un ingeniero que lleva un detector de metales. «Todas las carreteras llevan a Roma», bromeaba el general Harold Alexander, comandante en jefe de las fuerzas aliadas en Italia, «pero las carreteras están llenas de minas».





El teniente coronel John Toffey, Jr., jefe de batallón en la 3.ª División de Infantería, después de la travesía por el Volturno. Como comandante de combate desde la invasión del norte de África, Toffey poseía «el esqueleto y la constitución de un saltador de vallas más que la de un caballo de carreras», según George Biddle, quien hizo este bosquejo. (Cortesía de John J. Toffey IV y Michael Biddle.)



Veterano de la primera guerra mundial y educado en Harvard, George Biddle era un excelente escritor así como un talentoso dibujante. En la campaña de Italia escribió:

«Me gustaría que la gente en casa, en vez de pensar en sus chicos como si fueran estrellas de fútbol, lo hiciera como si fueran mineros atrapados en una galería o sofocando hasta morir un fuego en un décimo piso».



Barcos ardiendo en el puerto de Bari después de que los bombarderos alemanes arrasaran el puerto adriático en un ataque sorpresa el 2 de diciembre de 1943. Diecisiete barcos aliados fueron hundidos en lo que fue descrito como «el ataque sorpresa más costoso desde Pearl Harbor». Las explosiones ocasionadas por las municiones enemigas hicieron volar por los aires una carga de gas mostaza que se transportaba en secreto, lo que provocó gran cantidad de víctimas entre militares y civiles italianos.



Soldados de infantería británicos a principios de diciembre de 1943 apostados en una de las caras del Monte Camino, descrito por un *tommy* como una «empinada y sólida roca que sólo Dios sabe dónde la puso». Algunas piedras que sobresalían proporcionaban una pequeña protección contra los fragmentos de mortero alemanes o el frío glacial. «Un pequeño terremoto añadido al ya de por sí desagradable ambiente», señalaba un guardia escocés en un célebre relato.



Eisenhower (izquierda) y el teniente general Mark W. Clark, comandante del V Ejército de Estados Unidos, cerca del desfiladero de Mignano en el centro de Italia en diciembre de 1943. Pocos días después, Eisenhower dejaría el Mediterráneo para tomar el mando de la invasión de Francia.



Mujeres italianas lavan la ropa en un abrevadero en un pueblo en el centro de Italia, y un convoy aliado avanza trabajosamente por el fango, que cada día parecía hacerse un poco más profundo.



Ingenieros del V Ejército terminan un puente que cruza un arroyo en el centro de Italia, sustituyendo el que habían destrozado los alemanes. En veinte meses de lucha en Italia, los Aliados tuvieron que erigir ochenta y ocho kilómetros de puentes. Éste se terminó en diez horas.



Vista del Monte Sammucro desde las posiciones alemanas en el Monte Lungo. La Carretera 6 se ve al fondo de la foto, mientras que una carretera secundaria que gira por la Curva del Muerto hacia San Pietro se puede distinguir en la ladera del macizo. La cumbre del Sammucro, con cerca de 1.205 metros de alto, era conocida como la Colina 1205.



Durante la batalla de San Pietro, Ernie Pyle escribió sobre la muerte, en el Monte Sammucro, del capitán Henry T. Waskow. «Querido capitán», su parte más famoso, fue quizás el pasaje expositivo más elegante de la segunda guerra mundial. No obstante, Pyle dijo a un amigo: «He perdido el toque, todo esto apesta».



«Nunca fue joven», dijo una vez un compañero de clase de la escuela de Henry Waskow, «no desde luego a la manera alocada de un chaval de instituto». Waskow escribió a su familia en Texas: «Si fallo como líder, y ruego a Dios para que no sea así, no será porque no lo he intentado». (Texas Military Forces Museum.)



En las montañas cerca de Venafro, un conductor italiano de mulas (derecha) ayuda a asegurar el cadáver de un soldado norteamericano para transportarlo a un cementerio militar temporal. Las manchas de sangre pueden verse sobre la camilla, que está en el suelo.



Tropas estadounidenses del 504.º Regimiento Aerotransportado de Infantería y el 143.º de Infantería suben a través de las ruinas de San Pietro el 17 de diciembre de 1943. Un artillero describe el pueblo como «un gran montón de desolación».



Cena de Navidad de 1943 en el capó de un jeep. El trozo de tela rayado sobre la manga y el casco del soldado de la derecha muestra que pertenece a la 3.<sup>a</sup> División de Infantería; los otros dos hombres sirvieron en el 163.<sup>o</sup> Cuerpo de Señaleros.



Casi recuperado de la neumonía, Winston Churchill abandonó su cama de enfermo en Minucia para la comida de Navidad con Eisenhower (izquierda) y Alexander (centro). El primer ministro, que viste una bata con motivos chinos, dragones azules y dorados, exigió que se realizara un ataque sorpresa a las líneas enemigas en Anzio.



Un grupo de soldados preparan una nueva bomba de mortero cerca del río Rápido, el 24 de febrero de 1944. Antes del ataque, el comandante de la 36.<sup>a</sup> División, el general Fred L. Walker, escribió en su diario: «Nuestra misión es imposible, pero me guardaré mis pensamientos para mí».



Dos señaleros usan una pocilga como centro de comunicación durante la batalla del Rápido, el 23 de enero de 1944. Un censor ha tachado la señal que indica que los soldados pertenecen al 143.<sup>o</sup> Regimiento de Infantería de la 36.<sup>a</sup> División. Un sargento observó: «Cualquiera que tuviera un mínimo de experiencia sabía que aquel lugar no era el adecuado para vadear el río».





Antes de dejar el Mediterráneo para volver a Inglaterra, Patton (izquierda), a mediados de enero de 1944, hizo un último viaje a Italia para visitar a su antecesor, el general mayor Geoffrey Keyes, ahora comandante del II Cuerpo del ejército de Estados Unidos. «La personalidad impetuosa, histriónica y corrosiva de Patton contrasta considerablemente con la de Keyes, más tranquilo, deliberado y circunspecto», puntualizaba un observador del Departamento de Guerra de Estados Unidos.



Descrito como «un mastín bonachón», el mayor general Fred L. Walker fue el instructor de Mark Clark en la Academia Militar, en 1930. A medida que la batalla del Rápido se perdía, la preocupación de Walker aumentaba. «La estupidez de algunos comandantes parece no tocar fondo», escribía. (Texas Military Forces Museum.)



Anzio fue el lugar de nacimiento de dos grandes emperadores romanos, Nerón y Calígula. Nettuno se puede ver un poco más abajo siguiendo la costa (en el centro a la derecha), justo al lado de Borghese; la villa del siglo XVII que fue dominada por Mark Clark y el V Ejército se puede ver en el centro. Más allá de la costa, el lago Pontino se extiende hasta las colinas.



El lago Pontino fue durante siglos una zona de contagio de la malaria hasta que Mussolini la transformó en una zona de cultivo gracias a unas enormes bombas de agua. A medida que las fuerzas aliadas se acercaban a Roma, los demolidores alemanes inundaron cien mil acres de tierras de cultivo para impedir el paso a las tropas aliadas

y convertir de nuevo las tierras en un lugar ideal para los mosquitos de la malaria.



El coronel William O. Darby, comandante de regimiento en la 45.ª División en abril de 1944, escuchó en la radio cómo muchos de los Ranger que él había instruido y conducido al lugar de la batalla habían sido abatidos en Cisterna, una semana antes del desembarco de Anzio.



El general mayor John P. Lucas en su oficina del VI Cuerpo en Nettuno, el 10 de febrero de 1944, poco antes del contraataque alemán que casi arrasa las fuerzas aliadas apostadas en la cabeza de playa. Respecto a la invasión de Anzio, el Viejo Luke escribió en su diario: «Esta empresa fue siempre desesperada».



Cuatro pilotos del 99.º Escuadrón el 29 de enero de 1944, poco después de que cada uno de ellos hubiese derribado algunos aviones alemanes sobre Anzio. Empezando por la izquierda: el teniente Willie Ashley, Jr.; el teniente W. V. Eagleson; el capitán C. B. Hall y el capitán L. R. Custis.



En la zona del hospital y la morgue en Anzio, las tropas, a principios de abril de 1944, cavan una nueva zanja para otro hospital de campaña amenazados por la artillería alemana y los ataques aéreos. Dos meses antes, un piloto de la Luftwaffe hizo explotar sus bombas sobre un hospital durante un ataque a la cabeza de playa y mató a veintiocho personas, entre las cuales tres enfermeras, dos doctores y seis pacientes.



El mayor general Lucian K. Truscott, Jr. (izquierda), comandante del VI Cuerpo del ejército de Estados Unidos y el teniente general Ira Eaker, comandante en jefe del ejército de Estados Unidos en el Mediterráneo, inspeccionando las barricadas hechas con sacos de arena y barriles de vino en el campo de aviación de Anzio, el 6 de abril de 1944.



Soldados estadounidenses marchan acompañados de sus sombras hacia Cassino por la Carretera 6, al norte de Mignano.



Un capellán del ejército bautiza a un cabo en la fuente ornamental de Caserta, el colosal palacio del siglo XVIII donde Mark Clark y Harold Alexander tenían su oficina central en alguna de las mil doscientas habitaciones. Un estanque cercano era lo bastante grande como para permitir los aterrizajes del avión de Clark.



La actriz Marlene Dietrich, que visitaba con frecuencia a las tropas en zonas de guerra, hace cola para comer durante la visita al 47.º Grupo de Bombardeiros en esta foto sin fecha. Después de la entrevista con Patton en Sicilia, Dietrich lo describió como «un tanque demasiado grande para la plaza del pueblo».



Soldados del V Ejército hacen cola a la entrada de la ópera San Carlo en Nápoles para poder ver *This is the Army*, una comedia musical de Irving Berlin.





Algunos miembros de la policía militar del ejército de Estados Unidos tuestan pan sobre la lava del Vesubio. La espectacular erupción del volcán, que comenzó el 18 de marzo de 1944, fue la última del siglo XX.



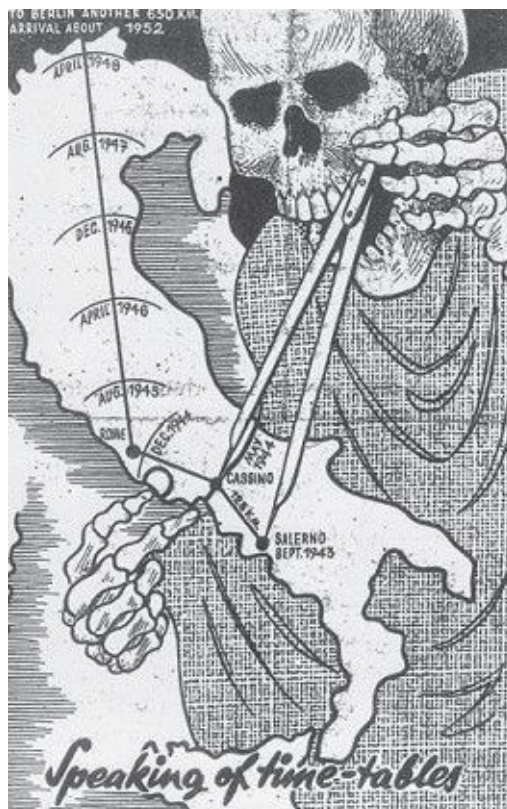
La artillería barre la Colina del Castillo de Monte Cassino el 6 de febrero de 1944. La famosa abadía benedictina sobreviviría otros nueve días antes de que los bombarderos aliados pulverizaran el edificio.



El teniente general Oliver W. H. Leese (izquierda), que sucedió a Montgomery en el mando del VIII Ejército británico, fue descrito por un oficial estadounidense como «un matón grande y desgarrado». En esta foto, tomada cerca de Cassino el 17 de febrero de 1944, posa junto a un gallardo comandante polaco, el general Wladyslaw Anders



Un ex dentista que se había convertido en uno de los generales más célebres del Imperio Británico, el teniente general Bernard C. Freyberg, al mando del Cuerpo de Nueva Zelanda de Cassino. Un conocido insinuaba que «su enorme intrepidez obedecía en parte a una falta de imaginación».



Un panfleto alemán distribuido en Cassino que representa el lento avance de los Aliados por Italia. (Cortesía del mayor R. C. Taylor.)



«Chorro tras chorro de negro humo emergió de la tierra, elevándose y retorciéndose, formando un tenebroso bosque», escribió un periodista después de ver cómo desaparecía Cassino por el fuego aéreo enemigo el 15 de marzo de 1944. La Colina del Castillo se puede ver a través del humo y del polvo arriba a la derecha.



El teniente general Fridolin von Senger und Etterlin, comandante del XIV Cuerpo Panzer de Cassino, quien estudió en la Universidad de Oxford con una beca Rhodes antes de la primera guerra mundial. Frente ancha, nariz aguileña y mejillas hundidas, Senger tenía un aire de asceta. Sus dedos largos y su amaneramiento sugerían que era un hombre «más francés que prusiano», como su hija lo describió más tarde. (Instituto Militar Histórico del Ejército de Estados Unidos.)



El comandante en jefe del ejército del aire en el Mediterráneo, el teniente general Ira C. Eaker, volando hacia Anzio el 15 de abril de 1944. «Con el aire de Italia los hunos caen derribados al suelo», dijo Eaker del enemigo.



Tanques de la 1.ª División Blindada bajan de un LST en el puerto de Anzio el 27 de abril de 1944 y se preparan para entrar en acción en la cabeza de playa después de cuatro meses de confinamiento.



Audie Murphy, hijo de un granjero de Texas, abandonó los estudios en quinto grado y se hizo el más célebre soldado del ejército estadounidense. Lo vemos en la foto como teniente en 1945, con la Medalla de Honor del Congreso alrededor del cuello. (Texas Military Forces Museum.)



«Irradie usted confianza y disfrute asumiendo riesgos», aconsejaba el general Alphonse Pierre Juin, comandante del Cuerpo de Expedición francés, que creía que las formidables defensas enemigas en la Línea Gustav podrían ser flanqueadas sólo «invadiendo las montañas».



Uno de los doce mil *goumiers* del Cuerpo Expedicionario francés, miembro de una tribu bereber, famosos por su agilidad y su crueldad.



Soldados aliados llevan a un camarada muerto a través de los escombros de Monte Cassino, poco después de que la abadía finalmente cayera en manos de tropas polacas. Los defensores alemanes muertos, incluso uno despojado de sus botas de tachuelas, yacen a lo largo del sendero.



Debajo de los fragmentos de albañilería encima de la Colina del Castillo, ingenieros sudafricanos despejan la Carretera 6 que cruza Cassino, el 21 de mayo de 1944.



El general mayor Keyes (izquierda) con el teniente general Clark y el brigada general Robert T. Frederick (derecha), comandante de la 1.<sup>a</sup> Fuerza Especial de Servicio a las afueras de Roma a principios de junio de 1944.





Una mujer y una joven italianas cubren los cadáveres de los GI con ramas y rosas el 4 de junio de 1944, el día de la caída de Roma.



Soldados de Infantería norteamericanos se protegen tras la torreta del tanque Sherman el 5 de junio de 1944.  
Nótese el agujero que ha dejado la bala de un francotirador debajo de la «o» de Roma de la señal.



Los jubilosos romanos atestan las calles de la ciudad para dar la bienvenida a Clark, el general vencedor, el 5 de junio de 1944; mientras tanto, el conductor deambulaba por la ciudad en busca del Capitolio. En el asiento trasero, detrás de Clark, están el jefe de personal del V Ejército, el general de división Alfred M. Gruenther (izquierda) y Keyes, el comandante del II Cuerpo.



Soldados GI cerca de Roma leen las noticias sobre la invasión de Normandía en *The Beachhead News*. «¿Qué te parece?», se quejaba Clark. «No nos han dejado en los titulares ni un solo día.»



Una columna de soldados estadounidenses serpentea a través de la Piazza del Popolo de Roma, antes de ir en busca de los soldados alemanes rezagados que se retiraban hacia el norte de la ciudad.



Desde el alféizar de alguna calle de Roma, Mark Clark observa a sus tropas que atraviesan la capital, a principios de junio. «Tú me preguntas, “¿Qué pasará después de Italia?”», escribía a su mujer. «Quizás tú puedas decírmelo.» Clark fue uno de los comandantes más polémicos de la segunda guerra mundial; su nombre, medio siglo después, seguía provocando fuertes emociones.

*El día de la batalla*

Rick Atkinson

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Day of the Battle. The War in Sicily and Italy, 1943-1944*. Henry Holt and Company, LLC., Nueva York

Primera edición: febrero de 2008

Primera edición en esta nueva presentación: septiembre de 2014

© 2007 by Rick Atkinson

© de la traducción, Teófilo de Lozoya, Juan Rabasseda y Efrén del Valle, con la colaboración de Rosa Salleras, Juan Trujillo y Alejandra Chaparro

© Editorial Planeta S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

© del diseño de la portada, Compañía, 2014

© de la imagen de la portada, Bettman/ Corbis/Cordon Press

[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2014

ISBN: 978-84-9892-773-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)